

A black and white portrait of Theotônio dos Santos, an elderly man with curly hair and a beard, looking slightly to the right. He is wearing a dark jacket over a light-colored collared shirt.

Theotônio Dos Santos

Construir soberanía.
*Una interpretación económica
de y para América Latina*

ANTOLOGÍA ESENCIAL · VOL. II

Theotônio Dos Santos

Construir soberanía. Una
interpretación económica
de y para América Latina.
Volumen II

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Dos Santos, Theotônio

Construir soberanía : una interpretación económica de y para América Latina / Theotônio Dos Santos ; prólogo de Francisco López Segrera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF - (Antologías)

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-750-5

1. Análisis Económico. 2. Teorías Económicas. I. López Segrera,

Francisco, prolog. II. Título.

CDD 330.80

Otros descriptores asignados por CLACSO

Economía / Política / Teoría de la Dependencia / Globalización /
Producción / Estado / Soberanía / Desarrollo / Pensamiento Crítico /
América Latina

Edición: Paula D'Amico

Diseño y diagramación: María Clara Diez

Arte de tapa: Gabriela Corrales - Estudio Namora

Theotônio Dos Santos

Construir soberanía. Una
interpretación económica
de y para América Latina.
Volumen II

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Edición al cuidado de *Mónica Bruckmann*
y *Francisco López Segrera*
Estudio preliminar de *Francisco López Segrera*

 CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN obra completa 978-987-722-748-2

ISBN 978-987-722-750-5

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Estudio preliminar 09

Por Francisco López Segrera

CUARTA PARTE. DESARROLLO, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

Socialismo o fascismo 55

Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente 277

Bendita crisis 507

El camino brasileño hacia el socialismo 593

QUINTA PARTE. SISTEMA MUNDIAL, IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA

Imperialismo y dependencia 687

La teoría de la dependencia: balance y perspectivas 1047

Civilização e desenvolvimento 1095

Sobre los colaboradores 1171

Estudio preliminar

Por Francisco López Segre

Durante la VII Conferencia Latinoamericana y Caribeña del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), que se celebró en Medellín, Colombia, del 9 al 13 de noviembre de 2015, varios colegas de gran valía, entre ellos los directivos de CLACSO, se interesaron en la posibilidad de hacer una antología de la obra de Theotônio Dos Santos. Theotônio, que se encontraba como conferencista magistral en el Congreso, conociendo este interés, nos propuso, conjuntamente con su esposa, la científica social Mónica Bruckmann, que elaboráramos la Antología, honor que aceptamos de inmediato, pese a lo arduo de la tarea.

La magnitud de la obra del Profesor Dos Santos implicaba que la Antología sería una tarea compleja. Finalmente, –tras dificultades que a veces parecían insalvables y en todo momento fraternalmente presionados por el enorme interés de los directivos de CLACSO en publicar la antología– y siempre en contacto al respecto con Theotônio Dos Santos y Mónica Bruckmann concluimos estos dos volúmenes esenciales.

Una de las cosas que hace tan difícil una antología de la obra de Dos Santos, es no solo lo enorme de su obra y de que se encuentra en dos lenguas en especial –portugués y español–; sino también que fue desarrollada en tres países principalmente: Brasil, Chile y México. Brasil, desde su nacimiento en 1936, hasta 1966, en que clandestino y acosado por la dictadura brasileña se fue exiliado a Chile. Permaneció en este país hasta que el golpe de Pinochet le obligó a asilarse en la embajada de

Panamá, en la que permaneció retenido 6 meses, hasta que finalmente obtiene un salvoconducto que le permite viajar a México en 1974, país donde permaneció hasta su regreso a Brasil en 1979. Un tercer aspecto que contribuyó a estas dificultades mencionadas más arriba para recopilar su obra, obedeció a algo usual en él, esto es, a que en las reediciones de sus distintos libros solía hacer cambios sustanciales de la obra original, actualizando los enfoques conforme a nuevos acontecimientos ocurridos. Último, pero no menos importante, es el hecho de que la gran calidad de la totalidad de la obra de este autor nos hacía muy difícil decidir qué dejar fuera y qué incluir en la antología.

Lo mencionado sobre las reediciones implica que, como norma, si bien nos hemos referido en esta Introducción a la antología en forma cronológica a sus producciones, nuestro análisis de dicha obra se ha basado en la reedición en que adoptó forma definitiva, tras la publicación original.

La obra de Theotônio Dos Santos representa, a nuestro juicio, lo más innovador de la teoría de la dependencia. Desde principios del siglo XXI evolucionó para completarse e integrarse a la teoría del sistema-mundo y demostrar, una vez más, la relevancia y vigencia de la teoría de la dependencia.

Pero Dos Santos no solo ha sido y es un teórico de enorme envergadura, también ha sido: director de múltiples revistas de ciencias sociales de gran calidad, como *Sociedad y Desarrollo* del CESO en Chile (1972-1973) y *Política e Administração* de la Fundación Escuela de Servicio Público-FESP de Río de Janeiro; miembro de los consejos de redacción de múltiples revistas de gran calidad como la *International Review of Sociology* de Estados Unidos y *Economía Internacional* (México), entre otras; organizador de importantes eventos, como el XVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS, 1986) y el X Coloquio sobre Economía Mundial (1989) en la Maison des Sciences de l'Homme (París); es profesor emérito de la Universidad Federal Fluminense (UFF) y Presidente de la Cátedra y Red UNESCO de Economía Global y Desarrollo Sustentable (REGGEN).

Además, Dos Santos ha dictado cátedras magistrales y ofrecido cursos en las principales universidades de América Latina y el Caribe, de

Estados Unidos, Canadá, Europa, Japón, China, Rusia, India y de otras regiones y países.

Es necesario mencionar que la obra de Dos Santos ha recibido innumerables apreciaciones críticas encomiásticas de relevancia. Entre ellas, la del historiador sueco Bjerne Hettne que la calificó como “una seria tentativa de construir una tradición teórica más independiente y autónoma” en la medida en que la teoría de la dependencia es “el más grande desafío que el pensamiento oficial eurocéntrico ha enfrentado”; la del sociólogo canadiense, Lawrence Aschules, según el cual Dos Santos “ha sido uno de los primeros en articular la teoría de la dependencia” y a quién “a pesar de su juventud, podemos considerarlo el abuelo de esta teoría”; la del filósofo ruso Chestopol, que lo consideró “el más eminente representante de la orientación de la Nueva Dependencia”, cuyos trabajos “se tornaron un símbolo de la ciencia social latinoamericana, no solo para los representantes de las escuelas de ciencias sociales de la región, sino también de otros países”; del sociólogo e historiador norteamericano Ronald Chilcote, que se refirió a cómo la “descripción que hace de la dependencia es generalmente aceptada”; y en especial se reconoció la valía de su obra por todos aquellos –Ruy Mauro Marini, Samir Amin, Immanuel Wallerstein, James Petras, André Gunder Frank–, que aportaron textos originales a la obra *Los retos de la globalización* (1999), con el fin de celebrar los 60 años de Theotônio y homenajearlo (López Segrera, 1999).

Pero lo que define a Theotônio Dos Santos es su condición de intelectual comprometido con las causas de los pueblos de “Nuestra América”, como la llamó José Martí. Este ha sido el *leitmotiv* de su vida y lo que inspiró su acción y su obra. Por eso fue perseguido por las dictaduras de Brasil y de Chile. Por eso en México, junto a su carrera académica, nunca abandonó la lucha política, que prosiguió en Brasil tras su regreso, como fundador, junto al líder Leonel Brizola, del *Partido Democrático Trabalhista* (PDT), partido con un programa socialista. Por eso Fidel Castro, Hugo Chávez y otros líderes revolucionarios de gran estatura, le mostraron su admiración, como veremos más adelante.

Mis relaciones de trabajo con Theotônio Dos Santos (1976-2018)

Desde fines de los sesenta, entré en contacto con la obra de los autores de la teoría de la dependencia. De todos ellos, en especial la obra de Theotônio Dos Santos me resultó particularmente sugerente. Eso implicó que el modelo teórico de Dos Santos me resultara clave en mis reflexiones, estudios e investigaciones históricas y para escribir, entre otros artículos y libros, mi libro *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510-1959)* (López Segrera, 1972).

Conocí personalmente a Theotônio –y a la que era entonces su compañera y quién fue su colaboradora en la formulación de la teoría de la dependencia, la Profesora Vania Bambirra– en Ciudad de México en 1976. Germán Sánchez Otero, científico social cubano que había conocido a Theotônio en Chile, me dio una carta para él. Nació entre nosotros una entrañable amistad y una colaboración intensa que se ha mantenido hasta nuestros días.

Theotônio era, en ese momento, investigador del Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc) de la UNAM, Coordinador del Doctorado en Economía de la Facultad de Economía de la UNAM y Jefe de la División de Posgrado de dicha Facultad. Pero era, sobre todo, junto a Ruy Mauro Marini y a Vania Bambirra, un líder de los estudios sobre la dependencia y el subdesarrollo, en el marco de la flor y nata de la intelectualidad latinoamericana que desarrollaba su trabajo académico en México, en un momento en que las cruentas dictaduras que asolaron la región a partir de 1964 hasta 1990, con el fin de la dictadura de Pinochet, habían obligado a exiliarse a la gran mayoría de los científicos sociales latinoamericanos.

Solo mencionaré algunos hitos de esa constante y fructífera colaboración con el Profesor Dos Santos a lo largo de 41 años. La personalidad de Theotônio me produjo una gran impresión, no solo por su enciclopédica cultura humanística, su profundo conocimiento de las ciencias sociales y su dominio de la ciencia económica en su dimensión analítica y cuantitativa, sino sobre todo por su sencillez, austeridad y desapego de todo lo material. Por su condición de intelectual comprometido, que lo colocaba como un modelo ético a seguir. Todo eso, unido a sólidos valores revolucionarios, que implicaban una gran admiración hacia la

Revolución Cubana, una gran confianza en el futuro de nuestros pueblos y una visión clara de las formas que debían adoptar las luchas por lograr cambios sociales de envergadura. Su heterodoxia, flexibilidad en el análisis y aplicación del método marxista sin rigideces, es otro rasgo esencial de su obra.

Desde ese momento y hasta el presente, su obra se convirtió en la principal influencia intelectual para mis trabajos, en lo que se refiere al impacto del capitalismo mundial en nuestros países. Luego, tras 1995, en que fui miembro durante el primer semestre de ese año de un grupo de 6 alumnos del seminario que impartía Immanuel Wallerstein en la Maison de las Sciences del Homme, a la influencia de Theotônio se añadió la de Wallerstein. Por cierto, que un día conversando con este último en su oficina de la mencionada institución francesa, Immanuel me dijo que sin los aportes de la teoría de la dependencia y en especial de la obra de Theotônio, a él le hubiera resultado muy difícil desarrollar algunos aspectos claves de su teoría del sistema mundial.

Durante los setenta tuvimos nuevos encuentros en México en distintos ámbitos y en los años ochenta nos reencontramos varias veces en Río de Janeiro. Recuerdo en especial nuestra colaboración con él en la organización y desarrollo del XVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), en Río de Janeiro, del cual Theotônio fue Coordinador y donde fue electo como Presidente de ALAS (1987-1991).

También en los ochenta nos vimos en más de una ocasión en Cuba, como ocurrió con motivo de su presencia en la Habana en 1981 en el II Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo.

Entre 1990 y 1996 en que yo desarrollé diversas labores en París en UNESCO, tuve nuevos encuentros con Theotônio Dos Santos que ofreció Seminarios en París VIII sobre Economía Mundial y visitó también, como investigador y conferencista, la Maison de las Sciences del Homme. En especial recuerdo que, bajo el fuerte impacto del derrumbe del socialismo en la entonces Unión Soviética y en el Este de Europa, fuimos invitados en 1991 Theotônio y yo a ofrecer conferencias en el Instituto de Ciencias Sociales de Holanda, en Ámsterdam, conjuntamente con Gunder Frank, que radicaba en dicha ciudad, donde mantuvimos intensas conversaciones analizando las causas del derrumbe del socialismo.

A partir de 1996 y hasta 2002, en que me jubilé de mi cargo como Director del Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (IESALC), el profesor Dos Santos se convirtió en mi principal asesor para temas de ciencias sociales y para desarrollar cátedras UNESCO en la región en dicha disciplina, conjuntamente con redes como CLACSO, FLACSO, ALAS, SELA y CEPAL, entre otras.

Gracias a los esfuerzos de Dos Santos, en 1997 se creó la Cátedra y Red UNESCO-Universidad de Naciones Unidas (UNU) sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable (REGGEN), de la cual fue designado Presidente. REGGEN, bajo el liderazgo de Theotônio y con nuestro apoyo desde UNESCO, celebró diversos congresos a los que asistieron algunos de los principales estudiosos regionales y de distintos países del mundo de la economía mundial.

Durante mi permanencia en UNESCO-Caracas (1996-2002), trabajamos con Theotônio en diversos proyectos adicionales a REGGEN. Fruto de esa colaboración fue la obra, *Los retos de la globalización* (1998), ya mencionada, en que algunas de las principales figuras de las ciencias sociales a nivel mundial homenajearon a Theotônio en su 60 cumpleaños. Esta iniciativa fue propuesta por el Rector del Colegio de Brasil Raymundo Martins Romeo y secundada por los principales estudiosos de la economía mundial. Al Presidente de Cuba, Fidel Castro, le resultó de gran interés esta obra y decidió comenzar a celebrar eventos anuales sobre la globalización en el Palacio de Convenciones de La Habana a partir de 1999. El Comandante nos envió un mensaje a Caracas a través del embajador de Cuba en Venezuela, Germán Sánchez, y luego a través del Presidente de la Asociación de Economistas de Cuba, para que invitáramos a dicho Congreso a los autores del libro y así lo hicimos. Theotônio fue uno de los que asistió. En el Palacio de Convenciones de La Habana, durante el Plenario del Congreso, su intervención despertó un gran interés en Fidel y se produjo un largo diálogo entre los dos acerca de la crisis del capitalismo. Luego, Fidel, que a varios compañeros le había expresado el interés que le suscitaba la obra de Theotônio, lo invitó a cenar para continuar así el diálogo iniciado en el Plenario. El Profesor Dos Santos estaba realmente impresionado por el profundo

conocimiento que tenía Fidel sobre el tema de la globalización y la economía mundial.

Fue también en ese Congreso donde Theotônio conoció a su actual esposa, la Dra. Mónica Bruckmann, autora de investigaciones relevantes como *Recursos naturales y la geopolítica de la integración sudamericana*, que desde entonces se convirtió en permanente colaboradora de Theotônio, como Directora de Investigación de REGGEN y promoviendo ediciones de sus nuevas obras y reediciones de otras, como ocurrió con *Los retos de la globalización*, entre otras.

Al regresar de su exilio en México a Brasil, fue uno de los fundadores del *Partido Democrático Trabalhista* (PDT), que se define en su programa por el socialismo y se postula como candidato a gobernador de Minas Gerais en 1982 y a diputado federal constituyente en 1986, sin lograr ser electo, entre otros factores, por las secuelas dejadas por la dictadura en Brasil, que implican el aislamiento de la izquierda en el país en el proceso de transición a la democracia.

Aunque puede resultar paradójico, Dos Santos tuvo una mayor influencia y relevancia en el medio académico chileno como Director del CESO, en el ámbito intelectual mexicano ocupando cargos de relevancia ya mencionados en la UNAM y con un amplio reconocimiento de la comunidad científica internacional, que el que tuvo a su regreso a Brasil en los primeros años, pese a que fue Director de Entrenamiento en la Fundación Escuela de Servicio Público en Río de Janeiro (1983-1986), Director del Centro de Estudios Nacionales y Mundiales de la Universidad de Brasilia (1989-1990) y Coordinador del Grupo de Estudios sobre Economía Mundial, Integración Regional y Mercado de Trabajo (GREMINT) en el Departamento de Economía de la Universidad Federal Fluminense (UFF) (1994).

El legado institucional de la dictadura, el desconocimiento de la intelectualidad brasileña de las corrientes de izquierda de la región que se desarrollaron durante el exilio, la hegemonía de un proyecto conservador de democracia que aspiraba a construirla en el capitalismo dependiente y las políticas neoliberales en curso, tendían a marginar a pensadores como Theotônio Dos Santos y Ruy Mauro Marini, por su crítica demoledora al capitalismo dependiente y su simpatía hacia el socialismo.

Recuerdo que, en 1996, en uno de mis primeros viajes a Río de Janeiro, Theotônio me habló de esta situación de exclusión que estaba teniendo un impacto aún mayor que en él en Ruy Mauro Marini. Luego nos entrevistamos con Ruy Mauro y con él conjuntamente y acordamos la realización de la obra *El pensamiento social latinoamericano en el siglo XX* (1999), antología preparada por Ruy Mauro Marini y Theotônio Dos Santos a solicitud nuestra, que recoge textos de algunos de los principales científicos sociales latinoamericanos.

También en 1996, por recomendación del Director General de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza y del Director de la División de Prospectiva, Jerome Bindé, decidimos fundar, conjuntamente con el Profesor colombiano Francisco Mojica Sastoque, la Red Latinoamericana de Estudios Prospectivos (RELAEP), de la cual fui Presidente durante sus años de existencia (1996-2004). El apoyo que recibimos del Profesor Dos Santos para la creación y desarrollo de esta Red fue decisivo. Celebramos el I Encuentro de Estudios Prospectivos en Bogotá en marzo de 1997 y el II en la UNAM, con el valioso apoyo de Pablo González Casanova y Axel Didriksson. Pero no fue hasta el III Encuentro de Estudios Prospectivos celebrado en Río de Janeiro, que la RELAEP alcanzó la mayoría de edad, con el inestimable apoyo de Theotônio, gracias a su cargo de Secretario de Asuntos Internacionales del Gobierno del Estado de Río de Janeiro y a su enorme prestigio académico internacional. Gracias a él, fue posible reunir a los principales estudiosos de la prospectiva en la región. Entre los participantes en este III Encuentro estuvieron: Celso Furtado, Aldo Ferrer, Theotônio Dos Santos, Emir Sader, Daniel Filmus, Francisco Mojica, Atilio Borón, Xabier Gorostiaga, Axel Didriksson, Carlos Tunnermann, y otros estudiosos de gran relevancia. Las ponencias de dicho III Encuentro se recogieron en el libro *América Latina 2020* (2000), prologado por Celso Furtado y el Director General de UNESCO, Federico Mayor Zaragoza (López Segre & Filmus, 2000). El texto de Theotônio en ese libro, “Construir el futuro: el papel de las ciencias sociales”, es un análisis demoledor de la crisis de la hegemonía ideológica del neoconservadurismo, del neoliberalismo y de sus políticas, así como del sistema de ideas denominado pensamiento único, que aplaudía a Reagan a la Thatcher y al llamado Consenso de Washington.

En el año 2000, celebramos el IV Encuentro de RELAEP con seis reuniones subregionales en: Argentina, Brasil, Colombia (Bogotá y Medellín), México y Cuba. El Congreso de Brasil fue en la ciudad de Pelotas. Theotônio nos dio un apoyo clave para organizarlo, junto al Rector de la UFF Raymundo Martins Romeo y gracias a ellos compartimos con ellos y otros colegas momentos de interés cultural y académico en esa remota ciudad brasileña. En el 2004, publicamos el libro *América Latina y el Caribe en el siglo XXI*, que recogía las principales ponencias de los cuatro encuentros de RELAEP, una vez que estas fueron revisadas por sus autores para esta reedición. Le solicitamos la Introducción a este libro a Immanuel Wallerstein que accedió gustoso, pues había seguido con interés nuestros trabajos.

En 1999, recién electo Presidente Hugo Chávez, Theotônio Dos Santos se hospedó en mi casa en Caracas. Teníamos programadas varias actividades académicas conjuntas. Ya yo conocía el alto concepto que tenía de la obra de Theotônio el Presidente Chávez, pues se lo había escuchado. Estando en mi casa, el Presidente lo mandó a buscar y le informó que estaba en proceso de creación un Centro de Investigación en Caracas de carácter internacional y le pidió a Theotônio que fuera su Director. El Profesor Dos Santos me comentó que en ese momento no podía hacerse cargo de esa tarea por distintas razones, pero que se había comprometido con el Presidente Chávez a brindar asesoría al Director del Centro que se nombrase y a ofrecer cursos en dicho Centro. Luego se creó el Centro Internacional Miranda (CIM), que se convirtió en un polo de atracción para la intelectualidad de izquierda latinoamericana y a nivel mundial. Theotônio, como prometido, brindó todo su apoyo a su Director, el intelectual Luis Bonilla-Molina, con quién me unía una vieja amistad y la coautoría de un libro y a quién apoyamos, conjuntamente con Theotônio, –que viajó en varias ocasiones a Caracas donde fueron reeditados muchos de sus libros– ofreciendo cursos y conferencias.

En 2003, el Profesor Dos Santos coordinó un evento de REGGEN, “Seminario Internacional Hegemonía y Contra-hegemonía: los impases de la globalización y los procesos de regionalización”. En el primer tomo del libro *Os impasses da globalização*, se recogieron una selección de las ponencias presentadas en dicho evento de autores como: Immanuel

Wallerstein, André Gunder Frank, Theotônio Dos Santos, Giovanni Arrighi, Francisco López Segrera, Samir Amin, Gilberto Dupas, y las ponencias en coautoría de Estrella Bohadana y René Armand Dreifuss, así como de Xie Shou-guang¹ y Gao Xian (Dos Santos, 2003).

En la Introducción a dicho libro, Dos Santos manifestó que el seminario había demostrado que la impresión de la hegemonía del pensamiento único era una impresión falsa, en la medida en que “existían un conjunto de trabajos teóricos y analíticos que lograban caracterizar y comprender los aspectos generales de la globalización, interpretándolos con un marco teórico progresista”.

En 2004 brindamos todo nuestro apoyo a Theotônio Dos Santos, en su propuesta de que se otorgara el Premio Nobel de Economía a Celso Furtado, objetivo que no se logró, pues este Premio nunca se le ha otorgado a un economista que no esté alineado con el *mainstream*.

Entre 2004 y 2010 nos encontramos con Theotônio Dos Santos en distintos países y ciudades en Seminarios de REGGEN, en actividades que desarrollamos para conmemorar la memoria de Ruy Mauro Marini y discutiendo siempre temas de la economía mundial y del sistema-mundo, dado que, tras el mencionado Seminario de 2003, Theotônio profundiza, cada vez más, en su visión de la dependencia en el marco del sistema-mundo y del impacto en él de la revolución científico-técnica. Globalización, economía mundial y sistema mundial son, en su interrelación, conceptos claves en sus análisis y en su obra en este período.

En 2009 estuvimos junto a Theotônio en São Paulo en un Seminario para honrar la memoria de Ruy Mauro Marini, fallecido en 1997. En su homenaje se publicó el libro *A América Latina e os desafios da globalização: Ensaio dedicados a Ruy Mauro Marini* (2009), coordinado por Emir Sader y Theotônio Dos Santos. El libro, que destaca la extraordinaria importancia de Ruy Mauro Marini en el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas, incluye trabajos de Emir Sader, Theotônio Dos Santos, Immanuel Wallerstein, André Gunder Frank, Adrián Sotelo, Orlando Caputo y Francisco López Segrera, entre otros (Sader & Dos Santos, 1999).

1. Director de la Editora de la Academia China de Ciencias Sociales.

En 2010-2011 colaboramos con Dos Santos en el Proyecto “Repensar América Latina” de FLACSO y UNESCO, organizado por el Consejero Regional de UNESCO, Julio Carranza. Theotônio tuvo a su cargo la coordinación y edición del tercer volumen sobre *América Latina y el Caribe: escenarios posibles y políticas sociales*, siempre uniendo la dimensión prospectiva a sus análisis globales y de nuestra región. En la Introducción Theotônio señala que esta obra tiene “el objetivo de iniciar un esfuerzo por establecer los escenarios posibles durante los próximos años y las opciones de nuevas políticas sociales que se abren a partir de un análisis de los elementos claves de la coyuntura económica, social, política y cultural” (Dos Santos, 2011: 13). Y luego añade que este libro “abre un sendero para un mejor entendimiento del papel que pueden desempeñar las ciencias sociales en la presente coyuntura” (2011: 15).

En 2011, contribuimos a la preparación del N° 2, de marzo de 2011, de la *Revista Latin American Perspectives*, dirigida por Ronald Chilcote, un profundo conocedor de la obra de Dos Santos, a cuya valía se ha referido en varios trabajos. Dos Santos publicó allí un medular artículo: “Globalización, Potencias Emergentes y el Futuro del Capitalismo”, en que cuestionaba la hegemonía de Estados Unidos ante la emergencia de otros poderosos actores internacionales (2011: 31).

En la primera semana de diciembre de 2013 me reuní con el Profesor Dos Santos en Fortaleza, ciudad brasileña, invitado por la subse de REGGEN, que dirigía Alusio Bevilaqua, y que radicaba en el Departamento de Fundamentos de la Educación, de la Universidad Federal del Ceará (UFC). En el Seminario centrado en temas globales y de educación, la ponencia y reflexiones de Theotônio suscitaron un enorme interés.

En octubre de 2014 Theotônio y su esposa Mónica Bruckmann, organizaron en Quito, Ecuador –conjuntamente con el Centro de Prospectiva Estratégica (CEPROEC) del Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN) de Ecuador– el Taller *Análisis Prospectivo: Hacia un enfoque teórico metodológico*. Dos Santos presentó el trabajo “Ciclos largos de la economía mundial, patrón tecnológico y prospectiva: Crisis y reestructuración del sistema mundial”, que causó gran impacto entre los directivos y asistentes del CEPROEC del IAEN. También el trabajo de Bruckmann

“Análisis de la coyuntura y prospectiva” despertó gran interés. Muestra de esto fue, que los directivos de las mencionadas instituciones ecuatorianas le propusieron a Theotônio y a Mónica que consideraran la posibilidad de una larga estancia en Ecuador como asesores de los centros mencionados.

En noviembre de 2015, participamos en la ciudad de Medellín, Colombia –al igual que Theotônio y Mónica Bruckmann– en la VII Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales organizada por CLACSO, en la que se dieron los pasos para empezar a preparar esta *Antología Esencial*.

Hitos clave de la vida de Theotônio Dos Santos

Trayectoria política y académica

Exilio en Chile (1966-1974) y México (1974-1979)

El Profesor Dos Santos nació en Carangola, Minas Gerais, Brasil, el 11 de noviembre de 1936, a pesar de que oficialmente fue registrado el 11 de enero de 1937. En 1961 se graduó de Bachiller en Sociología Política y Administración Pública en la Facultad de Economía de la Universidad Federal de Minas Gerais.

Theotônio fundó a fines de los años 50 la revista cultural *Complemento*, que atrajo gran parte de la intelectualidad de Belo Horizonte y fue el sostén de lo que se llamó la “generación complemento” un movimiento cultural del cual formaron parte importantes representantes de la cultura y artes plásticas en Brasil como el literato Silviano Santiago, los fundadores de una escuela de ballet moderno Klaus y Angel Viana, el poeta Heitor Martines, el crítico de arte Frederico Moraes, el músico Ezequiel Neves, entre otros.

Entre 1962 y 1964 llevó a cabo un estudio sistemático de *El capital* en Brasilia junto a Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra, entre otros.

En 1961 fundó la Organización Revolucionaria Marxista Política Obrera (POLOP), que marcó profundamente la evolución de la vida política de la izquierda brasileña y latinoamericana y representó la crítica

de la izquierda más radical al estalinismo de los partidos comunistas tradicionales, a la vez que superaba al trotskismo, también prisionero de la experiencia soviética de confrontación entre Trotsky y Stalin. Según Dos Santos “POLOP estaba enfocada al análisis de las experiencias políticas del Tercer Mundo y de América Latina. Se inscribía en el proceso generado por la Revolución Cubana y por las tentativas internacionales y locales en esa dirección”.²

Una de las principales consecuencias de la Revolución Cubana (1959) en el área latinoamericana fue el florecimiento de una nueva ciencia social marxista innovadora –capaz de diagnosticar certeramente los factores que producen el subdesarrollo y de señalar soluciones a él– contrapuesta a las concepciones de la burguesía dependiente y el imperialismo y a las visiones tradicionales, conservadoras y dogmáticas de los partidos comunistas latinoamericanos. La Escuela de la Dependencia fue, sin duda, el mejor exponente de esta nueva ciencia social que emergió ante el fracaso de la teoría de sustitución de importaciones y desarrollo “independiente” de la CEPAL. La obra de Ruy Mauro Marini, Theotônio Dos Santos y Vania Bambirra, resultó clave al respecto.

En abril de 1964 fue expulsado de la Universidad de Brasilia y luego sentenciado a 4 años de prisión por ser “autor intelectual de la penetración subversiva en el campo” lo que implicó su paso a la clandestinidad.

En 1966 se va a Chile exiliado. Entre 1966 y 1973 se desempeña como Profesor Titular en la Universidad de Chile. Entre 1966 y 1971 trabaja como Jefe de Docencia e Investigación en el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO), donde desarrolló una actividad notable junto a un grupo de valiosos colegas: Ruy Mauro Marini, André Gunder Frank, Vania Bambirra, Martha Harnecker, Roberto Pizarro, Manuel Lajo, Pío García, Tomás Vasconi, Inés Reca, Orlando Caputo y Emir Sader, entre otros. Entre 1972 y 1973 se desempeñó como Director del CESO.

Al producirse el golpe militar de Pinochet en Chile en 1973, permanece asilado seis meses en la Embajada de Panamá, obtiene un salvoconducto y se exilia en México en marzo de 1974. Trabaja como Investigador

2. Memorial de T. Dos Santos (2012).

del Instituto de Investigaciones Económicas IIEc de la UNAM. En este país obtuvo por oposición una Cátedra de Profesor Titular en la División de Posgrado de Ciencias Políticas y de las Facultades de Economía y Filosofía; fue nombrado Coordinador del Doctorado en Economía de la UNAM (1975); y luego jefe de la División de Posgrado (1978), cargos en los que permaneció hasta su regreso a Brasil en 1979.

Las estancias en Chile (1966-1974) y México (1974-1979) fueron sumamente fructíferas para la obra de Dos Santos. Durante su estancia en Chile publicó ocho libros y en México cuatro libros. Podemos decir que la teoría de la dependencia, que había comenzado a desarrollar en Brasil, adquirió una versión acabada durante estos años, abordando paralelamente múltiples temas tales como: la estructura de la dependencia, imperialismo y corporaciones multinacionales, el concepto de clases sociales, socialismo y fascismo en América Latina, la crisis del capitalismo, la crisis del milagro brasileño, viabilidad del capitalismo dependiente y democracia, problemas del subdesarrollo latinoamericano, la deuda externa, la falacia del neoliberalismo, la significación de la Trilateral desarrollada por el Presidente Carter y la transición chilena al socialismo. Además, en ambos países publicó decenas de artículos en revistas científicas de gran calidad de estos países, de la región, de Estados Unidos, Francia y de otros países. También participó en obras colectivas de gran importancia de diversos países, impartió cursos y conferencias y dio entrevistas de prensa.

La amnistía brasileña de 1979 le permitió regresar a Brasil, “pero no encontré la misma solidaridad que obtuve de los pueblos hermanos de Chile y México”, pues “la dictadura aún dominaba el ambiente académico brasileño y solo pude obtener posiciones inestables como becario del CNPq o bien cargos académicos temporales como profesor de la PUC de Belo Horizonte y del Instituto Bennet, instituciones en las cuales intenté inútilmente crear un centro de investigación sobre los grandes problemas del mundo contemporáneo y de Brasil”.³

Su militancia en el PDT (1979), fue uno de los factores que hizo difícil su integración al medio académico brasileño junto a otros factores que ya hemos señalado.

3. Memorial, *op. cit.*

En 1983 asume la dirección de entrenamiento de la FESP, en Río de Janeiro, y estructura un sistema de pre y posgrado mediante el que establece una amplia red de contactos con científicos a nivel mundial. En 1985 recibe el título de doctor por "Notorio saber" en Economía, de la Universidad Federal de Minas Gerais y solo fue en ese año de 1985 "que pude realizar un concurso de oposición como Profesor Titular, en mi Facultad de origen, la FACE de la UMFG. Este fue mi tercer concurso como Profesor Titular y el primero en Brasil".⁴

Dos Santos fue amnistiado en 1985 por la Ley de Amnistía y pudo reintegrarse a la Universidad de Brasilia en 1987.

En los ochenta, Theotônio se convierte en consultor de la Universidad de las Naciones Unidas y de la UNESCO, en presidente de la Asociación Latino-Americana de Sociología (ALAS) (1987-1991), en miembro del consejo ejecutivo de la Asociación Latinoamericana de Política Científica y Tecnológica, en consultor del Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y en director de estudios de la Maison des Science de l'Homme, de la Universidad de París I en los años 1989, 93, 94, y 95.

En los años noventa, además de laborar como director de estudios de la Maison des Science de l'Homme, de la Universidad de París I, Theotônio es designado Profesor Asociado de la Universidad Ritsumeikan de Kioto (1990-92) y de la Universidad de París VIII (1991) y, en 1994, por cuarta vez, Profesor Titular, por oposición, en la Universidad Federal Fluminense (UFF), donde permaneció 15 años.

También en esta etapa tuvo varias estancias en París como Director de Estudios en la Maison des Science de l'Homme (entre 1989 y 1995) y como Profesor Asociado en el Departamento de Economía Política de París VIII. Entre 1990 y 1992, trabajó como Profesor Asociado en la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad de Ritsumeikan, Kioto, como ya hemos mencionado.

Después de su jubilación en 2009 de la UFF, el Profesor Dos Santos ha seguido desarrollando sus labores: como Coordinador de la Cátedra y Red UNESCO de Economía Global y Desarrollo Sustentable (REGGEN), como Profesor Visitante del Consejo de Perfeccionamiento

4. Memorial, *op. cit.*

en Estudios Superiores-CAPES en la UFF, y como Profesor Visitante de la Universidad del Estado de Río de Janeiro-UERJ, impartiendo cursos y conferencias a nivel mundial y participando en múltiples congresos y actividades académicas.

Principales aportes teóricos de la teoría de la dependencia y de la teoría del sistema mundial en la obra de Theotônio Dos Santos

A finales de los años 50 el futuro de América Latina era visualizado a través del paradigma estructural-funcionalista, del marxismo tradicional (y luego de la nueva versión de los teóricos de la dependencia marxistas) y del pensamiento desarrollista de CEPAL. La falla del funcionalismo fue considerar que se podría reproducir en la periferia el esquema clásico de desarrollo capitalista del centro –tesis validada por el marxismo tradicional, que visualizaba América Latina como una sociedad feudal– y la de la CEPAL pensar que solo con la sustitución de importaciones y un Estado y un sector público fuertes se obtendría el desarrollo. La variante radical de índole marxista de la *teoría de la dependencia* de Marini, Dos Santos y Bamberger –y también la de Gunder Frank– criticó duramente tanto al funcionalismo como a las tesis de CEPAL, si bien de esta última tomó determinados supuestos. El *enfoque de la dependencia* de Cardoso, sin embargo, no consideró imposible alcanzar el desarrollo desde una situación de dependencia.

En los sesenta se desarrollaron tres variantes de la teoría de la dependencia. Los teóricos marxistas –Marini, Dos Santos y Bamberger–, influidos por la Revolución Cubana, ofrecieron una visión de la dependencia y el subdesarrollo que solo se superaría construyendo el socialismo. Sus teorías fueron complementadas, por la tesis metrópoli-satélite de André Gunder Frank, que fue una segunda variante de la teoría de la dependencia.

En la percepción de Theotônio Dos Santos y de los teóricos marxistas de la teoría de la dependencia, la Revolución Cubana había derribado varios mitos. En primer lugar había demostrado que era posible construir el socialismo en un país en que imperaba una fuerte dominación imperialista; que el socialismo era una condición para el desarrollo de

los países subdesarrollados; que el populismo, como fórmula política, estaba agotada y había sido sustituida con éxito por una revolución socialista; que las formas peculiares del socialismo en Cuba y en América Latina estarían determinadas por la especificidad socio-económica de nuestros países y de la región; y que las teorías funcionalistas de la modernización o bien de sustitución de importaciones de CEPAL no eran el camino para alcanzar una verdadera independencia y el desarrollo.

Marini, Dos Santos y Bambirra se opusieron y confrontaron las tesis del desarrollo asociado dependiente de Fernando Henrique Cardoso, que representó la tercera variante de la teoría de la dependencia. Este autor no contrapuso el desarrollo con la dependencia y consideró que se podía construir la democracia en el capitalismo dependiente, iniciando en fecha temprana una involución neoliberal. El enfoque de la dependencia de Cardoso no criticó el funcionalismo ni el liberalismo, pero fue crítico con las tesis de CEPAL y de la teoría de la dependencia de tendencia marxista (Katz, 2016).

Al mismo tiempo, Marini, Dos Santos y Bambirra criticaron duramente al imperialismo estadounidense y desarrollaron propuestas de integración latinoamericana y de asociación internacional con el bloque socialista. Plantearon una drástica ruptura con la estrategia política de los partidos comunistas latinoamericanos, que proponían forjar alianzas con la burguesía para desarrollar modelos de capitalismo nacional.

Dos Santos formuló el concepto clave de dependencia:

una situación en la cual la economía de un cierto grupo de países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía, a la cual su propia economía está atada; una situación histórica que configura la estructura de la economía mundial de tal manera que determinados países resultan favorecidos en detrimento de otros, y que determina las posibilidades de desarrollo de las economías internas. (Dos Santos, 1969: 184)

El instrumento heurístico que nos proporciona este concepto de dependencia, al fijar nuestra atención simultáneamente en la situación internacional –que resulta tipificada por la interdependencia cada vez mayor

entre las economías nacionales a nivel mundial bajo la dominación de uno o más centros hegemónicos que monopolizan crecientemente el poder y la riqueza en perjuicio de las grandes masas— y en la infraestructura o estructura interna de la dependencia en los países subdesarrollados de América Latina —concebida esta estructura interna no como una mera consecuencia de mecanismos exteriores de dominación, sino como la peculiar forma capitalista dependiente del subdesarrollo latinoamericano— nos permite comprender la dimensión, interrelación, y especificidad entre ambos fenómenos —el nacional y el mundial—, sin pretender reducir el uno al otro.

Theotônio discrepó con las tesis divulgadas por W. W. Rostow y otros teóricos que consideraban que el “atraso” se solucionaría con cambios en los sistemas de valores u otros comportamientos modernizantes. Demostró que la inserción internacional de la región como exportadora de productos primarios agro-mineros impedía su desarrollo, dado que esa era la función que le tenían asignada las economías centrales. Negó que nuestros países, en el marco de estas estructuras, pudieran converger con las economías “centrales”, refutando así la falacia de las posibilidades de que nuestros países evolucionaran de una sociedad tradicional a otra industrial en el marco de la dependencia. Rechazó, asimismo, la visión dualista del subdesarrollo, como un conflicto entre sectores modernos y retardatarios de la economía, cuando ambos estaban integrados y cumplían determinadas funciones en el capitalismo dependiente.

Dos Santos planteó que el subdesarrollo latinoamericano obedecía al lugar ocupado por la región en la división internacional del trabajo y no a la orfandad de capitales, u otros factores. Analizó también el papel de las empresas multinacionales y la creciente integración global del capital.

Dos Santos adecuó las categorías marxistas —y en especial las tesis de Marx acerca de la estructura y desarrollo histórico del capital, de Lenin sobre el desarrollo desigual, de Rosa Luxemburgo acerca de la acumulación primitiva y de Trotsky con relación al desarrollo desigual y combinado— al análisis concreto de la realidad latinoamericana. Su teoría se enriqueció en permanente contacto, no solo con los hallazgos de Prebisch, Ferrer, Furtado y la CEPAL, sino también con los novedosos aportes de historiadores de la región como Sergio Bagú, con sus tesis del

capitalismo colonial, con las tesis de Baran y Sweezy sobre el excedente, y con los novedosos estudios de Samir Amin, Ernest Mandel y luego de Immanuel Wallerstein.

Dos Santos afirmó que la teoría de la dependencia tenía un nivel científico, en la medida en que había desarrollado un método de análisis específico y válido, formulando las leyes que rigen el desarrollo dependiente de los países subdesarrollados y la emergencia y evolución del capitalismo dependiente. Según él, las reglas de la dependencia clarificaban de qué forma la dependencia comercial, financiera y tecnológica-industrial había producido y seguía generando bloqueos a la acumulación del capital en América Latina. También, mediante el estudio de la especificidad latinoamericana de dependencia y subdesarrollo, estableció las diferencias entre el subdesarrollo latinoamericano y el de otros países del Tercer Mundo, situados en Asia y África, donde la descolonización había sido un fenómeno mucho más tardío, de mediados del siglo XX, y no como en nuestra región que se independizó en las primeras décadas del siglo XIX, salvo excepciones.

Previo a su exilio en Chile, los principales aportes de las investigaciones del Profesor Dos Santos los podríamos resumir del modo siguiente: el análisis de la estructura de clases en Brasil; el proceso de consolidación de la burguesía industrial, que comienza con la Revolución de 1930 y se consolida en el *Estado Novo* y su crisis al desnacionalizarse y abandonar su ideología nacionalista y democrática, al producirse la penetración del capital extranjero; las alianzas de clase que llevaron al golpe de 1964, el cual fue previsto por Dos Santos, y su carácter de corte fascista; y las causas de la derrota de la izquierda y las posibilidades de una contraofensiva estratégica.

A los dos años de encontrarse en Chile, Theotônio dos Santos publicó *El Nuevo Carácter de la Dependencia* (1968), y luego dio a la luz una nueva versión en México (1978). En este texto clave de la teoría de la dependencia Dos Santos afirmó:

Enfocar la dependencia como una condición que configura cierto tipo de estructuras internas, significa tomar el desarrollo como un fenómeno histórico mundial; como resultado de la formación,

expansión y consolidación del sistema capitalista. Tal perspectiva implica la necesidad de integrar, en una sola historia, la perspectiva de la expansión capitalista en los países hoy desarrollados y sus resultados en los países por él afectados. Pero no se trata de tomar estos resultados como simples “efectos” del desarrollo capitalista, sino como su parte integrante y determinante. (Dos Santos, 1999: 297)

Más adelante en este libro formula “lo que se debe entender por dependencia”, y afirma que “la dependencia conduce a una situación global de los países dependientes que los sitúa en retraso y bajo la explotación de los países dominantes” (Dos Santos, 1999: 303).

También en esta obra describe la estructura de la dependencia y afirma que los intentos de analizar la realidad de los países dependientes, como producto de “un retraso en asimilar modelos de producción más avanzados o de modernización, no pasan de ser oscurecimientos ideológicos disfrazados de ciencia” (Dos Santos, 1999: 320).

En *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano* (1968) analizó lo ocurrido en Brasil tras el golpe militar de 1964:

en Brasil existen las condiciones históricas para una organización represiva del Estado y para una organización estatal de la producción, con vistas a garantizar la supervivencia del régimen; pero faltará a este Estado fascista su contenido –la política expansionista–, que entraría en choque con su sustentación internacional, salvo que una guerra civil terminara en la derrota del movimiento de masas y le concediera al gobierno fascista una tranquilidad interna suficiente para intentar un camino expansionista.

Y también señalaba refiriéndose a las posibilidades del fascismo dependiente latinoamericano:

el socialismo sería la única alternativa al fascismo, aunque esto en forma alguna negaba la posibilidad de un proceso de transición democrática. Pero el desarrollo de la democracia en una sociedad con

un alto grado de concentración económica y con una marginalidad y dependencia económica crecientes, difícilmente podría mantenerse sin provocar profundas contradicciones entre el voto de las mayorías y los intereses de las minorías que controlaban estos países.

Sin embargo, el nuevo modelo de dominación de fascismo dependiente impuesto y apoyado por Estados Unidos en la región no resultó viable. En la década del ochenta, ninguna dictadura fascista se encontraba en el poder, salvo la de Pinochet, que estuvo en el poder hasta 1990. Este modelo fue sustituido por la consolidación de democracias débiles en el marco de políticas neoliberales, del capitalismo dependiente y del Consenso de Washington. Pero este modelo hizo crisis en los noventa en la mayoría de los países de la región y comenzaron a emerger, como alternativa, desde 1999, con la victoria de Hugo Chávez en Venezuela, gobiernos posneoliberales (López Segrera, 2016).

Concepto de Clases Social (1973), publicado en Buenos Aires, fue la versión final de un estudio que había iniciado en Brasil a principios de los sesenta y cuyo primer resultado fue su tesis sobre *Las clases sociales en Brasil* (1964).

En este trabajo, Dos Santos, al partir de los aportes teóricos de Marx sobre el tema, analiza el concepto de clases sociales, en el marco del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción, como forma de explicar el desarrollo histórico de la sociedad. Estudia en dicho libro las relaciones sociales de producción en forma dialéctica, pues si bien dependen de la base estructural, al mismo tiempo la condicionan, en tanto que las fuerzas productivas son desarrolladas por la sociedad en situaciones concretas.

Lo más relevante de este estudio es la metodología que nos ofrece Theotônio, en el último capítulo, de cómo investigar las clases sociales.

Así el análisis se desarrolla en varios planos posibles. El plano del modo de producción, el más abstracto; el plano de la estructura social económica concreta, que supone la combinación de varios modos de producción y sus variaciones internas, y de la superestructura cultural e ideológica; por fin, el plano coyuntural que,

como hemos señalado varias veces, conduce a la diversificación del comportamiento de las clases y grupos según las diversas situaciones coyunturales. El análisis de clase debe combinar todos estos planos para lograr su verdadera concreción científica. (Dos Santos, 1973: 32)

Y luego añade: “Es interesante notar que este ideal científico se opone profundamente a una ciencia positivista que busca leyes generales válidas en sí mismas. Nuestro análisis de clase nos conduce exactamente a lo particular y busca leyes específicas y no generales”.

En *La crisis norteamericana y América Latina* (1971), Dos Santos sistematizó sus estudios sobre Estados Unidos y retomó el concepto de los ciclos largos de Kondratiev, con el fin de explicar el proceso económico mundial desde de la crisis de 1914-1918 a 1945 y el crecimiento económico que se produjo de 1945 a 1967. Según Dos Santos “esta visión de las ondas largas le permitió prever el inicio de una nueva crisis de largo plazo que se anunciaba ya en 1967 y que explicaba los movimientos sociales de 1968. En 1973, la crisis que produjo el ajuste de los precios del petróleo, dio lugar a una recesión económica muy grave entre 1973 y 1975”. También analizó en este libro, cómo estas crisis se manifestaban en los países dependientes.

Su libro *Dependencia y cambio social* (1972), contiene, revisados, un grupo de artículos escritos entre 1967 y 1971, donde formula su teoría de la dependencia, que luego sigue desarrollando en *Imperialismo y dependencia* (1978), donde analiza: los límites de la fórmula keynesiana aplicada en la posguerra, la posibilidad de solucionar la crisis y lograr crecimiento económico mediante el gasto público; la crisis de la economía norteamericana; la recesión de 1974-75; y los límites de la recuperación en 1976. En esta obra clave el autor plantea que las relaciones de dependencia abarcan tres niveles:

- a) Una economía mundial dirigida por monopolios capitalistas tecnológicos, financieros y comerciales.
- b) Relaciones económicas internacionales que impulsan la expansión de estos monopolios y establecen una división internacional del trabajo.

- c) La formación de estructuras internas en los países dependientes, que asimilan en forma positiva esta relación de dependencia y que se ponen en función de los intereses de las economías centrales que los imponen.

La dependencia –según este libro de Dos Santos– configura de este modo estructuras económicas, políticas, sociales e ideológicas específicas condicionadas por la dirección que el gran capital internacional ejerce sobre el sistema mundial. La alianza entre las burguesías locales y las metropolitanas en la búsqueda de plusvalía extraordinaria que mueve a las burguesías centrales o periféricas, está basada en la desigualdad de poder tecnológico, financiero y comercial entre ambas, lo que convierte la asociación con los monopolios internacionales en la fuente de plusvalía extraordinaria de la burguesía dependiente.

En *La crisis norteamericana y América Latina* (1971) y en *Imperialismo y dependencia* (1978), Theotônio estudia cómo el proceso de integración internacional de la posguerra implicó una transferencia de recursos tecnológicos, financieros y económicos de gran magnitud de Estados Unidos en beneficio de Alemania y el Japón, que dio lugar a la crisis de la hegemonía estadounidense y a consecuencias depresivas para la economía mundial.

Durante su estancia en Chile y México, Theotônio tuvo una estrecha colaboración con los principales teóricos de la izquierda a nivel latinoamericano y mundial y con publicaciones como *Monthly Review*, *NACLA* y *Science and Society*, entre otras; y estuvo como Profesor Visitante en la Universidad de *Northern Illinois* (1969) y en el Departamento de Sociología de la Universidad de Nueva York, en Binghamton (1979).

Además de las obras a que nos hemos referido más arriba, entre 1973 –último año de su estancia en Chile– y 1979 –en que partió de México a Brasil–, Dos Santos publicó una gran cantidad de libros y artículos en varios idiomas. Entre los principales libros debemos mencionar: *Imperialismo y corporaciones multinacionales* (1973); *Brasil: la evolución histórica y la crisis del milagro económico* (1978); *La crisis del imperialismo y la política externa norteamericana. Cómo entender a Jimmy Carter* (1978), que tuvo como objetivo explicar las razones del surgimiento en su gobierno de la política de derechos humanos y de la Comisión Trilateral; *La revolución*

científico-técnica: tendencias y perspectivas (1977), donde avanzó, según él, “gran parte de las ideas que constituyeron la base para los libros publicados en Brasil en la década del ochenta” sobre este tema; y *Brasil: crisis económica y transición democrática* (1979).

Durante su estancia en México, Theotônio creó un Seminario de Economía Política de la Ciencia y la Tecnología, que coordinó junto con Leonel Corona en el Doctorado de Economía de la UNAM; participó activamente en la Asociación Internacional de Economistas del Tercer Mundo; en la organización del Seminario Permanente sobre América Latina (SEPLA), con Pablo González Casanova y Pedro Vuscovic; y en la colaboración con la International Peace Research Association (IPRA). Además, desarrolló una incesante actividad política como miembro del Comité de Solidaridad Latinoamericana y como coordinador del proceso de reorganización del laborismo en el Brasil.

Los principales aportes de su obra durante los períodos de su estancia en Chile (1966-1974) y México (1974-1979) fueron, entre otros, los siguientes: la elaboración del concepto de dependencia, la periodización de sus diversas fases en la historia de la acumulación capitalista mundial, la conceptualización de las características generales y específicas de las estructuras internas dependientes y la definición de los mecanismos que reproducían la dependencia; el estudio de la economía mundial de posguerra, su aplicación de la teoría de los ciclos que deja de ser una cuestión teórica general para ubicarse en los procesos históricos concretos, en especial después de 1967, y el impacto de las sucesivas crisis en la economía mundial; el desarrollo de un proyecto científico que tuvo como objetivo concentrar el esfuerzo teórico en el análisis de las formaciones sociales contemporáneas para dividir las en tres grandes grupos: las potencias centrales, los países dependientes y los países socialistas en ese sentido, afirmó Dos Santos que “la idea de analizar estas tres grandes formaciones sociales le condujo a la necesidad metodológica de considerarlas como parte de un sistema mundial único”; su crítica al intento de presentar a los tigres asiáticos (NICs) como un caso de superación de la situación de dependencia dentro del capitalismo, sin analizar los elementos excepcionales que concurren en ellos en el marco de la Guerra Fría; el estudio del modelo político latinoamericano, los matices de la

alternativa entre fascismo y socialismo, y la factibilidad de una transición a la democracia desde la dictadura; el estudio de los problemas de la transición del capitalismo al socialismo; destacó el carácter continental y de largo plazo de la revolución socialista latinoamericana, criticó la teoría del foco guerrillero y enfatizó la necesidad de un movimiento revolucionario con amplia base de masas; planteó la lucha por el socialismo como sistema alternativo al capitalismo dependiente latinoamericano y donde la planificación social estatal debería predominar sobre el principio del mercado, aun cuando el mercado continuara siendo un instrumento de distribución; y consideró que el camino de la revolución socialista cubana, era la alternativa a los regímenes fascistas latinoamericanos de Brasil (1964), Bolivia (1971), Uruguay (1973), Chile (1973) y Argentina (1976).

Regreso a Brasil (1979-2018)

PRIMERA ETAPA: (1979-1998) REVOLUCIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA, CRISIS INTERNACIONAL DEL CAPITALISMO Y NUEVOS MODELOS DE DESARROLLO

Durante este período Theotônio desarrollo una gran actividad internacional. Participó en eventos entre 1981 y 1984 en la Universidad Central de Venezuela, en la UNAM de México y en Cuba sobre la crisis económica mundial y sus efectos en América Latina. En 1985 fue invitado a La Habana por el Presidente Fidel Castro a un “Encuentro de personalidades latinoamericanas sobre la Deuda Externa” y a otro de ese mismo tema en la Habana, también en ese año, invitado por Prensa Latina. Nos dice Dos Santos que en ambos eventos “tuvo la oportunidad de discutir con el Presidente Fidel Castro y altos dirigentes de Cuba sobre las perspectivas del endeudamiento externo en la región y sobre la política científica de Cuba, que ya en esa época desarrollaba investigaciones científicas de punta en biotecnología”.⁵

Algo central en este período fueron sus estudios y publicaciones sobre la revolución científico-técnica, tema sobre el cual había comenzado a publicar trabajos desde 1977. El primero de los libros sobre este tema

5. Memorial, *op. cit.*

fue *Fuerzas productivas y relaciones de producción* (1985), escrito antes del segundo libro, *Revolución científico-técnica y capitalismo contemporáneo* (1983), pero que por razones editoriales salió publicado después.

En *Fuerzas productivas y relaciones de producción* (1985), Theotônio “procuraba mostrar cómo la revolución científico-técnica representaba una fase histórica de la evolución de las fuerzas productivas que exigía un cambio sustancial de las relaciones de producción, bien transformando los procesos del trabajo, las relaciones de clase o las unidades de producción, creando empresas multinacionales, bien transformando también la relación entre el sistema productivo y el Estado”.⁶

En *Revolución científico-técnica y capitalismo contemporáneo* (1983), analizó la mencionada revolución “como un conjunto de transformaciones, cuyo elemento central estaba en la importancia creciente de la ciencia, que pasaba a ejercer su hegemonía sobre el proceso productivo”.

Su libro *La Revolución científico-técnica y la acumulación del capital* (1987), sostuvo la tesis de que esta revolución exigía transformaciones profundas en los procesos productivos y en todo el sistema institucional, debido a una institucionalización creciente, “con un contenido cada vez más social del sistema productivo”.

También en esta etapa Dos Santos publicó sendos libros dedicados a estudiar la crisis económica mundial. *Teorías del capitalismo contemporáneo* (1983) y *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo* (1987).

Según Theotônio, sus estudios sobre la “temática global no lo separó de los problemas específicos de Brasil”, como mostró publicando: *El camino brasileño al socialismo* (1986), donde analizó el desarrollo económico de Brasil, entre otros aspectos; y *Evolución histórica de Brasil: de la Colonia a la crisis de la Nueva República* (1995), que había sido elaborado para su disertación con el fin de obtener la plaza de profesor Titular en la UFMG.

En todos estos trabajos trató de desarrollar una teoría económica que “integrara el conjunto de fenómenos que vengo analizando: sistema-mundo, revolución científico técnica y cambios tecnológicos”, e insistió en estudiar la economía mundial como una unidad autónoma y no simplemente como un conjunto de economías nacionales, resaltando esta interacción.

6. Memorial, *op. cit*

Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente (1991) es un libro clave, por el conjunto de problemas que aborda a la luz de nuevos acontecimientos como el derrumbe de la Unión Soviética y del socialismo en el Este de Europa y del tránsito en Brasil de la dictadura a una democracia, en el marco del capitalismo dependiente. En la Introducción a este libro nos dice Theotônio:

Este libro reúne gran parte de nuestros trabajos y reflexiones sobre las cuestiones de la dependencia, de la democracia y del socialismo en los últimos quince años, desde que terminamos nuestro libro *Imperialismo y dependencia*. En este lustro ocurrieron cambios importantes en el escenario económico y político del mundo que nos llevaron a profundizar en algunas reflexiones y tesis defendidas en el pasado.

La primera parte de la obra se dedica a presentar nuestras reflexiones sobre las críticas publicadas en todo el mundo sobre la teoría de la dependencia y nuestra contribución a la misma.

En la segunda parte, incursionamos más detenidamente sobre la cuestión de las relaciones entre el desarrollo científico y la dependencia cultural.

La tercera parte de este estudio integra la cuestión de la democracia en el contexto del desarrollo capitalista dependiente y procura responder a la pregunta: ¿es posible una democracia estable en las condiciones de una sociedad dependiente, donde la concentración de la renta y la exclusión y la marginalización de las mayorías sociales sean resultado de su forma particular de desarrollo capitalista? (Dos Santos, 1991: 4)

Theotônio afirma que “lo que ya estaba definitivamente superado era el “estalinismo” como ideología, y el aparato partidario y estatal-burocrático que había creado” y que esto está “lejos de significar el fin del socialismo”.

Y concluye la Introducción a este libro diciendo: “Completamos así, un ciclo de reflexiones que, lejos de encerrar el debate en el capitalismo dependiente, la democracia y el socialismo, pretende solamente reubicarlo a la luz de los importantes cambios que vienen dándose en el mundo contemporáneo y particularmente en Brasil” (Dos Santos, 1991: 7).

SEGUNDA ETAPA: TEORÍA DE LA DEPENDENCIA Y SISTEMA-MUNDIAL. HEGEMONÍA Y CONTRA-HEGEMONÍA (1998-2018)

Esta etapa se inicia con *Los retos de la globalización* (1998), donde UNESCO y los principales teóricos del sistema-mundo homenajearon a Theotônio por sus 60 años, como ya hemos señalado más arriba; y *El Pensamiento social latinoamericano en el siglo XX* (1999), antología preparada por Ruy Mauro Marini y Theotônio Dos Santos. En el primer libro Theotônio publicó *La teoría de la dependencia: un balance histórico y teórico*, texto al que ya nos hemos referido y en el segundo una versión reelaborada de *El nuevo carácter de la dependencia*, que había publicado originalmente en 1967.

Lo que caracteriza a esta etapa de Theotônio es la fusión e integración cada vez mayor de la teoría de la dependencia con la teoría del sistema mundo, proceso que había iniciado en la etapa anterior.

En su artículo “Construir el futuro: el papel de las ciencias sociales” lleva a cabo una dura crítica a la arrogancia del pensamiento neoliberal, en tanto que intento de pensamiento único y critica las fórmulas del Consenso de Washington ante la crisis de las políticas de ajuste estructural (Dos Santos, 2000: 337).

Entre 2002 y 2004 publica una trilogía de libros claves. *La teoría de la dependencia: balance y perspectivas* (2002), que fue publicado en portugués, español y mandarín. La mencionada integración entre teoría de la dependencia y teoría del sistema mundo señalada más arriba se hace evidente en este libro:

La teoría de la dependencia proseguía y perfeccionaba un enfoque global que pretendía comprender la formación y evolución del capitalismo como economía mundial. Prebisch ya hablaba, en la década de 1950 sobre la existencia de un centro y una periferia mundial, tesis que perfeccionará en la década de 1970 bajo la influencia del debate sobre la dependencia (Prebisch, 1981). La teoría de la dependencia buscó refinar ese esquema al rever la teoría del imperialismo desde su formación, con Hilferding, Rosa Luxemburgo, Hobson, Lenin y Bukharin. André Gunder Frank (1991) llama la atención para esa búsqueda de análisis del sistema mundial que se diseña sobre todo a comienzos de la década de 1970 con Amin

(1974), Frank (1978, 1980 y 1981), Dos Santos (1970 y 1978), pero gana realmente gran aliento con la obra de Immanuel Wallerstein (1974, 1980, 1989), que desarrolló la tradición de Fernand Braudel (1979). (Dos Santos, 2002: 33)

Otro libro de la trilogía fue *La economía mundial y la integración latinoamericana* (2004), que constituye una nueva versión de un libro ya publicado en Brasil (1994) y por la Academia China de Ciencias Sociales (2003).

El tercer y último libro fue *Del terror a la esperanza: auge y decadencia del neoliberalismo* (2004), que implicó, según el autor, que su obra llegara a un punto excepcional de consolidación. Según Theotônio “este libro es un análisis original del neoliberalismo como teoría y como práctica, en los Estados Unidos de Reagan, en el Reino Unido de la Thatcher, como práctica del FMI y del Banco Mundial, y de los gobiernos asiáticos, africanos, latinoamericanos y, sobre todo, en el caso brasileño que he analizado más detenidamente. El libro muestra también que las contradicciones del neoliberalismo comenzaron a generar el rechazo de las poblaciones sometidas a estas políticas”, y la crisis del “pensamiento único”.⁷

En el capítulo V de este libro, titulado *Hegemonía y Contrahegemonía*, Dos Santos afirma:

El mundo está transformándose drásticamente. Nos hallamos en el umbral de una nueva era económica, social, política y cultural. Lo que define esta nueva era es, esencialmente, la creación de una dimensión global de la vida, punto de partida para una civilización planetaria. Actualmente, nos vemos en la obligación de confrontarnos con el proceso de globalización de la vida económica, social, política y cultural, y sus demandas consecuentes; y estamos creando los instrumentos teóricos para ello. A fin de describir esta nueva realidad, utilizamos sin discriminación los términos globalización, sistema mundial, economía mundial, orden mundial, que evocan o preceden la formación de una civilización planetaria. Sin embargo, estos términos representan distintas caras de un mismo fenómeno

7. Memorial, *op. cit.*

histórico, como veremos en los siguientes intentos de definirlos.
(Dos Santos, 2007: 241)

Theotônio afirmó que “con estos tres libros esperaba haber completado una trilogía sobre el neoliberalismo, mediante un pensamiento social crítico, como fuente de comprensión del mundo contemporáneo”.⁸

Según Dos Santos, estos libros “se convirtieron en un verdadero tratado sobre la historia reciente de la humanidad y sobre el pensamiento científico adecuado para interpretarla y actuar sobre ella”.⁹

En su artículo “Unipolaridad o hegemonía compartida” (2003), publicado en el primer volumen de su obra en cuatro volúmenes *Hegemonía y contra-hegemonía* (2005), donde resume mucho de lo planteado en el último libro de la trilogía, señala que podemos distinguir cuatro niveles de estructuras institucionales mundiales o globales:

- a) Las instituciones pos-Segunda Guerra Mundial, marcadas por los vencedores de la guerra y por la hegemonía norteamericana.
- b) Las instituciones generadas por la Guerra Fría, marcadas por la oposición entre organizaciones pro-Occidente y pro-socialismo real.
- c) Las instituciones poscoloniales y su evolución hacia la confrontación en el diálogo Norte-Sur.
- d) Las instituciones pos-Segunda Guerra Mundial y pos-Guerra Fría que quieren evitar el contexto Norte-Sur, mediante una mágica exclusión de esa realidad, pero que aún no tienen un perfil acabado. (Dos Santos, 2003: 91)

Su libro *¡Bendita crisis! Socialismo y democracia en el Chile de Allende* (2009), que reúne un conjunto de artículos publicados entre 1970 y 1973, analiza las lecciones que se derivan para el presente de la experiencia chilena, que el autor vivió al producirse el golpe de Pinochet.

8. Memorial, *op. cit.*

9. Memorial, *op. cit.*

El libro se inicia con una carta abierta al Presidente Hugo Chávez:

Como puedes ver en el libro que te envió, el cual trata sobre la experiencia chilena, en el capítulo sobre la revolución latinoamericana y el proceso chileno, analizo el destino de las dos revoluciones del 58 (la venezolana y la cubana); ahí defiendo la tesis de que ambos pueblos vivieron un proceso revolucionario nacional democrático. Mientras Cuba tuvo que definirse como socialista para llevar hasta las últimas consecuencias su rol revolucionario frente a las agresiones imperialistas, la revolución venezolana se quedó en las mallas del capitalismo dependiente a pesar de todas las luchas revolucionarias que ahí se trabaron. Sin embargo, el límite de la revolución significaba el límite del proceso de democratización y la exclusión del proceso político de las grandes masas socialmente superexplotadas. Esto indicaba que el proceso revolucionario venezolano quedaba trunco y tendería necesariamente a volver.

La revolución que presides no es un fenómeno de élites ni una improvisación histórica. Desde Bolívar a nuestros días nuestros pueblos aspiraron a transformaciones socioeconómicas profundas y tuvieron victorias importantes y muchas derrotas. Pero no han desistido nunca de sus ideales. El encuentro de un liderazgo consecuente con esta subjetividad histórica, articuladora de tantas experiencias, es una situación excepcional que pocas veces se repite en la historia. Este es el privilegio que disfruta el pueblo venezolano al contar con tu liderazgo.¹⁰

Otro libro relevante publicado en ese mismo año de 2009 fue *Países emergentes y modernidades alternativas*, en coautoría con Mónica Brukmann y Carlos Eduardo Martins.

También en 2009 vio la luz el libro *A América Latina e os desafios da globalização: ensaios dedicados a Ruy Mauro Marini* (2009), coordinado por Emir Sader y Theotônio Dos Santos. Marini consideró el subdesarrollo latinoamericano como una consecuencia del capitalismo dependiente

10. Dos Santos *¡Bendita crisis! Socialismo y democracia en el Chile de Allende* (Venezuela: El perro y la rana) pp. 5-7.

latinoamericano y aportó en forma innovadora con respecto a conceptos como: intercambio desigual, superexplotación y subimperialismo. Fue, junto a Theotônio Dos Santos y Vania Bambirra, el otro teórico clave de la visión marxista de la dependencia en forma muy innovadora. Mantuvo siempre, hasta su muerte en 1997, una estrecha amistad con Theotônio.

En el Prólogo a la edición peruana de *Economía mundial, integración regional y desarrollo sustentable: las nuevas tendencias y la integración latinoamericana* (2010), Dos Santos concluye anunciando su trabajo futuro:

Me propongo a dedicarme ahora, con varios compañeros, a formular las alternativas que se dibujan a partir de los avances producidos por la toma de conciencia radical de los movimientos sociales, que se expresa a través de la creación de gobiernos progresistas –que se formaron a partir de la decadencia del neoliberalismo–. Al mismo tiempo, me estoy dedicando a elaborar una nueva crítica de la economía política del mundo contemporáneo, trabajo teórico más abstracto pero muy necesario, que espero ofrecer al público lector muy pronto, con el objetivo de entregar a los agentes de una nueva era de transformación revolucionaria planetaria los instrumentos necesarios para su éxito práctico. (Dos Santos, 2010: 19)

Dos Santos publicó en 2011 un artículo medular en la Revista *Latin American Perspectives*: “Globalización, potencias emergentes y el futuro del capitalismo”. En dicho artículo plantea que el capitalismo central y sus instituciones de apoyo han perdido su dinamismo y no son ya capaces de regular la economía mundial, sin un cambio sustancial del orden mundial, incluyendo la cooperación con poderes regionales en un paradigma geopolítico mucho más amplio. Lo que se necesita es un cambio de la hegemonía estadounidense a la hegemonía conjunta (con los Estados Unidos todavía en el centro), un concepto revisado de desarrollo en términos más sociales, sostenibles y humanos, un papel más fuerte para el Estado en la organización de las economías locales, nacionales, y mundiales; y un sistema más fuerte de relaciones Sur-Sur, basadas en un renacimiento de instituciones del Tercer Mundo y un marco

civilizatorio, filosófico, y político que supere la visión Euro-céntrica del mundo. La aparición de Brasil, Rusia, India, y China en la estructura internacional de poder, es muy importante para este cambio. La crisis económica de 2008-2010, está conduciendo el desarrollo internacional en esa dirección.

“El costo de la hegemonía –nos dice Theotônio en este artículo– es demasiado alto, para que pueda ser asumido por un solo país o una sola economía” (Dos Santos, 2010: 49).

Parece difícil, en este contexto que Estados Unidos y su Alianza Atlántica, pueda mantener un consenso global.

En una entrevista concedida al periódico argentino *Página 12*, el 22 de septiembre de 2011, Dos Santos evaluó la crisis 2008-2010 del modo siguiente:

Esta crisis se da en un contexto de cambios estructurales que vienen operando desde la década del noventa, que refuerzan una tendencia del capitalismo a nivel mundial que necesita del Estado para funcionar, aunque la retórica neoliberal lo haya ocultado mucho. El déficit comercial de Estados Unidos aumentó desde los ochenta, con Ronald Reagan, de 50 o 60 mil millones a 300 mil millones de dólares. El déficit público también aumentó en una cuantía similar, porque los dos déficits se combinan: los excedentes retenidos por los exportadores que le venden a Estados Unidos se convierten en títulos de la deuda pública, y de esa forma se cubre el déficit fiscal. En los noventa hubo un intento de disminuir el gasto, sobre todo en el sector militar, y recuperar el plano fiscal, pero la entrada de George Bush (hijo), otra vez un neoliberal, significó de inmediato la misma política de déficit fiscal colosal. Y Estados Unidos funcionó con un déficit creciente que llegó a 500 o 600 mil millones de dólares. Ese tipo de políticas refuerzan al capital financiero, porque esos títulos de deuda son operados por el sector financiero, que los transforma en derivados y consigue multiplicar por cinco el valor. De repente hay un sector financiero gigantesco operando,

que aumentó aun más con la especulación inmobiliaria que sobre valorizó las propiedades.¹¹

En *Marxismo y Ciencias Sociales. Una revisión crítica* (2011), lleva a cabo una revisión de algunos de los conceptos claves del marxismo, que resultan esenciales en las ciencias sociales. Los trabajos incluidos en este libro estudian las fuerzas productivas y las relaciones de producción; el concepto de clase social como instrumento central del análisis teórico; globalización, innovación y crecimiento; y geopolítica e integración.

En la VII Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales (transformaciones democráticas, justicia social y procesos de paz), que se celebró en Medellín, Colombia, del 9 al 13 de noviembre de 2015, como ya hemos mencionado, el Profesor Dos Santos ofreció una conferencia magistral –*Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente*– y concedió una entrevista.

En dicha Conferencia señala que “más del 30% de la población del mundo vive en la miseria” y critica el eurocentrismo diciendo que “cuando más iguales queremos ser a ellos (los países desarrollados) menos somos nosotros mismos”. Profundiza, además, en la situación de Brasil y en el proceso de construcción del socialismo en Cuba, como un proceso de masas, en que participó toda la población, lo cual demuestra que el socialismo no tiene que ser antidemocrático como lo suelen presentar sus enemigos. Afirma que el socialismo es un proceso de transición resultado de luchas históricas, a veces “avanzamos a veces somos derrotados, es un proceso de lucha”.¹²

En la entrevista de prensa en Medellín a la pregunta: ¿Desde su perspectiva, como tiene vigencia hoy la teoría de la dependencia?, Dos Santos responde:

La situación de la dependencia –nos dice Theotônio en dicha entrevista– ha cambiado desde que comenzamos a estudiarla en los sesenta. Somos la parte periférica del capitalismo mundial pero ha habido

11. Entrevista de J. Lewkowicz a T. Dos Santos. *Página 12*, 22 de septiembre de 2011, Buenos Aires.

12. Ver <<https://www.youtube.com/watch?v=RYv9XQuNxGw>>.

cambios significativos. Después de la derrota de Vietnam y del shock petrolero que produjo la OPEP, se inició el proceso de trasladar la industria a países como los NICs, no para producir para los mercados internos, sino para exportar. También se logró por el “pensamiento único”, desarrollar la idea de que la democracia liberal dependía del libre mercado y se desarrolló un proyecto neoliberal que comenzó a hacer crisis en los noventa. La cuestión de la dependencia está totalmente ligada a lo que está ocurriendo y la lucha pasa por confrontar a Estados Unidos. El mercado chino nos ha ofrecido grandes posibilidades en las últimas décadas y China va en la dirección de convertirse una nueva potencia mundial con características propias. Esto implica una gran demanda en la economía mundial. Pero el esquema de trasladar las industrias al exterior a países como los NICs y China, profundizó en forma enorme el déficit en Estados Unidos.¹³

En una entrevista que concedió Theotônio en México el 22 de febrero de 2016 al periodista Ariel Noyola, demuestra su profundo conocimiento de la situación crítica por la que atraviesa el sistema mundial:

La crisis de 2008-2009 fue muy fuerte para los países que formaban parte del centro de la economía mundial, pero al mismo tiempo, China se mantuvo con un fuerte crecimiento junto con los países de los BRICS (acrónimo de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), y también casi todos los países en desarrollo. De manera que la tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) de la economía mundial no cayó. Esto muestra que hubo cambios muy significativos en los últimos años: el motor de la economía mundial se desplazó de la zona central, básicamente de la tríada (Estados Unidos, Europa y Japón), hacia otras regiones.¹⁴

Y luego en dicha entrevista afirma:

13. Ver <<https://www.youtube.com/watch?v=X7J3Vf4v8eA>>.

14. Ver la entrevista de A. Noyola (2016) a T. Dos Santos “No es simplemente una crisis, estamos en un momento de reestructuración de la economía mundial” en <<https://www.alainet.org/es/articulo/175563>>.

Ahora hay otro problema que está causando desesperación en el centro del sistema, y es que los países en desarrollo, los que han ganado una mayor participación en la economía mundial, ahora también empiezan a tener un menor crecimiento. Es que gran parte de la expansión desde los años 2000 hasta 2010-2012, estuvo basada en la demanda china.¹⁵

Y más adelante señala: “¿Ahora bien, qué pasó con la caída del crecimiento chino? Frente a la crisis, la dirección política de China tomó posiciones que están alterando bastante su participación en la economía mundial en este momento. Una de esas decisiones fue volcarse más hacia su mercado interno”.¹⁶

Con respecto al tema del petróleo nos dice:

Hay un intento de manipular el mercado petrolero para servir a objetivos geopolíticos, sobre todo de Estados Unidos, país que para hacer frente al auge de China, favoreció el uso de la fractura hidráulica (*fracking*), que es un método de producción interesante en términos económicos para las empresas de Estados Unidos. El *fracking* tiene la ventaja de permitir un gran crecimiento de la producción petrolera sin destinar grandes montos de inversión, pero al costo de acabar con el agua. La crisis del agua se va a agravar en Estados Unidos, en unos 15 o 20 años más. De cualquier forma, era una decisión estratégica para enfrentar a los enemigos que Estados Unidos definió en este período, básicamente Rusia, Irán y Venezuela, golpeando también a Brasil y otros países. Por eso no es simplemente una crisis, estamos en un momento de reestructuración de la economía mundial.¹⁷

15. *Ibidem.*

16. *Ibidem.*

17. *Ibidem.*

Conclusiones

En 2010, en el Prólogo a sus *Obras reunidas* publicadas por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM (IIEc), el Profesor Theotônio Dos Santos valoró su obra del siguiente modo:

Mi contribución a la literatura social de la región tiene la particular característica de haber sido escrita en las dos principales lenguas regionales, como consecuencia de mis largos años de exilio en Chile y en México. Esta aportación científica tiene un sentido más amplio que el meramente regional y puede ser resumida en tres puntos centrales:

1. La elaboración de una teoría explicativa del atraso material y económico de América Latina que buscó demostrar su ligazón profunda con una situación de dependencia estructural de la misma hacia la economía mundial. Mostré cómo esta dependencia se transformó históricamente, evolucionando hacia formas cada vez más complejas, desde una dependencia comercial-financiera hacia una dependencia industrial, hasta llegar en nuestros días a una dependencia científico-tecnológica. Estas modalidades de dependencia dieron origen a distintas formaciones sociales basadas en diversas estructuras de clase, que abrigaron distintas clases y grupos dominantes y dominados.
2. La demostración de que este “atraso” (que asume la forma de un subdesarrollo) no es una expresión de un precapitalismo y sí la articulación dependiente y subordinada a un sistema económico, social, político y cultural de carácter mundial que produce distintos centros hegemónicos en permanente desplazamiento geopolítico. Estos descubrimientos teóricos no solamente ayudaron a iluminar las zonas dependientes del planeta pero inspiraron también la elaboración de la teoría del sistema mundial que tiene hoy en día una fuerte influencia en el pensamiento social internacional.
3. He demostrado que este sistema mundial se desarrolla históricamente en movimientos cíclicos de corto y largo plazo que se articulan con distintas modalidades de organización de las fuerzas

productivas y de las relaciones de producción. Estos movimientos cíclicos permiten también explicar las hegemonías geopolíticas impuestas en cada fase de evolución del sistema mundial y las dificultades de su reproducción indefinida frente al creciente dinamismo de los cambios tecnológicos bajo el ímpetu de acumulación del modo de producción capitalista. Mi análisis de la revolución científico-técnica y su impacto socioeconómico plantea la necesidad histórica de una civilización planetaria basada en la justicia social, en la democracia y en la soberanía de los pueblos y de las naciones. Gran parte de los problemas vividos hoy por la humanidad se explican por la resistencia de las fuerzas conservadoras en llevar adelante las transformaciones sociales y culturales que se imponen como necesidad insoslayable. (Dos Santos, 2015: 5)

El Profesor Dos Santos ha utilizado una metodología inter y transdisciplinaria, que ha sido tomada como referencia y modelo teórico por economistas, sociólogos, científicos, políticos, historiadores, antropólogos y filósofos. Su obra también influyó en la Teología de la Liberación, a pesar de las convicciones agnósticas de este pensador. Introdujo el uso y control metodológico de los niveles de abstracción como elemento esencial de la investigación dialéctica. Su artículo sobre el concepto de clases sociales, en que Dos Santos desarrolla esta metodología, fue considerado como “un clásico sobre el tema” por la revista marxista estadounidense *Science and Society*.

También Theotônio desempeñó un papel importante en los estudios sobre la paz mundial. Sus trabajos fueron una referencia para la renovación de las investigaciones sobre y para la paz en la década de los setenta, conforme los documentos de la *International Peace Research Association* (IPRA), en cuyo comité directivo participó posteriormente y donde colaboró en la formación de su coordinación regional latinoamericana y de la asiática, además de presidir la Asociación Brasileña de Estudios sobre la Paz. Sobre la educación para la paz y la seguridad regional y mundial intervino en varias actividades como consultor de la UNESCO, de la Universidad de las Naciones Unidas, de la Universidad de la Paz y de otras instituciones.

Como parte de estos trabajos, desarrolló el concepto de “civilización planetaria” –como ya hemos mencionado– como base conceptual para la proposición de un estadio civilizatorio superior y necesario hacia el cual convergerían las civilizaciones existentes, sin perder su identidad fundamental.

La obra *Desarrollo y civilización*, concluida por Theotônio en 2012 y publicada en 2016, es tal vez el momento más maduro de su producción y donde analiza elementos centrales del futuro de la humanidad.

Este volumen constituye, en cierta medida, un resumen actualizado de toda la obra de Dos Santos y, simultáneamente, un aporte de especial valía para el análisis y prospectiva del sistema mundial.

En la Primera Parte se refiere a la reconstrucción de la teoría del desarrollo y en ella desarrolla las tesis sobre la herencia neoliberal. En la Segunda Parte analiza cuestiones de desarrollo y geopolítica y la situación de América Latina en la encrucijada. En la Tercera Parte aborda el tema de los derechos humanos, derechos de los pueblos y paz mundial. En la Cuarta Parte aborda temas claves: crisis, desarrollo, nuevos sujetos sociales y civilización planetaria.

En las conclusiones de este libro nos dice Dos Santos:

O capitalismo monopólico aumentou o caráter vertical dessas instituições, mas a fase atual –desde 1968– vem anunciando uma emergência das massas muito mais consciente e antiautoritária. Conseguirão controlá-las com esses métodos antigos? Eis nossas propostas de resposta a essas perguntas:

1) Não devemos assumir como um dogma a ideia de que o socialismo demonstrouse fracassado para organizar o desenvolvimento. Na verdade, a experiência soviética foi um êxito espetacular. Ela conseguiu realizar em 60 anos uma acumulação primitiva que o capitalismo inglês e norte-americano demorou séculos para realizar, apesar de uma guerra civil, depois de uma mortandade terrível na Primeira Guerra Mundial, e uma nova mortandade gigantesca na Segunda Guerra Mundial. Outra coisa é sustentar a conveniência de continuar uma confrontação de uma Guerra Fria cada vez mais cara, imposta pelos Estados Unidos.

2) A liderança soviética mostrou-se muito capaz de liquidar a Guerra Fria, desarmando totalmente a resistência conservadora estadunidense. O fato de que tenha aproveitado essa conjuntura para tentar uma aventura capitalista privada, que conduziu a Rússia e seus parceiros a uma coorte de misérias sociais, morais, intelectuais etc., não nos permite concluir que se tratou simplesmente de um fracasso do velho socialismo. Trata-se, sim, de um fracasso da chamada “transição democrática”. As tarefas da acumulação primitiva tinham se esgotado na União Soviética, mas não era assim em vastas regiões do mundo onde vive a maioria da humanidade que não alcançou, ainda, as condições mínimas para a sua sobrevivência.

3) Ficam, contudo, por definir os procedimentos corretos para lograr criar uma economia correspondente a uma etapa superior do socialismo “altamente” desenvolvido, isto é, um socialismo superior, que tenha superado a etapa da acumulação primitiva socialista. Não creio que a Rússia e seus vizinhos (exceto, em parte, a Europa Oriental) sejam hoje “exemplos” para ninguém. Não podemos pensar que os 30 milhões de desempregados que trouxeram o chamado “pós-socialismo” soviético possam converter-se em doutrina desenvolvimentista. Não concordo que os desempregados e subempregados do capitalismo atual estejam em melhores condições que os trabalhadores “burocratizados e pouco produtivos” do regime soviético.

4) Afinal, Paul Lafargue explicou aos trabalhadores franceses o valor da preguiça: um direito fundamental de todo ser humano, e não só dos “filhinhos de papai”, particularmente numa época histórica caracterizada pela hiperprodutividade alcançada com a automação e a robotização. A diminuição da jornada de trabalho é a principal conquista das massas trabalhadoras, conquista que grita por realizar-se na época atual, apesar da reação do capital. Além do direito ao trabalho, é fundamental que se consagre o direito de ser remunerado no nível civilizatório alcançado pela humanidade em plena fase da revolução técnico-científica.

5) Nisso, os Estados Unidos e a Europa podem apresentar conquistas importantes, mas obtidas contra a ideologia do “livre mercado” e do indivíduo possessivo como fundamento do progresso. O capitalismo teve que rever sua economia política (ver a contribuição do keynesianismo e as contribuições social-democratas) para poder aceitar esse triunfo da economia política do proletariado, como Marx chamou a conquista das 10 horas de trabalho na Inglaterra. Os setores mais poderosos da oligarquia financeira sempre mostraram a sua simpatia pelos princípios conservadores, inclusive na sua versão mais caricata, que vem sendo o neoliberalismo. Esses temas, porém, estão mais articulados num livro que escrevo sobre a “economia política do capitalismo contemporâneo”. Convido os leitores que chegaram até aqui a continuarem acompanhando os avanços e discutindo esta nova fase.

No puedo concluir estas líneas sin destacar la valiosa colaboración que ha prestado a Theotônio Dos Santos en todo momento su esposa, la Profesora Mónica Bruckmann. Desde *Los retos de la globalización* (1999), que reedito en Perú, pasando por la organización y coautoría de los cuatro volúmenes de *Hegemonia e contra-hegemonia, os impasses da globalização*, preparando otros libros conjuntos con Theotônio, traduciendo del portugués al español parte de su obra y como coautora de libros relevantes, como *Países emergentes e os novos caminhos da modernidade* (2008). La dedicación y apoyo recibido de Mónica, sin duda ha contribuido a enriquecer su legado.

Bibliografía

Dos Santos, T. (1969). La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina. En *La dependencia político-económica de América Latina*. México: Siglo XXI.

Dos Santos, T. (1973). *Concepto de clases sociales*. Buenos Aires: Galerna.

Dos Santos, T. (1991). *Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente*. Vozes: Petrópolis.

Dos Santos, T. (1999). El nuevo carácter de la dependencia. En Marini, R.; Dos Santos, T. *El Pensamiento social latinoamericano en el siglo XX*. Caracas: UNESCO.

Dos Santos, T. (2000). Construir el futuro: el papel de las ciencias sociales. En López Segrera, F.; Filmus, D. *América Latina 2020*. Buenos Aires: FLACSO; UNESCO; Temas.

Dos Santos, T. (2002). *La teoría de la dependencia: balance y perspectivas*. Buenos Aires: Plaza y Janés..

Dos Santos, T. (2003). *Os impasses da globalização*. São Paulo: PUC; Loyola; REGGEN.

Dos Santos, T. (2007). *Del terror a la esperanza: auge y decadencia del neoliberalismo*. Caracas: Monte y Ávila.

Dos Santos, T. (2009). *¡Bendita crisis! Socialismo y democracia en el Chile de Allende*. Caracas: El perro y la rana.

Dos Santos, T. (2010). *Economía mundial, integración regional y desarrollo sustentable: las nuevas tendencias y la integración latinoamericana*. Perú: Infodem.

Dos Santos, T. (2011). *América Latina y el Caribe: escenarios posibles y políticas sociales*. Montevideo: FLACSO; UNESCO.

Dos Santos, T. (2011). Globalización, potencias emergentes y el futuro del capitalismo. En *Latin American Perspectives*. Sage.

Dos Santos, T. (2015). Prólogo. En *Obras Reunidas de Theotônio Dos Santos*. México: UNAM. En <http://www.iiec.unam.mx/sites/www.iiec.unam.mx/files/libros_electronicos/theotonio_tomo_I_o.pdf>.

Entrevista de J. Lewkowicz a T. Dos Santos en *Página 12*. Buenos Aires, 22 de septiembre de 2011.

Katz, C. (2016). El surgimiento de las teorías de la dependencia. En *Rebelión* 22/07/2016.

López Segrera, F. (1972). *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo*, Colección Premio Casa de las Américas. La Habana: Casa de las Américas.

López Segrera, F. (2016). *América Latina: crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*. Buenos Aires: CLACSO; CICCUS.

López Segrera, F. (ed.) (1999). *Los retos de la globalización. Ensayos en homenaje a Theotônio Dos Santos*. Caracas: UNESCO.

López Segrera, F.; Filmus, D. (coords.) (2000). *América Latina 2020*. Buenos Aires: FLACSO; UNESCO; Temas.

Sader, E.; Dos Santos, T. (1999). *A América Latina e os desafios da globalização: Ensaio dedicado a Ruy Mauro Marini*. Rio de Janeiro: Boitempo.

Cuarta parte

**Desarrollo, democracia
y socialismo**

Socialismo o fascismo¹

El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano

PRIMERA PARTE

LA NUEVA DEPENDENCIA Y LA CRISIS LATINOAMERICANA

I. El nuevo carácter de la dependencia

1. Introducción

La imagen que de América Latina se ha formado la mayoría de los científicos sociales se arraiga en una situación histórica superada. No se han apreciado en los debidos términos los efectos de los procesos de industrialización y de urbanización que se intensificaron particularmente en la última década, transformando progresivamente a América Latina, de agraria y campesina, en una región cada vez más industrial y urbana. No se ha apreciado tampoco en debida forma la importancia de las nuevas clases que emergieron en los últimos años, particularmente la burguesía industrial y el proletariado. Y se ha conservado la imagen de una Latinoamérica agrario-exportadora, no industrial, dominada por una oligarquía rural en alianza con los intereses externos.

Más grosera todavía es la imagen de los intereses externos. Se los imagina vinculados en forma exclusiva a la economía agrario-exportadora y opuestos a la industrialización. Aún más, se presenta la lucha por la industrialización como una lucha antiimperialista y revolucionaria. A pesar de que en algunos países esta imagen pueda tener algún sentido,

1. Extraído de Dos Santos, T. (1968). *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano*.

para los países que alcanzaron un grado mayor de industrialización a partir de los años treinta ella es completamente anacrónica. En estos países, la industrialización y el capital extranjero se combinan y se tornan progresivamente en una sola realidad.

En los países de menor desarrollo industrial las cosas no son, sin embargo, muy diferentes. Las fuerzas más dinámicas en la mayoría de ellos se ligan a la inversión industrial, sobre todo a partir de la década del cincuenta, y ahí, más que en otras partes, el capital internacional controla estas inversiones. En los últimos años empieza a surgir una literatura crítica respecto a esta imagen falsa de América Latina. Esta crítica procura mostrar que los problemas fundamentales de ella (la marginalidad, la estagnación económica, los límites al desarrollo, la conservación de la estructura agraria atrasada, etc.) se presentan, hoy día, dentro del proceso de industrialización capitalista. Es así, dentro de este marco crítico, como situamos nuestra investigación.

Nuestro objetivo es analizar las tendencias generales que presiden las transformaciones que están ocurriendo en la estructura socioeconómica de América Latina. Tomamos como paradigma empírico el caso brasileño, por motivos que explicaremos al final de esta sección. El resultado de nuestra investigación apunta en la dirección de un replanteamiento del modelo de esas transformaciones. Puede tomárselo como un indicador más de la necesidad de rehacer esta imagen y de situar las tendencias dinámicas de los llamados países en desarrollo dentro del marco de las contradicciones internas del proceso de industrialización capitalista, proceso que torna características específicas en dichos países. Son las condiciones específicas de la economía mundial en que se realiza el proceso de industrialización en nuestro continente –y quizás en los países en desarrollo en general– las que cambian esencialmente el sentido de este proceso. La industrialización en estos países se está realizando dentro del marco del proceso de integración capitalista mundial, bajo el dominio del capital monopólico. Para comprenderla tenemos principalmente que analizar las características esenciales de esta etapa de la economía capitalista internacional. En este caso, como en el pasado colonial y de posindependencia política, se hace necesario estudiar

nuestra economía y nuestra sociedad en el contexto del desarrollo del capitalismo internacional, en cuyo sistema ellos han ocupado hoy día la posición de dependientes.

2. Integración mundial y estructura de las inversiones extranjeras

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la economía internacional vivió un intenso proceso de integración económica. Por una parte, el bloque socialista se constituyó en base de una amplia integración; por otra en el mundo capitalista, el capital norteamericano fue la fuente de la reorganización económica europea y se expandió por todo el mundo: Asia, Medio Oriente y América Latina, principalmente. Así se produjo un proceso de integración económica mundial capitalista bajo la hegemonía norteamericana. En América Latina podemos apreciar este proceso, si tenemos en consideración el valor en millones de dólares de las inversiones norteamericanas en nuestros países.

Año	1929	1936	1940	1943	1950	1961	1967
Millones de dólares	3.462	2.803	2.696	2.721	4.445	8.200	10.200

Si comparamos el valor de las inversiones norteamericanas en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial con aquellos del período de la guerra y de la posguerra podemos sacar importantes conclusiones. Vemos que el valor de esas inversiones cayó en la etapa que media desde la crisis de 1929 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. El origen de esta caída fue la desorganización de la economía norteamericana provocada por la crisis y la intensificación de la inversión interna derivadas de la economía de se consolidaron, en Latinoamérica, algunos regímenes bonapartistas con pretensiones nacionalistas.

La situación cambia en la posguerra. Liberados de las inversiones internas, en una economía en depresión debido al término de los estímulos provocados por la guerra, los capitales se vuelven hacia la reconstrucción de Europa y Japón y hacia las economías atrasadas. Pero encuentran economías en proceso de industrialización, dominadas por ideologías

nacionalistas e industrializantes. Este factor fue decisivo para las nuevas inversiones. Frente a un mercado interno en crecimiento y a las primicias de una economía de mercado con condiciones de alta lucratividad, los estímulos a la exportación de capitales eran muy grandes. Los datos muestran que, de 1950 a 1961, el valor de las inversiones norteamericanas en América Latina, sube casi al doble. En 1967, ellas sobrepasaron en 2,5 las inversiones de 1950, y eran 3,3 veces mayores que las de 1946. Si se toma la estructura de estos capitales por sectores económicos, se encuentran cambios significativos. Hasta el año 1940, el principal sector de actividad lo constituyen los sectores primarios (agrícolas y mineros) y los ferrocarriles. Esto resultaba del carácter colonial-exportador de la economía latinoamericana a la cual se integraba el capital extranjero. Incorporábase este en una economía productora de materias primas y productos agrícolas, complementada por los medios de transporte para su exportación.

Los datos de las inversiones norteamericanas en América Latina durante esta época muestran claramente dicha realidad. Según se observa en el Cuadro II, el sector manufacturero representaba en 1929 solamente 6,3% de las inversiones directas norteamericanas en América Latina. Los sectores primarios (agricultura y minería), los ferrocarriles y el comercio representaban, en 1897, 91,6%, y en 1929, 55,7% de esas inversiones.

Inversiones americanas en Latinoamérica. Por sectores
Años 1897, 1908, 1919, 1920, 1950, 1960, 1967, en millones de dólares.

Sector de la Economía	1897		1908		1919		1929		1950		1960		1967	
	Tot.	%	Tot.	%	Tot.	%	Tot.	%	Tot.	%	Tot.	%	Tot.	%
Agricultura	56,5	18,6	158,2	21,1	500,1	25,3	877,3	24,1	(*)	(*)	(*)	-	(*)	-
Minería y fundición	79,0	26,0	302,6	40,4	660,8	33,4	801,4	22,0	628	14,1	1155,0	13,6	1218,0	12
Petróleo	10,5	3,5	68,0	9,1	326,0	16,5	731,5	20,1	1233	27,1	2882,0	34,2	2917,0	28
Ferrocarriles	129,7	42,6	110,0	14,7	211,2	10,7	230,1	6,3	927	20,8	(*)	-	(*)	-
Empresas de Servicio públ.	10,1	3,3	51,5	6,9	101,0	5,1	575,9	15,8	(*)	(*)	1131,0	15,7	614,0	6
Manufacturas	3,0	1,0	30,0	4,0	84,0	4,2	231,0	6,3	780	17,5	1610,0	19,0	3301,0	32
Comercio	13,5	4,4	23,5	3,1	71,0	3,6	119,2	3,3	877}	19,9	718,0	8,4	1207,0	12
Varios	2,0	0,6	5,0	0,7	23,5	1,2	79,4	2,2	-	-	870,0	10,2	956,0	9

* Incluido en comercio y varios.

Fuente: *El financiamiento externo de América Latina*, cuadro 15 y *Survey of Current Business*.

En este período se nota el crecimiento de los sectores de petróleo y servicio público, lo que resulta de una nueva forma de dominio colonial en los centros urbanizados emergentes. El petróleo aparecía con el 3,5% de las inversiones en 1897 y ya tenía el 20,1% en 1929. Al mismo tiempo, el servicio público subía de 3,3% a 15,8%. En este período, los capitales invertidos en manufacturas subieron de 3% a 6,3% del total. Por los datos de que disponemos hasta 1950, ya percibimos los cambios que se anuncian. El sector de manufacturas crece hasta alcanzar un 17% del total de las inversiones. La agricultura y la minería decrecen en relación a los otros sectores. El petróleo toma la delantera sobre los otros productos. Desde 1960 a 1967 las manufacturas llegan a constituirse en el principal rubro de la inversión norteamericana en América Latina. En 1960 las manufacturas representan 19% del monto global de las inversiones directas norteamericanas en América Latina. En 1967, las manufacturas pasan a representar el 32% de estas inversiones, pasando a constituir más que las inversiones en petróleo (28%), con una gran distancia en relación a los otros sectores.

Hay que considerar que, aunque muchas de las inversiones en comercio y varios pasan a ser complementarias de las inversiones industriales, lo que cambia sustancialmente su carácter. La nueva composición de las inversiones globales se expresa en el flujo de capitales norteamericanos hacia América Latina. Entre los años 1951 a 1962, las inversiones en el sector del petróleo han alcanzado el 33% del total; las manufacturas el 31%; la minería y la fundición, el comercio y varios el 12% y 24%, respectivamente. Conforme se aprecia en el Cuadro III, el sector manufactura detentaba el 60%, en 1961-1962, en parte por un problema de coyuntura de las desinversiones en el petróleo.

Corrientes netas de capital privado estadounidense de inversión directa hacia América Latina,* por sectores principales, 1951-1962, en millones de dólares.

Sector	1951-55	%	1956-60	%	1961-62	%	1951-62	%
TOTAL	1751	100	3397	100	616	100	5765	100
Petróleo	348	20	1571	46	-7	-1	1912	33
Minería y fundición	339	19	301	9	46	7	686	12
Manufactura	613	35	791	23	370	60	1774	31
Comercio y varios	451	26	735	22	207	34	1393	24

* Incluidas las ganancias reinvertidas de filiales. Tomado de *El financiamiento externo de América Latina*, cuadro 179. Fuente: Departamento de Comercio de los Estados Unidos, *Balance of Payments. Statistical Supplement to Survey of Current Business* (1963) and *Survey of Current Business* (diversos números de 1963 y 1964).

Tales tendencias continuaron, sin embargo, desde 1962 hasta ahora. Los datos que presentamos son significativos para comprobar la afirmación de que progresivamente los capitales norteamericanos (y extranjeros en general) no solamente tienden a intensificar su penetración en América Latina, sino que se integran además en forma cada vez más intensiva en los sectores industriales. Esta constatación es también válida para todo el Tercer Mundo.

Las tendencias anteriores se han acentuado enormemente desde 1954 hasta ahora. En 1967, las inversiones industriales representaban ya el 3,4% de las inversiones privadas directas de Estados Unidos en Colombia (el petróleo conservaba el 50,6% de esas inversiones); en Argentina, las inversiones en manufacturas llegaban al 62,7%; en México alcanzaban el 66,3%; en Brasil el 67,2%. Incluso países como Venezuela (12,1% en manufacturas) y Perú (16,2% demostraban la creciente intensificación de esas inversiones manufactureras. En el fin de la década del sesenta, el gobierno peruano y otros gobiernos latinoamericanos van a tomar medidas para forzar la acentuación de esa tendencia, atacando las inversiones en sectores primarios exportadores y buscando abrir camino hacia nuevas áreas de inversión industrial. Podemos entonces esperar una acentuación de esa tendencia si

América Latina continúa en el marco del desarrollo dependiente. El detalle de estos datos por países nos muestra indudablemente que las inversiones, todavía significativas en los sectores primario y comercial, que corresponden al 36% del total de la corriente neta del capital en los años 1951-1962, se destinan a los países menos desarrollados. Por otra parte, las inversiones petroleras se destinan fundamentalmente a Venezuela. En los países en desarrollo, el sector manufacturero se revela como el principal destinatario de las inversiones. Puede esto ser comprobado por los datos sobre las inversiones directas de Estados Unidos en América Latina. Según datos de la OEA (*América en cifras*, 1965, vol. III, tomo 4), vemos que el sector manufacturero representaba, en 1964, los siguientes porcentajes de las inversiones directas norteamericanas en los países más industrializados:

1 Brasil	67,7%
2 Argentina	56,3%
3 México	58,7%
4 Uruguay	40,0%

Un segundo grupo de países estaba representado por las inversiones predominantemente mineras. Encontramos en algunos de ellos una inversión industrial relativamente importante.

País	% de la inversión en Minería o Petróleo	% de la inversión directa en Industria
Venezuela	77,0%	7,8%
Chile	63,3%	3,8%
Perú	52,3%	14,1%
Colombia	51,9%	27,9%

País	Monto total de las inversiones (en millones de dólares)
Venezuela	2.808
México	1.035
Brasil	994
Argentina	883
Chile	788
Panamá	664
Colombia	520
Perú	461

Fuertes intereses en el sector agrario (en la estadística de la OEA, este sector está incluido en el rubro *otros*) encuéntanse en República Dominicana (91,7%, otros), Honduras (76,9% otros), Uruguay (otros, 48%), Panamá (otros, 31%) y ésta era la situación de Cuba en 1960 (otros, 35,7 %; servicios públicos, 32,7%). En estos países se nota, en general, una gran concentración de las inversiones en los sectores comercio y servicio público. Muy significativo es conocer la importancia relativa de las inversiones norteamericanas que confirman, con más peso aún, esta tendencia. En 1964, los principales destinatarios de estas inversiones eran exactamente los países industrializados, excepto Venezuela. Los datos nos presentan el siguiente orden del valor de la inversión total:

Ya hemos comprobado que las inversiones norteamericanas se destinan preferentemente al sector industrial. Cabe ver ahora a qué industrias se dirige en especial. Según los datos del Survey of Current Business, en 1967, el sector industrial de América Latina que tenía el más alto valor de inversiones directas de Estados Unidos era el de las industrias químicas y derivados que correspondía a 682 millones de dólares, es decir el 27% del valor de esas inversiones. Enseguida venía la industria de transportes y equipos con 428 millones de dólares, es decir, el 17% de esas inversiones. Las industrias de máquinas eléctricas y no eléctricas sumaban 334 millones correspondiendo al 13% de esas inversiones. Un poco por debajo se encuentra la industria de productos alimenticios, que no siempre es de las más tradicionales y que absorbe 315 millones, es

decir, el 13% de esas inversiones, Las industrias que les seguían eran las del caucho (7%), metales primarios fundidos (6%), el papel y derivados (2%) y otra gran cantidad de industrias varias (14%).

Los datos son muy significativos y revelan la orientación del gran capital hacia las industrias de bienes de consumo durable como la automovilística y las máquinas eléctricas, que se crearon en las últimas décadas en América Latina. El peso de la industria química y derivados revela un control de los productos de consumo más modernos y de las materias primas de sectores importantes de la industria de consumo. El capital norteamericano se ubicó, pues, en la faja más moderna y dinámica de las industrias latinoamericanas. Si examinásemos el capital europeo y japonés encontraríamos las mismas tendencias con acentuación del interés hacia industrias más pesadas, como la metalurgia, máquinas, barcos, etc. En la medida en que buscamos las tendencias del capital extranjero y la dirección, tanto de las transformaciones ocurridas como de aquellas que habrán de acaecer, este análisis del comportamiento del capital extranjero, en los últimos años, es suficientemente revelador de las mencionadas tendencias. El capital norteamericano (y de los países desarrollados en general) tiende a aumentar sus inversiones en América Latina. Esas nuevas inversiones se hacen preferentemente en el sector industrial (excepto el caso del petróleo venezolano). La industria pasó a ser el principal rubro de estas inversiones en el conjunto de América Latina. Si tomamos el caso de los países más industrializados, vemos que en estos países el sector industrial es el principal destinatario de las inversiones norteamericanas.

Todo esto plantea problemas nuevos muy importantes. En primer lugar, esto cambia radicalmente el carácter del capital extranjero en nuestros países. Este capital llegó a fines del siglo XIX para modernizar las estructuras agrarias o mineras exportadoras. Vino a construir ferrocarriles, puertos, medios de comunicación y servicios públicos que permitían la más perfecta participación de América Latina en la división internacional del trabajo entre países productores de manufacturas y los productores de materias primas y productos agrícolas. A principios del siglo xx, los norteamericanos, principalmente, pasaron a invertir capitales en el sector agrícola- exportador y minero y en la comercialización

de los productos principales. Estas inversiones se constituyeron en verdaderos enclaves que se relacionaban con la economía del país por intermedio del pago de impuestos y por pequeñas relaciones con los sectores que abastecían sus *plantations*. Esto, porque estas *plantations* consumían en general productos directamente importados y los trabajadores eran pagados por el sistema de vales que los subordinaba a la economía interna de la *plantation*.

La predominancia de la inversión en el sector industrial significa una nueva división internacional del trabajo entre las naciones capitalistas. El análisis de los países subdesarrollados debe incluir, en las circunstancias actuales, una diferenciación interna dentro del sector industrial. Esta diferenciación es indispensable para comprender el nuevo carácter de nuestra dependencia al comercio mundial.

La industria moderna se divide en un sector de bienes de consumo livianos y durables y en un sector de industrias de base compuesta esencialmente de los insumos fundamentales de la producción, a los cuales hay que agregar un sector de la industria pesada compuesta de máquinas para hacer máquinas. Este último sector, ligado a las nuevas aplicaciones de la electrónica y a la automatización de los procesos mecánicos pesados, es hoy día un monopolio de los países más adelantados, particularmente Estados Unidos.

La división internacional del trabajo asume así nuevas formas que exigen especial atención e investigación. Todo esto cambia profundamente el cuadro económico-social y político en que nos cabe analizar a América Latina.

Tendencias recientes en 1977

Después que escribimos este análisis se han producido muchos nuevos estudios sobre las tendencias de la inversión extranjera. A pesar de la gran cantidad y de la extensión temática de estos estudios, ellos han confirmado las tendencias básicas que constatábamos hasta 1967 y pretendemos presentar de manera muy somera los datos principales que confirman esta afirmación.

El monto global de la inversión norteamericana en América Latina continuó creciendo después de 1967 (10 200 millones de dólares según

nuestro Cuadro I) pasando a 14.800 millones en 1970 y aumentando en cerca de 50% en 5 años a 22.200 millones en 1975. De esta manera, la tasa de crecimiento anual de los activos norteamericanos en dólares en nuestros países creció del 6,2% anual de 1950 a 1960, del 5,8% entre 1960 a 1970 y del 8,5% entre 1970-1975.

En lo que respecta a los sectores económicos, podemos comparar los datos de 1975 con los del Cuadro II a pesar de algunas diferencias de clasificación. En este año las manufacturas ya absorbían 49% de estas inversiones; el petróleo, 13%; el comercio 12%; las finanzas y seguros el 10%; la minería, el 6%; los servicios públicos, el 3%, y el rubro otros, el 7%. Se confirman así las tendencias señaladas hacia el predominio de la inversión industrial, sobre todo si consideramos que el petróleo venezolano fue nacionalizado en 1976 restringiendo radicalmente las inversiones petroleras norteamericanas en el subcontinente. Habría que anotar solamente la importancia creciente del sector financiero, fenómeno reciente que acompaña la hegemonía del capital norteamericano en la economía nacional de cada país y en el desarrollo del capital financiero local.

Si analizamos la situación por países encontraremos también una confirmación de las tendencias señaladas. Así, en 1975 las inversiones en manufacturas ya representan el 76% de las inversiones norteamericanas en México, el 68% en Brasil, el 65% en Argentina, el 59% en Colombia, el 33% en Venezuela y el 28% en los países centroamericanos (excluyendo Panamá). Es importante señalar que los países que citábamos como importantes centros de inversión directa en el sector minero han dejado de serlo. En Venezuela el petróleo representaba el 77% de las inversiones norteamericanas hasta que se nacionalizó en 1976, además del hierro. En Chile, se nacionalizó el cobre, el hierro, el carbón, etc., en 1971, los cuales representaban el 63,3% de las inversiones norteamericanas en 1964; en Perú, se hicieron varias nacionalizaciones en 1975 y 1976, principalmente de la mina de Cerro Pasqua; en Colombia, los datos de 1975 ya anunciaban que el 51,9% del sector de minería y petróleo había bajado a 12% de las inversiones norteamericanas.

En consecuencia, en estos últimos 10 o 12 años, las tendencias que apuntábamos en 1966-1967 se convirtieron en una realidad clara e indiscutible.

Las tendencias señaladas no se refieren solamente al capital norteamericano. Según datos de la OECD reunidos en un estudio del BIRF (Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fomento) el “*stock*” de capitales, principalmente de los 11 más importantes países desarrollados (Bélgica, Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, Holanda, Suecia, Suiza, Reino Unido, Estados Unidos y otros), representaban en 1967 para América Latina y Caribe 4 500 millones de dólares en el sector petróleo, 2.000 en la minería y 6.600 en manufacturas, así como 5.300 en otros, que como señalamos son actividades cada vez más ligadas al sector industrial. En Asia se observaba una tendencia similar pues el petróleo y la minería sumaban 1 400 millones de dólares mientras la inversión manufacturera alcanzaba 1.500 millones. Pero es siempre importante considerar que en 1967 las inversiones norteamericanas representaban 49,7% del total de la inversión directa extranjera en los 40 países de la muestra, solo seguidas por las de Inglaterra (19,4%) y Francia (8,5%). Es necesario señalar sin embargo que Alemania alcanzó en 1971 el flujo de capital de Inglaterra y dobló al de Francia en este mismo año. Asimismo, en América Latina y particularmente en Brasil, Alemania ocupa el segundo lugar entre los inversionistas extranjeros. Finalmente, si analizamos la situación en el interior del sector manufacturero vamos a encontrar que las ramas más dinámicas continúan a ser las preferidas por el capital norteamericano como se veía en la época de la primera formulación de las tesis de este libro.

3. Efecto en los países subdesarrollados

Tales cambios hacen patente el proceso de integración económica que nos ocupa.

El imperialismo deja de ser un enclave colonial-exportador, al tiempo que se cambia la división internacional del trabajo entre la producción de materias primas, por parte de los países subdesarrollados, y la producción de manufacturas, por parte de los países desarrollados. Frente al crecimiento industrial de América Latina en los años treinta y a las medidas proteccionistas tomadas por los gobiernos de la época, el imperialismo se vuelve hacia el sector manufacturero, se integra a la

economía moderna y pasa a dominar el sector capitalista industrial de esas economías. Esta es la nueva realidad que se constituye en América Latina. Trataremos de comprender las leyes que rigen este proceso.

¿Cuáles son sus efectos sobre la estructura de la economía latinoamericana?

En primer lugar, la dimensión de las empresas cambia cualitativamente, formándose corporaciones, generalmente filiales de las corporaciones norteamericanas o europeas. Estas empresas se conducen dentro de los mismos parámetros monopólicos, pero en economías mucho más frágiles, asumiendo una forma todavía más intensamente explotadora. La posibilidad de controlar monopólicamente el mercado les permite ampliar sus ganancias sin recurrir a nuevos mercados y esto disminuye el impacto desarrollista que las empresas podrían tener, en esas economías. Las condiciones monopólicas en que actúan, limitan sus impulsos orientados a la apertura de nuevos mercados, en economías donde la ampliación del mercado, por la destrucción de los sectores precapitalistas o capitalistas atrasados, es el problema fundamental para su desarrollo.

Se produce así una contradicción entre la necesidad que tiene el sistema capitalista en su conjunto de ampliar los mercados para permitir el aumento de las inversiones y los intereses inmediatos de las unidades económicas del sistema (las grandes empresas monopólicas multinacionales) en aumentar sus lucros ampliando la conquista y el dominio del mercado existente.

Asistimos así a un interesante fenómeno ideológico. A pesar del interés de estas grandes empresas en terminar con el dominio oligárquico en el campo e instituir la gran agricultura capitalista moderna, no lo han hecho en suficiente escala, aliándose al latifundio tradicional y aprovechándose de las condiciones de bajos salarios y explotaciones precapitalistas mantenidos por el sistema latifundista tradicional, para obtener altas ganancias con la poca mano de obra que utilizan debido a su maquinaria moderna.

Por otra parte, el énfasis en la reforma agraria, dado al principio de la década del sesenta por la Alianza para el Progreso, va siendo sustituido por el interés en la creación del Mercado Común Latinoamericano. En vez de buscar integrar el campesinado en el mercado capitalista, el

gran capital está preocupado en integrar regionalmente al mercado de las grandes capitales, ya integrado a nivel nacional, que puede ser mejor explotado eliminando los sectores capitalistas menores y permitiendo una monopolización más completa de la economía. Además, los mercados urbanos crecen a una tasa mayor que el conjunto del país en que están situados, porque las grandes ciudades son cada vez más un mayor polo de atracción de las poblaciones de las regiones subdesarrolladas.

Por todo esto, se puede concluir que hay una contradicción entre las necesidades del desarrollo, tomado en su forma más avanzada posible, y los intereses del gran monopolio, que intensifican el desarrollo capitalista dependiente e hipertrofiado de nuestros países.

En segundo lugar, se produce, contrariamente a las expectativas que muchos científicos sociales tenían, una intensiva integración de la economía de esos países por el capital extranjero, que aumenta su dependencia económica del exterior. Pero esta dependencia tiene una contradicción interna. Al mismo tiempo que aumenta la dependencia, disminuye la necesidad objetiva de ella.

Esto se puede explicar de la manera siguiente: en la fase de las economías agrario-exportadoras, basadas en la división internacional del trabajo entre productores de materias primas y productores de manufacturas, las economías subdesarrolladas dependían estructuralmente de la importación de manufacturas. La dominación no era solamente financiera, pues expresaba, al mismo tiempo, una dependencia en el nivel productivo.

Con el desarrollo de la industrialización en los países subdesarrollados, la producción comienza a destinarse, en escala cada vez mayor, al mercado interno. De ahí nacerán las esperanzas en el cambio del centro de decisiones económicas hacia dentro de esas economías; pero, como esa industrialización se hace basada en el capital extranjero, éste se adueña del sector más avanzado de la economía y cierra, cada vez más el contrario, lo que ha ocurrido hasta el momento ha sido una intensificación de la dependencia de la importación de insumos. Esto se explica por la dificultad de superar ciertos rubros de la sustitución de importaciones, como la petroquímica y gran parte de la industria química, en lo que se refiere a las importaciones de materias primas elaboradas. Mayor

es, sin embargo, la dependencia de máquinas pesadas y livianas, bienes durables, máquinas electrónicas modernas, computadoras, etc. Estas importaciones son aún más importantes para la dependencia del país, porque sus divisas continúan sometidas al viejo esquema de la dependencia de la estructura exportadora tradicional. Continuamos prisioneros del control monopólico de los norteamericanos sobre nuestros productos exportados y, por tanto, del círculo de hierro del área del dólar.

fuertemente, sus cadenas sobre dichas economías, haciéndolas más dependientes. Dialécticamente, sin embargo, ese capital se hace tanto más innecesario cuanto más integrada industrialmente sea la economía y, consecuentemente, menos dependiente de los insumos venidos del exterior. Este proceso sólo se completará definitivamente con la instalación de la industria pesada, de máquinas para hacer máquinas, paso que todavía no se ha realizado en forma acabada en los países en desarrollo de América Latina no se dé este paso, subsiste una división del trabajo entre los países productores de bienes manufacturados y de máquinas livianas, y países que producen máquinas pesadas. Subsiste, también, una profunda distancia tecnológica entre los países desarrollados y subdesarrollados. No debe esta digresión oscurecer las tendencias generales que hemos establecido. Queda en pie la tesis que sostiene la contradicción, progresivamente más profunda, entre el dominio ejercido por el capital extranjero sobre la economía y la capacidad técnica de esa economía para autoabastecerse. Podemos plantear esta contradicción sólo en un momento histórico específico, porque esta capacidad de autoabastecerse es siempre relativa, pues a largo plazo se acentúa la tendencia a la internacionalización de las economías nacionales.

Así, el proceso de internacionalización tiene dos caras: una cara dependiente (la actual) y una cara liberada (aquella de lo futuro). La cara dependiente y la cara liberada se presentan en un mismo proceso. La integración de la economía mundial es un hecho positivo y necesario, porque permite la mejor distribución de los recursos, su mayor concentración y mejor utilización. Sin embargo, en el sistema capitalista la internacionalización de la economía se da en el marco de los intereses nacionales de los distintos capitales que se constituyen y se mantienen teniendo como base el fortalecimiento del capital en sus naciones de

origen. Por esto la internacionalización de la economía se convierte en un proceso de agudas luchas y contradicciones, lo que es natural en una economía de competencia, aun cuando ésta es una competencia monopolística, es decir, entre monopolios.

Para lograr superar este estado de cosas y realizar una real integración económica mundial habría que eliminar los intereses privados y nacionales. De allí que el proceso actual de integración mundial sea profundamente contradictorio. En primer lugar, porque la tendencia a la integración internacional provoca una situación de dependencia creciente de algunos en favor del mayor control de pocos. En segundo lugar, porque para reaccionar en contra de la integración dependiente, sus víctimas se integran al nivel regional oponiendo la integración regional (caso del Mercado Común Europeo, por ejemplo) a la integración internacional. Ello conduce a largo plazo a preparar el campo para un mayor control de la potencia dominante o para un enfrentamiento mucho más radical de lo que desean las partes en pugna. Un interesante resultado de este proceso a corto plazo es la regionalización del mundo. Y vemos reaparecer los grandes planes regionalistas a nivel continental. Hasta el momento, sin embargo, Estados Unidos, la gran potencia integradora, ha buscado adaptarse a la situación y sacar partido de ella utilizando sus mejores condiciones. Así, pues, en América Latina, hasta el momento, integrarse regionalmente no es sinónimo de fortalecer su independencia, sino, por el contrario, significa ampliar el campo de su dependencia. ¡Extraño juego dialéctico entre progreso y atraso! El capitalismo no logra realizar el progreso de los pueblos sino aumentando su atraso: es decir, ahogándolo en la estructura explotadora de la competencia y de la lucha del hombre contra el hombre. Podemos concluir, pues, que el proceso de desarrollo, apoyado en el mercado interno y en la expansión de la capacidad productiva nacional, entra en contradicción con el aumento del control del capital extranjero sobre esas economías. Debemos notar, sin embargo, que este proceso de expansión de la autonomía productiva es muy limitado por dos motivos. Debido al avance tecnológico que conduce a una mayor interdependencia entre las varias naciones del mundo, esta tendencia al autoabastecimiento es irrealizable totalmente, lo que, sin embargo, es positivo. Por otra parte, la forma

capitalista dependiente en que se desarrolla nuestra economía hace que el crecimiento de nuestra industria se haga a través de un proceso lento y anárquico que no permite liberarse adecuadamente de los insumos del exterior. Más grave, sin embargo, es el hecho de que continuamos prisioneros del comercio restringido al área del dólar. La consecuencia del desarrollo de esta contradicción es una creciente inutilidad estructural de la dominación extranjera y, por ende, la ineficacia histórica del régimen socioeconómico que la mantiene. Es necesario tomar con mucho cuidado esta afirmación. Al hacerse inútil la dominación extranjera se cuestiona todo el régimen económico capitalista dependiente y no sólo la llamada “dependencia externa”. Pues, en términos capitalistas, no es posible otra forma de desarrollo que la dependiente. Esta constatación es la llave de nuestro razonamiento, así como de la comprensión del carácter de los cambios que se operan en nuestro continente. De la constatación anterior se deriva el tercer efecto del proceso de industrialización integrada internacionalmente en el capital monopólico en América Latina: la creciente radicalización política.

Durante los años treinta, la industrialización tuvo una gran expansión en nuestros países, debido a las dificultades de importación de productos manufacturados derivadas de las crisis del 29 y de la guerra del 39 al 45.

Durante los años 30, la industrialización tuvo una gran expansión en nuestros países, debido a las dificultades de importación de productos manufacturados derivadas de las crisis del 29 y de la guerra del 39 al 45. En aquel momento fueron los capitales nacionales o de extranjeros emigrados los que se invirtieron, y fue esta burguesía industrial incipiente la que apoyó con su libro *El desafío americano*, al denunciar el dominio norteamericano del Mercado Común Europeo. Sus tesis son, sin embargo, equivocadas al exagerar unilateralmente el poder norteamericano. Como señalamos en la primera edición de este libro, el proceso de integración es necesariamente contradictorio. Trabajos recientes han señalado las limitaciones de las tesis sobre el dominio incuestionable y no contradictorio de Estados Unidos sobre Europa (Mandel, 1970) y otras regiones del mundo.

Durante los años 30, la industrialización tuvo una gran expansión en nuestros países, debido a las dificultades de importación de productos

manufacturados derivadas de las crisis del 29 y de la guerra del 39 al 45. En aquel momento fueron los capitales nacionales o de extranjeros emigrados los que se invirtieron, y fue esta burguesía industrial incipiente la que apoyó y muchas veces lideró las tesis industrialistas que fueron sistematizadas por los técnicos que se formaron en nuestros países en estos años (muchos de ellos en las escuelas militares). Burguesía industrial, clase media nueva e “intelligentzia” encontraron su principal base de masas en el proletariado urbano recién emigrado del campo y, a través del populismo, buscaron guiar una política de desarrollo basada en el proteccionismo de la industria nacional, en el subsidio a la compra de maquinarias y en la participación estatal en la creación de la infraestructura del desarrollo.

La gran importancia del Estado en este proceso ha dado una gran participación a los sectores de clase media, a la intelectualidad y a los técnicos, muchos de ellos militares, en la industrialización y en sus efectos sociales.

Después de la guerra, como vimos, el gran capital internacional vuelve a invertirse en América Latina. La penetración del capital extranjero en el sector industrial y en la creación de la gran empresa monopólica cambian mucho esta situación. El poder de la gran empresa la transforma en el sector líder de la clase dominante, representado por los gerentes de las grandes corporaciones multinacionales. De estos hombres, muy poco estudiados por las ciencias sociales, se sabe que son en general extranjeros y que forman parte de una especie de estrato burocrático-empresarial internacional. Están ellos acostumbrados a los modelos de acción nacional y a largo plazo de estas compañías y, ciertamente, su visión ideológica se basa en este pragmatismo científico y, por tanto, en su neocapitalismo fundado en la gran corporación y en el capitalismo de estado y dirigido por una tecnocracia apoyada en los grupos de presión de los diferentes sectores económicos.

En esta situación, se reformulan todas las clases en el sistema de poder. La oligarquía tradicional baja en la escala de la clase dominante a casi un sector residual. La burguesía industrial es obligada a convertirse en socia menor de la corporación extranjera. Parte de las clases medias es incorporada en las funciones gerenciales y en general se vuelve

asalariada del gran capital. El capitalismo de estado debe ser integrado directamente en la política de la gran corporación. El proletariado debe organizarse sindicalmente para presionar sobre el poder. Y el campesino debe ser convertido, sea en proletariado sindicalizado, sea en pequeño propietario acomodado.

Es fácil percibir los conflictos que presenta esta evolución planteada por el dominio del capital monopólico. Al formarse un bloque de las clases dominantes latinoamericanas, integrado a través del capital extranjero, el sector industrial de esas clases abandona consecuentemente sus posiciones nacionalistas. Como resultado, se rompe progresivamente el dominio ideológico y político que este sector industrial ostentaba sobre los movimientos populares, bajo la forma de movimientos y gobiernos "populistas". Estos movimientos populistas se caracterizaron (como el peronismo y el varguismo) por una vasta ideología industrialista-desarrollista-nacionalista, fundada en un dominio estatal paternalista sobre los trabajadores. Su base social era la lucha de las burguesías industriales, con el apoyo del movimiento de trabajadores recién emigrados del campo en la fase del desarrollo industrial.

La situación se complica todavía con la acentuación de la crisis agraria derivada del desarrollo industrial y con el consecuente surgimiento del movimiento campesino. El retroceso político e ideológico de las burguesías industriales en tales circunstancias sitúa al movimiento popular urbano a la vanguardia de la lucha por el desarrollo nacional y por la reforma agraria, reforzándose con el apoyo campesino. Así, se rompen los viejos esquemas de relación de clases y se reformula el movimiento popular por su base.

La imposibilidad de resolver a corto plazo esta situación, por parte de la burguesía industrial, lleva a una acentuación de las políticas de fuerza. Estas políticas de fuerza tienen dos fundamentos: sustituir las formas populistas de control del movimiento popular y garantizar una política de ampliación de la tasa de ganancia para permitir la formación de los capitales capaces de crear la gran industria pesada. Creemos encontrar ahí el origen de los recientes golpes militares en América Latina que se presentan como un desafío a la interpretación de la ciencia social.

Estos factores políticos y la concentración e integración económicas que analizamos indican las tendencias de la actual estructura de poder de América Latina: 1) la concentración del poder en manos de los grupos monopólicos; 2) la tendencia al fortalecimiento del ejecutivo y/o de regímenes de fuerza como expresión más orgánica de ese poder; 3) la integración todavía más orgánica de la política externa de esos países con los intereses de la política norteamericana; 4) la tendencia a la integración militar aún mas orgánica.

Dentro de estas tendencias existen contradicciones muy poderosas que conducen a enfrentamientos y crisis muy profundas. A pesar de dirigirse este trabajo esencialmente a la descripción de las tendencias que resultan de las transformaciones descritas, resultaría excesivamente unilateral si no se mencionasen los límites a la realización de esas tendencias.

Tres son los límites fundamentales. En primer lugar, la contradicción entre la tendencia a la creación de la industria pesada y los intereses del capital extranjero. Vimos que la integración interna de la industria de esos países por la creación de la industria pesada, crea una situación en la cual el capital extranjero pierde su función económica y se encuentra que a este capital no le interesa dar tal paso. Generase así una contradicción muy aguda entre las necesidades de desarrollo y el capital extranjero.

La burocracia y la tecnocracia, en segundo término, ligadas al capitalismo de estado, tienen intereses propios en el proceso de desarrollo. Según sus puntos de vista sería el estado el gran conductor de la creación de la industria pesada bajo la forma de la inversión estatal. Por definición, a este sector le interesa elevar al máximo la participación directa del estado en la economía, lo que le daría mayor parte en el poder y en la riqueza. Esto, evidentemente, hasta los límites de la conservación del régimen capitalista.

El desarrollo estatista tendría especialmente consecuencias nacionalistas, porque apoyaría el desarrollo en fuerzas centrífugas nacionales y no la empresa multinacional. Hay una contradicción entre esos dos intereses, cuya solución dará el carácter del desarrollo futuro de América Latina.

En tercer lugar, la creciente importancia material y política de las clases trabajadoras se convierte en una peligrosa amenaza de reacción a las políticas de fuerza cada vez más radicales. Dentro del cuadro de crisis y tensiones revolucionarias de América Latina, las clases dominantes procuran mantenerse dentro de marcos no muy violentos. Ello hace ineficaz y vacilante esta política, al tiempo que sólo logra contener, por ahora, y aplazar, para lo futuro, los enfrentamientos de clase.

Las luchas posteriores a 1966 han confirmado plenamente las leyes de desarrollo planteadas en los párrafos anteriores. La primera contradicción se ha manifestado sobre todo en las relaciones de los regímenes militares brasileño y argentino con Estados Unidos, que, a pesar de la solidaridad política y los deseos de cooperación y subordinación, no pudieron evitar tensas confrontaciones.

La segunda contradicción se ha manifestado de manera más violenta en el caso peruano, en el cual se estableció un modelo de capitalismo de estado con grandes repercusiones en toda América Latina.

La tercera contradicción se ha evidenciado en la creciente necesidad de utilizar la fuerza represiva por parte de los gobiernos militares o civiles “modernizados” (como la Democracia Cristiana en Chile) como única forma de asegurar la conservación del sistema.

3.1 Notas actuales de 1977

Mucha agua corrió en América Latina después de estos planteamientos y desgraciadamente fueron en el sentido de confirmar las tendencias dictatoriales del capitalismo dependiente que señalamos en 1966 y confirmamos en los agregados de 1971. El gompismo se convirtió en la tendencia dominante en el Cono Sur donde triunfaron los golpes militares de Bolivia (1971), Uruguay (1973), Chile (1973), Argentina (1976).

Asimismo, el gobierno peruano se desvió hacia la derecha en 1976 y el gobierno militar ecuatoriano también revela tendencias derechistas. Otras experiencias militares progresistas como la de Honduras se ven cuestionadas y las dictaduras centroamericanas de Nicaragua, Guatemala y El Salvador continuaron de pie. El gobierno civil de Colombia se ve cada vez más controlado por fuerzas militares de derecha y solamente Panamá mantiene una actitud progresista debido

a la lucha por el canal. El apareamiento de la política de derechos humanos de James Carter pone un nuevo elemento en la situación, pero no ha logrado hasta el momento modificar sustancialmente la situación. En contra de estas tendencias fascizantes sólo se destacan los dos importantes países petroleros del subcontinente que son Venezuela y México, los cuales forman una alianza con Costa Rica y Panamá y en parte Colombia, apoyados por James Carter. Al mismo tiempo Jamaica y Guyana se aproximan a Cuba y refuerzan un posible frente antifascista, que podría atraer también otros países del Caribe. Sin embargo, todas estas situaciones son precarias: los regímenes de derecha por la creciente oposición de masas que confrontan, los liberales o socialdemócratas por la debilidad intrínseca de su reformismo, los socializantes como Jamaica y Guyana por la fuerte presión internacional que sufren, a través de las políticas desestabilizadoras de la CIA.

En cuanto a las tendencias económicas descritas, es necesario señalar que el avance reciente del imperialismo ha reforzado enormemente la contradicción, entre un desarrollo industrial nacional integrador que se afirme por la vía de la industria de base y pesada y los intereses del gran capital. Este apoya y condiciona un aumento masivo de las industrias destinadas a la exportación no sólo para los mercados regionales sino también para el mercado norteamericano y europeo, así como las exportaciones desde las filiales a las matrices de partes y materias primas industrializadas. Sin embargo, esta reorientación del sistema productivo de los países dependientes no ha avanzado aún de manera masiva debido a las oposiciones que se plantean en Estados Unidos a la entrada de productos industrializados desde los países dependientes, que compiten con pequeñas y medianas empresas locales llevándolas a la quiebra y agravando el desempleo en un período de crisis económica.

4. Orígenes externos: el capital monopolístico

Descritos ya, en términos generales, los efectos del proceso de la industrialización integrada en el capital monopolístico internacional sobre las

economías y las sociedades latinoamericanas, debemos buscar los orígenes de esas transformaciones en el centro de la economía imperialista, en la propia potencia integradora.

Para explicar dichos cambios en la división internacional del trabajo, no podemos analizar solamente su cara subdesarrollada. Tenemos que detectar aquellos que ocurrieron en la economía norteamericana y que permitieron e impulsaron los fenómenos expuestos.

Si en parte el nuevo carácter de las inversiones extranjeras tuvo origen en los avances industriales que se produjeron en América Latina durante las décadas del 30 y del 40, por otro lado, estas inversiones, debido a su propia dinámica interna, conducían a estas situaciones.

Paul Sweezy y Paul Baran sistematizan, en trabajos recientes, los importantes cambios estructurales que han ocurrido y ocurren aún en la economía norteamericana (1966).²

En lo que se refiere a los aspectos que interesan a nuestro análisis, se pueden ellos resumir en los siguientes puntos:

1. La unidad típica en la economía capitalista moderna ya no es principalmente la pequeña o mediana empresa enfrentada a un mercado anónimo, sino “una empresa de gran escala que produce una parte significativa del producto de una industria, o de varias industrias, y que es capaz de controlar sus precios, el volumen de su producción y los tipos y montos de sus inversiones”.

De esta manera, la propia unidad económica adquiere atributos del monopolio. El monopolio se convierte en el elemento esencial del funcionamiento del sistema, sin destruir, sin embargo, las leyes de la producción de la plusvalía como fundamento del sistema. Al mismo tiempo, los dirigentes de las empresas monopolistas llegan a ser el sector integrador de la clase dominante en sustitución a los capitalistas financieros del final del siglo pasado y comienzos del siglo XX.

2. La bibliografía sobre el tema se ha ampliado enormemente en los últimos cuatro años. Destacamos solamente para los lectores el trabajo de Harry Magdoff, *La era del imperialismo*. El autor está preparando un libro sobre este tema como resultado de una investigación que dirige en el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile. Estos estudios fueron publicados entre 1969 y 1973 y sintetizados en un libro reciente a editarse por Editorial Era sobre *Imperialismo y dependencia*.

2. El sector de las grandes empresas norteamericanas, ligado a la inversión en el exterior, deja de ser un elemento complementario y se constituye en elemento integrante de esas empresas, disponiendo de alta participación en el total de sus inversiones y ganancias.

Las corporaciones multinacionales que disponen de amplias ramas productivas en el exterior (no solamente para integrar un trust con producción de materias primas, sino como extensión a nuevos centros económicos de sus actividades productivas) son hoy la forma más avanzada de la empresa norteamericana. Los datos de Baran Sweezy (Sweezy & Baran, 1966), al estudiar una gran empresa típica –la Standard Oil de Nueva Jersey–, confirman ampliamente esta segunda característica; tanto en lo que respecta a la extensión de los bienes producidos en el exterior, que suben en el porcentaje interno del conjunto de la producción de la empresa, como en lo que se refiere a la expansión de subsidiarias por todo el mundo (Cuadro 4) como finalmente, en relación a las ganancias en el exterior respecto al conjunto de las ganancias de la empresa (Cuadro 5) y al conjunto de los beneficios percibidos por los accionistas (Cuadro 6).

Número de subsidiarias al terminar 1962; la Jer-Sey poseía el 50% o más de las acciones de 275 subsidiarias en 52 países. La siguiente es la lista de esas subsidiarias por regiones:

Estados Unidos	77
Canadá	37
América Latina	43
Europa	77
Asia	14
África	9
Otras regiones	18

Cuadro V

Distribución geográfica de bienes y ganancias. A fines de 1958, la distribución porcentual de los bienes y ganancias por regiones era la siguiente:

	Bienes	Ganancias
Estados Unidos y Canadá	67	34
América Latina	20	39
Hemisferio Oriental	13	27
	100	100

Fuente: Reseña de la Reunión Especial de Accionistas (7 de octubre de 1959).

Cuadro VI

Tasa de beneficio de los accionistas. Durante 1962 las tasas porcentuales de beneficios percibidos por los accionistas en las distintas regiones fueron las que siguen:

Estados Unidos	7,4
Resto del Hemisferio Occidental	17,6
Hemisferio Oriental	15,0

Fuente: Informe anual 1962 de la Compañía.

Cuadro VII

Años	Volumen neto de las inversiones directas de capital en el exterior (Millones de dólares)	Beneficio de las inversiones directas en el exterior (Millones de dólares)
1950	621	1294
1951	628	1492
1952	850	1419
1953	722	1442
1954	664	1725
1955	799	1975
1956	1859	2120
1957	1058	3313
1958	1094	2198
1959	1372	2206

1960	1694	2348
1901	1467	2672
Totales	13708	23204

Fuentes: Departamento de Comercio Estados Unidos, Survey of Current Business. Datos sacados de Sweezy y Baran, Monopoly Capital.

Un análisis de la relación entre las inversiones directas de capital de Estados Unidos en el exterior y los beneficios obtenidos muestra la importancia que tienen estas inversiones en la economía norteamericana, así como sus efectos descapitalizadores sobre las economías subdesarrolladas (Cuadro VII).

¿Qué significado tienen para nosotros esos datos?

Muestran que las empresas monopólicas de los centros dominantes se irradian para los países subdesarrollados en forma de subsidiarias que llevan sus estilos de organización monopólica hacia economías mucho más frágiles, produciendo los efectos que señalamos. Muestran, también, que esas subsidiarias forman parte de un organismo internacional muy complejo a cuyos intereses tienen que ajustarse.

El proceso de integración revela así tres aspectos muy importantes: el ajuste de las dimensiones de las empresas en los países subdesarrollados a patrones que les son extraños y el ajuste de la política de esas empresas a intereses que también les son ajenos y muchas veces contrarios, como demuestran Baran y Sweezy en el artículo citado. Por fin, el proceso de integración implica un proceso de descapitalización por las remesas de ganancias y otros beneficios muy superiores a las inversiones realizadas. Los datos y el análisis de Baran y Sweezy nos permiten tanto comprender el carácter del crecimiento de nuestros países en las condiciones de la integración capitalista internacional, como hacen resaltar importantes consecuencias de ese crecimiento.

4.1 Nota de 1977

Los datos divulgados posteriormente a estos escritos (1966) indican un fortalecimiento del capital bancario tanto dentro de Estados Unidos y de los países desarrollados como en los movimientos financieros hacia los países dependientes. Se puede cuestionar en consecuencia la tesis

aceptada por nosotros en 1966 de que los directores de las empresas multinacionales (EMN), podrían ocupar la posición integradora de la clase dominante en los países desarrollados. Asimismo, la crisis económica iniciada en 1967 en escala internacional ha reforzado el poder de los grupos económicos con una sólida base financiera y ha minado sustancialmente la capacidad de autofinanciamiento de las grandes empresas.

II. La crisis latinoamericana

1. Descripción de la crisis

En vista de los fenómenos que hemos descrito, la crisis latinoamericana ha llegado a un grado muy profundo. En este momento, por todas partes se rompen los viejos esquemas políticos, sociales y económicos, con lo asimismo los modelos interpretativos de esta realidad.

¿Cómo se manifiesta esta crisis latinoamericana tan sentida por los pueblos del continente?

Los elementos más evidentes de la crisis son: al nivel económico, la baja producción acompañada de una manifiesta desigualdad del ingreso, la inflación incontrolable que corroe a la mayoría de estas economías y a la seguridad de los asalariados, el estancamiento o baja del crecimiento económico latinoamericano en la década de los sesenta; desde el punto de vista social, están los fenómenos de la marginalidad progresiva de amplias capas de la población urbana y rural, los índices de subdesarrollo tan conocidos (analfabetismo, bajo consumo de energía y otros productos vitales, etc.), la crisis de la juventud, las huelgas y conflictos interminables; desde el punto de vista político, la inestabilidad de las democracias representativas y el ascenso de los grupos militares al poder, la creciente guerra civil-militar continental que involucra ejércitos guerrilleros, manifestantes, etc. Por último, a nivel cultural e ideológico encontramos una gran crisis de los modelos de análisis e interpretación de nuestra realidad que estuvieron firmemente aceptados por largos períodos. Se puede hablar de una desconfianza generalizada hacia los ídolos de nuestra cultura. A este vacío ideológico provocado por la crisis de

estos modelos de interpretación de nuestra realidad se agrega la crisis de las instituciones culturales, básicamente la universidad.

A un nivel más profundo vemos que esta crisis, que aparece bajo estas formas tan brutales y violentas, encuentra su origen en una situación común a todo el continente, en la cual cada país ve reflejados los problemas de los otros en su realidad y su realidad en los problemas de los otros. Las esperanzas que se habían generado a raíz del proceso de industrialización de los años treinta a sesenta se van progresivamente derrumbando con la demostración de que la industrialización hizo crecer los problemas anteriores, generando nuevos problemas cuyas causas se hacen progresivamente evidentes.

De la crisis actual surge la noción de que el subdesarrollo de nuestros países tiene su origen en una situación que es común a todos ellos: la situación de dependencia de nuestras naciones de los centros hegemónicos mundiales. La categoría de la dependencia aparece así como un instrumento de análisis fundamental de nuestra realidad. En esencia, podemos comprender hoy día que el desarrollo de nuestros países tiene sus patrones particulares, que están dados por la situación de dominación a que estamos sometidos económica, social y políticamente. Estos patrones específicos determinan un tipo de desarrollo dependiente que tiene como característica fundamental el de hacerse con criterios doblemente explotadores.

Este desarrollo es explotador en alta intensidad, en el interior de la economía, por apoyarse en fuerzas tecnológicas coercitivas mucho más amplias que aquellas generadas por el desarrollo natural de las sociedades nacionales. Es decir, la clase dominante de los países dominados o dependientes se apoya en el desarrollo de una tecnología y de un sistema de relaciones socioeconómicas generado en otros contextos que le permiten disponer de un poder muy superior sobre la capacidad productiva y consecuentemente sobre los otros sectores de la población.

Por esto, esta clase dominante asegura no sólo un amplio margen de producción expropiable, como también puede aprovecharse del bajo nivel de exigencias de los trabajadores y de los consumidores del sistema donde se desarrolla la dominación. El resultado es, pues, un sistema de duplicada explotación del trabajo.

En segundo lugar, la condición dependiente asegura otra forma de sobreexplotación: la que se hace desde el exterior llevando parte sustantiva del esfuerzo nacional de acumulación de capital. De la gran parte ya sobreexplotada de la producción nacional se va una parte muy grande hacia el exterior, que no se reconvierte en forma de consumo e inversión internos dentro del sistema.

De esta situación de doble sobreexplotación resulta el carácter excluyente del desarrollo capitalista dependiente que nosotros vivimos. El crecimiento económico al que asistimos en nuestros países en los años cincuenta lo demostró. Este crecimiento se hace, por un lado, incorporando un sector minoritario de la población al sistema productivo (que, como vimos, está fundado en una sobreexplotación) y, por otro, excluyendo y marginando a capas cada vez más extensas de la población.

2. La crisis del desarrollo dependiente

De esta combinación tan contradictoria de elementos resulta la complejidad de la crisis de nuestros países, que se puede resumir como la crisis del desarrollo capitalista dependiente. El concepto de dependencia nos sirve, pues, como guía para calificar los complejos elementos que componen esta situación. Detengámonos un poco en este concepto. Vimos que la dependencia es una característica intrínseca del sistema socioeconómico de los países subdesarrollados. La situación internacional se caracteriza por la existencia de una interdependencia creciente entre las economías nacionales a escala mundial bajo la hegemonía de uno o varios centros dominantes que transforman este desarrollo en acumulación de riqueza y poder para ellos en detrimento de las amplias mayorías mundiales. Esta situación tiene una cara interna en los países dominados. Esta cara interna no es, pues, una consecuencia de factores externos, sino que es su propia manera –el modo dependiente– de participar de este proceso de desarrollo de la economía mundial capitalista. La dependencia es, pues, el modo específico de la producción capitalista en nuestros países. Es, también, la forma en que se estructuran nuestras sociedades. La dependencia es la situación que condiciona nuestro desarrollo y le da una forma específica en el contexto mundial –la del

desarrollo capitalista dependiente-. Este desarrollo sigue leyes propias, condicionadas por esta situación, que tenemos que descubrir para poder actuar conscientemente sobre nuestra realidad.

La no consideración de los límites del desarrollo dependiente hizo que la ciencia social latinoamericana aspirara para nuestros países un desarrollo que los conduciría a la misma situación de los países capitalistas avanzados. Pero la realidad se mostró muy diversa, lo que lleva hoy día a una autocrítica de este mismo pensamiento. La comprensión del desarrollo latinoamericano y de las leyes que lo rigen exige rebasar los límites de esta situación condicionante, es decir, exige rebasar los límites y los horizontes teóricos e ideológicos de la denominación. Exige, pues plantear la superación del sistema socioeconómico que genera la dependencia. El concepto de dependencia así comprendido es instrumento indispensable para encontrar las leyes que rigen el desarrollo de nuestras sociedades -su forma, su movimiento y las alternativas posibles de su desarrollo dentro de las cuales nos cabe actuar-.

Al concebir el desarrollo latinoamericano como un modo particular del desarrollo del sistema capitalista mundial, tenemos que comprender en primer lugar este sistema para entender nuestra crisis. Desde la posguerra, el desarrollo del capitalismo comienza a presentar características particulares que son el producto de un conjunto de factores que se acumularon en el principio del siglo XX y explotaron con ocasión de la Segunda Guerra Mundial. A este sistema particular de relaciones mundiales intercapitalistas lo llamamos el proceso de integración monopólica mundial.

Sus características centrales son, en primer lugar, un proceso de integración de todas las potencias capitalistas bajo el control hegemónico de Estados Unidos, con base en la ideología de la unidad del mundo occidental cristiano frente al enemigo común: el campo socialista en expansión. En segundo lugar, este proceso de integración se presenta fundado en una infraestructura económica cuya célula está, como lo vimos, en la gran empresa monopólica multinacional y conglomerada. Estas empresas tienen como característica propia, a diferencia de la empresa monopólica de preguerra, el carácter de empresas cada vez más integradas en la economía mundial, de la cual depende gran parte de

su funcionamiento, sobre todo a nivel de la estructura internacional de sus inversiones. Estas empresas operan cada vez más a nivel mundial, teniendo a Estados Unidos como su principal base de operaciones.

Ellas también disponen, al mismo tiempo de un flujo de capitales superior a sus posibilidades de inversión a nivel nacional y productivo. Esto las transforma en empresas casi financieras que invierten su excedente creciente de capital no con el criterio de reforzar su unidad tecnológica (como ocurría en la etapa de la trustificación), sino con objetivos directamente financieros. El resultado es que se forman empresas que coordinan las más diversas actividades económicas formando los “conglomerados” modernos, empresas especuladoras que movilizan su capital en función de la monopolización de los sectores más dispares y por tanto de una maximización de lucros que las lleva a un exceso creciente de recursos. La acción de los conglomerados es acumulativa: lleva a una brecha creciente entre la disponibilidad de los capitales, recursos y el mercado.

Por esta razón, el problema central de estas empresas, y del sistema neocapitalista en el cual se desarrollan, es el de la organización de mercados masivos que permitan mantener en crecimiento las posibilidades de inversión de capital. El estado, particularmente la industria militar, con sus compras masivas a largo plazo permite estabilizar gran parte del mercado de esas empresas. Los sistemas de venta a plazo, la publicidad y la investigación de mercado, garantizan por otro lado la dinamización del consumo privado. Las mismas grandes empresas consumen, a su vez, gran parte de la producción de las otras empresas productoras de bienes de capitales, asegurando el equilibrio del sistema a corto plazo. Este equilibrio está, sin embargo, basado en la no consideración del desequilibrio básico dado por la contradicción entre la expansión acumulativa de la ganancia y la expansión restringida del mercado.

Los países subdesarrollados aparecen para estas empresas como un mercado importante de bienes de capital a través de la instalación de nuevas industrias, que consumen en general maquinaria y materia prima elaborada importadas de los países desarrollados. El progresivo control de estas oportunidades de inversión en los países subdesarrollados permite a los monopolios ganar una gran expansión y

constituirse como empresas multinacionales y conglomeradas en búsqueda de constantes fuentes de inversiones.

Esta es la clave de la actual crisis latinoamericana. La acción expansiva de esas empresas crea tres fenómenos interrelacionados que están en el centro de esta crisis. En primer lugar, el carácter expansivo y las grandes dimensiones de estas empresas entran en un choque cada vez mayor con las limitaciones de los mercados internos latinoamericanos y las estructuras exportadoras y de autoconsumo que precedieron a esta expansión. De ahí la necesidad de apoyar y estimular una política de reforma. En segundo lugar, la inversión de este capital se hace a través de la transferencia masiva de la tecnología recién superada y sustituida en los países desarrollados cuyo objetivo básico es el ahorro de mano de obra en relación al capital invertido. El resultado de este tipo de desarrollo es provocar un gran desequilibrio entre la producción acrecentada y las oportunidades de trabajo. Esto tiene dos efectos básicos en países en expansión poblacional y migratoria y en proceso de sustitución de técnicas primitivas con las cuales sustituían vastas capas de la población: el crecimiento relativo de las oportunidades de trabajo es muy inferior al crecimiento de la población en su conjunto y al de la mano de obra desplazada por la introducción de nuevas tecnologías. El resultado de este proceso es la creciente marginalidad de amplios sectores de la población urbana y rural, que constituyen una especie de subproletariado.

El capitalismo dependiente es, pues, esencialmente excluyente en su crecimiento, lo que hace crecer la inestabilidad y el desequilibrio internos de la sociedad y consecuentemente el equilibrio político del régimen se ve amenazado por la creciente presión de consumo de las masas que no pueden ser absorbidas, además de la presión normal de los sectores ya absorbidos por el sistema.

Esto crea una situación estructural de inestabilidad política que exige, por parte de la clase dominante, recurrir a una política de fuerza para garantizar la sobrevivencia del sistema. Esta necesidad entra en contradicción con las exigencias de la política de reforma, que podría quizás disminuir estas presiones temporalmente, y hace acumularse los factores que impiden la reforma. La solución intentada en los últimos años ha sido la de realizar la política de reformas o modernización desde

arriba, es decir, a partir de una minoría militar ilustrada por las escuelas superiores de guerra, pretendiéndose obtener el apoyo de las élites sindicales, políticas, estudiantiles, etc. Este esquema ha fallado básicamente por la imposibilidad estructural de combinar reforma y represión de forma eficaz. Las reformas se convierten en sus propias sombras –unas pequeñas medidas modernizadas– y la represión se hace ineficaz por su vacilación entre reprimir y buscar apoyo en los sectores afectados por la represión. En tercer lugar, el capital de las grandes empresas multinacionales se invierte dentro de la perspectiva de aumento de la tasa de ganancia a nivel mundial, y las condiciones de operación más adecuadas a su volumen e intereses son las monopólicas, donde se asegura una alta tasa de ganancia a través del control del mercado. Esto limita relativamente la necesidad de ampliación del mercado de esas empresas y disminuye sus objetivos reformistas. El conglomerado como agente individual prefiere a corto plazo tomar las empresas más lucrativas de los más distintos sectores que ampliar el mercado nacional a través de una política reformista. La integración y el control sobre los mercados existentes se revela como una política más fácil y menos arriesgada. Así, en vez de profundizar una política reformista se prefiere hacer planes de desarrollo regional a través de estímulos artificiales a la inversión que profundizan la exclusión y marginalización de amplios sectores. O se prefiere las integraciones latinoamericanas o subregionales que permitan integrar los mercados ya existentes y someterlos al control de unos pocos grupos monopólicos.

Resultado: más monopolización, más utilización de tecnología ahorradora de mano de obra, más desempleo relativo, más aumento de la tasa y volumen de la ganancia, mas contradicción entre el crecimiento acumulativo de los recursos de capital y el crecimiento limitado del mercado. De esta manera, el crecimiento del capitalismo dependiente profundiza mucho más rápidamente las contradicciones del capitalismo en general y genera otras contradicciones específicas. La crisis latinoamericana es un producto combinado de la crisis de este desarrollo capitalista industrial dependiente con la crisis del sector subdesarrollado o precapitalista industrial, bajo su forma internacional o nacional. Estas otras dos dimensiones de la crisis son las que se ligan, por una

parte, al problema del consumo y de las relaciones económicas externas y, por otra, al mercado interno y las estructuras anteriores al capitalismo industrial. Por último, el desarrollo del capitalismo dependiente no excluye las leyes de funcionamiento del capitalismo monopólico en general, y estas leyes asumen su forma particular en las condiciones de funcionamiento de las empresas monopólicas en los países dependientes. La acumulación de capital tiene sus exigencias internas, que someten la producción a formas cíclicas de crecimiento, de las cuales no escapa el capitalismo industrial ligado al mercado interno de los países dependientes. Nuestro análisis busca, después de haber caracterizado la situación de conjunto, analizar la especificidad de cada una de estas fases de la crisis general del desarrollo capitalista dependiente y enseguida combinarlas para recoger de allí las leyes de funcionamiento de estas realidades históricas concretas que son las sociedades latinoamericanas. En este capítulo introductorio pretendemos señalar las características generales de la crisis en cada uno de estos aspectos, que serán tratados más profundamente en el caso brasileño a partir de los próximos capítulos. Ya vimos ligeramente lo que se refiere a las características específicas del desarrollo dependiente en la fase de integración monopólica mundial. Vimos que ella conduce a una crisis económica general que se divide en tres aspectos específicos: la crisis del sector externo, la crisis del sector tradicional y la crisis del sector capitalista industrial.

3. La crisis del sector externo

La producción exportadora de Latinoamérica sufrió un gran golpe en la posguerra con la sustitución progresiva de las materias primas naturales por productos sintéticos. Los datos revelan un deterioro de los precios de los productos exportados por nuestros países, que se refleja en la congelación o baja del valor de la producción exportada. Tal hecho no tendría mucha importancia si el proceso de industrialización basado en la sustitución de productos manufacturados importados por los nacionales condujera a largo plazo, como se esperaba, a una disminución de la importancia de la importación, que sería sustituida por los productos nacionales. Sin embargo, los hechos muestran que la instalación

de industrias nacionales sustitutivas llevó a la necesidad de importar maquinarias, materias primas sintéticas y otros insumos de los países desarrollados. El resultado fue la dependencia cada vez más estrecha del comercio exterior para el funcionamiento de los sectores más dinámicos de la economía nacional. A pesar de que el balance comercial, es decir, las relaciones entre compra y venta de mercancías, es en general favorable para nuestros países, esta ventaja es cada vez menor y hay una evidente escasez de divisas para importar una cantidad de insumos básicos que limita las posibilidades expansivas del sistema.

Pero el problema del balance comercial en creciente deterioro no es sino un aspecto del gravísimo problema de la crisis del comercio exterior. Los aspectos más importantes son los relacionados al balance de servicios, donde está el déficit fundamental de nuestro balance de pagos. En lo que respecta al balance de servicios, dos son los rubros más importantes: lo que se refiere al balance de servicios propiamente y lo que se refiere al balance de capitales. En cuanto a lo primero, conocemos la gran significación de los pagos por fletes que están monopolizados por los países desarrollados. Estos fletes son pagados, tanto sobre la importación como sobre la exportación a navíos de otras banderas, por ausencia de una marina mercante nacional con poder de competencia internacional. Gran parte de los dólares obtenidos por la exportación de los productos latinoamericanos son destinados al pago de los fletes cobrados para exportar e importar los productos comerciales. Ahí empieza el déficit del balance de pagos. Este déficit se profundiza cuando se examina el balance de capitales, que es desfavorable para América Latina, sobre todo a partir de los fines de los años cincuenta, como resultado de la remesa de las ganancias obtenidas por las empresas extranjeras que se introdujeron y controlaron la producción interna en el período de la posguerra. Además del servicio del capital extranjero operan otros factores negativos del balance de capitales, que son los servicios de los empréstitos gubernamentales y de la deuda externa, más específicamente. Esta situación deficitaria de los balances de servicio y de capital originó la necesidad de financiar el déficit del balance de pagos a través de nuevos empréstitos, que significarán no sólo el pago en plazo fijo de éstos sino también el pago de los intereses. La imposibilidad de equilibrar el balance de pagos va conduciendo a la necesidad

de nuevos empréstitos, lo que conduce a una acumulación de los efectos deficitarios y a una acumulación consecuente de la deuda externa y de su servicio. Todo esto nos lleva a reconocer el carácter estructural de la crisis del comercio exterior. La crisis de la producción de bienes primarios es un hecho irreversible, y por más que los países subdesarrollados logren imponer mejores condiciones de precios como lo pretenden CEPAL, UNCTAD, etc., no podrán impedir la marcha irreversible de la tecnología. La solución de que estas materias primas sean industrializadas en los países de origen quizás tenga viabilidad económica a plazo mediano, pero no llega a alterar profundamente el problema.

El déficit de las relaciones de capital tiende a aumentar, pues las empresas extranjeras instaladas en América Latina tienen activos crecientes a través de la reinversión de parte de las ganancias obtenidas, lo que significa una progresión acumulada del volumen de la ganancia, que tiende a ser también más grande relativamente al aumento del monopolio de estas empresas sobre los mercados latinoamericanos. Estos mecanismos de acumulación que describimos anteriormente revelan una tendencia a la profundización del problema de la deuda externa y un aumento cuantitativo de la misma. Así lo muestran los datos que consignan un aumento porcentual creciente del servicio de la deuda externa en relación al ingreso nacional de los países latinoamericanos.

No hay ninguna tendencia operando dentro de las sociedades capitalistas dependientes que pueda contrarrestar seriamente las tendencias descritas sin romper los marcos del sistema. Esto nos hace aceptar como real la existencia de una crisis secular del sector externo de las sociedades dependientes. Esta crisis secular conduce a una situación de dependencia progresiva de nuestras economías, de nuestras sociedades y de nuestra política respecto al centro hegemónico mundial del sistema. Ella se manifiesta en un conjunto de crisis parciales, cuya ausencia de solución produce una acumulación de los elementos de la crisis. Toda vez que hay una caída significativa de precios de los productos exportados, o una lucha por establecer mejores condiciones contractuales para su venta, o cuando hay que reescalonar la deuda externa o cuando se presenta la necesidad de desvalorizar las monedas nacionales, etc., se manifiesta la crisis general del comercio exterior latinoamericano (y

subdesarrollado en general). Los intentos ideológicos de buscar solución a estos problemas estructurales con base en el sistema actual sólo hacen desviar la lucha de liberación nacional de estos pueblos hacia fines reformistas, cuyos estrechos límites y objetivos de clase son evidentes. Para lograr una visión científica de la crisis del comercio externo de América Latina hay que situarse, pues, en la perspectiva de la superación del sistema capitalista internacional y nacional. Sólo desde la perspectiva de la emancipación nacional gana sentido, pues, el análisis de estos problemas aparentemente técnicos y neutrales, “tecnificados” y “neutralizados” por los intereses de clase que quieren impedir la solución de ellos.

4. *La crisis del sector tradicional*

El otro nivel de la crisis del desarrollo capitalista dependiente es el relativo a la crisis de la economía y sociedades exportadoras tradicionales y de las economías de autoconsumo que con ella se relacionan. Este sector tradicional es objeto de una revisión conceptual muy importante en la actualidad. Es necesario caracterizarlo como producto de una economía exportadora ligada a la expansión del comercio mundial y, por tanto, al desarrollo del capitalismo. Como tal no puede inscribirse en el modo de producción feudal, cuya esencia es estar volcado hacia el autoconsumo. Sin embargo, el hecho de que esta producción se hiciera en las condiciones de países esencialmente exportadores de materias primas y productos agrícolas en condiciones económico-sociales donde existían tierra abundante para monopolizar y mano de obra escasa, obligó al sistema a reforzar la política del control servil o semiservil de la mano de obra a través de distintos mecanismos. En estas condiciones, la expansión de la producción primaria hacia el comercio mundial capitalista en crecimiento no permitió, por lo tanto, el pleno desarrollo de las relaciones de producción capitalista y aseguró la existencia de una mano de obra semiservil al lado de sectores asalariados con muy bajas condiciones de negociación. Desde el siglo XIX, la compensación del sistema latifundista a los trabajadores sin tierra era ofrecerles el uso de la tierra a cambio de una parte de la producción (aparcería), o se abría a esos trabajadores la posibilidad de obtener una propiedad minifundiaria, la que funcionó

como poderoso factor de estabilidad social en el campo durante un largo período. El minifundio, al mostrarse insuficiente para mantener la familia campesina, obligaba al campesino a trabajar en los latifundios en la época de la zafra, consolidando las relaciones personales y semiserviles entre los campesinos y el dueño de la tierra. Las relaciones señoriales se combinaron así con la expansión capitalista de la economía y de la sociedad y con el proceso de modernización de las zonas urbanas resultantes de la expansión de los grandes centros comerciales exportadores y de una incipiente producción industrial.

Esta combinación ha sido siempre uno de los más difíciles problemas para la comprensión de nuestra sociedad. Ella ha asumido, sin embargo, un carácter siempre precario, que se va reestructurando en la medida en que van cambiando las correlaciones de fuerza en el interior del sistema. La crisis del sector tradicional, que en el pasado reciente (siglo XIX) fue el sector más moderno de las economías dependientes, es consecuencia de los cambios que provoca el desarrollo capitalista industrial. Es necesario pues, estudiarlo antes de bosquejar el cuadro de la crisis del sector tradicional.

5. Límites del sector industrial capitalista

El problema se complica todavía más cuando a esta combinación entre la expansión capitalista exportadora y las relaciones señoriales se junta el sector capitalista industrial moderno, producto del proceso de sustitución de importaciones que tiene su primer impulso importante en la gran guerra de 1914 y ganara su gran esfuerzo después de la crisis de 1929 y de la Segunda Guerra Mundial. Ese sector surge en estrecha dependencia del sector exportador que era: a) fuente de ingresos de divisas para la importación de maquinarias y materias primas esenciales a la industrialización; b) principal sector consumidor interno de los productos industriales y, por tanto, esencial a su desarrollo; c) fuente de capitales para la inversión industrial, que representaba una apertura fundamental para las inversiones de los sectores primario y comercial en crisis.

La combinación de éste y otros elementos hizo que el sector capitalista industrial emergente se encontrara estructuralmente dependiente

del viejo sector exportador y llegara a formas de combinación estrechas y profundas con él. Como intento de conceptualización de esta combinación, al mismo tiempo complementaria y contradictoria de elementos, surgió la tesis de la sociedad dual o del dualismo estructural, cuyo error fundamental era separar, en compartimientos estancos formas sociales que eran antes que todo complementarias e interdependientes. La tesis del dualismo estructural suponía también la existencia de un sector tradicional precapitalista apartado del desarrollo del capitalismo europeo, y no lo que sería correcto, es decir, concebir al sector llamado “tradicional” como un producto de la expansión del capitalismo mundial, cuya forma de participación específica en esta expansión ha sido la de países dependientes, con la consecuente formación de una estructura socioeconómica específica. Se equivocaba esta teoría, pues, al conceptualizar este sector llamado “tradicional” y, mucho más, todavía, al relacionarlo con el supuesto sector “moderno” bajo la forma de una transición que suponía el pasaje de una sociedad tradicional hacia una sociedad moderna. En realidad, el desarrollo combinado y desigual del sistema capitalista mundial encontraba una extraña materialización en los países dependientes. Trataré, pues, de comprender esta compleja combinación de elementos complementarios y contradictorios y sus efectos sobre la crisis latinoamericana.

El desarrollo del sector industrial moderno, tanto en la ciudad, como su penetración en el campo, cambia profundamente la situación al sustituir mano de obra por máquinas, romper el equilibrio tradicional, abrir nuevos métodos de competencia y nuevas necesidades estructurales. La necesidad de ampliar los mercados en el campo choca con la interdependencia entre la industrialización y la producción exportadora tradicional, que se debe a las tres razones que hemos visto. La supervivencia del sector tradicional, que tantas veces ha causado espanto o admiración, no se explica, pues, por su propia fuerza interna, hoy día tan debilitada, sino por la necesidad que el sector capitalista industrial tiene de él.

Pero el hecho es que el sector latifundista exportador está en crisis. Crisis económica por su pérdida de poder a nivel mundial con la desvalorización de los productos primarios y a nivel nacional por la pérdida de importancia relativa del sector exportador frente al sector industrial

en avance. Crisis política por la desagregación del poder político de las viejas oligarquías agrarias o mineras en las comunidades rurales o semirurales. Crisis social por la incapacidad de absorber la mano de obra liberada por el desarrollo tecnológico bajo control del capitalismo monopolístico. Crisis ideológica por la pérdida de autoridad y legitimidad del modelo del estado liberal que sustentaban estas oligarquías.

La difícil dialéctica del desarrollo capitalista industrial dependiente oscila, pues, entre la necesidad histórica de eliminar el dominio de estos sectores sobre una amplia capa de la población y la necesidad que tiene de ellos como fuente fundamental de divisas, de ingreso y de capital. Oscila entre la necesidad de ampliar el mercado rural y la incapacidad de absorber la mano de obra liberada por el desarrollo del capitalismo en el campo. Todo esto genera una crisis general de este sector y de la política reformista. Esta ambigüedad es uno de los elementos más importantes y, al mismo tiempo, más complejos de la realidad latinoamericana actual. La crisis general y secular se agrava y llega a momentos dramáticos toda vez que la burguesía monopolística busca caminos legales y administrativos para abrir nuevas relaciones de producción en el campo, o se agudiza aún más cuando las masas campesinas, sufriendo el efecto de la crisis, se rebelan casi siempre con apoyo de la clase obrera y del movimiento estudiantil en las ciudades. Esta crisis aumenta con la pérdida progresiva de poder de los viejos sectores exportadores, que los conduce a un mayor endurecimiento e irracionalidad en su política conservadora; sin embargo, estos sectores disponen todavía del poder suficiente como para poner a los otros sectores de las clases dominantes en la opción de escoger entre la política que defienden para la clase dominante o la de los movimientos populares –sean ellos radicales o incluso reformistas–, que amenazan a corto o largo plazo al conjunto de aquella clase.

6. Carácter cíclico de la acumulación de capital

La última dimensión de la crisis del desarrollo capitalista dependiente es la que respecta al carácter cíclico de la economía capitalista industrial, que agrega a las crisis del comercio exterior y a la crisis del mercado interno las oscilaciones cíclicas del capitalismo nacional. No trataremos

aquí de las oscilaciones cíclicas del capitalismo internacional o de los centros hegemónicos, porque nos llevaría a caminos muy largos. En la Segunda Parte de esta obra se hacen referencias a ellas. En lo que respecta al desarrollo del capitalismo monopolístico en nuestros países, es necesario resaltar su carácter específico. Es decir, se caracteriza por la estrecha combinación entre distintos elementos específicos de nuestra condición dependiente. En la acumulación de capital de nuestros países se combinan distintos procesos, que producen un capitalismo esencialmente inflacionista. La necesidad de que el estado tome la iniciativa de la producción en los sectores básicos de tal forma que cree la infraestructura del sector industrial lo hace asumir múltiples responsabilidades, que generalmente son deficitarias por la presión de los que utilizan estos servicios en el sentido de pagar bajos precios. El financiamiento de las inversiones desarrollistas privadas también exige adelantos estatales, logrados con base en la expansión del circulante monetario. El sistema bancario, presionado por la demanda de financiamiento a largo plazo, busca su refugio en el estado, que le proporciona los fondos necesarios asumiendo esta responsabilidad inflacionaria. La acción de los monopolios conduce al aumento de los precios y, además, las presiones de ampliación del consumo de las clases medias también actúan como otros factores inflacionarios.

La teoría económica latinoamericana de los nacionalistas y de la CEPAL le ha dado especial énfasis al llamado carácter estructural de la inflación de los países subdesarrollados. La inflación sería un producto de la oferta insuficiente frente a la demanda en expansión, cuya causa estaría en los sectores subdesarrollados, que producirían cantidades inferiores a las necesidades. Una oferta insuficiente conduciría, pues, al aumento de los precios. Por tanto, la inflación tenía que ser eliminada a través del desarrollo. Esta teoría no hace sino reflejar una vez más la tendencia de la teoría del desarrollo a echar la culpa de todos los males del sistema al “subdesarrollo” y no al desarrollo capitalista. El hecho de que la industrialización no haya eliminado la inflación, sino que la haya aumentado, debilita esta teoría. La justificación que se da es considerar la inflación de un origen abiertamente gubernamental como marginal y necesaria para lograr el desarrollo. Las políticas propuestas por estos

teóricos están orientadas hacia medidas de carácter desarrollista, poniendo en segundo plano el problema de la inflación, puesto que se la considera como un fenómeno superestructural. La realidad de los años 1965 a 1968 en algunos países industrializados de Latinoamérica presenta una situación de estancamiento junto a las altas tasas de inflación, lo que ha hecho caer esta teoría, llevando al paroxismo a sus defensores y obligándolos a admitir la necesidad de políticas de estabilización monetaria toda vez que llegan al poder. La inflación es una expresión de las contradicciones del desarrollo capitalista en general, y en nuestros países es la expresión de un conjunto muy complejo de contradicciones específicas. La necesidad de nuevas inversiones presiona sobre el sistema bancario y el estado y aumenta necesariamente el monto del dinero en circulación; la presión por aumento salarial tiende a acentuarse en los períodos de crecimiento económico, provocando una caída de la tasa de ganancia, en virtud de los aumentos salariales logrados, o provocando un aumento de precios; varios otros factores que no compete analizar aquí hacen que los períodos de ascenso económico en el capitalismo lleven inevitablemente a la inflación. Los distintos grupos luchan por quedarse con la natural redistribución del ingreso que provoca el proceso inflacionario y generan así nuevas presiones inflacionarias.

La realidad del ciclo capitalista en los países llamados en desarrollo no ha sido reconocida por los economistas, sobre todo en un momento en que se busca negar en general el carácter cíclico del neocapitalismo. Solamente los monetaristas y algunos marxistas lo plantean. En la realidad, sin embargo, todos los gobiernos latinoamericanos reconocen hoy día, por experiencia propia, la necesidad de aplicar medidas antiinflacionarias con efectos evidentemente depresivos sobre la economía. La necesidad de esta política antiinflacionaria es el elemento que complica y debilita más fuertemente el esquema de poder inmediato de las clases dominantes. La política de estabilizaciones un inteligente sistema de estabilizar los negocios a través de la liquidación de amplias capas pequeñoburguesas y proletarias, como lo intentaremos demostrar en la segunda parte de este libro. Tal política es eminentemente antipopular y nítidamente antirreformista en la fase de combate a la inflación. Esta es la causa más inmediata de que la clase dominante de América Latina,

particularmente en Brasil y Argentina, recurra a los golpes de estado. La necesidad de aplicar una política de estabilización exige un gobierno fuerte que la garantice en contra de la presión de todos los sectores afectados. La combinación de la crisis de estructura con la crisis capitalista provoca, pues, una situación profundamente difícil para las clases dominantes y muy favorables para la unificación de los trabajadores (obremos y de clase media) en contra de esa política antipopular.

7. Las alternativas: socialismo o fascismo

¿Cuál sería el desarrollo posible de la crisis latinoamericana, considerando los elementos que la componen? En resumen, ¿cuáles son las alternativas que se plantean a nuestros países inmersos en esta situación? La combinación de la crisis del desarrollo capitalista industrial dependiente con la crisis del comercio exterior, de los sectores exportadores y tradicionales y de la acumulación de capital monopólico dependiente produce una situación revolucionaria. En una situación revolucionaria, la clase dominante no está satisfecha con las formas de dominación que ejerce, y las clases dominadas e intermedias pierden su confianza en la legitimidad del poder existente. Este es el resultado de la profunda crisis actual: la necesidad de buscar nuevas formas de acción política y nuevos modelos de organización social y política que se adecuen a las exigencias de los profundos cambios operados en la base productiva de la sociedad. Las contradicciones de la situación de crisis producen enfrentamientos que se tienden a radicalizar progresivamente hasta una solución más definitiva.

Las alternativas del desarrollo de la situación de crisis actual sólo pueden ser planteadas dentro de los cuadros impuestos por ella. Al pensamiento social le cabe buscar los componentes esenciales de esta situación, de tal forma que descubra cuáles son las posibilidades de desarrollo que ella ofrece. Es en función de esas posibilidades que tiene que aplicarse la libertad humana, que es la responsable final por el desarrollo de la historia humana. Podemos ver estas alternativas desde dos puntos de vista. En primer lugar, desde la perspectiva del desarrollo inmediato de la situación actual; en segundo lugar, desde la perspectiva de la solución

final de las principales contradicciones específicas de esta situación, es decir, desde el punto de vista de la eliminación de la crisis. Esta perspectiva supone el análisis de un cuadro histórico más amplio y un buen conocimiento de las tendencias actuales y de su posible evolución en un futuro próximo. Del análisis somero de la crisis latinoamericana que presentamos podemos sacar algunas conclusiones muy generales.

En primer lugar, la política de reformas patrocinada por el imperialismo en alianza con sectores nacionales (clase media técnica o "intelligentzia", sectores de la burocracia civil y militar, sectores de la dirección del movimiento sindical, sectores empresariales) asumió las formas más variadas y siempre encontró dos límites profundos: a) el límite estructural del desarrollo dependiente, debido a la interdependencia entre la industrialización y el sector exportador tradicional y al carácter excluyente del desarrollo industrial capitalista dependiente (a estos límites estructurales hay que agregar, como lo hemos mostrado, la imposibilidad de conciliar una política reformista con la necesidad de controlar la inflación); b) el otro límite es el político. Las contradicciones profundizadas por la crisis general del desarrollo capitalista dependiente conducen a una situación extremadamente explosiva para poder ser manejada a través de una política de masas. Esto obliga a la clase dominante a buscar y realizar en primer plano una política desde arriba, basada en gobiernos fuertes con apoyo de élites escogidas, la cual ha fracasado. En segundo lugar, la clase dominante recurre a una política represiva que hace acumular el carácter explosivo de la situación. Frente a estos límites, por tanto, el desarrollo de la situación indica una dirección única: la radicalización política entre gobiernos fuertes y el movimiento popular. Algunos sectores ligados a las concepciones nacionalistas de los años treinta al sesenta intentan escapar todavía a esta dura opción histórica y buscan actuar en la dirección de una tercera alternativa reformista y desarrollista. Pero cada vez más, frente a la imposibilidad de realizarla, el movimiento nacionalista se divide en dos corrientes: una corriente nacionalista revolucionaria, que se aproxima a la izquierda y que ha sido la principal base del movimiento guerrillero latinoamericano, y una corriente nacionalista-reformista-desarrollista que acepta la inevitabilidad de la dependencia y

propone una solución de “parche”: un desarrollo dependiente en que se negociara la participación del capital extranjero en fórmulas mixtas que implicarían una gran participación estatal, único sector capaz de resistir, según ellos, la ofensiva del gran capital multinacional. Siendo el sector militar el más importante soporte del capitalismo de estado, ven en él la gran posibilidad de realización de esta política, que ha buscado una analogía histórica en el nasserismo. La viabilidad de esta alternativa está condicionada a su capacidad de adaptarse a las condiciones del desarrollo industrial dependiente, lo que significa que no podrá solucionar las contradicciones que hemos estudiado y, por tanto, no ofrece en realidad ninguna solución a largo plazo. Estos gobiernos no podrían vencer las contradicciones entre sus intenciones nacionalistas y reformistas y los acuerdos hechos con los intereses del gran capital multinacional, y entre la necesidad de apoyo de masas y la incompatibilidad de los intereses de la mayoría de la sociedad con este desarrollo dependiente. Esta alternativa no es más que una fórmula de transición, si es que tiene viabilidad a corto plazo en algunas partes, frente a las verdaderas alternativas que produce la crisis del desarrollo capitalista dependiente.

Son evidentes las condiciones estructurales que conducen al inevitable fracaso del camino reformista con apoyo de masas (el populismo latinoamericano está hoy en día en sus estertores finales), el camino reformista a través de gobiernos de fuerza ilustrados y apoyados en élites sociales y políticas, así como del camino reformista de dependencia negociada basado en la acción estatal y militar. En fin, es claro el fracaso de una solución que busque de alguna forma preservar el actual compromiso entre los distintos órdenes y fuerzas sociales que se entrecruzan y complementan antes del rompimiento definitivo del equilibrio entre ellas, pues el desarrollo del gran capital multinacional conduce inevitablemente a la necesidad de un enfrentamiento definitivo entre estas fuerzas, enfrentamiento hacia el cual los latinoamericanos, formados en tantos años de compromisos, entre fuerzas tan dispares, estructuras tan contradictorias y superestructuras ideológicas tan difícilmente compatibles, están siendo arrastrados.

La opción que se va desarrollando en este proceso es, pues, entre una profunda revolución social que permita establecer las bases de una nueva sociedad sobre las ruinas del viejo orden decadente y que ofrezca a Latinoamérica un papel de gran importancia en la fundación del mundo del futuro y, por otro lado, la alternativa de la victoria de las fuerzas más retrógradas y bárbaras de nuestro tiempo, la cual sólo se podrá hacer sobre la destrucción física de los liderazgos populares y de grandes masas de militantes.

¿Cómo se concretaría esta segunda y terrible alternativa en América Latina? Solo a través de la formación de un movimiento de masas pequeñoburgués con apoyo en capas marginales de la población y del latifundio decadente, fundado en una ideología profundamente irracionalista, que pudiera fundamentar tal carga de barbarie y atraso. Este sería nuestro fascismo colonial o dependiente. Desgraciadamente, las formas de esta situación ya se anuncian en América Latina, a través de algunos países, como Guatemala, y en Brasil, donde dichas formas se hicieron públicas a través de acciones terroristas, y en muchas otras partes bajo manifestaciones menos claras.

Este trabajo busca analizar en profundidad esta situación de crisis general y esta alternativa tan crudamente rígida en el caso brasileño, donde ella asume su forma más desarrollada. Brasil es hoy día una muestra de esas contradicciones bajo su forma más aguda. Allí, el desarrollo capitalista industrial alcanzó su forma más avanzada y paradójal en Latinoamérica; allí, también, las sobrevivencias de los viejos órdenes conservados en el seno de las nuevas formas y con ellas combinados llegaron a sus facetas más terribles. Allí, pues, encontramos terribles o liberadores presagios para América Latina.

Pido a los lectores que lean esta obra con espíritu libre de prejuicios y espero que no crean que el espíritu científico entra en contradicción con el lenguaje agresivo y denunciador que asume a veces este trabajo. La verdad científica no tiene nada que ver con el lenguaje anodino de ciertos pretendidos científicos sociales. La verdad científica es antes incendiaria que paralizadora. Bajo el nombre de “ciencia”, lo que ellos disfrazan es la aceptación pasiva y cómplice del orden existente y de las formas de barbarie que éste realiza ahora y que anuncia practicar mucho más violentamente en el futuro.

8. Un agregado de 1977

Desgraciadamente los ejemplos de estas salidas fascistas, que preveíamos en 1966 como producto de la lógica del desarrollo del capitalismo dependiente y sus contradicciones, han aumentado de manera abundante como lo hemos señalado en una nota anterior. Es importante señalar aun que cada nueva forma de dictadura militar se hace más próxima, ideológica y políticamente, de un régimen totalitario del gran capital como definimos el fascismo. El modelo chileno es el más crudo de todos, pero el ala derecha de los militares argentinos ha utilizado métodos aún más crueles que los chilenos y aspiran a un Estado mucho más totalitario. Asimismo, en Brasil y otros países que iniciaron desde hace más tiempo el proceso de derechización, surgen corrientes de derecha cada vez más descarnadas en sus concepciones fascistas. Ellas hacen responsables a las “concesiones” liberales (que permiten funcionar un parlamento castrado y algunos momentos de movilización política) de los fracasos de los sucesivos gobiernos militares y exigen una mayor consecuencia totalitaria que se va imponiendo en sucesivas crisis como la de 1966 que llevó a decretar el Acta Institución Número Dos como consecuencia de la derrota electoral del gobierno militar en Guanabara y que extinguió los partidos políticos tradicionales, creando solamente dos partidos uno del gobierno y otro de “oposición” consentida.

En 1968 la crisis de autoridad era total y las masas estaban en la calle. En consecuencia, se dictó el Acta Institucional Número Cinco que permitía suspender la constitución y el parlamento por arbitrio del Presidente. En 1976, después de dos derrotas electorales, el gobierno militar puso en receso el parlamento e instituyó un conjunto de reformas políticas que impiden el acceso de la oposición al poder. Sin embargo, el pueblo no se amedrentó con tales medidas y se fue a la calle anunciando confrontaciones más duras. ¿Será éste el momento de terminar con la dualidad entre la dictadura y la constitución liberal, como lo plantean los sectores de la ultraderecha militar? De parte del movimiento popular se ha planteado la consigna de la Constituyente que ponga fin al régimen de arbitrio. La lucha tiende pues a asumir una forma de combate definitivo.

Por lo tanto, la instauración de la dictadura militar no es el fin sino el comienzo del proceso de fascistización según las condiciones específicas del capitalismo dependiente en la que falta sobre todo un apoyo de masas activo a este fascismo así como un contenido nacional que no puede realizarse a través de gobiernos esencialmente entreguistas. Sin embargo, la campaña por los derechos humanos del gobierno de Carter ha dado oportunidad a algunos de esos gobiernos de hacer relucir un nacionalismo militar de derecha, que se ha expresado en la suspensión de acuerdos militares y afirmaciones retóricas de independencia en la política atómica.

III. El avance del fascismo en América latina³

1. Un balance histórico

La reciente historia política del subcontinente latinoamericano está marcada por la decadencia o debilitamiento de las corrientes nacionalistas y democráticas burguesas y por una radicalización política que tiende a poner frente a frente regímenes de fuerza con creciente contenido fascista y movimientos populares revolucionarios de progresiva tendencia socialista. La constatación de la existencia de esas tendencias se puede verificar cuando analizamos el proceso de lucha de clases en el continente después de la Revolución Cubana, y observamos que éste llegó a agudizarse en ciertos momentos, en los cuales se manifestó de manera cada vez más abierta la polarización que señalamos. Veamos algunas de esas coyunturas:

De 1961-1964 hay una agudización de la lucha de clases en Brasil en respuesta a un intento golpista de derecha en 1961. En 1964 se conformó un enfrentamiento entre, de un lado, una alianza de fuerzas populares (expresada en el Frente de Movilización Popular que reunía las centrales obrera, campesina y estudiantil, el comando nacional de los

3. Este capítulo corresponde a la tesis presentada por el autor en la Tribuna Internacional sobre el "Socialismo en el mundo" que se realizó en Cavtat, Yugoslavia, en septiembre-octubre de 1976 y fue publicada posteriormente en órganos de la prensa mexicana.

sargentos y los oficiales nacionalistas, el frente parlamentario nacionalista, y que apoyaba al gobierno del presidente Goulart que hegemonizaba este conjunto de fuerzas sociales) y de otro lado la movilización de la derecha en torno a un movimiento de masas “por la familia, por Dios y por la propiedad”, un frente parlamentario anticomunista y la conspiración militar derechista, todo lo cual fue apoyado y articulado por un comando militar dirigido por el propio jefe del Estado Mayor de Goulart (Mariscal Castelo Branco) y por la CIA. Este enfrentamiento nunca asumió una forma ideológica abierta entre socialismo y fascismo apareciendo como expresiones radicalizadas del nacionalismo de tendencias populistas y el liberalismo conservador de tendencias autoritarias. Sin embargo, la radicalización del enfrentamiento que rompió con 150 años de tradición constitucional brasileña (sólo interrumpidos por las luchas posindependentistas, la declaración de la República en 1889 que sucedía al Imperio, por la revolución de 1930 y por el gobierno del Estado Nuevo de Vargas en 1937-1945) mostraba la gravedad del momento histórico y el paso hacia una nueva fase política marcada por un Estado de excepción permanente, en constante ampliación de su área de autoridad e intervención en la sociedad civil. La ideología fascista quedaba instalada en el poder combinada y hasta subordinada a fuerzas conservadoras con matices liberal-autoritarios. El caso brasileño era el presagio de nuevos acontecimientos que indicarían la existencia de una tendencia histórica. En todos ellos interviene la mano brasileña, base de apoyo continental de una corriente política autoritaria que se sumaba a los organizadores internacionales de esta ola represiva: la CIA y el Pentágono.

En 1966, en Santo Domingo, un enfrentamiento entre militares tiende a convertirse en una guerra civil y el general Caamaño, líder de una de las facciones, entrega armas al pueblo. La respuesta del imperialismo se hace directa y rápida: se produce la invasión norteamericana de Santo Domingo, seguida del apoyo de la OEA y la formación de un ejército de ocupación interamericano encabezado por Brasil. De tal intervención resulta un gobierno conservador dirigido por Balaguer apoyado básicamente en sus fuerzas armadas, ya “saneadas” de su ala izquierda, y en las de ocupación.

En este mismo año, en Argentina, después de varios períodos de confrontación entre los sectores liberales civiles, los militares conservadores y el peronismo intentan instaurar un régimen militar dirigido por el general Onganía que debería reproducir el aparentemente exitoso modelo político brasileño. Este gobierno se enfrenta sin embargo a un movimiento obrero organizado, muy flexible y táctico que limita el poder de acción de la dictadura y somete la vida política nacional a una fuerte presión, cuyo punto culminante es la explosión del cordobazo, que se alía a una lucha guerrillera bien dirigida para lograr los objetivos de retorno del peronismo, lo que se da en 1971. (Paralelamente se forman movimientos guerrilleros independientes del peronismo, como el Ejército Revolucionario Popular (ERP), que desarrollan una estrategia propia a largo plazo).

Entre 1971 y 1976 la vida política argentina se verá marcada por un auge de masas sobre todo obrero, de los más significativos del continente, aliado o paralelo a un movimiento guerrillero de gran aliento y un ataque violento de la derecha peronista (masacre de Ezeiza y formación de los AAA, hegemonía del aparato estatal por el fascista declarado López Rega) y del aparato militar. Tal proceso tiene su primera culminación en el golpe de Estado de 1976, que busca imponer el camino del Estado autoritario conservador pero que cuenta con una corriente fascista muy activa la cual parece adquirir la hegemonía en ciertas circunstancias.

En 1968, un grupo militar de orientación nacionalista y populista se apodera del poder en Perú abriendo un período de transformaciones importantes en este país: nacionalización de la Gulf, del cobre, de los bancos, de la industria pesquera, de las tierras de la costa, etc. Posiblemente fue el único caso reciente de una importante transformación nacional-democrática exitosa en el continente. En ella, no participaron activamente las masas, que sin embargo desarrollaron su capacidad organizativa y su conciencia política en el contexto de las medidas progresistas del gobierno militar. Con el tiempo se va formando una organización sindical y campesina paralela a los intentos de control estatal, la cual empieza a chocar con la estructura rígida y tecnocrática del poder militar. En estas circunstancias la corriente militar más progresista busca formas de articulación con estas bases fracasando en general, debido

a sus concepciones paternalistas y a sus compromisos políticos institucionales. Al mismo tiempo, una corriente militar de derecha intenta formar una base de masas parafascista. Ambas corrientes se debilitan y el proceso sigue su camino centrista hasta el momento, con un matiz conservador creciente.

En 1970-1971, se produce en Bolivia un nuevo contexto político importante: después de años de gobiernos militares, inaugurados en 1960, que buscaron liquidar el fuerte movimiento obrero que había realizado con los campesinos la revolución de 1952, aparece una corriente militar nacionalista y popular que se apodera del Estado con apoyo del movimiento obrero y estudiantil. Este hecho abre camino a la formación de una Asamblea Popular, una especie de poder dual abierto que busca someter el gobierno militar a su dirección y aspira constituir un nuevo Estado socialista. Otra vez, la respuesta de la derecha no se dejó esperar. Ella fue articulada dentro de las fuerzas armadas, se apoyó en sectores de la pequeña burguesía y del campesinado acomodado y fue asesorada por la dictadura brasileña y por la CIA. En 1971 el jefe de Estado Mayor del gobierno del General Torres, el coronel Banzer, inició el golpe y después de una resistencia armada relativamente débil, se apoderó del poder.

Los procesos aparentemente aislados que describimos forman parte de una suerte de lucha de clases continental, que encuentra su culminación en Chile entre 1970-1973. En este país la lucha de clases llega a sus últimas consecuencias y la lucha ideológica y política, amortiguada por el retraso de la sociedad civil de los otros países, esclarece de manera definitiva el contenido del proceso en curso en el continente. El gobierno de la Unidad Popular es el primero que se establece en América Latina habiendo planteado un programa de objetivo socialista antes de llegar al gobierno. Incluso el gobierno revolucionario cubano sólo se convirtió en socialista dos años después de su llegada al poder. La instalación del gobierno popular chileno fue el resultado del fracaso del reformismo demócrata cristiano y de la radicalización interna que sufrió este partido en consecuencia de la autocrítica que realizaron sus sectores democráticos (muchos de los cuales rompieron con la Democracia Cristiana para reforzar la Unidad Popular). El gobierno popular disponía, en consecuencia, de un respaldo mayoritario

para las medidas antiimperialistas y antilatfundistas de su programa. Cuando estas medidas se completaron en el período de un año y medio y se plantearon las medidas antimonopólicas (nacionalización de las grandes empresas) y socialistas (planificación, dirección obrera, cambio del Estado burgués por otro basado en el poder popular) del programa de la Unidad Popular, se produce el quiebre de este frente tácito y se inicia la lucha abierta entre la izquierda y la derecha para ganar los sectores medios aún indefinidos. Por un lado, los trabajadores buscaban conformar un poder popular que estableciese las bases organizativas para profundizar las medidas tomadas y crear un nuevo tipo de Estado. Por otro lado, las fuerzas conservadoras y un sector fascista cada vez más organizado presionaban sobre la Democracia Cristiana y las fuerzas armadas para establecer una alianza en contra de la Unidad Popular. Las movilizaciones de masa, las acciones terroristas, la desorganización de la economía, el cerco parlamentario y jurídico, el terrorismo psicológico y la exacerbación de la propaganda irracionalista en los amplios medios de comunicación que poseía la derecha, asesorada y económicamente sostenida y dirigida por la CIA, culminaron con el golpe de Estado, que apoyó directamente el Pentágono y que fue dirigido (¡una vez más!) por el Jefe del Estado Mayor del Gobierno Popular. Estos hechos son los más significativos; son las situaciones de punta de un proceso revolucionario y contrarrevolucionario continental. Tenemos también el caso de Uruguay, donde se formó un Frente Amplio que disputó elecciones con buenos resultados y donde los Tupamaros alcanzaron un alto grado de simpatía popular; y este país de una secular tradición liberal terminó en 1973 bajo un gobierno militar de los más represivos del continente. Está el caso de El Salvador, donde la Unión Nacional Opositora (UNO) ganó efectivamente las elecciones de 1971 y fue impedida a asumir el poder por el viejo mecanismo del fraude electoral y que terminó bajo un golpe militar de tipo institucional. Se dio también el caso guatemalteco, donde el movimiento guerrillero alcanzó un auge muy importante en el primer lustro de la década de los años 60 y terminó bajo otro gobierno militar. Otras varias situaciones similares dieron resultados no tan radicales, pero sí en fórmulas intermedias.

2. Algunas lecciones generales

¿Qué nos enseñan esos hechos?

Ellos nos demuestran claramente tres cosas: primeramente, que hay un proceso de radicalización creciente de la lucha de clases en el continente y que las operaciones ideológicas intermedias van perdiendo fuerza y dando lugar a soluciones extremas que rompen con una tradición histórica de compromisos e inaugura una nueva fase económico-social y politicoideológica. Eso no quiere decir que esas opciones intermedias no subsistan e incluso se mantengan en el poder en ciertos países. Sin embargo, de una forma o de otra aún estos regímenes que mantienen ciertos patrones democráticos se ven afectados y pasan por modificaciones, más lentas, pero que reflejan en lo fundamental las mismas dos tendencias generales señaladas. En segundo lugar, el proceso de radicalización descrito conlleva en sí una tendencia a la formación de frentes de trabajadores de la ciudad y del campo que arrastran sectores de la pequeña burguesía y de la intelectualidad hasta un cierto punto en que la lucha de clases asume un carácter decisivo y se plantea la complementación de las tareas antiimperialistas y antilatifundistas con la destrucción del monopolio industrial y financiero, su nacionalización y la centralización del poder económico en manos del Estado para iniciar la planificación de la economía y un proceso de construcción socialista. El paso a esta segunda fase del proceso revolucionario encuentra dos tipos de limitación: a) una limitación ideológica debida al contenido esencialmente democrático y nacional de los programas políticos populares y la falta de preparación ideológica del frente mencionado para dar este salto programático. Los obreros y sectores de la intelectualidad tienden a anticipar tales transformaciones más fácilmente que los otros sectores del frente, pero les falta experiencia y elaboración estratégica, táctica y organización para superar solos las adversidades en el momento preciso en que se hace necesario arrastrar consigo a los demás sectores populares; b) una limitación social que se debe a la aparición de una contradicción objetiva en el seno de las fuerzas que componen el movimiento de masas cuando se agota la fase destructiva de un gobierno popular. La pequeña burguesía se ve amenazada por un proceso de socialización que

se anuncia anárquicamente. La vacilación de las fuerzas populares y su división interna no permiten entregar soluciones, la economía tiende a estancarse, la inflación genera una gran intranquilidad social y demuestra la incapacidad del gobierno y del movimiento popular para resolver el empate de fuerzas sociales y políticas. En este momento se crean las condiciones sociales, políticas, ideológicas y psicológicas para la movilización activa de la derecha, las cuales permiten arrastrar la mayor parte de la pequeña burguesía hacia un lado y llevar a cabo el golpe de Estado exitosamente; c) en tercer lugar, el surgimiento de regímenes de derecha, en tales circunstancias, no tiende a producir un fenómeno pasajero. La derecha sabe que necesita limpiar totalmente la vida política de los riesgos que llevaron al avance del movimiento popular y logra transmitir tal sentimiento a amplios sectores pequeños burgueses, que quedan traumatizados con la “anarquía” anterior (anarquía en parte real, pues al no completarse el proceso de transformación revolucionaria, las medidas tomadas en la primera etapa son anuladas por la situación social de indefinición posterior y, sobre todo, pierden su sentido original al ser deshechas o manipuladas, bajo un nuevo signo, por la burguesía triunfante). Tal situación de terror contrarrevolucionario dominante conduce pues al vasto movimiento de fuerza golpistas a entrar en la etapa siguiente en la cual el gran capital nacional, y sobre todo internacional, asume el control del conjunto del proceso contrarrevolucionario. En esa nueva etapa de acción los gobiernos contrarrevolucionarios tratan de adoptar aquellas medidas que, según los teóricos del gran capital, son las que permiten superar de manera definitiva los factores que facilitaron el avance del movimiento popular y amenazaron la sobrevivencia del régimen económicosocial. Según esa interpretación, esos factores serían los siguientes:

- › Las condiciones democráticas favorecidas por las libertades públicas democrático-burguesas serían la primera causa de la crisis vivida. En tal circunstancia, al nuevo régimen le cabe implantar el terror generalizado, la represión sobre las organizaciones de masa y los partidos populares y aun sobre sus aliados liberales que obstaculicen las medidas represivas, la censura sobre los medios de comunicación de masas, el control

e intimidación de los intelectuales y de las universidades en particular. De esta manera se plantea una política sistemática represiva cuyo fundamento ideológico y psicológico es el de restablecer el orden social perdido.

- › La legislación liberal se convierte pues en un límite a esa política represiva y hace necesario establecer un Estado de excepción. Algunos sectores de orientación ideológica fascista plantean la formación de un Estado corporativo, tarea poco real en esas condiciones, debido al carácter altamente impopular de las medidas económicas que se adoptan para favorecer al gran capital y destruir la capacidad de reacción política de las grandes mayorías democráticas, e incluso de los sectores pequeñoburgueses que apoyaron el golpe pero no se sienten contentos con el proceso de concentración económica y centralización de capitales que patrocina el gobierno generado por el golpe. A pesar de sentirse atraídos por un gobierno corporativista, los sectores pequeño burgueses no despiertan la suficiente confianza del gran capital, ni disponen de la fuerza necesaria para imponerle sobre todo al capital internacional, su punto de vista y su participación institucional en el Estado por la vía del corporativismo. A pesar de esas diferencias, hay, sin embargo, un acuerdo general de fortalecer al Ejecutivo, de debilitar o extinguir el parlamento, y de aumentar el poder represivo del Estado.

Ideológicamente los dirigentes golpistas tienden hacia un ideal conservador de carácter liberal y privado, que sea consistente con la conservación de la sociedad civil. En general, en un primer momento, todas las limitaciones a la vida privada establecidas por el golpe se consideran como una situación transitoria. Sin embargo, la situación concreta atenta en contra de esta noción de transitoriedad. En Brasil, en 1964, se suspendieron los derechos políticos de los enemigos del nuevo régimen por 10 años, 12 años después no desaparecen las condiciones de excepcionalidad y se toman nuevas medidas de restricciones de derechos de los antiguos políticos. Al aprender esa lección el nuevo golpe de Estado uruguayo de 1976 aumentó el plazo de la suspensión de los derechos políticos de sus enemigos a 20 años. De esta forma, hay un compromiso real y cada vez más ideológico entre los sectores conservadores y los fascistas

en búsqueda de una fórmula política autoritaria que suprima la condición de excepcionalidad y acepte la concepción de un nuevo Estado mucho más próximo al Estado fascista que al liberal autoritario.

En el plano económico se tiende al principio a restablecer sobre nuevas bases los principios de la libre concurrencia amenazados por las medidas intervencionistas de los gobiernos populistas y por los varios compromisos sociales del Estado, que afectaban la eficiencia y la productividad. Para ello es necesario atenuar las presiones del movimiento popular y manejarlo. Derrotado este movimiento y con la fuerza del Estado totalmente en manos del gran capital, éste no vacila en establecer las condiciones económicas perfectas para limpiar las empresas y los órganos públicos de los “excesos” de trabajadores, así como en destruir por la quiebra a las empresas ineficientes, en general de pequeña dimensión. Se instauro el reino de la “eficiencia” y la “productividad” y se desarrollan amplias campañas publicitarias para demostrar la preeminencia del crecimiento sobre la distribución del ingreso y de lo productivo sobre los “derechos sociales”, etcétera.

Cabe señalar sin embargo que tal proceso no puede excluir un aumento creciente de la intervención estatal sobre todo como productor directo. Al Estado se le exige con todo, alta eficiencia para servir a los objetivos desarrollistas del gran capital. Esta eficiencia mostrará posteriormente contradicciones con los objetivos económicos liberales, al aumentar la capacidad competitiva de la empresa estatal, al ampliar su capacidad de acumulación y por tanto su expansión hacia sectores económicos de altas tasas de ganancia que normalmente se reservan al sector privado. Asimismo, la intervención del Estado sobre la economía, aun cuando sea para favorecer el proceso de acumulación con un mayor grado de concentración y centralización hace que aumenten al mismo tiempo sus instrumentos de acción así como el apetito intervencionista de la burocracia y la tecnocracia estatal.

Este conjunto de elementos políticos, jurídicos, ideológicos y económicos indican claramente que las dictaduras no vienen por un período pasajero sino para durar. Para que esta tendencia a la duración se convierta en una ideología abiertamente antiliberal, que pretenda instaurar definitivamente un régimen totalitario de carácter fascista, sólo hay una

tenue barrera. Los regímenes dictatoriales actuales son pues una primera fase de un proceso de fascistización de más largo plazo. Cabe pues discutir más teóricamente la cuestión del fascismo, sea bajo su forma clásica, sea bajo su forma dependiente y atípica.

3. *Sobra la teoría del fascismo*

La discusión teórica sobre la posibilidad, viabilidad y características de un fascismo dependiente está en curso en América Latina. Ella tiene que pronunciarse sobre tres problemas. ¿Cuáles son las características esenciales del fascismo? ¿Cuáles son las condiciones históricas que llevan a su surgimiento en el subcontinente latinoamericano? ¿Cuáles son los elementos específicos que presenta esa modalidad del fascismo? Examinemos rápidamente cada uno de ellos. Habiendo surgido en Italia en 1919 y llegado al poder en 1922, el movimiento fascista se extendió a toda Europa, a Estados Unidos, a Japón y a América Latina. Posteriormente con el golpe de Estado de Pilsudsky en Polonia, en 1926, de inspiración fascista y con la victoria del nazismo en Alemania en 1933, el fenómeno fascista se presenta ya no solamente como un movimiento político, sino como una alianza de Estados nacionales que se extiende a España, Japón y, posteriormente, a casi toda Europa Continental ocupada por Alemania y formada de gobiernos colaboracionistas del nazismo.

Se hace pues necesario distinguir dos aspectos en el fenómeno fascista: el movimiento político y la formación de Estados fascistas, aliados y colaboracionistas. Teóricamente se podría admitir la existencia de un Estado fascista que no fuese generado por un movimiento fascista sino por una ocupación o un golpe militar y así sucedió en Europa desde 1939 a 1945. Por otro lado, se podría admitir el ascenso al poder de un movimiento fascista en posición subordinada, aunque no se lograse establecer un Estado fascista, sino solamente formas parciales del mismo. Después de todo, el establecimiento de una legislación fascista en Italia, Alemania, España y Portugal fue el producto de largos años de negociaciones con los conservadores quienes abrieron en general la puerta hacia el fascismo. La distinción señalada es también importante desde el punto de vista socioeconómico, es decir, del contenido de

clases del fascismo. El movimiento fascista surge en general en medios pequeñoburgueses, del lumpenproletariado y de sectores de la oligarquía terrateniente.

Mientras está formado por estos sectores tiene en general una vida vegetativa, escaso financiamiento y tendencias ideológicas anticapitalistas al mismo tiempo que anticomunistas. El fascismo sólo se convierte en una fuerza capaz de llegar al poder y mantenerse en él cuando atrae el interés y el apoyo del gran capital. Este apoyo se produce cuando éste necesita de las bandas fascistas para enfrentarse al comunismo o a la revolución popular. La gran burguesía acepta pactar con esos bandos de desclasados y admite entregarles el poder solo como último recurso, cuando su base social está profundamente minada. El movimiento fascista puede cumplir el papel regenerador del capitalismo porque expresa exactamente los temores, deseos, ambiciones y valores pequeñoburgueses liberados de las trabas sociales que sofocan cotidianamente a la pequeña burguesía.

Estos valores pueden servir al gran capital por su anticomunismo y su ansia de liderazgo autoritario capaz de unificar por la violencia a una clase dispersa y anárquica en sus relaciones económicas y sociales. Ellos permiten justificar la represión al comunismo y a la revolución, represión aún más aceptable para un pequeñoburgués que odia al proletario que es menos culto y más bruto y mal vestido que él, pero que está mucho más organizado, posee ingresos superiores a las capas bajas de la pequeña burguesía, y tiene al futuro de su lado. Por fin, el pequeño burgués odia al proletariado como símbolo de su futura proletarización, que él quiere evitar a toda costa. El pequeño burgués es pues la base social adecuada para realizar la represión del movimiento proletario.

El fascismo enseña el arte de movilizar activamente a esos sectores y pasa a ser necesario cuando la clase obrera amenaza al orden capitalista, sin dar el paso decisivo hacia el socialismo, cuando se desgasta, se divide y se confunde políticamente y se expone así a la represión. Pero el Estado fascista es un resultado de la fusión de este movimiento pequeño burgués con la burguesía, particularmente con los grandes capitalistas y tiene una base social distinta. Vimos que el movimiento fascista sólo puede llegar al poder de la mano de los conservadores y específicamente

cuando el gran capital, que domina al Estado y a la sociedad, lo necesita, lo acepta y lo promueve. El régimen fascista deberá reflejar en consecuencia los intereses hegemónicos del gran capital. Esto entra en contradicción aparente con la base social del fascismo. Esta contradicción se manifiesta cuando el régimen se instaura y tiene que destruir el ala antimonopolista del movimiento, sujetar los grupos paramilitares y lograr un acuerdo político e ideológico con el sector de los conservadores dispuestos a aliarse con el fascismo. Cabe aún al régimen liquidar toda resistencia liberal, que se oponga a su consolidación. De esta manera, el régimen fascista no es una aplicación “a *outrance*” de los ideales confusos y demagógicos del movimiento que le da origen y no obedece necesariamente a un patrón rígido. El régimen no lograría subsistir si aplicase mecánicamente tales ideales. Los regímenes fascistas concretos son el resultado de un compromiso entre esos ideales y las condiciones objetivas. Como todo proceso sociopolítico, es un producto también del pragmatismo.

El Estado fascista no se diferencia del liberal en su esencia sino en su forma, que es importante pero no decisiva. El Estado fascista busca eliminar la distinción entre la sociedad civil y el Estado, establece una adhesión incondicional del individuo al Estado, elimina el régimen de partidos y establece el partido único como extensión del Estado más que como expresión política de la voluntad de sus bases. Establece también el más fuerte verticalismo y militariza la vida social. Las formas corporativas deben ser vistas como partes de la articulación del Estado y del Partido, desde arriba hacia abajo, según la cual el orden económico y social busca controlar directamente las contradicciones nacidas de la lucha de clases en el plano económico y establecer la intervención estatal de manera más directa. Pero el fascismo no elimina la propiedad privada, la organización empresarial capitalista y el derecho civil burgués, fundamento de aquella sociedad civil que se busca eliminar en el plano del derecho público.

Más aún, el fascismo favorece de manera especial el avance del monopolio al estimular todos los factores de concentración económica y centralización financiera y al someter a la clase obrera a condiciones negativas de negociación económica que facilitan la sobreexplotación

de la fuerza de trabajo, y las altas tasas de ganancia que se revierten en favor del gran capital, del monopolio y del proceso de concentración en general.

En consecuencia, el fascismo, a pesar de su apariencia ideológicamente totalitaria, económicamente estatista y políticamente anti unipartidista, es decir, en su conjunto antiliberal, no deja de ser una expresión extrema de aquellos elementos esenciales que conforman el orden liberal capitalista. La oposición entre liberalismo y fascismo a pesar de ser real y de expresar estadios distintos del capitalismo, no es sin embargo absoluta. No es tampoco absurdo pensar en un régimen mixto entre el fascismo y el liberalismo político en el cual predomina tal o cual aspecto.

En esencia, por tanto, el fascismo sólo triunfa y se convierte en un régimen permanente cuando se cumplen ciertas condiciones históricas.

Primeramente, que haya una amenaza abierta o próxima de una revolución proletaria o que por lo menos sea percibida así por la pequeña burguesía y por los grandes monopolios, sin que la clase obrera tenga la fuerza suficiente para triunfar o aún para imponer condiciones democráticas que permitan continuar su desarrollo.

En segundo lugar, que haya una necesidad de unidad nacional capaz de obligar a la gran burguesía a servirse de elementos marginales para garantizar su poder. Tales circunstancias son creadas en parte por la guerra civil, o su amenaza, pero también por las necesidades económicas de aquellos países que tienen un retraso histórico en el desarrollo del capitalismo y encuentran ciertas barreras exteriores en su expansión económica hacia el mercado externo y ciertas barreras interiores para la expansión del mercado interno (sobrevivencia de las aristocracias rurales y de relaciones precapitalistas, incapacidad del desarrollo capitalista tardío de absorber la mano de obra que abandona el campo y su tendencia a la gran concentración del ingreso como producto de una monopolización rápida en las fases iniciales de crecimiento, etcétera).

Que el Estado democrático-liberal o formas poco articuladas de Estados de excepción no sean capaces de alcanzar la legitimidad social suficiente para mantenerse ni de asegurar los medios de represión,

definiéndose una crisis general abierta de carácter institucional, de autoridad y económica (manifestada sobre todo en la ola hiperinflacionaria). Desde el punto de vista de sus características podemos afirmar que el fascismo es:

- › Un régimen totalitario del gran capital, ejercido por un sector social de su confianza de origen pequeñoburgués en general. En el fascismo europeo este sector fue una organización paramilitar en los casos de Italia y Alemania o directamente militar en España. La importancia de las hordas paramilitares en la toma del poder determina el papel relativo del movimiento fascista en el régimen político que se instala posteriormente.
- › Un régimen represivo del gran capital que busca destruir la oposición comunista y ablandar la oposición liberal, paralizar la crítica social e intelectual y destruir cualquier elemento ideológico de resistencia a su dominio total.
- › Un régimen del gran capital, agresivo en lo exterior, con tendencias expansionistas y anti-estados liberales, con una fuerte mística nacional apoyada en ideales raciales, imperiales, tradicionales, etc.; y en los enemigos de la unidad nacional que están a la vista. En este sentido su racismo tanto puede ser antijudío, como antinegro, o antiblanco, o antiárabe, etc. Siempre será, sin embargo, anticomunista.
- › Una ideología irracionalista, que valoriza los elementos culturales románticos, heroicos y místicos y su vínculo directo con lo político. Ideología que debe buscar una difícil conciliación entre el totalitarismo en el orden público y el criterio privado en lo económico, rompiendo sin embargo con el capitalismo liberal puro y afirmando el papel de la intervención estatal y de las grandes empresas capitalistas.
- › Un movimiento político de origen pequeñoburgués que se desarrolla en oposición al crecimiento del movimiento revolucionario del proletariado y que afirma el principio de la autoridad y la disciplina como forma de superar el “caos” social traído por la crisis y el desarrollo del movimiento obrero. La maduración de este movimiento y su capacidad de llegar al poder sólo se hace posible cuando tiene el apoyo del gran capital y se somete a su estrategia general.

4. *Sobre el fascismo dependiente*

Históricamente el fascismo surgió en las potencias hegemónicas, en las metrópolis coloniales. Sin embargo, es necesario señalar que tanto Italia, como Alemania, España y Portugal eran potencias coloniales de segundo orden. Y si bien Alemania, así como Japón, podrían aspirar a convertirse en imperialismos importantes habría que suponer para lograrlo, una guerra victoriosa con Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda y Bélgica. Es decir, habría que cambiar radicalmente la faz de la tierra. Por esto el nazismo alemán tenía que aspirar a un universalismo que en la boca de Mussolini parecía ridículo y sonaba como una aspiración ideológica, utópica e inconsistente. Mientras tanto los fascistas españoles y portugueses solo podían sobrevivir a la sombra de la protección inglesa y después norteamericana.

Brasil y Argentina son también países atrasados cuyas burguesías aspiran o aspiraban a lograr un poder económico y político imperial sobre América del Sur. Otras burguesías latinoamericanas pueden tener aspiraciones similares. Sin embargo, ellas no pueden alcanzar ni siquiera la hegemonía de su economía nacional, pues iniciaron su desarrollo capitalista industrial en la etapa en que el capitalismo mundial había alcanzado un alto grado de integración económica bajo la hegemonía de Estados Unidos, el cual está articulado por las corporaciones multinacionales, factor concentrador de la tecnología y de la producción y centralizador del capital en escala internacional, que destruye la capacidad de las burguesías locales de dominar sus mercados internos de bienes, servicios y capitales. Al mismo tiempo, cualquier proceso de expansión hacia el exterior encuentra un mercado ocupado por estos gigantes multinacionales difíciles de derrotar o aún de competir con ellos.

En tales condiciones, el proceso político en los países capitalistas dependientes tiene que reflejar esa dinámica internacional. En los años treinta, los intentos de liberación nacional y desarrollo industrial latinoamericanos chocaban con los dominadores inmediatos, ingleses o norteamericanos y muchos de sus dirigentes veían en el fascismo italiano y en el nazismo alemán un posible camino político interno y una fuente de ayuda internacional. Sin embargo, las copias del fascismo

hechas principalmente por Vargas y Perón nunca lograron identificarse con esos regímenes, pues si bien atendían a un impulso nacionalista y de crecimiento industrial similar al italiano tenían que apoyarse en bases sociales distintas. La pequeña burguesía latinoamericana se mostraba insuficiente para liderar un proceso fascista, el gran capital tradicional de carácter agrícola, comercial y bancario tenía que ceder paso a una burguesía industrial naciente, que buscaba apoyarse en el Estado y utilizar en su favor a la clase obrera. Las formas corporativas hacia las cuales tendía el Estado Latinoamericano reflejaban, pues, un ideal liberador y no reaccionario, pero al mismo tiempo enajenaban el movimiento obrero al capital industrial y a una ideología nacionalista burguesa, autoritaria y desmovilizadora de la clase en un sentido revolucionario.

Esta ambigüedad constitutiva de esos regímenes hizo que se los identificara con el fascismo (Perón, Vargas y hasta Cárdenas fueron acusados de fascistas) para después rehabilitarlos históricamente o en el propio transcurso de sus gobiernos, (como los casos de Cárdenas y Vargas) y convertirlos en campeones de la democracia, del antifascismo y del antiimperialismo. Visiones ambas equivocadas al no reconocer la naturaleza ambigua que los caracterizaba, con sus vacilaciones y oscilaciones políticas.

Hoy en día la situación es diferente: los gobiernos de fuerza se constituyen en contra de los herederos del populismo anterior o de expresiones más conscientes del reformismo y de la revolución obreras. ¿Qué extraños movimientos se producen en la sociedad para que puedan darse tales fenómenos históricos tan contradictorios?

Es que el populismo perdió su vigencia histórica al fracasar la clase social que lo hegemonizó y le dio origen. Las burguesías locales, que habían ganado cierta autonomía en el mercado internacional durante la depresión mundial de 1929-1934 (y la insuficiente recuperación de 1935-1938 que condujo a una nueva crisis, así como durante la Guerra Mundial de 1939-1945) habían intentado establecer un desarrollo industrial basado en el capital nacional, en la defensa de su mercado interno por medio del proteccionismo cambiario, en la importación de tecnología y en un conjunto de medidas de desarrollo económico. Tales aspiraciones fueron vanas, pues terminada la guerra e iniciado un nuevo

ciclo de acumulación capitalista en escala mundial, cuyas características hemos señalado, la burguesía internacional pasó a ocupar el espacio de estas burguesías locales.

El enfrentamiento entre el nuevo modelo de acumulación basado en el capital multinacional y el viejo modelo nacional-democrático se produjo en cerca de 20 años de importantes conflictos políticos. De un lado, el imperialismo con un gran aparato financiero internacional (el FMI y el BM) y regional (BID, Eximbank, Alianza para el Progreso), un enorme instrumental militar (Tratado de Río de Janeiro, entrenamiento de oficiales, misiones militares, UNITAS, etc.) el control de la venta de armamentos, el dominio de los esquemas estratégicos internacionales y continentales, el control de la tecnología en pleno desarrollo de la revolución científico-técnica, la movilidad extrema de capitales y el “know how” del proceso productivo y de la comercialización.

De otro lado, burguesías locales desarrolladas desde posiciones muy débiles y enriquecidas rápidamente con la oportunidad de las crisis internacionales de 1914-1921 y 1929-1945, que contaban con el apoyo de un movimiento popular muy activo, pero poco organizado, y de manejo tanto más difícil cuanto más lejos había que llevar el enfrentamiento con el imperialismo; que aun contando con el Estado, era éste producto de enormes conciliaciones de clase, sea con la oligarquía tradicional, sea con los nuevos sectores de trabajadores emergentes. Esa burguesía local se caracterizaba, pues, por una debilidad intrínseca desde el punto de vista económico (baja productividad asegurada por la protección cambiaria), financiero (procesos de especulación financiera con la ayuda directa del Estado), y político (frente de clases débil y contradictorio, compromisos políticos gravosos para el aparato estatal, tendencia al déficit presupuestario permanente con sus consecuencias inflacionarias y su tendencia a la agudización en los momentos históricos más críticos). Fue relativamente fácil convencer a esta burguesía local de que no tenía otro camino que integrarse en los mejores términos posibles al capital internacional. Pero no fue así con respecto a las bases obreras y pequeño-burguesas que continuaron impulsando el programa nacionalista y democrático al que dieron sin embargo una tonalidad cada vez más estatista, intervencionista y antiimperialista. Era pues difícil tirar por la

borda este frente de masas, que se fue enfrentando progresivamente al imperialismo hasta producirse un nuevo sistema de fuerzas en muchos países: de un lado el imperialismo y sus aliados nacionales (capitalistas, técnicos y gerentes, sectores de asalariados de clase media aspirantes a un consumo de productos tecnológicamente más avanzados que fabrican las empresas internacionales), de otro lado, los sectores populares (obreros, campesinos, sectores de la clase media de bajos ingresos, parte de la pequeña burguesía) y unos pocos sectores burgueses que aún mantenían una aspiración nacionalista. Este nuevo enfrentamiento de bloques sociales se hizo todavía más patente con el avance de la Revolución Cubana desde su período democrático y nacional entre 1958-1960, hasta el período socialista que instituyó la primera República Socialista de América Latina. Ello demostraba de manera evidente los límites del nacionalismo burgués y también que una lucha antiimperialista consecuente conducía inevitablemente al socialismo.

La lucha en contra de una revolución social, en proceso de maduración en el continente, tenía que ser articulada continentalmente. Solamente el imperialismo norteamericano tenía los contactos, los medios técnicos, los recursos financieros y el poder político para dirigir tal lucha. La operación fue montada en torno de tres elementos básicos: reformismo económico, reformismo político y represión (contra-insurgencia y, donde hiciesen falta, regímenes militares).

Los militares fueron considerados como una élite de clase media con aspiraciones modernizadoras. La doctrina de la seguridad nacional integraba los tres elementos señalados. Para lograr la seguridad interna no bastaba combatir una insurgencia que tenía orígenes sociales en el subdesarrollo y en la demagogia populista. Había que transformar la economía por la vía de reformas no revolucionarias, que estimularan el libre juego del mercado y el predominio de las fuerzas tecnológicas más avanzadas. Había también que reformar el poder político substituyendo la demagogia populista por la eficiencia organizativa, la programación técnica y despolitizada, superior a las presiones de masas incapaces de lograr resultados eficaces.

La doctrina de la “Seguridad Nacional” ha sido la base ideológica que permitió unificar políticamente a la mayoría militar. Su contenido

fascista es poco similar al clásico, pero es muy claro: esta ideología substituye la figura del jefe por una élite tecnocrática militar y civil, la del partido, por el aparato burocrático nacional militar; por otro lado, la idea de la represión y del orden como factores del desarrollo nacional y de la fortaleza de la nación es típicamente fascista. El movimiento fascista de base sólo se hace necesario para provocar la desestabilización de un gobierno popular que se quiere derrocar. Se han usado también las milicias y los grupos paramilitares para disminuir la responsabilidad directa de las fuerzas armadas en las tareas más sucias de la represión. Sin embargo, ha sido necesario siempre controlar y subordinar tales aparatos (muchas veces compuestos de militares retirados, policías y hasta de militares en ejercicio) que tienden a veces a cierta autonomía de acción y a una violencia irracional.

¿Qué diferencia, pues, a este fascismo de aquel de los modelos clásicos?

Primeramente, se trata de un Estado impuesto desde arriba, que fortalece antes al capital internacional que al nacional (pero hoy día es el primero y no el segundo quien representa al gran capital, aun a nivel local, pues las mayores empresas del país son las transnacionales), que prefiere una represión de élite antes que movilizar las bases. Por fin, dado el carácter de compromiso político que se produjo en algunos países, el ala fascista no ocupa los puestos de mando principal y opera más bien en la sombra y subordinada a los conservadores.

En estas condiciones es natural que, en segundo lugar, se produzca cierta independencia relativa entre el movimiento políticofascista relativamente débil (que sólo alcanza cierto auge en situaciones críticas cuando este movimiento asume un carácter ideológicamente muy difuso) y el Estado fascista dominado por la élite empresarial, militar y tecnocrática. Tal Estado no puede recurrir sin problemas a mediaciones corporativistas, pues no tiene mayores esperanzas de subordinar orgánicamente a la clase obrera y hasta a la pequeña burguesía, en general descontenta con el carácter claramente entreguista y promonopólico de la política fascista.

En tercer lugar, tales contradicciones internas debilitan estos regímenes fascistas, dan cierto espacio para la sobrevivencia política del movimiento popular, y, dialécticamente, obligan al régimen a apoyarse

en una interminable acción represiva que busca resolver por la fuerza la falta de legitimación ideológica.

En cuarto lugar, el régimen sobrevive apoyado mucho más en una apatía política de amplios sectores pequeñoburgueses y obreros que en una capacidad real de ganar su apoyo activo. El fascismo actual se muestra, pues, más débil políticamente que los modelos clásicos.

Estos elementos generales nos ayudan a plantear el último punto de este capítulo: la cuestión de la lucha antifascista.

5. La cuestión de la lucha antifascista

La victoria de varios golpes fascistas en América Latina y en otras partes del Tercer Mundo, el crecimiento de movimientos fascistas en Europa y América del Norte, la derechización de los partidos conservadores y la elaboración de una estrategia global del imperialismo de inspiración golpista, son el resultado de una doble característica de la crisis general del capitalismo contemporáneo. De un lado, la crisis general del capitalismo crea las condiciones de desarrollo del movimiento popular, su fortalecimiento, su mayor audacia ofensiva, su mayor radicalismo. De otro lado, la perspectiva de un movimiento de masas en ascenso agudiza la capacidad de reacción de la burguesía, aumenta su decisión contrarrevolucionaria, radicaliza sus concepciones políticas y estratégicas anti-obreras.

En estas condiciones históricas, la cuestión de la democracia gana una dimensión predominante. La burguesía monopólica que hegemoniza el proceso sociopolítico tiende a restringir abierta o subrepticamente los derechos democráticos de las masas. De otro lado, las masas tienden no sólo a luchar por conservar esos derechos sino también a ampliarlos y, lo que es más importante, a utilizarlos con el sentido de transformar el orden social existente. Es decir, la lucha democrática se inserta claramente en el interior de la lucha por el socialismo. Esta mutación de la conciencia de las masas tiende a transformarse en un fenómeno internacional, cada vez más intenso y profundo.

En los países dependientes, la lucha democrática está directamente asociada con la lucha antiimperialista y antilatifundista. Y, como

resultado de un proceso de sumisión del desarrollo capitalista local al dominio del capital internacional, las luchas democráticas, antiimperialistas y antilatifundistas, en la medida en que son llevadas a sus últimas consecuencias, se insertan necesariamente en la lucha por el socialismo, único régimen capaz de permitir la consolidación de las transformaciones democráticas, antiimperialistas y antilatifundistas.

Por esta razón, se va estrechando cada vez más el margen de actuación liberal del imperialismo y de sus aliados locales en cada país. La opción fascista se transforma, pues, en una necesidad de supervivencia del gran capital internacional y local. Esta es la verdadera naturaleza del fascismo dependiente, por más que puedan variar sus formas.

La lucha antifascista asume en consecuencia un carácter universal y continental. Y a pesar de que el programa mínimo inmediato del frente de fuerzas antifascistas debe restringirse al objetivo concreto de paralizar la represión y derrumbar a sus ejecutores, estos objetivos no son suficientes para despertar la confianza y la decisión política de las grandes masas. Ellas tienen que ser advertidas de que la única destrucción efectiva del fascismo solo se logra llevando hasta sus últimas consecuencias la lucha contra el imperialismo, el latifundio y los monopolios e iniciando la construcción de una sociedad socialista.

La claridad de este objetivo final se hace aún más evidente cuando se comprende que el fascismo es una solución desesperada, el último recurso de supervivencia del gran capital en la fase del proceso de la revolución socialista mundial.

Esto no quiere decir que la burguesía no monopolística y aun los sectores más políticos del gran capital no estén preocupados por abrir una perspectiva democrático-burguesa que permita una solución de recambio frente a una eventual ruina de los regímenes fascista, cuya falta de legitimidad y precaria base social es evidente y preocupante para tales fuerzas.

No ha sido otra la razón por la cual la Social Democracia ha buscado penetrar en el movimiento obrero no sólo Latinoamericano, sino en el de África y de Asia para abrir un camino no socialista de lucha antifascista, camino al cual se suman también sectores demócratacristianos y nacionalistas de izquierda.

La lucha por la hegemonía burguesa, pequeñoburguesa o proletaria en la lucha antifascista pasa a ser el aspecto fundamental de esa lucha en la etapa actual. El proceso de maduración ideológica del movimiento obrero latinoamericano ha sido lento por el propio retraso económico de esas masas, sus aspiraciones políticas atrasadas, y la hegemonía ideológica que ejerció el nacionalismo burgués sobre el movimiento popular, y, por último, debido a la enorme y bien orquestada ofensiva ideológica del imperialismo en torno de un reformismo desarrollista que pone especial énfasis en la eficiencia y la seguridad.

La clase obrera latinoamericana tiene sin embargo algunas experiencias políticas importantes que pueden acelerar su desarrollo organizativo y político independiente y, en consecuencia, tiene capacidad para hegemonizar la lucha antifascista y darle un contenido radical de liquidación de sus raíces económicas y, por lo tanto, de conducir de manera continua y revolucionaria la etapa del derrumbe del fascismo hacia la etapa inmediatamente superior de lanzamiento de las bases para la revolución socialista.

Estas experiencias políticas están expresadas en el fracaso continental de los movimientos populistas, en la imagen positiva y alentadora de la construcción socialista en Cuba y, a nivel internacional, en el despliegue de ejemplos revolucionarios de líderes auténticos, aunque hubiesen fracasado en sus intentos inmediatos, en la discusión estratégico-táctica creciente, en el desarrollo del pensamiento marxista en el continente y en el resto del mundo. Por fin, no puede dejar de influir en la formación de esa conciencia el avance del movimiento obrero en los países desarrollados y de la revolución en los países coloniales, particularmente en el Sudeste Asiático y en África.

La amenaza del fascismo se ha convertido en el problema político fundamental de América Latina. En los países bajo dictadura militar la cuestión principal es la de impedir su consolidación frente a las masas y lograr movilizarlas para provocar su caída utilizando todos los medios a disposición del movimiento popular. En los países donde persisten condiciones liberales, la tarea principal es la de impedir por la firme acción de las masas que las vacilaciones y debilidades liberales abran una vez más camino a la victoria de los sectores fascistas, alentados por el

imperialismo. Tanto en un caso como en otro, la única seguridad de triunfo en contra del fascismo y la apertura de las condiciones para una ofensiva revolucionaria de las masas es la independencia política y organizativa del proletariado, su conciencia socialista y sobre todo, como resultado y parte de la concreción de lo anterior, una firme y decidida acción del movimiento obrero y de sus partidos de vanguardia para agrupar en torno suyo a todas las fuerzas afectadas por el fascismo y por su fundamento social, constituido por la hegemonía política de los monopolios nacionales e internacionales.

La única seguridad de triunfo sobre el fascismo depende aún de que el movimiento obrero sea capaz de entender la unión intrínseca de las tareas democráticas y antiimperialistas con las tareas socialistas, que son las únicas capaces de asegurar la consolidación de las primeras; de su capacidad de entender, por otro lado, que el éxito de las tareas socialistas está condicionado por su capacidad de dirigir victoriosamente, sin sectarismos, pero al mismo tiempo sin compromisos paralizadores, las tareas democráticas; de no perder el apoyo de una sola fuerza ni de un solo aliado en la lucha en contra del fascismo, de los monopolios nacionales e internacionales y en contra del latifundio; de no amarrarse las manos con ningún aliado o fuerza social que restrinja la profundidad de la lucha. Este es el desafío táctico que enfrenta un movimiento obrero en proceso de maduración.

IV. El caso brasileño como modelo

1. Planteamiento del problema

El caso brasileño es un excelente modelo de las transformaciones descritas en los capítulos anteriores. En primer lugar, porque fue el país de Latinoamérica que recibió el mayor monto de inversiones norteamericanas en los últimos años (excluida Venezuela, que tiene como principal fuente el petróleo, que define otra forma de relaciones). Entre los años 1951-1962, las inversiones norteamericanas en el Brasil alcanzaron la suma de 1 012 millones de dólares. En otros países: Venezuela, 1.754; Argentina,

577; México, 552; Panamá, 490 (por motivos fiscales, según parece); Cuba, 371, hasta 1958; Perú, 293; Chile, 281, en un total de 5.765. Cerca del 20% de las inversiones destinadas a América Latina se aplicaron en el Brasil y estuvieron esencialmente destinadas, al sector manufacturero. En segundo lugar, porque fue el país donde se produjo la más grande integración industrial en estos años. El estudio de CEPAL sobre la fabricación de equipos básicos en en Brasil⁴ concluye que la industria brasileña es capaz de atender al 86% del equipo electrónico necesario para el período 1961-1971; 90% del equipo para el papel y celulosa; 64% del equipo para refinación de petróleo, oleoductos e industrias petroquímicas; 77% de las necesidades de equipo para la industria de acero previstas para 1966-1970; 62% para cemento (80% en caso de que las empresas internacionales aceptasen ceder el derecho de usar sus patentes) y prevén que, en 1971, Brasil podría fabricar 70% de las máquinas herramientas que necesitare. Todo esto, claro, si ocurrieran importantes actos económicos para superar las trabas actuales al desarrollo de la industria pesada.

Por estos factores, el caso brasileño puede ser estudiado como un paradigma del desarrollo de las formas de integración económica al capital internacional en las nuevas condiciones de la división internacional del trabajo y del capital imperialista. Todo indica que ahí encontraremos estas condiciones en su forma más avanzada, lo que permitirá apreciar las tendencias generales que dirigen este proceso. El presente trabajo pretende comprobar, en el caso brasileño, las hipótesis generales que planteamos para América Latina, dejando la sugestión para estudios semejantes en otros países. Este método tiene como precedente varios estudios marxistas. En *El capital*, Marx toma a Inglaterra como principal fundamentación empírica de las leyes generales de desarrollo que él establece. Al hacerlo buscaba captar estas leyes en su forma más pura. Engels se refiere en el prólogo a *Luchas de clases en Francia*, al carácter paradigmático de Inglaterra, desde el punto de vista del desarrollo de la economía capitalista, o de Francia, desde el punto de vista de las relaciones de clase, y de Alemania, como ejemplo de la lucha ideológica.

4. "La fabricación de maquinarias y equipos industriales en América Latina. I. Los equipos básicos en el Brasil", *Naciones Unidas*, CEPAL, 1962.

Kautsky, en su libro *La Cuestión Agraria*, toma la cultura de cuatro hojas en Alemania medieval, como modelo de las formaciones económicas feudales, etc. La ventaja de este método es la de permitir aliar el análisis teórico abstracto al estudio de procesos empíricos en su forma más pura. El científico natural puede muchas veces recrear en los laboratorios las condiciones puras que le permiten analizar empíricamente los fenómenos naturales. Los científicos sociales no pueden recrear las condiciones puras del funcionamiento de la sociedad sino en muy reducidos casos, sobre todo de carácter micro social. El laboratorio con que cuenta el científico social es la historia misma y le cabe buscar aquellas coyunturas, aquellas situaciones típicas desde las cuales pueden sacar de los procesos concretos sus implicaciones generales. Esto no elude la responsabilidad de comprobar las leyes así encontradas en otros procesos concretos, en los cuales actúan sobre la realidad otros factores específicos que no están integrados en la descripción de las leyes generales y que varían de país a país, de región a región, de coyunturas a coyunturas.

2. La crisis brasileña y la crisis latinoamericana

Las conclusiones que enunciamos desde el punto de vista de las tendencias globales del desarrollo económico creemos que son también válidas desde el punto de vista sociopolítico. En Brasil, se han vivido y se viven en forma muy evidente los momentos principales de la crisis del desarrollo dependiente latinoamericano, a veces con gran anticipación. Al analizarla trataremos de mostrar la esencia de la crisis de todo un régimen socioeconómico que rige en América Latina. En realidad, Brasil vive una crisis profunda. Una visión panorámica de los últimos trece años nos mostrará una sucesión de pequeñas crisis que componen el cuadro de una general.

En agosto de 1954, Getulio Vargas, ante su inminente deposición, se suicida y deja una carta-testamento. Café Filho, que lo sucede, gobierna bajo crisis sucesivas, y en noviembre de 1955, el entonces general Enrique Duffles Teixeira Lott, depone al presidente en ejercicio para garantizar la posesión del candidato electo Juscelino Kubitschek. En el gobierno de Kubitschek ocurrieron pocas crisis de importancia y ninguna amenazó al poder central.

En agosto de 1961, después de siete meses de gobierno, renuncia el presidente Janio Quadros, que había sido elegido por seis millones de votos, y una Junta Militar trata de impedir que llegue al poder el vicepresidente João Goulart. Un vasto movimiento de resistencia popular, cuyo centro era Río Grande do Sul, bajo la dirección de Leonel Brizola, impone a Goulart en el poder, pero los jefes políticos concilian con los jefes militares e instauran un régimen parlamentarista, para impedir los plenos poderes de Goulart. Después de dos años de luchas y crisis sucesivas, Goulart recupera los poderes presidenciales por medio de un plebiscito en el que recibió el apoyo masivo de la nación, para realizar las reformas que prometía. La política de conciliación y demagogia de Goulart aumentó el descontento popular y provocó el levantamiento de los sargentos en Brasilia, en septiembre de 1963. Después, Goulart trata de aumentar sus poderes con una petición de estado de sitio, combatida por la izquierda y la derecha, la cual retira bajo presión popular.

El descontento continúa, y Goulart intenta nuevas embestidas a través de la concentración del 13 de marzo de 1964, en la cual decreta el embargo de las refinerías de petróleo y la expropiación de las tierras ubicadas al margen de las carreteras y vías férreas. En el país se advierte un fervor revolucionario, y los marinos realizan, el 25 de marzo, una reunión en el Sindicato de los Metalúrgicos del Estado de Guanabara, que el ministro de Marina en vano procuró reprimir. Goulart trata, una vez más, de conciliar la situación, ante una tensión gigantesca en los medios militares que se trizaban verticalmente.

El 30 de marzo, bajo terribles presiones de la oficialidad conservadora, se reúne con más o menos cinco mil sargentos en el Automóvil Club, tratando de asustar a la derecha y, al mismo tiempo, de controlar el movimiento pidiendo disciplina. Todo en vano. La derecha, que dispone del apoyo de la clase media, asustada por la inflación y por el clima de agitación social, pasa a la ofensiva e inicia el levantamiento en Minas Gerais. Ante la necesidad de apelar a una resistencia popular, Goulart renuncia y entrega el poder. Las fuerzas populares, desarmadas y atónitas, no consiguen tomar el poder, el que es asumido por el complejo de las fuerzas insurreccionales. La instalación de un gobierno fuerte que

encarceló a obreros, estudiantes, intelectuales y campesinos; que suprimió los derechos políticos de vastos sectores del movimiento popular y del ala progresista de la burguesía, no terminó, pese a todo, la sucesión de crisis. Durante los dos primeros años de gobierno dictatorial, el poder central se vio amenazado por resistencias en Goiás, que motivaron la destitución del gobernador Mauro Borges, y por sucesivas crisis militares y parlamentarias, que condujeron a acciones discriminatorias y a la emisión de una segunda acta institucional. En 1966, el presidente Castelo Branco se vio obligado a llamar a elecciones en el Parlamento y aceptar como su sucesor a Costa e Silva. Este, después de un frustrado intento de liberalización del régimen dictatorial, instituyendo una constitución que regulaba legalmente su política de fuerza, es llevado a firmar el Acta Institucional Núm. 5 en 1968, la cual suspendía la vigencia de esta Constitución.

La enfermedad de Costa e Silva produce otra crisis militar que lo hace suceder por una junta militar y, finalmente, por el “presidente” Garrastazu Médici, cuyo gobierno, a su vez, no ha sido ningún modelo de estabilidad interna. ¿Qué hay tras esa sucesión de crisis políticas? y ¿Cuál es el origen de esa tensión política en el país? ¿Qué perspectivas tiene el desarrollo de la crisis brasileña? Estas preguntas procurará responderlas este libro. Existe una crisis de una formación socioeconómica cada vez que las relaciones de producción existentes y la consiguiente estructura institucional, política y cultural, no están capacitadas para llevar adelante el desarrollo de las fuerzas productivas. A partir de entonces, la sociedad es azotada por continuas crisis, choques más o menos abiertos de las fuerzas en lucha, hasta que una de esas crisis coyunturales desarrolla sus componentes generales y se crea una situación revolucionaria que exige una solución radical. En este proceso más o menos largo, de destrucción de una determinada forma social, las fuerzas se miden, se organizan y se reorganizan, combatiéndose en el plano de las ideas y de las luchas políticas; se preparan así para el choque definitivo que sólo ocurre cuando se agotan todas las condiciones de desarrollo de la vieja estructura, que se reformula a través de las crisis, así como las posibilidades de convivencia entre estas fuerzas. Como pretendemos demostrarlo, ésa es la situación de Brasil.

En ese país existe hoy una crisis radical que abarca todos los sectores de la sociedad brasileña. El golpe de abril fue un paso definitivo en el sentido de esa radicalización social. Después de ello, todos los viejos esquemas de conciliación política están superados. Y si aún subsisten, son como resquicios de una situación anterior que se proyecta en el presente. En una resolución de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en 1871, sobre el anarquismo, Marx se refería a la supervivencia, en toda una nueva situación social, de los elementos del pasado. También en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* se refería a la formulación hegeliana de que toda gran situación social se repite, pero asumiendo la forma de una farsa.

Procuraremos determinar los componentes fundamentales de esa crisis, estableciendo sus dos momentos esenciales, que surgen del propio carácter de la sociedad brasileña. Brasil tiene hoy una estructura capitalista industrial muy avanzada, que determina el movimiento fundamental de la economía brasileña. Pero esta estructura creada a base de un proceso de sustitución de importaciones, se generó y desarrolló dentro del cuadro de una economía colonial, agrario-exportadora, y mediante una alianza política y económica con ella. La supervivencia de ese vasto sector precapitalista industrial (expresado en el latifundio improductivo, en las relaciones semiserviles en el campo, en una burocracia estatal hiperatrofiada e irracional, en una burguesía ligada a la especulación agrario-exportadora; expresada en la propia estructura pletórica de la administración de los monopolios capitalistas y de las grandes empresas, y en la organización financiera nacional) es hoy un límite definitivo para el desarrollo de una economía nacional.

Tenemos así una crisis estructural, que podríamos llamar la crisis del subdesarrollo, y que afecta a un vasto sector de la economía brasileña. Pero, al mismo tiempo, la existencia de un complejo capitalista industrial, financiero, comercial y agrario, especialmente en el centro-sur del país, y que se ha expandido hoy por casi toda la nación, agrega nuevos elementos de crisis. Este sector posee un mecanismo interno cíclico, propio de las economías capitalistas más o menos próximo al modelo general de desarrollo capitalista. Fue la crisis de ese sector capitalista la que, al aliarse a la crisis del subdesarrollo, creó la complejidad de la

situación social brasileña. La percepción de ese fenómeno es fundamental para esclarecer el carácter de la actual situación que se configura en el país. No es posible un desarrollo capitalista sin resolver las contradicciones creadas por el ciclo de la coyuntura.

En una fase de depresión económica como la que se inició en 1963 (después de una amenaza de recesión en 1960), marcada por una extraordinaria inflación, generada en la fase de desarrollo y complicada por las supervivencias precapitalistas, el régimen capitalista industrial no puede enfrentar en forma decisiva a los sectores precapitalistas de la sociedad y realizar una política de reformas. La burguesía brasileña tardó mucho en comprender esa situación y trató de conciliar una política de estabilización con una política de reformas. Tal conciliación era imposible por los motivos que veremos en el transcurso de este libro. De hecho, sus teóricos, o por lo menos una parte de ellos, terminaron por entender el problema.

Sin embargo, aún hoy se discute en el país la naturaleza de la actual crisis brasileña y también de la crisis general del Brasil. La ideología oficial procuró eludir el problema de la crisis del subdesarrollo y considerar que una mera solución de la crisis de coyuntura, o capitalista, reintegraría tranquilamente al país a una política de desarrollo. Por otro lado, un sector aún dominante de la izquierda procuró oponer a la actual política económica de la dictadura, una política de desarrollo burgués-reformista, y procuró incorporar a esa política a los sectores descontentos de la burguesía. Tal posición ignora por completo el carácter de clase del actual gobierno y sólo podrá conducir al fracaso. La única opción, o la única "alternativa válida" (como lo pide Roberto Campos, ministro de Planeamiento de Castelo Branco) a la actual política económica, es una política socialista, basada en la movilización social, en la congelación de los precios, en el control del lucro de las grandes empresas, en la nacionalización de los sectores fundamentales de la economía, en una reforma agraria radical que ataque a la propiedad de la tierra y cree formas de explotación colectiva de la agricultura brasileña. Por eso, en las actuales condiciones, la perspectiva del desarrollo de la crisis brasileña lleva inevitablemente a la opción entre socialismo o política de estabilización burguesa. Todas las otras alternativas son utópicas.

Pero la burguesía puede superar la actual crisis y, como veremos, la actual política económica se encamina hacia esto, apoyada sobre todo en los errores de la oposición de izquierda, que procuró lanzar contra el gobierno a enemigos ficticios, dejándolo con las manos libres para actuar frente a una oposición que nunca lo amenazaré definitivamente. Sin embargo, la superación de la crisis de coyuntura no le garantizará tranquilamente el poder, pues, para realizar una política de desarrollo a la altura de las necesidades de la economía brasileña, tendrá que enfrentar al sector atrasado de la economía nacional, por un lado, y a los obstáculos representados por el capital extranjero y por el dominio del mercado externo por parte del imperialismo, por otro. Frente a la amplitud de estas tareas, que exigirán una movilización nacional gigantesca, la burguesía fracasará una vez más.

En vista de la imposibilidad de realizar el desarrollo sin esta movilización, se consolidará definitivamente una alternativa que desde ahora se está realizando: un capitalismo subsidiario, dependiente del imperialismo e incapaz, por tanto, de responder a las necesidades de un pueblo lleno de posibilidades históricas y que vive un proceso de profunda maduración política. Para consolidar esta alternativa, la clase dominante tendrá que recurrir a un gobierno mil veces más fuerte que el actual, mil veces más policial, basado incluso en la movilización de sectores de la pequeña burguesía y de la clase media, para controlar el movimiento popular.⁵

Esta será, pues, la consecuencia para consolidar tal alternativa, que ya se manifiesta, aunque en forma atenuada, dentro de la dictadura actual; solamente el fascismo sería una solución a más largo plazo. Para hacer frente a esa alternativa, la nación sólo podría avanzar bajo el liderazgo de los sectores no comprometidos con el imperialismo: los obreros, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales, sectores de la clase media y de la pequeña burguesía. Así, un frente de trabajadores de la ciudad y del campo que condujera al país al camino de la reforma agraria, de la política externa independiente, de la planificación social y, por último, al socialismo.

5. Así lo planteábamos en 1966, pero hoy día el gobierno brasileño ha llegado a extremos de violencia y de medidas antipopulares que parecían difíciles de superarse. Sin embargo, creemos que desgraciadamente esta es solo el comienzo de un régimen que dejará en la historia las mismas odiosas marcas de regímenes como el fascismo italiano, o alemán, o aun peores.

3. Crisis económica y crisis política

Cabe preguntar: ¿es posible una identificación tan estrecha entre una crisis económica y una crisis política? ¿Entre las posibilidades de desarrollo económico y las formas de gobierno o regímenes políticos? La relación entre las crisis económicas y las formas de gobierno no ha sido aún objeto de un estudio sistemático. Sólo incidentalmente ha sido tratada en función de situaciones concretas. En realidad, esas relaciones sólo pueden ser establecidas teóricamente en forma muy general. Cuando nos aproximamos a una situación histórica concreta y encontramos sus determinaciones, vemos que el juego de las fuerzas políticas tiene sus posibilidades de acción condicionadas por un restringido número de posibilidades económicas, que se van tornando tanto más estrechas cuanto más profunda es la crisis. Por tanto, en las situaciones de crisis aguda, se tornan más claras y más prominentes las posibles soluciones. Así, el acto político es el que decide (por tanto, el hombre) qué camino debe seguirse; pero las posibilidades históricas están dadas dentro de determinadas posibilidades económicas. La determinación que comienza en lo económico se realiza a través del acto consciente o político, y vuelve a lo económico, actuando sobre él, dentro de las condiciones que él estableció.

La ciencia social puede trazar, así, las determinaciones generales del sistema y sus posibles coordenadas. Dadas esas condiciones, el proceso seguirá tal camino si ocurre esto, o tal otro si ocurre aquello. La libertad humana no sólo se “salva” de esa forma, sino que se convierte en un componente intrínseco del proceso social: su componente decisivo. El método de análisis que tendremos que seguir será, pues, esencialmente dialéctico. Su papel es el de detectar las bases esenciales del movimiento de la sociedad brasileña. Mostrar que este proceso, al desarrollarse, lleva hasta sus últimas consecuencias sus contradicciones internas y conduce a soluciones determinadas, cuya realización histórica dependerá de la acción política de las organizaciones, clases, grupos y personas que lo han estado viviendo. Pero, evidentemente, si éstas actúan tratando de realizar soluciones imposibles, sin una comprensión más o menos perfecta de ese movimiento esencial y de sus manifestaciones inmediatas,

estarán actuando en el sentido de la conservación, de la inercia social y, por tanto, de la victoria de los sectores más retrógrados.

Este es, pues, el gran drama de las clases revolucionarias: la fuerza de la inercia opera contra ellas y solamente su conciencia y voluntad organizada pueden vencer a sus adversarios. Nada más peligroso para una clase revolucionaria que el desprecio al estudio y al pensamiento, a la disciplina revolucionaria, a su independencia ideológica y organizativa. El método de análisis y el rigor del conocimiento no son, pues, cuestiones bizantinas o secundarias. Son, por el contrario, decisivas para la solución de los conflictos sociales; son cuestiones prácticas concretas.

La visión metodológica de este libro parte de dicho principio. Al analizar la crisis brasileña procuraremos determinar su movimiento propio y específico. La situación internacional en que este movimiento se produce es tomada como condición general, no como demiurgo del proceso nacional, porque la forma en que esa situación actúa sobre la realidad nacional es determinada por los componentes internos de esta realidad. Ante todo, es una forma cómoda la de sustituir la dinámica interna por una dinámica externa. Si esto fuera posible, estaríamos eximidos de estudiar la dialéctica de cada uno de los movimientos del proceso global y sustituiríamos el estudio de las diversas situaciones concretas por una fórmula general abstracta. Nada sería más antidialéctico y antihistórico.

Nada excluye en forma más decisiva el papel de la acción y la conciencia humana en el proceso real de la sociedad, pues, si fuera posible determinar el proceso real a través de una fórmula general, esta determinación sería inútil, ya que cualquiera que fuera nuestra acción el proceso alcanzaría siempre el mismo resultado. Así, la dialéctica exige que la ligazón entre el todo y sus movimientos particulares, tanto en el tiempo como en sus elementos diversos deben ser fruto de análisis específicos y particulares.

Una de las características fundamentales del stalinismo, en el plano del pensamiento, es esa sustitución del análisis particular por las generalidades. Tal deformación estuvo a punto de tratar de establecer las leyes generales de la dialéctica, como si ella fuera una lógica formal y no una lógica histórico-concreta cuyas leyes sólo se desprenden del estudio de las situaciones histórico-concretas. Si la economía internacional (cuyas

leyes tenemos que estudiar históricamente, pues tienen una realidad propia y no dependen, hasta cierto punto, de las economías nacionales) puede determinar definitivamente el movimiento nacional, la revolución sería un acto internacionalmente único. Sin embargo, sabemos que por sus propias características, esto no puede ocurrir. Las revoluciones dependen de dinámicas nacionales que deciden sobre su posibilidad o no, reflejándose sobre la situación internacional.

Si de un lado analizamos el problema brasileño en el marco de la integración internacional del imperialismo con las diversas burguesías nacionales, por otro lado, analizamos al mismo tiempo el movimiento interno de la clase dominante brasileña, en el sentido de realizar esa integración y las contradicciones que ello trae para el propio desarrollo capitalista del país. La posibilidad o no del predominio de esa política burguesa, la forma cómo predominaría y sus contradicciones, serán decididas por la acción consciente del pueblo brasileño: lo que sólo permite situar la responsabilidad histórica de cada pueblo en un nivel internacional, ya que de sus acciones depende la suerte de los otros pueblos. Más grave se torna esta cuestión cuando se trata de un país como Brasil, que representa un papel decisivo en el contexto mundial, y cuyo destino repercute (y repercutirá todavía más) trascendentalmente en el destino de la humanidad.

4. Observaciones posteriores

Estas páginas fueron escritas en 1966. En este momento se aplicaba en Brasil la política de estabilización monetaria propuesta por el Fondo Monetario Internacional bajo su versión brasileña dirigida y concebida por Roberto Campos. Los sectores mayoritarios de la izquierda brasileña consideraban que esta política era absolutamente equivocada y que conducía el país al estancamiento y a la “ruralización”. Nosotros sostuvimos en este trabajo y en otras oportunidades que ésta era la única política burguesa posible en la situación y que al contrario de llevar al estancamiento y “ruralización” debería conducir a un nuevo auge económico y al predominio de los intereses del gran capital internacional en su modalidad, monopolista, financiera y radicalmente industrial. Sin

embargo, alertábamos para el hecho de que esta política no resolvería la crisis estructural del país sino solamente su forma coyuntural determinada por las leyes de la acumulación capitalista industrial. En consecuencia, al provocar un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas en condiciones superiores de concentración, centralización e internacionalización de capitales elevaría la crisis de estructura dejada intocada con el golpe de 1964, y provocaría una nueva crisis de dimensiones revolucionarias al final del ciclo. Esto fue de hecho lo que pasó. Entre 1964 y 1967 se produjo una depresión económica. Entre 1968 y 1974, una recuperación y un auge económico conocido como el “milagro brasileño”. A partir de 1974 se configura la crisis general del llamado modelo brasileño y una crisis cuyas dimensiones profundas recientemente empiezan a advertirse en Brasil y que seguramente asumirá la forma de nueva crisis social y política similar a la de 1961-1964. Es importante considerar este marco histórico para comprender los planteamientos que se desarrollan en los próximos capítulos y su mayor o menor corrección teórica, así como su consecuente capacidad predictiva.

CUARTA PARTE

CAPITAL EXTRANJERO Y ESTRUCTURA DEL PODER

I. Gran capital y estructura de poder

En la segunda y tercera partes de este estudio quedó planteado el papel estratégico que para la economía del Brasil y de los países en desarrollo asumió el gran capital. Pudo también en ese trabajo determinarse el carácter monopólico del desarrollo de tales países y el dominio del capital extranjero sobre los sectores más dinámicos de su economía, lo que produce su integración en el capital monopólico internacional, constituido por las empresas multinacionales.

El análisis de estas tendencias generales sugiere importantes cambios en la estructura de la sociedad.

En primer lugar, manifiesta la existencia de un sector grave en la clase dominante brasileña, formado por los representantes de ese gran capital.

En segundo lugar, indica la ocurrencia de transformaciones en la estructura del poder, determinadas por la apariencia y desarrollo de esta nueva realidad económica.

En este capítulo pretendemos detectar las orientaciones principales de estos cambios en la estructura social. Desgraciadamente adolecemos de un gran vacío empírico en este sector. Ello nos obliga a desarrollar nuestro trabajo en forma de hipótesis generales, cuyas verificaciones sobrepasan los datos sobre la realidad socioeconómica que les sirven de fundamento. Sin embargo, siempre que sea posible tomaremos datos empíricos que sirvan de indicadores de la realización práctica de estas tendencias deducidas directamente del análisis anterior.

1. La gran burguesía

Al estudiar las características de la sociedad brasileña en función de los cambios ocurridos en la base infraestructural de esta sociedad, debemos destacar la evolución de las contradicciones fundamentales que son los parámetros de su desarrollo histórico

Entre los años 1930 y 1950 tuvimos, como centro de la lucha social, la contradicción entre el capital industrial en desarrollo y los sectores sociales de la antigua sociedad agrario-exportadora. Contradicción ésta que no desembocó en un enfrentamiento de clases. Esto porque el capital industrial en crecimiento dependía fundamentalmente de la estructura agrario-exportadora.

Ello se explica, a su vez, por el carácter colonial-exportador de nuestras economías. Al basarse en la exportación de materias primas como principal actividad productora, las economías dependientes alinean el principal aspecto del ingreso nacional al mercado exterior. El resultado es que no se crea un suficiente mercado interno de productos industriales y, consecuentemente, no se crea una estructura industrial capaz de generar un proceso de desarrollo nacional.

Cuando surge la oportunidad para la industrialización, ésta se caracteriza por el rompimiento de dicha situación. El rompimiento se da cuando por algún motivo (en general ligado a la economía internacional - guerras, crisis, etc.) este ingreso obtenido con la exportación

no puede ser utilizado en la compra de productos manufacturados y se crea una demanda insatisfecha.

Pero esta demanda se crea de forma incidental y está determinada por el nivel técnico y por los precios del mercado internacional. Esto obliga a constituir un proceso de industrialización rápido, basado fundamentalmente en la importación de maquinarias y materias primas elaboradas en el exterior. Para comprar estos insumos se utilizan las mismas divisas obtenidas de la exportación.

La interdependencia entre el nuevo sector industrial y la vieja estructura colonial-exportadora se ha caracterizado, pues, por dos fenómenos: 1) la demanda de los productos industriales ha procedido fundamentalmente del sector exportador; 2) Los insumos de la industrialización han sido comprados en el exterior por los ingresos obtenidos de la exportación. La industrialización asumió así un carácter específico en nuestros países bajo la forma de sustitución de importaciones, y de allí el carácter poco revolucionario y poco radical de este proceso en estas naciones.

La contradicción tomó así la forma de una lucha por el control de las divisas en que el estado siguió como instrumento del capital industrial y al mismo tiempo como su base misma al crear, como en el caso de Brasil, el monopolio del cambio y la confiscación cambiaria (pago en moneda nacional a los exportadores de café). Dentro de estas condiciones, los capitales que dieron base financiera a la expansión industrial vinieron directamente de latifundistas que se integraron, entonces, a la actividad industrial, o, más frecuentemente, dichos capitales tuvieron su origen en los ahorros rurales capitalizados por la estructura bancaria.

Una tercera fuente de capitales fue la subvención estatal, aparte, naturalmente, de las ganancias obtenidas en la propia actividad industrial. Por todos estos motivos, la burguesía industrial no se constituyó en una capa social independiente, con intereses claramente definidos, dentro del cuadro de la clase dominante, sino que se fusionó a ella en una amorfa realidad.

Con el desarrollo del gran capital, que tiene por base la gran empresa monopólica moderna, podemos observar la irrupción de cambios importantes.

En primer lugar, la gran empresa industrial se transforma en elemento clave de la economía y, consecuentemente, el sector de la clase que personifica sus intereses pasa a ser el elemento integrador del conjunto de la clase dominante.

En segundo lugar, los intereses de este sector de clase son mucho más claros, en la medida en que se identifican con una nueva forma de producción de industrias modernas, cuyas exigencias son mucho más orgánicas y cuya dependencia de la economía del mercado de consumo de masas es manifiesta.

En tercer lugar, este sector de clase dispone de un poder económico mucho mayor que aquel que detentaba la burguesía industrial antigua, ya que dispone de capitales más integrados y más voluminosos, que representan interés mucho más concentrado y organizado. Podemos concluir, así, que el gran capital se diferencia profundamente del capital industrial y financiero anterior en lo que se refiere a los intereses económico-sociales. Su dominio genera nuevas contradicciones económicas y sociales.

En primer lugar, en el gran capital se borran las distinciones entre capitales nacionales y extranjeros, que pasan a ser aspectos secundarios de la contradicción entre el gran capital y el conjunto de la sociedad.

En segundo lugar, él se adueña de los sectores económicos más diversos y realiza la unión de la gran burguesía al nivel del gran capital industrial, bancario, agrícola, comercial, etc. La contradicción entre sectores se transforma en una contradicción secundaria, frente a aquélla, entre el grande y el mediano o pequeño capital. Si queremos comprender la economía y la sociedad de nuestros países en la etapa actual tenemos, pues, que estudiarlas dentro del movimiento general de diferenciación de los intereses del gran capital y de su imposición sobre la realidad anterior en que se desarrollan; imposición sobre el conjunto de la clase dominante e imposición de nuevas formas de sociedad.

2. Las diferenciaciones en la clase dominante

Pero este proceso de diferenciación de los intereses del gran capital encuentra limitaciones muy profundas, que escapan al análisis anterior.

El gran capital no domina sino un sector estratégico de la economía. Pero este sector se desarrolla combinado con poderosos intereses de estructuras más arcaicas. Unifica una clase dominante que tiene grandes diferencias internas.

El gran capital, al imponerse, se enfrenta con aquella estructura colonial-exportadora que sobrevivió al proceso de industrialización y que es visible en los sectores exportadores, en el latifundio arcaico y en los sectores comerciales acaparadores. Se enfrenta también a los intereses financieros-industriales nacionales, formados durante la industrialización de los años 1930 y 1940. En un sentido teórico, estos sectores representan un límite a su dominio en la medida que detentan una importante parcela de poder económico y político nacional. Sin embargo, no hay que acentuar su importancia, pues no representan otra cosa que fuerzas decadentes que en realidad se aliaron a la penetración del gran capital internacional. La lucha de estos sectores se orienta en el sentido de garantizar una mejor situación bajo las nuevas condiciones de dependencia generales en la etapa del dominio del capital monopólico internacional. Estudiemos, pues, esos intereses diferenciados de la clase dominante.

a) *El sector agrario-exportador* perdió su influencia determinante en la economía al disminuir la importancia del comercio exterior en el conjunto de la renta nacional. Según cálculo del Consejo Nacional de Economía de Brasil, las exportaciones representaban, en 1939, el 19,7% del producto territorial (producto nacional menos el sector externo). En 1957 este porcentaje bajó a 6,9%. Las importaciones se mantuvieron en un porcentaje constante en este período (11,8% en 1930 y 12,5% en 1957), pero su composición interna cambió profundamente, debido a la sustitución de las importaciones de bienes de consumo y de algunos bienes intermedios y de capital por la producción nacional.

Paliada así la hegemonía de la economía agrario-exportadora se abre la vida nacional, ella sigue constituyendo, sin embargo, un poderoso grupo económico. La exportación del café es dominada por cinco grupos extranjeros super organizados, y los grandes cafeicultores forman con ellos un poderoso grupo de presión sobre el Instituto Brasileño del Café, al que toca conducir toda la política del ramo. De allí que se mantengan

hasta hoy los inflacionarios y dispendiosos subsidios estatales a los excedentes del café, que garantizan la sobrevivencia de pequeños y atrasados productores, para alimentar el costo medio del producto. Así, también, el grupo agrario-exportador es capaz de movilizar amplios sectores de la opinión pública en su favor, además de que dispone de la influencia decisiva sobre las asociaciones de propietarios rurales, los cuales agrupan todos los sectores agrarios.

Este sector de la clase dominante ya no aspira a conducir la vida nacional en función de sus intereses, lo que sería absurdo económicamente. Pero puede garantizar (y lo hace) una influencia preponderante en las decisiones nacionales y en la sobrevivencia de una estructura de producción en decadencia. Entre ellos, los productores de azúcar del Noreste y los hacendados del cacao en Bahía mantienen su fuerza regional, aunque a nivel nacional su posición es mucho más débil.

La preservación de la fuerza económica y política de este sector en el conjunto de la clase dominante reduce el poder del gran capital industrial para realizar una política de modernización capitalista y establece una red de vínculos dentro de la clase dominante que restringe el poder de decisión autónoma del gran capital.

b) *El sector latifundista tradicional* hallase ligado a la producción para el mercado interno. Este sector en su conjunto tiene más peso numérico y produce un alto porcentaje del producto nacional. Su fuerza política tiene, sin embargo, un contenido más local. Lo constituyen “coroneles” del interior del país que dominan la vida de municipios a través de una competencia estrecha entre los diversos grupos. La actividad productiva de este sector está basada en la aparcería y en la mano de obra flotante, utilizada en el plantío y en la cosecha por sueldos irrisorios. Es el sector más tradicional de la economía.

Su fuerza política derivase del dominio que ejercen sobre la vida del interior del país, y ello lo obtienen a través del control electoral sobre sus trabajadores y sus familias. Dicho control se basa, a su vez, en su dominio absoluto de la principal fuente de trabajo que es la tierra, de los medios de represión, de los medios de asistencia médica, de la compra de los productos de los pequeños productores, de los almacenes de venta de los productos de consumo, de la vida escolar, de la

máquina burocrática municipal y de los exiguos empleos que ésta ofrece a las menguadas clases medias de las pequeñas ciudades. La única oposición regional que encuentran proviene de los otros coroneles de la región y de una pequeña y mediana burguesía de las pequeñas ciudades, todavía muy débiles para oponerse por sus medios al poder de los coroneles.

Trafican, así, su poder político a cambio de las prebendas de los gobiernos provinciales y ejercen su influencia por medio de los parlamentarios que dependen de ellos electoralmente y, a veces, hasta económica y familiarmente. Este grupo ejerce una poderosa influencia en la mantención de un esquema institucional arcaico, aliado a los exportadores, comerciantes y aun a sectores de las clases medias urbanas, las que hallanse ligadas a la vieja estructura colonial exportadora, puesto que el Estado servía de apoyo financiero a estos sectores a través de los empleos que le ofrecía, y las aspiraciones de ascensión social se traducían en la lucha para relacionarse como clientela electoral y personal de los jefes políticos.

c) *El sector comercial acaparador.* Este sector es otra sobrevivencia de las estructuras más atrasadas. Ligado al capital financiero urbano, no es más que prolongamiento suyo. Tiene el dominio sobre la oferta de los bienes agrícolas internos. Sirve de intermediario entre la producción agrícola y el consumidor urbano, elevando en muchas veces el costo de los productos. Su fuerza económica es muy grande en la vida urbana, sobre todo la de los grandes centros. En el plano nacional, se encuentra vinculado a los intereses de la conservación de la estructura tradicional agraria-exportadora. Este sector representa un límite al capital industrial y al gran capital en particular en la medida que su posición especuladora aumenta los precios de las materias primas y de los productos consumidos por la fuerza de trabajo urbana y también en la medida en que se apropia de una parte importante de la plusvalía que podría ser dominada por el gran capital de nuevo tipo.

Se ha exagerado mucho la fuerza de estos sectores tradicionales en las determinaciones de la política nacional. Su condición de clases decadentes, que sobreviven, sin embargo, al avance de la industrialización y del gran capital dentro de un acuerdo de caballeros, les restringe su

capacidad política. No pueden proponerse dominar la vida nacional y aceptan progresivamente el liderazgo del gran capital, único capaz de ofrecer una perspectiva nacional al conjunto de la clase dominante.

Sin embargo, son una poderosa fuerza de limitación a la libertad económica y política del gran capital. Este se ve profundamente presionado por el conjunto de esas fuerzas y el aparato institucional de la política nacional refleja este conjunto de intereses contradictorios.

Pero si miramos el movimiento histórico vemos que a través de sucesivas crisis lo que se va imponiendo es el dominio del gran capital monopolista y el ajuste de los otros sectores a las condiciones impuestas por él.

Como vimos, el dominio del gran capital monopolístico internacional se enfrenta también a un capital nacional industrial y financiero ya constituido. Estos intereses tienen un contenido propio en el conjunto del sistema y buscan imponerse dentro de él. En este sentido, y sólo en éste, se puede hablar de una contradicción entre el gran capital de nuevo tipo y los intereses nacionales que le han preparado el camino. Estas fuerzas han creado un mercado nacional de mercancías, de mano de obra y de capitales. Han preparado el aparato estatal para crear una infraestructura a la gran industria, han elevado las fuerzas productivas hasta un nivel capaz de soportar la gran empresa moderna. Han dado la formación técnica a la mano de obra. Han concentrado el capital financiero en los bancos. Han, finalmente, preparado las condiciones para el dominio del gran capital. Pero, de hecho, los beneficiados por su labor fueron los capitales extranjeros. También desde el punto de vista social y político, el capital industrial y financiero ha preparado el camino al dominio del gran capital, al debilitar el poder de los latifundistas y exportadores tradicionales, al debilitar el “coronelismo” (o “cauquicismo”) y las formas de poder tradicionales, al crear los grandes centros urbanos y al modernizar la sociedad en general. En este sentido, se puede decir que no hay un rompimiento entre el dominio del capital industrial y financiero y el dominio del gran capital monopolístico integrado internacionalmente. Su dominio se establece a través de una superposición al viejo capital agrario-exportador y al capital financiero-industrial. Y en esto reside exactamente lo que tiene de específico y lo que hace que inaugure una nueva legalidad económica y política en el país. Son exactamente estas nuevas condiciones, que generan

las contradicciones entre el gran capital y el conjunto del país, las que se constituyen en contradicciones fundamentales de la sociedad brasileña. Esta es, pues, la dialéctica general del movimiento de dominio y diferenciación de los intereses del gran capital: él se diferencia de los sectores tradicionales e industriales-financieros de la clase dominante y choca con ellos; mas, al mismo tiempo, los subyuga y los integra en su interior, formando un nuevo bloque de clase que entra en contradicción con el resto de la sociedad y de la clase dominante. Mirado el proceso en su conjunto, podemos decir que las contradicciones dentro de la clase dominante son sometidas a la contradicción entre ella y el conjunto del sistema y entre ella y los sectores pequeños y medianos del capital.

3. El gran capital y los otros sectores sociales

Al mismo tiempo, junto a la gran industria y al gran capital toman cuerpo sectores más modernos en las clases dominantes, cuyo dinamismo los alinea junto a las tendencias contradictorias desarrolladas por el gran capital. Entre éstos debemos destacar:

1. Los modernos grupos industriales, comerciales y agrarios medianos que aparecen con la introducción de nuevos sectores económicos y que progresan con ellos. Es sabido que el sistema capitalista destruye la pequeña propiedad y concentra la economía en ciclos sucesivos. Pero cada vez que ocurre un ciclo ascendente surgen nuevos sectores medianos que crecen en conexión con las nuevas inversiones de los grandes capitales. Son su subproducto y a ellos están vinculados estructuralmente, a pesar de su inseguridad y de sus reacciones específicas frente a los fenómenos provocados por el desarrollo, que se les aparecen como una fuerza ciega y extraña. En lo fundamental, son dominados ideológica y políticamente por los órganos de opinión pública y forman parte de la sociedad de masas sin gran poder de influencia política, ya que disponen de poca organización de sus intereses propios.

La dinámica de esos grupos es esencialmente contradictoria. Por un lado, dependen del desarrollo capitalista y lo apoyan; por otro, son aplastados por el carácter monopólico de este desarrollo. De ahí su conducta contradictoria e inestable.

2. Los nuevos sectores técnicos e intelectuales que forman la inteligencia al servicio de la nueva sociedad y cuyas aspiraciones de carrera se identifican ya con la clase media alta, ya con el gran capital que le ofrece los empleos. Ahí están aquellos de quienes dependen no sólo el desarrollo y la aplicación de los descubrimientos científicos y técnicos, sino la formación de la opinión pública por la formulación y aplicación de las políticas nacionales.

Como los grupos anteriores, tienen un movimiento contradictorio. Si por un lado apoyan al desarrollo capitalista y dependen del desarrollo en general para lograr la realización de sus expectativas de empleo y ascenso social, por otro entran en conflicto con este desarrollo bajo su forma dependiente por las trabas que el desarrollo dependiente representa para el desenvolvimiento de una ciencia, una tecnología y una cultura nacional. El desenvolvimiento es la condición, o la primicia de su realización profesional y personal. De ahí su actitud radicalmente desarrollista, que llega a poner en cuestión, en muchos casos, el mismo carácter capitalista del desarrollo. Esta situación se refleja particularmente en el movimiento estudiantil latinoamericano y su creciente radicalidad.

3. El Estado, como anotamos anteriormente, representa un poder económico muy grande en el país. Lo es en la actividad productiva directa, como en el ejercicio del poder legislativo, financiero y de árbitro entre los intereses de los diversos grupos económicos. Lo es, también, por los subsidios que ofrece al sector privado, por su dominio, sobre el crédito, por el gran número de empleos que ofrece y, finalmente, por su papel de gran comprador. La alta burocracia estatal, que tuvo una gran continuidad en los últimos años, alcanzó un alto nivel de conciencia de su poder de negociación dentro de la economía, frente a una burguesía frágil, cuyos intereses buscó representar a través de la política desarrollista. En muchos casos, estos sectores de la alta burocracia tuvieron una visión mucho más clara de los intereses del régimen existente que las clases económicamente dominantes. Con el desarrollo del gran capital, ellos se colocan a la vanguardia de sus intereses y organizan y sistematizan esos intereses a nivel nacional. Pero como el Estado sufre la presión de los diversos grupos y tiene algunas áreas de conflicto con los particularismos del gran capital, éste, por otro lado, limita también, en cierta medida, su

plena libertad de acción. No hay duda, sin embargo, de que el control del Estado, y a través de él de los otros sectores de las clases dominante y de las clases dominadas de la sociedad, es la más perfecta forma de hacer avanzar los intereses del gran capital. El aparato represivo, burocrático, jurídico y legislativo de que dispone el Estado es el único instrumento capaz de garantizar y promover las transformaciones que permiten el control del gran capital sobre la sociedad. Como veremos, la capacidad de ejercer el control social legitimado se hace todavía más necesaria con el desarrollo de la radicalización política provocada por la alta concentración económica y de poder que resulta del dominio del gran capital.

4. Una especial atención merecen las relaciones entre el gran capital y los sectores obreros y campesinos. Sabemos que el actual movimiento obrero latinoamericano ha sido formado ideológicamente por el nacionalismo. En muy pocos países y en sectores muy limitados, el movimiento obrero se ha constituido como fuerza independiente, ideológica y políticamente, del capital nacional desarrollista.⁶

El estudio de las contradicciones entre el movimiento obrero y el gran capital tiene que hacerse dentro de este marco. En la medida en que la burguesía industrial nacionalista y desarrollista se asocia al gran capital internacional, la clase obrera se queda sin liderazgo externo a ella y se generan las condiciones para la formación de un proletariado independiente política e ideológicamente.

Sin embargo, el desarrollo del proceso admite la posibilidad de un intento de recuperación del liderazgo del proletariado por el gran capital, que dispone, para este fin, de varios recursos: crear una ideología empresarial y sindicalista pura que adecue el movimiento obrero al sistema institucional nuevo; crear una élite obrera en las grandes empresas, basada en las altas ganancias obtenidas por el gran capital. Los límites que

6. Sobre la clase obrera en Latinoamérica, se han publicado muchos trabajos, entre los cuales destacamos el número especial de la revista *Sociologie du travail*, dedicado a "Ouvriers et syndicats d'Amerique Latine" (1961), y los trabajos recientes de A. Gurrieri y Francisco Zapata (1967) y Enzo Faletto (1965). En Brasil, se han publicado recientemente dos libros sobre problemas de la clase obrera: *Conflicto industrial e sindicalismo no Brasil*, de Leoncio Martins, y *Trabajo e desenvolvimento no Brasil*, de Luis Pereira. Ambos editados por Difusão Europeia do livro. Se pueden citar, además, algunos ensayos: Theotônio Junior, "O movimento operario no Brasil" (1962); Octavio Ianni, "Condicoes institucionais do comportamento político operario" (1961), y Fernando Cardoso (1960).

coartan esta política son dos: el marco general de radicalización política en que se da esta pérdida de liderazgo burgués sobre el movimiento obrero y las dificultades económicas creadas por el desarrollo capitalista reciente y por la mantención de las viejas estructuras agrario-exportadoras. Estas dificultades económicas obligan a una política de estabilización monetaria basada fundamentalmente en la contención salarial, como vimos en los capítulos anteriores.

Así, podemos concluir que las relaciones entre el gran capital y la clase obrera asumen el siguiente movimiento general: el desarrollo del gran capital internacional, como interés opuesto al trabajo en general y a los intereses nacionales en particular, de los cuales participa la clase obrera educada por las burguesías desarrollistas- conduce a un enfrentamiento entre esos dos sectores. En este proceso, la clase obrera camina a independizarse del liderazgo burgués y a constituirse como fuerza independiente, lo que acentúa las tendencias al enfrentamiento con el orden social monopólico integrado internacionalmente.

5. Mucho más compleja es la situación en lo que se refiere al campesinado. Sabemos que el campesinado ha aparecido en la historia política de Brasil y de los países latinoamericanos en general (excepción de Bolivia, Guatemala y México) a partir de los últimos años.⁷ En los períodos anteriores, los movimientos campesinos no llegaron a poner en cuestión la sociedad global, desperdigando sus fuerzas en movimientos regionales.

La forma de estos movimientos ha sido más religiosa o mesiánica que propiamente política.

Lo que ha caracterizado al movimiento campesino de los últimos años ha sido exactamente su carácter definidamente político y de lucha por la reforma agraria. Para comprender esta situación tenemos que replantear la naturaleza del proceso de industrialización, que, como hemos visto, se ha distinguido por una preservación, desde el punto de vista legal, de la vieja estructura agraria. Sin embargo, subterráneamente, el proceso de industrialización capitalista ha saboteado las bases de la vieja estructura agraria por el éxodo rural, por la introducción de productos

7. Véase estudio de Aníbal Quijano, *El movimiento campesino en Latinoamérica*.

manufactureros en el campo, por la presión sobre la producción agrícola al exigir su modernización, por el debilitamiento paulatino a nivel nacional y regional del poder político de los liderazgos rurales.

Este proceso hizo acumular la contradicción entre las exigencias de la nueva sociedad capitalista industrial y la vieja estructura agraria. Contradicción que en los últimos años aparece bajo la forma de una explosión campesina

¿Qué papel juega el gran capital en estas nuevas condiciones?

En primer lugar, el gran capital al desarrollar en forma gigantesca las fuerzas productivas de la sociedad y al crear nuevas exigencias a la estructura agraria agudiza la crisis en este sector en un nivel casi insoportable. Por otro lado, al representar una alianza sociopolítica con los sectores tradicionales de la clase dominante el gran capital disminuye la posibilidad política de resolver esta crisis dentro del orden social que representa. Esta inmovilidad del gran capital presionado entre las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas y los compromisos de clase que lo constituyen como clase dominante se acentúa todavía por el papel de monopolización que él juega. El gran capital en tanto representa el desarrollo técnico-productivo generado por la concentración de la producción exige la reforma rápida de la estructura agraria. Sin embargo, si se considera que él representa a una economía monopólica puede aumentar sus ganancias al aumentar los precios; que puede aumentar el mercado de sus productos al acentuar la explotación del mercado existente y que puede resolver de inmediato sus necesidades de acumulación al monopolizar nuevas ramas de producción u otros sectores de su misma rama –posibilidades todas que representan su carácter monopólico–, es obvio que no tiene necesidad de una reforma agraria inmediata. Prisionero de estas contradicciones el gran capital se vuelve incapaz de resolver en forma radical este problema esencial para el desarrollo general de la sociedad latinoamericana.

6. Finalmente, quedaría la cuestión de los crecientes agrupamientos de poblaciones llamadas marginales en Latinoamérica.

Problema éste que está desafiando a la intelectualidad de nuestros países. La marginalidad se explica por la acentuación del subempleo urbano y suburbano. Como planteamos en la primera parte de este estudio, dicho subempleo es resultado de la contradicción creciente entre las

nuevas inversiones con alto nivel tecnológico (y por tanto con baja utilización del trabajo en relación al capital) introducidas por una tecnología ajena a la estructura nacional y al aumento vegetativo de la población, más el aumento de la inmigración campo-ciudad acentuada por la crisis agraria.

Por la misma explicación del fenómeno se ve que el proceso de marginalización creciente es un subproducto directo del desarrollo basado en el gran capital integrado internacionalmente. Lo que quedaría por estudiar sería exactamente el comportamiento posible de esta masa urbana, sobre la cual tenemos muy poco conocimiento. Creo que este comportamiento va a ser determinado, sobre todo, por la capacidad de las distintas clases sociales de ganar la hegemonía ideológica y política sobre ella. Su papel, en principio, parece ser completamente reflejo o dependiente del comportamiento de las otras capas sociales. Así como en la década del 60 se ha intentado caracterizar al campesinado como la clase revolucionaria latinoamericana, basándose en una mala interpretación de la Revolución Cubana (y olvidando el rol contrarrevolucionario del campesinado boliviano después de la revolución), hoy día se quiere ver en los marginales la clase revolucionaria latinoamericana. El argumento es simple: considerando que la industrialización dependiente no absorbe mano de obra obrera en grandes proporciones y expulsa hacia la marginalidad gran parte de la población, los obreros se convierten en privilegiados del sistema, y cabe a los marginales sustituirlos. Ellos serían las verdaderas víctimas del sistema.

La revolución no es fruto de la desposesión, como quieren los anarquistas y otros izquierdismos y reformismos. La revolución es fruto de la contradicción entre clases que pueden ofrecer un sistema económico-social al conjunto de la sociedad. Los esclavos jamás pudieron hacer más que levantamientos, nunca una revolución, pues no tenían un sistema social alternativo que proponer. En la época contemporánea, la revolución es proletaria no porque los proletarios sean la clase más desposeída de la sociedad, sino porque ellos son la base de la producción social, los únicos que pueden ofrecer un camino superior al sistema capitalista existente. Y el capitalismo se sustenta no sobre las espaldas de los marginales, sino sobre la explotación de los obreros urbanos y rurales. Es

de ellos que saca la plusvalía que sustenta a la acumulación al Estado, al comercio y los servicios. La categoría revolucionaria por excelencia es la explotación, y no la miseria. La primera lleva a la lucha de clases consecuente, la segunda a la rebeldía inconsecuente (si no es orientada por la primera).

Pequeños burgueses y sectores marginales de profesión indefinida, aproximándose al lumpen, tienden a encontrarse en su rebeldía y desesperación; hoy día rebeldes revolucionarios, mañana prorroformistas, después fascistas, otra vez rebeldes, etc., éste ha sido el camino contradictorio, pero auténtico, de los izquierdismos anarquizantes.

No hay que despreciar, sin embargo, el gran potencial revolucionario representado por los sectores del subproletariado que componen las poblaciones marginales y que pueden incluso liberar revolucionariamente el conjunto de esta población. El valeroso ejemplo de los ranchitos venezolanos, de los movimientos de favelados en Brasil, de las milicias de las poblaciones chilenas, revelan que obreros no calificados y desempleados consiguen liderar esas masas, organizarlas y disciplinarlas bajo una dirección política proletaria. Pero no se los puede transformar en la vanguardia revolucionaria latinoamericana.

4. La organización sindical de sus intereses

El gran capital dispone de poderosos medios de acción social y política, que organiza y operacionaliza para realizar sus objetivos. Por su parte, el capital extranjero tiene en general el apoyo de los gobiernos de sus países, dispuestos a presionar los relativamente frágiles gobiernos de los países subdesarrollados. A través de este poderoso medio de presión sobre economías endeudadas y dependientes del financiamiento externo, imponen políticas nacionales de acuerdo con sus intereses.

Por otra parte, internamente, al asumir el liderazgo sobre los principales sectores de la economía, este capital foráneo organiza sus intereses sindicalmente en poderosos grupos de presión. Desgraciadamente, el estudio sobre los grupos de presión es casi inexistente en nuestros países. Por esto, hemos de echar mano a datos dispersos, no siempre seguros y de carácter periodístico, aliados a elementos indirectos, a

fin de delinear las características generales de la reorganización de los mecanismos de presión en el país.

Estudios de varios investigadores⁸ nos permiten concluir que las formas tradicionales de presión del sector industrial brasileño se mueven en torno a algunos diputados y personeros administrativos que forman parte de una especie de grupo de presión informal. Métodos como éstos siguen siendo empleados aun hoy en día por los sectores más avanzados, como sobrevivencia de la estructura tradicional de poder.

Los intereses comunes de la clase encuentran, sin embargo, otras formas de manifestación. Los industriales y comerciantes están organizados por ley en sindicatos por sectores de actividad (municipales, provinciales y nacionales); en federaciones, por agrupamiento de sectores, y confederaciones nacionales de la industria, comercio, etc. Además, se formó un organismo superior de las clases productoras, sin gran representatividad, el CONCLAP, Confederación de las Clases Productoras, órgano político y no sindical, de tendencias muy conservadoras, que pretende reunir al conjunto del patronato nacional. Los propietarios rurales se reúnen en torno de asociaciones rurales, a su vez agrupadas en federaciones provinciales y en una confederación nacional.

Estos organismos son muy poco representativos. Disponen de pocos socios y ejercen una actividad sindical muy restringida. Pero su actividad política es intensa. La Confederación Nacional mantiene una revista de alto nivel, *Desenvolvimento y conjuntura*, desde hace diez años, y cuenta con una asesoría económica muy activa.

Lo mismo ocurre en ciertas federaciones. Además, la Confederación Nacional de la Industria dispone de un consejo económico cuyas opiniones orientan a la clase sobre los principales proyectos legislativos que atañen al interés de la industria. Los industriales disponen de gran

8. A. Leeds hizo una interesante descripción de estos grupos informales, que llamó "Panelinhas", donde se unifican intereses en un grupo informal. Paulo Singer subraya la importancia de los diputados representantes de ciertos grupos industriales. Fernando Cardoso ha encontrado referencias directas de empresarios a "sus" diputados. Además, se pueden encontrar otros mecanismos informales y directos de influencia política como los "cabos electorales", que controlan sectores del electorado a cambio de dinero y cargos. Son conocidos también los casos de industriales que, a semejanza de los coroneles del interior, imponen a sus trabajadores votar por sus candidatos. Además, llama la atención el gran número de industriales y grandes capitalistas que pasan desde sus actividades empresariales a la vida política activa.

representatividad en órganos de elaboración de la política económica del gobierno como el Consejo Nacional de la Economía, y dirigen reparticiones estatales encargadas de la política de formación profesional, como el Servicio Nacional de la Industria y el Servicio Social de la Industria. Lo mismo ocurre con los comerciantes en el Servicio Nacional del Comercio y el Servicio Social del Comercio.

Muy importante es la actuación de los sindicatos de sectores industriales organizados en federaciones nacionales. Las federaciones de los industriales metalúrgicos, de la industria química, de los textiles, tienen influencias directas en la elaboración de leyes y políticas que afectan sus intereses. Por supuesto, toda esta actividad se restringe a los grupos más activos de los industriales. Los estudios sobre los empresarios revelan en general un gran ausentismo frente a sus organizaciones de clase.⁹ Pero esto no impide que se beneficien de la actuación muy constante de tales instituciones, ni tampoco que ellas defiendan sistemáticamente los intereses de los empresarios en su conjunto o de sus sectores más dinámicos.

5. La organización de la presión política

Esta situación ausentista cambió mucho en Brasil con la radicalización política de los años 1961 a 1964. En este momento hubo una constante movilización de las clases productoras, sobre todo de los sectores agrarios, amenazados por la campaña de la reforma agraria. Nos interesa especialmente analizar los mecanismos de presión organizada que paulatinamente sustituyen a las presiones informales. En nuestra opinión, estos mecanismos estarían organizándose primordialmente bajo el control del gran capital, particularmente del extranjero. Algunos ejemplos fueron de dominio público en ocasión de la radicalización política acaecida entre 1961 y 1964. Por el carácter extremado que tuvieron, su estudio puede lanzarnos luz sobre los nuevos mecanismos de presión. El IPES (Instituto de Pesquisas Económicas e Sociais) es un órgano de

9. La CEPAL ha publicado un conjunto de trabajos, sobre los empresarios industriales en América Latina, de Guillermo Briones (Chile), A. Lipman (Colombia), E. A. Zalduendo (Argentina). Sobre Brasil, el principal trabajo es el de F. H. Cardoso (1964).

formación y orientación ideológica que fue fundado en 1956 y que adquirió gran fuerza a partir de 1961. Su actividad fue intensificada en 1964 y consistía en cursos, publicación de folletos, libros, revistas y cuadernos de divulgación gratuita, costeo a viajes y publicación en la prensa de manifiestos, etc. Su financiamiento venía de 398 compañías comerciales e industriales de Río de Janeiro y São Paulo. De ellas, 297 eran norteamericanas. A partir de 1963, esta institución pasó a actuar en el sector paramilitar de preparación de la caída de Goulart y en el financiamiento de dirigentes políticos. Después del golpe de abril de 1964, sus hombres ocupan posiciones claves en la política económica del país. Otros datos fueron establecidos por la Comisión de Investigación de la Cámara de Diputados sobre el IBAD (Instituto Brasileño de Acción Democrática). Sus fondos venían fundamentalmente de tres bancos: The National City Bank of New York, The National Bank of Boston, The Royal Bank of Canadá. Ese organismo era dirigido por una persona de antecedentes todavía no perfectamente identificados, de nombre Iván Haselocher, que detentaba el derecho al manejo de fondos. La acción de este poderoso órgano de presión fue descubierta, en gran parte, por esta Comisión de Investigación, constituyéndose en un gran escándalo. El IBAD tenía sus ramificaciones en el Congreso Nacional por intermedio de ADEP (Acción Democrática Parlamentaria), habiendo financiado la campaña electoral, en 1963, de aproximadamente 1 000 candidatos. Se comprobó su acción de presión sobre los órganos de opinión pública: la más chocante fue el arriendo del editorial del diario *A Noite* por 90 días. Además tenía ramificaciones en los órganos sindicales y estudiantiles, donde financiaba organizaciones, y, por fin, en el sector militar, al que inundaba de publicaciones.

Ya en 1957 se realizó una amplia campaña contra el monopolio estatal del petróleo, financiada por las compañías extranjeras de petróleo. Esta campaña, que se realizó en once diarios de gran importancia en el país, fue objeto de investigación del Congreso Nacional. El aspecto más importante de estos grupos de presión y de acción política que se constituyeron en esta época fue el revelar su aspecto organizativo directamente vinculado a los intereses empresariales y financieros. Además, hicieron patente una acción colectiva en defensa de intereses generales de clase.

Por fin, manifestaron el papel predominante de los capitales extranjeros en su organización y financiamiento.

Todo esto nos indica un importante cambio en las formas de presión, que posiblemente se podría ampliar si dispusiéramos de datos sobre otros sectores de la administración pública y sobre otros tipos de organización.

Las Comisiones de Investigaciones, nombradas por el Congreso en Brasil para estudiar problemas específicos, han acumulado una gran cantidad de datos sobre procedimientos, que en general no se pueden conocer sino en circunstancias como éstas. Sus informes constituyen, así, una importante fuente de estudio de los mecanismos de presión y del comportamiento de sectores importantes de nuestra sociedad, que no han sido estudiados por las ciencias sociales.

En el actual régimen brasileño, la presión política tiene que cambiar su dirección. El centro de decisión política no lo representan más los políticos sino los militares y los tecnócratas. A ellos hay que ganar, sea de manera informal (no hay reunión social importante que no cuente con sus militares), sea económicamente (a través de la invitación a participar de los directorios de las empresas y otras formas más abiertas de corrupción), sea políticamente (a través del partido del gobierno, que siempre conserva algún organismo de acceso al poder).

El gran desarrollo de las revistas especializadas que influyen sobre la orientación de la política económica ha permitido organizar la presión ideológica y política en bases superiores. De hecho, las burguesías internacional y nacional, contando con el fuerte apoyo del Fondo Monetario Internacional y de los órganos de financiamiento mundiales, han logrado mantener el control sobre la política económica del gobierno (en parte sobre la educacional y social), dejando a los militares ciertos aspectos secundarios de la vida nacional.

La sustitución de los mecanismos de presión externa por los mecanismos internos se debe en gran parte a la tendencia al aislacionismo corporativo de los militares, que tiende a crear una estructura de poder propia basada en la institución militar, la cual recibe presiones desde "afuera", las reelabora y decide en su propio interior. El surgimiento de tendencias nacionalistas y estatistas dentro de este aparato

ha generado un gran miedo a grandes sectores del gran capital, que buscan abrir este sistema sin romperlo completamente, pues él les ofrece garantías de “seguridad” política fundamentales para la supervivencia del gran capital.

El problema del crecimiento de la inversión estatal ha explotado en la vida pública nacional en 1974. A partir de este año, los grandes capitalistas nacionales e internacionales iniciaron una fuerte campaña en contra de la intervención estatal en la economía que viene agudizando las contradicciones de ciertos sectores empresariales con la dictadura militar. Para muchos es difícil comprender cómo un régimen creado para servir al gran capital y claramente favorable al libre juego del mercado, haya realizado el más fuerte proceso de concentración de poder económico estatal en el país. Esto se debe en parte a la propia dinámica del mercado capitalista en su etapa monopólica. La libre competencia conduce a la formación de monopolios altamente concentrados, el capital extranjero ocupa los sectores de alta lucratividad, el capital nacional no puede competir en las áreas que exigen fuertes inversiones y de baja lucratividad, cabe pues al Estado ocupar tales sectores en general de infraestructura. Por otro lado, la política económica liberal exige que las empresas estatales no produzcan “déficits” y sean altamente eficientes. El gobierno militar articula esta demanda y “limpia” las empresas estatales de los excedentes de personal reclutados en la etapa populista para atender las presiones sociales de las capas medias y sectores obreros sin perspectivas de empleo. Al aumentar la “eficiencia” del sector estatal y al exigir de las empresas públicas autofinanciarse e independizarse del presupuesto nacional deficitario aumentan en consecuencia sus tasas de rentabilidad. Rentabilidades más altas y autonomía financiera sólo pueden conducir a un resultado: nuevas inversiones con criterios capitalistas de alta rentabilidad. En consecuencia, las empresas estatales empiezan a entrar en campos económicos de alta rentabilidad que deberían estar reservados al capital privado. El choque se hace inevitable.

El papel de los tecnócratas estatales es de servir de agentes de esta lógica económica. No son ellos los que la determinan sino ellos son determinados por ella. Asimismo, su mentalidad de gestión se hace cada vez más capitalista como resultado de las exigencias del sistema

en el sentido de lograr el máximo de eficiencia y rentabilidad. En consecuencia, el fenómeno asume una forma contradictoria: de un lado, la expansión de la empresa estatal es un resultado de la lógica de la etapa monopolista del capital; de otro lado, esta expansión choca con los intereses del gran capital y sectores particulares del capital. Esta contradicción se profundiza cuando los tecnócratas de las empresas estatales reivindican su formación tecnocrática y su eficiencia que les fue inculcada por las ideologías capitalistas neoliberales. Y se hace aún más aguda cuando el aparato militar en el cual reposa la dominación del gran capital tiende a apoyar los tecnócratas estatales que expresan su propia ideología organizativa, eficientista y modernizadora.

6. El control de la opinión pública

El control de la opinión pública es el mejor instrumento para garantizar el buen funcionamiento de la presión política y para asegurar el apoyo a los movimientos políticos aliados a los intereses de los grupos de presión. Con el desarrollo de la industrialización y de la urbanización, la opinión pública es plasmada por los medios de comunicación de masas (prensa, radio, televisión). Estos medios sustituyen las formas directas de formación de la opinión pública tradicional. De muy poco peso resultan los *meetings*, conferencias, etc., frente al poderío de la comunicación de masas. De allí que los grupos de intereses económicos y políticos organizados busquen dominar estos medios de comunicación para consolidar su influencia sobre los órganos de poder.

En Brasil, como en casi toda la América, la publicidad es la principal fuente de recaudación de la prensa, de la radio y de la televisión. Se puede calcular que cerca del 80% del gasto de los diarios es pagado por la publicidad. De ahí que el control de la publicidad sea la forma más concreta de control sobre los medios de comunicación.

Se organizaron en Brasil dos Comisiones Parlamentarias de Investigación (CPI) sobre la penetración del capital extranjero en los medios de comunicación. Una en 1963 y otra en 1966. El documento guía del diputado Joao Doria, presidente de la Comisión Parlamentaria de

Investigación sobre las revistas norteamericanas en 1963, apunta los siguientes hechos:

De las 300 agencias de publicidad establecidas en el país, ocho empresas –todas extranjeras– facturaban 35.000 millones de cruzeiros sobre un total de 120.000 millones. En estos datos no se incluyen los llamados “aspectos invisibles” (relaciones públicas, *lobies*, etc.). En 1960, los gastos de publicidad sumaban 110.8 millones de dólares, lo que significaba cerca de 1.4% del ingreso nacional. Estos eran destinados en un 37% a la televisión, 35% a la radio, y a los otros vehículos de publicidad, 28%.

Este gran poder económico está concentrado en manos de las compañías de publicidad, las que, a su vez, están bajo el control de las ocho compañías extranjeras, que controlan la Asociación Brasileña de los Publicitarios, dirigida por ejecutivos de esas empresas o elementos a ellas ligados. En 1959, los once principales anunciantes del país formaron la Asociación Brasileña de los Anunciantes, ABA, que incorporó a otros 19 anunciantes. De estos 30 anunciantes, casi todos eran grupos extranjeros.

¿Cómo se distribuyen los aspectos de publicidad y qué poder de presión tienen estos grupos?

Es muy fácil comprenderlo cuando se estudia la importancia de la publicidad para la sobrevivencia de los diarios. Una amenaza ligera de corte de publicidad por parte de una gran agencia ya es una presión importante. La amenaza de una de estas asociaciones, ABA o ABAP, es decisiva para la sobrevivencia de cualquier órgano de comunicación. La distribución de los anuncios tiene un carácter político. Denuncias hechas en ocasión del funcionamiento de la Comisión Parlamentaria de Investigación mostraron que órganos de gran circulación fueron marginalizados en provecho de otros nuevos grupos por los intereses de los anunciantes.

Ese conjunto de datos confirma que la publicidad tiene un carácter eminentemente político, y sólo se destina a los medios de difusión que defienden las posiciones políticas que el grupo de grandes empresas (particularmente las extranjeras) desea.¹⁰

10. Su poder le garantiza no sólo el control editorial de los diarios, sino el control de las noticias y hasta

Un gran número de revistas y diarios de posición nacionalista se vieron obligados a desahuciar su edición por ausencia de publicidad, a pesar de gozar de más altos índices de venta que otros órganos que recibían anuncios gigantescos de publicidad.

Lo más grave es, sin embargo, que este poder sobre los órganos de comunicación se complementa por la organización de la penetración directa de la prensa extranjera en el país, constituyéndose empresas nacionales subsidiarias. La Comisión Parlamentaria de Investigación, que se formó en 1966, pudo detectar la base real de denuncias en este sentido. Contraviniendo una prohibición constitucional (Artículo 160)¹¹ se organizaron en Brasil varias empresas periodísticas subsidiarias de empresas norteamericanas.¹²

Estas empresas periodísticas no se presentan como empresas extranjeras, y sus publicaciones son dirigidas y escritas por periodistas brasileños. En la actualidad controlan las publicaciones mensuales y semanales de mayor penetración en las capas dirigentes y de élite del país. Además, dominan las revistas de tipo comics, se proyectan hacia el plano de las

el de su vida interna. En los últimos años se denunciaron casos que afectaron por lo menos a dos periodistas jefes de redacción que fueron despedidos por presión de estos grupos (Antonio Callado y José Bahia en el *Correio de Manhã*), lo que, por lo demás, aconteció a muchas otras víctimas de similar presión política. Otras veces la coacción se ejerce sobre la materia publicada, como en el caso de los reportajes de Justino Martins sobre Rusia. en *Manchete* que hubieron de restringirse sólo a la primera de una serie.

11. Se trata de la Constitución de 1946, que ha sido sustituida por una nueva Constitución, la cual a su vez está suspendida por el Acta Institucional Núm. 5.

12. En 1948 se organizó la publicación brasileña de *Selecciones del Reader's Digest*, que publica 500 000 ejemplares mensuales. En 1950 el grupo Visión Inc. organizó en Brasil una empresa que publicaba el semanario *Visao*. Además, directamente destinadas a la formación de la mentalidad empresarial, se crearon las revistas *Dirigente Industrial*, *Dirigente Rural* y *Dirigente Constructor*, de distribución controlada, es decir, gratuita, a personas elegidas por la publicación. En 1964, este grupo compro la revista *Direcao*, del grupo Mc Gral Hill, que es distribuida a 20 000 lectores seleccionados, según publicidad del grupo Visión inc. En 1951, el señor Victor Civitas, que trabajó para el Time-Life, inició la organización de un imperio grafico en Brasil: la Editora Abril (su hermano organizó una empresa semejante en la Argentina). La Editora Abril, con sólo 15 años de funcionamiento, posee 28 publicaciones con una tirada global de 4.5 millones de ejemplares mensuales. En 1966, este grupo empezó la preparación de la edición de una nueva revista que se llamaría *Panorama*, como sus correspondientes italiana y argentina, sin disimular sus ligazones con el grupo Time-Life. En 1966 vio la luz el primer número de esta revista (altamente lujosa) con el nombre de *Realidades* dado que el propietario del nombre *Panorama* para el Brasil exigió un pago muy alto por la venta del título. Una poderosa red de radio y televisión de São Paulo (Red Piratininga) fue comprada por la secta de los mormones, que pasó a dominar un vasto imperio de los medios de comunicación del país. En 1966 fueron denunciados (y de allí la creación de la Comisión Parlamentaria de Investigación) los acuerdos entre el grupo Time-Life y la TV Globo, que darían a este grupo el control directo de la más moderna red de televisión del país.

revistas de amplio público. También comienzan a dominar directamente el principal canal de televisión del país, a lo que debe añadirse el control de una de las mayores redes de emisoras de radio.

Según investigación de la revista *Visao*, basada en datos del Departamento Nacional de Registros del Comercio, en 1970, diez empresas de capital extranjero representaban 69,2% del conjunto del capital nacional en el sector de comunicaciones en todo el país, representado por ocho empresas. En el sector de publicidad, 16 empresas extranjeras contaban con un capital igual al de ocho empresas de publicidad nacionales.¹³

Así, el control de la opinión pública se hace cada vez más directo y la integración económica del capital nacional al extranjero se complementa en el nivel de los medios de comunicación. Las empresas nacionales de comunicación: a) no tienen bases financieras y técnicas para contrarrestar esta penetración; b) no tienen libertad de acción para actuar contra estas tendencias, pues dependen de los anunciantes de las empresas de capital extranjero, que están asociados en poderosas organizaciones.

El único punto de apoyo de las revistas, diarios, radios y televisiones fuera de este sector, radica en el Estado y en algunos grupos nacionales. Pero, la fuerza política y económica de los intereses del gran capital incluso ha reformulado la organización estatal y la política imperante en orden a adecuarlas más directamente a sus intereses.

7. El control ideológico

Es conocida la afirmación de Marx de que las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de la sociedad. Hoy día la elaboración de esas ideas vuélvese cada vez más compleja, debido al desarrollo de la sociedad y a la progresiva complejidad de la vida social. Por eso la elaboración consciente de los intereses de las clases sociales se institucionaliza en torno a centros de cultura y a instituciones que forman la organización de la superestructura del sistema.

La formación de la opinión pública sería la operacionalización de las elaboraciones hechas por estos pensadores, su expresión de masa. Es

13. Véase Revista *Visao*, "Quem é quem no Brasil" (1970: 131).

por esto importante localizar los centros de elaboración de pensamiento, sobre todo social, para identificar un poderoso instrumento de dominio de la opinión pública y de la sociedad. En Brasil podemos localizar algunos de estos centros en la historia reciente.

El ISEB (Instituto Superior de Estudios Brasileiros) fue innegablemente uno de los más influyentes. El ISEB tiene su origen en el IBESP (Instituto Brasileiro de Estudos Sociais e Políticos), que editaba los *Cadernos de Nosso Tempo*. Su génesis es confusa. En su gran mayoría hallábanse comprometidos exintegralistas (movimiento fascista en la década del 30). Las coordinaciones fundamentales de su pensamiento, muy influido por CEPAL, se pueden traducir en los siguientes puntos: 1) el Brasil era catalogado como un país subdesarrollado, basado en una economía colonial-exportadora, donde un proceso de industrialización que venía de los años 30 rompía la economía colonial; 2) Las clases sociales que se enfrentaban en esta lucha eran, por una parte, las burguesías agraria y mercantil, con apoyo de las clases medias tradicionales y el apoyo del imperialismo; por la otra, la burguesía industrial y el proletariado urbano, con el apoyo de la intelectualidad, los técnicos y la nueva clase media urbana, donde se incluía un apreciable sector de las fuerzas armadas; 3) La ideología de los sectores coloniales era el moralismo, y el pensamiento brasileño (y subdesarrollado en general) aparecía como un pensamiento enajenado al colonizador, es decir, un pensamiento que veía su propia realidad con los valores y modelos de la realidad de los países desarrollados. Rompiendo esta alienación y creando una teoría social brasileña (o de los países subdesarrollados), estaría el nacionalismo.

El interés teórico de este grupo se deriva del hecho de que llevó hasta las últimas consecuencias su posición inicial. Del análisis de la crisis brasileña en su conjunto¹⁴ pasó al análisis económico¹⁵ llegar a la proposición de un plan de gobierno.¹⁶ Al mismo tiempo se desarrolló un

14. Helio Jaguaribe: "A crise brasileira" *Cadernos de Nosso Tempo*, núm. I.

15. Ver Gilberto Paim (1957) y Ignacio Rangel, *Dualidades básica da economia brasileira*. Con algunas diferencias, se puede incluir el trabajo de Celso Furtado (1953).

16. Ver *Cadernos de Nosso Tempo*, N° 5, que fue dedicado a una propuesta de plan de gobierno. En cierta manera, se puede incluir en este contexto el trabajo de Celso Furtado (1962).

análisis histórico,¹⁷ sociológico (Guerrero Ramos, 1958), político¹⁸ e incluso filosófico¹⁹ trataba de desalienar todos los campos del pensamiento brasileño, sociológico, político e incluso filosófico. Se trataba de desalienar todos los campos del pensamiento brasileño, en la lucha contra el complejo colonial exportador.

La importancia práctico-política de ese grupo se origina en el hecho de que obtuvo una alta penetración en todos los sectores de vanguardia del país. El ISEB promovía cursos de un año que se destinaban a graduados, estudiantes, líderes sindicales, funcionarios públicos y militares, becados por sus entidades. Además, el ISEB promovió cursos en todo el país y en varios organismos universitarios, gremiales, etc. Entre los años 1958 y 1962, el ISEB era un centro de pensamiento e ideología con influencia en todos los sectores de la vida nacional.

La fuerza del pensamiento isebiano se impuso sobre la izquierda brasileña, que poco a poco pasó a adoptar las mismas tesis. En el Partido Comunista se formó una corriente nacionalista en 1954, dirigida por Agildo Barata. Esta corriente fue expulsada del partido, pero en 1958, las tesis políticas del PCB se ajustaban al pensamiento del ISEB, con un lenguaje más específico. Para el PCB, la contradicción fundamental de la sociedad brasileña planteábase entre la nación y el imperialismo, lo que imponía la necesidad de un frente único que unificara todas las fuerzas antiimperialistas. Así, el sector más radical del pensamiento dominante llegó a orientar ideológicamente, incluso, a la izquierda.

Dentro de este marco general de pensamiento nacionalista se puede incluir al grupo de la revista *Desenvolvimento y conjuntura*, de la Confederación Nacional de la Industria. Pero, en este caso, la diferencia estriba en el lenguaje no claramente antiimperialista, en una actitud de aceptación mucho más amplia del capital extranjero y en una acentuación más grande del desarrollismo sobre el nacionalismo.

17. Nelson Werneck Sodre, *Introdução a revolução brasileira, Ideologia del Colonialismo, Historia da Burguesia Brasileira*. Aquí se debe incluir también la obra de Celso Furtado, *Formação econômica do Brasil*.

18. Guerrero Ramos, *A crise política brasileira*; Helio Jaguaribe, *Desenvolvimento econômico e desenvolvimento político* y trabajos de los *Cadernos de Nosso-Tempo*, y Paulo de Castro, *A Terceira Força*.

19. Roland Corbusier; *Formação e problema de cultura brasileira*, y el extenso libro de Álvaro Vieira Pinto, *Consciencia e realidade nacional*.

Como centros de pensamientos opuestos al nacionalismo isebiano dentro de las clases dominantes tenemos la Fundación Getulio Vargas, órgano encargado del análisis del ingreso nacional (*Revista Brasileira de Economia*), de la enseñanza de la administración pública y de la edición de la revista *Conjuntura Económica*, que hace un balance mensual de la economía. A pesar de ser un órgano gubernamental, la Fundación Getulio Vargas fue una de las principales defensoras de la política de estabilización monetaria y del apoyo al capital extranjero. Los defensores de esa política tenían su principal punto de apoyo universitario en la Facultad Nacional de Economía de Río de Janeiro.

Su posición teórica era monetarista, oponiéndose a los efectos de desequilibrio provocados por la inflación y el desarrollo no controlado. Valorizaron el comercio externo en la economía nacional y consecuentemente la política de fortalecer el complejo agrario-exportador. En esta línea se incluyeron gobiernos provinciales conservadores, pero nunca fue aceptada en forma estricta. Sus matices se destacaban sobre todo en los más nuevos teóricos del grupo, como Roberto Campos, cuya importancia en el gobierno de Kubitschek y en su política desarrollista con la ayuda del capital extranjero fue muy grande.

En el campo de la sociología, el pensamiento antiisebiano asumía otro carácter. Apoyándose en una sociología pura, influida por la sociología norteamericana de los años 40, se aislaba de los problemas económicos del país. Los ataques isebianos se dirigían en contra de la alienación de la sociología dedicada a los estudios de “comunidades”. Al mismo tiempo, el ISEB atacaba a la antropología dedicada a los estudios de los indígenas, sin importancia nacional al culturalismo de esa ciencia y a una ciencia política aislada de las realidades de la lucha por el poder en el país. La acusación que este grupo (que tenía en la Escuela de Sociología de São Paulosu principal centro de apoyo) hacía al ISEB, era de ser ideologizante, no empírico, y de manifestar desprecio por la universalidad de la ciencia al proponer una ciencia social brasileña (o subdesarrollada, como se decía).

Otros centros de estudios ideológicos se desarrollaron, cada vez más combativos y militantes, contra el ISEB. Un centro meramente propagandístico lo constituía el IPES, ya tratado. Otro más, financiero, era

el CONSULTEC, ligado a Roberto Campos, organización privada de estudios económicos y que llegó a ser posteriormente un poderoso grupo económico y de presión.

Cabe también anotar que se desarrolló una crítica de izquierda al ISEB. Esta crítica procuraba señalar los límites de la política nacionalista y sus contradicciones internas. El crecimiento de esta posición crítica en los cuadros de la vida universitaria era una expresión de la radicalización social que se extendía a todos los niveles de la sociedad. Lo mismo ocurrió dentro de la Iglesia Católica, donde surgió un sector socialista muy avanzado; en las fuerzas armadas, en los medios artísticos y literarios y en todos los sectores del pensamiento y de la vida nacional.

La lucha ideológica no dejó de sufrir las consecuencias del proceso de integración al capital monopólico internacional, que hemos descrito. La universidad brasileña se hizo cada día más dependiente de la ayuda de los programas americanos y de las fundaciones en particular.

En la ciencia social, esta política fue más profunda. Se firmaron contratos de asistencia con fundaciones, por ejemplo, en la Universidad de Minas Gerais, donde se creó un Departamento de Ciencias Políticas que absorbió todos los departamentos de política de la universidad bajo el auspicio de la Fundación Ford, en un contrato por cinco años. Además, son aún incontables las investigaciones y convenios con fundaciones. Todas las Escuelas de Administración tienen programas conjuntos con el Punto IV. El mismo Punto IV tiene programas de formación de profesores primarios.²⁰ Nadie puede objetar la colaboración intelectual entre Universidades, el auxilio técnico, etc. Pero en el cuadro de una economía y sociedad dependientes, esta colaboración se transforma en un instrumento de esa dependencia.

Esta interligazón se hará más estrecha con el convenio entre el Ministerio de Educación, el Sindicato Nacional de Libreros y el USATD para la impresión de los libros didácticos en el país. En una entrevista, el director del convenio (Estado de São Paulo, 15 de enero de 1967) declara que es su objetivo colocar 51 millones de libros técnicos y didácticos a

20. Además, en una mezcla aparentemente extraña, este punto IV está encargado de la formación de las policías del país, organizando sus ficheros y enseñando técnicas de represión callejera.

la disposición de los estudiantes, gratuitamente, en los próximos tres años. La Comisión designada por el Convenio tiene las atribuciones siguientes: compra y distribución de libros ya publicados, selección de los que todavía están en proceso de publicación y programación de nuevos títulos para todos los niveles de enseñanza (primaria, secundaria y universitaria). Incluyense en el programa la traducción de libros especializados. La otra parte del convenio establece la organización de una comisión paritaria (5 x 5) de norteamericanos y brasileños para reformular la enseñanza universitaria en el país.

Este convenio sólo puede ser comprendido dentro del cuadro global de integración que estamos bosquejando. Sólo en una estructura de poder desnacionalizada, dominada por el gran capital de origen extranjero, se puede pensar en la entrega total del instrumento fundamental de la enseñanza a un gobierno extranjero. Es claro que ningún libro didáctico del país podrá estar en desacuerdo con el principal financiador de la industria del libro, es decir el USAID, o más claramente, el gobierno norteamericano. Si se suma a esto la intención de Mc Grall Hill de comprar la propiedad editorial de libros didácticos del país, se puede evaluar el grado de dependencia a que se llegará en este sector fundamental de formación ideológica que es la enseñanza.

De hecho, hay hoy día siete empresas extranjeras de educación y cultura que tienen un capital igual a solamente cuatro empresas nacionales en el mismo sector.²¹

El proceso de la dependencia económica de los centros de enseñanza, particularmente los centros ligados a las ciencias sociales, al gobierno y a órganos privados norteamericanos es al mismo tiempo el proceso de su dependencia ideológica y, consecuentemente, de una forma mucho más profunda de control de la opinión pública que es la internacionalización por la intelectualidad de las concepciones ideológicas de la sociedad norteamericana. Esto crea las condiciones subjetivas para la aceptación de la tendencia objetiva a la dependencia. Por otra parte, al crear esta adhesión del pensamiento oficial a un proceso cuyos efectos sobre la mayoría del país son excluyentes, se abre también una alternativa radical a esta

21. Datos de *Visao*, "Quem é quem no Brasil" (1970: 13).

adhesión. Esta alternativa se muestra cada vez más crítica en cuanto a las posibilidades de contrarrestar esas tendencias objetivas en el cuadro del sistema social existente. El subproducto del control ideológico, cada vez más rígido, ejercido por el gran capital es la radicalización de la lucha ideológica en el país.

8. La ofensiva ideológica del cientificismo

Un importante ejemplo de esta aceptación subjetiva de una concepción ideológica de la ciencia adecuada a las nuevas condiciones de dependencia lo encontramos en las ciencias sociales. La gran divulgación del formalismo empirista en estas ciencias ha hallado importantes centros de divulgación en América Latina, altamente financiados por las fundaciones y organismos afines. El formalismo científico se presenta como una alternativa nueva en las ciencias sociales. En primer lugar, ha formulado sus conceptos de modo de incorporar el estudio del cambio social y contrarrestar la crítica nacionalista y marxista a su carácter estático. Así, los funcionalistas buscan reformular sus modelos adaptándolos al estudio del cambio y del desarrollo. Sin embargo, esta readaptación es meramente formal. Por cambio se entiende el proceso de ajuste de las sociedades subdesarrolladas a las condiciones de funcionamiento de lo que ellos suponen ser una sociedad moderna-industrial y de masas. Todo el esfuerzo del análisis se concentra, pues, en estudiar las condiciones que permitan adecuar nuestras sociedades “no desarrolladas” a los modos de funcionamiento de lo que se entiende por sociedad desarrollada, a fin de atenuar los efectos conflictivos de la condición de subdesarrollo. Tenemos ejemplos de este modo ideológico de hacer ciencia para mantener el orden actual cambiando sus puntos críticos, en Gino Germani, y en Peter Heintz y sus discípulos brasileños.²² En segundo lugar, los formalistas empíricos estiman como propio de la ciencia y del científico el rigor lógico y el rigor de observación, subestimando completamente el rigor de conceptualización. Conceptualizar es establecer supuestos, es

22. Véase Peter Heintz, *Sociología del desarrollo*; Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, y los artículos de Antonio Octavio Cintra y Fabio Wanderley en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* N° IV(1).

elegir aspectos determinantes de la realidad, es distinguir lo esencial de lo aparente. A este nivel, los formalistas son de una flexibilidad que llega a la irresponsabilidad. “Tomemos tal supuesto” es la frase más común. Su concepción de la ciencia no los obliga al mínimo rigor de explicación de por qué se supone esto (siempre lo irrelevante) y no aquello (lo fundamental).

¿A quién sirve esta pretendida “ciencia”, que sustituye el rigor explicativo por el rigor aparente del aparato formal y de las técnicas de observación?

Sirve exactamente a los que se interesan en no explicar a la sociedad. A los que se interesan en analizar los mecanismos de una sociedad dada (y de ahí viene su valorización ideológica del “dato”), a los que se interesan en transformar a los científicos en tecnócratas que elaboran modelos pragmáticos destinados a actuar sobre los aspectos restringidos y localizados de una sociedad dada, a fin de ajustarla. Que se estudie el cambio dentro de esta perspectiva no es ningún problema. Tratase de adecuar el aparato conceptual ideológico- científico a las nuevas condiciones de América Latina.

Pero esta forma de pensamiento tan antigua aparece renovada y bajo las características de una ofensiva ideológica y práctica. Diríjese esta ofensiva en las direcciones siguientes:

1. “Nosotros somos los científicos, ustedes son los ideólogos y ensayistas”. Esta inversión de la realidad tiene un fundamento en la apariencia no ideológica de esta forma de pensamiento. Como ella no tiene que criticar a la sociedad existente, puede partir de los “datos” de esta realidad como si estuviera adoptando una actitud objetiva y no ideológica. Puede, así, dejar de plantear los problemas subyacentes a esta apariencia inmediata de la realidad, pues es exactamente de esta manera que ella impide la posibilidad de criticar esta sociedad y, por tanto, de superarla.
2. “Hay que formar profesionales y no ideólogos”. Así, hay que enseñar a los estudiantes la metodología y los conceptos fundamentales de la “ciencia”. Otra interesante inversión de la realidad: los ideólogos de las clases dominantes son rápidamente empleados por ella e incorporados

a su aparato profesional y son así considerados “profesionales”. Dentro de la perspectiva de la clase dominante, todos aquellos que se pongan en contra de esta ideología dominante son, por lo tanto, “ideólogos” por definición. Además, como la clase dominante no financia investigación ni estudios que están en contra de sus intereses, la posibilidad de disponer de los recursos técnicos masivos de investigación está dada a aquellos que se profesionalizan, es decir, que se adecuen a las reglas de la ideología empirista y formalista de la clase dominante²³ y técnicos, pues, del orden existente, ideólogos disfrazados de científicos.

3. “Ustedes son conservadores porque no usan las nuevas técnicas de investigación y análisis y se ponen en contra del avance de la ciencia”. Las llamadas “nuevas técnicas” son un conjunto de técnicas específicas de nivel muy empírico, por un lado, o muy formal, por otro, cuya utilidad es muy restringida para un análisis de los aspectos fundamentales de la sociedad. Estas técnicas tienen un valor muy relativo y sirven, sobre todo, para objetivos inmediatos de control de la opinión pública, para establecer ciertas correlaciones limitadas o ciertas tipologías abstractas y a históricas. Los que están preocupados con otras cosas que consideran más sustanciales buscan desarrollar otras técnicas de análisis y observación adecuadas a sus necesidades teóricas y prácticas.

Ideológico es, pues, querer someter la actividad científica al conjunto de instrumentos de observación y análisis que sirven a los objetivos de aquellos que están en la perspectiva del orden existente y que buscan actuar sobre la sociedad existente sin poner en cuestión los fundamentos de esta sociedad. En la ciencia, lo más nuevo, lo más reciente, no tiene estatuto científico privilegiado. Es la ciencia la que dice qué es lo más importante entre lo nuevo y lo viejo. Es la necesidad de conocimiento la que establece qué urge desarrollar en el mundo instrumental, y no toca a los instrumentos definir lo que hay que conocer.

23. Existe, en todo caso, la posibilidad de Investigación en centros universitarios de algunos países latinoamericanos, de lo cual es ejemplo el presente estudio. Evidentemente sin la posibilidad de disponer de recursos abundantes, sino en la medida en que el poder en la sociedad se desplace hacia las fuerzas populares, lo que está en curso.

Sin embargo, esta ideología asume la forma de la antiideología, de la única ciencia, y prepara a los técnicos para recoger y organizar la información dentro de las definiciones conceptuales que interesan al centro hegemónico. Se forma, así, un conjunto de trabajadores para organizar la base “fáctica”, como les gusta decir, para los análisis del pensamiento dominante.

La dependencia cultural asume, así, una forma adaptada a las nuevas condiciones. No se trata de que nuestros científicos miren nuestra realidad desde el punto de vista de los países desarrollados. Tratase de “especializar” a nuestros científicos sociales a fin de recoger los datos para los científicos de las clases dominantes de los países desarrollados. Necesidad ésta establecida por las relaciones más estrechas entre colonia y metrópolis. La metrópolis tiene ahora que incorporar las colonias a su universo interno. Para lograrlo, ha de disponer de una mano de obra colonial que le conceda esta base “fáctica” que necesita.

9. Conclusiones

Del análisis anterior extraemos algunas conclusiones generales.

Primeramente, el proceso de dominación de la economía por el gran capital monopólico integrado internacionalmente enfrentase con las sobrevivencias del régimen agrario-exportador y con las formas todavía sólidas del capitalismo industrial nacional. En este enfrentamiento, el gran capital monopólico tiende a someter las otras formaciones sociales a sus intereses. Así, el gran capital monopólico se convierte en el centro dinámico de la clase dominante. Por ser parte de una economía central, dominante y articulada mundialmente, el gran capital integra a la economía, la sociedad y la política del país a sus intereses.

En segundo lugar, el proceso de afirmaciones del gran capital se enfrenta a la resistencia de los sectores populares que sostienen las banderas del nacionalismo, del desarrollo y de las justicias sociales abandonadas poco a poco por el sector de la clase dominante, que era la burguesía industrial, y que mantenía el control del movimiento popular. También en el aspecto ideológico, la antigua burguesía industrial pierde su papel de liderazgo y abandona sus aspiraciones propias e independientes en

la medida en que es absorbida por el capital monopólico internacional y pierde su capacidad de proponer una perspectiva propia del desarrollo.

Por fin, el gran capital monopólico domina progresivamente los medios de comunicación, de educación, de producción intelectual y somete también al estado y a la burocracia estatal (incluyendo los militares) creando una estructura de poder nueva bajo el control del capital monopólico integrado internacionalmente. Pero en respuesta a este proceso de dominio del gran capital monopólico se desarrollan tendencias radicales en el movimiento popular y en la visión del proceso social.

El resultado de este proceso es la radicalización política, que se configura, por una parte, en la formación de un gobierno y un estado fuertes y, por la otra, en formas de actuación, organización y pensamiento políticos progresivamente más radicales en el movimiento popular.

El próximo capítulo se propone estudiar, con los datos disponibles, este proceso de radicalización.

II. De la conciliación al radicalismo

Los cambios de la estructura social, causados por el predominio del gran capital monopólico integrado en la economía mundial, han creado, y están creando, profundas modificaciones en las relaciones de fuerza entre los grupos y clases sociales, en el comportamiento político y en las formas de dominación y movilización políticas. Fundamentalmente debemos destacar tres efectos de la crisis de las formas tradicionales de dominación: a) La decadencia de la forma tradicional de control político agrario, que eran el “coronelismo” o el “caciquismo”, reemplazados ya por el control económico de la burguesía sobre los coroneles, ya por la movilización campesina en torno a luchas por sus intereses propios; b) la superación del populismo por un proceso de reorganización política basado en una centralización y un fortalecimiento del poder bajo el control del gran capital internacional; c) la superación de un largo período histórico de conciliación ideológica y política por un proceso de radicalización y enfrentamiento abierto. Analizaremos, muy en general, estos puntos.

1. Decadencia del “coronelismo”

El análisis de las últimas elecciones en Brasil podría mostrarnos cómo la fidelidad política de los coroneles del interior (en proceso de decadencia económica) se traslada de las formas tradicionales de un sistema de relaciones directas entre correligionarios, a un acuerdo político en que el dinero juega un papel fundamental. Añádase que el sistema bancario y otras formas de presión económica cobran gran influencia sobre la ascendente pequeña burguesía del interior, endeudada por sus inversiones basadas en el clima inflacionario. Todo esto reduce apreciablemente la fuerza de los coroneles, su poder de presión política y la fidelidad de sus protegidos.

Destruyendo, además, los lazos de fidelidad que ligaban al campesino con su señor, sea a través de la asistencia directa que éste le daba y hoy le quita, sea a través de lazos de relaciones personales en decadencia, sea, por fin, por el carácter cada vez más explotador de las relaciones de aparcería (dominantes en los sectores atrasados del país), sometidos progresivamente a las exigencias de un mercado en ascenso y a las aspiraciones de ganancia de los familiares de los antiguos latifundistas, que viven hoy en la ciudad, a diferencia de sus padres.

El campesino, a su vez, en contacto con las ciudades en desarrollo, ya directamente, ya a través de sus familiares emigrados, recibe otras influencias, y mediante el radioreceptor de pila entra en contacto con el mundo urbano nacional.

Por todos estos motivos, el dominio tradicional del latifundista sobre los campesinos sólo sobrevive en tanto recibe apoyo urbano. Es, pues, una relación de dominación decadente que, siempre que es auxiliada del exterior, es puesta en cuestión por los campesinos en efervescencia. Este se pudo apreciar claramente con ocasión de la expansión del movimiento de las ligas campesinas y posteriormente, de la sindicalización rural.

2. La superación del populismo

El populismo fue la forma predominante de participación política popular en los últimos treinta años en Latinoamérica.

Su característica fundamental fue una alianza de clases, todavía no bien definida, en torno a la lucha por el desarrollo industrial y la modernización de la sociedad. Bajo la hegemonía de los industriales, de los técnicos y de los burócratas estatales, obtuvo la confianza de la clase obrera organizada en sindicatos y de sectores de las clases medias asalariadas así como de la pequeña burguesía.

En cuanto a liderazgo político, el populismo se caracterizó por el liderazgo personal de un jefe y de líderes intermedios. El líder populista se presentaba directamente como defensor del pueblo, de los oprimidos, de los humildes y de otros conceptos correlativos, propios del amorfismo social que caracterizaba a su corriente.

La base social del populismo fue, en primer lugar, la necesidad experimentada por la burguesía industrial ascendente de disponer de un amplio apoyo popular para enfrentarse a las oligarquías rurales exportadoras y a sus aliados internacionales. En segundo lugar, fue la consecuencia de la ausencia de conciencia de clase del nuevo proletariado recién venido del campo y todavía prisionero de sus orígenes. Finalmente, fundábase también en la insuficiente preparación ideológica y teórica de los partidos obreros que no supieron comprender los cambios que ocurrían y preparar este nuevo proletariado en su nuevo medio. Esta situación social amorfa tenía, pues, una división fundamental: por una parte, la oligarquía y sus aliados; por otra, los sectores modernos de la sociedad.

Obviamente, la ideología del populismo había de estar determinada por esta situación. Tratábase de un amorfismo ideológico, caracterizado por el eclecticismo y lleno de términos vagos. Sus banderas, expresadas con imprecisión, eran el industrialismo, el nacionalismo más o menos antiimperialista, el reformismo social (previsión social, sueldo mínimo, legislación social). Generalmente se presentó en contradicción con el liberalismo, ya que representaba la expresión de una política de fuerza no sólo contra las sobrevivencias oligárquicas (centralismo versus federalismo), sino también contra cualquier frente de agitación interna, sobre todo en relación al viejo liderazgo proletario (anarquistas y comunistas) que fue destruido.

En Brasil, el populismo fue aún más fuertemente dirigido de arriba a abajo de lo que pudo serlo en otras partes, y se formó y organizó en torno a un poder dictatorial. El liderazgo populista fue ejercido por Vargas en

el gobierno e investido de poderes dictatoriales. Esto hizo muy invertebrado al populismo brasileño, a diferencia del peronismo, de bases mucho más proletarias y organizadas.

Las condiciones sociales que generan el populismo están en franca descomposición. De allí que este proceso de participación política esté en decadencia, como podemos ver por los hechos que ahora consignamos.

En primer lugar, la burguesía industrial ya no es una clase ascendente en lucha contra el dominio oligárquico. Por el contrario, es una clase en el poder que domina el sector dinámico y más fuerte de la economía. Además, es una clase mucho más poderosa y concentrada, formada fundamentalmente por el gran capital internacional, representado por sus gerentes en el país, y que domina fuertemente el aparato estatal, la mayoría de la opinión pública y la vida política del país. En estas condiciones, no cabe ya interés alguno en un movimiento popular progresista que lucha por el industrialismo (ya victorioso), por el nacionalismo anti-imperialista (ya superado por la integración económico-social institucional con el imperialismo) y antioligárquico (dado que la oligarquía rural exportadora se ajustó a las reglas del juego del gran capital y lucha por sobrevivir en cuanto le es posible).

En segundo lugar, la clase obrera ya no es una clase en formación, recién venida del campo. Sus sectores de base están constituidos por una población urbana con cerca de treinta años de tradición obrera, sindical y reformista.²⁴ A pesar de que todavía mantiene la nostalgia de las antiguas formas de liderazgo político, se ve impulsada a evolucionar política e ideológicamente. Esto se hace aún más necesario debido al desarrollo de la situación socioeconómica global que acentúa la dependencia al imperialismo y que ha llegado a un estado de estancamiento económico más o menos profundo en los diversos países de América Latina.

Los sociólogos latinoamericanos en general y gran parte del liderazgo de izquierda, sin mencionar a los partidos conservadores y reaccionarios, tienen muy poca sensibilidad para la situación de la clase obrera en nuestros países.

24. En general, el movimiento obrero surge como fuerza nacional en América Latina en los años del comienzo del siglo. Sin embargo, las nuevas masas obreras formadas por sectores rurales emigrados hacia la ciudad en los años treinta y cuarenta no fueron asimiladas directamente a esta tradición anterior. Se creó un hiato en los años treinta que genera una nueva tradición obrera en el cuadro del populismo.

Se ha desarrollado, por ello, una concepción de una clase obrera exclusivista que lucha primordialmente por mantener sus derechos adquiridos frente a la mayoría de la población no integrada en el sistema. Esa imagen es falsa y crea una enorme barrera para la comprensión de las tendencias de desarrollo de nuestra realidad. Nadie puede negar que la clase obrera de los países subdesarrollados, en general se encuentra en una situación privilegiada frente a los sectores campesinos y marginales, que forman el grueso de la población. Nadie puede negar, tampoco, que los sectores sociales que han hecho conquistas importantes combaten violentamente para conservarlas. Pero de tales datos no es legítimo concluir un exclusivismo que la realidad siempre ha refutado.

En primer lugar, los obreros tradicionales siempre mantuvieron sus vínculos con la realidad rural de donde vinieron y sobre la cual irradian su influencia, demostrándose siempre sensibles a los problemas de los campesinos.

En segundo lugar, la población obrera, todavía muy desconocida por los estudios sociológicos, se compone no sólo de los obreros empleados, sino también de sus hijos en edad de emplearse y de los desempleados. Para este sector de la población obrera, que está en interacción con los obreros empleados, es más fundamental todavía la continuación del desarrollo y de la industrialización.

Por otra parte, el movimiento obrero ha sido en Latinoamérica no sólo sindical sino eminentemente político. El populismo es una expresión de esto. La clase obrera ha tenido un papel muy importante en todas las luchas nacionalistas y antiimperialistas del continente. Además, las direcciones sindicales “pelegas”, “amarillas” o “reformistas”, conforme sean llamadas en los varios países, no pueden ser acusadas de puramente economicistas. Por el contrario, ellas fueron poderosos instrumentos de politización de la clase obrera, en el sentido de vincularla a los líderes y partidos burgueses y a las luchas por el desarrollo industrial y la política nacionalista. Que esta politización haya sido dominada por una ideología burguesa no es suficiente para alejar a la clase obrera de la arena política cuando la burguesía retrocede sus posiciones anteriores.

Los cambios, provocados por el proceso de integración en el capitalismo monopólico, son muy profundos. La situación global ya no permite

esta vinculación estrecha del movimiento obrero con la política oficial, y las fuerzas sociales actúan en el sentido de conducir a una independencia de este movimiento.

Esta tendencia a la autonomía tiene, sin embargo, dos direcciones. Una dirección económico-sindical por la cual el movimiento obrero se vuelve más directamente hacia la complejidad de los sectores profesionales que representa y sus diversas particularidades. Esto exige el desarrollo de la burocracia sindical, por una parte, y la racionalización de la actividad sindical, por otra. Igualmente conduce a la organización empresarial de los trabajadores, conectada con sus direcciones sindicales.

La otra dirección de este proceso es la independencia política. El movimiento obrero tiende a crear una organización política, un liderazgo y una ideología propios. Se trata del proceso de formación de un proletariado para sí, vale decir, de una conciencia de clase proletaria. Desde el punto de vista político se plantean dos alternativas contrarias a esta tendencia: pueden acentuarse los aspectos sindicales y economistas de la tendencia, por omisión de las directivas proletarias; o bien se dará lugar al dominio ideológico del nuevo proletariado por sectores sociales burgueses o pequeñoburgueses. Hoy día, en 1977, la Social Democracia Europea busca introducirse en este espacio político en América Latina.

3. La radicalización política

El esquema de conciliación social, política o ideológica representado por el populismo está en un proceso de superación. Este proceso tiene dos direcciones. El sector de la clase dominante que componía su ala dirigente se vuelve cada vez más indeciso y termina por adherirse a una política de fuerza y antipopular. El sector del movimiento popular sufre profundas divisiones internas, que progresivamente se agudizan exigiendo una reestructuración política.

Organizaciones políticas

En el aspecto político, la izquierda tradicional se ve frente a una oposición revolucionaria que mina poco a poco las bases de la política de conciliación de clases. Surgen organizaciones políticas nuevas que, al

tiempo que polarizan fuerzas, fraccionan las organizaciones existentes. Dentro de los organismos partidarios legales surgen facciones nacionalistas cada vez más inclinadas a la izquierda y otros grupos se inclinan hacia la derecha. En la Cámara de Diputados se borran las diferencias partidarias y surgen dos grandes frentes que polarizan la lucha política, incluyendo gente de varios partidos: en Brasil, antes del golpe de 1964, el Frente Parlamentario Nacionalista (izquierda) y la Acción Democrática (derecha).

Podemos delinear, de manera general, ese proceso de radicalización política en Brasil en el cuadro siguiente:

Unión Democrática Nacional (partido de centroderecha). Divídese en una fracción minoritaria nacionalista (Bossa Nova) y una amplia fracción de derecha que va a formar la principal fuerza de la Acción Democrática.

Partido Socialdemócrata (partido centrista aliado al laborismo). Surge una fracción minoritaria nacionalista (ala joven) y una gran parte de sus cuadros participará de la Acción Democrática.

Partido Laborista (de centro-izquierda). Su mayoría forma los cuadros del Frente Parlamentario Nacionalista. Surge una fracción bastante a la izquierda del laborismo, el Grupo Compacto, que tenía entre sus dirigentes al líder del Partido Laborista en la Cámara y futuro ministro del Trabajo de Goulart (Almino Affonso). Al mismo tiempo, dentro del partido laborista surge el brizolismo, cuyas tesis políticas se radicalizan progresivamente hasta el intento de formar una organización política nueva (los Grupos de 11), de carácter insurreccional y tendente a constituirse en organización paramilitar.

En el Partido Socialista Brasileño, de origen socialdemócrata, fórmanse fracciones de izquierda revolucionaria, particularmente en la juventud. Fracciones de esta juventud, aliadas a fracciones de la juventud laborista y a sectores del Partido Comunista y de varias organizaciones marxistas independientes, darán origen a la Organización Revolucionaria Marxista Política Operaria (POLOP) en 1961.

En el Partido Socialista surge la figura de Francisco Juliao, que camina hacia una organización propia, el Movimiento Radical Tiradentes (1962) que se divide antes de tomar forma. En el Partido Comunista

Brasileño (PCB, ilegal desde 1947) surge una fracción pro China, en 1961, que se constituye en el Partido Comunista do Brasil (PC do B). En el PCB, empiezan también a formarse otras fracciones revolucionarias, que son llamadas “chinas” pero que no tienen ligazones con el Partido Comunista do Brasil. Estas fracciones van a fortalecerse, principalmente después del golpe de abril de 1964, formando una oposición interna muy fuerte que crítica violentamente lo que llaman el oportunismo de la Unión Soviética y del PCB²⁵

El movimiento de Acción Católica también sufre los efectos de esa radicalización y surge un grupo independiente de la jerarquía religiosa, la Acción Popular. Este grupo gana influencia sobre los sectores del Partido Demócrata Cristiano y particularmente en el movimiento de estudiantes. Después del golpe de abril de 1964, la Acción Popular hace autocrítica de sus posiciones anteriores, que considera conciliadoras y toma posiciones claramente socialistas e insurreccionales.²⁶

Así, en apenas cuatro años, la izquierda brasileña se ha diversificado en fracciones cada vez más izquierdistas, con influencia política creciente.²⁷

25. Estas fracciones se unirán en torno a las disidencias a la “corriente” en el interior del Partido Comunista Brasileño, hasta 1967, cuando el proceso se completa y el PCB es transformado en un pequeño partido dando origen a varios rompimientos: el Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR), dirigido por tres miembros del comité central (Mario Alves, Gorender y Apolonio Sales); la Alianza de Liberación Nacional (ALN), dirigida por Carlos Marighella, también del comité central; la disidencia de Guanabara dará origen al MRS: otros sectores de las disidencias se incorporan, ya a la Política Operaria, llegando a formar el Partido Obrero Comunista (POC), y a sus fracciones, que forman la VAR-Palmares; otros sectores, finalmente, se incorporan al Partido Comunista do Brasil, de tendencia maoísta. Procesos similares se dan en toda América Latina. Llamamos la atención sobre los casos del PCR argentino, así como del MAS venezolano, escisión reciente que tiene a su cabeza a dos miembros del comité central del PC venezolano (Teodoro Petcoff y Pompeyo Márquez).

26. Hoy día, la Acción Popular se define como una organización maoísta en estrecha alianza con el PC do Brasil. Posteriormente en 1973-1975, se divide la AP y mientras una de sus alas se integra al PC do B, otra va a romper con el maoísmo (AP Socialista) y se va aproximando al MR-8, formando una “Tendencia Proletaria”.

27. Un proceso similar a éste se ha producido en toda América Latina. Llamamos la atención sobre algunos casos significativos en la década del sesenta; el APRA peruano da origen al MIR peruano; la Acción Democrática Venezolana, al MIR venezolano; la Democracia Cristiana da origen al MAPU chileno; el Partido Radical chileno se rompe, la mayoría apoya a la Unidad Popular; el peronismo se radicaliza hasta la lucha armada (FAP, Montoneros, etc.), y así sucesivamente podríamos mostrar cómo el proceso de radicalización alcanzó fuertemente a los partidos que fueron el eje del populismo y del nacionalismo latinoamericanos. Particularmente en los últimos años este proceso ha asumido un gran dinamismo. Todas las luchas sociales tienden a encuadrarse dentro de la opción de socialismo o derechismo parafascista o fascista.

En la derecha, el proceso sigue el mismo camino. Además del Frente de Acción Democrática surgen nuevas organizaciones derechistas bajo las más diversas siglas (Patrulla Anti-Comunista, Líder, Camde, IPES, etc.).

La historia de estos movimientos es todavía muy poco conocida, a pesar de que en los primeros días después del golpe de abril de 1964 se hicieron conocer públicamente. Las siglas del terror continuaron aumentando desde entonces: Patria y libertad en Chile, Triple A en Argentina, etc.

Movimiento sindical

En los años del gobierno de Dutra (1946-1951) se crearon profundas restricciones al movimiento sindical. La Ley de Seguridad Nacional y el Decreto 9 070 prohíben la colaboración entre sindicatos de sectores distintos, la huelga política y de funcionarios públicos y la organización de una central sindical. Sin embargo, después de sucesivos choques parciales tiene lugar en 1951 una primera huelga nacional de los bancarios, que terminó restringida a las provincias de Minas Gerais (diecinueve días) y de São Paulo (sesenta días, victoriosa al final).

En 1953, dentro del movimiento general contra el aumento de los precios surge una inesperada e incontrolada huelga general de la ciudad de São Paulo, que paraliza esta ciudad por una semana, con choques sucesivos con la policía. En consecuencia, se forma el primer pacto intersindical: El Pacto de Acción Común (PAC) de la provincia de São Paulo, que reúne al principio los sectores metalúrgicos, textil, vidrieros, mueblistas y construcción civil.

En 1954 el PAC dirige una huelga general de toda la provincia de São Paulo, de cuatro días, que es victoriosa y da origen al Pacto de Unidad Intersindical (el PUI), que se mantendrá en existencia desde 1955 a 1960.

En 1957, el PUI dirige una huelga general de la provincia de São Paulo con la participación de cerca de 500 000 obreros y con una duración de diecisiete días. La exitosa movilización de masas del PUI, lo transforma en un órgano de masas de sorprendente vigor.

El testimonio escrito que nos fue dado por el presidente, en aquellos años, del PUI, Salvador Lossaco, es muy expresivo:

Victoriosa la huelga, todos empezaron a participar del Pacto de Unidad. Estudiantes, elementos de la izquierda independiente de São Paulo, el Partido Comunista Brasileño, federaciones de mujeres, asociaciones de comunas y barrios, parlamentarios de izquierda. Todos exigían, también, el derecho al voto. El Pacto se dividió en dos cámaras, si se pueden llamar así. Una de carácter sindical y otra general. Todo el Brasil adhirió al Pacto, por carta, telegrama o personalmente. Diariamente se realizaban reuniones nocturnas desde las veinte horas hasta las dos o tres de la madrugada. El plenario sindical era constantemente interrumpido por delegaciones: por comunicaciones; por solicitudes de solidaridad; por necesidades angustiosas de dinero, de vehículos, etc. Cuando no eran las huelgas de bomberos, de los servicios públicos municipales y de la provincia de São Paulo las que urgían, tratábase de los problemas de los funcionarios públicos federales, provinciales y municipales: de aquellos de los jubilados, de los exiliados españoles, portugueses, paraguayos. La cuestión de la masacre de más de 100 trabajadores de Brasilia (candangos), ametrallados y asesinados en una planta de la Constructora Pacheco, mientras dormían, y un millón de asuntos más, como la candidatura al gobierno de la provincia de São Paulo, a la Regiduría Municipal de São Paulo, de San André, apremiaban al PUI. Así también la creación de sindicatos rurales, la invasión de tierras, el problema de los ocupantes de tierras agrícolas del interior de las provincias de São Paulo, Paraná y Goiás, el problema de los trabajadores portuarios no sindicalizados (bagrinhos). Nadie recurría a los gobiernos. Todo venía a desembocar en el Pacto, y éste se hipertrofiaba. Era un verdadero soviet con acción nacional, que también actuaba a la distancia y que obligaba al gobierno federal y de las provincias a negociar con nosotros.

Este testimonio explica también la disolución del Pacto.

A estas alturas, muchos habían ya percibido que el pacto era incómodo. El PCB, Janio, *Jango*, Juscelino, el Ministerio del Trabajo (a través de Gilberto Crockat de Sá), Samuel Wainer, etc., etc.

Pero el que se encarnizó contra el Pacto fue el Partido Comunista Brasileño, que, estando en su interior, tenía la mejor opción para realizar este trabajo.

Para el PCB, el Pacto era incómodo porque:

1. Era una organización de masas basada en los sindicatos, que funcionaba de abajo para arriba (no permitía aplicar el centralismo democrático) y cuyas asambleas dominicales en el cine Universo reunían 5, 8, 10 y hasta 12.000 obreros delegados de empresas, más numerosas delegaciones del interior y de otras provincias.

Esas asambleas eran prácticamente incontrolables por cualquier organización extraña y realizábanse semanalmente de nueve a doce horas. Sólo el respeto y autoridad de la mesa directiva, que contaba con la presencia de innumerables comunistas, eran capaces de conducir las usando, para esto, una conducta verdaderamente democrática.

2. No había manera de hacer aprobar las propuestas (consignas) elaboradas por la Unión General de Trabajadores (comunistas) sobre los asuntos sindicales específicos. El plenario las examinaba de verdad y las modificaba (siempre para mejor). En cuanto a las demás propuestas (de carácter político, como la campaña por la paz, movimiento pro amnistía de exiliados políticos, solidaridad para la liberación de militantes políticos y sindicales apresados en diversas partes del mundo), el Pacto las aprobaba todas.

Los obreros y cerca de la mitad de los dirigentes sindicales, algunos comunistas entre ellos, no querían aceptar la tutela partidaria en el terreno de las reivindicaciones y del mejoramiento de las condiciones de trabajo.

El PCB hizo varios intentos de aproximarse a los “pelegos” (dirigentes amarillos). En el primero de ellos, el presidente del Pacto y algunos dirigentes desviaron el asunto (septiembre de 1955) hacia la fundación del Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socioeconómicos. Más tarde intentó el contacto con los pelegos (1956-1959). En 1956, sus dirigentes vieron frustrados sus intentos cuando ya todo hacía suponer éxito. El Presidente del Pacto se acogió a la licencia por dos meses para asumir su mandato de diputado federal (el PCB lo

había ayudado en su campaña electoral). Cuando reasumió, el Pacto había sido sustituido por el Consejo Sindical de los Trabajadores (CST). Aquél contaba entonces con cerca de 200 sindicatos afiliados en la provincia de São Paulo y otras provincias. El CST componíase de 22 federaciones, de las cuales 19 estaban en manos de los pelegos.

El testimonio termina la descripción de este proceso con la subida de los pelegos, la marginalización de las tres federaciones, de los sindicatos libres y del propio PCB. Este busca, entonces, debilitar al CST y transfiere la dirección del movimiento a Río de Janeiro, al crearse el Comando General de Trabajadores, cuyas características burocráticas el testimonio critica.

Esta vasta digresión busca dar concreción a la descripción muy general que hacemos del proceso de radicalización de las luchas sindicales, cuyo carácter de masas ha sido olvidado por casi todos los analistas del período.²⁸

En 1960 se realiza el Tercer Congreso Sindical de Trabajadores con representación directa de casi todos los sindicatos del país. En este congreso se decide formar la Central Sindical de Trabajadores, cuyo primer paso es la organización de una comisión nacional que da origen al Comando General de Trabajadores (CGT).

En 1961, el movimiento sindical tiene un papel de gran importancia en la Campaña de la Legalidad que derrota el golpe de estado que pretendía impedir la posesión presidencial de João Goulart.

A fines de 1961, la huelga nacional por el decimotercer salario (bonificación de navidad equivalente a un sueldo mensual) es comandada desde Brasilia y tiene choques particularmente violentos con la policía.

En los años siguientes, el movimiento sindical crea una coordinación nacional cada vez más perfecta y realiza dos encuentros nacionales de líderes sindicales con representantes de todas las provincias. En estos años, el país se conmueve con una sucesión de huelgas nacionales de varios sectores sindicales (bancarios, aéreos, metalúrgicos, etc.), y pasa a vivir la experiencia de las huelgas políticas nacionales.

28. El testimonio debe ser tomado como una descripción aproximada de la realidad, ya que presenta la visión de solamente uno de sus dirigentes. Las opiniones políticas en él expresadas son de responsabilidad de su autor.

El 5 de junio de 1962, la huelga general por el gabinete San Thiago Dantas, considerado un gabinete nacionalista y democrático a pesar de los orígenes derechistas y las ligazones internacionales de su primer ministro, fue dirigida por Goulart, pero derrotada por la oposición del parlamento. El 14 de septiembre de 1962, otra huelga general por el plebiscito, que devolvería los poderes presidenciales a Goulart y más diez puntos de reivindicación obrera, fue bruscamente paralizada al conseguirse el primer objetivo. En esta oportunidad Goulart tuvo que usar toda su autoridad para obligar a los dirigentes sindicales a paralizar la huelga sin ninguna victoria específica de clase. La desconfianza generada por esta situación fue decisiva en la crisis del estado de sitio, cuando Goulart ya disponía de todos los poderes presidenciales.

Por primera vez, en 1963, Goulart tuvo en su contra, en un momento decisivo en que pedía el estado de sitio al Parlamento, una huelga obrera de los ferroviarios, de la Leopoldina (Ferrocarriles del Estado) y la oposición del CGT, del Frente Parlamentario Nacionalista, de la UNEB y de otros sectores de masas entonces reunidos en el Frente de Movilización Popular. En este momento el “janguismo” pierde progresivamente poder de cohesión y su esquema de fuerzas se muestra dividido bajo la presión de la situación general del país. La primera fase del proceso de radicalización llega a una situación extrema en tal período.

Otros sectores populares

Con menos detalle se puede también mostrar un proceso de radicalización creciente del movimiento campesino.

Desde el levantamiento de “posseiros” (campesinos que trabajan en tierras abandonadas), acaecido en Formosa en 1953, que garantizo su dominación sobre una vasta región del estado de Goiás, considerando la formación de la primera liga campesina en la central azucarera de Galileia, en Pernambuco, en 1955, y el levantamiento de “posseiros” en Santa Fe do Sul, en el estado de São Paulo en 1957, puede estimarse que el movimiento campesino era aún muy incipiente.

Entre los años 1960 y 1961, sin embargo, este movimiento gana gran fuerza en el Noreste, en Paraná, en Río Grande do Sul y en el estado de Río. En 1961, después de la victoria del movimiento por la legalidad, que

garantizó la posesión del cargo de presidente a João Goulart, se realizó el primer Congreso Campesino Nacional. Este Congreso contaba con la presencia de delegaciones campesinas de todo el país y se pronunció taxativamente por la reforma agraria inmediata.

Después del Congreso se intensificaron las tomas de tierras en todo el país y el movimiento campesino ganó las primeras páginas de los diarios casi todos los días. Las Ligas Campesinas empezaron a coordinarse nacionalmente e intentaron formar un movimiento político, el Movimiento Radical Tiradentes, inspirado en el Movimiento 26 de Julio que dirigió la insurrección cubana.

En 1963, el entonces ministro del Trabajo, Almino Affonso, regula la ley de sindicalización rural y ello permite la creación de varios sindicatos rurales. De 60 sindicatos existentes, se pasa, en seis meses, a 120 sindicatos. En el año 1964, a través de las comisiones de sindicalización rural creadas por la Superintendencia de la Reforma Agraria (SUPRA) y el Ministerio del Trabajo, se habían constituido cerca de 1.300 sindicatos rurales.

En el movimiento estudiantil se puede observar una situación semejante.

En 1955, la izquierda gana las elecciones nacionales de la UNEB. En 1955 se realiza un movimiento violento en Guanabara contra el aumento de las tarifas de la locomoción. En 1958, en ocasión de otro movimiento semejante, el presidente de la UNEB es apaleado y se realiza la primera huelga nacional estudiantil bajo el liderazgo de la izquierda. Desde esta fecha, el movimiento estudiantil entra en un proceso de radicalización creciente. Pueden recordarse movimientos callejeros y huelgas que llegaron al ápice en 1963, con la huelga por la participación de los estudiantes en la dirección de las universidades en proporción de un tercio.

Sería muy largo describir aquí este proceso de radicalización cuyas características fundamentales ideológicas fueron la lucha por una universidad popular y por la participación de los estudiantes en la dirección de la universidad (campana por la reforma universitaria), la lucha por la alianza estudiantil-obrera-campesina, la formación del movimiento de cultura popular y la campana para la alfabetización de adultos, las luchas por posiciones políticas nacionalistas y, en los últimos años, los

combates abiertamente declarados por el socialismo en Brasil. Por otra parte, otros tipos de movimientos populares ganaban gran vigor, movimientos de *favelados* (habitantes de villas de emergencia) que luchaban por la reforma urbana, grandes choques en las calles por las más diversas campañas políticas, movimientos de barrio, pillajes en varias ciudades, movimientos de mujeres, de intelectuales, etc., formaban un ambiente de agitación social creciente.

El resultado de esta agitación general fue la creación de un órgano coordinador de todo el movimiento popular. Este fue el Frente de Movilización Popular, organizado por ciudades y provincias y con una directiva nacional donde tenían representación los organismos de la CGT, de la UNEB, de la Unión Brasileña de Estudiantes Secundarios, del Congreso Nacional de las Ligas Campesinas, de la Unión de Labradores y Trabajadores Agrícolas, del Frente Parlamentario Nacionalista, del Comando Nacional de los Sargentos, de los Oficiales Nacionalistas y de las diversas organizaciones de izquierda. La figura más prominente de este frente era Leonel Brizola, que disponía de una emisora de radio muy escuchada por ser vocero del frente.

Innegablemente, la expresión más alta de esta radicalización fue el movimiento militar. Los primeros grupos nacionalistas de las fuerzas armadas se componían de oficiales. En el contragolpe, dirigido por el entonces general Henrique Teixeira Lott para garantizar la posesión de Kubitschek el 11 de agosto de 1955, tuvo su hora el movimiento de los sargentos. Estos constituyeron entonces sus primeros grupos y asociaciones. En la crisis de la renuncia de Janio Quadros, en 1961, los sargentos surgieron como fuerza organizada, exigiendo a los oficiales garantizar la posesión de Goulart. Enseguida se ubicaron violentamente contra el dispositivo constitucional que impedía la candidatura de sargentos y militares no graduados.

Se presentaron a las elecciones en 1962. El sargento García fue elegido, en forma abrumadora, diputado federal por Guanabara, y el sargento Aymoré, diputado por la provincia de Río Grande do Sul. El movimiento se agiganta, así, en torno a la posesión de los candidatos elegidos y al mismo tiempo empieza a pronunciarse sobre los problemas del país.

En 1963, el sargento Prestes dirige un levantamiento en Brasilia, que dura cerca de doce horas. Los fusileros navales de Guanabara y otros cuerpos militares se pronuncian directamente sobre la vida política del país. En 1963 y 1964, el movimiento se extiende a los sectores más bajos de la jerarquía y empiezan a formarse asociaciones de cabos y soldados, especialmente marineros. En torno a la organización de la asociación de los marineros de Guanabara, cuya sesión inaugural tuvo lugar en el sindicato de los metalúrgicos, se inicia la crisis política que da origen al golpe de abril de 1964.

Elecciones y crisis políticas

La simple enumeración de las crisis institucionales en el país desde 1953 confirma la tesis de una radicalización creciente.

En agosto de 1954, suicidio de Vargas. El 11 de noviembre de 1955, golpe de estado de Henrique Teixeira Lott. En 1958, grave crisis política con la denuncia de las negociaciones del gobierno Kubitschek con el Fondo Monetario Internacional. Agosto de 1961, dimisión de Janio Quadros y movimiento por la posesión del mandato de Goulart. En 1962-1963, crisis de los gabinetes San Thiago Dantas y Brochado da Rocha. En 1963, realización del plebiscito que devuelve los poderes presidenciales de Goulart. En el mismo año, levantamiento de sargentos de Brasilia, crisis a raíz del pedido de estado de sitio por el presidente Goulart. En 1964 se producen choques entre izquierdistas y derechistas en las calles de Belo Horizonte y São Paulo; se organiza la Marcha de la Familia con Dios y por la Libertad; el presidente convoca a un gran *meeting* el 13 de marzo de 1964 en Guanabara, bajo la protección de las fuerzas armadas, y anuncia nuevas manifestaciones en otras provincias. A fines de marzo surge la crisis de los marineros y, enseguida, el golpe comienza el 31 de marzo y se concreta en abril de 1964.

La creación de un gobierno fuerte no eliminó las crisis políticas que se sucedieron, en los años siguientes, con frecuencia todavía mayor.

Paralelamente, hubo en los años 1953 al 64 un proceso evidente de radicalización electoral, que se manifestó no sólo en el aumento de los

votos de los partidos más a la izquierda,²⁹ sino también por la radicalización de las campañas electorales y la polarización entre tendencias de izquierda y derecha, cada vez más marcadas.

4. Sentido del proceso

Si dispusiéramos de elementos cuantitativos más rigurosos, que nos permitieran organizar un índice de radicalización política (número de huelgas, de huelguistas, de tomas de tierra, de movimientos en la calle, de choques políticos, de votos, etc.), podríamos ciertamente mostrar con gran claridad un proceso de radicalización creciente, que llega a la cima en los años de 1961 a 1964, particularmente los meses que anteceden al golpe de abril de 1964.

La presentación de los datos anteriores es, sin embargo, suficiente para indicar la falsedad de ciertas ideas que se convirtieron en lugar común y que no disponen de evidencia empírica. Podemos poner en relieve algunas de ellas:

1. La radicalización política de los últimos años del gobierno de Goulart fue provocada de arriba hacia abajo para servir a sus intereses políticos. Tratase de una media verdad. Los hechos presentados nos muestran que este proceso tenía origen muy remoto. Sin embargo, se puede notar un proceso de vinculación estrecha de un movimiento, antes espontáneo, al Estado y al gobierno. La radicalización sindical deriva en la creación del CGT bajo la égida del Ministerio del Trabajo. La radicalización campesina se incorpora al Estado por el decreto de sindicalización rural y la creación de la SUPRA. La radicalización estudiantil se une al estado, en la organización del movimiento de alfabetización y de cultura popular, mediante el Ministerio de Educación, etc. Sin embargo, este proceso de burocratización del movimiento tenía profundas tensiones internas que se han expresado en la crisis del estado de sitio, en que se rompe la unidad entre el gobierno y el movimiento popular, y en otras ocasiones, que no nos interesa estudiar en esta oportunidad.

29. Véase el trabajo de Gláucio Ary Dillon Soares (1961). Los estudios sobre la radicalización electoral fueron iniciados en el país por Orlando de Carvalho (*Sociología eleitoral no Brasil*).

2. El movimiento de radicalización del país vino del campo a la ciudad. Contrariamente, se ha visto que el movimiento de radicalización ha partido de la ciudad hacia el campo. Más específicamente, del movimiento obrero hacia el movimiento estudiantil y otros sectores, para después incorporar al movimiento campesino. Así, éste fue el último en incorporarse a la radicalización general; pero cabe notar la gran importancia de su definición cada vez más directamente clara acerca del poder.
3. Así se destruye, al mismo tiempo, la idea tan difundida de una clase obrera acomodada. Por el contrario, se ha visto el papel de liderazgo incontestable del movimiento obrero sobre los otros sectores sociales, no solamente como iniciador de la lucha política y económica, sino también como dirigente real del conjunto del movimiento, a pesar de estar dominado por una dirección amarilla en un primer momento, por una anarquista enseguida y por directivas comunistas y reformistas pro gobierno en una tercera etapa. La presentación de estos datos ha permitido mostrar que la radicalización política inherente al proceso económico-social descrito en los análisis anteriores ha sido una realidad efectiva y viva que no puede explicarse por factores aleatorios. Pero, ¿qué cambios en esta situación han provocado el golpe de abril de 1964?

5. Cambio de calidad de la radicalización a partir del golpe de 1964

El 1 de abril de 1964 ha representado la detención temporal de ese proceso de radicalización. La victoria fulminante del golpe ha desarticulado al movimiento popular. Los sindicatos fueron intervenidos; las entidades intervenidas en parte y sometidas en general a una ley de organización del movimiento estudiantil, que intenta transformarlo en órgano administrativo, colaborador de las congregaciones y de los directores de facultad. Las organizaciones campesinas, todavía débiles en 1964, fueron simplemente destruidas. Las asociaciones de oficiales nacionalistas, sargentos y cabos fueron cerradas. Los dirigentes políticos nacionalistas y de izquierda perdieron sus derechos políticos y, en gran parte, están

en el exilio. Este golpe militar se explica por el proceso de superación de las formas tradicionales de dominación política provocado por el desarrollo del gran capital.

La crisis del “coronelismo” y del populismo, aliada a la crisis cíclica del sector capitalista de la economía y la radicalización política general del país, no dejó a la clase dominante otra alternativa que un gobierno de fuerza. Pero al instituir ese gobierno de fuerza, en vez de resolver la situación ha profundizado la crisis. ¿Por qué razones?

1. El golpe fue el resultado de la unificación de toda la clase dominante contra el movimiento popular. Esta unificación impuso un acuerdo tácito por la conservación de la situación existente. De allí que se retarden los choques internos de la clase dominante y se vean aplazados hasta un futuro próximo. Sin embargo, todos los sectores de la clase dominante han asumido la responsabilidad de la estagnación del país en este período, resultante de la imposibilidad de continuar el desarrollo del país sin cambiar profundamente las bases de la economía y de la sociedad.
2. El golpe ha deshecho los medios tradicionales de dominio de la clase dominante sobre el movimiento popular. Ha permitido así, que en este período de transición el movimiento popular se reorganice de abajo hacia arriba y se independice como fuerza política. De ahí que, superadas las condiciones que permiten el régimen de fuerza, el movimiento popular deberá resurgir como fuerza independiente y con objetivos políticos claramente propios.
3. Al someter al movimiento popular a una represión generalizada, ha generado un proceso de organización clandestina y de autodefensa, que se ha manifestado en los movimientos estudiantiles de junio-julio de 1966. Por otra parte, ha provocado manifestaciones insurreccionales todavía aisladas, como el movimiento de campesinos en el Noreste, dirigido por Chapéu de Coro (Sombrero de Coro); el levantamiento del general Jefferson Cardin; las manifestaciones de terrorismo político (atentado al Estado de São Paulo, diario de derecha; atentado en el aeropuerto de Recife en ocasión de la llegada del entonces candidato Costa e Silva; atentados en el Ministerio de Guerra y otras reparticiones militares).

Noticias no confirmadas hablaron de la existencia de guerrillas en el sur del país y, en abril de 1967, son arrestados catorce guerrilleros en la Sierra de Caparaó, en Minas Gerais.

La conclusión posible es que el país tiende a un proceso de radicalización política todavía más fuerte que aquel vivido en el período anterior. Y como es lógico, a enfrentamientos más radicales deberán seguir alternativas políticas más radicales. De hecho, en 1968 el país se vio sumergido en la mayor movilización de masas de su historia, que tuvo su expresión culminante en el desfile de los 100.000 realizado en Guanabara, bajo el liderazgo de la Unión Metropolitana de Estudiantes de Guanabara, en protesta por la muerte de un estudiante, Edson Luis, por la dictadura.

Por otro lado, la guerrilla urbana explotó en la realidad política brasileña con acciones de varios tipos (asaltos a bancos, ataques a cuarteles, acciones de propaganda armada, etc.), transformando las organizaciones armadas en el centro de la oposición a la dictadura, hasta 1971.

Desde el punto de vista programático, esas organizaciones promovieron un amplio debate en torno al carácter de la revolución brasileña, que excluye definitivamente la revolución democrática y nacionalista que orientó al movimiento popular dirigido por el PCB hasta 1964. La discusión pasó a ser entre el carácter socialista y de liberación nacional o popular hacia el socialismo.

La radicalización se expresó, pues, de tres formas: en lo que respecta a la movilización de masas, desde el punto de vista militar e ideológico.

Al mismo tiempo, crecieron las fuerzas de la derecha, logrando identificarse con el aparato de la represión, amparadas en el golpe de noviembre de 1968, que tenía como objetivo paralizar el avance de las fuerzas populares. La ofensiva derechista, a partir de entonces, fue de una barbarie digna de los aparatos nazifascistas y logró paralizar y hacer retroceder al movimiento popular en los tres aspectos.

La base económica de esta ofensiva era la retornada del crecimiento económico, que, después de estimular el movimiento reformista en 1968, pasó a ser canalizado por el gobierno con concesiones sobre todo a las clases media alta y a la pequeña burguesía, que habían estado en la vanguardia del movimiento de protesta de 1968.

6. Conclusiones

Si la hipótesis que dirige este trabajo es verdadera, ese proceso de radicalización es producto del proceso de concentración económica del nuevo sector de la economía: el sector industrial integrado en el capital monopolístico internacional. Así, sus causas son más profundas que sus apariencias políticas. Si estudiáramos detenidamente este fenómeno en América Latina, tal vez pudiéramos detectar, en grado más o menos intenso, este proceso general. La observación empírica, todavía insuficiente, nos conduce a una confirmación de esta hipótesis general. En todas partes observamos un proceso de crisis constante y manifestaciones de radicalización de los procesos de lucha política.

El golpe militar de la Argentina de 1966 ha hecho repetir muchos de los procesos descritos en este capítulo. El intento de explicar esta situación por causas puramente políticas se ha demostrado insuficiente.

Por otra parte, el intento de explicar este proceso de radicalización como producto de las sobrevivencias oligárquicas tradicionales se ha mostrado también muy insuficiente.

Los datos revelan que América Latina ha vivido un proceso de acelerada industrialización y crecimiento económico en los últimos treinta años. Las causas de la crisis del continente tienen, pues, que ser buscadas por lo menos en los países más industrializados, en las contradicciones en que se realiza el proceso de industrialización. Es este proceso el que explica la crisis, incluso la de los sectores más atrasados.

7. Nota de 1977 sobre la radicalización política

Como lo hemos destacado en el capítulo III de la Primera Parte, el proceso de radicalización política del subcontinente se ha transformado en un hecho histórico que apenas se divisaba en 1966.

Muchos elementos de esta radicalización que ocurrieron en Brasil en 1961-1964 se repitieron de manera aún más profunda en el proceso chileno de 1968 a 1973, en la radicalización boliviana de 1968-1971, en la Argentina de 1969-1973. Bastaría recordar aquí la formación de la Asamblea Popular en Bolivia que se constituyó en un órgano de representación de los

obreros bolivianos (particularmente de los mineros) con participación estudiantil y de sectores campesinos. O la formación de los cordones obreros, los consejos campesinos y los comandos populares en Chile. O entonces el fenómeno del Cordobazo en Argentina y las huelgas obreras del último período peronista con Isabelita en el gobierno. No se debe olvidar la experiencia de masas del Frente Amplio en Uruguay o del UNO en Salvador, y se debe poner especial atención en las últimas huelgas de masa y el surgimiento de poderosas organizaciones obreras y campesinas en Perú, Ecuador, Colombia, Honduras, etc.

No se puede ignorar también el apareamiento de fuertes corrientes militares progresistas en casi todos los países latinoamericanos así como la radicalización de sectores cristianos que ha alcanzado hasta la jerarquía de la Iglesia Católica y de otras religiones. Estos no son fenómenos aislados que se pueden explicar por tendencias individuales, psicológicas y por el simple desarrollo de las ideas. Ellos tienen profundas raíces socioeconómicas que buscamos explicar en estas páginas.

No se debe también ignorar la contraofensiva del gran capital local e internacional. Vimos que las soluciones derechistas se expanden por América Latina y vemos hoy día cómo se está buscando crear una alternativa socialdemócrata que canalice la creciente rebelión a estas alternativas derechistas. La ofensiva de James Carter por los derechos humanos se suma a la reunión de partidos socialdemócratas en Caracas y a la reunión internacional de la Democracia Cristiana en Roma para buscar un modelo neocapitalista que permita la participación del movimiento obrero en una nueva etapa de acumulación capitalista en que la nueva división internacional del trabajo que se bosqueja hoy día permita entregar nuevas bases de desarrollo capitalista a los países capitalistas dependientes y frenar el avance de una alternativa socialista a la dependencia económica y al subdesarrollo. Los límites de esa alternativa neoliberal están apuntados ya en este libro al señalarse los límites en general del desarrollo capitalista dependiente.

Los hechos han demostrado en general que los intentos de producir regímenes burgueses democráticos y progresistas se estrellan en contra de las raquílicas bases del capitalismo dependiente y provocan una creciente movilización de los sectores populares que tienden a constituir

sus órganos propios de poder, primeramente con el objetivo de presionar los liderazgos reformistas y posteriormente asumiendo la forma de un poder alternativo que sólo puede lograr su resultado lógico con la transformación radical del Estado y de la economía. No se puede descartar por tanto el reaparecimiento de los Goulart, los Torres, los Velasco Alvarado, los Bosch, los Perón, etc. en nuestro subcontinente, pero se debe esperar que ellos sean consumidos por las mismas contradicciones internas que llevaron a la ruina sus gobiernos, por mejores que hayan sido las intenciones de algunos de ellos.

III. Notas para una revisión crítica

1. *Un modelo fracasado*

El estudio que hemos hecho hasta el momento nos ha revelado la debilidad de la visión predominante sobre los cambios sociales que están ocurriendo en nuestros países.

A pesar de habernos centrado en el caso brasileño, pudimos demostrar que era plenamente posible tomarlo como modelo, en muchos sentidos más avanzado, de un proceso que estaría realizándose en toda América Latina.

Si es verdadero ese supuesto, podemos esbozar rápidamente, y de forma exploratoria, las consecuencias de esta revisión en el modelo de desarrollo latinoamericano y eventualmente en las categorías de análisis científico utilizadas para la elaboración de este modelo.

El primer equívoco de este modelo de desarrollo estaría en su idealización del proceso de industrialización y modernización.

Al aislar este proceso de las condiciones históricas en que se realiza, la ciencia social dominante en Latinoamérica lo ha pensado como una repetición de algunas características que ha tenido en Europa y Estados Unidos.³⁰

30. Es necesario destacar que estas características no tienen el carácter explicativo y dominante que en general se ha pretendido darles.

Se había idealizado el proceso de industrialización como: a) generador de una economía y de una sociedad nacionales, como resultado del proceso de diferenciación social que produciría nuevas estructuras de comportamiento social; b) creador de un centro de decisión política y económica nacional, como resultado del establecimiento de una economía dirigida al mercado interno e independiente de la economía de los países desarrollados; y c) creador de un proceso de democratización política caracterizado fundamentalmente por:

- › la destrucción del poder político de las oligarquías tradicionales y de la forma de dominación de élite establecida por ellas;
- › la incorporación de los sectores populares a la vida nacional y una democratización de la vida política; -una democratización del consumo, al crearse una sociedad de masas.

La realidad es, sin embargo, distinta:

- a) La creación de una sociedad moderna no ha eliminado la formación de un vasto sector social urbano, no completamente integrado en esta sociedad, que compone los llamados “marginales”. Así también, la crisis de la economía rural no ha sido suficiente para disminuir significativamente la población rural. El resultado ha sido la creación, al lado de un sector “moderno”, de un sector semejante al tradicional, generado, sin embargo, por el proceso de industrialización.
- b) La decisión política y social, a pesar de la generación de una estructura productiva para el mercado interno, no ha sido transferida al interior de estos países. Al contrario, crece su dependencia económica, social y militar de un centro único, que no es otro que los Estados Unidos.
- c) En vez de un proceso de democratización y participación popular, se asiste a un proceso de centralización administrativa y de organización de poderes fuertes no representativos, y ello junto a una radicalización del movimiento popular para posiciones tácticas y estratégicas socialistas.

¿A, qué causas atribuir esos errores de visión? Dos aspectos deben ser estudiados. En primer lugar, los elementos de la realidad que negaron

este modelo de desarrollo. Luego, los errores metodológicos y teóricos que han llevado a este modelo equivocado.

2. Causas de los equívocos

La esencia del desarrollo económico latinoamericano de los últimos años ha sido el desarrollo de una industrialización de los cuadros de una economía internacional monopólica. ¿Qué significa esto?

1. Que la industrialización se ha realizado yuxtapuesta a la vieja división internacional del trabajo entre productores de manufacturas y exportadores de materias primas y productos agrícolas. El proceso de sustitución de importaciones fue el proceso de la dependencia de la industrialización al esquema colonial-exportador. Esto equivale a decir que el proceso de la “modernización” social y económica hubo de conciliarse con la sobrevivencia de la vieja sociedad. Y aún más, el poder político también debió ser compartido con las viejas oligarquías, que interpenetraron los sectores de la clase dominante.
2. La industrialización se realiza, así, dentro del proceso de interacción internacional realizado por el gran capital. Es decir, que las expectativas de que resultara una liberación económica nacional fueron sustituidas por la realidad de una dependencia todavía más estrecha de la economía de los países subdesarrollados a la economía central integradora. Esta dependencia se hace cada vez más absurda cuanto más la economía nacional es integrada tecnológicamente y se crean la industria pesada y una tecnología nacionales. Sin embargo, la complementación de la economía nacional por la industria pesada es un proceso que representa un cambio de calidad y exige profundas transformaciones económicas y sociales, que difícilmente pueden darse en el cuadro de los actuales esquemas de fuerzas nacionales e internacionales.
3. La industrialización se hace también en las condiciones de una economía internacional tecnológicamente muy avanzada. Esto provoca dos efectos: por una parte, la dependencia tecnológica que profundiza la dependencia económica. La tecnología se caracteriza hoy por su alta

necesidad de inversiones en actividad científica y de investigación que sólo las grandes empresas o el Estado pueden realizar. Las empresas de los países subdesarrollados simplemente reproducen la tecnología creada en los centros económicos mundiales.

4. Por otra parte, la tecnología moderna se caracteriza por la disminución de la relación hombre-producto. Es decir que para producir una misma cantidad se exige cada vez menos hombres y más grandes inversiones en máquinas y en materias primas. Los efectos de esta situación sobre la economía de los países subdesarrollados son que la inversión exige una gigantesca concentración de capital que sólo podrá ser realizada por la gran empresa internacional o por el Estado nacional. En esta opción desaparece la posibilidad de constitución de una economía nacional capitalista independiente.
5. Al exigir una pequeña cantidad de mano de obra, la tecnología moderna con que se lleva a cabo la industrialización en los países subdesarrollados se muestra incapaz de absorber la mano de obra liberada del sector agrario en crisis y la mano de obra generada por el crecimiento de la población. Así, el desarrollo industrial y la penetración del capitalismo y de la tecnología moderna en el campo sólo aumentan el sector de la población sin trabajo productivo, ampliando la población subempleada, que constituye el llamado sector marginal.
6. Al realizarse el desarrollo dentro del cuadro de una economía altamente monopólica, disminuyen los estímulos, dentro de esta forma económica, a la expansión del mercado interno y, en consecuencia, los incentivos para una política agresiva de reforma agraria y reformas sociales y económicas ligadas a la destrucción de la economía colonial-exportadora y agraria. El esfuerzo fundamental se concentra en la intensificación de la explotación del mercado existente, sea nacional, sea intercontinental. Así, el Mercado Común Latinoamericano, antes entendido como forma de fortalecimiento de las economías latinoamericanas pasa a ser objetivo de las empresas monopólicas internacionales integradas a las economías latinoamericanas y que pretenden distribuirse el mercado continental por intermedio de acuerdos comerciales. Común Latinoamericano, antes entendido como forma de fortalecimiento de las economías latinoamericanas pasa a ser objetivo de las

empresas monopólicas internacionales integradas a las economías latinoamericanas y que pretenden distribuirse el mercado continental por intermedio de acuerdos comerciales.

7. La idea de una participación popular en el poder, amenazada por la tasa de ganancia obtenida por estas grandes empresas, la participación del capital extranjero, el régimen de propiedad privada, todo ello conduce a políticas económicas antipopulares, las que, a su vez, precisan de gobiernos fuertes. Por otra parte, la imposibilidad de ofrecer una solución rápida a la crisis agraria, a las poblaciones liberadas de los sectores atrasados y al crecimiento de la población, crea un vasto movimiento popular cada vez más radical. Esta situación lleva a la intensificación de la represión y a un rompimiento de las posibilidades de un equilibrio social que permitiera formas políticas de tipo democrático.
8. La creación de una estructura económica profundamente denominada por el capital, fundamentalmente extranjero, se proyecta sobre la estructura del poder y somete al Estado al dominio de este gran capital, destruyendo uno de los principales centros de resistencia que el capital nacional tuvo en los años 40 y principios del 50. El dominio de la publicidad y de los medios de comunicación, de la educación y de amplios sectores de la intelectualidad dan al gran capital internacional y al gobierno de sus países una fuerza cada vez mayor de dominio político de las sociedades latinoamericanas. Pero genera, simultáneamente, un proceso de radicalización de la intelectualidad y de revisión de muchas de sus aspiraciones inmediatas.

Todos estos factores han destruido la utopía de las economías capitalistas nacionales e independientes en el cuadro de una economía capitalista internacional integrada y basada en la dependencia.

3. Cuestiones de método

¿Qué errores de método han permitido esta programación equivocada del futuro de nuestras sociedades, es decir, del verdadero sentido de las tendencias que se realizan en ellas?

Una investigación de este tipo exigiría otro trabajo.³¹ Lo que vamos a apuntar aquí son solamente algunas ideas generales, que serán objeto de un desarrollo futuro.

En primer lugar, se ha de poner en discusión la posibilidad de establecer un esquema de desarrollo ideal aislado de las condiciones históricas específicas en que se realiza. Es decir, la forma concreta de analizar el proceso de desarrollo no es por medio de modelos de funcionamiento de sectores económicos y de las repercusiones sociales de este funcionamiento. Al contrario, hay que arbitrar categorías de análisis capaces de describir el proceso de desarrollo como movimiento histórico concreto, en condiciones dadas.

En nuestro caso, tratábase de estudiar el desarrollo de nuestros países dentro del cuadro de una economía internacional determinada, con sus leyes específicas, es decir, con su tendencia histórica al dominio e integración del mercado mundial. Además, la tecnología y el desarrollo de las fuerzas productivas habían de estar integradas al esquema de análisis directamente y no como elemento externo y complementario.

Pero lo más importante es que hay que estudiar las tendencias que cada momento histórico revela en su carácter dialéctico, es decir, en sus contradicciones internas. El proceso social se realiza en un amplio proceso de contradicciones que un análisis empírico no puede revelar directamente. De ahí la necesidad de utilizar la abstracción para superar las apariencias inmediatas de la realidad. Al hacer esta superación, integrando las tendencias descubiertas empíricamente en el proceso total de la realidad, se descubren las contradicciones internas de estas tendencias y el carácter dialéctico de su movimiento. Nada más peligroso que una ciencia social empirista. Ella sólo hace cristalizar momentos de la realidad, aislando estos momentos de la totalidad en que se encadena. La eficacia inmediata que muchas veces este método revela no hace más que mostrar su carácter irracional. Es decir, manifiesta su tendencia de someter a los hombres a las fuerzas ciegas del momento histórico

31. Muchas de esas ideas fueron desarrolladas posteriormente en otros trabajos del autor y se encuentran reunidas en su libro (1977).

y consecuentemente a un determinismo muchas veces no expresado, que niega al hombre las grandes visiones históricas donde su libertad se realiza.

El aparente carácter científico de estas generalizaciones empíricas se ve violentamente desenmascarado por la práctica histórica. El pragmatismo de esta posición teórica no hace sino revelar el carácter bárbaro de una ciencia que no se inscribe en el cuadro de la libertad humana.

QUINTA PARTE

LA CRISIS POLÍTICA

I. Visión de conjunto

Los acontecimientos de abril de 1964 marcan una línea divisoria en el proceso político brasileño. En esa oportunidad, los sectores patéticamente más avanzados de la clase dominante se sometieron definitivamente a una unión con los sectores más atrasados y reaccionarios. La alta concentración monopólica del desarrollo industrial creó un agrupamiento de la alta burguesía que reúne a la burguesía industrial, financiera y comercial con el latifundio y el imperialismo. El golpe de abril fue el resultado político de este desarrollo de las relaciones económicas del país. Ya en 1954, después del suicidio de Vargas, podemos advertir los primeros pasos en dirección a este camino. La crisis de agosto de 1954, provocada por el suicidio de Vargas, señaló la iniciación de la capitulación de la burguesía industrial, que hasta entonces promovía en el país, bajo el mando de Vargas, una política nacionalista en la Petrobrás, en la Fábrica Nacional de Motores, en el proyecto de la Electrobrás, en un riguroso control de las divisas para la importación de bienes de producción, en la lucha contrax^oa las remesas de lucros (violentamente condenadas en la carta-testamento de Vargas). Dicha carta fue la expresión más revolucionaria de esta política que apelaba especialmente al movimiento popular (“los humildes”, en la terminología paternalista del caudillo) como sostén y apoyo.

Las violentas manifestaciones nacionalistas que siguieran al suicidio de Vargas indicaron a la burguesía brasileña con quién podrían contar para realizar tal política: con una masa radicalizada y activa

cuyo control no parecía fácil. Desde entonces la preocupación fundamental de la burguesía dejó de ser sus aspiraciones nacionalistas y pasó a ser el dominio de estos aliados. Constató que, según sus intereses, el movimiento nacionalista debería apoyarse en una articulación de las cúpulas sociales y no en estas “peligrosas” movilizaciones populares. Paulatinamente, el concepto de nacionalismo se fue sustituyendo por el de desarrollo. El nacionalismo, decían, es un instrumento para realizar el desarrollo económico, el cual resolvería todos los problemas del país, incluso el de la dominación imperialista, pues permitiría desplazar los centros de decisión hacia el interior de la economía nacional. Cuando el nacionalismo se mostrara “sectario” e impidiese el desarrollo, debería ser puesto de lado: La cuestión fundamental que se puso de relieve por este sutil cambio de posición teórica era la del capital extranjero. El nacionalismo sectario es aquel que no reconoce los aspectos positivos de este capital, mientras que el nacionalismo desarrollista trata de atraerlo hacia todos los sectores donde puede ser útil. El nacionalismo “sectario” es también aquel que concede privilegios a la acción estatal frente a la iniciativa privada. Este cambio de posición se expresó muy claramente en el Instituto Superior de Estudios Brasileños a raíz de la renuncia de su principal fundador, Helio Jaguaribe, que pasó a condenar el “sectarismo” del ISEB.³²

El Programa de Metas de Kubitschek fue la expresión práctica de este cambio ideológico, al realizar un desarrollo apoyado en el capital extranjero y en la supervivencia del latifundio. En la medida en que este tipo de desarrollo acusaba las contradicciones entre los sectores económicos y sociales más adelantados del país y las supervivencias latifundistas y de dominación imperialista, la bandera del nacionalismo cayó totalmente en las manos de los aliados populares de la víspera, que pasaban a amenazar el esquema de conciliación de clases. Esta situación, sumada a la crisis económica que se esbozaba en el seno de una inflación creciente, ampliada en gran parte por este esquema de conciliación, llevó a la burguesía a renunciar paulatinamente al desarrollo mismo.

32. Es sugestivo el nombre del libro que dio origen a la polémica: *Nacionalismo y desarrollo nacional* (1958).

La experiencia del gobierno de Quadros fue muy significativa. A través de la figura mesiánica de Quadros, la gran burguesía creía haber resuelto el problema principal: confiaba en la capacidad de él para contener a las masas. A partir de allí podría iniciar una tentativa de mejorar su posición dentro del consorcio de clases que domina el país. Agitando los seis millones de votos que obtuvo, Quadros inició una ofensiva hacia las reformas básicas y la política externa independiente. El objetivo de esta política era bastante tímido, a pesar de su apariencia ostentosa; se trataba simplemente de un mejoramiento general de la situación de la burguesía frente al latifundio y al imperialismo. Pero el centro de esa política era el control mesiánico sobre el movimiento de masas, sin el cual el camino reformista era un riesgo muy grande para la burguesía. Mientras hablaba de reformas y se mostraba “preocupado” por la invasión de Cuba, Janio Quadros lanzaba las tropas contra una inocente huelga estudiantil en Recife, tratando de advertir al movimiento de masas hasta qué extremos estaba dispuesto a llegar. Pero la Instrucción 204 y las primeras señales de la política de estabilización ya amenazaban la popularidad del mesías y ponían en peligro su hipnosis sobre las masas, que, como toda manipulación psicológica, no resistió el choque con la práctica histórica. La tentativa de reconquistar la simpatía popular a través de la radicalización de la política externa encontró una gran barrera en la derecha. El “golpe” de la renuncia buscaba la toma del poder en términos absolutos, pero las masas y la derecha, puestas radicalmente en choque, optaron por otros caminos: las primeras apoyaron la toma de posesión de João Goulart, la segunda tentó el camino de la dictadura militar. Para evitar la guerra civil, los dirigentes de las fracciones en lucha aceptaron el compromiso parlamentarista que reducía los poderes de Goulart.

Acosado por las masas y la derecha, el compromiso parlamentarista trató de recuperar el equilibrio perdido. Era la oportunidad, para João Goulart, de aprovechar el descontento popular, recuperar los poderes perdidos y caminar hacia un golpe bonapartista.

El diálogo impuesto a la gran burguesía por el movimiento popular la hacía retroceder cada vez más, temerosa de los inconformismos, de las iniciativas independientes y del apoyo que las masas encontraban en las

bases de las fuerzas armadas. Para mantener su prestigio junto a la burguesía, Goulart trataba cada vez más de contener el movimiento popular que se le escapaba de las manos. ¿Pero qué valor tenía Goulart sin el control del movimiento de masas, si la burguesía sólo lo aceptaba por esta cualidad de heredero de Getulio Vargas, a través de su carta-testamento?

En esa situación, la ideología burguesa caminó hacia el abandono del propio objetivo del desarrollo a cambio de la garantía de su dominación de clase, que estaba amenazada por sus aliados populares. Helio Jaguaribe dará este paso teórico en su libro *Desarrollo económico y desarrollo político*, al defender la necesidad de un poder autoritario para realizar el desarrollo. En este libro, el énfasis se aplica sobre todo al poder autoritario que, por sus características desarrollistas, lo denominó neobismarckismo. Poco a poco, la burguesía fue abandonando sus perspectivas desarrollistas y sustituyéndolas por la necesidad de una política de estabilización, cada vez más urgente ante el fracaso del gobierno de Goulart. Impedida de ofrecer una salida propia para la crisis, la burguesía caminaba a grandes pasos hacia la derecha. Frente al movimiento de masas en crecimiento, pasaba abiertamente a la conspiración. Temblaba de miedo, al lado de los latifundistas, pero era fuerte políticamente porque tenía a su favor la inmovilidad del adversario. Y esta inmovilidad surgió del hecho de que las masas, única fuerza capaz de detener el golpe, eran contenidas por sus aliados burgueses en el poder.

Por esto el primero de abril de 1964 fue tan grotesco, tan ridículo y tan decepcionante para todos sus protagonistas. Pero el paso estaba dado, irreversiblemente, en el sentido de una estrecha alianza de la clase dominante. La política de fuerza, para ser eficaz, tiene que aplicarse sobre su propio apoyo social: la clase en el poder debe confiar en que sus dirigentes practican una política de fuerza, justa y ecuánime, sobre sí misma y sobre sus propios aliados. Es esta especie de espíritu masoquista, esta necesidad de autocastigo para asegurar el equilibrio de clase, lo que explica, por ejemplo, el amor que la burguesía tiene en estos momentos críticos por los líderes que la tratan a patadas, como Janio Quadros.

En el primer momento, el golpe de abril parecía haber conseguido esta autoridad externa e interna anhelada por la clase dominante. Pero la alienación de su poder al arbitrio de un grupo de oficiales no fue el

paso certero. Las condiciones no habían aún madurado para que este poder tuviese la unidad ideológica y política suficiente para asegurar la tranquilidad tan deseada. Serán necesarios nuevos pasos, y por más que se desee lo contrario, todos se darán en el sentido de buscar esta unidad que abril no proporcionó. La unidad es el problema de la clase dominante brasileña; su actual división no es más que la expresión de búsqueda de esa unidad. Y sólo el fascismo podría resolver el problema; pero muchas aguas correrán antes de que se llegue hasta allá...

El fascismo sería el último intento de contener la profunda revolución social que se avecina y cuyas coordenadas económicas describimos en la Primera Parte. Pasamos ahora a describir los componentes políticos de esa situación revolucionaria.

No se trata de propagar una revolución, sino de analizar científicamente la realidad. Si ello no agrada a algunos, ¿de quién será la culpa? Como diría el poeta Carlos Drummond de Andrade: "Si mi verso no salió fue tu oído que lo estropeo".

II. El Bonapartismo

Finalmente, en vez de ganar fuerzas con el apoyo del proletariado, el partido democrático infectará al proletariado con su propia debilidad y, como suele acontecer con los grandes hechos de los demócratas, los dirigentes tuvieron la satisfacción de poder acusar al "pueblo" de deserción, y el pueblo la satisfacción de poder acusar a sus dirigentes de haberlo ilusionado. (Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonnaparte*).

1. Concepto de bonapartismo

En el proceso de la revolución francesa de 1848, la burguesía democrática y republicana se unió, en junio del mismo año, a la burguesía monarquista para detener al proletariado, con el que había derrocado al régimen de Luis Felipe, en febrero de 1848; la burguesía monárquica se unió al campesinado y al lumpemproletariado de París, expresados en la figura de Luis Bonaparte, para derrumbar a los republicanos, y acabó siendo golpeada por el sobrino de Napoleón en diciembre de 1851. Ese proceso de descenso de la revolución de 1848 estaba condicionado por el

espectro vivo del proletariado revolucionario y de la amenaza socialista, que obligaba a la burguesía a renunciar a sus posiciones revolucionarias para buscar un gobierno fuerte, que garantizara el régimen de tranquilidad del capital, amenazado por el movimiento popular y por las crisis revolucionarias. En el régimen que resultó, Luis Bonaparte se presentó como salvador nacional y como un jefe situado por encima de las clases y capaz de evitar los agudos conflictos sociales que tanto asustan a la burguesía. Apoyado por un sector marginal de la sociedad (en el caso de Luis Bonaparte, el lumpemproletariado de París, la escoria de los bares y cafés, que constituyeron la Sociedad del 10 de diciembre), este “jefe” aparece como el salvador del régimen y de la tranquilidad social. Tal situación impone el control del poder ejecutivo sobre el poder parlamentario y representa, de hecho, una etapa de transición hacia el dominio de clase indiscutible, sea de la burguesía, sea del proletariado, por medio de la revolución. Tal fue el balance de la experiencia de la revolución francesa de 1848, que vino a confirmarse en 1871 con los dramáticos acontecimientos de la Comuna de París, cuando el proletariado y la burguesía francesa jugaron una carta de vida o muerte. La derrota del proletariado revolucionario de París estableció las condiciones de un régimen burgués, que permaneció estable en Francia hasta la guerra de 1914.

El concepto de bonapartismo que emerge de tal análisis fue aplicado a nuevas condiciones históricas, como el gobierno de Kerensky en la Rusia revolucionaria de 1917, en condiciones de lucha de clases mucho más graves. Los regímenes fascista y nazista fueron también interpretados como ejemplos de bonapartismo en la fase imperialista del capitalismo. El gobierno de Bismarck, en Alemania, también presentó características semejantes.

El bonapartismo puede ser conceptualizado, en un modelo abstracto, como un régimen de fuerza, aparentemente por encima de las clases sociales, dominado por un “jefe” militar o civil, y una burocracia que disfruta de una independencia relativa, que le permite contar con la clase dominante. Su principal objetivo es la conservación del orden existente, anteriormente amenazado. Representa un estado provisorio de equilibrio de fuerzas entre las clases en choque. En él se acumulan las fuerzas de esas clases, hasta que el equilibrio se

rompe en favor de una de ellas. Podemos distinguir dos modelos básicos de bonapartismo: progresista y conservador. El bonapartismo progresista sería un gobierno autoritario, apoyado sobre todo en un movimiento popular controlado, y que, a costa de concesiones a los más dóciles y de represión a los revolucionarios, garantiza al mismo tiempo el dominio burgués sobre el movimiento popular y las medidas progresistas de la burguesía contra los sectores más atrasados de la clase dominante. Tales fueron, por ejemplo, las características del Estado Nuevo en Brasil. El carácter “progresista” de este bonapartismo evita que los choques de clase se tornen violentos en su término. En Brasil, todos los gobiernos que sucedieron al Estado Nuevo continuaron este proceso de centralización política, bajo formas más blandas e institucionales de bonapartismo. El gobierno de Dutra (1946-1951), con sus medidas dictatoriales contra los comunistas, y el segundo gobierno de Vargas (1951-1954), con intentos de “unión nacional” y sus luchas contra el parlamento, muestran que esas tendencias bonapartistas no se resolvieron con la caída del Estado Nuevo. El estado brasileño continuó dominado por una burocracia voraz, que sirve de intermediaria entre los intereses de la burguesía y de la mayoría de la nación. La burocracia sindical es el otro polo de este régimen del Estado Nuevo, que persistió después de la “redemocratización”, sirviendo de intermediaria entre los intereses inmediatos de los trabajadores y la dominación burguesa.

Otra forma de bonapartismo sería el bonapartismo conservador. En este caso tendríamos un régimen autoritario y nítidamente conservador, que se impone por la fuerza al movimiento popular, apoyándose en la represión, por un lado, y en concesiones a los dirigentes de masas, por otro, logrando mantenerse así la dominación de clase. Su objetivo principal no es una política de reformas, sino la garantía del orden existente; su base es siempre un aparato conservador, como las fuerzas armadas; su jefe es siempre una figura menos popular y sus articulaciones se restringen a las directivas políticas. Podríamos mostrar resabios de este régimen en el gobierno de Dutra, pero, por sobre todo, en el gobierno de Café Filho (1954-1955). En cuanto al concepto de fascismo, se desarrollará en el próximo capítulo.

Por lo que vemos, el concepto de bonapartismo es un elemento bastante útil para la comprensión del reciente proceso político brasileño. A través de él podremos comprender la esencia de las luchas sociales que se trabaron en el país en estos últimos treinta años y las nuevas perspectivas que se configuran para la clase dominante brasileña.

2. La epopeya bonapartista

El Estado Nuevo (1937-1945) surgió de la necesidad de la burguesía industrial, aliada al latifundio en este momento, de contener al movimiento revolucionario de la pequeña burguesía, seguida por el proletariado, que trataba de llevar a las últimas consecuencias la revolución democrática-burguesa de 1930. Esta ala revolucionaria del movimiento pequeñoburgués se había unido en torno de la Alianza Nacional Libertadora, cuyo fracaso en 1935 abrió las puertas para que el gobierno burgués latifundista se enfrentase a la derecha del movimiento pequeñoburgués, el integralismo, en ocasión del golpe de 1937.

A través de una red de concesiones e iniciativas de centralización, el Estado Nuevo abrió camino para la instalación de una industria de base en el país. Tal proceso se completó en el período de Dutra (1946-1951) bajo la forma de una democracia constitucional restrictiva, en la que las oportunidades de desarrollo fueron encaminadas a través del Plan Salte, de la creación de la Compañía Hidroeléctrica del Valle San Francisco y la complementación de la industria de base. Pero el carácter conservador del gobierno de Dutra dio, al mismo tiempo, oportunidad para derrochar las divisas acumuladas durante la guerra en la compra de Cadillacs, artículos de material plástico y artículos de lujo para el consumo.

Los avances que se realizaron en este período exigían su complementación por medio de una política progresista de cuño nacionalista que estableciera, a través del Estado, las condiciones para una efectiva industrialización en gran escala. Tal política en el movimiento obrero, que emergió en la fase final del Estado Nuevo y se ha venido fortaleciendo cada vez más con el desarrollo industrial del país. La Petrobrás, el proyecto de la Electrobrás, la Fábrica Nacional de Motores, las restricciones al capital extranjero, las dificultades cambiarias para importar bienes de lujo y de consumo inútiles, a través de impuestos

sobre las importaciones y el control de las divisas, con medidas que abren camino para un desarrollo capitalista nacional e independiente. El aumento del salario mínimo y la agitación obrera de João Goulart, el resurgimiento del sindicalismo oficialista y las medidas de control de precios trataban de buscar un esquema de masas para sustentar el movimiento nacionalista que la burguesía abría a través del gobierno getulista. Las maniobras para envolver la UDN (partido de oposición conservador) en un esquema de unión nacional perseguían garantizar el apoyo de la clase media, pero el descontento popular, derivado de la intensificación de la acumulación de capital, de la creciente inflación y aumento del costo de vida, exigía concesiones y radicalizaciones crecientes. La huelga general de São Paulo en 1953, la elección de Janio Quadros para la Intendencia de la ciudad de São Paulo, la formación del Pacto de Acción Común Sindical de São Paulo, la huelga general de 1954, nuevamente en São Paulo, mostraron que ese movimiento avanzaba mucho más allá de los límites de un simple apoyo a las medidas nacionalistas.

Antes de que llegase a este clímax, los intereses de la antigua estructura latifundista-exportadora y de los capitales extranjeros se unieron para realizar una intensa campaña de “moralización” pública, dirigida por Carlos Lacerda, que atacaba a medias la corrupción que crecía junto al desarrollo capitalista, sobre todo cuando éste se apoyaba en una burocracia rapaz como la que se creó en el Estado Nuevo y que se mantenía en el poder. Fueron las clases medias y la pequeña burguesía los principales objetos de esa propaganda; pero también una parte del proletariado que estaba bajo el control del PCB participó de ella.

El manifiesto de los generales contra Goulart y la campaña de Lacerda encontraron su culminación en la “República del Galeão”, comisión de investigación, dirigida por la Aeronáutica, para aclarar el atentado realizado en contra de Carlos Lacerda, la cual se transformó en una inquisición en contra de la corrupción en el gobierno de Vargas. El suicidio de Vargas y las gigantescas manifestaciones de masa nacionalistas que lo sucedieron mostraron a la burguesía los peligros del bonapartismo progresista. El gobierno de Café Filho, que sucedió a Vargas en la presidencia, trataba de detener la tormenta que se desencadenó sobre las

clases dominantes brasileñas en los años 1953, 1954 y 1955. Frente a los peligros de una política nacionalista de masas, la burguesía renunció a su camino nacionalista y pasó a una política de conciliación con el imperialismo y el latifundio. El desarrollismo de Kubitschek, garantizado por el contragolpe del 11 de noviembre de 1955, procuró realizar el máximo dentro de este esquema: hacer la industrialización con el capital extranjero, conservando la vieja estructura agraria, haciendo concesiones al proletariado y a las clases medias y garantizando el estímulo a la industrialización a través de una expansión inflacionaria del consumo.

Pero el movimiento de masas crecía simultáneamente con el desarrollo de ligas campesinas en el Noreste, huelgas estudiantiles en Río, huelgas obreras en todo el país, pactos sindicales, saqueos en la provincia de Río de Janeiro, y en otras provincias, movimiento nacionalista en crecimiento. Fue entonces cuando la burguesía encontró un Bonaparte provinciano, profesor mediocre y abogado frustrado, demagogo sin escrúpulos y corrompido, que agitaba mesiánicamente la bandera de la moralidad, del populismo, de la salvación nacional, etc. Emilio Carlos, grotesca parodia de Quadros, definió el pensamiento político del “salvador nacional” como de “centro-izquierda de derecha”. Era el desarrollismo que llegaba a su fin. Era la conciliación general de clase en la amalgama del desarrollo eufórico que generaba su monstruo. El médico que iría a salvar el país no pasaba de ser un monstruo, de hecho inofensivo, en aquella circunstancia. Seis millones de votos eran el arma con que amenazaba a todas las clases. Escuchemos los pensamientos maquiavélicos del mesías Janio Quadros:

Soy el pueblo, soy irresponsable ante la Nación porque tengo de ella la delegación total de los poderes para salvar al país. ¡Ay del parlamento, ya desmoralizado! ¡Ay de los políticos tradicionales, a los cuales fulmino con mis insolentes billetes! ¡Ay de los oficiales de las fuerzas armadas si no me apoyan, si me amenazan! ¡Ay de las masas: si levantan la cabeza, les echo las tropas encima, como hice con la inocente huelga estudiantil en Recife!

Nadie protestaba. El país estaba en suspenso. *Hasta la hora del Brasil*, desprestigiado programa de radio, obligatorio del gobierno desde la dictadura de Vargas, ganó un público nacional. La espera era, sin embargo, una expectativa contradictoria; el proletariado y las clases medias

aguardaban la disminución del costo de la vida, las reformas anunciadas y la política externa independiente. La clase dominante aguardaba la política de fuerza, la estabilización monetaria y la continuación del desarrollo. La clase media y la pequeña burguesía aguardaban la moralización de la vida pública y las oportunidades de acceso a ella. Los campesinos, agitados nacionalmente por primera vez, esperaban las medidas de reforma agraria. Los militares de derecha esperaban el terror sobre las masas y el fin de las agitaciones. Todos esperaban pasivamente que su salvador actuara.

Pero el drama no tenía solución. Alguien tenía que perder, alguien tenía que ser perjudicado. La Instrucción 204 mostró que el camino de estabilización monetaria era el único que salvaría a la clase dominante. ¿Qué importaba que el patricio Bonaparte se mostrara “preocupado” por la invasión de Cuba y se presentara como líder de la revolución democrática en América Latina y en África, como reformista convicto, etc., si la contrapartida material que ofrecía a las masas eran el aumento brutal del costo de la vida, el clima de represión y terror, la congelación de salarios? ¿Qué adelantaba con garantizar a la derecha un plan de estabilización monetaria, la represión de las masas y la congelación de salarios, si la amenazaba con la reforma agraria, con una política internacional neutralista, y estimulaba la imaginación revolucionaria de las masas iniciando el comercio y las relaciones con el campo socialista, condecorando a Guevara, hablando bien de Fidel y “defendiendo” a Cuba para sacarles dinero a los norteamericanos en forma amenazadora? El momento de la opción se presentó. Los jefes militares dieron el golpe final: “O te incorporas o te apartas de nuestro camino”. ¿Qué sería de un mesías sin aureola, prisionero de los militares, de Lacerda y otros enemigos, a la espera de tomar el bastón milagroso del poder? La respuesta fue la renuncia:

¿Qué harán sin mí? Vendrán corriendo a mis pies, caerán de rodillas como cayeron durante mi campaña electoral. Entonces tomaré el látigo y los azotaré hasta someterlos a mí, el salvador, el profeta.

Pero el país era otro: quería seguir adelante. Obreros, estudiantes, sargentos, oficiales nacionalistas, la pequeña burguesía y los derrotados de octubre formaron un poderoso frente nacional, ante la amenaza de

un golpe de derecha. “¿Ha renunciado? Póngase al vicepresidente en su lugar y sigamos adelante”. El parlamentarismo fue la solución encontrada por las directivas para impedir la guerra civil y dar tiempo al tiempo. El poderoso movimiento de masas detenido mientras se esperaba al salvador nacional nació otra vez violento e impetuoso. Como un río caudaloso se extendió por todas partes. Huelgas, tomas de tierra, movimientos estudiantiles, organización de la Confederación General de Trabajadores (CGT), movimiento de los sargentos, formación de un órgano coordinador del movimiento sindical, campesino, estudiantil y militar nacionalista, el Frente de Movilización Popular, Grupos de 11, frentes de izquierda, desarrollo del Frente Parlamentario Nacionalista, formación de grupos parlamentarios de izquierda radical, como el “grupo compacto” del PTB.

Después de instalado en el poder, João Goulart advirtió su gran oportunidad:

La burguesía necesita de un gobierno popular capaz de contener esta avalancha. Pero precisa también de un gobierno fuerte para garantizar sus intereses. Canalizar la avalancha, garantizar un esquema militar de sustentación, apoderarme del poder como salvador nacional.

Pero la burguesía precisaba de la estabilización monetaria, que significaba la congelación de salarios. Goulart “descubrió la solución”: acelerar las reformas para canalizar el movimiento de masas y obligarlo a aceptar, a través de las directivas “pelegas” (amarillas), la política de estabilización. San Thiago Dantas, que había dicho que Brasil necesitaba un gobierno de derecha con un lenguaje de izquierda, era el hombre ideal para esta situación; se presentó como salvador de Cuba, ofreciendo en realidad a los Estados Unidos y a las oligarquías latinoamericanas una salida de neutralización pacífica de la influencia cubana. Era la “solución” de un soñador. ¿Cómo neutralizar pacíficamente a Cuba si su influencia revolucionaria cubría de fuego a América Latina? ¿Cómo conciliar una Cuba revolucionaria en las costas de los Estados con el viejo esquema de dominación latifundista-burguesa y pro-imperialista en América Latina? Pero el mismo mago que fracasó en la reunión de Punta del Este era llamado a formar un gabinete “nacionalista y democrático” que tenía como programa, básico la congelación de los salarios. . .

La lucha contra el poder legislativo, garantizada por un paradójal esquema de apoyo sindical y militar, llegaba a su fin. Son los poderes usurpados por el Parlamento los que me impiden salvar al país, gritaba Goulart. ¡Plebiscito! Concentrando el poder en mis manos estará resuelto. Millones de no al parlamentarismo entregaron a João Goulart un poder que quemaba, más que el infierno, de la falta de poderes. La lógica era implacable: seguirá delante. La burguesía esperaba la congelación de los salarios por el nuevo Bonaparte, ungido por el pronunciamiento nacional. Las masas obreras, campesinas, estudiantiles, los sargentos, los trabajadores de todos los tipos, esperaban las reformas que liquidarían el aumento del costo de la vida.

Vino el plan Trienal –síntesis del Diablo con Dios–. Desarrollo con estabilización, estabilización con desarrollo, al gusto de todas las clases sociales. Pero la desilusión cundía en cuanto el plan era “aplicado”. La derecha conspiraba: la burguesía, desconfiada, retiraba su apoyo. El *Jornal do Brasil*, órgano de la gran burguesía, expresó esto en un editorial que hablaba del fin de las artes del mago, cuando Goulart se mostró incapaz de contener las huelgas que se sucedían fuera de su control. Los sargentos, cansados de esperar, preparaban un levantamiento en Brasilia. El país estaba extenuado. Goulart juraba que las condiciones estaban maduras. El pedido de estado de sitio trataba de ganar a la derecha con la promesa de un gobierno de fuerza y a la izquierda con la promesa de las reformas y de la destrucción de la derecha. La cabeza de Lacerda contra la cabeza de, Miguel Arrais: éste era el esquema del aspirante a Bonaparte. El movimiento popular reunió todas sus fuerzas contra el estado de sitio, desconfiando de las intenciones presidenciales. El parlamento no se dejó arrastrar por esta arma de doble filo. Lacerda se puso a gritar, denunciando el plan desde su prisión. Arrais denunció en el Frente de Movilización Popular, el cerco de su palacio.

El fracaso no desanimó a “Bonaparte”. Pero lo lanzó por un camino azoroso y difícil. En el comicio del día 13 de marzo estaba la salvación para recuperarse. Asustar a la derecha con el decreto de nacionalización de las tierras al margen de las carreteras y la nacionalización de las refinerías. “¡No golpeo a nadie, pero engaño a todos, es la gran jugada!” Pero los campesinos creyeron que había llegado la reforma agraria y prepararon la invasión generalizada de las tierras. Los obreros creyeron que la revolución se aproximaba

y se movilizaron para llevar adelante sus reivindicaciones. La pequeña burguesía se radicalizaba y Brizola hablaba, para espanto de todos los bien pensantes, de una constituyente de obreros y campesinos. Joao Goulart jugaba con fuego. Esperaba ganar todos los poderes a costa de amenazas, *meetings*, decretos inocuos, demagogia sindical y campesina. Pero la derecha se moría de miedo. La burguesía formaba a su lado para contener esa locura política. La inflación continuaba, el país languidecía sin perspectivas gracias a una farsa política montada a costa de sus más legítimas aspiraciones.

Vino el movimiento de los marinos, en marzo de 1964.

Si vamos a la revolución –pensaban ellos–, si Goulart y sus ministros están con nosotros, entonces, ¿por qué nos impiden reunirnos con los obreros, tratan de cerrar nuestra asociación de clase, mantienen el régimen de privilegios y humillaciones en la Marina

Fue con la mayor naturalidad que se reunieron en el Sindicato de los Metalúrgicos, sin saber el papel que la historia les reservaba. Toda la derecha gritó: “¡Indisciplina, anarquía!” Toda la burguesía la apoyó de inmediato. Pero la cosa fue más amplia: a la orden de represión, la tropa respondió con la adhesión a sus compañeros. ¡Era el fin!; de ahí para adelante, todo el aparato de represión del régimen estaba definitivamente comprometido. Hubo intentos de conciliación: Goulart trataba de controlar el radicalismo del movimiento de masas. En una gran reunión de los sargentos en el Automóvil Club, cuando la derecha ya se había sublevado, amenazó con las bases de las fuerzas armadas; pero, al mismo tiempo, trataba de desarmarlas pidiéndoles disciplina, para calmar a la derecha. Pero ya nadie creía en Goulart. Todo el mundo sabía, incluso él, que no era posible controlar aquél movimiento de masas que se extendía por todas partes.

Vino el levantamiento del general Mouráo, en Minas, Goulart no se alteró. Tomó todas las precauciones para un ajuste con Magalhaes Pinto, dirigente civil del movimiento. São Paulo se adhirió, frente a la negativa de Goulart, para aceptar el jaque mate de la derecha y la burguesía: cerrar la CGT y la UNE y caer en sus brazos como un inocente angelito. La cosa degeneraba. Era preciso evitar choques. Lacerda resistía en el palacio, desesperado. Pero Goulart no podía luchar. La lucha sería su fin, sería la revolución verdadera con la cual había amenazado a la derecha, pero que esperaba contener. Toda su preocupación pasó a ser evitar el

choque, contener a las masas, impedir la lucha. De Río a Brasilia, con una eterna esperanza de solución de compromiso; de Brasilia a Río Grande do Sul, visualizando un nuevo punto de apoyo para negociar; de ahí al Uruguay, desarmando definitivamente el movimiento de masas en contra del golpe.

3. Causas del fracaso del bonapartismo “progresista”

¿Por qué fracasaron Vargas, Quadros y Goulart? Las condiciones del bonapartismo “progresista” en el país van siendo superadas. Al mismo tiempo que este bonapartismo es una tendencia latente, como única solución progresista de la burguesía es, por otro lado, la expresión de su necesidad de contener el movimiento de masas. Así, se convierte en un contrasentido, una victoria bonapartista apoyada en este movimiento. A partir de 1960, la burguesía tenía que renunciar necesariamente a la veleidad de realizar reformas al lado de una estabilización monetaria. Para las reformas precisaba del movimiento de masas; para la estabilización precisaba de la derecha. Y como vimos en la tercera parte, el capitalismo brasileño no podía avanzar bajo una crisis económica de carácter cíclico. La política de estabilización no hizo más que reconocer este hecho y procurar atenuar los efectos de la crisis, manipulando sus mecanismos básicos. Fue un gran error de la izquierda reformista creer que la política de estabilización era una política imperialista, antiburguesía nacional. Este era en realidad su efecto. Pero son las necesidades internas propias del régimen capitalista brasileño las que la exigen. Su contenido es nacional, del propio régimen económico que domina el país. Su efecto es pro-imperialista, por las propias características del capitalismo brasileño, que surgió en la fase final del imperialismo, de desarrollo independiente.

Cuando la actual crisis de coyuntura sea detenida habrá que retomar la política desarrollista. La burguesía tratará de contenerla en los límites de una política de cúpula, blandamente reformista con una leve tendencia democrática. Pero utilizando esta brecha, el movimiento de masas resurgirá exigiendo una política radical de reformas y de política externa progresista³³ se configurará la gran crisis revolucionaria.

33. De hecho, fue lo que pasó en 1968 con el gobierno de Costa e Silva, pero la crisis no tuvo una salida

Cuando el movimiento de izquierda se reorganice, el bonapartismo de izquierda resurgirá con él como una tabla de salvación de la burguesía. Pero, entonces, será una parodia grotesca de sus antecesores. De Vargas a Quadros y de Quadros a Goulart, el bonapartismo de izquierda se hizo cada vez más caricaturesco. Su definición está exactamente en el editorial del *Jornal do Brasil* que nos hemos referido: el brujo que perdió el control sobre su magia. Una magia que ya perdió su gracia porque todos conocen sus trucos. Como el personaje de Chaplin en *Candilejas*, con sus pulgas de una gracia arcaica y melancólica. El rey ha muerto. El bonapartismo de izquierda está destruido con la clase que lo generó y se aprovechó de él.

III. El Bonapartismo de derecha

1. El golpe de abril

*Después del golpe de Estado, la burguesía francesa gritaba:
¡Sólo el jefe de la Sociedad 10 de Diciembre puede salvar la
sociedad burguesa! ¡Sólo el robo puede salvar la propiedad; el
perjurio, la religión; la bastardía, la familia;
el desorden, el orden!*

Karl Marx. El 18 brumario de Luis Bonaparte.

revolucionaria, sino contrarrevolucionaria (el Acta Institucional núm. 5). Eso se explica por dos razones: primero, porque el movimiento popular estaba muy inmaduro para derrumbar a la dictadura. Segundo, porque el retornar el crecimiento con cierta estabilidad facilitó que, pasado el primer momento de agitación revolucionaria, el gobierno canalizara enseguida para sí los efectos positivos del retornar del crecimiento. Hoy día, las banderas nacionalistas son levantadas por un sector de las fuerzas armadas, pero ellas son tan mezquinas en su carácter antiimperialistas y tan xenófobas y nacionalistas en su parte más práctica y significativa que el propio gobierno de Médici pudo tomar parte de ellas en sus manos. Como se ve, de Vargas a Médici el nacionalismo se hizo fascista, tropical y carnavalesco. Es increíble que haya una parte significativa de la intelectualidad brasileña envuelta en tales cosas. Solo en un país de 45 millones de analfabetos puede darse esto. Montada en el atraso, la explotación y la barbarie intelectual, la burguesía brasileña e internacional y sus agentes militares han creado un gran circo brasileño cuyos fundamentos culturales son el carnaval, el fútbol y los programas de televisión del "Chacrinha". Disfrazados en este circo están los flagelados del noreste, los miserables de todo el país, los revolucionarios asesinados, un pueblo amedrentado, una clase obrera con sus bajos niveles de vida reducidos a la mitad.

De la abolición de la esclavitud a la instalación de la República, y desde ésta a 1930, las fuerzas armadas tuvieron un papel preponderante en la solución de las crisis políticas del país.³⁴ Posteriormente, desde la caída de Vargas en 1945, pasando por el gobierno de Dutra (1946-1951), el ejército nacional ha sido llamado para “salvar” a la nación y traerle la tan amenazada tranquilidad”. Apoyada en las fuerzas armadas, la burguesía orientó sus pasos por el camino de la industria básica, la Petrobrás y la Electrobrás. Fue la falta de apoyo de las fuerzas armadas lo que debilitó el segundo gobierno de Vargas, fue un sector de ellas el que instaló la República de Galeão que derribó a Vargas. Fueron ellas las que garantizaron la transmisión del mando presidencial de Juscelino Kubitschek, las que dieron jaque mate a Quadros !Confianto en su esquema militar, Goulart pretendía el poder y fue el esquema militar anti-Goulart el que realizó el golpe de abril. Recurrir a las fuerzas armadas como árbitro de las disputas internas de la clase dominante es una constante de nuestra historia.

Hoy, sin embargo, la situación es diferente. El movimiento de masas que se desarrolla desde 1950 hasta nuestros días está alterando sustancialmente el carácter de esa participación. Progresivamente, ellas han sido llamadas a la lucha para defender el régimen vigente contra el “peligro del comunismo”, expresado en la ascensión y radicalización del movimiento popular. El carácter de su participación es cada vez más el de baluarte de un gobierno fuerte, capaz de contener el movimiento de

34. De hecho, fue lo que pasó en 1968 con el gobierno de Costa e Silva, pero la crisis no tuvo una salida revolucionaria, sino contrarrevolucionaria (el Acta Institucional núm. 5). Eso se explica por dos razones: primero, porque el movimiento popular estaba muy inmaduro para derrumbar a la dictadura. Segundo, porque el retornar el crecimiento con cierta estabilidad facilitó que, pasado el primer momento de agitación revolucionaria, el gobierno canalizara enseguida para sí los efectos positivos del retornar del crecimiento. Hoy día, las banderas nacionalistas son levantadas por un sector de las fuerzas armadas, pero ellas son tan mezquinas en su carácter antiimperialistas y tan xenófobas y nacionalistas en su parte más práctica y significativa que el propio gobierno de Médici pudo tomar parte de ellas en sus manos. Como se ve, de Vargas a Médici el nacionalismo se hizo fascista, tropical y carnavalesco. Es increíble que haya una parte significativa de la intelectualidad brasileña envuelta en tales cosas. Solo en un país de 45 millones de analfabetos puede darse esto.

Montada en el atraso, la explotación y la barbarie intelectual, la burguesía brasileña e internacional y sus agentes militares han creado un gran circo brasileño cuyos fundamentos culturales son el carnaval, el fútbol y los programas de televisión del “Chacrinha”. Disfrazados en este circo están los flagelados del noreste, los miserables de todo el país, los revolucionarios asesinados, un pueblo amedrentado, una clase obrera con sus bajos niveles de vida reducidos a la mitad.

masas y presentarse ante la nación como un salvador nacional ubicado por encima de las clases. Las diversas facciones en lucha siempre aceptaron las reglas del juego.

Al comprometer políticamente a su aparato militar, la clase dominante mina progresivamente la fuerza de este instrumento. Primero, inyectando en la oficialidad el germen de la política y de las aspiraciones bonapartistas. Segundo, abriendo camino para que las luchas internas dentro de las fuerzas armadas se revistan claramente de un contenido político. Y este contenido es dado por las condiciones generales de la lucha social. El movimiento de los sargentos que surgió públicamente en 1961 es la rebelión de los sectores de tropa, que se convierten en aliado poderoso del movimiento de masas, antítesis popular de la participación de la oficialidad en la vida política del país. En abril, la burguesía y las clases dominantes lanzaron un grito desesperado de “basta” a esta situación.

El golpe de abril no fue, por tanto, un golpe de Estado. Fue un acto de “contrarrevolución preventiva”, como lo definió uno de sus autores. Su preparación se dirigió a una clase media y pequeñaburguesía corroídas por la inflación y desesperadas por el avance del movimiento obrero y campesino, que le fue presentado como una ola de intranquilidad que amenazaba los valores tradicionales y llevaba el país al caos. Su esquema orgánico se apoyaba en la unidad de la clase dominante contra el movimiento popular. Esta era su gran fuerza, que le imprimió un aspecto fulminante y definitivo, pero era también su debilidad, como veremos más adelante. La unidad de las clases dominantes en abril fue resultado de las dificultades internas de la revolución burguesa. El dilema entre reformismo con movimiento de masas y estabilización con los sectores atrasados de las clases dominantes, estaba previamente resuelto por el propio carácter del desarrollo del capitalismo brasileño, como vimos exhaustivamente en los capítulos precedentes. Esta unidad tiene, por tanto, una poderosa base material, que sólo podría ser alterada con un cambio de correlación de fuerzas a favor o en contra de la burguesía, dentro de la clase dominante, o a favor o en contra del proletariado, en relación al conjunto de la clase dominante.

Este carácter de transición es la característica básica del actual gobierno. De él derivaron tres soluciones fundamentales: la victoria definitiva

de una burguesía nacional dentro de la clase dominante, la victoria del imperialismo y de la gran burguesía dentro de la estructura del poder, o la victoria de los trabajadores. La primera solución ya fue analizada en los capítulos precedentes y vimos que la burguesía sería incapaz de aplicarla. Vimos también que la crisis, al aumentar la fuerza del capital extranjero en el país, hace aún más difícil la vía de un desarrollo capitalista nacional e independiente. En este caso, restaría sólo una hipótesis: que los trabajadores y la pequeña burguesía derribasen a los otros componentes del poder y destruyesen los factores de atraso de la economía, y por inercia o por carencia de dirección política, en vez de orientarse hacia el socialismo devolviesen el poder a la burguesía nacional; alternativa poco viable. La segunda posibilidad, victoria de los sectores antinacionalistas en la estructura dominante, que sólo sería posible si se mantuviese detenido el movimiento de masas (lo que sólo ocurriría por medio de la destrucción física de sus sectores más expresivos), ya que un gobierno antipopular no tendría recursos para movilizar a las masas. Esta hipótesis será estudiada en el próximo capítulo como un peligro fascista para el país. La tercera posibilidad sería la de que el movimiento popular derribase al gobierno e instalarse un gobierno propio, que destruiría la dominación imperialista y latifundista, creando las condiciones de un desarrollo nacional rápido e independiente. Este sería el camino que conduciría al socialismo. Tal posibilidad será estudiada en el último capítulo. En esta perspectiva de un gobierno de transición con características bonapartistas de derecha, pasaremos a examinar la dictadura actual. Ello nos permitirá comprender el carácter de sus medidas y las perspectivas de su desarrollo.

2. El gobierno de Castelo Branco

El gobierno de Castelo Branco emergió de la crisis como una solución intermedia entre las diferentes fuerzas que componían el movimiento de abril: una facción de ultraderecha, que se dividió posteriormente en la “línea dura” y en los movimientos parafascistas; una facción liberal conservadora (UDN), y además otra más abierta a los contactos populares (PSD) y sectores del PIB. El carácter de conciliación entre

estas diferentes facciones obligó al gobierno a autolimitarse, para ganarles el apoyo y cumplir su misión de árbitro. El Acta Institucional, la elección de Castelo Branco por el Congreso Nacional y la disolución del Comando Revolucionario castraron, desde el comienzo, el carácter dinámico del movimiento y lo encuadraron en los mismos límites constitucionales de los regímenes anteriores. Le faltaba al gobierno de Castelo la dinámica contrarrevolucionaria que lo llevó al poder. Su fuerza era la inercia de las fuerzas contrarias. Su poder venía de la extorsión, siempre usada, del “peligro de volver a la situación anterior”. Gracias a esta amenaza aplicó sus principales medidas de cese de mandatos, de restricciones políticas, de destitución de gobernadores. Pero, en el caso de la destitución del gobernador de Goiás, Mauro Borges, se mostró toda la debilidad del esquema. El gobierno tuvo que inclinarse ante el Tribunal Supremo y el Congreso Nacional. Si triunfó, fue gracias a la renuncia del PSD, que no avanzó más por temor a las consecuencias de un jaque mate al poder del jefe “del movimiento revolucionario”.

Era la acción tímida ante la inercia. Era la imposibilidad de usar el poder dictatorial por parte del jefe de la “revolución” y el miedo a la insurrección por parte de sus oponentes internos. Pero el 9 de octubre, terminado el período de vigencia del Acta Institucional, la “revolución” se encontró en un callejón sin salida. No hay contrarrevolución o revolución victoriosa que se someta a los instrumentos jurídicos y a las instituciones políticas prerrevolucionarias. Un nuevo test ocurrió en ocasión de la candidatura de Mazzilli a la presidencia de la Cámara. Vetada su candidatura por el grupo Sorbonne, de Castelo Branco, el PSD fue obligado a lanzarse a la oposición para sostener su candidatura. El gobierno revolucionario fue obligado a someterse al juego parlamentario creando, a costa de favores y presiones, un “*block revolucionario*” que enredaba la dinámica de la dictadura en la más lenta de todas las instituciones nacionales. La lógica interna del acto institucional, de la elección de Castelo, de la intervención en Goiás, era inexorable. El gobierno “revolucionario” pierde día a día sus bases.

En el caso Mazzilli se transparentan las intenciones continuistas del grupo Sorbonne y se agudizan las posiciones dentro de la propia línea de

frente del movimiento de abril. Además Lacerda y Magalhaes Pinto pasaron a la oposición interna. Presionado por el movimiento liberal y la impopularidad del gobierno, el grupo de la Sorbonne entró en el juego de la legalidad y, mediante elecciones, pretendió derribar a sus opositores internos, lanzándolos a la lucha electoral, sin preparación y desmoralizados. El resultado de las elecciones mostró el repudio popular al gobierno y también el carácter capitulacionista de la oposición liberal. La presión de la línea dura contra la asunción de los elegidos fue neutralizada por el Acta Institucional Núm. 2, que por elecciones indirectas abrió camino para la disputa entre Costa e Silva y el grupo Sorbonne por la sucesión presidencial, eliminando las posibilidades de una vuelta inmediata de la oposición liberal al poder. Todo este tortuoso camino de avances y retrocesos revela las dificultades de la actual forma de conciliación de las clases dominantes. ¿De dónde vienen estas dificultades para un gobierno que apareció ante el país como resultado de un poderoso movimiento militar, frente al cual los enemigos huyeron o desaparecieron?

Antes de responder a esta pregunta tenemos que analizar los objetivos que tenía este gobierno y lo que hizo. El golpe de abril tenía un objetivo básico: tranquilidad para las clases dominantes. Tal tranquilidad sería un gobierno fuerte, respetado por todas las clases, que reprimiese el movimiento de masas, realizarse una política económica de estabilización y detuviese la inflación. En vez de concesiones a los “comunistas y agitadores”, concesión a los “amigos” norteamericanos, confianza en el crédito internacional, buenas relaciones con los dueños del poder mundial. Todo quedaría tranquilo y la paz volvería a los lares.

Vinieron las medidas de represión con el apoyo de toda la clase dominante, de los sectores conservadores de la clase media y pequeña burguesía. Intervención en los sindicatos y prisión de los principales líderes sindicales; extinción de la CGT y de los órganos de coordinación provinciales del movimiento sindical. Intervención en las entidades estudiantiles, complementada por la ley Suplicy; persecución a los intelectuales liberales e izquierdistas; restricción al derecho de huelga; se dicta el Decreto Núm. 40 del Ministerio del Trabajo, que exige un certificado ideológico para presentarse como candidato en las elecciones sindicales; dimensiones en masa y suspensión de los derechos políticos;

restricciones electorales y prórroga del mandato presidencial. Medidas inocuas en lo que respecta a la desorganización de las masas a largo plazo, pero eficaces como contrapropaganda del gobierno. La derecha sufre del mismo mal del bonapartismo reformista: confía en la manipulación de las masas pasivas. Así como Goulart creía poder controlar el movimiento de masas, controlando las direcciones “amarillas”, la dictadura contrarrevolucionaria cree destruir este movimiento destruyendo estas mismas direcciones. Con esto despertó en las masas obreras un profundo odio, que trajo consigo una lenta, pero profunda, reorganización espontánea del movimiento de masas en las fábricas y en los barrios. Abrió las puertas del movimiento obrero hacia direcciones clandestinas, más audaces y más revolucionarias; lanzó a la clase obrera brasileña en oposición a un régimen de fuerza, como también al movimiento estudiantil; nunca las bases estudiantiles se movilizaron tan activamente en torno a sus directivas; nunca los estudiantes y los intelectuales liberales e izquierdistas se vieron tan próximos y tan integrados. Y los campesinos callaron, abatidos por el fracaso de la perspectiva de la reforma agraria. El gobierno se vio en el vacío, sin apoyo organizado en la nación, teniendo como única arma la represión y el impacto causado por la victoria de abril. Los hechos de 1968 vinieron a confirmar este planteamiento. La reacción contrarrevolucionaria de la Acta Institucional Núm. 5 sólo hizo aplazar esta situación conforme estamos viendo hoy día, sea por las elecciones de 1974 y 1976, sea por el nuevo ascenso de masas que se inicia en 1977.

3. La política económica

Pero toda esta política de fuerza debía estar basada en una política económica que enfrentase la crisis de la clase dominante brasileña. Imposibilitada de seguir el camino reformista, la burguesía tendría que conformarse con la estabilización. La burguesía vendía sus intereses “progresistas” por la conservación de un régimen económico amenazado por el movimiento popular, que arrastraba al país hacia el camino de la revolución. La tranquilidad a toda costa tenía como complemento la estabilización a toda costa.

La política económica del gobierno de Castelo corresponde a esta unidad de intereses de la clase dominante. Veamos una por una las “soluciones” que presentó para tal situación. Tres mil millones de dólares en deudas externas, con 1 500 millones que vencerían hacia fines de 1965. Como la suspensión pura y simple del pago de esas deudas llevaba al rompimiento internacional, se trataba ahora de obtener el crédito internacional por la sumisión y la concesión. Derogar la ley que limitaba a 10% las remesas de lucro al exterior, promulgada en el gobierno de Goulart; comprar las instalaciones obsoletas de la AMFORP a peso de oro; conceder el puerto a la Hanna Corporation para exportar directamente los minerales de hierro a ella entregados; comprar los excedentes de trigo de los Estados Unidos. Todas estas medidas buscaban la recuperación del crédito internacional, y se soñaba con traer de vuelta al país los capitales extranjeros que la inflación y la crisis económica y política habían ahuyentado. Era la conciliación entre la burguesía brasileña y el imperialismo. Destruimos nuestro apoyo de masas -pensaban-, creamos la tranquilidad, concedimos en toda la línea; ahora queremos la contra-partida”. Pero entonces no tenían con qué presionar al imperialismo. Estaban con las manos vacías. Según vimos, los empréstitos, ayudas y concesiones obtenidos después de abril no son suficientes para pagar las deudas externas. El imperialismo cobrará de la burguesía estas “ayudas” a alto precio. Es la ley de la nueva política económica. La economía externa del país avanza hacia una situación desesperante: a la burguesía no le queda sino confiar en sus amigos norteamericanos, no les queda sino aprovechar esta magnífica oportunidad. Pero se puede aumentar la entrada de divisas ampliando la exportación de productos industriales, lo cual sería un alivio. Las exportaciones de productos manufacturados se elevaron de un 3,5% del valor de las exportaciones en 1963, a un 9,6% en 1965, hasta llegar al 12,3% en 1969, según datos del Banco de Brasil. Esto a costa de una tasa de cambio más “realista”, que desvaloriza el cruzeiro y aumenta el costo de la vida, para favorecer la remuneración en cruzeiros de los exportadores. Como política a corto plazo es ineficaz, pues solamente permite un alivio en la balanza comercial y favorece una escala de producción más amplia para las industrias exportadoras. Como política a largo plazo,

enfrenta la barrera de un mercado monopolizado en América Latina, precisamente por sus aliados norteamericanos. De este mercado sólo podrá ganar la parte que le interese al gran capital internacional en el país. Para completar la “salida” estabilizadora hubo una reducción de las importaciones, que afectó esencialmente al sector de materias primas (de 423 millones de dólares en 1963 a 370 y a 350 en 1964 y 1965) y equipamiento (432 millones de dólares en 1963, 306 en 1964, 235 en 1965). Esta política impide una industrialización pesada como la que necesita el país y atrasa las posibilidades de reiniciación inmediata del desarrollo, principalmente si tenemos en cuenta que las importaciones representan cerca del 20% de las inversiones nacionales.

Cuando la economía nacional empezó a recuperarse, a partir, de 1968, las importaciones volvieron a aumentar su valor. Las altas tasas de crecimiento del período buscaban compensar el retraso provocado por estos años de depresión. Se ha generado una gran euforia respecto a estos datos; que no representan, sin embargo, ningún cambio significativo de tendencias del sistema.

Hoy, en 1977, vemos al resultado de esa política. Desde 1973 se produjo un ‘déficit’ en la balanza comercial. Brasil aumentó significativamente sus exportaciones, pero aumentó muchas veces más las importaciones de maquinarias, materias primas y petróleo para asegurar un modelo de crecimiento económico basado en productos de lujo y tecnología sofisticada, así como en la aceleración de la industria automovilística que revela hoy día su carácter altamente destructivo de los recursos no renovables en escala mundial.

Mientras tanto, el sector de servicios, que incluye los fletes, las ayudas técnicas, los royalties, etc., acusó un déficit de 250 millones de dólares en 1964 y 410 millones en 1965. Y el movimiento de capitales autónomos, que incluyó las remesas de lucro y el pago de impuestos, en contraposición a las entradas de capitales, acusó un déficit de 12 millones de dólares en 1964 y 78 millones en 1965. El resultado de todo eso es que, a pesar del superávit de 334 y 620 millones de dólares en la balanza comercial (exportación e importación de mercaderías), el total de la balanza de pagos (más servicios, capitales y donativos) acusó los superávits de solamente 40 y 160 millones de dólares en 1964 y 1965, respectivamente.

El déficit del sector de servicios se agigantó en los años posteriores. Como resultado Brasil presentaba en 1976 un déficit de la cuenta corriente en su balanza de pagos de 7.000 millones de dólares, sólo cubierto por entradas de capitales y préstamos internacionales que tienden a disminuir y por las reservas financieras creadas entre 1970 y 1973 a costa de los préstamos obtenidos y que supone el pago de altos intereses. En consecuencia de esta situación, su endeudamiento externo de 3.000 millones de dólares de la época de Goulart que mostró la política de estabilización pasa a ser una niñería y a fines de 1977 Brasil tendrá una deuda internacional de 30.000 millones de dólares.

De hecho, el gobierno sólo empezó a reabrir el crédito para estimular el consumo y las inversiones a partir de 1967, cuando logró bajar la inflación a cerca del 28%. A partir de entonces se ha logrado crear un clima artificial de reinversión con base en la formación de un mercado de capitales, que dio saltos de valor rapidísimos, reflejando una política de especulación sólo comparable a las que se dan en vísperas de grandes cracks económicos, como el de 1929 en Estados Unidos.

El gobierno buscó imitar la política norteamericana de financiar el consumo a través del endeudamiento violento de las clases medias, creando así un poder de compra adicional a través del crédito. En las condiciones de un país subdesarrollado y dependiente, que enfrenta graves presiones inflacionarias internas y externas, seguir una política de este tipo significa aplazar para un futuro no muy remoto los factores de una violenta crisis. De hecho, en 1977, la inflación ya alcanza el 50% al año.

El retomar del crecimiento económico, que presentó altos índices de crecimiento como fruto de retrasos de los años anteriores, choca, así, de inmediato, con un esquema financiero que conduce rápidamente a la hiperinflación, disfrazándola en un primer momento (bajo la forma de la expansión del crédito), pero viéndose en graves dificultades enseguida.

Combatir la inflación, que se elevaría a más del 100% en 1964, fue otro objetivo inmediato de la política económica. En este campo, el gobierno fue más bien feliz, si se puede llamar felicidad salir del accidente sólo con una costilla quebrada. La suspensión del subsidio cambiario al trigo, papel de imprenta y productos del petróleo y la reducción de los gastos

fiscales, incluso en obras públicas, consiguieron reducir el déficit de la caja del Tesoro Nacional a 700 mil millones de cruzeiros, o sea 36% de la recaudación del gobierno en el año, en 1964, a 680 millones, en noviembre de 1965, o sea 25,3% de las rentas del Estado. Esto a costa, básicamente, de la congelación del salario de los funcionarios, que representan el 50% de los gastos; 69% y 51,9% crecieron las emisiones de papel moneda en 1964 y 1965, y los empréstitos del sistema bancario se elevaron de 72,6% a 78% en el sector privado, mientras los medios de pago en general subieron de 64% en 1963, a 85,9% en 1964 y 74,8% en 1965. Por tanto, la política antiinflacionaria llevada a efecto en 1964 y 1965 no tuvo otro resultado que estabilizar la tasa inflacionaria. Es de esperar medidas más radicales de limitación de gastos, de liberación cambiaria y de reducción de créditos en estos próximos años para lograr una efectiva estabilización. Reasumir el desarrollo a partir de una tasa inflacionaria del 50% sería perder todo el trabajo de estabilización y caer en una situación hiperinflacionaria al cabo de uno o dos años. Pero de otro lado, mantener la política de estabilización significa aumentar la terrible depresión económica, que atrasa profundamente la vida de la nación. Pero, como vimos en los capítulos anteriores, no hay otra salida posible dentro del actual régimen económico y la actual correlación de fuerzas.

Para completar esta política, el gobierno tiene y tendrá que elevar los impuestos. Revalorización de los activos de las empresas, aumento de los impuestos de consumo y de la renta (extendiendo esto último a los salarios más bajos y gravando fuertemente las rentas personales; tratando de aumentar la recaudación y estimular al mismo tiempo las inversiones, lo que es poco probable en las actuales circunstancias), más el aumento de la tasa de previsión social y la amenaza de multas a las empresas que elevaron los precios más allá de un 26%; todas estas medidas recién iniciadas, unidas a la contención de los créditos, representan una enorme carga sobre los costos de producción y sobre los lucros de los capitalistas. Para compensarla se hace necesaria un enorme reducción del nivel salarial. Ya sea a través de presiones sobre los interventores sindicales, que vacilan, temerosos de la venganza de su clase; ya sea a través de presiones sobre las empresas, que disponen de mayor tasa de lucro y pueden pagar salarios más altos para que no lo

hagan; ya sea, en fin, por el propio mecanismo del desempleo, que disminuye la capacidad de negociación de los trabajadores, la política de limitación de salarios se viene aplicando a duras penas. Pero todavía es insuficiente para crear una tasa de lucro compensatoria y estimular nuevas inversiones. Es preciso que la crisis llegue hasta sus últimas consecuencias, que la depresión llegue a su punto más bajo, que las quiebras se multipliquen, que el desempleo alcance una tasa elevada, para que el capitalismo brasileño establezca las condiciones adecuadas para una recuperación razonable. ¿Tendrá coraje el gobierno de Castelo para superar todas esas barreras y arriesgar su fuerza tan combatida en esta aventura económica?

Los gobiernos de Costa e Silva y Garrastazu Médici, que siguieron a Castelo Branco, buscaron atenuar la política fiscal en lo que respecta a la inversión, creando un complicado sistema de incentivo fiscal a las inversiones privadas. Basados en la experiencia de la Superintendencia del Noreste, que logró atraer capitales hacia los estados de la Federación bajo su tutela a través del mecanismo de exención de pago del 50% del impuesto a la renta (siempre que sea destinado a la inversión en la región), estos gobiernos han creado exenciones de este tipo para varios sectores prioritarios de desarrollo, como la pesca, el turismo, reforestación, aviación y planes de desarrollo regional.

Esta política de incentivo de inspiración keynesiana, pero muy imaginativa, ha sido una de las piezas fundamentales de la recuperación económica. Su inconveniente es evidente: esas políticas existen para sustituir la necesidad histórica de la intervención estatal y de la planificación. Por eso tienden a recargar al estado con un subsidio a las ganancias y a la especulación. Por otro lado, tienden a convertirse en verdaderas panaceas universales, tendiendo a una anárquica acumulación de medidas similares (se empezó por el Noreste, hoy día hay ocho programas y presiones para otros más). Por fin, no hay que olvidarse del carácter inflacionario de estas medidas, que tienen fuertes repercusiones sobre el presupuesto nacional. La última experiencia en este género de las exenciones fiscales la hizo el gobierno de Kennedy, mantenida por Johnson, y que llevó a los Estados Unidos a un alto crecimiento por tres años, un crecimiento razonable de cuatro años (ayudado por la guerra

y enseguida a una depresión de dos años, la más grave de la posguerra. Posteriormente, en 1974-1975 se produjo una depresión aún más fuerte y se espera otra muy grave para 1978-1979)

Junto con la política de estabilización, el gobierno busco, a través de su Plan de Acción, una política anticíclica. Tal política estaría basada en la inversión en obras públicas que apliquen mucha mano de obra y estimulen las inversiones. Para esto se creó un Banco Nacional de Habitación que pretende dar contenido social a esas inversiones. Pero, ¿quién puede dar crédito a esto, si el gobierno se ve obligado a restringir las cuotas para obras públicas y energía eléctrica y si las inversiones públicas se mantuvieron estables en 1964, mientras que el costo de la vida subió en 92.4%? Una política de pleno empleo, basada en obras públicas y actividades improductivas, y controlada por el Estado, es una política típica del fascismo, y representa un programa económico para este movimiento político que va creciendo desde abril. Pero su realización práctica exige una disminución violenta de los salarios y un agotamiento del país por años y años de crisis, lo que todavía no ha ocurrido.

En 1971, sin embargo, la situación es distinta. La crisis se prolongó hasta 1967. La recuperación de 1968 hasta 1970 fue relativamente fácil porque se trataba de resarcirse de las pérdidas pasadas. A partir de 1971, el crecimiento económico depende de la ampliación real del mercado. Para lograrlo sin cambio de estructuras se han encontrado solamente cuatro caminos hasta el momento: a) aumentar los gastos del gobierno; b) aumentar las exportaciones; c) ampliar las áreas de colonización nueva; d) aumentar el poder de compra de la clase media y pequeña burguesía a través del aumento de salarios de los técnicos y financiamiento de la demanda.

Todos éstos son mecanismos que simplemente permiten dar vueltas sobre los problemas centrales de ampliación del mercado. La política fascista de utilización de mano de obra intensiva a bajo precio en construcción de pirámides se presenta claramente en la construcción de la carretera transamazónica, que busca canalizar parte de las vastas poblaciones desempleadas y hambrientas que el desarrollo capitalista dependiente crea en el Noreste brasileño y en el campo en general (incluyendo las “ricas” regiones de São Paulo).

El agotamiento del país -que no se había dado en 1966, cuando escribimos la primera versión de este libro- empieza a darse ahora en 1971. Esto significa que el capitalismo brasileño necesita encontrar rápidamente soluciones fascistas para sus masas desempleadas. No nos olvidemos del camino de la agresión militar que permite absorber gran número de mano de obra para morir en los campos de batalla. Este camino se hace cada vez más posible cuando Brasil se ve cercado por una América Latina progresista o bajo fuego revolucionario. La histeria xenófoba que ha surgido en el país en los últimos dos años busca crear las condiciones para este tipo de aventura.

De hecho, entre 1971 y 1973 Brasil intervino en Bolivia apoyando abiertamente el golpe militar de Bánzer (1971); en Uruguay forjando incluso un plan de inversión de este país en 48 horas y participando activamente del golpe de Estado de 1973; en Chile apoyando abiertamente al movimiento golpista en contra de Salvador Allende.

En resumen, podemos concluir que la política económica del gobierno de Castelo Branco correspondió a la correlación de fuerzas existente en el país, donde un movimiento violento de masas fue contenido provisoriamente y la clase dominante se unió para defender sus intereses. Las concesiones al imperialismo, las medidas reformistas sin contenido práctico inmediato, la política de estabilización monetaria, basada esencialmente en la desvalorización de los salarios, y la restricción del crédito de la pequeña burguesía, no sólo representaban, y aún representan en parte, el único camino económico posible para las clases dominantes, durante la crisis brasileña, sino que también eran el resultado de su unificación. Pero, ¿por qué sectores de la burguesía brasileña se han movilizado contra esa política, como lo mostraron artículos de diarios, declaraciones de algunos líderes, el manifiesto de la Confederación Nacional de Industrias? En primer lugar, toda esta movilización no es contra la política de estabilización, sino contra algunos de sus aspectos (exceso de concesiones al imperialismo, restricción de créditos para los capitalistas, depresión de mercado, etc.), o contra su ritmo. Pero tal movilización era principalmente demagogia. Se trataba de ganar el apoyo de la pequeña burguesía para las áreas de la oposición liberal o para la oposición del área fascista (Lacerda, Heck, etc.). Pero no representaban

una “alternativa válida”, como lo expresó Roberto Campos con su cinismo de *scholar*. Esta política económica representaba un todo sistemático, que correspondía a las necesidades del régimen económico y social del país: significaba la única garantía posible de supervivencia de la actual clase dominante. Creemos que así se desprende de todo nuestro análisis; creemos que esta política económica era, y aún es en parte, la piedra de toque de las mínimas posibilidades de supervivencia que tal régimen todavía pudiera tener en el país. He aquí la fuerza del régimen de abril, fuerza que le permitió y le permitirá por algún tiempo garantizar el apoyo de todo el *block* dominante; pero es también su debilidad, como veremos en el próximo párrafo.

4. Límites del bonapartismo de derecha

Si la política económica de Castelo Branco era la única posible para las clases dominantes del país, no era, con todo, el paraíso que ellas ansiaban. La oposición que surgió en su propio seno tenía un origen social: la burguesía temía la impopularidad del gobierno y las consecuencias de la crisis económica. Necesitaba abrir otra salida burguesa, y esa salida era la oposición liberal. Pero la oposición liberal, para ganar popularidad tenía que pasar por encima de sus propios intereses de clase, debía atacar al gobierno que la representaba, necesitaba aproximarse a los intereses de la pequeña burguesía y de los trabajadores, que cada vez se oponen más radicalmente al régimen. Por esto se vio impulsada, contra su condición de clase, hacia una movilización creciente, que despertó el movimiento popular y amenazó la ficticia tranquilidad de los primeros meses del golpe. Por esto Mauro Borges (gobernador del estado de Gioás) llega al borde de la guerra civil y renuncia vergonzosamente poco después. Por esto Lacerda y Ademar de Barros hacen violentos pronunciamientos y se retiran enseguida. Por esto la burguesía se ve obligada a dividir a la oficialidad de las fuerzas armadas e intensificar la ofensiva liberal.

Como Goulart en los últimos meses, se ve prisionera de la radicalización que la angustia y la oprime. Esta radicalización abrió el camino para las grandes movilizaciones de 1967-68 que comentaremos en otro punto.

Nada peor podría sucederle al movimiento liberal que recibir el poder de manos de la dictadura. Sería una desbandada general, sería, la desesperación. Escuchemos sus recónditos pensamientos hamletianos:

¿Qué hacer con el poder? ¿La misma política antipopular? Pero entonces. ¿quién será la oposición de izquierda? ¿Quién ocupará nuestro lugar? ¿Si llegamos al poder y no reprimimos a la masa, se agigantará, estimulada por las palabras de orden liberales y reformistas! ¿Si la reprimimos, le abriremos el camino a una insurrección realmente revolucionaria!

¿Qué dilema para la oposición liberal! Pero como esta situación no se concreta, ella tenía que cumplir su papel, debía hacer la oposición de fachada. La fuerza popular que está detrás de esta oposición impedía al “gobierno revolucionario” reprimirla violentamente. Llevar hasta el fin las medidas dictatoriales sería el camino más rápido para crear una poderosa onda insurreccional, a la que muchos liberales tendrían que adherir de muy mala gana. El crecimiento del movimiento liberal obligó a la dictadura a mantenerse en el marco de la “legalidad”, tratando de arrancar de manos de la oposición la bandera de la liberación. Pero este camino tenía un límite, como todos los movimientos puramente superficiales. Este límite era el peligro de que la liberalización expulsara del poder a los “revolucionarios” de abril y creara un vacío abismal de poder para la clase dominante. El resultado del movimiento de liberalización era y es dialécticamente, la necesidad de nuevos golpes dictatoriales.

Pero el gobierno de Castelo Branco, y los que lo sucedieron, enfrenta disensiones más profundas. Su fuerza de represión se apoya en las fuerzas armadas, las mismas que se dividieron ante el país en un movimiento de sargentos y soldados, por un lado, y en la oficialidad, por otro. Los artículos sobre “Movilización de la Audacia” (abril-mayo de 1965, publicados en *O estado de São Paulo*) relatan las tribulaciones e incertidumbres de los conspiradores ante el movimiento de los sargentos. ¿Desaparecieron las condiciones de tal radicalización?

¿Fue eliminado el régimen de discriminación que los sargentos denunciaron en las fuerzas armadas? ¿Fueron atendidas sus reivindicaciones? Sus asociaciones de clase, ¿están abiertas y funcionando libremente? ¿Las purgas destruyeron las bases del movimiento, que parecían tan

amplias antes del golpe de abril? Estas preguntas deben hacerse todos los días los actuales dueños del poder. ¿Pueden confiar en semejante aparato de represión?

Así describíamos la situación en 1966:

Por otra parte, el movimiento de masas continúa intacto en sus bases. Los trabajadores, abandonados por sus antiguos dirigentes, se reorganizan paulatinamente en las empresas; ante el temor a la represión, no comparecen en las asambleas en número correspondiente a su nueva conciencia. Los estudiantes marchan a una movilización de base en defensa de sus asociaciones representativas y caminan hacia el voto directo, en la elección de sus directivas provinciales, como expresión de una confianza creciente en la amplitud de su apoyo en las bases. Los campesinos, ¿quién sabe de ellos? ¿No eran campesinos la mayoría de los hombres que acompañaron al coronel Jefferson Cardin? ¿No hicieron los trabajadores del azúcar en el Noreste varias huelgas después del golpe? Los hombres que dirigen el país deben tener en cuenta todos estos factores antes de ampliar más la represión. ¿Y con quién cuentan junto a la masa? ¿Acaso la pequeña burguesía y la clase media no protestan en contra de los aumentos del costo de la vida, las restricciones del crédito y las quiebras?

Pero el movimiento fascista también crece día a día, como expresión del descontento de sectores más reaccionarios y conservadores ante los fracasos constantes del gobierno. “Si el gobierno no reprime a los agitadores lo suficiente, debemos organizarnos para reprimir”, dicen. “Apoyemos las medidas fuertes del gobierno y censuremos sus demostraciones de debilidad”, afirman. Atacan a los intelectuales que distribuyen sus manifiestos; ayudan a la represión policial y militar; publican notas en los diarios prometiendo reprimir manifestaciones apoyadas por quienes tienen sus derechos políticos suspendidos. Deseosos de ganarse a la pequeña burguesía, se lanzan en radical oposición contra la actual política económica y tratan de conquistar las áreas dispersas del antiguo movimiento nacionalista; se presentan como expresión de

la defensa militar de las riquezas nacionales. Hablan abiertamente de cerrar el Parlamento y castigar al Supremo Tribunal. Propugnan abiertamente la subversión del actual orden constitucional que el “gobierno revolucionario” no puede y no quiso destruir completamente, por los motivos expuestos anteriormente. Lacerda formula impunemente violentas críticas contra el gobierno. Su plena libertad de movimiento debilita aún más al actual gobierno, pero éste no puede reprimirlo, pues Lacerda apoya sus embestidas dictatoriales; es la expresión más radical del movimiento de abril. Reservemos el estudio del fascismo para el próximo capítulo; aquí aparece como simple límite de la actual situación de compromiso.

El gobierno de Castelo se debatió entre la necesidad de las clases dominantes de establecer un régimen de fuerza en el país y la supervivencia, a pesar de su desorganización, del movimiento popular que pretendía reprimir. La supervivencia de dicho movimiento, con todas sus limitaciones, junto a la impopularidad inevitable del gobierno, actuaban como factores de división de las clases dominantes y permitían el desarrollo de una oposición liberal que hacía perder su fuerza y sus posiciones al gobierno de Castelo, que se debilita día a día. La oposición de derecha que surge de tal debilitamiento sirve como factor de desmoralización aún mayor. Este conjunto de factores obligaba al gobierno a debatirse entre la liberación siempre insuficiente y una represión siempre inconsecuente y débil. El desarrollo de estos factores condujo finalmente a un proceso de ajuste entre el movimiento liberal y el gobierno dictatorial. Los liberales procuraron amoldarse a la dictadura, y la dictadura a los liberales; pero tal salida es extremadamente desmoralizadora para ambas fuerzas, pues mantiene un falso clima de tensión que estimula iniciativas independientes de la masa. Sólo quedó, y aún queda, el camino de nuevos golpes, por un lado, o el de la destrucción de la dictadura, por otro.

Es evidente, sin embargo, que la burguesía no se arriesgaría a la segunda forma de ruptura del equilibrio que se viene creando. La situación general de la crisis favorecía la centralización del poder: esto es, el golpismo. Básicamente, la mantención del mismo grupo en el poder durante, por lo menos, el período de depresión y estabilización. Tras estas

salidas inmediatas están, sin embargo, los elementos más profundos del proceso social: el fascismo y el socialismo. Serán éstas las fuerzas que van a emerger del decantamiento de la situación creada en 1966.

5. El gobierno de Costa e Silva

El análisis anterior fue hecho en 1966. Dos años después se pudo ver hasta qué punto era correcto este análisis y hasta qué punto era equivocado. Creo que era correcto en tanto demostraba la imposibilidad de una re-democratización real y en tanto demostraba la debilidad intrínseca del grupo Castelo Branco y del bonapartismo de derecha que representaba. Era equivocado al suponer que la necesidad de centralización del poder implicaba la conservación del grupo de Castelo en el poder. La impopularidad de Castelo y sus choques con varios sectores de la clase dominante llevaron a la articulación de una fuerte oposición militar y política contra él por parte de la clase dominante.

El resultado de esta revuelta de los sectores políticos y de la masa de los oficiales de las fuerzas armadas fue el gobierno de Costa e Silva.

Este gobierno intentó darse una base constitucional, que fue promulgada por Castelo Branco, intentó abrir algunas sendas reformistas y crear un clima de simpatía popular en torno de sus objetivos. El resultado fue un relajamiento político en el primer momento, seguido después por una tensión creciente como resultado del fracaso de su gobierno. Este fracaso puede ser descrito por los aspectos que siguen:

La política de reformas fue un evidente fracaso y continuaron por tanto la insatisfacción popular y los problemas fundamentales del país, fuentes inagotables de tensión. La política de estabilización monetaria no pudo ser abandonada; sin embargo, se hizo más vacilante en su aplicación. Se ha recuperado un poco la economía, pero la inflación comenzó otra vez a dispararse, comprobando nuestra tesis de que la política de estabilización sólo podría dar resultados inmediatos para la clase dominante si la crisis fuera llevada hasta sus últimas consecuencias, lo que era imposible y llevaría, por tanto, a un largo período de estagnación con pequeños ascensos y pequeñas bajas en el crecimiento, lo que es trágico para un país con el explosivo aumento de población como es Brasil.

La insatisfacción sindical continuó y los intentos de liberación sindical resultaron siempre incompletos y cortados por miedo a la libertad sindical. La política salarial, a pesar de las promesas de aumento, de aflojar la política de “aprieto salarial”, continúa impopular y no hace más que mantener los salarios dentro de los bajos índices del patrón de vida alcanzados durante la política de Roberto Campos. La liberación política y la consolidación institucional que se esperaban como resultado del régimen constitucional y del término de las actas institucionales no se han producido eficazmente. Si de un lado se produjo una más amplia movilización popular y se perdió el miedo al aparato de represión, éstos se presentaron siempre como ilegales, anticonstitucionales y antiinstitucionales. La democratización se dio por abajo y sin legitimización del gobierno. El resultado es una creciente impotencia del gobierno frente al movimiento de masas en crecimiento y el surgimiento y desarrollo de sectores del poder y de la pequeña burguesía, que toman en sus manos la “justicia” que ellos llaman de “revolución”, es decir, la “justicia” de la contrarrevolución. La desconfianza en contra del gobierno y su deslegitimización se dan, pues, desde la izquierda y la derecha. La opción entre socialismo y fascismo se hace cada vez más clara.

6. El gobierno de Garrastazu Médici

Las contradicciones que apuntábamos en 1968 para el gobierno de Costa e Silva lo llevaron a la necesidad del golpe de estado de noviembre de 1968, que instituyó el Acta Institucional Núm. 5, que suspendía la constitución que el gobierno de Costa e Silva se había otorgado.

A partir de entonces se inicia un proceso de represión sobre el movimiento popular (que alcanzó su auge en 1968 y sobre el movimiento armado que creció a su sombra. La estrategia de represión tenía tres grandes pilares: 1. cortar las relaciones entre los liberales y el movimiento popular coartando los medios de expresión de los primeros y aterrizándolos; 2. cortar las relaciones entre el movimiento popular y el movimiento armado atacando violentamente el movimiento estudiantil y las vanguardias del movimiento obrero, aterrizándolo e interviniendo directamente; 3. aislado el movimiento armado, golpearlo violentamente a través de la tortura, la prisión en masa y el exterminio físico.

Por otro lado, el gobierno, a través de la nueva figura de Garrastazu Médici, que venía a sustituir al enfermo Costa e Silva, buscaba aprovecharse de la recuperación económica para comprar a las capas más altas de la pequeña burguesía, neutralizar su capacidad de resistencia y buscar la adhesión de algunos sectores deslumbrados por sus salarios más altos, que muy “ingenuamente” confunden con el desarrollo económico del país. La estrategia ha logrado importantes resultados. La oposición liberal, que buscaba una excusa para retirarse del torbellino en que estaba metida, aceptó tranquilamente las medidas represivas. Los sectores populares, que no veían un camino para llevar hasta el fin el enfrentamiento con la dictadura, retrocedieron muy desordenadamente. La oposición militar, que desconoce los ciclos de la lucha política y confiaba en el poder de las vanguardias armadas, se quedó en el frente de lucha permitiendo a la represión alcanzarla de lleno, sobre todo debido al aislamiento del movimiento de masas, al que ella misma se confinó por sus concepciones foquistas y militaristas.

Claro es, sin embargo, que este gobierno sólo obtuvo falsos triunfos.

En primer lugar, la oposición a la dictadura continúa latente en el seno del pueblo, incluso de la pequeña burguesía, enamorada de los dólares que le caen en el bolsillo. La debilidad revelada por la oposición liberal no hace más que consolidar una posible oposición revolucionaria al régimen cuando ésta se rearticule y pueda hacer una nueva ofensiva.

En segundo lugar, el movimiento de masas empieza a reorganizarse otra vez desde las bases, ahora con mucho más solidez y decisión. Todo indica que una nueva oleada del movimiento popular tendrá un nítido liderazgo obrero y proletario, en vez del vacilante de hecho y radical de palabras que representa el movimiento estudiantil en 1968.

En tercer lugar, el movimiento armado no se lanzó sino en una pequeña parte de vanguardias generalmente pequeñoburguesas. Las reservas del movimiento son aún grandes a pesar de los violentos golpes que ha sufrido. Una reorientación estratégica y táctica radical le permitirá participar en el próximo ascenso del movimiento de masas, en consonancia con ellas y sometido a ellas, y no como su pretendido líder, como en 1968. Finalmente, el gobierno ha fracasado en su política económica. Las altas tasas de crecimiento presentadas por sus estadísticas reflejan un

resultado muy bajo después de cuatro años de crisis, luego de la ampliación del mercado externo, con factores coyunturales, como el precio del café, influyendo en gran medida sobre los resultados, después de los esfuerzos que exigió del país. En pleno auge de crecimiento, la clase obrera tiene 50% de sus ingresos rebajados sin que se pueda aumentarlos sin comprometer la política del gobierno, pues la inflación admitida públicamente es de más del 20%. Por otro lado, la política de exportación y de atracción del capital extranjero se basa en la mantención de los salarios bajos, amén de otras concesiones. Finalmente, el desempleo crece particularmente en el campo, a pesar de las desesperadas medidas para crear fuentes de trabajo.

Ningún gobierno, por más autoritario que sea, por más propaganda que manipule, puede pasar por encima de las leyes de la economía. El capitalismo dependiente no puede resolver los problemas de crecimiento económico para atender los intereses de su pueblo.

Sólo una política de reformas estructurales lo puede hacer. Y esas reformas, como lo vimos, llevan al socialismo o en caso de derrota del movimiento popular conduce a la represión cada vez más violenta: el fascismo. Veamos estas alternativas más de cerca.

7. El gobierno de Ernesto Geisel

Ya en 1972 se inició en Brasil un debate sobre el modelo político brasileño lanzado por Roberto Campos y discutido en la Escuela Superior de Guerra. A pesar de que muchos intelectuales y economistas de izquierda se veían aplastados por el “milagro económico” brasileño, los economistas burgueses y los militares percibían intuitivamente las limitaciones de este milagro. Era evidente que el país no podría mantener las altas tasas de crecimiento que venía presentando. Sin embargo, a pesar de esas tasas excepcionales no se veía un camino de mejoría de los sectores populares ni de afirmación de una economía nacional suficientemente fuerte e independiente para asegurar el crecimiento. Por otro lado, era evidente el desgaste político de gobierno aun en las condiciones económicas excepcionales creadas por el llamado “milagro”. Era pues necesario encontrar un camino político de relajamiento o “descompresión”

que asegurase a la dictadura un mínimo de legitimidad social antes que una situación de crisis económica volviera a agravar el cuadro político. Fueron estos sentimientos mayoritarios en las fuerzas armadas que llevaron a constituir el nuevo gobierno de Ernesto Geisel en 1973 y a presentar un programa de gobierno que pretendía establecer una “apertura democrática” y fortalecer el capital nacional, sobre todo la Industria pesada y mejorar la distribución del ingreso.

Todos los objetivos de Geisel se estrellaron en contra de la profundidad de la crisis económica, social y política brasileña. La apertura democrática condujo a las elecciones parlamentarias de 1974 en las cuales se permitió un mínimo de libertades políticas.

En consecuencia, el Movimiento Democrático Brasileño se sintió autorizado para profundizar las críticas al régimen y atrajo los votos nulos y blancos que habían pesado enormemente en las elecciones anteriores y obtuvo en consecuencia una masiva votación de cerca del 65%. Como se renovaba sólo parte del parlamento esto le permitió rebasar su escaso poder anterior al alcanzar cerca de 40% de la representación parlamentaria. Esto le permitió entrar en una política más ofensiva bajo la presión de jóvenes diputados y senadores recién elegidos, en una fuerte y decidida demostración de la voluntad popular. La respuesta del gobierno fue la represión que cayó primeramente sobre la dirección del Partido Comunista Brasileño. Y en seguida sobre los diputados más combativos del MDB, acusados de haber recibido el apoyo de los comunistas, a los cuales se les desaforó y se les retiró sus derechos políticos. Las elecciones municipales de 1976 fueron sometidas a enormes presiones del gobierno que prohibió la campaña electoral por la prensa, la televisión y la radio. Asimismo, el MDB no presentó candidatos en cerca de la mitad de los municipios del país. Sin embargo, además de ganar masivamente en las principales ciudades del país los sufragios del MDB sumados a los votos blancos y nulos, continuaban expresando una mayoría nacional.

La respuesta del gobierno no se hizo esperar: nuevas prisiones y asesinatos (esta vez se liquidó la dirección del P. C. de Brasil, de tendencia pro-china), nuevas suspensiones de mandatos parlamentarios y de sus derechos políticos y en 1976 la recesión temporal del parlamento y el dictado de un conjunto de reformas políticas que establecen las elecciones

indirectas para los gobernadores de Estado (a realizarse en 1978), permite al gobierno nombrar 1/3 de los senadores y mantiene la censura sobre los medios de difusión.

A pesar de estas nuevas investidas dictatoriales, la oposición no se calló y continuó atacando al gobierno, el movimiento estudiantil tomó las calles de las principales ciudades del país, varios sectores de intelectuales, periodistas, empresarios y hasta banqueros se sumaron a la campaña por el restablecimiento de las libertades democráticas en el país, levantándose incluso la consigna de una constituyente para restablecer la democracia.

El gobierno ha respondido con nuevas suspensiones de diputados y nuevas amenazas que comprometen gravemente la imagen liberal que Ernesto Geisel quiso constituir en torno de su gobierno. La lógica de la apertura es pues la de acentuar las manifestaciones de inconformidad popular y en seguida provocar represalias y nuevos intentos de cierre político dictatoriales. La ultra derecha ya se encuentra en plena conspiración y los elementos ligados al terrible gobierno de Garrastazu Médici preparan una ofensiva fascista de una violencia inaudita en el país. Sin embargo, la ultraderecha no tiene aún fuerza para pasar a la ofensiva y mientras tanto el movimiento popular y democrático avanza a pesar de las represalias del gobierno de Geisel. Las críticas del gobierno norteamericano hechas por el presidente Carter a las violaciones de los derechos humanos favorecen esta ofensiva democrática y es evidente que los intereses norteamericanos trabajan por una salida liberal controlada que permita mantener el timón en manos del gran capital internacional cuando se caracterice el total fracaso de la dictadura.

La crisis económica se manifiesta en una baja de la tasa de crecimiento del 10% al 4% y hasta un posible no crecimiento en 1976, un aumento de la tasa de inflación a cerca del 50% al año, un déficit de la balanza de pagos corriente de cerca de 7.000 millones de dólares, un endeudamiento externo de 30.000 millones de dólares. La profundización de la crisis ha aumentado el descontento popular a niveles explosivos, ha debilitado el apoyo burgués a la dictadura y ha dividido las fuerzas armadas cuyos sectores más modestos son fuertemente afectados por la situación económica.

La gravedad de la situación nos hace creer que se están configurando las condiciones de la gran crisis que preveíamos en 1966, como resultado del fracaso de un nuevo período de crecimiento sin las reformas estructurales necesarias para garantizar un auténtico desarrollo económico del país. Si tenemos en consideración la posible crisis económica internacional que deberá manifestarse en 1978-1979 podemos imaginar la gravedad de la situación brasileña: el encuentro de la crisis económica interna de coyuntura con, la crisis básica de estructura interna y la crisis internacional en un momento de profundización de la crisis de la dictadura militar y su total pérdida de legitimidad frente al pueblo brasileño puede conducir a Brasil a una explosiva situación revolucionaria que difícilmente se podría plantear sin provocar mofa hace 10 o 5 años.

La gravedad de la crisis hace necesario constatar que el fracaso de una salida popular socialista para la misma deberá abrir camino para una ofensiva derechista mil veces superior en barbarie a lo que hemos asistido en esos terribles 13 años de dictadura. Por eso es importante tener en consideración las reflexiones que, sobre el fascismo hacíamos en 1966.

IV. El Fascismo

1. El fascismo. Concepto y situación social

Alemania, Italia y España llegaron tarde al mundo del capitalismo internacional: las dificultades con que tropezaron en su integración nacional las colocaron en posición de inferioridad en relación a las otras naciones capitalistas. Pero las posibilidades abiertas por una intensa industrialización, a fines del siglo pasado, exigían como parte del desarrollo nacional la expansión a todo vapor del mercado externo y la redistribución de las áreas de influencia mundial. Se requería un tremendo esfuerzo nacional para romper estas barreras: Alemania e Italia tuvieron en el fascismo este instrumento de reorganización nacional para la expansión. El fascismo tiene, así, como característica esencial, el ser un movimiento de organización nacional de los países industriales que

llegaron atrasados al mercado internacional, con vistas a expandir su área de colonización y su mercado (Alemania, y en cierta forma Italia). Para garantizar esta voluntad nacional, el fascismo tiene que eliminar todo lo que le parezca una amenaza a esta unidad. El movimiento socialista, por su carácter internacionalista y por la amenaza que representa para el régimen capitalista, es su principal enemigo. El fascismo se consolida históricamente después de un período de guerra civil, en que las direcciones proletarias se muestran desorientadas e incapaces de destruir al régimen capitalista; o bien llegadas al poder por medios legales, capitulan y renuncian, agotando las energías revolucionarias de las masas por una lucha sin fin ni objetivo. Así fue con el socialismo italiano en los años posteriores a la gran guerra; con la social-democracia alemana, desde el fin de la guerra hasta el curso de la crisis del 29; con los socialistas republicanos españoles, en el período entre guerras. La consolidación del fascismo en el poder exige una guerra civil que extermine los liderazgos proletarios y socialistas. Sólo después de esto el fascismo podrá unir la voluntad nacional, expurgando los “venenos de la lucha de clases y del internacionalismo”.

Para que este movimiento tome cuerpo es necesario que existan sectores decadentes o marginales en la sociedad, que formen el núcleo de aglutinación popular contra el socialismo y otros “enemigos de la nación”. En Alemania, los excombatientes y más tarde los desocupados; en Italia, los mismos excombatientes, además del lumpemproletariado de origen agrario; en España, la legión extranjera, los nobles decadentes y el lumpemproletariado. La base social del fascismo es, sin embargo, la pequeña burguesía en crisis de proletarización. Solo cuando obtiene su apoyo y el de la clase media, gana el fascismo el status social y asegura su tránsito y su prestigio en la sociedad. Las bandas de estafadores y aventureros que forman sus núcleos iniciales ganan el título de campeones de la moralidad y de fuente de virtudes cuando la pequeña burguesía se coloca a su lado, con sus prejuicios idealistas y sus pruritos virginales. El crimen se vuelve redención; la brutalidad, autoridad; la rapiña, defensa de la propiedad, en el lenguaje hipócrita de la pequeña burguesía.

Pero para que el movimiento fascista triunfe es indispensable el apoyo del gran capital (a veces del latifundio, como ocurre en Italia y en

España). Es el gran capital el que proporciona los medios económicos para su crecimiento y lo introduce en el área del poder. Para que esto ocurra, es preciso que la gran burguesía ya haya intentado anteriormente todas las soluciones y se vea asustada por la posibilidad de la “anarquía social”, esto es, del movimiento de masas en aumento. Sólo entonces estará dispuesta a pagar las abultadas propinas que los fascistas le imponen al someterla a una burocracia sin escrúpulos, que la saquea a cada momento. En cambio, el fascismo le ofrece los super lucros, consecuencia de la baja general de los salarios de un proletariado aplastado, el apoyo militar para su expansión internacional y las condiciones políticas para un amplio apoyo de masas a sus pretensiones expansionistas, conseguidos a costa de terror y de la propaganda irracionalista.

En los países más atrasados (el caso de Portugal, Italia y España), la organización del capitalismo en torno al estado a través de un sistema corporativo garantiza el desarrollo de los grandes monopolios bajo su sombra y protección. Un capitalismo aún frágil encuentra ahí su punto de apoyo para defenderse del capital foráneo y para extenderse en el país y en las colonias. En Alemania, ya más avanzada económicamente, la organización corporativa trataba de recuperar la economía industrial en torno a la industria de guerra y por la militarización de la economía, y sentar las bases para un dominio mundial.

Las tareas económicas y políticas del fascismo exigen una figura mística, de autoridad nacional incontestable, con un jefe nacional que exprese la unidad volitiva de la “nación”, y que al mismo tiempo se imponga a sangre y fuego sobre ella para garantizar el exterminio de todas las luchas internas. El jefe nacional es el coronamiento material, empírico, visible, audible, de la “unidad nacional”. Tal posición exige evidentemente una personalidad enferma y cínica, pero, al mismo tiempo, una autenticidad en la impostura que le da tonos de genialidad. El jefe nacional, el líder fascista, vive de constantes trucos publicitarios, pero al mismo tiempo cree realmente en su misión histórica y en la legitimidad de todos los métodos que emplea. Esta es la condición para convertirse en la expresión individualizada y corporal de una voluntad colectiva, alejada de sus intereses más vitales y transformada en un fantasmagórico instrumento de los intereses monopolistas e imperialistas.

Esta contradicción entre los intereses monopolistas, a los cuales sirve el fascismo cuando está en el poder, y el carácter pequeñoburgués de su programa preinsurreccional, sólo se resuelve por la expansión imperialista, que unifica, por cierto tiempo, los intereses de todas las clases nacionales, excepto del proletariado revolucionario, a costa del cual se hace, exigiendo por esto su desaparición previa como fuerza política.

El fascismo es, pues, un caso de bonapartismo, cuyas características son exacerbadas, como consecuencia de la amplitud de tareas históricas: el fascismo corresponde al bonapartismo de los países imperialistas. Históricamente, encontramos dos tipos fundamentales de fascismo: un fascismo expansionista (cuya expresión más acabada fue el nazismo, transformándose en su modelo más completo) y un fascismo defensivo, que procura sobre todo asegurar el dominio interno del capital nacional y garantizar mercados coloniales (tendríamos el ejemplo de Italia y, casos aún más defensivos, el fascismo español y portugués).

Terminada la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se transformó en el centro de la reorganización mundial del capitalismo. Mientras tanto, el sistema capitalista en su conjunto pasó a una posición defensiva ante el avance internacional del socialismo. Tal situación llevó a una integración económica (Plan Marshall, BID, FMI, planes de ayuda económica a la India, a países asiáticos y latinoamericanos, etc.) y militar (OTAN, OTASE, Tratado de Río de Janeiro, etc.) del capitalismo mundial, bajo el liderazgo de Estados Unidos. Por esto la lucha de carácter nacionalista implica hoy una lucha antiimperialista, que pone en jaque al propio sistema capitalista internacional y atrae hacia el campo socialista las fuerzas que la sustentan.

Esto hace extremadamente contradictorio al fascismo de los países subdesarrollados, pues para lograr su objetivo de expansión nacional burguesa tiene que chocar con el único seguro de supervivencia del propio sistema capitalista, que es el imperialismo norteamericano. Franco, en España; de Gaulle, en Francia; Nasser, en Egipto, trataron de consolidarse en esta situación ambigua, pero ya no pueden aliarse a la ultraderecha fascista por razones de supervivencia histórica; en el campo internacional entran en choque con el imperialismo norteamericano al buscar una posición intermedia entre el imperialismo y el socialismo;

están obligados a hacer concesiones al movimiento obrero y a la izquierda, a los que no pueden desbaratar sin destruir las condiciones de una economía nacional razonablemente independiente. Esta es una lucha sin gloria y, sin embargo, históricamente necesaria. A pesar de existir un proceso de integración internacional del imperialismo que vivimos en nuestros días, tal proceso de integración se hace a costa de choques violentos, que crean las oportunidades históricas para el avance mundial del socialismo contra la integración mundial, surge la integración regional (Mercado Común Europeo, panarabismo, etc.), y la integración se vuelve contra la integración. El mismo proceso que conduce al choque y a la lucha interna. Por esto, sería precipitado creer que el fascismo perdió todas sus posibilidades históricas: es una tendencia activa dentro del propio proceso de integración capitalista, una posibilidad que es producto del choque entre sus intereses opuestos. Tal tendencia entra en choque con el proceso fundamental de integración, pero es, al mismo tiempo, un resultado de esta integración. Es la posibilidad de estos choques lo que abre el camino al socialismo en los países atrasados. Si la integración fuese un proceso no dialectico y unívoco, sin contradicciones, las posibilidades del socialismo se alienarían a la simple expansión cuantitativa (militar, conquistas, dominio económico) del campo socialista internacional, o a una revolución mundial concomitante en varios países, después de haber madurado las contradicciones de clase existentes dentro de este mundo imperialista integrado; pero esto no ocurre porque hay un desnivel, entre los distintos estados de integración y porque la realización de ésta acarrea contradicciones internas.

2. Posibilidades del fascismo en Brasil

¿Qué representaría una salida fascista en Brasil? Sería el apoyo de la clase dominante a un movimiento pequeñoburgués, antiobrero, que garantizase la represión del movimiento popular en el país. A pesar de que el programa de tal movimiento, como veremos, tenga un carácter nacionalista, para ganar el apoyo de las masas, la gran burguesía estará, en realidad dispuesta a vender estas aspiraciones a cambio de la paz social y de la garantía del apoyo imperialista a su gobierno. Esto significa

que en Brasil existen las condiciones históricas para una organización represiva del Estado y para una organización estatal de la producción, con vistas a garantizar la supervivencia del régimen; pero faltará a este Estado fascista su contenido -la política expansionista-, que entraría en choque con su sustentación internacional³⁵ salvo que una guerra civil terminara en la derrota del movimiento de masas y le concediera al gobierno fascista una tranquilidad interna suficiente para intentar un camino expansionista. Pero en las actuales condiciones internacionales, la guerra civil nacional asume un carácter internacional, y para derrotar al movimiento revolucionario, el fascismo nacional sería insuficiente. Habría que recurrir a la sede económica, militar y política del imperialismo para decidir la lucha, y tal hecho daría al fascismo nacional el carácter de un auxiliar del imperialismo internacional, que le arrebataría su poder dinámico.

El fascismo representa una amenaza creciente originada por el fracaso del actual bonapartismo de cúpula, desmoralizado frente al pueblo. Es innegable que tal movimiento crecería en el país en la medida en que el actual gobierno se muestre incapaz de reprimir efectivamente al movimiento popular y de organizar un sector activo de la población para apoyarlo y difundir la represión. (Los fascistas tendrán un papel importante en la articulación de los nuevos golpes que se anuncian en el país y a través de éstos se harán absolutamente necesarios en un nuevo esquema de poder. De ahí en adelante, el fascismo iniciará la marcha hacia el poder, posiblemente a la sombra del propio gobierno de transición.

35. A partir de 1970, la dictadura brasileña vio una posibilidad de asumir directamente el rol de defensa del continente contra la subversión, papel a que aspiraba hace mucho, conforme aparece en el libro del general Golberi de Couto e Silva, *Geopolítica do Brasil* y en el documento del Estado Mayor brasileño publicado en el semanario *Marcha* en 1969. Esta posibilidad era una consecuencia de las dificultades políticas del gobierno de Nixon de intervenir en América Latina en un momento de gran ascenso del nacionalismo y del movimiento de masas. En tales circunstancias, Brasil tomaría a su cargo la defensa del continente. Movimiento de tropas en las fronteras del Uruguay con motivo del rapto del cónsul brasileño por los tupamaros, intento de alianza con la Argentina en contra del gobierno chileno, envío de un militar brasileño a Bolivia para conspirar contra el gobierno de Torres y estímulo al movimiento separatista de Santa Cruz, del sur de este mismo país, etc., revelan la existencia de una ofensiva de la dictadura brasileña en América del Sur, que se completaría con su política africana de alianza con Portugal y África del Sur. Como ya señalamos esta política se consumó en un intervencionismo abierto en los golpes militares de Bolivia (1971), Uruguay (1973) y Chile (1973).

¿En qué sectores de clase se apoyará el fascismo en Brasil? Ya vimos el papel de los sectores reaccionarios de la pequeña burguesía y de la clase media, que, amenazados por una proletarización constante, producto de la crisis, buscan “salvar” a su clase y a la “nación” que creen representar. Otro sector que es en parte masa de maniobra potencial del fascismo es el subproletariado, las grandes poblaciones de las villas de emergencia y de los campos que no tienen actividades económicas fijas y que, ante su inseguridad social, desarrollan el inmediatismo y el oportunismo que las hace disponibles para el primer grupo audaz y de recursos que las movilice. En su conjunto, las reivindicaciones del subproletariado no pueden ser atendidas por gobiernos fascistas y por tanto el subproletariado como movimiento de masa tiende más a apoyar una política revolucionaria de enfrentamiento con el sistema. Su inestabilidad económica y el bajo nivel de sus necesidades hacen, sin embargo, que sectores importantes de él sean presa fácil de la política reaccionaria, desocupados rebeldes y dispuestos a acciones violentas, sea contra quien fuere. El latifundista, que se ve frente a una marginalización social creciente, que lo arrancó del pedestal de jefe político respetado para convertirlo en el socio más pobre de la burguesía, y que se ve amenazado aun por la revolución campesina, es el otro punto de apoyo importante del movimiento fascista en Brasil. El apoyo (algunas veces hasta iniciativa) del latifundio a la organización del movimiento fascista crea una contradicción con los sectores pequeñoburgueses de la clase media urbana que, a excepción de los más reaccionarios, no están vinculados a esa estructura latifundista. Tal contradicción debilita la capacidad de movilización fascista de esos sectores urbanos, divide el movimiento y reduce su fuerza política.

Como vimos en el punto introductorio, la gran burguesía sólo se aproxima al movimiento fascista cuando éste comienza a presentarse con un potencial fuerte y cuando ella no ve otra salida para la crisis. Entonces la burguesía impulsa al movimiento fascista y lo transforma en su instrumento político, prestándole condiciones para llegar al poder. En este momento histórico se produce un cambio de calidad del fascismo y él provoca generalmente una división interna dentro del movimiento, entre los sectores que quieren llevar adelante el carácter pequeñoburgués

de su programa y los líderes oportunistas que se disponen a asegurar el apoyo de la masa dentro de las nuevas necesidades programáticas. En el caso brasileño, la gran burguesía está constituida básicamente por el capital imperialista y algunos grupos nacionales ligados a él: para llegar al poder, el fascismo tendrá que romper con su programa nacionalista y aceptar el programa imperialista. Tal paso es posible porque el fascismo en Brasil es mucho más defensivo que ofensivo. Su objetivo es menos el de la expansión nacional que el de la “Salvación nacional”; su objetivo es básicamente el de impedir una revolución popular, en lo cual se confunde con los intereses imperialistas. Este matrimonio espurio tendrá un hijo también espurio, que sería un régimen fascista meramente represivo y, por tanto, incapaz de alcanzar la unidad nacional que el fascismo europeo alcanzó. Sería, por tanto, un régimen francamente sometido a frecuentes crisis, mientras el país, como un gigante herido, se debatiría desesperado, en medio de un diario debilitamiento.

3. Límites del fascismo en Brasil

Antes de que esta terrible pesadilla pueda materializarse, muchas aguas tendrán que correr. Si bien el fascismo es una tendencia viva en la actual situación del país, existen otros factores cuya acción lo debilita y aumenta las contradicciones internas que lo dilaceran: son las dificultades de conciliar los intereses económicos de la pequeña burguesía y la clase media con el latifundio y de conciliar el mínimo de aspiraciones nacionalistas de la pequeña burguesía y la clase media con la gran burguesía imperialista. Como en la situación actual estas contradicciones ya actúan, el movimiento fascista encuentra grandes dificultades para desarrollarse como fuerza política. Veamos estas dificultades.

En primer lugar, el movimiento fascista se identifica, quiéralo o no, con el actual gobierno “revolucionario”. A pesar de tratar de presentarse como una oposición “revolucionaria” a los traidores de la “revolución”, no puede evadir su papel dentro del actual gobierno ni puede romper totalmente con él, pues quedaría con el mínimo de recursos para actuar y no podría resistir una represión. Ante todo, no puede abandonar al actual gobierno y arriesgarse a permitir la derrota del mismo por los

liberales. Tiene que sufrir, pues, toda la carga de la impopularidad de la “revolución”. Esta impopularidad no se limita a la clase obrera, al estudiantado, a los intelectuales progresistas, al campesinado y a trabajadores en general; también la pequeña burguesía y la clase media sufren las consecuencias de la crisis económica y de la política económica. Por más que el fascismo trate de presentarse como una oposición a la actual política económica, no obtiene la confianza de la pequeña burguesía y la clase media desesperadas, que culpan, como no podía dejar de ocurrir, al gobierno actual por el aumento del costo de la vida, por la caída de los negocios, en resumen, por la crisis general. La imagen de una crisis producto de la agitación provocada por un gobierno izquierdista, ya fue violentamente destruida en la práctica social. Es la propia derecha la que asumió la responsabilidad por el aumento del costo de la vida, por las quiebras, en suma, por la crisis. Como vimos en la parte referente al bonapartismo de izquierda, el gobierno de Goulart, siendo un gobierno burgués, trató de aplicar esta misma política de estabilización. Para que el país pudiese entrar en una senda de progreso y democracia, sólo restaba (y solo resta aún) una salida revolucionaria socialista. Pero la izquierda, llena de ilusiones y celos, servía de sustentación al golpe burgués, que se dirigía exactamente contra ella misma (el golpe bonapartista de Goulart sólo podría concretarse con la destrucción del esquema político de la izquierda como se vio claramente en la crisis del estado de sitio). Pero la izquierda se salvó de esta aventura no solamente por las dificultades internas de la salida bonapartista, sino también por el golpe de abril de 1964.

El golpe de abril dismanteló el esquema reformista y abrió camino a una izquierda de nuevo tipo, revolucionaria, opositora, insurreccional, que no está comprometida con un gobierno inepto que hizo alejarse de él a las masas pequeñoburguesas y de clase media. El fascismo perdió así su gran oportunidad de movilización, aun cuando no era suficiente para garantizar su victoria debido a las contradicciones internas que lo debilitaban. En aquel momento conseguía atraer grandes masas de la pequeña burguesía y de la clase media, como vimos en ocasión de las Marchas de la Familia y de los grupos de choque contra el congreso de la CUTAL, contra las conferencias de

João Pinheiro Neto, Paulo de Tarso, Brizola, etc. Pero la motivación básica de aquellas movilizaciones (la responsabilidad del gobierno de “izquierda” por el aumento del costo de la vida, por la crisis, por la agitación y por la amenaza a la democracia) se vuelve hoy contra la propia derecha. Y ésta sólo tiene en sus manos las banderas de la represión de los “subversivos” y “corruptos” y de la oposición indefinida y poco convincente a la política económica del gobierno. En contrapartida, está comprometida con las medidas antipopulares de la “revolución”, del terror y de la amenaza a la democracia, todo esto mezclado con una profunda crisis social. Si el fascismo ya encierra dentro de sí grandes dificultades estratégicas, mayores aún son sus dificultades tácticas. Continuemos enumerándolas. El movimiento fascista sufre de falta de liderazgo. Es natural en una fase de crecimiento: todo movimiento político tiene carencia de líderes, que están en embrión y no encuentran medios de acceso a las masas; a pesar de todo, el fascismo ya tiene esos líderes, el principal de ellos es Carlos Lacerda. Tales líderes están, sin embargo, temerosos de seguir el camino fascista, precisamente debido a las dificultades internas que lo paralizan. Presionados entre la necesidad del apoyo imperialista y la imagen nacionalista que tienen que presentar a su base política potencial, se desgastan en marchas y contramarchas, en radicalizaciones sucedidas por desmoralizadoras conciliaciones, etc. Los líderes fascistas se encuentran con dificultades (debido a su tradición de acuerdos y arreglos) para dar el paso decisivo e integrarse a su nueva condición. Se sienten inseguros, y con cierta razón, para dar este paso, que puede representar su liquidación política si perdieran el apoyo de que disponen todavía en el gobierno que los sustenta materialmente.³⁶

36. Este fue el comportamiento típico de Lacerda, hasta que la derrota en los comicios de la provincia de Guanabara le impidió continuar la conciliación. Después de un período de recomposición, volvió a la carga con el artículo: “Naturaleza, crisis y direcciones de la revolución brasileña”, publicado en el Cuaderno Especial del *Jornal do Brasil*, del 3 de abril de 1966. En este artículo, Lacerda revela una aguda conciencia de las necesidades de su liderazgo fascista: ataca de frente al gobierno de Castelo Branco, especialmente por su política económica impopular; ataca al entreguismo y afirma su posición “nacionalista en términos de potencia nacional; acepta la necesidad de una base popular para el gobierno y plantea la necesidad de un líder capaz de aglutinar la voluntad nacional (él). Al mismo tiempo Lacerda revela cierta conciencia de su misión específica como líder de un movimiento fascista, al tratar de crear una organización partidaria nueva (PAREDE), rehuendo a la identificación con el movimiento gubernista (ARENA) o con la

Esta situación es muy semejante a la vivida, del otro lado político, por Brizola en el gobierno de Goulart. Limitado por su tradición pequeñoburguesa y laborista, Brizola temía dar el paso en dirección hacia un liderazgo revolucionario de masas: tal ambigüedad fue fatal para su liderazgo.

Estas contradicciones de liderazgo conducen a una tercera dificultad en el movimiento fascista: la incapacidad de organizarse a un ritmo suficientemente rápido para responder a las necesidades de lucha. La indecisión de sus líderes, la desmoralización de sus palabras de orden, la dificultad de crear una táctica independiente del “gobierno revolucionario” impiden al movimiento dar un paso más definido en el sentido de su organización independiente. Tal paso podría conducirlo a un aislamiento aún mayor que el que él sufre y debilitaría a la “revolución”. Se suceden, pues, las siglas: LIDER, COB, PAB, CAMDE, etc., pero falta la unidad de concepción orgánica y la audacia de movilización que les permitan crecer.

A esas dificultades se suma una cuarta: el miedo al espectro del movimiento de masas. El fascismo sabe que el movimiento de masas no está muerto, que puede renacer en cualquier instante. Pero su concepción policial del mundo se desmorona frente a esa reorganización clandestina e invisible. ¿Cómo luchar con un fantasma difuso, esparcido en los rincones de la vida social, en la más recóndita e inocente conversación de fábrica, en el bar, en la esquina, en las tiendas, en el vehículo de movilización, en la hacienda, en la carretera? Es el monstruo que se desplaza por canales inesperados y arrasa con la moral de sus enemigos. El

oposición libertad (MDB). El sentido contrarrevolucionario de su liderazgo satura todo el artículo y se expresa claramente al definir el verdadero carácter de la opción nacional: “La masa popular brasileña va a hacer la revolución. Esta será antiamericana, en la medida en que los norteamericanos se beneficien con el gobierno de Castelo Branco. Será antimilitarista, en la medida en que el Ejército se deje identificar con el gobierno de Castelo Branco. Será totalitaria, en la medida en que el gobierno de Castelo Branco desacredite a la democracia ante el pueblo. Pero podrá ser democrática (las palabras “democrática” y “totalitaria” son usadas aquí con un falso sentido; por democrática, el autor entiende el régimen burgués, y por totalitarismo la democracia socialista); podrá no ser hostil a la colaboración extranjera (aquí se revela el carácter táctico-demagógico del nacionalismo fascista que ya destacamos) en la medida en que el resto de los cuadros políticos y lo que podría llamarse la élite del Brasil se decidieran a repetir lo que comenzó con la elección de Janio Quadros: la revolución hecha por la mano del pueblo”. Lacerda trataba, así, empíricamente, de buscar la conclusión a que este libro llega: la opción brasileña está entre el socialismo y el fascismo. Lacerda, citando a Hitler, Mussolini y Salazar como modelos, se presenta como el líder de la opción fascista.

fascista dice: “¡La amenaza está ahí!” Pero no puede materializarla, no puede mostrar dónde está y cómo atacarla. ¡Es desesperante! Y cuando este monstruo se alce, al unir sus partículas separadas para ganar una vida unitaria y consciente, será tarde. Este es el drama del fascismo, drama que le roe los nervios, que lo incita a la acción desesperada, pero que al mismo tiempo lo paraliza. Como conclusión podemos decir que sí existe una amenaza fascista creciente en el país, pero está limitada por poderosas contradicciones internas que desorientan su estrategia y su táctica políticas. Vimos también que un matrimonio entre intereses tan contradictorios abortaría un régimen monstruosamente incapaz, que sólo sobreviviría en la incubadora del imperialismo. Tales conclusiones nos muestran que el socialismo se agigantará a su lado, como posibilidad histórica y como movimiento real.

4. El crecimiento del fascismo

Los años que siguieron a la redacción de este capítulo en 1966 confirman ampliamente sus conclusiones en 1968. Por una parte, el fascismo ha crecido enormemente en el país y, por otra parte, este crecimiento revela sus limitaciones intrínsecas. En lo que respecta a su crecimiento los datos son alarmantes: el Comando de Caza a los Comunistas (CCC) se transformó en la principal organización paramilitar de derecha del país. Su lema es: “Por cada demócrata muerto, mataremos cinco comunistas”. En carta al gobernador del estado de São Paulo. Abreu Sodré, declararon: “Si nuestras autoridades enmudecen, si demuestran omisión frente al peligro inminente, el CCC no será un grupo de patriotas apenas, sino todo el pueblo brasileño, civiles y militares, que abrirá los caminos de marzo de 1964, para expurgar de nuestra tierra a los comunistas enemigos y traidores del Brasil”.

En declaración a la prensa, afirmaron: “Somos una organización paramilitar bien estructurada. Eventualmente contamos con elementos de otras organizaciones de derecha, con los cuales se mantiene pleno entendimiento filosófico”.

Algunas de ellas son el MAC (Movimiento Anticomunista), que actúa en Río y São Paulo; el FAC (Frente Anticomunista), de las provincias

del estado de São Paulo y Norte del estado de Paraná, y la FUR (Frente Universitario Revolucionario), de Río.

La acción de estos grupos hasta el momento se compuso además de varios actos de terrorismo en contra de personas e instituciones, de acciones de masa, como el ataque de los estudiantes de la Universidad Mackenzie contra la Facultad de Filosofía de São Paulo, que prácticamente ha destruido su antigua sede en el centro de São Paulo donde funcionaban entre otros dos cursos de ciencias sociales y el centro de alumnos. La reciente denuncia del gobernador del estado de São Paulo, sobre la existencia de un golpe derechista que eliminaría físicamente el liderazgo de izquierda, involucró a personajes de la aeronáutica y, particularmente, a las fuerzas del Para-Sar (Unidad de Salvamento de las Fuerzas Aéreas), que serían los responsables por los actos de terror. Se habla hoy día en los círculos derechistas del “esquema indonesio” para Brasil. Es decir, la eliminación física de millares de revolucionarios.

Todas estas cosas dan un carácter terriblemente realista y concreto a los análisis que este libro presenta. Por otro lado, el movimiento fascista no ha encontrado todavía un liderazgo consciente. Lacerda continúa vacilante y buscando apoyo en sectores liberales a través del “frente amplio”, que terminó al ser extinguido legalmente por la presidencia de la República. Pero, dada la situación de creciente tensión, parece que no faltarán los líderes y la creciente unidad orgánica para poner en acción una campaña de movilización fascista en el país.

En 1971, la situación se presenta diferente. El Acta Institucional Núm. 5, decretada por el gobierno de Costa e Silva en diciembre de 1969, disminuyó en buena parte las presiones fascistas al asumir el gobierno su programa. La restricción a la libertad de prensa y editorial hasta sus últimas consecuencias; la suspensión total de los derechos individuales; la intervención violenta de las organizaciones de masa; la represión violenta contra los revolucionarios y su extinción física en las calles o en las prisiones, la utilización de un aparato policial que unifica las fuerzas armadas, la policía y los grupos derechistas para realizar tales tareas con plena libertad de movimiento, todos estos hechos han permitido institucionalizar el fascismo abriendo un

camino que no esperábamos en 1966 o en 1968, cuando escribimos las partes anteriores de este libro. Se trata de la posibilidad que se está dando: que la dictadura militar se convierta en un régimen fascista sin pasar por una guerra civil abierta. La guerra que se produjo en Brasil desde 1968 ha sido hasta el momento un enfrentamiento entre revolucionarios y las fuerzas represivas. La intensa participación popular de 1967-68 logró evitar una masacre por parte de la represión debido a su amplitud. Los choques entre las masas y la policía especializada, y entre grupos de la población y grupos fascistas, fueron simples *premieres* de las verdaderas luchas que tienden a producirse en el país.

Para enfrentarse a esta situación, el gobierno creó, sin embargo, sus SS³⁷ unificadas en el plano nacional, su servicio nacional de inteligencia para espiar a sus opositores y a sus propios aliados, para influir la opinión pública en las direcciones buscadas, creó aun su comando de seguridad nacional para unificar los criterios represivos de la política gubernamental.

Los grupos de derecha han disminuido, así, sus acciones propias confiando en la represión institucionalizada. El fascismo brasileño, por su carácter defensivo, tiende, así, a verse representado mucho más por una estructura burocrática que por un partido.

Su contenido ideológico se hace bastante pequeño y grotesco; la afirmación nacional se hace a través del fútbol, del carnaval y de la explotación de tierras vírgenes del Amazonas (para entregarlas al capital extranjero, principal beneficiado por esta expansión territorial); la política externa logra ganar cierta independencia relativa sólo en tanto se liga a los Estados más repudiados del mundo, como Portugal y África del Sur; el crecimiento económico que presenta es más representativo de una gran aventura económica que de un desarrollo sólido. Es, pues, un régimen cuya euforia se apoya en una propaganda capaz de magnificar todo lo que sea inútil y grotesco, pisoteando a un pueblo hambriento, explotado y oprimido.

37. Uno de los oficiales responsables de las torturas a los prisioneros de la prisión de Linhares, en Minas Gerais, se consideraba con orgullo ser parte de las SS Brasileña, según testimonio de uno de los prisioneros. No se trata de un caso aislado.

A través de los cursos de educación cívica se intenta ganar hacia el nuevo régimen a los niños de las escuelas primarias y secundarias. Así también a los estudiantes, con campañas de movilización que buscan antes conquistar su simpatía hacia el régimen que solucionar problemas reales (caso de los proyectos Rondón, Mobral, etcétera).

Se trata de formar una generación fascista en Brasil, buscando capitalizar al máximo los dos años de crecimiento económico, importante para consolidar el régimen “revolucionario”. Se trata también de eliminar las contradicciones entre una política dictatorial y la ideología liberal de sus ejecutores, así como la base institucional aún influida por el viejo orden liberal. El desarrollo de la situación obliga al sistema a defenderse por la fuerza, llevándolo progresivamente a constituirse no ya en un gobierno transitorio, sino en un régimen permanente: el fascismo.

Si los hechos han modificado en parte las formas de desarrollo que esperábamos, por otro lado, han confirmado totalmente las tendencias que apuntamos. Si el fascismo brasileño logra resolver algunas de sus contradicciones, aunque sea transitoriamente a través de falsas síntesis, y superar los próximos embates que deberá tener con las masas violentamente aplastadas por su política, podrá encontrar una sólida base.

Se hace necesario, pues, analizar el movimiento popular y la alternativa que propone para poder establecer bases correctas de previsión de los próximos acontecimientos.

5. Nota de 1977

Como hemos señalado anteriormente al analizar el gobierno de Ernesto Geisel hubo algunos retrocesos en el intento fascista y volvió al poder el grupo de Castelo Branco que intentó una “apertura política”. Sin embargo, vimos las dificultades de esta apertura sobre todo porque ella permitió constatar la repulsa de las mayorías nacionales a la dictadura, sobre todo en las elecciones de 1974 y 1976. En consecuencia, el régimen ha acentuado sus medidas represivas sin lograr atemorizar un pueblo que toma conciencia de que representa una mayoría democrática.

V. El socialismo

1. *Desarrollo histórico*

El concepto de socialismo y el movimiento real que lo sustenta tiene una tradición más que secular.

Durante este lapso fue objeto de discusiones y controversias que correspondían a la diversidad de tradiciones históricas nacionales y regionales, de condiciones económicas y de realidades sociales a las cuales tuvo que adaptarse. Esto no impide, sin embargo, que podamos definirlo como categoría abstracta, que resulta de las condiciones generales de desarrollo de la sociedad capitalista contemporánea. El capitalismo realizó una profunda revolución social: unió el trabajo disperso en la producción individual, artesanal y campesina, en grandes fábricas, aumentando de manera hasta entonces inconcebible la productividad del trabajo humano. Al realizar esta revolución en las fuerzas productivas, el capitalismo generó, sin embargo, las condiciones de su propia superación. El trabajo colectivo, base del nuevo régimen de producción, se alzó violentamente contra la propiedad privada que lo desarrollara, pero que transformó, al mismo tiempo, su potencia creadora en potencia del capital y del capitalista y no en potencia de la sociedad en su conjunto. El productor —el trabajador— se vio dominado por su propio producto, convertido en propiedad privada, en objeto de lucro, en parte del capital. Tal circunstancia histórica creó una situación nítidamente revolucionaria. La revolución productiva exigía una revolución en las formas de propiedad y convivencia social. El trabajo colectivo exigía su correspondiente global, que es la propiedad colectiva de los medios de producción.

Es ésta la situación básica que está detrás de todos los acontecimientos revolucionarios del mundo actual. Así como el siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX asistieron a una sucesión de revoluciones burguesas que destruyeron las supervivencias de la antigua sociedad feudal, que se oponían al desarrollo de la nueva sociedad capitalista, la segunda mitad del siglo XIX y el siglo XX asisten a la lucha de la nueva sociedad socialista contra los obstáculos capitalistas al desarrollo. Este hecho pasó a amenazar las revoluciones burguesas con un radicalismo proletario.

En la Revolución Francesa, el gobierno revolucionario de Robespierre amenazó la propiedad privada y se apoyó en los pequeños propietarios de París. En Francia, en 1832, fueron estas mismas clases las que derribaron al gobierno reaccionario de Luis Felipe. En Francia y en Alemania, en 1848, fue nuevamente la acción revolucionaria de esas clases la que instituyó el régimen democrático. En todas esas oportunidades quedó patente que la revolución burguesa y la revolución proletaria marchaban juntas y que la segunda amenazaba a la primera en su desarrollo. En 1871, la comuna de París se levantó contra los acuerdos del gobierno burgués con la monarquía prusiana y organizó por primera vez en la historia un gobierno proletario que duró solamente dos meses.

Después de la sangrienta represión de la Comuna de París, el movimiento obrero resurgió muchas veces más fuerte en torno a la II Internacional formada por los partidos socialistas de Europa Occidental. La revolución socialista se presentaba entonces como oposición a la burguesía dentro de su propio régimen parlamentario. La perspectiva de una vía parlamentaria para el socialismo se consolidó dentro del movimiento socialista en torno al revisionismo, cuyo principal teórico fue Bernstein. En febrero de 1917, en Rusia, el zarismo caía bajo el impacto de la acción revolucionaria de los obreros y soldados de origen campesino. Pero el régimen que resultó de la revolución de febrero tenía la forma espuria de un poder doble -el poder de la burguesía que se conciliaba con los residuos de la monarquía y con los reformistas y el poder proletario y campesino, organizado en los soviets, que al principio estuvieron en manos de los socialistas reformistas. La Revolución Rusa de octubre de 1917 puso fin a esta dualidad de poder; entregándolo a los soviets de obreros, soldados y campesinos que estaban bajo la dirección de la facción revolucionaria del socialismo: los bolcheviques dirigidos por Lenin.

Para los líderes de la revolución bolchevique, ésta era la iniciación de la revolución europea. Después de una guerra civil victoriosa, en que la contrarrevolución interna fue apoyada por tropas de los más diversos países, los líderes de octubre organizaron la III Internacional y aguardaron ansiosos la revolución en Alemania. Los sucesivos fracasos de la revolución en Alemania, en 1919, en 1921, en 1923 y en otros países, como Hungría en 1919, crearon una nueva situación histórica.

Stalin, por un lado, afirmaba la necesidad de consolidar la “revolución en un solo país” para garantizar la revolución mundial. Trotsky, por otro, afirmaba la necesidad de la revolución mundial, para garantizar la revolución en la Rusia atrasada. La victoria de Stalin y la nueva sucesión de derrotas de la revolución socialista, ya por el fortalecimiento del fascismo en Italia, ya por el fracaso de la revolución española, ya por los fracasos de los frentes populares antifascistas en todas partes, crearon en la Rusia una situación de desesperanza. Su progreso económico era conquistado a sangre y fuego: la burocracia crecía, la revolución proletaria parecía estancada.

La Segunda Guerra Mundial mostró las poderosas energías del socialismo mundial que renacía en la gesta de Stalingrado y de la ofensiva soviética, bajo el liderazgo de los movimientos de resistencia de toda Europa y del Ejército Rojo de MaoTse-tung. El nuevo impacto de la revolución socialista que estaba en las entrañas de la Segunda Guerra Mundial trajo el socialismo a Yugoslavia y China, y a Europa Oriental. Bajo el impacto de la Revolución China se despertó el movimiento de liberación en Asia y África, y de este movimiento nacen Corea del Norte y Vietnam del Norte socialistas. El mundo se dividía en dos campos opuestos: el socialismo, dominando un tercio de la población mundial, y el capitalismo, dominando los otros dos tercios, pero bajo el impacto de sucesivos movimientos revolucionarios. El socialismo vuelve, impulsado por el viento de la revolución oriental, a las playas de occidente. Será en América Latina donde surgirá su primer punto de apoyo en occidente, la Revolución Cubana, y con ella un furor revolucionario barre a América Latina. El socialismo es hoy un mundo multiforme. Dentro de él están países que recién emergen de la comunidad primitiva, como Zanzibar; hacia él convergen culturas seculares, como el mundo árabe; bajo las bases de una civilización milenaria como la china, se yerguen las comunas populares; países desarrollados, como la Rusia y Checoslovaquia, forman otro sector. Su estrategia y su táctica se multiplican desde los países europeos avanzados, donde persiste un régimen parlamentario, hasta las guerrillas latinoamericanas, asiáticas y africanas, donde incorpora un campesinado hambriento dentro de los más diversos regímenes económicos y políticos. La revolución

socialista adquiere, así, dimensiones mundiales, mientras que la contrarrevolución también se universaliza en torno a su centro: Estados Unidos.

La experiencia del socialismo en un solo país fue seguida por el socialismo en una sola área, pero ambos no pasaron de ser pequeños momentos de un proceso mundial. Es cierto que el socialismo se encontraba ante su prehistoria y traía dentro de sí muchos de los vicios de estructuras atrasadas que él va destruyendo. No puede encuadrarse, sin embargo, en este marco restringido, y vuelve, pasando por la revolución en los países subdesarrollados, a los grandes países capitalistas. El pueblo norteamericano, por ejemplo, siente cada vez más en la práctica la contradicción entre los intereses imperialistas, que presiden el destino de su país, y sus propios intereses y se levanta en movimientos cada vez más fuertes contra la intervención en Vietnam y en otros países, en busca de una política de paz que garantice la vida de sus hijos, amenazada en todas partes por pueblos desconocidos, en una rebelión interminable. El mundo vive hoy una encrucijada histórica que se definirá por la victoria del socialismo en el plano mundial o por la guerra imperialista. Esta opción está determinando las acciones humanas en los puntos más distantes del globo, muchas veces sin que las personas la perciban. Las calumnias que la burguesía lanzó contra el socialismo se van respondiendo con el avance económico, social y político de los países socialistas. ¿Quién, hoy, con un mínimo de conocimiento, puede creer que el socialismo lleve a la prepotencia, a la tiranía, a la destrucción de la familia (entendida no como una familia patriarcal, arcaica o injusta que hace mucho tiempo está siendo destruida por el propio capitalismo), a la persecución religiosa, etc.? Todos estos mitos se van destruyendo con el ejemplo de una sucesión de países que, aunque estén económicamente atrasados, presentan niveles morales y culturales mucho más altos que los países más adelantados del mundo capitalista, ahogados por la *dolce vita*, la criminalidad juvenil, la prostitución, la criminalidad en general. La democracia occidental degenera cada vez más en gobiernos fuertes, agresivos dominados por grupos militares, instrumentos de los grandes monopolios. La televisión, el cine y todos los medios de información se caracterizan por un llamado constante a los instintos agresivos

del hombre. Este clima de degeneración y decadencia es insoportable. Ningún régimen puede sobrevivir dentro de él. El hombre precisa superarse, es conducido necesariamente a superar esta situación. El socialismo es, así, cada vez más, una salida necesaria a la humanidad. Una salida económica, política, social, cultural y moral.

2. Límites del socialismo en brasil

Para comprender los límites y posibilidades del socialismo en Brasil debemos hacer un esbozo de las condiciones históricas en que se desarrolló el movimiento popular. Esta exposición debe partir del estudio de los factores que impiden el pleno desarrollo de las fuerzas sociales revolucionarias, para después captar sus posibilidades históricas. La exposición será, sin embargo, incompleta, pues exige un análisis más profundo, que reservamos para un próximo libro.

El proletariado brasileño surgió a comienzos de este siglo, constituido por artesanos, exesclavos y emigrantes, sobre todo italianos y españoles. Culturalmente avanzados y con una tradición política ya arraigada, fueron esos emigrantes los que orientaron los primeros pasos del movimiento obrero brasileño. El anarquismo traído de Europa, que pregonaba la destrucción del Estado, del militarismo, de la Iglesia y de la familia, fue la primera ideología del proletariado brasileño. Este movimiento anarquista, que se adaptaba al carácter atrasado de nuestra industria y nuestro proletariado, constituido por artesanos y pequeños propietarios, dominó con violentas manifestaciones de masa el movimiento obrero brasileño hasta los años 20. Su punto más alto fue la huelga general de São Paulo, en 1977, que controló toda la ciudad y parte del interior. El fracaso político de esta huelga, cuya principal reivindicación (8 horas de trabajo) fue aprobada para conseguir la paralización del movimiento, pero siendo anulada enseguida debido a la brutal persecución de sus líderes, provocó una autocrítica del movimiento obrero.

Esta autocrítica incluyó el fracaso de las sucesivas huelgas, que continuaron en los años 1918 y 1920, y el estudio de la Revolución Rusa de 1917 y llevó a la creación del Partido Comunista de Brasil en 1922; la historia de este partido sigue un crecimiento orgánico dentro del movimiento

obrero hasta 1930, cuando se ve ante la revolución burguesa nacional. Será la adhesión al PCB del líder del movimiento tenentista, Luis Carlos Prestes, lo que cambiará profundamente el contenido de este partido e iniciará un ciclo de dominio del movimiento obrero brasileño por la pequeña burguesía radical, y, a través de ella, por la burguesía industrial, dominio que se prolongó hasta nuestros días. En realidad, con la entrada de Prestes al PCB, no fue el prestismo el que adhirió al PCB, sino que fue el PCB el que adhirió al prestismo, ideología de la burguesía revolucionaria. Los dramas, farsas o tragedias de 1935, 1945, 1947, 1954 y 1964, al alternarse las líneas más izquierdistas con las más derechistas, fueron el resultado de este proceso. Después de haberse negado a participar en la revolución de 1930, cuando las energías revolucionarias del país estaban en auge, el PCB defendió en 1935 la tesis de la unión de las fuerzas progresistas del país en torno a la Alianza Nacional Libertadora, para realizar la revolución burguesa. Pero la burguesía ya estaba en el poder y podía continuar la revolución burguesa por métodos autoritarios; el resultado fue el fracaso del levantamiento de 1935.

En 1945, Prestes predicaba la Unión Nacional en torno al dictador Getulio Vargas, que se encontraba en decadencia frente al movimiento democrático en crecimiento. La consigna era “la Constituyente con Getulio”, que incluía la petición a los trabajadores para que se apretaran los cinturones y no pidiesen reivindicaciones para no poner en peligro la unión de todas las fuerzas democráticas, del país contra el fascismo.

Después de la caída de Vargas, que no afectó al PCB como se suponía, el partido continuó la defensa de la Unión Nacional: vía legal, pacífica y antiguerra civil, que uniría a todos los brasileños, incluso a los patrones, *latifundistas* y al propio capital *extranjero* que, según Prestes, había cambiado de contenido como consecuencia de la unión de las democracias occidentales con el socialismo. Esta fase terminó con el cierre del PCB en 1947.

La nueva línea, en la fase de rompimiento internacional y nacional, comenzó con un llamado al presidente Dutra para renunciar y continuó con el manifiesto de agosto de 1950, que incitaba al país a la insurrección. Este llamado no disponía de ninguna base social, pues ocurría en el momento en que la burguesía realizaba la tentativa nacionalista, en

el segundo gobierno de Vargas, contra el cual el PCB se colocó al lado de Lacerda, calificando de “gobierno de traición nacional” al gobierno que creó la Petrobrás y llevó al extremo la lucha nacionalista en el país. Tal línea desapareció con el suicidio de Vargas y determinó un cambio de ciento ochenta grados. Este cambio acabó transformando al PCB en un partido nacionalista que en adelante servirá de apoyo, dentro del movimiento obrero y pequeñoburgués nacionalista, al desarrollismo de Kubitscheck, al movimiento nacionalista, y por último a la tentativa bonapartista de João Goulart. Este fue su último fracaso al parecer; después de él la clase obrera brasileña ha madurado demasiado para entregarse a un liderazgo de este tipo y comprende lo que debe ser un verdadero partido comunista.

Si el PCB, que era el partido más organizado y más ideológicamente definido en la izquierda brasileña, siguió tal camino, ¿qué se podía esperar de la conciencia política de nuestro proletariado? En 1935, el movimiento sindical comunista fue destruido a sangre y fuego y sustituido por un sindicalismo ministerialista, que introdujo el “getulismo” en la clase obrera y dio a la burguesía una poderosa palanca dentro de la clase obrera.

Este control fue ampliado en 1944, cuando Prestes se alió a Vargas, y en 1946, cuando el PCB hacía un llamado a la “unión nacional” y a la conciliación de clases, aún más pacifista que el propio “trabalhismo” getulista. Las masas desorganizadas pasaron a agitarse en torno a líderes populistas, que seguían el ejemplo de Vargas.

Fuera de los “ademaes”, los “janios” y “jangos”, la clase obrera brasileña no encontró otra forma de expresión política organizada que el movimiento sindical; éste fue su punto de apoyo. Pero el movimiento sindical estaba en las manos del gobierno, a través del control ejercido por el Ministerio del Trabajo. La clase obrera entraba, así, por la puerta de servicio del poder y recibía los restos de comida. Todo esto impidió la organización independiente de la clase obrera brasileña, tanto en el plano sindical como en el político. En Brasil, en 1966, aún no existe un partido obrero. Como veremos en las actuales condiciones, en que el viejo liderazgo amarillo (“pelego”) mostró sus límites, en que los dirigentes burgueses revelaron su carácter de clase y en que la clase obrera fue

arrojada violentamente a la oposición, acabaron de madurar las condiciones para la formación de este partido. La contrarrevolución de abril prepara históricamente su antítesis.

3. El nuevo proletariado y la crisis

Desde que se implantó la industria de base en Brasil, comenzaron a desarrollarse las condiciones de superación de los obstáculos a la organización independiente del proletariado brasileño. El dominio ideológico organizativo y político de la burguesía y de la pequeña burguesía sobre aquél, era producto de las propias condiciones de la revolución burguesa en el país. En primer lugar, el proletariado que se desarrolló en los años 30 era en su mayoría de reciente origen rural. Tal marca de origen dificultaba el desarrollo de su conciencia de clase y lo acomodaba fácilmente a los salarios bajos que recibía, pero que le daban condiciones superiores a las que podría disfrutar en el campo. Su reciente salida de una estructura familiar patriarcal, donde el patrón era al mismo tiempo jefe y padre, lo hicieron transferir hacia los empresarios y los jefes políticos urbanos esa imagen que aprendiera a respetar. La propaganda varguista se aprovechó muy bien de esto, transformando a Vargas en “padre de los pobres”, en el cual se proyectaba el paternalismo del jefe de familia, del patrón y del jefe político local. Además de esto, las nuevas generaciones obreras que se formaron estaban históricamente separadas de la tradición de lucha de las décadas del diez y el veinte. Así, las concesiones realizadas por el gobierno de Vargas les parecían una dádiva bondadosa que debían agradecer. El sindicato era un órgano paternalista, donde obtenían asistencia médica, jurídica y dental. Todos estos factores acrecentaban el dominio ideológico y organizativo de la burguesía sobre el movimiento obrero.

Pero el tiempo fue cambiando esta situación. Se creaba una nueva tradición de lucha y reivindicaciones que, a pesar de su carácter reformista y de su horizonte político nacionalista, hacían nacer en el proletariado la conciencia de su fuerza y de sus derechos. La necesidad que los políticos burgueses manifestaban de ganar sus votos mostraba que su papel político era más importante de lo que pareciera al principio a estos hombres

acostumbrados al aislamiento rural. La vinculación de su lucha contra el aumento del costo de la vida, a la reforma agraria y a la lucha contra las remesas de lucro; de la lucha por la liberación sindical a la lucha contra la derecha; de sus luchas económicas a la lucha contra las políticas económicas de los gobiernos: todos estos factores fueron generando una organización y una conciencia cada vez más fuertes en el movimiento obrero.

El desarrollo industrial, si bien atraía antes mano de obra rural a los sectores más atrasados, pasaba ahora a reclutar la mano de obra especializada para las industrias modernas de las nuevas generaciones de hijos de obreros. Surgían grandes industrias en condiciones de producción más modernas, congregando masas gigantescas de obreros. Los barrios industriales dominaban zonas enteras de las grandes ciudades y creaban una nueva psicología de clase. La organización de clase no se podía confinar ya a los sindicatos y tenía que extenderse a las industrias, creando los delegados de fábricas, y llegaba a los barrios con las juntas de progreso. Fue este nuevo proletariado el que sobrepasó los límites de la lucha trazados por la burguesía y amenazó su dominio, estando a punta de obligarla a retroceder en abril de 1964. La crisis económica que viene afectando al país desde 1959 ha sido una escuela práctica para el movimiento popular. La incapacidad de un efectivo desarrollo económico dirigido por la burguesía se manifiesta cada vez más y ha aproximado a todos los sectores populares, ya sea el proletariado, por su interés irrefutable en el desarrollo industrial y político; ya a la clase media, que se encamina hacia funciones técnicas e intelectuales y cuyas oportunidades de realización económica y cultural dependen de este desarrollo (entrando ahí estudiantes, profesores, técnicos, científicos e intelectuales en general); ya sea a los sectores de la pequeña burguesía, cuyas ambiciones de mejoría económica dependen de este mismo desarrollo; ya sea al campesinado, cuyas posibilidades de salir de su actual miseria dependen de la extinción del latifundio y del desarrollo económico.

La unión espontánea de todas estas fuerzas en un frente de trabajadores urbanos y rurales viene, desde hace mucho, procurando una forma de expresión política organizada en el país. Ya sea a través del movimiento nacionalista, de la alianza obrero-estudiantil-campesina, o de la unión entre los sindicatos obreros y las asociaciones campesinas, en fin,

en el Frente de Movilización Popular, que unió las entidades de cúpula del movimiento obrero (CGT), del movimiento estudiantil (UNE-UBES), del movimiento campesino (Consejo Nacional de las Ligas Campesinas y la ULTAB), de los funcionarios (UNSP), de las representaciones de sargentos y oficiales nacionalistas y de las diversas organizaciones políticas de izquierda. El defecto fundamental de este frente era, sin embargo, la ausencia de organización de las bases de estos movimientos: la tradición de “peleguismo” en el movimiento sindical y estudiantil, y la nueva tradición de “peleguismo” que la SUPRA comenzaba a implantar en el movimiento campesino, no solamente llevaban a esas organizaciones a descuidar las bases en las empresas, en los barrios, en las escuelas, en las haciendas, en las aldeas, etc., sino que condicionaban a las cúpulas a contener la radicalización de estas bases, que estaban bajo el efecto de la magnitud de la crisis. El Frente de Movilización Popular se transformó en un ejército sin soldados, pues cuando el pueblo quería luchar, las cúpulas sólo sabían hacer arreglos con el poder. Pero la simple formación de tal entidad hace suponer que el frente de masas se estaba organizando espontáneamente y se presionaba a las directivas a realizarlo también en su nivel. La falta de articulación entre la directiva y las bases y la poca preparación política de ambas permitió que tan grande fuerza social fuese inmovilizada por la capitulación de sus dirigentes burgueses.

4. Epílogo de la clase dominante y prólogo de las clases populares

El agravamiento de la crisis económica después de abril, unido al hecho de que el “gobierno revolucionario” de Castelo Branco se vio obligado a asumir la responsabilidad de esta crisis, y la unión de la burguesía industrial con el conjunto de la clase dominante, colocan al movimiento popular brasileño en situación totalmente nueva: por primera vez, desde 1945, se ve colocado frente a frente a un gobierno abiertamente reaccionario, dictatorial e impopular. Por primera vez es llevado a la oposición y, más aún, a los subterráneos de la clandestinidad. Por primera vez se encuentra huérfano de una dirección burguesa y, por tanto, conciliadora. Para agravar aún más este proceso, por primera vez este movimiento popular se ve ante una crisis capitalista grave, con su cortejo de miseria, desempleo,

quiebras, etc. Nadie podrá negar que la actual situación es una escuela revolucionaria para las masas populares del país, particularmente para la clase obrera. Nada indica que de tal crisis emergerá un movimiento popular reformista y acomodado. Todas las clases comprenden la gravedad de la actual situación y se preparan para la nueva etapa de lucha. Después de años de conciliación de clases, que atenuaron enormemente la intensidad de las luchas sociales en el país, Brasil se encamina hoy hacia una violenta situación revolucionaria. Los agentes sociales tienen una vaga conciencia de que grandes acontecimientos surgirán, la conciencia colectiva se agudiza y se angustia, la literatura social y política abunda en las librerías, el pueblo discute los problemas nacionales e internacionales, y reina en todas partes evidente expectación.

El papel de la ciencia política es descubrir las tendencias económicas y sociales que actúan sobre los pueblos y determinan su comportamiento político; no se puede juzgar a los hombres por lo que dicen o lo que piensan. En su conciencia se reflejan, en el espejo deformado de sus tradiciones culturales y de los métodos viciados e interesados de su raciocinio, las condiciones objetivas que determinan su vida. Pero cuando se aproxima la hora de decisión, las inteligencias se agudizan, el interés se despierta por los más diversos acontecimientos. La sucesión de crisis, choques sociales y hechos inéditos obligan a los hombres a tomar conciencia de su situación.

Pues bien, hoy en Brasil se configura esta situación revolucionaria. Una clase social abandona su papel histórico, impedida de proseguir el desarrollo de las fuerzas productivas en el país y se coloca en oposición flagrante a este avance. Tal situación entrega a la gran mayoría de la nación esta tarea histórica. Al principio, se trata de derribar fuerzas económicas atrasadas que impiden el desarrollo del país. Pero la lucha es mucho mayor: se trata de derribar el latifundio brasileño, cuya caída derribará el centro de la reacción latinoamericana, y más aún, se trata de arrancar de las manos de la explotación imperialista uno de los mayores países del mundo, lleno de vitalidad, retirando de su control un vasto mercado, una población que es casi la mitad de la del principal país imperialista, un área geográfica continua que es la cuarta del mundo y aún en gran parte inexplorada. Tal hecho no solamente arrastrará consigo

vastas áreas de América Latina, sino que ejercerá gran influencia sobre África y atacará profunda y decididamente la dominación imperialista en todo el mundo. Es imposible, pues, creer que esta situación encuentre una solución fácil, pacífica, tranquila.

Aquí, en este país de blancos, negros, indios y mulatos están sucediendo hechos decisivos para la historia de la humanidad.

Aquí se juegan las cartas decisivas, por un largo tiempo, de todo un régimen económico, político y social. De todo lo que representa atraso, miseria y guerra. Y seremos nosotros, obreros, estudiantes, intelectuales, campesinos, soldados, pequeños propietarios, gente del pueblo, gente sencilla, los que tendremos que hacer frente a nuestra tarea. ¿Seremos capaces de realizarla? ¿Estaremos a la altura de nuestra misión histórica? A cada uno de nosotros nos cabe responder desde el fondo de nuestras conciencias y en nuestras acciones de cada día.

5. El movimiento popular bajo la dictadura

Desde 1966, cuando escribimos las páginas anteriores, el movimiento popular brasileño ha cambiado profundamente su fisonomía. Desde 1967 a diciembre de 1968 hemos asistido a un ascenso de masas que terminó aplastado provisoriamente por el gobierno. Se abrió enseguida una fase represiva muy violenta, que llega a su auge en el momento actual (1971).

La fase que va de 1967 a 1968 se caracterizó por tres aspectos fundamentales.

En primer lugar, el movimiento popular renació en una franca oposición a la dictadura, comandado por el movimiento estudiantil, que logró suplantar las fuerzas represivas durante cerca de dos años, hasta que el gobierno hizo salir los tanques del ejército, paralizando al mismo tiempo la prensa y todo posible apoyo organizado al movimiento de calle.

En segundo lugar, al lado del renacimiento del movimiento de masas emergió una oposición armada al régimen, que utilizó varias formas de acciones de comando y que alcanzó su auge en el segundo semestre de 1968. A partir de la represión al movimiento de masas, el gobierno pudo aislar estas fuerzas y proceder a un intento de aniquilarlas físicamente. A pesar de su falta de preparación, de sus errores de concepción

estratégica y de su autoaislamiento de las masas por influencia de su orientación foquista, las acciones armadas han continuado manteniendo prendida la llama de la oposición armada al régimen; aunque mucho más débil y a la defensiva, desgasta al gobierno y revela la profundidad de las razones que llevaron a estos revolucionarios a tomar las armas.

Las fuerzas de la izquierda, en tanto tales, pasaron por amplios procesos de cambio. Desde 1967 a 1968 se produjo un proceso de atomización a través del desgarramiento de las organizaciones principales, entonces existentes, de grupos de jóvenes que querían iniciar la lucha armada inmediata. Desde 1969 hasta ahora, las fuerzas de la izquierda estuvieron bajo la ofensiva represiva buscando mantenerse, sea por la unificación, sea por la atomización en pequeños grupos operacionales, cuya supervivencia se hace más fácil y más inestable al mismo tiempo.

Este largo proceso político ha producido una nueva composición de fuerzas de la izquierda. Desde el punto de vista estratégico, casi todas las fuerzas de izquierda, incluso el PC brasileño, han superado la concepción de un Brasil feudal y han aceptado la evidencia de que la economía brasileña es capitalista en lo fundamental, bajo el control del capital extranjero. La lucha en contra de la dominación del capital imperialista no puede, pues, contar con el liderazgo y mucho menos con el apoyo de una burguesía nacional inexistente, anulándose la hipótesis de una revolución democráticoburguesa en el país y planteándose el carácter anticapitalista o socialista de la revolución. Hay, sin embargo, mucha discusión aún sobre el gobierno revolucionario de transición a esta salida socialista, que para algunos sería directamente socialista, para otros de liberación nacional, para otros un gobierno popular o de trabajadores urbanos o rurales que incluiría un frente de obreros, campesinos y sectores de la pequeña burguesía.

Si la discusión sobre el carácter del gobierno de transición es muy importante para los pasos tácticos actuales, el establecimiento de una mayor aproximación estratégica puede ser un importante elemento de diálogo entre estas fuerzas³⁸ de superación del tacticismo que permite

38. Hay posiciones estratégicas completamente distantes de un posible entendimiento serio entre fuerzas revolucionarias como la que defiende Jamil, teórico de la Vanguardia Popular Revolucionaria. Según él, la revolución brasileña será hecha por las masas, y la clase obrera tendrá un papel subordinado porque

que organizaciones políticas se dividan en tomo de problemas como el de llevar o no a cabo una acción determinada, aceptar o no la necesidad de una columna guerrillera o de la propaganda armada, etcétera.

De hecho, las líneas de división básicas dentro de la izquierda brasileña pasan por tres grandes límites: a) aquellos que defienden el camino de la formación y organización del movimiento de masas como paso previo a la lucha armada. Esta posición ha sido calificada de “masista”, por sus opositores; b) aquellos que defienden la lucha armada como producto de la acción decidida de una vanguardia organizada, a la cual el pueblo apoyará cuando se dé la formación del ejército revolucionario. Esta posición ha sido considerada neofoguista o militarista; c) aquellos que defienden la necesidad de que la lucha armada que se inició al nivel de vanguardia cambie de contenido y se vincule al movimiento de masas, respetando su dinámica propia. Sus críticos la consideran ecléctica.

Las posiciones a y c plantean la necesidad de la existencia de un partido revolucionario y el papel hegemónico de la clase obrera en el proceso revolucionario. La posición b admite desde un punto de vista que defiende el carácter socialista de la revolución y la hegemonía del proletariado, pasando por un período en que la vanguardia asume el papel principal, hasta posiciones militaristas más consecuentes, como la que defiende el papel hegemónico de los marginales y de las masas. En general, esta posición en su forma pura rechaza la necesidad del partido revolucionario, sustituyéndolo por una vanguardia armada y un posterior ejército popular.

La clarificación de estas posiciones en pugna permite, al mismo tiempo, un nuevo proceso de reagrupamiento de fuerzas y una definición más clara de la estrategia y la táctica que se seguirán, así como de los caminos orgánicos que permitan superar la atomización a que llegó la izquierda brasileña.

se ha integrado a una posición privilegiada en el régimen actual, dejando a los marginales la bandera revolucionaria. En este momento la VPR tiene una posición importante dentro de un frente de organizaciones armadas que no defienden esta misma posición estratégica, como es el caso del MR-8. En 1977 ya no existen tales planteamientos exóticos y descabellados y hay mucho más unidad estratégica entre los varios sectores que componen la izquierda brasileña.

Por otro lado, el movimiento de masas apenas comienza a despertar de los violentos ataques que sufrió desde 1968 hasta el momento. La posición neofascista no cree en la capacidad de este movimiento. Sin embargo, las fuerzas moleculares que permitieron su violento reaparecimiento en 1967-1968 continúan operando, ahora con más fuerza. Los obreros han tomado iniciativas para reorganizarse por cuenta propia en una oposición sindical clandestina: la reciente huelga de 40.000 asalariados agrícolas en Pernambuco demuestra una gran capacidad de organización de un sector que está bajo fuerte represión, el proletariado agrícola del Noreste, que ha manifestado sus intenciones de lucha al organizar tomas de ciudades y ferrocarriles en búsqueda de alimentos. Ignorar la capacidad de organización y combatividad popular es el error más profundo que puede tener cualquier analista social, sobre todo si tiene responsabilidades políticas revolucionarias.

La crisis brasileña no se ha superado, sino profundizado. La tesis de este libro no sólo continúa vigente, sino que se ha hecho más pura y más clara. El gobierno actual se dirige rápidamente hacia el fascismo. Cuando se haga evidente la debilidad de su política económica, con la crisis prevista en el capítulo sobre la recuperación y la gran crisis, no quedará a las masas otro camino que la insurrección violenta. En este momento se utilizarán todos los recursos humanos y materiales que fueran acumulados (y en algunos casos, salvados) en el período actual. La hora de la dictadura sonará. ¿Qué se pondrá en su lugar? Como vimos, sólo un gobierno dirigido por la clase obrera, en alianza con los asalariados urbanos y rurales apoyados por los pequeños propietarios urbanos y rurales, la intelectualidad, los estudiantes y otros sectores de avanzada de la pequeña burguesía, podrá cumplir las tareas de destrucción de las supervivencias del latifundio, ampliar el mercado interno, destruir la dominación del gran capital internacional y nacional y lanzar inmediatamente las bases para la construcción del socialismo.

Cuando la izquierda brasileña supere su tacticismo y su atomización actual y se reagrupe en forma orgánica y coherente, con un programa político claro, tendrá ciertamente a su lado un gran movimiento popular

que le cabrá orientar en una larga lucha por el poder. Entonces la alternativa socialista que se ha venido imponiendo progresivamente en el país como única salida se hará realidad.

La actual situación latinoamericana confirma esta alternativa. Los regímenes intermedios están en amplia crisis. Las experiencias chilena y boliviana con la creación de la Asamblea Popular a pesar de su posterior derrota muestran que las soluciones son cada vez más claras, sea hacia el pueblo, sea hacia la derecha. Perú se ve amenazado por una crisis grave por su incapacidad de decidirse frente a estas alternativas.

La América Latina de los años setenta vivirá de manera bastante nítida la alternativa entre socialismo o fascismo. Los gobiernos que se formen serán necesariamente llevados a definirse a estas alternativas. Las formas de transición serán bien distintas: un gobierno elegido en una parte, una junta revolucionaria en otra, una asamblea popular en otra parte, etc. En todos los casos, la fase de transición tendrá amplio respaldo popular, pues se trata de destruir la sociedad primario-exportadora, completamente anacrónica. Las dificultades se crearán en la fase constructiva, cuando se planteen las tareas de construcción del socialismo. Entonces la oposición será férrea en el interior y en el exterior, así como los intentos de desviar su carácter o atenuar su radicalismo.

Todos estos problemas exigen un estudio profundo que no cabe hacer en este libro. Nuestra investigación termina en el descubrimiento de los caminos fundamentales. En trabajos futuros desarrollaremos más en detalle esas nuevas etapas.

6. Nota de 1977

Los acontecimientos posteriores a 1971 vinieron a reafirmar dramáticamente las tendencias históricas que señalábamos en 1966 y en 1971. Un conjunto de experiencias de gobiernos populares se marcó claramente por una tendencia a la radicalización de sus bases y al planteamiento del socialismo como alternativa histórica al capitalismo dependiente. Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay fueron importantes ejemplos de esta radicalización. Los movimientos populistas se han desgastado en su forma tradicional y han surgido de su seno importantes organizaciones revolucionarias.

Los partidos comunistas han madurado enormemente su concepción política global (a pesar de excepciones graves como la del P.C. Argentino) y la reunión de Partidos Comunistas Latinoamericanos de 1975 en Havana marcó un importante avance hacia una concepción revolucionaria de lucha por el socialismo y la democracia en nuestro subcontinente. Por otro lado, las tendencias foquistas fueron aplastadas por la propia realidad y los grupos militares que sobreviven en el continente han abandonado la orientación foquista y buscado integrar la lucha armada a la lucha de masas, lo que aún no se ha logrado plenamente en ningún país.

En países como Brasil la lucha democrática ha galvanizado las fuerzas políticas y se convirtió en el elemento táctico unificador de las masas y de las distintas corrientes políticas. Pocos son los que tienen ilusiones sobre la posibilidad de una democracia burguesa estable en Brasil y en la mayoría de los países latinoamericanos, pero pocos son también los que no consideran la necesidad de conquistar esa democracia como un paso político necesario y polarizador de la voluntad mayoritaria de nuestros pueblos bajo el dominio fascista.

El surgimiento reciente de corrientes socialdemócratas en el continente busca canalizar este sentimiento democrático. Y a pesar de que hay entre los socialdemócratas y socialistas europeos sectores de avanzada que buscan apoyar los sectores revolucionarios de nuestros pueblos, en su conjunto, como tendencia global, la Socialdemocracia está manejada por intereses procapitalistas y proimperialistas que buscan sobre todo crear una alternativa al proceso de fascistización que impida una opción auténticamente revolucionaria.

Sin embargo, el contexto político actual no establece a las tendencias socialdemócratas como enemigos del movimiento popular y hay de hecho una lucha ideológica travándose entre el marxismo y el reformismo en la orientación de un movimiento obrero que se encuentra en plena maduración, en las condiciones de un capitalismo industrial triunfante bajo una forma concentrada, monopólica y super explotadora como hemos buscado demostrar en este libro.

La propia forma ideológicamente definida que va asumiendo el proceso de la lucha política en América Latina es un indicador de la profundidad de su crisis y de los dolores de parto de una nueva era social.

Fascismo, socialdemocracia, marxismo-leninismo en proceso de maduración, diversas corrientes del marxismo, todos tienden a superar el marco anterior de confrontación entre el nacionalismo revolucionario o no y el liberalismo conservador. El socialismo se ha convertido en un factor polarizador de nuestra vida política y, como contrapartida, el fascismo ha aparecido como alternativa burguesa contrarrevolucionaria. La lucha apenas comienza. De nuestras derrotas y errores sabremos sacar las fuerzas para crear esta América Latina socialista que se va convirtiendo progresiva pero profundamente en la idea fuerza de las masas continentales.

Cuadro VIII

Industria de transformación en el Estado de São Paulo.

Grupo de obreros ocupados	Núm. de plantas				Valor de la producción en millones de cruzeiros					
	1949		1959		1949		1959			
	Valor absol.	%	Valor absol.	%	Aumento de 1949 a 1959 %	Valor absol.	%	Valor absol.	%	Aumento de 1949 a 1959 %
6-100	7940	91,0	14589	91,0	83,53	16936	36,8	188468	30,1	1012,8
100-500	655	7,5	1178	7,4	79,84	15849	34,5	186390	29,7	1076,0
Más de 500	128	1,5	260	1,6	103,12	13186	28,7	251025	40,2	1811,3
Total	8723	100,0	16027	100,0	83,51	45971	100,0	626883	100,0	1263,6

Fuente: Censos Industriales.

Cuadro IX

Aspectos generales de la actividad industrial en São Paulo por número de obreros ocupados.

Grupos de obreros ocupados	Plantas		Obreros ocupados		Fuerza motriz (c. v.)		Salarios (C.R.\$ 1000 000)		Valor de la producción (C.R.\$ 1000000)	
	Núm.	%	Núm.	%	Núm.	%	Valor	%	Valor	%
1 a 4	22876	63,3	32824	5,0	146579	5,6	2032	3,8	35226	5,4
5 a 100	11839	32,8	218202	33,7	657148	25,1	16718	31,4	200492	30,8
100 a 500	1038	2,9	210736	32,6	898795	34,3	17724	33,3	200986	30,9
5000 y más	195	0,5	185477	28,7	917334	35,0	16696	31,4	213358	32,8
Total*	35129	99,5	647244	99,8	2621109	100,0	53175	99,9	650751	99,9

Incluye a las empresas que no respondieron a los cuestionarios. Fuente: IBGE. Censo industrial de 1960.

Cuadro X

Monopolización en el sector metalúrgico de São Paulo

Ramas de actividad	Número de empresas	Parte de la producción correspondiente a las más grandes 3 empresas %
Estructuras metálicas	8	76
Herramientas agrícolas	9	97
Arados	17	76
Motores eléctricos	9	86
Refrigeradores	8	91
Máquinas de lavar	6	82
Balanzas	19	74
Ascensores	6	99

Fuente: Dirigente industrial, de julio de 1963, tomado de CEPAL, *Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones en el Brasil*.

Cuadro XI

Brasil: propiedad de la tierra 1950-60. Grupo del área total porestablecimiento, área total y area cultivada por hectárea. PORCENTAJES

Especificación	1950					1960				
	Menos de 10	de 10 a 100	de 100 a 1000	de 1000 a 10000	de 10000 y más	menos de 10	de 10 a 100	de 100 a 1000	de 1000 a 10000	de 10000 y más
Establecimiento	34,43	50,98	12,99	1,50	0,08	44,77	44,62	9,41	0,93	0,05
Área total	1,30	15,30	32,53	31,48	19,38	2,23	17,97	32,51	27,42	19,97
Área cultivada	8,92	45,39	33,25	10,81	1,63	13,31	44,70	30,50	9,95	1,54

Fuente: Censos Agrícolas de 1950 y 1960.

Cuadro XII

Brasil: comparación entre la entrada neta no compensatoria de capital extranjero y el ingreso de las inversiones (en millones de dólares).

Años	Entrada total (neta)	Ingreso total	Diferencia
1946-50	5,3	-398,9	-393,5
1951-55	478,0	-717,0	-239,0
1956-60	1469,0	-758,0	-711,0
1961	424,0	-187,0	237,0
1962	458,0	-202,0	256,0
1963	220,0	-147,0	73,0

Fuentes: *El financiamiento externo de América Latina*. Cuadros 150, 151, 152, 153, y Anuario Estadístico del Brasil, para los años 1962 a 1964.

Cuadro XIII

Brasil: saldo entre la entrada de capitales y la remesa de ganancias. "Royalties" y servicios técnicos.

Años	1948	1952	1954	1956	1958	1960
Saldo (entrada-remesa)	-70	-68	1128	-21	-9	-227

Fuente: SUMOC, apud Caio Prado Junior, *Revista Brasiliense*.

Cuadro XIV

Brasil: valor de las inversiones de los Estados Unidos en las actividades económicas indicadas (en dólares 1.000.000)

Año	Total	Minas y fundición	Petróleo	Manufacturas	Servicios públicos	Comercio	Otros
1963	1332	30	60	664	193	148	38
1964	994	34	51	673	41	153	42

Fuente: OEA, América en cifras.

Cuadro XVI

Brasil: comparación entre los pagos por servicios del capital extranjero a largo plazo y los ingresos de divisas en cuenta corriente. 1946-1962, en porcentos.

Años	Ingreso de la inversión directa	Servicio de la deuda externa a largo plazo	Servicio del total del capital extranjero a largo plazo
1946-50	5,0	10,1	15,1
1951-55	6,2	9,5	15,7
1956-60	4,0	26,5	30,5
1961	4,0	28,7	32,7
1962*	6,3	33,1	39,4

* Datos provisionales.

Cuadro XVII

Composición probable del universo de los grupos económicos.

Grupos extranjeros						Grupos nacionales con vinculaciones accionarias con el exterior			% de los extranjeros y nacionales con vínculos sobre el total de:		
Millonarios		Multimillonarios		Total		Millonarios	Multimillonarios	Total	Millonarios	Multimillonarios	Todos los grupos
Núm.	% del total de los millonarios	Núm.	% del total de los multimillonarios	Núm.	% del total de los millonarios						
77	34,9	31	56,4	108	38,0	66	15	81	64,7	83,6	68,4

Fuente: ICS, Investigación sobre los grupos económicos.

Nota: Los datos sobre multimillonarios corresponden a todo el universo; los datos sobre los millonarios así como el cálculo global, son proyectados de la muestra retirada.

Cuadro XVIII

Grupos económicos encontrados por sectores de actividad principal

Sectores	Grupos millonarios				Grupos multimillonarios			
	Extranjeros		Nacionales		Extranjeros		Nacionales	
	Núm.	%	Núm.	%	Núm.	%	Núm.	%
Industriales	25	86,2	40	74,0	26	83,8	17	70,8
Comerciales	2	6,8	10	18,5	4	12,9	3	12,5
Bancarios	2	6,8	4	7,4	1	3,2	4	16,6
Totales	29	99,8	54	99,9	31	99,9	24	99,9

Fuente: ICS, Investigación sobre grupos económicos.

Cuadro XIX

Grado de control del mercado por grupos extranjeros millonarios.

Grado de control	Extranjeros	%	Norteamericanos	%	No norteamericanos	%
90% extranjero	10	34,5	6	46,2	4	25,0
Grande	9	31,0	6	46,2	3	18,8
Medio	4	13,8	1	7,7	3	18,8
Pequeño	6	20,7	-	-	6	37,5
Total	29	100,0	13	100,0	16	100,0

Fuente: ICS, Investigación sobre grupos económicos.

Cuadro XX

Posición en el mercado de los grupos millonarios.

Posición en el Mercado	Extranjeros	%	Norteamericanos	%	No norteamericanos	%	Nacionales	%
Núcleo predominante o primer productor único	17	58,6	11	84,6	6	37,5	8	14,8
Fuera del núcleo predominante	12	41,6	2	15,4	10	62,5	46*	85,2
	29	100,0	13	100,0	16	100,0	45	100,0
Pequeña participación en el mercado	3	10,4	1	7,7	2	12,5	-.**	-
Primer productor o único	10	34,5	8	61,5	2	12,5	3	-

* Una profundización de la Investigación podría cambiar este resultado, pero no de una manera importante.

** No presentaron el dato.

Fuente: ICS, Investigación sobre grupos económicos.

Cuadro XXI

Relaciones entre el incremento del capital de las sociedades anónimas / tasa de lucro - aumento del costo de la vida y crecimiento.

Año	Incremento de capital de las sociedades anónimas %	Tasa media de lucro %	Índice del costo de la vida %	Índices de crecimiento del PNB per cápita %
1956	70	-	21,7	-
1957	73	-	12,5	4,5
1958	24	21,2	18,2	4,9
1959	52	22,6	52,1	5,0
1960	50	26,3	28,8	4,0
1961	46	*28,2	43,2	7,7
1962	50	35,2	51,0	3,7
1963	64	35,0	80,7	2,0
1964	85	27,9	86,6	-3,0
1965	83	**	45,4**	-

Fuente: *Conjuntura económica*, Fundación Getúlio Vargas.

* Menos reavalúo de activo, acrecentado debido a la corrección monetaria.

** Según el Ministerio del Trabajo (DNES), el aumento fue del 60.1%, y según el DIEESE, 53.9%.

Bibliografía

Baran, P.; Sweezy, P. (1966). Notas sobre la teoría del imperialismo. En *Monthly Review*. Santiago. N° 31.

Cardoso, F. H. (1960). Proletariado e mudanca social. En *Sociología*. São Paulo. Vol. XXII, N° 1.

Cardoso, F. H. (1964) *Empresario industrial e desenvolvimento económico*. São Paulo: Difusão Europeia do livro.

Carvalho, O. (s/f). Sociología eleitoral no Brasil. En *Revista Brasileira de Estudos Políticos*.

- Cintra, A. O.; Wanderley, F. (s/f). en *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*. Vol. IV, Nº 1.
- Corbusier, R. (s/f). *Formação e problema de cultura brasileira*. ISEB.
- Dos Santos, T. (1962). O movimento operario no Brasil. En *Revista Brasiliense*. São Paulo. Nº 39, junio-febrero.
- Dos Santos, T. (1986). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.
- Faletto, E. (1965). *Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo*. ILPES.
- Furtado, C. (1953). *A economia brasileira*. Río de Janeiro: Noite.
- Furtado, C. (1962). *Plano trienal de desenvolvimento economico e social*. Contraponto.
- Furtado, C. (1962). *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*. Río de Janeiro: Fondo de Cultura.
- Furtado, C. (s/f). *Formação económica do Brasil*. Río de Janeiro: Fondo de Cultura.
- Germani, G. (s/f). *Política y sociedad en una época de transición*.
- Guerrero Ramos (1958). *A redução sociológica*. ISEB.
- Guerrero Ramos (s/f). *A crise política brasileira*.
- Gurrieri, A.; Zapata, F. (1967). *Sectores obreros y desarrollo en Chile*. *Algunas hipótesis de trabajo*. ILPB.
- Heintz, P. (s/f) *Sociología del desarrollo*.
- Ianni, O. (1961). Condições institucionais do comportamento Político Operario. En *Revista Brasiliense*. São Paulo. Nº 38, julio-agosto.
- Jaguaribe, H. (1953). A crise brasileira. En *Cadernos de Nosso Tempo*. Brasil. Nº 1.
- Jaguaribe, H. (s/f). *Desenvolvimento económico e desenvolvimento político*.
- Magdoff, H. (s/f). La era del imperialismo. En *Monthly Review*. Nueva York.
- Mandel, E. (1970). Europe versus America? Contradictions of Imperialism en *New Left Review*. Nueva York.
- Martins, L. (s/f). *Conflicto industrial e sindicalismo no Brasil*. Difusão Europeia do livro.
- Paim, G. (1957). *Industrialização e Economia Natural*. Río de Janeiro: ISEB.
- Pereira, L. (s/f). *Trabajo e desenvolvimento no Brasil*. Difusão Europeia do livro.

Rangel, I. (1953). *Dualidades básica da economia brasileira*. Ríó de Janeiro: ISEB.

Soares, G. A. D. (1961). Desenvolvimento económico e radicalismo político. En *Boletim Centro Americano de Pesquisas em Ciencias Sociais*. Ríó de Janeiro. Año IV, N° 2, mayo.

Sweezy, P.; Baran, P. (1966). Monopoly Capital. En *Monthly Review Press*. Nueva York.

Touraine, A. (1961). Sociologie du travail. París.

Vieira Pinto, Á. (s/f). *Consciencia e realidade nacional*. ISEB.

Visao (1970). Quem é quem no Brasil. Brasil. Agosto, p. 131.

Werneck Sodre, N. (s/f). *Introdução a revolução brasileira, ideología del colonialismo, historia da burguesia brasileira*.

Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente¹

Prólogo a la edición brasileña del libro *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*

En julio de 1965, después del golpe de Estado de 1964 en Brasil, publiqué un artículo en la revista *Civilização Brasileira* (Nº 31), el cual señalaba la necesidad de analizar este golpe de Estado como parte de un movimiento histórico más general que introducía la ideología fascista a la configuración de una nueva etapa histórica del capitalismo.² La tesis principal de este artículo sostenía que el golpe de 1964 no era simplemente, como se pensaba, una reacción de las fuerzas sociales vinculadas al antiguo modelo económico primario-exportador contra el avance de la industrialización y de los nuevos protagonistas sociales que esta involucraba por medio de la “sustitución de importaciones”.

Por lo tanto, se trataba de probar que no era sencillamente un golpe militar reaccionario, sino una nueva etapa en la dominación de los grandes capitales internacionales sobre nuestra economía. Esta dominación

1. Este texto se preparó para fundamentar nuestra participación en la XV Reunión de la Sociedad de Economía Política de Brasil (SEP). En aquella ocasión, se celebraban los 40 años de la *Teoría de la Dependencia* usando como marco la publicación de mi artículo “La estructura de la dependencia” en la revista *American Economic Review*, de la Asociación Americana de Economía.

2. Ver Theotônio Júnior 1965 “A ideologia fascista no Brasil” en *Revista Civilização Brasileira* (Río de Janeiro) Nº 3, pp. 51-64. En la primera etapa de mi actividad literaria firmaba Theotônio Júnior. Solo a partir de mi exilio en 1966, comencé a firmar Theotônio Dos Santos. Este artículo se publicó en español en el semanario uruguayo *Marcha*, de gran circulación en toda la región.

imponía al país un modelo de desarrollo que profundizaba nuestra dependencia de las corporaciones multinacionales, aumentaba la concentración económica y rompía de forma más o menos fuerte con el viejo latifundio improductivo para instaurar el capitalismo en el campo, expandía una urbanización dependiente del capitalismo internacional y profundizaba una exclusión brutal o, como decíamos en aquella época, marginación social. Desde entonces ya apuntábamos a la dificultad política de conciliar este tipo de desarrollo con la democracia.

El proyecto modernizador de los grandes capitales internacionales apelaba a las élites modernizadoras y se sostenía en el poder militar, considerado por ellos el sector más organizado y disciplinado de estas élites.

Dos complicaciones surgían de esta primera aproximación a una nueva interpretación del golpe de 1964 que, como ya se mencionó, entraba en un conflicto más o menos directo con el análisis dominante del proceso de desarrollo.

En primer lugar, quedaba claro que en Brasil estábamos anticipando una tendencia internacional, la cual partía de dos centros de poder mundial (liderada por Estados Unidos) y se expandía principalmente a las regiones periféricas y semiperiféricas del sistema capitalista mundial.

Se iniciaba una nueva etapa política en la que el capital internacional y los capitales locales se unían para garantizar un proceso de modernización profundamente antipopular. Poco tiempo después, nuestro compañero en la dirección de la Política Obrera,³ Ruy Mauro Marini, publicaría, en el exilio al que nos vimos obligados, en Chile, en México y otros países, su análisis del subimperialismo brasileño que reforzaba este enfoque al destacar que la expansión del capitalismo industrial brasileño daba origen a la implantación del capital financiero en el país y creaba, en consecuencia, una tendencia a la expansión imperialista.

Sin embargo, esta tendencia se presentaba en un contexto internacional en el que Brasil estaba subyugado al dominio del capital imperialista internacional. Tales tendencias imperialistas se convertían entonces en un subimperialismo que se reflejaba muy bien, políticamente, en

3. Estos estudios se reflejan, sobre todo en nuestros libros (1985; 1983; 1987).

las propuestas geopolíticas del general Golbery do Couto e Silva, principal organizador en Brasil del golpe de Estado de 1964 y del régimen que pretendía imponer en el país.

Nuestras tesis, más tarde desarrolladas en común, planteaban la necesidad de situar el movimiento represivo triunfante en 1964, en el contexto de la expansión del capitalismo mundial y como expresión de su faceta dependiente, y no de las interpretaciones que lo atribuían a la supervivencia del feudalismo o al rezago económico.

En segundo lugar, señalamos, una vez más, el surgimiento de un movimiento popular obrero⁴ y de un movimiento popular de un nuevo tipo cuya base social se encontraba en el avance del capitalismo en los países periféricos, principalmente en la expansión del capitalismo industrial y financiero en estas áreas de la economía mundial.

Este surgimiento de un nuevo proletariado industrial, aunado a la crisis del campesinado tradicional debido a la introducción masiva del capitalismo en el campo; la creación y expansión de las llamadas poblaciones marginales o de una especie de subproletariado en los grandes centros urbanos, así como la afirmación de una clase media sedienta de modernidad y, por lo general, dependiente de los empleos surgidos del desarrollo económico (el movimiento estudiantil reflejaba particularmente esta aspiración de los jóvenes de clase media a convertirse en profesionales modernos, en consonancia con el desarrollo socioeconómico); dentro de esta clase media, se destacaba la expansión de los cuerpos militares que se identificaban con las aspiraciones modernizadoras; finalmente, la puesta en marcha de un movimiento feminista que afirmaba la liberación de la mujer del pasado patriarcal y su integración al proyecto ya iniciado de modernización socioeconómica. Todo esto conformaba un nuevo marco socioeconómico en el que ocurrían las luchas sociales del período.

Sin embargo, este conjunto de fuerzas sociales emergentes no tenía lugar en el mediocre camino de un capitalismo dependiente, concentrador y excluyente. Estas fuerzas tendían a aliarse con las reivindicaciones nacionalistas, socialmente avanzadas, que impulsaba la clase obrera en

4. Nuestras ideas sobre la cuestión fueron presentadas de forma más sistemática en nuestro libro (1970).

ascenso. Del lado de la clase dominante, incluso la del nuevo sector industrial nacional, se tendía a la represión y a asegurar una acumulación de capital subordinada al capital internacional para contener el lado popular de esta nueva fase del capitalismo. Al tiempo que constaba la vacilación de las clases dominantes, se erigió un proceso de radicalización política y social de los amplios estratos populares y de importantes sectores de la clase media.

De esta manera se configuraron los elementos de mi trabajo posterior que recibió su forma final en el libro *Socialismo o fascismo: dilema de América Latina*, el cual se articuló posteriormente con nuestros estudios sobre el nuevo carácter de la dependencia, dando lugar a la versión más amplia que corresponde a este prólogo, bajo el título *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*.

Se trata de una historia intelectual profundamente involucrada en el proceso económico que tratábamos de explicar:

Después de terminar, a principios de 1964, mi tesis de maestría en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Brasilia titulada “Classes sociais no Brasil: primeira parte os proprietários”,⁵ y tras ser despedido de la UNB y condenado por el Tribunal Excepcional de Brasilia a 4 años de prisión, empecé una etapa de clandestinidad en Sao Paulo, entre 1964 y 1966. En aquella época pude comenzar un profundo estudio sobre la economía internacional, el que dio origen a un libro sobre la crisis brasileña, el cual entregué a la Editora Civilização Brasileira, que había publicado mi primer libro⁶ sobre *Quais são os inimigos do povo*, con excelentes ventas para la época.

Enio Silveira, director y alma de esta heroica editorial, una de las pocas que siguieron editando literatura de izquierda bajo el régimen militar, me informó, poco antes de mi exilio en 1966, que el libro recibió tres opiniones inusualmente contradictorias. Un editor la recomendaba de manera entusiasta, mientras que otro se oponía radicalmente a su publicación y un tercero se mantenía neutral. Al vetarse su publicación

5. Este trabajo fue publicado en español por los estudiantes de la Universidad de Concepción, Chile, en 1966. Sin embargo, su versión en portugués circuló de forma clandestina en Brasil.

6. Mi libro *Quais são os inimigos do povo*, Editora Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1963, resume gran parte de los estudios para la realización de mi tesis de maestría.

en Brasil solo llegué a retomar el libro en mi exilio, en Chile, en 1966. Este sirvió de base para el ya mencionado *Socialismo o fascismo: dilema latinoamericano*.

Fue en esa ocasión cuando comencé a comprobar que el proceso anti-democrático en la política y contrario a las reformas económicas estructurales que se presentaba en Brasil era una muestra de lo ocurría en toda América Latina. El golpe de Onganía en Argentina apuntaba en la misma dirección. Luego observé que se trataba de una tendencia general en el Tercer Mundo. En 1966, el sangriento derrocamiento de Sukarno en Indonesia demostraba que esta tendencia se presentaba de forma cada vez más dramática. La ultraderecha brasileña ya anunciaba esta constatación y llenaba los muros del país con inscripciones que convocaban a una Yakarta en Brasil (se trataba de la capital de Indonesia, cuyo golpe militar había asesinado a cerca de un millón de personas).

Así pude desarrollar la argumentación básica de este libro que se publicó en primer lugar en Chile y posteriormente en ediciones clandestinas en toda América Latina.⁷ En 1966, en el Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO), comencé una amplia investigación sobre las relaciones de dependencia⁸ y en 1967 publiqué un cuaderno del CESO llamado *O novo caráter de dependência*, en el cual profundicé muchas de las tesis incorporadas a la primera versión de *Socialismo o fascismo*.

Dado el éxito de este libro, algunos editores italianos me pidieron publicar una edición más amplia del mismo. Así que decidí unir ambas obras con diversas modificaciones, lo que dio origen a un nuevo libro

7. Tengo en mis manos la edición peruana mimeografiada de 1969 que me fue obsequiada por José R. Bessa el 14 de mayo de 1996. Era una edición conjunta de los estudiantes de medicina de la Universidad de San Marcos (de la cual recibí el Doctorado *honoris causa* en 2009) y del Centro Federado de Estudiantes de Ciencias Sociales de la Universidad Católica del Perú. He recibido información sobre distintas ediciones clandestinas en la región, pero no tengo copias de las mismas. Un artículo que resume mi tesis en este libro lo publicó en inglés la revista *Insurgent Sociologist*, de la Universidad de Oregon, y ha sido ampliamente divulgado.

8. El equipo de investigación sobre las relaciones de dependencia y los investigadores que se reunieron en él en el CESO (Vânia Bambirra, Orlando Caputo, Roberto Pizarro, Sergio Ramos y otros) produjeron varios libros que han marcado con gran fuerza las Ciencias Sociales en América Latina y en todos los continentes. Véase el balance que hice sobre este período en el libro *Teoria da dependência: balanço e perspectiva*, Editora Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 2000.

que recibió el título *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, el cual fue publicado en 1969, en Santiago de Chile, por la editorial PLA. Al mismo tiempo se publicó en Argentina una edición de Editorial Periferia que se convirtió en lectura obligatoria de la Universidad de Buenos Aires. Otras ediciones “piratas” se publicaron en varios países.

En Italia, este libro fue editado por Jaca Book bajo el título de *Struttura politico-economica della crisi latinoamericana*, como parte de la colección “Saggi per una conoscenza della transizione”. Esta colección reunía los libros de Samir Amin, Hosea Jaffe, Andre Gunder Frank y otros autores que anunciaban un nuevo enfoque de la economía política, el cual permitía considerar un proceso capitalista de acumulación mundial y, en consecuencia, un largo proceso de transición al socialismo. La nota editorial del libro apuntaba: “La condición interna de los países de América Latina no es, según el autor, una consecuencia de factores externos, sino un modo peculiar de estructuración de la acumulación a escala mundial”. En esta nota editorial se llamaba la atención a la dimensión global de mi enfoque y como este es parte de la articulación de una teoría del sistema mundial que Immanuel Wallerstein protagonizó en los años setenta y ochenta, aunque reconoce su deuda con algunos de mis trabajos y los de Andre Gunder Frank.⁹

Ya en 1977, María Patricia Fernandez Kelly de la Universidad de Rutgers mostró, en un número especial de una influyente publicación de científicos sociales norteamericanos, la relación entre mis pensamientos sobre el socialismo o el fascismo y específicamente la teoría del sistema mundial y las reflexiones del grupo althusseriano.¹⁰

A pesar de algunos malentendidos en cuanto a mi visión del fascismo en general y a las condiciones de dependencia en particular, Kelly termina aceptando que “ambas obras (la mía y la de Poulantzas) deben considerarse intentos serios para entender la organización interna de las formaciones sociales, así como los factores externos que las afectan.

9. Véase mi artículo para el *Festschrift* for Immanuel Wallerstein (2000). Cabe mencionar la recepción extremadamente favorable de este artículo por parte de Immanuel.

10. Véase el artículo de Maria Fernandez Kelly (1977).

“Poulantzas y Dos Santos nos entregan información sobre la dinámica del capitalismo (y el imperialismo) desde una perspectiva macroestructural”. Ella esperaba que profundizáramos nuestro enfoque del imperialismo y del capitalismo mundial. Mi libro *Imperialismo y dependencia* trataba de llenar esta brecha y lo mismo mis obras posteriores sobre la revolución científico-técnica y la crisis capitalista mundial.¹¹

En 1978, Enrique Dussel, cuyo trabajo teórico ha ido adquiriendo dimensiones cada vez más profundas,¹² me pidió que preparara una edición mexicana de *Socialismo o fascismo*, la cual se publicó ese mismo año (y se agotó rápidamente).

Estábamos en el auge de la barbarie fascista en la región. Pinochet en Chile y los militares argentinos de derecha se aproximaban fuertemente a lo que, en nuestra experiencia política, habíamos caracterizado como un fascismo dependiente. Por otro lado, experiencias como el gobierno de Allende en Chile nos aproximaban claramente a una perspectiva socialista. Desafortunadamente, los datos reforzaron los peligros de la amenaza fascista en la región. Es por ello que afirmé en el prólogo de la edición mexicana que “hubiera preferido mil veces haberme equivocado”.

La edición mexicana incorporó varias actualizaciones que tenían por objetivo desarrollar las tesis centrales del libro. Hoy, 33 años después, parece que nuestros análisis han sido superados. Por un lado, el fascismo fue desarmado por un frente amplio que incluía la política exterior norteamericana. Sin embargo, yo había anunciado esta tendencia desde 1973. El gobierno de Estados Unidos y los formuladores de su política internacional han comenzado a dudar de las ventajas de la política de gobiernos militares de seguridad nacional, desde 1968, cuando el grupo proestadounidense que dirigió el golpe de Estado en Brasil fue quitado del poder por los llamados militares nacionalistas de derecha con “el golpe dentro del golpe”. Para sorpresa de las filas liberales y de los mismos

11. Publiqué varios libros y trabajos sobre la revolución técnico-científica: *Forças produtivas e relações de produção*, Vozes Petrópolis, 1983, *Revolução científico-técnica e capitalismo contemporâneo*, Vozes, Petrópolis, 1986, *Revolução científico-técnica e acumulação de capital*, Vozes, Petrópolis, 1986, *Revolução científico-técnica, Divisão Internacional do Trabalho e o sistema econômico mundial*, Cadernos Ange, Vitória, 1984.

12. La edición en portugués debe traducirse de esta nueva edición actualizada (1978).

golpistas, la “elección” celebrada dentro de las fuerzas armadas para designar al nuevo presidente favoreció al general Albuquerque Lima, considerado un nacionalista radical pro peruano.¹³ La junta militar ignoró el resultado de la consulta interna y rechazó al general Albuquerque Lima con la cínica justificación de que este general tenía solamente tres estrellas y, por lo tanto, no podría comandar a generales de cuatro.

De hecho, la autoproclamada “revolución” reveló la existencia de una corriente militar mayoritariamente nacionalista, antimperialista, e incluso con tendencias socialistas, que se extendía por toda América Latina.

Un ejemplo: el general Mercado Jarrín, creador del CINANOS, que pretendía crear un movimiento ideológico popular dentro de la revolución peruana, en entrevista concedida al semanario *Chile Hoy*, en el Chile de Allende, me mencionó como su principal influencia intelectual. Mi libro, *Socialismo o fascismo* era uno de los que circulaban en la formación de la élite militar peruana. De esta manera, el general Velasco Alvarado era el líder, no solo de un proceso de transformación social y económica fundamental, sino que además pretendía llevar a sus últimas consecuencias el proceso revolucionario que había iniciado. El Pentágono no entendía lo que estaba sucediendo. Por cierto, cabe mencionar que gran parte de la izquierda latinoamericana tampoco lo entendía.

13. Veamos cómo se va procesando el cambio de enfoque en la cabeza del comandante Hugo Chávez. Tuve el placer de estar presente en uno de estos momentos cruciales en los que él profundiza sobre la necesidad de radicalizar el proceso. En 2004, tras el fallido golpe de estado en su contra y del también fallido boicot de la empresa PDVSA con la finalidad de derrocarlo, en una reunión internacional en la que creó el capítulo venezolano de la Red de Redes en Defensa de la Humanidad, donde destacó el peligro de una ofensiva internacional fascista, el comandante saludaba a las personalidades presentes: “De Brasil, ¡claro de Brasil! Thiago de Melo y Theotônio Dos Santos se encuentran aquí también. ¡Thiago, Theotônio! Gracias por estar aquí. Theotônio, estuve leyendo hoy la entrevista que te hizo el diario *Últimas Noticias*. Muy buena la entrevista y las reflexiones que haces ahí sobre el tema económico, mundial, latinoamericano y venezolano también [...] Yo sí creo que es importantísimo reanudar la tesis, entre otras, de la Teoría de la Dependencia, y volver a estudiar este tema. Eso se había quedado solo en la discusión académica, el neoliberalismo le pasó por encima –o pretendió pasarle por encima– al tremendo capital intelectual, ideológico, tremendo patrimonio latinoamericano y caribeño, como la Teoría de la Dependencia. Todo esto hay que retomarlo; el socialismo, hay que retomar el estudio de las ideas socialistas. El socialismo, sus tesis auténticas, sus tesis originales. Revisar errores, revisar aciertos, reorientar y tomar el rumbo que hay que tomar”. *Memorias del Encuentro de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad*, Venezuela 2004, Gobierno Bolivariano de Venezuela, Ministerio de Cultura, Caracas, 2006.

Es por eso que el politólogo Einaudi vino a analizar esta situación para la Rand Corporation en 1969. Su conclusión fue muy clara: las fuerzas armadas en general estaban comprometidas con objetivos de seguridad nacional que entraban en conflicto con las empresas transnacionales, cuyos intereses fundamentaban la política y la ideología de la doctrina de seguridad nacional del Pentágono.

Las fuerzas armadas se habían revelado como un peligroso aliado que debía ser devuelto a los cuarteles. Los acontecimientos en Uruguay, Bolivia y Chile representaban un costo sociopolítico extremadamente alto. En Argentina la comprobación de esta ideología no se hizo esperar. La reconquista de las Malvinas por parte del gobierno militar de derecha fue respondida con firmeza por Estados Unidos, quienes apoyaron incondicionalmente la acción militar inglesa que retomó las islas con una violencia implacable.

Fue entonces cuando la derecha militar vio romperse en pedazos su base ideológica: la doctrina de la seguridad militar interamericana. Como las fuerzas populares habían afirmado varias veces, la doctrina Monroe “América para los americanos”, que fue la base del acuerdo militar posterior a la II Guerra Mundial (el TIAR) era falsa. Los imperialistas americanos eran aliados incondicionales de sus amigos de los países desarrollados, donde se encontraba la mayor parte de sus inversiones.

La semilla de la discordia había sido lanzada definitivamente. La derecha militar se salía del control de Estados Unidos. Resurgía el nacionalismo militar con Torrijos en Panamá, Torres en Bolivia y muchos otros que parecían escapar totalmente del control estadounidense. De acuerdo con nuestro análisis, esta fue la razón de que Estados Unidos buscaran una nueva dirección política en la región. Surgirían entonces los procesos de “apertura democrática” cuya práctica más coherente tuvo lugar en Brasil. Se trataba de establecer procesos de reformas constitucionales controladas que predicaban el restablecimiento de “democracias” liberales con excepción de los movimientos populistas, comunistas y socialistas. Sin embargo, las “aperturas” políticas no pudieron circunscribirse totalmente a este plan “moderado”. Los procesos políticos en la región fueron

asumiendo un carácter democrático cada vez más radical y crearon las condiciones para movimientos políticos regionales mucho más cargados a la izquierda de lo previsto.

El movimiento por la amnistía general, los movimientos “*diretas já*” (por elecciones directas) y por la implementación de una Asamblea Constituyente en Brasil, fueron el comienzo de la rebelión que llevó, en su etapa final, a una reunificación de la derecha (llamada “Central”) que impidió el triunfo de muchas propuestas de origen popular, así como evitó la puesta en práctica de gran parte de los logros constitucionales más radicales. Era necesaria una nueva unión de la derecha con el centro para volver inviable la regulación de varios capítulos constitucionales.

Por todas partes se pretendía mantener la región bajo el dominio de este tipo de frentes que tuvo en la “Concertación” de Chile (unión entre socialistas y demócratas cristianos) uno de sus modelos más recomendados. Estos modelos, sin embargo, se fueron rompiendo poco a poco en los años noventa y a principios del nuevo milenio, cuando las experiencias de gobierno inspiradas en el Consenso de Washington de 1990 desmoralizaron esta hegemonía ideológica neoliberal, permitiendo al movimiento popular reanudar la ofensiva en América Latina.

La situación empeoró aun más al final del proceso democrático latinoamericano: Venezuela había alcanzado una democracia aparentemente estable en 1958, capaz de vencer a un importante levantamiento guerrillero entre 1958 y 1964 sin la necesidad de romper la nueva institucionalidad democrática. Este orden solo fue cuestionado definitivamente en 1992, cuando el gobierno liberal democrático venezolano cierra filas en torno del Consenso de Washington, llevando a una verdadera insurrección popular en el Caracazo, que condujo a un levantamiento militar opuesto a la función represiva cumplida por las fuerzas armadas en la lucha contra la sublevación popular. En este contexto, surge un líder militar con fuerte apoyo de las masas que es elegido como presidente en 1998. Después de cuatro años de intentar negociar un proceso de transformación moderado pero consecuente con un proyecto democrático nacional, este líder enfrenta un golpe de estado y se ve obligado a radicalizar su gobierno y a retomar el socialismo como meta histórica.

El comandante Hugo Chávez inicia así una polarización regional hacia el socialismo, ideal que la derecha y el centro mismo creían haber eliminado.¹⁴ El líder republicano Thiers anunció “el fin del comunismo”, después de que sus tropas (¡apoyadas por los invasores alemanes!) ahogaron en sangre la Comuna de París en 1881. ¿Cuántos monárquicos ya habían anunciado el fin de la democracia liberal y de la república con la derrota de la revolución francesa, a principios del siglo XIX? ¿Cuántos ahora nos anunciaban el final de la historia... y por lo tanto del socialismo y la dialéctica? ¿Cómo nos anunciaban el final del dilema entre el socialismo o fascismo?

Mis estimados lectores brasileños: el libro *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* no se tradujo al portugués como la mayor parte de mi obra producida en el exilio. No existía un clima favorable para estos análisis tan crudos y tan marcados por un horizonte histórico pos capitalista, pero las cosas comienzan a cambiar en una América Latina que presenta un cuadro de fuerzas de izquierda en ascenso, mientras avanzan las medidas contrarrevolucionarias en varias partes, anunciando confrontaciones peligrosas para una región que aspira a la unidad y la integración. Esto solo será posible, sin embargo, en un contexto de avance democrático, con la afirmación de la soberanía nacional de cada país y la independencia y la unidad de toda la región.

Socialismo o fascismo se encuentra otra vez en el horizonte ideológico de la región; tal vez la lectura de este libro (*Socialismo o fascismo*) le ayudará a entender por qué este cuadro se esboza nuevamente en el continente. Ahora con más fuerza y profundidad, a pesar de todos los reveses ideológicos provocados por el terror económico, político e intelectual que el llamado “pensamiento único” neoliberal instauró, llevado por las botas de los militares que traicionaron su compromiso patriótico.¹⁵ Nuestro pueblo resurge de sus cenizas y está otra vez en el centro de nuestra historia,

14. Véase mi libro (2004), en el que analizo detalladamente, y creo que en profundidad, la experiencia histórica del pensamiento único.

15. Véase mi libro *Do terror à esperança: auge e decadência do neoliberalismo*, *Idéias & Letras*, Aparecida, 2004, en el que analizo detalladamente, y creo que en profundidad, la experiencia histórica del pensamiento único. La edición venezolana de este libro está disponible por internet en el sitio web de Monte Ávila Editora.

ubicándose más allá de la ofensiva anterior, porque la reacción no aceptó los logros más moderados de los estratos populares y tiene en la represión su herramienta única y definitiva para conservar el poder.

Nos guste o no, los ataques de la derecha conducen al radicalismo, desmoronando nuestras esperanzas de un cambio pacífico sin mayor violencia en ambos extremos. Lo importante es la unión de las grandes mayorías y su voluntad de avanzar firmemente hacia una sociedad más justa y humana. Los enemigos determinarán la forma que tomará esta lucha, a la cual los pueblos no pueden renunciar como condición para asegurar el futuro de la humanidad.

Introducción

Un largo debate y el futuro

Este libro reúne gran parte de nuestros trabajos y reflexiones sobre las cuestiones de la dependencia, de la democracia y del socialismo en los últimos quince años, desde que terminamos nuestro libro *Imperialismo y dependencia*, publicado por Era, en México, y Tsuge Shobo, en Japón.

En este lustro ocurrieron cambios importantes en el escenario económico y político del mundo que nos llevaron a profundizar en algunas reflexiones y tesis defendidas en el pasado.

La primera parte de la obra se dedica a presentar nuestras reflexiones sobre las críticas publicadas en todo el mundo sobre la teoría de la dependencia y nuestra contribución a la misma.¹⁶ No adoptamos la forma de una respuesta o debate con esas críticas, sino que intentamos profundizar nuestras concepciones, sobre todo en el plano teórico y metodológico.

16. El reciente libro de Cristobal Kay (1989), hace una síntesis muy honesta y bastante completa sobre los debates acerca de la teoría de la dependencia y presenta una bibliografía bastante amplia sobre el tema. Sin embargo, es necesario señalar que no toma en consideración el debate sobre el tema de la Unión Soviética, donde tuvo importante impacto en la formación de la “nueva mentalidad” que preside hoy las concepciones internacionales y su política exterior. Falta también un análisis del impacto de la teoría de la dependencia en África y en Asia.

Nos posicionamos ante las teorías del desarrollo mostrando su contenido ideológico y sus limitaciones metodológicas. Mostramos el error de las críticas que pretenden situar a la teoría de la dependencia como una superposición de los elementos externos e internacionales sobre los elementos internos y nacionales de los países dependientes. Mostramos la dialéctica entre lo externo y lo interno en esas relaciones, los diversos niveles metodológicos del análisis de la dependencia y sus implicaciones sobre las cuestiones políticas siempre actuales de la soberanía nacional, de la democracia y del socialismo.

En la segunda parte, incursionamos más detenidamente sobre la cuestión de las relaciones entre el desarrollo científico y la dependencia cultural. Desde 1975 nos dedicamos especialmente a la temática de la revolución científico-tecnológica¹⁷ que aumenta cada vez más la distancia entre los países desarrollados y subdesarrollados y crea las bases de una civilización global que tendrá, sin embargo, que absorber a las diferentes civilizaciones y culturas en una concepción pluralista del proceso de globalización que vivimos. Esta visión pluralista supera la visión simplista de la Ilustración y de las ideologías eurocentristas que confunden la civilización con la cultura europea y con las leyes de desarrollo del capitalismo.

Por lo tanto, el proceso de universalización que vivimos no debe suponer la aniquilación de las culturas nacionales, sino su resurgimiento en un nivel superior, en una relación dialéctica con la civilización del planeta.

No hay pues, ninguna contradicción entre nuestras afirmaciones sobre la formación de una civilización global y nuestra defensa de las culturas nacionales contra la dependencia cultural que limita radicalmente la capacidad de los países dependientes de ser parte del desarrollo universal de la cultura.

La tercera parte de este estudio integra la cuestión de la democracia en el contexto de desarrollo capitalista dependiente y procura responder a la pregunta: ¿es posible una democracia estable en las condiciones de

17. Estos estudios se reflejan, sobre todo en nuestros libros (1985; 1983; 1987).

una sociedad dependiente, donde la concentración de la renta y la exclusión de la marginalización de las mayorías sociales sean resultado de su forma particular de desarrollo capitalista?¹⁸

La ausencia de la justicia social y la indiferencia ante la miseria absoluta y sus secuelas son el aspecto esencial de una cierta concepción de modernidad y de la posmodernidad que pretende asumir fueros de verdad y tendencia universal. En esta parte mostramos, sin embargo, que el aspecto determinante de la evolución histórica es su direccionalidad hacia el socialismo.

En los días actuales, está de moda (evidente, a propósito, en toda la historia del capitalismo: recordemos a Thiers que, al vencer a la Comuna de París en 1871, aseguraba a la humanidad el fin del socialismo) presentar al socialismo como algo superado. La prueba histórica es el cambio que viene ocurriendo en Europa Oriental y en la Unión Soviética. No obstante, como mostramos en este trabajo, con ideas desarrolladas incluso antes de la Perestroika y de la *glasnost*, lo que ya estaba definitivamente superado era el “estalinismo” como ideología, y el aparato partidario y estatal-burocrático que había creado.

Lejos de significar el fin del socialismo, se representa, al contrario, el más importante avance de este ideal, de este movimiento y de esta experiencia histórica como formación social y como nueva metodología de regulación económica y social dentro del propio capitalismo. El estalinismo era un peso muerto sobre las concepciones universales del socialismo y sobre las sociedades en que se impuso, no como consecuencia del socialismo, sino como resultado del atraso histórico de las mismas, y el bloqueo imperialista que sufrieron y aún sufren. Pero el avance de las fuerzas productivas de esas sociedades, se tornó incompatible con la sobrevivencia de ambas realidades. Los países de Europa Oriental, y sobre todo la Unión Soviética, se encontraron aislados dentro del Comité de Coordinación para el Control de Exportaciones Multilaterales (COCOM).¹⁹ A pesar de que los Estados Unidos intentaron mantener sus

18. Nuestras ideas sobre la cuestión fueron presentadas de forma más sistemática en nuestro libro *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia* (1970).

19. Ver “US Isolated in COCOM on Soviet Trade” en *Herald Tribune*, 16 de febrero de 1990; y “US to Open High Technology to East Europe” en *Herald Tribune*, 19 de diciembre de 1989.

alianzas militares antisoviéticas, no hubo más que impedir la independencia de Europa, la formación del Hogar Europeo y el fin de la NATO.

Lo mismo tiende a ocurrir en el mundo asiático.²⁰ Que tales hechos sean presentados ideológicamente como una victoria del capitalismo sobre el socialismo es plenamente comprensible, pues forma parte de la lucha ideológica, pero que esto llegue a impresionar tan fuertemente a un sector tan grande de la intelectualidad de izquierda solo puede explicarse por la fuerza que el estalinismo tuvo en la formación de esta intelectualidad.

Nuestros análisis sobre el socialismo muestran exactamente la necesidad histórica de los cambios que hoy ocurren. Estos son el resultado de nuestros estudios sobre la evolución histórica del movimiento socialista,²¹ nuestra experiencia práctica en el movimiento popular, y nuestra participación en varias reuniones, seminarios y congresos sobre la evolución actual del socialismo, entre los cuales se destacan las “mesas redondas” sobre el “Socialismo en el mundo”, realizadas anualmente en Cavtat, en Yugoslavia, desde 1975.²² El llamado “espíritu de Cavtat” impregnó fuertemente el debate socialista en este período y tuvo gran influencia en los cambios teóricos de concepción política y del papel de la democracia que viene dándose en el campo socialista.

En seguida, nuestras reflexiones se dirigen hacia el papel de los movimientos sociales en la transición democrática que viene desarrollándose en el mundo contemporáneo como fenómeno universal. En verdad, concentramos nuestras preocupaciones en América Latina y en Brasil, en particular, donde la transición democrática se combina con el estancamiento económico y la inmovilidad de las estructuras de explotación y dominación que forjaron el modelo capitalista dependiente de manera paradigmática en este país. Gran parte de las investigaciones

20. Ver “Japan Scientists Report North Korea is Building a Nuclear Arms Facility” en *Herald Tribune*, 10 de febrero de 1990. Las crecientes contradicciones entre Japón y Estados Unidos y el crecimiento de las potencias medias asiáticas como China, India y Vietnam forman el dominio norteamericano en la región cada vez más difícil.

21. Ver nuestro Libro con Vânia Bambirra (1978).

22. Las mesas redondas de Cavtat se publican en la revista *Socialism in the World* editada en inglés, francés y servo-croata de cuyo consejo de redacción formamos parte activa hasta 1985.

que sirvieron de base a este tema se hicieron en el marco del proyecto de investigaciones sobre “Perspectivas de América Latina” que Pablo Gonzales Casanova dirigió para la Universidad de las Naciones Unidas.

Vemos en esta parte la renovación del movimiento popular y su ampliación hacia nuevas clases sociales en el marco de la lucha contra la dictadura popular y en la evolución y formación de una subjetividad creadora que debe determinar cada vez más la historia de nuestro país y del continente. Vemos también cómo se reflejó en el plano político e ideológico la formación de un nuevo sujeto colectivo, al determinar la madurez de una izquierda socialista y democrática en la región.

Completamos así, un ciclo de reflexiones que, lejos de encerrar el debate en el capitalismo dependiente, la democracia y el socialismo, pretende solamente reubicarlo a la luz de los importantes cambios que vienen dándose en el mundo contemporáneo²³ y particularmente en Brasil.²⁴ Esperamos haber cumplido en parte este objetivo. Que juzguen los lectores.

PRIMERA PARTE

ECONOMÍA POLÍTICA DE LA DEPENDENCIA

I. Nota previa

Esta parte se divide en cuatro capítulos. En el primero, hacemos un intento de reconstrucción de las fuentes principales de la teoría del desarrollo en su versión nacionalista-democrática. De esta reconstrucción se

23. Nuestros estudios más recientes sobre el tema se encuentran en libro *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo* (1987). Más recientemente preparamos para el Sistema Económico Latinoamericano un estudio sobre América Latina y la Economía Mundial que sirve de punto de partida para las investigaciones que realizamos actualmente sobre la Economía Mundial y los Procesos de Regionalización, con el apoyo del CNPQ y de la Fundación Ford.

24. Nuestros estudios sobre el proceso histórico brasileño se encuentran en varios trabajos, entre los cuales destacamos recientemente *El camino brasileño hacia el socialismo* (1986), así como la revisión de nuestros trabajos anteriores sobre el tema que deberá condensarse en el libro sobre *La evolución histórica del Brasil de la colonia a la nueva república* (1991).

destacan algunos elementos críticos que dieron origen a una elaboración teórica marxista sobre el desarrollo, integrándolo en el marco del desarrollo desigual y combinado del capitalismo en su fase imperialista.

Esto nos conduce a un segundo capítulo, en el cual es recogida la noción de dependencia como mediadora entre las condiciones internacionales generadas por el desarrollo del capitalismo y las determinaciones específicas de los países que ocupan una posición subordinada y dependiente en este contexto internacional. Puede observarse, en esta parte, la relación entre los niveles internos y externos, los niveles de la dependencia económica y su relación con lo social, lo político y lo cultural. De esta forma se realza la particularidad que asume el desarrollo del capitalismo dependiente y su imposibilidad de crear una economía capitalista independiente, capaz de atender las necesidades mínimas de las sociedades, como fue posible alcanzar dentro del capitalismo desarrollado. De este modo, se muestra que el socialismo aparece como la única alternativa histórica a este capitalismo dependiente.

En el tercer capítulo, se procura establecer, por consiguiente, cuál es la relación que se establece en esos países entre las luchas antiimperialistas y democráticas y el socialismo. Se enfatizan las distintas combinaciones determinadas por las estructuras económico-sociales de cada país y su relación con la revolución mundial y la teoría revolucionaria.

En el cuarto capítulo se enfatiza la relación entre la lucha por la soberanía nacional, la democracia y el socialismo como heredero de las luchas nacionales y democráticas de los países dependientes bajo una nueva óptica global.

II. Génesis y evolución de la teoría del desarrollo

La teoría del desarrollo constituyó una disciplina académica en la posguerra, en los años 50. Esta fecha no es accidental. En esos años emergió el movimiento de liberación nacional en las colonias y las empresas norteamericanas y otros centros capitalistas comenzaron a invertir masivamente en los países dependientes. Para responder al desafío revolucionario en el mundo colonial (tanto para los que querían impulsarlo, como para los que querían combatirlo) y para establecer en países

relativamente atrasados una economía industrial, era necesario conocer más pormenorizadamente los mecanismos del desarrollo económico. ¿Con que antecedentes teóricos se podía contar?

- 1) En primer lugar, con la teoría sociológica de la modernización, tal como se había configurado en Weber y Durkheim, cuyos principios sociológicos eran comunes, a pesar de sus importantes diferencias metodológicas. La burguesía de fines de siglo XIX y principios del siglo XX había establecido un esquema dual de comprensión del mundo. Se imponía internacionalmente un sistema social nuevo cuyo núcleo era el individuo racional, y cuya conducta se ajustaba a una clara definición de sus fines (independientemente del contenido de los mismos) y de los medios más económicos para alcanzarlos. La racionalidad no era un tipo ideal de comportamiento. Por más que procurara ocultar su contenido ideológico, este pensamiento partía de una filosofía de la historia, que suponía ser ese tipo de conducta “racional” un modelo superior de formación social que se impondría sobre toda la humanidad. El estudio de los pueblos tradicionales que no se ajustaban a esta racionalidad tuvo inicialmente un carácter estático, cuyo objetivo fundamental era definir las diferencias esenciales entre lo tradicional y lo moderno. Posteriormente, debido a la necesidad de inducir a un cambio más rápido en las sociedades tradicionales para ajustarlas a las nuevas condiciones del desarrollo de la economía internacional, surgieron los estudios de la modernización como un proceso de transición de lo tradicional hacia lo moderno o racional. Se trataba de implantar la racionalidad capitalista como un objetivo explícito y se hacía necesario ajustar la investigación empírica a este objetivo más activo y dedicarse al estudio de los obstáculos culturales y del comportamiento que se interponían al cumplimiento de esa meta.
- 2) La segunda fuente disponible para elaborar una teoría del desarrollo era la de los estudios económicos sobre el crecimiento económico. La crisis de los años treinta había recuperado para el pensamiento económico el problema del ciclo y del crecimiento. La aparición de las crisis capitalistas fundamentaba la necesidad de inducir a la intervención estatal a favor de la ampliación de la demanda. El descubrimiento de

los mecanismos de “propagación de los gastos estatales” como reanimadores del sistema productivo, como creadores de empleo y de nueva demanda, parecían poder aplicarse a los países atrasados, induciendo así un crecimiento económico que conduciría a la modernización de la sociedad en su conjunto.

- 3) La tercera fuente de reflexión disponible era la economía política clásica, que se mantenía ocupada de los fenómenos de la implantación del capitalismo como modo superior de producción frente a la economía rural pre-mercantil y cerrada. Se trataban de rescatar, de la economía política clásica, los elementos que permitieran comprender las nuevas condiciones de distribución y circulación que hacían posibles la implantación de la división del trabajo y de la evolución tecnológica como principios de acumulación.
- 4) Sin embargo, existía otra tradición teórica que no se podía dejar de lado. La economía política había integrado varios elementos que permitían la comprensión del desarrollo de una economía atrasada: a) en primer lugar, Marx tenía analizadas las condiciones de la acumulación capitalista como una relación entre la producción de valores por la fuerza de trabajo actuando sobre medios de producción y materias primas en un período de tiempo socialmente determinado, y la remuneración de la fuerza de trabajo vendida en un mercado por un valor inferior a la contribución de su trabajo. A pesar del contenido revolucionario y crítico de tal descubrimiento, este podía ser apropiado para un pensamiento reformista con el objetivo de estudiar la relación entre la producción de valores, el excedente generado y su distribución entre la burguesía rural, urbana y bancaria. La cuestión del desarrollo podía ser puesta en buena medida como un problema de utilización del excedente económico en beneficio de las clases más altas de la burguesía, que deberían aplicarlo racionalmente en nuevas inversiones capaces de aumentar la riqueza social, generar empleos, etcétera; b) en segundo lugar, Marx tenía analizadas, a través de los esquemas de reproducción simple y ampliada, las condiciones de repartición que permitían, no solo la reproducción del sistema, sino también la acumulación de nuevos bienes y montos crecientes de plusvalía. Se trataba de trasladar dichos descubrimientos teóricos hacia el estudio de las sociedades en que ese sistema de repartición

comenzaba a imponerse, con el fin de analizar las condiciones más favorables en su aplicación máxima. Dichos esquemas, ligados a los *lags* keynesianos de los mecanismos de propagación, permitían establecer ciertos modelos ideales de comportamiento de la economía en beneficio de su máximo crecimiento; c) la tradición marxista incorporaba, en tercer lugar, los análisis de Hilferding, Lenin y Bukharine sobre el imperialismo, que permitían destacar la lucha por los mercados a escala internacional, la relación entre el monopolio, la fusión del capital bancario e industrial y su relación con la inversión internacional de capitales y la explotación de la plusvalía de las colonias. A pesar del contenido crítico y revolucionario de estos descubrimientos teóricos, era igualmente posible ponerlos al servicio de los movimientos revolucionarios de las colonias y países dependientes, para realzar la exploración de los monopolios internacionales sobre los países coloniales. A pesar de ser muy pocos los teóricos del desarrollo, incorporaron dichos fundamentos en sus análisis los sectores más combativos de los movimientos de liberación nacional; d) en cuarto lugar, la tradición marxista de los años 20 había dedicado un importante esfuerzo de reflexión al problema de la acumulación primitiva en el socialismo. ¿Cómo era posible introducir de forma planificada el crecimiento de una nación atrasada? La idea de un Estado gestor, capaz de realizar el crecimiento económico, no dejó de impresionar a un gran número de estudiosos del desarrollo económico, que procuraba aplicar dichos conocimientos, privilegiando sus aspectos materiales: necesidad de hegemonía del sector de bienes de capital, creación de una infraestructura energética como condición del crecimiento, papel de la educación, etcétera; e) finalmente, la tradición marxista también había desarrollado el estudio de los países dependientes: el papel de la burguesía nacional en las luchas de la liberación nacional, del campesinado, de los intelectuales y de una clase obrera naciente; la relación entre la revolución democrática y la socialista, entre la estructura de clases y la dependencia de la dominación imperialista habían sido objeto de reflexión de la Tercera Internacional y de teóricos de los países coloniales, como Mao Tsé-Tung quien más que nadie, había liderado una revolución nacional-democrática victoriosa. No se podían dejar de lado estas contribuciones teóricas.

El campo de análisis de la teoría del desarrollo era pues, muy amplio. Los modos de enfocar las condiciones que permitían el crecimiento eran también diferentes, dependían del sector social que los analizaba. El pensamiento liberal enfatizaba las condiciones de la modernización como sustitución de la sociedad tradicional. El pensamiento nacionalista revolucionario enfatizaba la dependencia, las modificaciones de la estructura social, el contenido de la industrialización y las condiciones internas de la acumulación. Sin duda, ambas tendencias se compenetraban y se influenciaban una a la otra, produciendo un eclecticismo teórico que era resultado de la identidad básica en su modo de ser abordadas y en sus objetivos. Se trataba de extraer de las contribuciones teóricas existentes los elementos que permitieran inducir a la modificación tecnológica, económica, social y política y el desarrollo capitalista en los países atrasados. Se trataban de superar los prejuicios que presentaban *ab initio* la raza, el clima y otros factores estáticos como límite definitivo al desarrollo del modo de producción capitalista a escala mundial.

Pero no tardó en surgir una divergencia entre los dos puntos de vista. Ya en los años 50 podía constatarse que el desarrollo del capitalismo y la industrialización de estas nuevas regiones no conducían al surgimiento de nuevas naciones capitalistas independientes, sino solo a una subordinación del crecimiento económico local al capital internacional, que reservaba un papel subordinado a la industrialización de estos países, así como a sus burguesías locales. La cuestión de la independencia y de la lucha imperialista no se agotaba en la lucha por la garantía de un desarrollo industrial capitalista. Poco a poco se fue abriendo una brecha entre los sectores que querían seguir el desarrollo de las fuerzas productivas locales de una forma independiente, nacional y capaz de atender a las aspiraciones de consumo de las mayorías y las burguesías locales, que comprendían la imposibilidad de realizar ese desarrollo en el seno de una economía mundial capitalista dominada por los grandes monopolios que controlaban la última tecnología (que producía saltos enormes en un ritmo de transformación rapidísimo del sistema productivo y de consumo, etc.). Esta economía mundial capitalista estaba determinada por las enormes necesidades de financiamiento que presuponían las nuevas inversiones altamente concentradas, en condiciones en que

los monopolios internacionales poseían clara hegemonía, contando aún con el apoyo de un sistema internacional financiero controlado por los Estados Unidos. Esta economía mundial desarrollaba igualmente el marketing (publicidad, promoción de ventas, financiamiento al consumidor, etc.) capaz de generar patrones de consumo ajustados a las características de los bienes productivos por los monopolios internacionales.

La adhesión de las burguesías nacionales al capital internacional y su abandono del proyecto de desarrollo nacional, autónomo y popular, traía como consecuencia política la pérdida de su capacidad de controlar el frente político de los obreros, de la pequeña burguesía y del campesinado que apoyaba las palabras de orden de liberación nacional. Era, por lo tanto, comprensible, que el frente ideológico también se quebrantara. Este hecho llevaba, en la segunda mitad de los años 60, a una revisión de las fuentes teóricas anteriormente señaladas, para situar el pensamiento burgués en un nuevo horizonte teórico marcado por una nueva etapa de lucha de clases a escala internacional y en el llamado Tercer Mundo.

La tradición teórica burguesa incorporó progresivamente el pensamiento monetarista como mediación para comprender la necesidad de un equilibrio apriorístico de la balanza de pagos y de los medios de circulación del dinero y del crédito y para asegurar un desarrollo capitalista más “equilibrado”, en el cual se abandonaban las concesiones económicas y políticas a los obreros que componían al anterior frente nacionalista, a los sectores de clase media que habían dimensionado ampliamente un Estado usado como instrumento de clientelismo político, a un campesinado apoyado en una economía rural decadente, que se convertía rápidamente en un proletariado agrícola asalariado. La agravación de la crisis capitalista internacional intensificó la necesidad de esta política que buscaba lo siguiente: a) restringir los créditos a las pequeñas y medianas empresas para permitir una plena canalización de los recursos financieros en dirección a las grandes empresas, en general filiales locales de las multinacionales –agentes concretos de la expansión del capital a la escala internacional– ; b) disminuir la presión salarial de los trabajadores e incluso rebajar sus salarios reales; c) aumentar los grupos de técnicos y profesionales de formación moderna, capaces de servir a una expansión masiva de las inversiones internacionales a nivel local; d)

aumentar las exportaciones de bienes industriales que utilizaban mano de obra intensiva; e) procurar un equilibrio de la balanza de pagos por la vía del aumento señalado de las exportaciones, por un lado y a través de la “importación” de capitales por otro. A pesar de los efectos inmediatos aparentemente favorables que generó esta política de “milagros económicos”, ya en la década del setenta, fue posible constatar sus fuertes limitaciones.

Pero la teoría monetaria, combinada con un pensamiento neoclásico a favor de las grandes corporaciones, continúa su lucha para imponer sus principios a las políticas económicas de los países dependientes.

Muchos autores no situarían este modelo teórico y de política económica en el ámbito de la teoría del desarrollo. Creen, en primer lugar, que el pensamiento monetarista se concentra en la búsqueda de ciertas condiciones de equilibrio y, en segundo, que su aplicación conduce a una regresión económica.

Es, sin duda, necesario señalar que los pensadores más importantes de los países dependientes que utilizan tal esquema teórico lo incorporan en el marco de una teoría de desarrollo. Para ellos, la política de estabilización económica anteriormente descrita hace una limpieza del terreno productivo en beneficio de una mayor eficacia económica y de más altos patrones de productividad. La ruptura de las pequeñas y medianas empresas es la derrota de la ineficiencia, la imposición de las corporaciones multinacionales y la victoria de la tecnología moderna y de la productividad. La limpieza del aparato de Estado y la eliminación de sus déficits son la derrota de la demagogia populista parasitaria y la victoria de la tecnocracia que impone patrones de eficacia administrativa y productiva en la empresa estatal. La imposición de un mecanismo de cambios más equilibrado significa no proteger a las empresas nacionales ineficaces, sino crear las condiciones de una competencia internacional saludable para el aparato productivo interno, promoviendo, al mismo tiempo, la especialización de la producción en los sectores económicos en que los países dependientes demuestran mayor nivel competitivo. Y esa teoría afirma que, en el caso de algunos países ya industrializados, estas ventajas comparativas pueden ser alcanzadas en los sectores industriales que, dentro del espectro de la tecnología moderna, emplean

mucha mano de obra (factor abundante y barato en los países dependientes). Estas ventajas comparativas de hecho atraerían al capital internacional a esos países. Las victorias alcanzadas por los monetaristas, con una perspectiva desarrollista, en algunos países (particularmente en Brasil) parecían liquidar definitivamente la variante del nacionalismo económico. Sin duda, ya en los años 1973-1974 comenzaban a dibujarse los fracasos de esa política.

Estos fracasos motivaron dos tipos de reacciones dentro del pensamiento económico:

- › Por un lado, surgieron los grandes modelos econométricos e interpretativos internacionales que procuraban desarrollar grandes principios para resolver los problemas internacionales, tales como el crecimiento cero, un nuevo orden internacional impuesto por las Naciones Unidas y no por la lucha de los pueblos, los modelos de tipo ecológico alertando sobre los peligros de la “sociedad de consumo” etc. Estos grandes modelos internacionales pecan sin duda, de la falta de un movimiento de fuerzas sociales concretas que los pueda impulsar más allá de las simplificaciones teóricas empíricas que reflejan.
- › Por otro lado, estimulado por los fracasos de la política monetarista y procurando aprovecharse de un relativo debilitamiento de la economía norteamericana, como resultado de la crisis económica internacional iniciada en 1967 y expresada en la depresión de 1974-1975, hubo en esos años un renacimiento del pensamiento nacionalista, pero en una versión cada vez más moderada. Su énfasis fundamental continúa en las condiciones desfavorables del comercio mundial, en particular el sistema de precios y las condiciones financieras. Pero existe una tentativa creciente de articular una política internacional de precios de las materias primas que aprovecha el mayor poder de negociación de los Estados nacionales y sistematiza la política de cárteles iniciada por la OPEP. Este poder de negociación fue ampliado en los años sesenta y setenta como fruto de masivos procesos de nacionalización de empresas en los países de desarrollo capitalista dependiente. De este modo, hubo un entendimiento creciente de las tendencias de la economía internacional hacia una nueva división internacional del trabajo que favoreció el aumento de la exportación de productos industrializados a partir de países del Tercer Mundo.

En el plano interno no se asientan de ninguna manera bases para modificaciones estructurales. Pero la necesidad de un apoyo político a dichas medidas justifica la insistencia en mantener ciertos derechos de expresión y organización popular, los cuales se intentan controlar, sobre todo a través de una campaña de unidad interna de las fuerzas sociales nacionales hacia una lucha común en el plano internacional. Las fuentes teóricas de la fundamentación de dicha campaña no son muy diferentes de las que dieron origen a la teoría del desarrollo como disciplina, excepto por el énfasis creciente en los cambios internacionales, la cual ya existía anteriormente, pero fue llevada a nuevos extremos. Es sin duda, necesario señalar que fue posible fundamentar este tipo de nacionalismo de última hora con un raciocinio supuestamente marxista, como la teoría de Arghiri Emmanuel sobre el cambio desigual. Esta teoría buscaba relacionar el sistema de precios internacionales con las condiciones salariales como fuentes de esos precios para probar que a través del cambio de bienes se formaba un sistema de explotación de los trabajadores de los países periféricos hacia los capitalistas y obreros de los países centrales. A pesar del carácter abstruso de la teoría emmanuelista del cambio desigual, su inserción en el contexto de las luchas de liberación nacional del período revela a) La capacidad de la pequeña burguesía para continuar generando alternativas teóricas; b) La necesidad de estas alternativas dio énfasis a las relaciones internacionales comerciales y al intercambio de mercaderías; c) La división que esta misma refuerza y promueve un posible frente internacional de los intereses socialistas.

Una nueva etapa de la evolución de la teoría

Pero, al lado de esta evolución del pensamiento económico dominante, la reflexión sobre el desarrollo entró en una nueva etapa en el interior de la economía política marxista. En los años de sesenta a setenta se produce en Occidente un profundo movimiento intelectual basado fundamentalmente en la lectura crítica de *El capital*, de los *Grundrisse* y del Capítulo VII Inédito de *El capital*.

Sin dejar de señalar la limitación de una lectura económica de Marx, es necesario destacar la importancia de retomar una línea de reflexión teórica que permita incorporar la noción de explotación como hecho

básico de funcionamiento del capitalismo contemporáneo. De esta forma, la relación entre la explotación, el proceso de valorización el proceso de trabajo, la acumulación, el ciclo de capital, la reproducción del modo de producción capitalista, y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia permiten retomar el hilo teórico que puede dar fundamento a un análisis revolucionario del problema económico. No obstante, sería errado pensar que el descubrimiento de ciertos conceptos abstractos garantice el rigor del proceso de apropiación teórica de la realidad concreta. En este sentido, es necesario señalar algunos principios teóricos y metodológicos que tienen que estar presentes en el estudio del fenómeno de desarrollo, de modo que permitan un avance sustancial en su análisis:

1. Hay que considerar el desarrollo económico como un proceso histórico. Esto es, se trata de las posibilidades y tendencias reales de continuar el desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional y de situar en el interior estas tendencias:
 - a) El papel de las tres grandes formaciones sociales contemporáneas (el socialismo, el capitalismo en los países dominantes y el capitalismo en los países dependientes) en el desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional. Se trata de determinar en qué medida las relaciones de producción capitalista pueden resolver los problemas creados por el avance de la revolución científico-técnica y los procesos de concentración económica, centralización del capital, monopolización, intervención estatal e internacionalización de la producción y del capital que esta provoca y exige.
 - b) Las condiciones de funcionamiento de una economía cada vez más internacionalizada, pero apoyada en las estructuras económicas nacionales y el carácter desigual y combinado. Este carácter de las relaciones internacionales no solo fundamenta posiciones distintas relativas dentro del contexto económico internacional (países dominantes y dependientes, contradicciones interimperialistas etc.) sino que obliga a estudiar empíricamente el papel de las luchas por afirmar las estructuras nacionales dentro de esta realidad (proteccionismo nacional creciente en los centros imperialistas,

resurgimiento del nacionalismo en países dependientes, bloques de fuerzas regionales etc.). Estas tendencias proteccionistas se refuerzan durante los períodos de depresión económica. Tienden, desde 1967, a convertirse en el comportamiento normal de la economía internacional y deberán predominar aún por un período importante hasta que el capitalismo pueda lanzar las bases de un nuevo período de acumulación de capital a escala internacional.

- c) Las condiciones teóricas y concretas que permiten la integración de los fenómenos nacionales con la contradicción internacional entre las dos principales formaciones sociales opuestas (capitalismo *versus* socialismo). Esta contradicción incide, igualmente, sobre las políticas económicas y los regímenes políticos de cada nación capitalista dominante o dependiente. Es de este modo que se anteponen cada vez más las luchas antiimperialistas y socialistas, la lucha contra las tendencias fascistas y el socialismo, la lucha por el desarrollo económico y la superación del subdesarrollo y de la miseria y la existencia de gobiernos populares capaces de conducir a una transformación socialista de la economía.
2. En segundo lugar, se trata de analizar el desarrollo de las fuerzas productivas como un proceso concreto de trabajo que se inscribe en distintas relaciones de producción y que sigue principios diferentes, y hasta opuestos, de regularización y conducción. Es necesario comprender, por lo tanto, las exigencias que se oponen al proceso de producción en general, al proceso de trabajo en especial y a los obreros aún más particularmente. En este sentido, hay una tendencia para la normalización de la producción de acuerdo con principios que se hacen universales, pero cuya aplicación en una sociedad socialista, capitalista dominante o dependiente resulta en procesos reales completamente distintos. Por esta razón, no hay que engañarse, porque existe una tendencia universal para utilizar ciertos principios tecnológicos básicos: cuando se trasponen hacia una economía planificada y de pleno empleo liberan horas de trabajo productivo y aumentan la utilización del tiempo libre para el estudio, el desarrollo científico y espiritual; por otro lado, al superponerse dichos principios tecnológicos a una economía capitalista,

estos generan desempleo estructural, tiempo libre que se convierte en criminalidad y conflicto social, en educación deficiente y frustración; finalmente, al transponerse hacia las economías dependientes con enormes masas de subempleos, agigantan los sectores marginados de la sociedad, aumentan los sectores de altas rentas y, por lo tanto, la polarización social, la desigualdad y las contradicciones y, al mismo tiempo, desintegran el aparato interno convirtiéndolo en apéndice subordinado del internacional.

3. Las tendencias básicas de la economía mundial deben ser vistas como un conjunto complementario: productivo, comercial y financiero. Un análisis que separe estos factores, en vez de establecer una jerarquía y relación dialéctica entre ellos, conduce a un unilateralismo incapaz de captar la esencia del proceso histórico real. De esta forma, hay que integrar esos movimientos internacionales de medios de producción y fuerzas de trabajo, mercaderías y capitales, con las superestructuras jurídico-político-ideológicas.
4. La teoría del desarrollo debe, por lo tanto, romper definitivamente con su tendencia para ofrecer fórmulas ideales de crecimiento económico y de ajustes estructurales, para analizar el fenómeno de desarrollo en sus condiciones socioeconómicas estructurales, contradictorias e históricamente determinadas. Solo en este contexto se podrá situar correctamente la búsqueda de un nuevo orden económico internacional, las exigencias de crédito y de ayuda económica, las controversias sobre el gigantismo de los procesos de endeudamiento y otros desequilibrios internacionales sobre el crecimiento de la economía militar y del comercio mundial de armas, etcétera.
5. Las perspectivas internacionales son indispensables, pero no pueden dejar de redefinirse en función de las estructuras socioeconómicas nacionales y regionales y del papel protagónico de las clases sociales y de sus contradicciones. Las luchas de liberación nacional, por el desarrollo nacional independiente, por el acceso de las masas al trabajo y al consumo por la ampliación de su capacidad de decisión política y por la transformación revolucionaria de Estado, son partes integrantes y esenciales de la dinámica concreta del proceso histórico del desarrollo.

En conclusión, se podría afirmar que existe todo un camino de profundización de ciertos principios teóricos y metodológicos en cuya definición se avanza en los últimos años y que alejan la teoría del desarrollo del plano abstracto y formal en que se situó su primera fase bajo la hegemonía del desarrollo. Hoy en día, la elaboración teórica en los centros de poder mundial, asume ciertos principios de clase irrecusables (monetarismo y favorecimiento de las corporaciones multinacionales, subordinación de las burguesías nacionales, aseguramiento de condiciones de explotación elevadas para atraer el capital internacional, aumento de la intensidad del trabajo y del desarrollo tecnológico, a partir del punto de vista de la asimilación y aplicación de los principios y normas desarrolladas en los centros dominantes, subordinación del aparato productivo local a la estrategia internacional de las corporaciones multinacionales en función de una minimización de los costos y del dominio de los mercados internacionales, etc.). Por otro lado, la elaboración proletaria y popular se dirige hacia una clara visión de la estructura socioeconómica existente como una formación social concreta a escala internacional y local. En este contexto, se destaca la cuestión de la transición hacia el socialismo como parte integral de una teoría de desarrollo, identificada con los intereses populares.

Por último, cabría señalar la compleja relación entre discontinuidad y continuidad del proceso de elaboración teórica. Su inserción tan clara en la lucha de liberación nacional, democrática y de las clases revolucionarias lleva, por un lado, a una asimilación sistemática de estas preocupaciones en la vida universitaria, trabajadora y artística, sobre todo en los momentos de auge democrático localizados en general en ciertos países, regiones o instituciones que atraen a los intelectuales y a los científicos expulsados de otras partes. Por otro lado, como consecuencia de estos avances se producen violentos procesos de represión y dispersión de los centros de reflexión y de producción teórica y empírica y nuevos reagrupamientos en otros centros nacionales, regionales o institucionales.

En Brasil, entre 1961 y 1964, hubo una gran explosión teórica e intelectual. La radicalización del Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), el surgimiento de la Universidad de Brasilia, los debates

organizados en la Facultad de Filosofía de São Paulo y en la Facultad de Economía de Minas Gerais fueron los centros principales de atracción de la elaboración teórica y de la investigación. En Chile, entre 1970-1973, la “Escolantina”, o Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) fueron los principales centros de polarización que recogían, de cierta forma, la experiencia investigadora de centros internacionales ahí localizados como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Instituto Latinoamericano de Planificación y Estudios Sociales (ILPES), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), etcétera.

Desde 1973, en México, se reprodujo esta situación con una mayor infraestructura local (material e intelectual), una mayor concentración de refugiados y aprovechando un alto grado de elaboración que la reflexión teórica ya había alcanzado en este país. No se puede dejar atrás, del mismo modo, la constante influencia de Cuba como centro de experiencia política y de irradiación intelectual e ideológica, siempre dinámico e interesado en comprender el proceso continental e internacional. Es necesario señalar aún el desarrollo de formas de intercambio y colaboración de los centros de investigación y enseñanza continental, como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), la Asociación Latinoamericana de Sociología, la Asociación de Facultades y Escuelas de Economía y las experiencias de escuelas como FLACSO y Escolantina o iniciativas como el Seminario Permanente sobre América Latina (SEPLA), la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, etcétera.

No se puede tampoco olvidar que en cada país del subcontinente existe un desarrollo de centros de investigación y docencia, incluso durante dictaduras, que demuestran la vitalidad del impulso teórico en el subcontinente. En África y en Asia existen igualmente centros importantes de producción e irradiación que cuentan con el apoyo de gobiernos locales, el movimiento de los no-alineados, centros de investigación regional, etcétera.

En los países capitalistas desarrollados se puede constatar una menor objetividad en el tratamiento del problema del desarrollo, como consecuencia de la influencia del avance del pensamiento de los países dependientes y de una crisis económica, social e ideológica muy profunda que provocó un renacimiento del pensamiento científico en bases críticas y metodológicas nuevas.

En los países socialistas hay una evidente profundización y una extensión cuantitativa de los estudios sobre el desarrollo, donde se reconoce igualmente la contribución de los esfuerzos teóricos de los investigadores de los países dependientes.

Esta efervescencia teórica es una demostración de la gravedad del fenómeno concreto que se analiza, de su dinamismo y de la urgencia de resolver la crisis social que está cultivando estas inquietudes teóricas. La humanidad solo ubica los problemas que puede resolver y, si busca, de forma amplia, comprender el problema del desarrollo, del subdesarrollo y de la dependencia, es porque la cuestión está madura en la búsqueda de una solución. La teoría es, sin duda, únicamente un momento de proceso de transformación concreta de la realidad. La verdadera transformación es hecha por los pueblos en lucha por su liberación, por el desarrollo de su capacidad productiva, por la eliminación de la miseria, del hambre, del desempleo y del subempleo, luchas que constituyen una parte esencial del proceso de emancipación del pueblo trabajador en el mundo entero.

III. La dialéctica de lo interno y lo externo

El estudio de la evolución de la teoría del desarrollo revela dos debilidades básicas: su eclecticismo teórico y su formalismo metodológico. Ambas limitaciones teórico-metodológicas conducen a un tipo de análisis que desprecia el análisis de los medios y procedimientos propuestos para alcanzar el desarrollo de las condiciones históricas concretas en que este ocurre. La abstracción de las condiciones históricas conduce, no a una teoría aplicable a cualquier situación concreta, como se pretende, sino a un conjunto de fórmulas vacías que privan la relación entre el desarrollo económico y las condiciones concretas de su realización dentro de una economía mundial que modifica su estructura en un proceso dialéctico de evolución histórica. Este proceso conecta inevitablemente las estructuras del pasado, mismo para aquellos países que se encuentran en etapas más atrasadas de desarrollo. Como consecuencia, una teoría de desarrollo solo será legítima a medida en que consiga insertar las experiencias nacionales en el marco de la evolución histórica de la

economía mundial. La noción de la situación de dependencia se estableció como instrumento fundamental que permite relacionar la evolución de la economía internacional y los procesos internos de las economías y sociedades atrasadas en las diferentes etapas de la historia mundial.

Los progresos teóricos y empíricos alcanzados en el plano económico, social y político permiten avanzar un poco más en la comprensión del funcionamiento de las formaciones socioeconómicas dependientes y de las implicaciones políticas suscitadas por dichos análisis.

La definición de las relaciones de dependencia como elemento central para comprender el funcionamiento de las sociedades latinoamericanas conduce necesariamente a la propuesta de los niveles en que se establecen estas relaciones.

Si entendemos por dependencia una situación condicionante en que el desarrollo de algunos países afecta o modifica el funcionamiento de otros países o unidades socioeconómicas, dentro del desarrollo desigual y combinado del modo de producción capitalista a escala mundial, podemos establecer en general, que este fenómeno debe ser analizado en niveles distintos para captar toda riqueza de las determinaciones que encierra.

La primera distinción de niveles que se propone es la realización dialéctica que se establece entre las leyes de movimiento de una estructura de relaciones internacionales, cuyas determinaciones se encuentran en la dinámica de la acumulación capitalista en los países dominantes, y su entrelazamiento con economías nacionales que tienen su proceso de acumulación *condicionado* por el modo de inserción en esta economía internacional y, al mismo tiempo, *determinado* por sus propias leyes de desarrollo interno.

Las palabras *condicionado* y *determinado* reflejan conceptos precisos. Una cierta estructura socioeconómica posee sus leyes de movimiento *determinadas* por sus elementos constitutivos y las relaciones que establecen entre sí. Estos elementos explican, en última instancia, sus leyes de movimiento. En términos dialécticos, todo fenómeno se mueve a partir de sus contradicciones internas que determinan y abastecen los marcos de posibilidad de sus acciones.

Sin embargo, los elementos internos que conforman una realidad no agotan, sino que operan en determinadas *condiciones*, en un campo

de acción que modifica su funcionamiento, permitiendo el pleno desarrollo de ciertas partes, bloqueando el desarrollo de otras, aumentando o disminuyendo las contradicciones que las oponen, introduciendo nuevos elementos sobre los cuales reaccionan los elementos internos, exigiendo su adaptación o llegando incluso a romper las estructuras existentes. En la dialéctica entre estos elementos internos y el choque con una formación socioeconómica superior, puede ocurrir, incluso una situación de impenetrabilidad, de resistencia absoluta, que puede llevar a la destrucción total de las estructuras existentes y a su sustitución por otras diferentes.

La dialéctica entre lo interno y lo externo debe partir de estos supuestos si no quiere transformarse en una visión simplista y formalista del proceso de movimiento. Si abandonáramos el campo de esta digresión abstracta y buscáramos insertarnos en la realidad internacional, veríamos que el surgimiento y la expansión del modo de producción capitalista a escala internacional no pueden despreciar esas leyes dialécticas.

El surgimiento del capitalismo en Europa Occidental solo fue posible gracias al crecimiento de la burguesía comercial y financiera, como entidad relativamente autónoma de la orden feudal, al mismo tiempo que la relativa debilidad de la nobleza en Europa no permitió subyugarla. La monarquía europea, al contrario de las orientales, solo se impuso por medio de una alianza con la burguesía naciente y su desarrollo histórico solo fue posible a medida que la monarquía asoció su destino a la expansión del comercio mundial y al desarrollo interno de las manufacturas. La inserción de Europa en el comercio mundial de los siglos XIII a XVI vio fortalecerse así, a una burguesía en proceso de afirmación, y debilitarse a una nobleza raquítica, aislada y poco capaz de unificar los diferentes y contradictorios intereses locales de los feudos.

La burguesía se desarrolló en Europa Occidental en oposición a los intereses locales, instrumentó el Estado absolutista a favor de sus manufacturas y supo aprovechar los resultados de la expansión europea, creando las bases de un nuevo modo de producción que, apoyado en la concentración, cooperación y división del trabajo generado en las manufacturas, pudo avanzar en dirección a la separación radical entre la propiedad de los medios de producción y la fuerza de trabajo,

conjuntamente con la incorporación de maquinaria y la creación de la fábrica moderna. Como resultado histórico de este proceso, surge la gran industria y se impone de manera irreversible, el modo de producción capitalista.

La imposición del modo de producción capitalista en Europa Occidental, particularmente en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Bélgica y Holanda, a mediados del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, condicionó el desarrollo del capitalismo en otros lugares. Desde entonces, se puede constatar que la postura asumida por la revolución burguesa en estos países no se repetiría en otros lugares, a pesar de conservar sus elementos esenciales. La lucha de otras burguesías para imponerse internacionalmente se encontraba con dos elementos nuevos muy directamente: desde el punto de vista interno, la imposición de la gran industria en una etapa ya avanzada de desarrollo tecnológico se confundía con el crecimiento inmediato de un proletariado industrial que radicalizaba e introducía objetivos propios dentro del proceso democrático revolucionario; desde el punto de vista externo, la afirmación de la unidad nacional en oposición al feudalismo local abría el mercado interno en formación a la competencia de los centros industriales más avanzados. El capitalismo liberal es sustituido por el proteccionismo y la revolución democrática por la reforma llegada desde arriba. La dialéctica de lo interno y lo externo asume así, otra forma en las nuevas experiencias de desarrollo capitalista en la segunda mitad del siglo XIX.

América Latina vive una situación diferente a estos países. Teniendo desarrollada una manufactura importante en el siglo XVIII, tuvo la constante oposición de la Corona, de los comerciantes locales y de la oligarquía agraria y minera. La lucha por la independencia parecía abrir camino a una explosión de masas capaz de romper el yugo de las economías regionales, de la dominación, externa de capital comercial y financiero europeo. Sin embargo, los comerciantes y financieros ingleses tenían mucho que ofrecer a una economía profundamente debilitada por años de guerra civil. La participación de los sectores latifundistas en la guerra de liberación les permitía mantener y hasta aumentar su hegemonía en la sociedad local que compartían apenas con los comerciantes, sobre todo aquellos dedicados al comercio internacional. A esta estructura de

dominación del tipo oligárquico se asomaban los préstamos ingleses para constituir a los Estados Nacionales, en el marco de una dependencia al capital de los centros dominantes. Como consecuencia de este modelo oligárquico latifundista-mercantil, al cual se somete la lucha por la independencia es comprensible la insuficiente voluntad de romper relaciones serviles en la producción manufacturera de tipo arcaico, incapaz de desarrollar, como en Europa y en Estados Unidos, las potencialidades de la concentración, cooperación y división del trabajo que se delineaban dentro de las unidades manufactureras. Esta debilidad favorecía, por consiguiente, la competición de los productos manufacturados por la industria europea y deprimía el impulso revolucionario de las fuerzas productivas locales, la separación entre el productor libre y el propietario de los medios de producción, en síntesis: el desarrollo del modo de producción capitalista.

El enorme desarrollo del comercio internacional en la segunda mitad del siglo XIX vio reforzar la tendencia hacia una economía dependiente de los principales centros industriales. La lucha que se desarrolló en el decenio de 1840-1850 entre los artesanos y dueños de las manufacturas locales y los comerciantes y latifundistas era absolutamente desigual. Aquellos necesitaban imponer una protección de un Estado incipiente a sus manufacturas, en oposición a la importación de productos industriales mucho más baratos, importados con las divisas obtenidas por una agricultura y una minería en expansión, pues atendían a una demanda creciente en los centros de acumulación internacional del capital. La mano de obra recién liberada de los lazos serviles o aún subyugada a estos, se destinaba masivamente a las explotaciones agrícolas o minero exportadoras. Los latifundistas y comerciantes enriquecidos utilizaban sus recursos para canalizar la mano de obra de las regiones decadentes o del exterior hacia los nuevos centros de producción. Se imponía un modelo de desarrollo que permitía el rápido enriquecimiento de una oligarquía poderosa y que llevaría a la modernización urbana y al desarrollo de una clase media que apoyaba los esquemas cosmopolitas de la oligarquía agraria o minero-exportadora.

La oligarquía exportadora dominaba no solo los centros básicos de producción agraria o minera, sino también las actividades comerciales

y los servicios que daban ocupación a esta clase media naciente. Es importante considerar también que las actividades agrarias y minero-exportadoras, bajo la hegemonía oligárquica, generaban divisas para importar los productos manufacturados de la clase de Europa consumidos por la clase media. De esta manera, la clase media se asociaba al modelo exportador, por más inconveniente que le hubiese resultado la dominación hacia la cual la conducía su dependencia de la oligarquía comercial exportadora.

Aquí otra vez, las leyes internas de desarrollo de un capitalismo incipiente encuentran una manera de inserción en las condiciones generadas en el exterior por el capitalismo hegemónico. Los elementos internos que *determinaban* el paso a una etapa de desarrollo capitalista tienen su desarrollo *condicionado* por las tendencias de la economía capitalista internacional, cuya dinámica no controlaban. Las bases de un desarrollo capitalista local, generadas por la decadencia de la aristocracia agraria y minera colonial y por el progresivo rompimiento de las relaciones de producción serviles o esclavistas, no sirven de sustento a un capital industrial cuyo carácter incipiente lo volvía incapaz de competir en un mercado mundial en formación, pero sí en una nueva burguesía comercial, agraria y minera, que conserva muchas características del pasado.

Por esta razón, nuestra revolución burguesa se quedó a mitad del camino. Las tesis liberales fueron asumidas por la oligarquía comercial, minera y agraria y las tentativas proteccionistas permanecieron en las manos de los débiles grupos de artesanos y manufactureros. Estos, por su parte, fueron debilitándose con el surgimiento de industrias capitalistas, complementarias al sector exportador. El carácter dependiente de estas industrias limitaba la fuerza de una burguesía industrial naciente y la subyugaba estructuralmente a los intereses del sector exportador. Esto no solo generaba el mercado básico para el sector industrial debido a la demanda de los trabajadores y capitalistas que no podía ser atendida totalmente con productos importados, sino también destruía el sector artesanal-manufacturero ubicado en las zonas rurales que no resistía al proceso de especialización de la actividad agrícola debido a la creciente demanda generada por una agricultura cada vez más especializada, dirigida mayoritariamente a la exportación. Al mismo tiempo,

las actividades exportadoras demandaban productos industriales para empaque, etc. Y se establecían las bases para la industrialización de algunos productos exportados.

Es así como se crean, en el siglo XIX, estructuras socioeconómicas exportadoras basadas fundamentalmente en un capitalismo comercial y agrario, que origina elementos de un incipiente capitalismo industrial y que comienza a desarrollar una división social del trabajo cada vez más diversificada y también las bases de relaciones de producción capitalista en los sectores agrícola, comercial, de servicios e industrial. Esta estructura socioeconómica se configuró según ciertas demandas del comercio mundial y según una nueva división del trabajo a escala internacional que la acumulación capitalista generaba en los centros dominantes.

Las leyes del desarrollo del capitalismo internacional actúan, por lo tanto, sobre estas formaciones socioeconómicas impulsando su transformación, en una relación dialéctica con sus elementos internos y generando leyes de movimiento propias que no son las de acumulación capitalista pura, sino modificaciones de estas, determinadas por esta posición subordinada y dependiente en la economía mundial. Sin embargo, ¿será posible comparar este desarrollo con la acumulación capitalista pura? ¿Este no es simplemente un caso más de desarrollo capitalista? ¿Por qué encararlo como una especie de desarrollo parcial, insuficiente, deforme?

En este momento de nuestro estudio nos encontramos con un importante problema teórico. Se hace necesario elevar el nivel de abstracción de las preguntas anteriores y establecer: ¿Qué relación existe entre una estructura capitalista pura y sus modos concretos de funcionamiento? ¿Qué relación existe entre un mundo de producción puro y sus modalidades históricas concretas?

Un modo de producción es, al mismo tiempo, el producto de ciertas condiciones históricas concretas y una estructura de relaciones determinadas que tiende a reproducirse y ampliarse. Por ello, el método dialéctico lo aprehende a través de categorías lógico-históricas. Pero cuando una categoría se desarrolla, se separa de las condiciones concretas de su surgimiento histórico para convertirse en una abstracción pura, en un concepto simple articulado con otros conceptos más

concretos, en un concepto abstracto que puede operar en condiciones particulares distintas en las cuales actúan otras determinaciones. El conflicto entre historicismo y estructuralismo es un delineamiento superado por la dialéctica materialista. La dialéctica incorpora, en una misma realidad y un mismo sistema de categorías y conceptos, lo histórico y lo estructural.

El modo de producción capitalista, con sus categorías puras de análisis, corresponde a una estructura de relaciones cuyo movimiento determina el proceso histórico concreto, aunque actúe en una realidad que obstaculice en parte su movimiento al integrar otros elementos que no se someten a la determinación del modo puro de producción.

Por ello, un capitalismo que se impone sin el dominio de su mercado interno, sin alcanzar su soberanía, sin determinar internamente su proceso de acumulación y reproducción, sin desarrollar hasta las últimas consecuencias la separación entre la propiedad de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, sin separar radicalmente la propiedad de la tierra y del capital, sin la base esencial de la acumulación capitalista que es la gran industria, sin apoyarse en el desarrollo tecnológico determinado por la hegemonía de la plusvalía relativa en el proceso de acumulación, sin una burguesía industrial, etc. está condenado a reflejar en su interior una contradicción constante entre los elementos del modo de producción capitalista que dan fundamento a su movimiento histórico y a la ausencia de los elementos capaces de permitir su pleno desarrollo como modo de producción. Estas formaciones sociales concretas están condenadas, al mismo tiempo, a buscar un compromiso entre estos elementos contradictorios que las conforman y a la necesidad de romper estos compromisos para permitir el pleno desarrollo de este fenómeno que las dinamiza, esto es, las relaciones de producción capitalista parciales, debido a la manera particular y concreta de su inserción en el proceso de expansión capitalista mundial.

La dialéctica de lo interno y lo externo se hace, por lo tanto, evidente en estas formaciones sociales capitalistas dependientes. La forma de lo interno, su modo de funcionamiento, y su particularidad son, de manera aparentemente paradójica, la expresión de su inserción en lo exterior.

IV. Los niveles de la dependencia

La dialéctica también se hace evidente cuando buscamos diferenciar los niveles en que se mueve este concreto histórico que son las formaciones sociales dependientes.

En lo económico, encontramos de inmediato la compleja relación entre las formas de intercambio comercial condicionadas por un mercado mundial capitalista muy desarrollado en la etapa monopolio-imperialista, una división internacional del trabajo, fruto de la combinación entre las leyes de los costos comparados y la acción de los monopolios orientando sus movimientos, y un mercado internacional de capitales en busca de bajos costos y elevadas tasas de ganancia. Más allá de esto, nos encontramos con el desarrollo de un capitalismo agrario y minero basado en la explotación extensiva de la mano de obra local o emigrante, recién liberada del servilismo y/o de la esclavitud, sin acceso a la tierra ávidamente acumulada por capitalistas aventureros apoyados en un ejército libertador que se confundió, poco a poco, con los intereses de la nueva estructura agrario o minero-exportadora.

Desde este momento, se diferencian y se mezclan en un movimiento histórico complejo, estos cuatro niveles de la dependencia económica: el nivel de intercambio desigual entre la exportación de bienes primarios y la importación de bienes manufacturados; el nivel que se va evidenciando posteriormente del pago unilateral por parte de los países dependientes, de los servicios de transporte y tecnología; el nivel de movimiento de capitales (primeramente en cartera y sobre todo posteriormente, por inversión directa); y, por último, el nivel de la sobre explotación de la fuerza de trabajo local o emigrante para compensar las transferencias de recursos generados por los tres primeros niveles.

El desarrollo posterior del capitalismo dependiente mostrará que era muy difícil romper estos condicionamientos en que se movía. La superación de algunas formas de condicionamiento apenas hacía elevar el escenario de dependencia a situaciones nuevas más complejas y más limitadoras.

La literatura económica y sociológica de América Latina ha ofrecido sucesivos ejemplos de expectativas libertarias y constataciones posteriores de su fracaso.

Como vimos, el capitalismo dependiente estaba necesariamente dividido entre sus elementos dependientes y conservadores. La burguesía local apenas muere en una etapa para renacer en otra con objetivos semejantes, pero modificados y adaptados a las nuevas formas de dependencia. Los dueños de manufacturas y artesanos latinoamericanos que reflejaron las revoluciones europeas de 1848 fracasaron de manera ostensiva frente a las oligarquías exportadoras. Se asemejaban muy poco a sus sucesores, los inversionistas de 1860-1870, que buscaban crear empresas capitalistas modernas y se vieron abrumados por la estrechez de nuestros mercados internos. Estos, por su parte, se parecían apenas remotamente a los industriales de fines de siglo pasado y principios del presente, en México, Brasil, Argentina y Chile. Crearon las bases de una industria completamente dependiente de la estructura exportadora, alcanzando una posición importante durante la Primera Guerra Mundial para caer, en seguida, víctimas de la competencia de las manufacturas extranjeras en los alegres años veinte de recuperación capitalista internacional. Estos burgueses industriales se asemejaban remotamente a los nuevos y modernos industriales que aprovechándose de la baja de las importaciones manufactureras de los años 30 y de la crisis revolucionaria desencadenada en nuestros países, en el contexto de la crisis general del capitalismo, crearon un parque industrial suficientemente amplio para aspirar a un desarrollo nacional autónomo como definían sus ideólogos. Sin embargo, terminaron abrumados por la entrada masiva del capital extranjero apoyado en la tecnología concentrada y sofisticada, desarrollada después de la Segunda Guerra Mundial, que acabó por imponerles la condición de socios menores de capital internacional, ya en la segunda mitad de los años cincuenta. La gran burguesía financiero-industrial, comercial y de servicios que logró articularse en el apogeo desarrollista generado por la entrada masiva del capital internacional entre 1950 y 1970 buscaba abrir camino hacia un desarrollo industrial dependiente, sin aspiraciones autónomas, en alianza con el capital internacional, abriendo sus mercados a los productos manufacturados de menor nivel tecnológico, apoyándose en la fuerza de sus Estados nacionales y buscando capacidad de maniobra propia. Este sector se sintió capaz de ejercer

presiones políticas sobre los centros imperialistas en la actual situación de crisis capitalista internacional y de crecientes contradicciones interimperialistas. Pretendió explotar esta situación en un movimiento tercermundista que utilizara las materias primas y los productos agrícolas como fuerza de presión internacional, alcanzando, sin embargo, resultados poco optimistas.

En los últimos años este capitalismo local renació, tras la onda expansiva de un capitalismo de Estado que se amplió, tendiendo a crear la infraestructura para las nuevas etapas de inversión capitalista internacional y local. Su carácter dependiente condujo al mismo destino de sus antecesores, pues a pesar de que hoy en día su fuerza es más concentrada que la burguesía de los años treinta y cuarenta, a sus competidores internacionales (las actuales corporaciones multinacionales y conglomerados y los poderosos Estados imperialistas en que se apoyan) es muchas veces aún más poderoso. Esta es la etapa histórica en que los poderes financiero e industrial internacionales se articulan en una fase superior de centralización y concentración de capitales, mientras las gigantescas inversiones de las corporaciones multinacionales en el desarrollo científico y tecnológico introducen nuevos elementos en la acumulación capitalista que las burguesías locales no pueden ni de lejos dominar.

La historia de las tentativas de afirmación de una burguesía local, resumida anteriormente, es la historia de un desarrollo capitalista dependiente, de un capitalismo atrasado que solo consigue avanzar imitando los pasos dados por el capitalismo dominante.

No puede romper las cadenas del atraso que le imponen, no solo sus relaciones internacionales, sino sobre todo sus estructuras internas concentradoras y excluyentes. Solo es capaz de desarrollarse con base en la explotación de mano de obra barata, pero no puede absorber masivamente su fuerza de trabajo y crear un mercado interno suficientemente amplio para dar origen a una industrialización que integre los sectores de la industria pesada y de la moderna tecnología, y mucho menos capaz de generar su propia tecnología y de realizar un importante esfuerzo interno que sirva de núcleo generador de procesos de acumulación.

Por esta razón, los niveles de dependencia económica se condensan en nuevas formas y se agigantan los problemas en el momento exacto en que su resolución parecía próxima.

Las nuevas etapas de industrialización no consiguen romper los límites de las actuales metas impuestas por la división internacional del trabajo que reserva a estos países los campos tecnológicos desplazados de los lugares clave del sistema. El monopolio de la tecnología por parte de los países altamente industrializados les garantiza el monopolio de inversión y los altos precios de los productos exportados, en comparación con los precios decadentes de los productos industriales que comienzan a exportar algunos países dependientes de industrialización más avanzada.

Las relaciones de precio continúan, por lo tanto, deteriorándose, a pesar del surgimiento de nuevos ítems de exportación. Al mismo tiempo, los países dependientes no pueden abandonar totalmente la exportación de sus productos primarios. Estos pasan muchas veces a ser exportados por entidades estatales con la complicidad de los antiguos inversionistas imperialistas, interesados en abandonar no solo la producción de productos primarios, sino también las inversiones en servicios públicos y otras actividades tradicionales. Los pagos recibidos como indemnización por la nacionalización de sus empresas tradicionales son invertidos en nuevas actividades industriales o en el control de la comercialización internacional de los productos exportados por las empresas estatales que no disponen, en general de la fuerza y de la voluntad política para enfrentar un mercado internacional monopolizado por las mismas empresas multinacionales.

La incapacidad de determinar completamente las condiciones de funcionamiento del sector exportador, cada vez más estratégico, conduce a un desmejoramiento progresivo de la balanza comercial, ya que con las divisas de exportación, se pueden comprar las máquinas y materias primas industrializadas con las cuales operan un parque industrial nacional, creado como mediador en un sistema productivo internacional que este último no controla. Al déficit creciente de la balanza comercial hay que sumar el de servicios (básicamente traslados y *royalties*) y el de capitales directos (inversión directa inferior a los lucros remitidos). En

consecuencia, se origina una balanza de pagos cada vez más negativa que solo puede subsistir con la ayuda de créditos del exterior y de un endeudamiento acumulativo, ya que solo el pago de servicios de la deuda consume la mayor parte de los nuevos préstamos recibidos.

Como consecuencia de esta situación internacional negativa se refuerzan los mecanismos internos de sobre explotación, concentración y monopolización. También se vuelve cada vez más patente la incapacidad del capitalismo dependiente para incorporar la mano de obra liberada por los sectores económicos tradicionales en crisis. Se mantiene un mercado interno siempre estrecho y se hace más grande una concentración violenta de los rendimientos en las manos de los sectores improductivos y especulativos. Finalmente, se reafirma una creciente desnacionalización y desarticulación del aparato productivo nacional mientras se refuerza su posición de dependencia en relación a la economía internacional.

De esta forma, se repite el ciclo de la dependencia a un nivel superior. Interactúan todos los elementos de la dependencia: relaciones comerciales desfavorables y una posición subordinada en las nuevas etapas de la división internacional del trabajo, importación de capitales y exportación de ganancias, a lo que se añade un endeudamiento creciente. Se refuerza la dependencia tecnológica, y las leyes de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo se expresan en la concentración del rendimiento, en la estrechez del mercado interno y en su contrapartida lógica: la debilidad del aparato productivo. Se refuerza de este modo la dependencia bajo la lógica de hierro de la acumulación capitalista internacional, altamente concentradora, excluyente y empobrecedora de las mayorías.

Lo que ocurre a nivel económico, se retraduce igualmente en lo social y en lo político. La lógica de la exclusión y del desarrollo raquítico de las economías dependientes es la misma que convierte sus burguesías en simples enanos, que aspiran a un desarrollo completo, pero que se sacrifican prontamente al capital internacionalmente hegemónico. Burguesías cada vez más temerosas de sus clases obreras que ya no se sienten capaces de manipular, mediante un gran plan de desarrollo nacional como en los años treinta y cuarenta. Al mismo tiempo, ven con temor desarrollarse en esa clase obrera concepciones ideológicas

y políticas autónomas, de carácter socialista. Para enfrentar esta situación política, el capital internacional y sus socios locales ejercitan, desde una violencia abiertamente fascista para contener estas tendencias socialistas crecientes, hasta las tentativas de favorecer una concepción social-democrática que organice a la clase obrera (más fuerte y políticamente más consciente que las anteriores manipulaciones populistas), dentro de una perspectiva de conservación del sistema capitalista, reformulándolo literalmente e integrando políticamente esta clase, cuya independencia política puede alterar profundamente los marcos sociales y políticos.

Sin embargo, se hace necesario a estas clases dominantes no solo controlar la clase obrera, sino también otros sectores sociales víctimas de la violencia explotadora del capitalismo dependiente: asalariados, masas pequeño-burguesas y campesinas y un inmenso subproletariado concentrado en las zonas marginales de las grandes ciudades. En una situación de crisis creciente del capitalismo dependiente, esta salida social-demócrata tiene perspectivas poco sólidas y limitadas. Se crean, de esta forma, verdaderos “embotellamientos” políticos que desconciertan completamente a las clases dominantes y abren camino a aquellos aventureros que demuestran capacidad de controlar políticamente la situación. Se abren de esta forma las puertas de poder a los militares, a los líderes y grupos fascistas que muestran esta capacidad política.

De esta forma, los niveles económico, social, político e ideológico de las relaciones de dependencia se articulan en un proceso histórico cuyo movimiento solo puede ser aprehendido en una dinámica en la cual la dominación y la dependencia escriban una única historia del sistema económico mundial. Este desarrollo desigual y combinado del capitalismo mundial va renovando en etapas cada vez más complejas su carácter explotador, concentrador y depauperador de las grandes masas. La inestabilidad política inherente a esta dinámica económico-social lleva, así, a intentar soluciones socio-democráticas (que sustituyan el desgastado populismo nacionalista y democrático de los años treinta a cincuenta), o las dictaduras militares o civiles de perfil fascista, que impongan las transformaciones modernizadoras que exige la acumulación capitalista

monopolista, concentrada y centralizada, propia del gran capital internacional en la etapa actual de la división internacional del trabajo y de la internacionalización del capital.

V. Soberanía nacional, democracia y socialismo

Los capítulos anteriores nos señalaron las limitaciones teóricas del pensamiento dominante, para enfrentar y explicar la acumulación capitalista en condiciones de dependencia y las limitaciones económicas y políticas del capitalismo dependiente para proponer un desarrollo económico independiente y popular, capaz de generar un consenso social y una democracia política estable. En estos razonamientos queda claro que, en estas formaciones sociales capitalistas dependientes, las tareas democráticas que fueron propias de las revoluciones burguesas originales llegan a ser impulsadas por las clases y grupos sociales dominadas, en constante rebelión contra el estado de cosas existente. Se produce de esta forma un complejo proceso de articulación entre las tareas antiimperialistas o de liberación nacional, las aspiraciones populares por la elevación de sus niveles de vida y la redistribución de la renta, el establecimiento de una democracia política que permita alcanzar dichos objetivos y las tareas superiores de carácter socialista que consagren los objetivos anteriormente señalados, a través de un Estado que imponga los intereses populares sobre las clases dominantes, locales y extranjeras, y realice una planificación racional de los recursos nacionales, de acuerdo con el principio de la propiedad social.

Esta compleja articulación entre las tareas democrático-burguesas y socialistas no es un problema de fácil solución teórica y política, pues varía según las distintas estructuras socioeconómicas. En cada país dependiente se encuentra una situación distinta en cuanto a:

- a) El peso de la burguesía local y de la burguesía internacional que depende de la orientación de las inversiones, del grado de desarrollo de la industrialización, de la concentración y monopolización, de la centralización de capitales, del compromiso del Estado en la acumulación de capital. Estos elementos afectaron, del mismo modo, a las

contradicciones entre el capital orientado al mercado interno o internacional, entre los varios capitales internacionales y entre estos y el capital local.

- b) Grado de desarrollo del proletariado industrial, su consecuencia política, su capacidad de aliarse y hegemonizar sus otras clases y grados dominados, tales como la de los intelectuales, la pequeña burguesía, el campesinado y el subproletariado. Es fundamental comprender la relación entre este proletariado y la burguesía nacional que procura, en mayor o menor medida, su apoyo a las luchas contra el capital extranjero y las oligarquías agrarias o minero-exportadoras.
- c) Grado de desarrollo del aparato institucional –particularmente el Estado y los aparatos ideológicos–, por cuya hegemonía lucharon las diferentes clases y facciones de clase, en condiciones democráticas más o menos avanzadas o dictatoriales. En este sentido, tiene especial importancia la posición de los militares como expresión más importante del poder represivo.

Estos factores pesan sobre el desarrollo concreto de la lucha de clases en cada país y también la importancia relativa que asumen en los distintos momentos históricos las tareas antiimperialistas, democráticas y antimonopólicas.

Para llegar a una visión completa del problema, es indispensable considerar el peso de las relaciones internacionales. El grado de desarrollo del campo socialista, por un lado, y las contradicciones interimperialistas por otro, el grado de compromiso y sensibilización del movimiento obrero y antiimperialista en los países dominantes en relación a las diferentes luchas nacionales, las cuestiones geopolíticas que pueden llevar a una intervención más o menos feroz del imperialismo y más o menos solidaria del campo socialista, etcétera.

El movimiento popular en los países dependientes no puede, por lo tanto, elaborar una estrategia apriorística, de carácter universal y esquemático. Por el contrario, debe responder a las características locales y a las particularidades que cada movimiento popular identifique, a través de un gran conocimiento de la realidad local, tanto económico-social, como política y cultural.

En el plano cultural, esas particularidades son especialmente importantes, ya sea por la presencia de diferencias étnicas, nacionales y hasta tribales en muchas regiones, utilizadas como instrumento de división de las fuerzas populares.

Es, por lo tanto, inevitable aceptar que la lucha por el socialismo en los países dependientes deberá contemplar esas especificaciones nacionales y hasta regionales. Pero también está claro que hay elementos generales en estos países que identifican leyes fundamentales tales como la lucha antiimperialista, la lucha por una democracia apoyada en las masas, los frentes de las fuerzas populares de contenido más o menos amplio, según la identificación de las burguesías locales con el imperialismo, y la necesidad del socialismo como forma final inevitable para coronar las tareas democrático-burguesas, debido a la imposibilidad de alcanzar en la época del imperialismo un capitalismo independiente, nacional y popular.

La capacidad de combinar de forma creativa y audaz estos elementos políticos, de acuerdo con las condiciones concretas de cada país, será la llave para la victoria del movimiento popular en las distintas situaciones nacionales del Tercer Mundo. Para este fin, el desarrollo de un pensamiento marxista libre de preconceptos, capaz de entender las condiciones de la lucha de clases a nivel local, es una condición indispensable. Las contribuciones teóricas desarrolladas en los últimos años para comprender la dependencia y el subdesarrollo fueron una herencia indispensable para la elaboración de una estrategia y táctica capaces de recoger dialécticamente el armado de la situación histórica de los países dependientes y sus perspectivas de transformación más o menos revolucionaria.

El movimiento obrero y popular, los Estados socialistas y progresistas y el movimiento socialista internacional deberán esforzarse por encontrar la relación orgánica entre las luchas revolucionarias de las fuerzas populares de los países dependientes, la lucha por el socialismo y la democracia en los países capitalistas desarrollados e imperialistas y la construcción del socialismo en los países del campo socialista. Toda la elaboración teórica y política que desvincule estas luchas en nombre de intereses nacionales, de un etnocentrismo europeo y norteamericano, y también de un

tercermundismo que divide el mundo en países desarrollados y subdesarrollados, entre potencias y superpotencias, sin distinguir las diferencias entre el campo socialista y el capitalismo y las contradicciones de clase en el interior del campo capitalista, cumple un papel reaccionario.

Si es verdad que tenemos que reconocer las particularidades nacionales como condición de la eficacia de las transformaciones sociales progresistas, si debemos reconocer la necesidad de analizar esos intereses nacionales e identificar la lucha por la emancipación del Tercer Mundo con esos intereses, no podemos dejar de reconocer y analizar la convergencia dialéctica inevitable y necesaria entre la realización de estos intereses nacionales, la lucha común internacional antiimperialista y la construcción del socialismo a escala mundial como única alternativa democrática, racional y coherente para el subdesarrollo y su miseria, para la agresividad imperialista y la amenaza de guerra mundial que este encierra, para la humillación y subyugación que viven las clases y los pueblos dominados y explotados.

La esencia del internacionalismo guiado por un pensamiento materialista-dialéctico está, pues, por reconocer la unidad de la lucha internacional por la democracia, el socialismo y la paz en la diversidad y particularidad de situaciones concretas nacionales.

Dicha afirmación obliga a una gran tolerancia y comprensión entre las fuerzas revolucionarias y progresistas de varias naciones y a un desarrollo de un pensamiento social y político vivo y creador. Esto obliga a analizar la experiencia de cada uno de los pueblos que alcanzaron su soberanía nacional como una realidad específica de la cual se pueden retirar leyes generales, apenas en la medida que esas leyes se inserten en un discurso teórico capaz de entender, por un lado, las nuevas historias generadas por el avance del capitalismo y del socialismo a la escala internacional, y por otro, a las particularidades de cada situación nacional, analizada en este contexto internacional. Las opciones que pueden llevar a las ciencias sociales a sacar los ojos de la situación concreta de los pueblos tendrán un efecto negativo. Todo lo que lleve a rescatar de esa situación concreta una particularidad que no se incorpore en el proceso de desarrollo mundial, en la dirección de una sociedad global, será también negativo y hasta podrá tener consecuencias reaccionarias.

La crítica al formalismo de la teoría del desarrollo no deberá ser un esfuerzo en vano, sino una recuperación de la fuerza del pensamiento dialéctico, cuyo rigor teórico y conceptual solo se considerará completado cuando sea capaz de crear en el pensamiento el armado histórico en sus últimas determinaciones.

SEGUNDA PARTE

DESARROLLO CIENTÍFICO Y DEPENDENCIA CULTURAL

I. Esclarecimientos metodológicos

Para analizar las relaciones entre desarrollo cultural y científico, debemos utilizar tres conceptos básicos: desarrollo, cultura y ciencia. Sería importante analizarlos por separado para estudiar sus relaciones recíprocas.

La palabra desarrollo sugiere una transformación de una realidad en una dirección dada, según un principio acumulativo. Desarrollarse y acumular riqueza material o espiritual. Estamos pues, ante un tiempo histórico, y se quiera o no, ante una noción hoy debatida: la idea del progreso. Se quiera o no, el concepto de desarrollo implica una cierta filosofía de la historia, una cierta idea de a dónde se pretende llegar.

De hecho, el concepto de desarrollo parte de la idea de que el mundo moderno (europeo, capitalista, racionalista, científico, tecnológico, etc.) es una meta universal a ser alcanzada por todos los pueblos. Los pueblos atrasados o bárbaros serían aquellos que no alcanzaron esta etapa de civilización hacia el cual se inclina toda la humanidad. La historia moderna parece confirmar esta pretensión. De hecho, en todas las dimensiones del universo, hombres y mujeres se imbuyen de los ideales modernos y buscan la transformación de sus sociedades según patrones más o menos próximos al Occidente. Es innegable la vocación universalista de la moderna sociedad capitalista. ¿Cómo se operó esta universalización de patrones de comportamiento y cultura surgidos en una diminuta parte del universo?

Una percepción del fenómeno nos induce a ver ese proceso como una simple *difusión* de formas de comportamiento “superiores” que se imponen sobre las culturas “inferiores”, que adoptan los patrones culturales “superiores” a través de la imitación y del aprendizaje, sustituyéndolas evolutivamente.

Otra percepción pone mayor énfasis en la evolución natural de las culturas tradicionales en la dirección de la cultura moderna, no por imitación o aprendizaje, sino por las propias necesidades internas de su acumulación. La disolución de las sociedades tradicionales conduciría directamente a los modelos de comportamiento modernos.

No obstante, la realidad histórica concreta no nos permite aceptar enfoques formales. De hecho, la aparición de un modo de producción nuevo con la vocación universal propia del capitalismo es un fenómeno singular en la historia, a partir de lo cual se reformula toda la historia moderna y contemporánea. Se trata de una mutación histórica que crea un nuevo modo de producción desarrollado según leyes propias que determinan la evolución de todas las sociedades contemporáneas. En este sentido, la historia de los pueblos afectados por la expansión internacional del capitalismo no puede ya ser entendida fuera de su órbita, pues esta expansión condiciona la evolución de cada parte del sistema económico, social, político e ideológico nuevo, existente a escala universal.

Está claro que hay diferencias nacionales y regionales dependiendo de las fuerzas sociales que existían en estas naciones o regiones antes de la expansión capitalista.

Estas fuerzas sociales (tribus, etnias, naciones, culturas y civilizaciones) fueron las más distintas, desde los imperios indígenas de América precolombina, hasta las tribus prehistóricas de América o de África, pasando por civilizaciones milenarias como la china o imperios culturales como el musulmán, etcétera.

La diversidad de estas situaciones provocó distintas y específicas realidades nacionales pero, de una u otra manera, se trataba de distintas formas del mismo fenómeno colonial o neocolonial.

El análisis del desarrollo cultural de nuestros países tiene que partir de esta problemática básica:

1. La llegada de la onda colonizadora occidental en la etapa del capitalismo mercantil, del capitalismo de libre cambio o del monopolio con distintas formas y efectos socioeconómicos.
2. El carácter de la formación social preexistente a esta llegada y el grado de su fuerza cultural y enraizamiento, desde civilizaciones basadas en el modo de producción asiático, formaciones sociales de carácter feudal, imperios comunitarios basados en el negocio, formaciones comunistas primitivas, espacios geográficos relativamente vacíos, etcétera.
3. El tipo de relación que se establece a partir de ese encuentro histórico y su evolución como parte del sistema capitalista mundial y como formación social específica cuya evolución sigue leyes específicas de desarrollo. En este contexto, cuentan no solamente las formas de expansión imperialista sino también las de la destrucción, recomposición, y sobrevivencia a las articuladas de las culturas pre-capitalistas.

Solamente a partir de la consideración de esos tres fenómenos, podremos analizar el desarrollo de manera histórica y concreta, superando el vacío significativo que resulta de las tentativas de verlo como un proceso puro e histórico. Estas tentativas terminan por formular esquemas idealizados de evolución o superposiciones de etapas vacías de un significado histórico real.

De esta forma el concepto de desarrollo, situado en este contexto histórico preciso, nos remite a la necesidad de explicar como el capitalismo se expande a nivel mundial ajustando, en diferentes etapas, los intereses de los centros de poder de las economías dominantes y de las economías periféricas o más precisamente, dependientes: destruyendo las formas de resistencia que se oponen a esta expansión; funcionando los intereses locales y regionales en el sistema internacional en ascenso, o más bien, sus diferentes polos e intereses conflictivos; creando, finalmente, realidades económico sociales inéditas como fruto de la acción y reacción de este conjunto de fuerzas.

No es tan difícil percibir las complejas expresiones concretas de este proceso y sus especificaciones, sin la comprensión de las cuales no se podría entender jamás ninguna historia social de países coloniales y neocoloniales. Pero, al mismo tiempo, es posible afirmar la

existencia de un conjunto de caracteres y problemas comunes a esos países, que nos corresponde señalar en un trabajo de carácter general como este.

En primer lugar, todos estos tienen su economía condicionada por las necesidades del mercado internacional, participando de la división internacional del trabajo entre los países que concentran los centros de inversión y de innovación tecnológica y los que las aplican atrasadamente o se especializan en fases específicas del proceso de trabajo internacional. Esta división provoca una situación de dependencia económica que impide a estos últimos países, alcanzar una alta productividad media, de participar de la renta internacional de manera favorable y de desarrollar autónomamente su economía en función de su mercado interno, y consecuentemente, de las necesidades básicas de su población.

Como consecuencia de esta situación, el desarrollo del capitalismo en estos países está circunscrito a los sectores exportadores y a ciertas actividades de estos complementarias, dejando amplias áreas de la economía de subsistencia y de mano de obra ociosa o subutilizada en servicios personales que mantienen a vastos sectores de la población en situación socioeconómica de marginalidad media.

La dificultad de expansión del capitalismo dependiente se refleja también en el plano cultural con la sobrevivencia de formas de cultura popular o folclórica, con adaptaciones funcionales de religiones, mitos y comportamientos considerados tradicionales, articulados a formas de modernización capitalista.

La sobrevivencia de una vasta población subempleada y culturalmente marginada reduce el campo de la sociedad civil moderna, de las poblaciones incorporadas a la actuación política, social, de la opinión pública y de otras expresiones de la revolución democrática realizada por la expansión capitalista. Es así como el capitalismo de las regiones dependientes se muestra débil en la creación de las clases sociales modernas, particularmente de su clase hegemónica: la burguesía. Inmersa en el proceso de expansión del capital internacional, esta burguesía se forma a medias, como intermediaria del capital internacional o su asociada menor, no realizando totalmente su carácter nacional, dejándose

llevar por el consumismo y abandonando las aspiraciones de poder y de controlar los mecanismos de la acumulación capitalista, antes incluso de llegar al umbral de las formas empresariales modernas.

Dependencia del mercado internacional y participación débil en el mismo, gran dimensionamiento del sector exportador, insuficiente expansión del capitalismo, asimilación tecnológica tardía o circunscrita, sobrevivencias pre-capitalistas, economías de subsistencia, marginalidad económica y cultural, subocupación, debilidad de la sociedad civil, insuficiente desarrollo de las clases modernas y particularmente de la burguesía nacional, dependencia del capital internacional, consumismo y desprecio por las actividades productivas: estas son características que conforman el medio ambiente del subdesarrollo.

Pero es fácil percibir como este subdesarrollo no es un resultado del atraso, sino una consecuencia de manera subordinada y dependiente como estos países se incorporan al proceso de expansión capitalista mundial.

En este contexto, el Estado nacional aparece siempre en una situación de debilidad ante las fuerzas nacionales. Solo este puede sustituir la ausencia de una sociedad civil y una economía nacional poderosas, asumiendo las tareas de fundación económica, social y cultural que el capitalismo de libre cambio no logró realizar. El desarrollo del capitalismo y de sus formas sociales y culturales depende del control ejercido sobre el Estado por las distintas clases y fuerzas sociales, asumiendo una forma relativamente inducida antes de la madurez plena del monopolio y del capitalismo monopolista de Estado. En esta última etapa, el Estado pasa a ser un elemento esencial del proceso de acumulación capitalista monopólica, lo que ocurre en los países desarrollados y dominantes y que comienza a aparecer en los países subdesarrollados y dependientes que ya alcanzaron un importante desarrollo industrial y de la forma monopólica de producción.

Esta superposición de etapas socioeconómicas es, a propósito, un resultado inevitable de la forma inducida cómo el capitalismo penetra en estas economías, trayendo innovaciones tecnológicas, formas de producción, organización y reproducción que surgieron en otros contextos socioeconómicos. Estas ondas de innovación no destruyen totalmente las formas anteriores y con ellas se combinan en amalgamas complejas y específicas.

El análisis del desarrollo económico, social, político y particularmente el cultural deberá pues, asumir un control metodológico muy bien articulado de ese conjunto de fenómenos que condicionan la estructura y el funcionamiento de las formaciones sociales dependientes.

Cuando buscamos analizar un aspecto específico de ese desarrollo, como el cultural, debemos integrarlo en este contexto sin que se pierda la inteligibilidad de las partes del fenómeno global y de su movimiento histórico.

Después de estas observaciones iniciales podemos pasar al examen de desarrollo cultural en las condiciones históricas ya definidas y precisadas.

II. Desarrollo económico-social y desarrollo cultural

La cultura correspondiente al modo de hacer y representar la realidad asume una forma específica en cada grupo social, etnia o nación. En la cultura hay ciertos elementos universales derivados de la estructura psíquica del hombre, sus características biológicas y ciertas necesidades básicas de su relación como medio. Por otro lado, la manera como estas necesidades son atendidas varía según el grado de acumulación cultural histórica, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por el grupo social y la humanidad en un momento dado, las fuerzas históricas particulares y las características ecológicas y humanas en que se desenvuelve cada cultura.

De esta forma, el fenómeno cultural aparece directamente ligado al desarrollo económico-social tal como este se manifiesta en cada momento dado. El cultural es la manera como se refleja en las costumbres, las ideas, el arte, la religión, la mitología, un cierto estado de desarrollo económico-social.

Así, si la sociedad vive un gran drama de afirmación histórica como unidad nacional autónoma, con falta de integración de gran parte de la población en la cultura moderna, con violentos contrastes y contradicciones sociales entre clases y grupos, esta situación debe manifestarse necesariamente en la esfera cultural. En este sentido, la situación histórica descrita en el capítulo anterior se refleja en tres grandes planos:

1) La incapacidad de la clase hegemónica de constituir una cultura moderna capaz de integrar toda la población, ya que gran parte de ella se encuentra marginada del sistema de socialización moderno caracterizado por el dominio de la lectura y de la escritura por el estudio en las escuelas de enseñanza básica y media. El universo de esas clases, objetos de una sobreexplotación permanente, se organiza en una cultura de resistencia, antimoderna, específica –a veces ostentosa– y busca sus raíces, en general, en las fuentes culturales indígenas o africanas. Paradójicamente, la burguesía nacional y las clases medias, cuando quieren afirmar su autonomía cultural, avasallada por la hegemonía de los centros imperialistas, solo encuentra como fuente de inspiración autóctona estas formas culturales “pre-modernas”.

Pero es necesario calificar este encuentro entre el arte moderno y la cultura autóctona, realizado por el romanticismo del siglo XIX, el indigenismo peruano o mexicano y el modernismo antropofágico brasileño de los años veinte y treinta la música de protesta de los años sesenta y setenta. Se trata de una versión moderna de la cultura popular o folclórica. Se trata de la utilización de elementos folclóricos o populares en una estructura estética moderna (romance, teatro, música, erudita o popular, poesía, etc.), establecida a partir de los patrones occidentales. Existe ahí el peligro de una “folclorización”, de una especie de cultivo exótico, de admiración superficial del mundo campesino perdido, de los indígenas desaparecidos, de los negros inteligentes y malandrines.

No podemos afirmar que estas tentativas fueran completamente fracasadas. Estas llegaron a constituir momentos estéticos que afirman la fuerza espiritual de los pueblos latinoamericanos, africanos y asiáticos incorporándose, incluso, al patrimonio estético universal. Estos momentos de afirmación cultural estuvieron siempre asociados a grandes momentos democráticos de afirmación popular y nacional como la revolución mexicana, los frentes populares y gobiernos populistas después de los años treinta, las revoluciones boliviana y guatemalteca, y sobre todo, la Revolución Cubana. Más recientemente, el Brasil de Goulart, entre 1961-1964, el Chile de Allende, entre 1970-1975, la Argentina de la vuelta de Perón, entre 1973-1976, el México proveniente del tercermundismo y polo de exilio latinoamericano en la década de los setenta. Todos estos

momentos fueron marcados por una erupción de lo popular en lo oficial u oficioso, por una búsqueda de las clases hegemónicas para integrar el arte popular en el mundo cultural dominante.

Pero estos fueron momentos excepcionales. En lo fundamental, nuestro mundo cultural estuvo marcado por la copia o imitación, o importación pura y simple de lo extranjero, producido en los centros hegemónicos europeos y posteriormente en lo norteamericano. La categoría de alienación surge en la década del cincuenta para describir esa entrega cultural a lo ajeno, a lo externo, al otro cultural, este ver nuestra realidad en los ojos culturales del colonizador, del dominador. Este avergonzarse de nuestra forma física, de nuestra naturaleza, de nuestro cuerpo, de nuestro carácter, de nuestras costumbres, etcétera.

Más allá de todo, nuestras élites culturales fueron, y aún son, en parte, mucho más oligárquicas que burguesas. Cuando el romanticismo europeo reivindicaba la cultura de sus campesinos, podía hacerlo a través de artistas e intelectuales burgueses de origen realmente popular. Esto fue mucho más raro en los países del Tercer Mundo donde solo tuvieron acceso a la cultura erudita los hijos de la oligarquía o, a lo mucho, de una clase media acostumbrada también a subyugar y someter los sectores populares. Nuestro campesino es el ex-esclavo, el ex-siervo, es el indio y el negro que, solo de forma extremadamente idealizada, puede servir de modelo cultural nacional para nuestras burguesías nacientes.

No es pues, extraño el hecho de que el pensamiento dominante (conservador en lo cultural y en lo político y liberal en lo económico) tenga configurado nuestro mundo cultural creando una imagen negativa de nuestro pueblo: prejuicioso, anárquico, racialmente inferior, corrompido por el clima tropical y mil males más. Los pueblos colonizados se sintieron inferiores, sus élites se unían más a lo colonizador que a su pueblo, se sentían identificadas con este y veían su realidad con los ojos del dominador internacional.

Por esta situación básica, la cultura erudita de los países dependientes no es la culminación de una cultura nacional sino un corte violento y radical con la realidad local. Esta dicotomía debilita la capacidad creadora de esta cultura erudita, la restringe a espacios culturales reducidos, de élite, y la separa de la realidad nacional. Al mismo tiempo,

se refuerza la cultura de los oprimidos con la negación de lo moderno y se dificulta su acceso al sistema de socialización cultural de la sociedad capitalista.

2) De ello resulta una u otra característica de la cuestión cultural en condiciones de subdesarrollo: el refuerzo de la marginalidad cultural de las grandes masas, expresada a través del analfabetismo, de la deserción escolar, del desprecio al sistema educacional, etc., el hombre del pueblo, sometido a condiciones de vida miserables, no puede ejercitar sus capacidades creadoras. Sometidas al hambre, al desempleo, o al subempleo, analfabetas, despojadas inclusive de los instrumentos de producción más elementales, las masas populares no crean un residuo tecnológico mínimo sobre el cual puedan erigir un proceso de aprendizaje cultural que las lleve a formas superiores de organización cultural.

Esta es una de las barreras más graves del desarrollo cultural de nuestros pueblos. El campesino europeo era un artesano, un agricultor, un organizador familiar y comunitario que ejercía un cierto grado de aprendizaje y acumulación cultural. Transformado en artesano urbano, en burgués o en proletario, él tenía una base de donde partir, que le sirvió de fuente de inspiración para su transición al mundo moderno creado por el capital. El esclavo o siervo del Tercer Mundo fueron formados de pueblos despojados violentamente de su tradición cultural, sin encontrar un medio de sustitución y acumulación cultural donde pudiesen desarrollarse.

La debilidad del desarrollo capitalista dependiente no permitió incorporar a la producción las grandes masas de mano de obra sobrante en el campo y en la ciudad. Despojadas de su cultura, de sus medios de producción, del ambiente apropiado para utilizar sus conocimientos tecnológicos, esas poblaciones fueron transformándose en parias sociales, ocupadas sobre todo en crear una técnica de aprovechamiento de los pequeños espacios que les sobran; la prestación de servicios personales, el lenocinio, el pequeño comercio, etc. Un submundo cultural donde la indolencia, la trampa, el individualismo, el oportunismo son valores dominantes.

De ahí la dificultad de apoyarse en esa cultura popular para fundar una cultura erudita contemporánea. De ahí la resistencia de esas

poblaciones a formas de aculturación modernas tales como la ciudadanía, el civismo, el patriotismo y otras expresiones de la sociedad civil burguesa e incluso pos-capitalista.

De ahí también el drama de una postura cultural romántica que quiere oponer a lo internacional y al cosmopolitismo una realidad cultural nacional que difícilmente se articula a la tradición erudita de que parte esa posición cultural. La estructura romántica, típicamente burguesa del siglo XIX, exige una población acostumbrada a la educación formal moderna, a un concepto del tiempo y del espacio ordenados linealmente.

Esta escritura entra en choque con las formas sincopadas, anárquicas, personalistas e improvisadas que caracterizan a la escritura popular de poblaciones aún distantes de esos patrones de comportamiento. Es pues natural, que, en tanto persistan las condiciones socioeconómicas que generan este desfase cultural, existirá también una resistencia espontánea a los patrones escolares, a los instrumentos de socialización de la modernidad burguesa a la cual estas poblaciones no tienen acceso económico ni social.

3) En un tercer plano, encontramos la imposibilidad de establecer una política cultural que articule los dos planos anteriores que, por un lado, destruya las bases de comportamiento oligárquico, de la alienación, y por otro, permita a las masas populares afirmarse culturalmente para disponer de una base de arranque en dirección a la absorción e integración de la cultura moderna a su mundo cotidiano. Para que esta síntesis se realice sin traumas es necesaria una transformación revolucionaria de la realidad socioeconómica en la cual ocupen un lugar central las formas de propiedad y las relaciones de producción en que se apoya la exploración de las grandes masas.

La distribución de la renta a ella asociada y los privilegios culturales de ella derivados tendrán que ser superados. Si estas premisas no se dan, el desarrollo socioeconómico marcado por la industrialización anárquica y la urbanización caótica crea las condiciones de una falsa síntesis cultural basada en la cultura de masas.

La cultura de masas moderna se apoya en una enorme expansión del consumo de los medios de comunicación de masas contemporáneos donde se destacan la televisión, el cine y la radio. Estos medios

de divulgación llegan a todos los sectores de la población, incluso a los analfabetos, y son innegablemente el instrumento más completo de modernización de las poblaciones interiores y de los grupos marginados de la población. No obstante, ese mensaje modernizador no cumple un papel integrador de esos sectores sociales en la sociedad moderna sino un papel desintegrador de sus culturas autóctonas, sin entregarles un sistema ordenado de información y valores capaz de elevarlas a los niveles culturales más altos de la modernidad. Este les llega por sus aspectos más violentos, escabrosos, superficiales, produciéndose una amalgama aún no estudiada entre su percepción cultural premoderna y los mitos y valores más divulgados de la sociedad occidental.

Más allá de esto, los mensajes culturales de los medios de comunicación de masas, vienen cargados de alienación y recolonizan a nuestras poblaciones con medios más radicales. La mayor parte de los programas de televisión y de los filmes que llegan a los sectores populares son creados en los países dominantes, reflejando sus patrones culturales, modelos de conducta, estilos de consumo, modos de vida, valores extraños a una realidad subdesarrollada, tradicional, pobre, tecnológicamente atrasada, etc. En estas condiciones, se produce una asimilación superficial de los estilos sociales receptores de esos mensajes. Como los jóvenes asimilan más fácilmente esos mensajes, rechazan los patrones culturales de su país y –cuando pueden asistir a ella– los patrones transmitidos por la escuela. Se acentúan en consecuencia, los conflictos generacionales entre modelos de conducta y posibilidades sociales de comportamiento y expresiones simbólicas, tales como la lengua, los dialectos, los acentos y el vocabulario popular o jerga.

¿Esta destrucción de valores tradicionales y creación de nuevos, ayuda al proceso de desarrollo? Solo superficialmente, pues la socialización moderna no puede ser efectuada directamente por los medios de comunicación de masas. Esta exige la mediación de la familia, de la escuela, de la disciplina del trabajo y de conductas sociales que no pueden ser copiadas directamente de la televisión, sin auxilio de la comunidad y de los grupos sociales. Lo que tenemos realmente es una crisis cultural, sin la creación de los elementos de su superación, un efecto disgregador, sin la capacidad del sistema económico, político y cultural de absorber e integrar esas

masas desenraizadas. Se hace así aún más profundo el hueco entre la cultura de las élites y las formas inconexas y confusas de la cultura de masas, articuladas confusamente con las formas culturales tradicionales.

De esta forma, los tres planos que señalamos son al mismo tiempo complementarios y contradictorios: el plano de la élite cultural, cerrada en su mundo cultural erudito, más alienada, basado en la copia de modelos culturales externos, de espaldas a su realidad nacional que desprecia; el plano de las grandes masas, marginadas de la cultura moderna occidental que las élites hegemonizan sin lograr difundirles sus patrones culturales, manteniéndolas alejadas de la educación formal, de las conductas integradoras de la sociedad civil, y de la opinión pública burguesa y al mismo tiempo impidiendo la formación de un *continuum* cultural entre el pueblo o sus intelectuales que debería servir de fuente de creación cultural; y un tercer plano de tentativas de articulación de los dos planos culturales anteriores que, al mismo tiempo que se niegan coexisten en una sola formación social.

Afuera las tentativas surgidas en condiciones históricas excepcionales de ondas democratizadoras que ocurren cíclicamente en el escenario de los movimientos económico-sociales desarrollistas y que radicalizaban sus limitados horizontes, a la forma dominante de la articulación entre los variados sectores de estas sociedades se apoya en el crecimiento y expansión de los medios de comunicación de masas. Esta nueva dimensión cultural pone a los sectores medios, a los trabajadores permanentes y a las masas marginales en contacto con los patrones culturales, sea de su clase dominante, sea principalmente de las realidades sociales de los países dominantes.

Este contrato rompe formas de comportamiento tradicionales, sin entregar elementos materiales y culturales que permitan a estas masas transitar de su mundo cultural en destrucción a las nuevas pautas culturales que reciben en sus formas más brutales y vulgares. Tenemos así una crisis cultural de grandes dimensiones donde el desarrollo económico-social y el desarrollo cultural se presentan, realmente, como la desarticulación de economías, comunidades, grupos sociales y formas culturales, sin la fuerza suficiente para sustituirlos por una nueva estructura articulada económica, social, política y culturalmente.

De ahí que el verdadero desarrollo debiera ser aquel que transforme radicalmente las bases mismas de la sociedad y dé oportunidad a los desposeídos, “aquellos que no tienen voz” de asumir su papel dentro de la sociedad como productores, ciudadanos y creadores culturales. En este momento no ocurrirá una modernización que se base en la destrucción brutal de las formas culturales anteriores sino una elevación a formas culturales modernas y cultas a partir de la preservación y desarrollo de las culturas autóctonas. En este sentido, la afirmación de las lenguas nacionales en las sociedades multiétnicas; de los mitos, religiones, representaciones artísticas; costumbres tradicionales, danzas, fiestas comunales, artesanías, etc. son mil maneras de crear una verdadera cultura nacional a partir del reconocimiento de la diversidad cultural y no de un racionalismo modernizador seco y autoritario.

III. Desarrollo cultural y desarrollo científico

La ciencia es un momento de desarrollo cultural de la humanidad cuando esta puede transformar sus conocimientos en leyes rigurosamente definidas y verificables a través de la experiencia controlada según métodos aceptados convencionalmente. A partir de ese momento, el conocimiento es susceptible de una acumulación ordenada e inicia un proceso exponencial de expansión. Dado su carácter objetivo, las leyes científicas pueden ser aplicadas en la ejecución de objetos y servicios (tanto para la organización de la producción o proceso de producción, como para dar forma y contenido al producto final de esa producción), dando origen a una técnica o conjunto ordenado de técnicas de producción de bienes y servicios.

El encuentro entre el proceso productivo y el conocimiento científico solo se realizó después de un largo período de experimentación del uso de la ciencia para ayudar a la producción. En sus principios, la “ciencia” aún primitiva e incorporada y confundida con la magia, la religión o la filosofía, se apoyaba en los avances de la técnica para explicar las leyes que los objetos demostraban existir.

A partir del siglo XVIII, la ciencia comenzó a experimentar un proceso de separación de las formas filosóficas de raciocinio y se libró

radicalmente de la religión y de la magia. Pero fue solamente en el siglo XIX que esta separación se producía completamente con el surgimiento de la química y de los diversos descubrimientos que permitieron romper con la noción de espacio y tiempo racionalista en la cual se excluía el calor y la vida, la historia y la evolución. Con la teoría de la relatividad, en el siglo XX, la ciencia rompió definitivamente sus amarras con la filosofía y llegó a *fundar* un universo nuevo derivado directamente de sus conocimientos.

La humanidad creó, entonces, nuevos materiales no conocidos en la naturaleza, comenzó a cambiar la estructura de la materia y a producir incluso una forma de energía, la nuclear, que no se conocía en la naturaleza, creó un mundo de movimientos autónomos complejos, la electrónica, que llegó a generar una forma de inteligencia artificial diferente al cerebro humano, capaz de crear mecanismos y raciocinios nuevos que el hombre no puede realizar, capaz de ejecutar movimientos útiles al estar conectada a mecanismos materiales, transformándose en sustituto autónomo del trabajo humano, incluso en sus formas más complejas.

Con la evolución científico-técnica, resultante de esas mutaciones en la relación entre el hombre y la naturaleza, la humanidad ingresó a una nueva época histórica que está apenas en su comienzo y que alterará radicalmente la existencia humana. Los modos de hacer y actuar están cambiando radicalmente y el propio ambiente humano se transforma en la biósfera e incorpora la estratosfera y los medios ambientales de otros astros. El hombre sale del ambiente natural en que vivió durante milenios e ingresa a un nuevo mundo cósmico. La aproximación del conocimiento de los orígenes de la vida permite incluso el planeamiento de las estructuras biológicas y el dominio de la herencia da origen a una ingeniería genética que permitirá al hombre decidir sobre su propia forma biológica.

Al mismo tiempo, el conocimiento creciente sobre su actividad social y psíquica, permite a la humanidad planear sus formas de convivencia a pesar de las limitaciones que modos de producción arcaicos aún imponen a su autoprogramación, manteniendo elementos espontáneos y anárquicos en rebeldía contra las tendencias de dominio del hombre sobre sí mismo, como ser biológico, psicológico y social.

La cultura contemporánea está recién incorporada a la revolución científico-técnica. Bajo su impacto, esta se transforma en una realidad espontánea, creada por el hombre, en respuesta a desafíos externos e internos, la cual terminaba imponiéndose sobre este, en una creación consciente de la humanidad. Las costumbres, la moral, las leyes, las religiones, el arte, la filosofía, la ciencia, se transforman en productos humanos que solo deberán ser utilizados y respetados según una razón histórica concreta que los justifique. El hombre se convierte en un ser libre que determina su propio destino como entidad biológica, psíquica y social.

Esta es una evolución cultural absoluta e inicia una etapa completamente nueva de la historia de la naturaleza y del hombre como su creación más compleja. Pero esta revolución científico técnica, más allá de encontrarse aún en sus principios, está también concentrada en unas pocas y determinadas regiones del globo. La mayor parte de la investigación que se realiza en el mundo está concentrada en la ruta de Washington-Boston, de la costa este de los Estados Unidos, en los valles californianos, entre Los Ángeles y San Francisco, en el norte de Europa, en Japón, en las regiones europeas de la Unión Soviética.

Esta concentración no es solamente geográfica. Cientos de empresas y decenas de universidades y centros de investigación en el mundo concentran el grueso de las investigaciones científicas. Ahí, en esos centros, se concentran unos dos millones de auxiliares técnicos y enormes inversiones en instrumentos cada vez más sofisticados y más caros, en muestras mineras, de cobayas y gérmenes especiales, bacterias y otras materias primas de esta nueva forma de producción, que no crea objetos en serie sino productos únicos, conocimientos y servicios que serán posteriormente incorporados a la producción en masa.

Ante este enorme desarrollo científico se plantean nuevas cuestiones para la humanidad.

¿Cómo garantizar que esa nueva forma de cultura esté subordinada a los objetivos humanos más generales, si esta tiene una dinámica propia tan fuerte que tiene que someter a otras dimensiones de la cultura?

¿Cómo asegurar que estos nuevos conocimientos que aumentan extraordinariamente el poder del hombre sobre la naturaleza no sirvan a la

sumisión, explotación, y dominio de los demás hombres? ¿Será incluso posible compatibilizar formaciones sociales limitadas por la necesidad de la explotación del hombre por el hombre y por la sobrevivencia de formas de propiedad y relaciones sociales estrechas, con el desarrollo de esta revolución?

¿Cómo lograr que estos conocimientos sean no solamente difundidos democráticamente hacia todos los hombres, sino también que las grandes masas puedan participar del proceso de producción científica, de forma que se evite que la ciencia se transforme en una magia oculta, solamente conocida por una nueva casta sacerdotal, los científicos?

¿Cómo conseguir, finalmente, que la ciencia no sea concentrada en instituciones y países que dominen a los demás y cómo asegurar, no solamente la transferencia del conocimiento científico y técnico a todas las regiones del globo, sino también la recreación de otras realidades nacionales, de la capacidad de producción de conocimientos científicos y técnicos? ¿Cómo superar, en fin, la dependencia tecnológica de los países subdesarrollados y dependientes y liberar sus potencialidades creadoras de acuerdo con sus realidades específicas?

Busquemos apuntar, en resumen, algunos caminos para enfrentar esos problemas y poder establecer, consecuentemente, la naturaleza de las relaciones entre desarrollo cultural y científico.

La revolución científico-técnica arriba descrita conduce a una etapa superior de relación del hombre con la naturaleza y con otros hombres.

La práctica científica comanda, con exigencias y determinaciones definidas, el conjunto de los procedimientos humanos, tanto en el campo técnico como en el campo económico, social, político, psíquico, emocional, intelectual. De esta forma, la revolución científico-técnica afecta al conjunto del fenómeno cultural y obliga a una revisión completa de los sistemas de socialización de los individuos, sometidos a cambios técnicos y culturales constantes, que los preparan para asumir la herencia cultural como un dato que les corresponde transformar junto con los demás individuos, en un proceso de recreación permanente de costumbres, mitos, arte, conocimientos, patrones morales y emocionales. La revolución científico-técnica opera también en una escala universal, y hasta, podríamos decir, cósmica. En ese sentido, esta debe ser acompañada

de un esfuerzo filosófico profundo y acumulativo en el sentido de repensar a la colectividad humana como comunidad universal a pesar de las barreras económico-sociales, políticas y culturales que aún limitan la plena realización de esa comunidad.

La noción de desarrollo económico-social y cultural tiene que ser pensada, pues, en nuestros días, como una dimensión universal capaz de analizar las distintas formaciones sociales existentes como momentos de transición hacia una nueva humanidad. El capitalismo dominante y dependiente, y el socialismo en sus variadas formas y etapas nacionales deben ser el marco dentro del cual debemos pensar las etapas posibles de esa universalización. Es imposible plantear el problema del desarrollo sin situarlo en este contexto histórico concreto. En esta búsqueda de lo concreto, se plantea también la cuestión de la guerra nuclear y de las guerras locales, civiles y de liberación nacional. Esta es otra dimensión que actúa concretamente sobre las estructuras sociales y culturales contemporáneas obligándolas a desarrollar una economía militar y una concepción estratégica que penetra y condiciona el conjunto de la realidad mundial en sus partes.

En esta militarización, la revolución científico-técnica cumple cada vez más un papel determinante, subordinando el fenómeno de la guerra cada vez más al mando científico y generando la contradicción entre los sistemas “racionales” y “científicos” de autodestrucción de la humanidad (que son en realidad un irracionalismo) y el sentido fuertemente libertario que encierra el dominio del hombre sobre sí mismo y la naturaleza.

La solución para estos problemas no será nunca la fuga del pensamiento científico para el mundo de las fórmulas puras. Este tendrá que enfrentar cada vez más decisivamente su contenido ético. Conocer es poder, es dar forma al mundo material y espiritual. En este sentido, conocer es también libertad y, por lo tanto, responsabilidad. Quien es libre tiene que decidir, optar, trazar su camino. La revolución científico-técnica está entregando a los hombres el poder de decidir entre la vida y la muerte, la destrucción y la construcción. No adelanta responder románticamente en búsqueda del paraíso de la irresponsabilidad, de la inocencia perdida. Hubo una época en que la sobrevivencia de los hombres dependía de su capacidad de tomar de la naturaleza sus

medios de vida. El hombre descubrió, sin embargo, formas de energía y de destrucción que son suficientes para liquidar la vida en la tierra. Hoy, la sobrevivencia de la humanidad es, pues, un acto libre; es el hombre quien decidirá o no sobrevivir como especie. Ya no puede volver atrás.

Por ello, la humanidad debe encontrar un camino consciente de superación de sus contradicciones internas. Estas contradicciones oponen, en primer lugar, a grandes agregados humanos divididos según su papel en el sistema productivo, como propietarios de los medios de producción o propietarios de la fuerza de trabajo. Es la lucha de clases permeando al sistema político de los países capitalistas y englobándolos en violentas confrontaciones que la teoría social de los años de afluencia económica pretendió transformar en conflictos plenamente funcionales. No obstante, la actual crisis económica internacional hizo renacer el desempleo, la inestabilidad y consecuentemente el enfrentamiento cada vez más directo en lo económico y en lo político y replanteó en la orden del día contradicciones ideológicas entre las clases fundamentales del modo de producción capitalista.

En el plano internacional, la relación entre los países dominantes en expansión constante sobre el globo terrestre, a través de las empresas multinacionales, su núcleo o célula básica, también provoca una confrontación creciente.

La lucha anticolonial de las décadas del cuarenta y cincuenta se proyecta en luchas antiimperialistas que acusan al capitalismo dominante de haber abandonado las formas explícitas de colonialismo solamente para dar origen a formas más sofisticadas de neocolonialismo. Con mayor o menor radicalidad los países del Tercer Mundo se congregan en el movimiento de los no-alineados, en el grupo de los 77 y otras instancias institucionales internacionales para exigir un nuevo orden económico internacional que redefiniera las relaciones entre los países eufemísticamente llamados del Norte y del Sur. En este debate, la cuestión de la ciencia y de la tecnología asume un papel central al exigirse su transferencia hacia los países hoy dependientes y al plantearse la necesidad de generar en ellos una base autóctona de producción científica y tecnológica que asegure su propio desarrollo.

Tanto en lo que respecta a las contradicciones de clase como en lo que atañe a las contradicciones nacionales, la sociedad contemporánea no puede escapar a una profunda redefinición de los principios económicos, sociales y políticos que rigen su desarrollo actual, conduciendo a una inestabilidad progresiva del sistema internacional. Si agregamos a esto las contradicciones con un sistema económico-social emergente, que se rige por criterios socioeconómicos e ideológicos distintos, que se organiza en sistemas de poder nacionales con sus ejércitos y su capacidad económica propia, se complica aún más el marco de las contradicciones internacionales. A pesar del grado de estabilidad revelado por estos regímenes, es innegable que también ocurren importantes tensiones en su interior y entre las distintas unidades nacionales que los componen y que no logran superar los marcos geopolíticos en que se desenvuelven las unidades de poder nacionales y sus estados.

Parecería pues, que estas contradicciones objetivas entre clases, naciones y sistemas socioeconómicos no tienen una solución inmediata y, consecuentemente, no es posible evitar nuevos enfrentamientos, guerras y revoluciones sustituyéndolos por una evolución progresiva en el sentido de una comunidad universal. Esta constatación obliga a cada país, a cada clase y cada región a buscar establecer de la manera más racional posible su propia estrategia de desarrollo, buscando minimizar, en tanto sea posible, los costos de los enfrentamientos que impidan la evolución racional y necesaria de la humanidad en el sentido de someter su poder técnico y científico creciente a los propios fines humanos.

En el plano de las naciones subdesarrolladas y dependientes es cada vez más evidente que hay una relación profunda entre los gigantes-cos problemas que vive el actual sistema internacional. A pesar de ser correcto pensar que una evolución favorable de las relaciones internacionales pueda ayudar a la solución de los problemas internos de esos países, es lógico afirmar que, en lo fundamental, será su dinámica interna la que permitirá elaborar una estrategia de desarrollo económico, social, cultural y científico. Veamos algunos elementos de esta dinámica que pueden ser racionalizados en una estrategia de desarrollo científico-liberadora.

El objetivo primero de una estrategia de desarrollo científico sería pues la creación de mecanismos de identificación y articulación de la actividad científica con la cultura nacional como sistematización más o menos racional de las realidades nacionales. Como resultado de ese esfuerzo, se van definiendo las áreas prioritarias del conocimiento sobre las cuales deberá concentrarse el esfuerzo científico nacional.

Es aquí necesario hacer una digresión. No se trata solamente de desarrollar el conocimiento aplicado a los problemas básicos del país. Si se limita a la aplicación, la tendencia normal será la de incorporar valores y supuestos implícitos en las teorías aplicadas que correspondan a situaciones sociales y culturales distintas. Al definir un área temática, se debe fortalecer no solo la investigación aplicada, sino también el estudio teórico, elevándolo al más alto nivel de abstracción los estudios referentes a aquella área teórica que, por estar ligada a nuestros problemas, debe normalmente encontrarse deprimida o abandonada en el cuerpo teórico de las ciencias de los países desarrollados.

Entre esas áreas básicas se destacan de inmediato aquellas ligadas a la identificación y al mapeo de las riquezas nacionales, precondition para cualquier esfuerzo de planificación de la ocupación y exploración del territorio a un concreto sistema censal y estadístico que permita avalar correctamente el potencial humano y económico del país; a la educación como objetivo máximo de cualquier programa de desarrollo dirigido a la solución de los problemas de la población; a la medicina preventiva y social que permita crear una población saludable; a la vivienda adaptada a las condiciones ambientales y a la planificación de los asentamientos humanos. Sin resolver estos problemas elementales, toda planificación de desarrollo científico se situará sobre un abismo, un vacío cultural, cuyo efecto desarticulador ya destacamos anteriormente.

Conocimiento y protección de las riquezas nacionales, alimentación, educación, salud y habitación adecuadas son los puntos de arranque de un desarrollo científico nacional. Dependiendo del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas ya alcanzado por cada país, este deberá atacar a este conjunto de políticas dirigidas a la atención de las necesidades de la población como primera tarea. Solo resolviendo esos problemas básicos, se creará la infraestructura para un ulterior desarrollo más sofisticado

de una ciencia y tecnología propias. Solo así se conseguirá dar un fundamento cultural a la población para que esta comience a participar conjuntamente de un esfuerzo científico nacional.

A partir de esta base esencial, el desarrollo científico tiene que establecer otras prioridades que aseguren el dominio del país sobre el proceso tecnológico que se encuentra articulado a partir de los medios de producción. Solamente las naciones que pueden controlar la creación de sus medios de producción disponen de una verdadera independencia tecnológica. Esto es válido para las condiciones de producción propias de cada período histórico. Pero es evidente que, con un atraso relativo en relación a la última tecnología del momento, será siempre preferible para un pueblo utilizar medios de producción que pueda dominar o producir internamente y solo adquirirlos del exterior en condiciones de dominar su uso de la tecnología. Uno de los efectos más nefastos de la importación de tecnología a través de las filiales de las empresas multinacionales reside exactamente en esa alienación de desarrollo de los medios de producción a las estrategias y objetivos de otras economías, instituciones e intereses. De esta forma, se elimina cualquier posibilidad de un desarrollo independiente a partir de intereses nacionales. La importación de tecnología, cada vez más necesaria en una economía internacional donde la creación de la ciencia y de la tecnología se encuentra extremadamente concentrada, como ya vimos, puede estar determinada por los intereses de la expansión, lucro, etc., de las empresas multinacionales y no por la definición de los intereses nacionales y de la capacidad científica interna de apropiarse de la tecnología, dentro de un proyecto de desarrollo científico y tecnológico.

Es necesario disponer de un conocimiento sistemático en la evolución científica, tecnológica y económica internacional para asesorar la elección de la tecnología a importar. Al mismo tiempo es necesario participar en un sistema de alianzas y cooperación internacional que permita aprovechar la competencia entre las potencias e intensificar la cooperación entre países de estructuras socioeconómicas y condiciones tecnológicas parecidas. En este sentido, la colaboración con los países socialistas ha sido una ayuda eficaz en la diversificación de alternativas tecnológicas

del Tercer Mundo, así como la relación con corrientes progresistas de la ciencia y varios sectores industriales de los países desarrollados.

Pero todas estas recomendaciones dejan de tener sentido si no hay a nivel de la sociedad y del Estado una voluntad revolucionaria a favor del desarrollo científico, integrando un proceso de desarrollo económico y cultural más integral. Es evidente que es necesario, como condición de esta voluntad, la existencia de un movimiento de democratización económica, social y política suficientemente poderoso y permanente que asegure este desarrollo cultural y científico. Que asegure también la firme decisión de realizar masivas inversiones en la ciencia que sobrepasen los modestos índices actuales de 0,5% del PNB y lleguen a los 3,5% y 4% necesarios para incentivar un salto tecnológico-científico real. Esto sin hablar de las enormes inversiones en educación, alimentación, salud y vivienda que son las condiciones materiales para cimentar el esfuerzo tecnológico-científico de la sociedad.

Resumen y propuestas

Vimos, en primer lugar, la necesidad de una orientación metodológica histórica concreta que sitúe la cuestión del desarrollo en el contexto de la expansión del capitalismo comercial, financiero, industrial y monopolístico. Dentro de esta orientación, los países subdesarrollados y dependientes no aparecen como simples expresiones de atraso y de no-desarrollo, sino como el resultado histórico de esa expansión, en la cual cumplieron un papel subordinado y dependiente que estimuló la organización de sus economías dirigidas al exterior, basadas en mano de obra barata, en la sobrevivencia de economías de autoconsumo y en la marginación social.

Vimos en seguida cómo esta situación histórica de dependencia dio origen a un tipo de desarrollo cultural basado en una fuerte división entre la elite intelectual erudita, de origen oligárquico, o de una clase media que asumió sus modelos de conducta, y las masas desposeídas que no lograron integrarse en las pautas culturales modernas, afianzando su sobrevivencia cultural en el cultivo de sus raíces pre-modernas buscando adaptarlas a las condiciones socioeconómicas propias de un capitalismo dependiente. Examinamos aún cómo la aparición y expansión de

los medios de comunicación de masa aceleró los factores destructivos de esas culturas tradicionales, sin ofrecer los medios institucionales y organizacionales para la socialización activa de esas masas, aumentando sus angustias y tensiones. Vimos también cómo situaciones sociales marcadas por avances democráticos de masas permitieron a sectores más progresistas de las clases dominantes y de las clases medias asimilar la creatividad cultural de las clases populares, pero sus tentativas no consiguieron enraizarse por la falta de transformaciones económicas y sociales que sostienen este proceso de democratización, y, por lo tanto, las perspectivas culturales que el abría.

Finalmente, analizamos la relación entre el desarrollo económico-social, el cultural y el científico, al llamar la atención sobre la fuerza creadora de este último de una nueva etapa de civilización, cuyo contenido universal pone a la orden del día la cuestión del desarrollo para toda la humanidad. No obstante, esta revolución científico-técnica se realiza en el contexto de modos de producción limitadores y que se encuentran en una fuerte tensión con su sobrevivencia. El carácter internacionalizador de esa revolución exige cada vez más una ciencia social capaz de situar la cuestión del desarrollo en el contexto de ese proceso internacional y de la interacción de las formaciones sociales decadentes o de transición hacia formas superiores de organización social.

Con estos elementos se torna más concreto el análisis del desarrollo científico en los países de capitalismo dependiente. Pueden resumirse las principales propuestas que se refieren a las tareas prioritarias para alcanzar este desarrollo:

1. Enfocarlo al conocimiento, a la protección y a la explotación de las riquezas naturales del país y de su potencial humano.
2. Orientarlo a la atención de las necesidades básicas en alimentación, educación, salud y vivienda del conjunto de la población, y los conocimientos científicos necesarios para la plena utilización de los recursos nacionales.
3. Sobre esta base, desarrollar la industria de medios de producción y los conocimientos científicos necesarios para la plena utilización de los recursos nacionales.

4. Crear un sistema de importación de ciencia y tecnología basado en el conocimiento sistemático de su evolución internacional, dando a la importación un carácter complementario de refuerzo a la plena utilización de los recursos nacionales. Reforzar la capacidad nacional de negociación de tecnología, no solo con el peso político-social del Estado nacional, sino también con su capacidad de establecer alianzas y formas de colaboración internacional con instituciones, estados y fuerzas sociales afines.
5. Empatar todo este proceso de desarrollo científico en la formación organizada de una voluntad popular capaz no solo de apoyar esas medidas sino, sobre todo, de comprender su alcance, favoreciendo las prioridades en inversión científica sin las cuales no habría cambio cualitativo en la situación de dependencia y subdesarrollo tecnológico. Traducir esta decisión a un cambio cualitativo del presupuesto destinado al desarrollo científico-tecnológico que debe romper la barrera actual inferior al porcentaje de la renta nacional que dedican al mismo fin los países desarrollados (siempre superior al 2%).
6. Crear una conciencia clara en las vanguardias políticas, sindicales, empresariales y culturales del país, de que a falta de cambios radicales en la política científico-tecnológica en las direcciones señaladas (sin descuidar sus repercusiones globales) nos permita prever una profundización abismal de dependencia tecnológica, económica y política, de la marginalización social y de las contradicciones sociales que amenazan a la sobrevivencia del orden social y pueden generar un cataclismo político de consecuencias imprevisibles.

IV. Antecedentes de una política científico-tecnológica

Vivimos un momento histórico caracterizado por el paso de la Revolución Científico-Técnica (RCT) al centro del proceso de acumulación y desarrollo económico.

La RCT se caracteriza esencialmente por la transformación de la tecnología y de la producción en un campo aplicado de la ciencia. Este proceso fue iniciado en algunos nuevos ramos de la producción a partir de la Segunda Guerra Mundial (surgimiento de energía nuclear, de la

aviación en jet, de la electrónica, de la informática y de la petroquímica). Maduró en los años 70 cuando comenzó a configurarse una nueva fase de RCT (surgimiento operacional del láser, de la microelectrónica, de la biotecnología e ingeniería genética, desarrollo de la exploración espacial y su impacto en la cosmología, en la física y química, en las perspectivas de los materiales, comunicación, etc. Esta nueva fase se caracteriza por la sumisión de la ciencia aplicada a la ciencia pura y al anuncio de una nueva era en el siglo XXI, en la cual la humanidad tendrá que planear la producción, reproducción y acumulación a la luz de proyectos de investigación y desarrollo de décadas. En este momento, bastante próximo, deberán romperse definitivamente los límites de los estados nacionales actuales y emergerá una civilización global, fundada en la producción automatizada y en la hegemonía de la ciencia básica sobre el pensamiento y las prácticas históricas, económicas y políticas.

Como ya vimos, en el capítulo anterior, en el momento actual, este proceso se encuentra concentrado en unas pocas regiones del mundo: Costa este, parte de California y algunos otros lugares de los Estados Unidos, Europa del Norte, región europea de la Unión Soviética y algunas áreas en la parte asiática del país y en Japón. Las demás regiones del mundo ocupan un papel apenas secundario, pero desarrollan una gigantesca lucha para poder acompañar a distancia estas transformaciones.

A medida que gran parte de ese proceso está sometido a la lógica de la acumulación capitalista, este se ve acompañado de los instrumentos de socialización de la propiedad privada que son: la concentración de la producción y de la investigación y desarrollo; la centralización de capitales con la formación de gigantes conglomerados empresariales envueltos en ondas de especulación financiera inestables, erráticas y vacías de sustancia material; la monopolización creciente de la producción, de los servicios y de toda la vida económica; la internacionalización anárquica de las empresas y la acentuación de un intercambio mundial que oscila en función de coyunturas de mercado y políticas económicas; finalmente, contra todas las pretensiones de un liberalismo superado, en un gigantesco crecimiento de la intervención estatal en las economías capitalistas, articuladas, cada vez más por los subsidios públicos a la investigación y desarrollo militar y civil, y por la demanda estatal.

En este mundo de grandes y definitivas transformaciones económicas, sociales y políticas, comandadas por los centros de poder que planean y ejecutan la Revolución Científico-Técnica, ¿qué papel está reservado a los países dependientes y de desarrollo medio como Brasil?

En esta reestructuración de la economía internacional, en el campo capitalista, en la cual se sitúa subordinadamente nuestro país, se forja rápidamente una nueva división internacional del trabajo. En ella, los países centrales se especializan en las gigantescas inversiones para la reproducción ampliada del sistema (investigación y desarrollo de alta tecnología y de ciencias básicas para abrir los próximos campos de aplicación de conocimiento: teoría de sistema e inteligencia artificial, computación especializada, investigación espacial, fusión nuclear, exploración oceánica, nuevos límites del láser y de los nuevos materiales), para la cual deben reformular su sistema educacional, de salud, habitación, transportes y comunicación, reservándose las producciones de alta intensidad tecnológica, sea esta industrial o agrícola.

Mientras tanto, se desplazan hacia los países de desarrollo medio (los llamados *New Industrialized Countries* y algunos países del sur de Europa) las industrias y actividades económicas asociadas a la tecnología de los años treinta y cuarenta (siderurgia, textiles, química y petroquímica, aviación anterior al jet, y la investigación espacial, productos de consumo final en general, parte de la actividad agrícola, etcétera).

Dada la pequeña generación de empleo que representan hoy esas actividades que vienen siendo revolucionadas por la aplicación masiva de la automatización en la producción directa, es fácil verificar que a pesar del dinamismo económico que representan, esas transferencias tecnológicas no significan aumentos importantes en el empleo, acentuándose los fenómenos de desempleo, subempleo y marginalidad en los países capitalistas dependientes, situación que deberá profundizarse aún más por la destrucción de los últimos vestigios de las economías de subsistencia en un marco de “modernización” tan acentuada de procesos económicos, sociales, políticos y, sobre todo, culturales (bajo el impacto de la moderna tecnología de comunicaciones y el violento *boom* de tiempo libre y actividades de ocio).

En el mundo de la RCT, las actividades que más generaron empleo son aquellas ligadas a la investigación y al desarrollo, a la educación, a

la salud, a la asistencia social, a la comunicación, a la informática, a la cultura y al ocio, a la planificación y administración (en las economías capitalistas se agregan las actividades financieras y comerciales). Los países desarrollados desvían masas y grupos de trabajadores de los sectores productivos hacia los sectores de servicio y convierten las economías intensivas en ciencia y tecnología, mientras que la producción a gran escala representa una cantidad mínima de las horas de trabajo socialmente necesarias.

En este nuevo mundo que se dibuja ante nuestros ojos asustados ¿es posible pensar en una política científica y tecnológica autónoma e independiente a nivel nacional?

En un país de extensión continental como Brasil, la única respuesta es: ¡sí! Sin esta, Brasil no será capaz de ocupar un mínimo de poder en este mundo moderno y se convertirá en un espacio para la operación de otros pueblos, condenados a la creación de una riqueza cada vez más concentrada en una minoría ínfima y a la reproducción ampliada de la miseria de sectores aún más amplios de su población. Ya presenciamos la proletarianización masiva de nuestras clases medias, que se sienten dentro de una trampa histórica y buscan desesperadamente huir del país. Como, a propósito, ocurrió con los profesionales de Argentina, Uruguay y Chile, entre otras naciones dependientes, que se vieron imposibilitadas para continuar su desarrollo económico nacional, mientras que aún sobrevivía un sistema escolar capaz de producir bienes profesionales sin oportunidad de trabajo.

Cualquier política científico-tecnológica sería, tendrá pues que contar con las premisas políticas necesarias para garantizar una reversión del escenario de subordinación y dependencia al cual estamos atados y en el cual nuestra vida económica se encuentra totalmente subyugada a una dinámica internacional perversa, que nos reserva un papel no solo secundario, sino cada vez más marginal.

Para alcanzar tales objetivos, se hace necesario articular una alianza política entre los trabajadores manuales e intelectuales, particularmente aquellos ligados a la investigación y al proceso de conocimiento e información, los empresarios y productores rurales e industriales interesados en la consolidación de la economía nacional, el sector estatal bajo

el control y si es posible, la administración de sus trabajadores. Dicha alianza de fuerzas deberá implantar un desarrollo enfocado, en primer lugar, a la satisfacción de las necesidades de la población, basado en la planificación y no en la competencia ciega entre los productores privados. Una producción dirigida a las necesidades básicas de la población exige una distribución de renta progresiva y drásticos cambios en las formas de propiedad, como la reforma agraria, la estatización del sector o el ajuste de la especulación financiera, más allá de un tributo progresivo a favor de los salarios más bajos.

Para asegurar el pleno desarrollo de nuestras fuerzas y potencialidades básicas, se hace necesario un mapeo completo de nuestros recursos naturales y humanos para, a partir de ello, elaborar un plan de desarrollo económico de gran dimensión y ambición.

En este plano, deberá ocupar un papel prioritario la educación, la capacitación y calificación de la fuerza de trabajo. Ubicar en condiciones de producción y trabajo del más alto nivel a millones de seres humanos alterará cuantitativa y cualitativamente la correlación de fuerzas mundial. El verdadero capital es el hombre y solo a través de la priorización de su desarrollo se alcanzará una etapa superior económica, social y política.

Esto exige una política científico-tecnológica que dé absoluta prioridad a la creación de los medios gerenciales y técnicos para una política alimenticia nacional, una educación universal básica para toda la población, una política de salud preventiva a gran escala y políticas de vivienda y transportes racionales.

Para atender tal desafío, se generarían millones de empleos de profesionales altamente calificados, formados por un sistema educacional que sería a su vez, otro gran generador de empleo. Esto fortalecerá una enorme demanda interna capaz de ocupar todo el parque industrial existente y estimular el desarrollo de una tecnología que, sin ser sofisticada, aseguraría la masa crítica de ingenieros, administradores, arquitectos, diseñadores industriales, que darían la densidad necesaria para un verdadero salto tecnológico en el país.

Estos cambios asegurarían la creación de masas críticas de servicios capaces de asegurar autonomía relativa y la capacidad de innovación

tecnológica de nuestro parque industrial, particularmente el sector de máquinas-herramientas y las industrias de bienes de producción.

Además, esos cambios podrían proporcionar una política de exportación de tecnología de servicios y producción para toda América Latina y África, que reforzaría el enriquecimiento de nuestra estructura profesional.

Articulado con la vasta recuperación y activación de nuestra capacidad profesional, se vuelve viable el desarrollo de centros de excelencia y de investigación científica y tecnológica de punta, que nos permitan participar en la creación de conocimiento en el mundo contemporáneo. Intentar construir este techo sin las bases materiales de educación, capacitación y calificación de población brasileña es un camino destinado al fracaso. No se trata de *primero* desarrollar esa infraestructura masiva para *después* desarrollar la alta tecnología. Es necesario un ataque simultáneo, con la elevación del peso relativo de la alta tecnología en las inversiones públicas, a medida que esté siendo creada la infraestructura de una población, educada e integrada en un sistema productivo nacional.

En este proceso, ¿qué papel deben tener el capital y la tecnología importados? Deben cumplir un papel complementario y subsidiario y no la función del sector dinámico y articulador de la economía, como viene ocurriendo desde 1955. Así, también, la exportación debe ocupar un papel complementario, de refinamiento y actualización del parque productivo y no de su motor propulsor, mientras el consumo interno cojea y se extingue.

Si reunimos estas condiciones socioeconómicas y políticas; si realizamos este mapeo y utilización racional de nuestros recursos naturales y humanos, si educamos, capacitamos y calificamos a nuestras masas trabajadoras; si producimos una tecnología gerencial y administrativa capaz de articular y hacer avanzar el pleno desarrollo alimentario, de salud, transporte y vivienda de nuestras masas; si generamos, a través de ese pleno empleo de profesionistas de alto nivel, los medios de vida para nuestra población y creamos masas críticas de producción en las áreas-clave para la integración del parque industrial nacional; si nos convertimos en un poder exportador para países capaces de consumir nuestra tecnología básica y de punta, podremos, solo así, construir un

vasto potencial científico-tecnológico de punta y nos incorporaremos realmente al campo de la alta tecnología. Y podremos también importar, con racionalidad y poder de asimilación, el capital y la tecnología de las empresas multinacionales, así como importar directamente científicos y técnicos de todo el mundo, incluso de los países desarrollados. La exportación sería también, el complemento capaz de estimular nuestra productividad y nuestra competitividad internacional.

En este escenario, ciertamente, una política científico-tecnológica sería el aspecto de una política económica y un proyecto de desarrollo más completo, capaces de articular a Brasil con el mundo contemporáneo. Y nos incorpora de lleno como creadores (más modestos, pero sujetos activos del proceso creativo) de desarrollo de la Revolución Científico-Técnica, participando como agentes en los cambios sociales, económicos y culturales que esta provoca.

Este camino podrá ser más duro y difícil que la actual perspectiva de incorporación dependiente en las nuevas fases de la división internacional del trabajo. No obstante, si seguimos este camino, podremos, tal vez, atrasarnos relativamente en cuanto a ciertas sofisticaciones inútiles del consumo tecnológico, pero seremos dueños de nuestro entorno, creadores de un nuevo mundo y no prisioneros de una minoría de consumidores salvajes de bienes. Estaremos cercados de hombres educados y conscientes, capaces de incrementar su ambiente natural en vez de destruirlo, al tiempo en que dejaremos de estar cercados por masas hambrientas y miserables, explotadas por esa minoría.

V. Cultura y dependencia

El objetivo de este capítulo es apenas el de proponer una primera aproximación más sistemática a lo que podría considerarse una sociología de la cultura dependiente. No se pretende ir más allá de establecer un conjunto de hipótesis sobre la temática que debe ser trabajada por un estudio más profundo sobre el tema. No se trata, tampoco, de abrir un camino totalmente nuevo. Al contrario, el pensamiento latinoamericano y del Tercer Mundo en general debe ser enfrentado históricamente con dichas cuestiones por un largo período. Se trata exactamente de

sinetizar la problemática que emerge de una tradición teórica e ideológica, buscando integrarla en el cuerpo más general de una teoría sistemática de las formaciones sociales dependientes. Esta teoría deberá situar a la superestructura de las sociedades coloniales, semi-coloniales y dependientes, dentro de las relaciones históricas que recogen, por un lado, su particularidad como sociedades emergentes dentro de un mundo crecientemente subyugado a la expansión del modo de producción capitalista, y particularmente, en la etapa del imperialismo; y, por otro lado, deberá recoger los elementos universales que están intrínsecamente ligados a la lógica de este proceso de expansión. La teoría de estos procesos superestructurales no podrá al mismo tiempo, despreciar el rol histórico del surgimiento del socialismo como alternativa organizativa de clase, como ideología y como experiencia estatal que actúa como un factor alternativo en la evolución de la lucha ideológica y en el propio tratamiento que la intelectualidad y las fuerzas sociales subjetivas de las formaciones sociales dependientes dan a su problemática histórica.

La superestructura de la sociedad dependiente refleja, antes que nada, su condicionamiento histórico determinado por la situación de dependencia. Esta situación es un producto de la expansión del capitalismo comercial y financiero de los siglos XVI al XIX, de la imposición creciente del capital industrial en el siglo XIX que permitió la implantación hegemónica de las relaciones de producción capitalista a escala mundial (al permitir la sumisión *real* del trabajo al capital en sustitución a la sumisión *formal* del período pre-industrial), y, finalmente, del paso del capitalismo a su etapa imperialista, en la cual el capitalismo monopolístico somete de forma creciente el proceso de producción internacional y profundiza al mismo tiempo, en las contradicciones del capitalismo a nivel internacional, dando origen a un período de revolución socialista mundial a partir de las zonas periféricas del sistema.

En el contexto de este movimiento histórico universal, la situación de los pueblos emergentes se dividió en dos procesos concomitantes: por un lado, se establece el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y de la implantación de las relaciones de producción capitalista y de las instituciones a estas correspondientes (el mercado interno, el Estado Nacional y soberano, las relaciones de producción asalariadas, etc.);

pero, por otro lado, estaba la integración de estas sociedades en una economía internacional crecientemente dominado por el capital imperialista. Estas condiciones históricas funcionaban en el sentido de someter el proceso de desarrollo del capitalismo en estos países a las necesidades de una economía mundial que reservaba a estas naciones emergentes un papel subordinado en el sistema económico internacional. El efecto de esta situación de dependencia condicionó el desarrollo de las fuerzas productivas internas, de las propias relaciones de producción y de la superestructura cultural e ideológica, conformando estructuras sociales distintas de aquellas que se desarrollaran en el capitalismo dominante.

El primer problema presentado por tal situación era el de determinar en qué sentido el desarrollo capitalista de la sociedad emergente sería una repetición del capitalismo original o una forma específica de desarrollo capitalista. Los patriarcas de la independencia latinoamericana pretendían implantar en su región los ideales de los países que habían realizado sus revoluciones burguesas. El ejemplo de Inglaterra, Francia y Estados Unidos marcó fuertemente su voluntad revolucionaria. Pero luego quedó claro que no eran las mismas clases y fuerzas sociales las que actuaban aquí y allá. La burguesía negra emergente se había desarrollado en las actividades comerciales y agrícolas o de minería, asociadas a la economía colonial. Su carácter oligárquico, su función mediadora en el comercio mundial limitaron fuertemente su impulso revolucionario. Desde el punto de vista revolucionario, se había comprometido con los neocolonialistas ingleses para reestructurar un sistema comercial exportador que reforzara la estructura dependiente. El impulso revolucionario independentista cayó bajo el control de estas clases y no permitió una transformación radical de las relaciones de producción, manteniendo hasta mediados o fines del siglo XIX, las leyes que conservaban la servidumbre y la esclavitud. ¿Cómo compatibilizar la República independiente y el dominio inglés? ¿Cómo compatibilizar la República democrática y la servidumbre y la esclavitud? ¿Cómo compatibilizar el desarrollo capitalista con la hegemonía política de los propietarios de tierra y de los comerciantes exportadores? ¿Cómo compatibilizar la integración nacional y el poder de los propietarios de tierra locales? ¿Cómo compatibilizar el crecimiento del mercado interno con las exigencias de

la economía exportadora, la mano de obra barata y el poder local de los propietarios de tierra?

Durante muchos años el pensamiento social latinoamericano buscó analizar esta problemática a través de la discusión de las confrontaciones polares entre barbarie y civilización, primeramente, atraso y desarrollo, posteriormente, vocación agraria o vocación industrial, en otros momentos, subdesarrollo y desarrollo en los últimos tiempos. El tema principal de la reflexión de un pueblo es la atención a sus necesidades básicas, la utilización de las fuerzas productivas existentes en toda su potencialidad y su desarrollo continuo, finalmente, el dominio de la naturaleza por el hombre para someterla a sus fines. Pero el proceso de la revolución industrial polarizó violentamente las condiciones de producción de riqueza en el mundo. El desarrollo de las burguesías nacionales, la formación de los mercados internos, la consolidación de los estados nacionales, la implantación de las formas de comportamiento “racionales” que sometían al hombre a la era de las máquinas, a la existencia de un mercado de trabajo libre, el surgimiento del ciudadano como unidad de organización política y figura de derecho civil (transformado en individuo o persona contratante), el desarrollo de la ciencia y la tecnología como principios ordenadores de la producción y de las relaciones sociales, las formas estáticas pos-artesanales, buscadas en el individuo creador y en los materiales de producción artística industriales, así como en un nuevo concepto de tiempo, de espacio y de movimiento; todas estas nuevas pautas de producción y reproducción de la sociedad formaban los principios ordenadores de una nueva civilización; la revolución burguesa sería el proceso histórico de implantación de esta nueva estructura social. Durante el siglo XIX, y particularmente el siglo XX, gran parte del pensamiento social se ubicó en esta cuestión: estaban los que defendían este proceso y los que lo criticaban; los que oponían a este las utopías del pasado o las del socialismo; o los que, como el marxismo, lo consideraban un momento dialéctico de la historia humana que creaba las bases materiales de su superación. Sin embargo, para los países latinoamericanos y gran parte del actual Tercer Mundo, el problema no era tanto el de defender un proceso en curso en sus propias fronteras, sino el de enfrentar la cuestión de cómo integrarse en esta corriente histórica.

La implantación de la civilización industrial burguesa se presentaba en el pensamiento liberal y cosmopolita como una negación de las particularidades nacionales, la implantación de pautas universales de comportamiento, pensamiento estético. Todo lo que se opusiera a esta universalidad aparecía como bárbaro, atrasado o tradicional. La afirmación del ser moderno y civilizado era la negación del ser tradicional, propio, nacional, autóctono. Aquí se establecía uno de los primeros dramas de la cultura dependiente. En las naciones de desarrollo capitalista original, la implantación de la civilización burguesa era, al mismo tiempo, la implantación de las tradiciones burguesas, de su existencia como clase revolucionaria primero, y como clase conservadora después. Sus características nacionales aparecían como características del capital en general, de la modernidad en general, de la civilización en general.

En las naciones cuyo desarrollo industrial se derivó de las premisas establecidas por las primeras naciones capitalistas, estas se presentaban como una oposición a las particularidades históricas de las nuevas burguesías nacientes. La lucha entre el romanticismo y el clasicismo en lo estético, entre el irracionalismo y la ilustración racional no filosófica, entre el proteccionismo y el liberalismo en lo económico, aparecían como una lucha entre la reacción y la revolución entre nacionalismo reaccionario y universalismo civilizador. Pero si desde el punto de vista abstracto se pueden aceptar estas disyuntivas, desde el punto de vista histórico concreto los temas de la nación, de la afirmación de los sentimientos étnicos y culturales autóctonos eran una parte necesaria de la revolución burguesa en cada nación y lo habían sido incluso para las burguesías triunfantes a pesar de su internacionalismo y universalismo cosmopolita cuando se consolidaron en el poder. La represión de estos sentimientos y de esta base cultural nacional en países que aún no habían integrado su Estado propio, que no habían destruido las resistencias del localismo feudal, que no habían constituido su mercado nacional en oposición a los mercados regionales, era la muerte de su capacidad de implantar el capitalismo y la democracia burguesa.

Así, dialécticamente, la afirmación histórica de la particularidad nacional, como oposición a lo extranjero y al localismo podía, en condiciones

históricas concretas, ser un instrumento de afirmación de un proceso universal de desarrollo de las fuerzas productivas y de las nuevas relaciones sociales capitalistas. Dichos problemas fueron enfrentados en procesos violentos por las burguesías alemana, japonesa y rusa (y, hasta cierto punto, por la norteamericana que también luchó por encontrar una identidad nacional). Pero estos asumieron proporciones dramáticas en los países coloniales modernos. La suerte de las culturas indígenas americanas y africanas debilitadas por el colonizador aparecía como una necesidad histórica debido a la distancia de estas culturas y a la dificultad de entender sus gritos desesperados ante su extinción.

Más difícil de justificar a los ojos del liberalismo era, sin embargo, el debilitamiento de culturas y civilizaciones que habían traído grandes contribuciones al pensamiento occidental, como la islámica, la china, la hindú. Y más fuerte también era su capacidad de resistir a la avalancha occidental. ¿Que había de universal en la revolución burguesa y hasta qué punto era una expresión de tradiciones europeas? ¿Cómo era posible aceptar que la afirmación de la universalidad de la nueva civilización industrial era la aceptación de la anulación de las culturas no europeas? ¿Cómo creer que el desarrollo de las nuevas naciones era el servilismo al conquistador europeo, a su imitación grosera, a la sumisión, a la negación de las nuevas burguesías nacionales y de su identificación con su propio espacio nacional, a la integración del mismo bajo la hegemonía burguesa? Para incorporarse a la nueva civilización, al contrario de las burguesías europeas que afirmaron su *ethos*, ¿las nuevas burguesías tendrían que negarlo y aceptar su condición subordinada, la humillación de su etnia, de sus características raciales, de sus tradiciones? No fueron pocos los mulatos que defendieron la superioridad racial del blanco, no fueron pocos los hispanos, portugueses, árabes o chinos los que defendieron la imposibilidad de un pensamiento filosófico y científico en sus lenguas nacionales.

Finalmente, muchos sectores de las oligarquías y de las clases medias emergentes se sometieron a un proceso de anulación de su particularidad nacional para afirmar la implantación de la “civilización”, del “desarrollo” o de la “modernización”.

VI. Dependencia cultural y socialismo

En el siglo XX, el mismo movimiento obrero, las ideas socialistas de la pequeña burguesía y de la intelectualidad sufrieron este mismo tipo de alienación. De hecho, el marxismo evolucionista y determinista económico que prevaleció en la Segunda Internacional facilitó apenas su identificación histórica con el liberalismo que resultó en la degeneración social-demócrata del marxismo hasta su anulación por el liberalismo, pero también este evolucionismo determinista que negaba la particularidad de las luchas nacionales del movimiento obrero, y su participación como protagonista en la revolución democrático-burguesa dentro de sus condiciones nacionales, y afirmaba la vocación de un universalismo abstracto y antihistórico que no se construía en la historia concreta de los estados nacionales, centro de la lucha por el poder.

Es muy fácil entender, por lo tanto, cómo en la Segunda Internacional podría haber una corriente altamente pro-colonialista; se puede entender, también, cómo en la Tercera Internacional, negando los principios de Lenin, se podía retomar durante ciertos períodos, la perspectiva de un internacionalismo ajeno a las condiciones específicas de cada país o región; se puede entender aún, como los partidos socialistas participaron en guerras coloniales. No es difícil de entender, tampoco, la asociación ideológica entre liberalismo y la hegemonía de las burguesías de los países dominantes y las versiones obrero-reformistas de estas ideologías que dieron como resultado, por un lado, el apoyo de las clases obreras a los estados burgueses de sus respectivos países dominantes, y por otro, la manutención de un cosmopolitismo que anulaba su voluntad combativa por el poder que se asentaba en una base nacional.

Esta extraña paradoja solo se hace comprensible cuando vemos que el proceso de transición del capitalismo liberal al monopolístico es, al mismo tiempo, el paso del colonialismo impuesto desde fuera, en las condiciones de una economía internacional incipiente, en dirección al imperialismo moderno, que se caracteriza por la exportación de capital y la integración de los espacios nacionales bajo la hegemonía del capital monopolístico en el proceso de internacionalización.

La historia del triunfo del proletariado en países emergentes fue la historia de su hegemonía en el proceso de sus revoluciones democrático-burguesas. No fue nunca a través de un no reconocimiento de su proceso histórico específico. Lenin, Mao Tsé-Tung, Ho Chi Min, Tito, Kim II Sung y Fidel Castro, entre muchos otros, no son expresiones de cosmopolitismo, a pesar de sus profundas convicciones internaciona-listas. Ellos guiaron a sus clases obreras y a sus pueblos en una lucha por el poder nacional, como parte de un proceso universal de afirmación de una sociedad nueva a escala mundial. Y ni por esto pudieron eliminar totalmente los peligros de los desvíos antiinternacionalistas que las realidades geopolíticas, los intereses de las clases no proletarias en las revoluciones socialistas y las exigencias de los intereses de Estado, mismo en relación a estados socialistas. El problema nacional no puede ser resuelto sin considerar su historia, por una decisión del ideal de universalidad, sino por el complejo y dialéctico proceso de superación de las desigualdades internacionales y de la formación de una humanidad nueva que no será la imposición del *ethos* europeo sobre la humanidad, sino la síntesis superior de diferentes culturas y particularidades de la raza humana.

En este contexto se pueden comprender los complejos problemas teóricos que se impusieron a las clases revolucionarias en los países coloniales. Las burguesías locales, a pesar de sus oscilaciones y debilidades, buscaron durante años un espacio ideológico propio a través del nacionalismo antiimperialista y democrático popular. El nacionalismo burgués buscó su propio *ethos* en la recuperación de la grandeza de las civilizaciones indígenas, o en la fuerza de la cultura africana, o en otros continentes, en la afirmación de sus civilizaciones originales. Pero es evidente que la reacción romántica a la hegemonía cultural europea no recreaba el *ethos* indígena, sino la versión burguesa o pequeño-burguesa de este *ethos*. El burgués moderno ubicó en su espacio musical, novelístico, teatral, cinematográfico, etc. las estilizaciones del folclor de su pueblo. Es interesante notar como alcanzó cierta importancia el romanticismo nacionalista en ciertos momentos históricos, como en el fin del siglo XIX, en los años treinta y cuarenta de nuestro siglo, y nuevamente en la década del sesenta. Pero es interesante notar que también

el proletariado colonial buscó rescatar esta realidad nacional, según su versión popular revolucionaria. Los grandes romanticistas, pintores y poetas latinoamericanos de los años treinta y cuarenta fueron, en general, comunistas, o ligados a los partidos comunistas. La línea de frente única de 1934 a 1947, aliada a la recuperación del nacionalismo ruso en este período, particularmente durante la “Gran Guerra Patriótica” del pueblo ruso, creaba un ambiente cultural que permitía a la intelectualidad de izquierda del período identificarse con su pueblo, dentro de una versión social revolucionaria que no escondía su inserción en un mundo estético romántico, occidental y porque no decirlo, burgués. Pues fue la burguesía quien creó los espacios estéticos contemporáneos, como reconocieron los grandes teóricos de la estética marxista, en oposición a las tentativas fracasadas de crear un arte proletario, antes de que la clase trabajadora pudiese crear una civilización nueva con el Estado en sus manos y con la creación de las nuevas modalidades de producción y las nuevas relaciones de producción que permitían revolucionar el tiempo y el espacio de la civilización industrial burguesa, sus superestructuras jurídicas, culturales, ideológicas.

La incompreensión del carácter de transición del socialismo, su limitación histórica como simples avances en relación a la sociedad capitalista, como había establecido Marx, no tuvo consecuencias sino solo en el plan económico, de donde se pretendió suprimir voluntariamente las leyes de la producción (condicionadas por los límites del desarrollo de las fuerzas productivas y de transformación de las relaciones de producción y de las condiciones sociales del trabajo) antes de que se pudiera revolucionar totalmente, a través de la transformación contemporánea de las fuerzas productivas (que es la revolución científica y técnica aún en proceso) las limitaciones históricas de la economía heredada del capitalismo. También en el plano superestructural se pretendió romper radicalmente con la estética burguesa sin resultados concretos. El anarquismo fue la consecuencia de dichas tentativas, esto es, la pura negación abstracta de la sociedad burguesa, sin capacidad de concretización histórica, sin capacidad de desarrollar la positividad de la alternativa proletaria. Pues la negación de la sociedad burguesa no es la afirmación del antiburgués en abstracto, sino la integración revolucionaria de la

civilización burguesa en la positividad de la transición hacia una civilización que no será simplemente proletaria, pues la hegemonía del proletariado y su necesidad de recurrir al Estado y, por lo tanto, a la dictadura de clase, es una expresión de su subordinación histórica a las condiciones de la sociedad de clases para eliminar la sociedad de clases.

Por lo tanto, el resultado histórico de la hegemonía del proletariado no puede ser la creación de una civilización proletaria, sino la de una civilización sin clases. En este sentido, la aceptación histórica de los límites del socialismo como régimen de transición y no como ideal humano final es, al mismo tiempo, un antiradicalismo en el sentido abstracto, y la única forma de radicalismo histórico, es decir, de praxis revolucionaria concreta.

Es por este motivo que la radicalización creciente de las condiciones históricas de la lucha por la liberación nacional, al mismo tiempo que desvía hacia la clase trabajadora la conducción de la lucha nacional y presenta la alternativa socialista como única forma viable de resolver las contradicciones generadas por la etapa imperialista del capitalismo, obliga también a la clase trabajadora a resolver los problemas económicos, políticos y culturales ubicados en otros momentos históricos a las burguesías nacionales. Es por esta razón que, al contrario de crear una alternativa cultural cosmopolita y clasicista abstracta, la clase trabajadora de los países dependientes y su movimiento revolucionario retoma la temática del romanticismo burgués nacionalista y populista y la somete a sus objetivos históricos, a sus valores propios, transformando radicalmente su papel funcional dentro de la lucha de clases.

Pero es evidente el peligro de tal situación. La incorporación de la temática nacional democrática en el universo cultural y teórico de clase y de un pensamiento socialista corre el riesgo de dejarse subordinar por el contexto ideológico burgués. Pero si examinamos el problema más detenidamente, vemos que el mayor riesgo está en sentido contrario. El abandono de la temática nacional democrática por el pensamiento rector de la clase trabajadora emergente en los países latinoamericanos (con excepción de Chile, donde la clase trabajadora se mantiene organizada en partidos marxistas) entregó a la hegemonía del nacionalismo democrático burgués el pequeño burgués. El triunfo del populismo

latinoamericano se explica, en gran medida, por esta incapacidad del marxismo latinoamericano en los años veinte y treinta. La clase trabajadora formada en las condiciones de migración europea a fines de siglo XIX e inicios del XX, con fuertes tendencias pequeño-burguesas por sus condiciones de producción artesanal, profundamente influenciada por el anarquismo y sometida a la línea del Tercer período de clase contra de la Internacional Comunista entre 1927 y 1934, fue incapaz de ganar la hegemonía ideológica sobre los nuevos contingentes trabajadores recién emigrados del campo, identificados con el populismo en los años 30. El cambio de la línea de Internacional Comunista, en 1935 a una concepción de frentes populares bajo la dirección de los sectores democráticos liberales hizo que esta hegemonía burguesa nacional democrática se consolidara, pues los partidos comunistas, debilitados por su distorsión izquierdista en los años revolucionarios de 1930-1934, que ocasionó su separación de los movimientos democráticos y anti-imperialistas, se reincorporaron a estos movimientos en una posición subordinada que ya no les permitió recuperar la hegemonía ideológica sobre la clase trabajadora. En consecuencia, solamente a medida que los marxistas hablaban el lenguaje de los populistas, podían dialogar con el movimiento trabajador ya identificado con el contexto ideológico del nacionalismo democrático burgués. Por lo tanto, el riesgo se encuentra no en la búsqueda del pensamiento marxista de integrar la particularidad de las condiciones nacionales y de inscribirse en el marco de la lucha por el poder del Estado nacional, por la hegemonía de la cultura nacional, sino en su aislamiento en el mundo abstracto-formal de una historia desvirtuada.

La diferencia fundamental entre el enfoque marxista del problema nacional democrático y el enfoque burgués reside en los siguientes puntos: en primer lugar, el marxismo ve la cuestión democrática y nacional como último fundamento del proceso de realización de un ser metafísico nacional auténtico. En segundo lugar, el marxismo ve en lo nacional la instancia de un proceso concreto de lucha anti-imperialista y de realización de un internacionalismo que supera el carácter desigual y combinado, expoliador y opresor del desarrollo del capitalismo, mientras el pensamiento burgués ve en la realización histórica de la nación

un fin último y cree en una sociedad capitalista mundial igualitaria. El marxismo, finalmente, denuncia el manejo de la cuestión nacional por la burguesía como una tentativa de anular las contradicciones de clase del capitalismo. El marxismo afirma, en consecuencia, el carácter popular de la nación, su base de clase y la hegemonía del proletariado en la lucha de liberación nacional como la punta de lanza para construir una sociedad nueva capaz no solo de resolver la cuestión nacional, sino también de resolver los problemas sociales que el nacionalismo burgués no puede hacer. En este sentido, la soberanía nacional se hace soberanía popular, democrática popular y base de la reconstrucción del orden económico, social y cultural. En este mismo sentido, el marxismo no ve la liberación cultural como el proceso de afirmación de contenidos nacionales eternos e irracionales, sino como la lucha contra la opresión cultural y la liberación de las masas del analfabetismo, de la ignorancia y su afirmación, a través de su propia experiencia sistematizada, en un pensamiento revolucionario.

La cuestión de la cultura se inserta así, en la lucha por la hegemonía nacional. Se trata de saber qué clase social será capaz de resolver los problemas del crecimiento económico, de la satisfacción de las necesidades básicas de la población, de la soberanía nacional, de la liberación de la opresión cultural y el pleno desarrollo de la capacidad creativa del pueblo. Y el problema de la hegemonía se decide en torno al Estado, de quién domina y de su carácter.

Con el enorme avance de la internacionalización del capital después de la Segunda Guerra Mundial, surgen nuevos problemas en el contexto cultural e ideológico latinoamericano y de los países dependientes en general. La reorientación de las inversiones imperialistas hacia el sector industrial de las naciones dependientes en formación retiró la base de acumulación propia de una burguesía industrial naciente en estos países.

Después de algunas tentativas de resistencia que exacerbaban la postura nacionalista de estas burguesías, estas se vieron, en los años cincuenta y sesenta, en la necesidad de cesar esta resistencia que las obligaba a apoyarse en movimientos populares cada vez más radicalizados. Al mismo tiempo, descubrieron el camino para convertirse

en socios menores del capitalismo internacional, compartiendo, a través de una posición dependiente y secundaria grandes ganancias creadas por la intensificación de las condiciones de explotación de la mano de obra del proletariado de los países dependientes, la base tecnológica superior del capital internacional, sus condiciones de operación monopólicas altamente concentradas y su capacidad de centralización del capital. A partir de ese momento, el ímpetu antiimperialista de los años treinta a cincuenta se diluyó en vagas pretensiones de mejores condiciones de comercio e intercambio internacional y se abandonó definitivamente la pretensión de un desarrollo nacional autónomo.

Como consecuencia, de un momento a otro, el amplio frente político nacional democrático se vio privado de sus liderazgos burgueses, cuyas vacilaciones se hacían cada vez más evidentes o difíciles de ocultar. La lucha antiimperialista adquirió desde los años de posguerra, un contenido cada vez más socialista. En América Latina, este proceso llegó a su primera conclusión exitosa con la declaración de la Revolución Cubana como socialista, en 1961.

Mientras tanto la Revolución Cubana resolvía no solo los problemas económicos más inmediatos de las grandes masas del país sino que levantaba, primordialmente, un programa de alfabetización, luego de educación primaria universal y, hoy en día, de educación secundaria universal y enseñanza universitaria masiva; por otro lado, las masas latinoamericanas continúan masivamente analfabetas, la enseñanza fundamental es un fin inalcanzable para grandes grupos, la enseñanza media y particularmente la universitaria, un objetivo de élites.

La experiencia cubana trajo también nuevos contenidos culturales al desarrollo espiritual del pueblo. Y a pesar de los pequeños recursos con que cuenta la Isla, se destaca en todos los planos culturales, no solo rescatando la cultura popular afrocubana, sino también llegando a ocupar la primera línea del arte abstracto, del romance realista y mágico, de la poesía, del canto, de la música erudita, del ballet, etc. El desarrollo cultural del pueblo cubano no se logró ni por una negación de su contenido nacional, ni por un desprecio al arte llamado universal, sino por una síntesis creciente entre los dos elementos.

Por otro lado, la cultura en los países capitalistas dependientes latinoamericanos continúa prensada entre la opción elitista y popular. En momentos democráticos de gran contenido potencial revolucionario como el gobierno de Goulart en Brasil, en 1961-1964, el Chile de la Unidad Popular, en 1970-1973, y muchas otras situaciones de efervescencia cultural, ideológica y teórica en el subcontinente, despuntaron nuevas propuestas que reubicaban esta disyuntiva básica, no siempre bien resuelta, sino altamente significativa por su potencialidad creadora y por los nuevos problemas que acarrea.

El fracaso de estas experiencias democráticas avanzadas y la imposición de dictaduras militares fascistas en estos países crearon situaciones de censura, por un lado, y de resistencias culturales combativas por otro; crearon también un nuevo fenómeno en el presente siglo, que es la migración masiva y la concentración de intelectuales latinoamericanos en nuevos centros de producción en países democráticos. El intercambio de experiencias, su reimplantación en nuevas condiciones nacionales, el radicalismo ideológico creciente de la región viene creando el sustrato ideológico y cultural de un replanteamiento radical de la cuestión cultural en América Latina.

Pero el complejo proceso de superación de las condiciones históricas de hegemonía del nacionalismo democrático y de su concepción de un arte nacional y popular conduce a desvíos peligrosos. Por un lado, la tentación de oponer a la hegemonía histórica del nacionalismo democrático burgués un marxismo sociológico que cree en una clase trabajadora definida como grupo social y no como clase revolucionaria en lucha por el poder a escala nacional, dentro de determinadas condiciones nacionales y de una cultura localizada y concreta, que puede llevar a una experiencia sectaria y fracasada a amplios sectores de la izquierda y a su total esterilidad. Por otro lado, la tendencia a pensar los procesos modernizadores del capitalismo dependiente dentro de un cosmopolitismo pro-imperialista abierto, como los implantados por las dictaduras militares al servicio del gran capital internacional, como base para un nuevo capitalismo capaz de superar las condiciones de dependencia y de generar una clase trabajadora aislada del problema nacional, puede dar origen, y de hecho lo viene haciendo, a la concepción de un

neoliberalismo colonizado de base obrera. Traducido a un lenguaje concreto, se trata de un trasplante del discurso social-demócrata a las condiciones latinoamericanas, en la esperanza de implantar aquí un movimiento obrero disciplinado dentro de un capitalismo, sino totalmente desarrollado, por lo menos medianamente dinamizado. Entre un sectarismo basado en una versión social radical del marxismo, esto es, un laborismo sin trabajadores, y un liberalismo social de carácter social-demócrata que apuesta en una democracia burguesa apoyada en masas hambrientas y analfabetas, hay que levantar la riqueza dialéctica del marxismo. Es necesario despertar en la clase trabajadora su espíritu revolucionario, situándola a la vanguardia de la lucha democrática radical y antiimperialista y demostrando, en la teoría y en la práctica, que solamente el socialismo resolverá los grandes problemas acumulados por las contradicciones crecientes de un desarrollo capitalista dependiente, creador de monopolio, concentración, sobreexplotación y marginalización social.

En este contexto ideológico, la cuestión cultural adquiere una dimensión altamente prioritaria. Competir con un cosmopolitismo apoyado en las técnicas modernas de comunicación desarrolladas por el capital multinacional que viene dominando los medios de comunicación, sin dejarse oprimir por ellas; respetar el poder creador del arte popular, su fuerza contestataria; sin caer en una versión pequeño-burguesa de la misma; establecer la síntesis entre la modernidad y lo popular, dentro de una estrategia de hegemonía cultural creciente del movimiento revolucionario, manteniendo viva la voluntad de poder y la vocación de hegemonía nacional del movimiento obrero y popular; estos son los nuevos desafíos que se presentan a los pueblos que se vienen debatiendo entre problemas seculares pero que no abandonan sus ideales de soberanía nacional, democracia y justicia social. Se trata de reconocer el camino andado en las fuerzas materiales, culturales e ideológicas de nuestras sociedades y elevar a nuevos niveles estos ideales históricos tantas veces utilizados y tantas veces traicionados por nuestras clases dominantes.

PARTE III**CAPITALISMO DEPENDIENTE, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO****I. La viabilidad del capitalismo dependiente y la democracia****1. El sentido del dilema socialismo o fascismo**

Desde 1966 venimos defendiendo la tesis de que el patrón de desarrollo económico dominante en América Latina, de carácter dependiente, sobreexplotador, monopolista, concentrador, excluyente y marginador, no es compatible con una democracia burguesa.²⁵ Consecuentemente debería aparecer en el continente una tendencia creciente para la formación de gobiernos autocráticos y autoritarios que tenderían hacia un tipo de fascismo dependiente (sin fuertes bases pequeño-burguesas, ideológicamente débil y sin el poder de crear un jefe carismático), basado en un Estado de excepción, de carácter burocrático y centralizado, que instrumentaría una política económica de gran capital internacional, con el objetivo de destruir a través del terror y formas radicales de represión, el movimiento popular, así como las bases clientelistas de la fase de movilización política de tipo populista y sus concesiones al movimiento obrero y popular. En seguida, correspondería a estos regímenes instaurar una política económica cuyo objetivo central sería la modernización del aparato productivo, la concentración y la monopolización de la economía con base en el capital multinacional.²⁶ Es necesario mencionar, sin embargo, tres condiciones para el triunfo de aquella tendencia.

25. El libro *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* (1978), fue publicado en una primera versión en mimeógrafo en 1966, con el título "Crisis económica y crisis política en Brasil". En 1965, ya habíamos publicado un artículo con las ideas centrales del libro, con el título "La ideología fascista en Brasil" en la revista *Civilización Brasileña*.

26. Así proponemos en el libro citado: "está claro el fracaso de una solución que busque de alguna forma preservar el actual compromiso entre los distintos ordenes y fuerzas sociales que se entrecruzan o complementan antes del rompimiento definitivo del equilibrio entre ellos. Ya que el desarrollo del gran capital multinacional conduce inevitablemente a la necesidad de un enfrentamiento entre estas fuerzas, enfrentamiento para el cual los latinoamericanos, formados en tantos años de compromisos, entre fuerzas tan dispares, estructuras tan contradictorias y superestructuras ideológicas tan difícilmente compatibles, están siendo arrastrados" (1978: 63).

1. La primera es la necesidad de una radicalización popular que tiende a acentuarse por las dificultades crecientes del modelo de acumulación de estilo popular democrático. Solamente esta radicalización y sus debilidades, debido al fracaso de su dirección política y de la definición ideológica y estratégico-táctica de las bases populares, podrían empujar a la gran burguesía hacia una política tan extrema, cuyas consecuencias, a largo plazo, pueden ser negativas a sus intereses de clase.
2. La segunda, la unidad de clase dominante y su voluntad política, a nivel nacional e internacional, en el sentido de realizar ese paso político. Esta unidad depende en buena medida del temor que despierta el radicalismo y la movilización popular, pero también de consideraciones de orden internacional, así como de su capacidad económica para realizar concesiones a las reivindicaciones populares, y de su capacidad política para contener y limitar el radicalismo mencionado antes. Este último aspecto tiende a ser deteriorado por la crisis general capitalista iniciada en 1967.
3. La tercera, la disposición psicológica de la pequeña burguesía que, por un lado, se siente amenazada por el radicalismo popular, pero por otro, tiene contradicciones con el gran capital internacional y nacional.

Si por un lado debemos considerar estas limitaciones históricas para que la tendencia fascista consiga una solución golpista de derecha, por otro lado, debemos considerar también las limitaciones económicas, sociales y políticas que revelan los regímenes derechistas parafascistas o abiertamente racistas generados en estas condiciones históricas.

Si bien estos regímenes consiguieron consolidarse por un cierto período, al obtener victorias económicas en la lucha anti-inflacionaria (y aquí se produce una polémica inevitable sobre las concepciones estructuralistas de la inflación que nunca consiguieron entender la eficiencia capitalista de los programas de estabilización monetaria,²⁷ patrocina-

27. Así proponíamos en 1966: "en las actuales condiciones, la perspectiva de desarrollo de la crisis brasileña lleva inevitablemente a la opción entre socialismo o política de estabilización burguesa. Todas las otras alternativas son utópicas". "Pero la burguesía puede superar la actual crisis y, como veremos, la actual política económica se encamina hacia esto, apoyada sobre todo en los errores de la oposición de izquierda, que procuró lanzar contra el gobierno enemigos ficticios, dejándolo con las manos libres para

dos por el gran capital internacional), estos entran en una gran crisis cuando se aplican los planes de acumulación capitalista dependiente, que son la conclusión lógica de su política económica. Solo entonces, como consecuencia de su éxito económico, se evidencian las debilidades básicas de la estructura económica resultante de esa política. Agobiados por la violenta tensión de las fuerzas económicas, movilizadas en una tentativa de modernización restringida a sectores limitados de la economía, estos regímenes vuelven a enfrentar las presiones inflacionarias que pretendían superar, al mismo tiempo que la situación económica viene a agravarse a causa de una creciente debilidad de su balanza de pagos y de la revuelta social de los inmensos sectores y clases perjudicados por su política económica.

La conclusión es obvia: las dictaduras militares serán conducidas a una nueva crisis económica, política y social que tenderá a reproducir los orígenes de la aventura dictatorial. Esto es, una situación de radicalización político-social creciente y un reaparecimiento a nivel superior, del dilema gobierno popular-gobierno del gran capital, que tiende a desglosarse en la contradicción socialismo-fascismo como evolución de la contradicción inicial.

Consecuentemente, al contrario de lo que sugería una lectura apresurada de título del libro *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*, nuestro objetivo no era limitar el espacio político a este dilema, ni afirmar la existencia de las condiciones para un triunfo absoluto del fascismo en el subcontinente. Por el contrario, observábamos, por un lado, el carácter esencialmente paradigmático del dilema que aparece siempre como un horizonte político sobre una realidad mucho más compleja, y por otro, era nuestro objetivo demostrar la debilidad y las contradicciones de un fascismo dependiente.²⁸

actuar frente a una oposición que nunca lo amenazaré definitivamente. Sin embargo, la superación de la crisis de coyuntura no les garantizará tranquilamente el poder, pues para realizar una política de desarrollo a la altura de las necesidades de la economía brasileña, tendrá que enfrentar el sector atrasado de la economía nacional, por un lado, y los obstáculos representados por el capital extranjero y por el dominio del mercado externo por parte del imperialismo por otro" (1978: 92).

28. Así concluíamos en 1966, nuestro análisis sobre las dificultades del fascismo en Brasil: "Como conclusión, podemos decir que sí existe una amenaza fascista creciente, pero está limitada por poderosas contradicciones internas que desorientan su estrategia y su táctica políticas. Vimos también que una unión

Estas observaciones se hacen muy necesarias en el período actual, cuando maduran las condiciones de una crisis generalizada de los regímenes fascistas en el subcontinente. Una lectura mecánica del dilema socialismo/fascismo lleva muchas veces a ciertos autores y militantes de izquierda a concluir que contra el fascismo no hay otra opción a no ser el socialismo. De ahí la tendencia, aún más sectaria, de considerar la lucha democrática contra el fascismo una maniobra burguesa y una concesión del movimiento popular para la burguesía, que llevaría incluso a una imposibilidad de destruir los regímenes fascistas, ya que la burguesía dependiente no tiene otro destino de no ser el fascismo.

El objetivo de este capítulo es intentar criticar esta visión equivocada, que puede conducir a un sector de movimiento popular al aislamiento de las masas, y a una peligrosa falta de comunicación entre las vanguardias intelectuales y el pueblo, en el caso de estas tesis sectarias y equivocadas prevalezcan en el pensamiento político de la izquierda latinoamericana.

2. Economía y política

Es siempre un peligroso error metodológico, “derivar” directamente de lo económico una propuesta política. Lo económico propone los marcos y las condiciones de lo político. En seguida, lo político actúa sobre lo económico resolviendo siempre de manera incompleta los problemas propuestos por el movimiento de la economía.

En este sentido, la “inviabilidad” de la democracia burguesa en las condiciones de nuevo modelo de acumulación funciona como un desafío para la clase dominante, no como un límite final. Esa “inviabilidad” no existe en sí más que como un problema a ser resuelto en lo político. La inviabilidad económica de la democracia solo es propuesta como vimos, a medida que esta “estimula” ciertos comportamientos políticos tales como: la radicalización popular, que surge de las propias contradicciones del desarrollo concentrado y excluyente; las contradicciones entre el capital y la pequeña burguesía, que rompen las condiciones de hegemonía ideológica del gran capital, o las contradicciones con el

de intereses tan contradictorios (nos referíamos a las contradicciones entre la base pequeño-burguesa del movimiento fascista y el contenido gran-burgués internacional de su objetivo político) abortaría un régimen monstruosamente incapaz, que solo sobreviviría en la incubadora del imperialismo” (1978: 314).

imperialismo, que generan contraofensivas nacionalistas y democráticas. No hay un pasaje directo de lo económico hacia lo político, sino una interacción entre los dos niveles.

Es de este modo que la hegemonía política conquistada por el gran capital bajo una dictadura puede generar (y de hecho lo hace) un frente antidictatorial muy amplio. Así también las aspiraciones hegemónicas de la élite militar y tecnocrática que gerencia el Estado centralizado creado por la dictadura, pueden transformarse en un cierto momento (como en el caso de Brasil a partir de 1973-1974) en una amenaza a los intereses del gran capital y ampliar aún más el frente antidictatorial.

Está claro que situaciones de este tipo pueden generar peligrosas ilusiones de clase. Es el caso de los que creen que estas contradicciones interburguesas pueden llevar a una posición democrática del gran capital y a un régimen político permanente de carácter democrático-burgués. Esta conclusión pecaría al negar los problemas económicos que generaron la aventura dictatorial y que no fueron superados por esta.

Pero, por otro lado, sería absolutamente intransigente no entender que el desarrollo de las contradicciones antes mencionadas permite la ampliación y hasta el éxito de un movimiento democrático, que está condicionado no solamente por intereses del gran capital, sino por el conjunto de fuerzas que componen este movimiento. En estas circunstancias, la capacidad de los trabajadores en dar impulso a las medidas democráticas y ampliar su espacio de acción política pasa a ser un factor político esencial, que debe generar fuertes tensiones en el conjunto del movimiento democrático. Al mismo tiempo, sería un enorme error político creer que el sector popular de la resistencia democrática deba mantenerse pasivo para no asustar a sus aliados burgueses. Esa posición solo puede conducir a falsas salidas democráticas y a una política de oposición conciliadora. Todo depende, entonces, de la capacidad de la clase trabajadora para medir la correlación de fuerzas y escoger los momentos más adecuados para lanzar las ofensivas o retirarse políticamente, manteniendo su flexibilidad táctica y su independencia ideológica y política, dentro de la lucha inmediata por la democracia.

Pero, ¿qué es lo que significa esta independencia? Sería un error denso y definitivo confundir la independencia de la clase trabajadora con

su omisión de la lucha democrática y antiimperialista. Es así como se comportan los que oponen estas luchas al objetivo socialista. Este tema merece una discusión aparte.

3. Lucha democrática, lucha anti-imperialista y socialismo

Los procesos revolucionarios no son producto de una confrontación entre clases. Esta visión “sociologizante” de la lucha de clases es totalmente errónea. Las clases se enfrentan entre sí en función del dominio de la sociedad global, de la lucha por el poder y por determinar los caminos de la “nación” como expresión concreta de la sociedad global. Las luchas entre clases solo pueden asumir un carácter de enfrentamiento directo entre grupos sociales organizados entre sí, cuando una de ellas (la clase dominada) acepta el contexto económico-social y político impuesto por la clase dominante. Es el caso de una lucha económica de carácter sindical, por ejemplo. En esta circunstancia, al aceptar el Estado existente, la clase obrera enfrenta a la clase dominante para obtener mejores condiciones salariales, de trabajo, etc., dentro del capitalismo. Esto no quiere decir que una lucha económica no tenga implicaciones políticas. Claro que las tiene: la lucha contra los techos salariales impuestos por las medidas anti-inflacionarias, como lo hace el FMI, ponen en cuestión toda una política económica, los objetivos de clase dominante y su capacidad de gobernar la economía. Pero no por ello esa lucha tendrá inevitablemente consecuencias revolucionarias. Dependiendo del contexto político en que se desarrolla, esta puede implicar solamente objetivos reformistas que no son en sí mismos equivocados, sino que no tienen porqué terminar necesariamente en situaciones revolucionarias. Todo depende del grado de flexibilidad del cual la clase dominante dispone para atender a esas reivindicaciones y de la fuerza del movimiento sindical para obtenerlas, para destruir el programa de gobierno e imponer un programa alternativo, proponiendo una alternativa de poder para aplicarlo. Solo a partir de ese momento es que se crea una dinámica que transforma la confrontación “entre” las clases en una lucha sobre la conducción global de la sociedad que afecta a “todas” las clases en ella integradas.

En este sentido, el obrerismo, al acrecentar la autopercepción de la clase obrera de sí misma como grupo social autocentrizado, es una

tendencia política que debilita la capacidad de conciencia política de la clase, su definición ideológica y su capacidad revolucionaria como vanguardia social.

Es esto ciertamente lo que acontece cuando algunos sectores de la izquierda proponen la lucha por el socialismo como una “alternativa” para las luchas por la democracia, el desarrollo económico independiente y la liberación de la dependencia del imperialismo. No hay socialismo posible en ningún país si este no es la culminación de la lucha democrática. Solo hay socialismo como el resultado de la ampliación de “poder” de las masas populares, de su capacidad de organización para dirigir la sociedad. Este poder puede desarrollarse dentro de un proceso de conquistas en el interior de una democracia burguesa o en el contexto de un enfrentamiento nacional armado “clandestino” contra una dictadura, o aún en el enfrentamiento de masas, de carácter pacífico o insurreccional, contra un régimen determinado. La preferencia por una u otra forma no es cuestión de principios ni es una elección subjetiva de liderazgo político, sino un resultado de desarrollo concreto de la lucha democrática. Pero, sea cual fuere la “forma” que la lucha adopte, esta solo tiene sentido a medida que el movimiento popular encarna la dinámica de la lucha democrática, la ampliación de las bases de poder popular, a medida que el poder creado por los trabajadores y por las demás fuerzas democráticas se ponga, como “alternativa de poder”, al régimen político existente, sea este una dictadura o un gobierno democrático burgués, o una dictadura civil burguesa, o una oposición burguesa derechista contra un gobierno popular electo democráticamente.

No se puede pensar entonces en un pasaje directo al socialismo sin una fase intermediaria de democracia avanzada en la cual la crisis de Estado burgués se desarrolle hasta sus últimas consecuencias y emerja en un poder popular alternativo que tome el poder como fase final de su desarrollo. No existiría la revolución de octubre en Rusia sin la revolución de febrero, y la creación de poder alternativo de los soviets dentro de la democracia avanzada creada en la revolución de febrero. No existiría la revolución china sin la derrota japonesa, y la crisis nacional de Kuomintang incapaz de asimilar el victorioso ejército rojo y sus zonas liberadas. No existiría la fase socialista de la Revolución Cubana sin la

derrota de Batista por el ejército revolucionario, la crisis del gobierno de Urrutia y la imposición de ese poder revolucionario armado, aliado a los sindicatos, los Comités de Defensa de la Revolución y los partidos democráticos revolucionarios y populares fortalecidos en la lucha contra la tiranía de Batista y consolidados en las condiciones de democracia creadas por la caída del dictador. Y los ejemplos se dieron indefinidamente.

Los mismos principios que se aplican a la lucha democrática en toda situación revolucionaria se aplican también a la lucha antiimperialista en los países dependientes. No hay victoria socialista posible a no ser como una culminación de las medidas antiimperialistas y democráticas en estos países.

Pero, entonces, ¿qué decir de la discusión sobre el carácter nacional democrático o socialista de la revolución en los países dependientes contemporáneos? Aquí es necesario distinguir tres posiciones.

1. Aquella que afirma equivocadamente que es posible en las condiciones actuales de integración imperialista mundial una revolución democrática burguesa victoriosa que sea capaz de desarrollar una economía nacional independiente del imperialismo. Esta posición entra en choque con las características esenciales del capitalismo mundial en la etapa contemporánea: el grado de concentración tecnológica y económica, de la centralización del capital, de desarrollo del capitalismo de Estado y de la internacionalización del capital, alcanzado por el capitalismo en su etapa actual, vuelven altamente improbable la realización de esta revolución democrático-burguesa, su solidez, su permanencia, su equilibrio.
2. Pero también están equivocados los que pretenden que la revolución socialista podrá ser propuesta en un país dependiente como “alternativa” a la revolución nacional democrática, como el resultado de una confrontación de clase contra clase que ignora la existencia de una lucha por la independencia nacional y por la democracia como condiciones de revolución socialista.
3. Consecuentemente, el carácter socialista de la revolución en los países dependientes solo puede ser entendido como una culminación o una resolución de las tareas democráticas y nacionales que la burguesía no

puede realizar. Esto no significa un fraccionamiento en el sentido de separar una etapa de otra como dos momentos históricos autónomos. Significa solo que el proceso histórico sigue una dinámica condicionada por las tareas globales que la sociedad propone. Y aunque exista una comprensión teórica y programática de los objetivos finales de un mismo proceso revolucionario, no se pueden sustituir las fases “determinadas” de lucha concreta por esa comprensión teórica. Sin revolución socialista no habrá democracia ni independencia: esa es la culminación necesaria de las tareas nacionales, antiimperialistas y democráticas, en la época actual del desarrollo del imperialismo. Paralelamente, sin democracia e independencia no habrá revolución socialista, ya que esas son precondiciones del socialismo. El grado de proximidad en el tiempo y en el espacio en que se articulen estas dos fases de la revolución socialista en los países dependientes dependerá de varias circunstancias concretas, de las correlaciones de fuerza, de desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de otros factores históricos muy concretos.

4. Socialismo, democracia e independencia nacional

Pero ¿las luchas por la democracia y por la independencia nacional deben ser vistas simplemente como etapas tácticas de la lucha por el socialismo? ¿O el hecho es que hay una relación más profunda y doctrinaria entre estos tres aspectos centrales de la transformación social contemporánea?

Debemos estudiar el problema por partes:

El socialismo es una formación socio-económica nueva en la historia, que tiene por objetivo central destruir la contradicción entre la socialización de la producción y la propiedad privada de los medios de producción que impide llevar a esa socialización hasta su fin último, esto es, a la automatización de la producción y a la liberación de la humanidad de la esclavitud del trabajo manual, de la explotación del hombre por el hombre, así como de la escasez de los bienes esenciales para la reproducción y ampliación del género humano y sus condiciones de vida. El socialismo deberá ser alcanzado internacionalmente por la acción revolucionaria del proletariado, particularmente del proletariado industrial, en alianza con las otras fuerzas y clases sociales no propietarias del capital,

explotadas, o simplemente subyugadas socialmente, que se vean en la necesidad de apoyar esa nueva formación social como camino de su liberación. En este sentido, la revolución socialista es al mismo tiempo, una culminación y un rompimiento radical con la revolución democrática iniciada por la burguesía en el siglo XVIII.

Es una culminación porque solamente el socialismo puede transformar en realidad los ideales que la burguesía despertó en el inicio de su revolución, pero que ella solo puede realizar como un derecho abstracto y formal. Fue de esta manera como la igualdad de todos los hombres ante la ley no pudo traer la igualdad de oportunidades económicas y sociales, ante la monopolización, concentración y centralización de los medios de producción por el capital. La libertad política e individual no puede traer a la humanidad el medio concreto de autogestión del Estado a favor de las mayorías, porque el Estado democrático burgués estaba sometido al control del poder económico y transformado en un aparato de ejecución de los intereses del capital, que apartan cada vez más la representación de la voluntad ciudadana del real poder de decisión. El voto universal se mostró incapaz de garantizar el control del ciudadano sobre la política y el Estado, al separar la representación política de la participación auténtica de la ciudadanía organizada. La manipulación de la cultura y de los medios de información por el capital, impidió el pleno desarrollo de la conciencia y del conocimiento indispensable para la participación política y la verdadera libertad de información que la democracia burguesa prometió.

Los ideales de igualdad, fraternidad, libertad del ciudadano, representación popular, control del Estado por el pueblo, libertad de información y otros elementos de la democracia burguesa solo podrán desarrollarse en su plenitud con la abolición de la propiedad de los medios de producción y asociación libre del trabajo, esto es, con el socialismo. En este sentido, el socialismo es la culminación, la única históricamente posible de la revolución democrático-burguesa.

Pero, al mismo tiempo, el socialismo es un rompimiento con esa democracia. Primero, porque separa radicalmente el derecho político del individuo del derecho a la propiedad privada de los medios de producción, oponiéndose a la falsa unidad teórica entre esos dos términos

tal como estos se presentan en la ideología burguesa. Segundo, porque instituye la representación de clase y su organización política como principio de ordenamiento de Estado, superando la fantasía sin clases propuesta por la democracia burguesa y su falso concepto de ciudadano como individuo totalmente independiente de su condición social. Tercero, porque cambia radicalmente las relaciones de producción al permitir la remuneración del trabajo según el principio de la participación en la producción e instituye la planificación global y obligatoria de la producción. Con esto se destruye el derecho de libre contratación que es uno de los pilares del liberalismo. El socialismo rompe aún más con la democracia burguesa al tener por objetivo la superación histórica de la escasez, de la contradicción entre campo y ciudad, de la existencia de las clases sociales, y al pretender instituir una sociedad basada en la remuneración del individuo según su necesidad y de pedirle su contribución a la sociedad conforme su capacidad. Esos principios, que darán origen a un modo de producción nuevo (o comunismo) rompen absoluta y radicalmente con la propia idea de Estado, que representa el gobierno del hombre sobre el hombre, y con la necesidad de cualquier forma de gobierno, supera la democracia como realidad y como objetivo.

No obstante, para alcanzar esos objetivos históricos es necesario asegurar, por el propio camino de dominación que otras clases utilizaron en el pasado, la transición hacia esta nueva sociedad. El Estado, basado en una democracia que asegura la hegemonía de la clase revolucionaria, el proletariado, será una necesidad inevitable de la etapa socialista. Y al hablar de Estado, los marxistas (como los liberales) hablan de la hegemonía de la fuerza, de la soberanía y de la violencia organizada, por lo tanto, de lo que se llamaba en el siglo XIX la dictadura de clase.

Y al aceptar la existencia del Estado tenemos que aceptar necesariamente la soberanía nacional como principio elemental de este período histórico. El Estado es eminentemente nacional y en este sentido el socialismo no supera esta etapa de desarrollo democrático burgués: la soberanía nacional. Por el contrario, a medida que el desarrollo internacional del capitalismo se transforma en colonialismo e imperialismo, en subyugación de los estados nacionales por la dominación directa o indirecta del imperialismo, solamente el socialismo puede asegurar

la liberación nacional de las naciones dependientes de la dominación imperialista. El socialismo cumple así, en escala internacional, con ese ideal burgués: la soberanía nacional, que el desarrollo del imperialismo no permite realizar dentro del capitalismo.

Ello muestra bien las limitaciones del socialismo como formación socioeconómica de transición y nos explica cómo en este período bajo la presión del imperialismo internacional, se acentúan las dificultades para cumplir en su plenitud las tareas de transición y, mucho más aún, el paso a un modo de producción superior. Esto es, sobre todo más difícil a medida que el socialismo se instaló primero, por contingencias históricas que no cabe analizar aquí, en países de menor desarrollo de las fuerzas productivas y de la revolución democrático-burguesa.

¿Qué conclusiones debemos obtener de este análisis?

En primer lugar, queda claro que la relación entre el socialismo, la democracia y la emancipación nacional no es de orden puramente táctico. El socialismo es, en un cierto sentido, la realización práctica del ideal democrático y nacional.

En segundo lugar, está claro también que esa realización práctica no es de ninguna manera una continuación, una evolución ininterrumpida de los objetivos democráticos y nacionales. Por el contrario, es un rompimiento cualitativo con la concepción burguesa de la democracia y de la soberanía nacional.

En tercer lugar, está claro que el carácter de transición de la formación socialista le impide, no obstante, la realización de los ideales finales que esta pretende cumplir, que solo podrá realizarse con la creación de un modo de producción nuevo, que se delinea dentro del socialismo pero exige cambios cualitativos para instalarse totalmente. Este modo de producción es el comunismo.

En cuarto lugar, es necesario mencionar las limitaciones del pleno desarrollo de las formaciones socialistas en la etapa histórica en que subsiste el imperialismo y toda su agresividad a escala internacional y donde las naciones socialistas tienen aún un desarrollo insuficiente de sus fuerzas productivas.

En quinto lugar, es necesario mencionar las limitaciones del socialismo en lo que dice respecto al pleno desarrollo de sus plenitudes

democráticas y emancipadoras de las naciones, en un mundo de lucha antiimperialista global, donde se sacrifican muchas veces los ideales socialistas en función de presiones geopolíticas, sociales y económicas concretas, asociadas a la propia sobrevivencia de los Estados socialistas.

No fue entonces, sin motivo, que Marx en la “Crítica del programa de Gotha”, dijera que el socialismo es un simple progreso de la humanidad. Solamente el comunismo, cuyo surgimiento no está tan lejos en la historia, significará este rompimiento radical con las debilidades de la etapa preliminar de la historia humana. Solo entonces el reino de la necesidad será sustituido por el reino de la libertad tal como el hombre es capaz de crearlo, esto es, históricamente, como culminación de las etapas más atrasadas de su desarrollo.

II. Socialismo o fascismo: 20 años después

El golpe de Estado de 1964 en Brasil representa un momento crucial en las Ciencias Sociales latinoamericanas. Las versiones tradicionales del desarrollo en las diferentes modalidades, vieron en este golpe más un “cuartelazo” militar al servicio de la oligarquía latifundista y del imperialismo o de las fuerzas tradicionales del continente. Luego, en seguida, la aplicación de la política de estabilización por los ministros de la Granja y del Planeamiento del régimen militar llevaron incluso a algunos autores a hablar de una “pastorización” o “desindustrialización” de Brasil.

Desde su primer momento, iniciamos una crítica de esta interpretación del golpe de 1964.²⁹ Veíamos en él no una expresión de fuerzas arcaicas y precapitalistas, sino un resultado del proceso de acumulación capitalista dependiente, concentrador y marginador, realizado bajo la hegemonía del gran capital internacional, que asumió el poder político a través del golpe militar. Dentro de esta interpretación, podríamos esperar un régimen político modernizado que tendía a permanecer en

29. Ya en 1965 publicamos en los *Cuadernos de la civilización brasileña* un artículo sobre el fascismo en Brasil defendiendo estas tesis. Este artículo fue publicado después en seguida en *Marcha*, en Uruguay. Ya en nuestro libro, *Cuáles son los enemigos del pueblo*, de 1963, planteábamos la inevitabilidad del golpe y del régimen de fuerza para servir de sustento al modelo de acumulación capitalista brasileño.

el poder por muchos años, basado en la industrialización dependiente subordinada al capital internacional y a la modernización del sector agrícola.

Lo que buscábamos demostrar, desde el punto de vista de la teoría de Estado, era la necesidad del gran capital internacional a fijar su política económica en un Estado fuerte, de excepción basado en el terror y en la represión, esto es, en un régimen fascista.

Esta situación histórica anunciaba una radicalización inevitable del ambiente político latinoamericano. Para responder al avance de las fuerzas populares en el continente latinoamericano (que se radicalizaban, abandonando el antiguo populismo nacional-democrático para asumir una postura nacional revolucionaria y socialista), las fuerzas del gran capital internacional y nacional, se unían a las sobrevivencias del poder oligárquico tradicional, a las clases medias asustadas por esta radicalización y que buscaban crear un escenario de élites económicas, políticas y militares capaces de sostener su programa de crecimiento económico dependiente y subordinado.

En estos análisis levantamos por primera vez en América Latina la cuestión de la evolución de los viejos *trusts* mineros y agrícolas hacia las modernas corporaciones transnacionales, ligadas al sector industrial y al mercado interno de las economías dependientes. Mostrábamos también cómo esa nueva fase del capital internacional, anulaba la resistencia antiimperialista del capital nacional, que serviría de fundamento al nacionalismo y al populismo. Al integrarse en el mercado interno, las corporaciones multinacionales abrían camino a una asociación con las burguesías locales y se asomaban al debate sobre las políticas industrial, financiera y comercial de los países capitalistas dependientes.

La bandera de la lucha antiimperialista, de la reforma agraria y de otras reformas democráticas era abandonada definitivamente por el capital nacional y pasaba a las manos de los movimientos populares. Como consecuencia –y bajo el impacto de la Revolución Cubana, que avanzaba al socialismo para poder enfrentar esas cuestiones– surgía el socialismo como objetivo histórico inmediato en América Latina. Este nuevo programa socialista se desarrollaba en el seno del propio movimiento populista llevando a sus primeras escisiones revolucionarias (el APRA rebelde,

con De la Puente Uceda, dio origen al MIR peruano; la escisión de la Acción Democrática dio origen al MIR venezolano; William Cook creó la izquierda peronista y, posteriormente, los Montoneros se originaron a raíz del peronismo; el MIR chileno surgió de una escisión del Partido Socialista Chileno; los Tupamaros, del Partido Socialista Uruguayo, etc.). Como parte de este mismo movimiento de radicalización, surgían nuevas corrientes marxistas inspiradas en varias experiencias internacionales. Maoísmo, guevarismo, castrismo y nuevas modalidades de un marxismo independiente se agregaban a las corrientes tradicionales estalinistas, trotskistas, luxemburguesitas y titoístas que prevalecieron hasta los años sesenta.

El dilema socialismo o fascismo se presentaba así como un horizonte histórico concreto y como resultado político de las contradicciones desatadas por el nuevo carácter de la dependencia económica de América Latina (1968). Nuestro libro que sintetizó por primera vez este dilema fue publicado en 1969 por PLA, en Chile (1969). En 1971, unificamos ambos libros y publicamos *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*.

La experiencia de la unidad Popular chilena vio después del golpe militar argentino, en 1966, y de la experiencia Barrientos en Bolivia, la radicalización de la lucha guerrillera en el continente, el surgimiento de la experiencia de la “Revolución Peruana” de Velasco Alvarado, la radicalización derechista y fascista del régimen militar brasileño con el Acto Institucional N° 5, la política de gran potencia y el “milagro económico”. Todo esto confirmaba dramáticamente el escenario que nuestros análisis esbozaban.

El golpe contra Torres en Bolivia en 1971, el golpe uruguayo de 1973, el chileno en septiembre de 1973 y el golpe argentino de 1976 vieron reafirmar aún más dramáticamente el contenido fascista de la derecha latinoamericana y de los regímenes que esta intentaba instaurar.

No obstante, el auge del fascismo latinoamericano rebelaba también sus limitaciones y contradicciones. Como habíamos planteado en 1966 y en 1969, los fascismos en países de capitalismo dependiente encerraban una profunda contradicción. El fascismo, al ser por naturaleza un régimen de terror y represión de gran capital asume un carácter nacionalista

que arrastra a su lado masas importantes de la pequeña burguesía, sectores del subproletariado y hasta proletariado industrial. El fascismo se articula también contra el internacionalismo de los partidos obreros, socialistas y comunistas, y el “cosmopolitismo” del liberalismo pro-imperialista inglés o norteamericano. De esta forma, la cuestión nacional fue el gran factor de unificación social y consenso ideológico en los regímenes fascistas europeos de los años veinte y treinta.

Ahora, por definición, el fascismo de gran capital internacional no podría asumir esa bandera nacional. Al contrario, el gran capital internacional se vuelve contra las bases nacionales del Estado para ponerlo a su servicio. Esta contradicción llevaría como planteábamos, al fascismo en los países dependientes a enfrentarse con sus propias bases sociales de origen pequeño-burguesa. Al percibir este peligro de que una fascistización occidental tendiera a desglosarse en un militarismo nacionalista de derecha, el gran capital internacional comenzó a abandonar a sus aliados militares y buscó poco a poco un camino de restauración democrática en el continente.³⁰ Esta política, iniciada en el gobierno de Ford, se fue madurando hasta convertirse en la política de los Derechos Humanos de Jimmy Carter, que contó con amplio apoyo del “establishment” norteamericano.³¹

Desde 1973-1974 para acá, la lucha antidictatorial pasó a ser compartida entre los movimientos revolucionarios y los movimientos liberales, con un creciente apoyo internacional hacia estos últimos. En el final de la década, la caída de Somoza en Nicaragua mostraba la extraña mezcla de esas tendencias. La hegemonía asumida en este proceso por los revolucionarios sandinistas mostraba la necesidad de que los movimientos liberales fueran más radicales y definidos por su liderazgo.

Al apoyo consensual norteamericano las luchas por los Derechos Humanos se sumaban a la evolución de la Social-Democracia europea y del movimiento sindical internacional. Víctimas de la crisis internacional

30. La primera expresión teórica de esta fase se dio en el trabajo de Huntington para la Trilateral, en el inicio de la década del setenta, sobre internacionalización versus nacionalización e internacionalización promovida por las Empresas Multinacionales.

31. En 1976, analizamos estas tendencias en el opúsculo: *Cómo entender a Jimmy Carter*, Editorial Fundamentos, México.

capitalista iniciada en 1967-1968, los obreros de los países desarrollados veían acabar las perspectivas de ampliar el Estado de Bienestar, en tanto que aumentaba el desempleo y se iniciaba la desindustrialización o “exportación de empleos” de los países desarrollados en beneficio de las inversiones en los países capitalistas dependientes de desarrollo medio. En estos, los regímenes militares fascistas sostenían la política de bajos salarios para atraer a los capitales de las empresas multinacionales.

Al percibir esta situación, los movimientos obreros desde el fin de la década del sesenta presionaban a los partidos socialistas, social-demócratas y liberales a intervenir en el Tercer Mundo contra las dictaduras militares. El caso chileno volvió aún más dramática esta situación: allá el fascismo derrumbaría por la fuerza un régimen socialista, con fuerte apoyo del socialismo y de la social-democracia mundial, para instituir el reino de las multinacionales y de los bajos salarios. Era imposible mantener la calma ante esta situación.

En esta escena política nueva, el liberalismo de origen demócrata, norteamericano, social-cristiano y social-demócrata encontraba incluso apoyo en sectores conservadores para una política antidictatorial en el Tercer Mundo y en América Latina en particular. Parecía así encerrada la oposición drástica entre socialismo o fascismo. El gran capital internacional se unía a las fuerzas antidictatoriales y abandonaba de inmediato una perspectiva totalitaria. El fascismo se aislaba en una derecha arcaica. Arcaicos pasaban a ser también los socialistas que lucharon contra esta sacrificando sus vidas. El camino de la democratización pasaba a ser un lecho de rosas y no más una espinosa vereda.

La confusión ideológica resultante de esa nueva forma ofensiva conservadora-liberal comenzó a cooptar una buena parte de la intelectualidad de izquierda, y sobre el bombardeo de los medios de comunicación, se firmaron nuevas tesis que parecían ser comprobadas por los hechos políticos posteriores:

- › La cuestión de la dependencia pierde su relevancia en un mundo interdependiente. El capitalismo de los países dependientes puede ser compatible con la democracia liberal y pueden abrirse nuevos caminos de desarrollo dependiente negociado que excluyan la dictadura, la

concentración y la marginación. La tarea más importante era entonces retirar el poder del autoritarismo estatal y abrir camino a la sociedad civil, a la libre iniciativa, etc. Se establece así la ecuación: *sociedad civil + libre iniciativa – Estado = Democracia*.

- › El autoritarismo latinoamericano es fruto, no de los intereses concentradores y marginadores del gran capital internacional, sino de los intereses corporativos dentro de las sociedades subdesarrolladas. Se vuelve así a la visión que asociaba los problemas de la región a su atraso y no a su inserción dependiente en la economía mundial. Se establece así una cínica ecuación: *atraso económico-social + intereses corporativos y oligárquicos + autoritarismo de los líderes obreros + nacionalismo = dictadura militar*. Esta ecuación encuentra su solución en la anterior: liberalismo económico=liberalismo político que a su vez es igual a democracia. Se trata de una gran confusión teórica y práctica, cuya expresión política será la formación de grandes frentes democrático-liberales, que pretenden no solo dirigir el proceso de transición democrática en el continente sino también gobernarla históricamente. En la fase de transición democrática, estos frentes podían cumplir un papel importante, retardando, sin embargo, la plena democratización al imponer los métodos de cúpula y las composiciones con el viejo establecimiento autoritario (a los cuales están ligados los intereses del gran capital, que fue el gran articulador de las aperturas políticas liberales). No obstante, a medida que avanza el proceso democrático, van emergiendo los intereses populares y se divide inevitablemente el frente democrático, entre su ala liberal burguesa y pro-capitalista y su ala democrático-popular y pro-socialista. Se va diseñando nítidamente el contenido reaccionario de la apertura liberal, su miedo a la prueba de las urnas, su incapacidad de resolver las grandes cuestiones sociales de las masas. El capitalismo dependiente reaparece sin máscaras, con su contenido concentrador y marginador a través de la crisis de la deuda externa en todo el continente. Y lleva consigo, de paso, a todos los que se comprometieron con su manutención en nombre de una liberación por la mitad.

Como siempre, en el centro de esta nueva política, encontraremos el contenido reaccionario y autoritario del liberalismo de nuestras oligarquías,

antes propietarios de tierra y exportadores, hoy capitalistas industriales y financieros y funcionarios de gran capital internacional. Al verse amenazados por la victoria electoral de los partidos de origen popular, identificados con los intereses de las grandes masas, nos acusan de anti-democráticos, corporativistas, atrasados, superados, etcétera.

Queda claro una vez más que la vocación democrática de nuestro liberalismo se extingue cuando las elecciones revelan su carácter minoritario. ¿No fueron los liberales quienes recurrieron al golpe militar para derrumbar líderes populares electos? ¿No fueron los liberales quienes aceptaron ir a elecciones donde se excluían los partidos representantes de la mayoría de la población? Y ¿no fueron ellos quienes conspiraron por los golpes militares y a ellos sirvieron incondicionalmente?

Y sin embargo ellos son los liberales y demócratas, ellos son los modernos, ellos son los antiautoritarios, etc. ¿Y los golpeados? ¿Los torturados? ¿Los desaparecidos? ¿Los exiliados? ¿Los que ganan elecciones cuando hay condiciones democráticas plenas? ¿Estos son los deshonestos, los antidemocráticos, los superados, los atrasados, los autoritarios, etc.! ¿Por cuánto tiempo será posible mantener dicho engaño histórico? ¿Cuándo estos sectores abandonaron definitivamente sus blancos trajes liberales para asumir su verdadero contenido antidemocrático, antipopular, antisocial?

La coyuntura latinoamericana vuelve a establecer las viejas cuestiones que los liberales conservadores pretendían superar como por arte de magia.

¿Es posible alcanzar el desarrollo económico de un pueblo sin consolidar sus intereses nacionales ante la penetración anárquica de los intereses internacionales y la descapitalización que ellos provocan? ¿Es posible integrar una economía nacional en la economía mundial sin integrarla internamente, marginando en consecuencia a la mayor parte de su población?

¿Es posible alcanzar una situación democrática avanzada en una sociedad basada en la violenta concentración de la propiedad de los medios de producción y de renta? ¿Es posible obtener estabilidad política en el contexto de una sociedad compuesta de grandes masas marginadas sin excluirlas de la vida pública por la fuerza o algún mecanismo antidemocrático?

¿Es posible gobernar estas sociedades con frentes ineficaces que no se definen ante los grandes problemas nacionales? ¿Que no toman partido a favor de la soberanía nacional, de la justicia social, del desarrollo? ¿Que no afirman la integridad del Estado nacional, como base y condición para una inserción en el sistema económico y político mundial?

Se tiene como objetivo, el invalidar esas preocupaciones, hoy retomadas por las propias masas del continente que están eligiendo y deberán elegir a varios gobiernos populares³² en sustitución a las propuestas liberales y pro-imperialistas. Vuelve así a la orden del día el dilema que señalábamos en 1966: o los gobiernos populares son consecuentes con las aspiraciones sociales que los colocaron en el poder y siguen un camino de reformas profundas que los llevarán inevitablemente al socialismo, o a su fracaso, al no defender consecuentemente sus objetivos democráticos y populares, llevará a gobiernos de derecha que solo alcanzarán el poder por la fuerza y el golpe de mano. Para afirmarse, estos gobiernos tendrán que recurrir de nuevo al terror del Estado, aún más fuerte, en la búsqueda de consolidación de los intereses antipopulares del gran capital. Para esto, podrán contar con el apoyo de los sectores beneficiados por las nuevas fases de crecimiento económico, basado en la exportación y una integración subordinada y dependiente en la economía mundial. Esta integración, apoyada en el gran capital internacional, continuará basada en un estricto sector social, integrado a un sistema productivo cada vez más automatizado y no generador de empleos. El aumento de desempleo abierto o disfrazado, bajo la forma de mercados informales

32. Para desesperación de las propuestas de centro-derecha, América Latina tiende a diseñar, a fin de la década del ochenta, un escenario de centro-izquierda y popular nítido: la victoria del peronismo en Argentina a pesar del vuelco de la política económica de Menem, del MIR boliviano, de los gobiernos de la social-democracia en Ecuador, de la Acción Democrática en Venezuela, la vuelta del Partido del Trabajo de Manley en Jamaica, etc. La urgencia de un partido de izquierda en México, el crecimiento del MNR en El Salvador, la consolidación de la revolución nicaragüense con el fracaso de la guerra financiada por los Estados Unidos, la consolidación de gobiernos electos en Guatemala y Honduras, la sobrevivencia de las fuerzas populares en el poder en Panamá que obligan a los Estados Unidos a la intervención militar abierta para imponer sus intereses, el éxito de la candidatura de Lula con su alta votación y el inicio de un posible frente PT-PTD, la sobrevivencia de la Izquierda Unida en Perú como segunda fuerza a pesar de la victoria de un candidato sin pasado político, la elección del prefecto de Montevideo por el Frente Popular. Todos estos y otros hechos similares muestran que los años 90 presentaron a una América Latina democrática de fuerte contenido popular y antiimperialista, pues las fórmulas políticas actuales son nítidamente de transición.

o marginalidad más o menos ostensiva, el aumento de la inseguridad de los sectores medios, la falta de perspectivas humanas creadoras en estas condiciones infrasociales y culturales harán el caldo de cultura de un radicalismo aún más profundo donde fascismo y socialismo serán los términos inevitables de la confrontación.

Quién sabe, ¿no será un nuevo fundamentalismo religioso que abrigará espiritualmente a estas masas de desposeídos latinoamericanos? En Asia y Oriente Medio, la rebelión de las masas contra una modernización que las margina y despoja busca estos caminos oscuros en los cuales nacionalismo, irracionalismo y fascismo se cruzan, pudiendo generar movimientos reaccionarios o respuestas progresistas como la teología de la liberación y otras propuestas revolucionarias extremadamente sorprendentes.

Los caminos de la sociología latinoamericana deben pues, seguir estas huellas y abandonar un mimetismo colonialista que la apartan de su evolución tan creadora de las décadas del cuarenta a setenta, cuando se liberó a duras penas de los esquemas funcionalista, culturalista y de su versión de izquierda de tipo estalinista.

En estos años, avanzamos enormemente en la comprensión de nuestros problemas específicos, al asumir la situación de dependencia como fenómeno interno, articulador de nuestras estructuras socioeconómicas. Pero avanzamos también en la comprensión de la economía política del sistema mundial y global que termina de madurar en la década de 1980. En este período, nuestros estudios sobre el imperialismo y la dependencia (1976), nuestras investigaciones sobre la revolución científico-técnica (1983; 1985; 1987) y sobre el capitalismo contemporáneo y su crisis (1982; 1990), así como sobre los movimientos sociales contemporáneos³³ hacen parte de un esfuerzo mucho más amplio del pensamiento sociológico latinoamericano y del Tercer Mundo, que se une a las reflexiones de izquierda europea y norteamericana, así como a la intelectualidad del este europeo.

33. Ver Dos Santos (1979; 1986). Ambos estudios fueron realizados en colaboración con Vânia Bambirra, que avanzó también en el estudio del pensamiento marxista sobre el sistema económico-social y político-socialista.

Este enorme esfuerzo³⁴ para repensar el mundo contemporáneo ante la emergencia de una civilización planetaria, donde las cuestiones de orden global tienden a superar los limitados horizontes internacionales, tiende a encontrarse con esta nueva fase de nuestra historia. La vuelta de las fuerzas populares que ahora se realiza no puede ser una vuelta al pasado, lo que haría de esta una ridícula farsa histórica. Las masas latinoamericanas deben retomar su camino de lucha por la soberanía nacional, la justicia social y la democracia en el contexto de esa nueva situación mundial. Estas deberán impulsar sus movimientos y partidos políticos para asumir con plenitud la verdadera modernidad que se diseña en el horizonte en el siglo XXI: la construcción de una civilización planetaria, basada en el respeto a la diversidad cultural del mundo, en la integración de las estructuras nacionales y locales al contexto internacional, en la construcción de un mundo de paz administrado por una nueva humanidad, basada en un hombre nuevo, en una etapa superior del individuo. En este mundo, y solo en él, el fascismo habrá sido una pesadilla superada por la humanidad. Estas conclusiones nos llevan a una reflexión más sistemática sobre el socialismo en el límite del siglo XXI.

III. El socialismo como movimiento social

La palabra socialismo se refiere a tres fenómenos diferentes más entrelazados entre sí:

- a) El socialismo es un *movimiento social* que encuentra sus orígenes desde la antigüedad pero que se convirtió en una realidad permanente y estructurada a partir de la mitad del siglo XIX.

34. Sobre esta fase llamamos la atención sobre cuatro proyectos en los cuales participamos; el de Abdel Malek, junto con la Universidad de las Naciones Unidas, sobre las nuevas fases del pensamiento social contemporáneo; el de Pablo González Casanova, sobre las nuevas perspectivas de América Latina, también bajo los auspicios de la ONU; el de Amílcar Herrera sobre Perspectivas Tecnológicas para América Latina, también de la ONU; el de Ngo Man Lan sobre “Las perspectivas de Asia”. Destacamos aún los Coloquios Internacionales sobre la Economía Mundial, teniendo a la cabeza a Immanuel Wallerstein, las mesas redondas sobre el socialismo en el mundo, en Cavtat en Yugoslavia, todos proyectos a los cuales estamos o estuvimos profundamente ligados.

- b) El socialismo es un *ideal* de convivencia humana y la propuesta de un régimen económico-social que es objeto histórico de ese movimiento social.
- c) El socialismo es una experiencia histórica concreta de organización y funcionamiento de un régimen socioeconómico. Desde la revolución rusa de 1917, esta experiencia se convirtió en una realidad nacional que cuenta ya con 73 años de vida y que creció, se amplió y se diversificó después de la Segunda Guerra Mundial con el surgimiento de nuevas naciones socialistas. El socialismo es también una experiencia de gobiernos dirigidos por partidos socialistas en sociedades donde aún sobrevive hegemónicamente el modo de producción capitalista, pero donde se impusieron importantes cambios sociales. Estas tres dimensiones del socialismo siempre se interconectaron, pero disponen de cierta particularidad. Por ello, debemos analizarlas separadamente para evitar el peligro de confusiones que ocurren frecuentemente y terminan por causar una gran diversidad de interpretaciones sobre el pasado.

1. El movimiento socialista

El movimiento socialista tomado en sentido amplio es tan antiguo como la historia humana. Desde la comunidad primitiva el hombre se organizó para defender objetivos sociales comunitarios. Los proyectos de los esclavos egipcios, griegos y romanos ya formaban un sustrato histórico para lo que sería muchos años después un movimiento organizado en partidos modernos.

En la Edad Media, las comunidades rurales y urbanas fueron centros de organización y lucha por una sociedad comunitaria, basada en la propiedad colectiva. En las sociedades orientales y americanas había también movimientos más o menos articulados que buscaban defender los principios de una organización social colectiva.

El movimiento socialista moderno surgió en Europa donde el obrero, creado por la revolución industrial, se rebeló progresivamente contra las condiciones de vida y trabajo miserables en que se encontraba y luchó por su participación política en el Estado, que conquistó a través de un largo proceso de reformas. Este movimiento práctico se unió a

las corrientes de pensamiento que abogaban una solución final para los problemas vividos por el movimiento obrero, dando origen a las siguientes tendencias:

- a) El *socialismo utópico* que, a través de varios autores, proponía formas de sociedad ideales basadas en la propiedad social. Los socialistas utópicos no pretendían organizar el movimiento obrero dentro de la sociedad capitalista. Ellos buscaron trasladarse a regiones distantes como los Estados Unidos para crear colonias que vivieran según sus principios. Creían también que sería posible convencer a los ricos y a los reyes de las ventajas del socialismo. Esta tendencia fue siendo superada a medida en que se percibían las limitaciones de sus propuestas, basadas en la voluntad y en las fantasías de sus inspiradores que estimulaban grupos de obreros y trabajadores a la búsqueda de una especie de paraíso terrestre. Sus principales figuras fueron Saint-Simon, Fourier y Owen.
- b) El *igualitarismo* heredero de la revolución francesa, que pensaba alcanzar la igualdad social a través de la lucha revolucionaria que establecería la división de la propiedad y el voto universal. Se destacan en esta corriente Babeuf y Blanqui.
- c) El *anarquismo* que identificaba la explotación y la opresión con la existencia del Estado y de la religión y proponía la extinción revolucionaria de los mismos. Sus principales figuras fueron Proudhon, con restricciones en las formas de lucha revolucionaria, y sobre todo Bakunin.
- d) El *reformismo* que pretendía transformar el capitalismo a través de la garantía de trabajo y otras medidas económicas y políticas de contenido democrático. Sus principales expresiones fueron Louis Blanc y los líderes del movimiento cartista inglés.
- e) El *socialismo científico* que analizaba el capitalismo como una formación socioeconómica transitoria destinada a imponerse universalmente y a ser superada por sus propias contradicciones internas, dando origen a un nuevo modo de producción que suprimiría las clases sociales. Este modo de producción sería alcanzado históricamente a través de un régimen de transición: el socialismo. Los fundadores de esta corriente fueron Marx y Engels.

La lucha entre estas tendencias se dio primeramente en la Asociación Internacional de los Trabajadores (Primera Internacional, 1864/1873) inspirada por Karl Marx (1822-1883). El socialismo utópico y el igualitarismo sucumbirían ante el fracaso de la Comuna de París (1871) en que tuvieron un papel activo. El anarquismo se debilitó drásticamente con el fracaso de la Revolución Española (1873) en la cual los anarquistas ejercieron un papel extremadamente negativo. La acentuación de esas luchas partidistas llevó a la extinción de la Primera Internacional.

El movimiento socialista se reagrupó en seguida en la Segunda Internacional de los Trabajadores fundada en 1876 bajo la influencia determinante de Marx y sobre todo de Engels, que se convirtieron en sus patrones teóricos y en sus principales inspiradores.

En el interior de la Segunda Internacional, formada básicamente por los principales partidos socialistas o social-demócratas europeos, norteamericano, argentino, cubano y japonés, sobrevivía, no obstante una lucha sorda entre reformismo y socialismo científico de Marx y Engels.

De hecho, el reformismo renació dentro del marxismo bajo la forma de revisionismo de Eduard Bernstein, cuyo libro *Socialismo Evolucionario* (1899) provocó una gran polémica en el movimiento socialista. Kautsky, Rosa Luxemburgo y posteriormente Lenin respondieron al revisionismo con distintos enfoques y las tesis revisionistas fueron rechazadas en el Congreso de la Internacional Socialista de 1900.

Durante la Primera Guerra Mundial de 1914-1918 la Internacional se disolvió en la práctica, pues los varios partidos socialistas apoyaron sus respectivos gobiernos nacionales lanzando a la clase obrera a una lucha fratricida contra la cual se había pronunciado la Internacional en sucesivos congresos.

Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Paul Liebknecht y otros dirigentes socialistas consideraron tal actitud una traición al socialismo y fundaron un movimiento por la paz en Zimmewald, en Suiza en 1916.

Con la victoria de la revolución rusa en 1917, la facción bolchevique del Partido Social Demócrata Ruso llegó al poder en Octubre (con el apoyo solamente de la izquierda del Partido Socialista Revolucionario de origen populista y sostén agrario).

Los bolcheviques renegaron el nombre de social-demócratas que los identificaba con la Segunda Internacional y adoptaron el nombre de Partido Comunista Ruso. Fundaron en 1919 la Segunda Internacional Comunista que rompió con los partidos socialistas y social-demócratas fundando las sesiones nacionales de la nueva Internacional.

La Tercera Internacional se diferenció de las anteriores por su expansión en el mundo extra-europeo. Rusia era también una potencia asiática y la influencia de su revolución se extendió por China, India, Japón, Indochina, etcétera.

En América Latina la Tercera Internacional consiguió adhesiones importantes como Recabarrem en Chile, Prestes en Brasil, Mariátegui en Perú. Mesa en Cuba, Farabundo Martí en El Salvador.

La Primera Internacional tenía su sede en Inglaterra donde el movimiento obrero crecía y se fortalecía; la Segunda se basaba en la fuerza de la social-democracia alemana; la Tercera se apoyaba en una revolución socialista victoriosa en un país predominantemente feudal, la Unión Soviética.

Era fatal que se provocara una relación compleja y conflictiva entre las necesidades de un Estado revolucionario y el movimiento político que lo apoyaba.

La Tercera Internacional resolvió esas contradicciones por la vía de la expulsión sumaria de las corrientes opuestas a la interpretación estratégica y táctica de los sectores hegemónicos en el Estado soviético. Con Stalin, esa ortodoxia fue llevada al extremo bajo la forma de una doctrina marxista leninista que pretendía transformar la aportación de Lenin en un conjunto de dogmas intocables.

La oposición contra los bolcheviques era enorme en el movimiento socialista europeo y norteamericano. Kautsky y otros teóricos centristas consideraban que no sería posible instaurar el socialismo en una Rusia agraria y feudal y que en este país los bolcheviques se negaban a restaurar la Constituyente electa en 1917 (que significaría el fin del poder revolucionario por ellos instaurado, pues la Constituyente se elegiría antes de la toma de poder, constituyendo los bolcheviques minoría de la misma), Kautsky y los "centristas" consideraban que los comunistas ejercían ilegítimamente el poder y que harían degenerar la revolución rusa en una dictadura cada vez más cruel.

La derecha de la social-democracia estaba en el poder en Alemania y en Austria y se rehusaba a colaborar con el gobierno bolchevique. En general apoyaban las fuerzas insurreccionales ligadas a la facción menchevique del Partido Social-Demócrata Ruso y estimulaban la guerra civil con la invasión de 14 países.

El cisma fue definitivo y se separaron ideológica y orgánicamente los comunistas de los social-demócratas y socialistas. Hubo, no obstante, una confrontación brutal que facilitó el advenimiento del nazismo en Alemania.

Entre 1922 y 1927 hubo una mayor colaboración entre la Tercera y la Segunda Internacional, ya reconstruida. De 1927 a 1934 se dio, con todo, una confrontación brutal que facilitó el advenimiento del nazismo en Alemania.

Desde 1934 hasta 1947 hubo otro período de colaboración en torno a los Frentes Populares y posteriormente en las Resistencias antinazistas que incluyeron incluso las fuerzas social-cristianas. La composición de esos movimientos antinazistas fue aún más amplia en los países del Tercer Mundo y muchos de ellos se conservaron después de la guerra bajo la forma de movimientos de liberación nacional.

A partir de 1947, se inició la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética que llevó a un nuevo y profundo cisma entre comunistas y socialistas, asistido por los liberales norteamericanos, incrustados sobre todo en la CIA. Incitados por las persecuciones de Mc Carthy a los demócratas norteamericanos, por el cierre de los Partidos Comunistas en varios países occidentales, por el montaje de aparatos de espionaje y operaciones insurreccionales en países del este, la mayor parte de los partidos socialistas y social-demócratas se incorporaron al movimiento de agresión anticomunista que culminó con la guerra de Corea.

Estos ataques fueron respondidos por las corrientes comunistas a través de la fase más sectaria del estalinismo. Se dividieron las centrales sindicales, los movimientos de intelectuales y otras organizaciones entre comunistas, socialistas y social-cristianas. Los países que salieron de la guerra bajo la órbita de influencia soviética tomaron iniciativas económicas y políticas en la dirección de una socialización rápida que muchas veces no tenía una base económica real y un respaldo social. El

conflicto con Yugoslavia revelaba ya la intransigencia de la ortodoxia estalinista ante la diversificación inevitable de las formaciones socialistas, a medida que el nuevo régimen de producción se adaptaba a realidades socio-económicas y culturales distintas. La figura de Stalin fue elevada a un nivel casi divino. El marxismo-leninismo fue convertido en una doctrina absolutamente contrapuesta con el “pensamiento burgués decadente, imperialista e irracionalista”. El “realismo socialista” pretendía someter el arte a cánones estéticos y contenidos morales preestablecidos. Esta fase duró de 1947 hasta las denuncias de Kruschev contra los crímenes de Stalin y el “culto de la personalidad”, realizados en el XX Congreso de PCUS, en 1954.

El surgimiento, en este período, del conflicto entre los PCs chinos y soviéticos abrió un hueco infranqueable dentro de los partidos comunistas divididos en las tendencias soviética y china. El auge de la Revolución Cubana dio origen al “guevarismo”, al “castrismo” y al “foquismo” que influenciaron fuertemente el Tercer Mundo. La aparición de un “marxismo académico” que inundó las universidades del mundo, sobre todo después de los movimientos de 1968, aumentó la diversificación de corrientes dentro del campo comunista. Ellos anunciaron, no obstante, el fin del estalinismo que hegemonizaría el movimiento socialista por tantos años.

Solamente en la década del sesenta, con el fin de la Guerra Fría y el inicio de una disminución de la tensión internacional, aunque precaria, comenzaron a reagruparse las Centrales Sindicales comunistas y socialistas, incluso las democrático-cristianas.

También en este período Willy Brandt iniciaba la “política hacia el Este” que reabrió las relaciones entre una Europa dividida en dos regiones enemigas militar y económicamente.

Ya De Gaulle había llamado la atención del mundo hacia este anacronismo, clamando por una Europa del Atlántico a los Urales. En las naciones socialistas de Europa Oriental había un constante llamado al comercio y a las relaciones entre las dos Europas.

La Guerra Fría llegó a su fin con el fracaso de la Guerra de Corea y de la represión colonial francesa en Indochina y en Argelia. De Gaulle abandonaba la OTAN y declaraba la independencia francesa ante los Estados Unidos.

La Comunidad Económica Europea y Japón crecían económicamente y comenzaban un movimiento de autonomía relativa de los Estados Unidos.

La crisis del dólar y su desvinculación del oro a fines de los años sesenta desarticulaban el universo capitalista integrado bajo la hegemonía norteamericana, creado en Brethton Woods, y que reflejaba la correlación de fuerzas que existía al final de la Segunda Guerra Mundial, ya profundamente alterada.

La social-democracia, que solo se conservaba en el poder en los países escandinavos y pasaba por la fugaz experiencia del gobierno laborista inglés, en 1924-1926, volvía al gobierno en Europa Central y en Inglaterra en la década del sesenta, y se daban las condiciones para una colaboración más o menos bien sucedida socialista-comunista en Francia, en España, en Italia y en Grecia. Solamente en Portugal, el país más tradicional de Europa, persiste un clima de Guerra Fría entre socialistas y comunistas, como si la historia no hubiese avanzado desde la Guerra Fría para acá. Se reorganiza en consecuencia la Segunda Internacional con bases más progresistas. A partir de 1966 esta se dirige hacia el Tercer Mundo y apoya a los movimientos de liberación nacional. Al contrario, la Tercera Internacional se diluye y los partidos comunistas comienzan a desarrollar líneas políticas nacionales a veces hasta opuestas entre sí.

En estos años de posguerra el movimiento socialista fue enriquecido con la expansión de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo que fueron aproximándose cada vez más al ideal y práctica socialistas. Muchos de ellos asumieron el poder en sus países e iniciaron experiencias innovadoras de transición al socialismo.

La unificación de las fuerzas progresistas del Tercer Mundo creó también el movimiento de los no-alineados que, a pesar de su carácter pluri-ideológico, tiende cada vez más a aproximarse al movimiento socialista mundial.

De esta manera, el movimiento socialista contemporáneo tiende cada vez más a un proceso contradictorio de diversificación de experiencias, doctrinas y valores. A pesar o a causa de esa diversidad se hace necesario elevar a un nivel superior la colaboración y solidaridad entre las diversas corrientes que forman ese movimiento, a pesar de las graves

divergencias históricas que lo dividen aún. El socialismo superó el eurocentrismo y se convirtió en un movimiento universal y complejo. Como todo organismo que crece y se diversifica, deberá dar origen a una nueva síntesis en un futuro no muy distante. Esta síntesis tendrá inevitablemente que asimilar críticamente las experiencias históricas de socialistas, comunistas y movimientos de liberación nacional.

Todo indica, por ejemplo, que la idea de una internacional obrera se encuentra superada, por lo menos en su forma estricta y dogmática. La Internacional Socialista, que pretende ser la heredera de la Segunda Internacional, fue obligada a diversificarse y aceptar en su seno movimientos y partidos populistas del Tercer Mundo, de liberación nacional y revolucionarios que no se identifican con sus partidos europeos. A medida en que algunas fuerzas en su interior pretendan imponer una pureza doctrinaria, la reducirán nuevamente a su expresión europea. La fuerza que adquirió en los últimos años la Internacional Socialista fue resultado ciertamente de su postura pragmática y su aproximación a las fuerzas sociales progresistas más poderosas en cada país. Tuvo que perder en rigor doctrinario para ganar en influencia política.

Algo similar pasó en el campo comunista. La Tercera Internacional, en sus dos versiones (El Komintern, de 1919 hasta 1943 y el Kominform de 1946 a 1958), fue dando lugar a las reuniones de los partidos comunistas que fueron perdiendo su rigor partidario permitiendo la participación de socialistas en movimientos de liberación nacional. Paradójicamente, las contradicciones entre los partidos comunistas, nacidos de la adopción de los rigurosos 23 principios y rígidamente jerarquizados hasta 1954, son hoy mayores y más difíciles de conjurar que los dos partidos socialistas y social-demócratas. Con el surgimiento de la *perestroika*, en la URSS y de la “nueva mentalidad” en su política exterior aumentan aún más las divergencias dentro de los antiguos PCs y se puede observar una tendencia de esos partidos a aproximarse a la Segunda Internacional.

Al mismo tiempo, se organizaron las internacionales liberal, social-cristiana y conservadora, dando la impresión de que el mundo tiende a dividirse en cinco grandes movimientos políticos e ideológicos.

Paradójicamente, la clase obrera, que inició el proceso de organización partidaria internacional, se encuentra hoy dividida en una

Internacional Socialista más pragmática que doctrinaria, y en una tentativa, cada vez menos sistemática, de reunión de los partidos comunistas, que no consigue más representar ni siquiera a los partidos que históricamente configuraron esa corriente. Quedan fuera de esas internacionales varios partidos socialistas y comunistas tan importantes como el PC yugoslavo y el Frente de Liberación Nacional de Argelia, para citar dos ejemplos bastante significativos.

Es por esta razón que el movimiento de no-alineados a pesar de ser una organización intergubernamental, termina siendo también un foro de esas expresiones partidarias hoy desgarradas de una internacional partidaria.

A pesar de situarse más en el plano de las ideas, las “mesas redondas” de Cavtat³⁵ han sido también una oportunidad para el debate y la congregación de fuerzas políticas progresistas que tienen o tuvieron ahí casi uno de sus únicos foros para el encuentro y la confrontación de estrategias y tácticas.

En el campo sindical, de las organizaciones clasistas por empresas, de las organizaciones de mujeres y de jóvenes, de los intelectuales, de los movimientos por la paz, etc., lo que percibimos es una diversificación creciente de asociaciones y foros internacionales. Estos movimientos vienen agrupándose como organizaciones no gubernamentales en torno a los diversos órganos de las Naciones Unidas. Políticamente tienden a reunirse también en torno a los partidos verdes.

La humanidad busca desesperadamente los medios para su organización global como consecuencia del avance de las fuerzas productivas, de las comunicaciones y de las instituciones internacionales.

El movimiento socialista que fue el precursor de ese proceso de solidaridad y organización internacional, se vio arrastrado por la diversificación y complejidad creciente de la civilización global que emerge en nuestro siglo. Al expandirse, este debe adaptarse a la gran diversidad de experiencias históricas y socioeconómicas, de realidades étnicas y culturales. Esa adaptación exige un rompimiento con las síntesis y ortodoxias

35. Las “mesas redondas” sobre el Socialismo en el Mundo se realizan anualmente en Cavtat, Yugoslavia, desde 1975 y editan una revista trimestral *Socialism in the World* en inglés y francés y en servo-croata, de cuyo Consejo Editorial participo.

anteriores y su elevación a un nivel más alto de síntesis teórica y de fórmulas institucionales y organizativas.

El movimiento socialista es hoy pues, un proceso en transición que presenta niveles de organización totalmente distintos, compromisos nacionales, bases culturales y políticas altamente diversificadas. Es imposible pues, encuadrarlo en los modelos de los partidos socialistas europeos, de los partidos comunistas que siguieron la experiencia del PCUS, de las fórmulas de movimientos de liberación nacional, etcétera.

El movimiento socialista es pues, un laboratorio en expansión que necesita articularse internacionalmente a partir del respeto a sus diferencias nacionales y regionales.

El mayor ejemplo de esta tendencia es el proceso de democratización de Europa Oriental. A medida que la “nueva mentalidad” pase a regir la política exterior soviética decidida a eliminar incluso, unilateralmente, los vestigios de la Guerra Fría y a alejarse definitivamente de la herencia estalinista, se abre en estos países un amplio proceso de reorganización partidaria, donde cuentan mucho sus raíces históricas. Países como Checoslovaquia y Alemania Democrática, donde predominaron los partidos socialistas y social-demócratas antes de la imposición estalinista, tienden a cambiar estas formas partidarias. En otros, varias formas de populismo buscan adaptarse a las nuevas condiciones económico-sociales creadas por las transformaciones estructurales de carácter socialista.

IV. El ideal socialista

Los ideales preceden, de cierta forma, a los movimientos políticos. Estos están latentes en la constitución misma de las clases, naciones o grupos sociales, y solo se convierten en movimientos conscientes, con objetivos definitivos, después de definir sus líneas generales en las cabezas más lúcidas del grupo o clase social que los porta.

El proletariado industrial naciente, del siglo XVIII, buscaba responder a sus miserables condiciones de vida imaginando una sociedad distinta, a modo de las utopías rurales que florecieron en el Renacimiento europeo.

Estas utopías rebelaban ya el ideal de una vida colectiva, igualitaria y justa donde el acceso a la riqueza social se diera a través del trabajo y de la participación de cada uno.

Con el desarrollo de la conciencia política del proletariado europeo, esos ideales fueron perfeccionándose y encarnándose en la historia real.

La internacionalización del movimiento socialista, y sobre todo su expansión fuera de Europa, ampliaron en mucho los elementos básicos que forman el ideario de una nueva civilización basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, en el desarrollo planificado de las fuerzas productivas y circulación y distribución racional de los frutos del trabajo humano.

El movimiento socialista, en su fase utópica y anarquista, no se identificaba necesariamente con la democracia, pero las internacionales obreras, sobre todo la Segunda Internacional, que se constituyó de partidos socialistas legales, asumió definitivamente los ideales democráticos y republicanos como fundamento del socialismo contemporáneo.

El socialismo científico mostraba los orígenes de clase y las limitaciones de la democracia burguesa y proclamaba la necesidad de una democracia económica, social y política de nuevo orden hacia el socialismo. El voto universal, la representación parlamentaria (con el agregado fundamental establecido por la Comuna de París, que es la revocabilidad de los diputados, con los cuales el pueblo pudiera estar descontento), la precedencia del parlamento sobre el ejecutivo y su vinculación estrecha y la determinación de la justicia por los objetivos históricos de la clase revolucionaria formaron un cuerpo de ideales que se incorporó en la concepción del “Estado Común”.

Este concepto fue revisado posteriormente con el surgimiento del Estado soviético en Rusia. Una forma de Estado apoyada en el poder de los consejos locales (los *soviets*). Este nuevo tipo de Estado generó una amplia polémica en el movimiento socialista y fue rechazado por la social-democracia y en parte por los partidos socialistas.

De hecho, la experiencia ulterior demostró que esa forma de Estado fue un fenómeno específicamente ruso. Esta no se repitió ni siquiera en los países bajo influencia directa de la Unión Soviética.

La expansión del movimiento socialista al mundo exterior a Europa

trajo nuevos elementos a esta doctrina. La cuestión del imperialismo, planteada científicamente por Lenin, fue desarrollada por Mao Tse Tung y por otros teóricos y dirigentes, sobre todo del Tercer Mundo. Esta alcanzó un nivel elevado con la teoría de la dependencia, de inspiración latinoamericana, elaborada en la segunda mitad de la década del sesenta, que buscó sistematizar los efectos del imperialismo en los países que son objeto de expansión europea-norteamericana. Esto fue un resultado de las experiencias revolucionarias de las décadas del cincuenta y sesenta, como la Revolución Cubana y la argelina.

Fue pues inevitable que la doctrina y el ideal socialista avanzaran en estas décadas de desarrollo del movimiento y como efecto de las primeras experiencias socialistas.

Hoy, el ideal democrático socialista pasa por una amplia revisión en el sentido de adecuar las más diversas formas de Estado y de gobierno. Ni el parlamentarismo ortodoxo a que tanto se apega la social-democracia, reflejando la experiencia europea, ni el Estado soviético de la experiencia rusa son formas definitivas. Debemos admitir la posibilidad de nuevas e imprevisibles formas estatales.

Sabemos hoy que el Estado socialista debe apoyarse en una movilización constante de las masas populares, en sistemas de representación que permitan el máximo de participación popular, la revocabilidad de los representantes y la obligación de que den cuentas a sus electores. Debe caracterizarse también por una interacción amplia entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, construida a partir de los hogares hasta las altas esferas nacionales.

El socialismo científico no puede, sin embargo, abandonar su crítica de toda forma de Estado, ni siquiera del democrático. El Estado es necesariamente un instrumento de dominación que impone la voluntad de una clase sobre el resto de la sociedad, utilizándose la fuerza del consenso y de la violencia organizada. Así, todo Estado, por más democrático que sea, es una dictadura de clase y solo habrá libertad real cuando la humanidad prescinda de esa forma de dominación.

Sin embargo, los anarquistas decretaban ficticiamente la abolición del Estado por la revolución anarquista, el socialismo científico proponía la extinción progresiva del Estado como resultado de la superación

de las clases sociales, realizada por la acción persistente del estado socialista. Para eliminar las clases sería necesario que la clase desposeída –o proletariado– instituyera su poder estatal y, a través de este, eliminara la resistencia de las antiguas clases dominantes a la implantación de una forma económico-social que suprimiera la propiedad privada de los medios de producción, que da origen a las clases sociales.

En este sentido, el ideal socialista-científico rebasa el ideal democrático y aspira a una sociedad sin dominación estatal de ningún tipo. Y este ideal se separa incluso del anarquismo porque cree que el ideal libertario solo será alcanzado en un futuro aún remoto, como consecuencia de la evolución de la economía y de la sociedad socialista universal que superará las clases sociales y, por lo tanto, la necesidad del Estado.

La libertad es pues, el ideal supremo del socialismo. Por libertad debe entenderse el pleno desarrollo del individuo a través de su colectividad. O más bien, la organización colectiva poniendo al servicio del individuo el acervo cultural, moral, técnico y científico de la humanidad para que él mismo pueda desarrollar al máximo todas sus potencialidades.

Se trata así, de superar la concepción pasiva de libertad en que se fundamenta la ideología burguesa del mundo. Para la ideología liberal, la libertad es un derecho abstracto. Esta se ejerce en general contra las coerciones sociales y no como un resultado de la potencia social del hombre.

Para el liberalismo, el hombre nació libre y fue presionado a restringir su libertad para vivir en sociedad con los demás hombres. El contrato social establecido entre esos individuos debería ser, con todo, lo más limitado posible para reprimir el mínimo de libertades.

Para Marx, todavía el hombre primitivo vivía subyugado por potencias a él extrañas y la organización social fue permitiendo que él se liberara de esas limitantes. El avance del poder productivo del hombre generó el concepto de individuo y la idea de que el hombre cuenta con una conciencia autónoma y con libertad moral y material. La especie humana fue la única capaz de llegar al individuo y separarlo de la comunidad primitiva en que él estaba inmerso.

El individuo es así, un resultado de la historia y no su punto de partida como lo concibe la ideología liberal. Fue la potencia productora de la humanidad que generó, al principio, algunos sectores sociales

privilegiados, que pudieron desarrollar las potencialidades presentes en todos los hombres. Potencialidades que existían latentes desde su forma primitiva, pero que solamente se transformaron en realidad cuando su dominio de la naturaleza permitió la creación de un excedente económico permanente, que dio origen al ocio y a la acumulación cultural.

Los individuos libres eran pocos, pues su desarrollo dependía del trabajo y de la esclavitud o servidumbre de muchos. Las bellas construcciones teóricas, los conocimientos científicos y tecnológicos de los griegos antiguos estaban asentados en los excedentes creados por los esclavos, que sostenían a esta minoría.

No habrá pues libertad hasta que los seres humanos sean liberados de las tareas rutinarias y desgastantes del trabajo material obligatorio, que consume la mayor parte de su vida. Solamente el desarrollo de las fuerzas productivas, iniciado con la moderna industria y desarrollado con la revolución científico-técnica, podrá liberar al hombre de esa subyugación e instituir una era de libertad para la humanidad en su conjunto.

Por ello, el socialismo científico de Marx y Engels considera que hasta el momento estamos en la prehistoria de la humanidad. Nuestra historia comenzará realmente cuando como resultado de la universalización del socialismo, tengamos superadas la explotación del hombre por el hombre, la separación entre el trabajo manual y el intelectual y las contradicciones entre el campo y la ciudad.

Solamente cuando la eliminación de las clases sociales supere todas las formas de dominación que tienen en el Estado su manifestación suprema, podremos comenzar a construir la verdadera libertad.

La lucha contra los determinismos sociales, culturales y morales, impuestos por la escasez de desarrollo de la capacidad productiva de la humanidad, es la verdadera lucha por la libertad que se dificulta en el plano económico, social, cultural y político.

Vemos así, que los conceptos de democracia, libertad y progreso se encuentran profundamente relacionados en el ideario socialista. Fue el pensamiento socialista también el que desarrolló el ideal de los derechos humanos, superando la estrechez de las libertades democráticas

liberales y desarrollando un derecho del trabajo, un derecho social y, hoy en día, proponiendo el “derecho de los pueblos” a la emancipación, al desarrollo y a la libertad.

En la actualidad no hay más un solo liberal que se aprecie que no se vea obligado a aceptar esas nociones de participación y responsabilidad del estado para garantizar el pleno empleo, la justicia social, la asociación del trabajo, el sufragio universal, las formas de organización popular, la intervención estatal en la economía y hasta la planificación.

No obstante, hace pocas décadas esto sería inconcebible. Es la economía política del proletariado la que se impone a la economía política de la burguesía.

Por otro lado, en nuestros días, las potencias capitalistas colonialistas son obligadas a aceptar, cada vez más, el principio de la autodeterminación de los pueblos, la recomendación de un comercio equitativo, el derecho a la intervención de las empresas extranjeras, el monopolio estatal sobre las riquezas naturales, el principio de desarrollo independiente, de la transferencia y creación propia de tecnología, la defensa de sus valores culturales, etc. Finalmente, el ideal de un orden internacional regido por la razón humana y no por las fuerzas ciegas del mercado y de la competencia. El movimiento neoliberal que se impuso en los medios publicitarios durante la década del ochenta no pasa de un canto final del liberalismo ahogado por un capitalismo monopólico y estatista y por un movimiento socialista en renovación, cada vez más libertario y antiestatista.

Son los pueblos liberados de la dominación colonial los que se organizan para imponer sus principios, sus valores y sus derechos en la arena internacional. Son los movimientos de liberación nacional, los no alineados, las asociaciones económicas, políticas y culturales de los más pobres y dependientes erguiéndose ante los ricos colonizadores.

Los ideales del socialismo están profundamente ligados al nuevo derecho de los pueblos. Fueron fuerzas comunistas y socialistas las que comandaron muchas de aquellas luchas al lado o incluso unidas a los movimientos de liberación nacional.

Fue el movimiento obrero también el que extendió, ya en el siglo XIX, la bandera de la paz como principio de las relaciones entre los pueblos.

La lucha por la paz asume hoy un carácter universal y se extiende mucho más allá del movimiento obrero para convertirse en parte de la conciencia universal del hombre. El surgimiento de la perestroika y de la nueva mentalidad en la política exterior soviética reveló la fuerza de esos ideales como principio organizador del mundo contemporáneo. El contenido ofensivo de aquella política desarmó en gran parte la violencia imperialista, perseguida y sin propuestas alternativas.

Se intensificó también, en nuestro tiempo, la lucha contra el racismo, la conciencia de igualdad de derecho de las mujeres, el respeto a las minorías nacionales, étnicas, religiosas, sexuales.

Esas luchas se ligan cada vez más profundamente al ideal socialista, como expresión del pleno desarrollo de la humanidad como una colectividad global. Esto se muestra en la práctica en la experiencia de la *perestroika* en la Unión Soviética. El PC soviético se ve impotente ante la onda nacionalista que sacude el antiguo imperio ruso y será obligado a adoptar una legislación que legitime la autodeterminación de las naciones sometidas a la federación soviética. En vez de debilitar a la federación, esto deberá fortalecerla política y moralmente.

La defensa de la naturaleza, violentada por el desarrollo capitalista; la articulación entre el desarrollo científico y tecnológico y la creación de un ambiente dispuesto a ver por la atención del ser humano fueron también parte de la conciencia socialista contemporánea.

No se puede comprender el socialismo de nuestros días fuera de dicho conjunto de movimientos que asimilen e integren cada vez más el ideal colectivo como base de la convivencia social.

Justicia social, democracia, libertad, emancipación de los pueblos, paz, derechos de las minorías, superación del racismo, defensa del ambiente, racionalización y planificación humana de la convivencia entre los hombres y los pueblos; estos elementos claves de la doctrina socialista se convierten día a día en valores universales que superan y sustituyen a los ideales individualistas del liberalismo. En ese sentido, así como el movimiento socialista se agiganta y se convierte en centro de articulación de la vida contemporánea, el ideal socialista se implanta en las conciencias humanas y se impone como normatividad de las relaciones entre individuos, clases y pueblos. La profunda revisión del

estalinismo que se opera en la URSS representa un movimiento clave de ese proceso y coloca el ideal socialista en el centro del debate contemporáneo.

Más allá de lo que nunca podremos afirmar, por lo tanto, es que el mundo camina hacia el socialismo.

V. Las experiencias socialistas

Así como el movimiento socialista se enriqueció al superar las fronteras del proletariado europeo y al asimilar los movimientos de liberación de los pueblos del Tercer Mundo, así como el ideal socialista se amplió al absorber los principios de la lucha de emancipación de los pueblos; así también la experiencia socialista se viene haciendo cada vez más compleja y plena con la sistematización de varias realidades históricas que componen hoy el acervo de una posible teoría de transición socialista.

Según Marx y Engels, el socialismo sería una formación social de transición caracterizada por: a) propiedad colectiva de los medios de producción; b) planificación de la producción y del consumo para atender las necesidades humanas; y c) sobrevivencia del Estado al servicio de una democracia proletaria que se impondría sobre las resistencias de las clases contrarrevolucionarias.

El socialismo, como vimos, no elimina totalmente la propiedad privada ni la relación salarial que sobreviven junto con las relaciones mercantiles y de dinero. Pero, en la transición socialista, estos fenómenos se encuentran bajo control, mientras se desarrollan las formas de propiedad social y la planificación y atención directa de las necesidades de los trabajadores a través de los servicios sociales.

Al mismo tiempo, el socialismo, como forma de transición, no elimina la lucha de clases en el plano nacional e internacional. Subsisten en el plano interno amplios sectores de pequeños y medianos propietarios, sobre todo en la agricultura y en los servicios donde la pequeña y mediana propiedad son aún tecnológicamente racionales. En el plano externo, sobrevive el capitalismo, en una amplia fase de transición, comportándose de manera cada vez más agresiva, ante las experiencias socialistas en desarrollo.

En consecuencia, el proletariado necesita mantener y hasta fortalecer el Estado en el período de transición socialista. El Estado es, por principio, un aparato coercitivo al servicio de una clase o una “dictadura de clase” como se expresa Marx, utilizando la terminología de la época. Este concepto ha dado origen a muchas confusiones que es necesario esclarecer. Para Marx, el Estado es por principio una dictadura al servicio de una clase, misma que exista en un régimen democrático de gestión de ese Estado.

Marx no confundía el Estado con los regímenes políticos por él adoptados. La dictadura de la burguesía asumía la forma de una democracia liberal. La dictadura del proletariado debería asumir la forma de una república democrática del proletariado.

Pero Marx y Engels esperaban que las primeras experiencias socialistas ocurriesen en los países capitalistas más desarrollados. Marx llegó a admitir el paso directo de la comunidad rusa al socialismo, tal como lo pretendían los populistas rusos. Pero solo admitía esta posibilidad con el apoyo de regímenes socialistas ya instituidos en Europa.

No obstante, la realidad histórica determinó otro curso para el advenimiento del socialismo. El paso del capitalismo a la fase imperialista determinó, por un lado, la formación de una aristocracia obrera en Europa y en Estados Unidos que, beneficiada con las ganancias obtenidas por la dominación colonial y semicolonial, se alió a la gran burguesía nacional para neutralizar y condicionar las aspiraciones socialistas del proletariado.

Por otro lado, la dominación imperialista hizo que se agigantaran las contradicciones en los países menos desarrollados, dependientes y coloniales, debilitando la capacidad gestora y el liderazgo político de sus burguesías locales.

Por ello, la primera experiencia socialista ocurrió en un país aún predominantemente feudal, donde un importante auge industrial diera origen a un proletariado concentrado, muy organizado y extremadamente consciente políticamente.

En Rusia, las sobrevivencias feudales se sostenían a través del enorme poderío del Estado zarista. La lucha por la democracia y el desarrollo industrial se ubicaba así en el centro de vida política, movilizand o a todas las clases insatisfechas con el estado de cosas feudal-autoritarias.

Grandes masas de campesinos ricos y pobres; sectores de la nobleza decadente y de la intelectualidad emergente, que se veían sin futuro en un mundo feudal estancado; la burguesía naciente, que aspiraba a los mismos niveles de poder económico y político que sus similares clases europeas; un proletariado joven cuyas características ya señalamos, formaban un ambiente social y político adecuado para un gran movimiento revolucionario.

Pero ya había pasado la época de las revoluciones burguesas. Las vacilaciones de la burguesía rusa reflejaban su temor de romper con el zarismo, único poder capaz de canalizar los sentimientos religiosos de los campesinos rusos. Sus uniones con la burguesía francesa e inglesa la comprometían también con intereses europeos, que la llevaron a participar en la Primera Guerra Mundial, con enorme costo para su agricultura atrasada.

La burguesía rusa no tenía tampoco por qué oponerse seriamente a las ambiciones imperiales de la aristocracia zarista, que la llevaron a la guerra con Japón en 1905 (que dio origen al primer brote revolucionario) y a la Primera Guerra Mundial de 1914-1918.

La revolución rusa de 1917 comenzó como una revolución democrático-burguesa, en febrero, y se completó en octubre, con la revolución socialista, dirigida por los bolcheviques, que rompieron con las vacilaciones de los liberales, social-revolucionarios y social-demócratas mencheviques e impusieron un poder obrero y campesino, expresado en los consejos o *soviets* de toda Rusia.

¿Cómo practicar el socialismo en un país atrasado, feudal en su mayor parte, y con solamente algunas puntas de desarrollo capitalista industrial, que recién comenzaban a penetrar en el campo en los últimos veinte años, provocando sin embargo una importante disgregación de la economía feudal?

Las tareas eran gigantescas y no tenían mucho que ver con las características de una transición socialista en un país económicamente avanzado. Era necesario, por ejemplo, conceder la tierra a los campesinos, con el riesgo de desarrollar una clase campesina rica contrarrevolucionaria. De hecho, crecieron los grupos que mantuvieron una constante y activa hostilidad al gobierno bolchevique hasta 1927-1929, cuando fueron masacrados por el ejército rojo bajo el comando de Stalin.

La experiencia socialista soviética fue caracterizada también por un conjunto de factores externos, propios a sus características originales.

Podemos enumerar así los aspectos históricos específicos que condicionaron la primera experiencia histórica de una formación social socialista:

1. Fue la única experiencia socialista victoriosa durante 30 años.
2. Contaba en consecuencia, con una oposición extremadamente poderosa y activa de las potencias capitalistas internacionales, sin disponer de otro contrapeso que no fuese su propio poder económico y militar.
3. Pasó por situaciones extremadamente catastróficas: después de una guerra de 1914 a 1918, que eliminó mitad de su producción, se siguió una guerra civil de 1918 a 1921, que liquidó a la mayor parte de su vanguardia política; luego, una resistencia campesina que llevó a una verdadera segunda guerra civil del ejército rojo entre 1927 y 1929; posteriormente, la invasión nazista de 1941 a 1945 que eliminó a veinte millones de ciudadanos y devastó zonas urbanas y rurales enteras; en seguida la Guerra Fría de 1947 a 1954, que la obligó a efectuar enormes gastos militares para neutralizar el monopolio norteamericano e inglés de la bomba atómica; finalmente, la continuación de la carrera armamentista implicó enormes costos sociales.
4. Debía organizar la producción de una enorme masa de campesinos que significaba cerca del ochenta por ciento de su población y llevar los excedentes hacia un gigantesco esfuerzo de industrialización y urbanización.
5. Necesitaba elevar rápidamente la gran masa de alfabetos a dirigentes y ejecutivos. Estos campesinos y obreros era la única elite con que contaban para realizar y dirigir un gigantesco proceso de transferencia de tecnologías, su adaptación y la creación de nuevas, a pesar de los enormes obstáculos al intercambio comercial, implantados por las potencias capitalistas.

En estas condiciones la experiencia del socialismo soviético no podría representar un modelo de equilibrio, racionalidad y liberalismo. Se hizo a tropezones, aprendiendo con los errores y pasando por períodos de

verdadero obscurantismo político y hasta cultural, como lo fueron las purgas de los viejos bolcheviques por Stalin, la exacerbación del nacionalismo ruso durante la Segunda Guerra Mundial, la imposición de un verticalismo grotesco dictador en la fase final de su vida.

Pero nada de eso fue consecuencia de las necesidades impuestas por la transición socialista. Fueron –al contrario– consecuencia de la oposición activa del imperialismo internacional; de la resistencia del oscurantismo feudal sobreviviente en el campo; del oportunismo y del necesario peso de la burocracia sobreviviente del zarismo; de la inexperiencia de los nuevos escenarios revolucionarios; de las dificultades nacidas de la aniquilación física y del hambre provocadas por los invasores.

Es pues cínico y cruel atribuir las dificultades vividas por el pueblo soviético a su definición histórica y heroica por el socialismo y no a la violencia y a la resistencia que le opusieron los capitalistas.

A pesar de todo esto, fueron inmensos los avances alcanzados por el pueblo soviético; la población analfabeta fue sustituida por una ciudadanía que alcanza hoy unánimemente el segundo grado completo y se encuentra ampliamente integrada en la universidad; los niveles de alimentación saltaron de las situaciones de hambre aguda a los más altos niveles de consumo energético y proteínico del mundo; el sistema de salud soviético también alcanza los más altos niveles internacionales; de país importador de tecnología saltó a uno de los pioneros de la tecnología de punta con una de las mayores concentraciones de científicos de la tierra; de un país rural, se convirtió en una concentración urbana sin los desequilibrios violentos que se encuentran en el mundo capitalista.

Finalmente, en setenta años, la Unión Soviética saltó de un país feudal, bajo el dominio de la autocracia zarista, a una nación moderna, con una enorme experiencia de participación popular y democrática y a la condición de gran potencia económica y tal vez a la de primer potencia militar y científica.

La experiencia de construir una sociedad moderna con base en la propiedad colectiva, en la planificación y en una organización estatal asentada sobre los consejos obreros y campesinos presenta pues, un balance mucho más positivo que negativo, a pesar de las dificultades históricas que experimentó.

Sin embargo, esta experiencia dejó marcas profundas de amargura y decepción en grandes sectores de la intelectualidad occidental. El estalinismo quiso convertir las dificultades y características de la construcción socialista de la Unión Soviética en modelo para toda la humanidad. Y muchos intelectuales y políticos incurrieron en ese equívoco y se dejaron llevar por las pretensiones hegemónicas del estalinismo.

Hoy destilan la hiel de sus decepciones, producto de su ingenuidad (u oportunismo) intelectual y político.

La experiencia soviética no se repitió en ninguna parte. Cada nueva revolución socialista que surgió, después de que la onda revolucionaria fuera retomada después de la Segunda Guerra Mundial, siguió su propio camino. Yugoslavia, China, Corea del Norte, Vietnam, Cuba, Argelia, Angola, Mozambique, etc., fueron experiencias extremadamente originales.

Los países que ingresaron al socialismo bajo la protección de la ocupación soviética, después de la Segunda Guerra, pasaron por un intento –durante la Guerra Fría– de seguir un modelo único de transición socialista basado en la versión estalinista de la experiencia soviética, que había llevado a la victoria en la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, la madurez de esos países y sus relaciones mutuas y con la URSS los llevó a una diversidad de modelos económicos, sociales y políticos muy importantes. Esta realidad, ocultada por el estilo burocrático de gestión y comunicación heredados de la fase estalinista, terminó en una amplia y definitiva explosión a fines de la década del ochenta. A pesar de la confusión establecida por la prensa en torno a los cambios que venían ocurriendo en estos países, se trataba de una nueva fase de un doloroso proceso de afirmación nacional y democrática de las sociedades de Europa Central, en la cual el episodio de la integración a la Unión Soviética fue una etapa sobresaliente pero pasajera.

Hoy sabemos que cada experiencia socialista es una realidad propia, que depende de su propio punto de partida y de las condiciones históricas concretas encontradas cuando se inicia la revolución socialista.

Sabemos también que cada paso que da el socialismo en el mundo a través de nuevas revoluciones, del desarrollo económico de los países en transición socialista, de los movimientos y partidos socialistas,

comunistas y de los movimientos de liberación nacional, aumentan las posibilidades de realizar nuevas experiencias socialistas cada vez más democráticas, libertarias y avanzadas.

En este sentido, la exigencia estalinista de una fidelidad al modelo soviético, la pretensión de repetir el modelo chino, las tentativas de los imitadores de la experiencia cubana, etcétera se encuentran totalmente superadas.

El socialismo debe nacer estando profundamente ligado a las realidades nacionales. Solamente a través del vínculo con esas realidades será posible articularse a un movimiento auténtico y enraizado en las masas. Y solamente a través de ese enraizamiento será posible crear un internacionalismo proletario auténtico donde todos sus componentes sean respetados.

Con el desarrollo de la experiencia socialista a nivel planetario, se volían obsoletos los centros hegemónicos del movimiento. Lo correcto hoy en día es establecer un *fórum* abierto de los movimientos que luchan por el poder, de los partidos que se encuentran en los gobiernos, pero que no pudieron iniciar la transición al socialismo, y de aquellos que ya la iniciaron. Esta constatación inspira en gran medida “la nueva mentalidad” que rige la política exterior soviética.

Se hace necesario analizar también las experiencias de gobiernos socialistas que no propusieron o no lograron modificar el régimen socioeconómico capitalista pero que imprimieron profundas modificaciones en su funcionamiento.

Ya en el discurso inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, Marx llamaba la atención de que la victoria de la lucha sindical por la jornada de diez horas representaba un factor dinamizador del funcionamiento del capitalismo que obligaba al capital a recurrir a las formas de explotación menos violentas. Por otro lado, esa conquista, más allá de su papel de redención y protección de la clase trabajadora, introducía principios y relaciones socioeconómicos que entraban en contradicción con el funcionamiento de las relaciones mercantiles entre capital y trabajo. Se trataba, decía Marx, de la victoria de la economía política proletaria sobre la economía política burguesa.

De hecho, las victorias de los partidos obreros y la instalación de gobiernos socialistas en los marcos de economías capitalistas tienen impuestos principios nuevos de funcionamiento económico que obligan al capitalismo a elevarse a niveles superiores de relaciones económicas. En verdad, el capitalismo se ha mostrado capaz de soportar y adaptarse a niveles de socialización cada vez más altos de las relaciones socioeconómicas.

La nacionalización de empresas, la intervención estatal en los mecanismos de mercado, la planificación cada vez más amplia de la economía, la introducción del Estado de Bienestar, el Capitalismo de Estado, en fin, son mecanismos de socialización creciente de las relaciones macroeconómicas a los cuales el capitalismo se viene adaptando, reestructurándolos para que funcionen a su favor. Es así como se implantó, después de la Segunda Guerra Mundial, el Capitalismo Monopolista de Estado, en el cual, el Estado llega a ser un momento necesario dentro del proceso de acumulación capitalista monopolista.

En el plano microeconómico, la concentración, la monopolización, la centralización de los capitales, la conglomeración y la internacionalización permiten al capitalismo responder a las exigencias de fuerzas productivas cada vez más socializadas.

La llegada al poder de gobiernos socialistas y social-demócratas se dio primeramente después de la Primera Guerra Mundial. No obstante, fue solamente a través de colisiones que los socialdemócratas alemanes y austriacos, los laboristas ingleses y posteriormente los socialdemócratas suecos pudieron constituir gobiernos. Así ocurrió también, en la década de 1930 con los frentes populares en España, en Francia y en Chile, en los cuales participaron socialistas, comunistas y socialcristianos o radicales.

Estos gobiernos de coalición realizaron obras importantes en lo que respecta a la democratización política, a la imposición de un derecho del trabajo y de una economía social. La práctica mostró, sin embargo, que la introducción de mecanismos sociales en la economía capitalista terminaba por hallar fuertes resistencias en el aparato económico, causando una baja acentuada de la tasa media de ganancia. El capital necesitaba pues, reorientar la intervención estatal a favor de un crecimiento

de la tasa de ganancia y una reanudación de las inversiones privadas, que aún son el eje de la economía capitalista, precisamente en la fase del Capitalismo Monopolista de Estado.

En las fases de crecimiento económico, estas contradicciones no vienen al caso debido a las ganancias creadas por la expansión general de los negocios. Otro es el comportamiento del capital cuando se contrae la tasa de crecimiento. La lucha por la distribución de los recursos escasos y de los excedentes económicos en disminución pasa a ser fundamental. Se tienden pues, a restringir y expulsar las conquistas de la economía política de la clase trabajadora obtenida en los períodos de ascenso. Para esto, se hicieron necesarios gobiernos de presión de los cuales el fascismo fue la expresión máxima, en las décadas del veinte y treinta.

Entre las década del sesenta y setenta, vimos un cambio importante de orientación de los gobiernos socialistas y socialdemócratas. Estos se vieron cada vez más obligados a tocar fondo contra el capital privado, se pretendió atender las demandas populares. Después de la experiencia chilena, en la cual se intentó, por primera vez, la transición del capitalismo al socialismo a través del sistema institucional democrático-burgués, se vieron las experiencias del socialismo francés (a pesar de sus retrocesos posteriores) y griego, que realizaron masivos procesos de nacionalización. El socialismo sueco presenta también un programa cada vez más profundo de transformaciones socio-económicas, en la dirección de una economía mayoritariamente pública o colectivizada. En Inglaterra, sobre todo, pero también en Alemania, los sindicatos y los partidos socialistas se radicalizan en sus propuestas de cogestión y de nacionalización. En España, Portugal e Italia, los partidos socialistas se separan de cualquier política de nacionalización y buscan limitar al máximo la intervención estatal. Es necesario recordar, sin embargo, que en Portugal la nacionalización de la economía avanzó enormemente en el período revolucionario de 1973-1979. También en España y en Italia el sector estatal dispone de un enorme peso económico.

Las décadas del setenta y ochenta se muestran cada vez más ricas en nuevas experiencias de socialización, o por lo menos de nacionalización, estatización y cooperativismo.

Lo dramático de esas nuevas experiencias es que estas chocan cada vez más con los principios de funcionamiento del capitalismo, afectando seriamente a la tasa de ganancia media de estas economías y desestimulando la inversión. Se crean también fuertes resistencias a la modernización tecnológica y económica, temiendo sus efectos de desempleo.

El socialismo se convierte así, en una extraña mezcla de propuestas avanzadas de organización productiva, de convivencia social y política y de la lucha contra la destrucción impiadosa y salvaje de las formas pre-capitalistas o capitalistas más atrasadas. La pequeña y media propiedades, y la economía llamada informal forman verdaderos colchones sociales que impiden los efectos últimos y desmoralizantes de depresión económica, de desempleo y de desamparo social.

Por ello, estos gobiernos socialistas terminan llegando como en los años de 1920 y 1930 –excepto el caso sueco– al enfrentamiento con las fuerzas ideológicas más salvajes de la clase dominante. Esta recurre al fascismo y a los diversos tipos de regímenes de excepción como forma de resguardar sus condiciones de explotación.

De ahí la fragilidad de estos gobiernos si no se disponen a avanzar decidida y radicalmente, en el camino de una socialización hegemónica que pase a orientar el resto de la economía. Hasta ahora no ha ocurrido con éxito ese cambio revolucionario a partir de un gobierno electo. Sin embargo, la historia no está cerrada y es necesario aceptar la viabilidad de que tales tipos de transformaciones puedan hacerse por esta vía.

El cambio de correlación de fuerzas mundiales favorece estas transformaciones, a medida en que el movimiento obrero internacional se unifique, las fuerzas políticas socialistas encontrarán un terreno común de acción y los gobiernos socialistas de uno u otro lugar podrán superar la estrechez de los intereses nacionales para crear las condiciones de una civilización planetaria.

A estas potencialidades se oponen las contradicciones inherentes a la expansión mundial del capitalismo, la tendencia a la confrontación entre el capitalismo en defensiva y la expansión permanente del socialismo, la amenaza del holocausto nuclear como forma final de enfrentamiento entre las grandes potencias contemporáneas, la carrera armamentista,

no solo como desvío masivo de recursos científicos, tecnológicos y económicos, sino también como motivación a la confrontación permanente entre los seres humanos, a la violencia y al irracionalismo.

De esta forma, la democracia burguesa se encuentra bajo constante presión de las fuerzas sociales de la sociedad capitalista. Por un lado, el movimiento obrero y los nuevos grupos de trabajadores técnicos y profesionales universitarios, ampliados por la revolución científico-técnica, presionan por una racionalidad económica cada vez más socializante, basada en la atención a las necesidades humanas. Por otro lado, las clases dominantes insertas en poderosos aparatos económicos (corporaciones multinacionales, conglomerados financieros y entrecruzamientos financiero-empresariales) se ven obligadas a recurrir a la violencia y al poder discrecional para sostener los mecanismos económicos del capital, que se sintetizan cada vez más en el principio de lucro como articulador de la racionalidad económica.

Entre las presiones por la ampliación de su contenido democrático y social, y las necesidades de manipulación autoritaria de gran capital, la democracia se paraliza y abre camino a soluciones autoritarias en una peligrosa oscilación entre democracias imponentes y autoritarismos estériles.

Fue en ese caldo de cultura que el fascismo clavó sus bases prometiéndole romper la inmovilidad y conquistar los cielos, a través de la eliminación pura y simple de los adversarios de la sociedad tradicional.

VI. El socialismo en el umbral del siglo XXI

Este rápido balance del socialismo como movimiento ideal y experiencia de gobierno nos indica la existencia de algunas tendencias que deberán persistir en la configuración del socialismo en el umbral del siglo XXI.

A la diversificación de las experiencias socialistas y su articulación con la realidad mundial; el avance de la revolución científico-técnica y la experiencia de gestión de esas nuevas realidades en los países socialistas más avanzados; los cambios en la composición de la clase trabajadora y de las demás clases sociales en los países capitalistas desarrollados; las exigencias de adaptación a la diversidad cultural y de

situaciones socioeconómicas y políticas del Tercer Mundo obligan al pensamiento socialista a la búsqueda de nuevas síntesis superiores.

Estas síntesis tienen que apoyarse en los avances de las ciencias contemporáneas que se encuentran en un proceso de diversificación y de cambio conceptual y metodológico, en el sentido de una comprensión más dialéctica del universo.

Estas tendrán, no obstante, que ser capaces de enriquecerse con la contribución cultural de civilizaciones extremadamente poderosas como las que florecieron en Asia, África y América y que resistieron, de una forma o de otra, al racionalismo ingenuo de la modernización capitalista.

La modernización socialista deberá completar la integración nacional y cultural de las regiones que están aún por incorporarse completamente al Estado moderno. Su vocación universal pasa, por lo tanto, por una fuerte capacidad de penetración vertical en el mundo cultural y social de las masas empobrecidas del Tercer Mundo. Y solamente a partir de esa penetración será posible elevarlas culturalmente, en el plano organizativo y práctico a la sociedad moderna.

Esta tarea redentora tiene entonces implicaciones enormes sobre el limitado marco teórico del socialismo de la Segunda Internacional, y comenzó a ser esbozada por las reflexiones de un Mao Tsé-Tung, de un Ho Chi Min, de un Gramsci, de un Mariátegui, de un Togliatti, a partir de los años 20 y vivió nuevas modificaciones como las reflexiones de un Fanon, de un Fidel Castro, de un Che Guevara, de un Amilcar Cabral, en los años cincuenta y sesenta.

El pensamiento académico marxista tuvo también un enorme desarrollo en las décadas del sesenta y setenta y sería ocioso analizar aquí todas las contribuciones teóricas que se realizaron en los últimos años con el movimiento de retorno a Marx y al Capital, principalmente. El marxismo se amplió y se hizo más complejo. El reestudio de Marx y de Engels, de Lenin, Trotsky, Bukarin se amplió con las relecturas de Kautsky, Plekanov, Hilferding, Rosa Luxemburgo y muchos otros marxistas olvidados durante la hegemonía estalinista. El desarrollo del pensamiento marxista en Estados Unidos, en Japón, en América Latina, en Asia y en África traería nuevas dimensiones a un pensamiento otrora respecto al mundo europeo.

Todo esto indica que, a pesar de las oscilaciones del pensamiento contemporáneo, el marxismo se convertirá cada vez más en el centro de referencia del pensamiento del siglo XXI, correspondiéndole entre otras tareas, estudiar prioritariamente las siguientes cuestiones:

1. Deslindar el efecto de la revolución científico-técnica, ahora en marcha, sobre la diversificación conceptual y metodológica de la ciencia, el funcionamiento de la economía, de la sociedad, de la política y de la superestructura cultural.
2. Analizar la evolución específica y diferenciada de las 3 grandes formaciones sociales contemporáneas: 2.1- el socialismo bajo sus diversas formas, desde el socialismo avanzado hasta las experiencias de transmisión de economías rurales y hasta tribales para el socialismo; 2.2- el capitalismo desarrollado, con sus distintos matices y contradicciones internas, la evolución del imperialismo y del capitalismo monopolista de estado; 2.3- las economías dependientes y subdesarrolladas con su amplia gama de diversificación y de etapas de desarrollo.
3. Establecer los caminos de la democratización y liberalización de las sociedades socialistas por un lado, y las posibilidades de una socialización de las economías capitalistas avanzadas por otro, donde predominen partidos de orientación socialista, colocando en bases prácticas y teóricas las posibilidades de una transición pacífica al socialismo en estas sociedades.
4. Asegurar las condiciones para evitar el holocausto nuclear y el armamentismo, evitando una confrontación final entre las naciones que expresan formaciones sociales contradictorias.
5. Abrir un amplio espacio a las cuestiones ligadas a la libertad y realización individual, a través del pleno desarrollo de las capacidades humanas. En este plano, incorporar las demandas de los movimientos sociales contemporáneos por la libertad de la mujer, por la defensa del medio ambiente, por la superación de la discriminación contra las minorías sexuales y de todo tipo, por la superación definitiva de la discriminación racial, étnica y cultural.

En el umbral del siglo XXI el socialismo deberá pues, orientar tareas extremadamente complejas. A él corresponderá elevar a las masas

empobrecidas del Tercer Mundo a la civilización contemporánea. A él le tocará la recuperación moral y cultural de las culturas, razas y etnias hoy oprimidas para integrarlas a una civilización planetaria. A él corresponderá asegurar los medios por los cuales la sociedad moderna asimilará, desarrollará y proyectará la revolución científico-técnica en una nueva realidad planetaria y cósmica. A él corresponderá garantizar la paz para la humanidad y los caminos de liberación de los hombres como colectividad y como individuos. A él corresponderá, en fin, establecer sobre la Tierra una nueva escala y dimensión de lo humano, construyendo así los cimientos del comienzo de la historia humana.

En el umbral del siglo XXI, los hombres comenzarán a entender su destino humano, elevando a una tarea consciente el acto de sobrevivir, nacer, crecer y avanzar infinitamente en la historia y en el universo.

Apéndices

1. *El debate sobre el fascismo en América latina*³⁶

Me gustaría hacer algunas consideraciones de carácter más abstracto ya que en las intervenciones hechas se llegó a un nivel de exposición teórica y de detalle bastante grande. Por ello, me detendré en algunos aspectos que me parecen centrales y que deberían ser tomados en cuenta para la discusión del problema. Me refiero a algunas observaciones sobre todo en relación al problema del fascismo como tal, el problema de la particularidad del fascismo latinoamericano y del papel del imperialismo en este fascismo y sus alternativas.

En primer lugar, me gustaría retomar un aspecto que ya señalé en otras ocasiones, la distinción entre el fascismo como movimiento político y como régimen político. Como movimiento político, el fascismo corresponde a un movimiento político muy específico de la Europa de los

36. Este debate fue promovido por el Seminario Permanente Latinoamericano, en México, y publicado por la revista *Cuadernos Políticos* (1978). Publicamos aquí solamente nuestra participación.

años veinte y treinta, muy apoyado en la pequeña burguesía con ciertos matices ideológicos muy específicos. Como régimen político, el fascismo adoptó formas bastante diversificadas y creo que sería muy difícil establecer propiamente una definición clara al respecto de las formas particulares que el Estado asumió en los diferentes regímenes fascistas. Creo que la definición del fascismo como régimen político, que es el aspecto que nos interesa aquí, debe apoyarse en el carácter histórico y de clases de este fenómeno, y en este sentido, buscaría definir el fascismo como un régimen de excepción del gran capital, utilizando métodos terroristas como principal forma de actuación.

Esto quiere decir que daría una definición bastante general del fascismo, ligada a su condición de clase y ligada también a su época histórica. Incluso, algunos autores soviéticos, como Maidanik, intentaron definir el fascismo como una forma de transición al capitalismo monopolista de Estado, buscando justificar, de esta manera, la hegemonía del gran capital y la utilización del régimen de excepción y la vía del terror como una forma de conseguir la instauración del capitalismo monopolista de Estado.

Considero esta ubicación importante, pero no me gustaría limitar el fascismo a esta forma de transición al capitalismo monopolista de Estado por las razones que expongo enseguida.

Creo que, cuando decimos que el fascismo es un régimen de excepción del gran capital, lo situamos en una época histórica muy determinada, esto es, en la época del surgimiento de gran capital financiero, particularmente, en la época del imperialismo. Diría que el fascismo es un régimen de excepción, una forma contrarrevolucionaria propia de la época del imperialismo, y por lo tanto, podemos comprender por qué este fenómeno surge exactamente después de la Primera Guerra Mundial, que es la primera gran crisis del imperialismo.

En este sentido, haría la segunda vinculación histórica, el fascismo no solo es propio de la época del imperialismo, también lo es específicamente de la época de la crisis del imperialismo.

Particularmente, situaría como primera manifestación fascista mundial al período de la gran onda depresiva que va de 1918 a 1945 y que tuvo su movimiento de depresión más violento en el período de

1929-1933. Considero que estas situaciones de crisis son las que obligan a la clase dominante, y en el caso específico de la época imperialista, el capital financiero, a buscar un régimen de excepción para impedir las consecuencias del desequilibrio de coyunturas revolucionarias que las crisis establecen. Al mismo tiempo, se aprovecha del debilitamiento que la crisis provoca en las clases populares, a partir del momento en que transforma la situación de las clases trabajadoras en general, y obrera, en particular, en una situación totalmente defensiva, sobre todo con las altas tasas de desempleo que llevan a gran competitividad de las clases y facilita, por lo tanto, el triunfo de las políticas contrarrevolucionarias.

En este sentido, también me gustaría señalar que las tendencias contrarrevolucionarias del capital financiero tienden a ocurrir mucho más en los países de desarrollo medio o capitalismo tardío que en los países más avanzados del imperialismo, porque es en estos países donde se combina esta situación revolucionaria con situaciones de lucha nacional que obligan a la clase dominante a un gran esfuerzo de identificación nacional y de unificación de su poder a nivel nacional para poder responder a las tendencias revolucionarias y, por otro lado, a buscar una estrategia económica que les permita responder a las exigencias de acumulación de capital para superar la crisis.

En este sentido, pienso que si situamos el fascismo históricamente, deberíamos retomar el período actual. Si aceptamos, y esto sería un debate bastante amplio, que el período actual es un período de crisis del imperialismo, de una gran onda depresiva del imperialismo que, según nuestros estudios, comenzó en 1966 pero que tuvo su primer momento de manifestación entre 1958-1961, para entrar en una etapa de largo plazo más definida a partir de 1966-1967, variando en diferentes países, y que llegó a su punto máximo en el período que va de 1973-1975, período que, según creo, no es aún el período depresivo más grave, si se compara al de la crisis de 1929-1933, que aún va a ocurrir y estaría relativamente próximo, entonces, situando el período actual como un período de este tipo, podríamos aceptar que las mismas fuerzas que obligaron al capital monopolista a buscar los regímenes de excepción y utilización del terror renacen desde el punto de vista internacional.

En este sentido descartaría cualquier visión que considere el problema del fascismo como problema simplemente nacional. A pesar de su manifestación nacional, veo el fascismo fundamentalmente como un fenómeno internacional y creo que lo fue desde el período que va de 1920 a 1940, a través de ondas sucesivas de irradiación de regímenes fascistas. Mantendría esta visión sobre todo para entender que el período actual no es solo el período de manifestaciones contrarrevolucionarias aisladas, sino un período que tiende a ampliar las ondas contrarrevolucionarias internacionales. Sin embargo, evidentemente, la ampliación de estas ondas contrarrevolucionarias depende también de las respuestas dadas por el momento revolucionario internacional, que se encuentra a nivel muy diferente de lo que se encontraba en los años veinte, treinta y cuarenta, mucho más elevado como fuerza internacional.

Estos planteamientos generales nos llevan, por lo tanto, a la consideración del fascismo como fenómeno de clase y como una forma muy general de Estado, que es simplemente régimen de excepción y la utilización del terror para llegar a formas particulares de regímenes bastante diferentes de los llamados regímenes fascistas. En este sentido, estaría de acuerdo con lo planteado anteriormente, en que se reconocía dentro de la Tercera Internacional este carácter diversificado del fascismo ya en 1934-1935 (creo que fue en el Congreso de 1935), en que ya estaba bastante claro que el fascismo alemán, el fascismo italiano, el búlgaro, etc. no eran la misma cosa.

Pienso que realmente estos planteamientos teóricos, a pesar de darnos algunas luces de sentido muy general, al conferir al fenómeno un contenido de clases, le otorgan un carácter internacional. Pero evitar cualquier tipo de identificación particular del fenómeno evidentemente nos hará penetrar realmente en la intensidad del fenómeno del fascismo latinoamericano. Estoy de acuerdo en que la cuestión de la definición general de fascismo no es un problema solo escolástico, sino también se complementa con un análisis efectivo de la particularidad de este fascismo latinoamericano. Se trata de puntos sobre los cuales hay mucha más concordancia que discordancia, cuando hacemos las caracterizaciones concretas de la situación.

Para no detenernos en estos aspectos generales, es evidente que el fascismo latinoamericano concuerda con lo anterior en la hegemonía del capital monopólico (como se trataba en los períodos de los años veinte, treinta y cuarenta), pero es evidente también que este capital monopólico se modificó desde el punto de vista de la estructura internacional. Entró en una fase de integración internacional mucho más amplia, en una etapa de concentración y centralización mucho más alta, en la etapa de intervención del Estado mucho más profunda y de internacionalización. Por lo tanto, este capital monopólico asume, hoy en día una forma diferente en los países de desarrollo medio, en países que se sitúan no solo en una posición de lucha antiimperialista, como el caso de Alemania, Italia, España, etc., sino que se sitúa en una posición dependiente y que por lo tanto, tiene una situación muy especial en lo que concierne a la relación entre las burguesías monopólicas locales y la burguesía monopólica internacional, conforme a lo aquí referido en las dos intervenciones anteriores.

En este sentido, generalizaría el fenómeno, no solo de América Latina, sino también incluiría ciertos países de Asia, como Indonesia, países como África del Sur, países con un desarrollo dependiente que ya alcanzaron un cierto nivel de industrialización, pero que no consiguen y no pueden superar estas características que tienden a ser resueltas a través de un Estado de excepción con la utilización sistemática del terror.

Por otro lado, evidentemente, este desarrollo de capital monopólico también modifica la relación del capital monopólico con la pequeña burguesía. Si la pequeña burguesía aún subsistía en los años veinte como un sector importante de movilización de masas y como un sector aún poderoso desde el punto de vista social, la pequeña burguesía en los países de desarrollo medio, donde se habían producido los fenómenos fascistas, son pequeñas burguesías con mucho menos poder para resistir al gran capital y con una dependencia mucho más fuerte al gran capital. Diría, entonces, que esto implica una dificultad para que el fascismo se desarrolle como movimiento, puesto que el fascismo se desarrolló como un movimiento exactamente en la pequeña burguesía para después ser dominado por el gran capital. Hoy en día la tendencia es diferente. Es el propio gran capital el que movilizó sectores de la pequeña burguesía

en el sentido fascista, utilizando a la pequeña burguesía como instrumento de masas del gran capital y rápidamente, cumplidos los objetivos del gran capital, estos movimientos pequeñoburgueses se inmovilizaron, tal como ocurrió con la movilización de masas en Brasil en 1964, con los movimientos de la pequeña burguesía más nítidamente fascistas en Chile y como también en Argentina se busca actualmente inmovilizar mediante la Triple Alianza y otras formas de represión nítidamente fascistas. Desde el punto de vista del movimiento político, no desde el punto de vista del régimen, porque cabe recordar el ejemplo histórico de las tropas de choque de Mussolini y de la SS de Hitler.

La primera exigencia del gran capital, cuando Mussolini y Hitler llegaron al poder, fue la de destruir sus tropas de choque, más allá de aniquilarlas físicamente. Esto es, que el sector pequeño burgués es aniquilado cuando se llega al poder. En el caso de Mussolini, la aniquilación tuvo que ser muy violenta porque el fascismo se había desarrollado mucho como movimiento; en el caso latinoamericano, esto ocurrió con mucho menos fuerza, y por lo tanto, fue posible liquidarlos con mecanismos mucho menos violentos.

En tercer lugar, la nueva etapa en que se está produciendo esta onda fascista internacional plantea la cuestión nacional en términos muy diferentes a la de los años 20 puesto que, tratándose de burguesías nacionales dependientes que ya están asociadas al capital internacional, la posibilidad de movilizar a la pequeña burguesía y a otros sectores en una política nacional consecuente es mucho menor, por tratarse nítidamente de una política pro imperialista, aquella que tiene que defender el régimen fascista, a medida que la burguesía internacional sea un sector hegemónico dentro del bloque de poder.

Así, la cuestión nacional asume una forma muy diferente. Pero no diría que la cuestión nacional esta liquidada simplemente por la afirmación del monopolio, aunque sea monopolio internacional en un mercado nacional, aunque este mercado este altamente internacionalizado en un sector, esto siempre implica un cierto grado de afirmación nacional, un cierto grado de integración de la economía a nivel nacional, un cierto grado de intervención del Estado en el sentido de fortalecer esta base nacional.

En este sentido me gustaría señalar las contradicciones que me parecen encerrar este fascismo específico de la época actual. Resaltaría estas contradicciones en los siguientes términos: en primer lugar, en lo que se refiere a la relación entre fascismo y la razón que la burguesía internacional tiene en relación a su forma de dominación en los países centrales y la forma de dominación a la que recurrió en los países dependientes. Se vuelve muy difícil compatibilizar un régimen democrático y la defensa de la democracia en los países dominantes, junto a la defensa de formas fascistas en los países dependientes. Me gustaría resaltar que hay un sector de la burguesía de los países dominantes que asume cada vez más una perspectiva fascista; en este sentido, me parece muy importante llevar a consideración este carácter internacional del fenómeno.

Considero que la democracia cristiana de Alemania, sobre todo determinado sector de la DCA, está mucho más próxima a una concepción fascista que sectores de ciertas burguesías de nuestros países. Creo que hay una separación dentro de la burguesía a nivel internacional que se está transformando en una tendencia pro-fascista a nivel internacional, en posición de enfrentamiento con la tendencia liberal conservadora y la tendencia socialdemócrata. Esto es, del sector de la burguesía que está dispuesto a arriesgarse en este juego de dominación del movimiento obrero por una ideología tan burguesa.

Diría que esta contradicción tiende a presentarse en varias etapas del desarrollo del fascismo. Se trata de una contradicción que también se presentó en los años veinte y treinta entre sectores de la burguesía inglesa y norteamericana nítidamente pro-hitleristas y sectores anti-hitleristas o pro-Mussolini.

Esta alternativa también se presentó a la burguesía a nivel internacional en los años veinte y treinta y, evidentemente, solo podrá ser resuelta en el momento en que el fascismo se convierta en una amenaza para los Estados nacionales de Inglaterra y de los Estados Unidos.

Esta contradicción que aparece hoy en día, pero tiende a asumir una nueva forma a partir del momento en que hay una falta de correlación entre las tendencias que aún se presentan en el capitalismo dominante y en el capitalismo dependiente, así como en la responsabilidad directa

del capitalismo dominante sobre lo que acontece en los países dependientes, Estados Unidos e Inglaterra podrían haber dicho que no tenían ninguna responsabilidad por lo que estaba aconteciendo en Alemania o en Italia, a pesar de que ciertos sectores de la burguesía en los Estados Unidos e Inglaterra apoyaban los movimientos fascistas de estos países. Sin embargo, como Estado y como aparato burgués internacional no parecía tan clara, como parece hoy en día, la relación de responsabilidad de los Estados Unidos con la instalación de los regímenes fascistas en América Latina, exactamente con el alto grado de dependencia de las burguesías locales, de la burguesía internacional y también de sus Estados. Esto, evidentemente, aumenta la contradicción entre el apoyo que puede dar la burguesía dominante, su necesidad de recurrir a regímenes fascistas y su base social interna.

El segundo aspecto, la segunda contradicción es aquella que me parece existir entre el fortalecimiento de Estado en los países dependientes como instrumento necesario de acumulación del capital, a medida que la acumulación del capital internacional necesita de la creación de una gran infraestructura que permita esta expansión del capital internacional. La contradicción entre este Estado fuerte es la propia situación de dependencia que tiende a fortalecer las ilusiones de la pequeña burguesía y las ilusiones del capital nacional y del sector tecnocrático civil-militar en la capacidad del Estado de asumir una cierta autonomía frente al capital internacional. De aquí se deriva el peligro que representa esta situación en la creación de cierto nacionalismo militar.

Recordemos que justamente en los textos de la Comisión Trilateral sobre la situación internacional hay una insistencia muy grande sobre este problema nacional como el problema más importante que la política trilateral ha de enfrentar en los países dependientes.

La cuestión del nacionalismo militar representa un desafío muy grande para un capital internacional que se apoyó tan firmemente en los militares como instrumento de poder, como instrumento de dirección de Estado. Aquí, creo que es necesario hacer un planteamiento con respecto a la tendencia de caracterizar la cuestión del Estado de Seguridad Nacional como el problema central de la particularidad del período actual. Esta caracterización me parece altamente peligrosa porque nos

desvía hacia un aspecto secundario; para mí, el aspecto central es la lucha del gran capital para imponer su hegemonía y la necesidad de recurrir al Estado de excepción y de terror.

Las formas que el gran capital utiliza para conseguirlo me parece un aspecto secundario, importante en ciertos períodos históricos que tienen que ser analizados, pero secundario porque evidentemente, esto va a tener repercusión en el desarrollo del aspecto político del problema, etc., los problemas que la burguesía comienza a enfrentar en relación a la utilización de los militares como instrumento principal del gobierno son mucho más profundos de lo que parece. Igualmente, sectores importantes de la burocracia internacional, del Departamento de Estado, etc. ven hoy en día, con profunda desconfianza el papel central que dieron a los militares en estos regímenes de excepción a los cuales se vieron obligados a recurrir.

Creo que aquí la maniobra es mucho más profunda. Creo que realmente hay una búsqueda de los medios para liberarse de la importancia relativa de este sector y que la situación brasileña, por ejemplo, es una situación que está profundizando enormemente este enfrentamiento con este sector nacional. El surgimiento, en el contexto político brasileño actual, de una candidatura alternativa de un militar que presenta posturas nacionalistas significa para los Estados Unidos una situación difícil de controlar y provoca en el Departamento de Estado, y en sectores de la burguesía norteamericana, incluso según el testimonio de personas que estuvieron en contacto con estos sectores, una reacción altamente temerosa y una búsqueda de medios para evitar definitivamente que esta situación se produzca.

Creo que esto entraría incluso dentro de la lógica del planteamiento aquí hecho anteriormente en lo que concierne a la división dentro de la burguesía: es bastante evidente que el grupo militar tienda mucho más a apoyar una salida a la crisis basada en el desarrollo de la industria pesada que a una salida a través del desarrollo de la industria de consumo de lujo.

Esto es mucho más lógico para la posición militar para quien es casi natural que una industria de base tenga que apoyarse en un desarrollo importante del sector militar. Así, es muy lógico que la ciudadanía

militar esté abriendo una brecha muy fuerte, con el imperialismo norteamericano en particular, y buscando una fuerte aproximación con el imperialismo europeo-japonés, si aceptáramos la existencia de esta confrontación, con la cual estoy de acuerdo. Por lo tanto, el problema militar es un problema mucho más profundo para el imperialismo que simplemente una cuestión de legitimidad de control político frente a los movimientos populares, etc.; ya es un problema incluso de relación del imperialismo norteamericano con el sector militar en particular. Es preciso estar atento al desarrollo de esta situación que es producto de la contradicción, que mencioné al inicio, entre la necesidad de fortalecer el Estado para permitir la acumulación del capital en estos países dependientes y, por otro lado, el carácter dependiente de esta acumulación de capital del capital internacional.

Esta situación lleva a que un grupo de fuerzas estadistas adquiera una gran importancia dentro del proceso de acumulación generado por el gran capital y que lo haga incluso a través de una política antiestadista en sus principios, pero estadista en los hechos, porque la acumulación capitalista exige esta participación creciente del Estado. De este modo, el problema del capitalismo monopolista de Estado comienza a presentarse realmente como un problema importante y la idea del fascismo como forma de transición al capitalismo monopolista de Estado también debe ser analizada por lo menos, en algunos casos como el brasileño, por ejemplo.

Creo que estos ejemplos podrían afectar a la cuestión de las alternativas que es la cuestión fundamental que nos interesa. Me parece evidente que el imperialismo, en sus más variadas versiones y aceptando este creciente enfrentamiento interimperialista a nivel internacional, estará siempre restringido por alguna forma de democracia, a pesar del problema de la gobernabilidad de esta democracia ya analizado por Huntigton, el teórico de la Trilateral, quien también ve el problema nacional como otro gran problema para el capital trasnacional.

Aquí se da evidentemente, la búsqueda de algún tipo de régimen democrático que restrinja la participación de las masas o que permita un cierto grado de manipulación de las masas de tal forma que su manifestación no se convierta en una manifestación autónoma propia. Ahora

es evidente que aquí hay un matiz importante que va desde un régimen militar con apertura política hasta un régimen civil con tutela militar (con los peligros que esta tutela militar está representando hoy en día para el imperialismo norteamericano en particular) hasta un régimen típicamente civil, pero con ciertas restricciones en lo que concierne a la participación del movimiento de izquierda, particularmente las tendencias revolucionarias de izquierda.

Pero la limitación de la democracia es un fenómeno bastante complejo. Creo que la capacidad de limitar una democracia es bastante estricta, porque la democracia genera una dinámica que pone a la sociedad civil en primer lugar y todo depende, entonces, de la existencia en la sociedad civil de un sector pequeño burgués, de un sector intermediario suficientemente fuerte para garantizar un cierto equilibrio de la democracia para que no se convierta en una democracia revolucionaria.

El problema es que esta acumulación del capital en los últimos años, en América Latina, en regiones como Brasil, sobre todo, pero también muy violentamente en Chile y en otros países, está debilitando este sector intermediario. Creo que aquí hay un problema en la propia sociedad civil.

Como he mencionado anteriormente, son las transformaciones económicas generadas por el fascismo las que están limitando la viabilidad de estas salidas democráticas y evidentemente, la rapidez con que deben generarse presiones populares para romper las limitaciones impuestas por la burguesía nacional o internacional a la democracia se va convirtiendo en el factor dinámico del proceso. Creo que ya entre 1977-1978, cuando comienzan a delinearse estas formas de participación popular, estas demostraron su carácter problemático, como quedó evidenciado en Perú, donde se impuso como una necesidad inevitable el funcionamiento democrático de la Asamblea Constitutiva, porque están hablando las tentativas de mediatización. En el caso de Bolivia, se llega a un fraude electoral y se tiene que retroceder; en el caso de Nicaragua se llega a un cierto acuerdo, pensando que con esto se puede controlar la situación por más de dos años y la situación vuelve a salirse de control. El factor realmente dinámico comienza a ser el movimiento democrático, movimiento de masas y, evidentemente, a medida que suceden estos movimientos de masas, hubo un cambio muy importante en la composición

de los movimientos populares en los últimos años con el desarrollo de la industrialización. Particularmente el movimiento obrero se presentó como una fuerza que tiende cada vez más a polarizar la cena en disputa creando una cierta estructura mucho más orgánica, mucho más fuerte que la que se consiguió en algunos movimientos de masas en el pasado. La tendencia, por lo tanto, es que este movimiento popular asuma una forma cada vez más orgánica, más firme y que pueda crear una situación democrática avanzada que no tenga condiciones de sobrevivir dentro de los marcos del capitalismo y que, por lo tanto, plantee el problema del socialismo. De ahí el porqué de la cuestión de las relaciones entre democracia y socialismo sea una de las más importantes para la izquierda en América Latina.

PARTE IV

TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

I. La transición democrática y el pensamiento social latinoamericano

El proceso de democratización en curso en los países del Cono Sur es parte de un fenómeno más amplio que abarca al subcontinente latinoamericano en su conjunto. También en América Central y en el Caribe resuenan los clarines democráticos y a veces de forma sorprendente, como en el caso de Guatemala, florecen repentinamente regímenes democráticos donde la dictadura y la violencia represora reinaron durante años.

La ciencia social latinoamericana evolucionó en los últimos años hasta alcanzar un grado bastante alto de madurez. Nuestro subcontinente inició su pensamiento social bajo la defensa de la lucha anticolonial. En el siglo XIX los debates sobre la civilización y barbarie y sobre el liberalismo y nacionalismo tomaban cuenta de nuestro ambiente intelectual. La cuestión étnica y su relación con nuestro atraso histórico fue también muy “estudiada” por antropólogos e historiadores, bajo la influencia del etnocentrismo europeo.

Después de la Segunda Guerra Mundial llegó a predominar la preocupación por el concepto de desarrollo económico, social y político. La crítica al desarrollo dio origen a la teoría de la dependencia que determinó la imposibilidad de un desarrollo capitalista autónomo en la etapa de la empresa transnacional. Concentrado y marginado, este capitalismo dependiente tiende a acumular sus mecanismos depresivos y a buscar regímenes de fuerza como compensación a su carácter antipopular.

En los últimos años, América Latina estuvo totalmente zambullida en dictaduras de “seguridad nacional”. El gran debate de ese período se concentró en el carácter fascista o no fascista de estos gobiernos. Muchos creían que era una condición necesaria para orientar el retorno a la democracia, el definir el carácter de los mismos.

Dentro de esa misma discusión, surgió el gran debate sobre democracia en sus variadas dimensiones que vienen entusiasmando a la ciencia social del subcontinente en los últimos años.

Por un lado, se encuentran las corrientes democráticas asentadas en las tradiciones del radicalismo nacionalista, anti-imperialista y anti-oligarca, enraizadas en la región hace muchas décadas. El ambiente intelectual europeo antisocialista y pro-liberal comenzó, sin embargo, a asentar raíces en algunas corrientes del pensamiento social latinoamericano. La creciente influencia ideológica de la Internacional Socialista retoma algunos temas propios del liberalismo. Por otro lado, se asciende a una polémica sobre el papel de las empresas públicas del Estado como fuerzas autoritarias. De esta manera, el debate ideológico sobre la democracia asume una forma amplia alcanzando casi todos sus matices.

Se intenta asociar el concepto de democracia a la llamada libre empresa. No obstante, en el mundo moderno, bajo el impacto de la informática y de la automatización, la idea de democracia se encarna cada vez más en el concepto de participación, cogestión y autogestión de los trabajadores y de los movimientos sociales. El concepto tradicional de empresa entra en crisis ante el proceso de internacionalización y centralización de capitales, que rompe con la asociación entre la empresa y la llamada “libre iniciativa”. Esta se convierte en un enorme centro burocrático que nada tiene que ver con sus formas iniciales en el siglo XVIII y XIX.

Al mismo tiempo, como resultado de la complejidad creciente de las sociedades contemporáneas, el concepto político de democracia se asocia con las formas de organización de la sociedad civil y con los movimientos sociales emergentes y levanta cuestiones ligadas a las minorías étnicas, religiosas, sexuales.

No se pueden ignorar tampoco las bases materiales de la democracia, en una sociedad donde la soberanía nacional se encuentra amenazada permanentemente por la dependencia; donde la concentración de la riqueza no solamente entrega al poder total de unos pocos, la vida de las grandes mayorías, y al mismo tiempo, la marginalización de grandes masas sociales las excluyen de los bienes básicos y de la participación ciudadana mínima, donde los derechos humanos de estas masas de desempleados, marginados, oprimidos son violados cada día. En una sociedad donde estas grandes cuestiones continúan sin resolución, generando una permanente crisis de legitimidad y de poder del Estado, no se puede esperar la existencia de una democracia sólida.

La cuestión democrática es pues la síntesis de nuestros dramas y esperanzas. América Latina fue una de las regiones del mundo más permeable a la influencia del pensamiento sociológico europeo. Desde el siglo pasado, bajo el impacto de la filosofía positivista, se crearon cátedras de sociología en nuestras universidades. En aquella época, nuestras élites oligárquicas u originadas en nuestras clases medias buscaban los caminos de una modernización a la europea.

Después de importantes luchas entre proteccionistas y partidarios de libre cambio, nuestras oligarquías siguieron el camino de la exportación de productos básicos y materias primas para aprovechar el *boom* del mercado mundial capitalista. Como consecuencia, nos convertimos no solo en importadores de productos manufacturados sino también de los modelos de comportamiento y culturales a ellos asociados.

La dependencia económica, tecnológica y cultural creó agudos problemas para nuestra conciencia social. Indios, negros, mulatos y trigueños, rechazábamos nuestras raíces étnicas y culturales. Asociábamos a la barbarie nuestras íntimas inclinaciones e identificábamos con la civilización los modelos exógenos a los cuales buscábamos aplicar nuestras posibilidades de desarrollo. Barbarie o civilización, proteccionismo o

libre cambio, tradicional o moderno, subdesarrollo o desarrollo; los términos de esa dicotomía se fueron modificando con el tiempo, pero su núcleo central continúa siendo el mismo.

De hecho, la ciencia social europea, desde el fin del siglo XVIII, se constituyó en torno a esta cuestión básica: cómo y porqué el capitalismo europeo *podía* y *debía* subyugar a los demás pueblos de la tierra. La superioridad del sistema productivo basado en la división del trabajo y en las relaciones libres de la fuerza de trabajo, según Adam Smith y Ricardo, la superioridad intelectual y política de la clase industrial, según Saint-Simon, el imperio de la razón absoluta, según Hegel, el dominio de la ciencia y del conocimiento empírico, según Comte, la evolución de lo orgánico a lo social, según Durkheim, el pasaje de las conductas tradicionales a las racionales según Weber, etc. Todas esas versiones y otras menos “científicas”, como la defensa de la superioridad racial europea, marcan los modelos de análisis de las ciencias sociales, que encontraron siempre sus seguidores en el mundo dependiente y desarrollado.

A mediados del siglo XIX, Marx ya había agotado todo este boceto teórico-ideológico. Conjuntamente con Engels ubicó tres cuestiones básicas que cuestionaban las pretensiones “científicas” de las ciencias sociales emergentes.

En primer lugar, criticó el carácter eterno del régimen capitalista naciente, mostrando sus contradicciones internas, particularmente entre sus clases básicas, y su necesaria superación histórica. Esta se realizaría a través de un sujeto histórico creado por el propio capitalismo que era el proletariado industrial, clase que implementaría las bases objetivas y subjetivas para construir el socialismo y posteriormente el comunismo. De esa forma, la superioridad histórica del capitalismo europeo se presentaba como un fenómeno pasajero o provisorio.

En segundo lugar, Marx desvinculó el análisis del capitalismo de su génesis histórica, mostrando que sus principios de funcionamiento podían realizarse en cualquier país o región del mundo. Más aún: Marx demostró que el capitalismo tendía a convertirse en un sistema económico-social universal asimilable por todas las razas, culturas y pueblos.

En tercer lugar, los discípulos de Marx, particularmente Lenin, demostraron posteriormente que ese proceso de expansión mundial del

capitalismo ya había alcanzado su punto máximo durante la Primera Gran Guerra de 1914-1918, bajo la forma del imperialismo, dando lugar a la posibilidad histórica de aparición de un nuevo régimen económico-social de vocación universal –el socialismo– que con el conviviría y tendería a superarlo en un largo proceso revolucionario mundial.

Este nuevo objeto de análisis reiteraba el problema de atraso y subdesarrollo de los escenarios estrictos de un determinismo cultural, racial, geográfico, etc. y lo ubicaba dentro de una perspectiva histórica concreta.

A partir de esos planteamientos y de las realidades históricas nuevas que las sostenían, las ciencias sociales fueron siendo obligadas a adaptarse a la temática del desarrollo y del cambio o transformación social, aceptados ya como hechos históricos indiscutibles, tales como: el surgimiento de regímenes socioeconómicos de nuevo tipo en Europa Oriental y en África, la revolución anticolonial en África y en Asia y la inesperada aparición de la Revolución Cubana en América Latina.

Dichos acontecimientos terminaron por influenciar profundamente a las ciencias sociales. En América Latina, la reflexión y el estudio sobre la cuestión del desarrollo y subdesarrollo había alcanzado un nivel bastante elevado a fines de la Segunda Guerra Mundial. El desarrollo socioeconómico fue asumido como valor histórico y según esa teoría, encontraba barreras en la sociedad feudal, en la monocultura exportadora, en el intercambio desigual, en el comportamiento tradicional, etc. Se trataban de localizar esas barreras y de instrumentar el Estado y las fuerzas sociales y políticas identificadas como el desarrollo para organizar la voluntad nacional, planearla y ejecutarla.

Ya en el Segundo Congreso Latinoamericano de Sociología, realizado en Río de Janeiro, Guerreiro Ramos criticaba a la sociología y a la antropología académicas, de origen norteamericano, enfocadas al análisis de comunidades, y clamaba por una “sociología en mangas de camisa” que asumiera esta tarea crítica y estableciera claramente su relación con las luchas nacionales y democráticas. Guerreiro Ramos demandaba una sociología que partiese de la problemática del subdesarrollo y se sometiese a la producción extranjera al tamiz de la “reducción sociológica”. Él, con Álvaro Vieira Pinto en el plano filosófico, Paulo de Castro en la cuestión

internacional, Nelson Werneck Sodre en el nivel histórico, el pensamiento económico de la CEPAL, expresado en Brasil por Celso Furtado, vinieron a influenciar –junto con las reflexiones políticas de Hélio Jaguaribe– la ideología desarrollista del ISEB.

Contra estos planteamientos se levantaba, de la izquierda y de la derecha, la bandera de la “universalidad de la ciencia”. En nombre de esta se garantizaba la continuidad entre la ciencia social del Tercer Mundo y la de los países desarrollados, ya sea a través de un marxismo cristalizado y formalizado, o a través de un funcional estructuralismo que traducía a nuestra problemática los preconceptos del liberalismo europeo.

Los hechos posteriores revelaban, sin embargo, la limitación de ambos puntos de vista. Ni la sociología del Tercer Mundo, ni su versión desarrollista fue capaz de dar cuenta del análisis de su problemática y de la formación de una conciencia crítica suficientemente sólida, ni la ciencia “universal” consiguió abrir caminos profundos para la comprensión de nuestra realidad.

Tal vez el paso dialéctico más nítido se haya dado con la llamada teoría de la dependencia. A partir de una crítica del nacionalismo democrático y sus limitaciones históricas y de las tendencias funcional-estructuralistas de la sociología norteamericana del período, esta corriente fue capaz de articular una nueva comprensión del subdesarrollo y del desarrollo. Esto fue posible al conseguir explicar la historia y las estructuras de nuestros países como resultado de un proceso universal de expansión del capitalismo que entraba en choque y en combinación con poblaciones y estructuras sociales locales o reubicaba pueblos enteros, así como procesos productivos y relaciones sociales. Lógicamente, las estructuras locales resultantes de ese proceso no podrían ser estudiados fuera de ese contexto dependiente que condicionaba sus elementos integradores y su desarrollo.

No se trataba pues, de analizar los obstáculos feudales, arcaicos, precapitalistas, tradicionales, etc. al desarrollo. Se trataba de estudiar la forma específica que asumiera el desarrollo capitalista en condiciones de dependencia.

Este nuevo enfoque viene haciendo incluso una revisión de la teoría del desarrollo capitalista a escala internacional, invirtiendo la dirección

tradicional en que se entendía la universalidad de la ciencia social. Al rescatar la universalidad de nuestra particularidad histórica, identificándola con un modo de producción y una relación estructural, llegamos a influenciar el pensamiento norteamericano y europeo. Por ello, la teoría de la dependencia tuvo tanta repercusión internacional. Para algunos de los analistas, como Bjorn Hethe, esta representó “el más formidable desafío que los conceptos y teorías del desarrollo eurocentristas jamás enfrentaron”.

Algunos de los responsables de la teoría de la dependencia iniciaban, sin embargo, una precoz autocrítica, desde el comienzo de la década del setenta. André Gunder Franck, Francisco Weffort y Fernando Henrique Cardoso fueron los primeros en establecer una serie de confusas “autocríticas” que eran en la mayor parte de las veces acusaciones a otros pensadores o separaciones de las líneas de pensamiento que llegaron a repudiar por razones sobre todo políticas e ideológicas.

El debate llegó a su punto máximo en el Congreso Latinoamericano de Sociología realizado en Costa Rica, en 1974, dedicado exclusivamente al análisis de la teoría de la dependencia. No obstante, a pesar de ser atacada por varios lados, esta teoría continuó siendo un punto de referencia necesario en círculos cada vez mayores del pensamiento académico y político norteamericano, europeo, soviético, etcétera.³⁷

El debate de los años setenta estuvo muy marcado por la derrota de la experiencia de la Unidad Popular Chilena y por el avance de la OPEP y del diálogo norte-sur. En el primer caso, se atribuía el fracaso de Allende a la radicalización de sus medidas económicas socialistas, bajo la influencia de la teoría de la dependencia. En el segundo caso, se atribuía el aumento del precio del petróleo a la urgencia de un nuevo poder mundial capaz de generar países capitalistas independientes en el Tercer Mundo y se llegó a prever la posibilidad de una dependencia a la inversa: de los Estados Unidos y de Europa en relación a los subdesarrollados productores de petróleo. El diálogo norte-sur, a su vez, ubicaba la posibilidad de un nuevo orden económico internacional que superaría la dependencia por la vía de la simple negociación.

37. Tal vez sea por esta razón que, en entrevista para la revista *Lea Libros*, Fernando Henríquez Cardoso reivindica la autoría de la teoría de la dependencia y me acusa a mí y a Ruy Mauro Marino de habernos apropiado de la misma.

Los hechos posteriores no confirmaron esas esperanzas. El camino socialista fue el sostenimiento de las revoluciones africanas de Angola, Mozambique y Cabo Verde. En Europa incluso, mientras el “compromiso histórico” italiano entre el Partido Comunista y la Democracia Cristiana fracasaba, los partidos socialistas, solos o en alianza con los comunistas, llegaban al poder en varios países. El eurocomunismo, por su parte, entró en naufragio, con derrotas electorales arrasadoras. En América Latina, el triunfo de los sandinistas en Nicaragua volvió a reivindicar la teoría de la dependencia junto con los revolucionarios salvadoreños y guatemaltecos. En Perú, Alan García y gran parte de la Izquierda Unida retomarían esa pista teórico-metodológica como fundamento de su programa. Al mismo tiempo, la importancia que asumió la cuestión de la deuda externa en los últimos años confirma las tesis de la teoría de la dependencia que atribuía a esta crisis el carácter de “síntesis de la dependencia”. Los análisis latinoamericanos de la crisis internacional del capitalismo confluyen en un movimiento teórico mundial de análisis del capitalismo como sistema internacional.

La sociología latinoamericana vivió en los últimos años bajo el impacto de estos acontecimientos. Esta intentó develar el carácter de los regímenes de excepción establecidos en el continente durante la segunda mitad de 1960 y los años setenta. El largo debate sobre los conceptos de fascismo, gobiernos de seguridad nacional, dictaduras militares o autoritarismo corporativista intentaba definir estos regímenes y esclarecer la forma de su posible derrocamiento, caída o superación pacífica.

En la década del ochenta comenzaron a caer los gobiernos de excepción y a restablecerse las democracias liberales en el Cono Sur. Este movimiento fue precedido, sin embargo, por la derrota revolucionaria de la dictadura somosista y del régimen autocrático del Shah de Irán. Se hacía prudente apoyar salidas moderadas ante la evidencia de una onda democrática revolucionaria.

A consecuencia de estas nuevas perspectivas, la cuestión de la democracia pasó al centro de la preocupación teórica latinoamericana. Esta desviación teórica se expresó claramente en el XVI Congreso Latinoamericano de Sociología que se realizó en Río de Janeiro, del 2 al

7 de marzo de 1966, y que fue enteramente dedicado al tema de la democracia en América Latina, con la participación de 1.500 congresistas y la presentación de cerca de 160 *papers*.

Los debates del congreso indicaron donde está el núcleo de los próximos debates. Los seminarios que presentaron mayor número de trabajos fueron exactamente aquellos ligados a la relación entre democracia, clases y grupos sociales y sobre todo a los movimientos populares y sociales. A lo que todo indica que, la cuestión de la participación de los sectores populares en la gestión de la empresa, de la ciudad y del poder central, se convierte en el elemento central de la disputa y el debate. Es muy interesante también la preocupación por las cuestiones de la cultura popular, de los derechos humanos y de la violencia en el contexto de la formación de un sujeto histórico capaz de conducir el proceso de democratización.

Después de años de estudio sobre nuestras clases dominantes y su evidente fracaso histórico, las clases populares saltan al primer plano de la preocupación de las ciencias sociales. Su subjetividad comienza a ser respetada y estudiada, no como una manifestación folclórica sino como una manifestación civilizatoria, como un proyecto histórico y como la definición de una voluntad política.

Negros, indios, mujeres, favelados, vecinos, al lado de los movimientos obreros y campesinos y de los asalariados agrícolas analizados en su articulación con el proceso de trabajo y la revolución científico-técnica en marcha comenzaron a ser estudiados a detalle, no como objetos neutros y sin base histórica sino como una fuerza emergente y creciente. Una teoría de los movimientos sociales y populares y de la democracia, en las condiciones de un capitalismo dependiente, promete constituirse en la próxima etapa de reflexión de la sociología latinoamericana.

Los estudios empíricos, la definición de los objetos de estudio y la creatividad metodológica que demandan estos estudios parecen estar en camino.

La evolución de las ciencias sociales latinoamericanas deberá ofrecer nuevas sorpresas al pensamiento social contemporáneo. Basadas en una fuerte red de instituciones de investigación, en un creciente número de profesionales competentes y en un vínculo cada vez más nítido con movimientos

sociales que vienen haciéndose más activos en el contexto de los procesos de transición democrática, apoyadas también por un debate ideológico en madurez, enriquecidas por una experiencia histórica rica y motivadora, las ciencias sociales de América Latina maduran su poder explicativo, de prospectiva, de planificación y de definición estratégica y táctica.

II. Crisis, conflicto social y cambios políticos en América latina hoy

América Latina es una región en permanente crisis. Por lo menos así es percibida desde fuera, cuando es observada en su conjunto. Si penetramos en cada país, las imágenes se modifican. Al contrario de un sentimiento de crisis, encontramos un escepticismo sobre los cambios, un sentimiento de relativo estancamiento, la idea de que “no acontece nada”, un cierto “conformismo”, una aceptación pasiva de las dificultades.

Tal vez por eso mismo sea difícil percibir la extensión y la profundidad de las verdaderas crisis del subcontinente, o de cada país en particular.

Esta reflexión es importante cuando hablamos, una vez más, de la crisis latinoamericana y sus consecuencias político-sociales. Parece que hablamos lo mismo de siempre. Que se trata de simples repeticiones de los mismos problemas.

Y de hecho es así. Desde la independencia, nuestros países luchan para superar sus grandes dramas: la dependencia, el autoritarismo, la desigualdad social y la marginalidad de las grandes mayorías. Desde entonces, nos acostumbramos a ver la rebeldía popular y los levantamientos patrióticos. Las tentativas de reforma social se ven sucesivamente vencidas por una oligarquía económico-política que se renueva en su base material pero nunca abandona su comportamiento autoritario, su sumisión al colonizador, su odio al pueblo y a sus raíces étnicas y culturales.

Pero, a pesar de estas meras repeticiones, tenemos que reconocer la permanencia de grandes cuestiones relacionadas con la soberanía nacional, con la democracia y con la justicia social como los grandes temas de nuestros pueblos.

De esta forma, la crisis estructural y las crisis coyunturales se mezclan en períodos sucesivos, creando este clima de crisis permanente y este sentimiento de repetición de la misma película.

Sin embargo, nuestra historia se caracteriza por grandes acontecimientos políticos y escenarios revolucionarios. En el siglo XX, presenciemos la revolución mexicana, en la segunda década del siglo; grandes luchas sociales y huelgas generales de los años veinte y treinta (desde Sandino, Prestes y Farabundo Martí); la revolución de los años treinta en Brasil; la ascensión del peronismo en Argentina, la obra del cardenismo en México, las rebeliones de Figueres en Costa Rica y de Betancourt en Venezuela; la revolución boliviana en 1952; el gobierno de Arbens en Guatemala, la victoria democrática en Venezuela y la Revolución Cubana a finales de la década del cincuenta; al movimiento guerrillero de los años sesenta; a la revolución peruana de Velasco Alvarado; a la victoria de la Unidad Popular en Chile; a la constitución de la Asamblea Popular en Bolivia; a la victoria de los sandinistas en Nicaragua; a la ascensión de las guerrillas salvadoreñas; al movimiento de democratización del Cono Sur.

Esta sucesión de eventos históricos altamente significativos en nuestro siglo revela la inquietud social de la región, su rebeldía permanente, la inestabilidad de los avances populares y la constante utilización de la violencia y de la represión como arma principal de las clases dominantes, incapaces de ganar la legitimidad de su dominación por la vía del avance real y profundo en la solución de los grandes problemas sufridos por el pueblo.

Sin embargo, es necesario llamar la atención a algunas cuestiones básicas:

- › En este período ocurrieron cambios importantes que cerraron etapas históricas enteras y dieron origen a nuevas fases del sistema económico y político social en la región.
- › Algunos de estos cambios fueron victorias definitivas como la Revolución Cubana y de gran alcance histórico como las revoluciones nicaragüenses, mexicana y boliviana. Ocurrieron también varias conquistas económicas y sociales efectuadas a través de procesos sociopolíticos menos radicales.

De esta manera, esta historia no es una sucesión indiferente y cíclica de revoluciones, insurrecciones y golpes de Estado, sino que ofrece un

contenido progresista en el cual se puede percibir una capacidad creciente de las fuerzas populares, a pesar de los retrocesos parciales, de condicionar la vida económica, social y política de la región.

La crisis actual debe ser vista en este contexto. Los años sesenta al setenta fueron marcados por ofensivas revolucionarias o reformas radicales que resultaron en regímenes militares represivos como en Brasil, (1964), Argentina (1966-1975), Bolivia (1971), Chile (1973), Uruguay (1973) y el Salvador (1971-1973), que se sumaban a dictaduras históricas como Paraguay, Haití y Guatemala.

En este clima, se presentaron las experiencias de golpes militares con contenido progresista en Perú, Panamá y Ecuador, Así, en la década del setenta, solo quedaban en América Latina, regímenes civiles en México, Venezuela, Costa Rica, Colombia, República Dominicana (recién salida de una intervención militar patrocinada por los Estados Unidos) y Puerto Rico (bajo la ocupación colonial de los Estados Unidos).

Este balance, a pesar de referirse a hechos conocidos, debe alertarnos sobre la gravedad de la crisis cultural de la región. La existencia de regímenes de fuerza de forma tan generalizada expresa las dificultades e inestabilidades del sistema económico-social y político vigente.

Sin embargo, lo que parece más interesante, es la transformación casi sincrónica de esta situación en la última década. La reinstauración de regímenes civiles y constitucionales en casi toda la región y el derrocamiento de dictaduras históricas como en Haití y Paraguay parecían indicar, al contrario del caso anterior, un fortalecimiento del sistema económico social y un horizonte de salida de la crisis estructural en el camino de una afirmación histórica del capitalismo, aunque dependiente y subdesarrollado.

En el caso chileno, triunfan finalmente, los esfuerzos generales por una liberación del régimen dictatorial de Pinochet –donde se desarrollaron acciones de masas y acciones armadas– al mismo tiempo que se buscaron caminos de negociación nunca cerrados por las fuerzas opositoras, incluso las que estaban o están armadas. ¿Qué mejor confirmación necesitamos de esta vocación democratizadora en el escenario institucional de regímenes constitucionales que parece caracterizar a la región en los últimos años?

Podríamos señalar tendencias semejantes en El Salvador donde las fuerzas insurreccionales populares no dejan de frenar un dialogo con el gobierno conservador, que a pesar de las limitaciones del proceso electoral, fue instaurado por las urnas.

Restaría la resistencia armada guatemalteca que aún no acepta el diálogo con el gobierno civil; la compleja situación colombiana donde el diálogo iniciado resultó en una trampa para los revolucionarios y en la inescrutable e irracional oposición armada del Sendero Luminoso en Perú.

¿Qué es entonces lo que nos espera?

¿Una América Latina convertida al liberalismo político, asentada en una sólida realidad constitucional y democrática?

Sería muy ingenuo creer que dichas realidades políticas puedan ser compatibles con una infraestructura económica basada en la dependencia, en la desigualdad y en la miseria generalizada.

Por lo tanto, el capitalismo latinoamericano se encuentra en un dilema de difícil solución. O consigue completarse el esfuerzo democratizador de la región, con profundos cambios sociales y económicos o la base aún tenue de la democracia será otra vez vencida por la violencia y por la dictadura abierta.

¿Por qué la preocupación de las clases dominantes con tal amenaza?
¿De casualidad participaron en este profundo sentimiento democrático?

Es necesario detenernos en este punto.

Sería un error suponer que la onda democratizadora de los últimos años haya sido consecuencia apenas del esfuerzo de las fuerzas populares. Sería ingenuo negar el papel de la política de derechos humanos de Carter y de la actitud por lo menos discreta hasta incluso de gobiernos conservadores como el de Reagan. Sería ingenuo, pues, no entender el papel del propio liderazgo empresarial en el apoyo a la apertura política de Brasil y a los procesos liberalizadores de otros países.

Existen así, razones profundas que impulsan a los sectores hegemónicos de nuestras clases dominantes a apoyar una instauración liberal, civilizada y constitucionalista en la región. Tal vez sea importante constatar una actitud semejante en otras regiones del planeta, como Filipinas, Corea del Sur, o como la oposición al Apartheid en África del Sur y otros movimientos de contenido liberal.

¿Cuán profundas son las convicciones liberales de estas clases dominantes que, hace diez años, no vacilaron un segundo en recurrir a la masacre y en violar las constituciones y los sistemas legales?

Tendríamos que entender, sobre todo, las razones profundas de estos cambios de actitud ideológica y política.

En la década del sesenta, la acción contrarrevolucionaria y contra insurreccional de algunas burguesías asustadas con el avance revolucionario del Tercer Mundo se inspiró en la idea del papel de sus élites ilustradas. Según autores como Johnson, las élites militares, sobre todo técnicas, empresariales, sindicales, estudiantiles e intelectuales serían los agentes privilegiados de la modernización de la región.

Bajo esta inspiración se armaron los golpes militares institucionales apoyados en la doctrina de seguridad nacional que identificaba la acción contrainsurgente con las tareas de desarrollo económico y modernización sociopolítica, con la ayuda de la Alianza para el Progreso y con reformas sociales instituidas bajo control militar. La reforma agraria y otras reformas modernizadoras eran concebidas como acciones comunitarias o sociales de un proceso global de contrainsurgencia.

En los inicios de la década del setenta comenzaba a cambiar esta concepción bajo el impacto de fenómenos como la revolución peruana de Velasco Alvarado (y otras expresiones próximas como Ecuador y Panamá) y el Acto Institucional N° 5 en Brasil que dio origen al gobierno de Garrastazu Médici y a sus veleidades de “Brasil-Gran Potencia”.

Vencidas las insurrecciones guerrilleras de los años 60, comenzaba a configurarse la amenaza del propio instrumento contrarrevolucionario. Los militares comenzaban a desarrollar sus aspiraciones propias. Comenzaban a soñar con su poder nacional, con apoyar al fortalecimiento del Estado y de las empresas estatales y al mismo tiempo, se apoyaban en su fortalecimiento para aspirar a un nacionalismo cada vez más inoportuno.

Los estudios de la Rand Corporation sobre las experiencias de Perú y de Brasil indicaban la necesidad de oponer un movimiento civilizador y liberal a este nacionalismo militar creciente, fuese de izquierda, o de derecha. Huntington escribía para la Trilateral su importante ensayo

sobre Internacionalismo *versus* Nacionalismo, donde señalaba a este último como el principal enemigo de la acción civilizadora del proceso de transnacionalización en curso bajo la hegemonía de las corporaciones multinacionales.

Restaban, sin embargo, tareas importantes para los militares. Eran necesarios para derrotar la amenaza de la Asamblea Popular articulada por un gobierno militar progresista en Bolivia, de la unidad Popular en Chile, del peronismo de izquierda en Argentina y de los tupamaros y del Frente Amplio en Uruguay.

Se necesitaba aún de los militares brasileños para acabar con las guerrillas urbanas en Brasil.

Pero los hechos se precipitaron. Brasil iniciaba un acuerdo nuclear con Alemania que daría a ese país uranio suficiente para volver a ser una potencia atómica. El Brasil fascista de Médici articulaba con Israel Sionista la construcción de la bomba nuclear y la fabricación de aviones cazas supersónicos en Brasil. Con África del Sur, el fascismo portugués y Argentina fascista preparaban el Tratado del Atlántico Sur que pretendía cambiar la correlación de fuerzas regional y que contaba con el apoyo de Israel, mientras que Brasil se convertía en el heredero del colonialismo portugués en África. Si analizamos, años después, la aventura de los militares argentinos en las Malvinas, podemos entender las preocupaciones del Pentágono y del consejo de seguridad norteamericano con esa peligrosa autonomía del militarismo nacionalista de derecha en América Latina y sus ramificaciones africanas.

Estos hechos demostraban la corrección del posicionamiento de autores como Huntington y obligaron a orientarse en dirección a una política de carácter civil y liberal. La tarea máxima inmediata, superadas las amenazas revolucionarias más radicales, era la marginalización de los militares del poder y un proceso de reconversión ideológica de los mismos a largo plazo. La experiencia venezolana de la contrainsurgencia ya había sido un excelente ejemplo de las ventajas de esta estrategia. Y hay que prestar atención apenas en lo que se convertirían sus aguerridas fuerzas de izquierda, hoy en día lanzadas a la más anárquica confusión política e ideológica, al anticomunismo más feroz, para entender las virtudes (por lo menos inmediatas) de esta estrategia.

Es evidente, pues, que esta estrategia tiene una explicación aún más profunda. El capitalismo fundó su carta liberal conservadora con Reagan, Thatcher, Chirac, Kohl. Era preciso llevar a las últimas consecuencias la liberalización controlada de la economía para abrir camino a una nueva ola de innovaciones y a una nueva fase de crecimiento sostenido.

No hay duda de que todo nacionalismo de izquierda o de derecha llega a ser un límite inaceptable para estos cambios en profundidad. Era preciso establecer un nuevo estilo de articulación entre el Estado y el capital monopolista. ¡El Estado tiene que aumentar su poder de intervención para asegurar el “libre” juego del mercado! De esta manera, los ultraliberales patrocinan los mayores déficits estatales de la historia, la intervención del Estado en las tasas de ganancia, en las más diversas formas de mercado, en todos los aspectos de la vida social. En nombre del liberalismo se refuerza de manera alarmante el capitalismo monopolista de Estado en oposición a las expresiones localistas y nacionalistas de las burguesías aún dependientes de los mercados locales.

Se acentúa la lucha entre el sector local proteccionista y las multinacionales “libre-cambiarias”. Se acentúa el choque entre los conglomerados transnacionales apoyados en los gastos militares y la investigación y desarrollo de tecnología de punta (agrupados en torno de la “Guerra de las Estrellas”) y las oligarquías financieras e industriales tradicionales que se ven amenazadas por una disminución de su poder político y de una economía cada vez más dependiente del gasto público. Se puede asistir, consecuentemente, a súbitos sentimientos anti-militaristas y anti-amenaza nuclear de los “Rockefellers” y de los medios de comunicación que aún forman la opinión pública mundial. Tampoco nos debe extrañar el súbito cambio de actitud en relación a la Unión Soviética y a la política de desarme nuclear de un amplio sector de la clase dominante norteamericana.

En este nuevo contexto ideológico hay poco espacio para experiencias fascistas que solo reforzarían las tendencias militaristas, los nacionalismos, el proteccionismo, la autonomía de los estados nacionales, la desintegración del capitalismo internacional.

No se trata pues, de una lucha fácil. Las tendencias al reforzamiento del Estado son necesarias en un proceso de internacionalización. Al

mismo tiempo, una ampliación significativa del mercado mundial depende de una expansión de los mercados locales y de una cierta articulación con los crecientes mercados del campo socialista.

La contradicción entre la internacionalización del capital y su inevitable base nacional, ya referida por Bujarin, continúa como una contradicción básica del capital y de su expansión mundial especialmente cuando el crecimiento del campo socialista es un constante horizonte alternativo para los procesos de afirmación nacional que pueden articularse alternativamente con este nuevo campo en expansión.

Debemos pues, analizar dialécticamente estas tendencias liberales del momento actual. Estas tendrán que enfrentarse a la práctica histórica, con la expansión del movimiento democrático en el interior de las limitadas concesiones liberales, con las aspiraciones de cambio socioeconómico y de justicia social de las masas. Pero también se enfrentarán a la defensa de las hegemonías de las burguesías locales sobre sus mercados y con el proteccionismo de los estados nacionales, bajo la acción de estas fuerzas y de los beneficiarios del capitalismo de estado nacional.

Se debería pues, recurrir a la dialéctica más que a una linealidad analítica en el momento actual. Apuntamos aquí algunas razones para que el análisis concreto de situaciones concretas sea nuestra mejor guía en una realidad tan inconstante. Para que este análisis sea completo y necesario, verifiquemos mientras el ángulo opuesto: la formación de un sujeto social alternativo a estos planes de gran capital y también a sus opositores en las clases dominantes. Este sujeto social tiene su base en un conjunto de movimientos sociales que gana una expresión nueva en la región.

III. Hacia una teoría de los movimientos sociales

1. Ubicación del tema

Los movimientos sociales no son un fenómeno nuevo en la historia. Desde la antigüedad podemos encontrar tentativas más o menos profundas de reclutar a determinados sectores sociales en actividades permanentes o eventuales para alcanzar los objetivos derivados de su propia condición.

De esta forma, los enfrentamientos clasicistas entre patricios y plebeyos en Roma, los movimientos religiosos y nacionales y las rebeliones campesinas en la Edad Media, el propio bandidaje organizado medieval y moderno, las huelgas y la organización permanente de los movimientos sindicales, son todos fenómenos que se inscribirían dentro de un concepto amplio de movimientos sociales.

Sin embargo, con el amplio desarrollo de las sociedades urbanas contemporáneas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, se fueron creando las condiciones para un nuevo tipo de movimientos sociales que dieron origen a un conjunto de reflexiones más o menos originales, intentando rescatar la particularidad de tales movimientos que se distinguirían por las formas más clásicas y cristalizadas de movimientos sociales.

No hay duda de que el gran desarrollo de los servicios sociales, de las tareas de planificación y de las informaciones creó un vasto mundo social con nuevos tipos de demandas y objetivos.

No podemos, sin embargo, dejarnos llevar por esa ideología expresada en la idea de una sociedad de abundancia.

Al contrario, la creciente dependencia del conjunto de la población de los servicios y actividades realizadas por el Estado o grandes empresas “privadas” transformó segmentos enteros de la sociedad en carentes y marginados.

Sería pues, un claro desvío teórico y analítico restringir los movimientos sociales a aquellas expresiones de las nuevas formaciones sociales derivadas del avance de las fuerzas productivas en el capitalismo y en el socialismo. Es preciso ver que un enorme factor de movilización y organización de los movimientos sociales deriva exactamente de las carencias y de la marginación provocada por este desarrollo.

No hay duda de que el enorme avance científico y tecnológico de la humanidad transforma esas carencias y marginalizaciones en fenómenos históricamente obsoletos.

Es exactamente por esta razón que estos movimientos se intensifican, al descubrirse la inutilidad de sus limitaciones y la posibilidad histórica de eliminar los obstáculos de su superación.

La actual crisis económica internacional viene a acentuar la contradicción entre las enormes posibilidades científicas y tecnológicas de que

dispone la humanidad para elevarse a un nuevo panorama civilizatorio y los obstáculos socio-económicos y políticos que impiden estos cambios. Se acentúan los problemas sociales y en consecuencia se amplía el área de acción y se cambia el aspecto de los movimientos sociales emergentes.

Para analizar la relación entre la crisis y los movimientos sociales en Brasil se hace necesario establecer, por lo tanto, un conjunto de premisas conceptuales que nos guíen en el análisis del fenómeno de los movimientos sociales en Brasil ya que disponemos de un conjunto de trabajos extremadamente interesantes de donde podemos partir y que serán citados en el transcurso de este capítulo. Haremos esta tarea intentando determinar los niveles principales en que debe desglosarse nuestra marcha analítica.

2. Los niveles de análisis

El primer nivel que nos corresponde analizar es el relativo a la teoría de los movimientos sociales. Desde este punto de vista, se plantea como premisa conceptual el análisis de la relación entre clases y movimientos sociales. Los movimientos obreros y de los trabajadores agrícolas son, entre los que analizamos, los más próximos a las clases sociales. Sin embargo, aún en estos casos, los movimientos sociales no se identifican directamente con las clases. A pesar de nacer de las relaciones de trabajo establecidas por esas clases, como el sindicalismo, y de estar influenciadas por su revolución y su estructura, no se confunden con ellas. Existen otros elementos que merecen un tratamiento teórico mayor como la memoria histórica, las tradiciones, el proceso subjetivo de formación y desarrollo de los movimientos sociales, sus organizaciones propias, que no permiten a su reducción el fenómeno de la clase social.

Al mismo tiempo, integran a los movimientos sociales estratos³⁸ derivados de diferentes orígenes, como sería el caso de las mujeres y de los grupos étnicos. Por otro lado, existen movimientos más permanentes como el de vivienda, favelados, etc. o más circunstanciales, como el caso de los desempleados, de manifestaciones de violencia urbana y

38. La noción de estamento busca designar aquellos grupos sociales cuya pertinencia no sea adscrita sino dada.

otros. Estos últimos reflejan sujetos sociales que están relacionados con ciertos sectores más permanentes de la producción, pero que también tienen, de alguna forma, su propia dinámica, su propia realidad y que exigen por lo tanto un análisis específico.

Esto trae un segundo nivel de análisis, que sería la relación entre los movimientos sociales y la identidad y permanencia de las clases o de los estratos. Estas cuestiones de identidad y de permanencia no se limitan a la conciencia de las clases, porque la condición de ser mujer es mucho más permanente que pertenecer a una clase social. Y la condición étnica, a pesar de poder ser históricamente más circunstancial, también puede tener un contenido histórico secular más profundo que la condición de clase, sobre todo si pensamos en pueblos de culturas y civilizaciones más antiguas que fueron reducidos a la condición de grupos étnicos. Esto se manifiesta fuertemente en la cuestión del negro y de la cultura africana. Se trata de una cultura secular que, a pesar del aplastamiento que sufrió en el proceso de esclavitud y de traslado de esas masas negras a otras regiones, mantiene su identidad cultural. Esta se manifiesta como algo que rebasa en mucho un segmento social producido por un sistema social específico. Y por lo tanto, cuando Joel Rufino dos Santos³⁹ reivindica que la cuestión negra sobrepasa incluso el problema civilizatorio de nuestra sociedad occidental contemporánea, está ubicando cuestiones de orden emocional, cultural, de sensibilidad humana, de plástica, sensibilidad con el cuerpo, sensibilidad en relación a varios elementos culturales que abarcan desde el nacimiento hasta la muerte, elementos rituales y religiosos. La reivindicación por el reconocimiento de las religiones negras, por ejemplo, es algo muy serio, en un país como Brasil, donde la recuperación y revitalización de esas religiones populares demuestran que el problema no puede ser puesto en ecuación por una discusión específica sobre el capitalismo como sistema económico.

Hay un problema de identidad, de permanencia histórica, un problema cultural que no puede ser tratado simplemente desde el punto de vista de un sistema socioeconómico específico, que no puede ser agotado en el análisis del modo de producción capitalista.

39. Ver Joel Rufino dos Santos (1985: 285).

Se plantea en consecuencia el tema de la posibilidad de reorganización o de ciertas formas que rebasen el modo de producción capitalista en particular, para servir a los intereses y necesidades de su funcionamiento. Es un hecho constatable la capacidad de este sistema de reorganizar otras culturas y otras situaciones históricas para atender sus intereses. Otros modos de producción de carácter universal, como es actualmente el caso del socialismo, tiene esa misma capacidad. El modo de producción asiático y el propio feudalismo que ocuparon vastas regiones muy diferenciadas culturalmente entre sí también tuvieron que convivir –y de alguna forma, articularse– con elementos que superan sus necesidades internas de funcionamiento, su dinámica específica como modo de producción.

Tal vez los casos de la mujer y de los grupos étnicos, tales como el movimiento negro, se coloquen en esa dimensión supra-modo de producción. Jamás podrán ser absorbidos totalmente por un modo de producción particular. Pero, al mismo tiempo, todos los modos de producción han convivido y atribuido papeles y funciones a la mujer y a los grupos étnicos distintos.

Incluso el socialismo, como forma de transición histórica, no tiene condiciones de absorber totalmente esas situaciones estamentales, culturales o civiles. Esta absorción puede hasta ser facilitada por las formaciones sociales socialistas que ayuden al proceso de entrecruzamiento de esas culturas y su articulación, su enriquecimiento y su universalización. Los soviéticos discuten mucho el ideal del hombre soviético, que es una figura en proceso de creación en un país donde existen muchas culturas y muchas naciones.

Los yugoslavos permiten que sus ciudadanos escojan la nacionalidad con la cual se identifican, incluso la nacionalidad yugoslava, que existió históricamente con el surgimiento de la “nación” yugoslava, con la instauración, en 1945, del nuevo Estado socialista. ¿Cuándo se podría escoger la identidad planetaria? Existe jurídicamente la figura del “apátrida” y no del “ciudadano del mundo” como Trotsky se calificó cierta vez, en el auge del romanticismo internacionalista. Dicha calificación parece aún ridícula para un mundo donde las naciones son una realidad demasiado fuerte. La identidad del ciudadano en el mundo aún es extremadamente abstracta en el mundo concreto en que vivimos.

En resumen, los movimientos sociales tienen una dimensión que supera, en muchos casos, a la condición subordinada a procesos sociales concretos y a la dinámica a que están sujetos en un país, en una región o una época histórica. Existen, en su identificación y permanencia, elementos más profundos que deben ser llevados a consideración.

Llegamos así a un tercer nivel de análisis que está ligado a los anteriores. Se trata de situar a los movimientos sociales en el contexto del desarrollo del capitalismo, en general, y del capitalismo brasileño, en particular, que determinan fuertemente su carácter y funcionamiento. A pesar de su identidad y permanencia se antepone a los regímenes y modos de producción concretos, dichos movimientos no pueden existir fuera de un contexto de determinaciones más concretas, es decir, del desarrollo del capitalismo en general en cada país.

Al mismo tiempo que pueden expresar tendencias y necesidades que no se agotan y no se agotarán jamás dentro del modo de producción capitalista, estas existen solamente en las condiciones particulares de desarrollo de un determinado modo de producción y de varias formaciones sociales en que se expresen.

La cuestión de los movimientos sociales asume relevancia en la actualidad particularmente porque el desarrollo del capitalismo adquiere el carácter de un capitalismo monopolista de Estado. El capitalismo no existe más sin el Estado, sin este no puede funcionar. Y a medida que funciona a través del Estado, ubica a todas las categorías sociales (desde las clases, los estratos, grupos sociales, etc.) en una relación directa con el Estado. En este sentido, la postura identificada en los movimientos sociales urbanos, y a veces incorporada al trabajo de Jacobi,⁴⁰ de pensar una sociedad civil autoregulada, dentro del capitalismo monopolista de Estado, tiene una gran dificultad para sostenerse en las condiciones contemporáneas. No es posible analizar ninguna realidad fuera del fenómeno estatal.

El trabajo de Heleieth Saffioti⁴¹ nos muestra que hay regiones históricamente privadas, como la familia, que ya fueron incorporadas casi

40. Pedro Jacobi (1985) "Movimientos urbanos y la crisis de la explosión social a la participación popular autónoma", *Política y Administración*, N° 2, p. 223 (FESP).

41. Heleieth Saffioti (1985) "Formas de participación de la mujer en movimientos sociales", *Política y Administración*, N° 2, p. 255 (FESP).

completamente en el ámbito legal, estatal. Ante el papel cada vez más completo del capitalismo monopolista de Estado, los proyectos y la acción de los movimientos sociales tienden a ser reorganizados por el Estado capitalista.

Si se plantea una cuestión habitacional, esta se convierte de inmediato en un ítem de la política habitacional, de la política industrial, de la construcción civil, envuelve la propiedad de la tierra, el sistema financiero, etc., todo está inevitablemente relacionado con las políticas estatales.

En la literatura sociológica y económica latinoamericana hay una tendencia inicial por analizar los movimientos sociales a la luz del desarrollo del capitalismo, como un resultado y una respuesta a sus leyes y tendencias de desarrollo, que condicionan la evolución de las clases, segmentos y grupos y su organización en movimientos sociales, políticos e ideológicos.

3. Movimientos sociales y sujeto histórico

Las investigaciones de los últimos tiempos, particularmente las que se desarrollaron en torno al proyecto dirigido por Pablo González Casanova⁴² sobre las perspectivas de América Latina, intentan, sin embargo, un cambio de óptica que entiende a los movimientos sociales desde el punto de vista de la formación de un sujeto social nuevo. O más bien, se busca repasar el problema del desarrollo del capitalismo y del Estado desde el punto de vista de los movimientos sociales. En consecuencia, la cuestión de la independencia de los movimientos sociales ante el Estado y del desarrollo del capitalismo no puede ser pensada en el sentido de un aislamiento e independencia absoluta, sino como un proceso de desarrollo de esos movimientos en el sentido de reorganizar el desarrollo del capitalismo y del Estado, sometiéndolo a sus propios objetivos y asumiendo, por lo tanto, el papel de los sujetos sociales.

En el seminario sobre la primera fase del proyecto dedicado al análisis de los movimientos sociales, realizado en Costa Rica, después de estudiar los variados casos latinoamericanos, se concluyó que todos ellos apuntan a la formación de un sujeto social nuevo en América Latina a

42. Pablo González Casanova, "Los movimientos sociales en América Latina" (México: PAL-UNU).

partir de la relación de los movimientos sociales con los partidos, sindicatos y organizaciones. Esta constatación justifica una investigación de amplias dimensiones que permite la profundización del tema, porque ese sujeto social emergente comienza a tener un movimiento y una dinámica suficientemente rica para determinar una línea de investigación que nos permite anticipar incluso un proceso de transformación social profundo.

En este sentido, se puede concluir que existe una relación entre varios sujetos particulares, que se van desarrollando en varios momentos sociales concretos, en el sentido de la formación de un sujeto social más global, que en América Latina asume el nombre de “movimientos populares”. Movimientos que reúnen a sectores sociales muy distintos y diversificados que van desde el movimiento obrero y de trabajadores agrícolas, una presencia permanente en este tipo de movimiento popular, hasta formas nuevas como las asociaciones de barrio, o movimientos étnicos, estudiantiles, de mujeres, etcétera.

En Ecuador, por ejemplo, existe una central sindical que incluye los movimientos de barrio, de clase media y de empresarios de clase media. En Brasil precisamente, así como está destacado en el trabajo de Ruy Mauro Marini⁴³ se formó entre 1962 y 1964 un movimiento importante a pesar de ser poco estudiado. Se trata del Frente de Movilización Popular, que partía de la conquista de una central sindical, la CGT, para buscar una articulación social más amplia. En torno a la CGT se agruparon en el Frente, organizaciones y movimientos que formaban el esbozo de un nuevo sujeto social. La FMP estaba compuesta, más allá de la CGT, por las Ligas Campesinas, la Unión Nacional de Estudiantes, la CONTAG,⁴⁴ la UBES,⁴⁵ el Movimiento de Sargentos, los Oficiales Nacionalistas, el Frente Parlamentario Nacionalista e incluía también los partidos de izquierda.

La Asamblea Popular de Bolivia fue una unidad de representación de diversos sectores sociales como fuerzas populares obreras, estudiantiles,

43. Ruy Mauro Marini, “El movimiento obrero en Brasil”, *Política y Administración*, N° 2, p. 171.

44. Confederación Nacional de Trabajadores de la Agricultura.

45. Unión Brasileña de Estudiantes Secundaristas.

campesinas que se unían con la intención de expresar el poder estatal, llegando al punto de enfrentarse con el poder central debido a las particularidades del proceso y del pensamiento político boliviano, marcado por la presencia constante de la tesis de la dualidad de poderes, desde la insurrección revolucionaria de 1952.⁴⁶ Esa tendencia vuelve una vez más cuando la COB (Confederación Obrera Boliviana) se plantea nuevamente como un poder estatal en Bolivia, intentando asumir la dirección de los transportes, de la distribución de alimentos, etcétera.

En el caso chileno, las formas de participación llegaron a asumir una dimensión legal, cuando el gobierno de la Unidad Popular creó por ley el sistema de participación popular. Pero, en la práctica, esos organismos superaron la propuesta legal. Fue así cuando, por ejemplo, se evolucionó de un sistema de representación por empresa a formas enteramente inesperadas. Según el esquema legal, cada empresa estatal tendría un consejo electo por sus trabajadores que la dirigirían junto con el representante del Estado. Pero, de repente, ante las amenazas y sabotajes de la derecha, los órganos de representación se articularon y se convirtieron en los “cordones industriales”. Ellos unificaban las direcciones obreras de varias empresas, formando una dirección política de defensa de las conquistas en el barrio. Se produjo una simbiosis compleja entre la gestión empresarial y la de los barrios. Al mismo tiempo, se crearon en el sector agrícola los “comandos comunales”, contra la orientación legal que pretendía mantener la diferenciación formal entre los gobiernos locales y los órganos de representación sindical, de las asociaciones de pequeños campesinos, etc. Sin embargo, ante la amenaza de la contrarrevolución, los sindicatos se unieron con los campesinos que llegaron a dirigir las regiones donde se localizaban sus tierras y crearon los comandos comunales.

Este tipo de comportamiento social no puede ser aleatorio. Tiende a repetirse y a presentar elementos permanentes en situaciones históricas de democracia avanzada, en las cuales el poder de represión de la derecha se desestructura por alguna razón, sea debido al avance del

46. En este sentido, fue el pensamiento político boliviano, el que produjo una de las reflexiones más sistemáticas sobre el poder dual en América Latina. Véase, de René Zavaleta Mercado. *El poder dual*. Siglo XXI, 1977, 24a edición.

movimiento popular, sea debido a una crisis interna de la derecha. En esos momentos, este sujeto en formación se perfila con gran fuerza en la historia de nuestro continente. No se trata, por lo tanto, de cuestiones locales; debe haber una causa más profunda, común a esas experiencias distintas que anuncian una presencia creciente del “pueblo”, como sujeto del proceso político continental. Y esta causa se explica en el avance de la industrialización y de la urbanización, formadoras de nuevas clases y grupos sociales. Esta modernización se realiza, sin embargo, en realidades históricas que exigen un análisis específico.

Es el caso del fenómeno indígena, sobre todo en las regiones ligadas a los imperios azteca, maya e inca. Estos pueblos indígenas transformados en trabajadores agrícolas o en trabajadores urbanos proyectan sus cualidades étnicas y culturales en la formación de la subjetividad popular. Lengua, religión, cultura, costumbres indígenas se asocian a una nueva cultura popular latinoamericana. El problema indígena es una cuestión histórica de grandes dimensiones, que reaparece en todas las circunstancias en que ese sujeto histórico, social, cultural y político de carácter global se desarrolle y se manifieste explorando las oportunidades democráticas. El tiene un contenido de resistencia y tiende a constituir un proyecto propio.

4. Movimientos sociales y proyectos históricos

La idea de un proyecto propio nos aproxima a una cuestión ideológica en general. El proyecto de una fuerza social, como lo destaca Joel Rufino dos Santos⁴⁷ al referirse a una visión histórica de Brasil, se plantea también al nivel de América Latina exactamente por ese carácter inconcluso de nuestras sociedades. Cada nueva generación debe estar constantemente proyectándose, buscando encontrarse como nación. Ocurre, sin embargo, que las clases dominantes locales se pierden en la sumisión al colonizador y al neocolonizador y van cediendo espacio progresivamente a las nuevas clases revolucionarias que asumen la tarea de constituir las naciones que las oligarquías y las burguesías no consiguieron forjar.

47. Joel Rufino dos Santos, *op. cit.*

Como consecuencia, es posible detectar la voluntad de esos sujetos históricos de constituir un nivel de elaboración teórico-doctrinario capaz de generar un proyecto global nacional y latinoamericano. Esta pretensión supera incluso los límites de los partidos políticos, porque un proyecto de ese tipo puede expresarse en varios partidos. Si analizáramos, por ejemplo, lo que pasó en Rusia en el siglo XIX hasta la Revolución Rusa, y estudiáramos las obras de un Danielson, un Plekanov, un Lenin, un Bukarin, un Trotsky y otros más, encontraremos una profunda reubicación permanente de la problemática teórica del marxismo en el contexto concreto del destino ruso, del problema ruso en particular. Nada estaba suelto, y muchas cosas que podían parecer sueltas se reorganizaban en torno a un proyecto. ¿Cómo fue que la clase obrera rusa dio origen a una visión de este tipo? Tal vez fue la propia nobleza rusa la que en sus sectores decadentes pensaba en Rusia desde ese punto de vista, aliándose a la clase obrera.

En Brasil, la cuestión de ese proyecto nacional se reubica en cada generación. Sin embargo, es necesario entender la relación entre cualquier proyecto nacional viable y la idea de un proyecto latinoamericano. En los procesos de redemocratización avanzada en varios países hay siempre un fuerte contenido latinoamericano. Desde Bolívar, pasando por Martí, Sandino, los populistas, Fidel, la experiencia china y la revolución Nicaragüense, etc. siempre que un liderazgo popular se proyecta y hay un movimiento popular fuerte en América Latina, este asume un carácter latinoamericano. La cuestión de la identidad latinoamericana surge inmediatamente en esas situaciones.

Es, por lo tanto, muy difícil pensar en Brasil desde un punto de vista popular, solo como un proyecto nacional. Este asume el carácter de un proyecto más amplio, con una dimensión mucho más profunda que los límites nacionales.

La cuestión de lo indígena, de lo negro, se destaca en este contexto pues, cuando se habla en América Latina, inmediatamente se plantea la cuestión de los orígenes ibéricos (el portugués y el español) pero en gran parte son las poblaciones indígenas y negras las que forman el elemento popular identificado con las grandes masas de la región. La transformación de esos sujetos en un sujeto global, capaz de formular un proyecto

de transformación social es una tendencia histórica concreta, y es muy difícil analizar los movimientos sociales sin tener en consideración ese acto étnico-cultural.

5. Movimientos sociales, sociedad civil, ciudadanía

Por otro lado, la formación de los movimientos sociales latinoamericanos se asocia también con la formación de la ciudadanía y la constitución de nuestra democracia que lucha por afirmarse y consolidarse. En Brasil, en 1984, vimos como todos los movimientos sociales convergieron en la campaña por las “elecciones directas ya”. El aspecto esencial de ese movimiento, que movilizó a millones de personas en las calles de todo el país, era la búsqueda del reconocimiento del derecho del ciudadano a elegir a la autoridad máxima de su país.⁴⁸

Es pues, necesario, integrar los elementos culturales y étnicos a los proyectos de transformaciones económicas y estructurales del país. En su conjunto, la cuestión ideológica y los partidos políticos aparecen como momentos tal vez más particulares de este proceso más global. De esta forma, en los países de América Latina es casi imposible aislar los movimientos sociales de su dimensión política explícita o implícita.

Es en este contexto que la relación entre los movimientos sociales y el Estado asumen un carácter aún más complejo. No se trata solo de la necesaria intervención estatal en los aspectos particulares llevados a cabo por cada movimiento. Se trata del contenido mismo del Estado, que lleva a implementar la relación entre liberalismo y democracia. Un liberalismo tradicional de origen europeo o norteamericano, en las condiciones de Brasil y de América Latina en general (excepto los casos atípicos de Argentina, Chile y Uruguay que son países de formación pos-colonial), es una ideología oligárquica. Fueron las élites coloniales, las oligarquías exportadoras y las clases medias quienes defendieron una concepción liberal de la economía. La burguesía industrial, formada en la lucha por el proteccionismo cambiario, y el proletariado urbano estuvieron en permanente choque con el liberalismo oligárquico y elitista que intentaba

48. Sobre el papel del Movimiento por las “Directas ya” en la articulación de los distintos movimientos sociales brasileños sería necesario un trabajo aparte con mucha mayor investigación y perspectiva temporal. Véase Alberto Noé (1984).

imponer una sociedad política europea por sobre sus tradiciones culturales propias. Esas fuerzas estuvieron siempre en una línea democrático-sindical, donde la noción de ciudadanía se completaba con la idea de la participación popular en el Estado. Y a pesar de toda la modernización realizada por el avance del capitalismo monopolista de Estado, dependiente, excluyente y marginador, la vocación de una democracia participativa y de masas continuará siendo la marca identificadora del movimiento popular latinoamericano.

La primera cuestión que se plantea es hasta qué punto las clases dominantes tienen condiciones de realizar concesiones reales a las demandas exigidas por las clases y grupos sociales que formaban ese movimiento popular. Esta es la verdadera llave para saber si estamos ante una época de reforma o de un proceso revolucionario.

En su famoso prólogo de *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx ya planteaba que mientras las fuerzas productivas puedan desarrollarse dentro de un modo de producción dado, este no puede ser superado. Es necesario recordar, sin embargo, que para Marx las fuerzas productivas no se reducen al fenómeno tecnológico como muchos lo creen. Para él, la principal fuerza productiva es el hombre, el productor, el trabajador, quien comanda y organiza los medios de producción. Por lo tanto, podemos afirmar que mientras el sistema vigente sea capaz de absorber productivamente una parte significativa de la población y atender sus presiones, es inviable crearse una situación revolucionaria. La situación revolucionaria se crea cuando el sistema se opone a estas demandas, cuando por alguna razón, no se tiene más capacidad de atender las aspiraciones sociales derivadas de los avances alcanzados.

La relación histórica entre reforma y revolución, tal como fue discutida a fin de siglo XIX, por Rosa Luxemburgo, Kautsky y Bernstein, muestra la imposibilidad de pensar una cosa separada de la otra. El marxismo rompió con la idea de una revolución que venía de fuera del sistema. La revolución, tal como el marxismo la concibió, era un proceso interno, un resultado de los avances que ya se habían dado dentro del sistema. Es imposible, de esta forma, pensar en América Latina la cuestión de los movimientos sociales fuera del contexto del viejo debate que ha sido detenido en los últimos veinte a treinta años en torno al problema de la

reforma o revolución. Después de la revolución boliviana, de la revolución guatemalteca y de la Revolución Cubana, que dio el salto cualitativo al socialismo, se fue replanteando constantemente la cuestión de la revolución en América Latina hasta alcanzar su punto más alto en el proceso de la Unidad Popular en Chile. El capitalismo latinoamericano, a pesar de tener un dinamismo importante y conseguir avanzar en el desarrollo de las fuerzas productivas, lo hace siempre de una manera excluyente, incapaz de resolver el problema de la revolución. Por ello, es imposible pensar los movimientos sociales en América Latina fuera de ese contexto.

No se trata del contenido específico de los movimientos porque es evidente que ni el movimiento de mujeres, ni el movimiento indígena, ni el movimiento por vivienda, ni el movimiento de reforma agraria son revolucionarios aisladamente. Pero en un contexto de desarrollo capitalista que no tiene condiciones de integrar las demandas más elementales de esos sectores, llegan a tener un contenido revolucionario. Y esto se hace más evidente cuando se aceleran estas demandas, en circunstancias concretas, particularmente en las situaciones de democracia avanzada en que el sistema no tiene condiciones para controlarlas. En esos momentos las clases dominantes han recurrido a las formas de represión más brutales para poder sobrevivir a través de regímenes que contienen las manifestaciones populares y reprimen por largos períodos las expresiones de los movimientos sociales, como ocurrió en Brasil de 1964 a 1979.

Desde 1974, el propio régimen de excepción brasileño se viene auto-reformando, manteniendo la iniciativa política y el control ideológico de un proceso que viene, sin embargo, radicalizándose permanentemente. Al inicio, se trataba de una “descompresión controlada”. En seguida, se pasó al concepto de “apertura” liberal, con el objeto de reformar el régimen sin modificar sus principios básicos. Después de una sucesión de derrotas electorales se fue aceptando la necesidad de una “transición democrática” que llevara a un nuevo régimen constitucional. Después de ser votada la Constitución se postergó al máximo el encuentro electoral para la presidencia y se llegó a este con el país dividido a la mitad entre izquierda y derecha.

De esta manera, las fuerzas populares fueron adquiriendo progresivamente una mayor capacidad de organización. En este contexto, los distintos movimientos sociales van adquiriendo una capacidad de autoreproducción de iniciativa y de auto organización. De acuerdo con el breve análisis que hicimos de la revolución del capitalismo latinoamericano y brasileño en particular, cabe formular la siguiente hipótesis; si el sistema actual no fuera capaz de autoreformar y erradicar esa acumulación de demandas de los diversos movimientos sociales, esto podrá llevar a una situación de democracia avanzada y hará resurgir las dificultades del sistema para controlar el conjunto de demandas y mantenerse en una perspectiva democratizante. Así, el proceso de acumulación de demandas va a replantear otra vez la cuestión del poder. El carácter abierto del proceso supera nuestra capacidad de anticipación analítica. Las fuerzas políticas que orientan o expresan estos movimientos serán la llave de su destino. Si son capaces de utilizar esa acumulación en un sentido transformador y revolucionario, ubicarán la realidad socioeconómica del país en un nuevo aterrizaje, el camino del socialismo, o sufrirán nuevas y cada vez peores derrotas contrarrevolucionarias, si no consiguen adaptarse a las nuevas circunstancias.

Por el análisis y por el conocimiento de las relaciones entre los movimientos sociales y el desarrollo del capitalismo es posible situar estos movimientos sociales en renacimiento ante problemáticas más amplias y esto podrá resultar en una contribución a la lucha social y política concreta. Para alcanzar ese propósito tenemos que ser extremadamente rigurosos no solamente en el análisis de determinaciones más generales, sino también en el estudio de las articulaciones entre los diversos fenómenos particulares y esos procesos más globales del desarrollo del capitalismo.

6. Crisis y movimientos sociales

Al mismo tiempo, tenemos que resaltar la irreductibilidad de esos movimientos sociales al estudio del desarrollo del capitalismo. Nos corresponde ahora aproximarnos a un nuevo nivel de análisis y hacer algunas consideraciones sobre la relación de los movimientos sociales con la coyuntura actual. Esta se caracteriza, por un lado, por una profunda

crisis económica y por otro, por la superación de un régimen político de excepción y la transición a una etapa democrática. Situar nuestros estudios dentro de ese contexto fue bastante positivo porque los desgloses de los movimientos sociales en Brasil y en otros países del continente estarán condicionados profundamente por esa coyuntura política y por la crisis económica y sus desgloses sociales.

La crisis actual tiene una dimensión internacional. En el *Primer Congreso Internacional sobre Política Económica*, patrocinado por la FESP en agosto de 1984, sobre *Alternativas para la crisis*, con la participación de invitados del mundo entero, podemos consolidar algunas tesis centrales sobre la crisis actual. Entre otras, la idea de que estamos viviendo una depresión económica de largo plazo. En general, existe un consenso en situar la crisis desde 1967 hacia nuestros días, entendiéndola como una onda larga de Kondratiev. Se concluye, en este debate, que tendríamos posibilidad de una recuperación, a largo plazo en la economía internacional, a partir del comienzo de la década de 1990. Pero no podemos confiar que la recuperación, iniciada en la década de los 80, pueda continuar sin pasar por un período recesivo, ya que estuvo apoyada en una política económica basada en los gigantescos déficits presupuestarios y de la balanza de pagos de los Estados Unidos. Ya se acepta como un hecho el inicio de una recesión en 1990. La política económica brasileña intentó adaptarse a la recuperación de 1983-1989, buscando ajustarse a aquella perspectiva de recuperación de la economía mundial, a través de la reorientación de las exportaciones en dirección a los Estados Unidos, aprovechándose del aumento de la demanda internacional norteamericana, considerada elemento clave para la recuperación económica interna del país.

Esto permitió que se produjera a corto plazo una coyuntura de crecimiento de las exportaciones que tornaran posible aliar una caída en la demanda interna con una recuperación de la producción, vuelta al sector exportador. Esta política tiene, sin embargo, piernas cortas y nos lleva nuevamente a una tensión social extremadamente profunda y a un cuestionamiento brutal de las políticas económicas que viene orientando al país. Esto nos lleva nuevamente a reubicar cuestiones de fondo, que están siendo de alguna forma pasadas por encima del período

actual. El contexto de democratización ha servido incluso como una fórmula de escape de la ubicación de los grandes problemas nacionales, puestos de lado en nombre de ciertas transformaciones institucionales, que no abordan las cuestiones sustanciales que se ubican en el pueblo brasileño.

Este contexto de crisis en que se da la transición democrática deberá afectar muy profundamente a los movimientos sociales, por lo menos en dos aspectos que se reflejan en los trabajos que citamos. El primer elemento que se puede resaltar, dentro de ese contexto, es la nueva relación entre movimientos sociales y el Estado. En los trabajos que componen la investigación que sirvió de fundamento a este capítulo, se siente una presencia de esos elementos nuevos: los movimientos sociales avanzaron en Brasil en un contexto de confrontación con el régimen autoritario que les excluía de la participación y hasta incluso les negaba el diálogo. Después de las elecciones de 1982 para gobernadores y alcaldes, se abrió una nueva expectativa de diálogo y participación de los movimientos sociales.

Algunos trabajos que citamos en seguida reflejan una frustración de las expectativas por parte de los sujetos sociales, las cuales no han sido suficientemente atendidas. Esto se refleja mucho, por ejemplo, en el trabajo de Pedro Jacobi sobre los movimientos sociales urbanos de São Paulo y en el trabajo sobre los *bóias-frias*,⁴⁹ de María Concepción d'Incao.⁵⁰ En otros casos, como aquellos sobre los movimientos de las mujeres y el movimiento negro, encontramos la idea de que la apertura política, de cierta forma, provoca una especie de pérdida de intensidad de estos movimientos. Es decir, la apertura genera, de cierta manera, una decepción en el interior del movimiento, no tanto en función de la expectativa de comportamiento de los propios movimientos estatales, sino en el comportamiento de los propios movimientos. Es posible pensar que, ante la apertura, concretamente a partir de las elecciones de 1982, estos pierden su capacidad de articulación y entran en una cierta crisis ante las nuevas condiciones políticas y sociales en que se encuentran.

49. *Bóias-frias*: trabajadores agrícolas temporales.

50. María Concepción D'Incao, "El movimiento de Guariba: el papel acelerador de la crisis económica", *Política y Administración*, N° 2, p. 201.

En el caso del movimiento obrero, se observa también que, ante la apertura, se produce una gran división interna entre la CUT⁵¹ y la CONCLAT,⁵² después transformada en CGT, y una baja de su militancia y actividad.

Otra problemática a ser resuelta dentro de los movimientos es la vuelta en torno a la manera como estos se relacionaron con el Estado en gobiernos democráticos. Acostumbrados a ver los gobiernos dictatoriales favorecieron el patronato e intervinieron en los sindicatos impidiendo su movilización, los movimientos tendían a recibir con cierta perplejidad una acción más neutra y a veces favorable a los trabajadores. En el trabajo de Vânia Bambirra,⁵³ sobre los movimientos de los favelados en el Estado de Río de Janeiro, se buscó mostrar una cierta crisis del propio Estado y del propio gobierno en la medida en que este se abre a un diálogo mayor con el movimiento de favelados y con otros sectores sociales. No siempre este está suficientemente preparado y tiene una política social elaborada para articularse con esa realidad nueva, que entra en contradicción con el propio sistema institucional existente y plantea una serie de problemas nuevos extremadamente ricos para el debate y para la gestión de las políticas públicas.

Al mismo tiempo, existen las implicaciones internas de esa situación para los movimientos sociales. Ante esta relación nueva con el Estado, los movimientos se sienten paralizados ante una amenaza de cooptación, y se plantea a ellos la necesidad de desarrollar una línea independiente, un proyecto propio ante el Estado, que no se confunda con una posición de confrontación permanente y definitiva con este.

Otro tema que marca esa coyuntura y se refleja en los trabajos en estudio es el efecto de la crisis sobre los movimientos sociales. En el trabajo de Pedro Jacobi hay una referencia constante a la hipótesis de que la crisis debería haber provocado mayor dinámica en los movimientos

51. Central Única de los Trabajadores con una fuerte influencia del Partido de los Trabajadores, direcciones comprometidas con la dictadura, militantes del PCB, PC de Brasil y MR-8.

52. Confederación Nacional de las Clases Trabajadoras, direcciones comprometidas con la dictadura, militantes del PCB, PC de Brasil y MR-8.

53. Vânia Bambirra (1985) "Favelas y movimientos de favelados en el estado de Río de Janeiro", *Política y Administración*, N° 2, p. 239 (FESP).

sociales. Incluso el movimiento de los desempleados aparece como una consecuencia directa de la crisis, que habría llevado a una movilización mayor. Sin embargo, si examináramos, por ejemplo, los trabajos sobre el movimiento obrero, el propio movimiento de mujeres, de negros, etc., el contexto de la crisis parece haber sido mucho más inmovilizador que movilizador. Históricamente, las crisis tienden mucho más a inmovilizar los movimientos organizados. Estas aumentan la actuación de los movimientos no orgánicos como los desempleados, que no están ligados al funcionamiento permanente del sistema económico. En estos, sin embargo, la tendencia de la crisis es inmovilizadora. Incluso si aceptamos los datos que han sido presentados, en el sentido de que hubiera habido una cierta recuperación de los mismos en algunos años, habríamos podido analizar las manifestaciones más bien sucedidas por el movimiento obrero, sobre todo en el caso de los trabajadores agrícolas, como un resultado de una cierta recuperación económica basada en la manutención de las exportaciones. Ciertamente sería necesario profundizar más ese análisis sobre la relación entre la crisis, la movilización social y la dinámica de los movimientos sociales.

Restan algunas cuestiones teóricas mucho más amplias como la relación entre los dos grandes movimientos sociales (el obrero y el de trabajadores agrícolas) con el de los nuevos movimientos sociales. Si bien los movimientos de los favelados y de habitantes ya existían históricamente, es importante resaltar que adquirieron un dinamismo muy grande en los últimos tiempos. La cuestión fundamental es investigar si esos movimientos tienden a permanecer dentro de la estructura de funcionamiento de una democracia o si son movimientos circunstanciales. Con el rápido desarrollo del capitalismo en Brasil en los últimos treinta años, ya se cristalizaron en la estructura económico-social los elementos de un vasto sector de servicios dedicado a la circulación, a la complementación de la producción y a la reproducción de la población.

Como ya destacamos, en una sociedad cada vez más integrada en un sistema productivo nacional e internacional corresponde un papel creciente a las instituciones privadas o estatales en la atención a las necesidades de la población. De esa manera, las condiciones de vivienda, educación, salud, alimentación, dependen de una estructura de servicios

públicos y dejan de estar basadas en el presupuesto familiar, incapaz de cubrir la organización de servicios tan vastos y complejos. En consecuencia, los movimientos sociales urbanos adquieren nuevas formas de actuación para canalizar las demandas de esos servicios y presionar al Estado para una mejor atención de esas necesidades.

La crisis, como vimos, altera y deprime de cierta manera los centros productivos que forman el núcleo del movimiento. La transición democrática los canaliza en gran parte a la lucha por la democracia y por las libertades públicas, como las grandes campañas por la amnistía, las elecciones, la campaña por las “directas ya”, la movilización en torno a la Constituyente, etcétera.

A medida que se detiene el proceso recesivo y se recupera la organización del movimiento obrero y de trabajadores urbanos y rurales, todo el conjunto anárquico descrito anteriormente encuentra una columna vertebral en dirección a la formación de un sujeto colectivo nacional. Si dichas tendencias fuesen acompañadas por una evolución doctrinaria, estratégica y táctica similar en el campo político, veríamos brevemente levantarse un enorme gigante sociopolítico en el país. Sus pasos, aunque vacilantes, harían temblar las estructuras tradicionales de nuestro continente.

IV. De cómo las clases dominadas cuestionaron a la dictadura⁵⁴

Ya al final de los años sesenta, más especialmente en la década del setenta, los movimientos sociales comienzan a conformarse o a rearticularse en Brasil. Esto no es casualidad. Representa una respuesta por parte de los sectores populares a los resultados del desarrollo del capitalismo dependiente en el país que acentuó las desigualdades, las carencias y la marginalización de más del cincuenta por ciento de la población. Y esto estuvo patente aún en el período del llamado “milagro brasileño”, cuando el proceso de acumulación de capital alcanzó su ápice y ocurría una gran expansión de la industrialización, cada vez más concentrada,

54. Este capítulo fue escrito originalmente en colaboración con Vânia Bambirra; fueron realizados cambios posteriores sobre los cuales la coautoría no tiene responsabilidad.

centralizada y monopolizada, enfocada a la conquista de mercados externos y a la satisfacción de las necesidades de las altas esferas de consumo.

El supuesto de tal desarrollo fue la aplicación ortodoxa de la política económica del FMI desde 1964, basada en la estabilización monetaria vía contención de salarios –“reducción salarial” –, restricción del crédito a las pequeñas y medianas empresas, contención del gasto fiscal y la apertura, sin restricciones, a la penetración del capital extranjero.⁵⁵ Su resultado fue la acentuación de la desnacionalización de los medios de producción, el crecimiento extraordinario de la deuda externa y la intensificación de la concentración de la renta, cuya contrapartida fue el empobrecimiento de la gran mayoría de la población.

Las clases medias y los segmentos de sectores populares que de alguna manera habían disfrutado del “milagro” (debido al aumento de empleos y al acceso a bienes de consumo durables a través de la expansión del sistema de crédito) se frustran en seguida, debido al agotamiento del período de expansión del sistema a mediados de la década del setenta y al estancamiento que caracterizó a la década del ochenta.

Estos grupos se transformaron, al decir de Ruy Mauro Marini, en “proletariado de servicios” y su proletarización los condujo inexorablemente a la pauperización durante la crisis (Marini, 1985).

En este sentido, tuvieron indiscutiblemente un liderazgo típico de clases medias los movimientos de mujeres y los movimientos negros, por lo menos en el período al cual nos referimos. Con todo, vale la pena recordar que el movimiento negro tiene un origen bastante anterior, sobre todo el “movimiento negro implícito” –de acuerdo con la conceptualización de Joel Rufino dos Santos–. Esos orígenes son sin duda populares pues brotan de los sectores más explotados y marginados de la población negra.⁵⁶

55. Entre los materiales del Proyecto sobre los Movimientos Sociales en Brasil, patrocinado por la UNU, se encuentran referencias muy sugestivas en relación a la apertura de la “nueva frontera” a inversiones extranjeras en el estado de Minas Gerais, en el trabajo de Michel Marie Le Ven. “El Movimiento Obrero y Sindical en Minas Gerais (1972-1985)”. Sobre la “acción expropiatoria de los recursos naturales” en Amazonia, véase Carlos Alberto F. Lima y Aluísio Lins Leni, “El complejo Industrial de Barcelona y su impacto en la Economía Tradicional”. Movimientos Sociales en Brasil, PAL, UNU.

56. Véase a este respecto Heleieth Iara Bongiovani Saffioti, “Feminismo y sus frutos en Brasil”, Cedec,

De la misma forma, el movimiento de mujeres se atribuyó a sus bisabuelas, pues data de la época de las sufragistas, a inicios de siglo, a sus primeras apariciones en el escenario político. Es necesario, sin embargo, no perder de vista que, en este caso, desde sus inicios, el primer grito de alerta y el primer grito partió también de las clases medias.

Existen varios denominadores comunes entre los dos movimientos: ambos luchan por la conquista de un respeto social, por la preservación de su dignidad y contra la discriminación; ambos luchan por el acceso al mercado de trabajo y contra las discriminaciones funcionales y salariales; en suma, ambos luchan contra la marginación social a que históricamente fueron sometidos y que tienden a agravarse en épocas de crisis.

Ya los movimientos sociales, según Pedro Jacobi⁵⁷ están compuestos de una base nítidamente popular, pues sus activistas vienen de aquellos sectores de la población que se sienten directamente afectados por la pésima calidad de los servicios, los enfermos desatendidos, los que se sienten amenazados por la violencia urbana, los desalojados o, en otras palabras, los que no tienen siquiera garantizado un techo para descansar, una estera para morir.

Al lado de la lucha de estos sectores excluidos y marginados, especialmente después de la quiebra del “modelo económico”, se destaca el surgimiento de un liderazgo ágil de clases medias que centraba sus reivindicaciones en torno a la cuestión de la casa propia, en la lucha contra los reajustes de las prestaciones del Banco Nacional de Vivienda (BNH). Dicho Banco tenía por objetivo financiar la adquisición del inmueble a través de todo un sistema de prestaciones reajustables de acuerdo a un patrón correlacionado con el aumento del costo de vida. Pero, poco a poco, los reajustes se fueron volviendo cada vez más exorbitantes e inaccesibles para los asalariados. Tal situación dio origen a un intenso cuestionamiento y resistencia por parte de los deudores que utilizaban

mimeo, 1986; “Caminos del feminismo en contexto socioeconómico subdesarrollado”, proyecto Movimientos Sociales de Brasil, PAL, UNU, mimeo.; y Joel Rufino dos Santos “INPC y Cacique de Ramos: dos ejemplos de movimiento negro en la ciudad de Río de Janeiro”; proyecto Movimientos Sociales en Brasil PAL, UNU.

57. Pedro Jacobi, “Movimientos sociales urbanos en una época de transición: límites y potencialidad”, proyecto Movimientos Sociales en Brasil, PAL., UNU.

como infraestructura las combativas Asociaciones de Vecinos que se constituirían desde la zona sur hasta los suburbios, sobre todo de las ciudades grandes.⁵⁸

El movimiento de los favelados es un movimiento típicamente popular, en vista de que los vecinos de las favelas componen el extracto más marginado de la sociedad. Está compuesto por ex-campesinos expulsados del campo; inmigrantes que huían de las regiones de sequía; trabajadores desempleados o que ganan salario mínimo; la mujer abandonada; el “temporal” o empleado ocasional del sector de servicios; la empleada doméstica, etcétera.

A pesar de tener un origen más antiguo, el movimiento de favelas se activa en la última década. Hasta el fin de la década del setenta se mantiene en una actitud de defensa, centrado principalmente en la lucha contra las retiradas y orientado aún por una concepción paternalista de que la sobrevivencia dependía de protectores, ya fueran los padres, los políticos, los banqueros o los bandidos (Bambirra, 1985).

Ya en los años ochenta, el fantasma de las retiradas había desaparecido, pues los gobiernos locales tuvieron que aceptar, como una situación real, el fenómeno de favelización. A partir de 1982-1983, durante la campaña electoral y, en seguida, con la posesión de los nuevos gobiernos democráticamente electos, dicho movimiento intentó adquirir una postura más reivindicativa. Esa postura se condensó en una aspiración básica: que el poder público legalizara la posesión de la tierra y urbanizara las favelas, dotándolas de servicios básicos (luz, drenaje, pavimentación, módulos médicos, escuelas, guarderías, etcétera.).

Los movimientos obrero y campesino, típicos de las clases dominadas –cuyo origen es antiguo e histórico, pues marcaron varios momentos cruciales de luchas por las reformas sociales– también vuelven a despuntar en el escenario político de los años setenta.

El movimiento obrero renació a través de sucesivas e importantes huelgas, sobre todo en São Paulo y Minas Gerais.

58. La más combativa de estas asociaciones es, sin duda, la FAMERI (Federación de las Asociaciones de Vecinos del Estado de Rio de Janeiro) liderada, durante un largo periodo, por Jó Rezende, un técnico de nivel medio que, debido al liderazgo junto con las comunidades, terminó siendo electo vice-alcalde del importante municipio de Río de Janeiro.

En el ABC,⁵⁹ la primera ola huelguista en 1978 tuvo, a decir de Marino, características sui generis: “La propia forma de movilización constituía un hecho nuevo en Brasil [...] los obreros no abandonaron el trabajo, limitándose a permanecer de brazos cruzados al lado de las máquinas paradas, en una ocupación real, durante el tiempo necesario”. Los sindicatos, según el mismo autor, “mostraron contar con un apoyo efectivo de las bases y reforzaron su unión con ellas, mediante la utilización de delegados, núcleos de acción y comisiones coordinadoras”. La gran vanguardia del movimiento huelguista fue el sector obrero metalúrgico”.⁶⁰

Las huelgas de 1979 marcaron el auge del movimiento y se esparcieron en varias categorías y por varios estados del país, Pero es en São Paulo donde ocurren 50% de las huelgas que llegan a movilizar, solamente en el ABC, a 210.000 trabajadores. El movimiento cuenta con un apoyo de la Iglesia Católica y de la oposición democrática. Son reunidas más de 30 entidades sindicales y se aprueba una pauta común de reivindicaciones que incluya aumento y unificación nacional del salario mínimo, garantía y estabilidad de empleo, reajustes trimestrales, libertad y autonomía sindical, derecho de huelga, delegado sindical, libertad de organización y manifestación, constituyente, elección directa para presidente de la República y todos los cargos ejecutivos, cambio de la política económica.⁶¹

Sin duda, el movimiento obrero en los últimos años de la década del setenta vive un intenso período de ascenso que se demuestra en el

59. Así llamadas las ciudades de Santo André, São Bernardo y São Caetano en São Paulo, donde se encuentran las grandes industrias modernas, sobre todo las metalúrgicas, de autopiezas y montadoras de automóviles.

60. Ruy Mauro Marini (1985: 185). Lucía Oliveira cita datos que explican el peso de la economía paulista en el contexto de la economía nacional y la importancia especial de los obreros metalúrgicos: “São Paulo [...] concentra la parcela más significativa del conjunto de la actividad económica, tendió su población activa de 6.3 en 1970 a 11,2 millones de personas representando 23,5 de la PEA nacional. Están concentrados en el Estado más de 35% de la fuerza de trabajo industrial. En 1974 [...] la metalurgia y particularmente los sectores de material de transporte electrónico, autopiezas, absorbía 29,6% de aquel porcentaje. Esta proporción se amplía posteriormente, encontrándose actualmente en la metalurgia cerca de 50% del proletariado industrial, más de la mitad de estos en los municipios de São Paulo y del ABC, siendo que un 70% de los trabajadores en las montadoras se encuentran en este último”. “El movimiento obrero en San Paulo, 1970-1985”, proyecto Movimientos Sociales en Brasil. UNU, PAL.

61. Lucía Oliveira (1985: 8 y 12).

avance de sus organizaciones clasistas, en su combatividad y en el carácter de sus reivindicaciones que no se circunscriben siquiera al terreno de la lucha económica, pero avanzan hacia el campo político.

El movimiento campesino que existió hasta los primeros años de la década del setenta –por ejemplo las Ligas Campesinas y la experiencia de Formoso en Goiás– no logró reconstituirse en la década de los sesenta. El movimiento luchaba por la posesión y permanencia de la tierra, lucha tal que se hizo más difícil tras el triunfo del golpe de 1964. El fenómeno nuevo que ocurre en el campo brasileño es el surgimiento y la proliferación intensa del trabajador agrícola temporal, el llamado “jornalero” en general, o ex-campesino pequeño productor expulsado de su tierra. Llegan a habitar en las “ciudades dormitorios” y son contratados por las grandes empresas agrícolas en las épocas de cosecha y plantío.

Ya al final de los años setenta comienzan a ocurrir las primeras movilizaciones de resistencia de estos trabajadores, como en Ribeirão Preto y en seguida en el Noreste.⁶²

Gran porcentaje de los trabajadores temporales se concentró en el sector azucarero debido al Programa Nacional del Alcohol, que busca sustituir la importación de petróleo.

Las primeras luchas se dieron contra los abusos de los contratistas y reivindicaban un aumento del pago por la caña cortada y mayor seguridad en el transporte. Posteriormente, ya en la década de 1980, sus reivindicaciones serían más elaboradas y sus luchas más violentas: “estabilidad en el empleo, mayores salarios, descanso remunerado, derecho a remuneración por enfermedades, control del trabajador sobre lo que produce, eliminación de la explotación adicional realizada por el ‘gato’ o contratista, etcétera”.⁶³

Se desarrolló también la tendencia a la organización sindical y a la vinculación al movimiento sindical ya organizado. En 1979 surgen, en el Tercer Congreso de Trabajadores Rurales, las primeras movilizaciones organizadas de estos trabajadores. Desde entonces hasta ahora, se

62. Véase Maria Conceição D’Incao y Moaeyr Rodríguez Botelho. “Movimiento social y movimiento sindical entre los asalariados temporales de la agroindustria canavieira en el estado de São Paulo”. *Movimientos Sociales en Brasil*, UNU-PAL.

63. Maria Conceição D’Incao y Moaeyr R. Botelho, *op cit.*, p.17.

presencia, como dice Ruy Mauro Marini, “la transformación de la mano de obra semi-asalariada del campo en auténtico proletariado, cada vez más urbano [...] y que emerge, en esta primera mitad de la década del ochenta, dispuesto a –luchando por sus derechos– ocupar el lugar que le corresponde dentro del movimiento obrero”.⁶⁴

Finalmente, los movimientos religiosos tuvieron un significativo ascenso en los años setenta. Es difícil precisar el origen de la clase de sus dirigentes. En la Iglesia Católica la mayoría de aquellos que llegan a ocupar los más altos cargos de su jerarquía provienen de las clases dominantes, pero existen muchos sacerdotes que provienen de las clases medias y hasta incluso de sectores populares. Sin embargo, la gran base social católica está compuesta por las clases medias y los sectores populares. Fue sobre todo entre ellos que el trabajo de las CEBS (Comunidades Eclesiásticas de Bases) fue más intenso, perseverante y fructífero, no solo limitando a las ciudades, sino penetrando también en el medio rural.

El trabajo de las CEBS extrapuló los límites de la religión y se enfocó notoriamente a las cuestiones políticas y sociales, desde la lucha por la amnistía, pasando por el apoyo a movimientos huelguistas hasta la lucha por las elecciones directas para presidente. Esto porque las CEBS en general fueron dirigidas, a partir de los años sesenta, por los sectores más progresistas de la Iglesia. Su contribución al avance de los movimientos sociales en su conjunto fue altamente positiva y estimulante a medida que apoyaron las reformas sociales, las reivindicaciones populares y el proceso de democratización del país. Pero, en cierto sentido, tiene razón Helleieth Saffioti cuando destaca la duplicidad de la función social de la Iglesia. Debido al interés que posee su análisis, vamos a citarlo ampliamente:

Las CEBS que ya sobrepasan tres millares en el país, no actúan solamente en el medio urbano, sino también en el medio rural, organizando a los agricultores sin tierra para luchar por la legalización de la posesión del suelo en que plantarán sus medios de subsistencia. En consecuencia, principalmente de la actuación de las CEBS en la

64. Ruy Mauro Marini (1985: 195).

lucha por la posesión de la tierra, se han registrado conflictos entre la Iglesia Católica y el Estado brasileño. Al fin y al cabo, las relaciones entre el poder político instituido en varios niveles (municipal y federal) y la Iglesia llegan siempre a buen término, una vez que la Iglesia, al conducir los movimientos sociales a través de las CEBS, regula la profundidad de los cambios socioeconómicos pretendidos por los menos favorecidos. No es pues, correcta la afirmación de que la Iglesia hizo su opción por los pobres. Es cierto que defiende intereses de estos últimos, pero lo hace en un escenario político en cuya estructura de poder le está reservado un determinado espacio que ella intenta no solo preservar, sino también ampliar, sin, siquiera romper las reglas del juego. La función social de la Iglesia ha sido, por lo tanto, en los últimos 20 años, doble, en tanto que es interlocutora legítima ante el Estado, y expresa las aspiraciones populares, como detentora de una buena parcela del poder político, y dificulta la emergencia de rebeliones populares con potencial revolucionario.⁶⁵

Vale la pena, sin embargo, recordar que tal duplicidad no debe ser imputada a la Iglesia en su conjunto pues en su interior están presentes las contradicciones sociales. Es decir, por lo tanto, que no hay una “opción por los pobres” es una media verdad, pues existen sectores religiosos que realmente hicieron esta opción. El caso de Nicaragua ilustra, de forma contundente, dicha observación.

Paralelamente, a la influencia de la Iglesia Católica, siempre entró en vigor, con mucha fuerza, la de las religiones de origen africano. Naturalmente, en Brasil adquirieron sus propios matices y algunas intentaron incluso asimilar algunos aspectos del catolicismo, dando origen a todo un sincretismo de cultos. Estas religiones, que muchas veces fueron reprimidas y perseguidas, se afirman y se expanden, de manera vigorosa, a partir de la década del setenta, en el círculo del movimiento negro. Existe incluso una tendencia al “emblanquecimiento” de las creencias y de los rituales. Comienza a estar de moda, entre las clases

65. Saffiotti. “Caminos del feminismo en un contexto socio-económico subdesarrollado”, Movimientos sociales en Brasil, UNU, PAL, pp. 17-18.

medias y hasta entre las élites blancas, la frecuencia a las “plazas”, a los locales de los cultos, a las casas de los jefes religiosos. Pero lo relevante en toda esa apertura es que las religiones afrobrasileñas llegan, paulatinamente, a ser cada vez más respetadas, no solo por sus seguidores, sino por la sociedad en su conjunto.

Pero, si estas son tan antiguas en cuanto a la llegada del primer africano a Brasil, lo mismo no ocurre con la serie de cultos relativamente nuevos y que llegaron a proliferar a partir de la década del sesenta. Son creencias que poseen un carácter muy conservador y que se preocupan en ejercer su dominación entre las clases medias bajas, sobre todo entre los sectores populares más carentes. La proliferación de estas sectas a través de construcciones rústicas, pero bien cuidadas, ya es un elemento del paisaje típico de las favelas. Son las llamadas Iglesias Pentecostalistas (Asamblea de Dios).⁶⁶

Aparentemente, predicán un moralismo fanático y reaccionario y tienden a apoyar los partidos más conservadores. La expansión de estas religiones es muy funcional al sistema, a medida que tienden a neutralizar la actuación de los sectores católicos progresistas y de los partidos de izquierda. En general, están vinculadas a organizaciones internacionales –principalmente norteamericanas– y reciben de estas alguna ayuda financiera.

Estas religiones encuentran un caldo de cultivo en la precaria formación cultural del pueblo, en su abandono, en su desesperación ante sus condiciones miserables de existencia. Además, estas saben desarrollar con maestría –como lo hace también la Iglesia Católica– formas de socialización entre las personas, que van de las fiestas y rituales a los vínculos de solidaridad y fidelidad y finalmente, a la perspectiva de una vida no más allá que compense y justifique los sufrimientos de la vida terrenal.

En los procesos revolucionarios, estas creencias actúan como base efectiva para la contrarrevolución como fue, por ejemplo, el caso de los “Testigos de Jehová”, durante los primeros años de la Revolución Cubana, instrumentada directamente por la CIA.

66. Véase, por ejemplo, Lia Zanota, Machado y Custódia Selma S. do Amaral. “Movimientos religiosos en el centro oeste”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU.

Su actitud ante los movimientos sociales tiende a ser francamente reaccionaria teniendo en vista predicar el pacifismo, el conservadurismo, el inmovilismo, siendo por lo tanto verdaderos agentes del *status quo*. El comunismo es el síntoma de la presencia del diablo en la Tierra, y por lo tanto, los políticos y partidos de izquierda son su encarnación; el feminismo es la destrucción de los valores morales de familia, pues pretende retirar de la mujer sus atribuciones naturales concedidas por Dios; la clase obrera y el campesinado deben resignarse, pues estos son los designios divinos.

Sin embargo, es bueno recordar que, a pesar de todo esto, muchos “pastores” carismáticos han asumido liderazgos efectivos en el ambiente campesino, favelado, femenino y hasta obrero. Muchos miembros y hasta dirigentes de estas sectas escuchan de forma más nítida el llamado de clase que el de la religión y llegan a incorporarse activamente a los movimientos de resistencias a la dictadura, a la lucha por la amnistía, por las elecciones directas y hasta incluso a la lucha por la victoria electoral de candidatos realmente comprometidos con la causa popular.⁶⁷

V. Los movimientos sociales en el momento de la “apertura política”

Tratamos de mostrar como no fue aleatorio el ascenso de los movimientos sociales en los años 70. Resaltamos como estos fueron la respuesta a la quiebra del modelo económico y político que la dictadura trató de imponer al país y que resultó en una aguda crisis en todos los aspectos de la vida nacional. A la crisis estructural del capitalismo dependiente se antepone la crisis económica coyuntural, agravada por la crisis del capitalismo a nivel internacional.

El avance de la revolución científico-técnica en este sistema, particularmente la aplicación creciente de la automatización, tuvo sus efectos en los países dependientes, agravando la cuestión ya aparentemente inexplicable del desempleo.

67. Sobre la influencia de las Iglesias en el medio rural, se veía Ilse Scherer-Warren, “El movimiento de los trabajadores rurales en el sur de Brasil”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU.

El sistema autoritario brasileño no fue capaz de encontrar mínimamente respuesta a los agudos problemas sociales que se extendieron con sus secuelas de incultura, marginación, desesperación y protesta.

Es sabido que los momentos agudos de crisis no son los adecuados para el asenso de los movimientos sociales y por ello no es nada casual que estos crezcan paulatinamente en el curso de la década del setenta, para alcanzar el auge en su final. Ya en el inicio de la década de 1980, entre 1979 y 1983, la recesión abierta crea las condiciones para un retroceso de los mismos que solo volvían a despertar a partir de la recuperación aún precaria de 1984-1986. Esta al apoyarse en gran medida del sector exportador y al contraer las importaciones para crear un superávit de divisas que son usadas para pagar la deuda externa, produce una combinación de plena ocupación de factores, con alta inflación y bajos salarios, de efectos explosivos. Durante la década del ochenta los salarios caen de un 60% a menos de un 40% en su participación en la renta nacional.

Los movimientos sociales son permeables entre si y ello explica por qué el ascenso de uno estimula los otros. Esta es una cuestión elemental: un ciudadano puede participar de varios movimientos sociales. Así, por ejemplo, una mujer de la clase obrera, negra, residente en una favela o en un barrio carente y religiosa puede optar por múltiples alternativas de participación.

O sea, un mismo actor puede desempeñar simultáneamente varios papeles. Es por ello que, aunque las experiencias sean distintas, los movimientos sociales poseen entre sí, muchos elementos comunes. Fueron esos elementos comunes los que convergieron en aquel período, sintetizando el repudio al régimen autoritario. Ese repudio se manifestó de la manera más concentrada en la campaña por las “directas ya”.⁶⁸

En este período histórico, los movimientos sociales se afirman como un nuevo sujeto social (Dos Santos, 1985), dando origen a los nuevos sindicatos en la ciudad y en el campo, asociaciones de barrios, movimientos femeninos, proliferación de CEBS, organizaciones de negros, etc., que se relacionan y se interrelacionan.

68. Cabe mencionar, la elección directa e inmediata del presidente de la República.

Este nuevo sujeto social revela el ansia de participación y de democracia del pueblo brasileño relegado en sus derechos básicos de ciudadanía, durante los veinte años de la dictadura militar-empresarial.⁶⁹

Presionada por este nuevo sujeto social, la dictadura es obligada a hacer concesiones, pero las hace de manera que garantice la continuidad en el poder de los mismos representantes de los intereses del gran capital, asociados a los monopolios extranjeros.

Ello explica la mezquina y lenta reforma del sistema electoral y partidario.

Los nuevos partidos, como el PDT y el PT, surgen y se desarrollan a pesar de las enormes dificultades por la legislación electoral, pero consiguen atraer significativos sectores de los movimientos sociales, aunque el PMDB continúa siendo el partido hegemónico de la oposición hasta las elecciones de 1989.

En 1982, se realizan las elecciones directas para gobernadores, diputados, alcaldes (excepto en las capitales de los estados y en las ciudades consideradas de seguridad nacional y en las estancias hidrominerales) y concejales. La crisis económica durante ese año de campaña electoral intensa había recrudecido. Los movimientos sociales que habían sido los agentes del proceso de la apertura tienden a dividirse, en función de las distintas opciones partidarias. Cada individuo tiende a identificarse, con mayor o menor fuerza, con una propuesta de democratización de la sociedad. La experiencia de la ciudadanía de organización política es muy estricta. Las personas ni siquiera conocen los programas partidarios. Las opciones de militancia y electorales son hechas en función de la confiabilidad personal de los candidatos —el caso del gobernador Leonel Brizola, en Río—, o en función de la innovación y ortodoxia del partido —el caso del PT—, o del pragmatismo, cabe mencionar el partido que puede derrotar al gobierno, en el caso del PMDB; o finalmente, en función del oportunismo personal. La existencia de partidos introdujo o permitió que se expresaran posiciones diversas en los movimientos sociales. A largo plazo, sin duda, esta diversidad funcionará para bien, pues la

69. Nos referimos a la tesis de que el golpe militar de 1964 fue articulado y el poder pasó a ser ejercido personalmente por grandes empresarios asociados a las multinacionales. Véanse René A. Dreyfuss (1964) y Vânia Bambirra (1985).

democracia se ejerce a partir de partidos organizados. Las definiciones partidarias cuestionaron momentáneamente en esta coyuntura específica, la unidad de los movimientos sociales.⁷⁰

El embrión de la discordia, ya sembrado, proliferó en el seno del movimiento obrero y de muchas organizaciones de mujeres; sobre todo aquellas lideradas por las clases medias, se dividieron, lucharon y desaparecieron del mapa social; las organizaciones, al definirse por una u otra asociación, perdieron su unidad, y así sucesivamente. Eran sin duda, opciones transitorias, pues no se basaban –vale la pena insistir en esta tesis– en el análisis programático de los partidos y reflejaban una dificultad para asimilar correctamente las leyes del funcionamiento de una democracia moderna en lo que respecta a la relación entre movimientos sociales y partidos políticos. El descenso persistió durante los nuevos gobiernos estatales.

Posteriormente, como se frustró la lucha por las “directas ya”, los movimientos sociales resurgieron no propiamente en su particularidad, sino en su fusión en torno al consenso de detener la última gran batalla contra la dictadura. Al frustrarse el objetivo de ese inmenso proceso de movilización, el movimiento se proyectó sobre el ambiente político y las negociaciones para una sucesión, aunque indirecta, pues sería hecho a través de un colegio electoral espurio. La expresión mayor, la cara más fea del régimen, que condensaba todo su simbolismo de corrupción y perversidad, se concentraba en la figura de Paulo Maluf. Ese fue tal vez el mayor “chivo-expiatorio” de nuestra historia. La opinión pública, por cierto, no apoyó a Tancredo Neves por sus méritos, por su obra pública inexistente, en cincuenta años de vida política jamás elaboró siquiera un proyecto de reforma social-, sino exclusivamente por ser el opositor del representante oficial del sistema, el conciliador de la conciliación posible –“amplia, general e irrestricta”, como el lema de las “directas”– entre todos (conservadores, liberales, izquierdistas). El balance de las “directas

70. Véase a este respecto Jorge Zaverucha, “Movimiento obrero en Pernambuco (1970-1985)”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU. p. 14; Maria Noemi Castilhos Brito. “Mujeres en el Sur: movimiento y acción”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU. P 15 y 16. Heleieth Saffietti: *op. cit.* Carlos Alberto F. Lima. “La Lucha por el espacio urbano en Belén”. Ídem., p. 5. Varios otros autores citados concuerdan con esta tesis.

ya” era pues, positivo. A pesar de no haber alcanzado su objetivo final de lograr la sucesión presidencial a través del voto directo, había conseguido dividir el partido de la dictadura y “elegir”, aunque con mecanismos autoritarios, un presidente liberal.

Pero Tancredo murió y la era de la llamada “Nueva República” quedó huérfana. Durante un año, el gobierno de José Sarney se caracterizó por la inmovilización, por el estancamiento de la crisis social, a pesar de que la economía registraba los primeros y débiles síntomas de recuperación.

En los estados, donde los gobernadores fueron electos por la oposición, algunas medidas reformistas, y sin duda, modernizadoras fueron insuficientes para movilizar los movimientos sociales que, cuando mucho, se manifestaron en torno a reivindicaciones muy específicas y sectoriales. La gran excepción fue el movimiento de los “jornaleros”, particularmente en São Paulo, que mucho avanzó en su organización, expandiéndose a través de la realización de combativas huelgas, afirmando un nuevo liderazgo y tendiendo a estrechar sus vínculos con el movimiento sindical urbano.⁷¹ Dichos vínculos si bien representan una evolución del movimiento, como bien destacan M. C. D’Incao y M. R. Botelho, generan al mismo tiempo, un factor que complica su desarrollo, pues atraen la disputa de los partidos políticos y de las centrales sindicales (CUT y CGT) de tendencias opuestas y contrapuestas “creando situaciones delicadas para el movimiento de trabajadores y para el movimiento sindical rural”⁷² debido a posturas sectarias que estimulan disidencias y divisiones.

El fortalecimiento del sindicalismo rural que se afirma en el círculo de estas luchas tiene, por lo tanto, sus dificultades y problemas, pues intensifica la codicia por su control, por parte de las más diversas tendencias políticas, muchas veces a través de la instrumentación de la corrupción de liderazgos que se transforman en “costras”. A nivel

71. Maria Conceição D’Incao y Moaeyr Rodrigues Botelho muestran como el movimiento huelguista generado en Guariba se generalizaba “por toda la región de tal manera que hasta el 31 de junio (1985), 46 días tras el inicio del movimiento, 24 conflictos habían sido informados por la gran prensa, involucrando a 48.350 trabajadores, entre saqueos, depredaciones y huelgas. Estos en número de 19. A estas alturas, la FETAESP (Federación de los Trabajadores Agrícolas del Estado de São Paulo) informaba la realización de 25 acuerdos, involucrando a 27 municipios”. *Op. cit.*, p. 23.

72. *Op. cit.* p., 26.

nacional es posible percibir una intensa movilización de campesinos sin tierra, en buena medida organizados por la Iglesia Católica, y que están luchando desde hace años por una reforma agraria. Padres y obispos han denunciado insistentemente la gravedad de las tensiones de la zona rural, que ha dado como resultado el asesinato de centenares de campesinos.⁷³

El movimiento obrero realiza una gran cantidad de huelgas en los estados donde su presencia es marcada, como en São Paulo y Minas Gerais.⁷⁴ Se realizan también importantes huelgas nacionales de categoría profesional como profesores, bancarios, empleados de correos, etc. Pero son huelgas sectoriales, aisladas unas de otras, y que tienen como reivindicación básica, el aumento de salario, y no llegan a adquirir connotaciones más avanzadas que signifiquen propiamente un avance orgánico y político del movimiento en sí.

Además, en general, las huelgas en este período no son victoriosas (excepto la de los bancarios en 1985) y no logran cuestionar la política económica del gobierno central que “aprobó su nueva política salarial sin que el movimiento sindical alcanzara a imponerle por lo menos modificaciones”.⁷⁵

El movimiento sindical tiende a consolidar su división, polarizado por la conducción de los partidos, y la tentativa de huelga general patrocinada por la CUT resulta en un rotundo fracaso.

A su vez, los movimientos sociales urbanos, se manifiestan de manera impactante. Primero en São Paulo y enseguida en Río, a través de acciones de protesta de desempleados por medio de asaltos a tiendas y supermercados.

A pesar de su carácter espectacular y de la amplia cobertura informativa nacional e internacional, dichos movimientos, como todo indica, fueron estimulados por fuerzas del antiguo régimen con el objetivo de desestabilizar los nuevos gobiernos de São Paulo y Río de Janeiro.

73. Véase, por ejemplo, Aurilea Abelem (1985).

74. Véase Lúcia Oliveira. “El movimiento obrero en São Paulo”, *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU. La autora destaca el aumento progresivo de la realización de huelgas, pues en 1984 son el doble de las que ocurren en el año anterior, p.19.

75. *Ibidem*, p. 19.

Demostrados sus límites y prontamente reprimidos o políticamente combatidos, desaparecieron tan súbitamente como habían surgido. En seguida, sus formas de manifestación tienden a menguar.⁷⁶

Es verdad que continúan llevándose a cabo movimientos de barrios, reivindicando atención a la salud, a la seguridad, al problema de los transportes, etc. Sin embargo, son manifestaciones menores en comparación a las ocurridas a fines del gobierno autoritario.

El movimiento de favelados no registró mayores avances a nivel nacional y no logró satisfacer siquiera partes significativas de sus reivindicaciones. No existen evidencias que comprueben lo contrario; los análisis revelan la existencia de una gran inmovilidad.⁷⁷ La gran excepción es la del movimiento de Río de Janeiro. Esto porque durante el gobierno de Brizola se dio prioridad efectivamente a la atención a las reivindicaciones de los sectores carentes. Su meta fue el cumplimiento de un programa social de gran porte, concentrado fundamentalmente en la atención a los niños y jóvenes. En este sentido, fueron construidos 180 y contratada la construcción de otros 320 CIEP (Centros Integrados de Educación Pública) con capacidad de atender a 500.000 estudiantes en los niveles básico y medio, en jornada completa. Los CIEP abastecen todas las comidas, deportes, formación artística, asistencia medico-odontológica. Funcionan incluso en época de vacaciones, de manera que no interrumpen la asistencia de los alumnos.

Este programa, además de aliviar el presupuesto de las familias pobres, creaba condiciones para que la mujer pudiese trabajar fuera de casa y sobre todo, ofrecía al niño la posibilidad de una formación integral que lo volviera apto, en el futuro para ejercer una actividad a nivel técnico o profesional, esencial para el ejercicio de su ciudadanía.

Existen muchos otros programas que fueron cumplidos en Río de Janeiro. Uno de los más relevantes fue el de urbanización de las favelas

76. Pedro Jacobi, *op.cit.*

77. Véase, por ejemplo, el excelente trabajo de Maritza Rezende Afonso y Sergio de Azevedo; "Ciudad, poder público y movimiento de favelados", *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU, donde se muestra cómo las expectativas del movimiento de favelados fueron defraudadas por el gobierno de Tanerodo Neves y, en seguida de Hélio García, en Minas Gerais. Véase también el trabajo de Maria do Céu Cezar donde se muestra que, en una ciudad favelada como Recife (Pernambuco), el "Movimiento de defensa de los favelados solo surge el 1985". *Movimientos Sociales en Brasil*, PAL, UNU.

y la legislación de la posesión de la tierra urbana por medio del proyecto “cada familia un lote”, que incidió prioritariamente sobre la mujer favelada. Es importante recordar que, apenas en el municipio de Río de Janeiro, existen más de 400 favelas cuya población total se calcula en cerca de dos millones, o sea, casi un tercio de los habitantes de la ciudad.

La política del gobierno estatal, al apuntar en dirección de una efectiva resolución de los graves problemas sociales de esos amplios sectores, tuvo como consecuencia el fortalecimiento del movimiento de los favelados, pues, son las favelas más organizadas las que poseen mayor capacidad de reivindicación y de obtener mejoramientos por parte del poder público. De ahí proviene el crecimiento y mayor respetabilidad de la FAFERJ (Federación de las Asociaciones de Favelas de Río de Janeiro).

El resultado de ese extenso programa social se manifiesta en las elecciones presidenciales de 1989 cuando Leonel Brizola alcanzó 70% de la votación del Estado de Río de Janeiro.

En São Paulo y en Minas Gerais fueron creados por los gobiernos del PMDB, los CECF (Consejo Estatal de la Condición Femenina), compuesto por mujeres de este partido. En seguida se creó ese Consejo a nivel federal. A lo que todo indica que sus resultados fueron muy limitados (ni siquiera dispusieron de presupuesto propio y poder deliberante), excepto en el municipio de São Paulo, donde, por su influencia, se elevó el número de guarderías de 80 a 400; se creó la Comisaría de la Mujer en casos de violencia, divorcios, etc.).⁷⁸ En 1988, el PMDB perdió el control del Consejo Nacional de los Derechos de la Mujer, mostrando su carácter de cúpula al depender de los caprichos del ministro de la Justicia en función.

En otras regiones como las del sur, desgastadas por inundaciones y sequías, los propios gobiernos reconocen que poco pudieron hacer para atender las reivindicaciones sociales. En las regiones norte y noreste—esta última también afectada por sequías y, luego por inundaciones—prácticamente nada fue hecho sustancialmente para enfrentar los gravísimos problemas de las poblaciones carentes.⁷⁹

78. H. Saffiotti, *Feminismo y sus frutos en Brasil*, p. 28.

79. Carlos Alberto F. Lima, comentando las obras del nuevo gobierno peemedebista en el Pará, tras 1983,

Esta frustración de expectativas llegó a impulsar un nuevo auge de los movimientos sociales a partir de 1986, pero este se dio en un contexto bastante distinto al de los años setenta, como veremos en el próximo subtema. Sin embargo, vale la pena mencionar que fue en el movimiento negro y en el de mujeres donde el descenso y la desestructuración se manifestaron de forma más nítida.

Es verdad que, como destacamos anteriormente, el descenso crea condiciones para el avance de la conciencia crítica. Así, por ejemplo, aunque los movimientos femeninos sean astillados y dejado de ser percibidos en su conjunto por la sociedad civil, existen demostraciones de que la conciencia femenina continuó avanzando. Ilustra tal aseveración el hecho de que entre los libros más vendidos semanalmente en las mayores capitales siempre se destaquen las obras que discuten la situación de la mujer, constituyéndose en verdaderos *best-sellers*.⁸⁰

Es importante recordar pero que, como bien destaca H. Saffiotti, a pesar del reflejo del movimiento, las mujeres se organizan. El liderazgo femenino de clase media hiberna, pero las mujeres del pueblo tienden a superar los estrictos ambientes privados y a actuar en los espacios públicos⁸¹ participando en múltiples movimientos sociales, ya sean los de los barrios, los de favelas (hay una interesante tendencia a que los presidentes de las Asociaciones de Habitantes sean mujeres), de los sindicatos, de las invasiones de tierras, etcétera.

El movimiento negro “explícito” se avergüenza y se divide, pero el movimiento “implícito” continúa su curso por la demanda de una cultura milenaria. Lo interesante es que la conciencia del liderazgo negro tiende a dar un salto cualitativo, en el plano teórico, y a plantear la

dijo que este “atiende prioritariamente, las reivindicaciones de los Centros, Comisiones y Asociaciones de Barrios. A las inversiones megalomaniacas. (se refiere al período de la dictadura), el nuevo gobierno contrapone inversiones de menor envergadura como: construcción de estibas, recuperación de brazos de arroyos, posibilitando el desagüe de de las aguas que había sido perjudicado con el terraplén, etc.” “La lucha por el espacio urbano en Belén”. *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU, p. 5. Este caso es ilustrativo —en general las realizaciones son mediocres a pesar de que, muchas veces, son acompañadas de costosas campañas publicitarias como en el caso del gobierno de Hélio—.

80. Autoras como Rose Marie Muraro. Marina Colussanti, Marta Suplicy fueron y continúan siendo muy leídas.

81. *Op. cit.*, p. 21. El análisis de Maria Noemi C. Brito también va en la misma dirección.

cuestión de la necesidad de una “creciente consolidación de una nueva identidad racial y cultural para el negro y, en cierta medida, también para los blancos brasileños, encauzando para las parcelas más proletarizadas del mundo blanco, desviadas con el régimen militar que debería ser el mundo de los blancos, al sector más explotado de la sociedad —el mundo de los negros—”.⁸²

En este sentido, es como la conciencia negra comienza a percibir, con toda nitidez, que la cuestión del negro se entronca con la cuestión de la clase social oprimida, de los proletarizados, sin tener que abdicar a la afirmación de sus tradiciones culturales específicas. Como bien destacó Joel Rufino, para el proletariado negro “es indiscutiblemente más fácil llegar a la conciencia de clase que a la de la raza”, pero una no debe oponerse a la otra, sino complementarse.

La energía peculiar que se manifiesta en los movimientos negros implícitos, según el mismo autor, contiene en su interior un potencial político-ideológico que puede ser, al mismo tiempo, un instrumento de lucha contra el racismo y contra el capitalismo.

Esta aguda conciencia crítica de las limitaciones de la etapa anterior al movimiento negro, dirigido por sus élites de clases medias, tiende a transformarse en consenso entre los nuevos analistas de este movimiento social. Esta pronuncia, sin duda, un salto de calidad en la orientación del movimiento y la perspectiva de que, finalmente, este logrará enraizarse en el seno de los sectores oprimidos.

Perspectivas de los movimientos sociales

Como vimos, los movimientos sociales en Brasil, en el momento en que se comienza a efectuar el proceso de apertura política, se expanden, se interrelacionan y fortalecen a sus organizaciones.

Durante la lucha electoral de 1982, seguida por la lucha por las “directas” y luego con el advenimiento de la llamada “Nueva República”, se crean nuevas perspectivas de relación con el Estado y los gobiernos estatales. Dichas perspectivas se desarrollan en el sentido de que

82. Véanse los excelentes trabajos de Hamilton B. Cardoso, “Límites del enfrentamiento racial y aspectos de la experiencia negra de Brasil: reflexiones”. *Movimientos Sociales en Brasil*. PAL, UNU, p. 24; Joel Rufino dos Santos. “IPC y Cacique de Ramos: dos ejemplos de movimiento negro y ciudadanía”, *Ídem*.

es posible refuncionalizar el capitalismo de Estado, sometiéndolo, por lo menos de una manera más progresista, a los objetivos sociales reformistas.

Pero, el objeto estratégico implícito, revela que, en última instancia, el pueblo, a través de varias formas de movimiento, lucha por un nuevo proyecto histórico. Este consiste en la construcción de una nación soberana y efectivamente democrática (política, económica y socialmente) lo que las clases dominantes, oligárquicas y burguesas, no fueron capaces de crear.

La lucha por las reformas se inserta pues, en el contexto de una lucha más amplia, como una de las formas de manifestación de una lucha de clases, que afecta a sectores mucho más amplios.

A medida que el Estado no tiene condiciones de implementar, de manera sustantiva, una política de efectivas reformas sociales, comienza a manifestarse, en el seno de los movimientos sociales, la tendencia a constituir un proyecto social y político más global que pasa por la alianza de las fuerzas populares en torno a un programa de gobierno y a una estructura de poder donde el Estado y los movimientos sociales pueden colaborar entre sí, respetando sus diferentes funciones sociales.

Una importante oportunidad para el diseño de ese proyecto, fue la campaña por la Constituyente en 1986 y las luchas que se desarrollaron en su seno por las demandas populares. En esta oportunidad se formó un amplio frente entre los movimientos sociales, las entidades de clase, las instituciones democráticas y progresistas y los parlamentos de izquierda. Este frente, se iría a deshacer en las elecciones de 1987 para las alcaldías de las capitales en nombre del fortalecimiento de los partidos por separado. Sin embargo, en 1989, la elección presidencial vio reubicar las bases de esa alianza en el segundo turno de las elecciones cuando se unieron al PT (y los demás miembros del Frente Popular que con él se presentaron en las elecciones del primer turno), el PDT y sectores del PMDB y del PSDB.

Este amplio frente solo fue quebrado por el CGT, dominado por el llamado "sindicalismo de resultados" que recibió un enorme apoyo del *establishment* para dividir el movimiento obrero. También fue un factor de debilidad la vacilación del PSDB cuyo apoyo a la candidatura de Lula fue extremadamente condicionado y frágil.

Pero al lado de esa unificación aún precaria de las fuerzas populares, se desarrolló también un proceso de unificación de la derecha, que a pesar de no disponer de un mensaje realmente popular, defendió a los candidatos con ella identificados con mayores oportunidades electorales. En este caso, los candidatos tuvieron plena libertad para atacar a todos los individuos e instituciones que suscitaban el odio popular. El candidato que la derecha terminó por apoyar por su posibilidad electoral (Dreifus, 1989), Fernando Collor, pudo así atacar a la dictadura a la cual sirvió el gobierno Sarney, bajo cuya sombra se eligió, las Fuerzas Armadas y particularmente el SIN, sin cuyo aval no podría ser indicado por el presidente Figueiredo como alcalde nombrado de Maceió, los empresarios de la FIESP, sin cuyo apoyo financiero no podría sostener su campaña.

Es importante resaltar que la campaña de Lula se hizo en nombre del socialismo, no como meta inmediata de gobierno, sino como objetivo final del movimiento que se unía a su alrededor. Esto es el resultado de un proceso de creciente definición ideológica de los propios movimientos sociales, particularmente de la CUT que se posicionó como socialista desde 1986.

De esta forma, el escenario político nacional tiende a configurarse entre dos grandes bloques de fuerza, la izquierda y la derecha. El grueso de los movimientos sociales tiende a sostener a la izquierda y solamente algunos sectores más pragmáticos siguen aún el llamado “sindicalismo de resultados”. Este, sin embargo, después de definirse como pragmático y apolítico terminó por desenmascarar sus objetivos comprometiéndose definitivamente con la candidatura y posteriormente con el gobierno de centro-derecha. Con la evolución de ese gobierno y el fracaso de sus propuestas de conciliar los intereses de los trabajadores con un programa de reformas liberales deberá ampliarse el frente de fuerzas populares que se diseñó en las elecciones presidenciales y deberá desglosarse en el próximo parlamento y en las luchas por los gobiernos estatales y principales alcaldías.

VI. Movimientos sociales y democracia emergente

De lo que analizamos hasta ahora surge una temática definitoria de los demás pasos de nuestro raciocinio. ¿Cuál es el papel de los movimientos

sociales en la determinación de las democracias emergentes dentro de los procesos de la apertura política que caracterizan la evolución reciente de la región latinoamericana?

Para analizar los movimientos sociales y su relación con la democracia emergente en Brasil es necesario situarlos en un proceso político global. La clase dominante brasileña elaboró un proyecto de apertura política a partir de 1973 que buscaba crear un modelo político liberal capaz de expresar más coherentemente los intereses de la base económica capitalista-industrial, implantada en el país en un contexto del proceso de internacionalización de la producción y el capital.

Esta propuesta sufrió a lo largo del tiempo, varias mutaciones. La primera idea que presidió las acciones del gobierno de Geisel tenía por objetivo lo que se llamó entonces una “descompensación controlada”. Esta buscaba restablecer los parámetros constitucionales que el régimen establecería en 1967, en el sentido de tolerar un cierto grado de oposición y de cuestionamiento los cuales fueron desfigurados por el Acto Institucional n° 5 y varias medidas de excepción durante el gobierno de Garrastazu Médici. Con este espíritu se convocaron las elecciones de 1974, Hasta entonces, gran parte de la oposición votaba en blanco o nulo y no reconocía en el MDB, partido entonces llamado de “oposición consentida”, una verdadera expresión de la lucha antidictatorial.

Sin embargo, a medida que la “descompresión controlada” volvía más viable el juego electoral, esas fuerzas fueron, con mayor o menor claridad, incorporándose al proceso electoral y el resultado fue una inesperada victoria electoral del MDB. Esta victoria fue ensuciada sin embargo por las artimañas del proceso electoral, que reducían el impacto del voto urbano, y por las medidas de represión y revocación de mandatos de parlamentarios más a la izquierda para restablecer la mayoría gubernamental. Sin embargo, esta demostración de la viabilidad de una victoria electoral opositora fue llevando a las fuerzas políticas y a los movimientos sociales a pensar no más en términos de una “descompresión”, sino de una apertura política que permitiese llevar más lejos el proceso de liberalización. El propio régimen comenzó a absorber esa terminología.

Sin embargo, las derrotas del partido del gobierno en las elecciones de 1976 y 1978, el desarrollo del movimiento de mujeres por la amnistía,

la reaparición del movimiento obrero en São Paulo, su evolución en el sentido del cuestionamiento del régimen y de una creciente autonomía y la urgencia de un amplio sentimiento de la clase media del país a favor de una democratización real y más profunda, comenzaron a cuestionar los límites de una simple *apertura política*. Las concesiones del régimen siempre aparecían como insuficientes: la extinción del Acto N° 5 el restablecimiento de las elecciones para gobernadores, la amnistía y la reacción de los partidos políticos.

Todavía sería solamente con el movimiento por las elecciones directas, en 1982-1984, que se configuraría la idea de una transición democrática. No bastaba con abrir el régimen, era necesario generar un nuevo régimen y la idea de la Constituyente era, para muchos sectores, la expresión de ese objetivo. Esta nueva concepción fue bien condensada en la fórmula de Tancredo Neves cuando propuso la creación de la Nueva República, que representaría una nueva institucionalidad para el país.

La burguesía fue obligada a redefinir rápidamente su proyecto, restablecer fórmulas de alianza, y buscar mecanismos de hegemonía más agresivos. Se vio abandonar el campo puramente tecnocrático y administrativo, en el cual se movía en general, para disputar en el plano de la lucha política y en las calles el apoyo de las masas, asumiendo en consecuencia, una postura ideológica más definida. Para poder conducir la fase de transición democrática y garantizar que la nueva institucionalidad sea, en el fondo, la vieja institucionalidad liberalizada, necesita readaptarse a la lucha en este nuevo contexto.

Por otro lado, el movimiento popular estuvo en todos estos años de dictadura en gran parte sometido a las propuestas de la clase dominante. Su iniciativa se restringía a acciones de radicalización de las propuestas de la clase dominante, rompiéndolas, haciéndolas ir más lejos.

Cuando la burguesía propone una simple incompreensión, el movimiento popular provoca una apertura. Cuando la burguesía asume la apertura política, el movimiento popular reivindica la transición democrática. Cuando la burguesía asume la transición democrática, se contempla en el movimiento popular un horizonte político e ideológico mucho más difícil de ser llevado porque, en realidad, en las fases anteriores, el movimiento se comportó de una forma pragmática, aceptando la

hegemonía de las clases dominantes e intentando radicalizar los proyectos por esta propuestos. Tuvimos así una situación en que la hegemonía burguesa nunca fue perdida en el proceso, sino que fue constantemente desequilibrada. Ahora, cuando surge la propuesta de una transición democrática y cuando esa propuesta es asumida por la burguesía y por toda la clase dominante, el movimiento popular ya no puede ofrecer una alternativa simplemente pragmática. Esta necesita ir más lejos porque si la transición democrática fuera realmente realizada, si se estableciese una institucionalidad efectivamente democrática en el país, se inauguraría un proceso de contenido mucho más profundo en que el movimiento popular tienda a ser la fuerza hegemónica y determinante.

Desde el punto de vista de la burguesía latinoamericana y de la brasileña en particular, en las condiciones de nuestro país, donde se realiza un proceso democrático solo en el plano formal e institucional, manteniendo las condiciones del capitalismo dependiente, se hace imposible una real democratización sin transformaciones estructurales. Por ello, la clase dominante crea una serie de restricciones al proyecto democrático, asumiéndolo formalmente, pero negándolo en la práctica. Su posicionamiento a favor del proceso democrático procuró siempre evitar que se realizara una efectiva transición democrática. La prueba de ello fueron todas las restricciones impuestas a la Asamblea Nacional Constituyente, con el objetivo de reducir su soberanía, a través de la propuesta de un anteproyecto producido por una comisión de notables, indicada por el presidente; los límites a la participación y a la influencia de las fuerzas sociales populares en sus resultados; su subordinación a un presidente no electo. El mismo carácter proletario tuvo la cuestión de la elección directa para presidente, que no fue asumida por la Nueva República a pesar de haber nacido del movimiento por las Elecciones Directas. La Asamblea Constituyente, nacida de las aspiraciones de elecciones inmediatas para presidente, aumenta de cuatro a cinco años el mandato del presidente no electo.

Por detrás de esas luchas institucionales y políticas reside, pues, la esencia de las grandes contradicciones en perspectiva. Por detrás del consenso democrático establecido en el país, está la preparación de las clases sociales para el gran choque en torno al destino del capitalismo

brasileño y norteamericano. El comportamiento de la clase dominante ha sido fundamentalmente en el sentido de evitar el cambio del actual modelo económico. La clase dominante cambió ciertos patrones de comportamiento de la economía en algunos sectores, con el objetivo de aumentar la eficacia del sistema, pero también con una clara postura demagógica para dar la impresión de estar tocando las cuestiones fundamentales. Sin embargo, hasta ahora se mantiene intacta la estructura básica del modelo económico de la dictadura.

Presenciamos así, un proceso de ilusionismo político, en que se asume una propuesta de transición democrática, al mismo tiempo en que se excluyen los mecanismos que podrían conducir realmente al país a una efectiva democratización. En ese contexto, el movimiento popular para responder a esta situación puede recurrir a elementos pragmáticos, como en el pasado reciente, pero se torna evidente la necesidad de desarrollar una propuesta mucho más ideológica, mucho más pragmática, para poder resistir a esos mecanismos y para poder desarrollar una oposición permanente y socialmente enraizada. El movimiento popular ha sentido esa necesidad. Por ejemplo: la necesidad de la CUT de tener una definición ideológica sería inaceptable hace poco tiempo atrás. No obstante, en su Congreso de 1986, su definición por el socialismo se hace necesaria como instrumento de forjar una propuesta coherente para ofrecer resistencia al Plan Cruzado, a la burguesía y al gobierno.

Su avance se reflejó también en el plano estratégico. Es el caso de la sobriedad alcanzada por la CUT en relación a la huelga general. En principio la huelga general fue una propuesta vaga y sin efectos; posteriormente esta aparece como un instrumento de lucha contra la política económica del gobierno de la nueva República. Desde 1986 la CUT comenzó a tomar más en serio esta cuestión y a sentir que la huelga general era un enfrentamiento con la clase dominante, con su proyecto de gobierno y con la política económica. El movimiento sindical comienza a sentir la profundidad de la confrontación que está siendo propuesta en el país, pero los otros movimientos sociales están confusos dentro de esta nueva situación. El movimiento campesino, por ejemplo, aún no define su relación inmediata y su papel en una huelga general. Lo mismo ocurre con amplios sectores de las clases medias y de los movimientos sociales de nuevo tipo.

Sin embargo, en el sector sindical urbano es más clara la necesidad de un gran movimiento de enfrentamiento con las políticas antipopulares. Debido a su composición partidaria gobiernista la CGT evitaba la crítica al congelamiento de los salarios, negándose, sin embargo, a dar un apoyo activo al plan de estabilización del gobierno de Sarney. Posteriormente, en una lucha desesperada por su sobrevivencia como fuerza laborista, la CGT se vio arrastrada a las huelgas e incluso a una alianza con la CUT. Es por esta razón que surge una propuesta de movimiento sindical de derecha, disfrazado de apolítico y pragmático. Bajo la influencia de Medeiros y Magri la CGT cae en el “sindicalismo de resultados” que termina siendo un instrumento electoral. Se ve pues, que avanzamos hacia una gran confrontación ideológica, hacia una creciente definición estratégica y táctica. Estamos saliendo de una fase en que el pragmatismo fue modelo principal de comportamiento del movimiento popular brasileño, hacia una fase en que este va a tener que pasar por un gran debate de ideas y de propuestas.

Los temas de fondo, oscurecidos en estos años, van a volver a la orden del día y vamos a ingresar posiblemente a una etapa de gran debate ideológico y programático nacional que se inició realmente con las elecciones presidenciales. De cierta forma, los estudios sobre los movimientos sociales se extendieron y profundizaron el análisis de lo micro social, penetraron en la realidad familiar y de los pequeños grupos. Esta penetración fue una consecuencia necesaria de la dictadura. Como resultado de esa especie de retroceso táctico, estuvo oscurecida la confrontación ideológica fundamental para privilegiar el enfrentamiento. En la medida que el proceso de liberalización política estaba liderado por la burguesía y por el gran capital, este asumió la forma de una confrontación con el Estado, con la autoridad y no con las fuerzas sociales que creaban y apoyaban la dictadura.

Desapareció del debate el hecho de que la dictadura fuese una expresión de los intereses del gran capital. En este sentido, la maniobra ideológica del gran capital fue muy bien hecha. Este ha desarrollado un aparato ideológico bastante fuerte y ha conseguido la cooperación de sectores vinculados al movimiento popular que han ayudado a quitar carácter al contenido de clase de la dictadura. Esta pasó a ser una

simple secuela de nuestro autoritarismo, una derivación del corporativismo atávico de nuestras sociedades. El enemigo pasó a ser el Estado autoritario y no el dominio de clase ejercido sobre él. La dictadura dejó de ser resultado de necesidades específicas de la dominación de clase. El hecho de que la gran burguesía se opusiera ahora a ella, demostraba que no había una relación de determinación entre dominación imperialista, gran capital, sobreexplotación y dictadura. La irradiación de esas ideas para el movimiento popular puso en condición de oposición al autoritarismo. De ahí su confusión respecto del carácter del Estado. La dictadura llegó a ser vista como un estatismo. Llegó a aceptar la idea de que la dictadura se establecería también y hasta prioritariamente *sobre la burguesía*, el capital privado, los intereses privados, la iniciativa privada.

Se llega así a la conclusión de que la iniciativa privada luchó para terminar con la dictadura para que se restableciera la verdadera democracia, que llega a confundirse con la iniciativa privada. Se trata pues de un discurso ideológicamente bien armado. Ocurre, sin embargo, que ese discurso no tiene condiciones materiales de sustentación.

¿Cómo podrá la burguesía brasileña proponer un desarrollo capitalista no estatal? ¿Qué desarrollo capitalista es viable para Brasil, sino el capitalismo monopolista de Estado?

Por lo tanto, este discurso puede funcionar en términos de mistificación ideológica, buscando crear una confusión en el movimiento popular. Pero es un discurso sin contenido práctico en términos de política económica. Porque al contrario del discurso, es la burguesía que está haciendo el ultra estatismo y que actúa constantemente en el sentido de aumentar la intervención de Estado en la economía. El intervencionismo asume formas extremadamente fuertes y hasta inusitadas para proteger los intereses monopólicos del capital nacional e internacional.

Se trata de una inconsistencia muy seria que revela las dificultades prácticas del capitalismo dependiente, concentrador y marginador. Es necesario pues, generar, de alguna forma, condiciones para un discurso de izquierda suficientemente amplio, suficientemente global, suficientemente integrado, capaz de denunciar incluso los límites y las contradicciones de la clase dominante. Se vuelve necesario entregar al

movimiento popular las armas teóricas e ideológicas para pasar a una nueva etapa de articulación de su potencial que se desarrolla particularmente en esta coyuntura.

La meta de la democratización y de la transición democrática pertenece mucho más al movimiento popular que a la clase dominante. Esta al verse obligada a asumir una propuesta que radicaliza en gran parte sus objetivos políticos, se ve obligada a usar cartas ajenas para poder mantener una posición ofensiva.

La burguesía había establecido como meta solamente una reforma constitucional que permitiera ampliar las libertades públicas y personales en el interior del antiguo régimen. Una vez más el movimiento popular consiguió radicalizar su propuesta y estableció como meta una Asamblea Constituyente que permitiera llevar a cabo la transformación más definitiva del régimen autoritario para el régimen democrático.

Sin embargo, los mecanismos creados por la clase dominante para condicionar a la Constituyente pusieron al movimiento popular en defensiva y limitaron su capacidad de producir una mayoría democrática y progresista. Las fuerzas de izquierda y progresistas, conformadas como minoría en la Constituyente, solo pudieron asegurar su consecuencia en la afirmación de un Estado liberal, en la defensa de algunos intereses del capital nacional y en la reglamentación de algunos derechos sociales de las clases trabajadoras. Esta condición minoritaria vuelve a presentarse en las elecciones de 1989 para presidente de la República, cuando, en el segundo turno de la votación, las izquierdas enfrentaron solas a una derecha anclada en el populismo de su candidato.

Existen, sin embargo, factores más profundos, desde el punto de vista económico y social, que pueden facilitar la rearticulación de los intereses burgueses en el país. En ese momento, el sistema económico internacional se encuentra en el límite de su rearticulación, a través de una nueva división internacional del trabajo, en la cual Brasil ocupará un papel importante. Deberán transferirse a Brasil, algunas de las principales industrias que representaron un papel de punta hasta la década de 1950 y 1960, pero que hoy se vuelven obsoletas como consecuencia de la revolución científico-técnica. El desarrollo de esas industrias podrá traer un cierto auge económico que permitirá a la clase dominante aumentar,

durante un cierto período, su legitimidad económica y política. Es importante plantear también las posibilidades representadas por las reservas minerales, sobre todo en la región amazónica, como insumos de una nueva fase de expansión de la economía mundial.

Al lado de la implantación de nuevas actividades industriales, mineras y agrícolas ligadas a una nueva expansión del comercio mundial, que deberá ocurrir a mediados de la década de 1990, se ubica también la destrucción de aquellas que no pueden mantener una competitividad en esta fase. Se debe esperar, por lo tanto, un período intermediario de liquidación de algunos sectores económicos implantados en el país al lado de la creación de otras inversiones.

En realidad, se trata del ajuste del país a la ley de los costos comparados, que rige la ideología liberal de las relaciones económicas internacionales. Son esas supuestas leyes económicas que justifican la idea de un libre comercio mundial en que todas las partes serán beneficiadas.

Según esas leyes, la alta competitividad de la agroindustria europea y norteamericana justifica y aconseja el abandono creciente de esas actividades en los países del Tercer Mundo, donde una agricultura tradicional resiste a los cambios tecnológicos en la producción agrícola. El resultado histórico es que estos países se convierten de exportadores agrícolas netos (muy especializados, en general, a través de mono culturas exportadoras) en importadoras agrícolas netas.

No hay duda de que el avance de la revolución científico-técnica cambió sustancialmente la actividad agrícola aumentando drásticamente su productividad, su dependencia del sector industrial, y hoy, de la investigación científica y del desarrollo de nuevos productos.

Pero es un hecho también que estos sectores económicos son altamente subsidiados por el gasto público en EUA y en Europa. Solo así se explica su capacidad de financiar su avance tecnológico, su capitalización y su productividad actual.

En la nueva división internacional del trabajo, los centros hegemónicos se reservan las actividades de mayor intensidad en investigación y desarrollo, transfiriendo a los países más avanzados del Tercer Mundo las industrias y otras actividades tradicionales.

¿Cuál será el efecto de estos cambios sobre los movimientos sociales?

Es necesario señalar que la fuente de nuevos empleos en la etapa tecnológica que se desarrolla serán cada vez más las actividades de servicio (terciario), particularmente aquellas ligadas a la información, a la investigación, a la cultura y al ocio (que se reúnen bajo el concepto del sector cuaternario).

El empleo agrícola e industrial tradicional tiende a disminuir drásticamente a medida que avanza la automatización de los procesos productivos y los efectos de los descubrimientos biogenéticos en la tecnología de la producción alimenticia y de nuevas materias primas.

De esta forma, el Tercer Mundo, al industrializarse en una fase posindustrial del desarrollo de las fuerzas productivas, lo hace de una forma subordinada, dependiente y reflexiva, aumentando su concentración económica y su incapacidad de generar empleos y absorber productivamente a su población. Deben reproducirse y hasta ampliarse en esos países, las masas de desempleados y subdesempleados que forman la mayoría de sus poblaciones.

En el proyecto de las oligarquías brasileñas para situarse en la nueva división internacional del trabajo, se incluye pues, una dosis creciente de marginalización y miseria para nuestro pueblo.

Pero, al mismo tiempo, se abren perspectivas para sectores de la clase media, sobre todo profesionales y empresarios ligados a la nueva fase de dependencia.⁸³

Esa oligarquía pretende asentar su dominio en un liberalismo conservador, pero esclarecido. Debe respetar más las libertades personales de esas clases medias y sus derechos políticos, tolerando incluso una cierta presencia política de los grupos de la clase media más avanzados técnicamente.

¿Hasta qué punto es compatible un modelo político de ese tipo, asentado sobre relaciones económicas tan desiguales e injustas?

¿Hasta qué punto conseguirá anteponer las cooptaciones que puede ofrecer a las élites sobre la rebelión de las grandes masas de marginales y de sobreexplotados?

83. Venimos estudiando esta problemática en nuestros libros: *Revolución científico-técnica y capitalismo contemporáneo*, *Revolución científico-técnica y acumulación de capital*, ambos editados por Vozes, y *La crisis actual del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*, editada por Contrapunto en Argentina y a publicarse en Brasil por la Editora de la UNB.

En estas interrogantes se condensa el destino de los movimientos sociales en esta fase histórica de su desarrollo. Una efectiva democratización del país dará voz e instrumento de acción a esas grandes masas que no encuentran un lugar en el capitalismo dependiente.

¿Es posible, para la clase dominante limitar la democratización a los sectores sociales a los cuales puede beneficiar? ¿Se contentará a las grandes masas marginadas del proceso de crecimiento económico y modernizador con los limitados beneficios caritativos que el gran capital les puede ofrecer?

Este debate ideológico, político y económico será la fuerza de nuestra vida política en el futuro próximo. ¿Qué es democracia, quien la efectúa y para qué y a quién se la hace?

Los movimientos sociales se preparan práctica e intelectualmente para ese debate, empujados por la propia dinámica de los acontecimientos.

VII. Movimientos sociales y movimiento político: los caminos de la izquierda brasileña

1. La izquierda brasileña en la encrucijada

La izquierda brasileña pasa en este momento por profundas transformaciones, bajo el impacto de poderosos acontecimientos históricos.

El golpe de Estado de 1964 extinguió un importante movimiento de masas que crecía desde la democratización de 1945 hasta convertirse, a partir de 1961, en un amplio y vasto desafío al sistema económico-social y al régimen político vigentes.

El triunfo de la contrarrevolución, que irónicamente se autodenominó “Revolución Gloriosa”, dio origen a un penoso proceso de luchas democráticas, que pasó de la resistencia armada y clandestina después de 1964 a la guerrilla urbana de 1968-1974, para culminar en la rearticulación de la lucha legal a partir de las elecciones de 1974. Esta reanudación de las luchas legales, que, con el tiempo se convirtió en una posición consensual de izquierda, se hace en el interior de la política de apertura, iniciada en 1973 por el propio régimen. De esta forma, las fuerzas económicas y sociales que realizaron el golpe de 1964 consiguieron mantenerse en el poder y hegemonizar la propia liberalización

del régimen, sin romper totalmente con él y sin amenazar sus intereses básicos de clase.

En este contexto, las fuerzas conservadoras, en su versión liberal, mantuvieron la iniciativa política y consiguieron usar, muchas veces, la izquierda dividida y atónita como masa de maniobra de su estrategia de liberalización controlada del Estado autoritario.

Ya decía Marx en la *Ideología alemana* que la ideología de la clase dominante tiende a ser la ideología socialmente dominante. Las clases subordinadas económica y socialmente tienden a serlo también ideológicamente.

Desmoralizadas por la derrota de 1964, divididas por el efecto de las disputas intersocialistas a nivel internacional, aisladas de las masas por el sectarismo alimentado por la clandestinidad forzada e intimidadas por la represión selectiva, técnica y brutal de 1968-1973, las fuerzas de izquierda se encontraron desunidas y confusas ante la apertura política y solo poco a poco se fueron adaptando a las nuevas circunstancias. Esto explica, en buena medida, por qué en la mayor parte del proceso de transición democrática, estas ocuparon, en general, posiciones subordinadas en los diversos partidos existentes, y se vieron incapacitadas para construir una alternativa propia al régimen existente.

2. La diferenciación partidaria

Las fuerzas tradicionalmente ligadas al Partido Comunista Brasileño, que ejercía una clara hegemonía estratégica sobre el conjunto de la izquierda, sufrieron un amplio proceso de escisiones desde el inicio de la desestalinización. Este se inició por la derecha con la corriente nacionalista de Agildo Barata en 1955-1956 y con la adopción, en la Conferencia de 1958 del PCB, de la línea kruchevista de lucha legal y de alianza con la burguesía nacional democrática. El proceso continuó con una escisión por la izquierda con la salida de Pomar, Grabois y Amazonas en 1961 y la formación del PC del B, de tendencia pro-china. Debido a la línea de derecha asumida por el Congreso del PCB en 1966 surgieron las escisiones de Carlos Mariguela (para formar la ALN, de contenido “foquista”, con énfasis en el militarismo urbano), la de Gorender y Mario Alves (para formar el PCBR que intentaba combinar la organización partidaria y

el “foquismo”), el de MR-8 (de tendencia claramente foquista), las disidencias de Río Grande do Sul (que se unieron a las sobrevivencias de la POLOP para formar el Partido Obrero Comunista (POC), que sufre varias subdivisiones posteriores).

Las escisiones alcanzaron también a la nueva corriente marxista iniciada en 1961 bajo el impacto de la Revolución Cubana y del cuestionamiento del marxismo tradicional, de origen estalinista, expresada en Brasil por la Organización Revolucionaria Marxista Política Obrera, más conocida como POLOP. Iniciándose con una crítica al “foquismo”, esta organización terminó influenciada por este y sufrió varios desprendimientos que adoptaron esa línea. Así surgieron, en alianza con los sargentos y oficiales revolucionarios (desarticulados por el fracaso de la guerrilla de Caparaó, que había sido organizada por el Comando Revolucionario instalado en Uruguay), las organizaciones nítidamente foquistas de la VPR (Vanguardia Popular Revolucionaria) en Sao Paulo y la COLINA en Minas Gerais. La unión de ambas dio origen posteriormente a la Vanguardia Armada Revolucionaria (VAR) Palmares, en 1969, que luego sufrió una escisión más ortodoxamente militarista que retomó el nombre de VPR.

Las corrientes de la izquierda cristiana, que se habían unido en 1961-1962 en torno a la Acción Popular (AP), sufrieron también los embates del fracaso de 1964, de la clandestinidad, del sectarismo y de las divisiones internacionales. La AP se inclinó rápidamente para el maoísmo y una parte de sus grupos se pasó al PC del B, otra parte conservó el nombre de la AP-marxista-leninista, otra se convirtió en foquismo y otras mantuvieron la orientación cristiana original.

Sería ocioso acompañar con detalle la historia de esos pequeños grupos de militantes divididos por su sectarismo, hostilizados, reprimidos y masacrados por la acción policial, cada vez más desunidos por su aislamiento de las masas. Dos libros recientes dan un marco amplio del período: Denis Morales, *La izquierda y el golpe de 1964*, Espacio y Tiempo, 1989 y Jacob Gorender, *Combate en las tinieblas*, Editora Ática, 1987.

El movimiento Democrático Brasileño (MDB), creado en 1966 después del desconocimiento de los antiguos partidos liberales y laboristas,

fue estimulado por la propia dictadura, que necesitaba contar con una oposición legal. En seguida, fue depurado de sus escenarios más progresistas por los constantes ataques realizados por los dictadores de turno. Esto llevó a un aislamiento entre la lucha legal y gran parte de la izquierda, desilusionada con las posibilidades de la lucha parlamentaria. Sin embargo, a partir, de la apertura política de 1973, el MDB comienza a aparecer como una alternativa política para esas fuerzas de izquierda tan diezmadas y confundidas por la represión brutal de 1968-1973.

El PCB se mantenía históricamente en la línea de actuación legal intentado incluso la organización de un Frente Amplio que llegó a unir João Goulart, Juscelino Kubitschek, Carlos Lacerda, Ademar de Barros y Jânio Quadros. Este frente se rompió con el recrudecimiento de la represión a partir de 1968.

Leonel Brizola, desilusionado con la experiencia foquista, volvió desde 1967 a interesarse por la actuación del MDB de Río Grande do Sul, que se transformó en el núcleo partidario e ideológico más sólido de la nueva fase que se inició con las elecciones de 1974. El llamado al voto nulo y a la abstención alcanzó un tercio de las votaciones anteriores, pero en 1974 la población votó masivamente en el MDB.

Poco a poco, las demás fuerzas progresistas se fueron incorporando al estuario político de las oposiciones, cada vez más confiadas, junto con todo el pueblo brasileño, en la inevitabilidad de un restablecimiento democrático en el país.

A partir de entonces se fue formando el consenso democrático que destacamos al principio de este capítulo. Las fuerzas de izquierda se fueron incorporando al MDB, algunas manteniéndose organizadas y otras dispersándose después de una profunda autocrítica de su pasado sectario. Sería otra vez ocioso seguir este tortuoso camino de autocríticas, recomposiciones políticas, cambios de líneas y alianzas internacionales. Con el tiempo, esas fuerzas se fueron decantando y hoy sobreviven más como reminiscencias que como fenómenos reales y vitales. Son sombras de un auge contestatario y hasta revolucionario de vastos grupos de nuestro pueblo ante la brutalidad dictatorial que interrumpió un auge de masas, cultural y de transformaciones sociales nunca antes alcanzado en el país.

3. La recomposición partidaria

Desde 1979, vivimos un permanente proceso de liberalización con la revocación del Acto Institucional N° 5, la concesión de la amnistía, la permisión de la reorganización partidaria y el restablecimiento de las elecciones directas a nivel estatal en 1982. Con la división del partido del gobierno –PDS– ante la campaña por las directas ya, en 1984, se formó la Alianza Democrática que comandó el país para la escuela del Presidente Tancredo Neves en el Colegio Electoral, la elección de los alcaldes de las capitales, en 1985, la elección de los gobernadores y de la Asamblea Constituyente, en 1986. En esta nueva situación, la idea de una simple apertura política fue siendo sustituida por la concepción de una transición democrática que debería culminar en la elección directa para presidente aplazada varias veces, hasta realizarse en 1989.

En este nuevo escenario político, se fueron restableciendo poco a poco las verdaderas vocaciones partidarias del pueblo brasileño. El MDB, como era natural, vio desprenderse de su lecho común varias fuerzas que componían el frente amplio que se mantuviera indiferenciado hasta 1979. Primeramente, fueron parte de las corrientes populares en las zonas más politizadas del país, con geografía política muy desigual.

En Río de Janeiro y Río Grande do Sul, innegablemente los estados políticamente más avanzados del país, se configuró un marco partidario bastante amplio ya en las elecciones de 1982. Las fuerzas históricas del laborismo, renovadas por su madurez ideológica y política, y enriquecidas con amplias corrientes de fuerzas de izquierda, asumen un papel hegemónico en Río de Janeiro y tienden a asumirlo en Río Grande do Sul.

El partido que resultó de ese realineamiento de fuerzas, iniciado en el exterior en torno del liderazgo de Leonel Brizola, heredero indiscutible de la tradición laborista y conductor consciente de su modernización, adopta la concepción del “Laborismo como camino brasileño al socialismo”, establecida en el encuentro de los Brasileños del Exilio y del Interior, realizado en Lisboa, en 1979.⁸⁶

En São Paulo, donde la tradición laborista nunca se cristalizó en un partido político y donde las fuerzas de izquierda disponían de una base social más arraigada, surgió una nueva expresión partidaria muy

especial, el Partido de los Trabajadores. Hegemonizado por un liderazgo obrero nacido en las huelgas de 1978-1979, con un papel decisivo en la democratización del país, el PT atrajo a las comunidades eclesíásticas de base y a la Iglesia Progresista, extremadamente actuante en la década del setenta contra la dictadura (sobre todo a partir de la total liquidación de las otras formas de expresión política), y las facciones obreristas de la nueva izquierda, divididas en torno a casi 12 siglas.

El PT no asumió un papel hegemónico en el estado de São Paulo, pero cuestionó fuertemente la sobrevivencia local de las fuerzas que buscaron canalizar la herencia del antiguo MDB, manteniéndose articuladas en torno a la nueva leyenda del PMDB y que, posteriormente, dieron origen a la escisión que resultó en la formación del PSDB.

En el resto del país, el proceso de diferenciación partidaria se va dando más lentamente. No debemos olvidar que los sectores conservadores del MDB intentaron organizarse en un partido liberal –Partido Popular (PP), de Tancredo Neves, que volvió a unirse al PMDB cuando se vio inviable electoralmente por el paquete electoral de nuestro liberalismo– que vuelve a manifestarse hoy en día en la representación electoral del Partido del Frente Liberal (PFL), de Aureliano Chaves y Marco Maciel, en las elecciones municipales de 1985, 1986, 1987 y finalmente, en las elecciones presidenciales de 1989.

En Recife, otro centro políticamente muy avanzado, la diferenciación del PMDB en nuevos partidos vienen asumiendo una forma tortuosa. Una fuerte facción del PMDB crea una leyenda –el PSB– para tener un canal de expresión electoral, pero luego regresa al PMDB. La figura de Miguel Arraes consigue mantener la imagen progresista del PMDB, pero son permanentes y amplias sus divergencias internas que se traducirán en un nuevo rompimiento de Arraes para integrarse al PSB.

Al contrario de lo que se esperaba, el PCB no consigue afirmarse como una alternativa partidaria en uno de sus principales reductos, mientras que el PT se vuelve una opción junto con el PSB de Arraes y el PDT alcanza una también inesperada condición de tercer partido en Pernambuco.

En la Bahía, la escisión de Waldir Pires, que se incorpora al PDT, y a otras escisiones en perspectiva en el país parecen fortalecer un amplio frente de izquierda en torno del PT y el PDT.

4. Las perspectivas

Es así como se va perfilando el nuevo escenario partidario del país y el papel de las izquierdas en su interior.

El PMDB se va desprendiendo de sus sectores de izquierda y tiende a constituirse en un gran partido de centro-derecha, aliado a nivel nacional con los partidos de claro carácter conservador. La elección de Fernando Collor llevó a la unión del PDS, PFL y a amplios sectores del PMDB. De la misma forma, deberá provocar una definición del PSDB para intentar situar más en el centro su gobierno. Esto deberá provocar, como ya viene ocurriendo, escisiones a la izquierda del PSDB.

El PDT tiende a consolidarse en torno al liderazgo de Leonel Brizola, con una fuerte base política y electoral en Río de Janeiro y en Río Grande do Sul y tiende a convertirse en el polo de atracción de los desprendimientos de izquierda del PMDB, así como de los sectores más moderados del PSDB, sobre todo fuera de São Paulo. Al definirse claramente por una alianza con el PT, abre camino a una fuerte oposición de izquierda a nivel nacional, y se genera un poder aglutinados de izquierda en el país, que no ocurrió en las elecciones de 1990, llevando a un amplio fracaso electoral que obligará a la autocrítica de esos sectores.

El PT tiende a afianzar su influencia política en São Paulo para poder garantizar una perspectiva nacional, pues demostró en las elecciones de 1989 un significativo crecimiento en Brasilia, Minas Gerais y otros estados del Norte y del Noroeste. La evolución del PT en la dirección de una alianza de fuerzas populares a nivel nacional consagra una tendencia iniciada en la Asamblea Nacional Constituyente y ratificada en la formación del Frente Popular con el PSB, el PC de B y el Partido Verde para apoyar la candidatura de Lula para presidente en el primer turno. La expansión de esa alianza en el segundo turno con la participación del PDT, de la izquierda del PMDB, del PCB y de sectores del PSDB confirmó una tendencia a la unificación de las fuerzas populares en el país.

Después de esos años de marchas y contramarchas, la izquierda Brasileña se aproxima a la madurez. Esta se expresa en la independencia teórica, estratégica y táctica. En el reconocimiento de la originalidad y particularidad histórica de la revolución brasileña. En la

capacidad de rescatar su liderazgo y tradiciones históricas sin dejar de abrirse al futuro. En la comprensión creciente del papel de la unidad y del combate común incluso cuando persisten las diferencias de concepciones globales. Todo esto se hace extremadamente necesario en un momento en que un gobierno de coalición liberal-conservadora entre los sectores más liberales de la dictadura y los sectores más conservadores de la oposición se vuelve cada vez más evidente, dando continuidad al gobierno de Sarney, cuya inmovilidad llevó a esas fuerzas al paroxismo y a la necesidad de apelar a un candidato ubicado aparentemente encima de los partidos y presentando una retórica de rebeldía y agresión a las mismas fuerzas que lo lanzaron y lo sostienen en la vida pública. Brasil espera a que las fuerzas políticas de origen popular le presenten una alternativa, un programa, un líder, un partido en torno de los cuales se agrupen las inmensas masas explotadas, expoliadas y marginadas de ese país.

A medida que se perfila este escenario de propuestas positivas deberá producirse una fuerte alianza entre las fuerzas políticas populares y los movimientos sociales en su conjunto que serán así preservados del sectarismo y el divisionismo de la izquierda y tendrán una orientación política más clara y definitiva.

Bibliografía

Bambirra, V. (1985). Favelas y movimientos de favelados en el estado de Río de Janeiro. En *Política y administración* N° 2.

Bambirra, V. (1985). El Estado en Brasil: de João Goulart a João Figueredo. En *Tierra Firme* N° 1. Río de Janeiro.

Bongiovani Saffioti, H. I. (s/f). Caminos del feminismo en contexto socioeconómico subdesarrollado. En *Movimientos sociales de Brasil*. PAL; UNU.

Bongiovani Saffioti, H. I. (1986). *Feminismo y sus frutos en Brasil*. Cedec.
D’Incao, M. C. (s/f). El movimiento de Guariba: el papel acelerador de la crisis económica. En *Política y administración* N° 2.

D'Incao, M. C.; Rodríguez Botelho, M. (s/f). Movimiento social y movimiento sindical entre los asalariados temporales de la agroindustria canavieira en el estado de São Paulo. En *Movimientos sociales en Brasil*. PAL; UNU.

Dos Santos, T. (1963). *Quais são os inimigos do povo*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira.

Dos Santos, T. (1965). A ideologia fascista no Brasil. En *Revista Civilização Brasileira* N° 3. Río de Janeiro.

Dos Santos, T. (1968). El nuevo carácter de la dependencia. En *Cuadernos del CESO*. Santiago.

Dos Santos, T. (1970). *Socialismo o fascismo: el dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*. Santiago de Chile: PLA.

Dos Santos, T. (1982). *Teorías del capitalismo contemporáneo*. Vega.

Dos Santos, T. (1983). *Revolución científico-técnica y capitalismo contemporáneo*. Brasil: Vozes.

Dos Santos, T. (1984). *Revolução científico- técnica, divisão internacional do trabalho e o sistema econômico mundial*. Vitória: Ange.

Dos Santos, T. (1985). La crisis y los movimientos sociales en Brasil. En *Política y administración* N° 2. FESP-RJ.

Dos Santos, T. (1985). *Fuerzas productivas y relaciones de producción*. Brasil: Vozes.

Dos Santos, T. (1986). Movimientos sociales en Brasil. En *Política y administración* N° 2. Río de Janeiro: FESP.

Dos Santos, T. (1986). *El camino brasileño hacia el socialismo*. Brasil: Vozes.

Dos Santos, T. (1987). *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*. Buenos Aires: Contrapunto.

Dos Santos, T. (1987). *Revolución científico-técnica y acumulación de capital*. Brasil: Vozes.

Dos Santos, T. (1991). *La evolución histórica del Brasil de la colonia a la nueva república*. Westview Press.

Dos Santos, T. (2000). World System: on the Genesis of a Concept. En *Journal of World Systems Research* Vol. VI, N° 2. Festschriftfor Immanuel Wallerstein.

Dos Santos, T. (2000). *Teoria da dependência: balançe e perspectiva*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira.

Dos Santos, T. (2004). *Do terror à esperança: auge e decadência do neoliberalismo, idéias & letras*. Brasil: Aparecida.

Dos Santos, T.; Bambirra, V. (1978) *La estrategia y táctica socialista de Marx y Engels a Lenin*. México: Era.

Dreifus, R. A. (1989) *El juego de la derecha*. Petrópolis: Vozes.

Dreyfuss, R. A. (1964). *La conquista del Estado*. Petrópolis: Vozes.

Fernandez Kelly, M. (1977). Dos Santos And Poulantzas On Fascism, Imperialism And the State. En *The Insurgent Sociologist* Vol. VII, N° 2. Sage.

Jacobi, P. (s/f). Movimientos sociales urbanos en una época de transición: límites y potencialidad. En *Movimientos sociales en Brasil*. PAL; UNU.

Kay, C. (1989). *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*. Londres: Routledge.

Marini, R. M. (1985). El movimiento obrero en Brasil. En *Política y administración* N° 1(2). FESP-RI.

Noé, A. (1984). Movimientos sociales en Brasil- 1970-1983. En *Nuevos actores en el escenario político*. San José: Proyecto UNU-FLACSO.

Rufino dos Santosm J. (s/f). INPC y Cacique de Ramos: dos ejemplos de movimiento-negro en la ciudad de Río de Janeiro. En *Movimientos sociales en Brasil*. PAL; UNU.

Bendita crisis

Socialismo y democracia en Chile de Allende

Carta abierta al presidente Hugo Chávez

Mi caro comandante:

Deseaba saludarte por la victoria en el plebiscito que permitió las reelecciones indefinidas en Venezuela. Primero quiero acordarme de las discusiones de Marx y Engels con los anarquistas sobre el rol de los jefes. Engels insistía sobre la importancia de que los movimientos populares lograsen respetar sus jefes, mantenerlos y perfeccionarlos. La derecha ha establecido mecanismos de defensa de sus jefes y garantía de su continuidad. Desde las Monarquías hasta los regímenes parlamentarios en constante amenaza por los partidos socialistas, han garantizado la permanencia y la defensa de sus jefes.

La pretensión de los anarquistas de eliminar los jefes y sustituirlos por asambleas de masa era claramente una desviación izquierdista de características infantiles. Esto no quiere decir que los jefes tengan que ser glorificados. Y ahí está otro punto en el cual quiero saludarlo: tu decisión y coraje de someter siempre que necesario la revolución al pronunciamiento de las masas populares. Hay mucho prejuicio en contra de las masas. Tanto a la derecha cuanto a la izquierda del proceso político. Una interpretación equivocada de la afirmación de Lenin (por señal, sacada de Kautsky) sobre el rol de la teoría en la revolución.

Asimismo, su defensa de la organización independiente de las vanguardias profesionales, sobretudo en situaciones de lucha clandestina

se ha generalizado equivocadamente en los partidos de izquierda. Asimismo, debemos criticar la versión liberal de que los plebiscitos son instrumentos del autoritarismo fascista. Como todo instrumento su valor se define por su uso apropiado o no. Es evidente que un gobierno revolucionario con apoyo mayoritario de la población debe recurrir sistemáticamente al plebiscito para derrumbar los obstáculos interpuestos por una oposición minoritaria. La izquierda solo alcanzó la mayoría absoluta de votos muy recientemente. Allende por ejemplo llegó a la presidencia con 36% de los votos. Y la Unidad Popular llegó a 46% en las elecciones parlamentarias de 1973, bajo fuerte campaña insurreccional de la derecha. El aumento de sus votos revelaba el avance de la revolución, pero demostraba sus dificultades.

Compañero: tu decisión e apelar a las masas sin recelo es una característica fundamental de la revolución que diriges. Su principal característica es el desarrollo colosal de la conciencia de las masas populares sobre el contenido de los cambios en marcha y la necesidad de defenderlos. No hay que vacilar un solo momento sobre la disposición revolucionaria de las masas. No hay que creer nunca en estas consignas conservadoras sobre el retraso de las masas, sobre sus instintos inferiores y otras descalificaciones de nuestros pueblos.

Como puedes ver en mi libro sobre la experiencia chilena que le envié y en el cual analizo en un ítem del capítulo sobre la revolución latinoamericana y el proceso chileno, el destino de las dos revoluciones de 1958 (la venezolana y la cubana) defiende la tesis de que ambos pueblos vivieron un proceso revolucionario nacional democrático. Mientras Cuba tuvo que definirse como socialista para llevar hasta las últimas consecuencias su rol revolucionario frente a las agresiones imperialistas, la revolución venezolana se quedó en las mallas del capitalismo dependiente a pesar de todas las luchas revolucionarias que ahí se trabó.

Sin embargo, el límite de la revolución significaba el límite del proceso de democratización y la exclusión de las grandes masas socialmente superexplotadas del proceso político. Esto indicaba que el proceso revolucionario venezolano quedaba trunco y tendería necesariamente a volver. La revolución que presides no es un fenómeno de elites ni una improvisación histórica. Desde Bolívar a nuestros días nuestros pueblos

aspiraron transformaciones, tuvieron victorias y muchas derrotas pero no ha desistido nunca de sus ideales. El encuentro de un liderazgo consecuente con esta subjetividad histórica articuladora de tantas experiencias es una situación excepcional que pocas veces se repiten en la historia.

Los originales del libro que te envío y que deberá ser editado por El Perro y la Rana (este audaz proyecto del Ministerio de Cultura) recoge mis artículos durante el proceso chileno. Es un testimonio intelectual por la busca de entender y orientar el proceso, pero es también un testimonio emocional, un ejemplo de pasión revolucionaria inspirada por mi formación militante y la acumulación de experiencias anteriores entre las cuales se resaltaba la brasileña, cuyo exilio vivía en aquél momento en Chile, pero pasión inspirada sobre todo por la fuerza de las masas chilenas y su disposición de lucha que ni siempre sus dirigentes subieron interpretar.

Creo que te hará bien, compañero y hermano, comparar muchos de los momentos del proceso chileno con el vivido en Venezuela. Cada revolución es un proceso único, pero se pueden retirar leyes generales de la vivencia de las luchas históricas concretas.

Con mis saludos revolucionarios,

Theotônio dos Santos Lima, marzo de 2009.

Un poco de testimonio personal

Las lecciones de Chile: podríamos vencer

La conmemoración de los 30 años del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, comandado por el general Augusto Pinochet, en Chile, provocó una ola de testimonios y relatos sobre este trágico día. Al mismo tiempo, colocó en discusión nuevamente los aspectos estratégicos y tácticos que involucran procesos socioeconómicos de esta envergadura histórica. Por esta razón, he decidido preparar como libro los textos que

publiqué en los días cruciales del gobierno de la Unidad Popular. Se trata de un testimonio intelectual de importancia debido al debate intenso que se desarrolló en aquellos días y sus desdoblamientos actuales cuando procesos similares están en curso.

En lo que se refiere al testimonio personal yo tendría mucho que contar sobre aquél día y las circunstancias que lo cercaron. Ya hace parte del folklore del golpe de Estado el hecho de que yo era uno de los cuatro extranjeros que se encontraba en el primer bando de los buscados por la junta militar y que terminé, después de unos diez días de clandestinidad, exilado en mi propia casa.

En verdad, en el día del golpe de Estado nos encerramos en el edificio del Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) cerca de 40 investigadores y administrativos. Evitamos provocar cualquier desconfianza de que hubiera alguna presencia en el local ya que éramos de los más buscados en el país. Como la junta había establecido el toque de queda preferimos ocultarnos mientras manteníamos un vasto contacto telefónico con todo el país. De manera impresionante fuimos anotando informaciones de las más distintas fuentes que apuntaban hacia la puesta en marcha de una amplia resistencia de las fuerzas populares, con apoyo de una columna militar que bajaba del norte y otra que venía de Valparaíso conducida por el general Prats.

Según estos testimonios, todo indicaba que el proyecto de resistencia preparado por la izquierda en su conjunto estaba en marcha. Sin embargo, esta era una construcción totalmente imaginada. En realidad, quien coordinaba el plan de resistencia a un golpe de Estado era el jefe del Estado Mayor, es decir, el general Pinochet que asumiera el comando del golpe. Él conocía todos los movimientos de una posible resistencia que se hacía inviable

Los compañeros del Partido Socialista Chileno, al cual pertenecía, al saber que mi nombre estaba en la primera lista de los buscados de la junta militar, prepararon una operación para ocultarme mientras la resistencia pudiera organizarse. Me llevaron para el departamento de una familia de pocos recursos. Él era nada más nada menos que un funcionario de la Penitenciaría: un carcelero. Él, su mujer y su hijito de cerca de 8 meses vivían en condiciones extremadamente modestas y mi

presencia, además de un factor de pánico psicológico, representaba un costo adicional al cual no pude aportar ningún recurso pues saliera directamente del CESO hacia su residencia sin ningún efectivo. Ahí me quedé sin ningún medio de comunicación, solamente un pequeño radio de pila que ellos poseían.

Solamente siete días después mis compañeros se comunicaron conmigo con noticias de mi familia y del fracaso de la resistencia. Ellos no podrían garantizar la seguridad de un extranjero buscado como yo. Tenía que exilarme.

La embajada de Panamá era el único destino, donde se asilaron los últimos a buscar abrigo pues fue solo muy tarde custodiada. Por esta razón, ella fue literalmente asaltada por unos trescientos y pico refugiados que tenían de arreglarse en unos cien metros cuadrados de un pequeño departamento en el barrio alto. Frente a la amenaza de convertirse en un grave problema de salud, el gobierno militar fue obligado a permitir el traslado de los asilados a un nuevo local con más espacio. Este local fue exactamente mi casa que recién comprara y hacia la cual no me cambiara aún, la cual presté (sin ninguna remuneración) al gobierno de Panamá.

José Serra, candidato derrotado a la presidencia de Brasil en 2002, publicó el 11 de septiembre del 2003, en el periódico *Folha de São Paulo*, un extenso artículo sobre el 11 de septiembre chileno en el cual se refiere a este episodio y repite un error que muchos testimonios de la época cometieron. Diferentemente de lo que escribió, yo no he rentado mi casa, sino que la presté a la embajada sin cobrar absolutamente nada. Es verdad que no esperaba que fuéramos quedar ahí más de seis meses. Éramos 9 “diferidos”, es decir, aquellos que el gobierno chileno no permitió dejar el país sino después de fuertes presiones internacionales. Los centenares de asilados en mi casa se fueron una semana después, entre ellos mi esposa y mis 2 hijos que se quedaron algunos meses en Panamá y se transfirieron hacia México, donde mi esposa Vania Bambirra, tenía perspectiva de trabajo. Nunca he chequeado la información salida en la prensa panameña de que la embajada había “rentado” una excelente casa para abrigar los exiliados. Tal vez este fue el origen de la versión de que yo rentara la casa.

Escapa del marco del 11 de septiembre el hecho de que esta misma casa fue confiscada, en seguida a la retirada de los exiliados, para

convertirse en uno de los principales centros de tortura del país. Hecho que me atormentó desde que lo supe a través de uno de los prisioneros que ahí fue torturado. Me gustaría señalar también que José Serra fue quien me llevó a la embajada de Panamá para exiliarme, entre varios otros brasileños perseguidos por la junta militar. El hecho que hoy día estamos en posiciones políticas diferentes no me impide de resaltar la solidaridad que él y otros compañeros que tenían protección de las organizaciones internacionales han demostrado en aquél momento. El coraje de estos compañeros y algunos diplomáticos ha sido uno de los aspectos positivos que se destacan en el medio de la tragedia.

Habría muchas más cosas para contar, todas marcadas por un profundo sentido humano propio de estos momentos excepcionales, de estas situaciones-límite en las cuales se exagera el contenido emocional y ético de las acciones humanas que adquieren entonces un significado simbólico, de modelos y arquetipos que definen los valores de la colectividad. Pero me gustaría comentar en esta “introducción” algunos aspectos estratégicos y tácticos de estos acontecimientos que se reflejan en el debate teórico contemporáneo.

El programa de la Unidad Popular y su aplicación

El programa de la Unidad Popular, que definió los objetivos centrales del gobierno de Salvador Allende, surgió en condiciones históricas muy particulares. En el final de la década de los años sesenta, el movimiento popular mundial había alcanzado un auge espectacular y apuntaba hacia grandes cambios sociales, políticos y culturales.

Entre ellos estaba el surgimiento de la teoría de la dependencia económica, social, política y cultural que planteaba la imposibilidad de desarrollar un capitalismo nacional e independiente capaz de repetir la experiencia de los países centrales y hegemónicos en el sistema mundial capitalista. Este capitalismo dependiente se caracterizaba por la necesidad de organizarse en torno a un centro hegemónico. Se trataba de zonas dependientes o periféricas, que convivían con centros intermedios, una semiperiferia según los términos actuales o subimperialismos potenciales como el caso de Brasil en aquél momento.

En este contexto, aparecía una propuesta política original desde un país dependiente que planteaba un camino socialista como forma de superación de este capitalismo dependiente y la posibilidad de realizarlo a través del respeto a las instituciones políticas creadas por la democracia burguesa. Hasta entonces ninguna experiencia política en el mundo se atreviera a proponer una transición al socialismo como programa de gobierno.

La revolución rusa de octubre de 1917 proponía un gobierno obrero y campesino, basado en los consejos o soviets creados en las luchas democráticas de febrero a octubre de 1917, pero solo se planteaba una transición al socialismo como resultado de una victoria revolucionaria en Europa, particularmente en Alemania. La propuesta de construir el “socialismo en un solo país” solo surgió en 1926-1927, desde el gobierno soviético.

Podemos encontrar ambiciones socialistas parciales en algunos gobiernos revolucionarios y socialdemócratas. Los laboristas ingleses nacionalizaron la siderurgia y socializaron la medicina entre 1924-1926. Los suecos desarrollaron un estado de bienestar extremadamente avanzado desde los años treinta. Ninguno de ellos propuso sin embargo un proceso de transición al socialismo.

En el caso de la Revolución Cubana, la definición del carácter socialista de la misma solo ocurrió en 1961 durante la invasión de la Bahía Cochinos.

Llegar al poder con un programa de transición al socialismo propuesto en un proceso electoral y aplicado corajudamente después de ganadas las elecciones era una experiencia totalmente nueva. No se puede negar la influencia del avance de las Ciencias Sociales latinoamericanas en el período, como lo he demostrado en mi libro sobre *La teoría de la dependencia: balance y perspectivas* (2002).

El programa de la Unidad Popular postulaba lo siguiente: “Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política sustituir la presente estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio para iniciar la construcción del socialismo” (véase esta cita en mi artículo “Dos momentos del proceso revolucionario” publicado en *Chile Hoy* del 30 de junio al 6 de

julio de 1972, así como la serie de artículos que publiqué en esta revista durante este rico proceso y que se reproduce en el presente libro).

Había una claridad sobre los dos aspectos o momentos de la revolución chilena: la reforma agraria (con la destrucción del latifundio) y la nacionalización del cobre, principal producto del país en manos del capital internacional, cumplían objetivos de liberación nacional. Al mismo tiempo, ultrapasaban los objetivos nacional-democráticos: la destrucción de los monopolios nacionales e internacionales, que daban origen a un área social de la economía, organizada por un proceso de planeamiento descentralizado y democrático, apoyado en las organizaciones de base, que se transformaban en un nuevo tipo de poder popular a ser reconocido legalmente por el Estado. Estos eran los elementos cruciales para la implantación de un nuevo tipo de Estado de carácter socialista.

El análisis de los movimientos del proceso revolucionario se encuentra en el primero artículo que publiqué con este mismo título en el semanario *Chile Hoy* que fundamos, a partir de una articulación intelectual, periodística y política que se ampliaba por toda la izquierda chilena desde el MIR hasta el Partido Comunista. En este artículo planteamos:

Según el programa de la Unidad Popular, la construcción del socialismo en Chile debería ser precedida de un período de destrucción del dominio del imperialismo, del monopolio y del latifundio. Este proceso se realizaría dentro del Estado burgués, con un gobierno popular que uniría a las fuerzas revolucionarias bajo el liderazgo del proletariado.

La revolución chilena se divide así en dos “momentos” o fases de un mismo proceso ininterrumpido. En el primero se cuestiona el orden capitalista dependiente y se inicia la destrucción de sus bases económicas y sociales. En el segundo, cualitativamente, diferente, se empieza la construcción del socialismo, que viene a sustituir al viejo orden decadente. (Dos Santos, 2009)

Pero la fase destructiva se revelaba extremadamente compleja y producía una confrontación social cada vez más radical. Nos debruizamos en el

análisis de este proceso en varias oportunidades, particularmente en el *symposium* sobre “Transición al socialismo y la experiencia chilena” que dio origen al libro bajo el mismo título. Así resumíamos la esencia de la cuestión:

La cuestión clave que aporta el proceso chileno actual es la de disponer de un gobierno popular en el interior de un Estado burgués y de emplear su sistema legal para servir a la transformación revolucionaria que deberá destruir ese Estado y esa legalidad para sustituirla por un Estado y una legalidad socialistas.

Quedó claro, sin embargo, que tales cambios solo serán revolucionarios cuando se decida finalmente la cuestión del poder, garantizando a la clase obrera la dirección real del país. Quedó bastante claro también que la toma del poder ocurre a través de la constitución del poder alternativo y no por la conquista gradual del poder del Estado existente. Se trata, pues, de la necesidad, científicamente definida, de destruir el viejo Estado anárquico y burocrático y crear el nuevo Estado centralizado, planificador y bajo el directo control de las masas. (Dos Santos, 2009)

La posibilidad de avanzar en esta dirección entraba en choque con el cuerpo teórico y la base social pequeño-burguesa de la izquierda latinoamericana que se reflejaba en Chile. Planteábamos en esta misma ocasión:

Parece que queda claro que en poco tiempo más el país va a vivir una confrontación entre un proyecto pequeño burgués que va a buscar limitar el proceso de transformación que vive el país a una reforma, posiblemente avanzada, de la estructura económica y política chilena, en el sentido de ajustarla a las necesidades de una productividad más alta, a un nivel de modernización bastante importante, pero sin romper con la estructura capitalista, sino que encubriendo esta estructura capitalista con una forma socialista. (Dos Santos, 2009)

Y detectábamos los peligros del impás creado por esta limitación estratégica:

Ello no quiere decir que estas posiciones sean las únicas existentes o las más viables. De hecho, históricamente, la limitación pequeño burguesa de los procesos revolucionarios no llevó a la consolidación del proyecto pequeño burgués sino al fascismo. Las vacilaciones de la social-democracia alemana, de los socialistas italianos, de la República Española, no llevaron a ninguna parte sino al fascismo. La moderación pequeño burguesa puede convertirse, pues, en la antesala del extremismo fascista. En Chile hemos visto cómo sus defensores atacan tan duramente a los “grupos armados” de la izquierda y hacen vista gorda de los “grupos de auto-defensa” de la derecha. La historia, pues, se repite. (Dos Santos, 2009)

La exacerbación de estas contradicciones condujo a la precipitación de la conspiración derechista que denunciarnos en varios artículos presentados en este libro. La confrontación llegó a su punto más agudo con el intento del golpe militar llamado del Tancazo (en octubre de 1972). Buscamos explicar las razones de la derrota del golpe en un artículo sobre “las condiciones políticas del golpe de estado” donde mostrábamos que no habían desaparecido las posibilidades del golpe. En este contexto, buscamos mostrar en un artículo que se hizo célebre negativamente que titulamos “Bendita crisis” (publicado en *Chile Hoy*, 6 al 12 de octubre de 1972). Los críticos han tergiversado sistemáticamente el contenido y el momento de este artículo. Ellos lo presentan como publicado un poco antes del golpe cuando en realidad fue publicado antes del más impresionante movimiento de masas que he conocido: la reacción de los trabajadores chilenos en contra del paro patronal que bloqueó todos los caminos en Chile y cerró las empresas privadas aún operando. Los trabajadores se desplazaron a pie o en los camiones de las fuerzas armadas para poner las empresas en funcionamiento, posesionándose de ellas e instaurando consejos de trabajadores para dirigir las. Al mismo tiempo establecieron guardias armados para defender “sus” empresas, coordinándose entre sí a través de los “cordones industriales” que se

convirtieron en un poder popular alternativo. Estos órganos del poder popular involucraban los trabajadores de todos los partidos incluso los demócratas cristianos. La unidad de clase se imponía sobre las divisiones creadas por la hegemonía ideológica de la burguesía. Describí esta epopeya en mi artículo “El gigante obrero” (*Chile Hoy*, 1 al 7 de diciembre de 1972).

En realidad, se cumplían las previsiones del artículo “Bendita crisis”: el avance de soluciones socialistas para la coyuntura económica hacía avanzar la fuerza del movimiento popular y derrotaba la burguesía.

Este momento crucial fue perdido:

1. Durante el fracasado golpe del “tancazo” no se avanzó hacia la represión dura en contra de los conspiradores. Se desmovilizó las masas y se buscó un acuerdo con el centro demócrata cristiano.
2. En vez de profundizar la gestión directa de las empresas por los trabajadores se aceptó devolver las empresas exigidas por la Democracia Cristiana y la derecha.
3. En vez de profundizar los nuevos mecanismos de distribución directa de bienes, ampliados por el apareamiento de la gestión obrera de las empresas, se restableció los mecanismos de mercado y la “verdad de los precios” que llevó a una inflación desenfrenada.

Al releer estos artículos 30 años después no puedo contener la emoción y avalúo en cuanto eran correctos mis planteamientos. Y cuan equivocada fue la política pequeño burguesa que impuso la “verdad del mercado” en aquellas circunstancias políticas. En el artículo sobre la “bendita crisis” afirmábamos:

¿Pero no vivimos una crisis de abastecimiento, una crisis de divisas, una crisis inflacionaria? Claro que sí. Pero todos estos problemas son parte de una crisis general de crecimiento, una crisis positiva planteada por el aumento del consumo de las masas, por el aumento de la producción, por haberse desnudado la verdadera crisis que está detrás de las apariencias. Esta es, pues, una crisis de contenido revolucionario que apunta hacia el desarrollo de las fuerzas

productivas y no hacia la contención de la oferta: hacia una reestructuración del sistema productivo y del comercio exterior y no hacia un restablecimiento del equilibrio perdido. Que apunta hacia el socialismo y no hacia la miseria, el desempleo y la anarquía.

A pesar de ser económica en su origen y en su solución final, la crisis actual es absolutamente política en lo que se refiere a las condiciones para encaminar su superación. En última instancia, solo una transformación socialista puede dar respuesta a los problemas creados por la política económica en curso.

Los temas de este artículo ganaron una expresión dramática en los acontecimientos de septiembre-octubre de 1972. Me gustaría ratificar hoy día nuestras apreciaciones sobre el “gigante obrero” que se levantó en contra de la conspiración derechista:

Este es el caso de la lucha por la formación del área social de la economía. En esta tarea, la clase obrera tuvo que desempeñarse en un campo nuevo de actividades y de responsabilidades que enfrentó con gran firmeza. No solo fue su tarea “tomar” las empresas que había que requisar, controlar los actos de sabotaje de sus patrones y sustentar la lucha contra los enemigos de clase dentro y fuera de la empresa. Más importante aun fueron sus tareas después de requisadas las empresas. Abandonados por los antiguos gerentes y técnicos, frente a interventores jóvenes y en general inexpertos, los obreros lograron no solo mantener la disciplina de trabajo, sino también aumentar la producción, plantear nuevos esquemas de abastecimiento, inventar repuestos, realizar trabajos voluntarios, buscar capacitarse técnica y políticamente para las nuevas tareas. Las fábricas chilenas se convirtieron en el microcosmos de la nueva sociedad emergente en Chile.

Pero la clase obrera no se quedó encerrada en las empresas. Tuvo que enfrentar de inmediato los problemas del abastecimiento creando las Juntas de Abastecimientos y Precios (las JAP). Frente a las amenazas de la derecha, los obreros se vieron obligados a coordinar sus

actividades para vigilar y defender sus empresas y resolver problemas más amplios de abastecimiento e incluso de distribución de productos. La crisis de octubre, al obligar a la clase obrera a asumir la dirección económica del país, obligó a desarrollar estas formas de organización, consolidando los coordinadores de los cordones industriales y creando los comandos comunales, nuevas expresiones de su capacidad orgánica.

Nos gustaría indicar a los lectores el artículo sobre “Comandos comunales y elecciones”, donde profundizamos estas tesis en función de la práctica histórica chilena. En esta oportunidad y en otros artículos posteriores demostramos nuestra confianza de que el avance del poder popular en las empresas favorecería la izquierda en el resultado electoral, como de hecho ocurrió. No se trataba de apartarse de los instrumentos democráticos disponibles en Chile sino de profundizarlos.

Frente a la victoria electoral de la Unidad Popular se desata la conspiración imperialista. Ella fue ayudada por las vacilaciones de la visión pequeña burguesa tanto de la situación económica como de la política. Nada fortalece más la agresividad imperialista y reaccionaria que la vacilación de la revolución.

La inflación tomó cuenta de la economía. Era necesario profundizar los mecanismos directos de distribución y enfrentar las fuerzas del mercado. Al contrario, el gobierno de la UP cedió a estas últimas en un momento de fuerte confrontación. Esto elevó la inflación y debilitó el gobierno. Buscamos crear conciencia en relación al peligro de la inflación y llamamos a un seminario en *Chile Hoy* con el propio ministro de la economía Orlando, reflejando la opinión de su partido (el Comunista) y de su asesoría (de fuerte inspiración estructuralista-keynesiana) él subestimó nuestra crítica. La crisis cambiaba de calidad y dejaba de ser “bendita”. La Unidad Popular aceptaba el principio burgués de recuperar el “equilibrio” al controlar la demanda y ajustarla a la oferta, vía liberación de precios.

Al contrario de lo que dicen mis críticos, en vísperas del golpe no he hablado de una “bendita crisis” sino del contrario. Vea mi artículo sobre “Podemos combatir la catástrofe” del 25 al 31 de mayo de 1973, en el cual afirmábamos:

Nosotros hemos buscado en muchas ocasiones en esta revista demostrar que el momento decisivo de enfrentamiento no estaba cercano y que, en lo fundamental, los trabajadores estaban a la ofensiva y el proceso seguía un camino revolucionario. Nos sentimos con autoridad para advertir que en este momento el proceso empieza a caminar contra los partidos populares si ellos no asumen el control de la situación y no liquidan violenta y radicalmente la orientación económica por la consolidación que ha llevado la situación a un grado insoportable, e inmovilizando en buena medida la fuerza del movimiento popular. Aún es tiempo de conjurar el fantasma y, como lo diría Lenin, combatir la catástrofe que nos amenaza. (Dos Santos, 2009)

En realidad, la debilidad de la dirección política y económica de la izquierda abrió claramente el camino para la ofensiva golpista. Nosotros lo denunciábamos de todas maneras en el periódico *Chile Hoy*. Y mi último artículo, “Sobre golpes negros y blancos” publicado a vísperas del golpe, era bastante claro en la denuncia:

El quiebre está hecho y nadie puede jugar sus fuerzas con tal extensión e intensidad y dar marcha atrás sin haber logrado ningún objetivo concreto. Los que se han comprometido con estas maniobras derechistas esperando poder paralizar las cosas en el punto que les fuera conveniente ya saben que esta posibilidad no existe.

Así también aquellos que desde el lado de la Democracia Cristiana o de la Unidad Popular creyeron que se podría superar este enfrentamiento y ofrecer una sólida salida institucional que no pasase por un real aplastamiento de los insurrectos, los terroristas y sus estimuladores y financistas, van perdiendo progresivamente sus ilusiones. La unidad de la Democracia Cristiana después de la declaración de los 10 Senadores es una utopía sin otro sentido que la cobardía de los que pretenden mantenerla. La magnanimidad del Gobierno Popular frente a estos actos se va convirtiendo en una actividad insostenible que se vuelca en menoscabo de su autoridad.

La derecha, según todo lo indica, tiene fuerza suficiente para impedir cualquier diálogo, cualquier solución “progresista” con fuerza militar. Y como los trabajadores han avanzado lo suficiente para plantear una política revolucionaria en este país, cualquier esquema centrista es una ilusión que no podrá cuajar sino por instantes muy breves. Del despliegue de poder que ha hecho la derecha queda claro que no tiene fuerza para cumplir sus objetivos; que ha tenido que caracterizarse claramente como una fuerza sediciosa sin poder hacer la sedición; que se ha convertido en una minoría agresiva, desesperada, terrorista; que ha impedido al sistema que representa alcanzar metas más modestas, pero más capaces de aplazar el fin del sistema como las propuestas en los esquemas centristas que maneja un sector de la DC. (Dos Santos, 2009)

Solo nos quedaba pues la profundización de la revolución para la cual llamé en estos días. No me arrepiento y repetiría las mismas palabras de mi último artículo:

La derecha, el golpe, el centrismo con sus golpes blancos, han revelado su debilidad intrínseca. Si la clase obrera no aprovecha la coyuntura para dirigir el país contra la sedición, poniendo a su lado a todas las fuerzas vivas, completando el área social, resolviendo el problema del desabastecimiento, garantizando el control obrero del área privada, liquidando el capital especulativo y la inflación, castigando a los culpables del sabotaje económico, político y militar. Los obreros deben recuperar la confianza en sus fuerzas, no a través de expresiones minoritarias, tomas y actos que demuestran antes una debilidad que su fuerza real. El camino es el de unirse en torno de su central obrera, coordinando firmemente los cordones y los comandos comunales para dirigir el país, el país entero, junto a su Gobierno, que debe adoptar claramente su plataforma. A pesar de que los enemigos son poderosos y pueden realizar bajas terribles en sus actos de desesperación, los hechos lo demuestran claramente: ellos no pasan de tigres de papel, que asustan y muerden, amenazan e incluso matan, pero que

no pueden resistir a la fuerza organizada de los trabajadores. Hay solo un grito para el momento actual: ¡Chile será socialista! (Dos Santos, 2009)

No es posible analizar en los límites de esta introducción a todas las contradicciones y los debates que se desarrollaron en el contexto del proceso de implantación del programa de la UP. Una cosa es cierta: es totalmente falsa la versión de que estos cambios económicos no contaron con el apoyo de la población. Las dos elecciones realizadas bajo el gobierno de la Unidad Popular indicaban que esta agrupación aumentaba significativamente su apoyo electoral. De los 36% obtenidos en la elección presidencial de 1969 se había llegado a los 44,6% de apoyo en las elecciones de 1973. No fuera así, la derecha no necesitaría recurrir al golpe de Estado para tomar el poder.

Ningún golpe de Estado cuenta con la mayoría de la población. Hace poco tuvimos la revelación en Brasil de las encuestas realizadas por el IBOPE, en marzo de 1964, que estuvieron ocultas hasta ahora y que revelan el apoyo mayoritario que tenía el gobierno popular de João Goulart a vísperas del golpe militar de 1 de abril de 1964. Lo mismo pasaba en Chile a pesar del mito cultivado por la derecha de un pretendido desprestigio de la Unidad Popular.

El régimen de terror establecido en este país y en otras regiones del mundo en las décadas del sesenta y del setenta han impedido que se manifestara abiertamente la voluntad de las personas.

En la medida en que las poblaciones van perdiendo el miedo de la represión fascista van ganando coraje para manifestar sus verdaderos sentimientos. Este es el caso de las conmemoraciones de los 30 años del 11 de septiembre en Chile. En esta oportunidad la figura de Salvador Allende renació con un vigor sorpresivo, sobre todo para aquellos que creen que las mentiras oficiales podrán imponerse sobre la memoria histórica de los pueblos.

Niteroi, 9 de octubre de 2003.

1. Chile: Orígenes y perspectivas de la Unidad Popular¹

I. La coyuntura internacional

Para comprender el surgimiento del gobierno popular en Chile y sobretudo su “viabilidad” histórica hay que partir de un análisis de la coyuntura internacional, particularmente continental en que aparece. Esta realidad se caracteriza por la crisis norteamericana y consecuentemente los cambios tácticos de la política externa de este país, por la división de la clase dominante estadounidense y latinoamericana respecto de la política a seguir en estos países, por el cambio de la composición de fuerzas dentro del movimiento popular latinoamericano a raíz del surgimiento político a principios del sesenta del campesinado y las poblaciones “marginales”, por la reciente ofensiva del movimiento de masas que cambia sus métodos de lucha y su posición ideológica superando el populismo tradicional y, por el surgimiento debido a estos cambios de los vecinos gobiernos militares progresistas de Perú y Bolivia.

Pasemos a analizar muy ligeramente cada uno de estos aspectos. Desde la segunda mitad de 1968 se hizo evidente que Estados Unidos estaba entrando en su más aguda recesión de la posguerra, que ocurría en un período de acentuados gastos bélicos no habiendo por tanto la posibilidad de salvarla por medio de una política que expandiera el consumo y presupuesto militar como en las cuatro recesiones desde 1945. Por otro lado, esta situación era acompañada de una tendencia inflacionaria y de una aguda crisis internacional del dólar. Desde el punto de vista político, la recesión aparece en un período en que la combatividad del movimiento estudiantil, del proletariado empobrecido (blanco y colonizado), la de las mujeres y los intelectuales, generaba una campaña en contra de la política externa e interna de las clases dominantes norteamericanas. Las huelgas y movimientos obreros,

1. Texto extraído de Dos Santos, T. 1971 “Chile: orígenes y perspectivas de la Unidad Popular” en *Libre* (París) N° 1, pp. 153-164.

causados por la inflación y el desempleo, se venían a sumar a un ambiente de por sí cálido que podía alterar y en el futuro transformar la estructura de la vida política de ese país.

A una situación interna tan desventajosa económica como política-mente se agrega una situación internacional bastante difícil. En primer lugar, la derrota en Vietnam que se extiende a toda la región Indochina; en seguida, una ola revolucionaria no solo en el tercer mundo pero inclusive en Francia, Italia y otros países europeos; y lo que se refiere a América Latina, una ofensiva nacionalista que incluye los gobiernos más sumisos y una creciente movilización popular. Por último, dentro del bloque imperialista se ponen en evidencia serios roces internos con Japón, Francia y también Alemania, que hacen cada vez más precaria la situación de un país en crisis que busca asegurar a toda costa su hegemonía dentro del sistema capitalista mundial, viéndose obligado a mantener, para no perder su liderazgo, un precio artificial del dólar pagándolo con altos sacrificios de su pueblo y con una baja en sus exportaciones.

En una situación externa e interna tan desfavorable no se podía esperar de Estados Unidos una política agresiva en el plano internacional. Su agresividad será siempre el resultado de una acción desesperada, que se da en términos empíricos y vacilantes (como las invasiones de Cambodia y de Laos). El conjunto de la política norteamericana desde 1968 es esencialmente defensivo y tiene como propósito evitar la creación de nuevos focos de enfrentamiento y preservar su posición por medio de nuevas alas y nuevas fórmulas políticas. Su objetivo estratégico es esperar una coyuntura internacional más favorable para retomar el terreno perdido a través de nuevas ofensivas políticas, económicas y militares que le permita mejorar su posición. En el paso latinoamericano, su preocupación fundamental es no presionar demasiado a los gobiernos reformistas para no obligarlos a un enfrentamiento con Estados Unidos que los transformaría en una nueva Cuba.

Frente a esta situación crítica, cuya demostración no podemos profundizar por la brevedad de nuestro ensayo, la clase dominante norteamericana se encuentra dividida. El sector más atrasado busca retroceder en el plano internacional y volverse para el interior de Estados Unidos, siguiendo las demandas de los pequeños y medianos

propietarios del país, mientras que el otro sector busca crear las condiciones para una modernización doméstica e internacional basándose en los intereses de las empresas multinacionales. El gobierno Nixon, a pesar de que intenta conciliar ambas tendencias, expresa mucho más los intereses del primer grupo.

El gran capital internacional busca crear las bases de una política audaz de social-democratización de Estados Unidos que logrará captar el apoyo del movimiento estudiantil, del proletariado colonizado negro, puertorriqueño y mexicano, de los movimientos antimilitaristas y femeninos, y de los gobiernos reformistas de los países dependientes. Trata de crear una política de apertura del mercado norteamericano al tercer mundo y de favorecimiento a la industrialización basada en el capital norteamericano o europeo-norteamericano o en su alianza con el capitalismo de Estado a través de empresas mixtas.

Así quisiera asumir el liderazgo del profundo movimiento popular que crece a ojos vistos en todo el mundo, como fruto de la incapacidad del capitalismo de responder (al menos en su forma actual, según creen ellos) a los enormes problemas planteados por el desarrollo de sus propias contradicciones.

Por otro lado, son evidentes los efectos de tales cambios políticos en las alianzas de clases en América Latina. El gran capital internacional no está dispuesto a jugarse por las viejas oligarquías agrarias, mineras y comerciales ligadas a las estructuras primario-exportadoras de América Latina. Esta actitud incluye la entrega de las empresas norteamericanas de este sector siempre que su nacionalización se pague en términos razonables. Si el gran capital recela patrocinar directamente una política de este tipo por su posible radicalización, está sin embargo plenamente dispuesto a aceptarla y aún a apoyarla siempre que fuera ejecutada por gente de su confianza. Esto no excluye, evidentemente, el favorecimiento y estímulo de una política represiva con la condición de que se ajuste a las necesidades de la modernización económica y social, que sirva a la expansión de la inversión extranjera en sus nuevas formas, como es el caso típico de Brasil. Esto no significa que no persistan conflictos entre el gran capital internacional y ciertas pretensiones subimperialistas y estatizantes de los militares brasileños.

En este cuadro internacional tiene una gran importancia el cambio de composición de fuerzas del movimiento popular latinoamericano que se hizo patente en el transcurso de la década del sesenta. En este período, los campesinos emergieron de su relativa pasividad y se convirtieron en una fuerza política muy respetable. La Revolución Cubana ya había demostrado que esta fuerza tendía a transformarse en un poderoso aliado del movimiento obrero permitiendo superar el liderazgo que habían ejercido sobre el movimiento popular la pequeña burguesía y la burguesía industrial, inaugurando de esta manera una etapa de revolución socialista en América Latina. Frente a esta situación el gran capital internacional intentó a través de la Alianza para el Progreso crear las condiciones para que los líderes reformistas locales asumieran el control político de este movimiento. Las políticas de reforma agraria de Frei, de Belaúnde, de Betancourt y el pacto campesino-militar de Bolivia fueron, entre otros, ejemplos muy convincentes de este intento de someter al campesinado latinoamericano a una dirección nacionalista burguesa de corte reformista, buscando crear en el agro una capa de campesinos ricos o acomodados para que se convirtiera en una arraigada fuerza contra-revolucionaria.

Es innegable que esta política, aliada a la “acción cívica” de los militares en el campo, la represión al movimiento guerrillero y el uso del golpe militar siempre que se arriesgara perder el control político de la situación, obtuvo importantes victorias inmediatas. Pero al fin de la década su magia había desaparecido: se deterioraba debido al fracaso sistemático de todos los gobiernos reformistas latinoamericanos, el último de los cuales era precisamente el de la democracia cristiana chilena.

Estos factores permiten al movimiento popular latinoamericano desde 1968 recobrar la iniciativa que había perdido durante buena parte de la década (ofensiva política militar y económica, de Estados Unidos y otros factores internos que no nos cabe comentar aquí).² De hecho, en todo aquel período el movimiento popular veía destruirse su viejo liderazgo populista-nacionalista sin generar los instrumentos teóricos y

2. Un estudio sistemático del período se hace en la introducción de Vania Bambirra al libro *Diez años de insurrección en América Latina* (1970).

organizacionales para proponer una alternativa independiente. Lo que estaba más a mano era una interpretación de la Revolución Cubana que la veía originarse en un “foco”, es decir, una guerrilla móvil que desafiaba el poder central y se convertía al principio en un poder militar alternativo para transformarse en seguida en un ejército. No cabe discutir aquí si esta interpretación encuentra respaldo en los acontecimientos revolucionarios de Cuba.

El hecho es que tal concepción no ofrecía un instrumento de organización de clase a un proletariado urbano y rural que estaba en proceso de radicalización y que tendía a rechazar la ideología reformista que lo orientaba. Al final de la década, sea por su propia iniciativa, sea por el amplio debate ideológico que se desarrolló en el período, o por los sucesivos fracasos de los intentos foquistas el movimiento popular latinoamericano se fue movilizandobajo nuevas formas. En 1968 y 1969, violentas explosiones populares expresaron esta radicalización que buscaba una vanguardia capaz de organizarlo y conducirlo revolucionariamente. En general, este proceso se expresará por los instrumentos que encuentre a mano: en México y Brasil, el movimiento estudiantil que obviamente no puede llevarlo a sus últimas consecuencias por sus debilidades organizativas e ideológicas; en Argentina, a través del movimiento sindical peronista cuyas limitaciones sobre todo ideológicas (a pesar de sus avances recientes) y secundariamente orgánicas, permite obtener solamente victorias parciales; en Colombia y la República Dominicana, por medio de caudillos populistas revividos debido al vacío político de la izquierda, los liderazgos militares que en el caso de Perú llegan al poder en contra de una movilización popular aprista que las lleva a reforzar el aparato estatal paralizando la participación del pueblo, mientras que en el caso boliviano estos líderes militares se ven frente a una presión de masas constantes y cada vez más organizadas e independientes. Por fin, en el caso chileno, el movimiento popular se canaliza a través de una estructura partidaria muy sólida reforzada por la radicalización de sectores de organizaciones pequeño-burguesas que vienen a sumarse a los partidos obreros bien definidos y que habían ajustado su programa a este proceso de radicalización general. Es importante constatar que la aparición de dos gobiernos militares de carácter progresista, y bajo fuerte presión

popular en el caso de Bolivia, cambió al final de la década la correlación de fuerzas en América Latina de manera bastante sustancial. Por más limitado que sea el programa reformista de estos gobiernos no pueden de ninguna manera servir a maniobras contrarrevolucionarias en contra de Chile. Por fin, las victorias evidentes, aunque parciales, del movimiento obrero argentino impedían también cualquier maniobra contraria al mandato de la Unidad Popular. Así, el conjunto de la situación internacional y continental favorecía enormemente la asunción de un gobierno popular en Chile como ya había permitido otros menos consecuentes, pero igualmente avanzados e “inconcebibles” hace cuatro años en América Latina.

II. La coyuntura chilena y la UP

Pero si los factores externos jugaron un papel importante en la creación de la “posibilidad” de que exista un gobierno de unidad popular en Chile, no explican por qué se produjo este hecho histórico. Solo el análisis del desarrollo de la lucha de clases dentro de Chile que, siendo condicionada por la situación internacional, es específicamente diferente al caso peruano, boliviano, argentino y opuesta al brasileño y de las determinaciones internas de la victoria de la UP, puede iluminar lo que pasa actualmente en Chile en sus perspectivas. Creemos que son 4 los factores fundamentales que explican la llamada experiencia chilena: el hecho de que el reformismo demócrata-cristiano haya sido relativamente consecuente con su programa, lo que sin embargo no impidió su fracaso; la profunda división de la clase dominante chilena que además de inscribirse en el cuadro general de la división de la clase dominante latinoamericana tiene una larga trayectoria histórica, y se hizo más grave en la medida en que se aplicaba una parte significativa del programa de la democracia cristiana; la comprensión de las fuerzas básicas de la Unidad Popular de la necesidad de reformular el programa nacionalista y democrático con el cual concurrió a las elecciones de 1964 por un programa cuyo objetivo era crear las bases del socialismo, diferenciándose claramente del reformismo demócrata cristiano y al mismo tiempo neutralizando las oposiciones foquistas en plena decadencia después

del asesinato del Che Guevara en Bolivia. Por fin, la especificidad de la estructura partidaria e institucional chilena hacía muy viable una victoria de la izquierda en las urnas y su ascensión al poder, factor decisivo para que el pueblo confiara en el sentido práctico de apoyar una campaña electoral con un programa revolucionario. Analizamos rápidamente cada uno de estos factores.

Los analistas de la campaña de 1964 en Chile, sea de la derecha, del centro o de la izquierda, afirman unánimemente la gran identificación entre el programa de la democracia cristiana y del FRAP (que reunía a socialistas y comunistas). La democracia cristiana representaba al sector más avanzado del reformismo latinoamericano. Sin embargo, seis años de este tipo de gobierno facilitan la penetración del gran capital internacional, acentúa la concentración y monopolización de la economía, obliga a reforzar el poder político central, aumenta la manipulación de las masas, no permitiendo, por otro lado, resolver adecuadamente las demandas del campesinado y de las poblaciones “marginales” que el propio reformismo moviliza en contra de las fuerzas de izquierda, cuyas raíces principales se encuentran en el movimiento obrero y asalariado en general. Al contrario de otros países, la izquierda chilena buscó orientar el movimiento popular hacia una constante presión sobre la democracia cristiana para alcanzar su total independencia. Al final del período quedaba claro que solo la izquierda podría realizar las transformaciones revolucionarias que el pueblo ansiaba cada vez más.

Además, los pocos intereses latifundistas y oligárquicos que fueron afectados por la democracia cristiana bastaron para crear una brecha muy profunda con sus aliados de derecha que habían apoyado firmemente a Frei en la elección anterior. El evidente desprestigio del partido de gobierno frente a sus propias bases era otro factor que instaba a la derecha a buscar su propia meta. Sin confianza ideológica y política en la democracia cristiana y temerosa de una victoria de la izquierda, la derecha se vio en la obligación de aventurar su propio camino después de haber coqueteado sin resultado con el golpe militar.

En tanto se dividía la derecha, la izquierda se unificaba en torno a una formulación muy profunda que asimilaba las inquietudes de las fuerzas de izquierda más avanzadas en América Latina que habían hallado su

expresión en un amplio estudio teórico de la realidad latinoamericana que demostraba cabalmente la inviabilidad del derrotero latinoamericano-burgués para América Latina. Con un programa que establecía la destrucción del monopolio (no solo extranjero sino también nacional), del latifundio (no se habla más de un feudalismo inexistente) y de la dependencia (que ya no se veía como fenómeno externo sino como condicionante de las estructuras internas) la Unidad Popular daba un paso programático que no siempre correspondía a cambios en su método de acción, de pensamiento y de lucha pero que marcaba una clara línea diferenciadora entre ella y el conjunto de las fuerzas políticas burguesas y ofrecía incluso un camino más claro a la pequeña burguesía a la cual se le prometía protección hasta que sus empresas pudieran integrarse dentro de la propiedad socialista. Al contrario de lo que muchos piensan, la clara definición socialista del programa de la UP y la definición de un período transitorio donde se preveía claramente la colaboración de la pequeña burguesía y se le otorgaban seguridades bajo la hegemonía del proletariado, permitió ganarse un sector de esa capa social representado por el grupo que se quedó en el partido Radical, y facilitó la radicalización de los sectores que se desprendieron de la Democracia Cristiana y formaron el MAPU, integrándolo al mismo tiempo a la Unidad Popular. Así, la Unidad Popular de un lado radicalizaba su programa y de otro, en una aparente contradicción que no era tal, ampliaba sus bases sociales al extender la composición del frente electoral sin conceder la hegemonía de clase obrera expresada en el objetivo socialista del programa y en la afirmación de la posición central de los partidos obreros en el frente.

Esta estrategia permitía derrotar las posiciones foquistas e izquierdistas que no podían atacar sino muy limitadamente el programa de la Unidad Popular y su concepción general. Los puntos débiles, que de hecho existían, no podían ser criticados desde una posición foquista, sino solo desde una posición revolucionaria de masas. Tales debilidades eran la falta de organización de un poder popular, la ausencia de una movilización independiente de las masas, el excesivo control partidario, y sobre todo el peligro de crear una ilusión de una victoria electoral permitiría tomar el poder y crear el socialismo a través de la penetración del aparato estatal democrático-burgués sin destruirlo.

Las posiciones foquistas se debilitaban aún más frente a la evidente especificidad de la estructura partidaria e institucional chilena que era aún más arraigada que su modelo europeo. La pasión chilena por las elecciones y los procesos legales que corresponden a un viejo empate de fuerzas políticas y un arraigado sistema de sutiles alianzas y compromisos fundados en una consulta constante de las bases a través de elecciones, disminuía considerablemente la posibilidad de una concepción golpista pura de la derecha. Así el MIR que entró en un desvío foquista entre 1967 y 1970 en la práctica no abandonó totalmente sus posiciones de masa realizando importantes experiencias de reorganización semi-militar de sectores “marginales” y campesinos que le restaban base a la democracia cristiana e inauguraban formas de lucha nuevas más adaptadas a las condiciones chilenas, a pesar de su carácter aún experimental.

Así, el conjunto de la situación chilena y el desarrollo de la lucha de clases en el país encuentran una expresión en la estructura partidaria existente y en el proceso electoral. La posibilidad histórica de un gobierno progresista se realiza a través de la victoria electoral de la Unidad Popular que plantea crear las bases para el socialismo en Chile. Al superar la primera etapa se creaban muchos problemas nuevos. Esto se podía advertir por la expresión grave que presentaban los militantes comunistas y socialistas más responsables en el día de la victoria electoral. Una gran cantidad de dudas e interrogantes se abrían. ¿Sería posible llevar adelante este programa con una base electoral y organizativa tan frágil? Sí, las condiciones internacionales lo permitían, así como el desconcierto de las clases dominantes chilenas. ¿Cómo impedir que el contenido reformista del programa no se transformara en su objetivo final abandonado su contenido socializante? Esta pregunta aún no ha sido respondida por la práctica política chilena.

III. Los primeros pasos

Como hemos visto, hay una gran unidad de fuerzas sociales dispuestas a destruir el viejo orden primario-exportador en América Latina y hay sobre todo un profundo anhelo de transformaciones por parte de las masas populares que todos los partidos buscan reflejar. Esta

realidad se expresó muy claramente el día de la victoria de la UP, ya que jóvenes y pobladores demócratas cristianos salieron a las calles a celebrar alegremente el triunfo de la UP. Por otro lado, buscando expresar este mismo sentimiento de sus bases, el candidato demócrata cristiano se apuró en abrazar a Allende. Era muy difícil convencer a las bases populares de la democracia cristiana que eran legítimas las aprehensiones de sus núcleos de clase media alta y burguesía. Para no dividir al partido solo había una solución: presentar a la democracia cristiana como respetuosa del resultado electoral y como garantía de mantener la legalidad burguesa. En este momento se elaboraba una estrategia de flexibilidad reformista y rigidez institucional que buscaba enredar a la UP en un esquema que tenía como propósito liquidar el carácter revolucionario de su gobierno llevándolo al desgaste a largo plazo. La democracia cristiana no ha logrado mantenerse siempre fiel a esta táctica. Su sector derechista ha abierto una violenta campaña anticomunista sobre todo durante las elecciones municipales de abril (1971) ganando la hegemonía del partido hasta el momento. El relativo fracaso en estas elecciones ha revigorizado la acción que defiende la flexibilidad (Frei abandona el país, entrega el partido a Tomic, declaraciones “populistas” de la Juventud DC).

El crecimiento de una posición golpista desesperada en el seno de la clase dominante ha constituido hasta el momento la principal fuerza de cohesión de la izquierda incluyendo a la izquierda revolucionaria que buscó ponerse en la vanguardia de la lucha anti-golpista utilizando su servicio de inteligencia para infiltrar el aparato golpista y denunciar sus maniobras. La existencia del golpismo ha permitido también una utilización revolucionaria hasta el momento de legalidad burguesa. La izquierda habla hasta el momento en nombre de la legalidad burguesa en tanto la derecha repite la célebre frase burguesa: “la legalidad nos mata”. Mucho más sabia parece por lo tanto la política que siguió el sector tomicista de la democracia cristiana al buscar disolver el carácter revolucionario del programa de la UP en un esquema legalista que en vez de matar la derecha mate la revolución. En la medida que este esquema triunfe, la UP se encontrará en la necesidad de contar con el apoyo demócrata cristiano para realizar las reformas y

por tanto se vería obligada a transar con el partido la intensidad de su política llevándola a un ablandamiento y una pérdida de ritmo que la condenaría al fracaso.

Hasta el momento la política económica de la UP ha permitido sin embargo profundizar las transformaciones sin la necesidad de un apoyo parlamentario fuerte y sin una gran movilización de masas. Esta política se ha caracterizado por un ritmo relativamente rápido de nacionalizaciones, por una drástica política de precios que permitió una efectiva redistribución del ingreso y por un acelerado proceso de expropiación de tierras. Otro campo donde los planes del ejecutivo se han llevado a cabo sin grandes problemas es en la política externa donde la independencia nacional ha significado en la práctica una aproximación al bloque socialista sin hostilizar el bloque capitalista y sin dejar de plantear una posición crítica frente al imperialismo en América Latina. En el plano cultural, la existencia de un gobierno de Unidad Popular ha provocado una profunda concientización de amplios sectores populares y de la juventud pequeño-burguesa, así como un importante estímulo aún no expresado en frutos concretos al trabajo intelectual, literario y artístico.

Esta política ha permitido absorber en gran parte la presión de los sectores menos atendidos en la actual fase de aplicación del programa, tales como las capas menos avanzadas del proletariado (los trabajadores de las pequeñas empresas, del sector de servicios de baja estabilidad y que representan una parte sustancial de las poblaciones “marginales” y además la mano de obra desempleada y los sectores más atrasadas del campesinado). Todos estos sectores significan un factor de movilización que puede poner en peligro la disciplina y cuestionar el camino legal. Para que esto no suceda se hace imprescindible que el programa de la UP busque absorber estos sectores rápidamente, lo que exige una ampliación del control estatal sobre los sectores más atrasados de la economía sin que necesariamente tenga que nacionalizarlos. La organización de la clase obrera por ramas, la realización de contratos de trabajos que garanticen la producción de las pequeñas empresas y sobre todo el aumento de la producción de bienes de consumo como consecuencia del crecimiento generalizado del poder adquisitivo debido a la política de redistribución del ingreso, buscan resolver en la etapa actual el

problema de las pequeñas empresas y de los sectores atrasados de la economía. Si bien con este se disminuye la presión, no se da una solución a largo plazo. La deficiencia de la política de construcción entorpecida por las resistencias del aparato estatal demócrata cristiano heredado por el Ministerio de la Vivienda no ha permitido poner en funcionamiento otro importante mecanismo de creación de empleo y de activación de la economía. Todo esto revela sin embargo que la UP ha logrado hasta el momento paralizar presiones sociales extremadamente graves sin perder el apoyo popular a favor de la derecha (que buscó acaudillar estos sectores sin grandes resultados) ni a favor de la izquierda revolucionaria que logró movilizarlos sin querer crear demasiadas dificultades para el gobierno. Estas presiones son sin embargo muy saludables para el futuro político chileno y aseguran que el proceso de cambios no se estanque ni se quede en meras decisiones burocráticas.

El otro sector de movilización popular fue el campesinado más explotado como los mapuches y sectores del sub-proletariado agrícola dispuestos a obligar a una rápida política de expropiación de tierras independientemente de los planes de gobierno. La presión por la tierra de estos sectores ha permitido un grande avance del MIR y de sectores más radicales de la Unidad Popular en el campo, y ha forzado al gobierno a agilizar la estrategia agraria. Al mismo tiempo el gobierno ha buscado evitar una crisis agraria (que la derecha buscó crear a toda costa) al garantizar el financiamiento de las cosechas del próximo año agrícola sin que esto signifique una concesión de principio a los propietarios.

La capacidad del gobierno de absorber todas estas presiones populares se debe sobre todo al acierto de su política de precios, a la firmeza de las nacionalizaciones y de las expropiaciones de tierras, pero también a las facilidades que trajeron las reservas de dólares creadas por el aumento de precio del cobre a raíz de la guerra del Vietnam y del relativo fortalecimiento del poder de negociación de los países dependientes en el plano mundial debido a la crisis norteamericana. Todo esto produce una coyuntura extremadamente favorable, que además de permitir avances concretos sin grandes conmociones sociales, puede por otro lado fomentar la ilusión de un fácil proceso de cambios graduales que liquidaría todos los logros realizados hasta el momento.

Por fin, es necesario considerar que ninguna medida tomada hasta ahora tiene carácter socialista. Todas ellas crean, como lo plantea el programa, las condiciones para el socialismo por si solas no garantizan mecánicamente el paso hacia la próxima etapa. Por esto estas iniciativas pueden realizarse pacíficamente en el marco democrático-burgués siempre que haya una situación favorable y una hegemonía obrera consecuente (pues ha sido demostrado que los partidos pequeño-burgueses no son capaces de llevar adelante ni siquiera estas medidas destructivas del orden primario-exportador por temer a sus consecuencias últimas). En el seno de las experiencias que atacan este orden van emergiendo las medidas de carácter constructivo que tienden a inscribirse en el nuevo orden socialista. Las experiencias aún elementales de cogestión obrera en las empresas nacionalizadas y estudiantil en la Universidad, de formación de sectores planificados (como el acero), van surgiendo de manera inconexa en busca de una forma de expresión más orgánica que permita el paso siguiente al socialismo.

IV. Perspectivas de la experiencia chilena

El resultado de las últimas elecciones de regidores en todo el país ha confirmado una clara tendencia reformista del pueblo chileno al entregar una mayoría de 51% a la Unidad Popular a la cual se debe agregar un sector reformista de la democracia cristiana. Por otro lado, sin dar un paso atrás, no se ha expresado un aumento del Partido Comunista y no se puede saber con certeza la fuerza ideológica que está detrás del crecimiento del Partido Socialista cuya posición de apoyo al programa socialista es bastante claro, pero que puede haber atraído buena parte de los votos por ser el partido del Presidente. De cualquier forma, es bastante claro el respaldo mayoritario en la fase destructiva del programa y hay seguridad de que existe una base para la etapa siguiente de carácter socialista.

Esta afirmación demuestra que es “posible” la transición hacia una etapa de construcción socialista pero no asegura de ninguna manera su realización sin que se operen cambios cualitativos en la conciencia y en la organización de las masas. El paso hacia una etapa socialista crea

contradicciones nuevas cuyo carácter hay que tener en cuenta para no caer en un espejismo pequeño burgués. La cuestión fundamental no está en el carácter pacífico o no pacífico de la transición al socialismo. Es evidente que una revolución es más o menos pacífica dependiendo de la fuerza del movimiento popular y de la fuerza de la clase dominante y la violencia que ella oponga a la revolución popular. La clase dominante chilena ha buscado disminuir el carácter revolucionario de la Unidad Popular, por un lado, y por otro ha conspirado en contra de ella acen- tuando en la propaganda el sentido amenazante de sus medidas para justificar una resistencia ilegal y la conspiración que se continúa desar- rollando a luz del día (y también en las sombras). De hecho, al lado de las “estrellas” de la conspiración hay otra conspiración más profunda, más a largo plazo, más “moderna” y más realista que desconfía del ca- rácter fácil de la actual oposición de derecha y que conforma las bases de un consecuente fascismo latinoamericano y quizás mundial en rena- cimiento y que buscará expresarse en la medida que fracase el gobierno de la Unidad Popular, canalizándose entonces los descontentos de la pequeña burguesía y aún de sectores sub-proletarios y desempleados. Es decir, tal fascismo solo logrará imponerse si la Unidad Popular no desarrolla la fase socialista de su programa y se deja enredar en la táctica de flexibilidad y de compromiso. Por lo tanto, la viabilidad de una oposición de derecha es en primer lugar un problema político y solo en segundo lugar un problema militar. O, puesta la cuestión del otro lado, la viabilidad de una transición hacia la etapa socialista es en primer lu- gar un problema político y solo en segundo lugar una cuestión militar.

Esto significa que se trata sobre todo de crear un poder popular ca- paz de permitir el paso hacia el socialismo. Este poder tiene que existir al lado del poder democrático-burgués para sustituirlo en el momento preciso sin quebrar necesariamente las tradiciones institucionales. La realización de un plebiscito que convocase una asamblea constituyente de trabajadores de la ciudad y del campo, de estudiantes e intelectuales puede permitir un paso legal hacia una nueva institucionalidad socialis- ta siempre que haya una fuerte organización popular capaz de respaldar este avance y se haya creado en la práctica el nuevo poder que se quie- re instituir. Solo se puede pues romper con una legalidad en nombre

de otra legalidad que no está solamente en la cabeza de la gente, sino que se hace una práctica social concreta. Esta sería la legalidad del poder obrero en las fábricas y en las empresas del poder estudiantil en las Universidades, del poder campesino en las haciendas, del poder popular en los barrios, del poder estatal en las empresas nacionalizadas, en la propiedad del sistema bancario y en el control del comercio exterior, en el debilitamiento real del poder económico e ideológico de la derecha.

El problema más grave que deberá enfrentar el paso hacia una etapa socialista es el debilitamiento de uno de los principales aliados de la fase destructiva actual. Se trata de la necesidad de obligar a un amplio sector de las clases medias y de la pequeña burguesía (que ejerce actividades absolutamente inútiles dentro y fuera del Estado) a desempeñar en tareas productivas. Hay que cambiar la economía del campo desplazando hacia áreas rurales complejos agrario-industriales que reorienten la irracional distribución de la población en las grandes ciudades debido a las deformaciones creadas por el desarrollo dependiente. Hay que disminuir el ingreso de muchos sectores, hay que quebrar el aparato estatal esencialmente pletórico y burocrático, hay que cambiar profundamente el comportamiento y el modo de razonamiento idealista de la pequeña burguesía, etc. Esto implica una política de ataque a un amplio universo cultural y a los privilegios de la clase media asalariada que influyen poderosamente en los propios partidos de izquierda y aún en la clase obrera.

La etapa de destrucción afecta los intereses y privilegios de una minoría de grandes propietarios, muchos de ellos extranjeros. En cambio, la etapa socialista afecta intereses y privilegios de amplias capas sociales que están incluso en el liderazgo de los partidos de izquierda y provoca no una distribución de lo expropiado de la gran burguesía sino una redistribución en el seno del propio pueblo (en gran parte atenuada por las posibilidades de hacer una acumulación de capital basada en parte en la ayuda externa con la cual no contó, por ejemplo, la Unión Soviética, lo que condujo a un enfrentamiento muy fuerte con el campesinado en la etapa de socialización forzada). Todas estas dificultades son superables si hay una fuerte conciencia de clases e independencia organizativa de la clase obrera, un fuerte poder obrero y popular e importante proceso

de educación.

Vemos así que tres son los factores que pueden permitir el salto hacia una etapa socialista sin una conmoción interna violenta: la existencia de un apoyo internacional fuerte, un gran desarrollo superestructural de la educación socialista de las masas y sobre todo un poder obrero y popular que se gesta y se afirma antes de la forma definitiva del Estado. Ninguno de estos se encuentra suficientemente desarrollado todavía. El estudio de la “viabilidad” de que estos factores operan en Chile sería motivo para otro artículo. Queda planteado el problema para una amplia discusión.

Santiago, 17 de agosto de 1971.

2. Problemas estratégicos y tácticos de la revolución socialista en América Latina

La conclusión más importante del presente Seminario³ son las lecciones de la experiencia chilena para el conjunto de América Latina e incluso para el movimiento revolucionario mundial. En este sentido, quiero elogiar la intervención de Pío García porque se aparta de una preocupación excesivamente chilena.

Vía pacífica, legalidad y lucha revolucionaria por el socialismo

Al respecto, considero bastante importante la discusión sobre la posibilidad de la vía pacífica, que nos lleva al análisis de los problemas concretos de la lucha política en vez de sustituir la lucha política concreta por formas generales. A mi juicio, debería de haber un desarrollo teórico más amplio de esta parte, que me parece buena como planteamiento del problema.

Creo que uno de los antecedentes más relevantes de este desarrollo, señalado en parte por Pío García, sería exactamente el prólogo de Engels

3. Seminario sobre *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*, realizado en el Instituto de Investigación Económicas (IIE) de la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1975.

a La lucha de clases en Francia, porque es una de las primeras veces en que un teórico marxista enfrenta de manera sistemática el problema de la lucha revolucionaria por el socialismo en condiciones democráticas, en condiciones de un régimen liberal.

Esto es muy significativo porque el grueso de la reflexión marxista sobre el problema de la revolución, como sabemos, se hizo en las condiciones de lo que se llamaba la revolución permanente, es decir, la transformación de una revolución democrática en revolución socialista.

Hasta la Comuna de París, las posibilidades de una revolución socialista estaban asociadas a la conversión del movimiento democrático, entonces dominante, en poder obrero, en aquel tiempo expresión de una minoría organizada aún de manera precaria. A partir de la creación de la Primera Internacional y del desarrollo de la socialdemocracia se empieza a plantear un problema de nuevo tipo.

En primer lugar, el movimiento socialista pasa a constituirse en una fuerza cercana a la posibilidad de convertirse en mayoría.

Segundo, las fuerzas del proletariado ya no tenían por qué asumir las luchas democráticas como tarea revolucionaria fundamental puesto que estas ya se podían obtener dentro del cuadro de la reforma social.

La lucha democrática no asumía más un carácter revolucionario porque la burguesía ya había alcanzado el poder en la mayoría de los países europeos. A partir de ese momento, la reflexión estratégico-táctica tiene que cambiar su eje y la primera manifestación más coherente y sistemática es indudablemente el documento de Engels ya señalado, además de ciertas reflexiones suyas sobre el Programa de Erfurt. En consecuencia, creo que este texto es muy importante para analizar el problema global de la lucha revolucionaria en condiciones de democracia burguesa, en condiciones en que las transformaciones democráticas ya dejaron de ser revolucionarias y las transformaciones revolucionarias son ahora socialistas; ése era el nuevo problema a discutir.

El proceso revolucionario chileno lo plantea por primera vez en América Latina, puesto que, como sabemos, todo proceso revolucionario latinoamericano anterior era necesariamente democrático. Anteriormente ningún proceso revolucionario latinoamericano se planteó programáticamente como socialista. En las últimas décadas, las luchas de carácter

democrático anti-imperialista asumían un contenido revolucionario más avanzado, que se desarrolló en socialista en el caso de la Revolución Cubana. En casos anteriores habían adoptado una tendencia socialista que fue cortada por los golpes de Estado. Con posterioridad a la Revolución Cubana, las experiencias tendieron hacia un definido carácter socialista antes de resolver el problema democrático y anti-imperialista. Esto reflejaba una nueva etapa del proceso revolucionario en el sub-continente.

En el caso chileno es la primera vez en América Latina que se plantea claramente, como objetivo explícito de la toma de poder, la creación de una economía nacional y de un Estado socialista. Es un problema absolutamente nuevo en América Latina como era nuevo para Engels en la Europa de 1895. Pero hay que señalar, sin embargo, el sentido aún más amplio de la experiencia chilena pues, como sabemos, los movimientos socialdemócratas europeos terminaron por convertirse en reformistas, es decir, por creer en la posibilidad de que las transformaciones socialistas se dieran en el marco de la reforma burguesa o en el marco de la reforma al interior de la sociedad burguesa y, después de la II Guerra Mundial, incluso caen en la posición de abandonar el objetivo socialista. Al respecto es preciso destacar lo siguiente: no se trata simplemente de la traición de un grupo de personas, sino de partidos que representan indudablemente a la mayoría del proletariado en sus países. Nosotros sabemos que la socialdemocracia alemana tiene el control político del proletariado alemán, que el Partido Laborista lo tiene en Inglaterra, es decir, este cambio estratégico tiene un significado político, social e ideológico muy importante y hay que comprenderlo con el máximo de rigor teórico posible.

Y sabemos que, por primera vez, incluso en escala internacional, se constituye un Gobierno elegido en las urnas que tiene por objetivo una transformación socialista. Una novedad práctica que plantea problemas teóricos enormes y que ha transformado el proceso chileno en fuente de reflexión para el movimiento obrero internacional. Por eso yo sugeriría que diéramos especial atención a la reflexión dialéctica de Engels sobre el problema de la legalidad. Según Engels, el uso de la legalidad, en términos revolucionarios, por el proletariado, haría necesariamente que la burguesía abandonara su propia legalidad y se lanzara en contra de ella.

Sabemos que este proceso, en cierta forma, se expresó en Europa en los años veinte y treinta; y el fascismo es una expresión del fracaso de la social democracia entonces mayoritaria para tomar el poder revolucionariamente. Desde el momento en que ve amenazada la supervivencia del orden capitalista, la burguesía abandona su concepción liberal del mundo, de la economía y del Estado y adopta política e ideológicamente una concepción fascista. ¿Y por qué? Porque en gran medida el proletariado había logrado un control político del Gobierno, sin transformaciones esenciales del Estado, en una dirección socialista.

Tal situación impedía la acumulación de capital en la escala capaz de permitir un desarrollo capitalista monopólico y hacía necesario para la burguesía recurrir a la ilegalidad e, incluso, a otra ideología distinta de la burguesa liberal, para poder destruir el poder obrero creciente.

Yo creo que en Chile esa situación se manifestó de manera muy clara. Creo que la exposición de Eduardo Novoa fue bastante explícita en el sentido de mostrar cómo la legalidad se fue convirtiendo en una fuerza dual, ambigua: de un lado la burguesía abandonaba la legalidad y por otro la Unidad Popular se aferraba a ella como una forma de defensa de las posiciones conquistadas. Vimos sin embargo que eso era insuficiente para resolver el problema político concreto: la lucha de clases ya había puesto la lucha política en un nivel superior, como Engels ya lo preveía en el texto citado. Hay un momento dialéctico en que es necesario cambiar las formas de lucha, es decir, hay un momento en que el uso de la legalidad se convierte en un instrumento contrario a los intereses de la burguesía, la burguesía quiebra la legalidad y en ese momento no es con la legalidad burguesa que se va a lograr romper la oposición burguesa.

Indudablemente este momento en la experiencia chilena se definió con el intento golpista frustrado de junio de 1973, que se conoce como el “tancazo”.

Fue un momento de gran tensión social, que provocó muchas inquietudes, muchos problemas, pero no se forjó realmente una nueva alternativa estratégica y táctica para la situación concreta. Habría que buscar las razones profundas, sociológicas y sobre todo ideológicas, que explican esa incapacidad de la izquierda y del proletariado chileno.

El problema de las fuerzas armadas

El otro aspecto de máxima importancia, que Engels señaló en ese artículo, fue el problema de las Fuerzas Armadas. Engels mostraba la superación de las formas tradicionales de insurrección y la necesidad de una lucha interna dentro de las Fuerzas Armadas para ganar a un sector de ellas para la revolución. Esta posición fue muy bien asimilada por los bolcheviques y por las masas rusas en el proceso de la Revolución de febrero de 1917.

La revolución se hizo, fundamentalmente, cuando se logró el apoyo de la mayoría aplastante de las Fuerzas Armadas, particularmente de los soldados, para entonces dar el paso hacia la toma del poder. La institución del Estado soviético, en Rusia, combinó este control político de las Fuerzas Armadas con una brigada militar propia: la Guardia Roja, algo absolutamente original política y militarmente.

Sabemos que en China el proceso de conquista de la mayoría de las Fuerzas Armadas tomó una forma mucho más compleja con la integración del Partido Comunista en las Fuerzas Armadas democráticas y su expulsión de las mismas en 1927, su retroceso hacia el campo y la formación, a largo plazo, del Ejército Rojo, apoyado en la fusión de los obreros revolucionarios con las amplias masas campesinas. Este proceso, absolutamente original, no fue comprendido en el primer momento por la dirección de la III Internacional.

En el caso latinoamericano, en el seno de las Fuerzas Armadas se dan ciertas constantes que se presentan en Brasil, en Santo Domingo, en Bolivia y en otros países: una tendencia a su división entre fuerzas democráticas nacionalistas y fuerzas liberales ortodoxas. El desarrollo de la revolución socialista en América Latina en la década del sesenta empieza a originar dentro de las Fuerzas Armadas un sector socialista minoritario que, en el caso de Chile, se combina con un sector democrático anti-imperialista que apoya hasta cierto límite la experiencia allendista, la cual no hubiera sido posible si no hubiera existido una mayoría democrática expresada en la corriente que encabezaba el general Prats, hasta vísperas del golpe.

El problema es que un nuevo paso hacia el socialismo, después de cumplidas las tareas anti-imperialistas, antilatifundistas y en parte las

antimonopólicas, con las cuales no había un desacuerdo básico, exigía un cambio de concepción de la relación del Gobierno con las Fuerzas Armadas. Implicaba, al mismo tiempo, desarrollar la capacidad del proletariado de crear una fuerza militar que llevaría a un nuevo tipo de acuerdo con las Fuerzas Armadas y que condujera a la formación de un Gobierno Popular con la participación de militares revolucionarios. Respecto a la necesidad de una alianza entre los obreros y las Fuerzas Armadas, el general Prats estableció una doctrina, pero ella tenía una debilidad interna bastante grave: el sector hegemónico eran las Fuerzas Armadas que, como vimos, estaba guiado por fuerzas reaccionarias al socialismo.

Para resolver este problema, el proletariado tenía que aumentar su influencia en las capas intermedias y bajas de las Fuerzas Armadas y desarrollar una capacidad militar autónoma que impusiera su hegemonía en el proceso.

Este fue un límite fundamental en el proceso chileno que es un poco difícil resolver a posteriori. ¿En qué medida una cierta capacidad de desarrollo autónomo del proletariado (como se planteó un poco antes del golpe, con la posibilidad de milicias) hubiera permitido cambiar la correlación de las fuerzas en el proceso? Escuchamos hace poco el presidente de la CUT, miembro del Partido Comunista Chileno, decir que, si el proletariado chileno hubiera estado armado, otro hubiera sido el destino del proceso chileno; y sabemos que la CUT en cierto momento quiso o buscó esa alternativa, pero no fue capaz de organizarla por muchas razones.

Por lo tanto, yo creo que la discusión sobre el problema de las Fuerzas Armadas tiene que ser profundizada e incluso vinculada a otros procesos latinoamericanos con el objeto de determinar en qué condiciones las Fuerzas Armadas latinoamericanas, bajo presión de la lucha de clases, podrán convertirse en factor revolucionario: ¿es necesaria una guerra, como hubo en la Rusia zarista?, ¿es necesario un proceso de lucha armada a largo plazo, una lucha democrática como hubo en China? Hemos visto que la situación ha llegado a ciertos momentos críticos en la lucha de clases recientes en América Latina, lo que revela que ella tiene la fuerza para que, en un dado momento, una situación de ese tipo se

resuelva favorablemente al proletariado. Esa situación deberá reproducirse en América Latina, porque se reprodujo en Brasil en 1964, en Santo Domingo en 1966, en Bolivia en 1971 y en Chile en 1973, de manera cada vez más radical.

Es posible que esa situación se plantee otra vez; entonces debemos tener las antenas bien preparadas y la visión abierta para encontrar la solución del problema.

El poder popular

Por fin, el problema que también me parece que está insuficientemente desarrollado es el del poder popular, otra constante de la lucha política latinoamericana que tiene que ser asimilada. El problema es saber hasta qué punto un poder popular similar al que emergió en todas estas situaciones puede convertirse en alternativa revolucionaria.

En el caso de Brasil en 1964 surgieron intentos de conformar un poder político autónomo, el Frente de Movilización Popular, en torno de los sindicatos, del movimiento estudiantil y campesino, el que tuvo un carácter esencialmente de cúpula; en Bolivia se constituyó la Asamblea Popular, cuya principal limitación era su carácter exclusivamente obrero en un país campesino; en Chile se constituyeron expresiones de poder popular, que de alguna forma buscaron combinarse con el Estado burgués existente y que no lograron (ésa es la realidad) convertirse en una alternativa nacional, pero representaban una tendencia en esa dirección. Creo que posiblemente la combinación del poder popular con el poder institucional fue un intento por resolver la situación con un compromiso concreto en las condiciones del proceso chileno: un poder popular emergente que se combinase con un Gobierno reconocido por este mismo poder popular, planteando una nueva forma de Estado en oposición al Estado burgués en proceso de disolución por la crisis general de la sociedad chilena. No se logró articular las dos fuerzas y quizás esta hubiera sido una forma de haber ganado la legitimidad para la constitución de milicias populares, la legitimidad de apoyo del sector militar más radicalizado a este nuevo poder emergente. Este proceso no llegó a concretarse, pero había quizá una tendencia en esa dirección. El mismo

Presidente Allende, que durante mucho tiempo no apoyaba estas nuevas formas de poder popular, porque las veía como un desafío a su propia autoridad, un mes y medio antes del golpe, llamó a la constitución de órganos de poder popular como una manera de tener un punto de apoyo de masas más orgánico, que permitiese combinar el poder popular emergente con su poder legítimo de gobernante del Estado burgués en decadencia.

Creo que estas cosas se deben presentar dialécticamente, es decir, enfrentarlas como problemas, como procesos que llegan a un cierto nivel y no se desarrollan completamente; porque ésa es la forma en que debemos tenerlos analizados para enfrentarnos a las nuevas situaciones.

Creo que sin 1905 no habría 1917, sin el fracaso de la revolución en Bolivia y Guatemala no habría Revolución Cubana. La victoria y efectividad de un movimiento revolucionario nace de su capacidad de asimilar correctamente las lecciones de sus derrotas. Estas experiencias son (como se decía en el lenguaje marxista, de los años diez y veinte) “ensayos generales” que tenemos que tener claro en la cabeza, pues esta es una obra en que somos todos actores (hasta ahora muy frustrados).

Flexibilidad táctica e inflexibilidad estratégica

Cabrían algunas reflexiones finales sobre el problema de la táctica, es decir, del cambio brusco y radical de las formas de lucha que todo proceso revolucionario plantea. Si nosotros pensamos más en detalle un proceso como la Revolución Rusa, por ejemplo, podemos ver cómo hay cambios tan importantes de táctica en su transcurso.

Entre todas las marchas y contra-marchas de este proceso, y una sugestiva para entender un problema como el chileno, es la posición bolchevique sobre la Asamblea Constituyente. Su convocación era parte del programa bolchevique, pero cuando se plantea su elección, Lenin llamaba a la insurrección en condiciones de lucha interna dentro del Partido bolchevique. Participar en la elección de una Asamblea Constituyente significaba en tales condiciones reforzar un poder democrático burgués en oposición al nuevo poder absoluto de los soviets que Lenin veía como el centro del nuevo poder. Lenin está en contra de la participación del

partido en las elecciones de un órgano que creía necesario derrumbar. Sin embargo, el partido participa en las elecciones, en las que midió sus fuerzas y sacó el 27% de la votación, lo que demostró que realmente era el partido más fuerte de las zonas urbanas.

Pero era minoría aún, mientras era mayoría en los soviets obreros y de soldados (solamente era minoría en los soviets campesinos donde tuvo que establecer una alianza con los eseristas de izquierda para constituir una mayoría). El partido tenía, por lo tanto, condiciones mucho más favorables en los soviets que en la Asamblea Constituyente. Ninguno de esos movimientos tácticos impidió sin embargo realizar el acto supremo revolucionario y tomar el poder. Lo hacen en nombre del poder soviético que pasa a gobernar al país. ¿Qué hacer, en tales condiciones, con la Asamblea Constituyente basada en listas conformadas en una situación anterior? Los bolcheviques no se sienten con fuerzas para impedir la elección, cuyos resultados ponían políticamente en minoría a los mismos militarmente victoriosos bolcheviques.

Los bolcheviques no se sentían suficientemente consolidados para desafiar completamente a la Asamblea Constituyente; incluso hay intentos de discusión con los mencheviques para llegar a un acuerdo en torno de una fórmula de compromiso entre el poder soviético y la Asamblea Constituyente, conformando en esta una coalición de las fuerzas socialistas que reconociese el poder de los soviets. Estas negociaciones son conducidas por Zinoviev y Kamenev; Lenin estaba en contra de ellas, pero acepta que se hagan (una situación paralela a las negociaciones con la Democracia Cristiana en Chile). Al fin queda claro, como Lenin lo había planteado, que los mencheviques no iban a llegar a un acuerdo, sino que iban a exigir la entrega del poder a ellos, porque eran mayoría en bloque con los socialistas revolucionarios y otras fuerzas de la Asamblea Constituyente. ¿Cuáles eran sus exigencias? Terminen con el poder soviético, que los bolcheviques no podrían aguantar y establecer todo el poder en la Asamblea Constituyente, dentro de la cual se garantizarían los derechos democráticos a los bolcheviques para convertirse en una oposición legal.

Es entonces cuando Lenin decide la situación y dicta el decreto de disolución de la Asamblea Constituyente. Este es uno de los más bellos ejemplos de la flexibilidad táctica que se conjuga con la inflexibilidad estratégica.

Cuando Lenin disuelve la Asamblea Constituyente no intenta disfrazar el contenido de este acto de fuerza y plantea muy claramente el derecho de los bolcheviques a retener el poder que reposa en los soviets y en el gobierno constituido por los soviets. La Asamblea Constituyente tenía una mayoría contraria a ese poder, la que correspondía a una correlación de fuerzas anterior, por eso se disolvía la Asamblea Constituyente. Este era un acto de gran coraje político pues, como era previsible, toda la social democracia europea se volcó en contra de ellos, lo que ayudó mucho a la movilización de la guerra civil en contra del poder bolchevique, pero había que pagar este precio por una decisión revolucionaria.

Hay un momento en el proceso chileno en que se plantea la necesidad de un cambio de táctica. No estoy de acuerdo con los que creen que se pudiera llegar de otra manera a la situación revolucionaria.

La forma de llegar a la situación revolucionaria, con todos los errores que se cometió en el aprovechamiento más intenso y ofensivo de la situación legal, era la que se desarrolló. Pero creo que llegó un momento en que había que cambiar la forma de lucha y en este momento no había la educación política, la capacidad política, la decisión política de hacerlo. Eso es evidente. Esa es la lección que tenemos que aprender. Porque es un error tomar las lecciones no dialécticamente, confundir el conjunto del proceso con sus momentos cruciales y plantear una estrategia que solo tiene que ver con los momentos cumbres, a los cuales nunca se llega porque no se es capaz de producir las situaciones intermedias que permiten generarlos.

Eso no es ser revolucionario, esa es una posición intelectual, un problema de valores, de ideas utópicas que nada tienen que ver con el proceso sociopolítico concreto. En ese sentido, la Unidad Popular representó una enorme contribución en cuanto a la manera de conducir la lucha, de sumar fuerzas, de crear una situación revolucionaria, pero, al mismo tiempo, dio una demostración también de falta de flexibilidad, de falta de capacidad para prepararse para las situaciones que rompían con su esquema rutinario de lucha. En ese sentido quiero señalar un punto adicional: que faltaba visión política no solamente a los compañeros que tenían una educación más parlamentaria, más reformista, digamos, sino también a los compañeros que tenían una formación esencialmente

militarista, los que no tenían ninguna proposición concreta sobre las cuestiones económicas y políticas centrales. Estaban completamente impreparados para enfrentar los problemas sociales que generaba la situación revolucionaria, como las medidas económicas, que creaban las más importantes confrontaciones populares de masas.

Y así era porque ellos concebían la lucha desde el punto de vista de un grupo de personas militarmente organizadas, y entregaban a los “técnicos” esas cuestiones económicas y a los políticos las luchas legales, etcétera, ya que creían que las cuestiones fundamentales se decidirían en el enfrentamiento armado. Enorme fue su perplejidad cuando llegó el momento de la confrontación y descubrieron que no eran una alternativa real, porque la lucha de clases no se decide por un grupo de gentes bien preparadas para luchar. Este es un aspecto importante de la resolución de la lucha de clases, pero esa gente militarmente preparada puede ser reclutada, a veces, hasta en el campo del enemigo. Los bolcheviques, durante la guerra civil, reclutaron a los oficiales burgueses bajo la dirección de los comisarios políticos; los reclutaron para que dirigiesen técnicamente la lucha en contra de la derecha, se les pagaba profesionalmente, se les sometía políticamente. Este es un caso extremo y no constituye la regla, pero nos muestra que no es tanto el aspecto técnico el que decide, sino el político global.

En este sentido era que la educación política de estos cuadros era incompleta y los mostró absolutamente incapaces de estar a la altura de los acontecimientos tan importantes que decidieron el proceso chileno.

En síntesis, el proceso chileno nos obliga a repensar varios problemas estratégicos y tácticos. Afirma la importancia de la lucha legal para reafirmar la tesis de Engels de que la legalidad burguesa termina quebrada por la misma burguesía. Muestra la evolución histórica, en su sentido socialista, del proceso revolucionario en el continente, que se expresa en la definición de un programa socialista de las fuerzas populares; en la formación de un sector socialista en las Fuerzas Armadas, aún minoritario, que solo parece asumir un carácter ofensivo si cuenta con el apoyo de milicias populares; en la tendencia a constituir poderes populares durante las situaciones democráticas avanzadas, los que aspiran a constituirse en la base del nuevo poder. En fin, llama la atención sobre

la necesidad de desarrollar una flexibilidad táctica que permita desatar la ofensiva final en el momento en que, para las grandes masas, resulte evidente el abandono de la legalidad por la burguesía.

México, 1975.

3. La Unidad Popular chilena y el contexto teórico e histórico Latinoamericano⁴

Durante la década del 50 y principio de los años 60 las luchas revolucionarias en América Latina estaban orientadas por un marco de análisis común, según el cual vivíamos en una sociedad de carácter semifeudal y semicolonial o colonial, con la presencia de una oligarquía agraria que servía a los intereses del capital internacional.

En consecuencia, la revolución latinoamericana pasaba fundamentalmente por la destrucción del latifundio, la recuperación de las riquezas nacionales de nuestros países y el establecimiento de las bases para la democracia, el desarrollo económico y una mejor redistribución del ingreso. A partir de estas nuevas condiciones generadas por dicho proceso revolucionario se plantearían las etapas siguientes de la lucha del pueblo latinoamericano.

Este programa revolucionario estaba enmarcado dentro de los márgenes de una revolución democrática nacional y los gobiernos llamados a ejecutarlos se definían como nacionalistas y democráticos. En consecuencia, las clases que lo apoyaban y que de una u otra manera deberían participar en ellos, serían, de un lado, la clase obrera cuyos intereses eran profundamente antilatifundistas y anti-imperialistas y también democráticos; del otro, el campesinado directamente afectado por el latifundio y eventualmente por el imperialismo, como en el caso de los países donde la economía agraria estaba controlada por el capital extranjero, como por ejemplo Guatemala; en fin, las burguesías

4. Este artículo corresponde a un capítulo del libro en preparación sobre transición al socialismo y programa de la UP, y recoge las ideas expuestas en una reunión realizada en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 19 de marzo de 1973.

nacionales que se suponía estaban interesadas en la lucha contra el imperialismo para garantizar su dominio sobre el mercado interno, fuente de su riqueza.

El modelo “desarrollista”

Este esquema básico se fundamentaba en los análisis de la economía latinoamericana realizados por los teóricos, tanto de orientación nacionalista como marxista. Los primeros desarrollaron un análisis bastante sistemático de lo que han llamado el desarrollo “hacia afuera” de nuestras economías. En dicho análisis muestran que ellas se formaron fundamentalmente como economías exportadoras de bienes primarios (materias primas, productos agrícolas), lo que dio origen a una oligarquía rural y comerciante que era la propietaria de este sector exportador (eventualmente, las propias empresas extranjeras asumieron el control de la producción y el comercio exterior). Dichas oligarquías contaban con el apoyo de un importante sector de las clases medias, el cual les aseguraba su dominio político obteniendo en cambio la posibilidad de consumir bienes importados, a precios baratos según cánones internacionales, lo que le permitía un nivel de consumo bastante elevado.

De esta manera, nuestras clases medias podían alternar el acceso a los bienes de consumo disponibles en el mercado mundial, producidos por la técnica más moderna, con el “confort” de explotar los servicios de los trabajadores latinoamericanos a precios bastante baratos. Apoyados en esta situación, la oligarquía nacional y los sectores de las clases medias a ellas ligados, adoptaron firmemente un sistema de pensamiento liberal en lo económico, basado en la tesis de la ventaja que suponía el que nuestras economías actuasen en el interior de la economía internacional bajo los principios del liberalismo, los cuales suponían su especialización en la producción y exportación de bienes primarios y la importación de bienes industrializados.

Este esquema económico se veía complementado con un profundo elitismo y aristocracismo, tanto en lo cultural como en lo político. No solo se restringe la participación política y cultural a una reducida élite

al día con el mundo cultural europeo, sino que se crea un esquema de poder y de pensamiento que garantiza la permanencia y el perfeccionamiento de la vieja infraestructura colonial exportadora.

Fue en contra de este esquema de poder ideológico y político que se lanzaron sectores de pequeños comerciantes, de artesanos, de las nacientes burguesías industriales, del proletariado urbano desarrollado con ellas, del campesinado (que empezaba a exigir una mejoría en las condiciones de vida en el campo), y por último, un nuevo sector de las clases medias ligado a la industria, más moderno, de formación técnica, interesado en el desarrollo económico y en la industrialización de nuestros países.

Todas estas clases o fracciones de clase formaban entonces una coalición bastante amorfa cuyo sector dominante sería la burguesía industrial que luchaba en nuestros países por el desarrollo económico, por la industrialización de la economía, por el proteccionismo cambiario que permitiera esta industrialización (oponiéndose por lo tanto al liberalismo económico), por la democratización de la enseñanza y la implantación de una cultura más técnica, ligada a los problemas de la producción y al desarrollo de las ciencias. En fin, sus teóricos planteaban que este desarrollo capitalista industrial permitiría una mejor distribución del ingreso, favorecería el desarrollo del mercado interno y por lo tanto interesaría al desarrollo industrial. De esta manera se produciría también una democratización a nivel económico. En este esquema teórico cabía a la burguesía industrial un papel hegemónico y se suponía que ella lo ejercía. Desde el punto de vista de la forma política, estas ideas se expresaban en un pensamiento y un método de acción populista con un programa nacionalista democrático. Muchos movimientos latinoamericanos nacieron y se desarrollaron dentro de esta perspectiva. Posiblemente el más coherente de ellos fue el APRA, peruano, también la Acción Democrática, venezolana, posteriormente el MNR boliviano, y también otros movimientos similares con figuras bastante significativas como Juan Bosch, Velasco Ibarra y otros. Pero indudablemente estas ideas ganaron una mayor consistencia, viabilidad y coherencia económica cuando se proyectaron a los países de mayor desarrollo industrial, como son los casos de Brasil, Argentina y México.

En México, Cárdenas, ya en la década del treinta, expresó muy directamente las formas más de vanguardia de este pensamiento nacionalista. Posteriormente, Vargas en Brasil adoptó la misma postura, sobre todo después de su golpe de estado de 1937 y por fin, Juan Domingo Perón, en Argentina, asumió bastante sistemáticamente esta postura política, logrando una influencia aún más sólida que la de Cárdenas y Vargas en el movimiento obrero, quizás porque el surgimiento del peronismo se dio en un período posterior y porque necesitó más fuertemente del apoyo obrero para poder levantar un programa de industrialización nacional y además, debido a la importancia política que tenía el proletariado en Argentina.

Para consolidar el desarrollo de estos gobiernos populistas y darle una elaboración teórica más consistente, se formó la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas (CEPAL), que con el liderazgo intelectual de Raúl Prebisch dio una sistematización bastante sólida a este pensamiento. De esta manera, en la década del cincuenta el nacionalismo había logrado llegar a un nivel de consistencia teórica bastante grande, pero, como lo veremos posteriormente, exactamente en este momento estaban llegando a su fin las posibilidades reales del nacionalismo en América Latina.

Al mismo tiempo que en América Latina se desarrollaba este pensamiento, también en Asia y en África los movimientos de liberación nacional asumieron un dinamismo muy grande, logrando conquistar varias posiciones e incluso triunfar en algunos países bastante significativos. La India, el más importante de ellos, logra su independencia en la posguerra y pasa a ser un nuevo centro de irradiación del pensamiento nacionalista y anticolonialista, inspirado por Nehru, al lado de Sukarno en Indonesia y otros líderes asiáticos. También en África varios movimientos importantes, de carácter nacionalista y líderes bastante significativos pasan a formar un cuadro general de pensamiento en esta dirección. En Europa y Estados Unidos, los intelectuales existencialistas, los economistas, los científicos, políticos, etcétera, se sensibilizan por estas ideas; avanza significativamente la teoría del desarrollo económico, surge el concepto de subdesarrollo que busca plantear el carácter estructural de la situación de los países más atrasados y demostrar que en

ellos no hay solamente un retraso en relación a los países desarrollados, sino que existe una estructura económica y social precapitalista que tiene que ser transformada para permitir que estos países entren en una etapa de desarrollo económico significativo.

Así, la teoría económica burguesa, la teoría política, la sociología, etcétera, van entregando elementos al pensamiento social de nuestro tiempo y logran una influencia bastante importante en lo que se ha hecho en las últimas décadas en cuanto a ciencia social y a lucha política. No hay duda que este pensamiento recogió muchos elementos aislados del marxismo, por la sencilla razón de que el pensamiento económico burgués, en general, no dispone de categorías teóricas que le permita analizar fenómenos de cambio de estructura. De hecho había que volver, o a la economía política clásica, que se había preocupado por ese tipo de fenómenos, o al marxismo, que había integrado estos fenómenos en una metodología dialéctica materialista, o a ciertos sectores de pensamiento burgués que habían ocasionalmente planteado problemas similares, como por ejemplo los estudios teóricos de List en Alemania, así como eventualmente a algunos teóricos asiáticos y africanos, o a sectores de la socialdemocracia europea o el populismo norteamericano que se habían identificado bastante con las luchas en contra de sus enemigos monopólicos internos.

Desde la década del cincuenta en adelante, no serán solamente los sectores populistas, socialdemócratas y anti-monopólicas los que se identificarán con los intereses de la industrialización de los países subdesarrollados y se interesarán por una teoría del desarrollo económico y del subdesarrollo. Como lo veremos, la propia burguesía monopolista norteamericana, ligada a la inversión en el exterior, pasará a estimular e interesarse por apoyar una política de industrialización en los países dependientes en la medida en que se hiciera a través de la penetración del capital extranjero.

Verdad que fueron sectores pequeños y minoritarios de la burguesía norteamericana que en el comienzo entendieron todas las posibilidades de este proceso de industrialización de los países dependientes, pero fueron los suficientes como para estimular misiones comerciales a la América Latina y apoyar la política de descolonización en África y Asia en contra del dominio colonial europeo.

En todo caso, sobre todo en el período de posguerra el pensamiento anti-imperialista y anticolonialista va siendo progresivamente amenguado e integrado en un nuevo intento sistemático de conciliación entre los intereses de la industrialización de los países dependientes y los del capital internacional.

Cambios en la correlación internacional de fuerzas

¿Qué pasaba en el otro lado, en la otra corriente de pensamiento que partía, sin embargo, de supuestos similares respecto de nuestra sociedad, es decir, la corriente marxista? Era ya tradición bastante antigua del marxismo considerar como esencialmente democrática la revolución en los países dependientes. Esto es así desde las discusiones que suscitaron en Rusia antes de la revolución; posteriormente en las discusiones que se hicieron sobre China y otros países coloniales; en las elaboraciones de Mariátegui en Perú y muchos otros teóricos e intelectuales de formación marxista; en la III Internacional, en todas esas oportunidades hubo varios intentos de interpretación de las condiciones de los países coloniales o semicoloniales.

No es este lugar para hacer un recuento de dicha elaboración, pero es necesario señalar que, desde 1917 se considera la existencia de un vínculo orgánico entre el proceso de liberación nacional en las colonias y a la Revolución Rusa.

A fines de la década del cuarenta, con la victoria de la Revolución China, era el pensamiento de Mao Tse-tung el que representaba de manera más elaborada la visión marxista del problema de los países coloniales y semicoloniales. En su análisis de la realidad china, Mao caracterizaba a ese país como semicolonial, semifeudal y feudal. En base a ese análisis de la sociedad china, combinado con el análisis de la revolución en el plano mundial, Mao dedujo el carácter de la revolución china. Según él, esta revolución tenía el carácter de liberación nacional (en su aspecto inmediato de lucha contra los intereses internacionales imperialistas) a la vez que democrática, al volcarse en contra de la dominación feudal. Pero, como también lo demostraba Mao, estos cambios en la época actual no tenían un sentido estricto de liberación nacional, puesto

que nuestra época era, a nivel mundial, la de la revolución socialista, a partir de la Revolución Rusa de 1917. De tal forma que el proceso revolucionario chino y de los países semicoloniales debería inscribirse en el contexto de la revolución socialista mundial. Y, por lo tanto, las tareas de liberación nacional y democrática que se cumplían en China debían inscribirse en el contexto de una revolución socialista.

Dado el carácter socialista de este proceso, cabría a la clase obrera en su conjunto dirigir incluso las tareas de liberación nacional y democráticas, formando para tal efecto un amplio frente en el cual se integraba, bajo la hegemonía de la clase obrera, y consecuentemente de su partido, al campesinado; principal interesado en la lucha contra la sociedad feudal y el imperialismo, a los intelectuales y sectores democráticos de la pequeña burguesía, y a las burguesías nacionales (sector más vacilante de este frente, que ora apoyaba el movimiento revolucionario, ora tendía a comprometerse con el imperialismo).

Tales transformaciones se realizarían dentro de una república democrática de nuevo tipo, que tendría un carácter distinto al de la democracia burguesa fundamentalmente por su base social, su organización desde abajo hacia arriba y sus objetivos finales los cuales serían socialistas. Las tesis de Mao se habían planteado en su trabajo *La nueva democracia*, escrito en 1939, pero su influencia solo viene a ejercerse de manera significativa con el triunfo de la revolución china en 1949, lo que llevó a los partidos comunistas del llamado “Tercer Mundo” a postular esas mismas tesis para sus respectivos países, en una asimilación muchas veces bastante mecánica. A partir de 1954, después de la muerte de Stalin y después de la caída de Molotov, que representaba el sucesor de Stalin más directamente ligado a la política del “zdanovismo” que predominó entre 1946 y 1952, dentro del movimiento comunista mundial empezó a afirmarse una nueva corriente que vino a imponerse definitivamente en 1958, después de una breve transición entre 1954 y 1958 en que se produjo una amplia discusión dentro del movimiento comunista mundial, en la cual la influencia yugoslava ejerció un papel bastante importante sobre todo después de la reconciliación entre la Unión Soviética y Yugoslavia.

Durante este período de discusión, en Chile se desarrolló con una fuerza política bastante significativa un intento de Frente de Trabajadores

entre los Partidos Comunista y Socialista, bajo una inspiración más bien socialista, que recogía las tesis del frente único de 1920 y que seguía una línea teórica en esa dirección. Después de 1958, en que triunfó definitivamente a nivel internacional la concepción jruchevista de la coexistencia pacífica, se impuso la interpretación de la lucha en los países coloniales y dependientes como de contenido nacionalista y democrático, conformando por tanto un amplio frente en el que participaba la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía, las clases medias asalariadas y las burguesías nacionales. En algunos casos se planteaba la posibilidad de que incluso algunos sectores latifundistas pudiesen integrar a ese frente en la medida en que ellos tuviesen intereses antimperialistas. Según esa concepción, la contradicción principal de la sociedad latinoamericana se daba entre las naciones que la componían y el imperialismo y por lo tanto era este el enemigo principal del movimiento popular.

En segundo término, se encontraban sus aliados internos: la oligarquía, sus socios locales y sus agentes. Estos estaban representados por el latifundio (a pesar de que, como vimos, en algunos casos particulares se admitía la posibilidad de que sectores latifundistas tomaran una posición anti-imperialista), los comerciantes dedicados al comercio exterior (en general aliados al imperialismo), sectores de la pequeña burguesía y de la clase media vendidos al imperialismo, partes del aparato de represión, etcétera.

En contra de estos enemigos se planteaba el amplio frente nacional y democrático. Por lo tanto, la hegemonía obrera no era una condición para formarlo, sino que era un elemento a disputar y luchar por ella en su interior.

De acuerdo con esta concepción, se apoyó al gobierno de Frondizi en Argentina, se participó en los gobiernos de Kubistchek y Goulart en Brasil y de Sukarno en Indonesia, se apoyaron a los candidatos del Partido Demócrata en los Estados Unidos, se planteó una política europea bastante pasiva, sin un programa de gobierno definido, sino más bien apoyando o atacando ciertas medidas concretas de los gobiernos burgueses.

Muchos ejemplos más podrían ilustrar esta política internacional jruchevista que se prolongó hasta 1968 cuando, bajo el impacto del

problema checo, del mayo francés y otros movimientos de masa similares, de los efectos de la más importante crisis del capitalismo norteamericano y europeo en la posguerra, se empezó a notar un importante cambio en las líneas políticas de los partidos comunistas en el sentido de definir una posición más ofensiva en el plano internacional.

Como reacción a la política jruchevista y como consecuencia de ciertos aspectos de la política asiática del PC-Unión Soviética y del modelo de relaciones entre los partidos comunistas, surgió la oposición del PC de China, primero dentro del movimiento internacional comunista entre 1958 y 1961, luego provocando divisiones y formando facciones en varios partidos comunistas y, finalmente, siendo excluido de las reuniones internacionales (a pesar del fracaso de Jruschov en lograr una declaración explícita de exclusión del PC chino de la comunidad internacional de partidos comunistas).

La polémica chino-soviética, con su intercambio de cartas, declaraciones e insultos, fue un factor fundamental en la coyuntura internacional de 1958 a 1968. Durante este período el imperialismo se había visto profundamente sacudido, principalmente entre los años 1958 y 1961. La economía norteamericana había vivido una rápida pero profunda depresión en 1958, seguida de una pequeña recuperación en 1959 y un semiestancamiento en 1960 y comienzos de 1961. A este receso y estancamiento se sumó una fuerte inflación que hacía prever una difícil recuperación económica. Tales hechos se hacían aún más dramáticos al constatarse los altos índices de crecimiento que mostraban Europa Occidental y Japón en la década del 50, los cuales posibilitaban un cambio en la correlación de fuerzas en el interior del mundo capitalista. El desempleo y la política antiinflacionaria llevó a fuertes enfrentamientos del gobierno republicano con las directivas sindicales y puso en el orden del día el carácter anticíclico de la industria de guerra y la acción poderosa del “complejo industrial-militar” que denunció el propio Eisenhower, en 1958.

Asimismo, Estados Unidos en su conjunto estaba perplejo por el lanzamiento del sputnik por la Unión Soviética, que además de haber demostrado una evidente superioridad técnica sobre el gigante norteamericano, parecía permitir la posibilidad estratégica de bombardear a los Estados Unidos desde la estratósfera. En las esferas económicas,

políticas y militares de la clase dominante empieza un amplio debate sobre la manera de contrarrestar el avance soviético, la crisis económica, la inquietud obrera y las consecuentes dificultades internacionales de los Estados Unidos. De este debate surgió el programa de gobierno de Kennedy que se caracterizó por una enorme ofensiva norteamericana en todos los planos.

Las revoluciones latinoamericanas de la década del cincuenta

Fue en el contexto de esa política de los partidos comunistas y de tal coyuntura internacional que se produjo el proceso revolucionario cubano, que modificó profundamente el cuadro político latinoamericano.

La experiencia más avanzada del nacionalismo democrático en América Latina se había desarrollado en Bolivia como producto de la revolución de 1952. Esta revolución había sido realizada por obreros y campesinos y dirigida por importantes sectores de la pequeña burguesía. Los obreros y campesinos destruyeron el ejército regular y organizaron un poder revolucionario en base a las milicias obreras y campesinas, realizaron la nacionalización del estaño, que pasaron a explotar a través de una empresa estatal bajo el control de los obreros, y realizaron una reforma agraria de contenido esencialmente democrático, basada en la división de las tierras (hay que señalar, sin embargo, el contenido pequeñoburgués de la reforma agraria boliviana que buscó formar un campesinado de pequeños propietarios y minifundios antieconómicos). Dada la ausencia de un fuerte desarrollo capitalista hacia el mercado interno y dada la inmensa población campesina de origen indígena en relación a la pequeña extensión de la tierra dividida, que alcanzó solamente la zona más habitada del altiplano, estos pequeños propietarios no llegaron a desarrollar una agricultura capitalista, quedándose en una economía más bien de trueque directo y minifundista. En las regiones donde había mejores tierras, en general aún vírgenes, se produjo posteriormente una concentración de tierra en base a la colonización agrícola, la más importante en el estado de Santa Cruz, en la frontera con Brasil.

En lo que respecta a la clase obrera, esta estaba fundamentalmente vinculada a la extracción del estaño y, a pesar de su intento de formar

una empresa de fundición del estaño, industrializar el país y utilizar más racionalmente los recursos naturales, su política de desarrollo fue fundamentalmente perjudicada por el sabotaje que sufrió la economía boliviana, como consecuencia de una baja en el precio del estaño (en parte dentro del movimiento de baja global de las materias primas después de la guerra de Corea, pero también en buena parte por las presiones de los grupos económicos internacionales, en particular la poderosa familia Patiño, en contra de este país). De esta manera, los excedentes producidos en las mismas se redujeron mucho, disminuyendo enormemente las posibilidades de importación de maquinarias, etcétera, para realizar una industrialización importante.

La dirección política pequeñoburguesa, nacionalista y democrática, al ver las dificultades con que tenía que enfrentarse y temiendo la materialización de las tendencias radicalizadoras del movimiento obrero, buscó retomar el contacto con el imperialismo en busca de ayuda económica. Esta le fue dada bajo condiciones muy estrictas, exigiendo la liquidación del movimiento sindical y obrero boliviano, tarea cumplida con gran dedicación y brutalidad.

La dirección del movimiento en mano del MNR logró una gran escisión entre el campesinado y la clase obrera, facilitada en gran medida por ciertas tendencias obreristas dentro de la izquierda boliviana, la cual no fue capaz de estructurar un programa para el campo y realizar una efectiva alianza de clases con el campesinado (habría que tomar en consideración el carácter nacional indígena del campesinado boliviano y las dificultades políticas que tal hecho representa). De tal forma que ya a fines de la década del cincuenta asistimos a varios enfrentamientos entre milicias campesinas y milicias obreras. Al mismo tiempo, el MNR fue organizando una policía que se convirtió en la base del futuro ejército boliviano, el que posteriormente se adueñó del poder en sustitución del MNR, como fruto de sus divisiones internas y de su incapacidad de generar un camino revolucionario consecuente para Bolivia.

De esta forma, la revolución boliviana ya a fines de la década del cincuenta había demostrado su fracaso; había demostrado que no bastaba que la clase obrera y el campesinado destruyesen la oligarquía y el ejército prooligárquico; que no bastaba que se liquidase el latifundio y que

se nacionalizase la principal empresa productora y exportadora; que no bastaba que se formasen milicias obreras y campesinas para con esto asegurar el paso hacia una sociedad democrática y nacionalista; como se esperaba. Hubiera sido necesario dar continuidad al proceso revolucionario hacia etapas superiores, mantener la unidad obrero-campesina, desarrollar la economía sobre bases estatales, en fin, sentar las bases para la construcción del socialismo.

Por otro lado, en Guatemala, en 1954, se abre una nueva experiencia, luego del largo período del gobierno de Arévalo, en la cual se presenta una agitación bastante grande en contra del gobierno republicano de los Estados Unidos y del dominio imperialista de la United Fruit, empresa norteamericana exportadora y dominadora de la producción agrícola de este país. El general Jacobo Arbenz, elegido presidente en un vasto movimiento popular, en el cuadro de una América Latina que todavía estaba bajo el impacto de la revolución boliviana, del peronismo, del varguismo y de otras expresiones populistas, se plantea una reforma agraria para Guatemala que habría de empezar con la afectación de propiedad de la United Fruit.

Inmediatamente después, el imperialismo organiza, a través de la CIA, una operación hoy día pública y confesa: la invasión de Guatemala, que contó con el apoyo de los sectores de la oligarquía y del ejército, que se habían asustado con las medidas de carácter nacionalista y democrático que anunciaba Arbenz. Las masas populares se levantan y exigen armas a Arbenz. Pero él prefiere retirarse para evitar la guerra civil. La experiencia boliviana ya había demostrado que una guerra civil significaba que las milicias obreras y campesinas asumirían un papel muy relevante, creando una situación bastante difícil para las direcciones nacionalistas pequeño burguesas.

También Perón en Argentina había sido obligado a renunciar al gobierno por un golpe de Estado militar y, a pesar del vasto apoyo de masas que recibió, prefirió entregar el poder a llevar a su país a la guerra civil. Es decir, a llevar al país a una lucha de contenido revolucionario que rebasaba sus concepciones políticas populistas y nacionalistas. Lo mismo pasó con Vargas en Brasil quien, frente a un complot públicamente dirigido por Carlos Lacerda, con apoyo claro de la embajada

norteamericana, no retrocede en su programa nacionalista, pero prefiere el suicidio, dejando una carta testamento en manos de su sucesor político Joao Goulart, en que plantea dramáticamente su política nacionalista y llama a los trabajadores a dirigir ellos mismos este programa de lucha en contra del imperialismo.

También en Chile González Videla, que había llegado al gobierno con el apoyo de un sector del Partido Socialista y que anunciaba una política de tipo populista, e incluso una alianza con Perón y Vargas, retrocede en sus posiciones bajo fuerte presión internacional, rompiendo con el ala izquierda de su gobierno y entregándose al FMI y a la política imperialista. Fue en este contexto continental, que supone una amplia acumulación de experiencias en el cual, en 1958, se realizan dos procesos revolucionarios en América Latina, la Revolución Cubana que derrumbó la dictadura de Batista y la revolución venezolana que derrumbó la dictadura de Pérez Jiménez.

Dos caminos divergentes del sesenta: Cuba y Venezuela

Esos dos procesos revolucionarios siguieron caminos bastante distintos. En el caso de la Revolución Cubana, el movimiento revolucionario llegó en un primer momento, en forma limitada, a ser dominado por una fracción del movimiento liberal, que tomó el poder luego de la fuga de Batista, antes de que las tropas revolucionarias llegasen a La Habana y que, bajo la dirección de Urrutia, formó un gobierno provisorio que entregó al comandante del Ejército Revolucionario la Comandancia Militar. Se intentaba así establecer un esquema de conciliación entre las distintas fuerzas que emergieron luego de la caída final de Batista, es decir, el grupo liberal; el Movimiento 26 de Julio y el PSP (partido comunista cubano), que dirigieron en gran parte la huelga general de trabajadores; el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y que junto con el 26 de Julio dirigieron la resistencia urbana, y por último el Ejército Rebelde, que había dirigido el movimiento armado en su conjunto al conducir las acciones guerrilleras, las acciones regulares del ejército, la resistencia urbana, la huelga general, etcétera y, por lo tanto, se había convertido en la verdadera fuerza unificadora y centralizadora para el derrocamiento de Batista.

La pretensión del gabinete Urrutia de establecer una democracia liberal en Cuba significaba de hecho una desviación del proceso revolucionario, que en su fase final habría de transformarse en una profunda alianza entre el campesinado revolucionario dirigido por el Ejército Rebelde, el proletariado rural y urbano presente en la resistencia y en la huelga general, y la pequeña burguesía representada también en la resistencia urbana. Estos sectores eran las fuerzas dominantes y fundamentales del proceso revolucionario. A diferencia del sector que había intentado usurpar el proceso, para ellos la lucha en contra de Batista no tenía solamente un contenido liberal. La dirección política de la revolución había conocido de cerca la experiencia de Bolivia, donde había estado Raúl Castro, y la experiencia en Guatemala, donde había estado el Che Guevara. Fidel y el Che habían conocido también la experiencia boliviana en su fase fracasada. Estos revolucionarios asimismo conocían la experiencia de Perón y de Vargas y no estaban dispuestos a aceptar esta usurpación y la limitación del proceso revolucionario a contenidos meramente liberales. Ellos estaban dispuestos a llevar hacia adelante la reforma agraria y crear las condiciones para la industrialización, moralizar la vida pública y establecer la verdadera independencia del país frente al imperialismo. Y sabían que para dar la lucha había que disponer de fuerzas populares movilizadas y armadas, como lo había demostrado la situación en Guatemala, y necesitaban llevar adelante el proceso revolucionario hasta las últimas consecuencias, para no caer en una situación similar a la de Bolivia.

Las condiciones estructurales de la economía cubana posibilitaban una evolución distinta de la que se dio en esos países del proceso revolucionario. Por un lado, la unión entre el campesinado y la clase obrera se hacía cada vez más factible y directa, pues el desarrollo del capitalismo agrario era enorme y gran parte del proletariado cubano era más bien un proletariado rural semindustrial ligado a la economía agroindustrial del azúcar o del tabaco. Por otro lado, el movimiento democrático cubano tenía una larga tradición de vínculo con el movimiento popular, lo cual se había manifestado desde la época de Martí, quien había impuesto ya en aquel entonces un contenido democrático social al proceso de liberación nacional de Cuba.

También así, el pensamiento de la pequeña burguesía cubana estaba impregnado por un fuerte antiimperialismo norteamericano debido a la experiencia directa de violación de su independencia nacional por parte de los Estados Unidos. Todos estos factores generaban la posibilidad de una alianza profunda de la pequeña burguesía revolucionaria, el campesinado y el proletariado cubano. Fue así como Fidel Castro, poco tiempo después del ascenso de Urrutia, cuestionó el camino liberal formal que este planteaba y que consistía en postergar las cuestiones fundamentales como la reforma agraria, la moralización pública y la lucha ant imperialista, para poner en primer plano la cuestión constitucional y electoral y es así como en una enorme manifestación en la Plaza de la Revolución, el campesinado y el proletariado cubano junto al Ejército Rebelde exigen la abdicación de Urrutia y colocan a Fidel Castro como primer ministro, exigen la reforma agraria y empiezan un proceso revolucionario de consecuencias muy profundas para América Latina.

Los difíciles caminos de la Revolución Cubana y latinoamericana se convirtieron en una importante fuente de enseñanza para los pueblos de nuestro subcontinente, a pesar de que muchos buscaron copiar sus aspectos exteriores y no su contenido esencial. Tenemos el caso del vecino país venezolano. En este, las fuerzas revolucionario que derrumbaron la dictadura de Pérez Jiménez, en las cuales predominaban la Acción Democrática, el Partido Comunista y amplios sectores nacionalistas y democráticos de las fuerzas armadas, se dejaron llevar por el camino “electoral” canalizando el proceso revolucionario hacia la instalación de una república burguesa. Los resultados fueron evidentemente desastrosos. Luego del golpe, Venezuela cambió su estructura social de modo notorio en favor de las masas, pero Rómulo Betancourt, llevado al poder por las elecciones, siguió su camino derechista, recurriendo incluso a la represión y al fortalecimiento de las fuerzas armadas como única fórmula para paralizar las reivindicaciones del ala izquierda de la Acción Democrática (que vino a dar origen al MIR venezolano), del Partido Comunista y otras fuerzas democráticas que expresaban las inquietudes del movimiento estudiantil, de los sectores más pobres de la población urbana (los “ranchos” de Caracas) y del campesinado.

Es de esta forma como Venezuela se ve conducida a una intensa guerra civil entre estas fuerzas populares unificadas en el Frente de Liberación Nacional y las fuerzas liberales, fuertemente sustentadas en el ala derecha de las fuerzas armadas (un sector izquierdista de las mismas se adhirió a la izquierda en los levantamientos de Carúpano y Puerto Cabello y en otras oportunidades menores), en el imperialismo y “en el gran capital nacional. Al lado de los fuertes instrumentos de represión que creó, Betancourt tenía a su favor la fuerza de la lucha democrática en contra de Pérez Jiménez y algunas reformas sociales que realizó su gobierno (distribución de tierras, plan escolar de habitación, etcétera), con lo cual logro aislar a las fuerzas insurreccionales. Al mismo tiempo, contó con el apoyo de la Alianza para el Progreso y una política externa norteamericana flexible y ofensiva, sobre todo en los planos, solo contradictorios en apariencia, de las reformas, por un lado, y de la acción militar antinsurreccional, por otro. Asimismo, la recuperación y el boom económico de los años 1961-1966, dotaban a los Estados Unidos y al mundo capitalista de un mayor poder de maniobra y de hecho se convirtió en la base para la política internacional ofensiva de Kennedy y Johnson, hasta su fracaso en 1967-1968.

De esta manera, el movimiento revolucionario venezolano se estrelló contra fuerzas sociales y económicas muy poderosas y fracasó frente a la democracia burguesa que él había ayudado a consolidar y frente a la cual después se rebeló sin ninguna posibilidad de triunfo. La diferencia con la Revolución Cubana se hizo así notoria y ha servido de marco a una profunda reflexión posterior. De un lado, se hizo una crítica sectaria y equivocada del proceso venezolano, entre otros, por parte de Régis Debray (en su libro de 1966, *Revolución en la Revolución*) quien explicaba el fracaso venezolano por el papel dominante del Partido Comunista y de las direcciones urbanas y creyendo encontrar la solución del fracaso en la “purificación” del movimiento revolucionario sometiéndolo totalmente a la dirección guerrillera. Esta concepción fundamentó en gran medida el intento guerrillero del Che Guevara en Bolivia y muchas otras experiencias que se realizaron en el marco de la OLAS entre 1967 y 1969, siendo desarrollada posteriormente por los

movimientos de guerrilla urbana de 1969 en adelante, inspirados en los Tupamaros de Uruguay, los cuales ponían un énfasis central en la organización militar urbana y no en la guerrilla rural.

De otro lado, Pompeyo Márquez y Teodoro Petkof, dirigentes del PC venezolano, una de las principales bases del Frente Armado de Liberación Nacional, iniciaron un proceso de autocrítica que empezó por plantear la tesis del repliegue y posteriormente de la tregua o la “paz democrática”, y terminó por desechar completamente la lucha armada como método de lucha inmediata. Posteriormente, en 1971, los dirigentes del MIR que no habían seguido a su primer teórico y dirigente, Domingo Rangel, quien primero autocriticó el camino guerrillero, continuaron por este mismo camino, quedando así en las montañas solo pequeños grupos guerrilleros. De esta manera, la oposición de izquierda venezolana (hoy día aumentada por la escisión en la Acción Democrática, la cual dio origen al Movimiento Electoral del Pueblo, en claro proceso de radicalización ideológica y política), en el contexto de la crisis mundial que se inicia en 1968, se vio en la situación de no poder utilizar las circunstancias revolucionarias y de tener que conformarse con ser una oposición ideológica y política al interior del régimen, que de una u otra manera ella misma ayudó a crear. Hoy día las fuerzas de izquierda venezolanas recomienzan el arduo camino iniciado en 1958 y repentinamente abandonado en 1961, dando origen a un enfrentamiento armado frustrado. Los partidos de izquierda se presentan a las elecciones de 1973 divididos en dos candidaturas presidenciales.

El ejemplo venezolano es muy importante. Revela que la historia no brinda en todo momento la alternativa revolucionaria. Incapacitados para profundizar el movimiento revolucionario de 1958, cuando se presentaba la oportunidad histórica, los revolucionarios venezolanos lo intentaron mucho después, cuando la democracia burguesa ya empezaba a consolidarse. Por otro lado, los revolucionarios venezolanos mantuvieron como bandera un programa nacionalista y democrático que la Acción Democrática y posteriormente la Democracia Cristiana no tuvieron ningún problema en agitar (realizándolo en una parte no fundamental, pero suficiente para contentar a la pequeña burguesía).

La radicalización en sus métodos de lucha, su inflexibilidad táctica, su confusión programática, no podían resolver la situación contradictoria en que se había ubicado la izquierda venezolana.

La experiencia latinoamericana y la UP

La experiencia de la Unidad Popular surge en el marco de este proceso histórico tan complejo. Por varias razones, la izquierda chilena tuvo mucho que aprender con estos hechos.

Primero, porque ella se encontraba lo suficientemente fuerte e ideológicamente madura como para acumular conocimientos y no dejarse arrastrar por una imitación de las tácticas de la Revolución Cubana, como lo hicieron otras fuerzas políticas, que principalmente grupos venezolanos, guatemaltecos y peruanos, entre otros. Esto no quiere decir que no surgieron en Chile intentos, no prosperaron suficientemente y fueron matizados por un realismo político que venía de las ricas experiencias de la vanguardia chilena. Tampoco se encontraba esta bajo la hegemonía burguesa o populista como la izquierda brasileña y argentina antes de 1964-1965, cuando estos países se lanzaron en un camino derechista dando origen a otro cuadro político de tipo insurreccional, pero esta vez bajo una fuerte influencia foquista, de un lado, o anarquista (“masista”, como se la ha designado), de otro.

Segundo, porque ella pudo, apoyada en esta fuerza, mantener un clima democrático de libre información que le permitía estar al día con el proceso latinoamericano de manera muy directa.

Tercero, porque la experiencia del reformismo democrático-cristiano, con la ayuda de la Alianza para el Progreso, había llevado hasta sus últimas consecuencias el programa modernizante del imperialismo y de los sectores burgueses nacionales, mostrando sus verdaderos límites a las grandes masas.

Es importante también tomar en consideración el papel que desempeñó en este proceso el clima intelectual generado por la conjunción en Chile de teóricos e investigadores latinoamericanos, que habían vivido importantes experiencias económicas y políticas nacionales y que pudieron intercambiar sus experiencias con los científicos chilenos y hacer

de este país el centro irradiador de una corriente de pensamiento que, a través de una redefinición del estudio del subdesarrollo y de la dependencia, dio origen a un importante conjunto de ensayos, artículos e investigaciones sobre la dependencia y su nuevo carácter.

Estos estudios mostraron varias tesis importantes: en primer lugar, que América Latina no era feudal, sino que correspondía más bien a una especie de economía capitalista dependiente y que no se justificaba caracterizar su revolución como nacional y democrática, tesis que al final fue comprobada en la práctica por la Revolución Cubana. Algunos teóricos han deformado esta tesis planteando que América Latina siempre fue capitalista y que la revolución latinoamericana, por ser socialista, no suponía una etapa esencialmente democrática y anti-imperialista. Pero, la riqueza del debate teórico-político en el país permitió corregir este error y comprender no solo que había importantes rasgos precapitalistas en América Latina y en Chile, debido a lo cual la revolución tendría que cumplir con una primera etapa (dentro de un proceso general socialista) de destrucción de la dominación imperialista-monopólica y oligárquica, para, en base a esto, iniciar un desarrollo socialista.

En segundo lugar, se pudo demostrar, a través del análisis de experiencias económicamente más avanzadas que la chilena, como son la brasileña y la argentina, que el desarrollo industrial capitalista dependiente se hacía a través de un proceso de desnacionalización de la propiedad industrial, concentración económica y del ingreso, creciente dependencia tecnológica del imperialismo, endeudamiento acumulado, etcétera. Al analizar la experiencia chilena se pudieron detectar estos mismos procesos en fuerte aumento durante el gobierno Demócrata Cristiano. Muchos intelectuales que creían en el camino reformista de la Democracia Cristiana fueron convencidos por los hechos de las consecuencias desastrosas de la política del “desarrollo en libertad”.

En el plano de la reforma agraria, estos mismos intelectuales habían visto los límites del reformismo, su imposición de arriba hacia abajo a los campesinos y el restablecimiento de nuevos mecanismos de explotación dentro del campo reformado. Se desmoronaba así el mito de la reforma agraria campesina, y se mostraba claramente la necesidad de

que, en términos capitalistas, se crease una economía rural moderna, de grandes empresas y asalariados o, de otra manera, se opusiera a esto un desarrollo socialista de la agricultura.

Tanto las relaciones con el imperialismo como la manera en que se realizó la reforma agraria, demostraron claramente que el camino capitalista solo podía consolidarse por el uso creciente de la fuerza, hecho evidenciado por los muertos de El Salvador, los muertos de la huelga general de 1968, los crímenes de Puerto Montt, etcétera y la aparición de un caudillo militar jefaturando un intento golpista disfrazado de movimiento reivindicativo de las fuerzas armadas.

Se hacía evidente así, que el camino del capitalismo dependiente (a fin de superar las nuevas necesidades de la acumulación del capital en la fase de monopolización violenta, agravada por las condiciones de dependencia que sometían la mano de obra a una superexplotación) llevaba necesariamente a gobiernos fuertes en dirección al fascismo, como único régimen permanente capaz de consolidar tales gobiernos. Demostrándose así que el camino brasileño (y en parte el argentino que fracasó en 1973) no era un accidente, sino que representaba la única salida viable a corto plazo para el capitalismo en América Latina.

Todos estos factores tienen un papel decisivo en la elaboración del programa de la Unidad Popular en un momento en que el movimiento obrero en el plano internacional despertaba del largo sueño de la posguerra, cuando el capitalismo pasa a vivir su más importante crisis económica de este período iniciada en 1967, atenuada en 1968 y reabierto en 1969-1971. En el contexto de esta crisis (muchas veces comparada con la de 1929 por los propios teóricos y dirigentes económicos burgueses), se desarrollan el mayo francés, el verano caliente italiano, el cordobazo argentino, el movimiento de masas mexicano de 1968, la marcha de los 100.000 en Brasil, la Asamblea Popular Boliviana, los movimientos de masas japoneses, las “huelgas salvajes” europeas, etcétera. Tales hechos eran correspondidos en el mundo socialista por la revolución cultural china, la rebelión estudiantil y después obrera de Polonia, la primavera de Praga, el nacionalismo, rumano, etcétera.

En este nuevo contexto, los partidos comunistas reunidos en Moscú en 1969 llegaron a importantes cambios de orientación política, planteando una etapa de “una ofensiva más amplia contra el imperialismo, contra las fuerzas de la reacción y la guerra”. Para el caso latinoamericano, habría que tomar en cuenta que entre estos partidos debe considerarse al Partido Comunista Cubano, lo que puede explicar en parte que las resoluciones de la Conferencia admitiesen: “En esa zona del mundo se desarrollan combativos movimientos democráticos y antimperialistas, así como procesos revolucionarios que abrirían el camino al socialismo”.

Si sumamos a este hecho la tradición de unidad socialista-comunista en tres procesos electorales y en el viejo Frente Popular y el planteamiento del Partido Socialista del Gobierno de los Trabajadores; podemos encontrar gran parte de los elementos que van a servir de marco de orientación al programa de la Unidad Popular.

Problemas del Desarrollo, N° 16, México, 1973.⁵

4. Problemas de la transición al socialismo y la experiencia chilena

Un balance del symposium⁶

Sintetizar las discusiones sostenidas en el *symposium* sobre “La transición al socialismo y la experiencia chilena”, es tarea bastante difícil, pero necesaria. Los debates intelectuales, en general, se caracterizan por la concepción académica de que las discusiones no deben terminar, de que no hay que sacar una consecuencia directa de ellas. Y no podemos quebrar completamente esta regla académica, porque aquí hay muchas posiciones opuestas; no estamos en un partido político y podemos, en

5. Véase el “Programa Básico de la Unidad Popular” en *Problemas del Desarrollo*, año II, N° 5, octubre-diciembre de 1970, pp. 138-157.

6. Publicado en: VV.AA. 1972 *Transición al socialismo y la experiencia chilena* (PLA) pp. 313-352.

todo caso, extraer de la discusión algunos elementos que permitan una cierta acumulación de conocimientos, así como pasar a un nuevo nivel de discusión. Tal es el intento que voy a hacer y pido que se me excuse el carácter incompleto que necesariamente tendrá la relación.

En primer término, me gustaría llamar la atención sobre la riqueza de los debates, no por tratar de valorizar formalmente el *symposium*, sino porque me parece que se configuraron varias posiciones en choque, dentro de un cuadro general del pensamiento marxista. Verdad es que faltaron ciertos matices y posiciones, pero ello no se debió a fallas organizativas, sino a razones que nosotros no pudimos controlar. En primer lugar, faltaron en el debate algunas posiciones representadas por figuras muy importantes que no pudieron venir por razones de última hora, como Althusser, Mandel y Samir Amin. Lamentamos mucho estas ausencias porque ellos hubieran matizado y enriquecido mucho más las discusiones y abierto aún más el abanico de los debates.

También estuvo en nuestras preocupaciones hacer un análisis de las experiencias soviética, china, cubana, de Europa Oriental, etc. Pero la Comisión de Organización se vio imposibilitada para cubrir todo ese campo, que exigiría casi un nuevo simposium con este tema único. Lamentamos, asimismo, en la discusión chilena, la no intervención del presidente de la CUT, que tenía a su cargo un tema fundamental: el de la participación de la clase obrera en Chile.

Realmente el *symposium* quedó trunco por la ausencia de este tema, y nosotros lo lamentamos mucho, pues las conclusiones que tenemos en nuestras manos en este momento, están incompletas por falta de este elemento fundamental del debate. Pero, a pesar de todas estas limitaciones, podemos sacar una lección general muy importante: después de un largo período de profundo sectarismo, de dueños absolutos, el marxismo hoy día permite en su interior un debate bastante amplio, permite una actitud de colaboración intelectual, aún cuando las posiciones sean bastante divergentes. Es decir, este *symposium* expresa un hecho fundamental: dentro del pensamiento marxista, no solo hay en nuestros días un enriquecimiento de posiciones, sino una disposición al debate, a la discusión, que no conocíamos hasta hace muy pocos años.

Situación actual del debate

A partir de esta consideración general, me gustaría establecer, más que un resumen, algunas impresiones generales, a título de visión de conjunto. La primera es que el marxismo, hoy día, se ha dividido en algunas direcciones de pensamiento más o menos bien definidas, que merecen análisis especial y que exigen una reflexión global y sistemática.

La historia del marxismo está ligada a la historia del movimiento obrero. Su primer gran momento fue la Primera Internacional, en que Marx enfrentaba el anarquismo, aliándose a los cartistas, período en el cual Inglaterra era el centro del movimiento proletario mundial. Este período, terminado con la Comuna de París y con la extinción de la Primera Internacional, abre el nuevo período de la Segunda Internacional, en que el movimiento obrero se hace marxista en su mayoría, con el Partido Social Demócrata alemán como principal centro de ordenación. Este período se termina con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, y con la apertura de un nuevo período histórico, en que el Partido Comunista de la Unión Soviética pasa a ser el elemento ordenador del movimiento comunista mundial, del movimiento proletario mundial; la Unión Soviética pasa a cumplir la función que anteriormente habían cumplido Inglaterra y Alemania.

Este período es bastante importante para la comprensión de las discusiones que tuvimos y de las líneas que el marxismo sigue hoy día. Podemos afirmar que, durante él, el leninismo pasó a ser el centro de ordenación del pensamiento marxista. La doctrina leninista tenía como principales elementos la teoría del imperialismo, la teoría del partido y la teoría del poder político de los soviets. Esto la individualizaba frente a la elaboración teórica anterior. Sin embargo, el pensamiento leninista a fines de la década del veinte se separó en dos grandes corrientes: una aplastante y absolutamente dominante; otra, bastante minoritaria y casi residual que fueron, de un lado, el stalinismo, y de otro, el trotskismo. En verdad, existían otras corrientes, pero ellas quedaron profundamente aplastadas. Tal es el caso de los seguidores de Bujarin, que formaron una tendencia específica en los años veinte sin lograr continuidad, a pesar de la influencia intelectual que él ejerció en un cierto período de la

Internacional. Tal es, asimismo, el de una corriente muy residual, que fue la corriente brandleriana, el grupo alemán que se desprendió de la Internacional, en las luchas de 1925 y 1926, reunido en torno a Talheimer y Brandler.

En fin, en este conjunto, el elemento dominante era innegablemente el stalinismo, y como vimos en nuestras discusiones, él se caracterizaba, en primer lugar, desde el punto de vista político, por la teoría de la construcción del socialismo en un solo país, es decir, por la justificación de la Unión Soviética como país socialista. En segundo lugar, el stalinismo se basaba en la definición de la Unión Soviética como base del internacionalismo y como patria del socialismo, y de la defensa de la Unión Soviética como tarea fundamental del movimiento comunista mundial. En tercer lugar, se caracterizaba por un concepto bastante específico del partido revolucionario, entendido como fuertemente monolítico, sin fracciones ni tendencias. Todas estas tesis eran presentadas como una aplicación sistemática del leninismo.

El peso de esta corriente sobre el pensamiento contemporáneo marxista es indudablemente muy fuerte. Antes que nada, por los ejemplos históricos que la Unión Soviética ha dado, sea a través de la construcción material del socialismo, sea por la victoria sobre la invasión nazi, o por su gran desarrollo tecnológico después de la Segunda Guerra Mundial. Estos éxitos han garantizado el prestigio soviético a nivel internacional como, asimismo, su papel de orientador del movimiento comunista mundial. Por otro lado, también es necesario tomar en consideración que algunas corrientes no leninistas subsistieron en el marxismo, particularmente en torno a la orientación luxemburguista, que mantenía su posición marxista sin adherir al leninismo. Estas corrientes se referían a una cuestión de partido y a la relación vanguardia-masa.

La postguerra empieza a crear, con el surgimiento del bloque socialista, una gran diversidad de experiencias concretas de transición al socialismo y, al hacerlo, empieza a generar las condiciones para un mayor debate, una mayor diversidad de posiciones dentro del marxismo. La revolución yugoslava, sobre todo, abre camino a una corriente de derecha, en torno a una concepción del humanismo abstracto; tomando al liberalismo, reformismo y al pacifismo como sus principales banderas,

abre camino a un tipo de revisionismo contemporáneo que es de gran significación en el cuadro actual del pensamiento marxista, porque hay que incorporar a él todas estas corrientes que se dicen marxistas, para rechazarlas en el curso del debate general. Por otro lado, las revoluciones de liberación nacional en los países subdesarrollados, han abierto camino a una reivindicación del marxismo por parte de movimientos de tipo fundamentalmente nacionalistas; asimismo, la experiencia del movimiento estudiantil de los años sesenta, abrió otras corrientes marxistas, con la evolución de la “nueva izquierda”, la cual se inicia en una perspectiva liberal radicalizada y se orienta hacia una perspectiva marxista bajo la influencia del tercer mundo. Así también se ve la nueva izquierda, preocupada en los problemas de las sociedades avanzadas, la cuestión tecnológica, la sociedad de masas, el “nuevo proletariado”, etc. Todo esto crea un nuevo marco problemático del cual tiene que dar cuenta el pensamiento marxista.

Sartre y Marcuse se mezclan a los movimientos estudiantiles y estos con el movimiento obrero, particularmente en mayo de 1968, en Francia. Por fin, la revolución cultural china, es otro elemento importante, que plantea nuevos problemas dentro de la experiencia histórica del marxismo y replantea la cuestión de la revolución mundial. Creo que este amplio abanico que se fue abriendo dentro del marxismo, crea hoy día una situación de cierta confusión aparente, e indudablemente hace del estudio histórico del marxismo, de la distinción entre las diversas corrientes, un problema concreto en la definición política, intelectual y metodológica; no es posible que todas estas corrientes sean marxistas, es decir, en cuanto al marxismo sea de hecho una ciencia, no es posible que todas estas orientaciones sean correctas. En algún momento, el debate va a tener que establecer una posición dominante otra vez, por razones de corrección de pensamiento.

El *symposium*, en cierta forma, nos permitió ver realmente, que este abanico existe, y que hay una actitud de debate bastante honesta por parte de las distintas fuerzas que componen el panorama general. Pero habría que precisar un poco más los elementos en debate; tal es la segunda impresión que me parece dejar el *symposium*; además de una profundización en la discusión metodológica, que aquí se dejó en plano muy

secundario, es necesaria una profundización en la teoría económica, social y política y, particularmente, una apertura hacia una problemática nueva; no históricamente nueva, porque tiene una tradición más o menos larga y no es un problema que se está planteando por primera vez, sino que se retoma ahora en un nuevo y más complejo marco.

Se puede afirmar que hay un camino abierto, hay una temática constituida en torno al problema de la transición al socialismo. Al respecto, me parece que el *symposium* permite demostrar que lo más importante es sobre todo el intento de rediscutir el socialismo como modo de producción, o como formación social. Y estos intentos no son absolutamente nuevos, hay algunos precedentes en esa dirección. Sin embargo, parece haber una cierta aceptación general de que estos precedentes no son suficientes, que no se llegó a un nivel teórico suficientemente desarrollado para tener bases sólidas en que apoyarse. También vimos que hay todavía una tendencia de estos estudios a quedarse en un nivel esencialmente analítico, como lo dijo Paul Sweezy hoy en la mañana. Es decir, se trata de precisar los conceptos, de separar los elementos que componen este conjunto nuevo a estudiar, que es la sociedad de transición. Pero creo que podemos llegar al acuerdo general de que las interpretaciones históricas son bastante insuficientes y de que los estudios históricos están todavía en estado muy preliminar, y ellos se hacen necesarios para que estas categorías puedan operar, realmente, sobre los procesos concretos y enriquecerse como categorías que expresan un movimiento histórico concreto, un proceso dialéctico.

Finalmente vimos en el cuadro de esta discusión a pesar de que este aspecto fue en cierta forma subestimado en el *symposium* que no hay duda de que la visión del proceso internacional es un elemento fundamental que hay que tomar en cuenta para poder estudiar esta formación socio-económica de transición como ella existe, es decir, en relación con una estructura capitalista mundial, como posibilidad de desarrollo histórico. De esto surgiría la tercera impresión que me parece dejar bastante clara el *symposium*: el debate y el estudio de los problemas de la transición, se hallan todavía en un estado inicial, deben pasar por cierto período de desmitificación que sería bastante largo todavía, puesto que hemos reconocido, casi unánimemente que existen contradicciones en

el interior de las sociedades socialistas, y que por lo tanto existen intereses en ellas y en el movimiento obrero mundial, en el cual vamos a tener que clarificar ciertos términos y admitir ciertas cosas. Creo que ya ganamos históricamente una situación que nos permite admitir ciertos hechos que no se podían admitir hace muy poco tiempo atrás.

Parece quedar bastante clara de este *symposium* la impresión de que la definición del comunismo como régimen económico-social ya no es un problema académico, sino una cuestión presente en nuestros días, quizás no en la exigencia de una solución inmediata, sino en la exigencia de un planteamiento correcto para orientar las transformaciones revolucionarias en la actualidad. Esto como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas en los países socialistas, que parece cuestionar las formas de organización social, económica y política de estos países en forma mundial, pero también, y sobre todo, como resultado de la gran ola revolucionaria, del gran desarrollo del movimiento popular en los últimos 3 o 4 años, no solamente en Europa. Nosotros vimos los fenómenos del 1968 europeo, no solo en Europa, donde alcanzó su auge con el mayo francés, sino que también en Japón, en Latinoamérica. Los cordobazos deben tener para nosotros la misma importancia política, la misma importancia teórica que el mayo francés, en las condiciones nuestras. La experiencia mexicana tiene que ser incorporada en nuestra problemática; la experiencia de los movimientos revolucionarios recientes de América Latina, tienen que inscribirse, realmente, en la temática teórica latinoamericana, y tiene que haber tenido consecuencias sobre nuestro desarrollo teórico; además, evidentemente, la experiencia que empezó hace 10 años, pero que aún está viva y presente, de la Revolución Cubana.

Creemos, y es esta una impresión que nace también de este debate, que los países subdesarrollados no tienen más un rol pasivo en el proceso de esa transformación internacional. Nosotros fuimos relegados durante un largo período histórico, a ser especialistas de nosotros mismos.

El máximo que Estados Unidos y Europa nos han permitido por mucho tiempo era el derecho de hablar sobre América Latina, pero evidentemente el pensamiento latinoamericano no entraba en el nivel de la discusión teórica general del marxismo.

Esto se reforzaba, además, en los años cincuenta, porque los propios latinoamericanos, asumiendo una perspectiva existencialista, buscaban afirmar su originalidad regional y nacional. Esta actitud formaba parte del intento de afirmación cultural de las burguesías nacionales. Pero el elemento ideológico es muy fuerte, y nosotros nos habíamos determinado a reducirnos a la condición de analistas de nosotros mismos, con instrumentos teóricos generados afuera y revisados a la luz de nuestra experiencia.

Este *symposium* de alguna forma demuestra que nosotros ya podemos ocupar un papel en la elaboración de los propios instrumentos teóricos; que nosotros podemos superar la condición de ser simplemente aplicadores de instrumentos teóricos generados en el exterior. Esta nueva situación expresa no solo el desarrollo intelectual latinoamericano, sino que yo creo que representa, sobre todo, la afirmación histórica del proletariado latinoamericano. Creo que el proletariado latinoamericano empieza a entrar en la historia del proletariado. Y al entrar en la historia se entra en la historia del mundo y no solamente en la historia de América Latina. Básicamente, desde este punto de vista, hay que considerar que la posición que ocupamos en el sistema económico internacional nos hace percibir de manera mucho más aguda muchos problemas y nos obliga a redefinir una serie de cuestiones teóricas importantes. La preocupación metodológica se acentúa cada día, y se acentúa no como producto de discusiones académicas, puesto que nosotros debemos entender que teoría y academia no son la misma cosa, a pesar de que tendemos muchas veces a identificarlas, que ellas elevan el nivel del debate teórico y el nivel de las preocupaciones y que la propia realidad exige una redefinición metodológica, para poder aprehender una serie de fenómenos que no estaban en el centro de preocupación del pensamiento europeo, incluso del pensamiento marxista. Por ello pienso que difícilmente se podría realizar en este momento, en Europa, un simposium como este, con la cantidad de participantes y el nivel de participación a que se llegó, desde un punto de vista general, a pesar del interés que existe por el marxismo en todo el mundo.

Las cuestiones más relevantes

Después de haberme referido a estas impresiones generales, creo que ya es tiempo de intentar resumir los puntos que quedaron en el tapete para su discusión. Es decir, abrir camino a un programa de estudio que, como propuso hoy día Hinkelammert, debe ser un programa de estudio común. Y creo que debemos intentarlo no solo nosotros en Chile y otros países de América Latina, sino que también en Italia, en Estados Unidos, en Francia y en otros países, se puede hacer un trabajo de estudio común en torno a algunos problemas cruciales para el desarrollo del movimiento comunista internacional.

De los problemas que discutimos aquí, quedó en el centro de las discusiones: ¿cuándo empieza la transición al socialismo? La pregunta se formula considerando la actual experiencia chilena, que es de difícil definición. Se abrieron algunos caminos para su respuesta. Antes que nada, solo se puede hablar de una transición al socialismo desde el momento en que el poder pasa a la clase obrera.

Esta afirmación, muy general, tiene varias consecuencias; dado que en Chile no hay aún un Estado obrero ¿cómo caracterizar el período que vive en este momento? Las discusiones no respondieron muy claramente esta pregunta y me gustaría intentar responderla. Hay momentos históricos muy importantes que quedan olvidados y poco estudiados, porque una etapa histórica posterior los anula, y se tiende entonces a creer que el período no tuvo importancia. Yo llamaría la atención, por ejemplo, hacia períodos como aquel entre la primera y la segunda revolución de 1917 en Rusia, es decir, el período que va de febrero a octubre. No hubo casi en la discusión marxista una preocupación en definirlo. Recuerdo que Lenin lo definió como un período esencialmente democrático, en que se creaban las condiciones para una democracia total; Lenin dice: “aquí, en este momento, en Rusia, nosotros vivimos las condiciones más democráticas del mundo, y sepamos utilizar estas condiciones. Es decir, un período en que la derecha pierde su poder, pierde su capacidad de hacer una ofensiva, de controlar la situación política y las masas ganan entonces una gran capacidad de acción propia”. Me parece bastante claro que en estos períodos nacen o se crean las condiciones para desarrollar

aquello que Lenin va a caracterizar en abril como una dualidad de poderes. Es decir, estas condiciones democráticas permiten el surgimiento de un poder obrero frente a un poder burgués que se presenta entonces como un poder reformado. Nuestras discusiones, sobre todo en lo que se refiere a la cultura, han demostrado que el poder burgués, hoy día, en Chile (y siempre en estos países, y en estos momentos) es un poder burgués reformado; no se presenta más con la cara anterior. Esta situación se traducía en Rusia en el hecho de que, en la confrontación entre los soviets y el gobierno provisorio, los mencheviques y los partidos burgueses buscaban transformar los soviets, es decir, el poder obrero y campesino naciente, en órgano de colaboración del gobierno provisorio. Situaciones similares se pueden encontrar otra vez en la historia con ritmos distintos, en períodos más o menos largos.

Yo llamaría la atención sobre la necesidad de caracterizar el período que va, entre 1945 y 1949, en China, y entre 1947 y 1948, en Europa Oriental, es decir, el período de la alianza entre socialdemócratas, liberales y comunistas en Europa Oriental, el cual lleva a un choque posterior entre las fuerzas que componían esta alianza y que terminó en una confrontación entre esas fuerzas y en la imposición, en la mayoría de los casos, de los partidos comunistas, apoyados en los movimientos obreros y en el ejército rojo.

Llamaría, asimismo, la atención sobre un período de la Revolución Cubana, al que no se ha dado casi ninguna importancia: el que va desde la toma del poder por una coalición de fuerzas, una de las cuales solamente era el ejército rebelde, la cual lleva a Urrutia al poder. En este período tiene un rol muy importante la definición política del ejército rebelde, que cuestiona en cierto momento la incapacidad de Urrutia de tomar cualquiera de las medidas democráticas, que se habían planteado en el período anterior y que entrega el poder al Comandante Fidel Castro, convirtiéndose en la fuerza revolucionaria, en el nuevo poder en Cuba. Y creo que se puede decir que vivimos un período similar en Chile. Digo similar por dos razones: primero, porque no se caracterizó todavía en la situación chilena la dualidad de poderes. Vimos en las discusiones que hay dos formas de concebir la dualidad de poder en el caso chileno: para algunos, ella aparece como resultado del hecho de que el gobierno

tiene una rama ejecutiva del poder, faltándole ganarse las otras ramas del Estado existente; para otros, hay dos poderes que se están gestando, es decir, un poder nuevo que se está creando a través de la participación obrera, a través de la organización de los campesinos, de la organización de los barrios, etc., el cual puede convertirse en algún momento, en poder alternativo del Estado burgués.

Es necesario señalar que hasta ahora no se ha convertido en tal, que no ha asumido este carácter, pero indudablemente se trata del germen de este poder alternativo.

El segundo punto a ser discutido es el de la irreversibilidad. La cuestión es: ¿cuándo se puede decir que un proceso revolucionario se hace irreversible? Parece que se apuntaron algunas respuestas a este problema. Se caracterizaron bastante claramente los elementos fundamentales para alcanzar esa irreversibilidad. Ella solo existe cuando, constituido un poder político revolucionario de la clase obrera, se inicia la destrucción del Estado burgués y, dependiente de una discusión más profunda, se realiza la participación obrera en la dirección de las empresas. En lo que respecta a este último aspecto, hay acuerdo general sobre su necesidad, pero queda por discutir cuál es el grado de participación, cuál es su importancia en la definición final de lo que es el socialismo, y cuál es la capacidad de esta participación, de cambiar realmente las relaciones de producción, en la medida en que se conserven en la sociedad elementos de las relaciones de valor. La cuarta y decisiva condición para que se haga irreversible el proceso revolucionario es, evidentemente, la instalación de la propiedad colectiva de los medios de producción y la adopción de la planificación, como principio ordenador de la producción, la distribución y la vida económica y social.

El tercer punto que, me parece, queda pendiente para la discusión, es el referente al objetivo del período de transición. Es decir, si se trata solamente de la destrucción del Estado burgués y de la creación de un Estado obrero, o si hay implicaciones más profundas en el proceso. Habría que retomar la concepción clásica, de que el Estado obrero inicia la destrucción del Estado en sí mismo y que, por lo tanto, hay que impedir en el máximo la consolidación de la burocracia estatal durante el período de transición al socialismo. Hay que impedir que el Estado

se separe del ciudadano, hay que restringir el aparato burocrático a un mínimo esencial, la planificación debe ser el elemento organizador de la producción, sometiéndose completamente las supervivencias del mercado; es necesario que se desarrollen nuevos valores culturales como producto de la acción del pueblo, de las masas; es necesario que se cambien, por lo tanto, los principios y los métodos de organización política, de movilización social y de producción cultural. Hemos visto también que es fácil plantear en general estas cuestiones y llegar a un cierto acuerdo sobre ellas, pero sabemos todos que su realización histórica es muy compleja y depende de muchos factores que exigen un estudio mucho más profundo.

Un cuarto punto que quedó por discutir se refiere a la caracterización del período propiamente socialista. En este caso, el problema de la dirección proletaria de la sociedad y la desaparición posterior de las clases sociales, quedó innegablemente como aspecto fundamental de la discusión, así como se debatió hasta qué punto el paso del socialismo al comunismo era algo absolutamente nuevo o muchas de sus características son inherentes al período anterior. Se trata de saber hasta qué punto las leyes del comunismo están presentes en la etapa socialista, en la formación socio-económica socialista. Queda por discutir aún hasta qué punto el socialismo constituye un modo de producción propio o es simplemente una amalgama del modo de producción comunista y del modo de producción capitalista, y otros anteriores que sobreviven en esta etapa.

Termino refiriéndome a un problema que todo el tiempo se plantea: ¿qué gana Chile con estas discusiones, que pueden parecer a muchos excesivamente teóricas para la realidad concreta del país, para su capacidad de asimilación y para el desarrollo de las masas?

En primer lugar, llamaría la atención acerca del peligro de la pregunta misma, no en el sentido de que ella sea errada, sino en el sentido de que puede ser hecha de una manera errada. Porque puede llevarnos a un pragmatismo peligroso, a una posición bastante peligrosa frente a la teoría. Nosotros no podemos tomar de la teoría solo los aspectos que nos gustan, o los aspectos que nos parecen importantes para resolver problemas concretos. Desgraciadamente, la teoría forma un cuerpo

general, un sistema de pensamiento, una unidad sistemática e integrada, y no podemos desarrollar solo las partes que están directamente relacionadas con los problemas que queremos resolver.

Si los rusos no hubieran discutido a fines del siglo XIX el problema de la reproducción capitalista, si Lenin no hubiera logrado resolver el problema de la reproducción capitalista, difícilmente se hubiera logrado una comprensión correcta del imperialismo, y difícilmente se hubiera sabido aprovechar las condiciones revolucionarias que se crearon en Rusia como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Las discusiones abstractas sobre *El Capital*, que se hacían en Rusia en ese período, formaron un estilo de pensamiento, un estilo de rigor intelectual, que marcó definitivamente a la historia y a la revolución rusa. Indudablemente que la Rusia de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, fue uno de los países donde se llevó la discusión del marxismo a nivel teórico más abstracto posible. Se puede decir que eso no tuvo nada que ver con lo que pasó posteriormente, pero yo creo que sí tuvo que ver, y mucho. Este grupo tan impresionante de intelectuales, que nunca más se juntaron en ningún proceso revolucionario, no fue producto solamente de la riqueza del proceso objetivo que estimulaba esa discusión, sino también del hecho de haberse llevado el debate hasta sus últimas consecuencias teóricas.

Así es que, si queremos realmente resolver los problemas prácticos enormes que la sociedad chilena y latinoamericana están planteando en este momento porque lo que pasa en Chile es solo una parte de lo que pasa en América Latina, donde tenemos los complejos procesos en curso en el Perú, en Argentina, en Brasil, y una cantidad de fenómenos en Uruguay la intelectualidad latinoamericana tiene que saber interpretarlos con un rigor teórico muy grande. La pregunta será, pues, correcta, si se toma en consideración el hecho de que nosotros vivimos un proceso revolucionario concreto y tenemos que dar cuenta de este proceso; pero la pregunta se hará peligrosa y equivocada, si conduce a la idea pragmática de que hay que extraer de la teoría aquellas partecitas que nos sirven, dejando el resto a un lado; como resultado de esta posición no se tendría la teoría para analizar los procesos concretos. A no ser que otros ya hubieran resuelto los problemas teóricos más generales para

nosotros y pudiéramos tomar eso y aplicarlo; pero, como hemos visto, el marxismo hoy día es algo tan complejo, tan lleno de posiciones, de tan rica diversidad (lo que no es malo para un sistema de pensamiento) que ello nos impide tomar una posición simplemente pragmática.

Retomemos la pregunta: ¿Qué gana Chile con estas discusiones? Lo primero que habría que destacar es que hemos logrado definir algunos problemas importantes, como por ejemplo la necesidad de precisar el período actual vivido por Chile. Esta necesidad de precisar este período, nos parece una conquista definitiva que espero no sea una mera adquisición de intelectuales, sino que debe llegar a las más amplias masas en el país. En segundo lugar, creo que se han entregado elementos importantes para la comprensión del carácter del período actual, sobre todo al establecerse que el centro de la preocupación revolucionaria tiene que ser la toma del poder. Y vimos que, en algunos sectores responsables de las decisiones políticas del país, esta necesidad se siente y esta concepción es tomada en consideración. Vimos también que el problema fundamental dentro de esta caracterización de la situación actual es, por lo tanto, cómo utilizar el Gobierno para llegar al poder, es decir, estos son los problemas teóricos y prácticos que nacen de esta situación objetiva. No se trata simplemente de decir “se está en el Gobierno, pero en el Gobierno no se puede hacer nada, pues hay que preparar la revolución”. En el Gobierno si se puede hacer algo: crear condiciones para la toma del poder.

La cuestión clave que aporta el proceso chileno actual es la de disponer un gobierno popular en el interior de un Estado burgués y de emplear su sistema legal para servir a la transformación revolucionaria que deberá destruir ese Estado y esa legalidad para sustituirla por un Estado y una legalidad socialista. Quedó claro, sin embargo, que tales cambios solo serán revolucionarios cuando se decida finalmente la cuestión del poder, garantizando a la clase obrera la dirección real del país. Quedó bastante claro también que la toma del poder ocurre a través de la constitución del poder alternativo y no por la conquista gradual del poder del Estado existente. Se trata, pues, de la necesidad científicamente definida de destruir el viejo Estado anárquico y burocrático y crear el nuevo Estado centralizado, planificador y bajo el directo control de las masas.

En seguida, las discusiones también ofrecieron elementos importantes para la definición de las tareas del próximo período. Parece claro que la etapa fácil o relativamente fácil, la etapa en que las decisiones no conducen a una reacción muy violenta por parte de la clase dominante está relativamente agotándose y se plantea una situación de crisis en una nueva etapa.

En todas las exposiciones que tuvimos, fuesen ellas a nivel económico, cultural o institucional, ha quedado en claro que el empate político existente en la actualidad no permite el desarrollo de la situación a nivel económico, cultural e institucional.

Especialmente de la participación de Alberto Martínez, quedó bastante claro que la ayuda que el Gobierno pudo dar a lo político empieza a perder su fuerza, y que ahora se espera que lo político pueda ayudar al Gobierno, es decir, que un cambio de correlación de fuerzas políticas pueda permitir que se den los nuevos pasos administrativos en todos los niveles. Vemos surgir una dialéctica entre el uso de los elementos administrativos y el desarrollo de la situación política; esta empieza a configurarse como una dialéctica concreta de la situación chilena. Es decir, se dispone de algunos elementos administrativos de gobierno; se utilizan estos elementos de gobierno, esto crea una nueva situación; esta nueva situación exige una nueva correlación de fuerzas; esta nueva correlación de fuerzas va a permitir nuevos cambios; estos nuevos cambios van a exigir nuevos cambios de correlación de fuerzas, hasta que en un determinado momento la situación creada exija un cambio suficientemente cualitativo de la correlación de fuerzas para que no se pueda simplemente pensar en usar los mismos métodos que sirvieron para resolver la crisis anterior. En resumen, en cada uno de estos momentos dialécticos, se necesitará utilizar métodos distintos.

En lo que respecta a la nueva etapa que se anuncia, se configura bastante claramente la complejidad de la relación dialéctica entre la destrucción de la vieja sociedad y la construcción de la nueva. Nosotros lo hemos visto en el plano económico y al discutir el problema del poder. Al discutir teóricamente estos problemas, quedó claro que la destrucción del orden oligárquico, monopolístico e imperialista era un momento que en sí no caracterizaba la constitución de un sistema nuevo. Se trata

de una tarea destructiva que, tomada en un contexto abstracto, tanto puede llevar al fortalecimiento del Estado y conducir al socialismo como puede ser la base de la recuperación del capitalismo a través de las reformas realizadas. En el contexto concreto de la situación chilena y latinoamericana, los huecos dejados por la destrucción del monopolio exigen medidas inmediatas de recuperación económica y desarrollo que nos llevan instantáneamente a las necesidades de la planificación, de la articulación de los elementos ahora dispersos que componen el área social, así como se plantean sus relaciones con las otras áreas de la economía.

También en el plano agrario queda claro que la nueva forma de organización de la estructura agraria pasará a ser el problema fundamental, en poco tiempo más. Superada la etapa inicial de la destrucción del latifundio, se planteará la cuestión del carácter socialista o privado de la nueva explotación agrícola. A nivel institucional, quedó claro que la relación entre las nuevas instituciones de poder popular que se están creando entran en contradicción con los centros de poder que mantiene la derecha, en una relación de tensión que tiende a crecer.

En el plano cultural, se planteó que la resolución de una serie de problemas exige una definición más clara de la política cultural, en choque con la cultura dominante. Vimos aún que la posibilidad de utilizar los medios de comunicación existentes no es suficiente para producir un cambio cultural cualitativo y que se hace necesario transformar la relación entre la producción de cultura, las masas y la recepción de la cultura. Se trata de superar el uso de los medios de comunicación, para una economía de mercado que determina las leyes de la actual cultura de masas.

Parece que queda claro que en poco tiempo más el país va a vivir una confrontación entre un proyecto pequeño burgués que va a buscar limitar el proceso de transformación que vive el país a una reforma, posiblemente avanzada, de la estructura económica y política chilena, en el sentido de ajustarla a las necesidades de una productividad más alta, a un nivel de modernización bastante importante, pero sin romper con la estructura capitalista, sino que encubriendo esta estructura capitalista con una forma socialista. Hemos visto cómo este proyecto se manifiesta en el plano de la cultura, pero su peligro real está en el plano económico.

Las fuerzas y las tendencias que buscan dar un contenido proletario al proceso de construcción de la nueva sociedad tienen que insistir en el problema de la toma del poder; del desarrollo del poder alternativo; en la necesidad de desarrollar las nuevas relaciones sociales; en la creación de una nueva cultura que no sea un simple revestimiento populista de la anterior; tienen que insistir en la creación de una estructura agraria socialista.

En todos los aspectos de la vida, se planteará el conflicto entre estos proyectos alternativos. No hay duda de que, como pasó en otros períodos revolucionarios, la burguesía va a cambiar su cara, ya cambió, está cambiando, y no va a presentar su proyecto de supervivencia con la vieja cara, sino con una nueva. La cara pequeño burguesa, pues es ella el sector más importante que puede dar una base social real al enfrentamiento con la clase más importante que puede dar una base social real al enfrentamiento con la clase obrera. Esta lucha se va a definir, evidentemente, en un proceso más bien largo, porque el ritmo de las transformaciones no es muy rápido en Chile. Hay países en que las cosas no son así, en que en dos o tres meses se cambia totalmente la correlación de fuerzas. Aquí en Chile es un poco difícil que se produzcan situaciones tan violentas, tan radicales. Esto no cambia el hecho de que el proceso global se desarrolla en el sentido de una creciente radicalización entre las posiciones alternativas aquí bosquejadas. Ello no quiere decir que estas posiciones sean las únicas existentes o las más viables. De hecho, históricamente, la limitación pequeño burguesa de los procesos revolucionarios no llevó a la consolidación del proyecto pequeño burgués sino al fascismo. Las vacilaciones de la social-democracia alemana, de los socialistas italianos, de la República Española, no llevaron a ninguna parte sino al fascismo. La moderación pequeño burguesa puede convertirse, pues, en la antesala del extremismo fascista. En Chile hemos visto cómo sus defensores atacan tan duramente a los “grupos armados” de la izquierda y hacen vista gorda de los “grupos de autodefensa” de la derecha. La historia, pues, se repite.

Finalmente, quiero llamar la atención sobre un aspecto muy importante de la discusión. Si es verdad que el enfrentamiento principal se va a dar en la construcción de la nueva sociedad, sería un error terrible

por parte de las fuerzas proletarias desplazar el problema hacia el momento de la construcción de la nueva sociedad. Es indudable que solo se podrá asegurar la victoria de las posiciones proletarias en la medida en que ellas sean conductoras de la etapa destructiva. El hecho de que, en la constitución del área social, la clase obrera ha desempeñado siempre un rol importante, y adoptado las iniciativas fundamentales, quizás nos pueda dar una gran esperanza de que realmente este proceso va a permitir a la clase obrera chilena derrumbar a este terrible mundo pequeño burgués, que la implica, y quizás pueda convertirse realmente en la conductora del proceso. Si el proceso de destrucción va hasta sus últimas consecuencias, y si al mismo tiempo de él nace realmente el socialismo, ello será evidentemente una gran contribución del proletariado chileno al desarrollo del movimiento revolucionario mundial.

Santiago, 1972.

5. ¡Bendita crisis!

Los diarios de derecha insisten en presentar la situación actual del país como una grave crisis económica. Muchos economistas de izquierda tienden a hacer un diagnóstico similar. Es necesario, sin embargo, clarificar los términos que se utilizan. Lo que se entiende en general por crisis económica es más bien un fenómeno coyuntural de desajuste o desequilibrio entre la oferta y la demanda. Las crisis capitalistas se caracterizan siempre por una oferta superior a la demanda. Debido a su carácter explotador, el sistema capitalista no puede poner la capacidad productiva existente al servicio de todo el pueblo. Se produce así la situación paradójica de que los productos sobran mientras las grandes masas pasan necesidades y no pueden adquirir esos productos. La única solución para las crisis económicas capitalistas es que se contraiga la producción, restableciéndose así el equilibrio perdido entre la oferta y la demanda.

En los países socialistas o en proceso de transición hacia una economía socialista, el problema se plantea de manera absolutamente inversa.

En el socialismo no existe la limitación de la demanda por la capacidad de compra. Los únicos límites para el consumo son las necesidades de los consumidores y la oferta de los productos. Como las necesidades de los consumidores están siempre en crecimiento y la capacidad productiva es siempre insuficiente para atender estas necesidades humanas el sistema socialista no puede tener crisis económicas. Desde un punto de vista burgués se puede decir lo contrario: el sistema socialista está en constante crisis pues hay en él un constante desequilibrio entre la oferta y la demanda. Este punto de vista es completamente equivocado, pues reduce dos situaciones esencialmente distintas a una igualdad formal. El desequilibrio provocado por una demanda insuficiente tiene su origen en el funcionamiento contradictorio y antipopular del sistema capitalista y se soluciona a través del sufrimiento de las masas. El desequilibrio existente en el sistema socialista es resultado del insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas y solo se soluciona históricamente a través de un continuo proceso de superación de las limitaciones del conocimiento y de la organización humana. Igualar dos situaciones tan diferentes en su esencia, en su dinámica y en su solución, no es una actitud científica.

Tradición de clase

Fieles a su tradición de clase, los órganos de prensa de la derecha y sus economistas nos entregan el típico razonamiento burgués sobre nuestra situación económica, intentando hacernos creer que vivimos una “crisis económica” cuya solución se encuentra en los manuales de la “ciencia económica” burguesa.

Pero ¿cómo podemos hablar de “crisis económica” si aumentamos la producción en cerca del ocho por ciento al año, si crece el consumo de las masas, si aumenta la tasa de empleo?

¿Pero no vivimos una crisis de abastecimiento, una crisis de divisas, una crisis inflacionaria? Claro que sí. Pero todos estos problemas son parte de una crisis general de crecimiento, una crisis positiva planteada por el aumento del consumo de las masas, por el aumento de la producción, por haberse desnudado la verdadera crisis que está detrás de las apariencias. Esta es, pues, una crisis de contenido revolucionario que

apunta hacia el desarrollo de las fuerzas productivas y no hacia la contención de la oferta; hacia una reestructuración del sistema productivo y del comercio exterior y no hacia un restablecimiento del equilibrio perdido. Que apunta hacia el socialismo y no hacia la miseria, el desempleo y la anarquía.

Crisis política

A pesar de ser económica en su origen y en su solución final, la crisis actual es absolutamente política en lo que se refiere a las condiciones para encaminar su superación. En última instancia, solo una transformación socialista puede dar respuesta a los problemas creados por la política económica en curso. A pesar de que se la puede demostrar en los varios aspectos de la realidad nacional, esta afirmación se hace aún más evidente cuando analizamos la llamada crisis del comercio exterior.

Los países dependientes participan de la estructura del comercio mundial en una posición de inferioridad. Vendedores de materias primas, productos agrícolas y más recientemente de productos industrializados que utilizan un alto porcentaje relativo de mano de obra, estas economías están sometidas a una estructura de precios monopólica que favorece los productos que ellas importan y desfavorece los que ellas exportan. De esta manera, nuestra balanza comercial tiende a deteriorarse a largo plazo. A pesar de que, en ciertas ocasiones, como el auge de la guerra de Vietnam, se elevan los precios de nuestros productos de exportación (caso del cobre) la tendencia dominante a largo plazo es en sentido contrario. De cualquier manera, el intercambio mundial es desfavorable para nuestros países.

Débil estructura

Al mismo tiempo, la estructura de servicios que poseemos es muy débil, lo que nos lleva a pagar enormes divisas en seguros y fletes cobrados a precios monopólicos.

Así también ocurre en el plano de los servicios técnicos y las regalías por concepto de utilización de tecnología extranjera, cobrados a precios

exorbitantes, en función del monopolio que las leyes internacionales aseguran a los propietarios de marcas y procesos de producción, comercialización, etc. Anualmente se evaden de nuestros países enormes cantidades de divisas para pagar tales derechos de explotación del conocimiento humano.

No dejan de ser importantes también los gastos en viajes, las remesas clandestinas de dólares al exterior, los negociados cambiarios, las sobrefacturaciones, etcétera.

Pero la explotación más directa y más amplia se realiza a través de las remesas de ganancias siempre excesivas que permiten recuperar en plazos muy cortos enormes inversiones realizadas en nuestros países a través de mil y una formas de financiamiento, sea del Estado de los países de donde provienen dichas empresas, sea de nuestros menguados recursos públicos.

El resultado de esta situación de conjunto no podía ser otro que un balance final extremadamente negativo para nuestras economías. Al final de cada año nuestras relaciones económicas internacionales presentan un “déficit” siempre creciente ¿Cómo cubrir este déficit? Solo hay un recurso: el préstamo extranjero de gobiernos y particulares. En la práctica, gran parte de las importaciones que realizamos se inscriben en estos programas de “ayuda” hechos para financiar una explotación de nuestros pueblos que de otra forma sería imposible. De hecho, los contribuyentes de los países dominantes financian la exportación de productos de sus empresas que de otra forma no tendrían compradores, así como la operación de estas corporaciones en el exterior.

Ayuda real no existe. Todos los planes de los Estados Unidos tienen por objeto financiar las exportaciones de productos sin precios competitivos en el mercado internacional; financiar la instalación de empresas norteamericanas en el exterior; financiar la colocación de excedentes agrícolas sin mercado; financiar la venta de armamentos obsoletos, etcétera.

A pesar del carácter explotador de esta “ayuda” ella no es gratuita; tiene que ser pagada, así como los intereses respectivos. El resultado de esta situación es la acumulación de una enorme deuda externa, cuyo servicio toma hoy día cerca del 25% al 30% del valor de nuestras exportaciones. Se profundiza así nuestra crisis de comercio exterior y al mismo tiempo, nuestra dependencia de un flujo constante de la “ayuda” externa

bajo las más diversas formas. Nuestros países se ven bajo el control político de sus financiadores, que amenazan en todo momento con suspender la ayuda, no entregar los créditos o piden el derecho de intervenir en la política económica interna para asegurar el “buen uso” de los créditos.

¿Qué pasa cuando un país hiere los intereses de los grandes grupos económicos internacionales? En el caso de Chile, el país se posesionó inmediatamente de las enormes ganancias de las empresas del cobre y de algunas empresas industriales extranjeras. Pero esto fue acompañado de inmediato con una rebaja violenta del precio del cobre que puede ser atribuida en parte a la disminución de la guerra del Vietnam y en buena parte al manejo complejísimo de que disponen los grandes grupos ligados al cobre. Como se puede apreciar con los datos que proporciona este número de *Chile Hoy*, sus vínculos se expanden por todo el mundo.

Al mismo tiempo aumenta la presión internacional sobre el abastecimiento de las compañías de cobre, sobre los compradores de esta mercancía, etc. Se inicia así un cerco directo a este sector económico en el mundo capitalista.

En segundo lugar, se detiene de inmediato el flujo de las llamadas “ayudas”, lo que es muy bueno a largo plazo, pero provoca de inmediato el desabastecimiento de muchos productos y la paralización de varios planes de inversión. Se paralizan también los créditos para nuevas inversiones y se empiezan a crear problemas para refinanciar la enorme deuda. El resultado es el agotamiento inmediato de las pocas y artificiales reservas existentes.

Se produce así una crisis, pero no una crisis económica producto de un “desequilibrio” entre distintos factores. Se produce la crisis estructural. Una vieja forma de dominación entra en debacle causando enormes dificultades inmediatas, pero abriendo camino al mismo tiempo al establecimiento de nuevas relaciones económicas internacionales y a la reestructuración completa del aparato productivo interno. Porque el aspecto más negativo de este sistema de relaciones económicas internacionales explotadoras que hemos descrito está en sus efectos al interior de nuestras economías: se establece una economía basada en el control monopólico de la producción y la circulación de mercancías; se integra un sector muy pequeño de trabajadores al aparato productivo; se orienta la producción hacia el consumo de lujo de las minorías; se

deja subutilizada gran parte de la capacidad instalada; se corrompe a los sectores dirigentes locales, las élites culturales, políticas y las técnicas, poniéndolas al servicio de la explotación nacional e internacional.

Las soluciones que nacen de una crisis estructural son, pues, sustancialmente diferentes de la que sugiere la “ciencia económica” y superan en mucho el puro nivel de las políticas económicas. No se trata de restablecer el equilibrio en el comercio exterior, equilibrio que de hecho nunca existió y que se resume en un aplazamiento constante de los problemas básicos a través del endeudamiento acumulativo. No se trata tampoco de restablecer el equilibrio disminuyendo las exportaciones en general. Si alguien tiene que pagar esta situación, que no sea el pueblo chileno, sino los banqueros y acreedores responsables de esta crisis.

Son muchos los países que se encuentran en la misma imposibilidad de pagar sus deudas externas, pero les faltan condiciones políticas para realizar una política honorable frente a sus acreedores. Chile debe ir con la cabeza erguida a la renegociación de su deuda externa y no debe temer la situación final de no pagar simplemente sus deudas externas, aplazándolas para el futuro. Si esto puede provocar la ira de los banqueros, los hombres de negocio y los políticos burgueses, provocará sin duda la admiración y el apoyo de los pueblos de los países subdesarrollados y de los políticos honestos, que comprenden la gravedad de la situación que se plantea. El hecho de que la crisis estructural en desarrollo pueda llevar a una tensión tan grande anuncia momentos difíciles y muchas posibilidades de presiones y conflictos crecientes.

Tales consideraciones pueden ser aún más graves si tomamos en consideración el hecho de que la economía norteamericana se está recuperando de la crisis que la hundió en la baja de producción y en el desempleo entre 1969 y 1971. Esta recuperación ha hecho restablecer la confianza de la clase dominante norteamericana e hizo renacer planes de una ofensiva mundial que tienen a Chile muy directamente en su mira.

La ayuda de los países socialistas tiene un contenido muy distinto de la norteamericana e incluso entre países europeos como Suecia se puede encontrar una actitud de ayuda sincera, motivada por intereses económicos o políticos muy distintos. Ella puede no solo ayudar a resolver problemas estructurales, como el de su orientación básica, pero puede

servir para superar algunos problemas inmediatos de importación de productos de consumo popular.

Pero lo más importante de la crisis actual no reside en esta reorientación de sus relaciones internacionales, sino en las exigencias que hace a la estructura interna. Ella plantea la necesidad de llevar a la práctica un plan de inversiones a corto plazo, lo que solo se puede realizar con la creación del área social y el establecimiento de una planificación centralizada. Ella plantea una reorientación de las pautas de consumo que lleve a una nueva utilización de las divisas, así como a una diversificación de las fuentes externas de abastecimiento que conduzca a una mayor aproximación con los países del Tercer Mundo. Por fin, ella exige una rápida reorientación de la estructura agraria en base a grandes planes de diversificación de la producción.

El aumento de consumo de las masas crea una presión por una solución positiva de la crisis, aumenta la capacidad de movilización, crea una conciencia aguda de las debilidades del sistema productivo actual y de los obstáculos que representa la propiedad privada de los medios de producción. Se abre así una situación favorable a una amplia movilización de masas en torno de cuestiones concretas de corte nítidamente socialista.

En resumen: se ponen en tensión todas las fuerzas productivas del país y el capitalismo dependiente salta en pedazos bajo la presión económica y política de las masas. ¡Bendita crisis!

Chile Hoy, 6 a 12 de octubre del 1972.

Bibliografía

Bambirra, V. (1970). *Diez años de insurrección en América Latina*. Santiago de Chile: PLA.

Dos Santos, T. (1972). Dos momentos del proceso revolucionario. En *Chile Hoy*. Chile, 30 de junio - 6 de julio.

Dos Santos, T. (2002). *La teoría de la dependencia: balance y Perspectivas*. México; Buenos Aires: Plaza & Janés; Sudamericana.

El camino brasileño hacia el socialismo

Prólogo

Este libro pretende colaborar en un debate de gran alcance histórico que tiene por objetivo la integración del pueblo brasileño al movimiento mundial en dirección a un mundo socialista.

En este momento está hecha la convocatoria a un Congreso Nacional de Socialismo Democrático que pretende abrir el camino a un gran Partido Socialista de Masas.

El ideal de un Brasil socialista deja de ser un sueño vago e impreciso para convertirse en un movimiento social y político de gran envergadura que ubicará a nuestro país en el escenario internacional con el peso correspondiente a sus riquezas naturales, a su población y a su origen cultural.

Las élites políticas y culturales brasileñas quisieron impedir, año tras año, la angustia de nuestro pueblo y de las clases trabajadoras con un programa, una estrategia y una táctica propias.

No obstante, el fracaso del régimen de excepción que estas élites impusieron sobre los brasileños a lo largo de 20 años de arbitrio, autoritarismo y represión, los desmoralizó como conductoras de nuestro pueblo.

El fin de la dictadura y la urgencia de una democracia aun incipiente pondrán a la orden del día la necesidad de una organización partidaria independiente del pueblo trabajador.

Esta organización no podrá tener por meta sino la conducción de un proceso de transición de Brasil a una nueva economía y sociedad justa igualitaria y fraterna.

Muchos libros, artículos, reflexiones, conferencias, debates y congresos tendrán que realizarse para esclarecer esta cuestión que ya se coloca en la orden del día para las grandes masas brasileñas.

Con este libro queremos concentrar en un texto simple y modesto los años de lucha, reflexión y estudio que dedicamos a este tema junto con otros compañeros brasileños, latinoamericanos y de otras partes del mundo.

Durante más de 30 años, desde nuestra adolescencia, identificamos nuestro destino personal con la causa del socialismo en Brasil y participamos de la elaboración del programa socialista de la Organización Política Obrera que marcó un período de la evolución de la izquierda brasileña.

Con nuestro exilio iniciado en 1966 continuamos la lucha por la redemocratización de Brasil y nos incorporamos al Partido Socialista Chileno para combatir al lado de Salvador Allende por nuestra causa común. En varios congresos, seminarios y sobre todo en mesas redondas sobre el socialismo en el mundo, que se realizan anualmente en Cavtat, desde 1975, con la presencia de intelectuales y políticos de todo el mundo y de las más diversas tendencias, continuamos debatiendo, estudiando y profundizando nuestra visión de lo que representa el socialismo en el mundo contemporáneo.

El dominio oligárquico y neocolonial sobre nuestros medios de comunicación alejan totalmente a nuestro pueblo de las grandes corrientes de pensamiento de nuestro tiempo. Nuestros intelectuales, con raras y brillantes excepciones, restringen su campo teórico e histórico a las versiones nuevas y parisinas del mundo contemporáneo.

Por lo tanto, el debate sobre el socialismo es algo aún muy incipiente en nuestro país. Pero la crítica profunda que cada brasileño realice, en el fondo de su mente y de su corazón, al modelo capitalista dependiente, concentrador y marginalizador en que nos encontramos deja siempre una cuestión en suspenso, ¿cómo superar esta situación?

Pues bien, el debate sobre el camino brasileño hacia el socialismo debe partir de esta cuestión básica; ¿es el socialismo la salida, la alternativa para este capitalismo dependiente?

Aquí se exponen algunas ideas sobre el tema para un inicio de conversación. Si hubiera una respuesta viva e interesada podríamos partir de nuevas cuestiones que seguramente afectan profundamente nuestras vidas, nuestras esperanzas y nuestras angustias.

Theotônio dos Santos. Río de Janeiro, 8 de enero de 1984.

PRIMERA PARTE

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

I. Estado liberal y estado democrático

El Estado moderno tiene su origen en la Edad Media, en torno a la nobleza, que abandonaba poco a poco su función exclusivamente restringida a la defensa de sus dominios feudales.

Las necesidades comerciales, el avance de los árabes perfeccionando los medios de comunicación, de Europa con el Mediterráneo y el camino de las indias, las luchas por la hegemonía política de Europa en manos del papado fueron obligando a los nobles a asociarse, uniendo sus ejércitos y buscando una forma de poder concentrada que defendiese sus posiciones con más eficiencia.

Este embrión de Estado se fue expandiendo a medida que los comerciantes europeos se vieron en la obligación de fortalecer a las familias reales para aumentar su poder en contraposición con la nobleza feudal.

Poco a poco, sometiendo a las familias reales a su control y estimulando la aventura expansionista de Portugal y España, consiguieron abrir enormes perspectivas para la expansión de sus riquezas a través del surgimiento de un mercado internacional y de un sistema productivo en las colonias que estimularan el desarrollo de las manufacturas y abrieran camino para el surgimiento e implantación posterior del modo de producción capitalista.

Ya en el siglo XVIII estaban creadas las bases del Estado absolutista. En él, la monarquía se convierte en el centro indiscutible del poder estatal. A través de ella, se mantiene el régimen servil y sobrevive la nobleza de la tierra, pero al mismo tiempo ella solo se mantiene sustentada por los prestamistas y por los comerciantes cada vez más ricos.

Esta contradicción llevó a muchos historiadores a la confusión sobre el carácter feudal o burgués del Estado absolutista. De hecho, el Estado absolutista era el último bastión de la dominación feudal, pero era necesariamente débil para impedir el avance burgués. Es esa dialéctica que explica la necesidad de mantener un movimiento revolucionario contra el absolutismo, al mismo tiempo que se encontraban varias formas de conciliación que tuvieron tanta mayor estabilidad mientras más débil era la burguesía nacional.

Como vimos, la expansión del comercio mundial, sobre todo con la apertura del camino marítimo hacia las Indias y el descubrimiento y colonización de las Américas, convirtió esa burguesía naciente en el embrión de la nueva clase dominante europea que con el desarrollo de sus manufacturas dio origen a la moderna industria y se apoyó del poder estatal a través de sucesivas ondas revolucionarias y procesos reformistas combinados entre sí: la revolución inglesa de 1640, la revolución francesa de 1789, la revolución americana de 1779, las revoluciones latinoamericanas y caribeñas de inicio del siglo XIX, las revoluciones europeas de 1832 y 1848.

Posteriormente al movimiento revolucionario de 1848, que terminó en composiciones políticas entre la burguesía y la monarquía, surgieron procesos reformistas nuevos, herederos de esas revoluciones, que adoptaban métodos completamente distintos.

Las transformaciones ocurrieron a partir del Estado. La burguesía utilizó su poder absoluto para implantar progresivamente la industrialización y la democracia. Este fue el caso del bismarckismo en Alemania, y buena parte fue el camino de las reformas de la dinastía Menji en Japón, así como las reformas zaristas en la segunda mitad del siglo XIX y en el comienzo del siglo XX. La timidez del reformismo zarista llevó, con todo, a las revoluciones de 1905 y 1917, que terminaron por iniciar un nuevo camino de transformaciones democráticas bajo la dirección de un Estado nuevo, de base proletaria.

No podemos olvidar, sin embargo, otros acontecimientos que forman el sustrato de la moderna sociedad burguesa: la revolución española de 1870, la guerra franco germánica de 1871 que dio origen a la Comuna de París, primera tentativa de Estado proletario en la historia, la guerra civil norteamericana de 1860-1865.

En el siglo XX, además de los acontecimientos que condujeron a la revolución rusa, debemos destacar la nueva onda de revoluciones democráticas, contemporáneas que se inicia con la revolución mexicana de 1910-1917, pasa por los acontecimientos revolucionarios en China, en Turquía y en muchas otras partes que llamamos hoy Tercer Mundo. En Europa central tenemos otra onda revolucionaria después de la Primera Guerra Mundial que instala regímenes liberales más o menos progresistas y más o menos estables.

Como vemos, el proceso de constitución del Estado liberal moderno y contemporáneo fue el resultado de una sucesión singular de acontecimientos violentos o pacíficos, de masas populares o de élites, conscientes o espontáneas. En el conjunto, sin embargo, se fue imponiendo el modo de vida capitalista, basado en el intercambio entre propietarios privados de los medios de producción y los propietarios de su fuerza de trabajo en la conducta "racional" guiada por objetivos explícitos de relaciones entre las personas, en la organización política de los ciudadanos responsables delante del Estado representativo y constitucional, en la ideología liberal que asegura al individuo el derecho de ser reconocido como unidad fundamental de la organización social, que considera el modo de vida liberal como la forma final y perfecta de convivencia humana.

Pero vimos también que este Estado liberal no logró consolidarse totalmente en toda la humanidad. En el siglo XX, la larga serie de revoluciones que se suceden son en general críticas del Estado liberal. Desde la revolución rusa de 1905 y la revolución mexicana de 1910 comienza el cuestionamiento de una sociedad organizada en torno a un individuo y se inicia el reconocimiento de las formas asociativas modernas, tales como los sindicatos, los partidos políticos, los monopolios, las empresas públicas, etc. El derecho del trabajo consagrado en los tratados de Versalles después de la Primera Guerra Mundial dio inicio a un derecho público contemporáneo que cuestiona progresivamente las bases del

Estado liberal puro, así como en la economía, la intervención creciente del Estado en las relaciones de trabajo y en la producción inaugura una nueva fase de capitalismo monopolista de Estado.

Las primeras tentativas de ideología burguesa de asimilar ofensivamente estas transformaciones van a dar origen al fascismo que surge en Italia en los años veinte y se expande a Alemania en la década del treinta, terminando por imponerse en casi todo el continente europeo por la fuerza de las tropas hitleristas o de guerras civiles violentas, como en España, o golpes de estado menos sangrientos como en Portugal.

En los años treinta y cuarenta, parecía que la única forma de Estado capitalista capaz de adaptarse a las transformaciones modernas era el fascismo, esto es: a un régimen contra-revolucionario del gran capital, con un Estado de excepción, violentamente represivo, particularmente en las organizaciones y asociaciones de la clase proletaria, organizado bajo la forma corporativa y apoyado en la movilización paramilitar de las masas pequeñoburguesas y del proletariado.

No obstante, la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética lideraran la resistencia armada al fascismo, mostró que sería imposible garantizar la sobrevivencia del capitalismo sin aceptar las nuevas realidades generadas por la gran concentración económica y la expansión mundial del capitalismo que ya se configuraba en el fin del siglo XIX.

Surge así un liberalismo moderno que acepta cada vez más las realidades ya señaladas.

En los países clásicamente liberales como Estados Unidos y Europa occidental se implantó un capitalismo monopolista de Estado, combinado con regímenes parlamentarios o presidenciales centralizados.

Con el fin de la Segunda Guerra llegaron al fin las precarias experiencias liberal-democráticas de los países de la Europa Oriental que se tornaron presa fácil del fascismo bajo la ocupación alemana y que iniciaron un complejo proceso de reestructuración estatal social luego de su liberación, consecuente a la ocupación soviética.

En los países coloniales, se desencadenó una sucesión de movimientos de liberación nacional, guerras civiles y procesos revolucionarios que implantarían regímenes de capitalismo de Estado o nuevas formaciones socialistas.

En otros casos, gobiernos progresistas fueron derrumbados por golpes de estado, que representaban la reacción de las fuerzas pre-capitalistas. Pero, con el tiempo, esos golpes expresaron el sentido autoritario de la implantación de un capitalismo dependiente, concentrado y excluyente tal cual vimos en la primera parte de este libro, al analizar el caso de Brasil.

Muchos autores pretenden juzgar la realidad concreta de nuestros días a partir de conceptos abstractos y formales sobre las características ideales de las relaciones entre los individuos o entre las clases, grupos e instituciones sociales.

Muchos de ellos pretenden reeditar los principios completos de organización social que resultaron de los complejos procesos históricos como lo que dio origen a los actuales sistemas políticos existentes en Europa.

No obstante, el camino europeo para el capitalismo no se repitió en ninguna otra parte del mundo. La inmensa y poblada Rusia, Europa central, China, India, Turquía, Irak y otras naciones del mundo árabe, África y Asia del sur y en buena parte de América Latina y el Caribe no consiguieron establecer la sociedad moderna por la vía europea, norteamericana y australiana que terminó siendo una excepción en la historia contemporánea.

Estas experiencias atípicas no pueden ser vistas solamente con los ojos de sus conquistas democráticas, pues fueron estos países los responsables de regímenes derechistas, dictadores, monarquías y finalmente por el nazifascismo; por las inmensas guerras nacionales de los siglos XVIII y XIX y por las trágicas guerras mundiales del siglo XX; así como por las sanguinarias guerras coloniales de los siglos XIX y sus versiones desesperadas del siglo XX cuando fueron al final derrotados por los movimientos de liberación nacional.

Es siempre necesario templar con la historia las fantasías conceptuales de muchos intelectuales.

Si el proceso de implantación del Estado democrático-liberal capitalista demoró por lo menos tres siglos sin que hubiera alcanzado nunca el ideal liberal que lo inspiró, esto no es razón para negar el movimiento histórico concreto de su implantación.

Quien no entienda los principios del liberalismo no podrá entender tampoco lo que ocurrió en el mundo de los últimos tres siglos, ni prever medianamente la dirección de los acontecimientos históricos.

Desde 1871, con la Comuna de París, después de 1917 con el surgimiento de los consejos (soviéticos) en la Rusia revolucionaria y la consolidación de un nuevo tipo de Estado en ellos fundado, con el surgimiento de los conceptos populares que dieron origen al Estado yugoslavo actual, con la difícil implantación de las bases campesinas en que se apoyó el Ejército Rojo de China, dando origen a un nuevo Estado, con las muchas y diversas experiencias concretas que fueron asumiendo los procesos revolucionarios contemporáneos, podemos afirmar claramente que surgió un nuevo tipo de Estado en la historia que fundamenta su poder en la organización activa del pueblo y no en la visión de una ciudadanía pasiva que extingue su papel al votar por sus representantes en el poder.

La instauración de este nuevo principio de organización estatal en la historia es un proceso complejo y singular como lo fue la implantación del Estado liberal. Sus primeras formas asumen un carácter radical y a veces hasta brutal como lo fueron las revoluciones inglesa y francesa. Pero en la medida en que evalúen las condiciones objetivas para la implantación de ese nuevo régimen se van encontrando formas más civilizadas y libertadoras para su desarrollo y nuevas formas de Estado van surgiendo como resultado de la expansión universal de ese nuevo modo de producción.

El capitalismo y la democracia burguesa comienzan a revelar desde 1914-1917 el agotamiento de sus tareas progresistas, recorriendo cada vez más las fórmulas contrarrevolucionarias de tipo fascista. Como vimos, esto ocurrió en Europa entre 1920 y 1945. En la década del sesenta, renacieron formas fascistas en los países dependientes, bajo la fuerte dirección militar, que a pesar de encontrarse en decadencia, no pudieron excluirse de las tendencias futuras del capitalismo.

II. Estado y democracia en Brasil

Brasil ha intentado desesperadamente resolver sus problemas socioeconómicos ya sea por caminos formalmente liberales como los que prevalecieron en el país entre 1945 y 1964, ya sea por varias experiencias de

regímenes conservadores como el Imperio, con sus muchas variaciones de una monarquía constitucional, la República oligárquica y restringidamente representativa de 1889 a 1930 o las indecisiones de la revolución del 30 que terminaron en la fórmula corporativa de 1937-1945.

Es necesario recordar que ni el período liberal más avanzado que tuvimos, de 1945 a 1964, se caracterizó por una representatividad y libertad total de la sociedad civil. En él no votaron las inmensas masas de analfabetos, se excluían los indígenas y se impedía la representación de fuerzas políticas significativas del país como el partido comunista.

Es pues un hecho que la democracia en Brasil es un ideal en desarrollo, pero aún lejos de ser alcanzado.

El régimen militar establecido en 1964, como resultado de un golpe de Estado que después reestableció el poder constitucional, dictó actos institucionales que suspendieron la aplicación de la Constitución de 1945 y posteriormente la sustituyó por una nueva Constitución autoritaria en 1967.

Enseguida, suspendió la vigencia de su propia Constitución a través del Acto Institucional N° 5, en 1968.

Solamente en 1978 se revocaron las disposiciones dictatoriales de 1968, sustituyendo el Acto Constitucional N° 5 por la incorporación en la Constitución de varios elementos autoritarios y por la creación de una legislación complementaria de seguridad nacional, de reglamentación de la huelga, de limitación de la vida sindical, electoral y partidaria que restringen enormemente el ejercicio democrático en el país.

Al tomar esas medidas, el movimiento de 1964 pretendió, en cierto momento, particularmente entre 1968 y el inicio de la apertura política, en 1974, imponer al país un régimen político permanente de excepción que despreciaba las instituciones liberales formales para dar al presidente el poder discrecional de un jefe fascista.

En este mismo período, se intentó crear un clima de movilización nacional basado en el “eslogan” de Brasil Gran Potencia, que encontraba su respaldo en el llamado milagro económico que no era más que una corta recuperación, después de varios años de recesión.

En 1974, se iniciaron los signos que conducirían en seguida a la mayor crisis de nuestra historia. Sin embargo, las bases del fascismo eran

débiles. Los grandes capitalistas internacionales y nacionales que apoyaron esas medidas de excepción llegaron a la conclusión de la inutilidad y del anacronismo histórico de este fascismo dependiente y comenzaron a temer las medidas estatistas y nacionalistas de la derecha militar. Iniciaron en consecuencia un proceso de apertura política que buscó aliar a los militares del poder y asegurar la estabilidad a través de un régimen conservador, con libertades políticas limitadas.

Sin embargo, cada vez que se llamaba a una consulta popular, se producían inequívocas manifestaciones contrarias a las limitaciones que inspiraron originalmente el proyecto de descompresión controlada. Esto llevó al régimen a dictar medidas de excepción después de las elecciones de 1974, 1976 y 1978. Estas medidas buscaban impedir la victoria política de la oposición, a pesar de su carácter moderado. Aumentaba, mientras tanto, la presión interna a través del Movimiento por la Amnistía y otras fuerzas populares y democráticas. En el exterior, un vasto movimiento de masas y opinión pública presionaba sus respectivos gobiernos para exigir la democratización de Brasil, amenazando incluso los convenios y negocios brasileños en el exterior. En una situación económica cada vez más difícil y presionando interna y externamente, el régimen inició en 1978 una nueva etapa en la apertura política con la extinción del Acto Institucional N° 5 en 1978, la concesión de la amnistía y el permiso para la reorganización de los partidos políticos en 1979.

Como resultado de esas medidas se abrió la discusión política en el país, dominada casi exclusivamente por un encuentro entre un gobierno conservador autoritario y una oposición liberal predominantemente conservadora.

El surgimiento de nuevos partidos con el objetivo de representar los sectores asalariados, los pequeños y medios propietarios y las amplias masas marginalizadas comienzan a introducir una nueva dimensión en el proceso de liberalización política.

Estas fuerzas no aspiran solamente a una liberalización dentro de moldes económicos y sociales conservadores. Estas pretenden llevar el proceso de democratización a sus últimas consecuencias y abrir camino para la efectiva participación de las fuerzas populares en el poder.

Se retoma el debate histórico que buscaba establecer en el país un estado de contenido popular y participativo, donde la administración no sea solamente de intocables representantes del pueblo que se convierten en profesionales políticos sin ninguna responsabilidad delante de su electorado.

El tipo de Estado por el cual aspiran esas fuerzas es esencialmente participativo. Este debe estar bajo constante vigilancia de las organizaciones populares, sean ellas de barrio, municipales o estatales, sean sindicales o profesionales, de partido o partidos de base social popular.

Esta vigilancia debe tener formas concretas de intervención sobre el gobierno y los propios aparatos de Estado para permitir la destitución de funcionarios y representantes irresponsables y corruptos y su sustitución a través de procesos democráticos.

Más que una vigilancia, los sectores populares necesitan de una participación real en el planteamiento de la política estatal. Ellos deben, por lo tanto, tener una presencia efectiva en todos los órganos de producción de bienes y servicios, sobre todo en aquellos sectores de mayor interés público.

La participación debe comenzar por el local de trabajo donde los trabajadores deberán poseer comités de empresa que aseguren la filiación y actividad física y la actividad sindical y la participación en la gestión de las empresas, inclusive en la propiedad de las mismas cuando sean privadas o en la repartición y uso de los beneficios cuando sean estatales o cooperativas.

La participación debe continuar en la planificación de los ramos o sectores de la economía donde los sindicatos y federaciones de trabajadores u otras formas de representación del trabajo deben tener un papel muy sólido y efectivo exigiendo que los planos de producción sean ampliamente discutidos en todas las empresas del ramo o sectores.

La participación es también decisiva en la comunidad. Ya sea a través de las asociaciones de vecinos que organizan gran parte de la vida del barrio asumiendo progresivamente un papel de colaborador del Estado para la ejecución de programas y para el planeamiento de los mismos.

Al mismo tiempo, cabe a los usuarios participar de los órganos del servicio público, particularmente la red educacional y hospitalaria, donde la ayuda de la población es extremadamente necesaria.

De esta manera, la cúspide del Estado a través de los ministerios y secretarías sería solamente una instancia coordinadora final de las innumerables redes de centros de decisión, planificación, gestión y ejecución existentes en punto menor en todos los poros de la organización social global.

Se habla mucho de la descentralización del poder, como respuesta a los años de centralización que vivimos bajo el autoritarismo. Pero esta descentralización no se puede dar solamente en el plano de un aparato estatal profesional totalmente separado de la sociedad civil que lo financia y que lo utiliza. Esta debe llegar al nivel de establecer una relación profunda de poder con los órganos de representación de la comunidad que deberán disponer de una participación efectiva en el aparato estatal.

Si así no fuera, la descentralización no asumiría un carácter efectivamente democrático, siendo simplemente una reformulación administrativa de la burocracia estatal. La organización, movilización y concientización de la sociedad civil para que esta pueda convertirse en un efectivo soporte del Estado es tarea fundamentalmente de los partidos políticos, particularmente aquellos que buscan representar los sectores populares.

Llegamos así al centro, al núcleo mismo de la cuestión democrática. En el capítulo siguiente pretendemos profundizar la discusión del concepto de democracia, separando la democracia liberal de la popular y socialista. Para captar bien esta diferencia, es necesario poder entender las nociones desarrolladas en este capítulo sobre el Estado moderno.

Vimos en primer lugar que el Estado moderno surge dentro de la sociedad feudal como un instrumento de asociación de la nobleza amenazada por los comerciantes moros desde el exterior y por el campesinado en rebelión en su interior. Vimos, en seguida cómo ese embrión de poder centralizado se va concentrando en las manos de la familia real, con el apoyo de los financistas y comerciantes hasta generar el estado absolutista.

Fortalecidos por el comercio mundial y el desarrollo de las manufacturas y de las fábricas modernas que implantan el modo de producción capitalista, los capitalistas apoyan el movimiento democrático contra el Estado absolutista, primero en sus formas revolucionarias y

posteriormente en sus formas reformistas. No obstante, la expansión de la revolución burguesa y democrática asume formas nuevas en el resto del mundo, en la medida en que se implanta la nueva economía internacional imperialista, establecida como consecuencia de la expansión del capitalismo industrial a nivel internacional.

La lucha por el dominio de las colonias lleva al enfrentamiento brutal entre las potencias imperialistas y a aquellas que llegaron después de 1860 hasta 1900. En esta competencia son obligadas a recurrir a la fuerza para imponer sus objetivos expansionistas llevando a la Primera y a la Segunda Guerras Mundiales. De esta forma, el estado liberal es afectado por las luchas entre las potencias capitalistas por un lado y por otro por las luchas entre la clase capitalista con sus principios económicos y la nueva clase proletaria en ascenso que reivindica nuevas formas de organización económica y social. Al mismo tiempo, el triunfo de la primera revolución socialista en 1917 y la profundidad de la crisis económica general obligan al Estado burgués –antes de consolidar su forma liberal pura– a aceptar nuevos principios de carácter intervencionista en el plano económico y social.

De esta forma el Estado liberal sufre transformaciones que lo desvían de su forma clásica y el capitalismo llega a aventurarse en las décadas de los veinte y treinta a apoyar un tipo de Estado corporativo, movilizador y abiertamente represivo y terrorista que fue el fascismo. El fracaso del fascismo en la Segunda Guerra Mundial abre camino para nuevas fórmulas neoliberales que se basan en un capitalismo monopolista de Estado. Estas formas continúan vigentes en los países capitalistas desarrollados hasta nuestros días, cuando una nueva crisis de largo plazo exige nuevas fases de intervención estatal.

En el mundo colonial, semicolonial y dependiente, la lucha por la implantación del Estado moderno asume un carácter distinto dando origen a formas sociales propias, donde la centralización política es el arma principal de una burguesía naciente contra el localismo de las aristocracias rurales y la potencia de las fuerzas imperialistas internacionales.

En este contexto, la lucha contra las oligarquías rurales y las fuerzas internacionales asume muchas veces y de manera creciente el carácter de un fuerte capitalismo de Estado. En la búsqueda de bases

de sustento para este capitalismo de Estado las fuerzas estatales encuentran en general el apoyo sobretodo del movimiento popular y de las clases medias más progresistas abriéndose camino a las fórmulas socialistas nuevas.

De esta forma la propia evolución de la sociedad moderna va exigiendo formas nuevas y originales de soluciones estatales. La experiencia europea convertida por muchos teóricos en una forma ideal pura se va constituyendo en una experiencia específica, diferenciada de las nuevas formas de Estado que nacen de una etapa superior de la vida económica de la humanidad.

El socialismo aparece en este contexto como una tentativa de organización del Estado bajo control de organizaciones proletarias campesinas u otras formas de poder popular que van diferenciándose en distintas experiencias históricas según las especificidades de la estructura social de cada país que se van incorporando al proceso mundial de creación de una nueva sociedad y un nuevo tipo de Estado.

En el caso de Brasil, la experiencia aún precaria de las fuerzas populares no les permitió formar un Estado democrático moderno más que por un corto período y con muchas limitaciones que ya señalamos, entre 1945 y 1964. El movimiento de marzo de 1964 instauró un régimen de excepción que fue siendo obligado a realizar concesiones a partir de 1974 en un proceso de apertura liberal que pretendía limitarse a la concesión de un espacio democrático restringido. Sin embargo, la presión de las fuerzas populares y democráticas en ascenso viene obligando al régimen a concesiones crecientes en el camino de una transición democrática efectiva.

En este proceso de transición comienzan a manifestarse las fuerzas populares hasta entonces sin voz exigiendo una democracia más profunda en la cual el poder estatal está sometido al control de las organizaciones populares que están en fase de desarrollo y que se fortalecen con el aumento de las condiciones democráticas del país.

Esta aspiración por un Estado de carácter participativo permea el conjunto de la sociedad de las actividades económicas y políticas. De esta manera, se coloca la cuestión de un nuevo tipo de Estado que pueda servir de fundamento a una transformación democrática más profunda.

Este Estado participativo y bajo el dominio de las fuerzas populares no es sino una forma de transición hacia un Estado socialista, un Estado de Democracia Popular o más específicamente proletaria, en la medida en que el proletario tenderá a convertirse, bajo un régimen de producción desarrollado que se instalará como el socialismo, en la mayoría incontestable de ese pueblo.

Vemos así que nuestro discurso se va completando. La cuestión del socialismo surgió, en la primera parte de este trabajo, como la forma de resolución de los bloques impuestos por el desarrollo capitalista dependiente a las necesidades sociales de las mayorías del país, a la justicia social y a la soberanía nacional. Vimos ahora que el Estado capitalista, en estas condiciones de subdesarrollo y dependencia, se muestra también limitado e incapaz de dar una solución democrática para las amplias mayorías nacionales y permitir su plena participación en el poder.

De esta forma el socialismo aparece otra vez como una necesidad práctica para resolver los grandes sueños de participación política de nuestro pueblo.

Y se coloca nuevamente y con pleno vigor la cuestión democrática que está en el centro mismo del actual proceso político nacional.

III. Democracia liberal y democracia popular

La democracia es el gobierno del gobierno para el pueblo. La idea de democracia está asociada a la lucha de los ciudadanos griegos para participar del Estado hasta entonces reservado solamente a la nobleza. La democracia es por principio republicana y no puede admitir el derecho divino de los reyes u otras teorías que hagan derivar el poder de otra fuente que no sea el pueblo.

Pero el pueblo para los griegos y romanos no incorporaba los esclavos que estaban excluidos de la ciudadanía. Luego, la democracia grecorromana era un régimen político esclavista que no podría ser tolerado en el mundo moderno. Muchas normas de la democracia inglesa encontraron sus orígenes en las costumbres parlamentarias feudales de los cuales se excluían los burgueses y los siervos.

La idea de democracia fue por lo tanto compatible con formas de dominación de clase que hoy nos parecen totalmente contrarias a este ideal. Tuvimos la democracia de los nobles y los plebeyos sometiendo a los esclavos, hubo una democracia de los nobles, sometiendo a los burgueses y siervos. Fue solamente con el advenimiento de la revolución burguesa, cuando comenzaran a imponerse universalmente los ideales de la revolución francesa, que la noción de democracia se identificó con la de trabajo libre y de la ciudadanía universal.

La campaña por el voto universal solo consiguió sus primeras victorias permanentes en la Inglaterra de mediados de siglo XIX y solo se implantó aun con restricciones al voto femenino, en Europa occidental en el comienzo del siglo XX. En Europa central y oriental el voto universal continuó siendo una aspiración hasta el siglo XX. Y se sabía que el voto universal no fue nunca conquista exclusiva de la burguesía, a pesar de sus declaraciones revolucionarias. Fueron un movimiento democrático radical, igualitario y de base sobre todo proletaria, y el socialismo emergente en Europa y en Estados Unidos las fuerzas que desencadenaron una lucha sistemática y profunda por el voto universal, hoy considerado como una condición necesaria de una democracia moderna.

Las conquistas democráticas de las repúblicas capitalistas modernas son, por lo tanto, en gran parte, una conquista del movimiento obrero, socialista y posteriormente también comunista. Esto no retira el carácter de clase de esas democracias, pues ellas reproducen, en la práctica, y justifican, jurídica y teóricamente, la manutención de las relaciones de producción asalariadas basadas en la propiedad privada de los medios de producción, por un lado, y en la venta libre de la fuerza de trabajo por otro.

Esto no significa, sin embargo, que el movimiento obrero esté interesado en destruir las conquistas que realizó dentro del modo de producción capitalista.

Al contrario, los hechos demostraron que el movimiento obrero, donde alcanzó significativas conquistas democráticas como el voto universal, no pretende desprenderse de ellas y sin profundizarlas y tomarlas como punto de partida para la construcción de una verdadera democracia proletaria y popular.

En este punto estamos entrando en el núcleo del debate ideológico contemporáneo. La nobleza europea usó durante años las violencias cometidas por las masas en las revoluciones inglesa y francesa y en las luchas de liberación colonial en el Caribe y en América Latina para demostrar la inviabilidad de la democracia liberal burguesa. Este fantasma llevó incluso al retiro ideológico y a la conciliación de amplios sectores demócratas.

Hoy en día, la burguesía usa también los ejemplos de violencia revolucionaria de masas y el uso excesivo de la fuerza en los primeros regímenes socialistas para denunciar la inviabilidad de la democracia proletaria y para aterrorizar y desmovilizar muchas corrientes socialistas.

Toda forma social nueva se impone a través de una lucha encarnizada contra las antiguas formas de poder. La brutalidad del poder ya constituido es en general ocultada por su legitimidad, otorgada por el orden social y jurídico existente. La violencia que sustenta el orden existente es cotidiana y legal. La violencia de las fuerzas emergentes, por más que sean una reacción a esta violencia legal, aparecerá siempre como subversiva e ilegítima ante los poderes constituidos.

Cuando el nuevo orden social se impone, esta tiene que defender sus principios a través de la organización legal o estatal de la violencia. Las clases por ellas desalojadas del poder no aceptarán, sin embargo, la legalidad de ese nuevo orden y verán siempre esta violencia como un acto indiscriminado de ejercicio de poder.

Como los regímenes nuevos, nacidos de procesos revolucionarios, sufren constantes ataques de los restantes nacionales, o externos de las fuerzas prerrevolucionarias, persisten en ellos fuertes tendencias al autoritarismo, ya sea para preservar las conquistas revolucionarias, ya sea contradictoria pero necesariamente, para pactar con los residuos de las fuerzas contrarrevolucionarias que solo desaparecen a través de un largo proceso de reformas controladas desde arriba por el poder revolucionario.

De esta forma la cuestión de la democracia se torna extremadamente confusa para aquellos que no logran situarla en una dimensión histórica. ¿Cuánto deben las civilizadas normas de la democracia liberal moderna al terror ejercido por los puritanos ingleses, a las acciones

hoy condenadas de los jacobinos de la revolución francesa, a la destrucción autoritaria de las noblezas europeas por el “emperador” burgués Napoleón Bonaparte, a las conspiraciones de un Blanqui, a las guerras civiles italianas, españolas, etcétera?

No obstante, la necesidad de procesos revolucionarios y el uso de la violencia por las clases que están emergiendo en la historia, van disminuyendo a medida que sus revoluciones van triunfando y que la clase dominante antigua va aceptando más pacíficamente la pérdida histórica de sus privilegios. Además, el avance del poder real de las clases emergentes dentro de la antigua estructura económica va desarticulando el poder de represión de las clases dominantes y aumentando la capacidad de autonomía y la fuerza articuladora de las clases revolucionarias.

Es pues evidente que, en la medida en que avanza la fuerza de las clases emergentes, aumenta también el papel de las prácticas democráticas y su enraizamiento histórico en la acción política de la próxima clase dominante. Aumenta también su tolerancia para con las fuerzas no revolucionarias y su poder de cooptación de esas fuerzas para impedir que se conviertan en antirrevolucionarias.

Estas reflexiones son muy importantes para comprender el papel de las instituciones democráticas en la transición hacia una sociedad socialista en escala internacional en la actual fase de la historia de la humanidad.

El ejemplo de la revolución rusa hizo soñar a la mente de muchos sectores socialistas, positiva o negativamente. La revolución rusa tiene un papel para la revolución socialista similar al de la revolución francesa para la implantación de la democracia liberal. Funcionó como un paradigma, resultado de su radicalidad y su inmensa dimensión histórica como el primer caso de revolución socialista victoriosa. Muchos autores quisieran ver en estos procesos una especie de modelo que tendrían que seguir necesariamente los procesos revolucionarios ulteriores.

La práctica histórica demostró, sin embargo, que no fue así. Cada proceso revolucionario siguió una dinámica distinta. Es pues necesario aceptar que donde las instituciones democráticas liberales llegaron a enraizarse como resultado sobre todo de la presión y de las luchas del movimiento obrero, no se puede esperar que la transición para el socialismo abandone esta tradición histórica.

Por otro lado, no se puede pedir a regiones donde esta tradición nunca se implantó y que se encaminaron directamente de formas pre-democráticas a la vía socialista, que desenvuelvan formas similares a las instituciones liberales bajo pena de condenarlas al limbo de las sociedades no democráticas. Esto no pasa de un europeo centrismo que pretende erigir una idealización de la experiencia institucional europea contemporánea en patrón de civilización para el resto del mundo.

Brasil tiene 164 años de experiencia estatal autóctona donde se buscó imitar las formas europeas o norteamericanas adaptándolas a las condiciones locales.

Todas ellas fueron dominadas por fuertes intereses oligárquicos, excepto, en parte, el período de 1945, 1964 cuando el movimiento popular pudo irrumpir progresivamente dentro del Estado y crear importantes momentos de vida democrática, tal como ocurrió, por ejemplo, entre 1961 y 1964.

Con todo, la tradición oligárquica brasileña considera este período como el auge de la anarquía en el país. Pues para la clase dominante la emergencia de las fuerzas populares como fuerzas activas en la vida estatal y pública solo puede ser considerada una anarquía.

Su régimen ideal son los corredores vacíos de la tecnocracia, de la decisión "racional", en la cual se liquidan y se condenan a la miseria las grandes masas de forma aséptica, sin protesta y sin reacción de los afectados.

Democracia para el pueblo es anarquía para los exploradores del pueblo. Las huelgas donde las masas demuestran su fuerza, las marchas donde desarrollan su espíritu creador, los comicios donde dialogan con sus líderes, todas estas formas democráticas de masa son consideradas por principio anarquía por la clase dominante. Ella no puede percibir la articulación y la estructura de acción que comanda y moviliza esas manifestaciones del pueblo, viendo en las formas amorfas, irracionales que le provocan inmenso terror.

Por eso, en el Brasil de hoy, se va separando la noción abstracta y formalista de los liberales, que quieren una democracia sin el pueblo organizado y actuante, y los demócratas que ven en esa actuación y manifestación organizada del pueblo la esencia misma del proceso democrático.

Los socialistas, hijos de la democracia en sus formas más avanzadas, están y estarán siempre al frente de esas luchas.

Pero la noción de democracia se hace aun más perturbadora para el pensamiento liberal cuando esta denuncia los límites del concepto formalista de democracia. El gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo no puede reducirse a los derechos de voto, libre expresión y otras conquistas individuales. Este tiene que ir al contenido mismo de esa noción.

Para que el pueblo gobierne, tiene que disponer de los medios materiales y educacionales que le permitan ejercer de hecho su soberanía sobre el Estado y el gobierno.

Y para poder participar efectivamente del poder, necesita de las medidas económicas, sociales y políticas que le garanticen un uso extensivo e intensivo de todas sus potencialidades como individuos.

La democracia no puede ser pues, solamente poética. Tiene que ser económica, social y cultural para garantizar su eficacia real y no restringirse a un plano puramente formal. Especialmente en países como los nuestros que, como vimos, tienen a imitar instituciones de los países dominantes por alienación cultural.

Y cuando llegamos al plano amplio en que se debe desarrollar la noción de democracia para que deje de ser un juego de formas institucionales, podemos entender también la necesidad de ligar en nuestros países el concepto de democracia a la participación política del pueblo organizado y a su capacidad de sobreponerse al peso de los monopolios y de las oligarquías para canalizar una verdadera y práctica democrática.

Es pues parte integrante del concepto concreto de democracia la idea de participación organizada de las masas junto al poder estatal y en el gobierno nacional, estatal y municipal.

Para que esta participación no sea un fraude, es necesario introducir el principio de revocabilidad en la representación parlamentaria. Las organizaciones de los electores tienen que poseer el derecho de sustituir—revocando su mandato— al diputado que no estuviera representando correctamente sus intereses.

Por otro lado, la función parlamentaria tiene que ser más amplia, incluyendo sus responsabilidades junto a los poderes ejecutivos de las

regiones que los eligieran. Fuera de los períodos de reunión parlamentaria –que deben ser breves y objetivos– los diputados deben ejercer actividades ejecutivas junto a las organizaciones populares de las regiones que los eligieron; sometiéndose a su control y recibiendo información constante sobre sus problemas.

De esta manera, la implantación de una democracia popular que se dirige a un régimen socialista exige una reforma profunda de la vida parlamentaria.

Pero no se termina ahí su acción renovadora del Estado. El ejecutivo, ya sea en el área nacional, estatal o municipal, debe responder más directamente al control del parlamento y de las organizaciones populares.

Cuando el ejecutivo o el parlamento promueven o sugiere una legislación tendrá que oír las fuerzas sociales en ella envueltas.

Cuando el ejecutivo parte para la acción, tendrá que contar sistemáticamente con esas fuerzas para disminuir sus costos, aumentar su eficiencia y vincularse más directamente con la sociedad civil.

Sin querer eliminar los técnicos y profesionales del Estado, es necesario disminuir al máximo la burocracia estatal que distancia el Estado del pueblo apoyándose en él para realizar su gestión. Solamente así podemos hablar realmente de democracia participativa.

Lo mismo debe ocurrir con la acción de Estado en el plano económico-social que debe realizarse a través de la planificación.

Esta, con todo, tiene que hacerse a partir de la experiencia concreta de las unidades de producción. Los organismos de planificación deben coordinar esas experiencias e integrarlas en los principios generales del gobierno que representa el conjunto de la nación.

El concepto de democracia no se limita pues a las libertades democráticas que representan un derecho cada vez más reconocido de los ciudadanos.

Hoy nos referimos a los derechos humanos en un sentido amplio: los derechos personales de libre expresión, traslado y defensa, pero también los derechos al trabajo, la alimentación, la salud, la educación y la vivienda en condiciones dignas, el derecho de asociación, de información, el derecho a sus creencias, a la cultura autóctona, la identidad lingüística nacional, etc. El concepto de democracia se aproxima así

cada vez más a la consciencia del carácter eminentemente social del individuo. Ya no concebimos más aquella idea del liberalismo clásico como el individuo posesivo en relación directa y abstracta con los otros individuos.

El derecho moderno reconoce la existencia de los pueblos, de las clases, de los grupos sociales, de las naciones, de las unidades culturales. Y ve en el individuo una síntesis única de esas realidades complejas.

Lo que defendemos como socialistas –que cada vez más encarnan el derecho y los ideales contemporáneos– es pues el individuo concreto con sus complejas relaciones sociales.

No nos interesa defender al individuo capitalista con sus derechos a la conquista de la riqueza a costa de la explotación y dominación de la mayoría abrumadora de los otros individuos desposeídos y sin derecho de defenderse.

El liberalismo burgués que asocia las libertades democráticas a la libre propiedad y al individualismo posesivo está hoy históricamente superado por un nuevo derecho y una nueva filosofía inspirados por el movimiento socialista mundial.

Hoy, en Brasil, aquellos que apoyaron, armaron y sustentaron la dictadura militar -los grandes capitalistas nacionales y extranjeros- quieren reivindicar una democracia liberal donde el derecho de propiedad se coloca por encima de los derechos humanos. Ellos buscan presentarse como los “campeones” de la democracia para intentar identificar democracia y libre empresa.

Este debate entre la democracia verdadera y el formalismo democrático liberal está apenas comenzando en el Brasil de la apertura. La lucha política y la lucha ideológica se desarrollarán en nuevos debates y nuevos enfrentamientos. La bandera de la democracia pertenece al pueblo. El gobierno del pueblo no podrá dejarse reducir por las artimañas ideológicas y jurídicas de una oligarquía de grandes capitalistas que recurrieron a la dictadura sanguinaria cuando les fue útil y que quieren manipular los sentimientos democráticos del pueblo brasileño que tanto sufrió con el reino desenfrenado del gran capital.

IV. ¿Cómo se implantará el socialismo en Brasil?

Cuando hablamos de la experiencia histórica del socialismo debemos distinguir dos tipos de fenómenos: a) la instauración de Estados y regímenes socioeconómicos socialistas, que se basan en la propiedad colectiva de los medios de producción (aunque combinada con otras formas de propiedad necesariamente minoritarias) y en la economía planificada –aun cuando sobrevivan relaciones mercantes en muchos sectores de la economía–; b) la creación de gobiernos socialistas que, sin modificar el carácter del Estado y de la economía capitalista, imponen normas de política económica y de convivencia sociopolítica más avanzadas.

De hecho, la historia moderna conoce fenómenos de gobiernos socialistas (si bien la mayor parte de las veces en coalición con otras fuerzas políticas) desde el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando llegaron al gobierno los partidos socialdemócratas europeos, en Alemania, en Austria y en Inglaterra. En la década del treinta, se formaron gobiernos con participación socialista en España y en Francia e incluso en Chile, con el Frente Popular.

Estos gobiernos fueron depuestos del poder de manera legal o violenta. Después de la Segunda Guerra Mundial se formaron nuevamente gobiernos con participación socialista en Francia y en Italia (en estos casos con la participación incluso de los comunistas) y otros países. Otra vez, una onda de conservadurismo, asociada a la Guerra Fría y a la consolidación del capitalismo monopolista de Estado de la posguerra, provocó la caída de esos gobiernos. Ninguno de estos gobiernos socialistas pretendía modificar el carácter de la economía y del Estado para implantar de inmediato un régimen socialista sus programas de gobierno se limitaban a objetivos democráticos y sociales dentro del capitalismo.

Pero fue en 1973, en el Chile de Salvador Allende que se formó por primera vez un gobierno bajo la hegemonía socialista que pretendía implantar de forma democrática las relaciones de producción socialistas. En todos los casos anteriores, los socialistas se contentaban con apoyar objetivos liberales y realizar reformas liberales. A pesar de la derrota de la experiencia chilena por la fuerza militar, en la década del ochenta, resurge el ideal de una vía socialista pacífica en Francia, en Grecia y en

parte de Suecia.¹ En estos países, los socialistas llegan al gobierno como mayoría y con el objetivo declarado de iniciar un proceso de transición para implementar una economía, una sociedad, un Estado y una cultura socialistas. Esta es una experiencia única en la historia después de que el proceso chileno fuera ahogado por las botas de la reacción golpista y fascista.

El desafío de una transición democrática hacia el socialismo solo surgió como práctica política en nuestros tiempos porque es un resultado histórico de la evolución del movimiento socialista mundial. Por un lado, se reconoce la fuerza creciente de los países ya socialistas, pero, por otro, se detectan las limitaciones de la experiencia socialista debido al atraso económico de que partirían estos países y a causa de los desgastes inevitables de las guerras civiles y del enfrentamiento permanente y sistemático con el sistema mundial imperialista. Se desarrolló a nivel mundial una percepción creciente de la necesidad de iniciar experiencias socialistas que no tenían que pasar por esas limitaciones, que fueron necesarias en otros períodos históricos pero que se hacen en nuestros días cada vez menos obligatorios, debido a la acentuación de la crisis del capitalismo, al fortalecimiento de los movimientos obreros y de liberación nacional, y, como vimos, del campo socialista.

La idea de una democracia socialista donde los aspectos democráticos sean más claramente resaltados y donde no sea necesario imponer de forma violenta las transformaciones sociales que permitirán avanzar a una transición al socialismo se viene cristalizando cada vez más nítidamente en la conciencia de los pueblos.

Tal vez sea una pretensión vana de los trabajadores brasileños intentar alcanzar formas de convivencia humana y resultados prácticos más avanzados de lo que sus predecesores históricos tanto lucharon y tanto sufrieron para crear las cualidades socialistas actuales, aunque no pudiesen darles la forma pura que les gustaría. Pero es una pretensión nacida y fundada en la evolución histórica. Se basa en la idea de que

1. En España, Portugal, Austria y otros países, donde existen o existieron (como en Alemania) gobiernos de orientación socialista, no se pretende programáticamente implantar un régimen económico-social de carácter socialista. Partidos como el laborista inglés incorporaron en su programa el objetivo socialista, pero no se encontraron en el poder después de esa decisión.

el socialismo en el mundo es una fuerza ya tan poderosa que las clases dominantes actuales no podrían oponerse a ella por la violencia. De esa forma se dispensaron las nuevas transformaciones revolucionarias de recurrir a formas de violencia para implantar su Estado democrático.

Se trata, por lo tanto, de la creación de una oportunidad histórica que ahorrará enormes sufrimientos a la humanidad y que deberá ser explorada hasta sus últimas consecuencias.

El ritmo de la revolución es dado por la contrarrevolución. El recurso de la violencia institucional por parte de las clases dominantes brasileñas en 1964 creó un callejón sin salida en el país que perduró hasta 1973, cuando el peligro de un enfrentamiento armado de grandes proporciones estaba latente. A partir de ese año, a través de la “apertura política”, se fueron creando los mecanismos de una participación democrática de las fuerzas populares. Mecanismos que no llegaron aún a crear un Estado de derecho y democrático pero que ya abrieron espacios enormes de organización y libre manifestación de pensamiento.

En las condiciones democráticas que se vienen creando es cada vez más posible pensar en la organización legal de un amplio movimiento socialista que por cierto ya existe de facto y que tiene en el Partido Democrático Laborista su defensor más consecuente y sistemático. La victoria de Leonel Brizola como gobernador de Río de Janeiro abre una nueva etapa política en el país. Llega así al gobierno de un Estado un gobernador de orientación socialista, aunque sin saber de la autoridad sobre las normas y leyes que lo rigen, y mucho menos del poder a nivel nacional.

Su programa de gobierno no pretende, evidentemente, instaurar una economía socialista en un solo Estado de la federación. Este se propone sobre todo realizar medidas de emergencia que corrijan las violentas contradicciones sociales sumidas en 19 años de autoritarismo y dominio absoluto de las empresas multinacionales y de los tecnócratas civiles o militares sobre el aparato de Estado.

El objetivo de ese tipo de gobierno es pues, colocar al pueblo en la ofensiva. Lo organiza para resolver directamente sus problemas con el auxilio del aparato estatal que busca aproximarse lo más posible a las formas de organización popular, como a las asociaciones profesionales y a las formas culturales del propio pueblo.

Esta experiencia parece haber caído como un rayo en una noche de luna. Sin embargo, es el resultado de la madurez progresiva de la conciencia popular brasileña en aquél Estado donde asumió sus formas políticas más avanzadas. De esa manera podemos esperar que los acontecimientos que ahí se desarrollaron tuvieran un carácter paradigmático y anticiparan de cierta manera, parte de los problemas que se plantearan a un gobierno socialista electo mayoritariamente por el pueblo brasileño cuando conquistara las elecciones directas.

Un gobierno de ese tipo colocará pues una serie de problemas que deberán ser resueltos por la creatividad de nuestro pueblo y de su liderazgo político en un proceso complejo que aún está por hacerse y cuyas etapas ya señalamos anteriormente y retomamos aquí:

1. Este gobierno tendrá que tomar las medidas de emergencia que atenuen la pobreza absoluta y las violentas contradicciones sociales derivadas de la distribución negativa de la renta. Se trata de impedir que sea llevada a las enfermedades y a la deformación mental una generación entera de niños hambrientos sin padres, y sin hogar que forman la gran mayoría de nuestra infancia y juventud. Tendrán que tomarse pues medidas de urgencia que reorienten drásticamente los presupuestos públicos en el sentido de dar alimentación, salud, vivienda, escuela y empleo para esas enormes masas y que enfrenten la corrupción que corroe el aparato estatal.
2. En seguida, con las fuerzas adquiridas en la fase anterior, deberá iniciarse una política de reformas estructurales que liquiden el dominio del latifundio y de los monopolios internacionales y nacionales sobre nuestras riquezas naturales y sobre nuestra economía.
3. Inmediatamente a la par de las medidas anteriores, destinadas a destruir las bases del capitalismo dependiente, tomará las medidas necesarias para reorientar el carácter del desarrollo económico y social. En este sentido, deberá dirigirlo a la atención del mercado interno y de las necesidades fundamentales de nuestro pueblo, apoyándose en formas de propiedades sociales que impongan los principios de la planificación sobre el reino absoluto del lucro, del consumismo y del mercado que hoy nos someten.

4. Organizará y concientizará al pueblo para el avance progresivo por esas tres etapas anteriores, haciendo que el poder repose cada vez más en la iniciativa económica, social, cultural y política del propio pueblo trabajador brasileño, base y fuente inagotable de ese programa de transformaciones.

Con una población atendida en sus necesidades fundamentales, aun precariamente, con las reformas estructurales que desarticularían las bases económicas de los grandes monopolios y del latifundio, con una reorientación de carácter de desarrollo económico a favor de la planificación de la economía y con una reorganización del pueblo para asumir el control directo sobre el Estado, estarán colocadas las bases para una transición al socialismo.

Sería muy ilusorio pensar que podríamos alcanzar todos esos cambios fundamentales sin profundos enfrentamientos y discontinuidades. Con todo, dependerá de las fuerzas populares que se unan, de su conciencia y voluntad de llevar adelante esas transformaciones, de su claridad programática y su capacidad organizativa.

Todos estos factores son aún insuficientes en el momento actual, pero podemos confiar en los verdaderos saltos ideológicos y organizativos que se producen con las victorias parciales de la lucha democrática. La elección de Leonel Brizola, por ejemplo, produjo un verdadero salto en la conciencia y en la organización del pueblo de Río de Janeiro, elevándolo a una nueva etapa política.

Debemos confiar en que lo mismo pueda ocurrir a nivel nacional con la conquista del voto directo y la elección de un presidente de la República decididamente socialista.

Brasil es un país joven, sin atrasos ideológicos, sin doctrinas estrictas. Nuestro pueblo no tiene por qué apegarse a ninguna doctrina conservadora o liberal que no se enfoque en sus dramáticos problemas.

Ninguna puerta debe ser cerrada a un pueblo así, lleno de futuro. Alimentado, saludable, bien abrigado, escolarizado, con su trabajo garantizado, nuestro pueblo dará un verdadero salto organizativo y doctrinario. No permitirá ningún retroceso de esas conquistas y apoyará hasta el heroísmo las medidas que aseguren esas conquistas básicas.

Dependerá de las clases dominantes actuales abrir caminos a esas transformaciones u oponerse a ellas por la violencia tal como lo hicieran en 1964. Cuando mayor sea su resistencia, mayor será la contradicción entre las ansias populares reprimidas y el estado actual de las cosas.

Las fuerzas reaccionarias recurren siempre a la violencia sobre las masas como forma final de sobrevivencia. Sería absurdo engañar a nuestro pueblo en cuanto a esta realidad y a los inmensos intereses que serán perjudicados por las transformaciones arriba señaladas.

Pero las fuerzas del futuro no deben ni pueden aceptar provocaciones y desanimarse delante de sus tareas. La prisa y el aventurarse pueden poner en riesgo años de trabajo pacientemente acumulado.

El pueblo brasileño, sus líderes más conscientes, sus organizaciones de masa y sus partidos quieren y lucharán por un camino de transformaciones democráticas en unísono con los cambios de nuestro tiempo en todo el mundo.

Nada lo hará desistir de esas metas que son cada vez más claras en su conciencia. Como dice el Gobernador Leonel Brizola: nuestros objetivos y métodos son pacíficos y democráticos, “pero solo Dios sabe nuestra determinación”.

V. El partido como embrión del nuevo Estado

No basta tomar conciencia de la necesidad y de la posibilidad de organizar una sociedad socialista para que esta surja. Es necesario que la voluntad colectiva, que aspira a la constitución de esa nueva forma social, se organice para transformarla en realidad. Esto significa que las fuerzas favorables a la institución del socialismo deben unificarse bajo un comando centralizado, con una clara definición programática de sus objetivos y con una disposición y acción consecuentes en el sentido de la realización de los mismos.

Esta fuerza concientizadora, organizadora, disciplinadora y actuante es el partido político popular y socialista que se viene constituyendo en Brasil a través de un complejo proceso histórico que tiene como núcleo más consciente y decidido el Partido Democrático Laborista, único partido que se declaró programáticamente por el socialismo en Brasil y

que viene convocando sistemáticamente el conjunto de las fuerzas laboristas, populares y socialistas del país para unificarse en un solo partido.

Este partido será un órgano de las clases populares para obtener determinados resultados. Su objetivo principal es llegar al poder e instituir un conjunto de transformaciones en la sociedad para crear las condiciones de una transición al socialismo en Brasil.

Para cumplir este papel, el partido socialista deberá ser antes que nada un embrión de las futuras relaciones socialistas que pretenda desarrollar a nivel de toda la sociedad.

En este sentido, la primera característica del partido internamente es el ejercicio de la democracia socialista en su práctica cotidiana. Esta práctica exige una gran apertura en el debate y en la exposición de ideas de todos los militantes para el encauzamiento de sus resoluciones. Pero, tomadas las resoluciones por los organismos partidarios, toda la militancia debe concentrar disciplinadamente sus fuerzas en la obtención de los objetivos partidarios.

De ahí la importancia del funcionamiento regular y democrático de los organismos partidarios. Desde la organización de base en los locales de vivienda y trabajo hasta los congresos regionales, estatales y nacionales, el partido debe vivir un clima de amplio debate entre sus militantes.

Pero esta democracia no debe asumir formas de discusiones demasiado rígidas y burocráticas en un país de mayoría de analfabetos. Es necesario permitir que se manifieste la base más pobre y menos disciplinada del partido, permitiendo a veces un clima de asamblea y hasta de fiesta en muchas reuniones de partido. Brasil no es Europa y aquí no es lugar de normas rígidas de comportamiento.

La prueba de enraizamiento popular del partido deberá ser dada por la participación popular en sus reuniones. Si no hubiera en ellas una mayoría de negros y mulatos que forman la mayoría de nuestro pueblo, podemos desconfiar de que estemos produciendo comportamientos elitistas bajo el disfraz de formas democráticas de funcionamiento y objetivos socialistas.

El test de participación de estos sectores realmente populares es definitivo en un país donde los grupos de izquierda intelectuales se multiplicaron en nuestra historia intentando representar a nuestros trabajadores sin conseguir siquiera dialogar medianamente con ellos.

Este test es también definitivo en un país donde la población negra y mulata fue excluida sistemáticamente de nuestras escuelas y de manera definitiva de nuestras universidades. Si el partido no encuentra mecanismos de funcionamiento capaces de dejarlo permearse por esas masas despreciadas y marginadas, no podemos creer en su sinceridad democrática y eficiencia política.

Es necesario tener cuidado también con ciertas concepciones de partido que pretenden una cartesiana y racional separación entre la vida política y la cultura popular, entre las actividades políticas y las otras dimensiones de la vida cotidiana de nuestro pueblo.

El ciudadano socialista tiene también su religión, su familia, su club deportivo, su escuela de samba su empleo, su lugar de estudio, su asociación de barrio, su sindicato, etc. El partido no puede de ninguna manera separarlo de esa vida cotidiana como es inevitable en ciertas concepciones de militancia política muy comunes en nuestros medios de izquierda. Una militancia de 24 horas diarias girando en torno a un reducido grupo de iniciados y sus simpatizantes.

El militante socialista deberá aprender a integrar sus objetivos históricos socialistas con esa vida cotidiana y llevar hacia dentro del partido la riqueza de las relaciones humanas, culturales y sociales. Solamente ese enfoque permitirá crear un partido socialista humano, capaz de enraizar profundamente en la conciencia y en la vida cotidiana de las masas brasileñas.

Esto conduce también a una mayor comprensión de la disciplina partidaria. El militante no es una pieza anónima de la maquina partidaria. Él es un jefe de familia, un presidente de club, un trabajador responsable del campo y de la ciudad, un profesional honesto, un militante sindical, un dirigente de barrio, un individuo importante en la vida social. El partido deberá respetar su papel en la sociedad. La disciplina partidaria deberá distinguir al militante y prestigiar su actuación partidaria y extrapartidaria.

En ese sentido la disciplina y la vida militante impregnan el conjunto de la personalidad del individuo. Pasa a ser parte intrínseca de su vida. El partido estará presente en su nacimiento, en su profesión, en su muerte.

En cuanto la familia pequeñoburguesa, esta viene sufriendo una tremenda disgregación, como resultado de la modernización capitalista de nuestra sociedad, la familia trabajadora y de menores recursos busca mantener a toda costa su unidad en torno del padre de familia o de la madre que es en muchos casos el sustento del núcleo familiar.

Confundir el socialismo con las conductas disgregadoras de esa familia es un verdadero crimen que se practica muy constantemente en nombre de la modernidad, de la libertad y de una “comunidad” que terminará exponiendo totalmente los trabajadores al dominio de los patrones, de los medios de comunicación del sistema, del consumismo desenfrenado, de los traficantes de droga, etcétera.

El socialismo no tiene porqué asumir un aire modernizador irresponsable. El laborismo, como movimiento de profundos orígenes populares, y el socialismo como evolución histórica de la conciencia de nuestro pueblo trabajador se implanta firmemente en el núcleo familiar y lo refuerza como instrumento necesario de defensa de los trabajadores contra una modernización burguesa desintegradora y libertina.

No se trata evidentemente de reforzar las conductas tradicionales contra la liberación de la mujer, por la sumisión de los niños y jóvenes a los países y a veces a su explotación familiar. Se trata de crear condiciones para que el núcleo familiar del trabajador sea preservado dentro de una visión democrática de desarrollo familiar, adaptando las condiciones generales de liberación de la mujer, de los niños, de los jóvenes. Pero que respete también el papel de los ancianos hoy totalmente marginalizados por la cultura de masas y que debe ser rescatado por la familia laborista y socialista.

La cuestión familiar debe ser tal vez el ejemplo más claro, y por esto nos alargamos en el, para demostrar el papel profundo que tiene la reorganización partidaria, con sus valores de comportamiento humano, su doctrina de vida social y política, su organización y atención a la militancia, en la creación de una sociedad futura donde esas relaciones comunitarias y humanas preponderan en toda la sociedad.

El partido pretende así inspirar muchos momentos de la vida cotidiana de los trabajadores sin pretender, sin embargo, imponerles moldes y modelos de comportamiento rígido. Por el contrario, el partido debe

enriquecerse con la experiencia amplia y diversificada de sus militantes para no caer en el sectarismo, en el aventurerismo y en otros desvíos propios de las sectas encerradas en sí mismas.

Así, por ejemplo, la relación del partido con instituciones de clase como los sindicatos no pretende ser nunca de utilización de estos al servicio de los objetivos partidarios. Por el contrario, debe respetar la multiplicidad de fuerzas ideológicas y políticas que componen la vida sindical y procuran llevar hacia dentro de la actividad política las legítimas reivindicaciones de los trabajadores.

Esta concepción abierta y dinámica de la vida partidaria se viene forjando con el propio enriquecimiento de la experiencia histórica de la clase trabajadora que no pretende solamente subsistir a algunos aspectos secundarios del mundo capitalista sino realizar una profunda y radical modificación de las formas de convivencia humana, de manera que elimine de la realidad social la explotación del hombre por el hombre.

El partido que resulte de la articulación de las experiencias múltiples y diversificadas del mundo trabajador brasileño, de su intelectualidad y de sus abnegados y sufridos militantes será por lo tanto una organización capaz de actuar bajo un comando unificado y de disciplinar toda la riqueza acumulada en varios años de luchas fracasos y victorias.

El partido socialista nacerá (con este u otro nombre) del esfuerzo consciente de los liderazgos políticos, de clase y de los movimientos populares en unísono con las aspiraciones y la voluntad de las grandes masas del país.

Al mismo tiempo, este será el coronamiento de un debate ideológico y de un esfuerzo de interpretación de la realidad brasileña que viene acumulándose a través del estudio y de la reflexión de dos generaciones por lo menos, de intelectuales de izquierda de Brasil.

En él deben converger varias experiencias político-ideológicas. Primeramente, los socialistas que hoy se autocritican por no tener comprendido en 1945 la especificidad del fenómeno del laborismo, como canal de manifestación de las aspiraciones de las nuevas masas trabajadoras generadas por la industrialización.

En seguida, los propios laboristas que cada día comprenden más las limitaciones del proyecto de un capitalismo nacional y democrático se convencen de que el socialismo es el único camino para la solución de los grandes problemas nacionales.

También desembocaron en este nuevo partido varias corrientes del antiguo partido comunista que comprenden cada vez más el error que representó una propuesta partidaria artificial, deducida de principios teóricos cuestionables, pues el marxismo no puede identificarse con una fórmula rígida de organización partidaria, independiente de las condiciones socioeconómicas en que surge.

Las corrientes marxistas independientes, cansadas de su estéril aislamiento de las masas, también van progresivamente aproximándose a una experiencia partidaria nueva que refleja nuestro pueblo.

Las fuerzas cristianas iniciaron una autocrítica –aún no completamente formulada– de sus compromisos en el golpe de 1964 y buscan unirse a las grandes filas de las aspiraciones populares. Teórica y prácticamente elaboran un discurso político que deberá conducir a la mayoría de sus seguidores a un partido popular y socialista de masas.

La convergencia de todas esas tendencias ideológicas y fuerzas políticas necesita tiempo para madurar. Hay un principio que debe regir su movimiento en la dirección de una superación de sus defectos: el deseo de unidad y el sentido autocrítico.

El partido de la revolución socialista brasileña será, por lo tanto –como todos los partidos auténticamente enraizados en la masa–, un hecho histórico único. Un producto de nuevas experiencias, reflexiones y prácticas.

Estamos aun en el comienzo de esa marcha y este libro pretende solamente apuntar algunas ideas básicas en este sentido. En la próxima parte discutiremos otra condición fundamental de esta unidad político-ideológica de las fuerzas populares: la necesidad de formular con el máximo de objetividad un programa de transición al socialismo que articule los objetivos a alcanzar, las etapas de lucha y los mecanismos a ser desarrollados para llegar al Brasil Socialista de nuestros sueños.

SEGUNDA PARTE

EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN AL SOCIALISMO

I. La crisis del modelo económico

Brasil vive hoy una de las crisis más profundas de su historia. Depresión económica, inflación superior al cien por ciento, falta de fondos para pagar la deuda externa, desempleo, etc., generan una profunda inquietud social cuyos desdoblamientos serán inevitablemente graves.

Esta situación es un producto directo del tipo de modelo económico que se implementó en el país como resultado del triunfo de las fuerzas conservadoras, entreguistas y oligárquicas, obtenido a través del golpe de estado de 1964. Hemos abordado las características de este modelo entreguista, concentrador, marginalizador y excluyente. En el presente capítulo cabe profundizar el análisis de la crisis que hundió al país como consecuencia de las concentraciones económico-sociales generadas por este modelo.

La crisis actual es consecuencia de los siguientes factores:

1) El carácter entreguista del modelo económico que llevó al país a una intensificación de las relaciones de dependencia de tecnología, del financiamiento y del mercado internacionales.

La dependencia tecnológica deprimió la dinámica creadora de la ciencia y tecnología nacionales, consideradas siempre atrasadas en relación a las últimas novedades tecnológicas de los países líderes en el capitalismo internacional. Nuestra industria mecánica en pleno florecimiento en el comienzo de la década del sesenta sufrió una fuerte competencia de importación de maquinarias de las empresas multinacionales; industrias ya representativas como la confección, la electrónica, la química y la farmacéutica se vieron sustituidas por la entrada masiva de productos competitivos y sobre todo por el comercio intrafirma practicado por las multinacionales. La comunidad científica que se consolidaba en el país se vio reprimida por la barbarie fascistoide, perseguida y exiliada. Los valores culturales nacionales en pleno florecimiento fueron avasallados por un pro-americanismo que se consolidó en un liberalismo tecnocrático totalmente distinto de las grandes realidades sociales y culturales del país.

Fueron años de atraso y barbarie intelectual disfrazados bajo la forma agresiva de una modernización falsamente científica y racionalista. El país parecía modernizarse y desarrollarse tecnológicamente cuando en realidad estaba perdiendo su fuerza e impulso propio de desarrollo científico y tecnológico. Pues es más importante dominar una tecnología más atrasada en su conjunto desde su creación hasta sus últimas implicaciones que utilizar una tecnología avanzada solamente en sus fases finales y en sus aplicaciones sin poder dominar su creación.

Además, se rompe un proceso evolutivo vuelto a la atención del mercado interno, al uso de los materiales nacionales y al planeamiento –aun incipiente– del desarrollo brasileño. Al preferir el camino más corto de la importación indiscriminada de tecnologías, bajo el comando del capital internacional, se destruye la capacidad autónoma de generar tecnologías, adaptarlas y recrearlas en función de la realidad vivida por la mayoría de la población.

Este modelo tecnológico favorecía los productos sofisticados consumidos por la minoría de altos ingresos que hacían más profunda la dependencia tecnológica, articulándose en un solo estilo de desarrollo los intereses del capital internacional, de gran capital y de las capas medias de altos salarios, profesionales y técnicos asalariados o autónomos. Según el pensamiento oficial, poco importaba el costo social y nacional de esta política, pues, con el tiempo, algunas de sus migajas llegarían hasta las grandes masas excluidas de la misma y esto permitiría apaciguar sus frustraciones.

Se montaron esquemas de financiamiento que permitieron atender el consumismo inyectado en las clases más favorecidas y se estimuló este virus incluso en amplios sectores de las masas. No se puede ocultar indefinidamente el carácter inflacionario de tal política que presiona el sistema financiero y lleva a la emisión desatada. Sin hablar de los altos costos sociales de un sistema que paga altos salarios a nuestra inteligencia para que se dedique a la tarea embrutecedora de convencer a las masas a consumir desenfrenadamente los productos más nocivos para su salud, a la racionalización de su presupuesto doméstico y a su nivel de vida en general.

Al mismo tiempo, la importación indiscriminada de tecnología tiene efectos devastadores en nuestra balanza de pagos con el exterior. Altos

pagos de “royalties”, marcas y servicios técnicos representan un pequeño porcentaje de las enormes remesas de lucros hechas directamente o a través de mecanismos indirectos como la sobrefacturación de productos importados de las matrices de las firmas multinacionales aquí instaladas con el pretexto de traer tecnología al país.

Inflación y “déficit” cambiario fueron, pues, dos resultados inmediatos de la política de importación indiscriminada y preferencial de tecnología del exterior. Depresión de las industrias básicas nacionales, alienación y bajos estímulos a la comunidad científica nacional fueron sus efectos más a largo plazo. Modernización artificial y abandono de los valores nacionales, desintegración de la economía impidiendo la formulación de un plano coherente de desarrollo fueron, por fin, los efectos finales. Este conjunto de resultados está en la raíz de la crisis violenta que vive nuestro país hoy en día.

Es necesario poner atención al hecho de que esta política de dependencia de la economía internacional aumentó la vulnerabilidad de nuestro país al comercio internacional que entra en crisis desde 1967, pero que solo nos afecta fuertemente después de 1973, con la crisis generada por el aumento de los precios del petróleo y la inflación de petrodólares en el mercado financiero mundial. Obligados a aumentar nuestras exportaciones para detener en parte el déficit de nuestra balanza de pagos, fuimos llevados paradójicamente a aumentar ese “déficit” en la medida en que se elevaban cada año los pagos de amortizaciones e intereses de los préstamos anteriores hasta hacernos llegar a la situación de insolvencia en que nos encontramos.

2) El carácter concentrador de ese modelo ya analizado anteriormente es directamente responsable por la inflación en que nos encontramos. La concentración económica favoreció la aparición de importantes excedentes financieros en las manos de una pequeña capa de brasileños privilegiados que se convirtieron en especuladores, presionando nuestro mercado financiero y aumentando los sectores de la población dedicados a las actividades improductivas (pero altamente lucrativas) ligadas a la especulación financiera.

En un país donde es cada vez más compensador invertir o especular con el dinero que aplicarlo productivamente, el costo de las inversiones

se eleva indefinidamente, aumentando el precio final de los productos, la búsqueda de altas tasas de ganancia y las acciones de intermediarios y especuladores de todo tipo.

La concentración económica favoreció también la política megalomaniaca de las grandes obras, inútiles y dispendiosas, en detrimento de las economías locales y de las inversiones sociales que desarrollan la fuerza productiva del hombre aumentando su capacidad de generar riquezas.

Para financiar esa política de desperdicio, fue siempre necesario recurrir o a la emisión de moneda o al endeudamiento en el exterior que, a pesar de no tener ahí su principal fuente, tal como se suele decir para ocultar el carácter especulativo del crecimiento brutal de la deuda externa, no deja de ser un factor de inflación de endeudamiento internacional.

La concentración económica favorece también a las grandes empresas que utilizan menos mano de obra por capital invertido. Este tipo de inversión termina por ocasionar una caída en la demanda de mano de obra, aumentando la tendencia al desempleo. Esto está asociado a la política de modernización artificial con las opciones tecnológicas más sofisticadas y más caras que atienden al consumo de las minorías privilegiadas. Se cruzan así, la política tecnológica con la política de estructuras industriales, de inversión y distribución de la renta que favorecen en su conjunto la inflación, el endeudamiento y las altas tasas de desempleo.

Estas tasas de desempleo se suman a las de subempleo que se ligan a su vez a las violentas transformaciones que se realizan en la agricultura como resultado de la penetración masiva del capitalismo en el campo.

La modernización desenfadada, con el abandono de las culturas intensivas que exigen más mano de obra y de desarrollo de las grandes culturas extensivas, con poca utilización de la mano de obra, durante largos períodos en el año provocan una disolución de la agricultura campesina y de las formas agrícolas tradicionales, proyectando a las ciudades masas de desempleados rurales que ven presionar el empleo urbano.

La disolución de las culturas campesinas de autoconsumo abre en el interior rural a la penetración de los productos industriales incluso en el sector alimenticio, aumentando la dependencia del campo con la ciudad y liquidando culturas familiares, lo que lleva a la emigración de masas de campesinos.

De esa forma la economía capitalista dependiente desemplea mano de obra superada por la competencia de los productos modernos, y no la vuelve a emplear totalmente en las actividades modernas tal como ocurrió normalmente durante la fase de revolución agraria o modernización agrícola en las economías capitalistas dominantes y avanzadas.

La concentración de la producción y de la renta transforma a las masas liberadas de las formas arcaicas de producción en marginales, subempleadas y desempleadas en vez de convertirlas en fuerzas productivas superiores, educadas y capacitadas para realizar los servicios modernos que una economía equilibrada normalmente demandaría.

De esa forma, no se amplía dinámicamente el mercado interno, sino que se crean puntos de estrangulamiento en varios aspectos cruciales de la economía, sobre todo aquellos ligados a la producción de masas que a su vez demandan maquinaria y materias primas de fácil generación con los medios técnicos y científicos nacionales.

Así pues, cada centavo de crecimiento de renta implica enormes inversiones en capital, en general obtenidos del exterior, y en contingentes relativamente restringidos de mano de obra semi-calificada.

El costo del desarrollo dependiente, concentrador y excluyente es pues muy alto y provoca una presión constante y acumulativa sobre el sector externo llevando al endeudamiento sobre las fuentes de financiamiento interno llevando a la inflación. Al mismo tiempo, esa presión termina por conducir a la crisis y a la depresión económica cuando se agotan las fuentes artificiales de sustento de un modelo de crecimiento extremadamente negativo y desequilibrado.

De esta forma, la inflación, el endeudamiento internacional, la especulación, el desempleo, las fuertes tensiones sociales derivadas de la distribución regresiva de la renta, todos estos fenómenos que forman la dinámica de la crisis económica actual, tienen su origen en el estilo de desarrollo implantado por los intereses del gran capital internacional, particularmente después de 1964, cuando estos intereses se impusieron por el golpe de estado al pueblo brasileño.

La primera tarea que enfrenta hoy el pueblo brasileño es la de realizar una política de emergencia nacional que permita contrarrestar

los efectos más violentos de ese modelo y abrir camino a medidas más profundas y definitivas que permitan actuar sobre la propia esencia de la crisis.

Con todo, no podemos dejar de consignar las tareas inmediatas necesarias para impedir los efectos más drásticos del modelo económico en vigencia en el país. Una política socialista no puede saltarse esa realidad. Esta tiene que comenzar desde el principio, es decir, desde las políticas de emergencia que permitan al enfermo generar las fuerzas mínimas para los próximos pasos en el sentido de las reformas estructurales y de las transformaciones más profundas que lleven a una transición para una sociedad diferente que entregue al pueblo brasileño los instrumentos para superar definitivamente la miseria, el analfabetismo, el atraso económico y tecnológico.

Como condición para esta política se destaca la eliminación de la sangría que representa el pago de los impuestos y servicios de la deuda externa. Una moratoria y la suspensión de esos pagos es pues la condición primera para ubicar lo que llamaríamos un programa de emergencia.

II. El programa de emergencia: reversión de prioridades

Vimos cómo la política económica de gran capital condujo al país a una situación de calamidad pública. Provocó la deuda externa y la inevitable insolvencia del país, inflación desenfrenada que puede saltar a niveles inimaginables, depresión de la economía con la caída del producto nacional y sobre todo de la renta per cápita, desempleo llevado al paroxismo de una población ya golpeada por el subempleo, la más negativa distribución de la renta en el mundo, índices de pobreza absoluta de los más altos del continente. Este conjunto de calamidades lleva al pueblo brasileño a la más dramática situación de su historia.

Delante de esta situación cualquier gobierno que pretenda encaminar una solución hacia los problemas nacionales tendrá que tomar en primer lugar, medidas más profundas de reforma, un conjunto de medidas de emergencia que permita evitar los efectos más dramáticos de esta situación desesperante.

La esencia de una política de emergencia está en la reorientación de las prioridades de inversión estatal. Es necesario durante un período intermedio, reorientar drásticamente los gastos estatales, destinados en general a obras pretenciosas de carácter faraónico, para el sector social. Esto significa privilegiar la educación, la salud, la habitación, la alimentación, el empleo, sectores deprimidos drásticamente en estos años de “milagro económico” y de “Brasil Gran Potencia”.

El mayor capital es el hombre. Varios procesos históricos de desarrollo demostraron de manera enfática esta verdad. No hay desarrollo económico sin capacitación de la población, sin la atención de necesidades básicas del ciudadano y su integración en la sociedad productiva, creadora y consumidora de bienes, servicios y, sobre todo, cultura.

En el fin del siglo XIX y en el comienzo del XX, la libre iniciativa, motor del capitalismo en su fase liberal, fue sustituida por la acción del Estado nacional. En el comienzo de la era imperialista se impusieron el proteccionismo alemán, japonés y ruso y la intervención estatal para la organización del mercado del trabajo, y de la educación de las masas pasó a ser junto con los monopolios y las empresas multinacionales, la fuerza motriz del desarrollo económico.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo monopolista de Estado en los países dominantes, la planificación socialista en la Unión Soviética y las políticas estatales desarrollistas en el Tercer Mundo pasaron a ser los marcos de la vida económica que se basaba cada vez más en la incorporación masiva del conocimiento científico a la producción.

No obstante, debido a la debilidad del movimiento popular de nuestro país y a la victoria política de las fuerzas conservadoras en el golpe de estado de 1964, la intervención del aparato estatal se enfocó casi exclusivamente a las inversiones basadas en la importación de tecnología del exterior o de grandes obras con el objeto de inducir la aplicación masiva de capitales.

En consecuencia, el sector educacional fue relegado a segundo plano cayendo la inversión pública del sector de cerca del 12 % en el gobierno de João Goulart para 4% en la década del setenta. Se trata ahora no solo de

restablecer un porcentaje de 12% sino incluso de elevar la participación de los gastos educacionales a aproximadamente 20% del presupuesto público nacional, estatal y municipal.

La educación es en sí misma una inversión de alta remuneración ya sea por los efectos secundarios de los salarios de profesores que forman una clase media con buena capacidad de consumo, sin las exageraciones de la alta clase media, sea por los gastos estatales en alimentación para los alumnos, necesidad fundamental para garantizar su capacidad escolar y encaminar la solución del problema gigantesco de las masas de niños abandonados y mal alimentados, sea aun por las inversiones en construcción escolar y en otras inversiones fijas que pueden perfectamente ser atendidas por la industria nacional y local.

Es innecesario señalar más ampliamente los efectos de la educación en la elevación de la capacidad productiva del pueblo. Sobre todo, si la escuela se dirige más efectivamente hacia la integración entre la formación intelectual y la formación profesional, desde el principio.

De esta forma, podemos esperar que nuestro proletariado pueda alcanzar por lo menos la educación primaria completa, y comenzar a ingresar a la secundaria y educación media superior un sector mayor de trabajadores.

Esto elevaría la calificación general de nuestra mano de obra asalariada y abrirá mejores posibilidades para el trabajador autónomo y pequeño propietario o artesano, que en los días de hoy es aun un semi-analfabeto.

La falta de capacitación impide el desarrollo de la pequeña empresa, de las cooperativas y otras formas de asociación y la libre iniciativa creadora de los millones de brasileños hoy relegados a la subocupación en un país de fronteras en expansión, con tierras a ser colonizadas e inmensas necesidades y posibilidades de consumo que se harían realidad en el momento en que esa masa hoy incapacitada se prepare para ser productiva.

Es necesario recordar que una escuela de tiempo completo que comience en las guarderías, en la educación preescolar y se complete en el sistema escolar formal, primario y secundario, será también una fuente de civismo e incorporación del hombre brasileño en un comportamiento de ciudadano democrático, acostumbrado a las formas asociativas de convivencia.

La alianza entre una formación intelectual bien orientada, una capacitación profesional adecuada y una educación civil democrática y asociativa dará al país un potencial muchas veces mayor al que posee en la actualidad.

De esta forma, lo que es medida de emergencia en el sentido de garantizar una educación para las masas de niños abandonados, hoy predominantes como consecuencia del modelo concentrador, marginalizador y excluyente, pasará a ser en seguida, con su institucionalización y perfeccionamiento, una fuente de estímulo al desarrollo económico y social del país, capaz de elevarlo a un nuevo aterrizaje de civilidad y desarrollo económico.

Si la educación cumple este papel ordenador y estimulador para la solución de los graves problemas sociales que vivimos, el sistema de salud tiene también un papel privilegiado a representar en la recuperación de nuestro pueblo. No podemos con todo, entender la salud como el resultado solamente de la atención médica y hospitalaria.

La mayor parte de las muertes de nuestros hijos que nos coloca entre las mayores tasas de mortalidad infantil del mundo viene de docenas endémicas generadas por las pésimas condiciones sanitarias y alimentarias de nuestro pueblo.

Por lo tanto, la prioridad para una política de salud comenzará por un programa de sanidad pública que debe ocupar una parte fundamental de presupuesto de construcciones y obras públicas del Estado.

Al mismo tiempo, la educación sanitaria que comenzará en las guarderías, preprimarias y escuelas deberá llegar hasta los barrios populares y nuestras poblaciones rurales, utilizando medios como la televisión, hoy dedicada a enseñar comportamientos de consumo de clase media alta y de una población que mal puede sobrevivir a la falta de higiene, debido a la carencia alimentaria y al analfabetismo.

Es necesario pues, movilizar a la población en la defensa de su salud, haciendo llegar hasta cada barrio popular y en el interior por lo menos una estación de salud que sea capaz de realizar una selección para un sistema hospitalario hoy abandonado y criminalmente convertido en una fuente de ganancias gigantescas a costa de bajos gastos de instalación y funcionamiento. Lo que no impide, sin embargo, que por razones

de prestigio, estemos llenos de hospitales con aparatos sofisticados importados inútilmente en un país donde no se dispone de condiciones sanitarias mínimas.

Es evidente, pues, que será necesario combinar un avanzado sistema de medicina socializado, sobre todo en lo que respecta al sistema hospitalario y sanitario con incentivo al médico autónomo que vaya hasta las regiones más distantes y cubra los vacíos y especialidades que no puedan hacer parte de la red estatal, debido a sus prioridades inevitables a favor de las grandes concentraciones de enfermedades que afectan a las mayorías.

La socialización de la medicina afectará inevitablemente a la industria farmacéutica hoy dominada por una cantidad excesiva de marcas súper publicitadas y muchas veces nocivas que tienen como base en general un mismo producto.

En vez de inducir al pueblo a estos gastos exagerados con remedios inútiles y caros, en su mayoría fabricados por multinacionales que remiten enormes pagos de royalties, patentes y lucros para el exterior, un sistema hospitalario y de atención médica sería deberá combinarse con una industria farmacéutica basada en una lista de remedios básicos sin los enormes gastos de presentación, marketing y propaganda, que representan hoy aproximadamente 80% del costo de los remedios que nuestro pueblo no puede pagar.

Es también evidente que la vivienda en condiciones sanitarias adecuadas se liga de inmediato a la cuestión de salud pública antes señalada. La política habitacional del Estado tiene que combinar el aprovechamiento de materiales de construcción locales en el interior del país con las formas más eficientes de prefabricación en las grandes concentraciones urbanas.

Pero el sistema de construcciones no puede reducirse a la vivienda estricta y vergonzosa de las actuales casas populares. Tiene que haber un espacio para el crecimiento de la familia, del trabajador, del plantío de huertos y flores, y sobre todo una infraestructura sanitaria, de servicios públicos y de ocio.

La dificultad de realizar esas necesidades hoy en día, resulta de la enorme especulación con la tierra, particularmente la corrupción en

la compra de áreas para las construcciones públicas que pagan precios mucho más altos que la media del mercado. Sin hablar de las mil formas de corrupción durante el proceso de construcción y de compras de materiales.

En una administración pública moralizada será posible abaratar significativamente el precio de la construcción. En una administración que combata la especulación con la tierra y la corrupción será plenamente posible aumentar muchas veces el volumen de construcción y al mismo tiempo disminuir su precio, con una mejor calidad de las mismas.

La alimentación es una cuestión central que se articula en primer lugar con el combate al monopolio de los extranjeros que elevan muchas veces el precio de los productos alimenticios.

Al lado de esos extranjeros está una industria alimenticia cada vez más controlada por el capital multinacional que no solamente eleva el precio de los productos alimentarios sino también rebaja drásticamente su calidad a través de la utilización de colorantes sabores artificiales, exceso de azúcares y de productos químicos no siempre saludables para el ser humano.

Al mismo tiempo, estas multinacionales controlan la compra de los productos agrícolas y muchas veces hasta los insumos químicos o de maquinarias que consumen. De esta forma, controlan y determinan al agricultor desde la plantación hasta la venta de su producto disminuyendo sus posibilidades de lucro y determinando el tipo de producción que deberá adoptar, en general privilegiando a los monocultivos en detrimento de un aprovechamiento más intensivo de la tierra, a través de la combinación de culturas y de la crianza de animales.

De esta forma una política alimenticia que pueda resolver verdaderamente el problema tendrá que ser complementada por medidas no solamente de reforma agraria, que permita el acceso a la tierra a las grandes masas de campesinos, hoy reducidos al desempleo y al subempleo, pero también tendrá que garantizar el crédito agrícola y el acceso a los insumos necesarios (maquinarias, fertilizantes, etc.), así como a posibilidades de almacenaje de los productos para poder obtener precios justos por los mismos eliminando los monopolios y superando la imposición de agrotóxicos cada vez más amenazadores a nuestra salud.

Claro está que tal política tendrá implicaciones muy profundas y exigirá una reforma de la empresa agrícola que favorezca sobre todo sus formas asociativas como las cooperativas que podrán asumir un papel más ofensivo en la realización de estas tareas que el productor aislado mal puede afrontar.

Una política de emergencia en el campo alimenticio tendrá pues que estimular el consumo directo, disminuyendo el papel del monopolista, deberá proteger al productor y procurará asociarlo favoreciendo las cooperativas y deberá preparar la conciencia de nuestro hombre del campo y de la ciudad para la necesidad de una reforma agraria y de un sistema de producción alimentario que elimine el papel de las agroindustrias multinacionales favoreciendo una solución nacional con un mínimo de mediación entre el productor y el consumidor.

La cuestión de empleo se articula con lo que se señaló anteriormente. Solamente una reforma agraria que permita la fijación del hombre en el campo; una industrialización que mire hacia el mercado interno favoreciendo las industrias de base nacionales y la pequeña y mediana empresas que emplean más mano de obra y la iniciativa de los productores autónomos; que cree un sistema de servicios públicos de calidad capaz de incorporar las masas de médicos, dentistas, abogados, economistas y otros profesionales, hoy desempleados cuando la población de ellos necesita en fin, solamente una política que vaya hasta la esencia de nuestros problemas cambiando radicalmente el modelo económico actual y el régimen socioeconómico podrá crear una situación de pleno empleo.

Con todo, se pueden tomar algunas medidas de emergencia en el sentido de una legislación de protección al empleo con la vuelta de la estabilidad en el empleo, el establecimiento del seguro de desempleo, la jornada de 40 horas.

Al lado de esa legislación se pueden suavizar parte de los efectos del desempleo a través de un sistema escolar que garantice la alimentación y el baño para los niños, la creación de restaurantes populares a precios subsidiados, la apertura de fuentes de trabajo que ocupen mano de obra en una serie de tareas necesarias y hoy abandonadas como la jardinería, la pavimentación de avenidas, la construcción de calles vecinales, etcétera.

En fin, se trata de reorientar drásticamente el contenido de la inversión estatal para impedir los efectos más dramáticos que una situación de miseria absoluta, aumentada por el desempleo, la inflación y la crisis del balance de pagos y de la caja para el pago de la deuda externa pueden convertirse en una situación de calamidad pública que lleve a nuestra población a la depresión, a la marginalidad, a la deformación mental y física de generaciones enteras.

Es muy difícil creer que medidas de esta importancia, aunque no lleguen al fondo de las transformaciones estructurales que necesitamos, puedan ser tomadas por gobiernos conservadores o liberales. Es necesario ver que estos gobiernos incluyen en su seno gran parte de los responsables por esta situación que impedirá inevitablemente que esas medidas de emergencia sean tomadas.

Además, falta a los conservadores y a los liberales la sensibilidad política y social que los convenza de la necesidad y de la urgencia de tales medidas. Les falta voluntad política, pues su base social es fundamentalmente de una clase media que puede convivir bastante razonablemente con gran parte de esos problemas.

Es necesario pues, articular las fuerzas progresistas y unir las en torno a un partido popular y socialista, única fuerza capaz de tomar las medidas drásticas de emergencia que la nación implora. Es preciso un tipo de organización política que abra sus puertas a la participación de las grandes masas, que las motive y las movilice para obligar a los gobiernos a atender sus necesidades primarias.

Es preciso también, saber que estas medidas se confrontan con intereses económicos concretos, ya instituidos y poderosos. Que se necesita por lo tanto de un liderazgo consciente y firme que oriente estrategias y tácticamente nuestro pueblo pueda sustentar esas medidas de emergencia y prepararse para las transformaciones más profundas que destruyan el poder del gran capital, del latifundio y de sus servidores intelectuales y técnicos y abran camino a la construcción de una nueva sociedad más justa, más humana, soberana e igualitaria.

III. Las reformas de base como condición para la transición al socialismo

Ya vimos que un gobierno popular y socialista en Brasil tendrá que iniciar su tarea administrativa a través de un conjunto de medidas de emergencia que aseguren el mínimo de condiciones de educación, salud, habitación, alimentación y empleo.

Se trata de garantizar a la población brasileña condiciones materiales y morales de existencia que permitan su organización y concientización para la realización de tareas sustanciales que lleven a una transformación profunda de nuestra sociedad, sin la cual no podemos resolver los problemas básicos de nuestro pueblo ni asegurar las conquistas que realizamos a través de las medidas de emergencia antes señaladas.

El objetivo final es el de conquistar y consolidar la independencia económica, el bienestar de la población, la justicia social y el crecimiento equilibrado de la economía.

Vimos que este objetivo solo podrá ser alcanzado con una transformación socialista de nuestra sociedad que asegure la hegemonía de la propiedad pública sobre la privada, de los principios de la planificación social sobre el mercado de las organizaciones populares sobre la subjetividad individualista.

Pero para alcanzar esta situación tenemos que eliminar, antes que todo, las principales barreras que se oponen a la soberanía nacional, al bienestar, a la justicia social y al crecimiento equilibrado de nuestra economía.

Esas barreras se resumen fundamentalmente en los intereses de las actuales clases dominantes, el gran capital internacional y nacional, el latifundio y sus agentes burocrático-tecnocráticos que se impusieron sobre el Estado a través de la fuerza, de la corrupción y de la manipulación de la información y de los medios de formación de la opinión pública.

Esta lucha deberá frenarse en un plazo aun no definido y se divide en varias etapas. En primer lugar, la lucha de la clase trabajadora para organizarse política y socialmente para poder lograr sus objetivos. En segundo lugar, la conquista de posiciones dentro del Estado hasta alcanzar el poder central que en Brasil corresponde a la presidencia de la República.

Alcanzando este punto, a través de la formación de un gobierno con mayoría popular, se trata de usar el poder estatal para reformular la organización política, económica y social del país a favor de los intereses de la mayoría de la población que democráticamente llegue al gobierno.

Este poder estatal, reforzado por la movilización constante y la concientización permanente del pueblo, deberá colocarse decididamente a favor de los intereses nacionales, hoy postergados por el dominio del capital extranjero, de los intereses de la mayoría asalariada y de pequeños y medios propietarios, hoy marginados por la minoría de grandes capitalistas y sus acólitos.

¿Cuáles serían pues las medidas que permitirían reformular el carácter de la economía e instituir la supremacía de nuestro pueblo sobre ella?

Comencemos por las relaciones con el exterior que determinan fuertemente el carácter de la acumulación de capital en el país, pues es del exterior de donde viene gran parte de las máquinas que producen máquinas, de tecnología, de los insumos más sofisticados para nuestra industria, mitad del petróleo que nos da la base energética y combustible para nuestros transportes.

Es el carácter negativo de nuestro intercambio con el exterior que da origen al “déficit” de nuestra balanza de pagos, fuente de nuestro endeudamiento, el cual, a su vez es el origen de nuevos “déficits” y nuevos préstamos en una espiral de endeudamiento y alienación del país.

Ya vimos que el “déficit” de nuestra balanza de pagos no tiene origen en el intercambio comercial sino en la retribución de servicios al exterior (fletes y seguros, “royalties”, servicios técnicos, remesas de capital, viajes).

Por lo tanto, un cambio profundo de nuestra relación con el exterior tiene que comenzar por una restricción al poder de las multinacionales y a la dependencia tecnológica que sirve de base a este poder.

Se trata, pues, en primer lugar, de superar esa dependencia tecnológica. Esto exige que nos apoyemos en la fuente fundamental y estratégica de la tecnología: el control de los medios de producción, es decir, en nuestros días, las máquinas productoras determinan todo el proceso de producción. En seguida, exige el control de nuestras fuentes de energía, desarrollando la producción nacional de petróleo y de energía eléctrica apoyada en nuestra industria de base.

Los economistas pro-imperialistas quieren convencernos de que debemos centrar nuestro crecimiento económico en lo que ellos llaman “aporte de capital externo”. Esto nos lleva a preferir siempre el capital externo, con su tecnología ultramoderna, su dominio de mercado, sus facilidades financieras en detrimento de un esfuerzo de producción interna con una tecnología menos avanzada, con dificultades financieras y con algún tipo de restricción a la competencia de los productos extranjeros.

Esta lucha entre el liberalismo de los sectores pro-imperialistas y el proteccionismo de los sectores nacionalistas es histórica en Brasil, en el Tercer Mundo y también lo fue en el pasado en Alemania y en Japón, sin hablar de los Estados Unidos, donde Sur y Norte se confrontaron en torno a la política proteccionista exigida por el sur agrícola y esclavista.

En los países capitalistas dependientes fueron las crisis internacionales las que sirvieron de protección a la industria al hacer caer el comercio internacional y consecuentemente las importaciones.

Vivimos hoy una crisis de largo plazo que comienza a bloquear nuestra capacidad de importación y favorece consecuentemente un esfuerzo de sustitución de importaciones.

Con todo, el Estado no puede permanecer de brazos cruzados a esta situación: debe colaborar decisivamente en esos procesos de sustitución de importaciones en los sectores de maquinaria y de materias primas industrializadas (química, petroquímica, etcétera).

El apoyar este esfuerzo significa proteccionismo cambial, apoyo y fomento al desarrollo científico y tecnológico interno, financiamiento y apoyo a la inversión industrial de base (maquinarias, industria, química, etcétera).

Pero es necesario señalar que esta etapa no podrá ser cumplida completamente si no nos preparamos para las próximas etapas del desarrollo científico-tecnológico que deberán volver obsoletos muchos sectores de la industria de base actual al sustituir gran parte de las maquinarias tradicionales por sistemas automatizados y robots y al introducir la micro computación no solo como base de la automatización en la producción sino de todo el sistema de servicios y de consumo de bienes durables.

Por otro lado, la ingeniería energética y bioenergética, el uso del láser y las energías alternativas imponen una nueva realidad económica y tecnológica internacional que puede llevarnos a un nuevo aterrizaje de dependencia tecnológica.

De ahí que, sin descuidar las fases anteriores que nos permitían dominar la tecnología industrial actual, debemos también trazar los caminos para un avance tecnológico inevitable bajo el dominio de las multinacionales que imponen otra vez sus reglas del juego al país.

Proteccionismo de cambio, esfuerzo de sustitución de importaciones en la industria de base, apoyo a la planificación del desarrollo científico tecnológico, fomento de la industria de base y posteriormente su integración en el contexto tecnológico emergente: estas son pues las primeras tareas que un gobierno popular tendrá que enfrentar para comenzar a modificar el modelo de desarrollo económico actual, dependiente.

Pero esas tareas serán inútiles si no se genera un mercado interno de consumo muchas veces superior al actual que asegure las dimensiones mínimas capaces de garantizar la sobrevivencia de esa industria de base.

Pocos son los economistas que resaltan la relación intrínseca entre la expansión del mercado interno y del desarrollo de la industria de base. Solo podría haber una industria de máquinas textiles desarrollada en escala económica si el consumo final de productos textiles del país fuera suficientemente grande para justificar el montaje de esa industria de base. Esto ocurre con todos los sectores.

Es verdad que existe la opción de exportación de maquinarias y materias primas industrializadas que complementen la escala de producción necesaria para dimensionar esas industrias. Con todo, la exportación implica siempre la importación y, por lo tanto, la depresión de otros sectores económicos, más allá de estar sujeto a la guerra de mercados para la cual no estamos suficientemente preparados.

En segundo lugar, esa solución es claramente menos progresista, al dejar de lado las necesidades de nuestro pueblo.

En tercer lugar, las dos soluciones son complementarias y lo correcto sería combinar una ampliación masiva del mercado interno a través de la reforma de la propiedad rural que permita el acceso a la tierra de masas de desempleados agrícolas; la reforma tributaria que restrinja el

consumo de lujo y favorezca a las poblaciones de bajos ingresos y las regiones más rezagadas del país; la reforma bancaria y financiera que anule el poder de los especuladores favoreciendo las inversiones productivas; la reforma urbana que acabe con la especulación sobre las tierras urbanas y la marginalización inevitable que provocan junto con las causas anteriores; la reforma de la estructura productiva con el combate al monopolio y al favorecimiento de las medias y pequeñas empresas así como a las formas asociativas de producción como las cooperativas; la democratización y racionalización de la empresa estatal para que el poder económico del Estado se vaya convirtiendo en una fuerza estructurada a través de un centro de planeación de las empresas estatales que imponga progresivamente el interés público sobre la selva de los intereses capitalistas privados.

Reforma agraria, reforma tributaria, reforma financiera, reforma urbana, reforma de la estructura productiva, democratización y racionalización de la empresa estatal son pues las transformaciones básicas que asegurarían al país las condiciones para ampliar su mercado interno, fortalecer su sistema productivo, realizar la sustitución de importaciones e iniciar una nueva fase de creación de conocimiento científico y tecnológico.

Es evidente que estas reformas estructurales tienen que combinarse con las medidas de emergencia señaladas en el capítulo anterior y que deberán convertirse progresivamente en un sistema integrado y permanente de acción social del Estado.

De esa forma podríamos resumir la visión programática que estamos analizando en los siguientes pasos:

- › Reconocimiento del carácter dependiente, concentrador, excluyente y marginalizador del modelo económico del gran capital y del Estado autoritario como el instrumento privilegiado de su aplicación.
- › Privilegiar la inflexión inmediata de ese modelo a través de medidas de emergencia que permitan redireccionar profundamente el sentido del gasto público a favor de las necesidades más urgentes de nuestro pueblo, particularmente las grandes masas en condiciones de pobreza absoluta y los niños y jóvenes que formarán la base del futuro desarrollo del país.

- › En ese sentido invertir masivamente en una reorientación del sistema escolar y de la educación en general, en la salud pública, en la vivienda, en la alimentación y en la generación de empleos.
- › Para consolidar esas medidas de emergencia. Estas deberán profundizarse y enriquecerse con la implantación de un nuevo modelo económico, realizando un conjunto de reformas que permitan asegurar la sustitución de importaciones en el sector de la industria de base y el apoyo y fomento del desarrollo científico-tecnológico y productivo en dirección de nuestra independencia tecnológica, y consecuentemente económica, financiera, cultural, etc.

Realizadas esas reformas se debilitará el poder de las multinacionales, del latifundio, de los especuladores, de los monopolios, de la codicia privada y de la corrupción que corroe el aparato estatal.

Al debilitar esas fuerzas se abren los caminos para los trabajadores asalariados y autónomos, los pequeños y medianos propietarios, y las masas de marginalizados que deberán formar un gran frente en torno del gobierno popular, único capaz de realizar las medidas que las retiraran de la miseria absoluta en que se encuentran. Solamente esta movilización garantizará la sobrevivencia de ese gobierno delante de las enormes presiones que inevitablemente caerán sobre él.

En estos momentos no se puede retroceder bajo pena de perder las conquistas realizadas tal como aconteció con la caída de Goulart en Brasil, de Allende en Chile y muchos otros dirigentes populares y socialistas en América Latina y en el Tercer Mundo en general.

Es preciso avanzar tanto en el plano interno como externo: garantizar la sobrevivencia del gobierno popular y de sus medidas en el plano interno, garantizar la soberanía nacional y la solidaridad de las fuerzas democráticas de todo el mundo en el plano externo.

Para esto, será necesario proseguir en la tarea transformadora pues la mejor defensa es el ataque. Las reformas de base son solamente condición para avanzar. Estas destruyen el poder de las fuerzas que se oponen al progreso. Pero en seguida es necesario organizar la producción y los servicios sobre bases nuevas en donde los intereses populares sean los preponderantes. Para crear y garantizar un nuevo régimen de

producción adecuado a los intereses de esas fuerzas y capaz de realizar sus aspiraciones, se hace necesario avanzar en la dirección de un programa socialista de transformaciones.

¿Cuáles son los puntos básicos de ese programa tal como podemos vislumbrar hoy en día apoyándonos en la experiencia histórica y en la especificidad de la situación brasileña? Este será el tema del próximo capítulo.

IV. Las formas de la transición al socialismo

Es muy difícil prever las formas concretas que adoptará la transición al socialismo en cada país. Estas dependerán de la manera como se desenvuelva la lucha entre las fuerzas emergentes y las viejas clases dominantes. No obstante, podemos y debemos proponer la fórmula de transición menos costosa para la sociedad.

En un país como Brasil, donde las clases dominantes demostraron una capacidad de adaptación a las transformaciones históricas sin guerras civiles generalizadas y sin movimientos sociales profundos, tal vez sea posible pensar en un proceso histórico de implantación del socialismo sin grandes costos sociales. Todo dependerá como ya lo dijimos anteriormente, del comportamiento de las clases en el poder.

El primer aspecto central de la transición al socialismo es el de la propiedad. Solo se puede hablar de socialismo cuando predominan las formas de propiedad sociales y comienzan a cambiarse las relaciones de producción asalariadas por una forma de remuneración del trabajo basada en parte en la participación del trabajador en la producción y en parte en la atención de sus necesidades.

La primera forma de propiedad social es la estatal. Brasil posee hoy un importante sector estatal que representa cerca del 30% de las grandes unidades empresariales. Al mismo tiempo, el Estado maneja un vasto aparato de intervención en la economía que va desde el control del comercio exterior hasta casi el control del sistema financiero.

Sin embargo, este vasto poder estatal es usado a favor de los intereses del gran capital internacional y nacional.

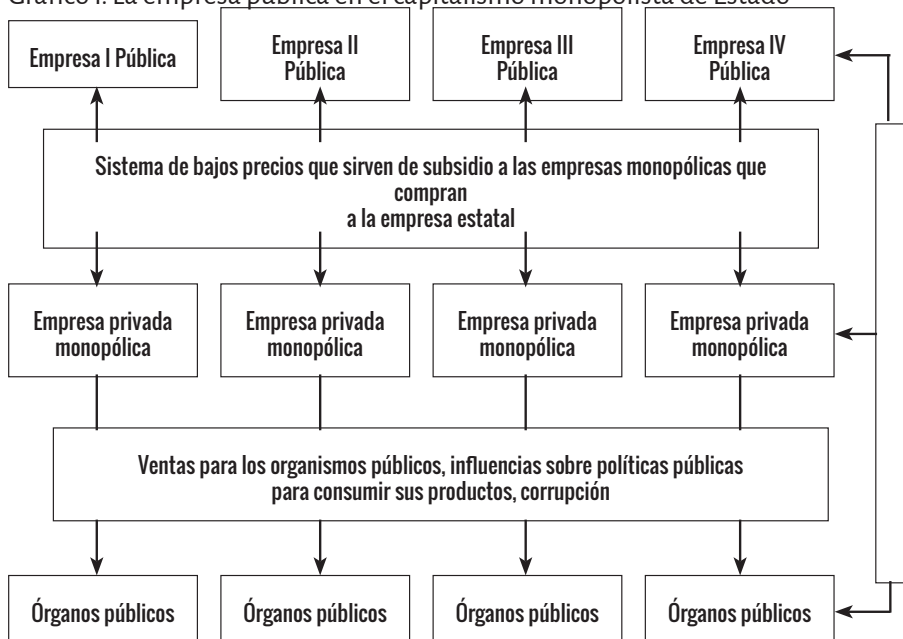
Vivimos en un régimen de capitalismo monopolista de Estado en el cual, el proceso de acumulación capitalista no puede hacerse espontáneamente y tiene que recurrir al estímulo y al auxilio directo del Estado, sea regulando, protegiendo o subsidiando los sectores menos dinámicos, sea asumiendo directamente la producción cuando las actividades son francamente deficitarias o de tasa de ganancia muy baja.

Para que la propiedad estatal cambie de signo en la economía brasileña, será necesario antes de todo nacionalizar el sistema financiero para extinguir la tendencia a la especulación.

Tendrá aun que destruirse la especulación con la tierra agrícola y urbana para lo que no siempre será necesario recorrer mayoritariamente la propiedad estatal.

Así también deberá acabarse con los intermediarios garantizando una circulación y distribución de productos regulada por el Estado que deberá controlar el mayoreo y algunos grandes centros de comercio minorista para impedir una formación de precios especulativa y abusiva y sobre todo la creación de monopolios que auto administran los precios.

Gráfico I. La empresa pública en el capitalismo monopolista de Estado



Pero no basta solamente completar el control estatal de estos sectores clave. Es preciso que el conjunto de empresas y reglamentos estatales actúen según una dirección coordinada y de acuerdo con un plan nacional obligatorio, para el sector estatal, que establezca al mismo tiempo, normas de funcionamiento para el resto de la economía. Actualmente, las empresas estatales actúan anárquicamente y se someten a los intereses de los sectores privados, sobre todo a los monopolios que las utilizan.

En el sistema actual, las empresas estatales actúan separadamente en articulación subordinada con el sector del gran capital (véase gráfico I).

De la misma forma, el sistema de reglamentación estatal, sus subsidios directos e indirectos, el sistema fiscal, etc. funcionan a favor de los monopolios.

Como vimos en el capítulo anterior, la política exterior, la tecnológico-científica, la industrial y la agrícola, y el sistema fiscal deberán ser profundamente cambiados para dar origen a otro tipo de política estatal, en dirección a los intereses de la mayoría y no de los grupos económicos.

De esta manera la articulación entre el sector estatal y el resto de la economía deberá seguir un esquema totalmente diferente del descrito más arriba.

Pero es necesario hacer modificaciones importantes en la estructura interna del sector estatal creando organismos integradores de la producción agrícola, industrial y de servicios que se encuentran directamente bajo el control del Estado, para enseguida articularlas con el sector no estatal de manera subordinada según el público.

Este sector no estatal, deberá sufrir transformaciones profundas. En primer lugar, una fuerte política *antitrust* deberá limitar la formación de monopolios y la gran concentración de capital. Una fuerte política de defensa del consumidor deberá por otro lado, limitar la acción de esas empresas sobre el mercado.

Al mismo tiempo, el Estado deberá estimular y favorecer la expansión de las cooperativas en sustitución al capital monopolista o asociando los pequeños y medianos productores. La cooperativa es un instrumento fundamental de desarrollo de la propiedad social y será tanto más eficaz cuanto mayor sea el apoyo que reciba del Estado y se articule voluntariamente con el sistema de planificación.

Gráfico II. Capitalismo de Estado en transición al socialismo



Al lado de las cooperativas, se debe apoyar el sistema de autogestión, basado en la iniciativa autónoma de los trabajadores articulados libremente en una sociedad democrática de productores. Este sistema ha mostrado ser muy eficaz sobre todo en medianas y pequeñas empresas y en el caso de Yugoslavia se tiene desarrollado ampliamente en todos los sectores de la economía y de la gestión pública. Siendo un sistema de propiedad social debe articularse también con los dos niveles anteriores para integrar siempre que sea posible el plano nacional.

La propiedad privada deberá sobrevivir en aquellos sectores donde tradicionalmente se instaló y cuando no se trate de zonas estratégicas para la planificación. En muchos casos se pueden adoptar formas de empresas mixtas entre Estado y multinacionales o particulares que traigan importantes contribuciones tecnológicas. Este sector privado deberá, sin embargo, aceptar una limitación para las

tasas exageradas de ganancias, y sobre todo para el enriquecimiento personal basado exclusivamente en la propiedad financiera.

La pequeña y mediana propiedad deberá ser protegida y estimulada a asociarse en cooperativas, por su papel social de creación de empleos y por su capacidad de dedicarse a sectores que serían poco razonables en un sistema estatal. Se debe estimular también a la pequeña empresa donde el dueño sea también un trabajador que traiga a la sociedad sus conocimientos especializados o su pericia en el sector.

De esa manera se formaría un sistema empresarial-estatal totalmente diferente del anterior, que tendría las características que se muestran en el gráfico II.

Este sistema productivo complejo tendrá que administrarse en un ambiente democrático con una normatividad constitucional y legal dinámica que vaya asimilando los procesos de cambios, que sean provocados necesariamente por la nueva realidad económica.

Por otro lado, las formas de propiedad no cubren todos los aspectos esenciales de la transición. Es necesario modificar también las relaciones de producción, es decir, el sistema salarial. En el socialismo es necesario asegurar al trabajador alimentación, salud, vivienda, educación y empleo de carácter permanente. Ya no se trata de la política de emergencia que asimilamos en los capítulos anteriores. Se trata de crear un régimen permanente de pleno empleo y de garantía de las necesidades básicas de la población.

Al mismo tiempo, las condiciones de trabajo y de las relaciones de jerarquía en el trabajo deben basarse cada vez más en la responsabilidad colectiva de los productores.

La empresa estatal deberá ser dirigida por un sistema de cogestión entre los representantes del Estado y de los trabajadores, las cooperativas deberán mantener mecanismos democráticos amplios de participación de sus socios en su gestión. La autogestión por principio, favorece la democracia empresarial. La empresa privada deberá admitir la participación de los trabajadores en la gestión y en los lucros.

Fuera del sistema productivo, en toda la sociedad deberán desarrollarse mecanismos democráticos de gestión tanto en el aparato estatal como en la universidad, la escuela y la propia unidad familiar. El

socialismo no puede convivir con ninguna forma de discriminación racial, de sexo, o de cualquier tipo. La sociedad tendrá que ser educada para la solidaridad mutua y la hermandad y el compañerismo entre los seres humanos.

Esto puede parecer una utopía basada en deseos. Sin embargo, se trata de una visión racional de las condiciones de funcionamiento de la economía y de la sociedad brasileña y de las transformaciones en ella posibles de establecerse, por un período relativamente importante, un gobierno de orientación socialista en un país que sepa defenderse de los ataques de la ultraderecha y conquistar la simpatía y la movilización popular.

Las fuerzas populares tienen que tener un plan de gobierno para presentar al pueblo brasileño. No pueden intimidarse con las dificultades que aparentemente las separan del poder y de la realización de sus ideales. Estas tienen que aprender a objetivar sus ideales en metas precisas, en estrategias y tácticas con etapas definidas.

Por eso no entramos en demasiados detalles en este capítulo. Se trata de prever solamente las líneas generales de un proceso de transición socialista en un país con las características de Brasil.

En la fase actual estamos luchando aún por las medidas de emergencia y colocando en la perspectiva política las reformas de base antes señaladas. Pero no dejamos de esclarecer a nuestro pueblo que esas etapas no podrán ser consolidadas si no damos, en el futuro, los pasos siguientes para hacer prevalecer los mecanismos socialistas sobre el capitalismo salvaje, dependiente, concentrador y marginalizador –único posible en la actual etapa histórica tal como vimos en la primera parte de este libro–.

V. El hombre nuevo: objetivo final del socialismo

Vimos en los capítulos anteriores los aspectos socioeconómicos de la transición al socialismo. No obstante, estos deben ser considerados solamente como las condiciones necesarias para crear un nuevo tipo de ser humano.

La lucha por instituir una nueva sociedad más fraternal y humana contradice muchos y poderosos intereses ya constituidos e instalados secularmente en el poder.

El capitalismo en su proceso revolucionario destruyó la idea feudal de una sociedad de castas desiguales. El capitalismo pasó a fundamentar la diferencia de las clases sociales no en la herencia sino en el éxito económico. Cualquier individuo que alcance la riqueza puede ocupar una posición de poder y prestigio en la democracia burguesa.

Es verdad, con todo, que el derecho de herencia restableció fuertes privilegios oligárquicos en el interior de la democracia burguesa. Las 200 familias norteamericanas que formaron el núcleo de poder económico del este de los Estados Unidos continúan desempeñando esta función, a pesar de su debilitamiento interno por la decadencia moral de sus descendientes, obligados a recurrir cada vez más a gerentes y directores competentes para cumplir las funciones de su país o abuelos y por el ascenso de nuevas fuerzas económicas en el oeste y en el sur de los Estados Unidos.

Pero así mismo, con esta fuerte formación oligárquica en su interior, el capitalismo aún permite una movilidad social muchas veces superior a cualquier régimen que le antecedió.

En los países subdesarrollados y dependientes como el nuestro, el poder económico emergente capitalista tiende rápidamente a identificarse con el comportamiento oligárquico tradicional de las antiguas clases dominantes rurales y mercantiles.

Incluso nuestras clases medias con sus restringidos números de profesionales liberales, que se distancian radicalmente de los niveles de renta y de los patrones de vida de nuestro pueblo asumen normalmente un modelo de comportamiento oligárquico.

La manutención de las relaciones semiserviles en el seno de la familia con la sobrevivencia de las empleadas domésticas; la vasta masa de criados en las calles, en los bares y restaurantes; la prostitución de mujeres y hombres al servicio de los sectores de alta renta; la subyugación y la sumisión de las poblaciones consideradas no solo social sino también racialmente inferiores de negros e indios; todos estos fenómenos arcaicos se conjugan para hacer las distinciones de clase aún fuertemente marcadas por las formas de casta social.

El capitalismo dependiente no consigue eliminar estos fenómenos, pues favorece la concentración de la renta y la marginalización

de amplias masas. De esta forma, la creación de un ser humano más independiente, más igualitario y más desarrollado se limita a capas sociales minúsculas, con la agravante de que, por más progresistas que sean sus ideas, sus conductas prácticas continúan dentro de los patrones tradicionales exploradores, opresores e indiferentes a la suerte de millones.

Por eso, la lucha por el socialismo en nuestros países es antes que nada un imperativo ético. Ninguno puede pretender defender, aunque modestos, los objetivos de convivencia democrática e igualitaria sin aceptar el programa mínimo de transición al socialismo que esbozamos anteriormente.

No se puede creer en la solidaridad humana conviviendo insensiblemente con menores abandonados, mendigos, desempleados, trabajadores sin preparación y medios de vida mínimos, campesinos abandonados a su suerte, arrancados de sus tierras, jóvenes lanzados a la criminalidad más brutal, etcétera.

Solamente superando esos problemas colosales derivados de la división de la renta generada por el modo de producción capitalista en las condiciones dependientes y subdesarrolladas comenzaremos a erigir en nuestro país las bases de una ética, donde el hombre sea el semejante del hombre. Donde la igualdad racial, económica, sexual, educacional comience a despuntar como una meta posible.

Por lo tanto, para impulsar las transformaciones iniciales que nos conducirán al socialismo, tenemos que dar cuenta de la violencia social en que vivimos.

Tenemos que transformar en indignación las actitudes complacientes con las cuales aceptamos hoy en día esas realidades brutales.

Tenemos que superar esa ética tecnocrático-burocrática que pretende sustituir los sentimientos morales por la “eficiencia” subyugada y dependiente de los poderosos.

Tenemos que retomar el espíritu épico y romántico con el cual realizamos las luchas de los anarquistas en los años diez; de los tenientes de la columna cerca de los años veinte; de los estudiantes de la UNE en la lucha por la democracia en los años cuarenta; de los más amplios sectores sociales en la campaña por el “petróleo es nuestro” en los años

cincuenta; de los obreros, estudiantes, campesinos, oficiales democráticos y sargentos que realizaron la resistencia por la legalidad, en 1961; de las mujeres, intelectuales y profesionales que sustentaron la lucha por la amnistía y muchas otras páginas de heroísmo, desprendimiento y resistencia de nuestro pueblo.

Tenemos que rescatar la retórica, la pasión, el espíritu exaltado de los luchadores sociales de todos los tiempos. No podemos aceptar los engaños morales que los tecnócratas quieren imponernos en nombre de la “racionalidad” (¡de ellos!), de la objetividad (¡de ellos!), de la ciencia (¡de ellos!), etcétera.

No hay ciencia sin pasión por la verdad, sin disciplina impuesta por la entrega a una causa, no hay racionalidad sin claridad de objetivos, sin lucidez histórica. No hay objetividad sin definición de metas y objetivos a alcanzar junto con la colectividad, sin claridad política, en fin.

El hombre nuevo que queremos crear será el heredero de esas luchas sociales, de esa pasión, de esa disciplina, de esa entrega generosa y saludable.

En la medida en que creemos las condiciones sociales y políticas para la superación de la miseria, del analfabetismo, de la marginalidad iremos, a través del ejemplo generoso de nuestra generación –y solo a través de este ejemplo lo conseguiremos– creando las condiciones para un ser humano que no necesita preocuparse más por su sobrevivencia diaria, pudiendo dedicarse a su autoperfeccionamiento intelectual, moral, espiritual y material.

Al alcanzar niveles superiores de producción debemos liberar al ser humano de las tareas más elementales, duras, repetitivas, desgastantes y contaminantes.

La automatización –que aparece hoy como una devoradora de empleos y marginalizadora de los trabajadores– será incorporada masivamente a la economía para fines completamente distintos.

Eliminando el régimen asalariado capitalista, la automatización servirá para liberar al hombre del trabajo directo, disminuyendo la jornada de trabajo, aumentando el período de su formación educativa, terminando con el trabajo del menor que hoy aniquila

generaciones en nuestro país, aumentando el tiempo libre para el perfeccionamiento cultural y moral de nuestro pueblo.

La meta inicial será la de tener a toda la población con educación primaria mínima. En pocos años, tal como lo alcanzaran países mucho más pobres de recursos que nosotros, alcanzaremos la meta de educación media superior para todos los ciudadanos en edad escolar.

Nuestra población de profesionistas liberales deberá elevarse significativamente para alcanzar los niveles mundiales de médicos, dentistas, profesores, etc. por habitante.

La cantidad de científicos enfocados a la búsqueda de nuestra realidad y del conocimiento puro, necesario para el avance de la ciencia, deberá elevarse también drásticamente.

Estos cambios cuantitativos generarán una nueva calidad de vida y transformarán radicalmente la cara de nuestro pueblo.

Nuevas generaciones de jóvenes saludables, cultos y esperanzados, aplicados en las tareas del porvenir, deberán suceder a las masas de ladrones, delincuentes, niños abandonados, drogados y alcohólicos que forman gran parte de la juventud de Brasil de hoy.

El espíritu individualista, prejuiciado y arrogante de nuestras clases medias, que desprecian a sus semejantes y aprueban la violencia policial para tener paz en sus casas, rodeadas de miserables, y son capaces de recurrir a las peores violencias para sustentar a sus patrones mediocres de vida, deberá ser sustituido por generaciones de jóvenes generosos, conscientes del destino de sus semejantes, dispuestos a dar la mano a todos ellos hermanados en una misma lucha.

Las clases empresariales, cuya ayuda será estimulada para gestionar el proceso de transición al socialismo, tendrán que abandonar su ambición y su espíritu mezquino e individualista desarrollado en la búsqueda del lucro fácil.

El Estado popular deberá garantizar su seguridad dentro de márgenes de lucros aceptables socialmente. Desaparecerán gran parte de sus angustias determinadas por la violencia de la concurrencia capitalista actual y la inseguridad que esta genera al lado de una política económica que favorece al especulador en detrimento del empresario.

Se dará a ellas la orientación razonable y lúcida de planos económicos posibles que serán perfeccionados con el tiempo a través de la crítica y la autocrítica, de la experiencia acumulada de una nueva economía socializada progresivamente.

El especulador será reprimido de la misma manera que el bribón, el contrabandista o irresponsable social de nivel medio e inferior.

La sociedad buscará alternativas profesionales para estos sectores a través de sistemas de recuperación social.

La cultura, protegida y apoyada por el pueblo, combatirá estas formas de existencia: la violencia y la falta de carácter, en vez de exaltarlos como lo hacen hoy en día nuestras crónicas policiales, nuestra literatura y nuestros medios de comunicación.

La cultura hoy dirigida autoritariamente por los dueños de los medios de comunicación será gestionada por los sindicatos, universidades, artistas, científicos y otros sectores sociales organizados, para abrir camino a la creatividad de nuestro pueblo hoy excluido de esos medios de comunicación.

Habrà apoyo libre y desinteresado al conocimiento científico y a las manifestaciones más sublimadas del arte que no encuentran ningún canal de apoyo en los actuales medios de comunicación que explotan las emociones, sentimientos, e instintos más negativos y antisociales, patrocinando la violencia anárquica e individualista.

El hombre nuevo será un lector ávido de conocimientos, frecuentará en su lugar de trabajo y de hogar bibliotecas, discotecas, teatros, ballet, cines, conciertos que hoy no existen, y desarrollará su sensibilidad estética al máximo.

Nada de esto es utópico. Ya fue hecho en muchos países del mundo y depende solamente de una distribución distinta de los recursos humanos y materiales existentes en nuestro país. El mundo moderno ya alcanzó la base material para que el hombre alcance estos objetivos y supere las formas más primarias de existencia.

Lo que impide que esas potencialidades se desarrollen en el plano mundial, es la conservación de las relaciones sociales basadas en la forma arcaica de la propiedad privada; en las relaciones mercantiles cada vez menos capaces de orientar el intercambio entre las gigantescas

unidades de producción más y más socializadas y planificadas; en las relaciones de producción asalariadas en un mundo donde las necesidades humanas tienen que ser atendidas por grandes unidades de producción y de atención de servicios socializados.

Más grave aún: la lucha por mantener esas relaciones arcaicas obliga a las clases dominantes, ya condenadas históricamente, al uso abusivo y creciente de la violencia.

La amenaza de una guerra mundial: las guerras limitadas; los golpes de estado, los desequilibrios de gobiernos progresistas forman una cadena de actos de fuerza que destruyen masivamente enormes fuerzas productivas.

Los gigantescos gastos militares; las necesidades de enormes aparatos represivos; el desvío del conocimiento científico y tecnológico para la destrucción militar, por un lado, y la destrucción civil operada por el consumismo, por otro; las crisis económicas con sus secuelas sociales de desempleo y la criminalidad creciente forman un cortejo de elementos destructivos e irracionales que conducen a la humanidad a la desesperanza y al paroxismo.

La conservación de vastas regiones del mundo en condición de dependencia y subdesarrollo aniquila masas de niños, jóvenes, hombres maduros y viejos y provoca un malestar universal que debilita la calidad moral del hombre contemporáneo.

La destrucción masiva de la naturaleza por el rechazo a las formas racionales y humanas de producción y gestión, para defender los intereses del capital; los límites establecidos a la liberación de la mujer, los preconceptos contra razas, pueblos y minorías sociales, he ahí un conjunto de elementos culturales que se basan en las secuelas históricas del paternalismo fundado en la propiedad privada, en el imperialismo, fase superior del capitalismo, en el puritanismo, y otras formas culturales dirigidas a la acumulación irracional de riquezas por el individuo privado.

Todas esas realidades espantosas que amenazan la sobrevivencia de la humanidad contemporánea no desaparecerán automáticamente con el fin del reino de la propiedad privada, del salario, del lucro y del mercado.

Pero la eliminación de esas relaciones sociales es condición necesaria para que la humanidad pueda avanzar hacia la superación de esos problemas angustiantes.

La ciencia llegó a nuestros días a dilemas angustiosos. El hombre comienza a conquistar el macrocosmos del universo extraterrestre y al mismo tiempo inicia el dominio del microcosmos nuclear que lo puede llevar a nuevas fases de inmenso progreso o a su destrucción como especie.

El dominio de la genética a través de la ingeniería genética; el descubrimiento de nuevas fuerzas como el láser; la invención de materiales sintéticos cada vez más moldeados por las necesidades humanas; la posibilidad de utilizar nuevos materiales traídos o producidos en el cosmos, todas esas enormes potencialidades no pueden ser administradas por una humanidad dividida en clases antagónicas, apoyada en la mezquindad de la propiedad privada de los medios de producción y del individualismo posesivo, dilacerada por prejuicios y luchas raciales, teniendo la mitad de la especie humana –las mujeres– reducida a posiciones subalternas humillantes y restrictivas de su desarrollo espiritual. No podrán ser administradas por un mundo dividido entre pueblos ricos y poderosos y masas de mendigos y delincuentes.

Las formas tradicionales de organización familiar, de educación, de organización nacional que sobreviven como consecuencia de las relaciones sociales anárquicas y contradictorias en que vivimos se rebelan día a día contra esa situación paradójica.

Por un lado, la conservación de las fuerzas productivas destruye las bases materiales de su sobrevivencia. Por otro lado, la conservación de las formas de propiedad, relaciones de trabajo y de intercambio capitalista las obligan a sobrevivir en las condiciones más deterioradas.

Este malestar de nuestro tiempo solo será superado a partir de un nuevo orden económico, social y político que corresponda a las nuevas realidades de nuestro tiempo.

La humanidad tiene al frente una tarea mundial para construir un mundo justo, humano y fraterno, capaz de elevar a nuevos niveles la capacidad creativa de la humanidad y de cada hombre. No se trata de anular al individuo a un nuevo oscurantismo colectivista. Por el contrario,

se trata de destruir las barreras sociales entre cada uno de los simples pigmeos al podemos ser gigantes. Se trata de crear las condiciones sociales para el pleno desarrollo de cada individuo.

Después de un largo proceso histórico el hombre salió de las condiciones primitivas de la horda animal donde él no se reconocía como individuo para desarrollar esa individualidad a través de la reorganización de la colectividad de una manera en que muchos tenían que sacrificar su desarrollo personal, manteniéndose en un estadio primitivo y oprimido, para permitir el mayor –pero aun limitado– desarrollo de unos pocos.

Solamente el capitalismo, al potenciar el desarrollo de las fuerzas productivas a través de la moderna industria, creó las bases de una civilización donde todos los individuos podían aspirar a su pleno desarrollo.

Sin embargo, el capitalismo opuso a la plena materialización de esa potencialidad los estrechos límites de su sistema social.

Al deificar un falso individualismo posesivo, basado en la lucha del hombre contra el hombre, a través de la competencia desenfrenada y ciega, el capitalismo se convierte en una barrera para la plena realización de cada individuo.

El individuo socialista, el hombre nuevo, solo cree en su propio desarrollo como resultado de avance de toda la sociedad. Él sabe que hasta hoy las grandes individualidades fueron producidas a costa del sacrificio de las grandes masas. Él sabe también que en nuestros días se creó la base material para que toda la humanidad disfrute del progreso, del ocio y de la cultura. Él sabe también que el pleno desarrollo del individuo solo se alcanza con el pleno desarrollo de la humanidad que tiene que unirse en una sola sociedad planetaria bajo pena de generar su autodestrucción si no fuera capaz de responder al desafío de nuestra época.

El hombre nuevo es pues, antes que nada, un imperativo ético de nuestro tiempo. Es el propio instinto de sobrevivencia de la humanidad el que la obligará a superar las limitadas bases de su organización social actual y del desarrollo de los individuos que la componen.

Brasil no será siempre un espacio de atraso y miseria, ajeno a estas grandes tareas de la humanidad. El hombre brasileño saldrá de la prostitución y el atraso en que se encuentra y pondrá su mente y corazón en la historia en unísono con el palpitar de nuestro tiempo.

TERCERA PARTE.**EL MUNDO CAMINA HACIA EL SOCIALISMO****I. El mundo camina hacia el socialismo**

“El mundo camina hacia el Socialismo”. Esta afirmación tiene cada vez más la fuerza de una verdad indiscutible. Si buscamos la historia de nuestro siglo podemos exponer varias conclusiones sobre la verdad de esa declaración.

1) El socialismo era un fenómeno básicamente europeo hasta el fin de la Segunda guerra Mundial. Llegó al poder por primera vez a través de un gobierno representativo de varias corrientes socialistas y anarquistas de Francia, durante la Comuna de París en 1871, aplastada en seguida por la unión de las tropas francesas y alemanas, hasta entrados en lucha.

En 1917, se instauró en Rusia la primera experiencia permanente de un Estado que sustituye los principios de la economía mercantil capitalista por la economía de la propiedad pública, regida por el principio de la planificación.

Durante estos años se formaron también gobiernos de orientación socialista en otras partes de Europa, sin hablar del breve gobierno bolchevique húngaro que llega al poder por la revolución pero que es luego derrotado. Los principales casos son los gobiernos socialdemócratas liberales que asumen el poder con la caída de los imperios alemán y austríaco.

En general, estos gobiernos se establecen bajo bases electorales y no pretenden instaurar una economía socialista. Sus objetivos se limitan a la defensa de la democracia, a la aplicación de la legislación, del trabajo y a establecer ciertos controles de los monopolios, de los lucros excesivos y de la especulación capitalista.

Raramente, se proponen nacionalizar sectores importantes de la economía como lo hicieron los gobiernos laboristas de 1931 y 1945-1951, o el gobierno de colisión gaulista-socialista-comunista que llega al poder en la esfera de la resistencia anti nazista victoriosa en 1945.

En algunas partes, como en los países Escandinavos, la socialdemocracia logra mantenerse en el poder por períodos suficientemente largos

para combinar el capitalismo en expansión con una economía sobre todo cooperativa pero también estatal en una amplia legislación social.

No obstante, en ninguno de esos casos, se sustituye el régimen de producción basado en la hegemonía de la propiedad privada, de la relación asalariada y del intercambio mercantil, a pesar de la introducción de muchas restricciones a su pleno ejercicio, solo posibles en una economía en expansión.

2) Después de la Segunda guerra Mundial, el fenómeno del socialismo aparece ligado a las fronteras del avance soviético contra el dominio hitlerista y japonés. En Europa Central, en Asia fronteriza a la Unión Soviética y en China se formaron regímenes económico-sociales de orientación semejante al modelo de industrialización aplicado en la Unión Soviética durante el período de Stalin que se extendió entre 1927 y 1954. Según la interpretación de Stalin, la segunda fase de la reforma agraria que liquidó con la resistencia de los campesinos ricos, el énfasis en el desarrollo de la industria de base, el control riguroso de Estado y de la economía por el Partido Comunista fueron los factores fundamentales que permitieron a la Unión Soviética derrotar la amenaza nazista y convertirse en una gran potencia socialista.

Estas primeras experiencias socialistas sobre un modelo rígido estalinista solo fueron contestadas en aquella época por la revolución yugoslava que reivindicó sus características propias e inició en el fin de la década de los 40 una experiencia pionera de socialismo autogestionario en condiciones internacionales muy adversas (rompimiento con la Unión Soviética y difíciles tentativas de aproximarse, sin perder su autonomía, a los Estados Unidos y a la socialdemocracia europea). Para abrir un espacio de autonomía indispensable, la Yugoslavia de Tito se convirtió en base ofensiva para el movimiento de los no alineados que se mostró extremadamente atractivo para los países del Tercer Mundo.

Las experiencias de implantación del modelo estalinista llevaron a violentos choques internos con las enormes masas campesinas y con las supervivencias pequeño-burguesas que no podían ser económicamente superadas por la fuerza. Estas contradicciones y las divergencias nacionales exploradas por grupos nacionalistas e intereses internacionales de derecha llevaron a la intervención militar en Hungría, en Polonia y en Checoslovaquia.

El período pos-staliniano fue caracterizado por la búsqueda de nuevas políticas económicas que respetasen las especificidades nacionales y las determinaciones de la economía por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta nueva política permitió poco a poco el restablecimiento de la pequeña y media propiedad en muchos de esos países, buscó establecer una división del trabajo menos rígida dentro del bloque socialista estimulando incluso las relaciones económicas con los países capitalistas, cada vez más obligados a reconocer la fuerza y la presencia de las economías socialistas que pretendían destruir en su nacimiento.

Estos cambios tenían que reconocer las diferencias nacionales en la evolución histórica para el socialismo. La idea sectaria de un modelo único de desarrollo socialista fue siendo superada progresivamente por la constatación de su diversidad histórica.

Las relaciones entre los países socialistas también se diversificaron. La Unión Soviética restableció sus relaciones con Yugoslavia, que no abandonó sus principios basados en la democracia autogestionaria, en el no alineamiento y en la descentralización administrativa.

Con todo, las realidades geopolíticas fueron imponiéndose a un mundo de naciones socialistas, con intereses propios en el escenario internacional. La idea del internacionalismo proletario, comandado por la revolución rusa, que había sido contestada por la social democracia y por el socialismo europeo encontró nuevos enemigos dentro del propio campo socialista. La confrontación entre la Unión Soviética y China socialista en la década del sesenta sacudió seriamente un conjunto de dogmas de la fase estalinista sobre la no existencia de contradicciones en las formaciones socialistas.

3) Por lo tanto, en la medida en que el socialismo se expandió, se diversificó al mismo tiempo. En consecuencia, tiene que hacerse cada vez más rico y complejo el análisis y la teoría del pasaje histórico del capitalismo al socialismo en escala mundial.

El modelo estalinista de los años 1927-1954 fue siendo superado en la propia Unión Soviética dando origen a nuevas experiencias de reformas económicas cuyas implicaciones exigirían ser tratadas en otro libro.

Dentro del bloque del Pacto de Varsovia se producían diferencias entre los modelos más nacionalistas de la Unión Soviética, la Alemania Democrática y Bulgaria y las experiencias de restablecimiento de relaciones mercantiles bajo el control de la planificación en Checoslovaquia (luego reincorporada al modelo más rígido, pero con diferencias debido a la importancia del sector privado en este país), en Hungría, Rumania y Polonia.

La experiencia china siguió caminos sigzagueantes. Comenzó con un modelo muy construido en la Unión Soviética que originó la primera fase de transición entre 1949-1956. En 1958-1961, dio inicio el “gran salto para el frente”, que intentó una expansión económica forzada, que llevó en parte al choque con los soviéticos.

Después del rompimiento con la Unión Soviética y la tentativa de iniciar un proceso revolucionario mundial entre 1961 y 1966, se encendió la revolución cultural con sus variadas fases de 1966-1988 y de 1969 a 1976, donde se realizaron experiencias de movilización de masas para superar las dificultades derivadas del aislamiento internacional de China. Apoyarse en sus propias fuerzas era el único lema viable delante de este aislamiento de los centros vitales de generación de tecnología.

Aunque muchos entendían como una contrarrevolución las reformas introducidas a partir de 1976 por el equipo de Teng Ziao Ping, es necesario considerar la grave situación de desorden y anarquía en que se encontraba el país después de 15 años de disputas internas, aislamiento internacional y empobrecimiento.

Por mayores que sean los errores derivados de una vana esperanza de amplia colaboración económico- tecnológica con los Estados Unidos y de un nacionalismo chino, antihistórico y, sobre todo, antisoviético, la nueva dirección política permitió a China reencontrar los instrumentos de autocontrol que le permitirían situarse de nuevo poco a poco, en el escenario internacional.

El modelo yugoslavo pasó también por varias fases que oscilaron en mayor descentralización y desarrollo de los mecanismos de intercambio mercantiles y autogestionarios y períodos de mayor centralización y desarrollo de los mecanismos de regulación estatal.

El modelo yugoslavo también perdió sus seguidores mecánicos. Hoy todos los países socialistas buscan inspirarse en las experiencias de autogestión, descentralización administrativa y cálculo económico a nivel de empresa desarrollados en aquel país sin pretender, sin embargo, seguir su “modelo”.

La experiencia cubana, aunque considerada por muchos como bastante identificada con la orientación soviética, siguió un camino totalmente distinto debido a su dependencia del comercio exterior, el carácter urbano de su economía pre-socialista con un gran desarrollo de los servicios. El papel de las entidades de base como los centros de Defensa de la Revolución y el Poder Popular jamás decayó generando mecanismos de participación intensa de la población en varias fases del proceso asistencial, productivo y distributivo. El contenido democrático y participativo de la Revolución Cubana evolucionó permanentemente, transformándose en una experiencia extremadamente rica y original.

No es necesario decir que en un África en donde subsisten formas tribales, recién salidas del colonialismo, y en un Asia campesina, después de años de guerra de liberación en la indochina o de una dramática división nacional, como en Corea, la ordenación de esas economías siga también caminos propios que intentaron ser captados en conceptos genéricos y poco útiles como el de vías no capitalistas, economías intermediarias, etc. Es necesario, con todo, reconocer que es la propiedad social la que dirige esos procesos de acumulación en el camino de una sociedad socialista.

4) Debemos por otra parte a la diversificación anterior la gran novedad histórica introducida por el proceso chileno; la propuesta de una transición al socialismo (recordemos que los gobiernos socialistas anteriores conquistados por elecciones nunca se propusieron realizar una transición al socialismo) a través de una vía democrático-electoral. Este es un nuevo elemento diferenciador que hace aún más compleja la fase histórica de transición global del capitalismo al socialismo.

La propuesta chilena se repite hoy con nuevas características en el gobierno socialista francés que también pretende programáticamente realizar una transición hacia un régimen socio-económico socialista.

El gobierno social-demócrata sueco, recién colocado en el poder, pretende también sustituir la propiedad privada por la propiedad sindical generando un tipo socio-económico nuevo de transición al socialismo.

La perspectiva de un proceso de transición socialista que se combine con las instituciones liberal-democráticas se convierte pues, de una propuesta intelectual, en una experiencia práctica.

En el caso de Chile esta experiencia fue interrumpida por la violencia golpista, pero parece ser más difícil utilizar el arma del golpe de estado en países de mayor desarrollo institucional y de las fuerzas productivas como Suecia y Francia.

Todo indica, por lo tanto, que vamos a ver en Europa la formación de economías basadas mayoritariamente en la propiedad estatal, en formas cooperativas o en nuevas formas de propiedad social como el caso sueco de control sindical de las acciones de gran parte de la economía.

Estas economías tienden fuertemente a regirse por un sistema de planificación único al cual se pretende someter a las leyes mercantiles de regulación económica, que no desaparecen totalmente de la economía.

En el plano político, parece constituirse por primera vez en la historia europea, una mayoría electoral socialista-comunista y se crean las bases para gobiernos, de largo alcance, basados en una alianza que excluía por fin los liberales de los gobiernos socialistas y social-demócratas.

Esta posibilidad se restringe a Suecia, Finlandia, Francia, España y Grecia en el momento actual. No todos estos gobiernos pretenden realizar transformaciones tan profundas como los programas de los gobiernos francés y sueco. No obstante, es necesario prestar atención seriamente a la novedad absoluta de esta situación histórica y no confundirla con los casos de gobiernos social-demócratas, socialistas y comunistas anteriores que nunca contaron con una mayoría suficiente para excluir los liberales del gobierno.

5) Como vimos, el socialismo como doctrina y movimiento surge en Europa, pero se va expandiendo a otras regiones en ondas sucesivas que acompañan en parte el proceso de expansión económica del capitalismo.

La primera experiencia socialista se hace en un país básicamente feudal –Rusia–, que ya había iniciado una industrialización importante en Petrogrado y Moscú.

Esto condicionó sus tareas y objetivos: el gobierno socialista revolucionario tuvo que realizar en condiciones extremadamente adversas (dos guerras mundiales, una guerra civil con invasión de países, luchas sociales violentas internas y presiones internacionales) muchas tareas propias del capitalismo, como una nueva versión de acumulación primitiva en nuevas bases –lo que Preobrajenski llamó de “acumulación socialista originaria”–. Se trataba del paisaje de una economía agrícola a una industrial bajo la orientación de la planificación estatal. Un proceso arduo y conflictivo que exigía la expropiación de los excedentes generados en el campo para ser aplicados en la ciudad provocando necesariamente la resistencia de los campesinos.

En los casos posteriores, como Europa oriental y China, se crearon conflictos entre la industrialización y la agricultura que fueron en general resueltos parcialmente con grandes concesiones a los campesinos. En consecuencia, las políticas económicas de esos países oscilaron al saber de las confrontaciones entre las clases, los apoyos externos recibidos por ellas, el papel mediador de la burocracia estatal y de la tecnocracia que también tiene sus intereses propios y los terribles dilemas geopolíticos de una Europa dilacerada por el conflicto Este-Oeste.

En los países de desarrollo industrial maduro como Francia y Suecia, se colocaron de forma distinta a las metas y tareas de una transición socialista. Se trata, en este caso, de adaptarse a los cambios tecnológicos revolucionarios que se diseñan en el horizonte industrial, de la relación de las grandes corporaciones estatizadas y las cooperativas con las medianas y pequeñas empresas, de las relaciones con el Mercado Común Europeo y con el complejo sistema económico internacional, sea en su vertiente capitalista desarrollada y dependiente o en la socialista con sus variaciones.

¿Será la propiedad pública y social, bajo el control de los trabajadores, más capaz que el gran capital internacional y el capitalismo monopolista de Estado para realizar las tareas de superación de la crisis actual del capitalismo y de introducir los cambios tecnológicos profundos, garantizando el pleno empleo y la igualdad social?

El socialismo vuelve así a Europa después de un fructífero y complejo viaje por el mundo pre capitalista.

6. Brasil, como país del Tercer Mundo con un importante desarrollo industrial, montado sobre una estructura de desigualdad social, concentración de renta y de la economía, dependencia y miseria absoluta de las más escandalosas del mundo tendrá mucho que aprender de ambas experiencias.

Por un lado: un proletariado industrial joven, una clase media asalariada sin compromisos ideológicos profundos con el régimen capitalista y masas de desempleados y marginalizados que no confían en el sistema que los creó y sus representantes.

Por otro lado, una clase dominante insensible hasta el momento, a la gravedad de la situación social generada por el modelo económico pro-imperialista, sin contrapesos, que se impuso a la fuerza al país.

El movimiento socialista, que incluye la particularidad nacional expresada en las tradiciones históricas laboristas, tiene que preocuparse por asegurar las condiciones más equilibradas posibles para transitar hasta una democracia de profundo contenido popular. Apostar en una gran convulsión social cuyos resultados serían imprevisibles sería un camino aventurado que una dirección política experimentada no seguiría.

Sin embargo, sabiendo de la incapacidad de las clases dominantes y de las élites políticas por ella generadas para asegurar la sobrevivencia del progreso y de la democracia, cabe al movimiento socialista asumir su responsabilidad histórica en el proceso de transición democrática ocupando un papel protagónico para garantizar su eficacia y profundidad.

Si las actuales clases dominantes se mostraran definitivamente incapaces de garantizar el orden y una transición pacífica para la democracia, correspondería a las fuerzas populares asumir esta responsabilidad.

Pero ellas no podrán en este caso, detener su atención en las tareas democráticas formales —ellas tendrán que llevar hasta el fin este proceso, asegurando que la democracia sea un instrumento para realizar las transformaciones sociales profundas que reclama nuestro pueblo.

El resultado de este proceso será por lo tanto la implantación de una experiencia inédita socialista. Brasil avanza hacia el socialismo, y se incorporará así a la historia mundial contemporánea.

Ya vimos en los capítulos anteriores las implicaciones programáticas internas que nos permitirán construir una alternativa socialista en Brasil. Veamos ahora cómo un gobierno socialista deberá comportarse

en el escenario internacional, ya sea para asegurar sus transformaciones internas, o para cumplir un papel positivo en el desarrollo de la historia contemporánea, de la cual estamos casi marginalizados por las posiciones reaccionarias de nuestros gobiernos.

II. El camino del no-alineamiento

Vimos en el capítulo anterior cómo el socialismo se viene convirtiendo en el movimiento fundamental que dirige la historia contemporánea. Vimos como el proceso de expansión del socialismo en el mundo conduce a diversas formas y experiencias de transición al socialismo, sea en lo referente a la manera como esta transición se hace, sea en lo que respecta a las estructuras socioeconómicas concretas que emergen de las diversas realidades nacionales.

Durante muchos años, el movimiento socialista estuvo dividido con respecto a su posición sobre la experiencia soviética, en esta época la única existente.

Los que apoyaban y pretendían erigirla en un modelo a seguir por los otros países se congregaron en torno a dos partidos comunistas unidos en la Tercera Internacional (1919-1943) y posteriormente en el Cominform (1947-1954) y actualmente a través de reuniones de los partidos comunistas y obreros, sin una dirección unificada y sin una disciplina rígida.

Por otro lado, estaban las corrientes que rechazaban la experiencia soviética como no socialista y la definían como un caso de capitalismo de Estado conducido por métodos dictatoriales.

Esta corriente se unificó en torno de la reorganización de la Internacional Socialista en 1920. Dentro de la IS prevalecieron las más variadas posturas que variaban desde el apoyo a los movimientos conspiradores dentro de la URSS hasta la definición del apoyo crítico y la colaboración limitada, con los bolcheviques.

La crítica a la URSS se desarrolló, por otro lado, en varias corrientes marxistas que terminaron por romper con la Tercera Internacional. Algunas de ellas pretendían recuperar la primera fase de la revolución rusa, manteniéndose fieles a los ideales de Lenin, que dividió las aguas entre comunistas y socialistas.

Encontramos así desde los luxemburgueses muy críticos de la Unión Soviética y de Lenin, los *bandlerianos* de índole centrista y sobre todo los trotskistas, que pretendiendo revivir el marxismo-leninismo, no estalinista, se unieron en torno a la IV Internacional y se dividieron históricamente en varias secciones.

Con las revoluciones que siguieron a la Segunda Guerra Mundial surgieron nuevas experiencias socialistas que generaron nuevas formas de transición como ya vimos. Al mismo tiempo surgieron tentativas de erigir esas experiencias en modelos de transición al socialismo. La vía yugoslava, la vía china, la vía cubana, en seguida la vía argelina y otras vías más, desarrollaron en ciertos momentos una especie de estalinismo a la inversa.

En general, los que apuntaban a esas vías como caminos alternativos culpaban a Stalin de tener pensado imponer la vía soviética, pero oponían a la otra experiencia histórica concreta, convertida en ejemplo a seguir.

Pero la diversificación de las vías se tornó tan grande que, en la década del ochenta, se hizo ridículo pretender erigir cualquiera de esas experiencias en modelo a seguir por otros países.

Hoy todos sabemos que la transición al socialismo es un proceso universal, complejo y diversificado, que parte de las etapas y niveles sociales más distintos para dirigirse en el rumbo de una economía mundial, basada en las formas colectivas y asociativas de propiedad, en la planificación de la producción y en Estados nacionales, articulados con las más distintas formas de organización de masas y representación popular, derivadas de las particularidades revolucionarias de cada país.

Los regímenes políticos, las estructuras partidarias, los mecanismos de gestión económica, las estructuras productivas, las estrategias de desarrollo de esas naciones son y serán las más diversas de acuerdo con las situaciones concretas en que se generan, resguardando los elementos universales ya señalados; propiedad social, planificación, Estado fundado en organizaciones de base proletaria o populares.

Por otro lado, los partidarios social-demócratas y socialistas pasarán por varias etapas en sus relaciones con los comunistas, la Unión Soviética y los nuevos países socialistas.

Después de la revolución rusa, como vimos, se desarrolló una hostilidad que solo se superó en parte durante los frentes populares y los movimientos de resistencia al nazismo-fascismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial esa unidad se rompió otra vez bajo la presión de la Guerra Fría y de las aspiraciones de participar en los beneficios de expansión capitalista de la posguerra.

No obstante, en la década del sesenta, la Guerra Fría ya estaba en declive y se evidenciaron realidades evidentes:

- a) La expansión del socialismo y su diversificación obligaba a los socialistas y social-demócratas de los países desarrollados a tomar en consideración esa realidad o a aislarse cada vez más políticamente.
- b) El crecimiento económico y militar de la URSS y demás países socialistas obligaba al mundo capitalista a romper el boicot establecido por décadas a estos países y aumentar el comercio y las relaciones científicas y técnicas con ellos.
- c) El crecimiento del movimiento anticolonialista y de las organizaciones tercermundistas y no alineadas abrían un área de maniobra importante a ser explotada por las naciones capitalistas no hegemónicas, acentuando las contradicciones entre Estados Unidos, Europa y Japón.
- d) La crisis económica internacional que se desató a partir de 1966, envolviendo al capitalismo en una fase depresiva larga, que debe prolongarse hasta 1900, hace roer la confianza del proletariado europeo, americano y japonés en el capitalismo. Se disminuyen las diferencias entre los socialistas y comunistas y surgen corrientes de izquierda en la social-democracia; se unen las centrales sindicales socialistas, comunistas y hasta social-cristianas.

Como consecuencia de esos cambios históricos, los movimientos socialistas y comunistas vienen sufriendo mutaciones impresionantes en su visión ideológica y en sus concepciones de las alianzas internacionales.

En los días de hoy, existe un gobierno socialista que llegó a contar con la participación comunista, como en Francia, y que se declara atlantista, es decir, aliado de la OTAN, una alianza militar contra la Unión Soviética.

Existe un partido comunista, como el italiano, que se declara completamente desvinculado de la dirección soviética y crítico delante de su experiencia histórica, llegando a apoyar la conservación de Italia, en la OTAN.

Por otro lado, ocurrió no solo un enfrentamiento diplomático constante entre China y la Unión Soviética sino hasta choques militares entre China y Vietnam.

Al mismo tiempo, vemos un partido socialista que se propone ejercer un gobierno moderado como el español, que programáticamente se negaba a participar en la OTAN y que establece un convenio de relaciones amistosas, de alto nivel, con la Unión Soviética, mientras que el partido comunista español, se declara claramente antisoviético. Y tantas otras situaciones más, que serían increíbles en los años cincuenta.

¿Qué significa esta señal de destrucción de la idea de un mundo polarizado en el cual el ideal socialista pertenezca a países o partidos? El socialismo es resultado de la propia lógica de desarrollo del capitalismo y pertenece a la humanidad. Los partidos políticos son simples instrumentos de esa voluntad colectiva, de esos ideales y de la acumulación de esas experiencias en la conciencia de los pueblos.

La polarización entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, como la polarización entre capitalismo y socialismo, surgió después de la II Guerra Mundial a lo largo de la Guerra Fría.

De hecho, ya en el final de la II Guerra Mundial, la preocupación fundamental de los aliados occidentales era impedir el avance de las tropas soviéticas que los tomó de sorpresa.

Durante los primeros años de la guerra, Roosevelt y Churchill pensaban que los nazis destruirían todo el poder militar soviético.

Y aunque no les gustara que los nazis se apropiaran de las inmensas reservas naturales rusas que los volverían insuperables, y por esto apoyaban la resistencia soviética, les hubiera gustado ver a ambos adversarios bien desgastados, para solamente después, imponerse sobre el nazismo.

De hecho, entre 1941-1944 la Guerra Mundial se localizó fundamentalmente en el frente oriental donde murieron 20 millones de soviéticos.

Roosevelt, Churchill y Hitler subestimaron profundamente el poderío económico, social, moral y militar de la Unión Soviética. Cuando menos esperaban, las tropas soviéticas, en una contra-ofensiva impresionante, estaban a las puertas de Berlín y avanzaban por Asia en dirección a Japón.

Al mismo tiempo, las resistencias bajo fuerte influencia de los partidos comunistas alcanzaban la victoria en Italia y en Francia, en Yugoslavia, en Grecia, en Indochina, en China, etcétera.

Los aliados se convencieron rápidamente de que era preciso contar con esa influencia avasalladora. Sin embargo, cuando se sentaron a la mesa para discutir, las cartas ya estaban lanzadas y las potencias occidentales tuvieron que reconocer la fuerza emergente de la Unión Soviética. De ahí resultó una especie de división tácita de las órbitas de influencia mundiales que tanto los ingleses como los norteamericanos hallaron posible modificar cuando los Estados Unidos construyeron y exhibieron, a costa del pueblo de Nagasaki e Hiroshima, el poderío de la nueva bomba atómica.

El chantaje atómico duró poco tiempo. En 1950, la URSS tenía ya el arma nuclear y esto restablecía un cierto equilibrio. Las presiones realizadas sobre la URSS en los años 1947 y 1954 a través de la política exterior americana, de la acción internacional de la CIA, la ilegalización de los partidos comunistas en casi todo el mundo capitalista, la provocación de la guerra de Corea, la división entre comunistas y socialistas rompiendo la unidad forjada en las resistencias antifascistas crearon un clima de confrontación que generó, por otro lado, un fuerte sectarismo, desvíos autocráticos y estrechamiento teórico que se expresó sobre todo en el estalinismo.

Con todo, la Guerra Fría no consiguió su objetivo central que era contener la influencia soviética y llegar así a la destrucción de su poder. A pesar de ella, se consolidó esa influencia en Europa Central, las revoluciones china, coreana y vietnamita y las guerras de liberación nacional anticolonialistas abrieron nuevos frentes revolucionarios en todas partes del mundo.

En 1954 ya estaba claro que el camino de un enfrentamiento militar con la Unión Soviética era un poco sin fundamento, debido a lo que se llamó la capacidad de destrucción nuclear mutua.

Por otro lado, la ofensiva de la Guerra Fría no tenía logrado paralizar el avance de las revoluciones sociales y de liberación nacional aproximándolas cada vez más a la Unión Soviética.

El clima de la Guerra Fría y de amenaza nuclear comenzó a ceder lentamente a pesar de no terminar nunca en todos estos años cuando evolucionamos del “enfriamiento” de la Guerra Fría iniciado en la Conferencia de Ginebra de 1954 hasta la “distención” del período de la administración de Nixon-Kissinger.

Fue en este contexto que el movimiento de liberación nacional, entró en ascenso en la lucha contra el imperialismo europeo en plena decadencia después de la II Guerra Mundial, comenzó a materializarse en la acción de Estados independientes con orientaciones políticas diversas.

Estos Estados buscaban escapar de las drásticas opciones de la Guerra Fría y querían reforzar el movimiento anticolonialista y de liberación económica de sus pueblos del imperialismo sin tener que alinearse dentro de un conflicto que amenazaba con lanzar al mundo a una guerra suicida.

Dentro del campo socialista, en el inicio solamente Yugoslavia, por su delicada posición delante de la hostilidad de Stalin a su independencia política, comprendió la importancia de una política de no alineamiento como base de unificación de un vasto movimiento mundial.

En realidad, a medida que avanzaba la fuerza política de estos países emergentes, su poderío económico, la conciencia de su fuerza y de su papel histórico, y liquidación de los últimos vestigios del colonialismo, el movimiento de no alineados se convertía también en la más poderosa fuerza unificadora internacional.

Hoy en día, después de las Naciones Unidas, el Movimiento de no alineados es la mayor organización intergubernamental del mundo, reuniendo 138 países de cuatro continentes que representan más de dos billones de personas, cerca de la mitad de la población mundial. Es cada vez más el órgano por excelencia de los Países del Tercer Mundo, su voz más autorizada y respetada. De esta forma, el no-alineamiento se convierte en un movimiento histórico destinado a cumplir un papel fundamental en el mundo contemporáneo.

Los congresos de los no alineados realizados en Bandung (abril de 1955), Habana (septiembre de 1979), Nueva Delhi (abril de 1983) fueron incorporando un conjunto de posiciones que rebasan los objetivos de no subyugarse a la Guerra Fría y a la política de las grandes potencias.

Hoy, el no alineamiento está ligado a la lucha por un nuevo orden económico internacional, base del diálogo norte-sur, cuando los países subdesarrollados consiguieron por primera vez hacer sentar a la mesa de negociaciones a los países desarrollados a pesar de tener logrado resultados muy francos.

El no alineamiento es la base también de la política cultural de la UNESCO de recuperación de las civilizaciones no europeas y de la Nueva Orden Informativa Mundial que pretende romper el actual monopolio mundial de la información en la mayoría de las principales agencias de noticias de los países desarrollados.

El movimiento de los no alineados cuenta también con el apoyo del grupo de los 77, creador de la UNCTAD, organismo de las Naciones Unidas dedicado a la articulación de los intereses económicos del Tercer Mundo.

Representando hoy a la mayoría de las Naciones Unidas, que llevó a Kissinger a reclamar contra la “dictadura de la mayoría”, el Movimiento de los No-Alineados ejerce una influencia creciente en los organismos internacionales y en la opinión pública mundial.

Al contar entre sus miembros con los países de la OPEP, el movimiento consiguió presionar políticamente a la democratización de países como Brasil, extremadamente dependientes del petróleo, y obtener un verdadero cerco internacional sobre el imperialismo agresivo de Israel y el racismo rabioso de África del Sur.

Sería imposible pensar, por ejemplo, en la emancipación de la población negra en Zimbabwe (antigua Rodésia) sin la tenaz actividad del Movimiento de los No Alineados.

Infelizmente Brasil, dominado por fuerzas conservadoras, estaba ausente de este proceso. Getulio Vargas vio con mucha simpatía el movimiento de descolonización y liberación nacional, pero las presiones internas que lo llevaron al suicidio le impidieron tener una política internacional más activa.

Juscelino Kubitschek intentó una fórmula de movilización latinoamericana no excluyente de los Estados Unidos a través de la OPA (Operación Panamericana).

Jânio Quadros fue más allá, en la búsqueda de una definición tercermundista, apoyando a Cuba revolucionaria y aproximándose ideológicamente a Nasser, uno de los principales líderes del Movimiento de No Alineados, en esta época aun incipiente como organización.

João Goulart llevó a un grado de mayor coherencia y concreción la política de no alineamiento y de defensa de los intereses del Tercer Mundo y de América Latina.

No obstante, el golpe de 1964 realineó de manera drástica a Brasil a los intereses norteamericanos. El General Golbery do Couto e Silva fundamentaba su política de seguridad nacional en la división del mundo entre las dos grandes potencias y en el alineamiento necesario de Brasil a los Estados Unidos, por el cual debería cobrar una posición de satélite privilegiado.

El General Juracy Magalhaes, como ministro de relaciones exteriores, acuñó la célebre frase: “Lo que es bueno para los Estados Unidos es bueno para Brasil”.

En estos años Brasil se colocó incluso a la derecha de la política exterior norteamericana realizando todas las tareas suyas que aquel país no quería asumir directamente: la invasión de la República Dominicana, en 1966, el apoyo a África del Sur, la preparación para suceder el imperio portugués en África, la preparación y apoyo a los golpes de estado de Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina entre 1971 y 1976.

Desde el choque del petróleo en 1973, Brasil percibió, sin embargo (con el acuerdo creciente de los Estados Unidos), que no podría mantener estas posiciones reaccionarias a nivel internacional y, al mismo tiempo, depender tan fuertemente del petróleo de los países árabes que eran algunos de los principales sustentos del Movimiento de No Alineados.

Vino después el cambio, a veces lento a veces brusco, en el camino de la política exterior del “pragmatismo responsable”.

Vimos así a Brasil votar contra el colonialismo portugués, contra el “imperialismo sionista” contra África del Sur dejando aterrorizadas a las Naciones Unidas y muy desconfiados a los países del Tercer Mundo.

No obstante, en el diálogo norte-sur Brasil jugó aun un papel de punta de lanza de los países desarrollados creyendo que le sería por fin reservado un lugar en la OCDE (organización que reúne a los principales países capitalistas desarrollados).

En aquella época el sueño paranoico de un “Brasil Gran Potencia” asentado en un pueblo de miserables, analfabetos y hambrientos aun rondaba las cabezas de la élite política que aún dirige ese país.

Pero el tiempo sirvió para poner las cosas en su lugar: la inflación, la recesión, el desempleo y la mayor deuda externa del mundo llevaron al presidente de Brasil a las Naciones Unidas para hablar –¡diez años después!– del Nuevo Orden Económico Internacional.

Esto no significa con todo, que Brasil aprendió la lección de que es necesario unirse a una lucha con sus hermanos, en vez de pedir limosna a la mesa de los poderosos.

La mentalidad tecnocrática y entreguista que domina este país en estos 20 años no será nunca capaz de servir de base a una política generosa e internacionalista.

El discurso del presidente Figueredo en la ONU fue escuchado por un número mínimo de delegados y mal informado, pero sirvió como amenaza para conseguir préstamos y nuevas negociaciones con los banqueros patrocinadas por el Fondo Monetario Internacional.

¡Pobre país! Incapaz de sensibilizarse con el peligro cada vez más alarmante de una nueva y definitiva guerra nuclear que daría fin a la civilización; incapaz de sensibilizarse con la lucha de liberación nacional –semejante a la suya aunque no asumida por nuestra diplomacia– de gran parte de la humanidad; incapaz de sentir el peligro que representa para la sobrevivencia de la humanidad la situación de hambre y miseria del Tercer Mundo, de la cual él es un representante extremo; insensible, aun a las victorias socialistas que vienen liberando masas humanas de atraso, de miseria, analfabetismo, y abriendo un camino de desarrollo y emancipación para ellas.

Nada de esto conmueve a nuestra política exterior y nuestras élites. Nuestras fuerzas de oposición, la opinión pública y sobre todo las masas populares –por mayor simpatía que puedan sentir por esas luchas– se ven totalmente desinformadas e inmovilizadas delante de los acontecimientos internacionales.

Brasil, que se movilizó para participar en la Segunda guerra Mundial contra el nazismo, que luchó por la paz contra la guerra de Corea, que apoyó la revolución boliviana y protestó ampliamente contra la invasión norteamericana de Guatemala, que fue a las calles para defender la Revolución Cubana, asiste hoy pasivamente a la invasión de Nicaragua *antisomozista* por las fuerzas restauradoras de la tiranía con el apoyo norteamericano, las masacres de ciudadanos desarmados en América Central, la masacre de los palestinos en Sabra y Shatila, etc. Estos son los resultados de los años de dictadura, desinformación, desmovilización e individualismo.

Sin embargo, debemos esperar una reanudación del movimiento de solidaridad internacional en nuestro país, que deberá dar un contenido popular auténtico y políticamente consecuente a la política de relaciones exteriores, conducida hoy burocráticamente y dentro del espíritu mercantilista, tecnocrático y conciliador de estar bien con los dueños del petróleo, de los mercados del Tercer Mundo y de los mercados socialistas, sin romper con el imperialismo y sus representantes.

No se trata, es claro, de abandonar los intereses petroleros y las necesidades de mercado en el país. Por el contrario, se trata de profundizar incluso esos intereses abandonando esa posición burocrática y temerosa.

Una aproximación efectiva con esos países solo será posible si se defiende el punto de vista del Tercer Mundo por convicción y no por conveniencias diplomáticas.

Solo así conseguiremos romper las barreras que aún se anteponen a la expansión de nuestras relaciones económicas con los países del Tercer Mundo, que se sentirían muchas veces más fuertes si pudieran confiar realmente en el apoyo sincero y generoso del pueblo brasileño y su gobierno.

Por eso, una verdadera política de no alineamiento depende sobre todo de la superación interna de la dictadura y de la instauración de una democracia efectiva que conduzca un gobierno popular en el poder.

Una política socialista en Brasil tendrá pues que seguir el camino del no-alineamiento. Deberá luchar por la paz mundial y el fin del armamentismo, por la emancipación nacional y el derecho de independencia

de todos los pueblos, por un nuevo orden económico internacional justo y anti monopolístico, por la superación del colonialismo, del racismo, del *apartheid*, por un concepto universal de cultura y una nueva orden informativa internacional.

No se trata pues, de acosar a las grandes potencias ni a los países desarrollados en general. Se trata de abrir positivamente un camino, un espacio que permita el avance de los pueblos en la dirección de su emancipación, de la paz, de la justicia y de la igualdad. Y este, como ya vimos muchas veces, es el camino del mundo, en dirección del socialismo.

III. Por una política externa socialista

Vimos en los dos últimos capítulos el crecimiento del socialismo en escala mundial adoptando las más distintas formas y el ascenso de los países del Tercer Mundo a través de los No-Alineados que se convierten progresivamente en la principal fuerza política internacional capaz de garantizar la paz y promover un nuevo orden económico internacional más justo y equilibrado.

Vimos también como la política exterior brasileña estuvo durante varios años desvinculada de esas dos tendencias fundamentales de nuestro tiempo.

Brasil, dominado por grupos pro-norteamericanos, intentó un alineamiento automático con los Estados Unidos obteniendo solamente el repudio mundial y pocas recompensas.

Posteriormente el país intentó chauvinísticamente iniciativas propias a la derecha de la política norteamericana para caer en la realidad, a partir de 1973, con el choque del petróleo, y comenzar a entender nuestras limitaciones de país de Tercer Mundo.

Con todo, hasta hoy nuestra política externa refleja la ambición nunca abandonada de pertenecer al club de los ricos y de contener las reivindicaciones de los países del Tercer Mundo, intentando convertir a Brasil en una especie de negociador privilegiado del Tercer Mundo con el Primero.

Por otro lado, nuestra política exterior continúa en las manos de la burocracia de Itamaraty sin la participación política de la población y

sin un debate profundo sobre sus objetivos. Se resiente así una falta de iniciativa que coloca a Brasil en una posición de inferioridad en el escenario internacional.

Son esas debilidades que se reflejan en las negociaciones de renegociación de la deuda externa, donde nuestro país se encuentra en el auge de la desmoralización. Para disponer de fuerza para establecer la moratoria definiendo unilateralmente nuestras bases de pago de la deuda externa, tendremos que ser una fuente de iniciativas de política internacional y definirnos en el cuadro de la política internacional con un perfil más claro.

En la medida en que se profundicen las conquistas democráticas de nuestro pueblo, deberá profundizarse también en el compromiso de nuestra política exterior con el avance progresista de la humanidad.

Es necesario superar esta imagen mezquina de una política exterior dirigida exclusivamente a nuestros intereses inmediatos, a la venta de productos brasileños y al equilibrio diplomático absentista, vago y distante de los problemas de nuestro tiempo.

Nuestra política exterior bajo la dirección de un gobierno popular y socialista deberá asumir una posición activa en la defensa de la paz mundial. La eliminación de las armas nucleares; la creación de zonas libres de armamento nuclear en Europa, en América Latina (ya definida en ese sentido por el tratado de Tlatelolco) y otras regiones del mundo; la mediación entre las fuerzas en choque en el Oriente Medio, en América Central y otras zonas de conflicto, donde el país puede y debe tener una influencia positiva; son algunas metas que nos elevarían en el concepto internacional.

En segundo lugar, nuestra política exterior debe asumir un carácter nítido de lucha por la emancipación de los pueblos del imperialismo, del colonialismo y de fenómenos antihumanos y obsoletos como el *apartheid* en África del Sur.

El drama de la defensa del pueblo palestino, debería conmovier más fuertemente a un pueblo de fuertes lazos árabes y de emigración importante de Oriente Medio.

No obstante, Brasil solo acepta apoyar la cuestión palestina por el interés en el petróleo de Oriente Medio, manteniendo un perfil bajo y mostrando su falta de convicción en la solidaridad a un pueblo víctima de la tragedia de la migración forzada y de genocidio.

Lo mismo acontece en la cuestión del apartheid. Brasil apoya en las Naciones Unidas las medidas contra África del Sur, pero no esclarece para nada nuestro pueblo sobre el que representa el apartheid. Entre otras cosas porque practicamos el racismo internamente de una manera grave y alarmante, inclusive contra las representaciones diplomáticas africanas en el país y sobre todo dentro de Itamaraty, donde los negros estuvieron discriminados históricamente.

Lo mismo acontece con América Central, donde apoyamos por conveniencia la política mexicana-venezolana, por coincidencia países petroleros, que busca una paz para la región en la base de una democratización política, social y económica de la misma.

Pero nuestro pueblo no está informado del genocidio que se comete contra el pueblo salvadoreño, de las violencias que se practican contra Nicaragua, y de la gravedad de la representación en Guatemala y en Honduras.

De esta forma, tenemos nuestro aproximado de posiciones internacionales correctas no por la convicción en la defensa de las causas que abrazamos, sino por los intereses petroleros y de exportación de productos brasileños. Por eso se mantiene nuestra población desinformada sobre esas realidades, para evitar presiones en el sentido de un apoyo más incisivo a las causas señaladas.

El Brasil socialista deberá cumplir un papel importante también en el apoyo al avance de la democracia en el mundo contemporáneo. Solo el avance democrático podrá superar los graves problemas que amenazan la sobrevivencia misma de la humanidad.

Solo la democracia podrá detener la carrera armamentista que fortalece el poder de los grupos civiles y militares ligados al complejo industrial-militar.

Solo la democracia impedirá la intervención imperialista contra las luchas de liberación y emancipación de los pueblos subdesarrollados, colonizados y dependientes.

Debemos por lo tanto fortalecer y apoyar las fuerzas democráticas a nivel internacional y apoyarnos en ellas al mismo tiempo para fortalecer la democracia dentro de Brasil, siempre amenazada por los fuertes intereses conservadores que aun dominan al país y que no serán fácilmente eliminados por un gobierno de orientación socialista.

Pero no podemos olvidar la estructura económica internacional dominada por los comportamientos monopólicos de las corporaciones multinacionales que llevan al debilitamiento del precio de nuestros productos básicos de exportación, a condiciones desfavorables para la importación de maquinarias y productos agrícolas nobles; a operaciones financieras atadas a la importación de productos de los países desarrollados innecesarios para nuestros pueblos.

Peor aún, esas importaciones son forjadoras de dependencias financieras en condiciones abusivas de dependencia tecnológica que nos somete a principios técnicos controlados por el exterior y que ahoga los esfuerzos nacionales de desarrollo científico-técnico.

Esas importaciones son también fuente de competencia con la naciente, pero ya representativa, industria de base nacional, corroyendo la capacidad económica de los capitales locales.

La lucha por superar esa estructura económica internacional en un sentido que fortalezca los intereses de los países dependientes a los cuales pertenecemos tiene que ser un punto central de nuestra política.

No se trata de defender el Nuevo Orden Económico Internacional, a través de la palabra del presidente de las Naciones Unidas, *diez años después* de que fuera aprobada en ese organismo.

Se trata de tomar iniciativas en este campo, no procurando contener la organización y la actuación conjunta de los países dependientes tal como ocurrió en la reunión del Grupo de los 77 en Buenos Aires, en 1983, después del famoso discurso presidencial.

Por el contrario, debemos fortalecer los mecanismos de entendimientos directos y multilaterales que nos retiren de la dictadura del dólar y nos permitan ampliar nuestro comercio exterior con los países del Tercer Mundo, a los cuales podemos ayudar generosamente en la creación de sus industrias a través de nuestro importante sector de maquinarias e industrias básicas; en sus construcciones a través de nuestra construcción civil; en su consumo final con productos agrícolas e industriales, etcétera.

Pero el comercio no puede ser pensado solamente en el sentido de nuestros intereses. El comercio es un fenómeno bilateral y tiene que atender a los intereses de ambos.

Además, es imposible pensar una política comercial aislada de una política cultural, de una identidad ideológica, de acuerdos políticos.

Es pues evidente que Brasil, bajo la dirección de un gobierno popular, con una amplia visión internacional, podría potenciar de varias formas su capacidad exportadora actual, creando los mecanismos financieros, jurídicos, administrativos y políticos necesarios para dar un verdadero salto en ese sector, hoy tímidamente abordado por las limitaciones de nuestra estructura financiera, jurídica y administrativa y de nuestra política externa que no abrazó con convicción las causas que mueven el mundo contemporáneo.

Es pues hora de profundizar en nuestra identidad latinoamericana, olvidada por una política prejuiciosa en relación a nuestros vecinos con los cuales poseemos identidades culturales que pueden ser la base de un intercambio comercial y una unidad política que aumentará de muchas formas nuestra capacidad de negociación internacional.

Pero es necesario resaltar una vez, que esto solo se alcanza con una convicción profunda de nuestra identidad y de la importancia de nuestra unidad.

El espíritu boliviano, que es preservado por las fuerzas populares y democráticas de la región, debe presidir nuestra política regional superando las desconfianzas y disgustos que dejó en el continente la política subimperialista brasileña iniciada en la década de los sesenta y ampliada con las intervenciones a favor de los golpes militares de la década del setenta.

La simpatía por el pueblo brasileño, la confianza de nuestras identidades culturales y la convicción de que aquella política no correspondía a la visión de nuestro pueblo sino de sus verdugos son suficientes para garantizar un campo de entendimiento amplio y abierto.

Pero si tenemos que reivindicar nuestra identidad latinoamericana, no podemos dejar en segundo plano, de ninguna manera, nuestra profunda identidad cultural africana.

La vida cotidiana y la cultura de nuestro pueblo, en lo que ella tiene de lo más popular y auténtico, está profundamente ligada al fuerte universo cultural que los pueblos africanos trajeron para nuestro país, a pesar de su condición de esclavos arrancados de su ambiente natural y

destruidos por una explotación impiadosa de su fuerza de trabajo, completada con un desprecio social y una discriminación masiva.

Este desprecio y esta discriminación que se aproximan a veces al odio o pavor, conducirán a una política de emigración blanca y hasta asiática que diluye a la mayoría negra de ese país.

Las manifestaciones culturales africanas y afro-brasileñas consideradas inferiores y salvajes, fueron reprimidas.

La propia religiosidad negra, profunda y enraizada, fue discriminada y perseguida.

No obstante, la fuerza cultural de la civilización africana negra, cruzada con las tradiciones históricas africanas de Portugal, consiguen superar todas esas vicisitudes y se fortalece cada día como la principal y más profunda manifestación de identidad nacional de nuestro pueblo.

Es hora pues de revalorar nuestra relación con África, sobre todo con África Negra, para redescubrir nuestros orígenes, para participar en su esfuerzo de desarrollo (con el cual podemos colaborar decisivamente), para ampliar nuestra dimensión cultural.

La vocación de Brasil de ser una de las potencias latinoamericanas y del Atlántico Sur es una realidad que solo se hará realidad cuando superemos nuestras veleidades europeas (sin despreciar nuestras influencias y relaciones occidentales) y nos afirmemos profundamente a nuestra condición de pueblos emergentes ibéricos, indígenas y africanos.

Cuando hablamos del Atlántico Sur, no debemos olvidar nuestra condición amazónica. Cuando sustituimos el enfoque depredador y entreiguista que preside nuestra política amazónica, tendremos ahí otra área de actuación internacional y colaboración con los países de la cuenca amazónica que potencializará muchas veces nuestra capacidad actual.

Nuestras responsabilidades geopolíticas con la cuenca del Plata deben también superar el enfoque impositivo actual para generar una mayor confianza e intereses comunes en la región.

Esta región tiene grandes perspectivas cuando se superan las absurdas desconfianzas entre Argentina y Brasil mantenidas sobre todo por los regímenes militares y por la política divisionista del imperialismo que teme la fuerza económica de una política unitaria de los países de la cuenca del Plata.

A pesar de la mayor distancia de Asia y del menor contacto cultural con la misma, no podemos dejar de recordar los vínculos estrechos que creamos con Japón sin ninguna política estratégica en ese sentido.

Es un absurdo también que no tengamos ninguna política de aproximación a países como la India y China, que representan un peso político y económico fundamental en el mundo contemporáneo.

Ya señalamos la necesidad de una participación brasileña más sincera en el Oriente Medio, donde tenemos nuestro interés más estratégico que es el petróleo.

No podemos despreciar el peso de las tradiciones árabes en nuestra formación cultural, ni la importancia de la emigración de Oriente Medio para nuestro país. Con todo, nada de esto ha sido implementado, manteniéndose nuestro pueblo y nuestra elite totalmente alejada de la potencia cultural del pueblo árabe, visto hasta hoy con los ojos parcialmente europeos.

No podemos olvidar que una política exterior democrática, popular y socialista estará necesariamente conectada con los partidos socialistas europeos y el cocimiento liberal norteamericano. Dos fuerzas democráticas esenciales de nuestro tiempo.

El principal peso económico en nuestra balanza de pagos viene de los países europeos y de los Estados Unidos y así deberá continuar por un largo período histórico. No podemos renunciar, bajo pena de mantenernos alejados de cualquier realismo político, a la tarea histórica de comprender y acompañar constantemente la realidad de esos países, apoyando las manifestaciones progresistas que favorezcan nuestras metas democráticas, igualitarias e independientes. Al mismo tiempo, la civilización occidental, con sus conquistas en el plano científico, democrático y cultural, continúa siendo nuestra principal fuente de saber y de ella no debemos aislarnos de ninguna forma.

Con el campo socialista, hoy tan complejo y diversificado, nos corresponde establecer una política libre de prejuicios, basada en un conocimiento amistoso y fraternal de sus pueblos, de su política y de su cultura. Nos corresponde también estudiar críticamente su experiencia rica y compleja de construcción del socialismo, de desarrollo científico tecnológico y cultural.

Pero es importante entender, sobre todo, el peso económico que nos representan en nuestros días estos países que tienen un enorme mercado no afectado por la recesión actual, aún en expansión para sectores de mayor interés estratégico para Brasil.

Al mismo tiempo, su peso político y militar no puede ser subestimado y considerado como enemigo nuestro, lanzándonos a una política suicida de Guerra Fría, comprando enemigos gratuitos para nuestro país en nombre de una identidad con un falso “mundo occidental cristiano”, que no pasa de un disfraz ideológico de los intereses mezquinos de la explotación capitalista que las propias Iglesias buscan desmitificar hoy en día.

Tenemos así un cuadro de política exterior independiente, solidaria, democrática, potencializadora de nuestra estructura económica interna y capaz de arrancarnos de la alienación cultural en que vivimos en condición de simples imitadores de norteamericanos y europeos centrales.

Esa política exterior será el resultado necesario de desarrollo de la democracia en el país y del crecimiento del peso de nuestro pueblo en las cuestiones internacionales, de las cuales deberán estar cada vez más informados y conscientes para que el brasileño deje de ser un provinciano enfocado al interior de sí mismo y se haga un ciudadano del mundo, capaz de desarrollar su propio país, en la medida en que se haga heredero del proceso civilizador mundial.

Quinta parte

**Sistema mundial,
imperialismo y
dependencia**

Imperialismo y dependencia

Introducción

Este libro tiene por principal objetivo estudiar la naturaleza y el alcance de la crisis general del capitalismo contemporáneo. En ese sentido establece una demarcación bastante nítida entre la crisis general del capitalismo y sus manifestaciones particulares, como la depresión económica que se inició en octubre de 1973 y se terminó en el segundo semestre de 1975. En esta introducción pretendemos resumir la argumentación central y el camino expositivo que seguimos en esta obra de manera de ofrecer a los lectores el hilo del razonamiento general que la alienta.

1. Imperialismo y corporaciones multinacionales

El imperialismo contemporáneo se define como una nueva etapa del capitalismo iniciada después de la segunda guerra mundial que se caracteriza por una alta integración del sistema capitalista mundial fundada en el amplio desarrollo de la concentración, conglomeración, centralización e internacionalización del gran capital monopólico que se cristaliza en las corporaciones multinacionales, célula de ese proceso, y en el aumento y profundización del vínculo entre el monopolio y el Estado. En el plano internacional, este sistema se resume en la imposición hegemónica de Estados Unidos, de su moneda nacional, de su ayuda económica,

de sus fuerzas militares, en los acuerdos monetarios de Bretton Woods y sus aspectos institucionales (el FMI y el Banco Mundial), en la aplicación del plan Marshall, del punto IV, de la Alianza para el Progreso y otros planes de “ayuda” impulsados por el Eximbank, en los tratados militares de Río de Janeiro, de la Alianza Atlántica, del Sudeste Asiático y en todo un sistema de relaciones militares que permitieron a las tropas norteamericanas formar una red internacional de ocupación disfrazada de los territorios de casi todos los países capitalistas. Ideológicamente este sistema se justifica como la expresión del “mundo libre” que se opone a la “tiranía comunista”, base de la Guerra Fría promovida por el capitalismo en contra del socialismo, tesis aún subyacentes en la etapa llamada de distensión. Para comprender la etapa actual del imperialismo tenemos que partir del estudio de las contradicciones que encierra esta integración capitalista y que lo llevan necesariamente a un período de desintegración. Lo específico del momento actual es que este proceso de desintegración se da en el contexto de una realidad internacional en la cual el capitalismo se ve enfrentado no solo a una contradicción de clase interna sino a un campo socialista dinámico que presenta una potencia similar a la suya.

La naturaleza de la crisis del imperialismo y de sus contradicciones internas no cambia por la existencia de esta situación internacional pero sí cambian sus formas, efectos y resultados. La existencia de un fuerte campo socialista limita la capacidad de acción económica, política y represiva del imperialismo, crea condiciones favorables, en muchos casos, a la capacidad de autodeterminación de los países dependientes y facilita su rápido tránsito al socialismo apoyándose en la base material dada por el campo socialista, en el desarrollo científico no monopolizado por el capital y en la ciencia social marxista.

El imperialismo no logra resolver la contradicción entre la base nacional de su expansión (existencia de un mercado y un Estado nacionales fuertes en que se apoya tecnológica, económica, financiera, política y militarmente para realizar la expansión internacional del capital) y su creciente internacionalización (que supone libre movimiento de capitales, de mercancías de recursos financieros). Esta contradicción se manifiesta en un aumento del carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista que estimula el parasitismo del centro dominante y dinamiza

otros polos de crecimiento (Europa y Japón) lo que, a largo plazo lleva al enfrentamiento sea entre bloques de países, sea en las zonas periféricas, de los intereses nacionales imperialistas.

Esta situación no lleva sin embargo a un mayor desarrollo económico de las zonas periféricas y dependientes las cuales son, para el capital internacional, una base para la extracción de ganancias elevadas, para la colocación de sus productos a precios altos y para la obtención de materias primas y de productos agrícolas a bajos precios. Aumentan así las contradicciones entre los intereses que pugnan por el crecimiento económico del mundo dependiente y los intereses dominantes de los centros imperialistas y se facilita el desarrollo de las tendencias revolucionarias que ven solamente en el paso al socialismo el camino capaz de asegurar el desarrollo y romper la dominación imperialista y las estructuras dependientes, que mantienen la situación de explotación y miseria.

La célula de esta economía internacional es un nuevo tipo de empresa que trasplanta hacia la escala mundial las poderosas técnicas de apropiación, administración y control privados de los resultados de la concentración tecnológica y económica, de la monopolización, de la centralización, de la conglomeración y de la intervención estatal. Este nuevo tipo de empresas vino a superar los antiguos trusts y cárteles que tenían una relación de complementariedad comercial con sus actividades en el exterior, desarrolladas en función del intercambio entre la exportación de manufacturas desde los centros industriales y la importación de productos agrícolas y materias primas desde los países subdesarrollados. Las modernas corporaciones multinacionales, no solo aumentaron significativamente el papel de los negocios internacionales en el conjunto de sus actividades, también se dedicaron a producir para el mercado interno de los países que reciben sus inversiones.

En su esencia, la corporación multinacional es un intento casi último de la empresa capitalista de responder a las necesidades creadas por la socialización de los medios de producción que crece a pasos gigantescos con el avance de la revolución científico-técnica y la incorporación de la automatización al proceso productivo. Ella encierra en su seno las contradicciones básicas del sistema al depender y enfrentarse al mismo tiempo con los Estados nacionales, al buscar una racionalidad y un planeamiento

que chocan con los límites estrechos y arbitrarios, impuestos por la propiedad privada de los medios de producción; al perfeccionar las técnicas de “racionalización” de su anarquía interna bajo la forma de la conglomeración de actividades dispares que en la práctica aumenta el desperdicio y la irracionalidad que se oculta tras su pretendido “planeamiento”.

La nueva fase del gran capital apoyado en las corporaciones multinacionales lleva a una nueva división internacional del trabajo que supone un aumento de la industrialización de las materias primas y de productos de menor avance tecnológico y su exportación a los centros dominantes, particularmente hacia Estados Unidos que se especializaría en la exportación de bienes y servicios de alto contenido tecnológico y de capitales, elevando a niveles altísimos el parasitismo típico de las potencias imperialistas.

Mientras el capitalismo lograba mantener un alto ritmo de crecimiento durante la parte ascendente del ciclo de la posguerra, las justificaciones ideológicas de esta irracionalidad parecían “científicas” y apoyadas en los hechos. Al mismo tiempo, la oposición política al gran capital se veía en parte neutralizada por las conquistas económicas y sociales de los trabajadores que emanaban en parte del mayor ingreso a distribuir y en parte del aumento de su Poder de regateo en función del relativo pleno empleo. La capacidad de aumentar los ingresos de los trabajadores e incorporar dinámicamente nuevos sectores de la pequeña burguesía a la actividad económica llevaba a que, ideológicamente, la oposición obrera tendiese hacia el reformismo y aumentara sus esperanzas en el sistema. La ideología pequeñoburguesa impregnaba de su idealismo el movimiento popular. El caso norteamericano es muy indicativo. Después de los avances sindicales, políticos e ideológicos de los años treinta y cuarenta, el movimiento obrero norteamericano es ganado hacia el *anticomunismo* y el frente popular que sostuvo la segunda fase del *New Deal* y la lucha anti-fascista se deshizo como por arte de magia.

Desde la década del sesenta se vienen recomponiendo las bases de una coalición de fuerzas populares en Estados Unidos, la cual se expresa aún en formas contradictorias: en el nuevo ascenso del movimiento antitrust de contenido liberal pequeñoburgués; en el movimiento contra la guerra de Vietnam, en los movimientos estudiantiles de vanguardia,

en un fuerte sentimiento antiimperialista, por la paz y antimonopólico agravado por los resultados de las crisis económicas locales e internacionales. En estas condiciones se van dibujando las bases de un programa de transformaciones sociales en Estados Unidos cuya radicalización podrá dar origen a un movimiento o partido antimonopólico, antiimperialista y democrático apoyado en un movimiento obrero renovado, en la juventud universitaria y en la intelectualidad liberal de izquierda. Quizás, en el seno de este movimiento o a su lado podrán crecer los brotes de una intelectualidad marxista que recién despunta en este país de fuertes tradiciones antiintelectuales. Las contradicciones del imperialismo empiezan a madurar en su propio centro y buscan un canal de expresión política e ideológica.

2. La crisis del imperialismo

La larga fase de crecimiento continuo de la posguerra, la aplicación relativamente exitosa de técnicas anticíclicas de inspiración keynesiana y la posición defensiva del movimiento revolucionario en los países industrializados produjeron una euforia en el campo ideológico y particularmente en la ciencia económica –campo fértil para la apologética burguesa–. Las tesis del capitalismo postcíclico, de la sociedad de consumo, de la opulencia, del estado de bienestar, de la sociedad industrial, y tantas otras buscaban eternizar los resultados positivos de un capitalismo aparentemente aplastante, reformado y revitalizado. Esas versiones apologéticas no buscaron explicar las razones que daban origen al período cíclico de crecimiento, las que, por lo tanto, establecían, al mismo tiempo, sus límites; ni tampoco quisieron reconocer como crisis cíclicas y como expresión de la innegable permanencia del ciclo, las depresiones y recesiones económicas del período. Hoy día, cuando la depresión asume un carácter dramático se improvisan explicaciones y justificaciones que no cuestionan esta “ciencia” de opereta, con sus galardones, elegancias estilísticas y otras fachadas necesarias para encubrir su fracaso real. Es necesario señalar que la gran burguesía no creyó nunca en esas versiones ideológicas que reservaba para el gran público. Sus verdaderos

economistas continuaron preocupados con el ciclo económico, con los movimientos financieros, con los déficits fiscales y las balanzas de pagos negativas. El marxismo, por su lado, después de que algunos autores previeron equivocadamente la imposibilidad de una significativa recuperación capitalista en la posguerra, cayó en una posición defensiva y solamente bajo el impacto de la crisis norteamericana de 1958-1961 se empezó a plantear una perspectiva de cuestionamiento de la expansión ininterrumpida. Pero, dada la forma de esta crisis, se generó una teoría que preveía una estagnación relativa, sin depresiones importantes y sin grandes períodos de crecimiento.

Una vez más, el *boom* de 1962 a 1966 vino a complicar el revisionismo teórico.

¿Qué nos dicen, sin embargo, las evidencias empíricas? Los estudios sobre ciclos económicos de largo plazo constatan en general la existencia de olas cíclicas de 40 meses, 10 años y 60 años. Las explicaciones de estas olas de crecimiento y depresión son sin embargo poco consistentes y se podría creer que no tienen por qué repetirse. Es posible, no obstante, explicar los ciclos de largo plazo por la incorporación de inventos importantes para la economía que provocan modificaciones significativas en la composición orgánica del capital, en la tasa de ganancia, en el ejército industrial de reserva y en el nivel salarial, así como en el plano institucional (concentración empresarial, centralización financiera, internacionalización del capital e intervención estatal). Estas modificaciones positivas para la tasa de crecimiento del producto alcanzan un límite en un plazo cercano a los 30 años y se hace necesario un nuevo período depresivo de la misma duración para provocarlos ajustes necesarios a un nuevo ciclo ascendente. La depresión conduce a un aumento del ejército industrial de reserva, a una consecuente rebaja salarial, a un aumento de la composición orgánica del capital, de la tasa media de ganancia y de los excedentes de capital que permiten iniciar una nueva etapa de crecimiento.

Si estudiamos con detenimiento el gran ciclo de la posguerra podemos aislar teóricamente sus causas particulares y constatar en consecuencia sus límites. La incorporación al ciclo productivo de los cambios tecnológicos operados durante la guerra en la industria electrónica, en la

petroquímica y en la energía atómica, el aumento de los gastos estatales, particularmente el estímulo a la industria de guerra y al gasto militar y educacional, la reconstrucción europea y japonesa y la industrialización de vastas regiones del tercer mundo, los cambios de productividad de la agricultura con el aumento del consumo de bienes industriales (abonos, fertilizantes, pesticidas, etcétera), configuran un conjunto de inversiones incorporadas primero en Estados Unidos y extendidas en seguida al plano internacional.

Todas esas novedades llegan a su límite en la década del sesenta: el proceso de expansión internacional se completa con el fin de la reconstrucción europea y japonesa y de la llamada sustitución “fácil” de importaciones en los países más industrializados del tercer mundo; la industria de guerra entra en crisis al producirse saltos tecnológicos cuya aplicación exige una nueva etapa de acumulación y la revolución científico-técnica en proceso exige una importante renovación del parque industrial instalado, con la introducción masiva de la automatización, el aumento del consumo público en escalas gigantescas y los consiguientes cambios en el capitalismo de Estado y en su grado de intervención económica; aun en el plano internacional, se plantea la necesidad de una nueva división internacional del trabajo y nuevas reglas financieras que aseguren la liquidez de un sistema financiero que creció en base a un endeudamiento de los países dependientes que es imposible de pagarse sin violentas moratorias, quiebras y reajustes. Por otro lado, los datos revelan que los ciclos de 4 y 10 años se presentaron en Estados Unidos en 1949, 1954, 1958 y 1961. En Europa y Japón los ciclos asumieron formas muy blandas y poco perceptibles debido a la reconstrucción masiva de la posguerra. Los hechos revelan pues que el ciclo ascendente de largo plazo tiene explicaciones muy precisas y que los ciclos menores no han desaparecido sino solamente se han atenuado. Por otro lado, hay un buen número de datos sobre la economía norteamericana que revelan un aumento del margen de desempleo permanente o estructural mientras en el conjunto del capitalismo la constante inflación que se agigantó en la década del 60 revela los límites de la intervención estatal y del consecuente déficit fiscal, así como del manejo deficitario del dólar, de los gastos militares imperialistas y de un comercio mundial fundado en

el más aventurero endeudamiento. A partir de 1967 se inicia un nuevo patrón de comportamiento de la dinámica capitalista mundial. De un período de crecimiento continuo solamente empañado por pequeñas crisis se pasa a una etapa de crisis constantes marcada por recuperaciones cortas. Podemos aceptar con buen fundamento teórico que se trata de un nuevo ciclo depresivo que deberá mantenerse a largo plazo con las características de los ocho primeros años ya transcurridos de crisis general. El fundamento de esta afirmación se encuentra, en parte, en la observación general de los ciclos de larga duración que hemos señalado y, en particular, en la constatación del agotamiento de los factores que llevaron a la fase ascendente de la posguerra. Cabe pues analizar más en detalle el comportamiento de la economía norteamericana e internacional en esos 8 años para lograr definir sus constantes y la evolución posible de los acontecimientos mundiales. Hemos logrado diferenciar en este período 3 ciclos cortos. Un primer ciclo depresivo va de 1967 a 1971 pasando por una pequeña y artificial recuperación en 1968. Un segundo ciclo se caracteriza por una fuerte, corta y especulativa recuperación entre 1972 y 1973. Un tercer ciclo es marcado por una fuerte, generalizada, continua y larga depresión entre 1974 y 1975. En el segundo semestre de 1975 se anuncia una nueva recuperación cuyas características podremos prever en función del análisis de los ocho primeros años de la crisis general en proceso o, dicho de otra manera, del ciclo depresivo de largo plazo. En resumen, lo que podemos concluir del análisis de esos 3 períodos cíclicos es que el capitalismo se ve imposibilitado de remontar de la crisis general en que se ahoga, sin importantes cambios de estructura, lo que supone necesariamente un largo período cuya característica principal son los períodos depresivos. Estos cambios estructurales tienen que crear necesariamente las condiciones de un nuevo equilibrio económico y superar así los límites actuales que impiden un nuevo período de acumulación capitalista.

Después de un anuncio de recesión que se produjo en 1967, con una baja internacional generalizada de la tasa de crecimiento económico, los gobiernos capitalistas intentaron una recuperación artificial en 1968. Luego se pudo observar los graves efectos económicos (inflación, crisis del dólar y la libra, aumento del proteccionismo, amenaza al comercio

mundial) y políticos (ola contestataria de masas a nivel mundial cuya expresión más alta fue el mayo francés) de esas medidas. No hubo otro camino sino adoptar las restricciones al crecimiento que llevaron a la recesión de 1969 a 1971. En Estados Unidos lo que se inició como una recesión asumió el carácter de una abierta depresión en 1970 y en Europa esta se definió en 1971. Por ese entonces empezaron a repuntar los efectos políticos de la nueva situación. El fin de los “milagros económicos” y de la economía de “abundancia”, el aumento del desempleo y las embestidas contra las conquistas salariales alcanzadas en los años de bonanza económica acentuaron las contradicciones de clase en los países industrializados. Asimismo, en el plano internacional, aumentaron las contradicciones interimperialistas y los movimientos reivindicativos de los países dependientes. Esas tendencias fueron agravadas por el avance económico y militar del campo socialista, que condujo en 1970 al equilibrio militar entre la Unión Soviética y Estados Unidos.

En términos políticos generales estos cambios llevaron a un crecimiento de los movimientos de centroizquierda. La socialdemocracia llegó al poder en casi toda Europa y en los países donde los partidos comunistas tenían mayor peso creció su capacidad de lucha y se empezaron a crear las condiciones para una unidad entre comunistas y socialistas. Inesperadamente fue en un país dependiente, Chile, donde una alianza liberalizada por comunistas y socialistas llegó al poder en 1970, realizándose un experimento de interés mundial. Esto fue posible dadas las características particulares del Partido Socialista Chileno, que además de defender una línea de frente de trabajadores se definió por el marxismo-leninismo en 1967. La participación del Partido Radical chileno en el gobierno garantizó el apoyo de la socialdemocracia europea. Por eso, fue un acto desesperado el de Nixon al aplastar por la violencia más descarnada esta experiencia exponiéndose a una confrontación con la socialdemocracia y arriesgando seriamente la política de distensión con la Unión Soviética.

La acción golpista en Chile fue parte de una contraofensiva de Estados Unidos que buscaba recuperar el prestigio perdido a partir de 1967. Ella se apoyó en las condiciones económicas creadas por la recuperación de 1972 a 1973. Esa recuperación había empezado en el segundo semestre de

1971 y alcanzó su cumbre en el período entre principios de 1973 y octubre del mismo año cuando el embargo petrolero determinado por la crisis militar del Medio Oriente anunció el comienzo de una grave depresión que analizaremos más abajo. Es necesario señalar algunos aspectos de esta recuperación. Ella fue en primer lugar muy corta. En segundo lugar, elevó la inflación internacional a niveles de alta peligrosidad para las operaciones capitalistas de día a día y para el funcionamiento del sistema en general. Esta inflación llegó a alcanzar a los productos agrícolas y materias primas y provocó, en 1973, un cambio de los términos de intercambio internacionales en favor de los países dependientes. Con el embargo petrolero y el súbito aumento del precio del petróleo se provocó una nueva redistribución de los recursos financieros internacionales que causó gran pánico en los países industrializados. En tercer lugar, las inmensas inversiones del período no alteraron sustancialmente al sistema productivo ni lograron provocar una rebaja significativa de la tasa de desempleo.

A pesar del optimismo artificial creado en este corto período, los hechos indicaban claramente los límites de esa recuperación y apuntaban hacia nuevas medidas restrictivas que llevarían inevitablemente a una depresión bastante grave.

Y esto fue lo que sucedió. En octubre de 1973, los datos comenzaron a señalar el fin del *boom* de 1973. Empezaron las medidas restrictivas y entre 1974 y el primer semestre del año actual la depresión reveló toda su intensidad. Quedó claro, desde su comienzo, que si se pretendía por lo menos mitigar la inflación no bastaba una simple recesión. En su transcurso, la depresión reveló su carácter agudo expresado en la mayor alza de la tasa de desempleo, y la más acentuada baja del producto nacional bruto, de la producción industrial, de los valores bursátiles, del comercio mundial, del movimiento de capitales, y otros indicadores depresivos, desde la crisis de 1929-1932.

Los acontecimientos políticos se precipitaron. En el seno de la crisis se radicalizaron algunos gobiernos del Medio Oriente, cayó la dictadura griega y la portuguesa, se inició la descolonización portuguesa en favor de los movimientos más radicales de liberación colonial, se planteó el camino socialista para Portugal, cayó el imperio etiope, y Estados

Unidos tuvo que abandonar Vietnam del Sur derrotado. En Inglaterra, una heroica huelga obrera derrumbo el gobierno conservador e instaló en el poder un gobierno laborista de centro pero bajo una fuerte presión obrera de izquierda. En Francia, la coalición popular dirigida por un frente socialista-comunista por poco llegó al gobierno; en Italia, la crisis de la Democracia Cristiana se profundiza, la derecha es derrotada en un plebiscito sobre el divorcio y los socialistas abandonan el gobierno aproximándose al mayor partido comunista de Occidente; en España, tambalea el régimen autoritario ya profundamente debilitado; en los países nórdicos se mantienen los gobiernos socialdemócratas pero cada vez más dependientes del apoyo de los comunistas. En 1976, los socialdemócratas han sido derrotados en Suecia, lo que sin embargo deberá aumentar su radicalización política hacia la izquierda.

En toda Europa se desarrollan, al interior de una socialdemocracia ascendente, a las de izquierda que estuvieron amortiguadas en el período de la posguerra. Los movimientos sindicales socialistas y cristianos se alían firmemente a los comunistas y este importante aparato de la Guerra Fría que era la CIOSL y su expresión latinoamericana, la ORIT, entra en plena decadencia. Las bases de la unidad de la clase obrera se desarrollan en todos los planos: económico, social y político.

Los efectos de la situación sobre la ultraizquierda o la izquierda extraparlamentaria se hacían sentir desde 1970. Se produce una diferenciación cada vez más clara entre su sector anarquista que deriva sea hacia un "masismo" agresivo en 1968-1969, sea hacia un terrorismo de minoría y un sector marxista que se va aproximando a los frentes socialista-comunistas. Algunos grupos vuelven incluso a sus partidos originales donde hay un campo de acción creciente a consecuencia de la radicalización de las grandes masas obreras y amplios sectores pequeñoburgueses. Esto implica una moderación del radicalismo de sectores minoritarios y una radicalización de las tesis de sectores de masa.

Los cambios políticos operados en la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética y en los demás partidos comunistas, expresados en la Conferencia de los Partidos Comunistas de 1969 y en las dos reuniones de partidos comunistas europeos realizadas en 1973, apuntaron en el sentido de la adopción de una línea política más combativa, basada

en una definición estratégica más avanzada que pasó del llamado a la formación de gobiernos progresistas, democráticos y nacionalistas a la formación de gobiernos socialistas y democráticos y a una aproximación con los partidos obreros socialistas y socialdemócratas en busca de un frente único obrero capaz de realizar medidas socializantes (con las importantes excepciones del Partido Comunista Italiano que plantea el “compromiso histórico” con la Democracia Cristiana y del Partido Comunista Español que plantea un frente democrático en contra del fascismo). Así también los partidos comunistas cambiaron su actitud hacia la ultraizquierda, iniciándose un diálogo con su sector no terrorista, el cual aún se muestra lleno de dificultades y confrontaciones. Se ablandaron también las críticas al maoísmo. Desde fines de la década del 60, entramos así en una nueva era política. Ella es el anuncio de las tendencias aún subterráneas que aflorarán durante estos años de crisis general del sistema y que podrán ser matizadas por períodos de recuperación pero que continuarán profundizando en su conjunto las contradicciones del capitalismo hasta hace muy poco aparentemente ablandadas por la fase de acumulación. En este cuadro no se puede despreciar el ascenso del fascismo. Este ha reaparecido en la escena mundial como movimiento organizado y dispone aún de fuertes puntos de apoyo en los gobiernos de Brasil y España, así como anteriormente los encontraba en las dictaduras de Grecia y Portugal. En nuestros días, han encontrado un baluarte en la junta militar chilena. En Italia se ha descubierto una red de relaciones fascistas que compromete altos personeros demócrata cristianos y altas jerarquías de la OTAN en un intento frustrado de golpe de Estado en 1970. La CIA ha participado activamente del desarrollo de estas conspiraciones.

Si se puede afirmar que en los últimos años se ha debilitado el fascismo con la caída de las dictaduras portuguesa y griega, no es menos verdad que este se ha fundido más íntimamente con los movimientos y partidos conservadores que se radicalizaron hacia la derecha en este mismo período.

Es posible observar un complejo movimiento histórico: los partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas se radicalizan hacia la izquierda absorbiendo incluso parte de la antigua ultraizquierda; los

partidos conservadores se radicalizan hacia la derecha, absorbiendo parte del fascismo. Lo que era una confrontación de minorías radicales en la década del sesenta tiende a convertirse en enfrentamientos de masas en la década del setenta. Es la dinámica de la crisis que anteriormente era solamente intuida o percibida por minorías y que se va extendiendo a todo el cuerpo social.

La próxima recuperación económica, esperada a partir del segundo semestre de este año, deberá estimular nuevos intentos agresivos de la derecha, pero los resultados necesariamente insuficientes de la recuperación y su corta duración (los datos indican que se deberá alcanzar un *boom* económico en 1978, el cual deberá elevar la inflación a niveles incontrolables y por lo tanto a una nueva depresión bastante más grave que la actual) deberán abrir camino a una nueva etapa revolucionaria que llevará principalmente hacia Europa y también hacia los demás países del centro del imperialismo (Estados Unidos y Japón) las olas revolucionarias que desde el comienzo de la Guerra Fría se habían desplazado hacia los países coloniales.

Es muy difícil predecir hasta qué punto una clase obrera educada, durante el período de la posguerra, en concepciones reformistas que afectaron seriamente la visión ideológica y estratégica de sus partidos dirigentes, y presionada, por otro lado, en los años sesenta, por un radicalismo anarquista de carácter pequeñoburgués y elitista, que anunciaba sin embargo el fin del período reformista, podrá encontrar el justo equilibrio revolucionario que le permita superar, a través de una sociedad socialista, los desafíos de la hora presente.

Los pasos unitarios alcanzados en los últimos años tanto en el plano sindical como político son una base necesaria para cualquier solución revolucionaria. Los cambios de los partidos comunistas, particularmente el soviético, son también alentadores. Los avances de los sectores de la izquierda socialista y socialdemócrata también lo son. La moderación y autocrítica de sectores de la ultraizquierda y la crisis de la democracia cristiana con el surgimiento de un nuevo movimiento cristiano de definición socialista son otras señales positivas. Pero éstas son todas tendencias muy generales y aun minoritarias enmarcadas en una tradición predominantemente sectaria, divisionista y subjetivista desarrollada

durante la Guerra Fría. Si prevalecen los factores unificadores y un desarrollo ideológico, estratégico y táctico hacia el socialismo podemos, sin embargo, tener grandes esperanzas en el desarrollo del socialismo en los centros dominantes del capitalismo y en un cambio radical de la faz del globo.

3. Dependencia y revolución

Los apartados anteriores que resumieron las tesis centrales de las dos primeras partes del libro se restringieron a analizar las formaciones sociales dominantes, la economía política internacional en la época del imperialismo monopólico integrado y los elementos básicos de la crisis general del capitalismo. Hemos restringido el análisis a los países dominantes por razones metodológicas, porque dentro de esta economía internacional capitalista hay dos grandes tipos de formaciones sociales que tienen características estructurales y comportamientos distintos reaccionando también de manera diversa frente a las oscilaciones cíclicas del sistema. Las formaciones sociales dominantes son el foco irradiador de los ciclos y por esto su análisis precede o condiciona el análisis de aquellas formaciones sociales dependientes que tienen que acomodarse a esos ciclos internacionales reaccionando positiva o negativamente en función de sus características internas. Entre esas características están sus propios ciclos económicos que al derivar de sus leyes internas de acumulación no coinciden necesariamente con las coyunturas internacionales. Se producen así movimientos cíclicos muy particulares que exigen un análisis específico.

Se hace necesario pues que estudiemos las características propias de la situación de dependencia en la economía internacional, las relaciones específicas que se establecen, las modalidades de estructuras socioeconómicas que se producen, el carácter específico que asumen las leyes de desarrollo capitalista de esas formaciones y finalmente los comportamientos cíclicos que tienden a tener. Al mismo tiempo, a partir de esos análisis se puede determinar de manera muy general las estructuras de clases y las fuerzas sociales o coaliciones sociales que se establecen, la

correlación de fuerzas que tiende a conformarse y las alternativas de cambio que esas fuerzas sociales impulsan. Antes de analizar estos problemas es necesario hacer algunas consideraciones de orden teórico y metodológico que nos permitan establecer la manera correcta de aproximarse al fenómeno.

Históricamente desde la antigüedad han existido formaciones sociales imperialistas y coloniales. Sin embargo, es solamente en la época moderna que esa relación asume un carácter mundial en consecuencia de la integración lograda por la economía capitalista internacional que, de un lado, produce un mercado mundial integrado de mercancías, fuerza de trabajo y capitales y, de otro, una alta concentración de la tecnología, la producción y los capitales en un centro hegemónico y en un conjunto de países dominantes. La cuestión de la dominación imperialista de un lado y de la superación de la condición de la dependencia de otro se convierte en un problema mundial. El desarrollo del capitalismo como capitalismo monopolístico imperialista se convierte, dialécticamente, en un impulso a la expansión mundial capitalista y, al mismo tiempo, en un límite para ese desarrollo. Pues la expansión del capitalismo no produce, en consecuencia, de su carácter contradictorio, una economía internacional equilibrada e igualitaria, sino la oposición entre un capitalismo dominante y un capitalismo dependiente, limitado este en su capacidad de desarrollo, incapaz de resolver ni siquiera aquellos problemas de supervivencia humana elementales que se pudo superar en buena parte en los países dominantes.

El reconocimiento de esta cuestión es bastante antiguo, aunque su estudio más profundo se hace cada vez más urgente. Sin embargo, hay dos maneras fundamentalmente opuestas de plantearla. Una de ellas supone que la situación de los países dependientes es una consecuencia de su retraso en integrarse al capitalismo. La otra ve el subdesarrollo como consecuencia de una situación histórica de sumisión económica y política, fruto del carácter desigual y combinado del capitalismo. Estudiemos la primera, cuyo origen de clase es evidentemente burgués. Según el primer enfoque, el subdesarrollo sería sinónimo de ausencia de desarrollo, de subsistencia de relaciones pre-capitalistas, tradicionales, feudales o semif feudales. El énfasis teórico se vuelca así esencialmente

hacia el estudio de las condiciones del desarrollo económico, del “despegue” que asegure el inicio de una escalada ascendente de acumulación capitalista.

En sus líneas gruesas esta posición, con mayor o menor variación, ve en las inversiones capitalistas el camino del crecimiento económico, de la integración e independencia nacional, de la superación de los vestigios tradicionales o precapitalistas que llevaron a una distribución del ingreso negativa, de la formación del mercado interno, de la implantación de condiciones democráticas y de participación popular. En su forma populista, que alcanzó su auge en los años treinta, se planteaba una fuerte participación estatal en la economía, la nacionalización de las riquezas básicas, la reforma agraria y la justicia social como las consignas básicas de una transformación social cuyo objetivo era un desarrollo nacional autónomo.

Después de la segunda guerra mundial, el imperialismo empezó a interesarse directamente por la inversión industrial en los países dependientes y en consecuencia se produjo un gran énfasis en los estudios del desarrollo. La entrada masiva del capital internacional en los sectores más dinámicos de la economía encontró al principio una oposición del capital nacional y del movimiento popular. Con el tiempo, se produjo, con todo, una división ideológica en el interior del movimiento populista y nacionalista. Un sector –la gran burguesía– entendió claramente la imposibilidad de mantener su independencia en un mundo cada vez más dominado por el gran capital. Vio que la única fuerza capaz de oponerse a una entrada masiva del capital internacional sería un capitalismo de Estado demasiado desarrollado el cual, en condiciones democráticas, exigiría apoyarse en el movimiento popular, y amenazaba retirarla del poder y abrir campo al socialismo. La experiencia de la Revolución Cubana que solo pudo realizar sus objetivos democráticos en el cuadro de una revolución socialista hizo volver atrás los ideólogos nacionalistas y los llevó a aceptar la tesis del “desarrollismo” que se enunciaba de manera simple en la proposición de que el desarrollo era el objetivo, el nacionalismo era el instrumento. Si el capital internacional se aliaba al desarrollo, el nacionalismo debía moderarse y aceptar este hecho como positivo.

Al mismo tiempo, la aplicación masiva del desarrollo basado en el capital internacional demostraba sus límites: tecnología avanzada (pero no la más avanzada), productos de consumo conspicuo, concentración y monopolización de la producción, estructura industrial especializada en el sector de consumo, alta importación de insumos para su producción, remesas enormes de ganancias, prestamos para financiar esa situación deficitaria, baja utilización de la mano de obra, desintegración de la estructura agraria tradicional, subempleo y desempleo en vastas concentraciones urbanas. Todo esto indicaba los límites del crecimiento económico realizado bajo los auspicios del gran capital: concentración del ingreso, límites para el mercado interno de productos de consumo básico, creación de una estructura industrial dependiente, marginalidad urbana, baja producción rural, proteccionismo y clientelismo estatal artificial, déficit de la balanza de pagos, prestamos internacionales que no se pueden pagar.

En este contexto se acentuó la búsqueda de una mayor integración en el sistema capitalista mundial que modificó en buena medida el programa reivindicativo de las burguesías de los países dependientes: mejor precio para los productos exportados, industrialización de las materias primas y productos agrícolas exportados, ampliación del mercado de los países dominantes para productos manufacturados en los países dependientes. Desde el punto de vista interno se restringió cada vez más la participación popular, se aumentó el poder del ejecutivo y de los tecnócratas, se utilizó las técnicas de la contrainsurrección y se recurrió abiertamente a la dictadura militar con pretensiones fascistas cuando el movimiento de masas alcanzó auges importantes y amenazó tomar el poder.

La situación se alteró significativamente con la crisis del capitalismo y particularmente con la depresión de 1974-1975, permitiendo radicalizar el programa nacionalista al acentuarse la iniciativa de formar cárteles para garantizar precios, aumentar las nacionalizaciones y reforzar extraordinariamente el capitalismo de Estado, al amenazarse aun vagamente con el no pago de las deudas externas, al buscar mercado en los países socialistas, al plantearse una política externa más activa frente a Estados Unidos y de mayor unificación del llamado tercer mundo

explorando sobre todo las posibilidades de presión en los organismos internacionales en alianza con los gobiernos socialistas. Al mismo tiempo, el avance de la revolución socialista en África y Asia y el desarrollo del movimiento popular en escala internacional aumentó de manera considerable el radicalismo antiimperialista del movimiento de los no-alineados.

Estas consideraciones nos permiten introducirnos en la visión marxista del problema de la dependencia y del subdesarrollo que, a pesar de no estar ajena a las oscilaciones del pensamiento burgués y del movimiento populista, se desarrolló dentro de criterios teóricos y políticos propios.

En contraposición a la visión burguesa de la cuestión de la dependencia, el materialismo dialéctico la enfocó y enfoca de manera distinta. Desde el triunfo de la revolución rusa, el movimiento socialista internacional

El III Congreso de la Tercera Internacional, en un informe elaborado por el propio Lenin, con la asesoría de camaradas hindúes, planteó ya claramente que el movimiento de liberación colonial pasaba a integrarse en la lucha mundial por el socialismo. Ya en este entonces se comprendían los límites de la burguesía nacional colonial y en ciertos casos se constataba su inexistencia o su incapacidad para llevar adelante la lucha democrática y de liberación nacional que asegurase el desarrollo aun capitalista de esos países. Se reconocía entonces la especificidad de esas formaciones sociales y las nuevas formas que en ellas asumían las tareas democráticas y la acumulación primitiva de capitales. Se reconocían aun los diversos tipos de estructura social que se desarrollaban en consecuencia de la situación precolonial y del grado de penetración del capitalismo y consecuentemente del desarrollo de la clase obrera. Posteriormente, la baja del movimiento revolucionario europeo y el ascenso de la revolución democrática en Persia, Turquía, Indonesia y sobre todo en China llevó a la Tercera Internacional a preocuparse más directamente del tema. Se produjo un amplio debate sobre el fracaso de la insurrección de Pekín y Cantón en 1927 y se empezó a elaborar más ampliamente sobre el tema de la revolución de liberación nacional. Pero fueron los marxistas de los países coloniales los que hicieron avanzar

más directamente el análisis de la revolución en el mundo dependiente. Mao Tse-tung dio una gran contribución al tema al describir, ya en 1927, la especificidad de la estructura de clases china y al señalar posteriormente en 1939 el carácter de la “nueva democracia” que emanaría de la revolución. Mao demostraba entonces el carácter obrero-campesino, antiimperialista y democrático de la revolución china y su necesaria enmarcación en el cuadro de la revolución socialista.

La revolución democrática sería no solamente dirigida por el proletariado, su ejército y su partido como se desarrollaría de manera ininterrumpida hacia una etapa socialista.

La contribución teórica de Mao se vio coronada por la práctica de la revolución china. En Corea y Vietnam del Norte se consolidó este marco teórico. En los casos de Argelia y Cuba se produjeron fenómenos nuevos. La conducción de la revolución democrática no fue realizada por un partido comunista; sin embargo, particularmente en el caso de Cuba, ella evolucionó en sentido nítidamente socialista. La década del sesenta conoció amplias variaciones revolucionarias en el mundo dependiente, particularmente en África, donde el socialismo emergió a veces directamente de sociedades tribales en formas muy propias y novedosas, conducidas por vanguardias políticas a veces improvisadas.

Es pues evidente que en este contexto internacional dinámico se desarrolla también la teoría sobre la situación de dependencia nuevo marco político e ideológico. Se hizo muy evidente que las relaciones de dependencia no se podían superar dentro de los marcos del capitalismo. Al mismo tiempo, el movimiento populista se venía descomponiendo a causa de la evidente traición de su dirección burguesa a los ideales nacionalistas democráticos y de justicia social. Por otro lado, las experiencias entreguistas, dictatoriales y concentradoras del ingreso, como el modelo brasileño, atraían cada vez más el empresariado del continente. En Chile, la experiencia de la “revolución en libertad” de la Democracia Cristiana mostraba claramente los límites del reformismo. Se agigantan así los clamores revolucionarios en el continente, la consigna de la revolución socialista empieza a levantarse en amplios sectores populares. Después de muchos fracasos del movimiento insurreccional, particularmente de los que alcanzaron mayor amplitud como en Venezuela

y Guatemala, se levanta en Chile un gobierno popular con un programa de transformación antiimperialista, antimonopolista y antilatifundista con el objetivo de iniciar en base a ellas, la construcción socialista.

Como fundamento para este programa, además de la experiencia práctica de Cuba se encontraban los estudios que habían descartado el carácter feudal de nuestra economía y sociedad y demostrado que el subdesarrollo toma su origen en una situación de subordinación y dependencia del capitalismo local, incapaz de llevar adelante un importante desarrollo de las fuerzas productivas que lograrse provocar la absorción masiva de la fuerza de trabajo, destruir las relaciones de producción atrasadas, instaurar una democracia con plena participación de las masas. En la época del capitalismo monopolístico de Estado el desarrollo del capitalismo dependiente se hacía también monopolista y presentaba señales de descomposición antes de alcanzar formas más democráticas.

Los estudios sobre la dependencia empezaron así a invertir la perspectiva tradicional que ponía el énfasis sobre los obstáculos precapitalistas al desarrollo del capitalismo y buscaban eliminarlos para crear las condiciones políticas y económicas para su pleno desarrollo. Los nuevos estudios se concentraron en el análisis del carácter actual del imperialismo, en la incidencia de la remesa de ganancias para conformar el déficit de la balanza de pagos, en la influencia del capital internacional y sus opciones tecnológicas, en el desarrollo de una estructura de producción concentrada y monopolística, en su efecto sobre el patrón de consumo y la distribución del ingreso, en la relación entre este tipo de industrialización y distribución del ingreso y la formación de un vasto subproletariado, en sus efectos sobre la estructura de clase, particularmente sobre la clase dominante y el llamado empresariado local o burguesía nacional convertidos en socios menores del imperialismo, en los ajustes políticos del Estado para desarrollar la infraestructura para ese nuevo tipo de dependencia, en los efectos ideológicos de tal situación sobre el movimiento nacionalista y la radicalización del movimiento de masas, en los problemas estratégicos y tácticos que derivaban de esa situación. Surgió así un conjunto de estudios económicos, sociológicos y políticos sobre el subcontinente, sus diferenciaciones tipológicas, sus sociedades nacionales y grupos regionales, sobre los aspectos ideológicos de la

dependencia y muchos otros que renovaron y estimularon ampliamente la producción científica latinoamericana. Esos estudios si bien estaban inspirados en ciertos planteamientos generales comunes reflejaban muchas tendencias teóricas y políticas distintas.

Posteriormente, han surgido varias críticas a los planteamientos generales de lo que se ha dado en llamar la “teoría de la dependencia”. Ellas no solo han desconocido completamente las diferentes posiciones que se distinguían en el interior de esa corriente de ideas y estudios, sino que han atribuido al conjunto de autores las posiciones de algunos de ellos. Pero, lo lamentable de esas críticas es su desconocimiento de los últimos 50 años de elaboración marxista sobre el tema, que los lleva a asimilar el estudio de estas formaciones sociales al análisis de relaciones sociales precapitalistas, cuyo desarrollo se ve impedido por el imperialismo. Al mismo tiempo, otros entienden que las sociedades nacionales dependientes son unidades absolutamente distintas sin leyes de desarrollo común o aun que serían simples casos nacionales del capitalismo monopolista de Estado. No faltaron aun las críticas metodológicas que pretendían que la “teoría de la dependencia” no había superado el desarrollismo y que se encontraba aun dentro de sus marcos epistemológicos.

A pesar de no haber ofrecido aún ningún estudio empírico importante, esas críticas han atacado la falta del análisis de situaciones concretas, desconociendo sumariamente los esfuerzos empíricos ya realizados.

Lo grave de esos planteamientos es, desde el punto de vista metodológico, su influencia estructuralista que pretende apartar el esfuerzo teórico latinoamericano de sus fuentes históricas y que pretende crear un pensamiento “marxista” que en vez de hacer de la confrontación y superación dialéctica de la ideología burguesa nacionalista y desarrollista profundamente impregnada en nuestro proletariado, pretende imponer una alternativa pura que viene de una aplicación mecánica y a histórica del marxismo.

Desde el punto de vista político ellos niegan la relación dialéctica necesaria entre el carácter socialista de la revolución latinoamericana y sus tareas antiimperialistas, democráticas y de liberación nacional. Niegan

en consecuencia, la lucha común antiimperialista de los países dependientes en vez de buscar radicalizarla a través de su aplicación consecuente bajo la hegemonía del proletariado.

Tal estructuralismo metodológico y sectarismo político se combinan para formar un conjunto de observaciones generales muy vagas sin ningún estudio concreto que las respalde además de dedicarse a una deformación sistemática de las posiciones de varios autores.

Lo que se ha hecho en los últimos años es necesariamente insuficiente y podrá tener muchos equívocos pero ellos no se superarán a través del camino que apuntan estos críticos. Ellos apuntan hacia la ideología pequeñoburguesa y hacia el pasado, hacia el esquematismo teórico y el más confuso formalismo y generalismo.

En la medida que logremos superar esas críticas que buscan retrotraer el avance teórico producido en los últimos años, podremos definir más claramente las características específicas de la crisis del capitalismo en los países dependientes y las alternativas de cambio que permitan superar revolucionariamente el capitalismo dependiente o renovarlo y ajustarlo a una nueva etapa de la economía imperialista que recién emerge. Podemos concluir aquí esa discusión teórica y metodológica y retornar el estudio de nuestro objeto analizando las características de las crisis en los países dependientes y las modalidades de cambio que ellas plantean.

La crisis capitalista de los países dependientes tiene dos grandes fuentes de origen. Hay una oscilación cíclica del sector exportador, que está ligada esencialmente al movimiento de la economía mundial y a su relación con la estructura productiva interna. Hay, por otro lado, una oscilación cíclica de la acumulación capitalista interna, que asumió una forma más declarada en el período de la posguerra sobre todo en aquellos países que lograron instalar una industria de base y pesada mínimas. No podemos en esta introducción describir en detalle esas dos crisis. Habrá que señalar muy en general sus características.

La crisis del sector exportador tiene una característica secular en la medida en que el control monopólico del comercio mundial y la sustitución de productos naturales por sintéticos configuran una situación de términos de intercambio negativos para las materias primas y productos

agrícolas. Asimismo, la crónica debilidad de la balanza comercial y la dependencia de la importación de maquinarias y materias primas industrializadas para el desarrollo industrial dependiente aumenta conjuntamente con el crecimiento de la industrialización y de manera aún más dramática les obliga a aceptarlas condiciones impuestas por las empresas transnacionales y por el aparato financiero o de ayuda económica que exigen que las maquinarias y materias primas sean importadas en escala creciente como parte de las inversiones extranjeras. Al mismo tiempo esas inversiones elevan a niveles gigantescos las remesas de utilidades y, por lo tanto, el déficit de la balanza de pagos.

Para pagarlo se recurre cada vez más al endeudamiento internacional cuyos elevados servicios forman, en consecuencia, una parte creciente y fundamental del déficit de la balanza de pagos.

Al déficit crónico y creciente de la balanza de pagos que configura los términos de una crisis secular o estructural se suman las oscilaciones del comercio mundial y de los movimientos financieros que pueden arruinar sectores productivos enteros en los países dependientes y que, por otro lado, provocan bajas de importaciones que pueden estimular la producción interna sustitutiva, en muchos casos. Tales oscilaciones, cuando asumen un carácter largo, como el período de 1929 a 1939, provocando la baja del comercio, desinversiones y otros efectos similares, crean condiciones nuevas para la lucha de clases de los países dependientes: aceleran el antiimperialismo, crean premuras en las opciones del desarrollo económico interno, plantean nuevas exigencias de inversión estatal, agigantan las crisis sociales, los desplazamientos humanos, la lucha política.

Las crisis originadas por el sector capitalista industrial de consolidación reciente se ligan evidentemente a esas oscilaciones generales, pero tienen su dinámica interna, determinada por las leyes generales de la acumulación capitalista y sus manifestaciones específicas en países de baja productividad general, mercados internos muy concentrados al lado de masas de pauperizadas, empresas industriales dominadas por el capital internacional, mano de obra barata con fuertes desniveles internos, existencia de un vasto subproletariado. En tales condiciones, las oscilaciones tienden a ser menos drásticas que en los países dominantes.

Sobre todo, la ausencia de un sector de bienes de capital importante hace que la crisis, cuando llega a este sector, se exporte hacia el exterior, por la vía de la baja de las importaciones o del aumento del financiamiento externo.

Con estos marcos generales nos es posible bosquejar en términos muy someros las grandes opciones políticas que se abren a los países capitalistas dependientes. La intensificación de la entrada de inversiones extranjeras en el sector industrial restringió a términos mínimos las bases materiales de una burguesía nacional y, por lo tanto, de un proyecto de desarrollo capitalista nacional y autónomo. En su lugar, se erigió un patrón de crecimiento cuyas características hemos destacado y que se resumen en la alta explotación del mercado concentrado de altos ingresos, capaz de absorber los productos sofisticados de la nueva tecnología, y en la ampliación del subproletariado como consecuencia de las tendencias tecnológicas excluyentes de mano de obra. Por su carácter limitado, que choca con la necesaria estrechez del mercado interno, ese crecimiento busca una salida en el mercado internacional en base a una nueva división internacional del trabajo apoyada en la exportación de materias primas industrializadas y bienes manufacturados de utilización intensiva de mano de obra, según los patrones internacionales definidos por el desarrollo de la revolución científico-técnica.

Como vimos, esas tendencias pueden coincidir con los intereses del gran capital internacional que al acentuarlas y controlarlas se posesiona de la fuerza de trabajo barata del tercer mundo. Este camino conduce al aumento del carácter monopólico de la economía, de la injerencia del capitalismo de Estado, de la centralización del capital. En lo político, lleva a la centralización del poder y a dictaduras de inspiración fascista. En lo cultural lleva al aumento del consumismo, al desarrollo científico especializado y dependiente sin poder creador propio, a la acentuación de las concepciones desarrollistas, tecnocráticas, autoritarias e irracionistas, de tipo fascista.

La imposición de ese camino tiene graves dificultades al conducir a una fuerte resistencia del proletariado y amplios sectores populares empobrecidos por este proceso de concentración de la producción y del ingreso. Asimismo, al crear graves problemas para los pocos sectores

nacionales sobrevivientes, aumenta su descontento y su tendencia a apoyarse en el capitalismo de Estado con el objetivo de frenar ese camino. Para tales pretensiones, encuentra el apoyo de sectores de los tecnócratas y de la burocracia estatal civil y militar que buscan utilizar el poder económico del Estado, como empresario y como interventor en la economía, para reorientar el desarrollo capitalista en un sentido más nacional.

Estas ambiciones políticas están condenadas a largo plazo al fracaso pues no es posible un desarrollo capitalista que se oponga de manera sistemática a las tendencias de la economía mundial capitalista a someterse al gran capital y de las economías nacionales a concentrarse bajo el dominio del monopolio. El capitalismo de Estado tiene que ajustarse necesariamente a los intereses del monopolio y “racionalizar” su funcionamiento en el sentido de aumentar la tasa general de ganancia.

Esto no impide, sin embargo, que en los períodos de crisis del sistema, aumente el poder de negociación de las burguesías locales y de la pequeña burguesía, sobre todo si logran arrastrar bajo su control sectores importantes del proletariado y del campesinado. Por otro lado, la utilización de las contradicciones interimperialistas en aumento durante la crisis, y la posibilidad de abrirse mercados en el campo socialista y contar con su ayuda para frenar en parte las presiones imperialistas configuran un cuadro general favorable a esa política que, reafirmamos, no encuentra asidero a largo plazo.

Es necesario señalar aún que esas políticas son una resultante de las fuertes presiones sociales creadas por la crisis general del imperialismo y las crisis internas con ella confluyentes. En tales circunstancias, el movimiento obrero y popular de los países dependientes tiende a radicalizarse, elevar su grado de conciencia y de organización y a asumir en consecuencia mayor autonomía política e ideológica. En tales circunstancias no faltan los oportunistas burgueses y pequeñoburgueses que buscan aprovecharse de ellas para, a través de una política y sobre todo un lenguaje más radical, asumir el liderazgo de esas masas.

En tales condiciones, la crisis general del capitalismo radicaliza, por un lado, la ideología y las políticas burguesas del gran capital hacia la derecha, y por otro lado las del proletariado hacia la izquierda. Al medio,

abre camino para una política oportunista y circunscrita de capas sociales decadentes que se apoyan en el capitalismo de Estado y buscan atraerse al proletariado. En la etapa de la crisis actual esos sectores aumentaron, como vimos, su capacidad de negociación que está por detrás de las tendencias “neopopulistas” y socialdemócratas, que se desarrollaron últimamente.

La resultante general es una situación de creciente radicalismo político cuya resolución final dependerá de la capacidad del gran capital internacional y sus aliados locales, por un lado, o del proletariado, por otro, de establecer claramente perspectivas viables de resolución inmediata de la crisis y de ganarse las capas intermedias para ellas.

Este resumen de las tesis centrales del libro y de la argumentación en que se apoyan puede orientar a los lectores para no perderse en una mayor abundancia de detalles, datos y argumentación que un tema tan complejo obligatoriamente exige. Esperamos haberlos estimulado para enfrentarse con los extensos desarrollos que presentamos a su consideración.

PRIMERA PARTE

LAS CONTRADICCIONES DEL IMPERIALISMO

I. El imperialismo contemporáneo y sus contradicciones

En el momento en que la crisis del capitalismo ha asumido las graves manifestaciones de que somos testigos, hace falta un intento de razonamiento general que permita explicar ciertos procesos particulares, así como profundizar el debate sobre la naturaleza y las formas de las contradicciones del imperialismo contemporáneo.

Nuestro trabajo empieza por determinar sumariamente el carácter de clase de las relaciones económicas internacionales, para situar dentro de ellas el proceso de integración monopólica mundial. Solo después de estos planteamientos introductorios entramos en el tema, estudiando la contradicción principal del imperialismo contemporáneo y sus manifestaciones. Este procedimiento se hizo necesario porque la definición

de la contradicción principal del imperialismo contemporáneo exigía situar correctamente su naturaleza; a esta la determinan fundamentalmente su enfrentamiento interno y externo con el proletariado y el sistema socialista que lo representa, así como el alto grado de concentración monopólica a que han llegado las relaciones económicas internacionales dentro del capitalismo.

1. Nota sobre la lucha de clases en el plano internacional

El sistema económico internacional contemporáneo se caracteriza por un profundo y contradictorio proceso de integración de dos grandes bloques en conflicto. Definir el carácter de este conflicto es esencial para la comprensión de ese sistema.

Esta definición supone una toma de posición ante el sentido de la historia contemporánea y debe ser el resultado de su estudio desde una perspectiva muy amplia. No es valedero hacer una descripción puramente empírica de esos bloques como si se tratara de dos sistemas o ideologías estáticas en choque. Al hacerlo se estaría tomando una posición ideológica y se ocultaría el carácter histórico de los sistemas económicos. Creemos que es necesario, por lo tanto, plantear de manera muy general cómo vemos las relaciones entre los dos grandes bloques que son las bases de la economía mundial.

Sobre el carácter de este conflicto planteamos cuatro tesis:

- › En primer lugar, el conflicto no es esencialmente un conflicto entre dos bloques de naciones, sino entre dos clases sociales de base internacional y entre los dos modos de producción distintos que ellas representan.
- › En segundo lugar, este es un conflicto de carácter antagónico, pues se trata de modos de producción de vocación universal cuya coexistencia es históricamente limitada.
- › En tercer lugar, en la lucha entre estos dos modos de producción (que se expresa en conflictos entre clases, naciones y grupos sociales concretos) uno de ellos está a la defensiva, perdiendo terreno y posición desde 1917.
- › En cuarto lugar, las formas históricas concretas que han asumido estos modos de producción son muy diversificadas. No se excluye por lo tanto la posibilidad de que se produzcan graves conflictos entre unidades

nacionales en las cuales domina el mismo modo de producción. Esta afirmación es banal en lo que se refiere al capitalismo. Las innumerables guerras locales y las dos guerras mundiales interimperialistas son una demostración más que suficiente de que las contradicciones nacionales son parte del modo de producción capitalista. Los conflictos intersocialistas asumen formas diferentes y representan realidades distintas, y merecen una discusión más compleja que realizaremos más adelante. También es posible, y a veces necesario, que se produzcan graves conflictos entre los momentos concretos de desarrollo de un determinado modo de producción (las formas o cristalizaciones que asumen en los distintos momentos históricos) y sus leyes de desarrollo. Pasaremos a hacer una rápida discusión de nuestros puntos de vista sobre cada una de esas tesis, a título solamente de introducir un cuadro general para el análisis del imperialismo contemporáneo.

a) El carácter de clase de los conflictos internacionales

Como lo indica la palabra, las relaciones internacionales son descritas por el pensamiento económico y político dominante como un intercambio entre naciones independientes entre sí. Esta concepción lleva al plano internacional el principio ideológico que orienta a todas las ciencias sociales liberal-burguesas, las cuales toman al individuo como el centro de la sociedad. Para ellas, la sociedad es una interacción entre individuos libres. De la misma manera que en el plano de la naturaleza ven las relaciones entre las especies como una competencia por la sobrevivencia del individuo en base al instinto de conservación, también el espacio físico es concebido como el marco donde se mueven las unidades individuales que son los cuerpos. El pensamiento analítico liberal razona siempre a partir de las unidades como la única existencia real. No podía dejar de producirse el mismo razonamiento en el plano internacional: las naciones libres defienden sus intereses propios en las relaciones con las demás naciones libres. Como lo establece la teoría de la sociedad liberal, si cada nación defiende su interés privado, se desarrollará y crecerá aumentando su capacidad de negociar con las otras naciones y todos ganarán ajustándose mutuamente al movimiento espontáneo del comercio mundial, regido por la ley de los costos comparados. Así como, a nivel

nacional, los individuos independientes son libres y siguen motivaciones propias y no se puede hablar de clases sociales, sino de individuos clasificados según distintos criterios, también en las relaciones internacionales los posibles bloques de países se forman en la medida en que reúnen puntos de vista e intereses nacionales coincidentes. Desde este prisma, las clases sociales no son y no pueden ser entendidas como un elemento fundamental de las relaciones nacionales e internacionales.

La prensa, los libros, las teorías tienden a crear la percepción no discutida de que el mundo está formado por un conjunto de naciones libres e independientes, de la misma manera que nos hacen creer que la sociedades una suma de individuos. Romper esa percepción del mundo exige no solo un esfuerzo ideológico sino un esfuerzo teórico, científico, capaz de superarla apariencia inmediata de los fenómenos.

Por eso, cuando analizamos el carácter de clase de las contradicciones entre las formaciones sociales que componen el actual sistema internacional, tenemos que referirnos a una realidad que solo puede ser aprendida de manera contradictoria: al mismo tiempo como abstracta y como concreta. Este carácter de clase de la contradicción fundamental dentro del sistema internacional se presenta como abstracto porque las clases no se enfrentan de manera directa y frontal sino a través de un sinnúmero de mediaciones que ocultan la pureza del antagonismo que determina en última instancia, el movimiento real de dicho sistema.

El carácter abstracto del análisis de este antagonismo se hace también necesario porque la contradicción de clase no siempre asume una forma clara en el movimiento concreto de la sociedad internacional. Por el contrario, las clases antagónicas viven distintas experiencias nacionales y regionales que desconectan a los miembros de cada clase entre sí y, a veces, los llevan a tener intereses inmediatos contradictorios.

Aún más decisivo es el hecho de que el proletariado se encuentra sometido ideológicamente por la burguesía en los contextos nacionales en que esta es aún dominante.¹ Por esta razón, este antagonismo no se hace evidente sino en momentos muy decisivos y cruciales en los cuales

1. En *La ideología alemana*, Marx y Engels establecieron la relación entre dominación de clase y dominación ideológica que es fundamental en la concepción leninista del partido revolucionario y del papel de la teoría revolucionaria

se refuerzan los intereses internacionales de la clase revolucionaria y se debilita el control político e ideológico de la clase dominante. Pero esta contradicción de clases es al mismo tiempo muy concreta porque solo ella puede explicar las grandes líneas de demarcación de los conflictos mundiales y señalar sus límites y sus direcciones posibles. Por detrás de los vaivenes tácticos, de los acuerdos provisionales, de las degeneraciones de los sistemas políticos y de los representantes organizados de las distintas clases, está el antagonismo que las separa, el cual explica los movimientos aparentemente sin sentido y permite encontrar las determinaciones básicas del proceso real, que se manifiesta a través del complejo y fluido sistema de las relaciones internacionales. Esta discusión fundamentalmente metodológica es precisa porque hay profundos intereses sociales que buscan ocultar el carácter de clase de los antagonismos internacionales. Tales intereses están identificados sea con la supervivencia del modo de producción capitalista (la burguesía), sea con las cristalizaciones históricas del modo de producción socialista, (burocracia y tecnocracia).

Es necesario señalar que en este segundo caso, se trata de una negación solamente relativa del proceso de la lucha de clases en escala internacional. Veamos más en detalle la cuestión.

Es inherente a la ideología burguesa ocultar el carácter de clase de los conflictos nacionales e internacionales. Ella los representa siempre bajo la forma de confrontaciones entre sistemas políticos libertarios o no, eficaces o ineficaces, elitistas o de masa, etcétera, buscando analizarlos bajo el prisma de un humanismo más o menos formal, general y ahistórico; incluso los encuadra en algunos modelos abstractos, pero jamás acepta abiertamente su contenido de clase. La burguesía está siempre obligada a remitirse a la conservación de la propiedad privada (o, ideológicamente, de la “libre empresa”), que es el fundamento de la sociedad de clases, oponiéndose al mismo tiempo a la propiedad colectiva que es la condición necesaria para la destrucción de las relaciones de clase. El conflicto entre los dos modos de producción antagónicos aparece pues de una u otra forma. Por más vueltas que dé el pensamiento burgués, por más subterfugios que busque, su contenido de clase se revela finalmente en la defensa absoluta o relativa de la propiedad privada de los medios de producción, base de la existencia de la sociedad de clases.

Más compleja, sin embargo, es la forma de ocultar el carácter de clase de las relaciones internacionales por parte de los intereses de la burocracia y la tecnocracia, las cuales se interesan en mantener las formas históricas deformadas que asume el sistema de poder dentro del bloque socialista.

Esta afirmación supone una posición definida sobre el carácter de las sociedades socialistas. Para nosotros, son sociedades socialistas en la medida en que impusieron el principio de la planificación social sobre el principio del mercado, basándose para ello en la propiedad colectiva bajo su forma estatal. Sin embargo, el poder se ha deformado por la formación de una capa social burocrática (y más modernamente se ha formado también una élite tecnocrática) que, sin poseer la propiedad de los medios de producción, influye decisivamente sobre la utilización del excedente económico y su distribución. Esta capacidad de decisión no es sin embargo arbitraria y se encuentra limitada necesariamente por dos factores: en el interior, por la clase obrera, cuyos intereses se ve obligada a defender, para garantizar su propia supervivencia, siendo ella misma una capa social que no ocupa un papel fundamental en la producción, y, desde el exterior, por la amenaza imperialista que, al mismo tiempo que amenaza la existencia del socialismo, favorece la expansión pletórica del aparato estatal (burocracia, más represión, más ejército, etcétera) y por tanto la reproducción de la capa burocrática en tanto grupo social con intereses propios. Creemos, pues, absolutamente falsas las concepciones sobre una vuelta de la Unión Soviética al capitalismo. Tal regreso solo sería posible si las fuerzas productivas no se desarrollasen en los países socialistas, si el movimiento revolucionario mundial no avanzara y si el imperialismo no se debilitase progresivamente. A pesar de importantes derrotas, la historia de la posguerra ha sido un ejemplo de victorias suficientemente significativas como para impedir una predominancia de la contrarrevolución y para abrir camino hacia nuevas victorias para el socialismo.

Debido al carácter del Estado y de la sociedad socialista, los intereses que representan las capas burocráticas y tecnocráticas son contradictorios. De un lado, tienen que presentar el régimen de producción socialista como históricamente superior (y por lo tanto universalista por

naturaleza) y al mismo tiempo tienen que reconocer su carácter transitorio hacia un modo de producción nuevo, que es el comunismo. Tienen que identificar asimismo la base internacional de clase en que se sustentan los países socialistas. Pero es evidente que el desarrollo del socialismo a nivel internacional entra en contradicción con la conservación de gran parte del aparato estatal existente y de los privilegios sociales actualmente vigentes, los cuales solo se justifican debido a la real amenaza militar en que vive el bloque socialista y a las deformaciones de estructura que se originaron durante los 50 años de aislamiento de la primera nación socialista por un capitalismo aún ahora relativamente más fuerte amén de violentamente agresor. Pero los intereses de la casta burocrática y tecnocrática creados en este período tienden a cristalizarse y a paralizar la lucha de clases en el interior del sistema socialista, buscando negarla o deformar su contenido.

Es significativo ver cómo en la actualidad ya no se hace necesario justificar teóricamente las diferencias salariales entre burócratas, científicos, técnicos y obreros. Lo que era para Lenin y Stalin una concesión necesaria para mantener el apoyo de los técnicos, tiende a convertirse en una concepción natural y permanente de la sociedad. La existencia de un fuerte Estado nacional, de un enorme ejército regular, de motivaciones económicas significativas para ciertos sectores, son condiciones necesarias para la supervivencia del socialismo frente a la amenaza imperialista constante. Pero son, al mismo tiempo, un fuerte elemento de deformación del poder estatal en su interior. Ocultar esta contradicción lleva a la cristalización de estas deformaciones a despecho de las necesidades históricas reales, y a la autorreproducción de esos intereses. Medidas de vinculación de los burócratas y tecnócratas civiles o militares a tareas productivas, de cambios constantes de puestos, de eliminación de jerarquías rígidas, etcétera, son necesarias, pero no resuelven la contradicción principal: la necesidad histórica de conservar este aparato represivo debido a la lucha de clases internacional. Y aquí viene el fuerte elemento contradictorio de la situación: en la medida en que avance el socialismo en el plano mundial, deben desaparecer estas instituciones y por lo tanto ellas preparan su propio fin. Pero esta contradicción es intrínseca a la dictadura del proletariado.

El proletariado es, según el análisis de Marx y Engels, la única clase llamada a destruir a todas las clases, incluso, por lo tanto, a sí misma. Es dialécticamente necesario suponer, pues, que muchos de los sectores e instituciones sociales y formulaciones ideológicas que en un momento sirven para hacer avanzar las transformaciones históricas se vuelven obsoletos como resultado de esas transformaciones y pasan a oponerse y resistir a los nuevos cambios necesarios. Estos intereses conservadores acentúan el espíritu nacionalista en los países socialistas y buscan asimismo fundamentar la superioridad histórica del régimen socialista ante todo en su capacidad productiva y en la eficiencia, no en su contenido social. Se busca así reducir la contradicción internacional fundamental a una competencia entre dos bloques de países de sistemas diferentes y solo secundariamente entre dos clases antagónicas. Este tipo de análisis hace depender el avance del socialismo internacional esencialmente del desarrollo económico de los países socialistas y del ejemplo que representan sus conquistas. Lo que lleva a una actitud relativamente pasiva del proletariado en los países capitalistas.

Esta desviación en la manera de concebir la evolución de la sociedad en escala internacional lleva también a confundir el interés de los países socialistas por mantener una política de paz y coexistencia internacional con la mayor o menor intensidad de la lucha de clases en el seno de los países capitalistas. Sin embargo, es necesario señalar que, dado el grado de integración que asumió la lucha de clases en el plano internacional con la construcción del socialismo, en los países donde hay un Estado socialista, se hace muy difícil establecer esta separación de manera rigurosa. Con todo: es absolutamente necesario saber establecer dialécticamente las diferencias y las unidades de intereses tácticos, con objeto de no aceptar una sumisión ciega de los intereses más amplios del proletariado a los intereses circunstanciales de algún o algunos Estados nacionales socialistas.

Tales desviaciones ideológicas tienen sus limitaciones, pues la realidad cotidiana de la lucha de clases a nivel internacional corroe diariamente cualquiera pretendida estabilidad, obligando a reformular constantemente estas concepciones ideológicas, cuya expresión más refinada se oculta bajo la forma abstracta del humanismo socialista

según el cual el marxismo plantea un objetivo moral o utópico de sociedad humanista que debe orientar la lucha política. Se abandona así el principio de la lucha de clases, como núcleo orientador de toda acción y programa revolucionario. Es necesario señalar, sin embargo, que las deformaciones del Estado socialista se van mitigando en la medida en que avanza el socialismo en escala internacional. Esto ha permitido que una revolución más tardía como la cubana pudiese no solo sobrepasar rápidamente terribles dificultades económicas, sino establecer un régimen de libertad política y de crítica muy amplio. La propia existencia de una revolución socialista en una isla dependiente de la exportación del azúcar no hubiera sido posible sin el apoyo económico, político, militar e ideológico de un campo socialista ya anteriormente constituido. Por esto no podemos separar la libertad política y de opinión, la mayor o menor presencia de los mediadores políticos, el volumen de los gastos militares, etcétera, de las condiciones concretas en que se produce la lucha de clases en escala internacional. No es en función de una “esencia” humana enajenada por el capitalismo o el “autoritarismo”, sino de las condiciones históricas concretas, que se plantean las transformaciones del hombre en la sociedad socialista. Al ignorar estas condiciones concretas en nombre de un humanismo socialista, estático y abstracto-formal, se olvida la esencia del materialismo dialéctico, que es “el análisis concreto de la realidad concreta”, como lo afirmaba Lenin.

b) El carácter antagónico del conflicto y de la decadencia imperialista

El segundo aspecto del sistema internacional contemporáneo es el carácter antagónico de la lucha de clases en el plano internacional, que es preciso reafirmar muy marcadamente. Este carácter antagónico se expresa en las relaciones entre dos modos de producción, ambos de vocación internacional.

Estos modos no se confrontan en un determinado momento histórico como dos modelos o utopías que existen en la cabeza de las personas. Son radicalmente distintos y se oponen como producto del propio desarrollo de la economía mundial. En la antigüedad pudieron sobrevivir regímenes de producción suficientemente distintos como el feudal, el

esclavista y el asiático sin que esto llevara necesariamente a un enfrentamiento entre ellos, pues eran regímenes de base local y regional que no necesitaban ampliarse indefinidamente.

No fue este el caso del capitalismo. Al basarse en la acumulación ampliada del capital, el capitalismo, que nace dentro del mercado mundial, ha generado una tal concentración de su base productiva que, no le permite quedarse en los marcos locales, ni regionales, ni aun nacionales. El surgimiento del imperialismo al final del siglo XIX y las dos guerras interimperialistas de nuestro siglo, han demostrado que este régimen de producción no puede quedarse limitado a un plano nacional. Por la propia naturaleza de su funcionamiento, basado en el crecimiento constante de la tasa y de la masa de las ganancias, el capitalismo es un régimen internacional. El socialismo es el heredero del desarrollo de las fuerzas productivas que promueve el capitalismo y permite elevar muchas veces su ritmo. Su vocación internacional le es pues inherente. Además, su existencia actual, que se asienta en bases económico-políticas nacionales, se articula con el movimiento obrero y los movimientos populares de los países capitalistas cuyas contradicciones internas llevan al constante desarrollo de una alternativa socialista en su interior. Al mismo tiempo, la superioridad del socialismo como instrumento de dominio de la naturaleza por el hombre lleva a una mayor capacidad relativa de desarrollo de los países socialistas frente a los capitalistas y hace cambiar continuamente la correlación de fuerzas en favor de aquéllos. Tal situación llevaría a largo plazo a una superioridad económica relativa de los países socialistas sobre los capitalistas. Antes que esto pase, la propia lucha de clases va cambiando la historia a favor del socialismo a través del desarrollo de la revolución a nivel mundial, que cambia bruscamente la correlación de fuerzas en varias partes. Pasemos al tercer aspecto del actual sistema económico mundial: los dos modos de producción en lucha no tienen un valor igual y no se desarrollan paralelamente.

Como hemos visto, todo equilibrio entre ellos es relativo y precario, siendo negado cotidianamente por el carácter históricamente superado del capitalismo y por el creciente desarrollo de las fuerzas socialistas. Esto no impide que se produzcan derrotas, además de avances, en el

campo de las fuerzas populares. Sin embargo, desde 1917 el movimiento socialista ha avanzado en su conjunto a pesar de las muchas e importantes derrotas parciales.

En resumen: el capitalismo es un régimen decadente, inmerso en una crisis final insalvable, en tanto que el socialismo es un régimen revolucionario cuyas crisis internas lo depuran de sus limitaciones y abren nuevos horizontes de desarrollo y evolución. Las razones de esto ya las hemos visto en buena parte, no se trata aquí de analizarlas. En la historia, el capitalismo ha desempeñado un rol semejante frente al feudalismo y otras formaciones precapitalistas a pesar de que, por su carácter explotador, lo hizo de manera mucho más violenta y salvaje.²

c) La dialéctica de la construcción del socialismo mundial

Llegamos así al cuarto aspecto de este sistema mundial. Tanto el modo de producción capitalista como el socialista se desarrollan históricamente en diferentes niveles, con intereses específicos, en circunstancias diferenciadas por países y regiones. A pesar de su vocación internacional, el capitalismo no ha podido y no puede eliminar su base nacional. También el socialismo, antes de convertirse en un modo de producción universal, continúa apoyándose en bases nacionales. De ahí nacen los diversos bloques nacionales e importantes diferencias de intereses y de políticas entre los distintos Estados dentro del mismo bloque. Tal diversidad de intereses puede aumentar o disminuir en coyunturas históricas diferentes; no elimina sin embargo la unidad básica de intereses que los unifican, que está dada por las clases sociales en que se fundamentan los distintos regímenes.

La variación se impone no solo en función del grado de desarrollo distinto de las fuerzas productivas, sino también en función de las relaciones internas dentro de cada bloque. En el bloque capitalista, las relaciones internas están condicionadas por la explotación del trabajo por el capital tanto en el plano nacional como en el internacional. El

2. Es inherente a todo sistema social en ascenso el uso de la violencia en la toma del poder y en la lucha por conservarlo. El socialismo no puede escapar a esta ley, por más repugnantes que puedan ser ciertos fenómenos como el stalinismo. Pero el stalinismo no es un producto del socialismo sino de las terribles presiones y agresiones de las cuales este fue víctima.

movimiento de capitales desde un país central y dominante hacia los dominados o dependientes determina estructuras sociales distintas y dinámicas sociales específicas dentro del mismo modo de producción.

El capital busca apropiarse de la fuerza de trabajo del planeta subyugándola a la producción de plusvalía. La exportación de capitales es el instrumento que realiza tales objetivos. La existencia de un mercado mundial de bienes, de capitales y de mano de obra es la condición que permite esta exportación. Es decir, el desarrollo del mercado mundial precede al desarrollo de la producción capitalista mundial.

Vemos así que el movimiento de capitales en el plano mundial exige cambios de estructura en las relaciones internacionales y nacionales. El intercambio simple de mercancías se podía hacer entre regímenes productivos distintos en la etapa del capitalismo comercial y financiero. En el capitalismo industrial-liberal tales condiciones empiezan a quebrarse; en el capitalismo financiero (monopólico, industrial y exportador de capital), entran en crisis definitiva, y en el actual capitalismo monopolístico integrado se hace imposible la supervivencia de esas relaciones precapitalistas. Se crean sin embargo nuevas contradicciones determinadas por el tipo de relaciones que se producen en el interior del sistema capitalista mundial. Este no es un sistema de relaciones entre naciones libres y autónomas. Las relaciones son más que nada de explotación y dominación. De un lado, exportación de capital; de otro, remesas de ganancias.

De un lado, acreedores; de otro, deudores. De un lado, dominio tecnológico; de otro, subyugación tecnológica. De un lado, excedentes crecientes; de otro, excedentes exportados. De un lado, salarios más altos y expansión del mercado interno; de otro, salarios más bajos y limitación de este mercado. De un lado, acumulación de los efectos del desarrollo tecnológico, producción del conocimiento, etcétera; de otro, subyugación a la tecnología exportable y a los conocimientos objetivados y no producción de ellos. En todos los planos –económico, político, social y cultural– se establece una relación cuyos efectos sobre las respectivas estructuras sociales tienen que ser antagónicos. Se producen así dos formaciones sociales distintas en el interior de un mismo sistema económico, con base en la dominación de un mismo modo de producción.

En el bloque socialista también existen relaciones desiguales e incluso desventajosas para los países menos desarrollados. Pero estas relaciones no asumen la forma de una explotación directa del trabajo, cosa que solo es posible, a escala internacional, bajo el capitalismo. Los sistemas pre-capitalistas tuvieron que utilizar sea la expropiación pura y simple, sea la cobranza de impuestos.

En el socialismo tales relaciones desiguales no pueden darse en forma permanente. Entre los países socialistas hay relaciones comerciales regidas en parte por intereses políticos, pero también, en buena parte, por los precios del mercado mundial. Esto produce relaciones comerciales desfavorables para los países más atrasados en general, en la medida en que se acepta el carácter desigual de la estructura de precios del mercado mundial capitalista. Esta crítica fue hecha por Guevara en su discurso de Argelia, pero no fue suficientemente desarrollada. Se hace muy difícil establecer la estructura real de los costos de los productos que se presentan en el mercado mundial, pues los precios están profundamente “deformados” por la acción del monopolio. Los países socialistas no pueden negociar solamente entre sí, ni crear una contabilidad completamente independiente del mercado mundial. Vemos así como la mera existencia de la economía capitalista en escala internacional deforma y restringe necesariamente el desarrollo de las relaciones de producción e intercambio para los países socialistas existentes.

Más concretas son sin embargo las quejas apuntadas, sobre todo por Rumania, en lo que respecta a los efectos del comercio intrabloque. Este sujeta a esos países a una situación antieconómica que los obliga a comprar productos más caros y de peor calidad dentro del bloque, produciéndose así un desmejoramiento de sus ventajas relativas. Los obliga también a especializarse en campos menos favorables que aquellos que les permitirían un comercio más amplio con Occidente.

Tales razones son de carácter económico y no político, pero hay tres maneras de resolver los problemas planteados. La primera es dejar prevalecer las leyes de mercado y optar por un comercio en función de ventajas comparativas sin consideraciones políticas. La segunda es la de hacer prevalecer las razones políticas sobre las económicas. La tercera es la de hacer avanzar la revolución mundial y sobrepasar los límites de

un reducido bloque socialista. Hay que considerar que las tres soluciones no son radicalmente excluyentes y se combinan históricamente. La cuestión fundamental sin embargo la jerarquía de las tres, lo que involucra importantes cuestiones de principio.

Es importante señalar, sin embargo, que los intereses generales de la causa socialista han prevalecido en muchas condiciones sobre los intereses exclusivos nacionales. Un modelo de estas relaciones se encuentra en el acuerdo comercial y financiero entre Cuba y la Unión Soviética en 1972, en el cual la Unión Soviética no solo perdonaba la enorme deuda de Cuba hacia ese país, sino que establecía un intercambio futuro basado en un precio permanente del azúcar muy superior al del momento de la firma del tratado.

2. El proceso de integración monopólica mundial

Hemos visto que las relaciones entre los dos grandes bloques de naciones que componen el actual sistema mundial son altamente complejas, pero que hay determinaciones esenciales que las dirigen y las hacen inteligibles. El bloque capitalista tiene, como vimos, un papel específico dentro del sistema de relaciones mundiales. El capitalismo es un sistema que alcanzó su auge de desarrollo a fines del siglo XIX, cuando sus contradicciones internas lo llevaron a la lucha interimperialista, a la guerra mundial y, en seguida, a la apertura de una nueva fase revolucionaria con el surgimiento del primer Estado obrero, la Unión Soviética.

A partir de este momento el socialismo ya no se expresaba solamente a través de la fuerza de las organizaciones obreras, sino que pasaba a contar con una base estatal nacional a la cual se sumó posteriormente un tercer elemento revolucionario, el movimiento de liberación de las naciones dependientes. A partir de 1917, la historia del sistema capitalista mundial es la de su lucha por sobrevivir como formación social. En esta etapa, Estados Unidos busca asumir el papel hegemónico del sistema que había tenido Inglaterra en el siglo XIX y cuya pérdida abrió camino al conflicto mundial. Para garantizar esta hegemonía sobre un sistema que, después de los alegres años veinte, entró en la crisis definitiva de

los años treinta, fue necesario pasar por una guerra en contra de las pretensiones del nazismo de unificar Europa bajo la hegemonía alemana.

Al final de la segunda guerra mundial, Estados Unidos emergía ya como nación hegemónica. No solo la guerra no había llegado a su territorio, sino que incluso había permitido el milagro que ningún país capitalista logró hasta 1950: le permitió recuperar los índices de producción de 1929 e incluso superarlos. En efecto, lo mismo Alemania, Japón, Francia, Inglaterra que los demás países capitalistas europeos solo logran restablecer el volumen de producción que habían alcanzado en 1929 hacia 1950. Por esta época Estados Unidos, debido al pleno empleo obtenido con la industria de guerra, había conseguido elevar al doble su producción de 1929. Empezando el período de posguerra, Estados Unidos se encontraba pues en una posición relativa extremadamente favorable dentro del sistema capitalista. Su ingreso nacional sumaba cerca del 50% del ingreso de las naciones capitalistas. Su participación en el comercio mundial era del 47%. Sus reservas de oro correspondían a cerca del 70% de las reservas mundiales. La productividad de su industria era varias veces más alta. Sus fuerzas militares estaban en todas partes del mundo capitalista y poseía la bomba atómica. La posición relativa de Estados Unidos en la posguerra está determinada por tres grandes factores.

El primero es de orden estructural. El carácter anárquico que se deriva de la base competitiva del capitalismo lo induce a resolver por la fuerza esa competencia, lo cual lleva inevitablemente a la concentración, la centralización y el monopolio. Esto pasa tanto a nivel nacional como internacional. Pero el monopolio no elimina la competencia completamente, sino que crea nuevas formas que obligan a una continua lucha por mantener la hegemonía. Esta lucha asume así formas contradictorias en su desarrollo. La tendencia general del proceso es hacia una integración bajo la imposición de un centro hegemónico; pero tal tendencia no puede realizarse completamente porque esta integración desarrolla nuevos niveles de contradicción que llevan a nuevos enfrentamientos y, por lo tanto, a desintegraciones parciales o a la desintegración total, lo cual obliga a una nueva centralización, etcétera.

Es una ley del capitalismo que este se desarrolle bajo la forma de una aguda contradicción entre sus tendencias hacia la integración impuestas

por el proceso de concentración, centralización y monopolización, y sus tendencias desintegradoras, impuestas por la competencia, la anarquía de la producción y sus contradicciones de clase. Esta ley es una expresión específica de la contradicción general entre el carácter cada vez más social de la producción para atender a la necesidad de mayores ganancias y las limitaciones impuestas al proceso productivo por el carácter privado de la apropiación que es inherente al capitalismo como sistema.

En resumen, el desarrollo de las fuerzas productivas que el capitalismo se ve obligado a realizar, lleva a la formación de un sistema económico internacional, pero la unidad empresarial privada y las bases estatales nacionales en que se apoya este sistema son contradictorias respecto de la vocación universal del desarrollo de las fuerzas productivas. En última instancia, este desarrollo aparentemente integrado y racional conduce en realidad a un nuevo tipo de anarquía que se manifiesta a nivel internacional. Las características de esa contradicción serán tratadas más adelante.

En el momento actual de nuestro análisis cabe mostrar cómo el sistema necesita de un centro ordenador que imponga el orden, el poder y la centralización sobre la anarquía desintegradora de la competencia desenfadada. Aquel Estado que disponga de mayor base económica relativa estará en condición privilegiada para hacerlo.

En este sentido, Estados Unidos había conquistado una posición relativa envidiable ya antes de la guerra, independientemente de la acumulación aún mayor de ventajas relativas que esta le proporcionó.

Esta acumulación se debió en gran parte a la utilización masiva por los capitalistas norteamericanos de los cambios tecnológicos y de la organización del trabajo que se operaron a fines del siglo pasado y que permitieron crear vastas unidades productivas, con enormes ventajas de productividad. Ya al final del siglo XIX, Estados Unidos había centralizado fuertemente su capital, lo que le permitía disponer de la base financiera y administrativa para incorporarlas sistemáticamente. Pero hay una ventaja relativa que asegura definitivamente la hegemonía norteamericana: es la amplitud de su mercado interno, en parte debida a su extensión continental, conseguida mediante la conquista de las tierras mexicanas y la compra de Florida y Alaska. Este factor pasa a ser decisivo

en el momento en que la tecnología exige escalas de producción muy grandes, solo posibles a partir de mercados muy amplios. La burguesía industrial americana había logrado la hegemonía de su mercado interno durante la Guerra de Secesión y, de ahí en adelante, su desarrollo como potencia hegemónica estaba ya asegurado.

Una Europa dividida en Estados nacionales sin un centro hegemónico no podía servir de base a una expansión económica capitalista capaz de competir con el gigante americano. El poder competitivo de Estados Unidos se venía manifestando antes de la segunda guerra mundial y en el caso de esta ya había alcanzado una situación hegemónica. La guerra crea sin embargo un desequilibrio exageradamente fuerte en favor de Estados Unidos y abre una fase coyuntural de hegemonía indiscutida, cuyo carácter excede en parte las necesidades estructurales del sistema.

Es necesario separar pues la necesidad histórica del sistema de disponer un centro hegemónico que lo integre, del grado de la hegemonía alcanzada por Estados Unidos en la posguerra.

El segundo factor que determina la ventaja relativa de Estados Unidos en la posguerra rebasa las fronteras del capitalismo. A fines de la década del cuarenta, el sistema capitalista internacional se enfrenta no solo a un país socialista, sino a un bloque socialista que incluye la nación más populosa de la tierra. Más grave aún, en el período posterior a la segunda guerra, el capitalismo como régimen estaba profundamente cuestionado en todo el globo y las aspiraciones democráticas de las masas tenían de su lado las resistencias armadas en contra del nazifascismo en general dirigidas por los comunistas y los movimientos de liberación nacional en los países dependientes que tendían a unirse al socialismo. Las necesidades de salvación del capitalismo como sistema se sobreponían, en esta coyuntura, a cualquier eventual lucha interburguesa. El período de la Guerra Fría va a consolidar esta situación, estableciendo las bases de una alianza internacional de clase que reforzó indudablemente la hegemonía norteamericana a nivel económico, político y militar.

El tercer factor que favoreció la hegemonía de Estados Unidos fue el carácter acumulativo de las posiciones de dominio o dependencia relativa. Un sistema de dominación como este tiende a autoimpulsarse y a incrementar sus relaciones desiguales hasta un cierto punto en el cual las

ventajas relativas empiezan a ser negativas y la tendencia acumulativa se invierte en contra del sistema de relaciones vigente. Las ventajas relativas de que disponía Estados Unidos le han permitido convertir el dólar en moneda internacional y a través de esto lograr una hegemonía financiera excepcional que a su vez le abría las puertas de todas las economías nacionales capitalistas. Su hegemonía militar reforzaba la concreción de sus aspiraciones políticas y su hegemonía económica atraía científicos de todo el mundo y le garantizaba el control tecnológico, fundamental en la época moderna. La fuerza de sus empresas en el plano nacional les abría camino internacionalmente, escudadas en el poder financiero, militar, político y cultural de Estados Unidos.

Parecía haber nacido un nuevo imperio inquebrantable que aseguraría la estabilidad del capitalismo por años y años. El presente trabajo pretende describir sumariamente las características fundamentales de este proceso de integración mundial para, en seguida, determinar sus contradicciones internas, que llevan hoy día a una profunda desintegración del sistema aparentemente tan sólido nacido de la posguerra. Para tal fin, hay que ubicar el elemento central de este proceso de integración del sistema capitalista.

Los elementos financieros, militares, políticos y culturales que destacamos no podrían dar permanencia a un sistema de relaciones integradas como a las que asistimos en la posguerra. Ellos crean las condiciones que permiten tal permanencia, pero no la determinan. Para encontrarlas tenemos que ir a la infraestructura del sistema y buscar la célula de este proceso mundial. Esta formación celular la encontramos en la nueva unidad productiva, administrativa, financiera (y en parte política y cultural) del sistema que es la empresa monopólica de carácter marcadamente internacional que se ha acostumbrado a llamar (por razones ideológicas) las corporaciones multinacionales o transnacionales.

La transformación del capitalismo competitivo en monopólico³ se dio al final del siglo XIX y fue descrita por varios autores marxistas como

3. Utilizamos la palabra monopólico dentro del concepto de Lenin que supone en realidad una situación oligopólica donde se establece una competencia entre monopolios, distinta de la competencia entre pequeños productores privados. En este caso la competencia no solo asume proporciones gigantescas (luchas por países, regiones, etcétera) sino también una forma más organizada, pero mucho más violenta (de las peleas entre *gangsters* y comerciantes pasamos a las guerras mundiales).

Bujarin, Lenin, Rosa Luxemburgo y sobre todo Hilferding y algunos no marxistas, como Hobson.⁴ Lo que diferencia el carácter de las relaciones monopólicas entonces y ahora son esencialmente dos factores.

En primer lugar, es necesario considerar que las relaciones monopólicas se hicieron dominantes dentro de los capitalismo nacionales, eliminando en buena medida a las empresas competitivas no solo en los países dominantes sino en gran parte de los países dependientes.

En segundo lugar, esas relaciones monopólicas se reforzaron enormemente en el plano internacional entrelazando a casi todos los países capitalistas en una enorme red financiera, comercial y administrativa. Más importante aún: una gran parte de esas relaciones pasaron a ser intraempresariales. Es decir, las corporaciones modernas se expandieron tan fuertemente en el mundo que se convirtieron en el marco dentro del cual se realiza gran parte de las relaciones económicas internacionales.

Estos cambios tienen un efecto cualitativo sobre el sistema. Transforman el germen de una economía internacional monopólica en la plena realización de esa economía, transformando leyes anteriormente no dominantes en dominantes. Este cambio exige una revisión analítica del carácter del imperialismo contemporáneo que permita establecer una nueva jerarquía de leyes y factores determinantes del funcionamiento del sistema capitalista mundial.

Establecido el nuevo contenido de las relaciones monopólicas es necesario estudiar, en seguida, las características de la empresa monopólica moderna. Se trata de una empresa corporativa que necesita ampliarse ilimitadamente, en el interior o no de un grupo económico, frente al cual mantiene una independencia relativa. Las decisiones fundamentales de financiación, de expansión, etcétera, las hace con cierta autonomía, lo que se justifica no solo por su gigantismo, sino sobre todo por el excesivo volumen de excedentes financieros de que dispone a nivel nacional e internacional. Sus enormes ganancias la llevan a la necesidad de encontrar nuevos frentes de inversión a cualquier costo. Su dirección se convierte así en un centro de decisión financiera, desplazando las decisiones propiamente industriales hacia niveles intermedios de dirección.

4. Véase el capítulo sobre antecedentes teóricos del concepto de dependencia.

Tal tendencia se hace manifiesta en las corporaciones conglomeradas que se forjaron en los últimos años y que operan en un número inmenso de sectores económicos sin ninguna vinculación tecnológica entre ellos.⁵ Al lado del proceso de conglomeración, que refleja la conversión de las corporaciones en centros financieros en búsqueda de aplicación de sus excedentes así como del financiamiento interno, está el proceso de expansión mundial de sus inversiones. La característica más importante de las inversiones de capital en el período de la posguerra es que se dirigen mayoritariamente a sectores que producen para los mercados internos de los países en que se hace la operación. En el período anterior a la posguerra, la inversión externa se hacía en general en los sectores ligados a la economía exportadora de los países periféricos. Es decir, se atendía fundamentalmente al propio mercado de los países dominantes. Se invertía básicamente en la agricultura, en la minería, en los servicios públicos y transportes ligados a la exportación. Se aseguraba así el control del mercado comprador, las remesas de ganancias, los fletes y los productos utilizados por las industrias de los países dominantes.

A partir de la posguerra las inversiones se dirigen fundamentalmente hacia los países dominantes, a los sectores industriales y a veces de servicio, lo cual lleva a una enorme movilidad de capitales en este área. En segundo lugar, las inversiones en los países subdesarrollados se reorientan de los sectores exportadores hacia la manufactura, llegando a controlar monopólicamente su reciente industrialización.

Este cambio de estructura del capital extranjero⁶ lleva a nuevas realidades internacionales que se caracterizan por un anárquico y complejo entrelazamiento de capitales e intereses de grupos y Estados nacionales, corporaciones, organizaciones internacionales, etcétera, que solo muy recientemente se empieza a analizar sistemáticamente.⁷

5. Son notorios los casos de Litton, ITT, Textron, etcétera.

6. En nuestro ensayo *El nuevo carácter de la dependencia*, hemos buscado determinar sistemáticamente los cambios que operaban tales hechos en las estructuras socioeconómicas latinoamericanas.

7. Hay hoy día una vasta literatura sobre las llamadas corporaciones multinacionales. Llamamos la atención solamente a los textos más importantes: Louis Turner, *Invisible Empire: Multinational Companies and the Modern World*; Courtney C. Brown (ed.), *World Business, Promise and Problems*; James W. Vanpel y Joan P. Curhan, *The Making of a Multinational Enterprise*; Charles P. Kindleberger, *American Business Abroad*; Judd Polk y otros: *US Production Abroad and the Balance of Payments*; Paul Sweezy y

Los resultados concretos son realmente impresionantes. Aproximadamente 180 empresas norteamericanas detentan hoy día el control de cerca del 80% de las inversiones externas de este país. Sumadas a un grupo reducido de empresas europeas y japonesas (cerca de 100) estas llamadas “corporaciones multinacionales” producen hoy día casi 116 del producto bruto internacional.

Tomemos el caso máximo que es la General Motors. Tiene inversiones en cerca de 60 países, ocupando a 640.000 trabajadores en las más diversas industrias que van desde los sectores de línea blanca a los autos y a la industria espacial, pasando por las empresas más diversificadas. Sus ventas anuales superan al presupuesto anual de Alemania Federal y sus ejecutivos medios en Inglaterra o Alemania están entre los principales empresarios de estos poderosos países.

La extensión de estas empresas ha dado origen a una vasta literatura sobre los más diversos problemas de control, organización, administración, personal, etcétera, a nivel internacional que plantea este nuevo nivel de operaciones. Sus jefes se convierten en importantes centros de poder mundial y sobre ellos no se ejerce ningún control político. Al contrario, las funciones de carácter político pasan a formar parte de la propia “ciencia” administrativa⁸ produciéndose una importante amalgama entre los políticos profesionales (civiles y militares), los grupos familiares tradicionalmente dominantes, los miembros de la *intelligentsia* y los directores de empresas para controlar y dirigir la compleja máquina de decisión del Estado norteamericano, al cual le cabe articular este conjunto de intereses a nivel mundial. Dada la gran centralización de estas unidades económicas, sus decisiones se tornan altamente complejas. La casa matriz tiene que compatibilizar (o decidir en contra de) sus intereses (dentro de una unidad nacional que, además de ser una economía

Harry Magdoff han realizado un análisis marxista del tema en *Monthly Review*, ediciones en castellano, N° 68, noviembre, 1969.

8. En 1971, *Business International*, una carta semanal para gerentes de empresas multinacionales dio inicio a una discusión sobre este nuevo campo de actividad empresarial: “Reflejando la creciente sensibilidad de los gerentes ante las presiones ambientales, un número creciente de firmas internacionales decidió en los últimos años que esta actividad tiene suficiente importancia para sus operaciones como para justificar el establecimiento de una nueva categoría gerencial cuya única tarea consiste en aumentar la influencia de las corporaciones en los gobiernos”.

con sus leyes relativamente independientes de desarrollo, es la base de su poder económico) con los intereses de otras decenas de unidades productivas y administrativas en otros contextos nacionales concretos sobre cuyas políticas hay que influir también y cuyas presiones hay que considerar. La resultante que nace de esta confluencia de presiones contradictorias es en gran parte imprevisible y esta es una de las razones para el gran *boom* del financiamiento de investigaciones y publicaciones sobre el funcionamiento, las causas y las consecuencias de las empresas multinacionales.⁹

Las conclusiones a que se ha llegado hasta el momento permiten tomara la corporación multinacional como la célula del proceso de integración monopólica mundial. Ella es hoy día el centro de decisión administrativa, económica y política que conduce a una gigantesca concentración económica y centralización financiera y administrativa; a una unión estrecha y contradictoria entre las empresas y los Estados; a la integración de los mercados de todos los países capitalistas; a un crecimiento enorme del comercio mundial.

El canal fundamental por el cual fluye todo este movimiento es la inversión de capitales a nivel mundial, en la cual hay una estrecha fusión entre la inversión privada y los préstamos gubernamentales. Estos financian a la primera, sea a través de préstamos directos para las empresas multinacionales, sea con la garantía de mercados para sus productos, sea a través

9. En Estados Unidos, trabajan sobre el tema los siguientes investigadores: Raymond Vernon, en Harvard, con un importante financiamiento de la Ford Foundation; Charles Kindleberger en MIT. Stephen Hymer en Yale (su trabajo fue interrumpido por su súbita muerte en un accidente en 1974), James O'Connor, en California, con enfoques distintos. También trabajan sistemáticamente sobre el tema los centros de investigación privados de Business-International, la National Industrial Conference Boara, las secciones de investigación de la AFL-CIO y de la International Chamber of Commerce. En los últimos años el Senado norteamericano ha llevado a cabo un número enorme de audiencias sobre "Economic Concentration", "International Aspects of Antitrust", y se formó una subcomisión dedicada al tema y dirigida por el señor Frank Church. El Banco Interamericano de Desarrollo financió una investigación de Business International sobre el mismo asunto. Las Naciones Unidas, la OIT, las asociaciones sindicales, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos y varias instituciones nacionales han proseguido estos estudios. Hubo varios números especiales de revistas económicas dedicados al tema. El Survey of Current Business hace un balance anual de las inversiones externas norteamericanas. El Departamento de Comercio realiza censos decenales de estas inversiones. Nixon formó una comisión presidencial dirigida por A. L. Williams, presidente de la IBM, que estudia comercio e inversiones. Además, Nixon creó una comisión sobre comercio internacional dirigida por Peter G. Peterson (antiguo director de Bell and Howell Inc.) y un Consejo de Política Económica Internacional. También fuera de Estados Unidos hay amplio interés en investigar el problema en cuestión. Una discusión más en detalle del tema se hace en el próximo capítulo.

del financiamiento de obras de infraestructura, sea a través de concesiones, seguros y otros beneficios para incentivar la inversión internacional.

El movimiento de capitales es, pues, el centro articulador de las relaciones económicas internacionales. Explica los movimientos de mercancías y servicios y los demás movimientos financieros. Sus efectos sobre la estructura económica a nivel mundial son, sin embargo, altamente contradictorios. La unificación de intereses que las empresas multinacionales lograron promover no ha sido suficiente para ocultar y borrar sus contradicciones internas.

En los próximos capítulos pasaremos a analizar la intrincada gama de contradicciones que nacen de este proceso de integración monopólica mundial basado en la corporación multinacional y en la expansión y cambio de estructura del movimiento de capitales.

3. La contradicción principal del imperialismo contemporáneo

a) Notas metodológicas

Toda formación social concreta es la expresión cristalizada de fuerzas que la trascienden y que necesariamente se encuentran en conflicto con aquellas que la mantienen. Las escuelas “científicas” ligadas a las clases dominantes han hecho hincapié en el estudio de los factores que llevan al mantenimiento de una estructura determinada. Las escuelas científicas ligadas a las clases dominadas han concentrado sus esfuerzos en la descripción de las limitaciones del orden existente que llevan a su descomposición. La dialéctica es por su naturaleza el método revolucionario, pues toma como principio la necesidad de estudiar el universo como un proceso de cambio permanente. Al tomar el universo como cambio concreto, o mejor, como historia natural y humana, descubre como principio de este movimiento el carácter universal de las contradicciones. Todo objeto es constituido por elementos contradictorios que, en relación con los otros seres u objetos, están en un proceso de constante lucha.

Así, el análisis de las formaciones sociales debe poner de relieve las contradicciones que la integran necesariamente, así como las relaciones que establecen con otras formaciones y sus efectos sobre sus

contradicciones internas. Es necesario señalar que, en el interior de una sociedad, existe un conjunto de contradicciones que está estructurado en torno a ciertos principios de ordenación y hay una jerarquía de factores que nos permiten separar una contradicción principal que actúa sobre contradicciones secundarias, sufriendo también el efecto de ellas de una manera no determinante.¹⁰

El imperialismo contemporáneo es un momento de desarrollo del modo de producción capitalista. Esto significa que expresa, de manera específica, las contradicciones del capitalismo como modo de producción. Estas contradicciones asumen, en este momento determinado, una ordenación específica que hace del imperialismo contemporáneo un objeto de análisis perfectamente diferenciable de las formas anteriores del capitalismo.

Como vimos, el imperialismo contemporáneo se diferencia de las etapas anteriores de su desarrollo por el alto grado de integración que ha logrado, en base al enorme desarrollo de la concentración de las fuerzas productivas y a la centralización del control económico internacional, a través de la expansión de las empresas multinacionales bajo la hegemonía norteamericana.

Hemos visto también que este proceso de integración monopólica hegemonizado por Estados Unidos lleva en su interior profundas contradicciones que amenazan esta integración y hacen que el sistema se sumerja en una profunda crisis. Nuestra tarea es, en este momento, buscar determinar cuáles son estas contradicciones, cómo se ordenan y cuál de ellas asume el papel principal. Estas notas metodológicas nos llevan a empezar por la determinación de la contradicción principal.

b) Internacionalización y base nacional

Hay en el sistema internacional capitalista una correlación estrecha entre varios procesos contradictorios que aparecen aislados entre sí. Este es el caso de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la concentración de la producción y de la distribución en favor de

10. "En el proceso de desarrollo de una cosa compleja hay muchas contradicciones y, de ellas; una es necesariamente la principal, cuya existencia y desarrollo determina o influye en la existencia y desarrollo de las demás contradicciones". Mao Tse-tung (1972: 353).

las grandes empresas y el debilitamiento y aplastamiento histórico de las pequeñas empresas; la centralización administrativa y financiera y la imposición de los monopolios sobre las empresas pequeñas; el fortalecimiento del poder estatal y de su intervención en la economía, acentuando el poder de los Estados más fuertes, el desarrollo del comercio mundial y del movimiento de capitales de manera desigual y la centralización a nivel internacional, bajo la forma de imposición hegemónica de la nación económicamente más fuerte y las naciones más débiles y dependientes así como sus burguesías condenadas a la sumisión.

La economía mundial capitalista expresa así este conjunto de tendencias que son contradictorias entre sí y que desarrollan fuertes antagonismos entre las fuerzas que la componen. Todas ellas expresan a nivel internacional la contradicción principal del modo de producción capitalista. En el desarrollo de las fuerzas productivas lleva a una socialización creciente de la producción, lo que entra en contradicción con el carácter privado de la apropiación de los medios de producción. De ahí resulta, como vimos, la anarquía esencial del sistema capitalista, siempre resuelta de manera provisoria, lo que hace aparecer más tarde la misma contradicción bajo nuevas expresiones.

En la etapa actual del capitalismo esta contradicción asume un carácter muy agudo, obligando al Estado a intervenir para asegurar un mínimo de organización al sistema y para mediatizar las presiones contradictorias de las fuerzas sociales antagónicas que componen la sociedad. La unidad productiva, a su vez, cambia completamente su forma. Para impedir los efectos depresivos de la anarquía, la corporación se vuelve en contra del principio básico de las relaciones capitalistas que es el mercado y tiende a imponerse como única unidad productiva o como conjunto articulado de unidades productivas. El desarrollo del monopolio dentro de cada mercado y en el plano nacional lleva necesariamente a un reforzamiento de la lucha por su control. El Estado, como regulador del comercio y de las relaciones de las empresas entre sí, pasa a cumplir también el papel de abrirles nuevos mercados en el plano nacional e internacional.

Es así que el ciclo concentración-centralización-intervención estatal se fortalece, interactúa y se autoimpulsa a nivel nacional como condición

de la expansión internacional de las empresas nacionales en escala internacional. Es esta dominación nacional la que permite una posición superior a nivel internacional.

Por otro lado, el control del mercado internacional asegura una fuerte posición de dominio interno. En este plano, el Estado nacional también ejerce un papel fundamental al asegurar política, económica y militarmente la apertura de los mercados externos.

De aquí nace uno de los polos de la contradicción principal de las actuales relaciones capitalistas internacionales: el polo nacional. La dominación internacional de una nación sobre otra pasa, en el actual momento histórico, por el fortalecimiento de la relación entre un Estado nacional fuerte y las empresas monopólicas que controlan el mercado interno del país dominante.

El otro polo de la contradicción principal nace de los efectos de la expansión externa de estos poderes nacionales. En la actual etapa de desarrollo del imperialismo, las relaciones internacionales del sistema han alcanzado un alto grado de desarrollo. El proceso de concentración y centralización rebasó desde hace mucho los limitados niveles nacionales. Se creó, a partir de fines del siglo pasado, un mercado mundial de bienes de capitales y hasta de mano de obra. Las unidades productivas del sistema empezaron a ser afectadas por esta realidad internacional y desarrollaron un intrincado sistema de relaciones internacionales, como vimos al referirnos a las corporaciones multinacionales.

Lo específico de esta expansión en la etapa contemporánea es, como señalamos el hecho de que las inversiones que son el eje de esas relaciones internacionales se orientan hacia la producción ligada a los mercados internos de los países receptores.

Al principio, esto llevó a un fortalecimiento de las ventas internacionales del país desde donde se originaba la inversión. Las filiales montadas en el exterior le compraban sus maquinarias y las materias primas elaboradas que utilizaban a la empresa matriz o a otras empresas del mismo grupo económico. Esto transformaba la creación de nuevas unidades productivas en el exterior, en un estimulante del comercio internacional. Se estableció así, en el sistema imperialista de posguerra, una relación económica basada en una nueva división internacional del trabajo.

No tardaron en demostrarse sin embargo, las limitaciones de este equilibrio. De un lado, las potencias imperialistas no hegemónicas a su vez empezaron a exportar capitales, en la medida en que se recuperaban de la depresión debida a la guerra y en cuanto terminaban la reconstrucción nacional. Los mercados de los países dependientes pasaban así a ser objeto de una nueva competencia. Tal situación no excluye a las empresas norteamericanas en Europa y Japón, estas serán afectadas en la competencia interna en la medida en que no realicen inversiones en el interior de estos países. No solo porque así se garantizan el acceso a su mercado interno, sino también porque aseguran un comprador para sus máquinas y materias primas industrializadas en el país dependiente. Sin embargo, teóricamente esta inversión significa que una parte de la fuerza de trabajo que el país imperialista podría utilizar internamente se sustituye en el exterior. A esto llaman los sindicatos norteamericanos el efecto “exportador de trabajo” de la inversión externa.

Para complicar aún más la situación, varios países subdesarrollados, como Brasil, India, Indonesia, Taiwán, etcétera, se ven en la necesidad de ampliar sus exportaciones industriales aprovechándose del bajo salario que pagan a sus trabajadores. Serán las empresas norteamericanas, europeas o japonesas las que controlen las inversiones en estos países, pero lo harán siguiendo la lógica económica del sistema. Y esta lógica dice que, en la medida en que se pueden obtener ganancias más elevadas en estos países, las inversiones se destinan a ellos para exportar hacia mercados controlados anteriormente por empresas de los países dominantes.

Lo que sucede, en consecuencia, es una enorme disgregación del mercado mundial, que va acompañada de una tendencia hacia la disminución de su volumen y al cambio del peso relativo de los sectores de producción que lo componen, así como de la importancia de los distintos países. Las relaciones resultantes de tales cambios, solo se rearticulan en un nuevo esquema que se realiza bajo la presión relativa que ejercen los diferentes. Estados nacionales y las corporaciones multinacionales.

Al describir este proceso, hemos puesto en evidencia el polo internacional de la contradicción. La economía internacional se desarrolla según leyes propias que expresan los intereses de varias unidades

nacionales que, a la larga, entran en contradicción entre sí, pues todas buscan el mismo resultado: su fortalecimiento nacional en contra de las otras unidades nacionales.

La retórica liberal ha buscado presentar tales relaciones como complementarias (así como presenta las relaciones de competencia entre los individuos como un factor de progreso y equilibrio al mismo tiempo). En realidad lo son, pero solo episódicamente. Su propio desarrollo, como hemos visto, eleva a nuevos niveles los antagonismos básicos.

De esta manera, la integración así realizada en una determinada etapa no hace más que preparar nuevos enfrentamientos internacionales. Se clarifica el carácter de la contradicción principal de la actual etapa del imperialismo.

La base productiva del capitalismo se hace cada vez más internacional, pero los mercados y Estados nacionales continúan siendo el punto de partida de sus relaciones internacionales. De un lado, la concentración, el desarrollo tecnológico, el aumento de las comunicaciones, la formación y expansión de una economía internacional. De otro lado, las mezquinas bases privadas y nacionales de esta expansión. Y por más que las empresas privadas se transformen en macromundos administrativos no podrán jamás ser la base de organización de una economía internacional planificada. Tampoco podrán serlo Estados nacionales que simplemente funcionen para coadyuvar a la expansión nacional e internacional de estas empresas buscando conciliar los inconciliables antagonismos que su expansión crea a nivel nacional e internacional.

Es así como el proceso de internacionalización del capital, determinado por la concentración productiva en que se basa la expansión capitalista, entra en contradicción con la tendencia a fortalecer la base nacional, estatal y empresarial en que se apoya el poder del capital, como fruto de su carácter privado. Al contrario de lo que podría derivarse del planteamiento de algunos autores, la contradicción entre la empresa llamada multinacional y el progreso humano no está en su carácter internacional sino en la estrecha base nacional en que tiene que apoyarse.

Al contrario de lo que aparenta, la empresa llamada multinacional es una expresión de la incapacidad del capitalismo para convertirse en la base de un verdadero sistema económico mundial. Las fuerzas que lo

impulsan hacia esto están en contradicción con la estrechez del capital y su carácter de explotador de la fuerza de trabajo, que solo puede ser asegurado por la apropiación privada de los medios de producción.

El resultado de un período largo de expansión e integración capitalista mundial solo puede ser, por consiguiente, un anuncio de un período significativo de disgregación y estancamiento. Este período, a su vez, producidos los enfrentamientos, destruidos los sectores menos desarrollados, abre camino a nuevos períodos de expansión, cada vez más contradictorios con la base limitada que la propiedad privada ofrece a la producción.

A la integración lograda por el imperio británico en los tres primeros cuartos del siglo XIX se sucede el período de lucha interimperialista que desemboca en la primera guerra. Después del desgarramiento de la Rusia zarista, convertida en la Unión Soviética, y del resquebrajamiento del poder colonial, se produce un ligero período de crecimiento que es sucedido por la crisis de 1929 y de los años treinta y por la segunda guerra mundial.

Después de la disgregación de los demás países que vienen a componer el bloque socialista y del avance de la revolución en los países coloniales y dependientes, se presenta el período de relativo crecimiento recuperativo de la década del cincuenta y en parte de la del sesenta. Al final de esta década se abre la crisis norteamericana más grave de la posguerra y la guerra comercial y financiera actual. Después de los profundos resquebrajamientos que el período actual está produciendo y producirá, el capitalismo logrará una nueva integración entorno a su centro hegemónico, pero solo podrá darse en base a un sistema de subpotencias regionales y a costa de la transferencia de importantes sectores productivos tecnológicamente atrasados de Estados Unidos hacia las subpotencias regionales. De este aparente equilibrio nacerán contradicciones aun mayores que las actuales.

Es interesante revisar las teorías de la burguesía o influidas por ella en los distintos momentos de este proceso. Del optimismo saltan a la desesperación, de esta al optimismo y viceversa, desconociendo necesariamente el carácter cíclico de su movimiento histórico, así como su inevitable degeneración.

4. *Las manifestaciones de la contradicción principal*

a) Desarrollo desigual y combinado

Al analizar el lugar histórico del imperialismo y sus tendencias parasitarias, Lenin lo define como un régimen en estado de descomposición por su tendencia a la formación de Estados rentistas cuya burguesía vive cada vez más del corte de cupón. Pero Lenin no lo ve como un proceso lineal sino contradictorio, al definir la ley del desarrollo desigual y combinado del imperialismo, con las siguientes palabras:

Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de esas tendencias. En un conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no solo es cada vez más desigual, sino que la desigualdad se manifiesta asimismo, de un modo particular, en la descomposición de los países donde el capital ocupa las posiciones más firmes (Inglaterra).¹¹

La formulación misma de la contradicción principal del imperialismo contemporáneo ya plantea el carácter desigual y combinado del desarrollo del sistema. El hecho de que necesite un centro hegemónico que imponga y centralice una diversidad muy grande de ritmos de crecimiento regionales revela, desde el inicio, su carácter desigual y combinado. Lo fundamental es ver en conjunto el sistema como una transferencia de excedentes hacia los centros más dinámicos, lo que acentúa enormemente los ciclos y movimientos del sistema mundial. Por un lado, la unificación del mercado a nivel mundial lleva a una cierta homogeneización de patrones de conducta. Pero, por otro lado, la posibilidad de explotar las grandes diferencias regionales lleva a acentuar el desarrollo de ciertos sectores en detrimento de otros. Las mismas unificación y homogeneización facilitan; dialécticamente, la desigualdad, al facilitar el movimiento de capitales hacia los centros internacionales más dinámicos.

11. Lenin (1973) *El imperialismo, fase superior del capitalismo, Obras escogidas*, t. I, Q, 795 (Moscú).

Excepto en algunos casos excepcionales, no se ha producido una situación que lograra invertir significativamente las tendencias de acumulación del crecimiento en las regiones ya desarrolladas. Estas tienen mercados nacionales más fuertes, facilidades financieras, economías externas y otros factores que atraen hacia ellas los capitales. Por otro lado, los países subdesarrollados solo atraen los capitales para realizar allí una superexplotación de su mano de obra barata y sacar los excedentes generados. Un reflejo muy directo de esta situación se produce en la balanza de capitales de Estados Unidos. Mientras las relaciones con Europa y Japón son deficitarias, pues el capital norteamericano tiende a reinvertir allí, con los países dependientes se produce un superávit que llega a cubrir el déficit generado en las relaciones con los países desarrollados. Claro está que tales tendencias se acentúan en lo que respecta a las relaciones comerciales y de servicios (de transporte, técnicos, etcétera). También en estos casos, los países dependientes presentan tendencias que refuerzan su retraso y favorecen a las potencias dominantes.

En suma, dentro de este sistema capitalista mundial, el subdesarrollo de los países dependientes tiende a acentuarse históricamente, llevando a una reproducción ampliada (con crecimiento económico, por lo tanto) que no rompe la característica de ser una economía dependiente. Su reproducción asume esta forma porque son objeto de una constante superexplotación que les impide dar saltos dialécticos significativos sin caer inmediatamente en una etapa superior de superexplotación. El paso de la etapa fundamentalmente exportadora hacia la producción industrial fue marcado por agudas crisis que no lograron resolver, sin embargo, el carácter dependiente de la economía. El sistema se recompuso en una forma nueva en la cual el capital extranjero asumió el liderazgo de las inversiones industriales. Pero, en muy poco tiempo, las facilidades del crecimiento económico en condiciones monopólicas que garantizan una alta lucratividad, han permitido al capital internacional extraer cifras astronómicas bajo la forma de ganancias, sobrepagos, regalías, servicios técnicos y un sinnúmero de otros medios de extraer ganancias. El carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista contemporáneo no produce, como en el siglo pasado, la emergencia de nuevos centros capitalistas, sino mayores contradicciones entre los centros ya

existentes, que acentúan sus profundas contradicciones con los países dependientes, cuya solución exige un salto dialéctico hacia un nuevo sistema económico-social que lleve al socialismo y no a un capitalismo más desarrollado.

b) La ayuda internacional: mecanismo de control y de acentuación de la desigualdad

Las dificultades creadas en la balanza de pagos de los países dependientes han hecho necesario un gran apoyo internacional para hacer viable la conservación del sistema de relaciones económicas internacionales capitalistas. Sin esta ayuda el movimiento de capitales y el comercio internacional sufrirían una enorme baja.

La ayuda internacional, que llega a su auge en la década del sesenta, tiene por objetivo: a) financiar las inversiones norteamericanas en el exterior, donde hay escasez de capitales (que, en este caso, son las divisas necesarias para importar los insumos básicos para la creación o, a veces, el funcionamiento de las empresas); b) financiar, sea directamente, sea a través del aporte bancario, las inversiones en el exterior, la venta de maquinarias y productos excedentes, etcétera, a precios más altos que los del mercado mundial; c) desahogar a través de créditos bancarios las balanzas de pagos de los países dependientes para permitir que continúen disponiendo de divisas para participar del comercio mundial; d) someter políticamente a esos países, que se ven obligados a gastar gran parte de sus excedentes en pagos de los servicios de la deuda externa y sus energías políticas en renegociaciones de las mismas.

La llamada “ayuda” internacional no es más que un instrumento de dominación y de control político, y asimismo de financiamiento del comercio exterior y de los movimientos de capital. El pueblo norteamericano financia así los intereses privados de sus empresas, ampliando el déficit creciente del erario público, incentivando el déficit de la balanza de pagos norteamericana y la inflación, para llenar los bolsillos de los accionistas de las 180 mayores empresas.

Se acentúa, pues, no solo el carácter desigual y combinado del desarrollo, sino incluso la contradicción entre los intereses del Estado norteamericano, en tanto expresión de los intereses nacionales, y su función

real de servirá los intereses de grupos privados bien definidos. Los intereses de las corporaciones multinacionales chocan con los intereses de las demás fuerzas sociales nacionales, no en un sentido positivo para el desarrollo del comercio mundial, sino de manera necesariamente contradictoria, pues esta expansión de la economía mundial solo se puede hacer a través del financiamiento del Estado norteamericano. Este endeudamiento internacional es provocado, a su vez, por la superexplotación de los países dependientes que impide a sus economías reforzarse y acelerar su crecimiento de manera de disponer de los recursos para una expansión real de la producción sin necesidad de créditos artificiales.

c) Comercio exterior e interés nacional

La segunda manifestación de la contradicción principal entre internacionalización y base institucional se manifiesta al nivel del comercio mundial. Este tiene que basarse necesariamente en un intercambio entre tipos diversos de mercancías, pues solo hay un intercambio de mercancías entre valores de uso distintos. Todo comercio desarrollado supone una cierta división del trabajo entre los productores independientes (en este caso, entre naciones distintas). Esta división del trabajo se realiza, sin embargo, en función de intereses de dominación y explotación que han provocado, a largo plazo, una situación de constante retraso para los países que se sometieron a las condiciones impuestas por los países dominantes.

Para la economía dominante, las otras economías no son más que complementarias de ella. Les cabe entregarle aquellos productos que necesita y recibir los que le sea más lucrativo exportar. Por un lado, la economía dominante constituye un mercado fundamental para las otras economías y, por otro lado, los países dependientes en su conjunto son un mercado relativamente importante para ella. De ahí su interés por especializar al máximo posible las otras economías en función de su mercado. La existencia de una exportación de capitales para la explotación de mercados locales, como se dio a partir del fin de la segunda guerra mundial, plantea necesariamente una contradicción. Como vimos, en los períodos anteriores el capital se desplazaba hacia el exterior, sea para producir productos exportables (agrícolas y mineros), sea para crear los

sectores complementarios de esa economía exportadora (transporte, servicios públicos, puertos, comunicaciones, comercialización). En el período de la posguerra su objetivo era, al principio, controlar un mercado interno que podía ser conquistado por algún competidor.

De hecho, en un primer momento esto creó una nueva división internacional del trabajo: se aumentaron las exportaciones de maquinarias, piezas y materias primas elaboradas, por parte de los centros dominantes, en sustitución de la exportación de manufacturas terminadas. Pero, copado el mercado interno de esos países (manteniéndose la división regresiva del ingreso, las antiguas estructuras agrarias, los procesos de marginalización, todos productos del propio desarrollo capitalista dependiente), se plantea el problema de cómo continuar las inversiones. Estas tienen que dirigirse o hacia sectores, de la industria pesada (dando a los países dependientes una base tecnológica para poder prescindir de la dominación que este capital ejerce, así como cambiando sus importaciones), o hacia, un nuevo sector explotador que asimile los avances tecnológicos realizados. La primera hipótesis no interesa al gran capital internacional, que preferirá orientarse hacia la segunda; esta significa una mayor elaboración de las materias primas exportadas y, en algunos casos, la exportación de productos manufacturados con gran densidad de utilización relativa de mano de obra.

Que esta segunda solución es indudablemente la preferida, lo podemos ver al analizar el caso del desarrollo industrial dependiente más avanzado en América Latina, es decir Brasil. La gran expansión de la exportación de manufacturas que realiza este país desde 1968 se basa en general en la elaboración de materias primas (el caso del café soluble, las láminas de acero, la carne industrializada y otros productos alimenticios) o en productos de gran densidad relativa de mano de obra (tejidos, zapatos, etcétera) o incluso en productos de mecánica pesada de carácter semiartesanal.

Con su desarrollo tecnológico actual, Brasil podría tener una importante siderurgia capaz de atender a una gran industria pesada que exigiría un mercado interno potencial de cerca de 100 millones de habitantes. Pero el consumo real es mínimo, la mayor parte de esta masa humana participa ínfimamente en el mercado, dados sus bajísimos ingresos. Se

ve así la dependencia estrecha que existe entre el crecimiento del mercado nacional, los altos niveles de explotación de la mano de obra, la atracción del capital extranjero y la expansión de la exportación.

Una orientación correcta del potencial económico generado en un país dependiente exige, sin embargo, una reforma estructural del sistema existente, que invierta esas relaciones: expansión de la demanda interna, utilización de la capacidad instalada para el mercado interno, aumento del empleo, aumento de la demanda. Este modelo de desarrollo no puede, sin embargo, atraer el gran capital pues daña al motivo mismo de su emigración: los bajos salarios. Se bosqueja así, a nivel mundial, un nuevo tipo de división internacional del trabajo que tiene como principales defensores a la UNCTAD y las corporaciones multinacionales, interesadas en abrir un camino de inversión en los países dependientes que permita aprovechar el bajísimo precio de su mano de obra y otras muchas ventajas que ahí se les ofrecen.

Esta nueva división internacional del trabajo afectaría fuertes intereses dentro de Estados Unidos, que es el más importante mercado potencial de las materias primas industrializadas. Se trata de desarrollar en los países dependientes la producción y la exportación de manufacturas semiartesanales y que utilizan tecnología relativamente atrasada con gran participación de trabajo. Ellas vendrían (y ya vienen en gran parte) a hacer una fuerte competencia a las empresas de Estados Unidos (y secundariamente Europa) dedicadas a tales actividades, con graves consecuencias para la estructura del empleo de este país hegemónico. Hay que señalar, sin embargo, que esas tecnologías relativamente atrasadas dentro del espectro actual de la tecnología de punta, son muy sofisticadas en relación al espectro tecnológico de los países subdesarrollados y dependientes.

Para no verse desplazado por esta nueva división del trabajo, Estados Unidos tendría que acentuar su control monopólico sobre los productos de tecnología más avanzada de manera de dominar el desarrollo tecnológico a nivel mundial. Ello le permitiría mantener su posición hegemónica y, al mismo tiempo, incorporar a la producción su mano de obra altamente calificada. Quedarían sobrantes grandes masas de trabajadores no calificados. Para evitar los efectos sociales derivados de la existencia de estos desempleados se piensa aumentar el número de afectados por

la asistencia del “bienestar social” y las ocupaciones de servicio. Esta situación llevaría a un aumento enorme del terciario, sustentado en gran parte en las superganancias obtenidas con las inversiones en el exterior.

El resultado de este proceso que ya está en curso es, pues, evidente. Se trata de desplazar las actividades productivas hacia el exterior del centro dominante bajo la forma de inversiones en los países periféricos e intermedios. De ahí se acentuarían las tendencias del centro hegemónico a disfrutar hedonísticamente de su control sobre la producción internacional. Se genera así una situación de parasitismo que reitera las tendencias observadas por Lenin en la Inglaterra de fines del siglo pasado y comienzos del actual.

De hecho, esta situación viene ya produciéndose y se refleja muy directamente en el comercio exterior norteamericano. Estados Unidos está perdiendo su poder competitivo internacional. Su balanza comercial, que siempre había sido ventajosa, pasa a presentar un deterioro creciente a partir de 1954 y llega al déficit en el mes de julio de 1971.¹² Hasta hoy, esta tendencia es aún dominante, a pesar de una recuperación en 1972-1973.

Los datos demuestran que Estados Unidos está perdiendo la batalla comercial exactamente en los productos de menor tecnología (textiles, acero, metales manufacturados, impresoras, zapatos, aparatos domésticos), a la vez que aumentan sus importaciones de materias primas. Por otro lado, aún conserva un superávit en los productos de alta tecnología (químicos, maquinarias, electrónica, automóviles, aeroplanos, instrumentos).¹³

Esta situación exacerba la pugna entre liberalismo y proteccionismo dentro de Estados Unidos, con reflejos inmediatos en todo el mundo. De una manera muy general podemos decir que las corporaciones multinacionales manejan un esquema de libre comercio expresado en la “Rueda Kennedy”, en la UNCTAD, etcétera. Por otro lado, las empresas dependientes del mercado nacional, que pueden muchas veces ser muy poderosas, son francamente proteccionistas pues no pueden vencer de

12. Quince años antes, Estados Unidos participaba de cerca de una tercera parte del comercio mundial. En 1971, bajó a una quinta parte, según el Departamento de Comercio.

13. La fuente es un estudio del Departamento de Comercio citado en *Business Week*, 3 de julio de 1971, “The U.S. Searches for a Realistic Trade Policy”, p. 65.

ninguna manera la competencia internacional. Los fabricantes de tejidos y zapatos que están al borde de la ruina se han constituido en fortísimo grupo de presión con el apoyo de sus sindicatos de trabajadores. Tal situación pone a este sector de la clase dominante norteamericana en abierta contradicción con los otros países capitalistas. Esa posición puede incluso ganar cierta fuerza (y de hecho la ha ganado en el discurso de Nixon que anuncia en 1971 su Nueva Política Económica) en el momento en que sectores más vitales para la economía norteamericana se vean cuestionados en su mercado interno, como es el caso de la industria automovilística frente a la ofensiva japonesa y europea.

Esta situación tiende a acentuar las contradicciones “interimperialistas” en la medida en que el gobierno de Estados Unidos se solidarice con las empresas “nacionales” en contra del cosmopolitismo de las empresas multinacionales que usan la presión mundial en favor de sus objetivos tácticos. En su forma más profunda, los conflictos dejan de ser, sin embargo, propiamente “interimperialistas” para expresar una profunda ruptura en el seno de las clases dominantes y de los intereses de estas con los límites políticos del Estado nacional que de alguna forma tiene que expresar los intereses de las demás clases, a no ser que se utilice solamente la fuerza para resolver tales conflictos. Las consecuencias de una solución de fuerza serían extremadamente desfavorables para el imperialismo norteamericano y transferirían sus contradicciones a nivel mundial hacia adentro de sus fronteras nacionales.

Se hace pues clara la segunda manifestación de la contradicción principal: la expansión del sistema productivo en escala mundial entra en conflicto con los intereses de la expansión, o a un mantenimiento, de parte de las actividades productivas en los centros hegemónicos.

d) El Estado como base y como límite

La tercera forma de manifestación de la contradicción principal del imperialismo salta a la vista en función de los análisis anteriores. Hemos analizado, en todos los casos, la importancia que tiene el Estado nacional para la expansión de la empresa multinacional en el exterior. Esa importancia es aún más manifiesta en lo que respecta al mercado nacional, asegurado en parte significativa por el consumo estatal.

El Estado nacional ejerce una tarea fundamental en la acumulación y reproducción del capitalismo monopolístico. El capitalismo de Estado es el aliado fundamental del monopolio y tal tendencia tiende a acentuarse con el desarrollo de la concentración económica.

Sin embargo, como hemos visto, las empresas multinacionales tienen intereses internacionales que a la larga debilitan relativamente el poder del Estado nacional en los países centrales al debilitar la base productiva de esos países y al acentuar el conflicto del Estado con sectores bastante significativos de la sociedad norteamericana. Tal situación tiende a repetirse en el plano de los países dependientes. Ahí también las sucursales de las empresas, al mismo tiempo que necesitan de los Estados nacionales, se vuelven en contra de sus bases nacionales.

Esta situación tiende a producir muchos conflictos entre por una parte la burocracia y la tecnocracia civil y militar que manejan directamente al Estado, y, por otra, la clase dominante a nivel nacional e internacional. A pesar de que tales conflictos no son antagónicos, es indudable que los intereses del capitalismo de Estado funcionan de manera contradictoria frente al gran capital internacional, llevando a situaciones bastante complejas y, a veces, a conflictos graves. En tales casos, la burocracia y la tecnocracia se transforman en poderosos voceros de los intereses de la pequeña y mediana burguesía, que pueden arrastrar el apoyo de sectores de la clase obrera. De hecho, la moderna socialdemocracia y particularmente la democracia cristiana se apoyan básicamente en esta alianza, produciendo situaciones extremadamente ambiguas y confusas para todas las partes del enfrentamiento de clases. Sin dejar de defender los intereses del gran capital, estos sectores intentan limitar el pleno desarrollo de sus potencialidades.

Tales observaciones generales permiten resumir la tercera forma de manifestación de la contradicción principal del imperialismo contemporáneo: los Estados nacionales de los centros dominantes (y también los de los países periféricos) son la base de la acumulación y reproducción del capitalismo a nivel local y de su expansión internacional y representan, al mismo tiempo, un fuerte límite para la plena libertad de operación de las corporaciones multinacionales.

El carácter contradictorio de esta situación no es percibido por la mayoría de los autores que ven una contradicción formal entre las corporaciones multinacionales y los Estados nacionales. En consecuencia, las empresas multinacionales estarían interesadas en eliminar o al menos disminuir la importancia de los Estados nacionales. Esto es, sin embargo, una verdad contradictoria, como lo hemos visto. El planteamiento que hacemos pone en evidencia la verdadera contradicción, que no puede ser resuelta con la destrucción de una de las partes sino con la superación de las dos en un sistema de relaciones superior.

e) Poder financiero y moneda internacional

Llegamos así al aspecto más abstracto de las relaciones capitalistas: el dinero. Marx dedicó gran parte de su trabajo teórico a dilucidar las distintas funciones que desempeña el dinero y sus conexiones con el resto de las relaciones económicas.

La economía burguesa jamás pudo llegar a una teoría razonable sobre el tema. Hoy día, la teoría burguesa se debate entre los monetaristas y los keynesianos con sus visiones absolutamente parciales del problema. En el plano internacional, la situación se hace aún más difícil pues se acentúan los conflictos entre los que defienden el patrón oro y los que no, entre los que están a favor y en contra de la devaluación, etcétera, posiciones que reflejan la mayor parte de las veces intereses muy inmediatos de las distintas burguesías locales que se ven enfrascadas en graves conflictos internacionales.

El hecho es que la posesión de una moneda fuerte es un importantísimo instrumento de expansión financiera internacional, particularmente para la exportación de capitales. Pero, por otro lado, la posesión de una moneda fuerte abre el camino a un proceso inflacionario y a la expansión de reservas en esta moneda, así como a operaciones especulativas, etcétera, las cuales producen graves efectos inflacionarios a largo plazo.

Los reflejos se hacen sentir en la balanza de pagos, que empieza a registrar los efectos negativos de este movimiento de divisas hacia afuera para aprovechar esas ventajas. Más grave es la situación cuando el país dominante utiliza la fuerza de su moneda para garantizar su poder internacional aumentando sus gastos militares en el exterior. En el caso

norteamericano, como hemos visto, la balanza de pagos se hizo cada vez más crítica con la pérdida progresiva de poder competitivo de las mercancías nacionales. Y los gastos militares representaron un déficit constante y progresivo en ciertos períodos de crisis como la guerra de Vietnam.

La corrosión producida por la inflación internacional de la moneda dominante, se junta con los déficits de la balanza de pagos para producir una presión definitiva sobre el antes inquebrantable dólar.

En fin, como hemos señalado, el proceso de inversiones en el exterior es altamente inflacionario, obligando también al gobierno norteamericano a financiar a precios bajos extensas operaciones de apoyo al capital norteamericano. A largo plazo, tales mecanismos hacen agua.

El desprecio por el problema inflacionario (sobre todo por parte de los neokeynesianos) los lleva a postergar indefinidamente las medidas estabilizadoras, acentuando aún más la crisis. Es necesario señalar que este no es solo un problema doctrinario sino también y esencialmente político. La política inflacionaria gana el apoyo, a corto plazo, de vastos sectores sociales. La política de estabilización revela toda la esencia reaccionaria del capitalismo y es definitivamente impopular.

Se puede resumir así la cuarta forma de manifestación de la contradicción principal: la presión internacional de una moneda fuerte, es al mismo tiempo condición de dominación financiera mundial y base del debilitamiento posterior de esa moneda y de la dominación consecuente.

5. Los países dependientes

El aumento de las contradicciones del imperialismo, sea a nivel interimperialista, sea en la relación con los Estados nacionales, sea en el aspecto financiero, tiene efectos directos sobre las economías y sociedades dependientes. En este capítulo buscaremos analizar ligeramente cómo las contradicciones afectan a estos países. Posteriormente retornaremos el tema con más detalles, en la tercera parte del libro. La acentuación de las contradicciones antes señaladas ocasiona una combinación histórica de tres grandes procesos en los países dependientes, produciéndose una situación extremadamente compleja. Confluyen los siguientes momentos del desarrollo de estas contradicciones:

- › El proceso de destrucción del orden dependiente exportador agrario y minero;
- › La emergencia en algunos países, su maduración en otros, del proceso de industrialización dependiente basado en la combinación del capital nacional e internacional (en algunos países este proceso se encuentra aún en lucha con las industrias nacionales creadas sobre todo en el período de los años treinta y cuarenta, pero este es ya un proceso secundario) ;
- › El proceso de reorientación de la industrialización desde el mercado interno hacia el sector externo, que conduce a la adecuación de dicha industrialización a la nueva división internacional del trabajo que emerge en la última década.

En todos estos casos hay dos agentes principales que se disputan la hegemonía y la orientación de las decisiones inmediatas: la gran empresa internacional y el capitalismo de Estado. Pero el marco de estas confrontaciones está dado por los tres procesos descritos. La mayor o menor importancia relativa de uno u otro sector determinará regímenes políticos distintos. La hegemonía del gran capital lleva a un régimen abiertamente reaccionario como en Brasil, donde el capitalismo de Estado cumple el rol de facilitar la centralización y la acumulación del capital privado internacional. La hegemonía del capitalismo de Estado lleva a un régimen progresista como en el caso de Perú, donde este intenta someter al gran capital internacional a las condiciones por él impuestas.

Esta segunda solución es, sin embargo, utópica a medio y largo plazo, pues el capitalismo de Estado no tiene una independencia económica que le permita definir por sí solo un régimen económico. Todo depende de quién es favorecido por la acumulación de capital que genera. Si esta favorece al capital privado, en las condiciones contemporáneas el beneficiado será inevitablemente el gran capital internacional, puesto que el capital nacional no dispone de la base tecnológica y financiera para oponerse a él. Si la acumulación favorece al propio capitalismo de Estado, lleva inevitablemente a la necesidad de la planificación estatal y a la superación del capital privado, provocando una situación revolucionaria, que solo puede ser resuelta por la formación de un Estado popular. Emerge así la tercera fuerza social –el movimiento popular–,

aquella que puede realizar más radicalmente el proceso de destrucción de la vieja estructura exportadora latifundista o imperialista y realizar un proceso de industrialización dirigido a resolver las necesidades básicas del pueblo de cada país, construyendo las bases para un régimen de producción socialista. La mayor o menor fuerza y conciencia política del movimiento popular determinarán el papel revolucionario o no de la intervención estatal, según que esta conduzca al camino de la nueva dependencia emergente o al socialismo.

La acentuación de la lucha interimperialista, provocada por la crisis que empezó en 1967, ha tenido importantes efectos en este cuadro de lucha de clases. Ellos pueden ser sintetizados en los puntos siguientes:

El debilitamiento relativo de Estados Unidos provocó una ola de reivindicaciones de los países dependientes. Estas buscan facilitar la liquidación de los intereses exportadores tradicionales, a través de la nacionalización de las riquezas básicas, apresurar el proceso de industrialización dependiente obligando al capital internacional a invertir en los sectores más dinámicos y hasta buscando introducirse en el mercado norteamericano de materias primas industrializadas (en detrimento de las empresas norteamericanas que industrializan tales productos) y en el de manufacturas que requieren gran participación relativa de mano de obra (textiles, zapatos, etcétera). En gran parte estos objetivos han recibido el apoyo de las empresas multinacionales interesadas en liquidar los viejos sectores exportadores, abrir nuevos campos de inversión y nuevos productos de exportación. Esas empresas tienen por favorable la participación del capitalismo de Estado en su proceso de desarrollo.

Paralelo a este efecto sobre el movimiento reformista burgués y pequeño-burgués, la crisis ha desarrollado la iniciativa revolucionaria de las masas que vieron instintivamente aproximarse una situación favorable a la ruptura de sus viejas cadenas. La primera forma que asumió tal efecto fueron las violentas manifestaciones de masas de carácter espontáneo que se sumaron a una corriente revolucionaria mundial que tuvo en los días de mayo de 1968 en Francia su forma culminante. Entre 1968 y 1969, se produjeron significativos movimientos de masas, estudiantes y obreros en Estados Unidos, Italia, Japón, Alemania, México,

Brasil, Argentina, Chile, Colombia, Perú, etcétera, que asustaron enormemente a los regímenes políticos existentes. Sumados al nuevo auge de las acciones armadas urbanas (que habían decaído con el receso de los movimientos armados de Venezuela y Guatemala, entre otros), particularmente en Brasil, Uruguay y Argentina, estas explosiones de masa configuraron una situación altamente explosiva, que no encontró sin embargo un cauce revolucionario. Pero que se expresó en un tercer orden de fenómenos que pasamos a analizar.

La combinación de los tres procesos descritos anteriormente con la acentuación de las luchas populares abrió camino a la definición de un programa de unificación de las fuerzas populares, que empezó a manifestarse en el plano electoral. En Chile, este programa asumió su forma más clara y avanzada. Allí se definió como un programa de destrucción del viejo orden exportador latifundista e imperialista y, al mismo tiempo, del monopolio nacional y extranjero (reconociendo explícitamente la conversión de la gran burguesía latinoamericana en “socio menor del imperialismo”), para asentar las bases de un orden nuevo socialista. La división clara de las dos etapas (incluyendo en la etapa destructiva la estatización de las empresas monopólicas de los sectores económicos más dinámicos) y del frente de clases de cada una de ellas¹⁴ y su ligazón entre sí como un proceso único revolucionario de contenido socialista permitió una rigurosa clasificación científica del conjunto del proceso.

En formas menos claras, se produjeron alianzas de fuerzas en Uruguay y Venezuela. Su programa era, sin embargo, menos definido en su contenido socialista y en el papel dirigente de la clase obrera dentro de la alianza de fuerzas con la pequeña burguesía rural y urbana. En Argentina el renacimiento del peronismo y en Colombia la explosiva presencia electoral de Rojas Pinilla demostraron en esa época el descontento popular y su búsqueda de una salida radical, aunque fuese con las

14. De hecho, el programa de la UP era muy claro en lo que respecta a la primera fase destructiva. En cuanto a la segunda fase socialista había solamente indicaciones generales que no se lograron esclarecer completamente sea dentro de la UP, sea en el MIR. Este fue quizás uno de los factores principales para las vacilaciones políticas entre 1972 y 1973 que llevaron a las fuerzas populares chilenas a una derrota provisional.

viejas fuerzas. El caso boliviano, por su lado, había presentado una situación extrema con la formación de una asamblea popular con mayoría obrera, creándose una tendencia a la abierta dualidad de poderes con el gobierno de Torres.

Fuera de América Latina, en la India y en Sri Lanka, estas tendencias se hicieron presentes otra vez llevando a la formación de gobiernos reformistas con fuerte apoyo en la izquierda. En Europa hay un avance de la socialdemocracia y un reforzamiento de los frentes populares, llegando a configurarse una clara tendencia a gobiernos socialistas-comunistas, como lo veremos en los próximos capítulos. Esto significa que los movimientos de masas del fin de la década y la propaganda revolucionaria de los años 60 encuentran un cauce electoral en varias partes aprovechándose de la unidad conseguida en torno a la destrucción de los aspectos superados del capitalismo.

Nada asegura, sin embargo, que desde ahí se partirá hacia el nuevo orden socialista tan deseado. La razón es la siguiente: la actual crisis del capitalismo está relativamente controlada. Deberá haber en consecuencia oscilaciones no muy bruscas entre largos períodos depresivos y cortos períodos de recuperación. En estos últimos, el gran capital internacional dispone otra vez de una gran base material, que le permite retomar la ofensiva y recuperar parte de las posiciones perdidas. Esto fue lo que pasó entre fines de 1971 y octubre de 1973. En esta oportunidad, el imperialismo logró importantes victorias parciales, siendo el golpe militar en Chile la más importante. Por otro lado, el gran capital ha generado importantes mecanismos de adaptación a la nueva situación, desarrollando amplias formas de colaboración entre la gran empresa y el capitalismo de Estado tanto en los países dominantes como en los dependientes. Por último, en el plano ideológico, el gran capital prepara una gran ofensiva, buscando la total confusión conceptual entre socialismo, intervención estatal, internacionalismo, quiebra de barreras ideológicas, formas de servicio social, mejoría del ambiente de las grandes ciudades, etcétera, como lo veremos en los próximos capítulos.

Si el pensamiento revolucionario no comprende claramente las etapas del proceso, la significación parcial de las victorias logradas y los difíciles problemas de las etapas venideras, podemos vernos barridos por una gran

y torrencial corriente que llevará no a utópicos regímenes socialdemócratas, sino a duras pruebas futuras. En los años veinte y treinta la victoria de las socialdemocracias alemana, italiana y española no dieron paso a un tercer camino entre socialismo y capitalismo, sino al fascismo. Este ha renacido fuertemente en nuestros días y dispone de sólidas bases de poder en fuertes regímenes autoritarios. Si la etapa actual no golpea fuertemente al imperialismo impidiendo su reaparición bajo nuevas formas, la oportunidad histórica se habrá perdido y la ola contrarrevolucionaria será muy fuerte. Pero esto será tema de los capítulos finales de la segunda parte de este libro. Recordemos el camino de nuestro análisis:

Planteamos el carácter de clase del enfrentamiento internacional contemporáneo, llamamos la atención sobre la forma limitada e incompleta del socialismo existente y sus causas históricas, vimos cómo la forma actual del imperialismo se inserta en este cuadro en un proceso de integración monopólica mundial que por un lado permite al sistema responder a los problemas planteados por su crisis endémica, pero al mismo tiempo acentúa sus contradicciones, que asumen nuevas formas. Analizamos en seguida la contradicción fundamental del sistema y sus varias manifestaciones incluso en los países dependientes.

A partir de ese esfuerzo, podemos pasar hacia un análisis de los aspectos más concretos del imperialismo. Estudiaremos en seguida las corporaciones multinacionales –núcleo o célula del imperialismo contemporáneo–, su actuación en la economía internacional y, en fin, los efectos de la concentración de capital en Estados Unidos. Con esos elementos generales podremos pasar en seguida al estudio de la crisis actual del imperialismo y sus interacciones con la crisis política.

II. La corporación multinacional: Célula del imperialismo contemporáneo

El análisis que realizamos sobre las contradicciones del imperialismo contemporáneo nos ha indicado la importancia de la corporación multinacional como célula de las relaciones internacionales contemporáneas. Se hace necesario, por lo tanto, estudiar más en detalle esas empresas.

1. Concepto de empresa multinacional

Una parte cada vez más significativa de la producción y distribución de las mercancías es realizada en el mundo contemporáneo por un nuevo tipo de empresa que opera a nivel internacional, bajo una dirección centralizada. Estas empresas son conocidas como multinacionales, transnacionales o internacionales. Se ha intentado establecer diferencias de gradación entre empresas internacionales, transnacionales y multinacionales, reflejando un grado creciente de multinacionalismo. En este capítulo nos referimos especialmente al fenómeno del multinacionalismo, como forma final de un proceso en curso, ya cumplido sin embargo en algunas partes. Utilizamos el concepto en el mismo sentido en que se utiliza el término monopolio: para designar un tipo de competencia y de organización empresarial. Así como el monopolio no elimina la competencia, sino que la desarrolla en formas nuevas, y así como las situaciones reales son más precisamente oligopólicas que monopolísticas, el multinacionalismo de las empresas no significa la superación de su base nacional de operación y expansión.

Las multinacionales se distinguen de otros tipos de empresas porque las actividades que realizan en el exterior no cumplen un papel secundario o complementario en el conjunto de sus operaciones. Dichas actividades representan un porcentaje esencial de sus ventas, inversiones y ganancias, así como condicionan su propia estructura de organización administrativa.

Desde el Renacimiento, se formaron en Europa empresas volcadas hacia el comercio externo. En Italia, España, Portugal, Inglaterra y Holanda existían importantes complejos empresariales destinados a explotar el comercio colonial, abierto a Europa a través de los descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI. Pero, aun cuando esas empresas establecían unidades productivas en el exterior y tenían que preocuparse de problemas de población, defensa y administración de las regiones conquistadas, estaban ligadas fundamentalmente al desarrollo del capital comercial y a interés, siendo las actividades productivas un aspecto puramente marginal y secundario de sus negocios. En general, las tareas productivas eran entregadas en concesión o directamente a

productores locales o a emigrantes que quedaban bajo el control de los capitalistas comerciales y financieros. Estas empresas tuvieron un papel muy importante en la acumulación primitiva de capitales que permitió el surgimiento del capitalismo contemporáneo, pero se ubican más bien en la prehistoria que en la historia del capitalismo y no pueden ser consideradas antecesoras directas de las empresas multinacionales contemporáneas.¹⁵

Solo en la segunda mitad del siglo XIX, surgieron las empresas capitalistas que ejercen actividades importantes en el exterior, particularmente en las colonias. En este período, se crean nuevas formas de repartición del mercado internacional a través de acuerdos comerciales y cárteles entre las grandes empresas monopólicas. También se expanden las inversiones en el exterior, orientadas fundamentalmente hacia los países que tenían un cierto desarrollo capitalista. Esas inversiones se realizaban en cartera, es decir, a través de la compra de acciones y la especulación en la bolsa de valores. Se inscribían en un proceso de expansión del capital financiero y buscaban facilitar la exportación de productos que exigían inversiones muy significativas (como el caso de los ferrocarriles), o bien la instalación de empresas de producción y comercialización de materias primas y productos agrícolas para venderlos en los países más ricos.

En el monto global de las inversiones externas, solo una parte pequeña asumía la forma de inversión directa que predomina actualmente en la economía mundial. Las empresas en el exterior propiamente no formaban parte de la estructura orgánica de la firma matriz, sino que eran unidades empresariales autónomas. Las ventas de estas empresas se realizaban fundamentalmente en el mercado del país de su casa matriz o en los demás países desarrollados. Esas ventas y negocios raramente constituían la actividad sustancial de la empresa; en general, tenían el carácter de complementarias. Cuando cumplían un papel significativo, este se debía fundamentalmente a la importancia estratégica de la materia prima consumida por la empresa. Podemos decir que, en su conjunto,

15. Esta comparación se encuentra en el trabajo de Stephen Hymer (1974) "The Multinational Corporation and The Law of Uneven Development", en Bhagwati, J. N. (ed.) *Economics and World Order* (Free Press).

los negocios en el exterior tenían un papel secundario en la vida de esas empresas, lo que se reflejaba en el porcentaje que representaban en sus ganancias, ventas e inversiones.

La situación no era la misma para los capitalistas en su conjunto. Las inversiones en cartera, el comercio exportador e importador, las inversiones directas, los intereses de los préstamos bancarios formaban, ya en el comienzo de este siglo, un monto significativo de las rentas de algunos países capitalistas, particularmente de Inglaterra.¹⁶ Estos intereses fueron suficientemente grandes para conducir a la primera guerra mundial, como consecuencia de una lucha encarnizada por el dominio colonial. En esas circunstancias, la empresa capitalista no era el núcleo más significativo de la expansión colonial. La bolsa era en realidad el corazón de esta expansión financiera y comercial, que se aliaba a los intereses de los productores mineros y agrícolas en las colonias. Las modernas empresas multinacionales tienen trazos que las distinguen sustancialmente de sus predecesoras. No se dirigen al exterior solamente para especular con acciones, comercializar sus productos o crear empresas exportadoras de materias primas y productos agrícolas. Una parte progresivamente más significativa de sus negocios en el exterior, se compone de empresas industriales orientadas hacia los mercados internos de los países donde invierten. Esta situación crea necesidades nuevas desde el punto de vista administrativo, estableciéndose una relación mucho más directa entre la matriz y las filiales. Tiene también importantes efectos en la estructura de comercialización, de producción y financiamiento de las empresas.

Por esto, sus efectos son más importantes en la estructura económica de los países afectados por estas inversiones, en el comercio mundial y en los objetivos y formas de operación de las empresas. El proceso de formación y desarrollo de la empresa multinacional está ligado a la

16. La diferencia de situación entre las operaciones de las empresas y los negocios de los capitalistas, se debe a la gran expansión del capital financiero durante este período, en el cual el mercado de acciones tuvo su primer gran aumento. Por otro lado, Inglaterra tenía un gran comercio externo, a diferencia de Estados Unidos, país para el cual el comercio exterior tenía una pequeña importancia relativa. El estudio de Hobson sobre el imperialismo y el de Hilferding sobre el capital financiero son los dos clásicos sobre el tema que sirvieron de base a Lenin y Bujarin en sus obras fundamentales sobre el imperialismo.

tendencia intrínseca de la acumulación capitalista hacia la internacionalización de capital. Este tema no será tratado en este libro, pues nos llevaría a ampliar en mucho su objetivo, que pretende quedarse en el nivel del análisis de la evolución de la empresa.

¿Cómo definir de manera operacional estas empresas? Se ha intentado detectar muchos factores que permitirían caracterizarlas. Uno de ellos es el porcentaje que representan las ventas de las filiales en el exterior sobre el total de las ventas de la empresa. Se estima que el 25% permite trazar una línea divisoria, que separa un grupo bastante significativo de empresas de aquellas que tienen operaciones menos importantes en el exterior. Otros autores creen, sin embargo, que es más relevante tomar en consideración la nacionalidad de los propietarios de la corporación. Según ellos, se puede considerar multinacional una empresa que tiene propietarios de distintas nacionalidades.

En otros casos, se considera la nacionalidad de los gerentes o directores como el factor determinante de la multinacionalidad. Estas dos últimas razones no son fundamentales para caracterizar una empresa multinacional, pues suponen una concepción de multinacionalismo más bien ideológica que real. Lo que se llama, hoy en día, empresa multinacional, no es necesariamente la corporación que pertenece a capitalistas de muchas naciones, ni tampoco la que es dirigida por capitalistas o gerentes de muchas naciones. A pesar de tener una política internacional, estas empresas operan preferentemente desde una base nacional. De ahí que la nacionalidad de los gerentes, dueños y directores es esencialmente la del país sede de la empresa; este es, por cierto, uno de los problemas que enfrenta el multinacionalismo, en la medida en que intenta ser consecuente con las tendencias a la conformación de una economía mundial dominada por empresas internacionales.

El concepto de empresa multinacional nació con un sentido apologético, al intentar caracterizar dicha empresa como un fenómeno que permitía superar los estrechos límites del nacionalismo. En este intento de conceptualización, pretendemos superar esta noción apologética, que ha influido enormemente la literatura sobre el tema. Se trata de encontrar, de un lado, lo que estas empresas representan como avance del capitalismo, para responder a las necesidades planteadas por el inmenso

desarrollo de las fuerzas productivas, y, de otro lado, su carácter retrógrado y reaccionario al buscar detener el avance internacional del socialismo y la verdadera internacionalización que este supone. En este sentido, nuestro concepto de empresa multinacional, a pesar de poder parecer a un lector desprevenido como una síntesis de la literatura existente, es más bien un intento de mostrar sus limitaciones y los peligros de tomar acríticamente las descripciones apoloéticas que se presentan.

Habiendo descartado el concepto apoloético del multinacionalismo, es menester continuar el análisis de otras definiciones que van más al fondo del problema, sin destacar suficientemente, sin embargo, el conjunto de factores que dan la dinámica del fenómeno. Raimond Vernon insiste en caracterizar el multinacionalismo, sobre todo, por la perspectiva con que la empresa toma sus negocios, estimándola como un factor clave. En su último libro define la empresa multinacional: “Una compañía que intenta conducir sus actividades en una escala internacional, como quien cree que no existieran fronteras nacionales, en base a una estrategia común dirigida por el centro corporativo”.¹⁷

De acuerdo con Vernon, comenta la asesoría del Departamento de Comercio: “Las afiliadas son articuladas en un proceso integrado y sus políticas son determinadas por el centro corporativo en términos de las decisiones relacionadas con producción, localización de plantas, formas de productos, comercialización, y financiamiento”.¹⁸

Este énfasis en la perspectiva de la empresa, en su estrategia y en su organización, es más importante y más significativo que los factores

17. Raimond Vernon (1971), *Sovereignty at Bay, The Multinational Spread of US Enterprises*. La Fundación Ford financia una gran investigación del autor sobre el tema en la Universidad de Harvard, que ha entregado una gran cantidad de materiales empíricos de importancia sobre el tema. El profesor Vernon, a pesar de nuestras diferencias ideológicas, me ha permitido consultar buena parte de su material en Harvard. En su libro, me considera uno de los mejores expositores de la ideología marxista contraria a la empresa multinacional. A pesar de no aceptar la caracterización como ideólogo, que cuestiona lo científico de nuestro trabajo, debo devolver, el elogio de buen expositor: el profesor Vernon es, indudablemente, uno de los mejores expositores de la ideología del gran capital internacional, que busca dorar la píldora de la empresa multinacional para ser mejor aceptada por sus víctimas.

18. United States Department of Commerce, Bureau of International Commerce. Office of International Investment, Staff Study (1972). Este volumen presenta los tres primeros de cinco estudios sobre las corporaciones multinacionales encomendados por el Departamento de Comercio de Estados Unidos. Los trabajos reunidos en este volumen representan el mejor conjunto de informaciones disponibles sobre el tema en la actualidad.

anteriormente anotados. Sin embargo, aún es insuficiente para caracterizar perfectamente el fenómeno que estudiamos. Se limita a considerar un aspecto superestructural, aunque esencial.

Jacques Maisonrouge, presidente de la IBM World Trade Corporation, da cuatro elementos que él considera los fundamentales para definir una empresa multinacional: Primero, son empresas que operan en muchos países. Segundo, son empresas que realizan investigaciones y desarrollos (r & d) y también fabrican productos en estos países. Tercero, tienen una dirección multinacional. Cuarto, tienen una propiedad multinacional de las acciones. Esta definición introduce más elementos, pero necesita ser mejor analizada. Como vimos, las dos últimas razones son casi complementarias de las dos primeras, pero no operan en la realidad, sino en casos muy excepcionales y suponen un concepto de multinacionalismo superior a la realidad existente en el momento. Las dos primeras razones, en cambio, nos parecen las más significativas. Lo fundamental es que se trata de empresas que operan en varios países, que en ellos desarrollan la producción y que eventualmente también realizan investigación y desarrollo (r & d). En fin, la característica apuntada por Vernon de tener una estrategia multinacional y una organización de afiliadas, articuladas en un proceso integrado, determinadas por un centro corporativo, complementaría nuestro cuadro conceptual.

Estas características no son casuales e indeterminadas, como lo podría hacer creer una definición meramente descriptiva. Ellas corresponden a fenómenos históricos, determinados por la estructura misma del modo de producción capitalista y reflejan el proceso de acumulación de capital en su evolución histórica.

La capacidad de operar en muchos países desde una perspectiva internacional y con una organización centralizada, es un producto del proceso de internacionalización del capital que se realizó a fines del siglo pasado y a comienzos de este siglo, que se pudo profundizar por causa de la primera guerra mundial, de la recuperación posterior a ella y que, posteriormente se hizo mucho más determinante debido a la internacionalización de la economía creada como consecuencia de la segunda guerra mundial, la que permitió la asimilación del desarrollo tecnológico y de las comunicaciones a nivel internacional, lo que facilita e impulsa

a su vez esta internacionalización. La internacionalización de la economía establece un mercado mundial de mano de obra, bienes, servicios y capitales y afecta de esta manera al ciclo del capital. Como la producción capitalista es siempre un momento del desarrollo del capital, ella es, al mismo tiempo, determinante del capital y determinada por él. Los procesos de internacionalización de la economía y del capital se desarrollan así, paralelamente, en un movimiento dialéctico.

La formación de las empresas multinacionales tiene que ver también, muy directamente, con la concentración económica y con el desarrollo del monopolio y de la gran empresa. Hay una correlación directa entre el multinacionalismo, el monopolio y la gran empresa. Las empresas multinacionales son exactamente aquellas que han logrado mayor grado de control monopólico del mercado interno de sus países y son las más concentradas, excepto las raras excepciones de las empresas que se formaron ya en función del mercado internacional. Multinacionalismo, concentración y monopolio están unidos y conforman las tendencias principales de la economía mundial contemporánea. Los datos son muy evidentes para ilustrar esta relación necesaria entre concentración, monopolio y multinacionalismo. En su estudio sobre las empresas multinacionales, *Sovereignty at Bay, The Multinational Spread of US Enterprises*, Raimond Vernon, comparando las 187 empresas norteamericanas de carácter multinacional con el total de las empresas manufactureras en Estados Unidos, encuentra los siguientes datos: Las 187 empresas vendieron, en 1966, 208.000 millones de dólares y su patrimonio sumaba 176.000 millones de dólares. Todas las empresas manufactureras vendieron, en el mismo año, 532.000 millones de dólares y 386.000 millones de dólares correspondían a su patrimonio, lo que significa porcentualmente que las 187 empresas multinacionales controlaban 39,2% de las ventas y 45,7% del patrimonio de las empresas manufactureras norteamericanas en 1966. Y los datos demuestran, en general, que hay una tendencia a aumentar esta concentración y control de las empresas multinacionales.

No pretendemos profundizar, en este libro, el estudio de la relación entre monopolio, concentración y multinacionalismo que está en la raíz de este fenómeno. Para los objetivos de lo que pretendemos plantear, basta con señalar estos aspectos esenciales a fin de desembocar en un

concepto general de empresa multinacional que logre aprehender el fenómeno en su conjunto. En la medida en que permanecemos fieles a la postulación dialéctica de que lo real es el todo y que el objetivo de la conceptualización es tomar el fenómeno en su conjunto a través del establecimiento de la relación dialéctica entre sus partes esenciales, buscamos superar las definiciones en boga sobre el fenómeno. Yendo más allá de la descripción de los distintos elementos que lo integran, establecemos una jerarquía entre ellos y determinamos las relaciones concretas que históricamente suponen. Tal conceptualización, en vez de llevarnos a las visiones apologéticas que abundan en la literatura actual, y que incluso vienen influyendo sobre autores marxistas, nos conduce al análisis de las contradicciones internas que encierra la empresa multinacional. Para terminar la caracterización conceptual de las empresas multinacionales hay que desglosar, por lo tanto, los varios aspectos que la componen. En primer lugar, hay que tomar en consideración el hecho de que ellas, como dijimos, realizan una importante parte de sus operaciones en el exterior, lo que se refleja en sus ventas y en sus inversiones.

Raimond Vernon extrae algunas conclusiones sobre las 140 mayores empresas multinacionales norteamericanas que analizó para este fin. Analizando el porcentaje de “contenido externo” de las operaciones de estas 140 empresas multinacionales, se puede ver lo siguiente:

En 1964, las empresas que tenían un contenido de participación externa de 0 a 9% en sus ventas eran 11, en sus ganancias 14, en su patrimonio 16, en empleo 14. Las empresas que tenían un contenido externo entre 10 y 19%, eran 25 en ventas, 25 en ganancias, 30 en patrimonio, 10 en empleo. Las empresas que tenían un porcentaje de participación externa entre 20 y 29%, eran 22 en ventas, 17 en ganancias, 27 en patrimonio y 14 en empleo. Las que tenían una participación externa entre 30 y 39%, eran 19 en ventas, 9 en ganancias, 17 en patrimonio y 7 en empleo. Las empresas que tenían una participación entre 40 y 49% de sus operaciones en el exterior, eran 10 en ventas, 6 en ganancias, 5 en patrimonio y 4 en empleo, y siguiendo la lista, las empresas que tenían una participación externa entre 50 y 59%, eran 4 en ventas, 5 en ganancias, 4 en patrimonio y 7 en empleo. Los datos son bastante significativos, sobre todo si consideramos que la carencia de ellos para algunas empresas se debe a que

no se disponía de elementos suficientes para clasificarlas. Un porcentaje muy significativo de las empresas de cuyos datos se disponía, próximo al 60%, tiene ventas en el exterior que fluctúan entre 20 y 59%. En lo que respecta a las ganancias, cerca del 50% de las empresas multinacionales estudiadas obtienen entre el 20 y el 59% de ellas en el exterior. En lo que respecta al patrimonio y al empleo, vemos un porcentaje similar.

Muchos otros datos pueden confirmar esta tendencia a que las actividades externas se conviertan en una parte fundamental de las operaciones de las grandes empresas. ¿Cuál es, por otro lado, el grado de control y concentración económica alcanzado por las subsidiarias norteamericanas en el exterior? (Tendencia que existe también en las empresas multinacionales de otros orígenes nacionales.) Estas empresas tienden a actuar en los sectores de mayor concentración económica y de tecnología más avanzada, los cuales tienden a monopolizar y controlar. Apoyado en el Survey of Current Business y en los estudios del Departamento del Tesoro norteamericano sobre las inversiones en el exterior, Raimond Vernon logró establecer los siguientes datos para 1964: las ventas de las subsidiarias norteamericanas representan el siguiente porcentaje de las ventas locales en los países y en los sectores industriales que vamos a nombrar: respecto de Canadá, en ciertas ramas como transportes, equipamiento y maquinaria, excepto eléctrica, las subsidiarias norteamericanas controlan el 100% de sus ventas. En cuanto a productos de caucho, representan 72,2% de las ventas locales; en lo que respecta al sector químico las subsidiarias norteamericanas representan el 50,2% de las ventas en todo Canadá; en lo que toca a papel y productos similares, representan 42,6%; en cuanto a metales primarios y fabricados, 25,1%; productos alimenticios, 21,8%.

Si tomamos Latinoamérica, veremos que el sector de productos de caucho, por ejemplo, es controlado en un 58,1% por el capital norteamericano. Tomemos en consideración que estos son datos globales para América Latina, y que, por lo tanto, puede presentarse en algunos países un porcentaje muchas veces superior. Respecto de la industria química, las subsidiarias norteamericanas realizaban el 28,3% del conjunto de las ventas en América Latina. En productos básicos de metal, el 20,2%. En papel y celulosa, el 18,4%, y en productos agrícolas, el 7,9%.

Porcentaje del "contenido externo" en las operaciones de las 140 mayores empresas multinacionales de Estados Unidos (1964)

Participación externa	Número de empresas			
	En venta	En ganancias	En patrimonio	En empleo
De 0% a 9%	11	14	16	14
De 10% a 19%	25	25	30	10
De 20% a 29%	2	17	27	14
De 30% a 39%	19	9	17	7
De 40% a 49%	10	6	5	4
De 50% a 59%	4	5	4	7
Total*	91	76	99	56

* Los totales son siempre inferiores a 140 porque no se pudo encontrar los datos de todas las empresas. No se puede así establecer una correlación entre las variables estudiadas. Se supone que en general los datos completos no cambiarían significativamente el cuadro.

Fuente: Raimond Vernon, op. cit.

En Europa e Inglaterra encontramos una participación de las firmas norteamericanas en ventas de productos de caucho del 12,7%. En transportes y equipamiento, del 12,8%. En maquinaria, excepto eléctrica, 9,7%. En maquinaria eléctrica, 9,1%. En químicos, 6,2%. En productos alimenticios, 3,1%. En papel y celulosa, 1,2%. En metales primarios y fabricados, 2,4%. Estos datos no revelan, sin embargo, la extensión del control que estas inversiones ejercen sobre los países hacia donde se orientan, pues son excesivamente globales y no desglosados por países. Ciertamente, en algunos países encontraremos un grado de control muy superior al que indican las cifras globales. Asimismo, es necesario analizar los datos desde la perspectiva de las tendencias históricas que manifiestan.

Del análisis realizado, podemos extraer una serie de conclusiones. Las corporaciones multinacionales surgen como consecuencia del proceso de internacionalización del capital, que se profundiza en la posguerra, y pasan a constituir la unidad básica productiva dentro del sistema capitalista mundial. Se caracterizan por introducir un cambio cualitativo en la importancia relativa de las actividades externas en el conjunto de las operaciones empresariales. A tal grado, que las actividades externas llegan a constituirse en un elemento necesario y determinante de la

producción, distribución, monto de las ganancias y de la acumulación del capital de estas empresas.

Al mismo tiempo, sus actividades en el exterior se funden con la economía hacia donde se desplazan, destinándose no solo al mercado internacional, sino también a los mercados internos de los países donde operan, y articulándose profundamente con su estructura productiva. Los mecanismos de concentración, monopolización e internacionalización del capital que impulsaron a estas empresas y las convirtieron en multinacionales, comienzan a operar también en el nivel de sus filiales, conformando un complejo proceso de interrelación entre ellas y dando origen a una nueva etapa de la economía mundial. La esencia de la empresa multinacional se encuentra, sin embargo, en su capacidad de dirigir, de manera centralizada, este complejo sistema de producción, distribución y capitalización a nivel mundial. Así también las nuevas contradicciones a que esta situación da origen son producto de la capacidad centralizadora e integradora que refleja la característica global del sistema internacional, del cual la empresa multinacional es la célula.

Concentración de la unidad productiva comercial y financiera y concentración económica nacional, y el concomitante proceso de monopolización en el nivel nacional e internacional: reproducción de la concentración en el nivel internacional, concentración de las empresas en el nivel internacional, concentración del proceso distributivo y financiero, integración económica interregional e internacional. Este es el ordenamiento teórico-histórico de un mismo proceso, lleno de contradicciones internas, que le da la forma no solo de oscilaciones cíclicas, sino también de violentos cataclismos. Al mismo tiempo que el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas en escala cada vez más amplia, y crea las condiciones y la necesidad de una dirección colectiva y planificada de la nueva economía y de las sociedades que resultan de este proceso, la propiedad privada de los medios de producción, base del capitalismo como modo de producción, se convierte en un impedimento definitivo al pleno desarrollo de estas tendencias que él mismo libera. En la conceptualización de la empresa multinacional deben emerger estos elementos contradictorios que nos permiten desarrollar correctamente su análisis.

El concepto de estas corporaciones tiene que incluir así, necesariamente, este proceso histórico que las convierte en célula de un movimiento global y determinado de internacionalización del capital y de la economía. Esta internacionalización es, a su vez, la expresión de las tendencias a la concentración tecnológica y económica, a la monopolización y a la diversificación de actividades. Estas tendencias constituyen la expresión concreta e histórica de la evolución de la acumulación del capital según las leyes del modo de producción capitalista.

2. La evolución de la empresa internacional

Las primeras operaciones internacionales de las empresas capitalistas modernas se realizaron en el sector exportador. Su objetivo, la conquista del mercado, las obligaba a crear filiales en el exterior que comercializaran sus productos. Durante una buena parte del siglo XIX, las empresas capitalistas se dedicaron a ese tipo de expansión. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, empezaron a aparecer nuevas posibilidades de inversión en el exterior. El capitalismo había logrado crear un mercado de capitales en el nivel internacional. Muchos países menos desarrollados ponían en venta las acciones de sus empresas en la bolsa de Londres y en otras bolsas importantes. Se hacía posible entonces comprar acciones de empresas de otros países y, a través de la inversión en cartera, alcanzar el control sobre todo de empresas mineras y agrícolas en otros países. Al mismo tiempo, el control de mercados externos para la exportación empieza a exigir una política más centralizada y unificada que se realiza a través de los holdings y de los cárteles.

El centro de la expansión económica de este período es fundamentalmente Inglaterra y algunos países europeos que, al establecer una industria de base en la segunda mitad del siglo XIX y al lograr industrializar la producción de maquinarias, abrieron una perspectiva de gran expansión para sus inversiones, y al mismo tiempo aumentaron de manera significativa la demanda de materias primas y de productos agrícolas. Para atender ese mercado en expansión en los países centrales, se desarrolla una importante producción minera y agrícola en los países periféricos que ya tenían una tradición exportadora, tierras vírgenes para ser

conquistadas por colonos, o una economía agraria tradicional bastante significativa y cierta experiencia mercantil, es decir, que disponían de una base para intensificar su producción exportadora.

Se forma así en el mundo una economía exportadora en gran escala en la segunda mitad del siglo XIX, en general controlada por capitalistas locales o de los países desarrollados, ya sea a través de subsidiarias de las empresas de los países dominantes, ya sea por empresas formadas con el objeto exclusivo de controlar el mercado o la producción en los países periféricos.

En general, asumen la característica del “enclave”, es decir, una empresa que existe dentro de un país de economía precapitalista, dedicada fundamentalmente a la producción para el mercado externo, desarrollando en su interior una economía propia con motivaciones capitalistas muy claras, pero utilizando relaciones de producción en general más atrasadas que aquellas del capitalismo desarrollado. Estas empresas, por lo general, tienen poco contacto con la economía del país huésped. Dicho contacto, cuando se da, asume la forma de pagos de impuestos y algunas compras de productos que necesitan, sea para sus trabajadores, sea como insumos para su producción. Ellas tienen, por lo tanto, un carácter complementario de la economía dominante y no de la economía donde actúan directamente, configurándose, por esta razón, su carácter de “enclave”. Su libertad de acción, su autonomía administrativa, su aislamiento social son tan significativos, que se conforman regiones enteras bajo su dirección casi autocrática.¹⁹

Centroamérica, que ha sido un modelo de ese tipo de empresas, de las cuales la United Fruit fue la más significativa, tiene marcas muy evidentes de su dominio. Son clásicos los ejemplos de la identificación entre la empresa y ciertas regiones. Con el agotamiento de las tierras de una zona, la empresa se traslada a otra, llevándose hasta las rieles de los ferrocarriles. Se va la población, se van las instalaciones, las casas, los negocios; y regiones enteras se convierten, de un día para otro, en desiertos humanos y naturales. Incluso el circulante en el interior de estas

19. Una buena bibliografía sobre el tema y uno de los mejores análisis sobre los efectos sociales del enclave se encuentran en Edelberto Torres (1972) *Centro-América: estructura y procesos en una sociedad dependiente* (Editorial Universitaria Centroamericana).

empresas era casi todo extranjero, logrando resolver el problema del capital de giro pagando a los trabajadores con fichas, con las cuales eran obligados a comprar en las pulperías de la empresa. Muchas veces los productos ahí vendidos eran importados del propio país de origen de la casa matriz y se lograba dispensar la necesidad del capital de giro para el pago de los trabajadores. En lo que se refiere a los técnicos en general, con mucha frecuencia se hacía su pago en dólares, o en la moneda del país dominante. Dichos técnicos vivían en estos países, o mejor dicho en estas empresas, en estos enclaves de los países dependientes, como en una extensión de su casa y de su país, en contacto mucho más estrecho con su cultura, su economía y su sociedad que con aquellas del país donde estaba incrustado el enclave.

Este tipo de empresa no era de gran complejidad, pues se trataba casi de una extensión en el exterior de la empresa matriz. La adaptación al país huésped era mínima, así como la dependencia de la economía de este país. Evidentemente, se enfrentaban problemas políticos con las clases medias de los países dependientes, que durante un largo período desarrollaron una política de oposición antiimperialista, criticando el carácter puramente explotador de los enclaves, que dejaban casi nada para los trabajadores locales y para las clases medias y la burguesía del país. Por esta razón, las clases medias han apoyado incluso la organización de los trabajadores en contra de sus empresarios, para asegurar mejores condiciones de negociación con los extranjeros.

Paralelo a estas inversiones, que tenían por objetivo desarrollar la producción para atender el mercado de los países dominantes, se desarrolla también otro tipo de inversiones, que tienen objetivos más comerciales. Pretenden, fundamentalmente, facilitar la venta de sus mercancías en el exterior. Ellas se crean tanto en economías desarrolladas como subdesarrolladas y tienen como principal actividad terminar los productos, a través de plantas de ensamblaje que se ligan al aparato comercial exportador que, en general, las precede.

Ya en los años veinte y treinta, se instalaron las primeras empresas de ensamblaje de autos y de otros productos que exigían una línea de montaje más compleja. Se fue formando así una nueva experiencia de inversiones en el exterior, con el objetivo de atender a los mercados internos

de los países desarrollados y subdesarrollados. En la posguerra se reorientarían de manera definitiva las inversiones, de Estados Unidos y de Europa, hacia los sectores industriales de los países desarrollados y dependientes. Las razones para que se haya reorientado de manera tan significativa el carácter de las inversiones son, de un lado, la recuperación económica de Europa, que abre enormes perspectivas de inversión, y el aprovechamiento por parte de las grandes empresas norteamericanas de las ventajas relativas de que disponían para usar esta recuperación como instrumento de expansión de sus propias inversiones; por otro lado, en los países dependientes, el avance industrial que ellos habían logrado en los años treinta, en función de los efectos de la crisis de 1929 y durante la segunda guerra mundial, y la política proteccionista hacia su industria que adoptaron en general, habría impedido el control directo de los mercados de estos países a través de la exportación desde los países dominantes. Se había desarrollado una industria local para atender el mercado interno, y todo un aparato de leyes y políticas gubernamentales destinado a favorecer este desarrollo, apoyadas fuertemente en el movimiento obrero y/o campesino y en las clases medias. De esta manera, la vuelta del capital internacional a estos países en condiciones favorables exigía su reconversión hacia la inversión en los sectores industriales demandados por sus mercados internos.

Al lado de las restricciones a la importación de productos manufacturados, que obligaban a producirlos internamente, se presentaba una serie de ventajas relativas que hacían muy favorables y muy interesantes esas inversiones. Por una parte, los precios artificiales de los bienes industriales creados por el proteccionismo cambiario eran muy altos; por otra, la mano de obra y los costos industriales eran muy bajos. En el afán de atraer el capital extranjero, los gobiernos dependientes se deshacían en “ayudas” y concesiones de todo tipo. Finalmente, el mercado interno, a pesar de ser relativamente pequeño, estaba constituido por una clase media y una burguesía opulentas y en expansión.

Los datos sobre este particular son bastante significativos: en 1929 las inversiones norteamericanas en minería y extracción eran de 1.200 millones de dólares; en 1950 eran de 1.100 millones de dólares; en 1970 eran de 6.100 millones de dólares. Hubo quizás una cierta paralización de

estas inversiones entre 1929 y 1950 y un cierto repunte de ellas después de los años cincuenta, pero, en muchos casos, las inversiones nuevas en minería y extracción tienen un carácter bastante distinto del que tuvieron en los años anteriores; muchas veces se destinan incluso a atender mercados internos y no solamente para la exportación. Sin embargo, en lo que respecta a la participación relativa de las inversiones en minería y extracción, ellas pasaron del 16% al 9,3%, en 1950, y al 7,8% en 1970.

El petróleo es otro importante sector de inversión, que mantiene todavía su importancia, sobre todo por la renovación que sufrió a consecuencia de la expansión de la petroquímica, que lo convirtió en base de una de las industrias modernas más destacadas. Esto también nos hace creer que no toda la inversión contemporánea en petróleo de las grandes empresas se dirige a la exportación; alguna parte de ella se dirige al mercado interno de los países donde están, aunque en este caso se trate de una porción bastante inferior. En 1929, estas inversiones representaban 1.100 millones de dólares; en 1950, 3.400 millones de dólares; en 1970, 21.800 millones de dólares, lo que nos da un porcentaje de 14,7% para 1929; 18,8% en 1950 y 27,9% en 1970, en relación al conjunto de las inversiones norteamericanas en el exterior. Las manufacturas, que representaban 1.800 millones de dólares en inversiones en 1928, pasan a 3.800 millones en 1950 y a 32.000 millones de dólares en 1970. Su participación relativa pasa de 24% en 1929 a 32,2% en 1950 y a 41,2% en 1970, convirtiéndose así en el principal rubro de la inversión norteamericana directa en el exterior desde 1950. El rubro “otros”, que incluye agricultura, comercio, etcétera, es bastante significativo, pero en el pasado lo era mucho más. En 1929, representaba 3.400 millones de dólares, en 1950, 3.500 y en 1970, 17.900 millones de dólares, lo que hace caer su participación de 45,3% a 29,7% y a 29%.

Estos datos generales sobre la inversión norteamericana de 1929 a 1970,²⁰ nos demuestran muy claramente la importancia relativa que ganó la inversión industrial en los últimos años. Respecto de la situación de las inversiones mundiales del conjunto de los países de la OECD

20. Los datos de esta parte fueron extractados del estudio ya citado sobre empresas multinacionales del Departamento de Comercio de Estados Unidos.

(es decir, Bélgica, Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, Holanda, Suecia, Suiza, Reino Unido y Estados Unidos), tenemos que en 1966 las inversiones de estos países en el mundo, en la minería y extracción, representaban el 7 %; la manufactura ocupaba ya el primer lugar con el 40% y el rubro “otros” sumaba el 24%. Sin embargo, en lo que toca a las regiones subdesarrolladas, el petróleo ocupaba un papel privilegiado, pues en ellas se incluyen las inversiones del Medio Oriente que son casi exclusivamente petroleras. Por eso, el petróleo representa el 40% del conjunto de las inversiones de los países de la OECD en el exterior, en 1966, en tanto la minería y la extracción alcanzaban el 10%, la manufactura el 27% y el rubro “otros” el 23%.

Es interesante destacar que las inversiones en petróleo son tan significativas debido al papel relativo del Reino Unido, que destina el 35% de sus inversiones en los países subdesarrollados a la explotación del petróleo, el 23% a la manufactura y el 37% al rubro “otros”, que incluye una importante inversión agrícola en sus países dependientes. Se ve que todavía persisten las formas tradicionales de inversión, al lado de un sector nuevo bastante importante. Pero un país como Alemania, que tiene un monto total de inversiones de 2.500 millones de dólares, de los cuales 845 millones se realizan en países dependientes; y de estos 845 millones, 654 se destinan a la industria, muestra realmente una orientación muy fuerte en el sentido industrial. De un total de 2.100 millones de dólares en los países dependientes, las inversiones francesas en industrias son de 1.280 millones de dólares.

Si estos datos revelan que todavía sectores como el petróleo son bastante significativos,²¹ no dejan de señalar que se creó una estructura económica nueva de inversiones en el exterior, y nos demuestran, a la vez, que el grueso de esas inversiones, sobre todo en los últimos años, se ha destinado fundamentalmente al sector industrial y al sector comercial y de servicios, y a veces también, en parte, al sector agrícola, que atiende el mercado interno de los países hacia donde ellas se destinan. Esa

21. Después del embargo petrolero de 1973, el precio del petróleo subió enormemente, provocando un estímulo a la inversión petrolera. Pero las políticas de nacionalización de las empresas petroleras se han generalizado en los países dependientes (árabes y Venezuela) provocando una reorientación de esas inversiones hacia la comercialización, el transporte y la petroquímica.

tendencia dominante en los años cincuenta y principios de los años sesenta, representa un cambio muy significativo también en la estructura de la empresa. Lo que actualmente llamamos empresa multinacional es fundamentalmente un resultado de este fenómeno, que conduce a la superación de las economías de enclave que hemos estudiado.

La nueva situación entraña un cambio cualitativo en relación al estudio anterior, en lo que respecta al funcionamiento de las leyes económicas. El mercado interno de los países hacia donde van estas inversiones posee una dinámica económica que tiene sus propias leyes de desarrollo. La empresa subsidiaria, que se integra en esa economía para atender las necesidades de ese mercado, no puede ya comportarse con la concepción abstencionista que tenía la empresa de enclave. Ahora tiene que tomar en consideración las leyes económicas que funcionan en esa economía, la distribución del ingreso, las posibilidades de expansión económica global y de nuevas inversiones; ha de ligarse, de alguna forma, al mercado financiero para obtener su capital de giro; debe vincularse a la realidad política del país huésped, afectada por la política económica en su conjunto, con efectos sobre la inflación, sobre la política de crédito y sobre todos los aspectos del funcionamiento normal de la economía de ese país.

3. Los vínculos orgánicos con las economías “huéspedes”

El contacto con la “economía huésped” (como se llama entre ciertos académicos norteamericanos la economía que es víctima del proceso de explotación de estas empresas), se vuelve pues mucho más profundo y orgánico. Por razones de orden económico, o debido a la política imperante, las empresas extranjeras se ven en la necesidad de abastecerse de ciertos insumos (a veces, incluso la integridad de los productos que consumen) en el mercado local. Concentraremos nuestro análisis de este problema en las economías dependientes, en las cuales se sienten más directamente los efectos de la vinculación de las empresas multinacionales con los mercados locales.

Las razones de orden económico que determinan los cambios de funcionamiento son fáciles de entender si recordamos que muchas

empresas se desplazan hacia los países dependientes debido a la proximidad de ciertas materias primas; la cercanía a las fuentes permite disminuir el precio de los transportes y otros costos: se justifica así la utilización del abastecimiento local. Sin embargo, no siempre se observa una extensa utilización del abastecimiento local, pues muchas veces las empresas prefieren abastecerse, a precios más elevados, de sus propias matrices o de otras firmas del mismo grupo económico situadas en los países desarrollados, con el propósito de aprovecharse de ciertos recursos fiscales, como los sobreprecios, o bien por el interés de trasladar las ganancias a los países desarrollados, donde tienen más oportunidades de inversión. Por otro lado, las industrias matrices en los países desarrollados viven en constante estado de subutilización, resultándoles más lucrativo aumentar sus ventas a través de las compras de sus subsidiarias, que crear nuevas empresas, aunque presenten precios mucho más altos. Pero, por las razones expuestas, y aún más por presión del Estado y por otros intereses nacionales del país de origen, las empresas multinacionales tienden a prolongar el proceso de aprovechamiento con el abastecimiento local, sobre todo de productos más industrializados.

Las razones de política económica son mucho más fuertes. En general, los gobiernos de tipo desarrollista exigen que las filiales y subsidiarias que se instalan en sus países se abastezcan en el mercado local. Hay sectores donde se pone mayor énfasis, como es el caso de la industria automotriz, para la cual muchos países dependientes tienen programas de nacionalización de la producción tendientes a formar un núcleo industrial capaz de estimular el desarrollo económico global.

El financiamiento es otra forma de contacto de estas empresas con la "economía huésped". En general, las subsidiarias se crean a través de un sistema de crédito internacional otorgado por los países dominantes, particularmente Estados Unidos, quienes financian a los gobiernos locales para que ellos traspasen ese financiamiento a las empresas, que lo utilizan en la compra de maquinaria y otros productos básicos en el país que otorgó el crédito. La operación se divide así en cuatro pasos circulares: se abre un crédito desde Estados Unidos a través de alguno de los aparatos bancarios internacionales de que disponen (o se abre un crédito de una institución multinacional bajo control norteamericano)

para el financiamiento de una empresa determinada, ya se trate de una nueva inversión de capital o de crear una empresa nueva. El gobierno del país receptor del crédito (agradecido por la ayuda que favorece su desarrollo, etcétera), asume la responsabilidad por la deuda, pero como la ayuda está destinada a una inversión determinada, es traspasada a la empresa subsidiaria o a una empresa mixta con capitales nacionales o estatales. En los dos casos de empresa mixta, es necesario señalar que la ayuda va hacia el capital de los accionistas extranjeros que se asocian a los nacionales o al Estado. El Estado participa con su propia parte; la empresa nacional con otra, y la ayuda se destina claramente a conformar el capital de la empresa extranjera que se instala en el país.²² Así se completa el segundo paso, que significa, como vimos, que el Estado del país huésped asume la responsabilidad financiera por la deuda de la empresa receptora, que es extranjera.

El tercer paso es el traspaso del contenido real de esta “ayuda”. Ella representa, en realidad, tan solo un crédito que permite importar ciertos productos, en general maquinaria e instalaciones. Es necesario concluir diciendo que el círculo se cierra con este tercer paso, que devela el contenido real de la “ayuda”: una simple exportación de mercancías con crédito estatal, con intereses bastante elevados, destinadas a las subsidiarias norteamericanas en el exterior a través de una operación garantizada por los Estados dependientes. Estos gastos de inversión están atados y las mercancías tienen que ser compradas en el país que da la ayuda. A través de este mecanismo, el gobierno financia las empresas de su país que necesitan vender sus productos en el exterior. Los precios que se pagan por estas mercancías son producto de condiciones altamente monopólicas y fuera de cualquier concurrencia en el mercado internacional. No es necesario analizar aquí el resultado de estas formas de “ayuda” a los países dependientes.

Es importante señalar, sin embargo, que este esquema de financiamiento supone un vínculo entre la subsidiaria y el gobierno del país “huésped”, así como con los programas de desarrollo económico de este

22. Sobre estas materias, ver el capítulo sobre estructura de la dependencia y también Caputo y Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*.

gobierno, tanto más importantes cuanto mayor sea su autonomía relativa y su capacidad de decisión propia. Este vínculo representa algo nuevo en los países dependientes y supone, de cualquier manera, la sumisión del gran capital a leyes económicas nuevas, dentro de las cuales el capitalismo de Estado de los países dependientes tiene un peso muy significativo.

Para que funcione una empresa, es necesario el capital de giro para pagar a los obreros, los trabajadores en general, y ciertas materias primas que existen en el mercado local. Ese capital de giro funciona con moneda local y, por lo tanto, tiene que ser recogido en el mercado de capitales, creándose así un vínculo con el sistema bancario del país “huésped”. Muchas veces se recurre al sistema bancario extranjero, a través de las subsidiarias de bancos que están muchas veces ligados a los mismos grupos económicos a que pertenece la empresa inversora. Esto significa que el sistema bancario multinacional no existe solamente para financiar operaciones de contenido internacional, sino para financiar también operaciones nítidamente vinculadas con el mercado local. Este sistema bancario logra captar también gran parte del ahorro local, convirtiéndose así en un competidor de los bancos locales y creando una empresa multinacional de carácter financiero.

Las consecuencias del desarrollo de tales vínculos financieros son muy evidentes en el caso de Europa, donde los bancos multinacionales no solo intervienen profundamente en la vida local de esos países, sino que también se ligan directamente a la formación de un mercado financiero paralelo, que son los eurodólares. En los países dependientes, este proceso está todavía en su comienzo, pero tiende a desarrollarse.²³

Otra forma de vinculación con la economía “huésped”, que se produce en las nuevas condiciones de internacionalización del capital, es el desarrollo del proceso de comercialización, este tiene varios aspectos, e

23. En Brasil, después de 1966, se formó un sistema bancario muy ligado al capital internacional, a través de los “bancos de inversión” completamente extranjeros, o a través de la formación de *holdings* a partir de bancos que son subsidiarios de bancos internacionales. Agréguese a eso las facilidades para los préstamos e inversiones internacionales a corto plazo financiando instrumentos financieros locales (notas provisionales, bonos, etcétera) y el crecimiento, hasta 1972, del mercado de acciones con bases altamente especulativas, lo que permitió la captación de vastos ahorros de las clases medias y hasta de sectores obreros por empresas extranjeras y locales capaces de manejar el juego de la especulación con acciones.

incluyen o solo la venta del producto, a un intermediario o directamente al consumidor, sino también la creación de un aparato comercial (por medio de empresas que hacen la comercialización o de personal dedicado a esta actividad) que establece vínculos concretos con el proceso económico local.

Pero la comercialización está hoy en día inmediatamente ligada al anuncio de los productos, lo que supone el montaje de un aparato de preparación de avisos o una agencia publicitaria. La comercialización está ligada también a operaciones de *marketing* más amplias, que requieren la existencia de un aparato de investigación de mercados, absolutamente necesario para las operaciones capitalistas contemporáneas. Ligado a todo el aparato de investigación de mercados y de publicidad está el problema de presentación de los productos que, como sabemos, no se da solamente desde el punto de vista externo de los envoltorios, sino que también se liga, en cierta forma: a la presentación del propio producto, sobre todo en lo que respecta a bienes de consumo masivo.

Esto, en consecuencia, incluye la necesidad de instalar un aparato mínimo de investigación y desarrollo (mucho más de desarrollo que de investigación), para permitir el funcionamiento de un buen sistema de *marketing* capaz de competir en el mercado local. Esta competencia no se dirige contra los productores de los países subdesarrollados, sin mucha perspectiva, sino, sobre todo, contra las otras empresas de países desarrollados que sí pueden competir, tanto en el mercado desarrollado como en los países subdesarrollados.

Las tendencias que llevan a aumentar el grado de articulación de los grupos internacionales con los mercados locales de los países “huéspedes”, se hacen cada vez más fuertes, en la medida en que es menester asegurar y ampliar el grado de control económico logrado anteriormente. Las facilidades para mantener este control se ven aumentadas, porque las altas tasas de ganancia obtenidas generan grandes excedentes financieros que pueden ser reinvertidos en el país “huésped” sin impedir una gran movilidad financiera en el nivel internacional. Al mismo tiempo, hay que atender a las necesidades de expansión de la empresa subsidiaria en el mercado local, para mantener su capacidad competitiva y también, evidentemente, para aprovecharse de las posibilidades

de inversión que ofrecen estos países. Esto nos pone entonces ante dos órdenes de problemas. El primero es el que se relaciona con las remesas de ganancia. Ellas suponen, de inmediato, una relación entre monedas y, por lo tanto, vinculan muy inmediatamente estas empresas a los intereses financieros de los países donde operan. El capital extranjero pasa a interesarse muy directamente por la política financiera desde dos puntos de vista. Por un lado, se hace necesario el dominio de los factores de coyuntura, lo que exige el conocimiento y la previsión de los cambios del valor de las monedas. Por otro lado, se precisa influir en la política financiera a más largo plazo.

En lo que respecta al primer aspecto, las empresas multinacionales se ven obligadas a sostener un aparato de expertos en finanzas, que les permita conocer las oscilaciones en el valor de las monedas en el nivel internacional, a fin de poder retirar moneda de un país hacia otro de acuerdo a las variaciones de cambio que se den. Esto estimula enseguida la especulación financiera como parte importante de sus actividades (véase el próximo capítulo.)

En cuanto a la política de largo plazo, estas empresas tienen interés en influir en la política local para poder dirigirla en el sentido de facilitar la libre entrada y salida de ganancias. Para tal fin, estas empresas hablan, hoy en día, en nombre de un nuevo liberalismo (esta posición es defendida por la comisión especial de la OECD que se dedica al estudio de los movimientos de capitales) que facilite las operaciones internacionales de la empresa, la entrada y el retiro de dinero, no solo en grandes montos por título de ganancias anuales, sino también en dinero líquido (*hot money*). Esto permitiría una intensa movilidad del capital en el nivel internacional. A pesar del aspecto más especulativo que propiamente empresarial de este tipo de medidas, absorben en realidad gran parte de la actividad de los administradores de las empresas.

La aparición de los petrodólares ha enfriado buena parte de este ánimo neoliberal. Asimismo, la agudización de la crisis económica en 1974-1975 ha puesto en peligro estas operaciones especulativas.

La necesidad de orientar correctamente las reinversiones exige un conocimiento muy elaborado del mercado local. Las corporaciones multinacionales tienen interés en obtener los mejores resultados

financieros de los mercados locales y aprovechar al máximo las posibilidades de nuevas inversiones, sobre todo en la medida que ofrezcan tasas de ganancia elevadas. Para poder desarrollar un programa eficiente de inversiones locales, hay que disponer de un aparato de investigación de mercado con un buen nivel de previsión, de un conocimiento de la economía nacional y de cierta influencia sobre la política económica, que permitan aprovechar correctamente las posibilidades de inversión. Todos estos mecanismos llevan a establecer un vínculo estrecho con la economía del país receptor, que permite utilizar positivamente las ventajas relativas que ofrece la condición de multinacional para dominar los mercados locales y crecer.

Vemos pues que las corporaciones multinacionales, al ampliar el área de operación de las empresas internacionales y pasar a producir para los mercados locales, crearon una nueva ordenación en la economía de los países hacia donde se desplazaron sus subsidiarias. Establecieron nuevos vínculos de orden económico, social y político con esas economías. Estos vínculos llegan a efectuar su funcionamiento interno y el del país "huésped", abriendo un nuevo capítulo en la historia de las relaciones económicas internacionales.

Por otro lado, el creciente interés de las empresas multinacionales por dedicarse a actividades exportadoras industriales desde los países dependientes, aumenta su necesidad de intervenir en las políticas exportadoras y cambiarias y las hace preocuparse por la ausencia de transportes adecuados, puertos y otras actividades de infraestructura exportadora.

Es necesario señalar que la importancia de los cambios de funcionamiento estudiados es mucho mayor en los países dependientes que en los países que ya habían alcanzado un mayor grado de desarrollo. La dinámica creada por estos vínculos orgánicos con las economías locales será tanto más determinante de la vida del país cuanto menor sea su desarrollo económico anterior. Los países dependientes tiene una estructura productiva muy débil, una clase dominante nacional dominada por el capital internacional, una autonomía de decisión económica mínima. Por todas estas razones, la invasión de la empresa multinacional a través de las inversiones en los mercados locales destruye las bases de resistencia del

capital nacional y crea una nueva clase dominante, comienza a determinar la dinámica del conjunto del desarrollo económico y abre una nueva etapa en la evolución histórica de los países dependientes.

Los fenómenos que hemos estudiado merecen, pues, un análisis más profundo, por sus efectos muy significativos en el plano internacional y nacional. La corporación multinacional es el núcleo de una nueva economía mundial y hay que analizar más estrictamente las contradicciones que encierra su complejo desarrollo.

4. *Las contradicciones del multinacionalismo*

De los análisis precedentes se desprende que la subsidiaria que se orienta hacia un mercado local sigue una dinámica distinta a la de las empresas del tipo “enclave”, que dominaron en las economías dependientes hasta 1945. Se diferencia también de las filiales que se destinaban solamente a la venta o a ciertos procesos finales de producción, o sea, las empresas de “ensamblaje”. Esa dinámica está condicionada, en buena parte, por las leyes de desarrollo de la economía hacia donde se desplazó el capital. Este condicionamiento es tanto mayor cuanto más desarrollada sea la economía receptora del capital y la autonomía relativa de su mercado interno. En el caso de los países dependientes, también se da un condicionamiento por la estructura del mercado local, que subordina la empresa multinacional a sus leyes.

Los intereses del gran capital son el factor determinante del funcionamiento de la empresa multinacional; esos intereses nacen de la estructura económica de los países dominantes, y particularmente de la potencia hegemónica en el sistema internacional. Esta estructura está profundamente entrelazada con la economía internacional que ella hegemoniza.

Por otro lado, la empresa multinacional conforma una unidad económica en cierta medida autónoma de la economía dominante. Los intereses del conjunto de sus operaciones internacionales determinan su comportamiento más inmediato y crean una estructura de relaciones celulares que, si bien están determinadas por la estructura internacional capitalista, forman la red de relaciones básicas sobre la cual se yergue esta estructura.

En el seno de la corporación multinacional se mezclan y buscan conciliarse los intereses contradictorios generados por estos tres órdenes estructurales: la economía local, la economía dominante y la empresa multinacional. La lucha por conciliar las dinámicas que orientan esas instancias, en el seno de la economía internacional capitalista, supone un nuevo orden de problemas, que se expresa a través del conjunto de contradicciones que enfrenta la empresa multinacional.

La empresa multinacional, tomada como una organización internacional, tiene sus intereses, estrategia, organización y financiamiento propios. Posee pues intereses específicos dentro de la economía mundial. De esta manera, podemos pensar teóricamente que la empresa multinacional actúa con un criterio distinto al de la economía del país donde ella tiene su centro de operaciones. Sin embargo, sabemos que esta independencia de la empresa multinacional es relativa, pues su fuerza económica está basada en gran parte en el poder de la economía nacional desde donde ella parte (moneda local, financiamiento, ayuda y protección estatal, etcétera).

Al mismo tiempo, las subsidiarias están sometidas a la dinámica global de la corporación, y simultáneamente, a la capacidad económica y a las leyes de desarrollo de las economías donde operan. De esta manera, la tendencia a desarrollar la empresa subsidiaria en dirección al mercado interno, a las fuentes de abastecimiento local y hacia la nacionalización de la producción en su conjunto, entra en contradicción, ya con los intereses de la empresa en su conjunto o con los de la economía del país dominante.

La empresa, tomada en conjunto, no quiere ser forzada a realizar inversiones complementarias para garantizar el control de los mercados hacia donde se desplaza; su interés es movilizar su capital, no en función de la integración económica de las estructuras locales, sino buscando aumentar el monto y la tasa de sus ganancias en el nivel internacional. Le interesa mantener una gran facilidad para traspasar sus ganancias hacia otras regiones. Pero esto entra en contradicción con los intereses de la economía receptora tomada en su conjunto, pues su desarrollo solo puede continuar a través de estímulos artificiales y del proteccionismo, por la razón de que su mercado interno es restringido y no permite una alta tasa de inversiones.

Si la empresa multinacional sigue las leyes de la libre competencia internacional, tenderá a reinvertir sus ganancias no en los países dependientes, sino en aquellos que presentan grandes mercados internos en expansión. Las facilidades de mano de obra barata y protección tarifaria que llevan a obtener altas tasas de ganancia en los países dependientes, se anulan por los mercados limitados que necesariamente suponen.

Por otro lado, las economías de los países dominantes se interesan en mantener sus exportaciones en un nivel elevado. Esas exportaciones pueden, incluso, ser estimuladas a corto plazo por las inversiones en el exterior –particularmente en los países dependientes– al aumentar el consumo de maquinaria: equipos y materias primas industrializadas. Esta situación se modifica, sin embargo, en la medida en que esos países llegan a producir esa maquinaria, equipos y materias primas industrializadas, reorientando drásticamente el comercio mundial. Las economías de los países dominantes, tomadas en conjunto, se resienten pues del desarrollo económico de los países dependientes si este asume una forma autonomizadora.

Hemos formulado esta tesis por primera vez en nuestros estudios sobre el nuevo carácter de la dependencia. Y ha provocado muchas críticas que no llegan sin embargo a la esencia del problema. Si las economías dependientes pueden obtener un alto grado de autonomía productiva y desarrollar un importante sector I (de máquinas y materias primas industrializadas), el capital extranjero perdería su capacidad de determinar el carácter de su desarrollo, se convertiría en una expresión puramente artificial que luego sería destruida, haciendo desaparecer la relación de dependencia. Por esa razón, y por la propia lógica de sus intereses inmediatos, el capital internacional busca orientar el desarrollo económico de los países dependientes hacia sectores volcados al mercado internacional o hacia las capas de nivel de ingreso alto, que consumen productos más sofisticados. La lucha por la industrialización nacional, orientada a la plena integración de los sectores productivos y de una industria de base, queda en manos del proletariado y de sectores de la pequeña burguesía. Este es un elemento importante en la dinámica, sobre todo, de los países dependientes con perspectivas de convertirse en potencias industriales medianas, como Brasil, Argentina, México, India, etcétera.

Por estas contradicciones, el sector más avanzado de la clase dominante de los países dominantes busca conciliar estos intereses opuestos, orientando el desarrollo económico de los países dependientes en el sentido más compatible con los intereses de conservar la potencia de la economía dominante, donde se asienta más firmemente el capital internacional, y de aumentar internacionalmente la movilidad de ese mismo capital.

Pero esto no resuelve completamente las contradicciones del multinacionalismo, pues esta libertad de acción del capital lo lleva a aumentar sus inversiones en las economías capitalistas más dinámicas, que no son ni las dependientes ni Estados Unidos, sino otros países capitalistas adelantados. Tal situación hace aumentar las inversiones en estos países, en detrimento de Estados Unidos. De todas maneras, la plena libertad de movimiento para el capital internacional entra en conflicto con los intereses de su centro hegemónico y tiende a debilitar su economía y a profundizar sus contradicciones internas.

Para poder remontar esta compleja gama de intereses que se expresan en su interior, la corporación multinacional tiene que garantizar el control absoluto sobre sus subsidiarias, que podrían atender a los intereses locales y perjudicar, en el futuro, la base de poder de la casa matriz.

Se genera, entonces, un importante problema de control, y la empresa matriz empieza a actuar, en gran parte, en función del dominio que puede ejercer sobre la empresa subsidiaria. Su política tiende a guiarse mucho más por las exigencias de ese control que por las que plantea el mercado y las posibilidades de crecimiento. Esta contradicción puede llevar a la empresa subsidiaria a la impotencia frente a las exigencias de la economía del país donde está, y frente a la competencia con los inversionistas nacionales o de otros países, con mayor flexibilidad y posibilidad de intervenir en el campo específico en que se produce la inmovilidad.

Esa contradicción se hace más aguda cuando la subsidiaria (en un país desarrollado o, lo mismo, dependiente con un cierto grado de desarrollo) empieza a tener posibilidad de competencia con la empresa matriz a través de la exportación hacia otros mercados. En estas condiciones, la empresa subsidiaria comienza a competir con la empresa

matriz, no solo en el mercado específico donde actúa, sino también en otros mercados. Este fenómeno no es importante en países pequeños, pero sí lo es en países dominantes o en países subdesarrollados ya con un cierto nivel de potencialidad económica.

Esta situación se produce con frecuencia como resultado de la lógica del desarrollo de la empresa capitalista, que tiende a superar su mercado inicial y a ampliarlo constantemente. Por otro lado, los propios intereses de las economías nacionales, en el sentido de aumentar sus exportaciones, crean una dinámica objetiva que presiona a las empresas subsidiarias a seguirlas o pena de ser marginadas. Por esta razón, se hace necesario un profundo control monopolístico de los mercados locales y de las políticas económicas de sus gobiernos, a fin de permitir a la empresa actuar sobre esas tendencias.

Como veremos, el gran capital no tiene por qué oponerse sistemáticamente a esa tendencia. Esta actitud inicial de resistencia es sustituida progresivamente por un reconocimiento de esas leyes de desarrollo y un intento de encauzar este proceso en favor de sus propios intereses, aunque eso implique el sacrificio de ciertas posiciones y de su propia base nacional de poder, Estados Unidos, como economía dominante. La estrategia ideada, como lo veremos, busca asegurar por otros medios esa hegemonía.

La posibilidad que tiene una subsidiaria de liberarse es pequeña y hay leyes internacionales bastante fuertes para garantizar el control de la empresa madre; pero, evidentemente, en circunstancias políticas excepcionales, este control puede cambiar, la capacidad de control puede ser cuestionada. De esta manera, la empresa dominante tiene que preocuparse de impedir un desarrollo excesivo de la empresa subsidiaria tal, que llegase a permitir que ella se convirtiese en un competidor suyo. Al estudiar los problemas de organización, veremos las formas adoptadas por las empresas para garantizarse este control.

Hay, sin embargo, alternativas que siguen algunas empresas o grupos económicos, que favorecen una mayor competencia interna entre sus subsidiarias, siempre que el control financiero quede en manos del grupo central. Estas modalidades están en curso, y no se sabe hasta el momento a qué resultados llegarán. En la medida en que las contradicciones se

desarrollan sin un cauce que las oriente, tienden a generar una anarquía cada vez más incontrolable en el comercio mundial, llevando a los países capitalistas a un enfrentamiento entre ellos y con las empresas multinacionales. Por esto, la teoría económica burguesa, sus políticos, ideólogos y expertos han buscado reorientar rápidamente esa nueva economía internacional que nace en las alas del multinacionalismo.

Es necesario pues estudiar más a fondo las nuevas relaciones de intercambio que el desarrollo de la corporación multinacional provoca en el nivel internacional.

5. La empresa multinacional y la división internacional del trabajo

En la lucha entre la empresa madre y la subsidiaria, se reflejan las contradicciones más profundas entre la economía del país hegemónico, otras economías dominantes y las economías dependientes. Estas contradicciones se expresan en el nivel de la economía internacional, por las relaciones que ellas establecen entre sí. Y esas relaciones tienen su infraestructura en la división internacional del trabajo que intenta compatibilizar las distintas economías nacionales en un sistema de reproducción internacional de la economía.

Las contradicciones que nacen del desarrollo del multinacionalismo habían encontrado una primera solución en los años cincuenta y principios de la década del sesenta. Esa solución se basaba en el intercambio entre maquinarias, equipos y materias primas y productos agrícolas por parte de los países dependientes. Veamos en detalle esa forma de intercambio. Desde los países desarrollados, se presentaban dos grandes rubros nuevos de exportación, que no significaban terminar completamente con las antiguas exportaciones de productos de consumo final, sino sustituirlos progresivamente, en la medida que su producción se desarrollaba en la periferia del sistema. El primer rubro lo constituía la exportación de maquinaria y de equipos industriales, comerciales y de servicios.

La inversión en un país que no tiene un sector de producción de máquinas desarrollado, significa una demanda de estos bienes de producción en los países desarrollados. La venta de estas máquinas está

controlada, en general, por los grandes grupos económicos; además, los créditos para financiarlas se obtienen en los bancos o en los gobiernos controlados por estos grupos. En muchos casos, la maquinaria y los equipos que se transfieren hacia los países dependientes han sido usados ya por la empresa que hace las inversiones y que realiza, en este caso, un buen negocio renovando al mismo tiempo sus instalaciones.

El segundo rubro exportador que rescata la complementariedad de estas economías, lo constituyen las materias primas industrializadas que se exportan hacia los países dependientes. El montaje de una industria supone la utilización de determinadas fórmulas o la exigencia de un tipo específico de materias primas semindustrializadas. Gran parte de las inversiones del período se hicieron en el sector de la industria química, que consume directamente materias primas industrializadas; pero eso ocurre también en otros sectores, como textiles, cauchos, etcétera. Al instalarse unidades productoras en otros países, aumenta el consumo de estas materias primas elaboradas, aumentando así el comercio de este producto entre el país inversor y el receptor, en la medida en que las empresas prefieren abastecerse en su casa matriz. Algunas veces puede darse el caso de que lo hagan con alguna subsidiaria, fenómeno por demás creciente en los últimos años como resultado natural del avance del multinacionalismo.

Por otro lado, hay que señalar también que gran parte de estas compras de materias primas se hacen en el interior de una misma empresa o de un mismo grupo económico, transformándose así en una operación interempresarial a precios artificiales que permite asegurar formas indirectas de remesas de ganancia a través del sobreprecio, y que facilita así recursos para escapar al impuesto sobre la renta en el país donde opera la empresa. De esta manera, la política desarrollista, que buscaba estimular la entrada del capital extranjero en el sector industrial, el mejoramiento de los precios de los productos exportados, los préstamos internacionales y las “ayudas” económicas, formaba un conjunto de medidas complementarias que actuaban en el sentido de conformar una unidad de intereses, en el plano internacional, entre las burguesías de los países dependientes y los dominantes, expresada en la división del trabajo entre exportadores de materias primas y productos agrícolas y

exportadores de maquinaria, equipos y materias primas industrializadas. Para que tal división del trabajo se mantuviese era condición el no desarrollo de los sectores productores de maquinaria, equipos y materias primas industrializadas en los países dependientes. Vimos, sin embargo, que la propia lógica del desarrollo económico capitalista contradecía tales límites y se enfrentaba con los intereses inmediatos del gran capital.

Esa complementariedad demuestra así su carácter provisorio. Primero, porque las economías dependientes aumentan la presión para que los abastecimientos y los sectores económicos complementarios se desarrollen en estos países. Segundo, porque la industria de maquinaria tiende a ser también desarrollada con este objeto. Tercero, porque la propia subsidiaria de la empresa multinacional, al enfrentar la necesidad y la posibilidad de reinvertir, y al convertirse en una importante compradora de ciertos productos, llega a interesarse también por crear estos sectores complementarios, para obtener esos productos a precios más baratos.

Finalmente, un efecto mucho más importante y sustancial: se genera progresivamente la capacidad de dominar la fuerza de trabajo en el nivel internacional, a precios mucho más baratos, con facilidades de comercialización, con capacidad instalada sin utilizar, con apoyos gubernamentales cada vez más sólidos a una política de desarrollo económico basada en el capital extranjero, con la anulación de la oposición burguesa nacional que se logra particularmente en la década del 60 y con la formación de una burocracia tecnocrática y militar, desarrollista, altamente identificada con esos objetivos del capital internacional.

Todos estos factores conforman la posibilidad real para que, además de que las industrias de los países dependientes controlados por el capital internacional se orienten hacia su mercado interno, puedan también convertirse en importantes empresas exportadoras, sea para áreas próximas más atrasadas, sea para áreas controladas económica o políticamente por países intermediarios de Estados Unidos, sea para beneficiarse de ventajas relativas en el interior de una comunidad económica, como Inglaterra con respecto al *Commonwealth* o las ex-colonias africanas integradas en el Mercado Común Europeo; sea, finalmente,

para aprovechar el amplio mercado norteamericano, gran consumidor de productos que utilizan mucha mano de obra y que son caros y de mala calidad en Estados Unidos. Por todas estas razones, se abre campo una política de exportación desde los países adelantados y desde los países dependientes, hacia Estados Unidos o hacia otras regiones de los países desarrollados. Se inicia, así, una tercera etapa en la historia de la inversión en el exterior, caracterizada por la inversión en el sector manufacturero, con el objetivo de exportar. A pesar de su carácter reciente, se puede apreciar su rápido desarrollo en los datos que presenta Raimond Vernon sobre las ventas de las subsidiarias industriales extranjeras de las empresas norteamericanas, por destino de mercado, en 1957 y en 1968, utilizando las fuentes del Departamento de Comercio. Las subsidiarias en Canadá destinaban, en 1957, cerca del 85% de sus ventas al mercado interno, cerca del 10% a exportación a Estados Unidos, cerca del 5% a exportación a otras áreas. En 1968 se establece una proporción de 70% para ventas locales, 20% para ventas hacia Estados Unidos, 10% para ventas a otras regiones.

En Europa tenemos, en 1957, 75% de las ventas destinadas al mercado local, 4% destinado al mercado norteamericano y un 20% destinado al mercado de otras regiones. En 1968, encontramos ya un gran aumento de las ventas en su conjunto, destinándose posiblemente más del 20% al mercado de varias áreas, un 3% al mercado norteamericano y el restante al mercado local.

En América Latina era mínima la exportación en 1957. Casi todas las ventas se destinaban al mercado local. En 1968, las subsidiarias industriales latinoamericanas presentan cerca del 10% de sus ventas destinadas en parte a Estados Unidos y en su mayor parte a otras regiones. Es significativo notar que las ventas de las subsidiarias industriales norteamericanas en América Latina, sobrepasan los 750 millones de dólares en 1968, que re presentaron más del 40% de todas las exportaciones de bienes manufacturados latinoamericanos en el mismo año, entre los cuales se incluían grandes cantidades de productos químicos, maquinaria y partes de automóviles. También en las demás regiones, excepto Canadá, Europa y América Latina, se registra una tendencia al crecimiento de las exportaciones.

En el caso de las nuevas inversiones, hay que distinguir dos tipos. Uno, que se dirige a “los países emporio”, es decir, países que cumplen una función simplemente de intermediarios y que se limitan a complementar una fase final de la producción de los productos. Este es el caso de Corea del Sur, Hong Kong, el norte de México y China nacionalista, donde se instalan empresas “maquiladoras” dedicadas a la complementación final de productos cuyas partes son hechas en otros países, particularmente en Estados Unidos. Se trata solamente de aprovechar la mano de obra barata para ciertos trabajos finales que tienen características semiartesanales y exigen mucha mano de obra con cierto grado de especialización artesanal. En estos casos se compensan los gastos de transporte, además de aprovechar las exenciones fiscales y otras facilidades que ofrecen estos países. Otro tipo de inversiones manufactureras destinadas a la exportación, son aquellas que buscan aprovechar las materias primas nacionales industrializándolas antes de exportarlas. Tales inversiones se encuentran limitadas, sin embargo, por la vieja política imperialista que buscaba asegurar que la industrialización se hiciera en el país dominante. En el caso de Estados Unidos, hay impedimentos graves, pues el gobierno norteamericano, desde hace muchos años, pone, por presión de ciertos sectores industriales, dificultades muy grandes a la importación de productos ya industrializados, imponiéndoles impuestos muy altos. Hay, sin embargo, grandes posibilidades de expansión de esas inversiones bajo el patrocinio de instituciones internacionales, como la UNCTAD, que las presentan como la gran alternativa para restablecer condiciones de intercambio favorables para los países subdesarrollados.

La industrialización de las materias primas, si bien puede acarrear alguna mejoría inmediata, no representa ninguna solución a los problemas del subdesarrollo, mucho menos en la medida en que se hace por empresas extranjeras que se quedan con los excedentes creados por esta actividad y los remiten al extranjero en forma de enormes ganancias. Son más novedosas, sin embargo, las inversiones en productos más sofisticados para exportarlos a los países desarrollados. Se trata, en general, de una industria de partes para integrar productos

finales en los países desarrollados. Hay partes de ciertos productos, como los electrónicos, que exigen mano de obra bastante numerosa y especializada, que se encuentra con más facilidad en países de menor desarrollo relativo. Hay casos de industrialización de productos básicos que pasan por un cierto proceso de sofisticación y que incluye empresas de alto nivel. Este es el caso de la producción de acero, materia prima elaborada, que exige grandes inversiones y que tiene una baja tasa de ganancia en Estados Unidos, donde vive una crisis muy grave, que convierte a este país en un gran comprador potencial de este producto. Otros rubros, como textiles, zapatos, café: soluble, etcétera, forman una gran gama de productos con un grado de industrialización relativamente pequeño de las materias primas, y que exigen mano de obra semiartesanal, cuyos salarios son muy elevados en Estados Unidos.

Otro factor que cuenta es la diferenciación de estos productos, debido a la sofisticación del mercado, lo que exige una producción en baja escala, diseños especiales, buena terminación y otros factores de encarecimiento de costos en una economía desarrollada. Hay, pues, otro campo de inversiones industriales para la exportación, que se dirige en gran parte hacia el mercado norteamericano, y que constituye indudablemente un enorme campo abierto para las inversiones de las empresas multinacionales, que encuentran así una nueva complementariedad internacional, en un nivel superior de una nueva división internacional del trabajo. Esta tendría, en el caso de que lograra establecerse en amplia escala, una estabilidad histórica relativa, que permitiría al capitalismo, en el nivel mundial, disponer de un período de supervivencia más amplio que el que le permite su actual estructura económica, que vive, desde 1967, una profunda crisis internacional.

La empresa multinacional procura, en los últimos tiempos, adecuar-se a nuevas tendencias, transformándose interiormente, formando una opinión favorable a esos cambios en las altas esferas y el gran público, estudiando las alternativas de desarrollo y las estrategias que ellas implican, buscando anticiparse a los graves problemas y contradicciones que traen consigo. Veremos en el próximo capítulo aspectos más específicos de estas tendencias.

6. Dificultades y contradicciones de la nueva división internacional del trabajo

La implantación de esta nueva división internacional del trabajo supone la resolución de muchos problemas preliminares. Entre ellos está, en primer lugar, la división interna que tal política provoca dentro de la propia clase burguesa en los países dominantes. Tal solución implica el sacrificio de las burguesías media y pequeña dentro de los países dominantes, en favor del avance de las empresas multinacionales y de la burguesía internacional que pasa, paradójicamente, a controlar buena parte de la economía nacional a través del dominio del aparato productivo de las demás naciones.

Esta contradicción es grave y difícil de resolver, pues las burguesías locales de los países dominantes son todavía muy fuertes, tienen influencia política y capacidad de resistencia en contra del gran capital internacional, sobre todo en la medida en que consigan influir sobre otros sectores de la población y logren moverlos políticamente. Si pensamos que empresas de gran poder están ligadas fundamentalmente al mercado local norteamericano, podemos concluir que se trata de una confrontación entre gigantes y no simplemente de una gran burguesía contra una mediana burguesía. A largo plazo, las burguesías locales no tienen capacidad de resistencia, sobretodo porque no poseen una alternativa de desarrollo económico para ofrecer en el nivel nacional e internacional, sino una alternativa de retraso, de paralización, de estancamiento que evidentemente, no puede ser en nuestros días la base viable de una política económica de proyección internacional.

Para enfrentar ideológicamente esta oposición, la burguesía internacional intenta caracterizar la corporación multinacional como un tipo diferente de empresa, que representa una nueva concepción internacional y una nueva etapa en la historia de la humanidad. Sus ideólogos pretenden diferenciarla claramente de las corporaciones tradicionales, luchando por liberarla de la imagen negativa que el monopolio ha adquirido en el movimiento liberal con raíces en las clases medias y en el movimiento obrero norteamericano, y desviando la lucha política hacia problemas marginales o hacia el ataque a las viejas corporaciones.

La situación actual es muy complicada, pues los dirigentes sindicales reaccionan en contra del aumento de las importaciones de Estados Unidos, realizadas en detrimento de la producción local y que conducen, innegablemente, al desempleo de gran parte de la población obrera norteamericana. Llevados por su gremialismo, los obreros norteamericanos tienden a formar un frente con los sectores más conservadores, en vez de levantar una bandera independiente de carácter socialista que permitiese superar verdaderamente esas contradicciones. Desde la perspectiva del conjunto de la economía norteamericana, el desarrollo de esta nueva división internacional del trabajo significa la acentuación de una economía parasitaria, con el crecimiento del sector de servicios de las personas que viven de sus rentas, con sus efectos negativos sobre la balanza de pagos, puesto que la cuenta de capitales, por muy alta que sea, no lograría cubrir completamente los déficits que resultarían de una cuenta comercial cada vez más negativa en función de este tipo de desarrollo de la economía mundial. Con la oposición del sector nacional de la gran burguesía, de importantes sectores de la pequeña y mediana burguesía, del movimiento obrero, y con las dificultades inmediatas creadas por la balanza de pagos, la gran burguesía internacional tiene por delante un período más o menos largo para poder resolver las contradicciones que crea el paso hacia una nueva división internacional del trabajo, que permitiría la salvación del sistema capitalista por un plazo histórico mediano.

El triunfo de este modelo de desarrollo significará la acentuación y profundización del proceso de concentración y monopolización de la economía, llevándolo hacia niveles que superan en mucho nuestra imaginación. Con ello, se profundiza la crisis de la pequeña burguesía, de sus últimas formas de poder local o regional: acentuándose los conflictos interregionales en el interior de los países capitalistas, así también como sus expresiones nacionales y religiosas. Junto con la crisis de estos sectores, se presenta la pauperización y marginalización de millones de trabajadores agrícolas y urbanos que sobrevivían a costa de la conservación de estas empresas menores. En el capítulo IV, haremos un balance sucinto de los efectos de este proceso de concentración, particularmente en los Estados Unidos.

En los países dependientes, estas contradicciones se presentan bajo formas muy agudas. Los pocos sectores nacionales de la burguesía que han resistido al proceso de desnacionalización durante los últimos años, la pequeña y media burguesía, ven claramente que este esquema de desarrollo les retira toda esperanza de supervivencia como clase, lo que las hace oponerle una resistencia extremada e idealista, sea de izquierda o de derecha. Los obreros, los trabajadores, en general y las grandes masas de subempleados y desempleados, no tienen ningún lugar significativo en este nuevo orden de cosas. Por el contrario, él tiende a profundizar su pauperización y su marginalidad del sistema productivo, además de desviar el gran potencial de trabajo de estos países para atender los mercados ya constituidos en el mundo, es decir, los que se benefician ahora de los ingresos más elevados. La tendencia de este esquema de desarrollo es la de reforzar, de manera brutal, la actual estructura de distribución del ingreso en el mundo, al garantizar, de una manera desesperada, la supervivencia del régimen socioeconómico que la mantiene. Es evidente que este carácter eminentemente irracional y reaccionario del modelo de crecimiento internacional que presenta el capital monopólico internacional, suscita en su contra un amplio frente de fuerzas sociales que son perjudicadas o también destruidas por él. Como vimos, entre esas fuerzas se incluye un bloque eminentemente conservador, formado por los capitalistas orientados hacia sus mercados nacionales, los sectores de derecha de las clases medias y de la pequeña burguesía: los sectores oligárquicos que también son perjudicados por esta expansión del capital internacional, que llega incluso al campo, además de aquellos sectores más pobres de la población, particularmente entre los subempleados y desempleados, que pueden dejarse arrastrar por un programa radical de derecha, aparentemente en contra del orden de cosas implantado por el gran capital. Por otro lado, se forma un bloque de fuerzas proletarias, con apoyo de las masas semiproletarias y de la pequeña burguesía rural y urbana, unificados a través de un programa antiimperialista y antimonopólico que ofrezca una alternativa revolucionaria, de carácter socialista.

Estos dos grandes bloques de fuerza, configurados históricamente como resultado de la crisis general de 1929, tienden a convertirse nuevamente en una realidad histórica en la nueva crisis del capitalismo mundial que vivimos desde 1967.

Concentración y monopolización creciente en escala internacional, explotación del mercado de Estados Unidos y demás países desarrollados desde bases productivas situadas en los centros de mano de obra barata, resurgimiento del comercio mundial en base a una nueva división internacional del trabajo, crisis política como consecuencia de los fuertes intereses que deberán ser aplastados en este proceso, formación de un bloque fascista y un bloque antimonopólico y antiimperialista de carácter socialista, con la consecuente radicalización creciente de la situación política, acentuación de la lucha interregional e internacional para facilitar o impedir de ambas partes este proceso de concentración, monopolización e internacionalización: estas son las tendencias que se desarrollan en el interior de la nueva economía mundial capitalista, de la cual la empresa multinacional es la célula.

De esa manera, la nueva división internacional del trabajo, en vez de salvar al capitalismo de su crisis final, profundiza esta crisis y lleva la expresión celular de ella, la empresa multinacional, a reflejar en su interior, en su programación, en su estrategia y en sus formas de organización, las contradicciones que el capitalismo no logra resolver. Cabría señalar, finalmente, que, en este nuevo contexto, la nueva empresa que emerge tiene características que empiezan a notarse en el momento actual.

En primer lugar, hay que considerar que ella comienza a actuar estratégicamente cada vez menos en función de intereses nacionales y cada vez más en función de los intereses generales de la propia empresa. Segundo, que en el conjunto de su estrategia de crecimiento, los aspectos especulativos y financieros llegan a asumir un papel progresivamente predominante. Tercero, que la empresa se transforma paulatinamente en un órgano de dirección financiera general y de inversión, en vez de un órgano de dirección del proceso productivo, y se separa progresivamente la actividad productiva de la actividad de dirección general de la empresa. En cuarto lugar, estas nuevas condiciones se reflejan en un crecimiento anárquico de los productos

que elaboran y de las actividades que desempeñan, llevándolas a un proceso de saturación en el nivel internacional, que no hace más que extender el proceso de saturación que se realiza a ritmo acelerado en Estados Unidos. Es necesario, pues, que hagamos en seguida un análisis, aunque sucinto, de las relaciones de la corporación multinacional con la economía internacional.

SEGUNDA PARTE

LA CRISIS DEL IMPERIALISMO

III. Teorías de las crisis económicas

1. Planteamiento general del problema

El fenómeno de las crisis económicas es ciertamente muy antiguo. Sin embargo, en las economías capitalistas las crisis económicas asumen un carácter radicalmente distinto. En los modos de producción anteriores, las crisis eran básicamente un resultado de una baja de producción causada por factores naturales o políticos que afectaban a esta debido al insuficiente control de la naturaleza por el hombre. En el modo de producción capitalista las crisis surgen del propio desarrollo de la capacidad productiva del hombre, es decir, las crisis aparecen como un fenómeno de superproducción: la sociedad no es capaz de absorber la producción que puede generar. Esta incapacidad es un fenómeno típicamente social, es decir, existen necesidades no atendidas y, por tanto, una demanda real para estos productos. De hecho, las necesidades de consumo son muy superiores a la producción “excedente” que no encuentra mercado; lo que falta es demanda solvente, es decir, capacidad de compra.

Esta constatación es muy importante y es un elemento central para una correcta teoría de las crisis. Ella nos muestra que las crisis modernas son un fenómeno relacionado con la existencia de una economía de mercado; es decir, las crisis económicas de superproducción solamente son posibles en una economía de mercado. Ya sea en las sociedades precapitalistas, ya sea en las sociedades socialistas (como de hecho

ha permitido comprobarlo empíricamente la experiencia de la Unión Soviética en cincuenta años de historia), no existen las crisis económicas con las características señaladas.

Hecha esta constatación de que las crisis de superproducción son un fenómeno distintivo de las economías capitalistas, la cuestión teórica que se plantea es la siguiente: ¿En qué sentido las crisis tienen su origen condicionado por una economía capitalista? Lo que se desdobra en la pregunta siguiente: ¿las crisis son un fenómeno intrínseco a este sistema o se deben a algunas deficiencias de su funcionamiento, que podrán superarse mejorándolo? Es decir, ¿se deben a factores exógenos al sistema en cuestión que lo afectan solo circunstancialmente?

Se nos plantea en seguida un segundo problema: ¿por qué las otras formaciones económicas reaccionan de forma distinta a los estímulos externos? Tendrían que existir características intrínsecas del sistema que expliquen el hecho de que responda cíclicamente y de manera específica a la acción de las variantes “exógenas”.

La respuesta de que las crisis se deben a factores exógenos al sistema choca con amplias refutaciones de los hechos. Las crisis han tendido a ser periódicas, presentando la forma de ciclos. A no ser que se encuentren fenómenos exógenos que afecten periódicamente al sistema (y de hecho se ha buscado caracterizar algunos de estos fenómenos), tal tesis no podría sustentarse. Habría que precisar aquí lo que se puede considerar fenómenos “exógenos”. Ello depende de los términos que se usen para caracterizar al “sistema”. Con la facilidad con que establecen sus modelos, los economistas excluyen del funcionamiento interno del sistema variables como la innovación tecnológica, el comercio externo: las políticas económicas, etcétera. Tales exclusiones son extremadamente discutibles, pues es un elemento intrínseco al modo de producción capitalista la necesidad de revolucionar constantemente sus bases productivas, así como la formación de una economía mundial y la necesidad de intervenir en el funcionamiento de la economía (esta última característica es más representativa de formaciones monopólicas).

Es dentro de esta línea que el pensamiento económico ortodoxo busca enfrentarse al problema. La hipótesis (a veces hecha “teoría”) que se maneja es la de que las crisis se explicarían por ciertos “desajustes” del

sistema que se originan en un mal conocimiento de su funcionamiento, que lleva a malas políticas económicas, las cuales en vez de sanar las crisis las profundizan. Esta versión es la que aparece más evidente en nuestros días, pues como lo veremos, el comportamiento del sistema capitalista de posguerra ha creado un cierto consenso vigente hasta hace muy poco de que las crisis estaban superadas históricamente.

La otra manera de disminuir la importancia de las crisis como un factor esencial al funcionamiento del sistema consiste en atribuirles un carácter específicamente monetario. En tales casos, la teoría no niega, antes lo confirma, el carácter cíclico del sistema; pero lo “localiza” en sectores limitados que pueden ser objeto de un control de política monetaria, fiscal, o, a veces, políticas más amplias.

No es necesario profundizar mucho el análisis para comprender la alta carga ideológica que tal problema, aparentemente tan “teórico”, “abstracto”, “científico”, trae en su interior. Las crisis son fenómenos altamente explosivos. Asimismo, las crisis son fenómenos altamente “irracionales”. No hay ninguna racionalidad social en el hecho de que haya hambre, desempleo. Ociosidad, etcétera, cuando, al mismo tiempo, hay abundancia de productos que no pueden ser consumidos y recursos productivos que no pueden ser utilizados. Si esta realidad es analizada fuera del cuadro del aparato ideológico que justifica a la empresa privada y la califica como “libre” empresa, suprema realización de la “racionalidad” productiva que el régimen de mercado promueve, etcétera, tales fenómenos son simplemente “irracionales” desde el punto de vista de los intereses de la comunidad.

La cuestión teórica que se plantea es, pues, si son “necesarios”. Pero ya suceden fuera del sistema capitalista. Sería una respuesta muy evidentemente ideológica aceptar tal hecho y responder que son costos “necesarios” para mantener la “libertad” que el capitalismo garantiza. Tal solución teórica sería excesivamente vulnerable ideológicamente. Hay que probar tanto que no son “necesarios” al sistema, cuanto que son plenamente controlables, pues son fenómenos muy localizados. Y a esta tarea se aplicó el pensamiento económico burgués. Acumuló datos y estudios monográficos muy útiles al conocimiento del fenómeno. Por otro lado, formuló un gran número de esquemas teóricos que intentaban

permitir la interferencia de las políticas económicas en las situaciones cíclicas. Ya sea porque hubo un cambio importante en el funcionamiento del sistema, ya sea porque evolucionó mucho el conocimiento de las características del ciclo, o por ambas razones, se ha llegado a un relativo control del fenómeno, como lo veremos posteriormente. Tal hecho podría hacer aparecer obsoleta una discusión teórica más amplia. Pero esa actitud sería demasiado empirista e ingenua. En primer lugar, porque los hechos no son concluyentes, como lo veremos; en segundo lugar, porque el período de observación es muy corto (solamente 23 años de una coyuntura en general relativamente favorable, a pesar de no estar desprovista de fenómenos cíclicos) ; en tercer lugar, porque el abandono de un enfrentamiento teórico del problema nos lleva a aceptar una actitud científica no rigurosa que refleja un pragmatismo que favorece a intereses oscurantistas. En cuarto lugar, el reaparecimiento de las depresiones económicas en 1967, 1970-71 y 1974-75 demuestra que el fenómeno del ciclo económico ha regresado al centro del debate. Planteada la cuestión de manera tan general, habría que analizar muy sumariamente las respuestas teóricas que se han presentado al estudio de las crisis económicas.

2. Las teorías de la crisis

Habría que empezar planteando un problema terminológico. El término crisis no es muy utilizado hoy día. Se prefiere el término ciclos económicos, que restringe bastante las connotaciones sociales del fenómeno. Arthur F. Burns sugiere que el término crisis sea usado únicamente para las crisis financieras, donde se hacen evidentes sus connotaciones psicológico-sociales. El término ciclo económico permite estudiar el fenómeno desde el punto de vista de sus aspectos puramente técnicos, despojándose el estudio de los elementos que parecen no estar identificados con el funcionamiento de la economía. Aquí hay un importante factor de percepción social: se puede entender como una “crisis” una corrida a la bolsa, pero no les parece justo concebir como una crisis la existencia de 6 a 8 millones de desempleados, como pasa en las “pequeñas” variaciones recesivas del sistema. Hay que señalar estas trampas lingüísticas para explicar por qué no aceptamos tales “precisiones” terminológicas, Por

esta razón no queremos en forma alguna separar los aspectos económicos de los sociales y políticos. En este trabajo se buscará exactamente ligarlos entre sí con el objetivo de resaltar sus interrelaciones e interdependencias recíprocas, sin negar, sin embargo, la autonomía relativa de los aspectos económicos. Creemos que sería correcto distinguir tres grandes modelos de interpretación de las crisis económicas en el pensamiento no marxista: un modelo interpretativo relaciona las crisis económicas con los mecanismos monetarios; un segundo modelo las relaciona con las innovaciones tecnológicas; un tercero las explica a través de una relación entre inversión y consumo. La diferencia entre estos tres modelos no se presenta en lo que respecta a la descripción de los ciclos económicos, pues hay una coincidencia bastante grande en este aspecto. Sus diferencias se deben a distintas apreciaciones respecto del valor explicativo de los diversos fenómenos que están ligados al ciclo. Se trata de divergencias sobre las causas del ciclo económico. Haremos en seguida una descripción y crítica muy sumarias de estas tres explicaciones del ciclo, para luego pasar a un intento de conceptualización del mismo desde el punto de vista marxista.

1. La explicación monetaria relaciona el ciclo económico con la existencia de un comportamiento inflacionario de la economía que es acumulativo y lleva a un crecimiento económico artificial que ocupa a todos los factores de manera irracional, crea importantes distorsiones en la distribución del ingreso, estimula la inversión puramente especulativa y llega al final a una quiebra cuando “la unidad monetaria empeora”;²⁴ y consecuentemente a una crisis, que sería básicamente un período de reajuste de la economía, en el cual el sistema se recompone de las distorsiones provocadas en el período anterior. Los períodos de auge económico serían caracterizados por la existencia de una oferta de bienes inferior a la demanda existente; los períodos de crisis serían caracterizados por la existencia de una oferta superior a la demanda. Si el auge económico se ha debido a una política inflacionaria que estimula el aumento de la

24. E. C. Harwood (1939) *Cause and Control of the Business Cycle*, p. 46 (American institute for economic research). Mr. Harwood es un violento monetarista antikeynesiano, uno de los pocos que quedan en la pos-guerra. El maestro de la interpretación monetarista moderna del ciclo es Haberler, *Prosperity and Depression*.

demanda por mecanismos financieros artificiales (sean recursos gubernamentales, crediticios o especulativos), se crea una deuda que deberá ser liquidada en algún momento (la deuda pública, la ausencia de liquidez de los bancos, los límites de la especulación) y que lleva por lo tanto a la necesidad de deflación que corrija los excesos creados anteriormente. Se crea además una situación en que la demanda se muestra inferior a la producción con todas sus secuelas de desempleo, superproducción, etcétera. La teoría monetaria del ciclo está hoy día en desuso en los medios académicos. Solo muy recientemente volvió a ser respetada con las alteraciones que le introdujo Milton Friedman y con las demostraciones prácticas que la reciente inflación norteamericana produjo. Hay que señalar que en los medios financieros siempre estuvo presente. Los bancos más sólidos y los medios más conservadores que todavía dominan las altas finanzas son extremadamente sensibles a la inflación y nunca han dejado de desconfiar del optimismo keynesiano en relación a la deuda pública como mecanismo anti-cíclico.²⁵

Los monetaristas están evidentemente equivocados cuando dan a los mecanismos financieros un valor explicativo de la crisis. Pero están absolutamente en lo cierto cuando vinculan las crisis económicas a esos mecanismos financieros. Y están todavía más en lo cierto cuando plantean una política deflacionista como el único camino para controlar las crisis. En la práctica, los gobiernos han seguido siempre tales políticas como única forma de salir de la crisis. Y los ultraneokeynesianos que dominaron la política económica de Estados Unidos en los años sesenta consiguieron, a través de una política fiscal extremadamente audaz (y aventurera), y con la ayuda de la guerra de Vietnam, mantener un auge económico durante cerca de 6 años; algo jamás visto en ese país. Al final

25. Algunos keynesianos se muestran más cuidadosos frente a los problemas financieros. En su manual sobre el ciclo económico, Robert Charles Oliver Matthews (1967), después de señalar el cambio de énfasis de los problemas monetarios y financieros hacia el análisis de las fuerzas reales de la economía, dice: "Incluso si las fluctuaciones se originan en las fuerzas reales, las condiciones monetarias deben ser tales que permitan al ámbito de las fuerzas reales desarrollarse exitosamente", p. 18. Pero se continúa confiando en la deuda pública como recurso antidepresivo. "De las medidas, aquellas que significan variación de los ingresos por concepto de impuestos o gastos fiscales provocarán déficits presupuestarios (o al menos excedentes más bajos) en tiempos de amenaza de depresión y excedentes en el presupuesto (o por lo menos déficits menores en épocas de amenaza de inflación)", p. 159.

de este auge, sin embargo, se vieron frente a una terrible inflación al término de la década, y no hay ningún sector de la clase dominante establecida norteamericana en este momento que no llame a una política de estabilización y a la disminución de los gastos públicos.²⁶

Lo que sí existe es un nuevo sector aventurero de la clase dominante que creció con la especulación financiera de posguerra, y particularmente de los años sesenta, y que estimuló enormemente una política de auge económico a cualquier costo. Su “ciencia” económica y sus teóricos son en general tan aventureros como ellos. Pero aun estos sectores están asustados en el momento actual. ¡Los conglomerados son los primeros en ir a la quiebra! ¿Se harán moderados y conservadores en consecuencia?

Esto no quiere decir que los monetaristas tengan la razón. La utopía de un crecimiento equilibrado, de un retorno a las leyes estabilizadoras del mercado, no tiene sentido hoy día. La ley del desarrollo capitalista conduce a la concentración económica, al monopolio y a la necesidad de la intervención estatal, como lo veremos. Los mecanismos financieros son por lo tanto un aspecto restringido de las políticas anticíclicas, por más que se asemejen en su práctica a los modelos planteados por los monetaristas.

2. Las interpretaciones que relacionan los ciclos económicos con las innovaciones tecnológicas tienen su principal representante en la obra de Schumpeter.²⁷ Schumpeter parte de la noción neoclásica de equilibrio como una situación en que cada firma, industria o establecimiento no tiene incentivos para hacer nada diferente de lo que está haciendo. En tal situación puede haber crecimiento por efecto del crecimiento de la población e intensificación de capital sin innovación. El equilibrio se rompe cuando: por un aumento del conocimiento y/o deseo de aumentar las ganancias, el empresario es llevado a innovar pidiendo dinero prestado para construir sus plantas y equipos. Tal situación hace que

26. En otra parte de este trabajo discutiremos más en detalle estos hechos. Hay que señalar que un importante sector de la clase dominante llama a una paralización de los gastos militares, por considerarlos los principales responsables de la inflación, del déficit en la balanza de pagos y de la crisis general.

27. Joseph k. Schumpeter (1964) *Business Cycle*, pp. 167-68. Nuestra exposición se apoya básicamente en el sumario de la teoría schumpeteriana del ciclo hecho por Rendigs Fels al final del libro.

otros lo sigan y se crea un mecanismo acumulativo que lleva a la fluctuación del sistema hasta un punto en que la expansión encuentra sus límites naturales, sea porque el impulso innovador se agota, o porque la quiebra del equilibrio produce desajustes que exigen un período de reajuste. Schumpeter distingue una ola de innovaciones originales y olas secundarias que son determinadas por los mecanismos acumulativos. Se puede distinguir así una operación simultánea de varias clases diferentes.

Tenemos allí una multiplicidad de ciclos, cada uno de los cuales es una entidad independiente. Aquí tenemos una secuencia de ciclos de un tipo solamente, y el ciclo de orden más alto no es sino un producto o compuesto de estos y no tiene existencia propia. Por conveniencia analítica Schumpeter usa un esquema de 3 ciclos: el ciclo Kitchin de 40 meses, el ciclo Juglar de 10 años y el ciclo Kondratieff de 60 años. “Cada Kondratieff debe contener un número integral de Juglares y cada Juglar un número integral de Kitchins”. Todos los ciclos son generados por innovaciones, y las depresiones y recuperaciones no forman necesariamente parte del esquema. Es necesario señalar que el ciclo de Schumpeter no implica necesariamente una baja de la producción total. La producción de bienes de consumo crece generalmente en los períodos de recesión y recuperación, principalmente en el caso del ciclo Kondratieff. La elaboración de bienes de producción deberá crecer durante la recuperación y la prosperidad, y decrecer, o crecer menos, en las recesiones y depresiones. Solamente en el caso de depresiones muy profundas se produce una caída del producto nacional (en general en un período corto debido al pánico y a los círculos viciosos).

El modelo schumpeteriano se basa en un extenso y profundo estudio histórico de los ciclos norteamericanos. Hay que señalar también su preocupación metodológica al encarar la relación entre la innovación tecnológica y el ciclo económico. Él está de acuerdo con Marx al considerar “que el progreso tecnológico era la esencia misma de la empresa capitalista y que, por lo tanto, no puede separarse de ella”. Así también él toma en consideración el marco institucional del sistema que está en constante cambio y que puede modificar el juego económico y sus relaciones sistemáticas, sea directamente, sea a través del comportamiento

de los negocios. En resumen, toma los elementos externos a su modelo solamente en tanto se manifiestan bajo la forma del sistema económico. Dados estos esclarecimientos podemos ver la contribución de Schumpeter y sus limitaciones básicas. La principal contribución está ligada al estudio del rol económico de las innovaciones tecnológicas; es decir, la comprensión de que un cambio tecnológico importante genera una ola de inversiones complementarias que compone un ciclo económico más o menos delimitado.

La hipótesis de que tales ciclos se conformarían en períodos delimitados con una integración de ciclos distintos es plenamente confirmada por la observación histórica. Todo esto nos lleva hacia una economía real y concreta, mucho más viable que ciertos modelos formales construidos sobre supuestos arbitrarios sin ningún rigor inductivo y con una excesiva restricción técnica. El defecto de Schumpeter es el de partir de una noción de equilibrio neoclásico que supone una economía capitalista sin explotación, sin desarrollo desigual, etcétera. Así, el ciclo aparece como una fluctuación entorno del equilibrio y pierde su carácter intrínseco al sistema. Niega así la afirmación por él aceptada de que el progreso técnico es un elemento intrínseco al sistema. Si es un elemento intrínseco al sistema, no cabe considerarlo como un factor de desequilibrio, sino que hay que elaborar una noción más dinámica del equilibrio del sistema, la cual tendría que incluir las fluctuaciones. Por otro lado, el modelo schumpeteriano no concede suficiente importancia a las contradicciones internas del proceso de acumulación, y así la relación entre los salarios y ganancias ocupa un rol secundario en él. Finalmente, no estaba dispuesto a sacar las consecuencias del proceso de concentración y monopolización para el ciclo económico, particularmente en lo que se refiere a los efectos del cambio en la composición orgánica del capital en el comportamiento del ciclo, a pesar de que tenía conciencia relativa de estos problemas. Por todas estas razones el modelo schumpeteriano se queda en el plano ideológico y permite una falsa conclusión de que el sistema podría mantenerse en una perspectiva de ascenso constante si fuera permanentemente alimentado por nuevas innovaciones tecnológicas que permitirían ir haciendo sucederse ciclo tras ciclo. La innovación tecnológica acaba siendo una variable independiente que

condiciona el movimiento de la economía y no un elemento de una estructura socioeconómica condicionada por ella y que actúa sobre sus otros componentes.

Pasaríamos así al tercer modelo de ciclo económico, que es de origen keynesiano.

3. Los modelos que parten de la relación entre inversión y consumo son de origen keynesiano y neokeynesiano. Puesto que el ingreso nacional es igual a consumo más ahorro, y suponiendo que el ahorro es igual a la inversión, la posibilidad de un crecimiento económico continuado dependerá básicamente de que las nuevas inversiones se hagan de tal manera que encuentren un ritmo de crecimiento suficientemente vivo como para poder consumir la nueva producción. Para que tal situación se dé es necesario un tipo de desarrollo natural en que el ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo sea compatible con un ritmo de progreso técnico neutro que mantenga invariable la relación capital-producto deseada, a un tipo de interés constante.

Hay que tomar en consideración que los capitales hacen sus inversiones según ciertas expectativas o previsiones que incluyen la de mantener una cierta relación capital-producto que consideran óptima. Si hay una igualdad entre el ahorro y la inversión previstos en proporciones determinadas se llegará a un tipo de desarrollo uniforme justificado por las condiciones de la demanda. Estos supuestos de Harrod²⁸ que se traducen en algunas ecuaciones que expresan esas relaciones de equilibrio, han servido como base para la interpretación neokeynesiana del ciclo económico.

Se puede decir que hay fluctuaciones que giran en torno a un tipo de desarrollo natural, el cual se liga al cambio tecnológico y sus efectos sobre la inversión y la relación capital-producto. Por otro lado, se pueden establecer también ciclos económicos tomando como base las fluctuaciones entorno al tipo de desarrollo justificado y se pueden, finalmente, tomar como base del fenómeno cíclico los ajustes entre el tipo de desarrollo justificado y el natural.

28. Roy F. Harrod (1966) "Un ensayo de teoría dinámica", en *Lecturas sobre la teoría económica del desarrollo*. Un resumen interesante de las teorías neokeynesianas se encuentra en la introducción, de Luis A. Rojo Duque, al libro.

Tales puntos de partida revelarán una economía cíclica con grandes dificultades para vencer los desequilibrios entre la inversión y el consumo. Economistas más modernos de esta línea llevaron adelante los puntos de partida keynesianos que plantean solamente condiciones “técnicas” para una situación de equilibrio dinámico. Tales economistas insisten sobre la posibilidad de resolver los problemas generados por una demanda insuficiente.

Estos modelos, según Kaldor, poseen los siguientes rasgos estilizados de la realidad:

- › Un crecimiento continuo y uniforme en el volumen total de producción y en la productividad del trabajo.
- › Un incremento continuo en el volumen de capital por hombre empleado.
- › Un tipo de beneficio sobre el capital estable en el tiempo y sustancialmente superior al tipo de interés “puro” sobre los bonos públicos.
- › Una relación global capital por producto estable a largo plazo, lo cual implica una coincidencia a largo plazo del tipo de acumulación con el tipo de desarrollo del producto nacional.
- › Una alta correlación entre las relaciones globales, beneficios por renta e inversión por producto nacional, y una estabilidad de la participación de los beneficios (y, por tanto, de su complemento, los salarios) en la renta a lo largo de períodos en que la relación inversión por producto nacional se mantiene estable, lo cual implica un crecimiento de los salarios reales en el tiempo en proporción al tipo de incremento de la productividad media del trabajo.²⁹

En estos modelos de inspiración directamente keynesiana o poskeynesiana se dan importantes pasos en dirección de una correcta teoría del ciclo y del crecimiento económico. Primero, se da importancia al proceso de acumulación de capital (a pesar de que se lo presenta como una figura puramente macroeconómica donde no existe producción de valor y plusvalía y donde por lo tanto no hay relación entre capital y trabajo en términos de dependencia mutua, o, mejor, en términos de explotación,

29. Rojo Duque en Harrod, R. G. 1966 *Lecturas sobre la teoría económica del desarrollo* (Gredos: Madrid), p. 23.

sino en términos de ahorro y consumo). En segundo lugar, se toma en consideración la dependencia entre acumulación y demanda, a pesar de que la demanda no aparece directamente como un producto del proceso productivo, sino como una acción natural de consumir. En tercer lugar, permite establecer ciertas nociones de equilibrio dinámico en las cuales el crecimiento económico y las fluctuaciones son dependientes de ciertas funciones productivas en que el capital y el trabajo se relacionan en una cierta dependencia recíproca (a pesar de que se mistifican sus orígenes, los cuales están en el proceso de producción de valor). Tales modelos conducen a una política económica muy sofisticada cuyo talón de Aquiles se encuentra en la necesidad de ampliar constantemente el déficit público y favorecer la inflación, aplazando para un futuro no determinado la necesidad de un ajuste entre inversión y demanda al nivel de la relación entre capital y salario. Como se oculta el proceso de acumulación capitalista (que tiene su origen en la producción y, por tanto, en las relaciones entre capital variable y plusvalía) detrás de la relación macroeconómica entre la inversión y el consumo (y en el consumo está tanto el de los trabajadores como el del Estado, de los capitalistas, de las empresas, etcétera), se ocultan también, las contradicciones entre trabajo y capital, entre ganancia y remuneración de los trabajadores, entre crecimiento del consumo de las empresas y de los capitalistas y crecimiento del consumo final de los trabajadores. Todo esto permite suponer un sistema capitalista cuyos límites al desarrollo son esencialmente técnicos (una cuestión de ajuste entre inversión y consumo bajo las más variadas formas).

Sea por la marginación del problema monetario y su incapacidad de enfrentarlo, sea por el escamoteo del proceso de producción y sus relaciones, lo que se hace a través de las figuras macroeconómicas, los modelos keynesianos y nekeynesianos no enfrentan problemas económicos vitales. Y a pesar de permitir una acción estatal muy eficaz, a corto plazo, tienden a llevar al sistema a una crisis muy aguda al final de un crecimiento aparentemente sin fin, pero que de hecho encuentra límites muy profundos.

Finalmente habría que destacar el carácter puramente formal de estos modelos que suponen condiciones que no pueden darse en la

práctica y cuya materialización es casi imposible, permitiendo a la política económica actuar con supuestos extremadamente vagos, ligados a instrumentales de acción muy refinados (pues las categorías de análisis keynesianas son perfectamente asimilables a realidades económicas actuales); la contradicción entre supuestos vagos y poco rigurosos e instrumentos de análisis e investigación extremadamente sofisticados, empíricos y rigurosos produce una extraña esquizofrenia que se revela en la gran capacidad de los keynesianos para dirigir las fases de auge económico y en su desalojo del poder por los típicos conservadores en los momentos de crisis. En otras circunstancias, el compromiso inevitable con los clásicos modelos de estabilización monetaria se hace necesario toda vez que estos se encuentran en el poder en momentos críticos.

3. La teoría marxista de la crisis

Resulta excesivamente economicista la discusión de los modelos no marxistas de las crisis. En ellos los aspectos sociales tendrían que ser introducidos como variables exógenas. La razón de esto es que la economía no marxista toma las relaciones económicas como relaciones entre hombres y cosas; entre productores y sus productos o bienes, entre inversión y progreso técnico como una función de producción, entre consumidores y bienes por ellos consumidos, entre salarios y unidades de consumo, entre renta del dinero (cosa), renta de la tierra (otra cosa), renta del capital (otra cosa), etcétera.

La economía política marxista es la única ciencia económica que estudia las relaciones entre hombres como fundamento de la vida económica. Para Marx, términos como salario, capital, ganancia, dinero, etcétera, no hacen más que ocultar relaciones entre los hombres, que se manifiestan a través de las cosas. El salario oculta una relación entre un productor de bienes que vende su fuerza de trabajo y un propietario de bienes de producción que la compra; el capital oculta una relación de propiedad sobre los medios de trabajo que despoja a otros individuos de la propiedad; la ganancia oculta una relación entre productores de valores y apropiadores del trabajo de estos; el dinero oculta una relación entre productores de valor, es decir, de productos intercambiables según un tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlos, que se expresan a través de un

equivalente general que puede asumir muchas otras funciones complementarias siempre derivadas de esa función básica, etcétera.

Por esto, una economía política marxista es esencialmente sociológica. Esto explica cómo el análisis marxista en vez de separar lo económico de lo social los hace una unidad contradictoria, donde lo económico se revela como una fetichización de las relaciones entre los hombres, relaciones sociales. Y donde, al mismo tiempo, las relaciones sociales se presentan ideológicamente “purificadas” de su base económica, es decir, de su imbricación necesaria en el proceso productivo que las fundamenta, produciendo una cosificación de relaciones que solo pueden explicarse en su contexto total.

Las relaciones de poder y de dominación, las relaciones de parentesco, las relaciones de clase, las relaciones de sociabilidad, los roles sociales, las formas culturales, etcétera, que aparecen como puras relaciones entre individuos, son esencialmente relaciones entre hombres productores, es decir, relaciones en el interior del proceso de conquista y dominio de la naturaleza a través del proceso de trabajo.

No se trata de negar cierta autonomía relativa de las distintas esferas de la actividad humana, sino de inscribirlas en una totalidad histórica determinada que tiene como fundamento el proceso de apropiación de la naturaleza por el hombre a través del trabajo en sus más diversas formas.

Solo una concepción de este tipo nos permitirá analizar la crisis económica como un fenómeno social, es decir, como un modo de funcionamiento de un modo de producción determinado y por tanto de sus relaciones de clase, de su superestructura política e ideológica. Así es posible pasar de un plano al otro sin necesidad de introducir ninguna variable exógena.

Las crisis, para Marx, surgen como posibilidad desde que los productores individuales intercambian los productos de su trabajo entre sí a través de un mercado desarrollado donde existe la mediación de una moneda o equivalente general. El productor A vende su mercancía a un productor B y recibe un monto de dinero que le permite comprar otra mercancía. Las relaciones entre los productores se dividen en dos tiempos. Un primer intercambio entre la mercancía y el dinero, un segundo

intercambio entre el dinero y la nueva mercancía. Si el productor A no realiza el segundo intercambio, un productor no podrá vender su producto. Las razones para no hacer el segundo intercambio pueden ser muchas (atesoramiento, espera de mejores precios o de productos distintos). Tal hecho solo puede tener una consecuencia grave para la economía si hay una parte importante de la producción destinada al mercado. Sin embargo tal condición supone la existencia de una economía mercantil muy desarrollada, condición que solo cumple la economía moderna capitalista, en la cual toda producción es destinada al mercado y los productores individuales están despojados de sus instrumentos de trabajo y son obligados a vender su fuerza de trabajo en un mercado de trabajadores libres.

En tales condiciones hay que suponer otros elementos que se ligan a las crisis. Hay que suponer que solo hay un consumo solvente. Es decir, que solo integran el mercado los individuos que de alguna manera son pagados por el sistema. Dentro de un sistema capitalista puro los dos sectores sociales que integran el proceso productivo son los capitalistas y los asalariados. Pero estos dos sectores ocupan posiciones opuestas en el proceso productivo: uno es propietario de los medios de producción, el otro es propietario de la fuerza de trabajo, que vende al primero a cambio de un salario. El capitalista tiene la propiedad del producto que produce el trabajador mientras trabaja para él. Este producto tendrá que expresar un valor superior al valor de la fuerza de trabajo, es decir, el capitalista tiene que disponer de un excedente de producción que necesita colocar en el mercado. Si suponemos que los consumidores son solamente el capitalista y el obrero, veremos que la posibilidad de colocar tales productos en el mercado depende básicamente de la existencia de una relación de proporción entre estos consumidores. Tales relaciones de proporción se pueden dar tanto en una reproducción simple de la economía como en el caso de una reproducción ampliada, es decir, con acumulación de capital. Hay que considerar que los capitalistas son varios y manejan empresas distintas que se desconocen mutuamente. Como las empresas también consumen unas de las otras los bienes de producción, habrá posibilidad de una desproporción entre el consumo interempresas, entre el consumo de los capitalistas y el consumo de los

trabajadores, siempre que el mercado no permita a los empresarios anticipar correctamente los diversos consumos.

Tenemos así las condiciones teóricas de un segundo tipo de crisis, una crisis de desproporción. Pero la producción se hace según ciertos requisitos tecnológicos que suponen una cierta relación determinada entre el capital constante, el variable y la plusvalía (una composición orgánica del capital). Esto nos indicaría que hay limitaciones técnicas a la proporción en que se combinan la producción de bienes de producción y los bienes de consumo de capitalistas y trabajadores.³⁰ Debemos suponer que en la práctica concreta del sistema estas condiciones teóricas nunca se cumplieron, dando origen a una crisis crónica de realización de la plusvalía, la cual tiende a crecer más de lo que el consumo final permite. De ahí la necesidad del sistema de buscar mercados externos a él en economías más atrasadas, en el exterior de las unidades nacionales (cada vez menos exteriores entre sí) o a través del consumo de sectores no directamente productivos (Estado, trabajadores no productivos, etcétera). Este planteamiento teórico es plenamente comprobado por el estudio histórico del sistema, que siempre se desarrolló en una constante lucha por ampliación de mercados. Tenemos ahí, pues, el tercer tipo de crisis, las originadas por la superproducción o el subconsumo en el interior del sistema (crisis crónicas de realización). Habría que penetrar, sin embargo, en el interior del proceso de acumulación y tomar en consideración las relaciones entre la acumulación y el mercado de trabajo.

Para realizar una acumulación de capital hay que suponer una demanda creciente de mano de obra, lo que supone la existencia de trabajadores desempleados, lo que Marx llamó un ejército industrial de reserva que puede ser captado en la medida que se hacen nuevas inversiones.³¹ Pero si hay una absorción de mano de obra amplia y, por tanto,

30. Esta es de hecho la gran contribución de Rosa Luxemburgo a los esquemas de reproducción ampliada de Marx. Ella demostró, a pesar de verse un poco confundida respecto de los objetivos teóricos de Marx, que las condiciones que él suponía para una reproducción ampliada del capitalismo no podían darse en la práctica, porque el desarrollo del sistema implicaba un cambio de la composición orgánica del capital que impedía alcanzar las proporciones necesarias para una reproducción ampliada perfecta. Véase *La acumulación de capital*.

31. Claro está que suponemos un sistema capitalista cerrado; si hay trabajadores ocupados en sectores precapitalistas se les puede despojar de sus medios de trabajo e incorporarlos a la producción capitalista. Pero esto no altera la esencia del razonamiento.

una disminución del ejército industrial de reserva, la fuerza de trabajo mejora sus condiciones de negociación y puede obtener una remuneración más alta. El efecto es un aumento de los costos y una baja de la tasa de ganancia, y por lo tanto un desestimulo a la inversión por parte del capitalista.

Se crean entonces las condiciones para un cuarto tipo de crisis que llamaríamos crisis del proceso de acumulación. Tales crisis también tienden a asumir un carácter cíclico, ligado a los períodos de maduración de las inversiones nuevas.

¿Qué hay de común en estos cuatro tipos de crisis? Pueden redividirse en tres tipos: las de realización, las de desproporción (que se manifiestan también por una crisis de realización) y las ligadas a la tasa de ganancia.³² Todas expresan contradicciones internas al modo de producción capitalista. Las crisis de realización expresan la contradicción que conlleva el sistema entre la producción de valor de cambio y valor de uso. Para el capitalismo, el valor de uso de las mercancías solo interesa en tanto es la condición para que lleguen al mercado. Su estructura productiva reflejará pues la necesaria diferencia entre el siempre insuficiente consumo de los trabajadores y el creciente consumo de los capitalistas y de las empresas; tenderá necesariamente a la irracionalidad del desperdicio para poder mantener en su seno esta contradicción. Son evidentes las secuelas sociales de este funcionamiento irracional del sistema.

Las crisis de desproporción reflejan la tendencia anárquica del sistema en que las unidades productoras tienen que mantener un relativo secreto sobre sus planes y objetivos para poder triunfar en la competencia, además de necesitar desplazarse mutuamente en cada mercado en particular (relaciones de competencia que tienden a desaparecer con el desarrollo de los monopolios, pues estos controlan los mercados donde actúan estableciendo las reglas del juego de la competencia) o en el mercado en general (competencia que persiste en la etapa monopolística del capitalismo, pues los monopolios compiten entre sí por el conjunto de la demanda que no puede ser completamente controlada).

32. Dejamos de plantear aquí las crisis dependientes de la tendencia a la tasa decreciente de ganancia por su carácter secular y por lo controvertido de esa tendencia bajo las condiciones del capitalismo monopolístico. Véase Sweezy y Barnn (1972) *El capital monopolista*.

Las crisis ligadas a la tasa de ganancia tienden, como vimos, a asumir un carácter cíclico. Se relacionan muy directamente con la contradicción entre capital y trabajo, y el sistema tiende a soslayarlas a través de una intensificación de las inversiones de gran intensidad de capital que disminuyan la parte del salario en el costo de los productos. Tal tendencia es, en parte, contrarrestada por el abaratamiento de las máquinas y materias primas, como consecuencia del desarrollo del progreso técnico, las innovaciones tecnológicas y el aumento de productividad, que se concentran en los últimos años en la industria de base. En el modelo marxista de las crisis, estas reflejan, ante todo, contradicciones de clase dentro del modo de producción capitalista, y tanto la ocurrencia de ellas como su mera posibilidad, así como las medidas que el sistema tiene que adoptar para superarlas, tienen consecuencias inmediatas a nivel de las estructuras sociales, políticas e ideológicas. El sistema tiene que cambiarse sucesivamente para impedir las crisis. Sus “soluciones” llevan, sin embargo, a soslayar las contradicciones básicas en vez de a resolverlas, pues la solución de ellas llevaría a la superación del sistema. Siendo así, las “soluciones” generan nuevas contradicciones o nuevas formas de las contradicciones originarias. En esta parte de nuestro estudio cabría preguntarnos hasta qué punto podría el sistema terminar con las crisis económicas. El sistema puede en parte disminuir el impacto de algunas de ellas.

- › Las crisis de realización se pueden mitigar a través de la creación de demanda estatal, particularmente la militar, y de trabajadores improductivos que permitan una redistribución del ingreso en favor del consumo. De hacerlo, sin embargo, se deprimen las ganancias. La solución aparentemente mejor a corto plazo es pues la de generar una demanda adicional a través de la deuda pública. Esta solución es, sin embargo, inflacionaria, y solo hace aplazar para el futuro la crisis de realización en el punto en que, como lo plantean los monetaristas, la magia inflacionaria llega a su límite.
- › Las crisis de realización se pueden aminorar también a través de una expansión de la demanda del exterior, pero esto no tendría sentido si exige como contrapartida la importación de bienes en el mismo valor.

La solución aparente es, pues, la de provocar un déficit en la balanza de pagos financiando la exportación de los productos. Eso conduce, a largo plazo, a una situación de desgaste de la moneda nacional y, por tanto, a una crisis financiera.

- › La crisis de desproporción se puede mejorar a través de un proceso de concentración empresarial y monopolización, que permite planear las inversiones de acuerdo a un conocimiento detallado del mercado y a través de su control. Pero tal “solución” lleva a un debilitamiento de la competencia en el sistema y hace disminuir su dinamismo, a la vez que profundiza enormemente la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. Finalmente, lleva a una progresiva desaparición del valor como medida de las relaciones de intercambio y provoca a largo plazo un descontrol del cálculo económico y, por tanto, una desorganización de la actividad económica capitalista.
- › Las crisis ligadas al funcionamiento de la tasa de ganancia son compensadas en parte por una disminución del valor relativo de la fuerza de trabajo en los costos de producción a través de las inversiones de gran densidad de capital. Esto lleva a una acentuación de las crisis de realización al aumentar enormemente el excedente económico y la composición orgánica del capital, incrementando al mismo tiempo el excedente de capacidad de producción de bienes de capital y materias primas elaboradas sin un crecimiento proporcional del mercado de bienes de consumo. Otro artificio para disminuir las crisis de la tasa de ganancia es el de dominar a la fuerza obrera a través de sindicatos apatronados que mantengan sus reivindicaciones dentro de límites estrechos. Tal política lleva a una pérdida de la capacidad de liderazgo de los sindicatos a largo plazo y abre camino a una propaganda radical entre los trabajadores. Además, en los momentos críticos, la presión de las bases obliga al liderazgo sindical a iniciar acciones de enfrentamiento para no perder el control de la organización.³³ Todos esos caminos han sido puestos en práctica por el capitalismo contemporáneo. De manera consciente e inconsciente, los capitalistas, el Estado, las fuerzas políticas dominantes

33. Discutiremos en otra oportunidad el papel de las élites obreras y de la explotación del tercer mundo en el movimiento obrero. El razonamiento se mantiene aquí a un nivel muy general, es decir, el de la capacidad de negociación de los sindicatos amarillos.

y la teoría económica han conducido a las soluciones expuestas y a las contradicciones planteadas. Estas consideraciones abren camino a un nuevo ítem sobre los cambios en el ciclo económico en la economía capitalista actual.

4. Los efectos de los cambios de la posguerra en el ciclo

¿Han desaparecido las crisis económicas bajo su forma aguda y cíclica?

Habría una respuesta afirmativa casi unánime entre los economistas académicos hasta 1970, cuando la crisis norteamericana empezó a quebrar un optimismo bien consolidado por la experiencia del capitalismo en la posguerra. Esta experiencia demostró una extrema vitalidad del sistema expresada en una expansión continua del comercio mundial y del producto nacional de algunos países. Las oscilaciones cíclicas que ocurrieron en el período se consideraron secundarias porque hubo recuperaciones muy rápidas, que son presentadas como una demostración indudable del avance de las políticas anticíclicas, así como de su capacidad para impedir una crisis aguda,

¿Cuáles son estos mecanismos anticíclicos de resultados tan favorables?

Básicamente, la política anticíclica está orientada hacia el pleno empleo y la intervención estatal.

La política de pleno empleo se caracteriza por un estímulo constante a la inversión a través de la actuación directa del Estado y a través de la compra por este de gran parte de la producción privada. El Estado es un comprador masivo en condiciones muy favorables que garantizan al capital privado un mercado razonablemente estable. Además, el Estado cuida de no realizar actividades lucrativas que son normalmente reservadas al sector privado y de tomar a su cargo solamente aquellas que son útiles al propio desarrollo del capital. No faltan justificaciones teóricas para demostrar que el Estado debe actuar así. La inversión militar, la espacial, las construcciones de infraestructura que ofrezcan servicios baratos, la construcción de casas populares (o mejor aún el simple financiamiento a sectores privados), de hospitales, escuelas, todas estas inversiones son en general deficitarias o poco lucrativas, pero sirven al capital privado, sea disminuyendo sus costos, sea aumentando sus ganancias.

Por otro lado, el Estado es un empleador importante que redistribuye así parte del ingreso nacional y genera mayor demanda. Es verdad que el sistema cuida de que los ingresos del Estado no provoquen una baja en la tasa de ganancia. Deben provenir del recargo de impuestos a los salarios y a los consumidores, y muy marginalmente de la renta de los capitalistas.

Lo que se redistribuye es esencialmente el ingreso no reinvertible, lo cual permite aumentar la tasa de ganancia.

Estas medidas son, sin embargo, extremadamente inflacionarias, pues no hay una recaudación suficiente para cubrir los enormes gastos que asume el Estado. Pero la sociedad los acepta como un recurso para obtener alta producción y evitar las crisis. El mecanismo del control social asume aquí una forma extremadamente irracional. Hay que convencer a la gente de que los sacrificios exigidos son necesarios para mantener la producción alta y evitar las crisis. Hay que convencerles al mismo tiempo de que el sistema que les pide tales sacrificios es bueno porque puede crecer sin crisis graves. Además, siendo bueno y sin crisis debe ser defendido ferozmente y, por lo tanto, se justifican los gastos militares que ayudan a impedir las crisis.

La intervención estatal en el mercado de trabajo a través del seguro de desempleo, la educación de la mano de obra, el auxilio médico, la casa propia y otras medidas del llamado Estado de bienestar social, permiten disminuir los costos de la mano de obra al asumir el Estado parte de los costos de manutención del obrero. Permite también, por otro lado, garantizar una demanda privada sostenida, aun en los momentos de recesión. Tal hecho se comprende si se toma en consideración que estos gastos son muy flexibles y que el trabajador continúa recibéndolos con cierta autonomía de las variaciones cíclicas del ingreso. Estas son las otras medidas antirrecesivas que le permiten al sistema evitar oscilaciones fuertes, así como las consecuencias sociales conflictivas que la pérdida del empleo y la baja de salarios provocan. En lo que respecta a la disminución de las oscilaciones cíclicas, es necesario tomar en consideración también el rol estabilizador que

juegan las grandes empresas.³⁴ Estas no actúan en general de manera temerosa y tienen un gran poder financiero que les permite resistir crisis sin grandes cortes de presupuesto. Se cree que las quiebras y los pánicos se restringen en general a las empresas medias y menores, que representan hoy día menos del 40% del valor agregado de la producción industrial. El control del mercado por las grandes empresas les permite mantener las ventas por sobre las tendencias a bajar el consumo. Se han desarrollado también otras medidas de carácter fiscal que permiten actuar de manera muy flexible sobre la demanda o sobre la tasa de ganancia. Una medida de gran actualidad fue aplicada por los gobiernos Kennedy-Johnson con gran éxito inmediato. Se trata de una rebaja de los impuestos sobre las ganancias reinvertidas, lo cual permite estimular las inversiones. El razonamiento básico es que un aumento de las inversiones aumenta el ingreso nacional, y el aumento del ingreso nacional permite aumentar los impuestos recaudados, compensándose así las pérdidas debidas a las exenciones de impuestos concedidos a las ganancias reinvertidas. El razonamiento es obviamente viciado, pues las nuevas recaudaciones serán siempre relativamente inferiores al crecimiento del producto nacional, al disminuir una de las fuentes de ingreso del Estado. No se puede ocultar así que tales medidas refuerzan la distribución desfavorable del ingreso entre salario y ganancia, así como aumentan las tendencias deficitarias del presupuesto público. No hay cómo negar el carácter inflacionario de todas esas políticas antirrecesivas. Todas conducen a aumentar el gasto público por encima del ingreso público y a generar una mayor demanda agregada a través del financiamiento privado. Tales políticas estimulan las inversiones solo en la medida en que eluden la crisis de realización debida a la tendencia al subconsumo. Por otro lado, al favorecer tan claramente la tasa de ganancia, favorecen un crecimiento desproporcionado del excedente económico, llevando a la larga a una crisis de realización todavía más grave.

34. Galbraith hace particular hincapié en estos cambios estructurales del sistema para defender la idea de que las crisis económicas están superadas. Véase *El nuevo Estado industrial*.

Las medidas antirrecesivas, pues, llevan a la economía a un estado de inflación crónica. En el caso de Estados Unidos esta situación se pudo prolongar debido a la existencia de una enorme reserva de oro en la posguerra, la cual permitía al Estado manipular una enorme balanza de pagos deficitaria en el exterior, manteniendo simultáneamente la fuerza del dólar como moneda universal y la consiguiente alta expansión de los negocios en el exterior. Los efectos internos de esta política eran: 1) mantener una expansión de la demanda externa que disminuyera la crisis de realización; 2) abrir mercado para las inversiones en el exterior, lo que permitía aumentar la exportación de maquinarias y materias primas elaboradas a precios muy altos (debido a los sobrepuestos en las relaciones internas de las empresas multinacionales); 3) mantener el dólar como moneda estable en el exterior a pesar de las presiones inflacionarias.

Terminadas las reservas de oro, continuando el déficit de la balanza de pagos y aumentando las presiones inflacionarias en el interior, disminuyendo el poder de competencia de los productos norteamericanos en el mercado mundial, aumentando la presión sobre el dólar a escala mundial, los efectos hipnóticos de la magia del gigante mundial empiezan a desaparecer. Así como el mago que es descubierto en sus trucos no solamente es desmoralizado sino violentamente escarnecido por sus antiguos creyentes, así también a Estados Unidos como nación le espera una violenta tempestad mundial, aún más violenta debido a su derrota política y militar en el principal frente de batalla que ofreció en el período de mayor auge económico de la posguerra: Vietnam.

Las reservas del sistema son muy grandes, pero ¿hasta qué punto podrán ser libremente manipuladas sin cambios estructurales muy profundos? En realidad, contrariamente a los mitos que se vienen creando en función del auge económico de 1962 a 1966 (prolongado muy artificialmente hasta 1968), Estados Unidos revela en la posguerra amplias señales de estancamiento económico.

La producción industrial de Estados Unidos creció en menos del doble en el período comprendido entre 1947 y 1962. De este crecimiento es responsable en gran parte la guerra de Corea. Tomando los índices de

producción industrial elaborados por el Departamento de Comercio de Estados Unidos, los cuales toman los valores de la producción industrial de los años 1957-1959 como iguales a un punto 100, veremos lo siguiente : el valor de la producción industrial era igual a 69 puntos en 1948. A fines de la guerra de Corea (mediados de 1953) este índice acusaba un valor de la producción igual a 93 puntos, lo que revela un crecimiento de cerca de 50% en 5 años. Desde entonces hasta 1962, la producción industrial creció solamente 20 puntos en 9 años.

El crecimiento anual medio del producto nacional bruto de Estados Unidos en la posguerra fue el siguiente: de 1947 a 1950, 4,5%; de 1950 a 1953(guerra de Corea), 5,1%; de 1953 a 1960 (período de paz), 2,4% ; de 1960 a 1966 (guerra de Vietnam), 5,1%. Los datos demuestran que solo se alcanzó un crecimiento razonable (muy por debajo de Japón y Alemania³⁵ y bastante por debajo de los países socialistas) en los períodos de guerra.

Esto sin considerar el hecho de que este crecimiento del producto nacional fue esencialmente orientado hacia sectores improductivos como la producción militar, los servicios, etcétera.

De 1947 a 1967 el Estado incrementó su participación en el ingreso nacional de Estados Unidos de 9,4% a 14,3%. De la participación del Estado, el consumo militar representaba 27,9% del total del gasto público (gobierno federal, estatal y local) y 44,2% del consumo del gobierno federal.

Hay que señalar el enorme crecimiento de los gastos gubernamentales en salud y bienestar, que pasaron del 14,4% del consumo federal en el período de la guerra de Corea (1952) a 26,6%, igualando casi al consumo militar.

La participación de la educación en el gasto público cambia de 8,9% al 6,5% en el mismo período. Y la seguridad social pasa de 8,3% a 18,7%. Esto revela que Estados Unidos hizo un gran esfuerzo para desarrollar

35. Las tasas de crecimiento anual del producto nacional bruto entre 1950 y 1964 de los siguientes países son bien significativas: Estados Unidos: 2,6%; Canadá: 4,3%; Japón: 9,9%; Alemania Occidental: 7%; Inglaterra: 3%; Francia: 4,8%; Italia: 5,3%. Los datos sobre el aumento de producción por trabajador (productividad) no son más favorables a Estados Unidos. En el mismo período indicaban el siguiente crecimiento anual: Estados Unidos: 2,4% ; Canadá, 2,2% ; Japón: 7,8%; Alemania Occidental: 5,4%; Inglaterra: 2,2%; Francia: 4,6%; Italia: 5,2%. En cuanto al producto nacional bruto per cápita, tenemos en el mismo período los siguientes crecimientos anuales: Estados Unidos: 1,9%; Canadá: 1,8%; Japón: 8,7%; Alemania: 5,9%; Inglaterra: 2,4%; Francia: 3,8%; Italia: 5,2%. Fuente: Department of Commerce, USA.

un Estado de bienestar al lado de una economía de guerra, hecho no suficientemente destacado por los analistas del último período (el aumento de los consumos de bienestar y educación se produjo básicamente desde 1960 hasta ahora, después del movimiento negro y del *sputnik*). Sin embargo, tales esfuerzos están muy rezagados en relación a las demandas reales, lo que demuestra la gravedad de la situación norteamericana.

El estancamiento norteamericano hizo todavía más grave el problema del empleo. Como si no bastaran las distorsiones en las estructuras del empleo que acrecientan la población empleada en sectores improductivos y en la producción y servicio militar, se presenta también el problema del desempleo estructural. En 1968, Estados Unidos tiene al 4,5% de sus trabajadores ocupados en la agricultura; 0,8% en la minería; 25,8% en la manufactura; 5,8% en la construcción; 3,4% en los transportes; 1,2% en comunicación; 0,9% en luz, gas y servicios sanitarios. En un criterio muy amplio, por tanto, sumariamos 42,9% de los trabajadores ocupados en actividades productivas o de servicios necesarios a la producción. De los restantes 57,1%, están ocupados en el comercio 18,3%; en los servicios financieros y de seguros, 4,4%; en los otros servicios, 16,9%; y en el gobierno (incluidos los militares) 18,2%.

Es evidente pues la distorsión de esta estructura del empleo. Gran parte de ella se compone de trabajadores no productivos y de empleos gubernamentales que o buscan ocupar una mano de obra sobrante (como los empleos militares), o buscan resolver problemas creados por la propia estructura económica (como la amplia burocracia dedicada a servicios sociales y de bienestar que, como lo plantean algunos líderes negros, sirven más para dar empleo a los burócratas que para resolver los problemas de la pobreza).

A pesar de esta inflada estructura del empleo, no se soluciona el problema permanente del desempleo. En los momentos de mayor auge económico en la posguerra, Estados Unidos llegó a una tasa de 2,7% de desempleados, en el apogeo de la guerra de Corea (1953), y a un 3,4% en el auge de la guerra de Vietnam (1968). Se puede hablar de una tasa de desempleo estructural de cerca del 3%, que significa hoy día cerca de 3 millones de desempleados con sus familias. Tales tasas

de desempleo no incluyen a los trabajadores que ya no buscan empleo, ciertos sectores de la población que no se consideran aptos para la producción por efecto del desempleo, como las dueñas de casa, las viudas, los hombres maduros jubilados, etcétera, los cuales estarían trabajando en una economía de pleno empleo, No se considera tampoco a la población de reclutas militares, que corresponde a cerca del 4% de la fuerza de trabajo.

La gravedad de la situación será mejor apreciada si llamamos la atención sobre el hecho de que entre 1954 y 1965 la tasa de desempleo varió entre 4% (1956) y 6,7% (1961), lo que supone una población desempleada de cerca de 5 millones de padres de familia. Los datos demuestran que el sistema tiene un límite muy bajo de absorción de la mano de obra y que se forma una inmensa población desempleada, semidesempleada, subocupada, que se agrega a la población cuya ocupación es producto de la distorsión del sistema de empleo y nos hace posible explicar la violenta tensión social norteamericana y las escandalosas estadísticas de pobreza en el país más rico del mundo.

Detengámonos un poco en este aspecto de las estadísticas de la pobreza para apreciar la profundidad de los cambios estructurales que se plantean a la sociedad norteamericana, dilacerada entre una gran capacidad productiva no utilizada y enormes necesidades sociales, y entre una abundancia manifiesta y una escasez más o menos oculta.

En 1967 había en Estados Unidos 5,27 millones de familias (una población de cerca de 21,2 millones de personas calculando una familia mediana de 4 personas) viviendo con un presupuesto inferior a 3.335 dólares al año, de acuerdo con estimaciones de la Administración de Seguro Social.³⁶ De estas familias 3,2 millones vivían con un presupuesto inferior a 2.000 dólares. Había aún en 1966, 4,9 millones de personas sin familia viviendo en estado de pobreza (menos de 1.635 dólares). Se suma así un total de 26 millones de personas en estado de pobreza en una población de 197,9 millones de habitantes (cerca de 13,2% de la población). Una población cercana a la de Argentina.

36. Los datos sobre pobreza fueron sacados del informe de Leon H. Keysseling (1969).

Pero hay que incluir a las familias y personas consideradas en estado de privación que reciben un ingreso familiar entre 3.335 y 5.999 dólares, y un ingreso individual entre 1.635 y 2.999 dólares. En este tramo de consumo encontramos 11 millones de familias, es decir, 44 millones de personas y 2,4 millones de individuos sin relaciones familiares. Un total de 46,4 millones de individuos en privación en plena sociedad opulenta. Sumándolos a los 26 millones de pobres tendremos una población de 72,4 millones de personas entre privación y pobreza (cerca del 37% de la población norteamericana).

Tales hechos no hacen más que reflejar una distribución del ingreso extremadamente negativa. Si dividimos las familias norteamericanas en 5 partes iguales según su participación en la renta, tenemos que la quinta parte más baja recibe 5% de la renta; la segunda quinta parte más baja recibe 12%; la tercera quinta parte más baja recibe 18%; la cuarta quinta parte recibe 24%; la última quinta parte, es decir, el 20% de familias más ricas de Estados Unidos, recibe el 41% de las rentas. En lo que respecta a la renta de los individuos, la situación es aún más desigual: el primer 20% de ingresos más altos recibe 52%; el segundo recibe 24%; el tercero el 13%; el cuarto el 8% y el quinto grupo, es decir, 20% de la población de individuos sin familia, participa en solo el 2% de las rentas de este sector de la población.

Los datos son suficientemente significativos para demostrar que una crisis económica grave en Estados Unidos se mantiene bajo la apariencia de crecimiento económico sostenido y de abundancia, y que este país no puede soportar, sin graves tensiones, un período más o menos prolongado de recesión económica.

¿Qué decir de la apariencia de una economía estable y sin crisis? ¿Sería posible que esta economía que no alcanzó ni el pleno empleo haya podido mantener un crecimiento sostenido en la posguerra? Los datos son engañosos a este respecto. Si observamos sus cifras anuales parece no haber habido crisis graves. Pero si tomamos los datos en su flujo mensual encontraremos una economía cíclica que presentó al menos cuatro recesiones graves después de 1947 (no contamos aquí la recesión del período inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial). Un estudio del National Industrial Conference Board, Inc.

toma 25 indicadores de ciclo económico en la pos-guerra³⁷ y distingue cuatro ciclos:

- › El primer ciclo va de noviembre de 1948 a julio de 1953 (recesión: noviembre de 1948 a octubre de 1949; recuperación: octubre de 1949 a julio de 1953), es decir, el período de la guerra de Corea.
- › El segundo ciclo va de julio de 1953 a julio de 1957 (recesión: julio de 1953 a agosto de 1954; recuperación: agosto de 1954 a julio de 1957, crecimiento de la exportación neta y retornada de los gastos militares).
- › El tercer ciclo va de julio de 1957 a mayo de 1960 (recesión: julio de 1957 a abril de 1958; recuperación: abril de 1958 a mayo de 1960).
- › El cuarto ciclo empieza en febrero de 1961 y se puede decir que llega hasta el segundo semestre de 1969 a pesar de una pequeña recesión en julio de 1966, que es luego neutralizada por las nuevas inversiones militares debidas a los bombardeos a Vietnam del Norte. Lo más característico de la recesión de 1970-1971 es que se produjo en un período de guerra.

A pesar de encontrarnos en estos años frente a recesiones muy lentas y recuperaciones bastante rápidas, hay que decir con Alvin H. Hansen: “Ahora, sin embargo, la experiencia ha demostrado más allá de toda duda que el ciclo de producción, ingreso y empleo no es todavía favorable”.³⁸

Hay que plantear más todavía: el período optimista generado por la extensión de la recuperación que empieza en febrero de 1961 deberá ser seguido por un período también bastante largo de crisis económica en las condiciones estructurales descritas y con profundos cambios políticos internacionales y en el interior de Estados Unidos.

5. El auge de la posguerra y sus limitaciones

En el apartado anterior hemos visto que, durante el período que va de 1947 hasta 1966, la economía capitalista internacional presentó un ciclo de crecimiento económico sostenido con pequeñas crisis periódicas,

37. William B. Franklin (1963), *The Postwar Cycles: Nueva York. A Conference Board Chart Study*.

38. Alvin H. Hansen (1964) *The Postwar American Economy*.

que no llegaron a presentar fenómenos de baja de producción, sino de la tasa de crecimiento económico. Excepto en Estados Unidos y en Inglaterra, donde se produjeron recesiones importantes de 4 en 4 años, en los demás países del bloque capitalista se logró mantener siempre, aunque con altibajos, el crecimiento. Las razones de este ciclo de crecimiento continuo debe explicarlas un conjunto de factores; analizados más en detalle, estos nos permitirán entender no solamente el período anterior sino, al mismo tiempo, el carácter del período actual.

Entre las razones que determinaron este ciclo de signo positivo debemos señalar, en primer lugar, la superación del ciclo de baja económica que se dio entre 1921 y 1948.³⁹ Entre esos años, a pesar de que se presentaron ciertos momentos de crecimiento muy acentuados, como el que ocurrió en Estados Unidos desde la mitad de los años veinte hasta 1929, el cuadro general fue de un estancamiento económico con períodos de baja producción muy agudos y acentuación masiva del desempleo, particularmente entre 1929 y 1933, que fueron los años de crisis más aguda durante todo el ciclo.⁴⁰

El fin de la coyuntura depresiva, que duro cerca de 30 años, se debió a factores muy importantes: descubrimientos tecnológicos que permitían importantes inversiones en la producción de nuevos productos; los resultados de la crisis anterior, agudizados por el período final de la segunda guerra mundial, en el sentido de una baja general de los salarios y un aumento por lo tanto de la tasa de ganancia y del estímulo a invertir; el desarrollo de la industria de guerra; el papel especial que representó la intervención masiva del Estado, que se hizo corriente como consecuencia de la crisis; el hecho de que la deflación producida por la crisis hubiera llevado a la pérdida de los valores contables inflacionados por la especulación, permitiendo así abarcar las instalaciones industriales; y, en

39. Si tomamos como un hecho los ciclos de Kondratieff de largo plazo (50 años) debemos concluir con Geoffrey Barraclough que el ciclo iniciado en 1921 terminó en 1971. Es interesante señalar una observación suya con la cual estamos de acuerdo: "El paralelo, si se puede establecer uno, es entre 1971 y 1921, cuando el *boom* que empezó en 1896 terminó; y nuestra posición comparativa en el ciclo, en la actualidad, es 1924 y no 1934. Evidentemente, aún hay tiempo, mientras los gobiernos tocan arpas y la inflación aumenta, para otro Hitler, o algo peor" (Barraclough, 1974).

40. Una discusión sumaria de las recesiones económicas del siglo puede encontrarse en Maurice Flament y Jeanne Singer-Kerel (1971) *Crisis y recesiones económicas*.

fin, el fenómeno de la quiebra de pequeños, medianos y hasta grandes productores de mayor ineficacia financiera y económica dio como consecuencia un aumento de la productividad en el sistema de producción.

Por otro lado, como resultado de la guerra, se afirmó la hegemonía de Estados Unidos sobre el conjunto de los países capitalistas. Esa hegemonía había sido disputada por Alemania mediante el método militar, lo que condujo a la segunda guerra mundial. Alemania intentó imponer su hegemonía sobre Europa a través de la fuerza y de la intervención militar, pero fracasó al no poder mantener la ocupación de la Unión Soviética, ni ocupar Inglaterra, ni conseguir la neutralidad de Estados Unidos, ni contar con victorias definitivas en África y en Asia, donde esperaba establecer su dominio a través de una alianza con Italia y Japón. Luego de la derrota de Alemania y sus aliados en la segunda guerra mundial, el mundo capitalista emerge bajo la hegemonía incuestionable de Estados Unidos, que se impone a Inglaterra y que no solo logró mantener sus tropas en toda Europa sino también en Asia, en el Mediterráneo y en parte de África y de América Latina. Estados Unidos pudo instalar así las bases militares suficientes para establecer una hegemonía a escala internacional, absolutamente incontestada. Dirigida aparentemente solo en contra de lo que se llamaba entonces la “amenaza comunista”, tenía también evidentemente un papel determinante en asegurar la expansión norteamericana y su predominio económico en el conjunto del bloque capitalista.

Resueltos estos problemas político-militares y asegurada, a través de los acuerdos de Bretton Woods, la hegemonía del dólar como moneda internacional se inició un período de recuperación y de crecimiento sostenido que se prolongó hasta la década del sesenta. Como lo vimos, las características principales de este ciclo de ascenso económico son:

- › El mantenimiento de un crecimiento sostenido con crisis poco agudas.
- › La intervención estatal creciente para asegurar las condiciones de funcionamiento.
- › Una expansión constante del comercio internacional.
- › Una expansión de las economías destruidas a consecuencia de la guerra (Alemania y Japón, sobre todo) apoyándose en buena medida, en el movimiento de capital norteamericano hacia ellas. El capital norteamericano

encuentra también importantes fuentes de inversión en los países coloniales y semicoloniales que habían sentado una importante base para el desarrollo económico durante la guerra.

- › El crecimiento de la industria de guerra como principal fuente de inversión de la economía norteamericana y la difusión de los efectos favorables de su expansión en el conjunto de la economía capitalista internacional.

Las dos economías que más directamente se aprovecharon de esta expansión fueron la japonesa y la alemana, que, fuertemente afectadas por la derrota militar, vinculan fuertemente la suerte de su recuperación económica a la expansión del comercio internacional y del mercado norteamericano en particular. Pero sus éxitos, calificados propagandísticamente de “milagros económicos”, no solo no se podían igualar en otros países, mostraron también muy pronto sus límites. Ya a fines de la década de los 50 se empezaban a advertir los problemas de este crecimiento milagroso.

1. En primer lugar, la expansión de Estados Unidos a escala mundial empezó a generar una transferencia de tecnología y de recursos económicos y financieros de Estados Unidos a los países europeos y a Japón y Canadá. Después de 10 años, la expansión económica europea se muestra mucho más fuerte que la norteamericana. Los aumentos de productividad en esos países han sido más acentuados y el ciclo de crecimiento más sostenido, lo que lleva a un cambio del poder relativo de las economías europeas y japonesa frente a la norteamericana, como lo veremos más en detalle en el próximo capítulo.

Ello se aprecia si lo observamos tanto desde la perspectiva de su potencial productivo como del financiero. El fuerte movimiento de capitales hacia Europa y Japón, si bien conduce, por un lado, al predominio del capital norteamericano, por el otro provoca una pérdida de posición relativa de los Estados Unidos en la economía mundial. La balanza comercial norteamericana, que había sido siempre favorable, se va volviendo progresivamente desfavorable: las mercancías norteamericanas van perdiendo su capacidad de competencia, lo que provoca la disminución del superávit comercial hasta convertirse en déficit en 1970.

Por otro lado, como también lo veremos en el próximo capítulo, el balance de servicios ha sido siempre negativo para Estados Unidos, lo que provocó un déficit constante del conjunto de la balanza de pagos, desde 1950. Las razones de tal balance negativo son bastante evidentes:

- › La balanza de capitales como hemos visto, está determinado por la permanente salida de capital de Estados Unidos hacia Europa y Japón. Solamente las altas tasas de explotación de los países coloniales permiten compensar el déficit del intercambio de capital de Estados Unidos con Europa y producir incluso un intercambio favorable de esta cuenta.
- › Los gastos de mantenimiento del imperio colonial recaen evidentemente sobre el pueblo de Estados Unidos, que tienen que pagar el costoso aparato militar internacional, los préstamos internacionales dirigidos a las grandes empresas para financiar sus inversiones en el tercer mundo y una costosa burocracia internacional (servicios de inteligencia, bancos de “fomento”, misiones y servicios comerciales, aparatos de “ayuda”, etcétera) que servía y sirve directamente a los intereses de expansión del gran capital norteamericano.
- › También se plantean problemas graves debido a los gastos de turismo y otros servicios en el exterior, a consecuencia del alto poder adquisitivo del dólar.

Todos esos factores que analizamos con cifras en el capítulo III provocan, como vimos, un fuerte déficit de la balanza de pagos norteamericana, déficit que Estados Unidos cubre con sus reservas de oro o con un endeudamiento creciente a escala internacional. Vemos así que el resultado de la hegemonía norteamericana y de su uso como instrumento de expansión de los grandes monopolios internacionales va a producir dialécticamente su propio debilitamiento.

Las contradicciones en el seno de este primer imperio universal, solo desafiado por el bloque socialista naciente y los movimientos de liberación nacional, se profundizan. Europa por su lado tiene que buscar su integración económica, como única salida para concentrar y centralizar su aparato económico y enfrentarse al gigantismo de las empresas norteamericanas y su creciente dominio sobre sus economías. En la década

del sesenta surgen las manifestaciones de nacionalismo europeo que son canalizadas por De Gaulle. El “gaullismo” logra entonces unificar fuertes intereses antinorteamericanos de la pequeña burguesía y también de sectores de los monopolios franceses. A pesar de que no encuentran una expresión coherente de su doctrina en otras partes de Europa, las posiciones principales del gaullismo se expresan en parte a través de sectores de la democracia cristiana en Italia y también encuentran eventualmente eco en los partidos socialdemócratas en general con expresiones más a la izquierda, al conciliar intereses del movimiento obrero y de la pequeña burguesía.

En una etapa posterior de su crecimiento, los países europeos y Japón van a retornar sus movimientos de capital hacia el exterior, así como su lucha por los mercados internacionales. En consecuencia, el capital norteamericano va a sentir fuertemente la competencia de otros capitales en el llamado tercer mundo. Se producen importantes movimientos de fusión de capitales de distintos países que no llegan a anular, sin embargo, sus bases nacionales, por lo menos hasta el momento.

De esta manera podemos ver que al final del ciclo de crecimiento (y como su propio resultado) la hegemonía norteamericana (que fue una de las condiciones de la estabilidad económica internacional) empieza a resquebrajarse y a tener que enfrentarse con las propias fuerzas generadas por el crecimiento anterior. El reaparecimiento de las luchas interimperialistas dentro del sistema capitalista mundial comienza a quebrar las posibilidades del equilibrio anterior, como lo veremos en los próximos capítulos.

2. Directamente ligado a estos fenómenos, se da el debilitamiento del dólar como moneda de intercambio internacional a resultas del debilitamiento relativo de la economía norteamericana y del agravamiento de los problemas generados por los déficits de su balanza de pagos. Al final de la década del sesenta, como hemos visto, esos déficits ya habían reducido las reservas de oro del centro hegemónico al extremo de no cubrir su enorme deuda externa.

Se hacía por lo tanto imposible financiar con liquidez suficiente, dentro de Estados Unidos, el déficit de su balanza de pagos.⁴¹

41. Ernest Mandel (1974) estudia muy en detalle varios aspectos de las devaluaciones del dólar en *El dólar y la crisis del imperialismo*.

El presupuesto norteamericano, enormemente sobrecargado con los gastos militares, la “ayuda” económica, las nuevas exigencias de educación y “bienestar”, tenía que sufrir necesariamente algunos cortes o por lo menos restringir su aumento vertiginoso.

Se empiezan así a cuestionar las propias condiciones del auge económico del período: la crisis del dólar está directamente ligada a la crisis de la economía internacional; ya no puede mantener su expansión permanente; implica también una fuerte reducción de los gastos militares, que habían sido uno de los principales factores del crecimiento económico anterior; afecta asimismo la intervención estatal, que, a través de una política inflacionaria de gastos muy superiores a la posibilidad de su reproducción, lograba mantener en funcionamiento la economía.

3. Por otro lado, la crisis general en curso a partir de finales del sesenta es consecuencia también del agotamiento de las posibilidades de los principales productos, que se habían incorporado a la economía en el período anterior de continuar generando efectos secundarios. Los bienes durables descubiertos en los años treinta y cuarenta como la televisión, la refrigeración doméstica y otros, los productos químicos nuevos (petroquímica, farmacéutica, etcétera) y otros inventos más directamente ligados al desarrollo de la revolución científico-técnica como, por ejemplo, la industria atómica, las computadoras, la industria espacial, etcétera, empiezan a perder su poder multiplicador y ya se han generalizado por todo el mundo. Estos productos habían tenido un gran desarrollo a escala internacional, ayudados por los fuertes movimientos de capitales hacia el exterior que se expandieron utilizando el poder que les daba el monopolio de la nueva tecnología descubierta, sobre todo en el período de la guerra. De esta manera, se va produciendo en el plano tecnológico, una situación de restricción al crecimiento capitalista, a fines de la década del cincuenta. Esta restricción no tiene su fundamento en los límites de la tecnología, sino en los del sistema, por su incapacidad para incorporar los nuevos saltos tecnológicos como la automatización sin cambios en su estructura.

4. Otro factor que es necesario considerar por su sustancial incidencia en los aspectos políticos de la situación internacional son los efectos

de la política de pleno empleo sobre las masas obreras. Debido al crecimiento económico sostenido, se mantuvieron tasas de desempleo relativamente bajas sobre todo en Europa y Japón, pero también en Estados Unidos si las comparamos con las de los años treinta.

En Europa hubo incluso una fuerte atracción de mano de obra de los países de menor desarrollo (España, Portugal, Yugoslavia, Turquía, etcétera) hacia los países de mayor desarrollo económico. Esto permitía aliviar en parte los efectos del “pleno empleo” sobre la mano de obra, que nunca llegó a asumir la forma de una abierta carencia.

En consecuencia, al llegar el auge económico, a fines de los años cincuenta, se hace posible prolongarlo hasta los años sesenta. Las clases trabajadoras aumentan, durante todo el período, su poder de reivindicación económica y logran importantes mejorías dentro del sistema existente. Esas mejorías significan también que, desde el punto de vista político, se produce un acuerdo entre los movimientos de trabajadores y los intereses burgueses, el cual se ha expresado incluso en el desarrollo de una fuerte corriente de trabajadores que apoyaban una política anticomunista, sobre todo entre 1947 y 1958, el período de la Guerra Fría.

Como consecuencia de su inexperiencia política, el movimiento obrero de posguerra dejó que los intereses inmediatistas se impusiesen a los intereses generales de la clase. La combinación de una política de mejorías relativas para un proletariado que venía de treinta años de depresión, con la propaganda “antitotalitaria” que buscaba identificar comunismo y fascismo, con la atemorizadora represión que se realizó a escala internacional en contra del movimiento comunista a partir de 1947, permitió a la burguesía dividir a la clase obrera y quebrar sus vínculos internacionales, que se habían fortalecido en los años treinta y que durante la guerra habían creado una fuerte corriente de solidaridad democrática. La burguesía logró romper de esta manera la continuidad del desarrollo de su conciencia de clase.

La siempre utilizada combinación de una política represiva con concesiones económicas significativas, apoyada en un largo ciclo económico favorable, logró dividir al movimiento obrero y popular, disminuir su fuerza y así neutralizar su conciencia política socialista. Pero, en la medida en que la situación de auge económico se ha ido terminando, ha

disminuido la capacidad del capitalismo para entregar a los trabajadores mejoras sustanciales dentro del sistema, a fin de neutralizar su conciencia de clase. De un lado, la crisis produce la necesidad de mantener los sueldos bajos para garantizar la tasa de ganancia amenazada. Así también, de otro lado, el aumento de la competencia interimperialista acentúa la necesidad de cada burguesía nacional de mantener bajos costos de producción para poder competir dentro del comercio mundial.

Todos estos factores llevan inevitablemente a una confrontación creciente de la burguesía con el movimiento popular. Se produce progresivamente el rompimiento de las condiciones que permitieron la identificación de amplias capas de trabajadores con las tesis reformistas burguesas y pequeño-burguesas. En consecuencia empieza a renacer un movimiento obrero radical y revolucionario, que crece en organización y conciencia en la medida en que se profundiza la crisis del sistema capitalista internacional.

5. Es necesario señalar finalmente que todo período de auge económico produce una tendencia a la especulación que busca prolongarlo el máximo posible. Esta lucha desesperada por alcanzar el máximo de ganancias dentro del período lleva a la creación de valores financieros sin ninguna base real y de una falsa riqueza que explota muy violentamente cuando ya no es posible mantener el clima de crecimiento generalizado. Se producen entonces violentas caídas de valores, quiebras, corridas, etcétera, que pasan a ser uno de los fenómenos socioeconómicos más importantes del período depresivo.

Los años sesenta y setenta representaron el auge de estas formas de especulación financiera que llegan a su límite extremo al final de la década. La especulación tiene un carácter internacional, usándose los dólares norteamericanos en el exterior como base de creación de dinero bancario (los eurodólares y los asiadólares sufren enormes alzas por la especulación bancaria). Si sumamos a esto los enormes débitos internacionales de los países dependientes inmersos en una espiral de endeudamiento creciente sin posibilidad alguna de pagarlos, si sumamos también la creación de dinero ficticio dentro de los países capitalistas más importantes y el estímulo a un sistema de crédito inflado para favorecer

un consumo artificial, es entonces posible comprenderla debilidad de todo el sistema financiero capitalista internacional.

El fin del auge económico debe acompañarse así de una grave crisis financiera mundial, en la cual la inflación, la baja generalizada de valores y la quiebra de muchas agencias financieras serán un elemento necesario del reajuste del sistema. El capitalismo de la posguerra empieza pues, a fines de 1960, a ahogarse en su propia salsa.

6. La nueva crisis capitalista y los elementos de la coyuntura internacional

En el próximo capítulo pretendemos caracterizar en términos muy generales la actual crisis general capitalista. Nuestro objetivo es demostrar que las recesiones de 1967 y de 1969-1971, así como la depresión de 1974-1975, no son fenómenos accidentales. Son el comienzo de una crisis capitalista general que se inició a partir de 1967. Esa crisis deberá caracterizarse por un largo período histórico de carácter depresivo, con algunos períodos cortos de recuperación económica. Ella viene después de un largo ciclo de auge económico que se dio entre 1949 y 1966, cuando el capitalismo presentó una situación de crecimiento económico generalizado, solo cortado por algunos años de recesión o disminución del ritmo de crecimiento. Las consecuencias ideológicas y políticas de este ciclo de crecimiento fueron muy graves para el movimiento obrero y popular, que se caracterizó en el período por una tendencia a la división y a someterse al control ideológico del pensamiento burgués reformista. El fin de este ciclo económico abre un nuevo período histórico marcado por la unidad del movimiento obrero y popular, un desarrollo del pensamiento socialista y la tendencia a su hegemonía. Por otro lado, la burguesía tiende a dividirse y a aumentar las luchas entre sí.

Sin embargo, las condiciones objetivas no son suficientes para realizar una transformación revolucionaria de la sociedad. Son la capacidad política de las masas y de sus dirigentes y el desarrollo del análisis científico y su aplicación a la situación histórica concreta los que pueden asegurar una buena utilización de estas circunstancias históricas. Desgraciadamente, como en otros períodos similares, pues, como vimos, los ciclos económicos de larga duración no son un fenómeno nuevo en el capitalismo, la etapa de auge económico provocó muchos

fenómenos graves de capitulación ideológica y política que perjudican profundamente el movimiento popular en su conjunto y a su capacidad para aprovecharse revolucionariamente de esta situación. Entre 1926 y 1945, el movimiento obrero internacional de inspiración marxista-leninista osciló desde la línea izquierdista del tercer período que caracterizaba a la socialdemocracia como un “socialfascismo” (cuyos resultados desastrosos son conocidos, particularmente la derrota frente a Hitler en Alemania), hasta los frentes populares y nacionales liderados por la burguesía o la pequeña burguesía (cuyos resultados desastrosos son también conocidos, sobre todo en el caso de la España Republicana y la Italia y Francia de la posguerra).

Para intentar comprender las perspectivas que ofrece la nueva etapa de luchas políticas que se abrió a partir de 1967, nos abocamos a la tarea de analizar el conjunto de la coyuntura internacional. Para dar consecuencia a esta tarea debemos distinguir los elementos o fuerzas que componen la actual coyuntura internacional y pasar a analizarlos enseguida, ya sea en su individualidad, ya sea en sus relaciones con la situación global.

Cabe destacar, en primer lugar, la crisis económica que forma el cuadro general en el cual se desarrollan los distintos aspectos de la coyuntura. Esta crisis no se presenta en algunos países por separado, sino que tienen un carácter internacional y afecta a todo el sistema capitalista mundial. Esto obliga a insertar en este contexto los distintos fenómenos nacionales.

Dentro del contexto general de la crisis del capitalismo hemos distinguido tres períodos hasta el presente: 1967-1971 (que corresponde a las primeras manifestaciones de la crisis); 1972-1973 (que corresponde a un primer intento de recuperación económica) y 1974-1975 (primera gran depresión de la posguerra).

La crisis en sí misma no crea situaciones o elementos nuevos, pero profundiza tendencias, hace resaltar elementos que estaban en segundo plano, y produce, en su conjunto, una situación económica, social y política distinta. Después de analizar los aspectos económicos fundamentales se hace pues necesario describir las condiciones de la lucha de clases y las expresiones políticas que asume. La política del imperialismo y la

de los partidos obreros de distinta orientación son los aspectos principales a considerar.

En el mundo contemporáneo tenemos que analizar la posición de los países socialistas como elemento esencial de la coyuntura internacional. En estos países no se presenta la crisis económica como en Occidente. Los países que han adoptado una economía basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, en la planificación y en la dirección política de los partidos comunistas, han logrado superar los ciclos económicos y sus problemas. Eso no quiere decir que el bloque socialista no sufra las consecuencias de la crisis económica y política que se presenta en el mundo capitalista, la cual los obliga a reaccionar como gobiernos y como un movimiento político internacional. Es necesario por lo tanto analizar, conjuntamente con la actitud y las tendencias del bloque socialista, la posición de los partidos comunistas, los cuales han vinculado su destino político a la defensa de los países socialistas y particularmente a la Unión Soviética, como primera patria del socialismo.

En seguida hay que caracterizar otro elemento que tiene un papel muy importante dentro de la coyuntura internacional. Se trata de la socialdemocracia en los países industriales y del neopopulismo en los países dependientes. Junto con otras agrupaciones (como los antiguos partidos radicales), sectores de la nueva democracia cristiana y el liberalismo norteamericano forman un conjunto de fuerzas que componen lo que se ha llamado el centro-izquierda. Esas fuerzas tienden a ganar un papel mucho más dinámico e importante en las etapas de crisis económica y política. Se produce en estas oportunidades un fuerte remezón de estos movimientos y su actuación dentro de la coyuntura internacional pasa a ser un factor de gran importancia.

La otra corriente política internacional que también tiene que ser tomada en consideración es el movimiento conservador, el cual en circunstancias de una crisis muy aguda, se ve presionado entre el centro-izquierda y la ultraderecha, la cual pasa a representar también un papel muy importante dentro de la coyuntura internacional.

Es así que las tendencias parafascistas y fascistas se van configurando como uno de los elementos decisivos de la coyuntura internacional. El fascismo estuvo durante un largo período en hibernación y no

representaba una fuerza real dentro de la coyuntura internacional. Pero la existencia de una crisis económica, social y política que hace temblar toda la estructura del sistema lo hace reaparecer y desarrollarse.

Finalmente, se presentan en el cuadro político internacional las fuerzas de la llamada nueva izquierda, ultraizquierda o izquierda extraparlamentaria. Esta representa un gran número de corrientes y grupos muchas veces en abierto choque entre sí. En su conjunto configuran, sin embargo una fuerza ideológica y de radicalización que condiciona en muchos sentidos ciertas direcciones de la coyuntura internacional.

El repunte del radicalismo de izquierda, su reaparición desde los años sesenta, desemboca, en los años setenta, en una depresión política, paradójicamente cuando la crisis económica llega a su auge.

Si logramos realizar un estudio de este conjunto de circunstancias económicas políticas e ideológicas creemos poder determinar, aunque de manera muy general, las principales tendencias y perspectivas de la actual crisis general del capitalismo.

IV. La tendencia a la radicalización: el fascismo y el ultraizquierdismo

1. Renacimiento del fascismo

El surgimiento histórico del fascismo en la década del veinte está profundamente relacionado con la crisis general del capitalismo que se inició con la primera guerra mundial y continuó hasta 1923. Entre 1924 y 1929 se produjo una recuperación económica bastante acentuada, pero fundada esencialmente en la especulación. Este fue el origen de la abrupta depresión de 1929 a 1933, la cual fue ligeramente superada entre 1933 y 1939. Al constatar sin embargo la ausencia de una nueva base de acumulación de capital que permitiese remontar la producción alcanzada en 1929, el capitalismo debió recurrir a la guerra. Fue en este contexto que se desarrolló el fascismo, ligado a tres aspectos:

- › La decadencia de la pequeña burguesía y su reacción desesperada por sobrevivir a la quiebra, a la proletarización y la cesantía.

- › El fortalecimiento del gran capital a través de la concentración y centralización de la economía y, simultáneamente, su necesidad de apoyarse en la pequeña burguesía para salvar al capitalismo amenazado por el aumento de la militancia obrera y su radicalización política.
- › La necesidad de resolver la cuestión colonial, al asegurar y ampliar sus mercados en el exterior con objeto de garantizar una base para las nuevas etapas de concentración económica y de acumulación de capital, que permitirían superar la crisis general.

Estos tres aspectos se desarrollan en el contexto de la crisis general del capitalismo, pero también del ascenso del movimiento socialista mundial.

La base socioeconómica del fascismo siempre está en formación cuando se acentúa la crisis del capitalismo sin que haya un movimiento de masas revolucionario capaz de resolverla a través de un régimen de producción superior. Los análisis que hemos hecho sobre la coyuntura actual nos revelan que estas condiciones tienden a producirse en nuestros días. No solamente hay que considerar que la crisis capitalista se presenta en la amplia magnitud que señalamos (sobre todo si consideramos que no hubo ninguna confrontación militar general en el período). Es necesario también señalar el hecho de que se produzca una crisis tan grave y prolongada a pesar de todos los instrumentos de control que posee el Estado capitalista moderno; el hecho de que esta crisis asuma una forma tan drástica sin que se pueda recurrir a la guerra para resolver los intereses en pugna, y el hecho de que se produzca en el contexto de una confrontación con el socialismo basado en poderes nacionales muy fuertes. Estos datos muestran el carácter novedoso de la situación. Asimismo, se han producido cambios importantes en la base social del fascismo: la pequeña burguesía. En la década del treinta era ya una clase en decadencia, pero conservaba aún cierta autonomía relativa para generar iniciativas propias significativas. En la década del setenta ya se ha producido no solo una liquidación económica de gran parte de esa clase, sino que los sectores que aún se conservan son cada vez menos autónomos con relación al gran capital o al Estado. Los pequeños comerciantes se convirtieron en su mayoría en agentes vendedores de los

productos de los monopolios y de las empresas y entidades estatales. Ya no disponen de un crédito propio ni de la capacidad de fijar precios, etcétera. Los pequeños industriales, por su parte, se transforman en simples “maquiladores” de las empresas monopólicas privadas o estatales. Finalmente, los campesinos no solo disminuyeron drásticamente de número (o, como en Estados Unidos, han casi desaparecido por completo) sino que los que aún restan dependen sobremanera de la fijación de precios realizada en el Mercado Común Europeo o en otros organismos internacionales.

La base social pequeñoburguesa del fascismo esta pues bastante minimizada. Sin embargo, al mismo tiempo ha crecido potencialmente el sub o lumpenproletariado, que ha provisto de poderosas masas y fuerzas de choque al fascismo. El capitalismo norteamericano funciona normalmente con tasas del 4% de desempleo en condiciones de auge económico, y, como vimos, llegó a alcanzar el 9% en la depresión de 1974-1975; Europa y Japón presentan tasas menores por conservar todavía sectores tradicionales subempleados, pero en ciertas regiones hay concentraciones masivas de desempleados. Las masas de desempleados y subempleados en los países dependientes y subdesarrollados se han ampliado proporcionalmente y en números absolutos.

¿Podrán estas masas empobrecidas servir de soporte a un fascismo dirigido por los tecnócratas civiles o militares que se han convertido en los factores directos de la empresa privada o estatal y del aparato burocrático en general? Este fascismo no podrá apoyarse en movilizaciones de masas sistemáticas, como su antecesor, ni en una fuerte organización de base.

Tendrá que apoyarse fundamentalmente en el control de los medios de comunicación, en un terror esencialmente burocrático, en una ampliación de la maquinaria estatal hacia límites aún desconocidos. Deberá ser un monstruo con una cabeza enorme y un cuerpo raquítico por su falta de base social.

Las experiencias de las dictaduras militares impuestas en las décadas del sesenta y setenta serán su principal modelo. Países como Brasil, Grecia, Indonesia y en cierta forma Irán, sirven de modelo para las mentes exaltadas por la receptividad creciente que sus ideas encuentran en

las élites y en ciertas capas sociales. El ejemplo último de Chile, país que tenía una estructura política similar a la europea, está siendo analizado con sumo cuidado. La victoria o derrota de esta nueva forma de totalitarismo ciego y violento tendrá una gran repercusión en el ánimo de los grupos fascistas en plena articulación internacional.

¿Quiénes forman estos grupos fascistas? En los últimos años ha aumentado bastante la información sobre ellos. Esa información viene básicamente de dos partes: los datos obtenidos por la justicia italiana que investiga el golpe de Estado preparado en este país en diciembre de 1970 y los archivos de la PIDE incautados por el gobierno revolucionario portugués y que están siendo cuidadosamente estudiados por una comisión de militares y civiles.

Asimismo, las denuncias sobre las actividades de la CIA, a pesar de ser una pálida muestra de las mismas, han arrojado algunos datos nuevos sobre sus métodos y ambiciones. Algunos hechos generales son evidentes:

1) En primer lugar, es sabido que los servicios de inteligencia de varios países (liberales o dictaduras) poseen un importante grado de articulación entre ellos y con la CIA y más recientemente con la Dirección de Inteligencia de las Fuerzas Armadas norteamericanas (DIA). Es evidente también que esos servicios de inteligencia están dominados por fuertes corrientes parafascistas que están articuladas entre sí y actúan con cierta autonomía del aparato político liberal y aun de las propias dictaduras.

Algunos hechos podrían comprobar esta afirmación. Se pudieron demostrar, por ejemplo, los fuertes vínculos entre la PIDE (policía política del salazarismo) y la policía francesa, que le enviaba informaciones sobre las actividades de los portugueses en la democrática república de Francia. Los vínculos de la PIDE con la CIA y la policía brasileña eran bastante directos. Por otro lado, la conspiración golpista fascista en Italia era dirigida directamente por el jefe del servicio de inteligencia italiano (SID), general del ejército Vito Micelli. En la descripción de los movimientos golpistas que dieron origen a 2 intentos más de golpe de Estado en febrero y octubre de 1974, aparecen involucradas la policía argentina, la española, el servicio secreto de la dictadura griega, grupos de neonazis alemanes, remanentes de la OAS francesa y, como siempre, la

CIA, cuyos agentes asistieron el 27 de septiembre de 1970 a una reunión preparatoria del intento golpista de diciembre de 1970.

Las revelaciones sobre la CIA muestran también el uso constante, entre sus agentes, de anticomunistas de orientación fascista. Este hecho es común a las policías y servicios de inteligencia de varios países capitalistas.

2) Estos grupos fascistas no solo funcionan incrustados en los aparatos policíacos y de inteligencia, sino que también tienen su vida propia, cada vez más dinámica. Asimismo han creado importantes grupos terroristas que, conforme a sus intereses, actúan en concomitancia o no con la policía. Los casos del “escuadrón de la muerte” brasileño, de la “mano blanca” guatemalteca o de la AAA argentina son solamente expresiones extremas del vínculo estrecho que hay entre el terrorismo de derecha y los aparatos policíacos y de inteligencia. En Italia estos vínculos se mostraron muy claros y, a pesar de que hay fascistas que pertenecen al aparato institucional represivo, prefieren actuar muchas veces con grupos político militares independientes. La acción internacional de estos grupos fue bien detectada por las investigaciones sobre la PIDE. Se han descubierto por ejemplo dos agencias que les servían de pantalla: la Aginter-Press y la Paladino. La primera publicaba un boletín que servía de enlace entre los grupos y la segunda se dedicaba a reclutar mercenarios y terroristas para distintos fines.⁴²

Asimismo, la infiltración en la izquierda y la creación de grupos terroristas aparentemente de izquierda fue ampliamente comprobada en Italia y en varios países latinoamericanos. La CIA confesó en las audiencias sobre sus espionajes de ciudadanos norteamericanos haber infiltrado decenas de agentes en el movimiento pacifista. Como sabemos, estos agentes no tienen por función informar solamente, sino esencialmente organizar y activar grupos de provocadores que justifiquen la represión.

Al analizar el grupo de presión que defiende los intereses de la dictadura chilena en Estados Unidos, NACLA pudo demostrar claramente la

42. Los datos sobre el funcionamiento de la PIDE y sus contactos internacionales los extraigo del artículo de René Backmann (1974). Otras publicaciones francesas como *Le Monde* y *L'Express* (véase sobre todo: “L'Italie, le grand complot”, *L'Express*, 9-15 de septiembre de 1974) han recogido y destacado las denuncias sobre el complot italiano y el avance de la derecha en Europa.

actuación articulada de varios grupos fascistas, anticomunistas, conservadores y grupos económicos importantes cuyos intereses están representados en Chile.

Este grupo de presión quizás sea una buena expresión del conjunto de intereses y grupos que pueden conformar un fuerte movimiento fascista o neofascista a escala internacional (NACLA, 1974).⁴³

3) Se han presentado casos no solo de articulaciones internacionales aisladas como a través de la Aginter-Press y la Paladino, sino que, en estos días, se habla claramente de la existencia de una central fascista internacional. En enero de 1975 la policía italiana denunció la participación de elementos fascistas por ella buscados en una reunión internacional en Lyon, Francia. Otros datos confirman la formación de esta internacional. ¿Cuáles son sus vínculos con los servicios de inteligencia y las policías? Esto no está aún definido, pues afecta muchos intereses importantes.

4) Los partidos neofascistas reaparecieron en la vida política occidental. Esto es una señal de endurecimiento del movimiento y su confianza de disponer de un apoyo público significativo. En toda Europa han resurgido esos grupos, pero es indudablemente en Italia el país donde han alcanzado su más alto apoyo (3 millones de votos en 1971, votación luego rebajada en las elecciones siguientes en apoyo de la Democracia Cristiana). Ex militares, profesionales, industriales y hombres de negocios empiezan a declarar públicamente su simpatía por el neofascismo. Esto revela que hay una cierta base social que el fascismo empieza a organizar. Son los vestigios de la pequeña y mediana burguesía en desaparición. A pesar de su disminución numérica y su importancia económica cada vez menor, esta pequeña burguesía aún tiene una cierta presencia política y en una situación de crisis divide sus simpatías entre la izquierda y la derecha. Esto no anularía el hecho anteriormente destacado de su menguada posibilidad de sostener un movimiento de masas e ideológico tan amplio como el nazifascismo de los años veinte y treinta.

La concentración de capital que se hizo a través del mercado común europeo ha llevado a la desesperación a un importante sector de

43. En el mismo número de esta publicación se encuentra un artículo sobre "Investing in the Junta" con la lista de las empresas que han sido beneficiadas por la junta militar.

la pequeña y mediana burguesía que aún sobrevive en ciertas regiones de Europa. Esa reacción tiende a manifestarse en el plano regional por los efectos masivos de la depresión en ciertas regiones generando desempleo, criminalidad, etcétera. Por eso se manifiestan, desde fines de la década del sesenta, fuertes movimientos regionales de carácter pequeñoburgués. El reaparecimiento de las luchas de las minorías nacionales, particularmente en Europa, y del movimiento campesino europeo son una demostración de que todos estos acontecimientos expresan las dificultades que vive la pequeña burguesía en el proceso de concentración violento que se realiza como resultado de la crisis económica.

A pesar que algunos de estos movimientos adquieren eventualmente un matiz de izquierda y de liberación popular, son también la base para el renacimiento en los últimos años de los partidos y movimientos neofascistas, particularmente en Italia pero también en Alemania y otros países europeos.

En Estados Unidos no solo se han expresado esas tendencias en la campaña presidencial de Barry Goldwater, sino que han reaparecido en las de George Wallace y de Richard Nixon, así como en campañas locales como la de Ronald Reagan en California y posteriormente en su intento de candidatura presidencial.

En América Latina, el fortalecimiento del “modelo brasileño” entre 1969 y 1973 (hoy día en plena decadencia) ha permitido no solo un resurgimiento público de los viejos fascistas sino un renacimiento de movimientos similares en todo el continente. La ayuda brasileña fue decisiva para realizar los golpes de Estado parafascistas de Bolivia (1971), Uruguay (1973) y Chile (1973).

En Europa, Grecia, Portugal y España están los tres principales puntos de apoyo gubernamental a los fascistas y los últimos estudios de las conspiraciones de los fascistas italianos han demostrado también cómo en Alemania y Francia representantes de la OAS y de los viejos movimientos fascistas se desempeñan activamente. Es interesante señalar también cómo estos movimientos fascistas han demostrado tener una base de apoyo fuerte dentro del gobierno norteamericano, directa o indirectamente asociados al poder militar (DIA) o a la CIA. En una reunión de uno de los grupos que preparaban el golpe en Italia en diciembre

de 1970, realizada el 7 de ese mes en el gimnasio de la Asociación de Paracaidistas, se escucharon las siguientes palabras proferidas por un hombre de edad, según denuncia de la revista *L'Express*: jóvenes camaradas. Yo soy coronel de la policía. Los comunistas están cerca de tomar el poder en Italia, no lo dudo. Los vamos a sobrepasar pues el gobierno no tiene fuerza para defenderse. Los americanos están de acuerdo, así como Nixon. Vamos a ocupar esta noche los ministerios y la televisión, ustedes no tienen nada que temer, no habrá resistencia excepto quizás en la televisión y además nosotros no estamos solos y pueden, intervenir las fuerzas armadas que están con nosotros, Pero cabe a nosotros empezar.⁴⁴

Los jóvenes recibieron 300 metralletas, fusiles y pistolas automáticas, pero más tarde fueron dispersados por el propio coronel y se cerró 'el episodio. A pesar del tono aparentemente ridículo de este intento, es interesante notar, como se ha demostrado posteriormente, la existencia, detrás de estos movimientos, de importantes sectores de las fuerzas armadas italianas y de la OTAN, su dirección por el propio jefe del servicio de inteligencia italiano y el apoyo de importantes financieros: uno de ellos, preso el 23 de agosto de 1974, era considerado como la mayor fortuna de Génova. (El caso italiano es uno de los más significativos por el grado de infiltración que logró el neofascismo en el propio gobierno de la Democracia Cristiana, a través de sus principales frentes de actuación, el Ministerio del Interior, el Servicio de Inteligencia y las Fuerzas Armadas. Este no es seguramente un fenómeno exclusivo de Italia. Ahí el movimiento se sintió suficientemente fuerte para levantar su cabeza. ¿Y en los otros países europeos?

2. La radicalización hacia la izquierda: el maximalismo

Después de la revolución rusa, los desconocidos bolcheviques saltaron al primer plano de la política internacional. Grupos anarquistas o izquierdistas vieron en la revolución rusa una expresión de revolución libertaria. El desconocimiento de la historia de los bolcheviques (cuyo nombre viene de su condición de *mayoría* en el congreso de la socialdemocracia

44. "L'Italie: le grand complot" (1974).

de 1902) los hizo traducir la palabra rusa *bolche* por más; bolcheviques serían entonces los que luchaban por el máximo: los maximalistas. Desde entonces se ha usado este nombre para caracterizar las tendencias ultras de la izquierda. En contra de estas tendencias en el interior de la Internacional, que conformaron el comunismo de izquierda en el principio de los años veinte, Lenin escribió su panfleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. La localización de las facciones a la izquierda o a la derecha del espectro político del socialismo es en general bastante arbitraria. De cualquier manera, los líderes revolucionarios jamás se preocuparon de presentarse como el más o menos izquierdista. La corrección de una posición política no tiene nada que ver con su mayor o menor ultimatismo, y resulta bastante común que las gentes y partidos se desplacen de izquierda a derecha o viceversa en diferentes situaciones históricas. En los años sesenta, el espectro político internacional estaba marcado por fenómenos importantes:

- › El triunfo de la línea jruschovista en la Unión Soviética e internacionalmente en los partidos comunistas. Esta línea abogaba por la coexistencia pacífica en lo internacional; el avance del socialismo en la Unión Soviética y los países ya socialistas como principal objetivo revolucionario inmediato; la más amplia alianza con las fuerzas democráticas aunque conservadoras de los países industrializados y un programa nacionalista y democrático de frente amplio con las burguesías nacionales en el mundo colonial y periférico. Estas posiciones se planteaban en el marco de una posible evolución pacífica hacia el socialismo a largo plazo, como resultado sobre todo del efecto de demostración de las conquistas socioeconómicas de los países socialistas.
- › La crítica del Partido Comunista Chino a esas posiciones (crítica que empezó dirigiéndose al Partido Comunista de Yugoslavia, después al Partido Comunista Italiano, después a la “camarilla de Jruschov” y en fin al socialimperialismo y la burguesía burocrática), era el otro elemento que enmarcaba el espectro ideológico de la izquierda. En su comienzo eran críticas de izquierda y se orientaban en contra de la confusión entre la coexistencia pacífica entre naciones y la pacificación de la lucha de clases y de la revolución colonial; criticaban asimismo el abandono de la

definición del papel de la lucha armada y de la necesidad de destrucción del Estado burgués por sembrar ilusiones reformistas. En la cuestión colonial, el Partido Comunista Chino continuaba abogando por una línea de liberación nacional y revolución agraria, en contra de los sectores que preconizaban la posibilidad de una revolución socialista en ciertas regiones del mundo colonial, como América Latina. Se oponía también al foquismo y otras tendencias a la acción armada realizada por grupos de vanguardia y llamaban a la preparación de una guerra popular, particularmente en el campo

- › La victoria de la Revolución Cubana y su definición socialista en 1961,causo también un gran impacto en la política internacional. En primer lugar ayudó a radicalizar a movimientos liberales y antimperialistas que pasaron a plantear transformaciones socialistas y a concebir la lucha guerrillera como forma necesaria de la revolución social. El ejemplo de Argelia y de las revoluciones africanas y asiáticas de los años cincuenta y la importancia que tuvo y tenía la guerra de guerrillas en la liberación indochina, hacían creer que esta forma de lucha era imbatible, independientemente de las condiciones sociales que la generaron. Surgió así el “foquismo”, es decir, la concepción de que un grupo de guerrilleros implantado autónomamente lograría hacer irradiar sus acciones e influencias a todo el país hasta convertirse en un ejército revolucionario.
- › A estas concepciones desvirtuadas del papel de la lucha armada y guerrillera en particular, se sumó en los últimos años de la década la influencia anarquista que, retornando las tradiciones de los populistas rusos, postulaba la violencia y el terrorismo como factores revolucionarios en sí mismos. Por otro lado, otra corriente del anarquismo, influida por el movimiento libertario, vino a cruzarse con una interpretación desvirtuada de la revolución cultural china de 1966-1969. Esta corriente veía en el espontaneísmo creciente de las masas (afectadas sorpresivamente por una crisis económica que se habían acostumbrado a creer ya superada) la fuente necesaria de la revolución, concebida como una expresión de liberación del hombre. El “maoísmo”, con el cual nada tiene que ver el pensamiento de Mao Tse-Tung, ha sido la expresión de este espontaneísmo.
- › En fin, estimuladas por la efervescencia política general, reaparecieron viejas corrientes del marxismo que se habían convertido en patrimonio

de minorías intelectuales muy aisladas de las masas. El trotskismo en sus varias corrientes, el luxemburguismo y el blanderismo, en menor escala, vieron reaparecer las condiciones para su manifestación. Tratándose de interpretaciones particulares del marxismo, en función de concepciones rígidas de ciertos aspectos tácticos como el concepto de revolución permanente (transformado en esquema general de concepción del proceso revolucionario del siglo XX) o del concepto de poder obrero o, aún más específicamente, la gestión obrera como clave de la comprensión del socialismo como régimen, estas corrientes se incrustaron en el proceso de efervescencia social de la segunda mitad de la década del sesenta.

Lenin decía que la dialéctica es la capacidad de mirar la realidad desde todos los puntos de vista sin dejarse ahogar por lo particular. Su agilidad de pensamiento siempre fue irreconciliable con cualquier especie de dogmatismo o particularismo táctico.

Las distintas corrientes de la llamada ultraizquierda estaban dominadas por estas visiones particulares y estrechas del proceso revolucionario y se mostraron incapaces de conducir cualquier movimiento revolucionario global. Su auge lo alcanzaron durante las manifestaciones de mayo de 1968 en Francia. Su fracaso ahí y en varias otras oportunidades, provocó una desbandada en sus filas, una gran confusión ideológica y su depresión como movimiento entre 1970 y 1973.

Pero, ¿se puede decir que ha muerto la ultraizquierda? En primer lugar hay que examinar su base social. Toda idea que se apoya en las aspiraciones de una base social persiste como fuerza social a pesar de sus altos y bajos. La base social de estos movimientos tan disparatados en sus orígenes y concepciones es esencialmente la pequeña burguesía intelectual. Este sector ha crecido enormemente en la sociedad capitalista contemporánea y se ha convertido en un nuevo tipo de asalariado (el “nuevo proletariado” según algunos de sus ideólogos).

Debido a las necesidades creadas por la revolución científico-técnica en proceso desde la posguerra, la formación de científicos, profesionales técnicos, artistas y educadores es cada vez más necesaria. Las universidades y las escuelas secundarias se han convertido en enormes centros de producción de estos profesionales y técnicos. Este grupo social no

solo se ha convertido en una masa importante, sino que también ha encontrado en las escuelas un centro de organización como fuerza reivindicativa y política.

Asimismo, esa fuerza social tiende a atraer a sus concepciones a otras capas sociales, como sectores de los obreros más calificados y de las capas más desprotegidas del proletariado, tales como los emigrantes, los no calificados, los desempleados. Atrae sobre todo a la juventud pequeñoburguesa y canaliza la rebelión de jóvenes burgueses.

Estos sectores sociales odian la disciplina y la jerarquía que tanto admiran los obreros organizados, tienden a ver en la miseria el origen de la revolución, buscan en la crítica de la dominación cultural burguesa sus principales factores de motivación y movilización, ven en el heroísmo la expresión más fiel del revolucionario y en la violencia una expresión redentora de los desesperados. Tienen un gran desprecio por las consideraciones tácticas y pragmáticas; odian a los proletarios que alcanzan más altos niveles de consumo, que pueden estudiar y que buscan actuar disciplinadamente; y también odian a sus dirigentes, a quienes califican de corrompidos por las negociaciones con la burguesía. Estas características ideológicas y psicológicas de los movimientos revolucionarios ultraizquierdistas alcanzan mayor o menor receptividad social en el proletariado de acuerdo con las condiciones históricas. En circunstancias de crisis del sistema, tal como las vivimos desde 1967, tiende a crecer. Es una expresión no articulada de la rebelión de los propios trabajadores en contra del burocratismo, del reformismo, de la capitulación, del cretinismo parlamentario, de la corrupción que se desarrollan en las etapas de estabilidad económica.

De esta manera, se puede notar que las ideas agitadas por la llamada ultraizquierda han encontrado eco en sectores cada vez más significativos del movimiento obrero y se han incorporado, con modificaciones a veces cualitativas, en los programas de facciones de la socialdemocracia, de los socialistas y de los partidos comunistas.

Los procesos históricos nunca son el resultado de la acción de un solo sector social o una sola fuerza política. El triunfo de los bolcheviques en Rusia, por ejemplo, solo fue posible con la adopción, por su parte, del programa agrario de los socialistas revolucionarios. La victoria de

parte del programa de la oposición trotskista en los años veinte, solo fue posible cuando fue asimilado por los viejos bolcheviques y la burocracia naciente, dirigidos por Stalin, en 1927-1933.

Las ideas que estimularon la imaginación del importante sector social que impulsó estos movimientos ultras solo se impondrán si cuentan con el apoyo del proletariado organizado. Pero este no deberá ser arrastrado por esas ideas, sino que deberá incorporarlas a su propio programa, a su concepción estratégica y a su ritmo de lucha. En la medida en que el movimiento obrero asume una posición ofensiva y abre la perspectiva de un camino de transformación revolucionaria, aunque limitadamente, logra disminuir sus diferencias con estos sectores sociales e incorporarlos a su programa y a su liderazgo político. La unidad de izquierda lograda en Francia es una prueba de esto. El proletariado moderado que se vio arrastrado a una huelga general, nacida de la agitación anarquista, arrastra hoy a estos sectores hacia el apoyo a su política electoral, que asume el carácter de un frente de trabajadores y supera el inmovilismo de los años sesenta.

Dadas las características sociales del capitalismo monopolista de Estado, en el cual representan un importante papel las capas proletarizadas de la intelectualidad, dado el creciente número de desempleados causados por la crisis del sistema y agravado por sus tendencias estructurales a una menor incorporación de mano de obra, se puede suponer que estas fuerzas sociales continuarán vivas, produciendo movimientos e ideas políticas que deberán representar un papel importante en los procesos revolucionarios en curso.

Un régimen de producción socialista es el único capaz de disciplinar estas fuerzas, organizar su capacidad creadora y encauzarlas en favor de la liberación del hombre, a través de la revolución científico-técnica. Por otro lado, solo el socialismo puede liquidar el desempleo y asimilar estas vastas masas desempleadas. Es natural por lo tanto que estos sectores sean más radicales y presurosos que el proletariado organizado, el cual, por su fuerza organizativa económica y social, dispone de un margen mayor de negociación dentro del sistema capitalista. Pero el proletariado organizado no puede volcarse hacia sí mismo e ignorar la suerte de otros sectores sociales que solo a través de su dirección pueden resolver los apremiantes problemas que los agobian.

El camino del frente de trabajadores que unifica al conjunto de los sectores populares del capitalismo contemporáneo (los asalariados urbanos y rurales, del sector de servicios, técnicos y profesionales y los pequeños propietarios urbanos y rurales destruidos por el gran capital) bajo la dirección del proletariado a través de un gobierno popular que destruya el poder del monopolio, profundice el capitalismo de Estado, inaugure un poder popular activo y abra camino hacia una nueva sociedad socialista es el Único capaz de disminuir las tensiones entre esos sectores, aislar al gran capital y provocar el impulso revolucionario de las masas aplastadas por la crisis económica transformando su rebeldía latente en factor de transformación social revolucionaria.

TERCERA PARTE

DEPENDENCIA Y REVOLUCIÓN

V. La teoría del desarrollo y su crisis

América Latina vive una crisis profunda. Crisis económica marcada sobre todo por una baja de las tasas de crecimiento y un endeudamiento internacional progresivo que hace distinguir las décadas del sesenta y del setenta de los años optimistas de la década del cincuenta. Crisis política e institucional marcada por los sucesivos golpes de Estado al lado de los movimientos populares de creciente radicalización. Crisis social caracterizada por la profunda conciencia de la necesidad de reformas estructurales. Crisis ideológica caracterizada por el fracaso del populismo y el choque de nuevas posiciones radicalmente divergentes al lado de una perplejidad evidente en vastos sectores sociales.

No es el momento de profundizar el análisis de esta crisis general.⁴⁵ Lo importante para este capítulo son las consecuencias de esta situación en las ciencias sociales.

45. Un intento de análisis de la crisis en Brasil y América Latina se encuentra en mi trabajo *Socialismo o fascismo: El nuevo carácter de la dependencia y el dilema de América Latina*.

En la década del cincuenta, las ciencias sociales latinoamericanas se han caracterizado por un gran optimismo, que crecía junto a la confianza en sí misma de una intelectualidad que buscaba afirmarse como tal.

En esencia, se desarrolló una actitud crítica frente a la producción científica de Europa y Estados Unidos. Esta actitud crítica ha llegado al extremo romántico de tratar de crear una ciencia social latinoamericana.⁴⁶ En lo fundamental tal actitud crítica ha generado una temática latinoamericana propia. Este es su aspecto principal y positivo.

Sin embargo, a la actitud crítica frente a la “perspectiva de los centros coloniales”, no siguió una postura similar respecto a las tendencias de desarrollo interno y a las contradicciones de este desarrollo.

1. Los supuestos de la teoría del desarrollo

La teoría del desarrollo se caracterizó, como disciplina independiente (en América Latina o en otras partes), durante todo este período de nacimiento, por el análisis tanto de los obstáculos que las estructuras arcaicas imponían al desarrollo como de los medios para realizar las metas de este.

Por esta razón, el grueso del análisis teórico y empírico se centró esencialmente en el estudio de las llamadas “estructuras tradicionales”, consideradas como las causantes del subdesarrollo.

Sobre el problema en la economía, ver Osvaldo Sunkel y Aníbal Pinto (1964), y Celso Furtado (1966: 5-11). Otros artículos de interés: Octavio Ianni (1966: 154-182), y el trabajo polémico de Antonio Octavio Cintra (1966). Véase también Theotônio dos Santos (1966: 13-18).

Uno de los más profundos apuntes sobre el tema está en Wanderley Guilherme (1966: 77-94). Véase también el libro de Costa Pinto, *La*

46. Se ha producido y se produce todavía un largo debate sobre el papel del científico social en América Latina. Las posiciones básicas se encuentran en los siguientes trabajos: Guerreiro Ramos ha lanzado esta discusión en la sociología con su “Cartilha brasileira do aprendiz de sociólogo” seguida de su Reducción Sociológica. En la misma línea se puede incluir el trabajo de Camilo Torres Restrepo (1966: 30-40). En la posición más opuesta a este están los trabajos de Gino Germani, *La sociología en América Latina*, y John Galtung (1965). Otros trabajos importantes: James Petras (1966: 433-466), Torcuato di Tella (1966), Juan F. Marsal (1966). Un artículo muy ponderado es el de Jorge Graciarena (1965: 231-242). Véase también el trabajo de Anibal Quijano, “Imagen y tareas del sociólogo en la sociedad peruana”, separata de la revista *Letras*, N° 74-75.

sociología del cambio y el cambio de la sociología, y el de Florestan Fernandes, *A Etnología e a Sociologia no Brasil*, que marcan una posición propia dentro de esta amplia discusión que incluye muchos trabajos más. En el *Congreso Latinoamericano de Sociología*, dedicado al estudio de “La sociología en América Latina”, realizado en Costa Rica en 1974, se produjeron varios trabajos sobre el desarrollismo y la teoría de la dependencia que serán comentados posteriormente.

Claro está que este enfoque que describimos de manera muy general⁴⁷ se basa en algunos supuestos no explicitados y, en algunos casos, inconscientes.

Las distintas teorías del desarrollo tienen evidentemente grandes diferencias de enfoque y han evolucionado hacia formas nuevas en las décadas del cincuenta y sesenta. Esta evolución fue un reflejo de los cambios, sea de los intereses de las distintas fuerzas participantes en el desarrollo o en su retraso, sea de las mismas dificultades teóricas planteadas por los varios intentos de explicar el subdesarrollo y el desarrollo. Nuestro intento de reducirlas todas a un esquema único, tomando de ellas únicamente los que consideramos elementos esenciales, puede provocar muchas críticas. Sin embargo, este procedimiento es legítimo como discusión de los principios epistemológicos que orientan posiciones completamente divergentes desde otros puntos de vista.

Podríamos resumir estos supuestos en los siguientes:

- › Se supone que desarrollarse significa dirigirse hacia determinadas metas generales, que corresponden a un cierto estadio de progreso del hombre y de la sociedad cuyo modelo se abstrae a partir de las sociedades más desarrolladas del mundo actual. A este modelo se le llama sociedad moderna, sociedad industrial, sociedad de masas, etcétera.
- › Se supone que los países subdesarrollados avanzarán hacia estas sociedades una vez que eliminen ciertos obstáculos sociales, políticos, culturales e institucionales. Estos obstáculos están representados por las “sociedades tradicionales”, o los “sistemas feudales”, o los “restos feudales”, conforme a las distintas escuelas de pensamiento.

47. Un balance más detallado se encuentra en los trabajos de Andre Gunder Frank (1967: 20-75); Fernando Henrique Cardoso (1965: 178-98); y en Ives Lacoste (1965) *Géographie du sous développement*.

- › Se supone que es posible distinguir ciertos procedimientos económicos, políticos y psicológicos que permitan movilizar los recursos nacionales en forma más racional y que estos medios pueden ser catalogados y usados por la planeación.
- › A esto se agrega la necesidad de coordinar ciertas fuerzas sociales y políticas que sustentarán la política de desarrollo. Asimismo se resalta la necesidad de una base ideológica que organice la voluntad nacional de los distintos países para realizar las “tareas” del desarrollo.

2. Modelo y formalismo

Se puede criticar estos supuestos, y ello encierra también una crítica esencial a la teoría del desarrollo que pretenda convertirse en una disciplina específica.

En primer lugar, el modelo de sociedad desarrollada es el resultado de una abstracción ideológica (porque es formal y por tanto ahistórica).

¿Qué es una sociedad desarrollada?

Los modelos conocidos son Estados Unidos, Europa, Japón y la Unión Soviética. Según se cree, tratase de “llegar” a estos estadios de desarrollo. Se pretende, pues, que se repetirá la experiencia histórica de estos países⁴⁸ o por lo menos, que se llegará a un modelo de sociedad semejante a las existentes. En general, se ha pretendido que es posible reducir el desarrollo a un modelo formal cuyo contenido sería factible de variación histórica. Por ejemplo, se supone que el desarrollo exige un agente impulsor, que tanto puede ser el empresario (como en el caso de los países capitalistas) como el Estado (en el caso de los países socialistas). Las diferencias entre los dos regímenes sociales quedan reducidas, en este y en otros aspectos, a simples cuestiones de variables de contenido distinto pero con la misma función. Pero este supuesto no tiene ninguna validez científica, porque se funda en principios ahistóricos. No hay ninguna posibilidad histórica de que se constituyan sociedades que alcancen el mismo estadio de desarrollo de aquellas que hoy son desarrolladas. El tiempo histórico no es lineal. No hay posibilidad de que una sociedad

48. En cuanto a este aspecto de las dificultades de repetir la experiencia histórica de los países desarrollados, hay una conciencia bastante difundida en los países subdesarrollados.

se desplace hacia etapas anteriores de las sociedades existentes. Con la formación de una economía mundial única a partir del siglo XVI, todas las sociedades se mueven paralelas y juntas hacia una nueva sociedad. Las sociedades capitalistas desarrolladas corresponden a una experiencia histórica completamente superada, sea por sus fuentes básicas de capitalización privada basada en la explotación del comercio mundial, sea por la incorporación de amplias masas trabajadoras a la producción industrial, sea por la importancia del desarrollo tecnológico interno de estos países. Todas esas condiciones históricamente específicas no se pueden repetir hoy día.

Las sociedades socialistas desarrolladas corresponden a la experiencia histórica del “socialismo en un solo país”, o del “socialismo en un solo bloque”, que significaron una experiencia de “acumulación primitiva socialista” en detrimento del sector agrícola-campesino, basada en la instalación completamente nacional de la industria pesada y, por último, en la ausencia de un comercio externo, lo que generó la llamada “cortina de hierro”. Así pues, los “modelos” de desarrollo existentes no se pueden repetir y tampoco los “modelos” de sociedad desarrollada son cristalizaciones de metas por alcanzar. La experiencia del desarrollo de los actuales países subdesarrollados tiene que ser analizada, pues, como una experiencia específica que se da en ciertas condiciones históricas específicas. De ahí la necesidad de definir estas condiciones históricas que dan el marco posible de un proceso de desarrollo. La ciencia del desarrollo (sociología o economía) solo es ciencia cuando abandona el supuesto de una meta formal por alcanzar y del camino para alcanzarla y se lanza a la comprensión del desarrollo como proceso histórico.

3. Los obstáculos al desarrollo

Otro error fundamental de enfoque es centrar el estudio en las resistencias al cambio de las sociedades tradicionales. Ciertamente es que las estructuras formadas en el período colonial-exportador tienen una gran capacidad de resistencia y sobrevivencia. Pero esto no se debe fundamentalmente a ellas, sino al carácter mismo del proceso de desarrollo en nuestros países dependientes.

Si se continúa limitando el enfoque a las resistencias económicas, sociales, políticas, culturales e institucionales de la sociedad tradicional, es imposible alcanzar una explicación de los problemas fundamentales de la crisis latinoamericana.

Por esto hay que centrar el análisis, no en una relación abstracto-formal entre dos estadios o sistemas (tradicional vs. moderno, capitalista vs. feudalismo), sino en el modo de ser de estas sociedades concretas, históricamente dadas, que son las sociedades subdesarrolladas o, mejor dicho, como lo plantearemos después, las sociedades dependientes.

El objeto de la teoría del desarrollo no puede, pues, ser el describir un tránsito desde una sociedad que no se conoce efectivamente hacia una sociedad que no va a existir. Es decir, el objeto de la teoría del desarrollo tiene que estar constituido por el estudio de las leyes del desarrollo de las sociedades que queremos conocer.

Cabe definir en qué medida estas leyes son específicas de estas sociedades y en qué medida se las puede identificar con las leyes del desarrollo de los países desarrollados, sean capitalistas o socialistas.⁴⁹

El desarrollo no es, pues, una cuestión técnica ni tampoco una transición dirigida por tecnócratas y burócratas hacia una sociedad definida por modelos más o menos fundamentados en la abstracción formal de experiencias pasadas.

El desarrollo es una aventura de los pueblos, de la humanidad. Cabe, pues, definirlo y estudiarlo con una amplitud de vista y de enfoque que rebase los límites de los técnicos, burócratas y académicos.

4. Utilización óptima de los recursos

El tercer supuesto está íntimamente ligado a los dos primeros. Es decir, la suposición de que se puede codificar la utilización óptima de los recursos. Aunque menos comentados, son grandes los problemas planteados por las experiencias históricas específicas de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Alemania Democrática. Estas situaciones específicas conducen a formas

49. Es evidente el desconcierto de algunos teóricos frente a la especificidad de la experiencia de los desarrollos chino y cubano, desconcierto que crece en la medida en que Corea del Norte y Vietnam del Norte, más Rumania y Albania afirman, como antes lo había hecho Yugoslavia, la especificidad histórica de su camino hacia el socialismo.

específicas de socialismo (a pesar de no ser esto contradictorio con una unidad básica del sistema y de los países socialistas) y a políticas específicas que corresponden a los distintos estadios nacionales del desarrollo socialista. Las contradicciones internas dentro del bloque socialista solo serán resueltas cuando se llegue a un rompimiento de la camisa de fuerza de los viejos modelos de relaciones entre los gobiernos socialistas y del internacionalismo proletario y se alcance por tanto un nuevo tipo de relaciones inter-socialistas que atiendan a los intereses específicos de los diversos países y redefinan sus intereses generales en función de estos cambios básicos. Es necesario señalar, sin embargo, que los cambios tienen que darse profundamente también en el interior de estas sociedades en una teoría del desarrollo. Esta suposición se fundamenta en los dos supuestos anteriores: 1) hay metas de desarrollo definibles como tales; y 2) la utilización óptima de los recursos depende de ciertos procedimientos que son característicos de las sociedades modernas, racionales, industriales, o de masas, etcétera.

La utilización racional de los recursos tiene que referirse a una situación histórica dada. Lo racional lo definen los hombres y los hombres son históricos y pertenecen a ciertas sociedades y agrupamientos concretos, históricamente dados. Esto quiere decir que la racionalidad de una medida económica o política solo puede ser definida a través de un conocimiento de la naturaleza del sistema social en que se da esta medida.

Algunos ejemplos pueden aclarar este planteamiento: lo que es “racional” en un país desarrollado capitalista como, por ejemplo, el derroche y la industria militar, no lo sería para los países socialistas adelantados.

Lo que fue racional para la Unión Soviética (destinar sus recursos fundamentales a la industria pesada), no lo era para los países de Europa socialista, como lo demostró la explosión antistalinista en estos países, y así sucesivamente.

Una crítica especial merece la idea de que la planificación es característica general de la sociedad moderna, sea socialista o capitalista. La planificación socialista somete las leyes ciegas del mercado, de la competencia, etcétera, al control político de la sociedad. La programación capitalista trata de guiar estas fuerzas ciegas en interés de las mismas fuerzas que crean el carácter anárquico fundamental de la sociedad capitalista: la propiedad privada y la ganancia. Confundir las dos formas

de acción humana sobre su realidad social solo es posible a través de un razonamiento formal que confunde las similitudes aparentes con las conexiones reales que existen entre los hombres.

Todo esto demuestra el peligro de codificar formalmente, en una teoría “general”, los procedimientos que deben ser adoptados o creados en situaciones concretas. Y sobre todo revela el peligro de una abstracción formalista.

5. Ideología del desarrollo

Así también rechazaríamos la posibilidad de una ideología general del desarrollo. Las ideologías distintas corresponden a distintos intereses sociales, básicamente a distintas clases sociales. El desarrollo de nuestros países no puede resolver por sí solo las contradicciones de clase, como este tipo de enfoque haría suponer.

Las clases interesadas en el desarrollo son distintas y buscan diferentes vías de desarrollo. Por tanto, hay necesariamente modos no solo distintos sino opuestos para definir lo que el desarrollo es y cuáles son los medios para lograrlo. Corresponde a la ciencia social definir correctamente estos caminos, partiendo del análisis de los intereses globales de las clases sociales. La ciencia debe estudiar la viabilidad práctica de estos distintos caminos. Siempre será errado, sin embargo, el negarse a analizar estos intereses opuestos que determinan el proceso real, en nombre de la objetividad. La descripción empírica de los hechos aparentes oculta los aspectos esenciales de la realidad. Hay que acompañarla de un análisis global de la sociedad. Negarse a enfrentar este problema es una actitud ideológica:

6. Algunas conclusiones sobre la Teoría del Desarrollo

Podríamos resumir esta discusión en los siguientes puntos:

- › La teoría del desarrollo debe situarse en la perspectiva del análisis del proceso de desarrollo tomado en sus distintas situaciones histórico-concretas.
- › Cabe a tal teoría abstraer, en estas condiciones históricamente delimitadas, las leyes generales del desarrollo de las sociedades concretas definidas por la investigación.

- › Al definir esas leyes, la teoría del desarrollo tendrá siempre presente las contradicciones internas de este proceso y deberá abandonar todo intento formal de reducirlo a la transición unilineal de un tipo de sociedad a otra. Más bien la teoría habrá de mostrar en qué medida estas contradicciones tienen dentro de sí alguna fuerza que pueda conducir el conjunto de la sociedad a formas superiores de organización. Estas fuerzas y las formas sociales que involucran se presentan de manera general en la realidad presente como tendencias y no como modelos futuros a los cuales deberemos llegar.

Esta crítica teórica y metodológica es muy importante para comprender de antemano las dificultades del modelo de desarrollo que se produjo en América Latina en el período optimista de los años cincuenta.

Nos corresponde ahora definir los elementos generales de este modelo implícito del desarrollo latinoamericano que ha predominado en las ciencias sociales durante muchos años. Nuestro objetivo es (como lo hicimos con los supuestos de la teoría del desarrollo) reducir esquemas y conceptos, que pertenecen a posiciones a veces en pugna, a un modelo único de desarrollo para Latinoamérica que a nuestro parecer orientó y aún orienta en 1 gran parte tanto la investigación científica y las políticas de gobierno cuanto los programas de los partidos y organizaciones políticas.

VI. El modelo de desarrollo de América Latina entra en crisis

1. Las condiciones históricas del subdesarrollo

La ciencia social que predominó en nuestros países hasta recientemente ha entendido a América Latina como una región subdesarrollada en la cual este subdesarrollo se habría producido por la supervivencia de una economía y sociedad feudales, al lado de una economía exportadora y monocultora, cuyo desarrollo empezó en el siglo XIX y se caracterizó como un tipo de desarrollo “hacia afuera”, es decir, un desarrollo basado en la exportación de productos primarios y la importación de productos manufacturados.

La supervivencia de una economía agraria feudal y latifundista provocaba una situación de desequilibrio social y económico, de miseria y de malas condiciones alimenticias y de salud, etcétera, situación que

se reflejaba particularmente en el desequilibrio de la distribución del ingreso.

Por otro lado, el desarrollo hacia afuera habría mantenido a nuestros países en una condición de retraso industrial, tecnológico e institucional que sometía sus economías a la dependencia del comercio externo, situación que se habría hecho muy seria después de la guerra de Corea debido a la baja de los precios de los productos primarios en el mercado internacional.

En la medida en que los precios de los productos primarios tendían a bajar, el de los productos manufacturados tendía a aumentar, lo que generaba términos de intercambio cada vez más desfavorables para los países subdesarrollados.

La única solución para estas economías sería la industrialización que permitiría crear un mecanismo de “desarrollo hacia adentro”. Es decir, un desarrollo orientado hacia el mercado interno de estos países. Este proceso de industrialización se realizó desde la primera guerra mundial, particularmente a partir de la crisis del 29, en la época de la segunda guerra y de la posguerra, por el mecanismo de la “sustitución de importaciones”. La sustitución de importaciones se acentuó en los momentos en que hubo dificultades para importar productos manufacturados del exterior (como durante las dos guerras y durante la crisis económica del 29). Para atender al mercado existente para estos productos, antes atendido desde el exterior, se crearon las primeras industrias nacionales.

Tratábase, pues, de acelerar este proceso de “sustitución de importaciones” haciéndolo evolucionar de las industrias ligeras del primer período hacia las industrias de base, lo que hacía necesarias las obras de infraestructura, que deberían ser dirigidas en general por el Estado. Reuniendo todos estos factores, más el auxilio del capital extranjero, se instalaría una industria nacional fundada en la expansión del mercado interno. No es necesario entrar en los detalles de estas políticas de desarrollo asentadas en la defensa de las divisas obtenidas con la exportación, en el estímulo y protección a la industria nacional y en el planeamiento de la utilización de los escasos recursos financieros (sobre todo las divisas). Junto a esto, se insistía en la necesidad de una política internacional de defensa de los precios de los productos exportados y de

canalización de ayuda externa que permitiría disminuir la brecha entre los países desarrollados y subdesarrollados. Por último, este esquema general se completó con observaciones de carácter sociológico acerca de los efectos de este desarrollo sobre la estructura social y acerca de la necesidad de adaptar la superestructura de la sociedad a sus exigencias.

2. El camino del desarrollo

Podríamos resumir en cinco tesis básicas el modelo de desarrollo que se elaboró en América Latina, como una aplicación de la concepción teórica que criticamos en el primer capítulo. Esas tesis son las siguientes:

- › El cambio desde un desarrollo “hacia afuera y hacia un desarrollo “hacia adentro” sacaría a los países subdesarrollados de la dependencia del comercio exterior y generaría una economía controlada desde dentro de sus fronteras. Estos cambios se definían como el proceso de “transferencia de los centros de decisión hacia adentro y de las economías subdesarrolladas. Se hablaba también del cambio de un desarrollo “inducido” por las situaciones incontrolables del comercio mundial hacia un desarrollo nacional planeado por su propio poder nacional.
- › Otro efecto que se esperaba como resultado de la industrialización sería el debilitamiento del poder de las oligarquías tradicionales dedicadas a la producción para el comercio exterior (latifundistas, dueños de minas y comerciantes exportadores) y una consecuente redistribución del poder nacional con miras a una mayor participación de las clases medias y de los sectores populares; es decir, se esperaba una democratización política.
- › Esta democratización se relaciona con una tendencia hacia una mayor redistribución del ingreso, o mejor, hacia una sociedad de consumo de masas como se creía (y se cree todavía) que es Estados Unidos.⁵⁰ Es decir,

50. En los años cincuenta, la prosperidad del capitalismo mundial generó un optimismo tal que llegaron a negarse incluso las teorías sobre el carácter cíclico del sistema, ampliamente confirmado por la experiencia de la crisis del 29. Tal empirismo afectó incluso al pensamiento marxista desmoralizado por previsiones de crisis que no sucedieron. Los asesores de John Kennedy también confiaron en estas teorías que apuntaban hacia un cambio de calidad del capitalismo que lo hacía inmune a las crisis, al subconsumo, etcétera. La vitalidad del capitalismo ha hecho aumentar este clima optimista explícito en las obras de Galbraith, Rostow, Hoselitz, etcétera. Sin embargo, tal política hizo más fuertemente patente

la industrialización integraría a las masas urbanas y rurales al sistema productivo moderno capitalista, como productoras y consumidoras.

- › La creación de un centro de decisión económica nacional a través de la conversión de la economía “hacia adentro”, la consecuente democratización política por medio del debilitamiento de las oligarquías y el fortalecimiento de las clases medias y la integración económica de los sectores populares en una sociedad de consumo de masas conformarían una sociedad nacional independiente cuya expresión final sería un Estado nacional independiente.

Este Estado no sería un Estado liberal sino intervencionista, pero siempre respetuoso de la iniciativa privada. Tal sería el “Estado desarrollista”.

- › En fin, en el plano de la conciencia, se esperaba que el desarrollo industrial, al crear las bases de una sociedad independiente, permitiría superar nuestro retraso científico, tecnológico y cultural. Básicamente, se confiaba en que desaparecerían las bases de la llamada “alienación” cultural de América Latina.

Por alienación cultural se entendía el proceso por el cual la cultura latinoamericana era una simple repetición de la cultura dominante en los centros coloniales. Los intelectuales de América Latina miraban sus países desde la perspectiva de los centros metropolitanos, en función de los intereses, los patrones y los valores de la metrópolis.

Esta alienación era la clave de la supervivencia de la situación del subdesarrollo. De ahí provenía la necesidad de desarrollar una conciencia crítica que liberaría a Latinoamérica de esa condición. Esta conciencia crítica se manifestaría en una “ideología del desarrollo” que uniría las voluntades y los intereses nacionales en torno a las metas de la sociedad nacional independiente.

el otro lado de la prosperidad capitalista. La explosión del problema negro, la cuestión antes olvidada de la pobreza, la acentuación del Estado militarista, la política externa reformista alternada con los golpes militares, las revelaciones sobre la CIA, la rebelión de la juventud universitaria norteamericana, culminan en la crisis mundial del dólar y en el fracaso de la guerra de Vietnam. Todos estos problemas han sido documentados en varios libros, reportajes y artículos, y hacen tambalearse a todas las teorías de la sociedad de masas, sociedad afluente, sociedad industrial, etcétera. En fin, la crisis general del capitalismo, a partir de 1967, acentuada en 1969-1971 y profundizada entre 1974-1975, ha hecho trizas tal optimismo, como lo hemos demostrado en la segunda parte de este libro.

Claro está que este modelo, aunque predominante, no fue el único que existió en Latinoamérica. Se pueden distinguir distintas posiciones dentro de los marcos generales que queremos abstraer. Estas distintas posiciones van hacia la derecha o hacia la izquierda. Las posiciones más a la derecha, si podemos decir así, pretendían disminuir la importancia de la condición colonial y ponían énfasis en los cambios menos estructurales como, por ejemplo, la mayor racionalidad de la conducta, la modernización económica, el desarrollo tecnológico, la ayuda del capital extranjero, la necesidad de una sociología y una economía del desarrollo que no destruyeran, sin embargo, la universalidad de la ciencia, etcétera.

La posición más a la izquierda (como arbitrariamente la estamos clasificando) trataba de acentuar el carácter colonial de la economía, la necesidad de cambios estructurales, rechazaba (excepto bajo estricto control) el capital extranjero y planteaba la necesidad de una sociología y una economía latinoamericanas que “asumieran” la perspectiva de los países subdesarrollados. Como destacamos en otro trabajo: la ideología desarrollista y nacionalista ha asumido un carácter dominante en América Latina, particularmente en los países que se industrializaron más rápidamente. Creemos que este carácter dominante es resultado de los intereses de clase que esa ideología refleja en sus formas más puras. Es decir, la clase burguesa industrial formada en los años treinta, en un período de debilitamiento del capital extranjero en América Latina y en los demás países subdesarrollados debido a la crisis del 29 y la segunda guerra mundial, se ha convertido en la clase dominante en nuestros países (en los más industrializados ya en los años cuarenta; en los otros países alcanzó predominio en los años cincuenta y sesenta, aunque bajo control del capital extranjero). Así, tanto las clases medias (particularmente los técnicos e intelectuales), como el movimiento obrero (peronista, varguista, sectores del aprismo, etcétera) e incluso los movimientos campesinos (revolución mexicana; Cárdenas en particular, con la nacionalización del petróleo y la reforma agraria; revoluciones boliviana, guatemalteca, etcétera), todas las clases sociales, se mueven culturalmente en el cuadro del pensamiento de la clase hegemónica: el desarrollismo y el nacionalismo. Este ha sido el horizonte ideológico que

ha delimitado el pensamiento latinoamericano actual.⁵¹ Y es en el marco de este horizonte donde debemos situar el modelo de desarrollo cuyos elementos comunes perseguimos abstraer de entre las varias posiciones particulares en las ciencias sociales latinoamericanas.

3. La crisis del modelo de desarrollo

Los hechos históricos han generado una crisis muy seria en las ciencias sociales de Latinoamérica. La década optimista fue seguida de una década de pesimismo caracterizada por la estagnación económica y por el fracaso de las políticas de desarrollo. Tomemos, a modo de obertura, los testimonios de sus principales responsables. A mediados de la década del 60, más precisamente hasta 1967, cundía el pesimismo en las esferas oficiales.

Después de referirse a los objetivos de la “década del desarrollo” propuesta por las Naciones Unidas, Felipe Herrera, entonces presidente del BID constataba:

Sin embargo, transcurrida ya más de la mitad del decenio de los sesenta, la “brecha” entre uno y otro mundo se agranda, lejos de irse cerrando paulatinamente, como se esperaba. En efecto, en 1970, de seguir las tendencias actuales, las naciones desarrolladas de la organización de Cooperación y Desarrollo Económico (es decir, Europa occidental, Estados Unidos, Canadá y Japón) habrán incrementado su riqueza, en relación con 1960, en 600.000 millones de dólares, creciendo a un promedio anual de casi 5% e incrementando su ingreso o promedio anual per cápita a más de 2.200 dólares. El mundo en desarrollo, entretanto, solo ha crecido al 4% bruto. A esto hay que añadir sus tasas más altas de expansión demográfica. De todo lo cual resulta que mientras las naciones desarrolladas habrán, en la década del sesenta, acrecentado sus riquezas en un 50%, el mundo en desarrollo que abarca las dos terceras partes de la población mundial seguirá debatiéndose en la miseria y la frustración. Ni por la vía del comercio ni por la de la ayuda financiera se

51. Lukács, George (1975) en *Historia y conciencia de clase*, creó el concepto de conciencia posible que aplicamos aquí y esclarecemos en nuestro ensayo sobre clases sociales: El concepto de clases sociales.

ha avanzado hacia esta redistribución internacional de los ingresos a que nos referíamos y así quedó reflejado en los debates de la reunión de Washington (del BM y del FMI). (Herrera, 1967)

A este testimonio se agregan los trabajos de Raúl Prebisch⁵² otro responsable directo del modelo de desarrollo vigente en la década del cincuenta y puede completarlo el informe anual de 1967 de CEPAL, donde se planteaba la situación global de estagnación:

En la evolución de la economía latinoamericana en 1966, se advierten nuevamente los dos rasgos que la vienen caracterizando desde hace varios años: la lentitud y la irregularidad del crecimiento económico. El producto bruto por habitante se mantuvo prácticamente estacionario para la región en su conjunto después de dos años consecutivos en que había crecido a tasas relativamente satisfactorias que sucedían a otros años depresivos? Los datos de crecimiento del producto bruto latinoamericano han cambiado desde el final de la década del sesenta hasta 1974. Se ha acelerado significativamente el crecimiento del PB a una media del 6,9% al año entre 1970 y 1973. Estos datos están fuertemente influidos por el “milagro brasileño”, puesto que este país cuenta con cerca del 30% del producto de la región. Si excluimos este país, la tasa de crecimiento del conjunto baja a 5,3% (CEPAL, 1974).

Por otro lado, el excepcional aumento de precios de materias primas y productos agrícolas del período, que permitió una mejora del 13% en relación a los precios de intercambio para la región, tuvo una gran influencia en el producto total. Al mismo tiempo crecieron enormemente las importaciones. En el período que transcurre de 1965 a 1972 el crecimiento del producto interno bruto ha sido siempre inferior al de las importaciones. La tasa de inversión también ha crecido significativamente (CEPAL, 1967).⁵³

En 1974 y particularmente en 1975 se deberá asistir a una baja de estos indicadores. En primer lugar porque el “milagro brasileño” ha llegado

52. En particular, su primera discusión global de las teorías que él mismo ha desarrollado: Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano.

53. El extracto del informe de 1967 confirma esta tendencia. El informe de 1967 agrega un año más de disminución de la tasa de crecimiento.

a su límite y se prevé una significativa disminución del ritmo de crecimiento. En segundo lugar porque los precios de los productos agrícolas y de las materias primas empiezan a bajar fuertemente en el segundo semestre de 1974. La tasa de inversión deberá caer también, como consecuencia de la crisis económica internacional.

De esta manera los índices económicos favorables que configuraban un relativo auge económico de la región (más específicamente, de algunos países importantes de la misma) en vez de anunciar una real superación de sus dificultades y de su retraso relativo deberá dar lugar a un nuevo período de bajas tasas de crecimiento económico global.

Frente a este fracaso, precisamente en el período en que los gobiernos latinoamericanos adoptan medidas de planificación y en que existe clara aceptación de las principales tesis desarrollistas, ha sido inevitable la crisis de todo el modelo de desarrollo y también de la ciencia social en que se fundamenta.⁵⁴

La crisis se hace aún más profunda cuando se examinan las principales expectativas del modelo de desarrollo.

1. El paso del desarrollo hacia afuera al desarrollo hacia adentro generaría mayor independencia del comercio exterior y llevaría el centro de decisión hacia dentro de la economía.

La realidad es, sin embargo, más compleja:

a) En lo que se refiere al comercio exterior, se esperaba que la sustitución de importaciones generase una situación tal que, al fabricarse los principales productos en el país y al no depender esencialmente de la importación de productos manufacturados, los países en desarrollo

54. El clima de optimismo en la renovación de los patrones de dependencia generado por los 5 años de crecimiento sostenido en Brasil y algunos países no fue suficiente para restablecer completamente la confianza en las tesis del desarrollismo. La discusión se ha concentrado más bien en una discusión sobre la tesis de la "estagnación o estancamiento" sostenida apresuradamente por los desarrollistas apabullados por los datos de 1961 a 1966-1967 y la tesis del desarrollo o crecimiento dependiente enunciada en varios trabajos de los estudios de la dependencia. El informe de la CEPAL de 1973 sobre la situación social de la región refleja este escepticismo sobre los resultados de este crecimiento o desarrollo reciente: "La expansión a ritmo diferente de las actividades más 'modernas' y de productividad relativamente elevada, con sus características actuales, a un ritmo de crecimiento previsible y con insumos de capital y tecnología también previsible, no augura grandes avances hacia la superación de la heterogeneidad estructural mediante la incorporación de la mayor parte de la población que hoy subsiste fuera de ellos. De hecho la heterogeneidad estructural parece reforzarse a sí misma, tanto en lo económico como en lo político" (CEPAL, 1974: 645).

alcanzarían un alto grado de libertad comercial e independencia con respecto al comercio exterior.

Sin embargo, la situación real fue totalmente otra. La combinación entre la sustitución de importaciones y el deterioro de las divisas por las causas ya señaladas⁵⁵ generó una mayor dependencia del comercio exterior. Se produjo una situación de menor “elasticidad de la pauta de importaciones” de los países latinoamericanos.

Los productos importados en la fase colonial-exportadora eran, en general, productos de lujo para el consumo de las clases dominantes⁵⁶ y sus efectos sobre la economía eran, por tanto, bastante secundarios. En la fase de la sustitución de importaciones se utilizaron las divisas para la compra de los insumos para la industria nacional, o sea, maquinarias y materias primas semimanufacturadas que son cada vez más esenciales para la supervivencia de la economía misma.

Como las divisas son escasas y existen constantes amenazas de que disminuyan, se puede comprender la importancia de esta situación básica. La interdependencia entre las economías nacionales asume la forma de una dependencia en el caso de los países subdesarrollados. Ocurre así porque se trata de una relación de subordinación a aquellos que controlan el mercado mundial, a las técnicas y los medios de producción más desarrollados.

La cuestión de importar estos productos (tan vitales como petróleo, productos químicos, aparatos de precisión, maquinaria, etcétera) está profundamente ligada a los déficits de la balanza de pagos. Y estos déficits, a su vez, son fruto de la baja de los precios de productos primarios junto al alza de los precios de productos manufacturados; pero particularmente de los pagos de servicios, fletes, royalties, ayuda técnica, etcétera, de las remesas de capitales, de los crecientes servicios de una

55. Raúl Prebisch insiste en el papel de la baja del precio de los productos exportados (*Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*). Otros autores insisten además en el papel predominante que representan los servicios, fletes y seguros, ayuda técnica y royalties, en el déficit de la balanza de capitales. Véase Andre G. Frank (1966), y Theotônio dos Santos, *Crisis económica y crisis política en Brasil*. El libro de Orlando Caputto y Roberto Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, se convirtió en un clásico sobre el tema.

56. Esta situación no ha sido siempre así. Era muy grande la parte de las rentas de la exportación usadas desde el principio colonial para la compra de esclavos y máquinas e implementos de la producción exportadora.

deuda externa que se agiganta con la fuerza acumulativa de esta situación deficitaria.

b) En cuanto a la transferencia de los centros de decisión hacia el interior de la economía, tampoco se ha producido lo que se esperaba. Un conjunto de trabajos y datos recientes demuestra que la industrialización de los últimos años se caracteriza por el control creciente del capital extranjero sobre la gran industria". Este control, que se produce al mismo tiempo que se consolidan la concentración y la monopolización del sector industrial, destruye paulatinamente las posibilidades de un desarrollo nacional independiente y somete a la sociedad, la opinión pública, la economía y el Estado al progresivo control del capital extranjero.

Frente a esta realidad, el control de la economía se desnacionaliza todavía más. Es decir, a pesar de que se han creado poderosas fuerzas en los países subdesarrollados, ligadas al mercado interno de tales países, esas fuerzas son internacionales y no nacionales.

Es claro que el creciente control del capital extranjero limita al mismo tiempo las posibilidades de un Estado nacional independiente. El Estado, inmerso en la realidad del poder de los monopolios extranjeros formados por empresas internacionales que disponen del control de la tecnología, del capital y de las técnicas administrativas, no reúne las condiciones necesarias para oponerse a esta realidad y termina por ser controlado y dominado por los intereses de tales sectores. Asistimos todavía a algunas resistencias en este sentido, que creemos condenadas al fracaso por la misma evolución económica; las estudiaremos más en detalle en los próximos capítulos. Estas resistencias se basan en la fuerza del capitalismo de Estado en América Latina. Las empresas estatales, creadas con el objetivo fundamental de favorecer la iniciativa privada y el desarrollo del capitalismo, son una fuerza económica en sí mismas, y en ellas se apoyan una burocracia y una tecnocracia civil y militar que procuran definir su propia orientación del desarrollo. Pero, como lo veremos, el poder económico del Estado en una economía capitalista no puede ejercerse permanentemente en contra de los intereses fundamentales del modo de producción hegemónico.

En cuanto al debilitamiento de la oligarquía y la consecuente democratización política, la realidad tampoco los ha confirmado. Es verdad

que las oligarquías tradicionales, agrarias, mineras y comercial-exportadoras se han debilitado en América Latina.

Esto se puede medir por el porcentaje constantemente decreciente de la participación del comercio exterior en el ingreso nacional de los países que se industrializaron. Sin embargo, este debilitamiento económico no ha sido acompañado de un debilitamiento político de la misma importancia, ni tampoco de una destrucción de la vieja estructura agraria que fuera correlativa a la expansión de la vida urbano-industrial.⁵⁷

¿Cómo ocurrió esto? ¿Qué aspectos de la estructura de la sociedad y la economía de América Latina han permitido semejante supervivencia?

En primer lugar, la economía del sector exportador fue la base del desarrollo industrial. La sustitución de importaciones supone justamente un compromiso entre la estructura agrario o minero exportadora y la estructura industrial. Primero, porque la demanda fundamental atendida por el sector industrial se originaba en el consumo de la oligarquía y de los trabajadores de sus empresas y, muy secundariamente, del sector medio urbano o rural. Segundo, porque las máquinas y materias primas que permitieron crear las industrias eran adquiridas en el exterior con las divisas obtenidas por el sector exportador. A esto llamamos una acumulación “externa” de capitales. Tercero, porque gran parte del capital invertido en la industria se originaba directa o indirectamente (a través del sistema bancario, sobre todo) en las elevadísimas rentas generadas en el sector agrario y que no se reinvertían ahí.

Por esto podemos comprender el compromiso económico, político y social que se consolidó en los países latinoamericanos después de los años treinta. Los movimientos revolucionarios de clase media y pequeño-burgueses que agitaron los años veinte y treinta llevaron, pues, a este régimen de compromiso.

Junto a esto, la democratización política no se produjo. La vieja estructura electoral clientelística que regía en el campo durante el siglo XIX y a comienzos del siglo XX se transfiere a las ciudades y contamina

57. “Lo cierto es que las sociedades tradicionales han resultado ser más o menos flexibles y capaces muchas veces de asimilar elementos en extremo racionales en alguno de sus puntos, sin perder por ello su fisonomía!” (CEPAL, 1966).

las nuevas formas de acción política. En cierto modo, el populismo reproduce a su manera estos viejos procedimientos clientelísticos y representa una situación de compromiso entre las técnicas de masa urbana y las técnicas personalistas tradicionales. Así, a pesar de que las masas asumen un papel importante en la vida nacional, no se logra construir una democracia burguesa a la manera europea.

Pero lo más dramático en los últimos años ha sido la tendencia a la creación de regímenes de fuerza, que tiene como escenario algunos de los países más industrializados de América Latina. La creciente participación de las masas en la vida política tuvo como respuesta el golpe militar o el endurecimiento del poder institucional con creciente acentuación del poder ejecutivo.

Al contrario de lo que creían muchos, estos gobiernos militares no realizan una política típica de la oligarquía liberal tradicional que los apoyó, pero que no controla el poder en el régimen militar. Estos gobiernos, paradójicamente, asumen la bandera de la modernización, aumentan la inversión estatal en muchos casos y no dejan de declararse aliados incondicionales de Estados Unidos llegando incluso a defender la doctrina internacional de la “interdependencia” entre sus países y Estados Unidos (el caso de Brasil hasta 1973 ha sido el más evidente, y el fracasado gobierno de Onganía en Argentina no impidió otras experiencias importantes como Bolivia, 1971, Uruguay y Chile, 1973, todas inspiradas en el “modelo brasileño”).

¿Cómo explicar esto?

Una hipótesis pone en tela de juicio las principales orientaciones de la ciencia social hasta los recientes años. Estos gobiernos no representan los intereses del llamado sector tradicional de la economía sino que, por el contrario, los gobiernos fuertes de este tipo han sido resultado de las necesidades del mismo capitalismo monopólico, que es una expresión del capital internacional, aliado a los intereses de la burocracia estatal, administradora de la gran empresa estatal; asimilan secundariamente a los sectores de las viejas oligarquías en un nuevo tipo de compromiso que excluye al movimiento popular.

2. La sociedad de consumo de masas que se esperaba fue también una ilusión. Es verdad que los grandes centros urbanos crecieron en mayor

escala que el campo y en estos centros es muy vasto el sector directamente ligado al consumo de masas; pero también es verdad, por otro lado, que han crecido en mayor proporción, junto a estos centros, las poblaciones marginales que no se integran completamente en el mercado capitalista.

La formación de estas crecientes poblaciones marginales no puede ser imputada al viejo sistema tradicional. Por el contrario, son formadas en parte por el aumento vegetativo de las poblaciones urbanas donde todavía existen altas tasas de natalidad, pero también se componen en importante proporción del sector emigrado de las zonas rurales en crisis que expulsan todavía gran parte de la mano de obra campesina hacia la ciudad. Sabemos que el desarrollo de América Latina en los últimos años se caracteriza por un pequeño crecimiento de la importancia relativa de la mano de obra industrial en el conjunto de la población activa.⁵⁸ La explicación de este hecho se encuentra en el carácter de este desarrollo, apoyado en el gran capital monopólico basado en la baja utilización relativa de mano de obra a través de una tecnología altamente desarrollada para los patrones locales recién incorporada de los grandes centros industriales.

No se puede estar en contra del desarrollo tecnológico, pero la adopción de esta tecnología, dentro de una estructura capitalista que no había asimilado todavía a las antiguas poblaciones rurales liberadas en los años veinte y treinta, produjo un efecto desastroso para la población de nuestros países. La estructura empresarial no pudo absorber la mano de obra liberada del campo y el aumento general de la población.

De ahí que el resultado de este tipo de desarrollo haya sido un agravamiento del problema de la marginalidad social y económica, elevada esta a la categoría de uno de los temas centrales de las ciencias sociales de nuestros días (Quijano, 1966).

3. ¿Qué puede quedar, después de todo esto, del proyecto de una sociedad nacional independiente, basada en una economía fuerte y orientada hacia el mercado interno? ¿Del proyecto de una clase empresarial a la que correspondería el papel de élite nacional progresista? ¿Del de un Estado nacional independiente que expresara los intereses nacionales?

58. Véase el trabajo de Cardoso y Reyna (1966), y las discusiones posteriores sobre el tema del marginalismo.

¿De aquél de una democracia política fundada en la creciente participación popular en el poder y en el fruto del desarrollo económico? Y, por último, ¿qué queda del proyecto de una ideología desarrollista que coordinara e impulsara este proceso, rompiendo con una mentalidad alienada y poniendo en primer plano los intereses del desarrollo nacional?

Las llamadas burguesías nacionales, que tendrían por tarea dirigir este proceso, son asimiladas por el capital extranjero. Las investigaciones y estudios recientes sobre el empresario lo demuestran cada vez más claramente. Los *managers* o ejecutivos de las empresas multinacionales van asumiendo el liderazgo de la vida económica del país y alcanzan rápidamente las otras esferas de la realidad social.

Privada de su base social, la ideología nacionalista y desarrollista se va debilitando y se manifiestan cada vez más claramente los intereses opuestos que la conforman. Sin embargo, no se han agotado todas las etapas históricas de este proceso. Estas ideologías todavía renacen bajo nuevas formas, aunque cada vez más contradictorias y debilitadas. Y la burguesía las abandona, dejándolas como tareas de técnicos, burócratas civiles o militares, o aun de políticos de izquierda y de dirigentes obreros que buscan seguridad en el pasado para defenderse de los rápidos cambios del presente. Así, solamente en los sectores de clase media o de pequeña burguesía puede encontrar cierto empuje para apoyar y defender el proyecto del desarrollo nacional e independiente, dentro del capitalismo.

4. Conclusiones

Podemos, pues, deducir algunas conclusiones de estos planteamientos iniciales.

En primer lugar, la teoría del desarrollo que ha predominado en nuestros países ha puesto el énfasis en el tránsito de una sociedad atrasada o tradicional o feudal, etcétera, hacia una sociedad moderna o desarrollada o capitalista, etcétera. Este énfasis suponía que los problemas por resolver provienen del polo atrasado de estas economías e hizo que se concentrara el análisis científico en los obstáculos al desarrollo que se encontraban en estos polos atrasados.

En función de esta actitud metodológica básica, se ha elaborado un modelo de desarrollo de América Latina que confiaba fundamentalmente en los efectos económicos, sociales, políticos e ideológicos progresivos de la industrialización.

Sin embargo, el transcurso de la industrialización en nuestros países no solo no ha eliminado gran parte de los obstáculos atribuidos a la sociedad tradicional, sino que ha creado nuevos problemas y tensiones muy agudas que se reflejan en una crisis general de América Latina. Esta crisis del modelo de desarrollo dominante en las ciencias sociales de nuestros países (y del proyecto de desarrollo implícito) puso en crisis a esta misma ciencia. Puso en crisis la propia noción de desarrollo y de subdesarrollo y el papel explicativo de dichos conceptos. De aquí nace el concepto de dependencia como posible factor explicativo de esta situación paradójica. Se trata de explicar por qué nosotros no nos hemos desarrollado de la misma manera que los países hoy desarrollados. Nuestro desarrollo está condicionado por ciertas relaciones internacionales que son definibles como relaciones de dependencia. Esta situación somete nuestro desarrollo a ciertas leyes específicas que lo califican como un desarrollo dependiente, modificado por la etapa histórica de la economía internacional y nuestra posición en ella. Trátase, pues, de estudiar cuáles son esas relaciones de dependencia y cuáles son las características fundamentales de este tipo específico de desarrollo dependiente y cómo se adapta a las determinaciones de las variadas y distintas estructuras nacionales o locales sobre las cuales opera.

VII. Hacia un concepto de dependencia

1. Dependencia y estructuras internas

Según vimos, el concepto de dependencia surge en América Latina como resultado del proceso de discusión sobre el tema del subdesarrollo y el desarrollo. En la medida en que no se cumplen las expectativas puestas en los efectos de la industrialización, se pone en duda la teoría del desarrollo que sirve de base al modelo de desarrollo nacional e independiente elaborado en los años 50. El concepto que sirve de camino para la superación de los errores anteriores es el de dependencia. Sin embargo,

este concepto no ha sido esclarecido completamente a pesar de que un conjunto de trabajos le ha dado definitivamente un status científico al colocarlo en el centro de la discusión académica sobre el desarrollo.⁵⁹

En la discusión que se ha realizado hasta el momento, se han caracterizado algunos errores en los enfoques tradicionales de la dependencia. Nuestro objetivo, en este momento, es criticar estos puntos de vista para lograr la claridad suficiente sobre el tema.

La dependencia no es un “factor externo”, como se ha creído muchas veces. En trabajo anterior afirmamos: al analizar la crisis brasileña procuraremos determinar su movimiento propio y específico. La situación internacional en que este movimiento se produce es tomada como condición general, no como demiurgo del proceso nacional, porque la forma en que esa situación actúa sobre la realidad nacional es determinada por los componentes internos de esta realidad. Ante todo, es una forma cómoda la de sustituir la dinámica interna por una dinámica externa. Si esto fuera posible, estaríamos eximidos de estudiar la dialéctica de cada uno de los movimientos del proceso global y sustituiríamos el estudio de las diversas situaciones concretas por una fórmula general abstracta.⁶⁰

Más explícitamente lo plantea Aníbal Quijano: “En tales condiciones, la problemática total del desarrollo histórico de nuestras sociedades está afectada radicalmente por el hecho de la dependencia. Este no es un dato externo de referencia, sino un elemento fundamental en la explicación de nuestra historia” (1967: 5).

Este enfoque está también explicitado en los trabajos citados de Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y Weffort y se puede afirmar que es la clave de la elaboración de este concepto como categoría científica explicativa.

Enfocar la dependencia como una condición que configura cierto tipo de estructuras internas, significa tomar el desarrollo como un

59. Ver Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto (1968); Pedro Paz (1967); Aníbal Quijano (1967); Tomás Vasconi (“Cultura, ideología, dependencia, alienación”); Ruy Mauro Marini (1966); Theotônio dos Santos (1967; 1968); Andre G. Frank (1968); Espartaco (1966); Vania Bambirra (*El capitalismo dependiente en América Latina*). La editorial de las Universidades Centroamericanas (EDUCA) publicó una interesante selección de artículos sobre el tema.

60. “Crisis económica y crisis política en Brasil”, *op. cit.*, pp. 67. Incorporado en *Socialismo o fascismo*, ya citado.

fenómeno histórico mundial; como resultado de la formación, expansión y consolidación del sistema capitalista. Tal perspectiva implica la necesidad de integrar, en una sola historia, la perspectiva de la expansión capitalista en los países hoy desarrollados y sus resultados en los países por él afectados. Pero no se trata de tomar estos resultados como simples “efectos” del desarrollo capitalista, sino como su parte integrante y determinante.

Al darse este paso teórico, se delimita claramente la especificidad histórica del desarrollo de los países hoy capitalistas y, en consecuencia, la especificidad del desarrollo de los países hoy subdesarrollados. El estudio del desarrollo del capitalismo en los centros hegemónicos dio origen a la teoría del colonialismo y del imperialismo. El estudio del desarrollo de nuestros países debe dar origen a la teoría de la dependencia.

Por esto, debemos considerar limitados los enfoques de los autores de la teoría del imperialismo. Ni Lenin, Bujarin, Rosa Luxemburgo, los principales elaboradores marxistas de la teoría del imperialismo,⁶¹ ni los pocos autores no marxistas que se ocuparon del tema, como Hobson⁶¹ han enfocado el tema del imperialismo desde el punto de vista de los países dependientes. A pesar de que la dependencia debe ser situada en el cuadro global de la teoría del imperialismo, tiene su realidad propia que constituye una legalidad específica dentro del proceso global y que actúa sobre él de esta manera específica. Comprender la dependencia, conceptuándola y estudiando sus mecanismos y su legalidad histórica, significa no solo ampliar la teoría del imperialismo sino también contribuir a su mejoría y reformulación. Este sería, por ejemplo, el caso de la reformulación de algunos equívocos en que incurrió Lenin, al interpretar en forma demasiado genérica ciertas tendencias de su época. Lenin esperaba que la evolución de las relaciones imperialistas conduciría a un parasitismo en las economías centrales y su consecuente estagnación, y, por otro lado, creía que los capitales invertidos en el exterior por los centros imperialistas llevarían al crecimiento económico de los países más atrasados? En su enfoque del desarrollo desigual y combinado Lenin no

61. J. A. Hobson, *Imperialism; A study*; J. A. Schumpeter, *Imperialismo y clases sociales*; John Strachey (1962), *El fin del imperio*.

separó claramente los efectos de las inversiones externas en los países ya independientes económicamente, como Estados Unidos y Australia, de aquellas inversiones en países esencialmente exportadores y de mano de obra barata. Si desde el punto de vista lógico, a partir de las tendencias encontradas en su época, esto debería ocurrir, es preciso descubrir por qué no ocurrió en el caso de los países dependientes que mantuvieron una posición de profundo retraso frente a los países imperiales y no lograron romper la barrera del subdesarrollo y de la dependencia. En primer lugar, Lenin no estudió los efectos de la exportación de capital sobre las economías de los países atrasados. Si se hubiera ocupado más específicamente del tema, hubiera visto que este capital se invertía en la modernización de la vieja estructura colonial exportadora y, por tanto, se aliaba a los factores que mantenían el atraso de estos países. Es decir, no se trataba de una inversión capitalista en general, sino de la inversión imperialista en un país dependiente. Este capital venía a reforzar los intereses de la oligarquía comercial exportadora, a pesar de que abría realmente una nueva etapa de la dependencia a dichos países.⁶²

El ejemplo citado nos muestra la necesidad de enfocar con mayor amplitud el tema de la dependencia. Hay que superar una perspectiva unilateral que se limita a analizar el problema desde el punto de vista del centro hegemónico, y es necesario integrar las áreas periféricas en el conjunto del análisis como parte de un sistema de relaciones económico-sociales a nivel mundial. El concepto de dependencia y de su dinámica adquiere en este caso todo su valor teórico y científico.

La dependencia no permite, pues, que se analice el subdesarrollo como fenómeno de ciertas estructuras atrasadas, todavía no capitalistas. Desde

62. La exportación de capitales repercute en el desarrollo del capitalismo dentro de los países en que aquéllos son invertidos, acelerándolo extraordinariamente". Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, p. 776, véase también p. 812. Fritz Sternberg hace hincapié en el tema, en relación al texto de Marx sobre la penetración del capitalismo en India; pero fue Marx, por el contrario, uno de los precursores del estudio de la dependencia en dicho texto. La interpretación de Sternberg es muy unilateral. Véase *Capitalismo o socialismo* (Sternberg, 1954). Nuestras observaciones sobre el carácter limitado de los estudios de Lenin para comprender la relación entre el imperialismo, que él logró sistematizar de manera tan completa, y el fenómeno de la dependencia al cual él definitivamente no se dedicó mayormente provocó reacciones airadas de compañeros de los partidos comunistas. En un capítulo posterior pretendemos rescatar la contribución leninista para el estudio de la dependencia, pero consideramos infantil esta defensa a ultranza de una afirmación que el propio Lenin ya empezaba a revisar posteriormente.

el principio, el concepto de dependencia nos permite superar este punto de vista que se origina en una visión ahistórica del problema, pues, como hemos dicho, el subdesarrollo es un producto de una situación mundial que se explica por la expansión del capitalismo en el mundo.

La teoría de la dependencia nos plantea, pues, el siguiente problema: nuestros países se forman como tales dentro de la situación de dependencia y, por tanto, dentro del proceso de expansión mundial del capitalismo. ¿En qué medida las economías que se forman así pueden ser consideradas como capitalistas? Este tema pretendemos desarrollarlo posteriormente en forma más profunda. Por el momento, es importante plantear con todo rigor la cuestión general: ¿cuál es el carácter de la economía y de la sociedad que se forman como producto de la expansión capitalista colonial?

Andre Gunder Frank (1965; 1966) ha insistido, en un conjunto de trabajos de gran valor crítico: sobre el carácter capitalista de la economía y sociedad latinoamericanas, no solo desde su nacimiento sino “desde su cuna”, como él lo afirma categóricamente. Esta misma tesis había sido defendida anteriormente por Sergio Bagú y Luis Vitale.⁶³

Los argumentos de Frank son: a) Latinoamérica fue colonizada por Europa en la fase de su expansión capitalista mercantil y la economía que se forma en ella es complementaria de esa economía mundial; b) el grueso de la producción es para la exportación y por lo tanto es mercantil y no se puede hablar de feudalismo; c) las zonas de carácter más subdesarrollado en América Latina son las zonas que tuvieron un gran auge exportador y por tanto mercantil; es, pues, absurdo ligar el subdesarrollo al feudalismo; d) el sistema capitalista se forma como un conjunto de satélites que circulan en la órbita de un astro central. Este astro central explota a todo el sistema de satélites y subsatélites que, a su vez, explotan a los que están más abajo dentro del sistema. En los países subdesarrollados hay, por tanto, un sistema de explotación interno que se liga al sistema internacional.

La crítica de Frank es correcta. No se puede hablar de feudalismo clásico en economías y sociedades que se organizan para la exportación.

63. Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial*; Luis Vitale (1966).

Sin embargo, estas economías, precisamente porque vivían para exportar y no creaban por ello un mercado interno (ya que el grueso de su ingreso provenía de la exportación y, por tanto, servía de mercado de la producción manufacturera externa y no de la nacional como lo veremos en otro capítulo), no lograron constituirse en una economía capitalista mercantil manufacturera como en parte de la Europa de la época, sino en una economía servil que se desarrolla en el marco colonial exportador. El régimen exportador favorecía la existencia de una economía natural o de autoconsumo, al lado de la exportadora, y no creaba importantes efectos secundarios, particularmente en el sector manufacturero; no permitía ni estimulaba el pleno desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, apoyándose por el contrario en formas serviles o esclavistas de trabajo. ¿Cómo caracterizar este régimen de producción?

¿Como un caso de régimen capitalista, como un modo de producción distinto o como un régimen de transición de un feudalismo o esclavismo incompletos hacia el capitalismo que asumió la forma colonial exportadora, así como en Europa en este período se vivía una etapa de transición del feudalismo al capitalismo caracterizada como un período mercantil-manufacturero?

A nosotros nos parece que esta última caracterización es la que más se aproxima a la realidad dependiente. La revolución industrial en Inglaterra a fines del siglo XVIII creó las condiciones para la expansión del modo de producción capitalista en Europa, transformándolo en el régimen de producción dominante en estos países, precisamente porque el período mercantil-manufacturero había la división entre la propiedad de los medios de producción y la fuerza de trabajo libre; había también preparado las condiciones para una intensa acumulación primitiva de capitales en base al monopolio del comercio internacional, a la concentración y agilización de la actividad financiera, a la destrucción de la economía campesina privada; había, en fin, hecho avanzar la división del trabajo en las manufacturas que se enfrentaban a un mercado interno y externo en crecimiento sostenido. Otra era la situación de América Latina, productora de metales y productos tropicales: un importante mercado para Europa y no para América Latina, a la cual le sobraban los restos de este mercado y que tenía que pagar grandes sumas a la Corona

y a los comerciantes. Todo esto ha conducido a América Latina, después de rotas las limitaciones del período colonial, a un capitalismo dependiente basado en el sector exportador. Las huellas de un régimen colonial exportador dan los parámetros de la América Latina “liberada”. No solamente porque se nos arrebató gran parte de nuestros excedentes, sino fundamentalmente porque nuestras estructuras económico-sociales eran dependientes y las revoluciones liberadoras no lograron cambiar las bases de estas estructuras, dominadas como lo estaban por la oligarquía criolla.

Creemos haber aclarado esta cuestión básica: el subdesarrollo no es un estadio atrasado y anterior al capitalismo, sino una consecuencia de él y una forma particular de su desarrollo: el capitalismo dependiente. No se trata de una cuestión de satelización, como lo pretende Andre G. Frank, sino de la conformación de un cierto tipo de estructuras internas que están condicionadas por la situación internacional de dependencia.

2. ¿Qué es la dependencia?

Llegamos así a la posibilidad de definir más claramente lo que se debe entender por dependencia.

En primer lugar debemos caracterizar la dependencia como una situación condicionante.

La dependencia es una situación en la cual un cierto grupo de países tienen su economía condicionada por el desarrollo y expansión de otra economía a la cual la propia está sometida. La relación de interdependencia entre dos o más economías, y entre estas y el comercio mundial, asume la forma de dependencia cuando algunos países (los dominantes) pueden expandirse y autoimpulsarse, en tanto que otros países (los dependientes) solo lo pueden hacer como reflejo de esa expansión, que puede actuar positiva y/o negativamente sobre su desarrollo inmediato. De cualquier forma, la situación de dependencia conduce a una situación global de los países dependientes que los sitúa en retraso y bajo la explotación de los países dominantes.

Los países dominantes disponen así de un predominio tecnológico, comercial, de capital y sociopolítico sobre los países dependientes (con predominio de algunos de esos aspectos en los diversos momentos

históricos) que les permite imponerles condiciones de explotación y extraerles parte de los excedentes producidos interiormente.

La dependencia está, pues, fundada en una división internacional del trabajo que permite el desarrollo industrial de algunos países y limita este mismo desarrollo en otros, sometiéndolos a las condiciones de crecimiento inducido por los centros de dominación mundial.

La división internacional del trabajo entre los productores de materias primas y productos agrícolas y los productores de manufacturas es un resultado típico del desarrollo capitalista que asume la forma necesaria de la desigualdad combinada entre los varios países. Esta forma desigual es una consecuencia del carácter de la acumulación del capital en que el crecimiento de la economía se basa en la explotación de muchos por pocos y en la concentración de los recursos del desarrollo económico social en manos de esta minoría. Grupos minoritarios nacionales con alta concentración de capital, dominio del mercado mundial, monopolio de las posibilidades de ahorro e inversión son elementos complementarios en el establecimiento de un sistema internacional desigual y combinado. Este sistema se hace progresivamente más interdependiente al nivel internacional, en tanto se desarrolla la tecnología aplicada a la producción y a la comunicación como consecuencia de las revoluciones comercial e industrial. Estas revoluciones permiten que economías antes aisladas se hagan complementarias. Pero esta complementariedad o esta interdependencia no se da en el cuadro de relaciones de colaboración entre los hombres, sino de las relaciones de competencia entre propietarios privados. En esta lucha en que “el hombre es el lobo del hombre” (Hobbes), el monopolio es el fundamento de la victoria.

Será en Italia, Portugal, España, Holanda, Francia y, en fin, en Inglaterra donde estarán concentrados los grandes centros del capital y, a su lado, se organizarán los centros productivos en expansión que constituyen la base del nuevo régimen de producción capitalista. América Latina no estaba en estos centros de capital y posteriormente no pudo estar en el centro de la producción. Tuvo que esperar a que estos cambios en los centros dominantes se irradiasen por el mundo con sus violentos y dramáticos movimientos de expansión para incorporarlos en parte. Hasta que pueda transformarse en una economía

autosostenible o independiente continuará en la posición de simple complemento necesario de un sistema internacional que ella no puede determinar.

¿Qué debemos entender, pues, por situación condicionante?

Una situación condicionante determina los límites y posibilidades de acción y comportamiento de los hombres. Frente a ella, solo caben dos posibilidades: a) escoger entre las distintas alternativas dentro de esta situación (elección que no es completamente libre pues la situación concreta incluye otros elementos más, otros factores que actúan para conformar ciertas formas particulares de esta situación general y que limitan todavía más las posibilidades de acción y de elección); o b) cambiar esta situación condicionante a fin de permitir otras posibilidades de acción; es decir, actuar, en el sentido de un cambio cualitativo que también tiene que ser considerado en función de sus posibilidades concretas.

Si la dependencia es una situación condicionante, establece los límites posibles del desarrollo de estos países y de sus formas.

Sin embargo, esto no es definitivo por dos motivos: a) porque las situaciones concretas de desarrollo están formadas tanto por estas condicionantes generales de la dependencia, como por las características específicas de la situación condicionada, que redefinen y particularizan la situación condicionante general; b) la situación misma de dependencia se puede cambiar, y de hecho se altera, según cambien las estructuras hegemónicas y las mismas estructuras dependientes. Estos cambios pueden darse sin romper las relaciones de dependencia sino simplemente reorientándolas (el paso, por ejemplo, de la dependencia mercantil a la industrial-financiera); o rompiendo esas relaciones y buscando consolidar una economía independiente (caso de los países socialistas del tercer mundo, como China, Corea, Vietnam y Cuba, a pesar de los problemas que todavía puedan tener debido a la herencia dejada por la vieja situación y las viejas estructuras).⁶⁴

64. Hay que diferenciar la situación de China, que dispone de una economía muy integrada nacionalmente, de aquella de Cuba que todavía basa gran parte de su ingreso en la exportación de la caña de azúcar. Pero, en los países socialistas, la sociedad y el poder no se basan en la expansión del consumo como en las economías capitalistas donde la producción es un valor en sí mismo. Por este motivo, en los países socialistas pueden enfrentarse las situaciones de presión económica externa con mayor facilidad.

De todo ello se puede concluir que el estudio de la dependencia será incompleto y equivocado si no contempla esta realidad en toda su complejidad. Es decir, hay que comprender esta situación condicionante como límite, o mejor, como configuración de ciertas realidades más complejas con las cuales forman la realidad total que son las estructuras nacionales.

Con ello podemos plantear nuestra segunda conclusión general introductora: la dependencia condiciona una cierta estructura interna que la redefine en función de las posibilidades estructurales de las distintas economías nacionales.

En este sentido, podemos decir que estas economías nacionales, si bien no condicionan las relaciones de dependencia en general, delimitan cuáles son sus posibilidades de expansión, o mejor, las redefinen al nivel de su funcionamiento concreto.

Este aspecto del problema tiene profundas implicaciones metodológicas. No se trata de establecer ciertas variables estratégicas que actúan sobre otras variables formando un movimiento que sea la resultante de la acción de estas variables. Este sería un modelo excesivamente mecánico para un fenómeno más complejo que es posible aprehender científicamente en su complejidad fundamental siempre que se use otro modelo de ciencia.

No es este el momento de exponer a fondo esta cuestión. Tratémosla solamente en función del estudio de la dependencia. Nuestro objeto de estudio es la dependencia que definimos como una situación histórica que configura una cierta estructura de la economía mundial que favorece al desarrollo económico de algunos países en detrimento de otros y que determina las posibilidades de desarrollo de las economías internas, constituyéndolas como realidades económico-sociales. Después de delimitar este objeto de estudio, vemos que es necesario analizarlo en dos momentos: a) en un primer momento, trátase de determinar las formas básicas de dependencia según el desarrollo histórico del sistema capitalista en el

Este es el secreto de la independencia política de países dependientes del comercio exterior como Cuba. Por esto, no se puede incluir este tipo de dependencia en nuestro concepto científico de dependencia. Se trata de una situación específica cuyo desarrollo sigue leyes distintas. Para estudiarla habría que desarrollar conceptos específicos. El problema de los países socialistas de Europa oriental tiene también que ser estudiado en su carácter específico debido al más alto nivel de desarrollo industrial, a la proximidad de la Unión Soviética y Europa y a la experiencia stalinista.

centro hegemónico y en sus relaciones con el sistema mundial; en este sentido, la historia de la dependencia y su definición como sistema se confunde con la historia del sistema capitalista mundial y sus distintas configuraciones históricas y con el análisis de este sistema en tanto condicionante de una determinada situación internacional para los países dependientes; b) en un segundo momento, debemos estudiar cómo se estructuran estas economías nacionales dependientes dentro y en función de este sistema mundial y el papel que desempeñan en su desarrollo.

3. Importancia del enfoque para la teoría del desarrollo

Al llegar a este punto, encontramos la importancia fundamental de este enfoque para la teoría del desarrollo. Al definir las estructuras internas latinoamericanas como dependientes, debemos definir los distintos tipos de relaciones de dependencia que resultan de esta combinación y las leyes que rigen el desarrollo de estas sociedades. Definiendo estas leyes de desarrollo de las sociedades dependientes que, por principio, no están contempladas en ninguna teoría social que no las haya tomado como objeto específico de análisis, definimos las condiciones posibles del desarrollo. No condiciones generales y abstractas, sino condiciones histórico-específicas, abstraídas por el análisis teórico.

Este modo de enfocar el problema resuelve una pugna que todavía existe en las ciencias sociales latinoamericanas sobre la constitución de la teoría del desarrollo. Se discute si es necesaria la creación de una ciencia social nacional que se fundamentara en las condiciones del subdesarrollo a partir de la cual se redefiniría el llamado “aporte extranjero”, o si se trata de una simple aplicación de los “conceptos universales” y “objetivos” de la ciencia a la realidad de nuestros países. Vemos así que la alternativa es falsa.

No hay posibilidad de fundamentar la ciencia social en las condiciones del subdesarrollo y, a partir de ella, redefinir el aporte extranjero, porque estas condiciones del subdesarrollo solo se pueden comprender desde el punto de vista del desarrollo global del sistema.

No hay posibilidad de “aplicar” los conceptos universales de la ciencia social a los países subdesarrollados, porque los conceptos de las ciencias

sociales no se pueden referir a genéricos formales, sino a realidades históricas. Estas realidades históricas tienen una estructura y por tanto pueden ser estudiadas en forma abstracta, pero abstracta-dialéctica, es decir, a través de la abstracción de las leyes del movimiento de una realidad histórico-concreta. En resumen: las leyes que rigen el desarrollo de los países subdesarrollados son específicas y como tales deben ser estudiadas como leyes del desarrollo de los países capitalistas dependientes y sus distintas formas tipológicas. En este caso, por tanto, no se trata de “aplicar” conceptos genéricos a particulares, sino de redefinir conceptos universales según algunas situaciones específicas. El resultado es un nuevo concepto.

Un tercer aspecto que es esencial para la comprensión de la dependencia es el que se refiere a la articulación necesaria entre los intereses dominantes en los centros hegemónicos y los intereses dominantes en las sociedades dependientes. La dominación “externa” es impracticable por principio.

Solo es posible la dominación cuando encuentra respaldo en los sectores nacionales que se benefician de ella. De ahí la necesidad de romper con el concepto de “alienación” que ha pretendido encontrar en nuestras élites una especie de enajenación de sí mismas al mirar su propia realidad con los ojos de una realidad ajena. Según esta tesis, nuestras élites miraron nuestros países desde la perspectiva del colonizador y esta situación básica enajenada es la forma que asumió la cultura subdesarrollada y dependiente.

Al mostrar la correspondencia necesaria entre los intereses de la dominación y los intereses de los “dominadores dominados” (de ahí el carácter específico de las clases dominantes de los países dependientes) mostramos que, a pesar de que existen conflictos internos entre esos intereses dominantes, son intereses fundamentalmente comunes.

El concepto de alienación conduce a una falsificación de la realidad y se torna necesario sustituirlo por el concepto de “compromiso” entre los distintos componentes internacionales y nacionales de la situación de dependencia.⁶⁵

65. Apuntamos tres interesantes trabajos en esta fecunda dirección de análisis del problema de la de-

El concepto de compromiso o de combinación de los distintos intereses que componen la situación de dependencia es un elemento esencial para la elaboración de una teoría de la dependencia.

De todo esto resulta un elemento teórico que tiene relación inmediata con los problemas prácticos del desarrollo y de la vida cotidiana, política, social, económica y cultural de nuestros pueblos.

Si la situación de dependencia es la que configura una situación interna a la cual está estructuralmente ligada, no es posible romperla aislando al país de las influencias exteriores, pues esto simplemente provocaría el caos de una estructura interna que es dependiente por esencia. La única solución para romperla sería, pues, cambiar estas estructuras internas, lo que conduce necesariamente, al mismo tiempo, al enfrentamiento con esta estructura internacional.

Desgraciadamente, dentro de este modo complejo pretendemos estudiar el fenómeno de la dependencia. Con la ayuda de la dialéctica podemos enfrentarlo. Es sensible (o quizás esto sea lo bueno de la condición humana) que la realidad sea tan exuberante frente a la pobre realidad representada o imaginada por la conciencia.⁶⁶

VIII. La estructura de la dependencia

A partir de lo que hemos discutido hasta el momento, podemos decir que las formas históricas de dependencia están condicionadas por:

1. Las formas básicas de la economía mundial, que tiene sus propias leyes de desarrollo.
2. El tipo de relaciones económicas dominantes en los centros capitalistas y los modos como se expanden hacia el exterior.
3. Los tipos de relaciones económicas existentes en el interior de los países que se articularon en la condición dependiente, en el seno de las relaciones económicas internacionales generadas por la expansión capitalista.

pendencia cultural: Wanderley Guilherme (1966); José Carlos Chiaramonte, *Problema del europeísmo en Argentina*, y el artículo de Tomás Amadeo Vasconi ya citado.

66. "Ad notam" de los simples empiristas y demás realistas ingenuos de nuestro tiempo.

No nos cabe aquí estudiar estas formas en detalle, sino apuntar, a grandes rasgos, su desarrollo, adelantándose a un posterior estudio. Dichas formas son:

1. La dependencia colonial, comercial-exportadora, en la cual el capital comercial y financiero, aliado del Estado colonialista, dominaba las relaciones económicas en las economías europeas y coloniales, a través del monopolio del comercio. Este se completaba a través del monopolio colonial de las tierras, minas y mano de obra (servil o esclava) en los países colonizados.
2. La dependencia financiero-industrial, que se consolida a fines del siglo XIX, caracterizada por el dominio del gran capital en los centros hegemónicos y su expansión hacia el exterior para invertir en la producción de materias primas y productos agrícolas consumidos en los centros hegemónicos. En los países dependientes origina una estructura productiva dedicada a la exportación de estos productos, que Levin denominó “economías de exportación”: produciendo lo que la CEPAL, llamó “desarrollo hacia afuera” (CEPAL, 1968).
3. La dependencia tecnológico-industrial, en el período de la posguerra, se consolidó en un nuevo tipo de dependencia caracterizada básicamente por el dominio tecnológico-industrial⁶⁷ de las empresas transnacionales que pasan a invertir en las industrias destinadas al mercado interno de los países subdesarrollados.

Al analizar el proceso de constitución de una economía mundial que integra a las llamadas economías nacionales en un mercado mundial de mercancías, de capitales e incluso de fuerza de trabajo, vemos que las relaciones que se producen en este mercado son desiguales y combinadas.

Desiguales porque el desarrollo de partes del sistema se hace a costa de otras partes. Las relaciones comerciales se basan en un control monopólico del mercado, que lleva a la transferencia de excedentes generados en los países dependientes hacia los países dominantes. Las relaciones financieras son, por parte de las potencias dominantes,

67. Theotônio Dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*.

formas de préstamo y exportación de capital que permiten recibir intereses y ganancias aumentando su excedente interno y profundizando el control de las economías de estos países. En cambio, por parte de los países dependientes, estas relaciones se presentan como exportación de ganancias e intereses que llevan parte del excedente generado en su interior y conducen a una pérdida de control de sus recursos productivos.

Para, permitir estas relaciones desventajosas, los países dependientes tienen que generar altos excedentes, no por disponer de una tecnología más elevada, sino por contar con una mano de obra sobrexplotada, la cual se convierte en una limitación para el desarrollo de su mercado interno, así como para el desarrollo de las capacidades técnicas y culturales y la salud moral y física de sus pueblos.

Hablamos de desarrollo combinado, porque es la combinación de estas desigualdades y la transferencia de recursos de los sectores más atrasados y dependientes a los más adelantados y dominantes la que explica esa desigualdad, la profundiza y la transforma en un elemento necesario y estructural de esta economía mundial.

Cada una de estas formas de dependencia corresponde a una situación que condicionó no solamente las relaciones internacionales de los países latinoamericanos, sino también sus estructuras internas: la orientación de la producción, las formas de acumulación de capital, la reproducción de la economía y, al mismo tiempo, su estructura social y política.

1. Las economías exportadoras

En las formas primera y segunda de dependencia, la producción se orientó hacia los productos destinados a la exportación (oro, plata y productos tropicales, en la época de la colonia; materias primas y productos agrícolas, en la época de la dependencia industrial-financiera). En otras palabras, la orientación de la producción estaba condicionada por la demanda de los centros hegemónicos. La estructura productiva interna se caracterizaba así por una rígida especialización y una orientación de regiones enteras hacia la monocultura (caso del Caribe, del noreste brasileño, etcétera).

Al lado de estos sectores exportadores, se formaban algunas economías complementarias (por ejemplo, zona de ganado y algunas manufacturas) que eran, en general, completamente dependientes del sector exportador al cual le vendían.

Una tercera forma de economía era la de subsistencia, que proporcionaba mano de obra al sector exportador en las coyunturas favorables del comercio mundial y hacia la cual fluían las poblaciones sobrantes en las coyunturas desfavorables.

En estas condiciones, cuatro factores restringían el mercado interno.

1. La parte más sustancial del ingreso nacional era aquella obtenida con la exportación utilizada para comprar los insumos de la producción exportadora (esclavos, por ejemplo) o para el consumo de lujo de los dueños de las haciendas y minas o de los empleados más ricos.
2. La mano de obra existente estaba sometida a formas de sobreexplotación que limitaban su consumo.
3. Parte del consumo de estos trabajadores estaba formado por la economía de subsistencia que servía de complemento a sus ingresos y de refugio en los períodos depresivos.
4. Un cuarto factor se daba en los países en que las tierras y minas pertenecían a extranjeros (los casos de economía de enclave). En ellos, gran parte del excedente acumulado se destinaba al exterior bajo la forma de ganancia, lo que limitaba no solo el consumo interno, sino también las posibilidades de reinversión.⁶⁸

En los casos de economías de enclave, las relaciones de las empresas extranjeras con el centro hegemónico eran todavía más explotadoras por el hecho de que las compras de los trabajadores y técnicos del enclave se hacían directamente del exterior, aumentando las ganancias de la empresa. Asimismo, este hecho disminuye el impacto de la economía exportadora sobre el mercado interno. Solo mucho más tarde se atenúa este fenómeno a través de la acción del Estado

68. El problema del excedente económico y de su utilización lo ha estudiado en particular Paul Baran, *Economía política del crecimiento*.

que, presionado por los obreros y las clases medias especialmente, establece impuestos sobre las actividades del enclave y distribuye los ingresos así obtenidos en favor de la población local, en forma de construcciones públicas, previsión social, creación de empleos públicos, etcétera.

2. La nueva dependencia

En la nueva forma de dependencia, la tercera conforme a lo enunciado en el ítem anterior, la producción industrial que se desarrolla está condicionada de varias formas por las exigencias del mercado internacional de bienes y capitales.

La posibilidad de generar nuevas inversiones depende de la existencia de recursos financieros en moneda extranjera para comprar las maquinarias y materias primas industrializadas que no se producen en el interior.

Esta compra está condicionada por dos factores: la limitación de los recursos generados por el sector exportador (reflejados en la balanza de pagos, que incluye no solo las relaciones comerciales, sino también las de servicios) y la limitación del monopolio de las patentes, que lleva a las empresas monopólicas a preferir transferir sus máquinas bajo la forma de capitales y no de mercancías.

Habría que analizar estas relaciones de dependencia para comprender los límites estructurales fundamentales que imponen al desarrollo de estas economías.

1. El desarrollo industrial depende de la existencia de un sector exportador que produce las divisas que permiten comprar los insumos utilizados por el sector industrial.

La primera consecuencia de esta dependencia es la necesidad de conservar el sector exportador tradicional que económicamente limita el desarrollo del mercado interno debido a la conservación de relaciones de producción atrasadas y que, políticamente, significa el mantenimiento en el poder de las oligarquías tradicionales y decadentes. En los países donde estos sectores son controlados por el capital extranjero, significa la remesa de fuertes ganancias al exterior y la dependencia política de estos intereses.

Es necesario señalar que raramente el capital extranjero deja de controlar por lo menos el sector de comercialización de estos productos. Contra estos límites varios de los países dependientes desarrollaron, en los años treinta y cuarenta, una política de restricción cambiaria y de impuestos sobre el sector exportador nacional o extranjero y, hoy día, tienden a la nacionalización progresiva de la producción y a poner algunos límites tímidos al control externo de la comercialización de los productos exportados. Además, con la misma falta de audacia, buscan obtener mejores condiciones de oferta de sus productos. En las últimas décadas, generaron mecanismos de acuerdos internacionales de precios y actualmente la UNCTAD y la CEPAL presionan para obtener un tratamiento tarifario más favorable a estos productos por parte de los centros hegemónicos.

Lo importante es señalar que el desarrollo industrial de estos países depende de esta situación del sector exportador que se ven obligados a aceptar.

2. El desarrollo industrial está, pues, fuertemente condicionado por las fluctuaciones de la balanza de pagos. Esta tiende a ser deficitaria, debido a las mismas relaciones de dependencia. Las causas del déficit son tres:

- a) Las relaciones comerciales se dan en un mercado internacional altamente monopolizado que tiende a bajar el precio de las materias primas y a aumentar los precios de los productos industrializados, particularmente los insumos. Asimismo, hay una tendencia de la tecnología moderna a sustituir varios productos primarios por materias primas sintéticas. En consecuencia, la balanza de mercancías de estos países tiende a ser desfavorable (a pesar de que todavía presenta en algunos casos un superávit). La balanza de mercancías de América Latina en su conjunto, en el período 1946 a 1968, presentó un superávit en cada uno de los años. Eso mismo sucede en casi todos los países. Sin embargo, las pérdidas por concepto de términos de intercambio, sobre la base de informaciones de la CEPAL y del Fondo Monetario Internacional, para toda América Latina, excluyendo Cuba, serían de 26.383 millones de dólares para el período de 1951 a 1966, tomando como base los precios

del año 1950. Si se excluyen Cuba y Venezuela la suma sería de 15.925 millones de dólares. La balanza comercial latinoamericana sufrió cambios muy importantes desde fines de la década del sesenta. De contar con una balanza favorable hasta 1969, América Latina (excluidos del análisis Cuba y el Caribe) comenzó a presentar un déficit en la balanza de bienes y servicios de la región. Por otro lado, el brusco aumento de los precios del petróleo a fines de 1973 dividió la región entre países exportadores e importadores de petróleo con amplios efectos negativos sobre la balanza comercial de un país tan importante como Brasil. Se desplazó también la correlación de fuerzas en favor de Venezuela y Ecuador y de su influencia sobre la región.

- b) Las cuentas de capital tienen un efecto “descapitalizador” para la economía. Por razones que desarrollaremos posteriormente, el capital extranjero detenta el control de los sectores más dinámicos de la economía y lleva altos volúmenes de ganancia para su país de origen. En consecuencia, las cuentas de capital son profundamente desfavorables para los países dependientes. Los datos registran en general una salida de capitales muy superior a la entrada, produciendo un avasallador déficit en la cuenta de capitales. Hay que sumar a esto el déficit en ciertos servicios bajo casi total control extranjero, como los fletes, el pago de los royalties, ayuda técnica, etcétera. Se produce, en consecuencia, un importante déficit en el conjunto de la balanza de pagos que limita las posibilidades de importación de los insumos para industrialización.⁶⁹ La situación no ha cambiado en la década del sesenta: “El retiro de las utilidades devengadas por las inversiones privadas generó en los años sesenta un saldo negativo cada vez mayor en los movimientos de capital privado: menos 4.100 millones de dólares en 1960-1964 y menos 5.264 millones en 1965-1969” (*Estudio Económico de AL*, p. 648).
- c) El déficit tiende a crecer, pues se necesita de “financiamiento externo” para cubrir el déficit existente y para “financiar” el desarrollo a través de préstamos destinados a estimular las inversiones y a “suplir” un excedente económico interno que se descapitalizó en gran parte por la

69. Este tema fue estudiado en profundidad en el libro de Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, ya citado.

remesa de parte de la plusvalía generada interiormente bajo la forma de ganancias enviadas al exterior. El capital extranjero y la “ayuda” externa pretenden así cubrir los vacíos generados por ellos mismos, es decir, por el capital extranjero, por el monopolio del comercio mundial, por el monopolio de los fletes, etcétera. La realidad de esta ayuda es, sin embargo, muy dudosa. Si se descuentan, del flujo total de estas donaciones, los sobrepuestos de las condiciones financieras impuestos por la ayuda respecto del mercado internacional, se obtiene un flujo neto promedio que corresponde a cerca del 54,5% del flujo bruto, según cálculos del GIES.⁷⁰

Si se consideran otros aspectos –el hecho de que gran parte de esos créditos son pagaderos en moneda local, los aportes de los países latinoamericanos a las instituciones financieras internacionales y los efectos de la “atadura” de estos créditos–, se llega a un “componente real del financiamiento externo” de 42.2%, en una hipótesis muy favorable y de 38,3%, en una hipótesis más real (CIES, 1969: 11-33).

La dura realidad es que a pesar de recibir realmente solo una parte de ella, los países tienen que pagar el 100% de la “ayuda”. La gravedad de la situación se hace más clara todavía si se toma en consideración que esos créditos se destinan, en gran parte, a financiar a inversionistas norteamericanos, a exportar productos que compiten con los nacionales, a introducir una tecnología no adaptada a los intereses de los países subdesarrollados y a invertir en sectores no siempre prioritarios. Todo esto ha generado un enorme movimiento de protesta por parte de los mismos gobiernos de los países latinoamericanos en búsqueda de que disminuyan, por lo menos en parte, relaciones tan negativas.⁷¹

3. Continuando nuestro análisis de las limitaciones estructurales al desarrollo debidas a las relaciones de dependencia, vemos, en tercer

70. Ver CIES (1969). Quizá por lo chocante de sus conclusiones, este informe no tuvo la divulgación correspondiente a su importancia.

71. El grado de descontento de las burguesías latinoamericanas con esas condiciones negativas se reveló, en buena medida, con el boicot a la reunión de los cancilleres latinoamericanos con el norteamericano en Buenos Aires como protesta por la ley de comercio exterior votada por el Congreso norteamericano a fines de 1974.

lugar, que el desarrollo industrial está decisivamente condicionado por el monopolio tecnológico que ejercen los centros imperialistas. Hemos recordado que los países subdesarrollados dependen de la importación de maquinaria y materias primas para desarrollar sus industrias.

Sin embargo, estos factores no están libremente disponibles en el mercado internacional. Se hallan patentados y pertenecen, en general, a las grandes empresas. Estas no venden las máquinas y materias primas industrializadas como simples mercancías, sino que exigen el pago de royalties, etcétera, por su utilización o, en la mayoría de los casos, convierten estas mercancías en capitales y las introducen bajo la forma de inversiones propias. Es así como las maquinarias que se sustituyen en los centros hegemónicos por tecnología más avanzada son enviadas a los países dependientes como capital para instalación de filiales. Detengámonos un poco en esas relaciones para comprender su carácter de dominación y expropiatorio.

Los países dependientes no disponen, por los motivos expuestos, de divisas suficientes. Así también, los empresarios locales tienen dificultades de financiamiento. Por último, tienen que pagar por la utilización de ciertas técnicas que se encuentran patentadas. La conjunción de estos factores obliga a los gobiernos nacionales burgueses a facilitar la entrada del capital extranjero para suplir un restringido mercado nacional que, a su vez, es fuertemente protegido por altas tarifas de cambio para forzar la industrialización. Tal proteccionismo permite obtener altas ganancias, debido a los altos precios a que se venden los productos.

El capital extranjero entra, pues, con todas las ventajas. En muchos casos dispone de exención de cambio para importar las maquinarias, de financiamiento local para la instalación de las industrias, de mecanismos financieros gubernamentales para facilitar la industrialización, de empréstitos de los bancos extranjeros y nacionales que, en muchos casos, los prefieren como clientes, de la ayuda externa destinada a fortalecer la industrialización, etcétera. Dispone, además, después de instalado, de altas ganancias obtenidas en situación tan favorable que pueden ser reinvertidas libremente.

No es, pues, extraño que los datos del *Department of Commerce* de Estados Unidos revelen que el porcentaje de capital transferido de

Estados Unidos a estas empresas sea tan inferior al monto total del capital invertido. Esta información muestra que, en el período de 1946 a 1967, las nuevas entradas de capitales por concepto de inversiones directas hacia América Latina sumaron 5.415 millones de dólares y las reinversiones de utilidades, 4.424 millones de dólares. Por otro lado, las transferencias por concepto de utilidades de América Latina a Estados Unidos sumaron 14.775 millones de dólares. Si se consideran las ganancias totales calculadas directamente (aproximadamente iguales a transferencias más reinversiones), se obtendrá la cifra de 18.983 millones de dólares.⁷²

A pesar de las enormes transferencias de ganancias a Estados Unidos, el valor en libros de la inversión directa norteamericana en América Latina pasa, de 3.045 millones de dólares en 1946, a 15.763 millones de dólares en 1971. Por los datos presentados se puede constatar que:

1. De las nuevas inversiones realizadas por las empresas norteamericanas en América Latina, para el período 1946-1967, un 55% corresponde a nuevas entradas de capital y un 45% a reinversiones de utilidades. En los últimos años esta situación se agrava, ya que las reinversiones, a partir de 1960 hasta ahora, excepto para 1967, representaban más del 60% de las nuevas inversiones.
2. La tasa de remesa (remesa de capitales respecto del valor en libros) oscila, para cada año del período, en torno al 10%.
3. La relación entre el capital remesado y los nuevos flujos es de alrededor de 2.73 dólares para el período 1946-1967; es decir, por cada dólar ingresado en América Latina, han salido 2,73 dólares. A partir del sesenta, esta relación aumenta aproximadamente al doble y en algunos años es bastante superior.
4. La ganancia respecto del valor en libros en cada año es casi siempre superior al 10%. A partir de 1961 este porcentaje, para cada año, oscila alrededor de un 12%. Si tomamos los datos del Survey of Current Business sobre fuentes y usos de fondos para la inversión directa norteamericana en América Latina, en el período de 1957 a 1964, verificamos que de

72. Estos datos y los que siguen fueron obtenidos por el Equipo de Investigación sobre Relaciones de Dependencia en América Latina del CESO. Se encuentran en el libro de Orlando Caputto y Roberto Pizarro ya citado.

las fuentes totales de la inversión directa en América Latina, solo 11,8% proviene de Estados Unidos. El resto (88,2%) corresponde, en gran parte, a fuentes que son producto de las actividades de las empresas norteamericanas en América Latina (46,4% ingreso neto de las empresas, 27,7% por concepto de depreciación y desgaste) y de “fuentes obtenidas en el exterior” (14,1%). Es significativo el hecho de que los fondos obtenidos en el exterior, que no son externos a las mismas empresas, sean mayores que los fondos provenientes de Estados Unidos. La participación relativa de los fondos provenientes de Estados Unidos cayó en este período de 35% en 1957 a 0,9% en 1964. A pesar de que el período es corto para presentar una tendencia precisa, parece sin embargo evidente que los fondos provenientes de Estados Unidos tienden a decrecer.

3. Efectos sobre la estructura productiva

Es fácil comprender los efectos que esta estructura dependiente provoca sobre el sistema productivo de los países dependientes, condicionando un tipo específico de desarrollo que se caracteriza precisamente por su carácter dependiente.

- a) El sistema productivo que se monta en estos países está esencialmente condicionado por las relaciones internacionales mencionadas. En primer lugar, lo condicionan la necesidad de conservar la estructura agraria o minera exportadora. La conservación de estas estructuras genera una combinación entre sectores económicos más adelantados que sacan plusvalía de los sectores más atrasados, de centros “metropolitanos” y “coloniales” externos e internos dependientes.⁷³ Se reproduce internamente, de manera muy acentuada, el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista a nivel internacional. En segundo lugar, es factor condicionante la necesidad de montar una estructura industrial y tecnológica, inducida más por los intereses de las empresas multinacionales que por las necesidades internas de desarrollo (aún si la pensamos desde el punto de vista de los intereses de un desarrollo capitalista nacional).

73. La relación entre centros metropolitanos y coloniales es tratada en Gunder Frank, *Development and Underdevelopment in Latin America*. Hemos criticado la noción de “satelización” de este autor en el capítulo anterior.

Un tercer condicionamiento radica en que la alta concentración tecnológica y económico-financiera de las economías hegemónicas se transfiere, sin mayores mediaciones, a economías y sociedades muy distintas, provocando una estructura productiva altamente desigual, alta concentración de ingresos, subutilización de la capacidad instalada, explotación intensiva de los mercados existentes concentrados en las grandes ciudades, etcétera.

- b) La acumulación del capital, en tales circunstancias, asume características muy propias. En primer lugar, se caracteriza por una profunda diferencia entre los niveles salariales internos, dados en condiciones de un mercado local de mano de obra a precios bajos, combinados con la utilización de una tecnología de uso intensivo de capital. El resultado, desde el punto de vista de la plusvalía relativa, es una alta tasa de explotación de la fuerza de trabajo". Esta explotación se agrava aún más por los altos precios de los productos industriales garantizados por el proteccionismo cambiario, las exenciones y ayudas dadas por el Estado nacional y la ayuda de los centros hegemónicos.

En segundo lugar, como la acumulación dependiente se caracteriza por la necesidad de comprar las maquinarias y materias primas industrializadas en el exterior, pasando necesariamente por la economía internacional, queda profundamente condicionada, debido al carácter desigual y combinado de las relaciones económicas internacionales capitalistas, por el dominio tecnológico y financiero de los centros imperialistas, por las realidades de la balanza de pagos, por la política económica del Estado, etcétera. El rol del Estado, sea para el crecimiento del capitalismo nacional, sea para el del capital extranjero, merecerá un análisis más amplio.

- c) A partir del análisis hecho, es posible comprender también los límites que este sistema productivo impone al crecimiento del mercado interno de estos países.

Lo limita, en parte, al permitir la supervivencia de relaciones tradicionales en el campo, debido al compromiso con el sector agrario, lo que es muy grave si se toma en consideración que la nueva industrialización no ofrece perspectivas halagadoras para la mano de obra.

La estructura productiva montada por la industrialización dependiente limita el crecimiento del mercado interno por varias otras razones:

- › Primero, porque somete la fuerza de trabajo a relaciones altamente explotadoras, como lo vimos, imponiendo un límite a su poder adquisitivo.
- › Segundo, porque, al adoptar una tecnología de utilización intensiva del capital, crea relativamente muy pocos empleos en comparación con el crecimiento de la población, lo que restringe la creación de nuevas fuentes de ingreso. Las dos limitaciones señaladas afectan al crecimiento del mercado de bienes de consumo. En tercer lugar, la remesa de ganancias al exterior retira una porción del excedente económico generado en el interior. Esto se debe, en parte, al hecho de que este excedente no pudo ser utilizado internamente debido a las limitaciones del mercado interno ya señaladas. En parte, tal hecho también se explica por la dificultad que encuentra el capital para invertir en nuevas ramas, con tasas de explotación suficientemente altas para impedirle desplazarse a otras regiones. Otra explicación para la no utilización del excedente se encuentra en el desinterés por abrir nuevos sectores que vengán a competir con productos importados de los centros imperialistas. En realidad, se limita así la posible creación de una industria de base nacional que atendería el mercado de bienes de capital y que constituiría esta plusvalía si no fuera remitida al exterior. Por el somero análisis hecho, se puede comprender cómo los obstáculos más graves que enfrentan estas economías no vienen de un supuesto retraso causado por la no integración al capitalismo sino que por lo contrario, las más poderosas limitaciones a su pleno desarrollo provienen del modo cómo se articulan con este sistema internacional y se deben a sus propias leyes de desarrollo.

4. Algunas conclusiones: la reproducción dependiente

Para comprender el sistema de producción dependiente y las formaciones socioeconómicas que conforma, es necesario, pues, verlo como parte de un sistema de relaciones económicas mundiales basado en el control monopólico del gran capital, en la dominación de unos centros económicos y financieros sobre otros, en el monopolio de una tecnología altamente compleja, todo lo cual condiciona un desarrollo desigual y combinado a nivel internacional y nacional. Los intentos de analizar

la realidad de estos países como producto de un subdesarrollo, de un retraso en asimilar modelos de producción más avanzados o de modernización, no pasan de ser oscurecimientos ideológicos disfrazados de ciencia. Se puede decir lo mismo de los intentos de analizar esta economía mundial en tanto sistema de relaciones entre factores en libre competencia, como lo hace la teoría de los costos comparados que busca justificar esta distribución desigual del sistema económico mundial y ocultar las relaciones de explotación en que se basa.⁷⁴ En realidad, solo podemos entender lo que pasa en los referidos países cuando vemos que se desarrollan en el marco de un proceso de producción y reproducción dependientes. Este sistema se reproduce como dependiente, al reproducir un sistema productivo cuyo desarrollo está limitado por esas relaciones internacionales, sistema que desarrolla necesariamente solo algunos sectores económicos y que está obligado a intercambiar en condiciones desiguales.⁷⁵

El capitalista del país dependiente es obligado a competir en condiciones de desigualdad con el capital internacional en el interior de sus fronteras. Le imponen relaciones de sobreexplotación de la fuerza de trabajo para dividir el excedente económico generado por los dominadores tanto internos como externos.

Al reproducir tal sistema productivo y tales relaciones internacionales, el desarrollo del capitalismo dependiente reproduce los factores que le impiden alcanzar una situación favorable nacional e internacionalmente, y reproduce el atraso, la miseria y la marginalización social en su interior. El desarrollo que produce beneficia a sectores muy limitados y encuentra barreras inamovibles en su propio interior para continuar el crecimiento económico, desde el punto de vista del mercado interno y externo y desde el punto de vista de la acumulación progresiva de su déficit de balanza de pagos, que va generando más dependencia y más sobreexplotación.

74. La teoría de los costos comparados fue sometida a una crítica sistemática en el libro de Cristian Pailloix, *Problemes de la croissance en économie ouverte*.

75. El tema del intercambio desigual lo ha analizado A. Emmanuel, *L'Echange Inégal*, lo que ha dado origen a una amplia polémica resumida y ampliada en el libro de Víctor Perlo, *La explotación entre naciones*.

Las medidas políticas propuestas por los desarrollistas de CEPAL, UNCTAD, BID, etcétera, no parecen permitir la destrucción de estas terribles cadenas que determinan el desarrollo dependiente. Examinaremos más adelante las alternativas de desarrollo que en tales condiciones se presentan para América Latina y los países dependientes. Todo indica que lo que les espera es un largo proceso de profundos enfrentamientos políticos y militares, de radicalización social profunda que lleve a estas sociedades a un dilema entre gobiernos de fuerza que tiendan a abrir paso al fascismo o gobiernos revolucionarios populares que tiendan a abrir paso al socialismo.

Las soluciones intermedias se han mostrado vacías y utópicas en una realidad contradictoria.

Es necesario, sin embargo, hacer primeramente algunas consideraciones sobre las formas que asume la transferencia internacional de recursos y sobre los antecedentes teóricos del concepto de dependencia.

IX. Dependencia económica y transferencia internacional de recursos

Los móviles de las conquistas en la antigüedad hasta el surgimiento del capitalismo liberal eran muy evidentes, a pesar de los disfraces ideológicos de carácter religioso, jurídico o moral que asumían. Los conquistadores volvían llenos de esclavos, de oro y plata, de objetos saqueados y los pueblos colonizados les pagaban regularmente pesados tributos. Esta forma de dominio colonial se mantuvo hasta el fin del siglo pasado y el comienzo del actual sin causar mucho escándalo. Siempre se ha encontrado la manera de aliar la vocación universalista y humanista del cristianismo y después del iluminismo con la tarea de subyugar y saquear a pueblos enteros. Además, los intelectuales, los religiosos, los moralistas, siempre podían considerar que su tarea civilizadora se separaba de las actividades mezquinas y explotadoras de los negociantes y traficantes que la manchaban con su codicia.

En el capitalismo moderno, la acción expropiatoria se ha hecho más refinada, indirecta y oculta. Los intelectuales, artistas, religiosos y moralistas pueden hasta trabajar directamente para los agentes de la expropiación sin sentirse partícipes de ninguna actividad degradante.

El saqueo directo de los pueblos se oculta bajo un sutil mecanismo de precios y de explotación de riquezas naturales en condiciones excepcionales; el cobro de tributos se esconde bajo una sofisticada prestación de servicios inexistentes; el comercio de esclavos se sumerge bajo un complejo sistema de explotación de la mano de obra en su propio local de trabajo; la dominación política directa se ha ocultado bajo un manto diáfano de deudas, de dependencia de la tecnología, de abastecimiento de productos básicos y productos culturales.

El objeto de este capítulo es analizar este complejo y bien ocultado sistema de explotación, drenaje de recursos y subyugación de unos pueblos por otros.

1. Los precios internacionales: mecanismos de expropiación

El sistema de precios se sitúa en el área de la circulación de la riqueza. A través de la venta de los productos se realiza una plusvalía que se creó en el proceso productivo. En el intercambio internacional no se produce por lo tanto un proceso de explotación de la fuerza de trabajo. Pero sí se produce una expropiación por parte de un propietario privado de parte del resultado del trabajo apoderado por otro propietario. Para que esta apropiación se dé es necesario que este intercambio no se haga según el valor real de los productos. Es decir, supone condiciones especiales de mercado monopólico. Muchas teorías han intentado explicar la desfavorable relación de precios que existe entre los productos básicos vendidos por los países desarrollados y los productos industriales por ellos comprados como resultado de las circunstancias del mercado (inelasticidad del consumo de productos básicos, según la ley de Engels) o por los bajos salarios de los trabajadores de los países coloniales. Ambas teorías son falsas, pues el valor de los productos no se forma en el mercado ni tampoco los salarios son condicionantes del valor.⁷⁶

La verdadera causa del intercambio desigual y de la pérdida de los términos de intercambio para los países dependientes debe ser encontrada en el carácter monopólico del mercado mundial. Los mecanismos según los cuales este opera son:

76. Habría muchas otras razones para contestar tales "teorías". La ley de Engels es, por ejemplo, un disparate en un mundo de hambruna como el que vivimos y las diferencias salariales son más bien un producto del intercambio desigual que una causa del mismo.

- a) Los grupos monopólicos localizados en los centros del capitalismo controlan el transporte de los productos y su comercialización, al controlar los mercados compradores.
- b) Los grupos monopólicos centrales, contando con el auxilio de sus Estados imperiales y con su vasta capacidad de operación internacional, diversifican los centros productores para debilitar su control de la oferta. En algunos casos recurrieron y aún recurren a la “balkanización” de las regiones productoras, separándolas en pequeños Estados nacionales, llevándolas al conflicto militar, estimulando sus diferencias económicas y culturales, favoreciendo su incomunicación y su provincialismo. En fin, recurren al desarrollo de productos alternativos, principalmente los sintéticos.
- c) Cuando fallan estas formas indirectas de debilitar los centros productores, asumen el control directo de la producción, recurren a la intervención militar, al chantaje jurídico, a la conspiración, etcétera, contando para ello con el apoyo de sus fuertes Estados imperiales.

La reacción posible de los países productores para mantener sus precios es solo una: su unión política, militar y económica. Esta se viene fortaleciendo en los últimos años a través de 5 mecanismos:

- a) La formación de un bloque del llamado tercer mundo en las Naciones Unidas y otros bloques de carácter regional, como la Organización de la Unidad Africana, la Liga Árabe y las débiles articulaciones de América Latina a partir del acuerdo de Viña del Mar y posteriormente del proyecto del SELA. El apoyo de los países socialistas a estos acuerdos regionales les da fuerza y capacidad de negociación. Asimismo, la crisis del capitalismo, particularmente en su centro hegemónico, debilita su capacidad de respuesta a estas presiones.
- b) La formación de cárteles de países productores, que a partir de la pionera OPEP se ha generalizado a otros productos con menores resultados.
- c) El control nacional de fuentes productoras, de transporte y comercialización de los productos traducidos en su nacionalización drástica y masiva.
- d) Los mecanismos jurídicos, ideológicos y morales de defensa y justificación del derecho de los pueblos a disponer de sus riquezas y a

defender su comercialización expresados en gran medida en la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados aprobada con ciertas atenuaciones en la Asamblea de las Naciones Unidas.

- e) La industrialización de los productos básicos y agrícolas, que permite mayor poder de negociación (pues los productos acabados son menos presionables por los grupos compradores), además de aumentar la parte del valor del producto final producida en el país dependiente y por lo tanto la ocupación de la mano de obra local.

La reacción del imperialismo en contra de tales mecanismos se ha expresado en declaraciones en contra de la “dictadura de la mayoría” en las Naciones Unidas, en las tentativas de formar una coordinación de los consumidores de petróleo. En la amenaza de invasión norteamericana en Medio Oriente, en las presiones en contra de las nacionalizaciones de empresas expresadas en la enmienda Hinkeloop y, en fin, en las acciones reconocidas y *legitimadas* de la CIA. El rechazo a lo que el Times consideró la “así llamada” Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados muestra que el imperialismo no está dispuesto a aceptar un comercio mundial en el cual los países productores de materias primas formen un aparato propio de defensa de sus productos. Asimismo, los proyectos ya insinuados de formar aparatos internacionales reguladores de *stocks* de materias primas y productos agrícolas muestran que hay planes de una intervención más masiva de los Estados imperialistas en el comercio mundial. Esta intervención está siendo propuesta a manera de garantizar los intereses de los grupos económicos dominantes.

En cuanto a la exportación de productos industrializados, sabemos las limitaciones cambiarias drásticas que se les impone en los principales países compradores, principalmente en Estados Unidos. En algunos casos, Estados Unidos impone cuotas límites de compra de productos como los textiles”. Solo unos cuantos “teóricos” continúan afirmando la existencia de un libre intercambio internacional que una fuerte intervención estatal en el comercio internacional eliminó desde fines del siglo XIX.

Todo esto nos muestra que la cuestión de los términos de intercambio y del comercio desigual es esencialmente un problema de poder

económico. Los mecanismos de oferta y demanda, los mecanismos de costo de producción en que entran los salarios, las limitaciones al aumento del consumo de productos primarios y agrícolas, a pesar de contar significativamente en el comercio de estos productos, son fenómenos secundarios.

2. Los servicios: otro mecanismo de expropiación

El otro mecanismo por el cual se transfieren enormes cantidades de recursos producidos en los países dependientes a los dominantes son los pagos de servicios. Estos son básicamente los fletes, los seguros, los servicios técnicos y el pago de patentes. La cancelación de tales servicios parece ser algo “justo” y parte necesaria del moderno intercambio entre los pueblos. Pero de hecho no es así. Están supervalorados y en muchos casos o no existen o son simples resultados de un monopolio de marcas y patentes que se asemeja a una forma moderna de la renta de la tierra, o sea, de un derecho puramente jurídico a expropiar con una renta a los verdaderos agentes de la producción, es decir, una transferencia de excedentes generales en la producción a los ociosos que especulan con la propiedad monopolítica del conocimiento humano.

a. Los fletes y seguros

La balanza comercial de nuestros países se presenta en general favorable cuando se trata de intercambio de productos por productos (FOB), pero se muestra enseguida deficitaria cuando se incluyen los fletes y seguros que se pagan por transportar estas mercancías (CIF). Estos fletes y seguros son fuertemente monopolizados por algunos grandes grupos de empresas transportadoras y aseguradoras. La única forma de romper este monopolio que extrae millones de dólares anuales de los países dependientes es la formación de flotas mercantes nacionales. Sin embargo, las represalias, castigos, sabotajes, restricciones gansteriles y presiones gubernamentales al uso de ciertos puertos forman un importante desestímulo a la formación de estas flotas mercantes nacionales que suponen grandes inversiones. Los gobiernos de los países dependientes prefieren invertir en portaviones ya militarmente superados, para lo cual cuentan con ayuda financiera y estímulos. Asistimos hace poco

tiempo a una importante confrontación en Venezuela, cuyo proyecto de nacionalización del petróleo incluía, según las recomendaciones de la comisión creada *ad hoc*, una pretensión de control de su transporte y comercialización. El proyecto original apoyado por la izquierda fue modificado por el gobierno y aprobado con una nueva redacción que permitía la formación de empresas mixtas en los sectores de transporte y comercialización del petróleo. El paso que dio Chile en el campo de la comercialización del cobre bajo la Unidad Popular fue fuente de fuertes y definitivos conflictos, mucho más que la nacionalización de las minas. Los militares usurpadores en el poder han pagado millones de dólares del hambriento pueblo chileno a las empresas mineras, pero mantuvieron la propiedad de los yacimientos. Lo que sí han entregado a esas compañías son los dólares de la comercialización de los productos.

b. La llamada "asistencia técnica" y el "know-how"

La utilización de ciertas máquinas, procesos y patentes trae consigo un sobrecargo que se expresa en un contrato de "asistencia técnica". Estos extorsivos contratos son formas directas de expropiación de recursos de los países dependientes. Corresponden en general al que se puede llamar secreto tecnológico o industrial. Puede tratarse del diseño de una máquina o de un mecanismo que se mantiene oculto y cuyo derecho de uso se reserva a ciertas firmas especiales; puede tratarse de una técnica determinada, un conocimiento cualquiera cuya ocultación asegura a sus propietarios una renta determinada. Como en muchos casos se trata de firmas fantasmas pertenecientes a los ejecutivos o financieros de la empresa que utiliza una determinada técnica, son servicios pagados a precios sobrevalorados. Además, su ocultación es un importante seguro en contra de la utilización de máquinas y procesos por empresas nacionales y estatales que no aceptan las condiciones del gran capital (caso de la minería del cobre y otras empresas nacionalizadas por la Unidad Popular en Chile). No son pocos los casos en que las empresas poseedoras de un determinado *know-how* atribuían un valor de capital a este conocimiento, contabilizándolo como patrimonio de la asociación corporativa que realizan con otros accionistas privados o públicos. En situaciones democráticas avanzadas como la que se vivió en Chile en

1970-1973, los propios trabajadores han logrado sustituir buena parte de esta falsa “asistencia técnica” con su gran conocimiento de las máquinas y con su actividad creadora. Los ingenieros nacionales también han logrado y pueden lograr sustituir en buena medida estas asistencias, si se cambian las especificaciones técnicas de las máquinas y se las ajustan a los conocimientos locales. Es indiscutible sin embargo que gran parte del conocimiento técnico de nuestros ingenieros viene ya sistematizando por manuales de las empresas transnacionales, formando un conocimiento, una aspiración y un tipo de comportamiento completamente condicionados por estos patrones técnicos considerados “universales”. El desarrollo de la ciencia y la ingeniería autóctonas, el estímulo a la capacidad creadora de los trabajadores y su expresión democrática son los únicos caminos capaces de superar estas enormes transferencias de los recursos nacionales a los centros dominantes. También la ayuda de los científicos, intelectuales y organizaciones de trabajadores de los países desarrollados y socialistas puede ser un factor coadyuvante del rompimiento de este proceso expropiativo.

c) Las marcas y patentes

Pero no es solamente el *know-how* el que se vende a precios expropiatorios. También cuesta (y mucho) el simple derecho a usar una cierta marca o un cierto producto cuya publicidad le asegura de partida el control del mercado. En este caso, se cobra un *royalty* o regalía como porcentaje de cada producto realizado. Un sistema jurídico internacional, sancionando por el GATT, garantiza este monopolio, este derecho espurio a cobrar lo que se requiere por un mero nombre que se registra, o por una imagen publicitaria.

La lucha en contra de este “derecho”, la simple copia de los productos existentes sin pago de regalías, la apropiación colectiva gratuita y libre por los pueblos subdesarrollados del conocimiento universal, es un camino que han seguido vanos países con resultados evidentemente favorables. La apertura del mercado interno a la competencia de las corporaciones transnacionales, con su poder publicitario, de financiamiento y de corrupción, impide sin embargo que sea posible eximirse de pagar estas cuantiosas “rentas” de la propiedad del conocimiento

y de la imaginación, sin producir un rompimiento más amplio con el imperialismo.

Otra vez se hace evidente el carácter político de estos procesos internacionales de expropiación. Solo la acción conjunta de los países subdesarrollados con el decidido apoyo de los países socialistas podrá permitir la abolición o moderación de este “derecho” de propiedad intelectual que no recompensa a los verdaderos creadores sino a las empresas que registran esos conocimientos y los utilizan monopólicamente.

3. La exportación de capitales. La explotación directa de la fuerza de trabajo internacional

Todas las formas anteriores de transferencia internacional de recursos están ligadas al fenómeno de la circulación. Tanto los mecanismos de precios monopólicos, como los del cobro exagerado de servicios muchas veces inexistente, son formas de expropiar la riqueza ajena. Todo este proceso depende, por tanto, de otro que es el fundamental, la fuente de toda riqueza: la producción. La verdadera explotación solo se puede dar por lo tanto en el proceso productivo. Solo se puede explotar la fuerza de trabajo: los músculos, cerebros, nervios del trabajador.

El derecho a explotar universalmente la mano de obra depende de la libre circulación de los capitales. El monopolio, la concentración violenta de la riqueza que promueve y crea, solo puede alcanzar su plenitud si tiene la posibilidad de explotar directamente toda la mano de obra disponible en escala internacional. Es por lo tanto la exportación de capitales desde los centros imperialistas hacia el exterior lo que constituye la esencia del imperialismo moderno. Desde fines del siglo pasado se logró constituir un mercado internacional de capitales que entregó a la mayor parte de los trabajadores del mundo a la explotación del capital internacional.

El movimiento internacional de capitales se hace según las tasas de ganancia que se forman localmente. Para determinarlas influyen muchos factores, como la proximidad de las fuentes de materias primas, los costos de transportes, la existencia y el precio de una infraestructura energética, las fuentes de financiamiento y su costo y, sobre todo, el precio de la mano de obra. Pero hay una importante contradicción

en este proceso: los países donde la mano de obra es más barata tienen en consecuencia un escaso mercado interno. Por esta razón, el capital busca en general estos países como fuente de producción de productos exportables, como lo fueron las materias primas y los productos agrícolas. Con el tiempo y el desarrollo del mercado mundial, el capital ha logrado abrir nuevos campos de inversión destinados al mercado nacional de los países que lograron un cierto grado de industrialización, o al mercado internacional ampliando el número y el tipo de los productos exportables hacia los centros de consumo más importantes. El proceso de inversión extranjera se apoya por lo tanto en un amplio desarrollo de la acción del capitalismo de Estado, sea en los países dominantes, sea en los países dependientes. Es el Estado el que se encarga de crear la infraestructura energética, de transportes, comunicación e incluso de financiamiento para que estos capitales se renueven ampliamente con los menores costos posibles. La inversión extranjera no solo permite controlar directamente los recursos naturales de los países en que invierte, sino que permite apropiarse directamente de la plusvalía producida por sus trabajadores. Asimismo, la formación de un aparato bancario y de inversiones permite centralizar y apropiarse del ahorro local. La vinculación y control de los Estados locales permite utilizar su poder de captación de recursos a través de los impuestos y ponerlo al servicio de sus intereses.

El capital internacional, operando a través de sus unidades empresariales las corporaciones transnacionales gana así un poder cada vez más amplio de explotación y expropiación de las fuerzas productivas de la humanidad. Si hasta fines del siglo XIX no había rincón que el capital no penetrase comercialmente, en nuestro tiempo casi no hay trabajador que no se pueda explotar directamente, ni tampoco propietario cuyos recursos no se puedan centralizar. Las ganancias enormes producidas en las condiciones favorables de los países dependientes (mano de obra barata, financiamiento barato, ayuda estatal del país imperialista y del dependiente, absorción de capitales locales, agregándose a todo esto las ventajas comerciales y de servicios ya señaladas) no se reinvierten allí, pues es evidente que estructuras socioeconómicas sometidas a tal grado de expropiación no tienen mucha oportunidad de reinversión.

Se forman gigantescos excedentes financieros que son empleados en la formación de un vasto sistema de servicios parasitarios en los países imperialistas y que alcanzan a absorber a las minorías privilegiadas de los países dependientes.

Los mecanismos por los cuales se remiten estas ganancias a los centros parasitarios son múltiples: ya sea la remesa directa de las ganancias percibidas (dejando una pequeñísima parte para la reinversión local), ya sea a través de falsas “re inversiones” que son enormemente infladas por recursos contables, ya sea a través del sobreprecio de las mercancías compradas a las matrices (maquinarias para instalar las empresas en los países subdesarrollados, materias primas y partes utilizadas como insumo casi siempre de ensamblaje final de productos). Esto sin hablar de mecanismos como los servicios técnicos, los royalties y regalías, que son también formas disfrazadas de envío de ganancias. La captación directa de recursos financieros locales a bajo precio, bien por la ayuda estatal directa, bien por el dominio del mercado financiero local, puede servir también para envíos de intereses, agios de la especulación, etcétera.

Todos estos mecanismos funcionan básicamente en una dirección: la explotación directa de los recursos naturales y humanos de los países dependientes, la expropiación de los excedentes apropiados por las burguesías locales, la captación de los recursos ahorrados por todos los sectores de recursos medios hacia arriba. Este monstruoso proceso de succión internacional de recursos se expresa directamente en la negativa balanza de pagos de los países dependientes, sin contar que los mantiene subyugados a una estructura socioeconómica interna altamente explotadora que se refleja en las violentas distorsiones de distribución del ingreso, que condiciona su desarrollo económico, tecnológico y cultural a formas siempre secundarias, limitadas y pobres.

No es imposible entender la relación directa que hay entre este sistema de relaciones internacionales e internas de cada país, la constante rebelión de los pueblos dependientes y el constante recurso de la dictadura, la violencia y la tortura como formas fundamentales de conservación del sistema.

4. Los mecanismos acumulativos de la dependencia: La deuda externa y la “ayuda” internacional

Todos los mecanismos que hemos descrito se reflejan en una balanza de pagos desequilibrada marcada por un enorme déficit:

1. Bajos precios de exportación, altos precios de los productos importados, comercio desigual, tendencia a un déficit o por lo menos a un superávit pequeño en el intercambio de bienes o comercial, tendencia a que se anulen las ventajas de los precios de materias primas logrados en coyunturas específicas, tendencia por lo tanto a una permanente situación negativa.
2. Pagos de fletes y seguros por los productos importados: más déficit. Resultado: insuficiencia de recursos para importar máquinas y materias primas para el desarrollo industrial. Recurso: apelar al capital extranjero.
3. Cuenta de capitales: entradas de capital en gran parte falsas (puramente contables), enormes pagos como remesa de ganancias, recompensa de servicios técnicos y *royalties* –nuevo déficit aún mayor–. Resultado: alguien tiene que financiar estos déficits. Se podrían disminuir las importaciones drásticamente (estos déficits varían entre cerca de un tercio y la mitad del valor de las exportaciones). Esto tendría efectos dramáticos en el comercio exterior y en el de las empresas exportadoras e importadoras, en el consumo de sectores de altos y medios ingresos y eventualmente populares, en el funcionamiento de las empresas existentes que dependen de insumos importados y de las nuevas inversiones. Se podría también suprimir el origen del déficit cortando las remesas excesivas de ganancia, aumentando los precios de los productos exportados, pagando menos por los importados, pero esto tendría consecuencias políticas revolucionarias. Para evitar tales medidas la CIA ha gastado millones en Guatemala, Brasil, Indonesia, Chile, Bolivia, etcétera.
4. De ahí viene la “solución”: el Estado de los países imperialistas (los contribuyentes de estos Estados por lo tanto) financia bajo la forma de “ayuda externa”, “prestamos internacionales”, etcétera, este comercio desigual, con lo que permite saldar estos tremendos déficits. Solo así

puede existir este comercio mundial tan profundamente explotador y desigual. La llamada “ayuda” internacional se reduce a lo siguiente:

- a) Prestamos a empresas norteamericanas o de otro país donador para que puedan exportar sus productos.
- b) Financiamiento a estas mismas empresas para que conviertan estos productos exportados en parte del capital que invierten en otros países.
- c) Suplementación a los Estados deudores para que paguen sus deudas con estas empresas o bancos particulares.

Es una violenta manifestación en escala internacional del capitalismo monopolista de Estado, la succión masiva de los recursos estatales por los grupos monopólicos. *Resultado:* Como no desaparecen las razones del déficit, los países receptores de la ayuda no la pueden pagar. Por esta “ayuda” se cobran elevados intereses y el servicio de la deuda internacional es creciente. Se agrega por lo tanto al déficit corriente de la balanza comercial, de servicios y de capitales el pago del servicio de la deuda externa. Aumenta así drástica y progresivamente el déficit de la balanza de pagos de estos países; aumenta la necesidad de nuevos prestamos; en consecuencia aumenta el servicio de la deuda (que llega a representar más de $1/4$ a $1/2$ del valor de las exportaciones), y así sucesivamente. Todo esto en tasas astronómicas muy superiores a cualquier tasa de crecimiento interno que pudiera lejanamente compensar tal situación. *Conclusión:* El comercio mundial basado en la expropiación por medio de precios y servicios monopólicos de los países productores de bienes primarios favorece la entrada del capital internacional, que pasa a explotar directamente la mano de obra local sin cambiar sustancialmente las condiciones del mercado interno; también posibilita nuevas inversiones, lo que promueve una remesa gigantesca de los resultados de la explotación directa realizada. Tal remesa violenta de excedentes retirados a los trabajadores de los países dependientes hacia los centros económicos mundiales produce un déficit cambiario que solo puede ser cubierto con un endeudamiento creciente no pagable a no ser con una violenta paralización del comercio mundial. Esta situación se hace progresivamente insostenible, acentúa las confrontaciones en escala

mundial y al interior de estos países, cuya estructura interna (de clases, política y cultural) está profundamente condicionada por esta situación. Estos mecanismos de expropiación y explotación directa no solo provocan una crisis de la economía internacional, sino que se reflejan en el seno de nuestros países a través de la superexplotación de los trabajadores, la busca de mercados vecinos para explotar, la creciente monopolización, la dictadura, la tortura, el hambre y la miseria. Todos estos fenómenos son parte de un mismo drama y son el origen de la rebelión constante de nuestros pueblos. Son origen también de buena parte de la crisis de los países colonizadores. Un mundo que tiene en la explotación del hombre por el hombre su fundamento material no puede dejar de ser un mundo de barbarie institucional y moral. Debemos tener presente esta constatación cuando analicemos posteriormente las alternativas de la situación actual.

5. Brasil: un modelo de balance exterior negativo

El caso brasileño puede servir como un excelente paradigma de las leyes de expropiación internacional que hemos descrito. Desde 1964, la burguesía brasileña adoptó –a través de un gobierno de fuerza dirigido por militares y tecnócratas entreguistas en lo nacional, antipopulares y fascistas en lo ideológico–, con todas sus consecuencias, el cambio del desarrollo dependiente basado en el capital extranjero. Para esto ha tenido el financiamiento más abierto de bancos comerciales, gobiernos y organismos internacionales para productos industrializados como ningún otro país dependiente. El resultado es simplemente dramático: un país en bancarrota, como los datos nos lo demuestran.

a) Balanza comercial

Empecemos por la balanza comercial. Esta ha sido siempre favorable en Brasil. Las dificultades del precio del café, principal producto exportado, han dado origen a una importante diversificación de productos exportados. Como un gran triunfo se presenta el importante aumento de la exportación de manufacturas desde 1966. Sin embargo, las necesidades de importación aumentaron en proporción superior. Es así que a partir de 1971 la balanza comercial de Brasil empieza a presentar un déficit (363

millones de dólares) que tiende a aumentar (237 millones en 1972, 182 millones en 1973, y 3.166 millones en 1974, proyección según datos del primer semestre). El salto de las importaciones está fundamentalmente condicionado por el precio del petróleo. Estos déficits se producen sobre un aumento vertiginoso de las exportaciones (1.881 millones de dólares en 1968, 2.311 en 1969, 2.739 en 1970, 2.882 en 1971, 3.987 en 1972, 2.645 en 1973 y 3.076 en 1974, proyección en base a los datos del primer semestre). En resumen, los aumentos de la exportación fueron largamente anulados por la importación. Pero los servicios llamados no-a-factores (transportes, seguros, viajes internacionales, gastos de gobierno y diversos) aumentaron en proporción similar o superior a los aumentos de la exportación: de un saldo negativo de 284 millones de dólares, en 1968, Brasil pasa a perder 674 millones de dólares en 1972. Por otro lado, los recursos ligados a las necesidades básicas de exportación-importación revelan una situación negativa en progresión. De un déficit de 258 millones de dólares en 1968 se pasa a 911 millones en 1972 y a más de 3.000 millones en 1974. Un país en déficit a pesar de su “milagro” y de las facilidades para sus exportaciones. La situación no tiende a mejorar sino a un empeoramiento creciente. Brasil pierde recursos en su balanza comercial de manera también creciente.

b) Inversiones

¿Cómo es posible mantener esta situación deficitaria? Una primera respuesta se encuentra en el gran atractivo para la inversión internacional que ofrecía Brasil en el período 1969-1973. Por esta razón hay una entrada de capital superior a la remesa de ganancias que produce un superávit en la cuenta de capitales. (En 1968 entraron 63 millones de dólares en inversiones y salieron 84 en ganancias; en 1972 entraban 336 y salían 161 millones de dólares.) Las cuentas de “otros capitales” y “errores y omisiones” presentan también saldos favorables. Tratase de capitales a corto plazo. En 1972 llegaron a representar una entrada de 373 millones de dólares.

¿Cuánto tiempo puede durar este “aporte” de capitales? Tanto tiempo cuanto dure el “milagro económico” que los atrae. A pesar de todo, el resultado de las balanzas comercial y financiera es negativo y crece en

valor: 183 millones de dólares en 1968, 24 en 1969, 12 en 1970, 727 en 1971, 418 en 1972, cerca de 10.000 millones en 1974.

c) Prestamos y financiamientos

Para cubrir este déficit creciente y las deudas anteriores, un generoso aporte internacional se hace notar. Entraron 1.175 millones de dólares en 1968; 1.823 en 1969; 2.033 en 1970; 2.942 en 1971 y 3.162 en 1972. Sin embargo el servicio de la deuda externa aumentó en proporciones similares: Brasil pagó 628 millones de dólares en 1967; 960 millones de dólares en 1968; 1.250 en 1969; 1.476 en 1970; 1.685 en 1971, 2.305 en 1972 y 2.917 en 1973. En 1967 el servicio de la deuda externa representaba el 38% del valor de las exportaciones del país. En 1972 representó el 58% del valor de las exportaciones. En 1973 cayó al 48%, pero en 1974 y en los próximos años tiende a representar un porcentaje aún mayor.

Si vemos el monto creciente de esta deuda externa podemos comprender que el servicio de la misma se deberá elevar a cifras muy altas, superiores a la exportación global realizada por el país.

En base a estos prestamos tan superiores a los que reciben los otros países “democráticos”, se crearon reservas internacionales completamente artificiales. A pesar de esto, es notorio que la deuda externa evoluciona mucho más rápidamente que estas artificiales reservas. La deuda externa brasileña subió de 3.281 millones de dólares en 1967 a 12.882 en 1973, y según los cálculos más confiables se aproximó a los 18.000 millones en 1974 y a los 23.000 en 1975.

Las reservas internacionales también crecieron de 209 millones en 1967 a 6.417 millones en 1973. Sin embargo han disminuido en 1974 y todo parece indicar que el sistema financiero internacional no puede seguir sosteniendo una situación tan artificial.

¿Qué perspectivas de solvencia tiene este país? ¡Ninguna! ¿Y cómo continúan ingresando inversiones y prestamos masivos? ¿Quién los paga? ¿Quién está dispuesto a sostener un sistema en tal evidencia de quiebra? ¿Los contribuyentes al fisco norteamericano y de los países europeos? Las inversiones en Brasil tienen tasas de ganancia muy altas, pues no solo hay bajos salarios, sino exenciones fiscales y estímulos de todo tipo al capital extranjero. Este es pues uno de los secretos

de la actual economía internacional: los Estados nacionales, imperialistas o dependientes se ocupan de financiar, bien por mecanismos de extorsión fiscal, bien por mecanismos inflacionarios (déficit presupuestario), los movimientos comerciales y financieros del gran capital internacional.

X. Antecedentes teóricos del concepto de dependencia

Después de haber planteado algunas bases generales para el análisis de la dependencia, y antes de analizar más en detalle los ciclos económicos y las alternativas de cambio en los países dependientes, debemos establecer con un poco más de detalle los antecedentes teóricos del concepto de dependencia.

Desde tiempos muy antiguos conocemos el fenómeno de la dominación colonial. Pero, como vimos, la explotación colonial se hacía de manera externa al sistema productivo existente, sea a través del pillaje, sea a través del cobro de un tributo. La expansión marítima que inaugura los tiempos modernos empezó a crear un tipo de colonización más interesada en la implantación de un régimen productivo determinado en las colonias. Surgía entonces el comercio mundial que, en el siglo XIX, se convertiría en un comercio regular fundado en la ley del valor.

Desde los mercantilistas, pasando por los teóricos de la economía política clásica, los economistas se ocuparon de manera significativa del fenómeno colonial. Lo mejor de este debate fue recogido por Karl Marx, quien inicia un rico campo de especulación y análisis sobre el tema. Se va conformando así una base conceptual y analítica que se va enriqueciendo en la medida en que el desarrollo de los países coloniales y la crisis general del imperialismo van creando la posibilidad y la necesidad de que los propios pensadores de los países dependientes profundicen estos conceptos, agregándoles su propia experiencia. Al mismo tiempo se convierte en un fenómeno universal la lucha de estos pueblos por apropiarse de su propio destino y por lo tanto aumenta su capacidad para reflexionar sobre sí mismos y sobre el mundo.

En el presente capítulo pretendemos revisar muy rápidamente los antecedentes teóricos del análisis de las sociedades dependientes.

1. Colonialismo, imperialismo y monopolio en *El Capital*⁷⁷

En *El capital*, Marx no hace ningún análisis sistemático del problema colonial. Sin embargo, lo trata en forma indirecta para esclarecer ciertos aspectos del capitalismo o para ampliar su análisis del capitalismo mercantil.

La acumulación originaria

Al tratar el problema de la acumulación originaria, Marx atribuye especial relieve al sistema colonial en la acumulación originaria de capital que ha dado base al sistema capitalista en Europa así como a las guerras comerciales de las naciones europeas que empiezan el reparto del mundo entre ellas y anuncian la etapa imperialista que Marx no alcanzó a conocer.

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros, son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria. Tras ellos, pisando sus huellas, viene la guerra comercial de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero (p. 596).

Marx destaca también la sucesión histórica de España, Portugal, Holanda y Francia, de los centros de este proceso que encontraría su síntesis en el sistema colonial inglés (nosotros empezáramos por Portugal y después España). Destaca en seguida la importancia de los créditos públicos, de los sistemas tributarios, sobre todo sus efectos inflacionarios, y del sistema proteccionista como fuentes de acumulación originaria. Para Marx, este fue un período de dominio del capital comercial y usurario. Muestra incluso la importancia del crédito de Venecia para la acumulación del capital en Holanda, y del crédito holandés (1701 a 1776) destinado a Inglaterra para la acumulación en este país. Le reserva un papel especial al comercio esclavista que enriqueció a Portugal, España e Inglaterra, en el siglo XVIII (el Tratado de Utrech permitió a Inglaterra

77. Karl Marx, *El capital*.

la explotación del comercio de esclavos entre África y América española). Para él, el régimen esclavista en el mundo no europeo era un complemento esencial de la acumulación originaria de capital en Europa, donde la venta de los niños complementaba este proceso de trabajo forzado. Marx determinaba así la importancia de la explotación del trabajo semi-servil en nuestros países en la acumulación de capital a escala mundial, comprendiendo el carácter complementario de nuestras economías. Ello lo pone en contradicción con los defensores de la tesis de la existencia de un régimen feudal en nuestros países, y muestra los intereses capitalistas que orientaban la producción en América Latina, aprovechándose de los regímenes de trabajo que las condiciones permitían.

Queda destacada también la importancia del sistema colonial para la expansión de las manufacturas que tienen allí un mercado fundamental. Pero el sistema manufacturero se encuentra bajo el dominio del capital comercial, al contrario del sistema industrial, en que el capital industrial domina a las otras formas de capital.

De ahí que, en el período manufacturero, el capital comercial haya desarrollado la producción manufacturera, la pesquería y el transporte marítimo, bases de la expansión colonial holandesa.

Importante papel tuvo el monopolio comercial en la consolidación de este sistema. El poder estatal ha representado un papel predominante no solo en el establecimiento de este monopolio, sino también en los otros aspectos de la acumulación originaria (los sistemas de la deuda pública, tributaria y proteccionista).

Lo que no destaca Marx, porque no se liga a la acumulación originaria, es el papel de la producción de los países coloniales en el suministro de las especierías y otros productos esenciales para el desarrollo europeo.

Así podemos resumir el sistema colonial como:

1. Una fuente de acumulación de capital en base al comercio esclavo y a la explotación de la producción colonial.
2. Un mercado esencial para el desarrollo de la producción manufacturera (y posteriormente industrial) que, a su vez, tuvo un papel fundamental en la acumulación de capital.

3. Una fuente de productos esenciales para el desarrollo europeo y para su especialización posterior en la producción manufacturera e industrial.

El sistema colonial es, pues, un elemento esencial en el surgimiento del capitalismo. Además, constituye un sistema político internacional y fortalece al Estado como instrumento burgués.

Después de mostrar la necesidad histórica de la explotación colonial y la violencia del proceso de acumulación originaria, Marx pone al desnudo su verdadero carácter: “El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza” (p. 646).

La teoría de la colonización

Al tratar, en el último capítulo del primer volumen, la moderna teoría de la colonización, Marx hace referencia a la esencia de la situación colonial en Estados Unidos. Se trata de la lucha entre la propiedad individual, que se basa en el trabajo personal del productor, y la propiedad capitalista, fundada en la explotación del trabajo ajeno. El capitalismo, para desarrollarse: tiene que destruir la propiedad apoyada en el trabajo personal.

El problema de las colonias norteamericanas residía en la existencia de tierras colonizables por particulares.

Esto restringía la posibilidad de obligarlos a trabajar como asalariados. Además, se había desarrollado una industria artesanal entre los pequeños propietarios americanos libres. Un cronista de la época llega a afirmar que “en América, la agricultura es, con frecuencia, la ocupación accesoria del herrero, del molinero o del tendero”.

Esta libertad para obtener una propiedad individual y para trabajar para sí mismos, ponía en peligro incluso los intentos de los capitalistas para traer inmigrantes, pues estos abandonaban el trabajo asalariado y se apresuraban a formar su propiedad personal.

Este análisis nos señala un elemento esencial de la colonización: la necesidad de crear propiedad privada de toda la tierra. Ello nos revela que uno de los elementos básicos de la estructura capitalista colonial ha sido el monopolio de la tierra. Asegurar este monopolio fue el objetivo principal de las potencias colonizadoras. El análisis nos revela, al mismo

tiempo, la importancia que tienen las colonias para asegurar el despojo de la mano de obra de sus propiedades y su sometimiento por la fuerza, ya que el monopolio de tierras vírgenes solo puede ser garantizado por una coerción fuerte sobre los trabajadores de las colonias, sean colonos, sean indígenas, sean esclavos importados de África

El dominio del capital comercial

En sus consideraciones históricas sobre el capital comercial (vol. III, pp. 313 a 325), Marx ilumina ampliamente el problema de la relación entre el desarrollo del capital comercial, la creación del modo de producción capitalista y el papel de las colonias. Lo fundamental de estas consideraciones es la luz que arrojan sobre el proceso mediante el cual el capitalismo comercial subordina los modos de producción precapitalistas a los intereses del capital y a la producción de mercancías y plusvalía. El capital comercial es analizado, al mismo tiempo, como creador de las condiciones de superación del modo feudal de producción y generador de las condiciones que permiten la producción capitalista (genera la producción para el mercado mundial y nacional) y, por otro lado, como límite al desarrollo de la producción capitalista (al supeditar la producción al comercio e incentivar la producción bajo cualquier forma).

En resumen, el capital comercial no es suficiente para crear una forma de producción capitalista. Esto explica por qué el gran desarrollo del capital comercial en Roma y en la antigüedad no fue capaz de crear un régimen de producción capitalista; sin embargo, el desarrollo del comercio, y particularmente del comercio mundial, es condición indispensable para el surgimiento de un modo de producción capitalista.

Trasladado el análisis al mundo colonial, vemos cuán erróneo es concluir una relación directa entre el dominio del capital comercial en Latinoamérica colonial y la instalación de un modo de producción capitalista. Inclusive se podría explicar en gran parte nuestro subdesarrollo por el gran predominio y desarrollo del capital comercial en la colonia, factor limitativo de la creación de un modo de producción capitalista. Esto no significa que hayan existido modos “feudales” de producción en América Latina, pues no se trataba de crear una sociedad feudal, cerrada sobre sí misma.

La producción ha nacido entre nosotros fundamentalmente como producción de mercancías. Pero como producción atrasada y sometida al capital comercial, lo cual genera regímenes de producción precapitalistas. En este sentido los textos de Marx son concluyentes:

El desarrollo independiente y predominante del capital como capital comercial, equivale a sumisión de la producción al capital y, por lo tanto, al desarrollo del capital a base de una forma social de producción ajena a él e independiente de él. El desarrollo independiente del capital comercial se halla, pues, en razón inversa al desarrollo económico general de la sociedad (p. 317).

Los simples centros comerciales [...] presentan una analogía mucho mayor con los estados sociales del pasado que las ciudades fabriles” (pp. 316-17). Y en una nota a esta afirmación, se muestra aún más incisivo, al condenar la identificación entre el capital comercial y el capital en general como lo hacen Kiesselbach y Mommsen, quienes, en su *Historia de Roma*, hablan de capital y de dominación capitalista. “En la historia inglesa moderna, los comerciantes en sentido estricto y las ciudades comerciales se presentan también como factores políticamente reaccionarios y aliados a la aristocracia terrateniente y financiera en contra del capital industrial.

Por esto, a pesar de que reconocemos que la historia de América Latina está ligada al desarrollo del capitalismo comercial y no puede ser considerada como una sociedad feudal, podemos, sin embargo, hablar de condiciones de producción “precapitalistas” en este continente hasta el surgimiento del capital industrial en los siglos XIX y XX y, con él, del régimen asalariado de producción. El error está, no en considerarlas precapitalistas, sino feudales. Para establecer qué tipo de relaciones precapitalistas son estas, es necesario analizar las relaciones de producción en nuestras sociedades.

El capital comercial, allí donde predomina, implanta pues por doquier un sistema de saqueo, y su desarrollo, lo mismo en los pueblos comerciales de la antigüedad que en los tiempos modernos, se halla directamente

relacionado con el despojo por la violencia, la piratería marítima, el robo de esclavos y el sojuzgamiento (en las colonias); así sucedió en Cartago y en Roma, y más tarde entre los venecianos, los portugueses, los holandeses, etcétera (p. 320).

El capital financiero

Marx y Engels (en una nota al texto) han determinado también, precediendo a Hilferding y Lenin, aunque de modo esquemático, la importancia del capital financiero y del monopolio industrial, así como sus consecuencias en el exterior. En el volumen III de *El capital*, refiriéndose al capital financiero, determinan: 1) el carácter cada vez más centralizado y monopólico de la producción como consecuencia del desarrollo capitalista; 2) la formación de las sociedades anónimas y de los trusts, la importancia creciente del Estado y la concentración del capital en el comercio, en los bancos y en la agricultura; 3) la formación de una oligarquía financiera que administra el capital ajeno en su provecho; 4) la importancia de estos factores para la inversión extranjera y para la acentuación de la colonización externa. Estudian estos elementos del capitalismo monopólico como una fase necesaria del máximo desarrollo capitalista y como fase de transición al socialismo. Muestran así el carácter contradictorio de este proceso de concentración que, junto con destruir las bases de la producción individual, aumenta el control de una minoría sobre la economía.

La doble característica inmanente al sistema de crédito: de una parte, el desarrollar los resortes de la producción capitalista, el enriquecimiento mediante la explotación del trabajo ajeno, hasta convertirlos en el más puro y gigantesco sistema de juego y especulación reduciendo cada vez más el número de los contados individuos que explotan la riqueza social, y, por otra parte, el establecer la forma de transición hacia un régimen de producción nuevo. Esta dualidad es la que da a los principales portavoces del crédito, desde Law hasta Isaac Pereire, esa agradable fisonomía mixta de estafadores y profetas.

En carta a Marx, Engels hace notar las consecuencias del dominio colonial, y de las superganancias que este generaba, sobre la actitud política de las capas obreras mejor pagadas de Inglaterra. Al denunciar su

complicidad con la explotación colonial y las consecuencias de ella en su posición reformista y chovinista en Inglaterra, Engels sentaba las bases de la teoría de la “aristocracia obrera”, esencial a la concepción de Lenin de la etapa imperialista.

El imperialismo en India

Algunos planteamientos clásicos de Marx sobre el problema del capital extranjero aparecen en el artículo “Futuros resultados de la dominación británica en la India”, del 22 de julio de 1853. Este artículo se refiere a la doble misión de Inglaterra en India: “una destructora y una regeneradora: la aniquilación de la vieja sociedad asiática y la colocación de los fundamentos materiales de la sociedad occidental en Asia”. La tarea regeneradora que permitiría a India despertar de su letargo, originado por la supervivencia de una economía aldeana y manufacturera, se expresa en la reconstitución de la unidad política de India, la creación de un ejército nativo, la introducción de la prensa libre, de la propiedad privada de la tierra y de las ciencias europeas, la comunicación regular con Europa por el vapor y la implantación del ferrocarril.

En cuanto a este último, Marx le asigna especial relieve por su capacidad para crear las bases de una integración de las aldeas dispersas y autosuficientes y asentar las bases materiales para un desarrollo industrial. Ya sé que la industriocracia inglesa trata de cubrir la India de vías férreas con el exclusivo objeto de extraer, a un costo más reducido, el algodón y otras materias primas necesarias para sus fábricas. Pero una vez que se ha introducido la maquinaria en el sistema de locomoción de un país que posee hierro y carbón, ya no es posible impedir que ese país fabrique dichas máquinas. No se puede mantener una red de vías férreas en un país enorme sin organizar en él todos los procesos industriales necesarios para satisfacer las exigencias inmediatas y corrientes del ferrocarril, de las cuales debe surgir la aplicación de la maquinaria a otras ramas de la industria no directamente relacionadas con el transporte ferroviario.

Este desarrollo, por cierto, no alcanzaría a las grandes masas de India, llevadas a la miseria. No basta el desarrollo de las fuerzas productivas; es necesario que los pueblos se apoderen de ellas. Pero la penetración capitalista en India, por terrible que sea, establece las bases materiales para esto.

Los indios no podrán recoger los frutos de los nuevos elementos de la sociedad, que ha sembrado entre ellos la burguesía británica, mientras en la propia Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no sean desalojadas por el proletariado industrial, o mientras los propios indios no sean lo bastante fuertes como para acabar de una vez y para siempre con el yugo británico.

Marx resume así su apreciación general de los efectos de la penetración imperialista en India, misma que se puede tomar como visión de conjunto de los efectos del imperialismo.

Los devastadores efectos de la industria inglesa en la India –país de dimensiones no inferiores a las de Europa y con un territorio de 150 millones de acres– son evidentes y aterradores. Pero no podemos olvidar que no son más que el resultado orgánico de todo el actual sistema de producción. Y esa producción descansa en el dominio supremo del capital. La centralización de este es indispensable para la existencia del capital como poder independiente. Los efectos destructores de dicha centralización sobre los mercados del mundo no hacen más que revelar, en proporciones gigantescas, las leyes orgánicas inmanentes de la economía política vigente en la actualidad, para cualquier ciudad civilizada. El período burgués de la historia está llamado a crear las bases materiales de un nuevo mundo: a desarrollar, por una parte, el intercambio universal basado en la dependencia mutua del género humano y los medios para ese intercambio; y por otra parte, a desarrollar las fuerzas productivas del hombre y transformar la producción material en un dominio científico sobre las fuerzas de la naturaleza. La industria y el comercio burgués van creando esas condiciones materiales de un nuevo mundo, del mismo modo que las revoluciones geológicas crearon la superficie de la tierra.

Y solo cuando una gran revolución social se apropie de las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiéndolos al control común de los pueblos más avanzados, solo entonces habrá dejado el progreso humano de parecerse a ese horrible ídolo pagano que solo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado.

2. De la II Internacional a la tradición leninista

Después de la muerte de Marx y Engels fue mínima la contribución de la II Internacional al estudio del fenómeno colonial. Incluso, gran parte de sus miembros que formaban su ala derecha tendían a apoyar el proceso “civilizador” que la civilización moderna producía en el mundo “bárbaro”. A pesar de haber aprobado mayoritariamente una condena a la dominación colonial, el VI Congreso de la II Internacional, realizado en Stuttgart en 1907, aceptó apoyar una política de reformas en el marco colonial. Asimismo, la minoría votó en contra de una moción conciliatoria. Los sectores “centristas” representados por Kautsky y los marxistas austro-húngaros, a pesar de condenar claramente la política colonial, tenían pocas esperanzas en un cambio significativo en las colonias antes de una transformación socialista en los centros dominantes. La izquierda de la internacional tampoco se dedicó especialmente al problema. Ni Rosa Luxemburgo, ni Lenin, ni Trotsky, se dedicaron especialmente al estudio del problema colonial. Vemos así que la contribución marxista al estudio del problema colonial ha sido bastante pobre hasta el desarrollo del movimiento de liberación nacional en las colonias, en gran parte bajo el impulso de la revolución rusa, sobre todo en Asia. A partir de este momento empezaron a surgir análisis más detenidos del carácter de la dominación colonial, de la estructura de clases y del carácter de la revolución en las colonias. A partir de este momento se fueron esclareciendo los vínculos entre el análisis del capitalismo, la acumulación primitiva del capital, el problema nacional, el capital financiero y el imperialismo. Esos conceptos formaban un marco adecuado para aproximarse al problema concreto que los revolucionarios y la burguesía de los países dependientes empezaban a enfrentar.

a) La cuestión del carácter universal del esquema de El capital, la revolución rusa y la metodología de análisis del problema de las regiones atrasadas

Los revolucionarios rusos fueron los primeros en enfrentar el problema metodológico de la aplicación de los conocimientos generales producidos por Marx y Engels a partir de la experiencia del capitalismo europeo a condiciones históricas distintas. Los populistas rusos fueron no solo los primeros traductores de *El capital*, sino sus lectores más apasionados,

además de haber elegido al doctor Carlos Marx para representarlos en la I Internacional. Las simpatías de Marx y Engels por estos revolucionarios rusos se evidenciaron en varias oportunidades, y sobre todo en la dedicación de Marx en sus últimos años de vida al estudio del ruso y de las condiciones socioeconómicas e históricas de ese inmenso país.

Asimismo, en la polémica desatada entre los jóvenes revolucionarios y liberales rusos sobre la aplicación del esquema de *El capital* en Rusia, Marx se pronunció claramente en favor de los populistas, aun en contra de los “marxistas ortodoxos” del período. En una carta dirigida a la redacción de Hojas Patrióticas en 1877, dice claramente: “Si Rusia sigue marchando por el camino que viene recorriendo desde 1861, desperdiciará la más hermosa ocasión que la historia ha ofrecido jamás a un pueblo para esquivar todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista”. Y más adelante reafirma el carácter histórico particular de su estudio de la acumulación primitiva en Europa y el carácter general de las leyes de funcionamiento del régimen capitalista desde que se instaure como tal, protestando así en contra del intento de transformar mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren, para plasmarse por fin en aquella formación económica que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas, del trabajo social, asegura el desarrollo del hombre en todos y cada uno de sus aspectos. (Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio.)

Para encerrar estas observaciones magistrales sobre su método, Marx compara el destino de la desapropiación de la plebe romana y el de la desapropiación del campesino europeo para concluir:

Estudiando cada uno de estos procesos históricos por separado y comparándolos luego entre sí, encontraremos fácilmente la clave para explicar estos fenómenos, resultado que jamás lograríamos, en cambio, con la clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica. (Marx, 1946)

Hay aquí dos formulaciones muy importantes para el estudio de la situación específica de los países que no ingresaron en el capitalismo junto con Europa. Primero que no seguirían el mismo camino que esta y no tendrían que pasar exactamente por las mismas fases, pudiendo incluso “esquivar” las vicisitudes del sistema capitalista plasmando formas históricas específicas. Segundo, hay una advertencia metodológica que obliga a estudiar cada proceso histórico en su especificidad para de ahí vincularlo a otros procesos y a las condiciones históricas particulares en que se desarrolla. De esta manera, Marx reafirma una vez más el carácter científico, histórico concreto, de su método en contra de las interpretaciones formalistas y dogmáticas del mismo.

No es nuestro objetivo resumir aquí las discusiones que se establecieron en Rusia sobre el paso “inevitable” por el capitalismo, ni tampoco los complejos problemas nacidos de la introducción del capitalismo en Rusia sin lograr romper completamente el feudalismo y el régimen monárquico, ni mucho menos las graves cuestiones nacidas de la destrucción de las sobrevivencias precapitalistas por los obreros y campesinos a través del Estado soviético. Es innegable, sin embargo, que el profundo debate desarrollado en Rusia sobre estos problemas creó instrumentales teóricos para enfrentarse a la problemática de otros países también atrasados, enfrentados a otros fenómenos específicos como la dominación colonial directa o indirecta. Sea en la caracterización de su especificidad histórica y su estructura de clases, sea en la definición del carácter de su revolución y las posibles formas de su desarrollo histórico, la riqueza de la experiencia histórica y del debate científico y doctrinario ruso tuvo un gran papel. En lo fundamental, la visión leninista respecto de la debilidad de la burguesía y del papel hegemónico del proletariado y del campesinado en la realización de la revolución burguesa fueron marcos muy importantes para el estudio del carácter de la revolución en los países coloniales. Y se resumieron en su obra sobre las Dos tácticas de la socialdemocracia rusa. Asimismo el estudio de Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia sobre la destrucción de las comunidades rurales en Rusia y el surgimiento de nuevas formas de producción capitalistas* no solo revelaba claramente los procesos por los cuales se rompen las relaciones precapitalistas en un país atrasado y se introducen

nuevas formas de producción capitalistas, sino que entregaba también una excelente guía metodológica para el estudio de la especificidad de los procesos sociales concretos en países atrasados.

b) El imperialismo como nueva fase del capitalismo

Pero la contribución de Lenin al estudio del fenómeno colonial y periférico se hizo mucho más patente con su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En este libro Lenin demostró que el desarrollo del monopolio y del capital financiero, con sus corolarios militaristas (guerra mundial y colonialismo), correspondían a una nueva etapa de la formación social capitalista. Lenin estableció también las leyes generales que regían esta etapa: el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista internacional y nacionalmente, el parasitismo y la descomposición del sistema, el papel determinante de la exportación de capital, la importancia de la lucha por mercados y fuentes de materia prima, y la forma específica que asumía la competencia entre los trusts en la etapa monopólica. Al establecer esta definición del imperialismo Lenin no solo pudo plantear la posibilidad del paso al socialismo en Rusia, sino también el papel cada vez más relevante de la revolución colonial.

Después de la victoria de la revolución rusa de octubre de 1917, se establecieron condiciones absolutamente nuevas para la lucha de clases en los países coloniales que Lenin pudo destacar en varias oportunidades. En contacto con los líderes revolucionarios de India y China, Lenin y los demás dirigentes de la III Internacional empezaron a preocuparse directamente (si bien que de manera muy incidental) del análisis de las características de otros países. Posteriormente la III Internacional se ocupó mucho más directamente de estos problemas en la medida en que fracasaba la revolución en Europa y se desarrollaba en Oriente, particularmente en China. No nos cabe resumir aquí los varios pasos que se han dado en este sentido,⁷⁸ pero podríamos quizás sintetizar de manera muy general los puntos comunes que se fueron cristalizando en función del desarrollo de la experiencia china y de otros países asiáticos (Turquía, Persia) y, en parte, de América Latina. En primer lugar, la III Internacional definió

78. Hay un excelente resumen en Rudolf Schlesinger (1977) *La Internacional Comunista y el problema colonial*.

el carácter general de la revolución en curso en estos países como democrático-burguesa, pero buscó designar su carácter específico a partir de la necesidad de lucha nacional contra la dominación imperialista. En este sentido, logró diferenciar entre los países donde se había logrado desarrollar una industria mínima y por lo tanto un proletariado industrial y una burguesía; aquellos de un pequeño desarrollo industrial pero donde había antes de la conquista una población agrícola y un comercio desarrollado y donde existía una intelectualidad poco amplia pero suficiente para constituir el liderazgo de un movimiento revolucionario; y, en fin, los países más atrasados aún, sin industria y sin concentraciones poblacionales.

Es muy poco lo que se puede sacar de esta tipología para establecer los problemas fundamentales del análisis del atraso y de la dependencia. En realidad fueron los autores nativos de estos países los que se dedicaron más profundamente a comprender su sociedad. Entre todos ellos Mao Tse-Tung ocupó un lugar privilegiado al reflejar en su obra el profundo proceso de transformación social chino y los esfuerzos de reflexión que este provocó en el movimiento revolucionario mundial, desde los informes de M. N. Roy y las discusiones de la Internacional Comunista hasta los debates dentro del liderazgo chino. Mao contribuyó decisivamente a la teoría del subdesarrollo y la dependencia:⁷⁹

1. Al establecer la existencia de una burguesía compradora aliada al imperialismo y a la clase terrateniente, “verdaderos apéndices de la burguesía internacional” identificados junto con el imperialismo como enemigos principales de la revolución china.
2. Al precisar la inevitable quiebra de la burguesía media y nacional entre un ala proimperialista y un ala que “se inclinará hacia la izquierda”, rechazando así la posibilidad de un desarrollo nacional bajo el liderazgo de la burguesía nacional. Para estas clases no hay posibilidad alguna de permanecer “independientes”. Por eso, la idea concebida por la burguesía media china de una revolución “independiente” en la que esa clase desempeñaría el papel principal no es más que una ilusión.

79. Las citas sobre la estructura de clases china son sacadas del artículo de 1926: “Análisis de las clases de la sociedad china”, *Obras escogidas*, t. I.

3. Al señalar tres grandes corrientes en el interior de la pequeña burguesía bajo fuerte influencia del proceso revolucionario.
4. Al destacar la existencia de un semiproletariado dentro del cual incluye un sector de los campesinos semiproletarios, los campesinos pobres, los pequeños artesanos, los dependientes del comercio, los vendedores ambulantes, toda esa inmensa gama de subempleo que tan terriblemente caracteriza a nuestras sociedades.
5. Al resaltar las características revolucionarias de un proletariado industrial nuevo y relativamente pequeño pero muy concentrado y combativo. Asimismo destacó la importancia del proletariado rural que se suma a los campesinos pobres como principal aliado del proletariado industrial.
6. Al no dejar de destacar el papel del lumpenproletariado y su ambigüedad: "Capaz de luchar con gran coraje, pero inclinado a las acciones destructoras, puede transformarse en una fuerza revolucionaria si se le conduce de manera apropiada".
7. Al analizar, además, en términos muy concretos y dialécticos, la estructura de clases china, las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución y los sectores intermedios, logró también definir con mucha precisión el carácter de la revolución y del régimen político y socioeconómico que debían implantar en China las fuerzas revolucionarias:

La revolución china en su primera etapa (subdividida en múltiples fases) es, por su carácter social, una revolución democrático-burguesa de nuevo tipo, y no es todavía una revolución socialista proletaria; sin embargo, hace ya mucho tiempo que forma parte de la revolución mundial socialista proletaria, y, más aún, constituye actualmente una parte muy importante de ella y es una gran aliada suya. La primera etapa o primer paso de esta revolución, de ningún modo es ni puede ser el establecimiento de una sociedad capitalista bajo la dictadura de la burguesía china, sino el establecimiento de una sociedad de nueva democracia bajo la dictadura conjunta de todas las clases revolucionarias del país dirigidas por el proletariado; con ello culminará la

primera etapa. Entonces, será el momento de llevar la revolución a su segunda etapa: el establecimiento en China de una sociedad socialista.⁸⁰

La tesis de Mao, que él buscaba apoyar en textos de Stalin, sobre el nuevo carácter de las revoluciones democrático-burguesas en la etapa de la revolución proletaria mundial después de la revolución rusa de 1917, se mostró muy correcta en China e inspiró gran parte de la elaboración teórica marxista entre los años 1946 y 1954. Una historia intelectual y política del concepto de dependencia tendría que incorporar los estudios de otros marxistas desde 1917 a nuestros días.

Pero hay una contribución que marcó época en el desarrollo del análisis marxista del atraso, el subdesarrollo y la dependencia. Fue la de Paul Baran (1957). Fue fruto de una etapa histórica distinta. La consolidación de la independencia de India en los marcos de un antiimperialismo cada vez más moderado y de un desarrollo de relaciones de producción capitalista en los marcos del capital internacional mostraba que la revolución de liberación colonial podía dar origen a nuevas formas de dependencia y vínculos con el capital internacional y el imperialismo. Baran conoció también el fracaso de la avanzadísima experiencia de la revolución democrática boliviana y del menos profundo pero no menos dramático caso guatemalteco. Asimismo Baran estudió en detalle la nueva etapa del imperialismo internacional bajo la hegemonía norteamericana y el avance del monopolio internacional.

Al analizar estas situaciones de dependencia a la luz de “las trascendentales realizaciones y enseñanzas de la construcción socialista en la República Popular China”, se haría patente para los revolucionarios la incapacidad del capitalismo de resolver los problemas del atraso y de la miseria. Estos eran pues los problemas que habría de enfrentar Paul Baran al sintetizar un gran conjunto de trabajos que buscaban resolver los mismos problemas:

80. “Sobre la nueva democracia”, enero de 1940, *Obras escogidas*, t.II, p. 361.

1. Era evidente que el socialismo era el único camino de superación del subdesarrollo.
2. Por otro lado, el monopolio imperialista había logrado ligarse a las oligarquías locales de forma poderosa, combinándose con el atraso y la pobreza de una manera nueva que habría que analizar.
3. Esta ofensiva imperialista se aliaba en el plano intelectual con un fuerte esfuerzo por investigar el desarrollo económico y social para abrir nuevos caminos para la inversión en el mundo colonial sin romper revolucionariamente con el status quo. Era necesario oponer a estos intentos una verdadera explicación del atraso y del subdesarrollo como producto de la dominación imperialista en alianza con los sectores reaccionarios locales.
4. Había que señalar los límites de la independencia política en estas nuevas condiciones del monopolio internacional, que “con frecuencia precipita un simple cambio de sus amos occidentales, apoderándose la potencia imperialista más joven, con más recursos y más emprendedora, de los controles que se escaparon de las manos de los viejos y ahora debilitados países imperialistas”.
5. Se trataba en fin de demostrar que el crecimiento económico capitalista implicaba un gran desperdicio y la subutilización de recursos, la formación de un enorme sector terciario, el subempleo y la no destrucción, en ritmo suficientemente rápido, de los sectores atrasados de la economía.
6. Políticamente se demostraba la incapacidad de las llamadas burguesías nacionales para romper el subdesarrollo y conducir un proceso de liberación nacional. El socialismo aparecía cada vez más claramente como la única salida revolucionaria para los subdesarrollados. De esta manera, la obra de Baran reflejaba de cierta forma el resultado de un proceso ya anunciado en los artículos de Mao Tse-tung, en los debates de la III Internacional y en las experiencias revolucionarias de la posguerra y del proceso de descolonización. La Revolución Cubana vendría a confirmar definitivamente estas postulaciones al romper sus límites democráticos y antiimperialistas y encontrar en el socialismo el único camino para sostener sus ideales revolucionarios. Se empieza a formular una nueva problemática teórica y práctica. En este momento, bajo la

influencia del jruschovismo, los partidos comunistas latinoamericanos defendían la alianza de clases con las burguesías nacionales en un frente nacionalista y democrático. Se producía así un reforzamiento del pensamiento nacionalista, desde los sectores obrero y pequeñoburgués representados en estos partidos, que venía a reforzar el movimiento populista y las tesis del nacionalismo revolucionario profundamente golpeado por la radicalización producida por la Revolución Cubana. Se producía así un nuevo marco para el debate teórico que se intensificó en todo el continente. Correspondió a un discípulo de Baran, Andre Gunder Frank, recoger este debate bajo un fuerte partidismo antijruschovista y proRevolución Cubana en su interpretación más sectaria. Vale la pena pues tomarlo como ejemplo de una posición muy difundida. Andre Gunder Frank ha ejercido una profunda tarea crítica en Latinoamérica. La publicación de su libro sobre el subdesarrollo en Brasil y Chile fue un importante aporte para la comprensión y, sobre todo, para la redefinición de nuestra realidad. Sin embargo, la tarea crítica de Gunder Frank no fue acompañada de una feliz proposición teórica. Al comprender la importancia de este libro para las ciencias sociales en nuestros países, sentimos la necesidad de incluirlo entre los antecedentes teóricos que examinamos.

El libro reúne un conjunto de ensayos sobre capitalismo y subdesarrollo en América Latina: el primero, sobre desarrollo del subdesarrollo en Chile; el segundo, sobre el problema indígena en Latinoamérica; el tercero, sobre desarrollo del subdesarrollo en Brasil; y el cuarto, sobre el capitalismo y el mito del feudalismo en la agricultura brasileña.⁸¹

a) La teoría del capitalismo colonial

El objetivo central del libro es probar “que es el capitalismo, tanto nacional como internacional, lo que ha producido el subdesarrollo en el presente en Latinoamérica” (p. 7). Según Gunder Frank, el subdesarrollo es consecuencia de las contradicciones del propio capitalismo. Estas contradicciones son la expropiación del excedente de muchos y su

81. Andre Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*.

apropiación por pocos, la polarización del sistema capitalista en un centro metropolitano y satélites periféricos y la continuidad de la estructura fundamental del sistema capitalista a través de la historia de su expansión y transformación, debido a la persistencia o recreación de estas contradicciones en todas partes y en todos los tiempos. Estas relaciones generaron el subdesarrollo en los satélites periféricos, cuyo excedente económico es expropiado, generándose así el desarrollo en la metrópoli. De lo cual se extrae la conclusión de que para liberarse del subdesarrollo, es necesario liberarse del capitalismo. Tales afirmaciones se dirigen en contra de una visión de América Latina feudal, autárquica, reclusa y dedicada a una economía de subsistencia. Según Gunder Frank, América Latina es capitalista desde su cuna, o antes, desde su concepción. La tesis defendida por los teóricos de la CEPAL, según la cual se ha producido un “desarrollo hacia afuera” después de la independencia, en contraposición a la economía feudal de la fase colonial, no correspondería, pues, a los hechos. A partir de estas tesis básicas de revisión de la teoría de la sociedad y la historia latinoamericanas, el autor plantea su propia teoría. Según él, el origen del subdesarrollo debe ser buscado en las contradicciones resultantes de la expropiación del excedente económico de muchos en favor de la apropiación de este excedente por pocos. La expropiación de este excedente se efectúa a través de una cadena de explotación, cuyo punto más alto es el centro del capitalismo mundial en cada período histórico. Debido a la estructura monopolista del capitalismo mundial, este impone a los países más frágiles condiciones de explotación de su excedente económico.

Esta cadena de explotación empieza, pues, por el centro capitalista mundial, que retira el excedente económico de las metrópolis nacionales. Estas, a su vez, retiran el excedente de los centros regionales, los cuales explotan a los centros locales donde están los grandes latifundistas y mercaderes, quienes a su vez explotan a los pequeños campesinos o propietarios, y estos, a su vez, a los trabajadores de la tierra. Dentro de cada eslabón, pocos se apropian del excedente de muchos. Entonces, en cada punto, el sistema capitalista internacional, nacional y local, genera desarrollo económico para pocos y subdesarrollo para la mayoría. Una segunda contradicción es la polarización metrópoli-satélite. La relación

metrópoli-satélite se repite, pues, en el interior de economías colonizadas tanto como dentro de las economías colonizadoras (casos de Portugal y España dominados por Inglaterra). Una tesis resulta de esta contradicción: a toda situación de debilitamiento del centro tanto internacional como nacional, corresponde una situación de mayor posibilidad de desarrollo local. Una tercera contradicción está relacionada con la continuidad histórica de esas condiciones de explotación, a pesar de los cambios en el sistema. El sistema capitalista, como conjunto, mantiene su estructura esencial y genera las mismas contradicciones fundamentales. De ahí que el enfoque del libro sea sobre la continuidad de esa estructura esencial y no sobre los cambios históricos que, sin embargo, considera muy importantes. La discontinuidad solo será acentuada para revelar los períodos en que podrían haberse superado las contradicciones.

b) Ejemplos históricos: Chile

Presentado el esquema básico que se repite con algunas modificaciones en la parte destinada a Brasil, Gunder Frank pasa a analizar la experiencia de Chile. Sus tesis fundamentales, apoyadas en largas ejemplificaciones de autores latinoamericanos, son:

1. La economía colonial se destina básicamente a la exportación y está dominada por el capital comercial de la metrópoli internacional y de las metrópolis nacionales. En el caso de Chile, su economía exporta hacia Perú, cuyos comerciantes monopolizan el mercado comprador de Chile y sacan el excedente económico junto con los comerciantes de Valparaíso y Santiago, metrópolis nacionales. Así, las últimas metrópolis de Chile eran España y después Inglaterra, que dominaba a España.
2. En el siglo XVII hay una crisis en el centro colonizador español y en su satélite peruano. Esto permite el desarrollo de una economía industrial y de una agricultura interna. Fenómeno que también ha ocurrido en México y otras partes de América Latina.
3. Con la reafirmación de los lazos de dependencia en el siglo XVIII, se establecen la resatelización, la polarización y el subdesarrollo. Se destruye la industria manufacturera y se restablece la estructura de dominio del sector explotador sobre el conjunto de la economía.

4. En el siglo XIX se reafirma la estructura subdesarrollada con los fracasos de los intentos de Portales, Bulnes y Montt en los años 1820 y 1860. Después de un gran desarrollo industrial, agrícola y minero, Chile es dominado por el capital extranjero en la minería, lo que produce una declinación del desarrollo anterior. Las bases de estos cambios están en el libre comercio, que interesaba a los exportadores y que destruye a la floreciente industria nacional. El gobierno de Balmaceda fue el último intento de retornar al camino industrial, intento frustrado por el golpe de Estado llevado a cabo por estas fuerzas antinacionales coordinadas y corrompidas por Inglaterra.
5. En el siglo XX se consolida esta situación de subdesarrollo y se agudiza a cada paso con la explotación del excedente económico de Chile y la polarización de la economía y de la sociedad reflejada en una profunda desigualdad de distribución del ingreso entre las clases sociales y las regiones del país. Y si es verdad que en el pasado hubo una burguesía industrial nacionalista, esta se hace cada vez más dependiente de la metrópoli capitalista en materia de financiamientos, comercialización, bienes de capital, tecnología, diseños, patentes, marcas comerciales, licencias, etcétera. En suma, no se puede hablar ya de esa burguesía nacional progresista. El subdesarrollo en Chile, se quiere decir, no es producto de las supervivencias feudales en su economía, que nunca las hubo, sino de la dominación capitalista. En consecuencia, la única forma de superar el subdesarrollo es destruir esta estructura capitalista.

c) El problema indígena y el caso brasileño

Una sección especial del libro se reservaba al problema indígena. Su objetivo central era demostrar que “el problema indígena en Latinoamérica es, en esencia, un problema de la estructura económica del sistema capitalista nacional e internacional como conjunto”. A través de abundante documentación extraída de estudios antropológicos, sociológicos e históricos de América Latina, demuestra en forma convincente que el aislamiento del indígena es falso. La sociedad indígena actual es un producto de la explotación a que fueron sometidas estas poblaciones (o sus restos) por el capitalismo. Concentra su esfuerzo también en la tarea de mostrar que la encomienda y otras instituciones aparentemente feudales en Latinoamérica,

no dieron origen a formas de propiedad de la tierra y desaparecieron en el siglo XVI. No pueden, pues, ser consideradas como el origen de instituciones posteriores como el inquilinato. Muestra enseguida cómo la producción indígena es explotada por los mercaderes urbanos nacionales, que a su vez son explotados por los mercaderes metropolitanos.

La parte destinada a Brasil demuestra cómo las principales regiones subdesarrolladas del país, donde hay aparentes relaciones feudales y una economía de supervivencia, son producto de la decadencia de la producción exportadora.

Estas regiones, que tuvieron un gran auge exportador, se vuelven hacia la agricultura de sobrevivencia al decaer el comercio exportador. Y de esta decadencia surgen las estructuras subdesarrolladas dominadas por los “coroneles” del interior de Brasil (latifundistas y comerciantes regionales) y por relaciones aparentemente feudales.

Este es el caso del nordeste azucarero, próspero a fines del siglo XVI y hasta la mitad del siglo XVII; de Minas Gerais, donde la producción de oro generó un gran impulso industrial destruido por la metrópoli portuguesa y que se vio lanzada a la decadencia al finalizar la explotación del oro; lo mismo ocurrió en el norte, en Maranhao, donde un auge exportador a fines del siglo XVII y principios del siglo XIX fue seguido de una decadencia que generó el subdesarrollo. Otros casos de exportaciones decadentes han ocurrido en Bahía, a principios del siglo XIX, y en Pará a fines del mismo siglo. Estas son las regiones llamadas “feudales” en el Brasil contemporáneo.

Gunder Frank da especial relevancia al período de librecambismo. Demuestra su papel en el impedimento de la creación de una industria nacional en el siglo XIX, por la competencia de las manufacturas inglesas, que disponían de privilegios cambiarios dados por la corona portuguesa y por el imperio brasileño. La larga crisis del siglo XIX solo fue rescatada por el aumento de la exportación de café a fines del siglo.

El autor hace una distinción entre la involución pasiva y la involución activa resultante de las coyunturas provocadas por la guerra de 1914-1918, la crisis del 29 y la guerra de 1939-1945. En estas oportunidades la disminución de la exportación (guerra del 14-18 y crisis del 29), o las dificultades de importación (guerra del 39-45), generaron un gran desarrollo industrial.

Este desarrollo no se libró del dominio del capital extranjero ni de la polarización interna, característica del capitalismo subdesarrollado.

La situación de subdesarrollo y la involución de la economía a partir de 1962 (tasas de crecimiento decrecientes y baja del ingreso per cápita) se explican por la acentuación de la penetración del capital extranjero en la posguerra destinado básicamente al control del sector industrial.

Al analizar el reciente dominio del capital extranjero en Brasil, el autor desarrolla la tesis de la etapa del imperialismo tecnológico:

Durante la era mercantilista, el monopolio metropolitano se fundamentaba en el monopolio comercial; en la era del liberalismo, el monopolio metropolitano se ha transformado en industrial; en la primera mitad del siglo XX, la base del monopolio metropolitano parece transferirse cada vez más hacia la tecnología.

Se pudo tener industria liviana, pero no se pudo quebrar el monopolio de la industria pesada: es necesario romper la dominación tecnológica (automatización, cibernética, tecnología industrial, química, agrícola y militar). Esta situación se refleja incluso en el capitalismo europeo.

El golpe militar del 64 refleja estas condiciones de acentuación de la dependencia, con la adhesión de las burguesías nacionales decadentes al capital extranjero. La solución al problema del subdesarrollo brasileño se muestra cada vez más imposible sin la destrucción del sistema que lo ha generado: el sistema capitalista mundial y nacional.

El libro termina con un ensayo sobre el mito del feudalismo en la agricultura brasileña, en el cual se trata de demostrar que las causas de la crisis agrícola deben ser buscadas en el capitalismo y no en el feudalismo.

d) Crítica a la metodología⁸²

Nuestra principal crítica a la teoría de Gunder Frank se refiere al hecho de que no logra superar una posición estructural funcionalista, y el origen de esta no superación creemos encontrarlo en su concepto de contradicción.

82. Estas notas críticas fueron publicadas en 1968. Es extraño que 6 años después Agustín Cueva las repita en un artículo en el cual pretende criticar una escuela de pensamiento que él llama de "La teoría de la dependencia", que otros (con un gusto muy deteriorado) han llamado "Los dependentistas" (Mimeo) Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, México, 1974, presentado como tesis al X Congreso Latinoamericano de Sociología, Costa Rica, 1974.

Al citar a Engels: “existe una contradicción en que una cosa continúe siendo la misma y sin embargo cambie constantemente”, busca justificación para su análisis de la continuidad histórica de las contradicciones del sistema colonial. Sin embargo, la noción de contradicción implica que la realidad se modifica por efecto del desarrollo de las contradicciones mismas.

Es decir, la contradicción entre continuidad y cambio es meramente aparente; por tanto, el cambio es generado por lo que es aparentemente continuo. La única continuidad que la dialéctica puede admitir es la continuidad del cambio, pues el cambio se debe exactamente a aquello que hace que la cosa sea ella misma. El capitalismo, por ejemplo, genera el socialismo por efecto de las mismas contradicciones que lo hacen desarrollarse como sistema capitalista. De otro modo, no hay dialéctica.

De ahí se deriva un carácter estático en el sistema de Gunder Frank. Las contradicciones de América Latina son, para él, las mismas desde su descubrimiento hasta hoy. Los cambios que han existido, y el mismo Gunder Frank admite que son importantes, en su análisis aparecen como “irracionales”, o mejor, como resultado de factores aleatorios (crisis en los centros dominantes, por ejemplo), los cuales causan a veces una “involución pasiva”, o a veces una “activa”, por motivos teóricos ignorados. Pues solamente a través de la estructura interna de estos países se puede explicar por qué, aceptando la terminología del autor, a veces involucionan pasiva o a veces activamente. Y si la estructura de nuestros países es la misma y ha permanecido igual en todo este período, ¿cómo se explican los cambios que se han producido en América Latina?

En este mismo sentido debemos criticar el modelo teórico de Gunder Frank. La primera contradicción del modelo que se refiere a la producción del excedente por muchos y su apropiación por pocos, explica por qué nuestro excedente económico es reducido, pero no explica por qué el excedente que se queda en América Latina es invertido de tal o cual forma. Para explicarlo, el mismo Gunder Frank tiene que recurrir a ciertas categorías que se relacionan con la estructura interna de los países coloniales: al predominio del sector exportador y a la deficiencia del mercado interno generada por la estructura exportadora. Si no fuera

así, no sería posible explicar por qué en los momentos de repliegue de los centros metropolitanos y de disminución de la explotación colonial, no se puede superar la condición de subdesarrollo.

Lo que pretendo demostrar con este argumento no es que la apropiación del excedente económico de nuestros países no es un elemento importante de nuestro atraso, sino que hay que explicar esta apropiación y sus resultados por la estructura de la economía dependiente. Es necesario analizar en un primer momento la estructura exportadora sin tomar en cuenta la expropiación del excedente por la metrópolis, pues nuestros países seguirían subdesarrollados aun si no hubiera esta expropiación. Y seguirían subdesarrollados por la dependencia de la importación de los productos manufacturados, por la no generación de un mercado interno de estos productos comprados en el exterior, por el predominio del capital comercial.

En cuanto a los cambios del sistema, no basta con mostrar la continuidad de la estructura colonial. Es necesario explicarse cómo, a pesar de esta continuidad de la dependencia, ella ha cambiado sus formas. Pues han sido estos cambios los que generaron la profunda crisis actual que exige una solución socialista y que la permite. Si no logramos mostrar cómo ha surgido una contradicción nueva que conduce al socialismo y qué contradicción es esta, tenemos dos soluciones: o creemos que el subdesarrollo se va a mantener, pues la estructura de las contradicciones es aún la misma de la colonia, o creemos que el socialismo vendrá como resultado de una intensificación de una crítica al capitalismo, o como efecto del ejemplo soviético o cualquiera otra interpretación idealista. ¡No! Si el socialismo es hoy una posibilidad y no lo ha sido en el pasado, es porque el capitalismo latinoamericano actual es estructuralmente distinto del pasado.

Esta crítica apunta hacia otra discordancia con Gunder Frank. Él parte del principio de que el dominio del capitalismo comercial en América Latina colonial asegura su carácter capitalista. El capitalismo comercial, como lo ha mostrado Marx en el capítulo del volumen III de *El capital*, destinado a la historia del capital mercantil, no es suficiente para generar un modo de producción capitalista. En Roma, por ejemplo, el capitalismo comercial se había separado de la propiedad de la tierra y era

fundamental a esta sociedad y, sin embargo, no creó un modo capitalista de producción. Este modo de producción solo existe bajo el dominio del capital industrial, que separa la producción del capital y del trabajo, la propiedad de los medios de producción y la propiedad de la fuerza de trabajo, a los capitalistas y los asalariados libres.

Por el contrario, nos muestra Marx, el dominio del capital mercantil es un impedimento precapitalista al desarrollo del capitalismo, a pesar de que aquel ha creado, dialécticamente, las condiciones del surgimiento del capitalismo al crear el comercio mundial. Es por tanto falso concluir que debido al dominio de la economía latinoamericana por el capital comercial en la época de la Colonia existiera en América Latina un modo de producción capitalista. Sería muy difícil demostrar cómo es capitalista un modo de producción apoyado en relaciones de producción esclavistas como las que han predominado en varias partes de América Latina. Esto no quiere decir que justifiquemos la tesis falsa de una economía “feudal” en nuestros países. A pesar de que se hayan establecido modos de producción cercanos al servilismo (modos semiserviles o mixtos de serviles y otras formas de producción), el conjunto de la economía no era feudal, pues se dedicaba a la producción de mercaderías y era dominada por el capital comercial y financiero.

Esto no quiere decir, sin embargo, que no fuera una economía precapitalista, pues, como decimos, el capital mercantil no genera un modo de producción capitalista por sí mismo. Nuestra crítica se esclarece con esta cita de Marx: “La verdadera ciencia de la economía política comienza allí donde el estudio teórico se desplaza del proceso de circulación al proceso de producción” (t. III, p. 325).

Para comprender la realidad latinoamericana es necesario, pues, partir de los modos de producción precapitalistas de la fase colonial, bajo el dominio del capital mercantil y financiero. Después mostrar los primeros intentos de una economía capitalista industrial y los límites para que se lograra este paso representados por el dominio del capital financiero internacional y nacional, y por la fuerza de los modos de producción precapitalistas (la esclavitud ha sido, por ejemplo, un gran obstáculo a la creación del mercado interno de nuestros países y del trabajador libre, condiciones indispensables para el desarrollo capitalista).

La estructura de la dependencia tiene que ser planteada como un condicionamiento de nuestra realidad. Condicionamiento muy importante, porque señala el carácter mismo de nuestra estructura económico-social, que siempre fue dependiente; estructura que ha variado con el desarrollo de nuestras sociedades y de los centros metropolitanos. La categoría de dependencia es aún más fundamental para explicar las contradicciones específicas de nuestro capitalismo; contradicciones que son cada vez más profundas mientras más se desarrollan las relaciones de producción capitalistas en nuestras sociedades. Es esto lo que explica por qué la dependencia es nuestro gran tema de hoy día: se volvió incompatible con el desarrollo capitalista de los años treinta.

Por esto concordamos con Gunder Frank en su excelente tarea crítica, cuando prueba que el desarrollo del capitalismo comercial mundial explica nuestras economías, y no el feudalismo; cuando demuestra que la dependencia es la clave de la explicación del subdesarrollo; cuando establece la ligazón entre el sistema colonial y el nacional. Pero no podemos aceptar su teoría del subdesarrollo y el método que plantea, pues nos conduciría a una visión no dialéctica, y por lo tanto irracional, de nuestra realidad. El esquema colonial que él plantea no puede ser “combinado” con un análisis de clase como él lo desea. Tiene que ser “subyugado” a un análisis de clase que explique la estructura de clase, que explique la estructura interna generada por la condición dependiente y el desarrollo de sus contradicciones.

Gran parte de la crítica que se hizo al concepto de dependencia en los últimos tiempos tomó como principal objeto las afirmaciones de Gunder Frank, tan combatidas por muchos de los que desarrollaron este concepto. Posteriormente, una autocrítica del mismo Gunder Frank confundió a todos los que han trabajado con este concepto en un mismo campo teórico. Se hace necesario pues profundizar en el tema.

XI. La cuestión de la teoría de la dependencia

En la década del sesenta, la actividad intelectual latinoamericana estuvo profundamente influida por la Revolución Cubana y la crítica a las concepciones nacionalistas que atribuían una tarea revolucionaria a la

burguesía nacional. En la segunda mitad de la década un buen número de estos científicos se concentraron en Santiago de Chile y dieron origen a varias discusiones y seminarios que confluyeron con la fuerte agitación social que vino a desembocar en la victoria de la Unidad Popular y en su experiencia de gobierno hasta el golpe de Estado de septiembre de 1973. En los capítulos anteriores hemos hecho referencia a gran parte de estos trabajos y en el ítem inmediatamente anterior criticamos la obra principal de Gunder Frank, que recogió gran parte de este ambiente y debate. Sin embargo, al final de la década, el tema ganó un nuevo nivel en la medida en que se empezaron a producir trabajos empíricos,⁸³ de un lado, y obras de mayor aliento teórico, de otro, que asimilaban esta inquietud.⁸⁴

83. Entre los estudios de aspectos específicos de la realidad latinoamericana o de universos más restringidos geográfica o temáticamente realizados bajo el impacto de planteamientos teóricos más abstractos y metodológicos sobre la teoría de la dependencia podemos destacar: Bambilra, Vania, *El capitalismo dependiente en América Latina; La Revolución Cubana: una reinterpretación*. Cardoso, F. H., *Estado y sociedad*. Luciano, Martins, *Politique et développement économique: structures de pouvoir et système de décisions au Brésil*. Córdova, Arnaldo, *La política de masas del cardenismo*. Campos, M. N., *Transferencia de tecnología, dependencia del exterior y desarrollo económico*. Bitar, Sergio, *Inversión extranjera en la industria manufacturera de Chile*. Fajnzylber, Fernando, *Sistema industrial y exportación de manufacturas*. Vaitzos, C., *Comercialización de tecnología en el Pacto Andino*. Katz, Y., *Oligopolio, firmas nacionales y empresas multinacionales, la industria farmacéutica argentina*. Los libros-antología citados como *América Latina: dependencia y subdesarrollo, Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, el número especial de *Trimestre Económico*, la antología organizada por Robert Rhodes, *Imperialism and Underdevelopment*, otra organizada por K. T. Kann y D. C. Hodges (1973), la de Dieter Senghaas sobre *Imperialismus und Strukturelle Gewalt*, y muchos artículos dispersos en revistas especializadas, recogen gran parte de los innumerables estudios realizados sobre el tema que sería imposible compilar en una nota. Llamamos especialmente la atención de los lectores a las investigaciones realizadas en el CESO, el CEBRAP, el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales, el Instituto de Investigaciones Sociales, el Instituto de Investigaciones Económicas y el CELA de la UNAM.

84. Entre los numerosos trabajos que al fin de la década del sesenta y al comienzo de la del setenta continuaron el proceso de elaboración teórica que hemos citado en los capítulos anteriores, se encuentran: a) Varios, Problemas del subdesarrollo latinoamericano. Se trata de trabajos enviados al encuentro de Dakar, en 1972, entre los cuales se cuentan sobre el tema: Bagú, Sergio, "Las clases sociales del subdesarrollo"; Cardoso, Fernando Henrique, "Notas sobre el estado actual de los estudios de la dependencia"; Héctor Silva Michelena, "Del subdesarrollo al socialismo: la única estrategia". b) América Latina: dependencia y subdesarrollo, introducción, selección y notas de Antonio Murga Frasinetti y Guillermo Boils. Este libro reúne gran parte de la bibliografía sobre el tema, entre la cual se encuentran los siguientes artículos pertinentes al tema: Introducción de los presentadores, Aguilar M., Alonso, "Reflexiones sobre el subdesarrollo (originalmente publicado en 1973)"; Cardoso, Fernando H. y Weffort, Francisco C., "Ciencia y conciencia social" (originalmente publicado en 1970); Quijano, Aníbal, "Dependencia y cambio social" (originalmente publicado en 1968); Ianni, Octavio, "La dependencia estructural" (ensayo inédito traducido para el libro); González Casanova, Pablo, "La nueva sociología y la crisis de América Latina" (publicado originalmente en 1968); García, Antonio, "Hacia una teoría latinoamericana de las ciencias sociales del desarrollo" (publicado originalmente en 1972). El número especial de *Trimestre Económico* de abril-junio de 1971 publicó algunos artículos que forman parte del debate teórico mencionado: Furtado

Poco tiempo después surgieron varios trabajos críticos de los planteamientos sobre la dependencia; pretendían realizar una superación teórica de una teoría que aún no había madurado.⁸⁵

Desgraciadamente estas críticas no han contribuido en mucho al estudio del problema, pues no solo revelaron un gran desconocimiento de la literatura reciente, sino también de las obras clásicas y aun de los datos sobre la situación de los países dependientes. El desvirtuamiento

Celso, "Dependencia externa y teoría económica"; González Casanova, Pablo, "Las reformas de estructura en la América Latina"; Pinto, Aníbal, "El modelo de desarrollo reciente en América Latina"; Sunkel, Osvaldo, "Capitalismo transnacional y desintegración nacional en la América Latina". Otros textos del mismo período: Bagú, Sergio (1970). Pinto, Aníbal (1972a; 1972b). Aguilar M. Alonso, *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*. García, Antonio, "Atraso y dependencia en América Latina", *Hacia una teoría latinoamericana de las ciencias sociales del desarrollo*. Maza Zavala, D. F., *Los mecanismos de la dependencia*. Moreno, José, CEPAL, *reformismo e imperialismo*. Carmona de la Peña, Fernando, *Dependencia y cambios estructurales*. Ceceña Cervantes, José Luis, *Superexplotación, dependencia y desarrollo*. Fernandes, Florestan (1970). Hinkelammert, Franz, *El subdesarrollo latinoamericano. Un caso de desarrollo capitalista*; "Teoría de la dialéctica del desarrollo desigual", *Cuadernos de la Realidad Nacional* (1970); "La teoría clásica del imperialismo, el subdesarrollo y la acumulación socialista", *Cuadernos de la Realidad Nacional* (1970). Ianni, Octavio, *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina; Sociología del imperialism*; "La sociología de la dependencia en América Latina" (1971). Cardoso, Fernando Henrique (1971). Graciarena, Jorge (1973). Malavé-Matta, Héctor (1972). Marini, Ruy Mauro, *Dialéctica de la dependencia*. Stavenhagen, Rodolfo (1974); "Cómo descolonizar las ciencias sociales?". Furtado, Celso, *O mito do desenvolvimento economico*. Córdoba, Armando y Silva Michelen, Héctor, *Aspectos teóricos del subdesarrollo*. Córdoba, Armando, *El capitalismo subdesarrollado* de A. G. Frank.

85. La revista *Latin American Perspectives* (1974), recogió un debate sobre la "teoría de la dependencia", con amplias notas bibliográficas. Desgraciadamente el debate giró en torno de un trabajo de nivel escolar de R. A. Fernández y José F. Ocampo, lo que no permitió avanzar en nada sobre el tema. Recoge artículos de Timothy Harding, Fernando H. Cardoso, Marvin Sternberg, Andre Gunder Frank, Guy J. Gilbert y una introducción de Ronald H. Chilcote. El XI Congreso Latinoamericano, realizado en Costa Rica, debatió ampliamente el tema. Fueron presentados ensayos críticos de Agustín Cueva, Fernando Arauco (publicados posteriormente en *Historia y Sociedad*) y Gerard Pierre-Charles, un balance crítico de Pablo González Casanova y un ensayo muy confuso de José Luis de Imaz. La revista norteamericana *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* dedicó un número al tema con artículos de David Ray, Russell Martin Moore, William G. Tyler y Peter Wayart, febrero de 1973. El N° IV (primavera) de la *Review of Radical Economics* también fue dedicado al tema. El debate sobre el concepto de dependencia partió de 2 artículos autocríticos (desgraciadamente muy confusos, pues los errores se generalizaban a los demás autores) de Francisco Weffort (1971), y de Andre Gunder Frank (1972). Algunos estudios críticos y de síntesis general más importantes: Alschuler Lawrence R. (1973). Bodenheimer, Suzanne (1970). Fausto, Ayrton (1971). Lebedinsky, Mauricio, *Del subdesarrollo al desarrollo; América Latina en la encrucijada de la década del setenta*. Le Roy, Cis (1973). Meeropol, Michael, (1972). Murga, Antonio (1971). Alberti, Blas M. y Alejandro Horowicz (1972). Filippi, Alberto hizo un excelente resumen crítico de la teoría de la dependencia en su presentación a la edición italiana de *Lumpenburguesía* de A. Gunder Frank. Andre Gunder Frank hizo una bibliografía muy amplia de las críticas a su obra y otros trabajos relacionados en su artículo citado sobre "La dependencia ha muerto". Entre las muchas tesis académicas escritas sobre el tema, quiero destacar la reciente de Jean-Paul Gravel (1974). Es importante destacar también el excelente resumen de Tilman Tönnic Evers y Peter von Wogan: "Dependencia: Lateinamerikanische Beiträge zur Theorie der Unterentwicklung".

en el enfoque del problema ha provocado una gran confusión sobre el concepto de dependencia, la relación entre dependencia e imperialismo, la existencia de la situación de dependencia, el status teórico del concepto, etcétera. No tenemos ninguna motivación para responder a esas críticas, pues, como dijimos, no ayudan a enfocar correctamente el problema, pero nos vemos en la necesidad de intentar esclarecer las posiciones que tenemos sobre un conjunto de problemas planteados en ellas, problemas oscurecidos antes que esclarecidos por estas críticas. Cabe señalar también que tales críticas se caracterizan por intentar agrupar en una misma “teoría” a toda una corriente de ideas donde hay enormes divergencias internas, usando un increíble y deshonesto transvasamiento de textos, ideas y opiniones entre los distintos autores y produciendo una repelente promiscuidad intelectual.

1. ¿Existe una situación de dependencia?

Muchos autores y críticos han negado la existencia de una situación de dependencia que pudiese justificar una teoría especial de este fenómeno. Parece así necesario hacer algunas consideraciones sobre la existencia del fenómeno y su alcance.

De inicio constatamos empíricamente la existencia de algunos pueblos que alcanzaron niveles de producción y consumo mucho más altos que otros. Este fenómeno puede sin embargo ser tratado bajo el concepto de adelanto y atraso, desarrollo y subdesarrollo, civilización y barbarie, capitalismo y precapitalismo, modernización y tradicionalismo, etcétera. De hecho, históricamente hemos encontrado estas parejas conceptuales en muchos trabajos: todas ellas corresponden a algún grado de descripción del fenómeno pero son en general parciales o referidas a determinados prejuicios.

Asimismo, encontramos muchas diferencias entre los países que se agrupan bajo cada uno de esos conceptos. Dependiendo del aspecto que se pretende destacar, se han diferenciado entre los países más o menos desarrollados, entre aquellos que por la época de su conquista por Europa tenían una población autóctona implantada con un régimen social desarrollado, aquellos que tenían una población autóctona menos desarrollada pero importante y, en fin, aquellas regiones de colonización típica

donde existía una población autóctona muy escasa y que se convirtieron en tierras de colonizadores blancos y de esclavos trasplantados.

Es indudable que esas características influyeron fuertemente en los regímenes socioeconómicos implantados en estos países, su grado de desarrollo capitalista y su modernidad cultural. Es necesario señalar el carácter no científico de las derivaciones raciales y culturales de carácter determinista que se han hecho de esas diferenciaciones, fundamentadas en general en observaciones superficiales sobre las características biológicas y los comportamientos de los pueblos. La antropología sajona y la etnología francesa están plagadas de esas sistematizaciones de los prejuicios e intereses económicos de la dominación y el conservadurismo.

Por otro lado, varias circunstancias regionales influyeron también para un mayor aprovechamiento de los recursos locales, como la existencia de un mercado potencial cerca, el desarrollo de ciertos productos locales, así como fenómenos de orden natural a los cuales se aferraron muchos estudiosos del siglo pasado y comienzo del XX. Es evidente sin embargo que la utilización de los recursos existentes depende del grado de desarrollo cultural y socioeconómico de la población. La liberación colonial y el desarrollo del socialismo en las regiones antes "atrasadas" han hecho trizas los determinismos geográficos, raciales, culturales, etcétera.

Asimismo, en épocas más recientes, los análisis científicos empezaron a diferenciar los países y regiones según su grado de desarrollo industrial y por lo tanto de desarrollo capitalista. Particularmente la literatura marxista y nacionalista revolucionaria ha insistido en la relación estrecha entre industrialización, existencia de la burguesía y del proletariado, lucha democrática y revolucionaria.

A pesar de la contribución que tales tipologías puedan ofrecer al estudio del fenómeno no pueden agotar su comprensión. Muchos sectores han pretendido reducir el estudio de las condiciones generales del crecimiento económico a la relación entre economías precapitalistas y desarrollo del capitalismo o, en términos marxistas, a la acumulación primitiva del capital. Saltándose épocas históricas enteras, se ha pretendido reducir el problema de la superación del atraso, del subdesarrollo y de la barbarie a un fenómeno de proceso civilizatorio, desarrollo económico o acumulación primitiva.

A pesar de la contribución histórica que destacamos de Lenin, Stalin, Vargas, Mao, M. N. Roy, Trotsky y tantos otros marxistas contemporáneos que situaron la cuestión del atraso de ciertos países en el contexto de la economía internacional capitalista entendida como la etapa imperialista de su desarrollo; a pesar de los nuevos cambios en este enfoque en la posguerra, determinados por el nuevo carácter del imperialismo pero también por el avance del socialismo en escala internacional y particularmente en los países atrasados, hay todavía en nuestros días “marxistas” y “científicos sociales” tan desubicados que pretenden “superar” un conjunto de estudios recientes que buscaron desarrollar aquella línea de enfoque teórico, haciendo retroceder la teoría a planteamientos atrasados teóricamente en más de 50 años.⁸⁶

Es evidente que el fenómeno del “atraso” no puede ser comprendido desde un punto de vista analítico como una cuestión de diferencias de grado de desarrollo entre países. Todos sabemos que los países que se llaman atrasados, subdesarrollados, bárbaros, precapitalistas, tradicionales, no tienen esas características diferentes que dan origen a esos conceptos solamente porque se estableció en la teoría una relación comparativa puramente abstracta de ellos con los adelantados, desarrollados, civilizados, capitalistas, modernos, etcétera. Si establecemos una comparación entre estos dos tipos de países es porque ambos forman parte de una misma economía mundial. Al establecer esta relación reflejamos el carácter universalista, racionalista y evolucionista de la cultura del modo de producción dominante en esta economía mundial. Según esta cultura el mundo evoluciona hacia el progreso, el racionalismo, hacia, en fin, el capitalismo liberal como modelo ideal de comportamiento. Lo que se llama “ciencias sociales”, políticas o económicas, no van más allá del estudio meticulosamente definido y medido del modo según el cual todas las sociedades se ajustan a ese modelo de cuya perennidad y universalismo ninguno de estos “científicos” duda. Sabemos que las ideas de las clases dominantes son también dominantes en una sociedad dada. No hay pues que sorprenderse de que personas progresistas,

86. Me refiero en especial al artículo de Fernández y Ocampo (1974) que sirvió de base a la discusión de *Latin American Perspectives*. A pesar de su mejor nivel, el artículo citado de Cueva no solo no ayuda sino que hace retroceder la discusión.

simpatizantes de los intereses de las clases dominantes, adopten los esquemas teóricos y de razonamiento de la clase dominante para defender ideales relativamente diferentes. No es pues de extrañar que muchos “marxistas” se encuadren en los esquemas de razonamiento formales y antidialécticos dominantes en nuestras universidades. Algunos con mayor brillo, otros con menor capacidad y flagrante mediocridad.

Pero no basta con establecer el principio de que las sociedades “atrasadas” solo pueden ser estudiadas dentro de esta economía mundial que acelera y deforma sus procesos de cambio y conforma sus estructuras, en base evidentemente a sus elementos internos. Hay que precisar el carácter de esta economía internacional, su evolución y más específicamente el carácter de los vínculos que se establecen entre los elementos internos diferentes y específicos de las unidades socioeconómicas estudiadas y esta economía mundial. Hay que precisar las formas posibles de estos vínculos y su grado de influencia sobre la sociedad, la economía, la política y la cultura. Hay que definir el desarrollo histórico de los mismos y analizarlos en sus distintos aspectos. Hay que especificar los diferentes tipos de relaciones y de estructuras socioeconómicas resultantes.

El tomar en consideración el fenómeno internacional nos lleva no solo al concepto de economía mundial sino a un conjunto de conceptos duales como países imperialistas y coloniales, dominantes y dependientes, centrales y periféricos. Al establecer tales conceptos entramos de lleno en una problemática mucho más dialéctica y claramente política: vamos hacia el concepto de capital financiero, concentración y centralización económicos y del poder, militarismo, capitalismo monopolista de Estado, exportación de capitales, burguesías nacionales o dependientes, enclaves, economías exportadoras, mercado interno, movimiento de liberación nacional, reforma agraria, relaciones entre clase obrera y campesinado, etcétera.

Salimos así de las oscuras y neutras regiones teóricas del crecimiento económico en sí, de la modernización, burocratización y racionalización en sí, de los agentes del desarrollo en sí, de los “empresarios”, etcétera. No es que estos problemas no tengan relevancia, sino que hay que insertarlos en el contexto del proceso histórico concreto que se manifiesta bajo la forma de una economía y sociedad

internacionales en proceso de desarrollo bajo el impacto de los intereses del capitalismo y, en la mitad de nuestros siglo, de las economías socialistas.

De esta manera, el problema del desarrollo económico se concreta en la cuestión nacional, en la cuestión del Estado, de la cultura y de la lucha de clases bajo las condiciones específicas de inserción de los países dependientes en la economía y sociedad internacionales.

Solo así podemos superar las versiones burguesa, pequeñoburguesa y proletaria del fenómeno, cuyas características principales son las siguientes.

La gran burguesía, bajo su forma más desarrollada, continúa imponiendo las condiciones para un intercambio internacional más o menos "libre" de bienes, capitales e ideas. El carácter desigual de la economía que resulta del liberalismo solo la asusta en la medida en que lleva a fuertes conflictos internacionales. Asimismo, le incomoda el hecho de que, en contra de lo que plantea la teoría liberal (antigua o neoliberal), el desarrollo del capitalismo en los países dependientes no rompa los límites del atraso y pase a imponer nuevas barreras a sus inversiones. Apoya pues los estudios sobre la teoría del desarrollo, entendido como desarrollo universal del capitalismo. El fenómeno del subdesarrollo y de la dependencia aparece así para esa teoría como una incómoda resistencia de los sectores precapitalistas a la modernización. En la práctica la imposibilidad de aplicación de este esquema racionalista lleva al pragmatismo y a la necesidad de compromisos con otras corrientes. En las sociedades dependientes esta teoría encuentra su expresión en el liberalismo conservador local apoyado en la vieja oligarquía agraria-exportadora o en el neoliberalismo tecnocrático-autoritario de los tecnócratas y burócratas (civiles y militares), agentes del gran capital internacional y en parte nacional y del capitalismo de Estado. Ese neoliberalismo confía en un libre funcionamiento del mercado bajo fuerte influencia y control de la acción de las grandes corporaciones y del capitalismo de Estado (expresado tanto en la empresa estatal como en la política económica y la programación estatal para garantizar la acumulación del capital). Este pensamiento se apoya firmemente en la teoría de los costos comparados y las ventajas de la división internacional del trabajo.

Al lado de esta concepción burguesa dominante, plenamente confiada en el libre juego de las fuerzas económicas y políticas por ellas controladas, se perfilan las tendencias pequeñoburguesas y de los sectores más débiles de la burguesía en el sentido de controlar estos factores espontáneos. Ellas saben que el libre juego del mercado puede destruirlas muchas veces de un solo golpe. Sus intereses son en el sentido de oponer, a través del Estado, un fuerte dique a la libertad de comercio internacional, proteger el capital nacional y asegurar canales de acceso del pequeño y mediano capitalista a este Estado. La ideología pequeñoburguesa ha saltado en distintas condiciones de un liberalismo semianárquico que corresponde a su fase artesanal y de propietario independiente hacia un autoritarismo burocrático, militarista y tecnocrático (que acepte directamente o no su intervención, bajo formas corporativas o semifascistas).

Su apoyo al capitalismo de Estado tiene tintes distintos del gran capital. Ven en él a un proteccionista, que se opone al monopolio y al gran capital para defender a “los ciudadanos”. Al contrario del ecumenismo y cosmopolitismo del racionalismo puro del gran capital, su noción de la circulación de bienes, capitales, servicios e ideas busca restringir esa circulación, someterla a control, reafirmar el sentido de lo nacional sobre lo internacional, de lo romántico sobre lo “racional”, de lo patriótico sobre lo ecuménico, del “compromiso” sobre la indiferencia política que fomenta el gran burgués, etcétera.

Las tesis que unen lo nacional con lo pequeñoburgués pueden atraer sectores importantes del gran y medio capital de los países dependientes en la medida en que los capitalistas locales tienen que preocuparse por la defensa de sus mercados locales de mercancías, financiamiento, etcétera, pero, en lo sustancial, esas tesis corresponden, en su pleno desarrollo romántico, al pensamiento pequeñoburgués. En nuestros días, la pequeña burguesía se hace, aun en los países dependientes, cada vez más dependiente del gran capital local y principalmente internacional. Por esa razón sus tesis se van debilitando en la medida en que todas las manifestaciones del capital local se van convirtiendo cada vez más nítidamente en servidores o cuando mucho “socios menores” del gran capital internacional, dominador incontrastable de las

mejores oportunidades de inversión a través de sus dinámicas corporaciones transnacionales y el apoyo internacional con que cuentan. En este contexto el proletariado industrial y rural aún inmaduro se encuentra frente a complejos problemas ideológicos. Hijo de la revolución industrial y del liberalismo, el proletariado como clase universal ha tendido a radicalizar las ideas de la burguesía liberal, desde el punto de vista de su concepción general de la historia. Pero, al mismo tiempo, no puede liberarse de su origen e intereses nacionales, con riesgo de convertirse en algo históricamente flotante. De ahí cierta tendencia a desarrollar un pragmatismo frente a estos problemas, buscando guiarse por sus intereses inmediatos.

La situación es aún más compleja en los países atrasados y dependientes. Ya en la Alemania de Bismarck, Marx y Engels pudieron observar con terror las tendencias de los obreros a simpatizar con el socialismo nacional de Lasalle, apoyando el proteccionismo, las nacionalizaciones, etcétera. Posteriormente, vamos a asistir a la disolución de la II Internacional bajo la fuerte presión de los intereses nacionales desatados por la guerra imperialista.

Pero en los países coloniales la relación del proletariado con las burguesías es aún más compleja. Sea porque estas burguesías han mantenido una llama revolucionaria o reformista antimperialista y antifeudal hasta los años 50; sea porque buscaban desesperadamente el apoyo de los trabajadores urbanos y rurales para sus intentos de independencia nacional; sea por el importante desarrollo ideológico ecléctico que tienen que realizar estas burguesías para orientar sus intereses, influyendo así en el conjunto del pensamiento progresista; sea por la debilidad ideológica y teórica de los cuadros dirigentes e intelectuales socialistas, así como de la organización y conciencia del proletariado; por todas o algunas de estas razones el proletariado de los países dependientes ha tendido fuertemente a aceptar el “nacionalismo revolucionario” como su doctrina básica.

Es evidente que un pensamiento socialista revolucionario solo puede superar esta tendencia de la clase si logra superar también un “marxismo” formalista que desconoce la especificidad de la situación colonial o dependiente.

Mao Tse-Tung, Ho Chi Minh, Che Guevara y Fidel Castro son brillantes ejemplos de reconocimiento de la especificidad del problema colonial y dependiente, de la estructura de clases propias de esos países, de la relación específica entre revolución democrática y socialista en su tiempo y en su país, de las diversidades y novedades de las formas de lucha en las condiciones históricas y socioeconómicas locales.

El punto de vista obrero sobre el fenómeno de la dependencia recoge parte de la crítica burguesa y pequeñoburguesa a la dominación económica, pero busca profundizar esta crítica al mostrar el papel determinante de la exportación de capital sobre la economía internacional; al señalar que las pérdidas por concepto de intercambio no son la causa fundamental de la dependencia, sino la estructura económica y social de los países dominados; al demostrar la complicidad de sectores fundamentales de la burguesía y de la pequeña burguesía con el imperialismo; mostrando, en resumen, que la dependencia, el atraso y el subdesarrollo no pueden superarse dentro del régimen de producción capitalista.

La crítica marxista al concepto burgués de dependencia no puede darse desde el punto de vista del aislamiento frente a la realidad nacional sino, dialécticamente, estableciendo correctamente la relación entre lo interno y lo externo, entre lo nacional y lo internacional, entre el antimperialismo y el anticapitalismo, entre el análisis de las relaciones económicas internacionales y el de clases y entre las tendencias históricas generales y lo inmediato. Tenemos así los elementos suficientes para afirmar la necesidad de realizar un discurso teórico sobre el fenómeno de la dependencia como forma necesaria de aproximación al estudio de la realidad de los países que son objeto de explotación capitalista en escala internacional.

2. Hacia un estudio dialéctico de la dependencia

Con las reflexiones presentadas en el ítem anterior podemos dar un paso adelante. Empezamos por analizar la crítica de la teoría burguesa del desarrollo y proponer un concepto integrador para analizar nuestra realidad como parte de la etapa imperialista del capitalismo: este concepto es el de dependencia. En seguida, apuntamos los elementos estructurales de la sociedad dependiente para pasar a un balance de los

principales antecedentes teóricos del concepto. Realizamos, en fin, una discusión sobre la validez del concepto. Creemos que podemos ahora establecer muy sumariamente los elementos fundamentales que deben servir de objeto a una teoría de la dependencia. Teoría del imperialismo y teoría de la dependencia.

Teoría del imperialismo y teoría de la dependencia

Si entendemos por teoría un discurso abstracto sistemático y coherente sobre las leyes de funcionamiento y desarrollo de un fenómeno concreto, podemos decir que, a partir del libro de Lenin sobre El imperialismo, fase superior del capitalismo, tenemos un cuerpo teórico fundamental para analizar el imperialismo, con la ventaja de haber logrado mantener, en un período de 60 años aproximadamente de su aplicación, un alto grado de corrección y coherencia. Desgraciadamente, no pasa lo mismo con el fenómeno de la dependencia. Gran parte de la teoría de las relaciones de dependencia, del carácter de las sociedades resultantes, de las leyes que rigen su desarrollo, fue elaborada por las burguesías o pequeñas burguesías de los países dependientes o coloniales. Como lo vimos, las internacionales y los teóricos obreros solo se ocuparon marginalmente de este fenómeno. Fue el propio desarrollo de la revolución colonial a partir de los años veinte y la intensa participación del movimiento obrero en ella lo que empezó a dar origen a documentos políticos y algunos análisis más detenidos sobre el fenómeno de la dependencia.

En las universidades, sean de los países dominantes, sean de los dependientes, fue solamente en la posguerra cuando se empezó a considerar la cuestión del desarrollo y del subdesarrollo. Asimismo, por esta hora, los organismos de las Naciones Unidas y otras agencias internacionales tuvieron que aumentar su conocimiento de esos países por razones económicas y políticas. Las universidades y agencias del gobierno norteamericano se vieron impulsadas a aumentar el caudal de información empírica y estudios sobre los pueblos subdesarrollados. Con el correr del tiempo y la ampliación del debate internacional sobre las razones del subdesarrollo, su carácter y sus manifestaciones se fueron constituyendo en una problemática que nos permite definir los elementos de la

dependencia y las áreas temáticas de la investigación sobre el caso: En primer lugar se hace imprescindible, en el actual estado del debate, ligar el estudio de la dependencia al del imperialismo y de la economía internacional que genera. En ese estudio hay particular interés en definir la actual etapa de desarrollo del capitalismo, su estructura, sus elementos celulares (empresa transnacional), sus formas de actuación y las contradicciones que provoca. Se ha hecho cada vez más patente la necesidad de precisar la forma del movimiento actual del imperialismo y en particular el rol de los ciclos económicos y sus vanas coyunturas en la dinámica de los países dependientes. Enseguida se ha empezado a prestar especial atención a los mecanismos del comercio y de la economía mundiales, con especial interés en los movimientos comerciales, de servicios, de capitales y en el endeudamiento. Ese estudio puede poner el énfasis tanto en las relaciones económicas internacionales de los países dominantes como en las de los dependientes, sin reducir evidentemente las relaciones internacionales a aquellas entre países dominantes y dependientes y no olvidando las contradicciones interimperialistas y del capitalismo con el socialismo, las cuales son partes esenciales de la realidad internacional en la cual se insertan las relaciones de dependencia.

En un plano teórico hay que derribar los errores que se encuentran en la obra de Emmanuel sobre el intercambio desigual y que fundamentan en los bajos salarios el origen del intercambio desigual y responsabilizan al proletariado de los países dominantes de la miseria de sus compañeros subdesarrollados. Así también hay que desvirtuar las teorías de Prebisch sobre la necesaria pérdida en los términos de intercambio entre países desarrollados y subdesarrollados a consecuencia de la estructura de consumo de los primeros. Hay que combatir cualquier tendencia a explicar el subdesarrollo y la dependencia a través de los mecanismos de intercambio.

Por esta razón hay que asegurar la corrección del paso del plano de las relaciones económicas internacionales al tercer nivel del análisis, que establece los vínculos de esas relaciones internacionales dependientes con la estructura económico-social interna de los países dependientes.

Sobre este tema hay que desarrollar más extensamente algunas consideraciones:

La primera precisión necesaria nos esclarece que hay que ver la relación entre lo nacional y lo internacional no como dos contrarios que se excluyen sino como dos polos de una unidad internacional capitalista que se basa al mismo tiempo en la internacionalización y en la nacionalización de la economía. La afirmación nacional de la burguesía en la etapa de la acumulación primitiva se hizo en contra del localismo feudal. En las colonias políticamente liberadas como América Latina, la burguesía imperialista busca en general dividir y dispersar a las fuerzas regionales, tribales, culturales, etcétera. La afirmación nacional se hace en estos países como manera de romper esta dominación y asumir una forma esencialmente antimperialista a pesar de que también lucha en contra de los localismos y regionalismos que encuentran su fuente en las estructuras agrarias ligadas al autoconsumo o marginales en el proceso exportador. La oligarquía exportadora era en general cosmopolita y liberal. Los burgueses nacionales eran nacionalistas y proteccionistas. Tratase de una clara inversión de los términos históricos del surgimiento del capitalismo. En este contexto se plantea la cuestión del desarrollo del mercado interno, de la reforma agraria, etcétera.

En segundo lugar, el carácter específico de esas relaciones también debe ser considerado en lo que respecta al papel del Estado. Para los industriales, la intervención estatal es condición de su posibilidad de existencia. Se hacen así estatistas y pueden incluso recurrir a una retórica socializante. Ellos nada pierden con que el Estado intervenga en sectores en que no podrían jamás invertir y que sirven de infraestructura sobre la cual se puede levantar una estructura industrial moderna.

Proteccionismo y estatismo, organización de las masas para alcanzar estos objetivos, ampliación de su participación política bajo control del nacionalismo revolucionario o reformista, afirmación cultural nacional, utilización de un pensamiento más flexible y dialéctico para cumplir esas tareas de liberación, simpatías por los países del tercer mundo que siguieron el camino socialista, admiración por la capacidad de construcción nacional y crecimiento de la Unión Soviética y otros países socialistas, política externa independiente: todo esto forma un conjunto de posiciones programáticas que definen el progresismo burgués en los países dependientes. Pero todas esas posiciones se van atenuando en la medida en

que el gran capital se posesiona de alguna de esas banderas, reorienta sus inversiones hacia el mercado interno y posteriormente hacia las nuevas exportaciones manufactureras. Asimismo, esas posiciones se ven influidas por los ciclos económicos internacionales que determinan la mayor o menor capacidad del gran capital internacional para invertir en los países dependientes y realizar presiones económicas y políticas.

En tercer lugar, el problema nacional se hace aún más complicado si se considera el grado de independencia relativa que asumen las masas en que se apoya el nacionalismo revolucionario. Si empiezan a ganar autonomía, se radicalizan política e ideológicamente y aumentan su presión sobre los gobiernos existentes y el aparato del Estado, empieza a romperse la hegemonía burguesa y la burguesía busca afanosamente controlar la situación a través de la represión aunque sea a costa de sus objetivos nacionales e independientes. Históricamente el proceso se orienta en el sentido de disminuir el margen de opción de la burguesía local prensada entre el avance del capital internacional y la autonomización política e ideológica del movimiento popular. En esa medida, la lucha antiimperialista, las banderas de la afirmación nacional, del proteccionismo a la industria, de la intervención estatal, de la reforma agraria y de la formación del mercado interno, de la democracia social y política, se van pasando hacia el movimiento obrero, el campesinado y la pequeña burguesía.

El movimiento popular no rompe de inmediato con esas tareas programáticas democrático-revolucionarias que todavía continúan en el orden del día, sino que las radicaliza y las inserta en un programa de transformación social más profundo de carácter socialista.

En el transcurso de este libro veremos cómo se van confrontando esas alternativas históricas. En este capítulo nos interesa señalar las implicaciones teóricas del problema.

La perspectiva obrera y revolucionaria en los países dependientes no debe ser vista pues como una simple aplicación del marxismo considerado como una teoría general y formal a las condiciones de los países dependientes. Tal enfoque nos llevaría al formalismo intelectualista en lo ideológico y a un europeísmo en lo político. De cualquier forma nos separaría de una visión científica de la realidad y del sentir de las masas.

La elaboración de un pensamiento científico y revolucionario en esas condiciones solo puede darse a través del encuentro vivo y dialéctico entre la crítica de la visión y del programa nacionalista-burgués, pequeñoburgués y en parte influido por el proletariado (uso de la retórica dialéctica y del concepto de clases, concesiones al proletariado organizado, etcétera) que forma nuestro eclecticismo ideológico (crítica que tiene que hacerse en d sentido dialéctico: superar una realidad es tomar sus polos negativos y afirmarlos en una nueva unidad de contrarios) y el aparato conceptual del marxismo como ciencia general de la historia. Solo así podrá afirmarse un pensamiento revolucionario con el uso dialéctico de las categorías del marxismo. De esta manera, el programa nacionalista no es simplemente abandonado sino que cambia de signo. De programa final y objetivo central se convierte en etapa inicial, condición necesaria de la creación de una economía y sociedad socialistas. Se cambian algunos de sus objetivos y se cambia su sentido general. Esta es una forma dialéctica de realizar la superación del pensamiento burgués y pequeñoburgués sobre la dependencia, el desarrollo y el subdesarrollo. No podrán realizar esta superación aquellos que quieren fundar una teoría de la dependencia en oposición formal a los contenidos temáticos del “desarrollismo” burgués. Como si la revolución rusa fuese posible fuera de la lucha contra el zarismo, la China fuera de la revolución democrática y de la lucha contra la agresión japonesa e imperialista, la cubana fuera de la lucha contra la dictadura de Batista y del imperialismo. O, en un plano más teórico, como si el marxismo, en vez de superar el hegelianismo, el materialismo francés, el socialismo utópico y la economía política, hubiese pretendido fundar una ciencia completamente aparte de su punto de partida anterior. En buena medida estas fueron las ideas estructuralistas en que se fundamentó el intento althuseriano.

Poco a poco la clase obrera de nuestros países va a imponer su temática a la ciencia social y en la medida en que avance el proceso de industrialización dependiente se irá superando la temática desarrollista y proponiéndose una nueva temática socialista impuesta por la reacción de las masas ya no a los obstáculos al desarrollo (preocupación fundamental de nuestros pueblos hasta ahora) sino a su carácter y su forma. Vemos así que la teoría no puede separarse del movimiento social so

pena de convertirse en ejercicio formal y en juego de ideas. Con esto no queremos decir que no se pueda y deba realizar tales ejercicios desde que haya recursos humanos sobrantes y se tenga plena conciencia de sus limitaciones. En nuestros días, la temática que tenemos que enfrentar es la del carácter actual del imperialismo, las relaciones económicas internacionales en esta fase, las formas de relación con las estructuras nacionales, las contradicciones que genera, las alternativas que plantea a las clases sociales, las formas de lucha que se desarrollan en consecuencia, las perspectivas programáticas hacia una nueva sociedad (en este sentido, la temática de la transición al socialismo gana gran actualidad).

XII. Dependencia y crisis económica

1. El problema teórico

Después de haber discutido las crisis económicas en una economía capitalista desarrollada y dominante, y los elementos generales del concepto de dependencia, nos toca discutir hasta qué punto se puede hablar de crisis económica en los países dependientes y qué formas asume.

La cuestión no es simple, por varias razones.

En primer lugar, los países dependientes no son simples economías precapitalistas que pudiesen soslayarse a las crisis económicas. Por el contrario, estos países (particularmente en el caso latinoamericano) forman parte de una economía mundial capitalista y, más que eso, tienen el grueso de su economía dedicada a la producción para el mercado mundial. Así es que las crisis del mercado mundial los afectan muy directamente.

En segundo lugar, hay que considerar que al integrarse en la economía mundial como exportadores de materias primas y productos agrícolas, desarrollan una economía de mercado, pero no pueden desarrollar todas las características del modo de producción capitalista por diversas razones: escasez de mano de obra calificada, mercado interno poco desarrollado y copado por los productos manufacturados extranjeros, bajo desarrollo tecnológico limitado a un sector especializado que no le permite tener una posición de vanguardia en la creación de tecnología, ausencia de una industria bien integrada que permita un dinamismo autónomo de crecimiento, etcétera.

Siendo así, esos países no disponen de mecanismos internos que generen y compensen las crisis, quedando casi completamente dependientes del mercado mundial. La baja de consumo de ciertos productos en el período colonial y aun en el siglo XIX significó la desaparición de economías enteras en los países dependientes, así como la destrucción de poderosos centros económicos y su trasplante hacia otras regiones o su retroceso a una economía natural. También en Europa o Estados Unidos ocurren tales retrocesos, pero lo que aparece en Europa o Estados Unidos como fenómeno regional y localizado, en los países dependientes asume a veces la forma de una crisis global y una estagnación económica general.

Después de la segunda mitad del siglo XIX tales retrocesos ya no serán tan definitivos para las economías dependientes. Fue sobre todo la aparición de un sector industrial en algunos países a partir de fines del siglo XIX lo que les permitió invertir el sentido de las crisis y buscar otros focos de desarrollo. Solamente entonces se puede hablar de mecanismos internos relativamente autónomos, creadores de crisis autóctonas o capaces de compensar las crisis mundiales.

Nuestro análisis sobre las crisis en los países dependientes debe pues partir de dos modelos básicos: el de una economía esencialmente exportadora y el de una economía exportadora combinada con un sector industrial importante. Después de un estudio teórico de estos dos modelos puros podremos hacer un examen de la crisis latinoamericana para llegar a una comprensión más global de sus perspectivas en el contexto de la nueva crisis mundial.

2. La economía exportadora

Hasta 1930, podemos decir que el sector exportador era la clave del dinamismo económico y, por lo tanto, de los cambios sociopolíticos en América Latina. En tales circunstancias la economía se componía esencialmente de tres sectores:

- a) Un sector exportador agrario o minero, compuesto en general de grandes latifundios o grandes empresas mineras (hay casos excepcionales de empresas medianas, como el café en Colombia) que crece

particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX debido al gran aumento de la demanda de materias primas y productos agrícolas en los países industrializados. Hay que señalar que este sector se había desarrollado en la época de la colonia para la producción de minerales nobles (oro y plata) y productos tropicales (como la caña de azúcar), que representaron la principal producción de este período. Pero el desarrollo de la segunda mitad del siglo XIX frustró cualquier intento (y hubo muchos) de reorientación de la actividad económica de estos países y reafirmó en condiciones de una economía mundial capitalista en pleno auge el desarrollo de economías exportadoras bastante exitosas.

Solo a fines del siglo XIX se empezaron a ver las limitaciones de este camino económico, al sentirse los efectos de las crisis económicas sobre los precios de los productos exportados. Pero la industria no representaba aún una alternativa importante al desarrollo del sector exportador. La guerra de 1914-18 va a ser el punto más crítico del sistema, y la crisis de 1929 va a dar el golpe más profundo a este tipo de desarrollo en los países que ya disponían de una base industrial que permitiera aprovecharse de la situación. En los países de base industrial muy pequeña la crisis se prolongó hasta la segunda guerra mundial y solo después de 1945 presentan un desarrollo industrial importante.

- b) Un segundo sector que llamamos complementario atendía a la demanda generada por el sector exportador. El ganado, algunos sectores agrícolas, la artesanía y las manufacturas coloniales (los obrajes), y, en fin, las industrias modernas a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, las estructuras de transporte, que crecieron bastante a fines del siglo XIX, etcétera, todos estos sectores conforman una economía que es altamente dependiente del sector exportador y sigue sus impulsos de crecimiento y sus momentos de ascenso o decadencia. Solo cuando son muy desarrollados logran reorientarse en los momentos de crisis y buscan mercados diferentes cuando les falta el mercado exterior.
- c) Existía un tercer sector de subsistencia, que aún sobrevive paralelamente a los sectores destinados al mercado externo y al nacional y que sirve de refugio a la mano de obra en los ciclos de producción agrícola en períodos en que, por no haber tareas de cosecha, baja la demanda de mano de obra agrícola (períodos de oscilaciones de la producción exportadora, sea

agrícola, pastoril o minera). Este sector fue muy importante en la colonia y va disminuyendo su importancia con el gran auge de la exportación en la segunda mitad del siglo XIX y en el siglo XX.

La reunión de estos tres sectores en un mismo sistema económico conforma una formación socioeconómica de carácter muy distinto a la formación capitalista dominante, sin dejar de estar condicionada por ella.

¿Cómo se justifica la existencia de una formación económica de este tipo?

La ideología liberal capitalista lo explica muy bien. Según la teoría de los costos comparados esta economía era un producto regional de una economía mundial racional. Si hay una distribución determinada de factores a nivel internacional, será lo más “racional” que cada región se especialice en la producción de aquellos productos que le permitan alcanzar los costos más baratos y cambiarlos por los productos distintos de otras regiones donde sus costos sean también más baratos. Siendo así, se aprovechan racionalmente las posibilidades de producción de las varias economías; y el comercio mundial dejado a su libre funcionamiento tenderá a equilibrarse y determinará esta distribución racional de recursos productivos.

La ideología económica liberal produce, pues, la justificación teórica más coherente de esta articulación económica mundial. Dentro de ella, los ciclos aparecen como un proceso de ajuste de este sistema productivo. El pensamiento de las clases burguesas industriales de los países dominantes se ajustaba al pensamiento de las burguesías agrarias o mineras exportadoras de nuestros países. Era muy fácil demostrar dentro del pensamiento liberal la “irracionalidad” de un desarrollo industrial en nuestros países y, además, el carácter inflacionario de este desarrollo. Y por inflacionario se entiende no solo un fenómeno monetario, sino el hecho de que los productos se vendían a precios no competitivos que exigían un proteccionismo y que, en realidad, hacía bajar el poder adquisitivo de los sectores de la población que se veían obligados a consumirlos. De hecho, y con mucha razón, los liberales ya mostraban a fines del siglo pasado las características necesariamente inflacionarias de un desarrollo industrial en nuestros países.

Sería importante escuchar su razonamiento para comprender la esencia de la lucha entre liberalismo y proteccionismo, que tan amplia repercusión tiene en nuestra historia y que ilumina la comprensión del ciclo económico en los países dependientes.

El brasileño Joaquín Murtinho (1848-1911) escribe en su Informe del Ministerio de los Negocios de la Hacienda, del año 1902: "Estudiando el mecanismo por el cual las emisiones desvalorizan nuestra circulación, no es difícil comprender cómo por un mecanismo similar se desvalorizara nuestra producción. La pseudoabundancia de capitales por ellas producida promovió la creación de un sinnúmero de industrias y desarrolló de modo extraordinario la actividad agrícola".

De ahí viene el establecimiento de industrias artificiales y la organización agrícola para la producción exagerada del café, los dos factores de la desvalorización de nuestra producción.

El empleo de capitales y obreros en industrias artificiales representa un verdadero desperdicio de la fortuna nacional.

La venta de los productos de esas industrias solo se hace apartando artificialmente del mercado productos similares extranjeros.

El costo de producción en esas industrias, siendo muy alto en relación al de los que nos vienen del exterior, eleva por medio de tasas ultraproteccionistas en las tarifas de la Aduana el precio de los productos extranjeros, creando así un mercado falso en que los productos internos vencen en la competencia a los productos del exterior.

Todo consumidor resulta, pues, perjudicado, y la diferencia entre lo que él paga por los objetos en ese régimen y lo que pagaría en un régimen libre representa un impuesto que le es arrancado para el mantenimiento de aquellas industrias.

Y como el plantador de café y el productor de caucho, de mate, de algodón (ipecacuanha) y otros géneros, que constituyen nuestra riqueza de exportación, son también consumidores, no es difícil ver que en el costo de la producción de todos estos géneros entra como elemento de depreciación ese impuesto en favor de las industrias artificiales. La extensión de la cita se justifica plenamente por su claridad lógica.

Los maestros liberales europeos no podían tener mejores discípulos. Y no hay prueba más cabal de la estrecha comunidad de intereses entre

las clases dominantes-dominadas dependientes y las dominadoras. El argumento es sólido desde su punto de vista: hay que mantener el libre-cambio porque los productos que, “nosotros” (las oligarquías, las clases medias en formación en las ciudades) consumimos serán más baratos y mejores.

Joaquín Murtinho representa la esencial de tales intereses. Para él, siguiendo las tendencias del comercio capitalista: “el ideal económico de un país no debe ser importar poco, sino importar y exportar mucho”.

¿Cómo veía él las crisis económicas que reflejaban los movimientos de la economía mundial? En una economía exportadora pura, como él la deseaba, para el buen aprovechamiento de los recursos nacionales desde el punto de vista de las clases dominantes, la experiencia no era completamente positiva. Al crecer la demanda mundial de los productos exportados crecía desordenadamente la producción nacional llevando a un exceso de oferta y por tanto a un abaratamiento del precio de los productos en el mercado mundial. La solución liberal es bastante simple: las propias leyes del mercado llevarán a un aumento del consumo y se restablecerá el equilibrio.

Así lo expresaba él:

Cuando la producción excede en poco al consumo, la absorción del producto no puede ser completa: fórmase una pequeña estagnación, un pequeño éxtasis en la circulación, produciéndose un “*stock*”, pero el exceso de oferta determina bajas en el precio del objeto, y esta baja provoca aumento de consumo, regularizándose de esta forma la circulación. (Murtinho, 1902)

Pero había que explicar la tendencia a la baja progresiva de los precios:

Cuando, sin embargo, la producción es excesivamente grande en relación al consumo, se da entonces un gran “éxtasis” en la circulación, formándose un gran “*stock*”. El aumento del consumo producido por la baja del precio ya no es suficiente para regularizar la circulación. Los compradores se aprovechan de la situación e imponen un precio más bajo de carácter especulativo. Disminuye la capacidad de negociación de los exportadores. Tienen que vender su producto a precio más bajo

para obtener papel moneda y pagar sus deudas. Los países dependientes responden a través de un movimiento de emisiones exageradas y la formación de los “stocks” que favorecen la especulación. Se producen los déficits presupuestarios que se profundizan por otras razones y se recurre a las deudas externas. Tales deudas llevan a concesiones para la construcción de ferrocarriles “artificiales” y onerosos para el Estado, según el punto de vista de la clase dominante, y otros gastos estatales aumentan aún más el déficit. Se llega a la necesidad de pagar las deudas anteriores con nuevas deudas. Es la “catástrofe financiera”.

La causa fundamental de la “catástrofe” está en la defensa estatal “artificial” de la industria y de productores de baja productividad. Su razonamiento lógico liberal nos diría que al defender el nivel de empleo en el interior de las economías en vez de aceptar el ajuste que el mercado libre provoca, se creó una crisis crónica inflacionaria de carácter distinto, llevando a un aumento de la deuda externa.

Joaquín Murtinho acertó en el clavo. Los países dependientes, impossibilitados de seguir la dinámica liberal en su integridad, por lo que representaba desde el punto de vista de la población ya empleada, tuvieron que realizar un compromiso con los sectores de baja productividad y las industrias nacientes, así como con los intereses financieros e industriales internacionales y aceptar los riesgos de una inflación crónica.

El liberal sueña con el equilibrio ideal, pero en la realidad tiene que seguir la dinámica de la dependencia y del compromiso interno y externo que la formación económica dependiente exige.

Las crisis de las economías dependientes exportadoras asumen pues esta forma: Crecimiento de la demanda mundial –aumento de la exportación–, crecimiento de la producción excesiva en relación a la demanda –formación de un sector exportador de baja productividad–, estímulos a sectores complementarios –disminución del sector de subsistencia–, tendencia a la baja de los precios-crisis. Frente a la crisis hay dos respuestas:

- › Primera: tendencia a la quiebra de los sectores marginales, defensa “artificial” de esos sectores por el proteccionismo y la emisión, déficit presupuestario, endeudamiento externo.

- › Segunda respuesta: quiebra real de estos sectores, con posible recuperación del precio. Y aquí aparece un elemento importante de la situación de dependencia. Una quiebra de los sectores marginales puede no llevar a una recuperación. La causa de esto es que estamos en una economía mundial en la cual se controla solamente una unidad productora frente a un comprador único y un poder monopólico. La baja de la producción en el país exportador puede no significar una baja de la oferta mundial del producto. El país comprador puede estimular la producción en otras regiones y lograr una oferta abundante del producto a precios relativamente bajos. La respuesta natural de los países dependientes será pues la primera alternativa, es decir, la crisis crónica, que es una especie de política anticíclica de los pobres.

La otra alternativa implícita es la diversificación de la producción en el interior, la cual tanto asusta a los liberales. De hecho, la crisis del comercio mundial después de la primera guerra mundial hará cada vez más necesaria esta alternativa que es la consecuencia lógica de la primera. Pero para que esto se haga conscientemente será necesaria la formación de un sector social capaz de impulsarla. Este sector surge a la sombra de la crisis crónica del sector exportador, pero aprovechándose también de sus momentos de auge, cuando se hace suficientemente fuerte para imponer una política proteccionista del desarrollo industrial. Esta política será impuesta conscientemente como una política dominante del Estado solamente a partir de fines de la década del treinta, en los países que habían alcanzado un importante desarrollo industrial anteriormente.

El razonamiento es bastante dialéctico: la crisis de la economía exportadora la obliga a negarse a sí misma. Para evitar que las oscilaciones cíclicas lleven a crisis internas inmediatas muy graves se hace necesario negar el pleno funcionamiento de la economía liberal. Esta negación conduce a una crisis crónica que crea una situación de compromiso y permite el desarrollo de un nuevo sector productor hacia el mercado interno. Este sector se crea a la sombra del proteccionismo, no siempre practicado de buena gana, y de la inflación que funciona como su estimulante. Poco a poco se va presentando como una alternativa a la crisis crónica, pero, como lo veremos, solo podrá hacerlo a través de una profundización de esa crisis.

Pero no siempre las cosas siguieron este modelo. Las oscilaciones cíclicas del sistema exportador tienen una forma más compleja que es necesario profundizar en una segunda aproximación del problema. Las economías dominantes tienen una forma de desarrollo cíclico, como vimos en la primera parte. ¿Cómo se integra ese comportamiento en las estructuras dependientes exportadoras y sus oscilaciones propias?

El ciclo económico en las economías dominantes tiene un carácter mundial cada vez más pronunciado. A fines del siglo pasado ya se presentaron como oscilaciones mundiales. Después de la primera guerra mundial, Estados Unidos va a asumir un rol hegemónico muy importante sobre parte de las economías latinoamericanas y estas pasan a reflejar muy directamente las oscilaciones cíclicas del centro dominante. Después de la segunda guerra mundial la hegemonía norteamericana será el elemento integrador fundamental de la economía mundial, pero en esta oportunidad los ciclos económicos sufren importantes cambios, tanto en el centro hegemónico como en los países dependientes.

En las etapas de auge económico de los países centrales, la importación tiende a crecer y hay un gran estímulo a las exportaciones en los países dependientes. Las economías dominantes tienden a exportar su capital hacia estos sectores exportadores aprovechándose de su auge. Hay así una tendencia al auge económico en los países dependientes en concomitancia con el de los países dominantes.

Asimismo, en los períodos de recesión o caída de la producción los efectos sobre el comercio mundial son contrarios. Los países dominantes tienden a disminuir las importaciones y buscan aumentar las exportaciones cuando la crisis aún no es muy grave y entonces, consecuentemente, se produce una desorganización del comercio mundial (como pasó de manera casi total en la crisis del 29). En estas fases, las economías exportadoras entran en una severa crisis económica, agravada por una tendencia al retiro de ganancias por parte de los países dominantes para cubrir los déficits de su balanza de pagos.

La capacidad de reaccionar frente a estas crisis depende en gran parte de la composición interna de los países dependientes. Si hay en ellos un sector complementario industrial muy importante, este puede aprovecharse de la crisis de la siguiente manera: durante la crisis se debilita

el sector exportador, bajan las exportaciones y tiende a subir su costo debido a la crisis financiera que desvaloriza las monedas nacionales. La inflación garantiza una remuneración razonablemente alta al sector exportador y el auxilio del gobierno a este sector permite mantener los factores empleados y asegurar una demanda interna razonablemente alta. La consecuencia es pues un estímulo a la industria nacional, que dispone de un mercado relativamente grande, de un precio de venta alto, de una competencia internacional débil; si este sector tiene alguna capacidad ociosa podrá ciertamente ocuparla inmediatamente y a través de una política estatal favorable podrá usar las pocas divisas existentes para la importación de maquinarias baratas, pues el exceso de producción en los países dominantes hace bajar relativamente sus precios.

La primera guerra mundial funcionó muy bien en este sentido. La crisis del 29 también creó estos estímulos. Cuando empezó la recuperación de las economías dominantes en 1933-1934 provocando un ascenso en los precios de materias primas, ya se había iniciado un importante proceso de desarrollo industrial en algunos países (Brasil, Argentina, Chile, México, y Colombia un poco más tarde) que se prolonga hasta nuestros días.

La situación fue sin embargo diferente en los países que no habían diversificado suficientemente su producción. Ellos tuvieron que esperar la recuperación de la economía mundial para obtener una mejoría del ingreso nacional y una nueva oportunidad de desarrollo industrial, que será solamente complementario al sector exportador.⁸⁷

3. Comparación con algunas teorías

No hay duda de que Celso Furtado fue el primero en sistematizar la dinámica entre el sector exportador y el sector industrial. Economistas de los años 30, como Roberto Simonsen en Brasil, habían percibido la relación entre las crisis y una especie de proteccionismo indirecto a los productos industriales nacionales. Celso Furtado transformó esta observación empírica en una teoría sistemática. En su ensayo Subdesarrollo

87. Esta hipótesis fue desarrollada en el trabajo de Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente en América Latina*.

y estancamiento en *América Latina*⁸⁸ busca teorizar más ampliamente sobre los mecanismos que había encontrado en el desarrollo brasileño. Divide la economía subdesarrollada en tres sectores: P1, la agricultura precapitalista; P2, actividades que directamente producen para la exportación; P3, actividades responsables de la expansión de la capacidad de P2, y trata de relacionar los procesos de desarrollo con las combinaciones e intercambios entre estos tres sectores, buscando mostrar los efectos del crecimiento de las exportaciones en las relaciones entre ellos. Pero la crisis del 29 aparece como elemento que quiebra esta integración:

La crisis mundial de 1929 y la prolongada depresión que la siguió interrumpieron en casi toda América Latina el proceso de integración en el sistema de división internacional del trabajo; se inició entonces un proceso de reversión, por el cual la mayoría de las economías nacionales de la región tuvo, de una u otra manera, que reducir su coeficiente de integración en el mercado mundial. Ese proceso de “cierre” de las economías nacionales asumió dos formas. La primera consistió en una simple reversión de los factores aplicados en actividades dependientes del sector exterior al ámbito de la economía precapitalista, como la agricultura o la artesanía. La segunda consistió en la industrialización (p. 81).

Tenemos así un modelo en que la expansión del comercio mundial provoca un aumento del sector exportador con varios efectos secundarios en los otros sectores. Cuando hay una contracción hay una tendencia a volver al sector precapitalista o una respuesta a través de las inversiones industriales.⁸⁹

Las teorías sobre las crisis en los países subdesarrollados no asimilan en general estas constataciones. Enrique Padilla Aragón es uno de los pocos (quizás el único), latinoamericano que se ha especializado en el estudio del ciclo económico. En su libro sobre *Ciclos económicos y políticas de estabilización*⁹⁰ encuentra una relación positiva entre auge y recuperación de los países desarrollados y auge y recuperación de los países subdesarrollados y entre

88. Celso Furtado (1966) *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*.

89. Paul Singer (1982) afinó mucho más el análisis de esas relaciones con aportes nuevos en *Desarrollo e crisis*.

90. Enrique Padilla Aragón (1978) *Ciclos económicos y políticas de estabilización*.

recesión en los dos tipos de países. Busca explicar por qué las oscilaciones cíclicas de los países subdesarrollados no son intensas considerando la especificidad de los ciclos en los países dependientes:

- › Las principales causas generadoras de ciclo son de origen externo.
- › En la fase de prosperidad hay un desplazamiento de la población de niveles bajos a niveles altos de productividad y en la fase de depresión es al contrario.
- › La agricultura es el refugio de los desocupados. Las exportaciones determinan el volumen de ocupación.
- › Durante la fase descendente del ciclo se acelera el desarrollo económico.
- › Existen mecanismos suavizadores de las fluctuaciones cíclicas; por ejemplo, la estructura del aparato productivo con mayor desarrollo de las industrias de bienes de consumo que las industrias de bienes de capital.
- › Alta propensión al consumo que se traduce en un alto multiplicador y que es la base de un gran efecto amplificador de las obras públicas.
- › La recuperación se inicia rápidamente debido a estos mecanismos y a que la población se traslada hacia arriba a disfrutar de un nivel de vida más alto.
- › Las depresiones disminuyen el nivel de la productividad retrasando el desarrollo económico.

El autor ignora así los efectos de cambio de estructura que involucran las depresiones y explica la rapidez de la recuperación en los países dependientes básicamente a través de las inversiones en obras públicas y de la movilidad ascendente de la mano de obra. Esta línea de interpretación sigue las huellas de los planteamientos básicos de Raúl Prebisch, que elaboró esa teoría de la transmisión de las fluctuaciones cíclicas a los países de la periferia, afectándolos de dos maneras:

- a) Los precios de las materias primas fluctúan con mayor amplitud, tanto en la prosperidad como en la depresión, que los de los productos acabados.
- b) Hay un retraso en el ajuste de exportaciones e importaciones en las fases del ciclo: en la prosperidad las exportaciones aumentan primero

que las importaciones generando un fuerte aumento de ingresos y de precios; en la depresión, las importaciones bajan después que las exportaciones generando una fuerte disminución de ingresos y deflación.⁹¹

Las crisis cíclicas harían así profundizarse ciertas tendencias del comercio mundial y de la dependencia externa según la teoría de la CEPAL: empeorarían todavía más los términos de intercambio y aumentarían las rigideces de las pautas de importación.

J. V. Levin⁹² sigue la misma línea de argumentación; pone especial énfasis en lo que él llama dominio de los factores externos (capital extranjero en forma de enclaves) e internos (control de capital nacional privado o estatal) en las economías consideradas. En el caso de dominio externo del capital (los enclaves) los períodos de auge no repercuten en el resto de la economía debido a las exportaciones de ganancias. Asimismo, al analizar el caso de Birmania, muestra cómo el control estatal sobre los excedentes generados en los auges exportadores puede reorientar este excedente hacia el desarrollo, evitando sus efectos inflacionarios. Su esquema lleva a una gran acentuación de las políticas fiscales sobre el sector exportador, en tanto el modelo de Prebisch se dirige básicamente hacia una reorientación del comercio internacional en su conjunto a través de una política de presión sobre los países industrializados para obtener una mayor estabilidad de los precios de las materias primas y productos agrícolas. En ambos casos, sin embargo, no se muestra de dónde surgen las fuerzas modificadoras del sistema. Este es también un defecto básico del esquema de Celso Furtado, que atribuye a las crisis externas un rol de creador de las industrias nacionales.

Para comprender cómo es posible la reorientación de la división internacional del trabajo y el desarrollo de la industrialización en los países sub desarrollados, es necesario destacar que la dinámica de la industrialización no es compatible con el rol de subordinación al sector exportador que le reserva el desarrollo dentro del esquema exportador.

91. Citado por Padilla Aragón, *op. cit.*, pp. 178-89.

92. *Las economías de exportación.*

Así, las industrias que se habían generado en los períodos de auge exportador tienden a rebasar su función de subordinadas. La crisis del mercado mundial simplemente favorece la resolución de esta contradicción a favor de la industrialización en los países que ya habían creado una cierta base industrial anteriormente.

Las fuerzas que llevaron a un cambio tan sustancial en las políticas económicas de los países subdesarrollados desde los años treinta y la segunda guerra mundial hacia acá, son esencialmente internas. Fue la propia dependencia comercial exportadora que generó su antítesis industrial inmediata y creó los gérmenes del proceso de industrialización. Tales condiciones se cumplieron en mayor o menor proporción en función del carácter de las economías exportadoras. Donde predominaron los enclaves, el proceso de desarrollo industrial fue menor que donde el control nacional de los medios de producción ideó las condiciones para la absorción del excedente en el interior y una base de desarrollo industrial autóctono.

Cabría una referencia final al riguroso esquema trazado por Mario Arrubla en sus *Ensayos sobre el desarrollo de Colombia*,⁹³ donde considera la crisis del 29 y las condiciones teóricas que permitían utilizar las divisas de la exportación para el desarrollo industrial. Paul Singer sigue un camino idéntico en el libro ya citado. Samir Amin⁹⁴ hace un interesante análisis sobre el carácter internacional de los ciclos, pero hace de los países periféricos un simple apéndice de la economía mundial, negando su dinámica interna propia.

Creemos haber establecido así los elementos fundamentales de las fluctuaciones en el modelo de desarrollo exportador. Recapitulemos:

1. Las fluctuaciones de las economías desarrolladas tienen efectos inmediatos sobre las economías exportadoras debido a su alta dependencia del comercio mundial.
2. En los períodos de auge de las economías desarrolladas estas aumentan las importaciones ampliando así la demanda de productos primarios.

93. Mario Arrubla (1974) *Ensayos sobre el subdesarrollo de Colombia*.

94. Samir Amin (1974) "La teoría de la coyuntura internacional y el papel de la periferia del sistema en el desarrollo del ciclo capitalista", *La acumulación a escala mundial*.

3. Las economías exportadoras reaccionan a través de un aumento de sus exportaciones y de la producción, que debido a las condiciones monopsonicas de la demanda puede generar una oferta excesiva, la cual podría por sí sola llevar a una baja de los precios aun cuando continuara el auge exportador.
4. La tendencia liberal a dejar que las leyes del mercado resuelvan esta situación no es aceptada en general debido a las presiones políticas y sociales que impulsan una política de desarrollo.
5. Los gobiernos se ven obligados a intervenir para garantizar los factores empleados y tienden hacia una política inflacionaria para financiar las pérdidas que favorecen la producción de bienes dirigidos hacia el mercado interno, particularmente los industriales.
6. Esta política tiende a evitar las oscilaciones cíclicas, que son además atenuadas por la existencia de un sector de subsistencia hacia donde se retira la mano de obra en los momentos de baja del nivel de empleo en los sectores exportadores (sean agrícolas o mineros). Sin embargo, lleva a una institucionalización de la crisis haciéndola crónica a través de una inflación constante.
7. Cuando se produce una recesión internacional hay una tendencia a bajar el volumen y los precios de los productos exportados acentuando la crisis de sobreproducción de estos productos. Donde hay un sector industrial dirigido hacia el mercado interno, tiende a crecer debido al proteccionismo “natural” creado por el aumento relativo de los precios de los productos importados y se va constituyendo como una alternativa a la crisis permanente del sector externo. Se crean estímulos a la industrialización con cambios en el tipo de productos importados, orientándolos hacia la importación de maquinarias que sirven para la formación de capital del sector industrial. Queda claro el ambiente inflacionario que permite el desarrollo industrial y su dependencia del sector externo.
8. Cuando no hay un importante sector industrial productor para el mercado interno, las depresiones conducen a una crisis aguda y a retiro de mano de obra hacia el sector de subsistencia, atenuándose parte del efecto de la crisis.
9. El Estado tiende a intervenir tanto en los períodos de auge (asegurando la reorientación de los excedentes generados por la exportación hacia

la importación de maquinaria y materias primas elaboradas) como en los períodos de depresión (asegurando la demanda interna, sea a través de políticas de sustentación del sector exportador, sea a través de un patrocinio, incluso inflacionario, a las inversiones productivas o a la construcción de obras públicas).

4. Los cambios de la posguerra y los ciclos de coyuntura internos

El análisis de los ciclos de la economía exportadora nos ha demostrado que no se pueden reducir estas economías a una simple prolongación de la economía mundial que responde de manera mecánica y automática a sus movimientos cíclicos. Vimos que la estructura interna que la dependencia exportadora condiciona, en combinación con los factores internos, presenta distintas respuestas a las fluctuaciones de la economía mundial, sea en un sentido regresivo, sea en un sentido progresivo. Vimos también que el proceso de industrialización se desarrolla a la sombra de esas crisis y los sectores a él ligados se van imponiendo y van dando los marcos del desarrollo de esta economía. Hay que suponer, por tanto, que las nuevas estructuras internas creadas por la industrialización y que alcanzaron un carácter determinante en el desarrollo de ciertos países latinoamericanos se inscriben también dentro de un movimiento cíclico, sea por su dependencia del sector exportador, sea también por la propia dinámica de la acumulación de capital que realizan.

Debemos empezar por estudiar los efectos de las fluctuaciones del comercio mundial sobre las estructuras industriales nuevas que se crean. Para comprender bien estos movimientos cíclicos hay que hacer una pequeña síntesis del carácter de estas estructuras.

Como es sabido, la industrialización que se produjo en los países dependientes asumió la forma de una sustitución de importaciones. Es decir, las industrias que se crearon venían a sustituir manufacturas importadas debido a dificultades cambiarias creadas espontáneamente por la situación mundial o deliberadamente por una política proteccionista. Esta industrialización dependió de maquinarias y materias primas elaboradas importadas, pues empezó a hacerse a partir del mercado existente de bienes de consumo y no disponía de una oferta interna de bienes de producción. El desarrollo industrial de los países dependientes

genera, en primer término, una demanda de productos básicos en los países dominantes. Esta demanda se acentúa en el período de posguerra con las inversiones basadas en tecnologías nuevas que dependían de manera cada vez más estrecha de productos intermedios, principalmente de materias primas elaboradas, que solo se encuentran en el exterior, particularmente en las casas matrices de los grupos económicos que controlan la tecnología empleada. Se crea así una dependencia estrecha del comercio exterior, de la que no se ha liberado aún ningún país dependiente. Su origen está en el uso de una tecnología que supone un mundo industrial internacional muy amplio sobre el cual estos países no tienen ningún control. El capital extranjero (o el nacional de él dependiente por ausencia de opción tecnológica propia) pasa a determinar un tipo de desarrollo que acentúa la dependencia comercial en nuevos niveles.

Esta dependencia del comercio exterior significa que la economía se encuentra dependiente del sector exportador, ya el comercial, ya el agrario o minero. Este sector continúa jugando un rol estratégico en la economía a pesar de su pérdida relativa de posición respecto del sector industrial. La supervivencia de la importancia estratégica del sector exportador se manifiesta asimismo en el rol de consumidor importante que continúa jugando. Concentrando en sus manos gran parte del ingreso nacional, constituye un importante mercado de bienes de consumo que las industrias nacionales atienden aun en los países menos industrializados. Con la pérdida relativa de posición del sector exportador y el crecimiento de una amplia parte del ingreso nacional generado en el sector industrial y sus economías externas, la importancia de aquel sector como fuente de demanda va disminuyendo para dar paso a la función estratégica de ser fuente de divisas necesarias para importar máquinas y productos intermedios para la industrialización.

Tal estructura industrial supone por lo tanto los siguientes elementos:

1. La demanda generada por el sector exportador.
2. La oferta internacional muy monopolizada de la tecnología, las máquinas y los productos intermedios.

3. La dependencia de las divisas generadas por el sector exportador, que financian gran parte de las inversiones en el interior del país: lo que se puede llamar una acumulación externa de capitales.
4. La dependencia tecnológica profunda que lleva a una mayor dependencia a cada nueva inversión.
5. La dependencia del “financiamiento externo” para poder suplir la ausencia relativa de divisas para importar estos productos.
6. La sensibilidad de la balanza de pagos a los movimientos de entrada y salidas de capitales, ganancias, intereses, royalties, pagos de servicios técnicos, etcétera.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esta rápida visión de la estructura del desarrollo industrial dependiente?

En primer lugar, hay que destacar la dependencia en general que el proceso de industrialización tiene de las fluctuaciones de la economía mundial. Si nuestras relaciones con la economía mundial se diesen en el nivel puramente del comercio de mercancías sería válido establecer como esquema general que a una oscilación positiva de las economías dominantes correspondería en los países dependientes un auge de divisas que, dependiendo del control suyo sobre ellas a través de la política gubernamental, permitiría un aumento de las inversiones en el sector industrial, por un aumento de la demanda así como de la oferta. De hecho, en algunos países esto se produjo durante la segunda guerra mundial y en parte durante el auge de la guerra de Corea.

Pero esta ley de desarrollo no es una realidad concreta. La causa de esto es la dependencia tecnológica y sus efectos sobre la estructura de la balanza de pagos. La dependencia tecnológica, como vimos, crea una necesidad de máquinas y productos intermedios importados del exterior. Los dueños de estas máquinas no las venden como factores de producción libremente disponibles en el mercado mundial. Las grandes empresas monopólicas se reservan el derecho de utilizar estas máquinas y el *know-how* en ellas incorporado como instrumento de la expansión de sus propias inversiones.

Solo las transfieren como parte de sus propios capitales. Desde el punto de vista capitalista esto es plenamente comprensible. Por

otro lado, los países dependientes no disponen de monedas duras para importar; esto les restringe su capacidad de importación solamente a los países a los cuales exportan. En estos países, la oferta de los productos que permiten realizar inversiones importantes está monopolizada; así también lo están el *know-how* y las patentes. Esto impide la fabricación de casi todos los productos importantes sin pagar la licencia y la asistencia técnica. La venta de las máquinas y del *know-how* ofrece un ingreso relativamente reducido en relación a la posibilidad de utilizar este monopolio para abrir una filial que explote la fuerza de trabajo de los países dependientes sacando directamente toda la plusvalía que puede generar para sus propios bolsillos. Hay que considerar aún la posibilidad de aumentar no solo la venta del producto al producir en el interior del mercado, sino también la posibilidad de aumentar las ventas de productos intermedios, lo cual se hace en general en el interior del mismo grupo económico con todas las facilidades fiscales para generar un sobreprecio de estos productos, que permite aumentar las ventas y la tasa de ganancia de las matrices.

Las consecuencias son pues altamente significativas:

1. Aumento de los precios de los productos importados que lleva a una baja del valor de las divisas. Esta tendencia a largo plazo se encuentra con otra tendencia a la baja de los precios de las exportaciones de materias primas y productos agrícolas por varias razones que no nos cabe analizar aquí. Los dos factores operando juntos llevan a una “pérdida de los términos de intercambio”.
2. Aumento de la dependencia de las importaciones, cada vez más ligadas al proceso de acumulación interno. Lo que se ha llamado “inelasticidad de la pauta de importaciones”.
3. Aumento de los egresos en relación a los ingresos (exportación de ganancias, royalties, servicios técnicos) –tendencia al déficit de la balanza de pagos y necesidad de endeudamiento para cubrir tales déficits–, aumento progresivo acentuado de los egresos (pagos del servicio de la deuda externa) –más déficit–, más dependencia del capital extranjero y del endeudamiento, etcétera.

Por lo descrito anteriormente, se puede notar cómo la crisis del sector financiero y de servicios de las relaciones económicas externas de América Latina ganó una autonomía relativa, que la hace suplantarse al sector comercial como el más importante elemento de las oscilaciones cíclicas. De hecho, así como las oscilaciones del sector comercial llevaron a una crisis crónica a través de la solución inflacionaria y disminuyeron el poder de utilización de las divisas obtenidas con la exportación, la dependencia tecnológica lleva también a una crisis crónica de la balanza de pagos y a un endeudamiento progresivo que compromete hoy día un monto enorme de nuestras divisas. Según los cálculos de la CEPAL,⁹⁵ las remesas de utilidades, intereses, amortizaciones y otros pagos de capitales extranjeros, representa más del 35% del valor corriente de sus exportaciones de bienes y servicios. Lo paradójico de la situación es que ¡se continúa proponiendo un aumento de la inversión extranjera para resolver los problemas cambiarios que ella misma genera y profundiza!

Las estructuras económicas dependientes en esta nueva fase pasan a ser extremadamente sensibles a los movimientos de capital y sus fluctuaciones. De manera incompleta, Enrique Padilla Aragón llama la atención sobre este fenómeno:

Puede afirmarse que en una época histórica de México, la inversión extranjera directa representó un impulso para la economía y la generación de ingresos internos aceleró el desarrollo; pero a partir de 1958 su carácter fluctuante y la descapitalización que representa la han convertido en un obstáculo. Podemos asociar los años de prosperidad de la economía mexicana con afluencia de inversiones directas y los años de depresión con salida de capital extranjero. Es decir, que este tipo de inversiones acentúa la inestabilidad de la economía mexicana, que se ha vuelto tan sensible a las inversiones extranjeras que las reservas del Banco de México fluctúan al mismo tiempo que aquéllas.

95. *La economía de América Latina en 1969* (Naciones Unidas, 1970). El estudio de Orlando Caputo y Roberto Pizarro (1970) *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, muestra con amplio rigor técnico y empírico el rol creciente de los servicios y, particularmente, del movimiento de capitales en el déficit de nuestra balanza de pagos.

El autor exagera el rol del capital extranjero en las fluctuaciones. Estos capitales en general traen muy pocos recursos a la economía. Solamente cerca del 14%⁹⁶ del total de las inversiones norteamericanas en el exterior son resultado de transferencias de capitales norteamericanos al exterior; el resto de sus fondos son capitalización en el interior de las economías dependientes. ¿Por qué hay entonces una correlación estadística entre prosperidad y depresión en los países dependientes y mayor entrada de capital extranjero y salida de ganancias? Por el motivo opuesto: exactamente porque hoy día hay una oscilación cíclica en el interior del capitalismo industrial de los países dependientes hay también una oscilación cíclica del flujo del capital extranjero hacia esas economías. Al desplazarse hacia las industrias y servicios que atienden el mercado interno de estos países,⁹⁷ el capital extranjero queda también dependiente de sus movimientos cíclicos internos, que él de hecho acentúa. En los momentos de auge el capital imperialista penetra aprovechándose de las mejores posibilidades de inversión. En los momentos de recesión o depresión, retira sus ganancias en búsqueda de mejores posibilidades de inversión en otras partes, acentuando la depresión interna.

Un ejemplo práctico de esta situación se produjo en el caso brasileño. Después del golpe de 1964, el gobierno de Castelo Branco abrió las mejores perspectivas al capital extranjero en el país; sin embargo este no entró en el país hasta 1966 y 1967, cuando las medidas anticíclicas del gobierno permitieron retomar las inversiones. Lo mismo pasa hoy día en Chile después del golpe de Estado de septiembre de 1973. Esto no impidió que durante la depresión este capital hiciera una gran centralización financiera, utilizando sus excedentes internos para comprar las empresas nacionales en quiebra. Nosotros llamamos la atención sobre estos nuevos fenómenos en 1963 y realizamos una elaboración teórica en un trabajo en 1966.⁹⁸ La elaboración teórica es aún insuficiente y en

96. Véase los datos de Survey of Current Business estudiados por Orlando Caputo y Roberto Pizarro (1970).

97. Sobre este fenómeno véase nuestro *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema de América Latina*.

98. Véase *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema de América Latina*. La primera edición mimeografiada con el título de *Crisis económica y crisis política* se publicó en 1966 para los semi-

este trabajo no avanzaremos mucho más sobre el tema porque lamentablemente los estudios de fenómenos cíclicos son extremadamente escasos en nuestros países. La tesis básica es la de que el desarrollo del capitalismo industrial en los países dependientes los hace incorporar un movimiento cíclico en su interior que sigue de forma específica las leyes generales de la acumulación capitalista.

Debido a la escasez de mano de obra calificada y al aumento de demanda de este tipo de mano de obra que las inversiones capitalistas nuevas plantean, y debido a sus efectos sobre la estructura general de salarios, el capitalismo dependiente se hace bastante sensible a los movimientos salariales. Por otro lado, el carácter inflacionario tan acentuado del desarrollo capitalista dependiente estimula la organización sindical para luchar por mantener sus niveles salariales. La estructura política latinoamericana, donde la burguesía industrial nacional (y la extranjera hasta cierto punto) tuvo que utilizar el movimiento sindical y popular como fuerza de presión política para atenuar las resistencias económicas y políticas de las oligarquías exportadoras al desarrollo industrial, favorecía también la capacidad reivindicativa de este movimiento sindical. Por otro lado se combina un tercer factor: las necesidades de acumulación de capital de los países dependientes son muy grandes porque sufren una gran descapitalización debido a los egresos como servicios del capital extranjero. Estas necesidades de acumulación son también muy grandes porque el desarrollo de estos países supone grandes saltos tecnológicos e inversiones altamente concentradas, con una alta relación capital-trabajo, lo que exige grandes concentraciones financieras. La conjugación de todos estos factores hace a la economía muy sensible a los movimientos salariales.

Se puede suponer que un período de acumulación de capital intensivo encuentre un mercado de mano de obra especializada y semiespecializada reducido y una alta presión sindical. Se da así un rápido agotamiento del ejército industrial de reserva utilizable, conservándose una vasta población desempleada y subdesempleada que no tiene calificación

narios del CESO, sobre América Latina. Paul Singer fue el único economista brasileño que trabajó en la misma línea de pensamiento. *Op. cit.*

suficiente para integrarse inmediatamente en la producción (los casos más típicos son los de México, Brasil y Colombia, que tienen vastas poblaciones agrícolas analfabetas, y los menos típicos son los de Argentina, Uruguay y Chile, que tienen la mayor parte de la fuerza de trabajo alfabetizada y en las ciudades).

Los efectos de esta situación estructural sobre los movimientos cíclicos tienen que ser en el sentido de una tendencia a la oscilación cíclica más o menos limitada. Estas limitaciones se deben básicamente a 4 factores: la importancia del capital extranjero; la importancia de las inversiones estatales; la importancia de un sector de servicios y trabajadores improductivos altamente inflado, que asegura una demanda poco flexible para abajo; los efectos de una política inflacionaria crónica que mantiene una demanda artificial a costa de un endeudamiento crónico interno y externo cuya explosión se aplaza hacia un futuro aparentemente ilimitado.

Todos estos factores actúan como factores estabilizadores hacia abajo que llevan a una crónica incapacidad para romper el subdesarrollo y la dependencia y a una relativa: estagnación económica que se muestra en una paradójica secuencia entre el desarrollo de la industrialización en América Latina y una disminución de las tasas de desarrollo como consecuencia. Esto no quiere decir que la región camine hacia una falta total de crecimiento. Ni significa tampoco que hayan desaparecido las oscilaciones cíclicas. Simplemente significa que, a largo plazo, la región tiende a una tasa de crecimiento más baja en la medida en que se vincula su crecimiento económico a la dominación del capital extranjero con los efectos descapitalizadores que genera.

Cuando la industrialización se hizo con el capital nacional, del 30 al 46, y sobre todo cuando se aprovechó la coyuntura de auge de la guerra, no habiendo aún establecido su dinámica dependiente del mercado interno, el crecimiento era mucho más alto que hoy día. Esto significa que el proceso de industrialización se ha ahogado en una estructura de endeudamiento crónico y crisis cíclica que explican el comportamiento y la dinámica económica, social y política de América Latina industrializada, en los últimos años. Pero los países de menor industrialización no están libres de este fenómeno. En ellos se opera un proceso de

industrialización muy rápido y aún más intensivo, cuyos efectos se empezarán a sentir muy pronto y ya se apuntan en varios casos.

Nuestro objetivo en este ensayo es sobre todo el de llamar la atención de los economistas, sociólogos y científicos políticos latinoamericanos y de los demás países dependientes hacia estos fenómenos y hacia la necesidad de estudiarlos empíricamente y de revisar los esquemas teóricos superados de las teorías del desarrollo.

5. *Hacia una teoría de las crisis en los países dependientes*

De las discusiones anteriores emerge una extensa problemática que no podemos desarrollar suficientemente en este ensayo: ¿Cuáles son las relaciones entre las crisis del sector exportador y las crisis del sector industrial capitalista? ¿Qué relación existe entre el carácter estructural de la crisis latinoamericana, establecido en el cuadro de una estagnación relativa con soluciones de crecimiento inflacionario y/o con endeudamiento internacional, y las crisis de coyuntura provenientes del ciclo capitalista interno?

¿Qué mecanismos sociales y políticos son accionados por estas crisis y cómo actúan estas esferas sobre los movimientos cíclicos?

Presentaremos enseguida algunos apuntes generales para un desarrollo posterior más profundo del tema, que creemos deberá ser una labor colectiva de varios investigadores.

1. El desarrollo de nuestros países acentúa en forma particular el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista. En ellos, las nuevas estructuras productivas desarrolladas en otros centros, los procesos de organización empresarial y sus efectos sobre los mercados, se van introduciendo y combinando con estructuras anteriores para formar una unidad socioeconómica nueva y específica que llamamos dependiente.

A pesar de que estas estructuras sean contradictorias entre sí, su combinación se hace posible en el interior de una misma unidad porque ellas no se desarrollan hasta las últimas consecuencias. Cuando el desarrollo de una formación estructural va muy lejos, se produce una incompatibilidad que exige una solución radical a través de la eliminación de las estructuras más retrógradas. Muchas veces, esta eliminación se tiene que hacer a través de la introducción de formas estructurales

superiores. A las nuevas estructuras se van agregando otras más avanzadas antes de que agoten su desarrollo interno y van surgiendo nuevas dinámicas, muy desconcertantes para los teóricos y científicos sociales, pero altamente importantes en la práctica económica, social y política.⁹⁹

De ahí que los ciclos económicos en las formaciones socioeconómicas dependientes asuman formas combinadas y que la economía busque soslayarlos a través de un estímulo inflacionario a las inversiones porque, en caso contrario, se ahogaría en una estagnación.

2. Los ciclos económicos ligados al sector exportador son generados en parte por los movimientos de auge y depresión en la economía mundial, pero las economías dependientes tienen una dinámica propia en su interior. Esta dinámica está relacionada con la oferta de los productos exportados en el sector externo de la economía que, como vimos, tiende a generar una sobreproducción a nivel de las economías dependientes, lo cual se hace más evidente cuando hay una retracción de las importaciones de los países desarrollados debido a sus recesiones. Para mantener a los productores del sector exportador generando ingreso interno y para aminorar las bajas de los precios de los productos exportados y los efectos de los movimientos cíclicos, el Estado burgués, se ve obligado a sustentar estos sectores a través de políticas inflacionarias y del endeudamiento externo.

Por otro lado, el desarrollo del sector industrial es dependiente del sector exportador por dos motivos: porque necesita de sus ingresos que forman una demanda de los productos industriales y porque las exportaciones crean los recursos en forma de divisas para la importación de maquinarias y bienes intermedios necesarios a la industria, necesidad que aumenta debido a la dependencia tecnológica. Esta dependencia hace el crecimiento del sector industrial extremadamente dependiente de la balanza de pagos y por lo tanto de los efectos de los auges y recesiones de las economías centrales.

99. Hay que señalar de paso los efectos que tal discontinuidad opera sobre el pensamiento social, obligándolo a un constante empirismo y pragmatismo debido a su imposibilidad de inscribir esos cambios en una teoría general sin incluir en ella ni un análisis muy profundo de la economía mundial y de las tendencias estructurales de los centros imperialistas ni hoy día, una evaluación del socialismo. Considerando los limitados recursos humanos de nuestros países para el desarrollo científico y las influencias perniciosas del pensamiento burgués y reformista pequeñoburgués, es fácil entender nuestras dificultades teóricas.

La aparición del capital extranjero en el sector industrial y otros que producen hacia el mercado interno, que se acentúa en la posguerra, hace que el desarrollo económico sea extremadamente sensible a los movimientos de capital. Estos movimientos de capital son condicionados por la dinámica de los ciclos del sector industrial capitalista en el interior de los países dependientes.

Estos ciclos se independizan cada vez más del movimiento del comercio externo y son condicionados por las leyes de la acumulación de capital modificadas por las especificidades de los mercados de mano de obra y del contexto sociopolítico de los países dependientes. En todo caso, la acción del capital extranjero profundiza los movimientos cíclicos, sea en los momentos de auge, al introducir un elemento capitalizador nuevo, sea en los momentos de crisis, al retirar las ganancias hacia el exterior.

Tales movimientos cíclicos son otra vez compensados, en parte, por un proceso inflacionario y de endeudamiento externo acumulativo que aplaza hacia el futuro los efectos de la crisis, haciendo la crónica, manifestándose esta bajo la forma de la inflación y el endeudamiento internacional, única forma de neutralizar la tendencia a una estagnación relativa o baja secular de la tasa de crecimiento.

3. Hay que considerar, sin embargo, que esta estagnación relativa, a pesar de los optimismos que las coyunturas favorables provocan, es altamente explosiva pues acentúa las contradicciones internas del sistema y las aplaza hasta un momento cualquiera en que, por efecto de una coyuntura desfavorable a nivel internacional o nacional, explotan.

No hay duda de que estos mecanismos de adaptación por la vía del aplazamiento (inflación y endeudamiento) se van mostrando insuficientes y abren paso a una crisis no solo institucional sino también de las alternativas reformistas del sistema, lo que hace prever una evolución muy rápida hacia una radicalización social y política profunda y hacia un inmovilismo político relativo de la clase dominante en los momentos de crisis internacional y nacional.

4. Vemos así que la crisis estructural del sistema va siendo aplazada con mecanismos esencialmente pragmáticos cuya expresión más

directa está en el proceso inflacionario y en el endeudamiento internacional. En ellos y en las formas de solucionarlos se encuentran condensados y sintetizados todos los conflictos del sistema.

De parte de las clases dominantes no queda otra alternativa que la de apelar a una política de estabilización monetaria que haga caer los salarios y aumentar la acumulación de capital para posibilitar nuevas inversiones en un futuro próximo. Solo en países donde se alcanza una situación privilegiada de la balanza de pagos se puede reducir la inflación hasta un nivel relativamente bajo de “inflación estructural” abierta u oculta, y esto se hace en general con sacrificio de las importaciones para los sectores de inversión de capital o de importaciones de productos de consumo popular.

5. Al tener que enfrentarse a una situación de este tipo, las clases dominantes se ven obligadas a aplicar una política extensivamente antipopular, y enfrentadas a un movimiento popular cada vez más hostil e independiente: la clase obrera y los asalariados en general, que reaccionan contra la pérdida de su poder de consumo y la concentración del capital; los hijos de los obreros, los jóvenes de clase media y el subproletariado urbano y rural que no ven posibilidades de trabajo por la ausencia de un desarrollo efectivo; los campesinos, que no ven la posibilidad de una política de reforma agraria realmente sustancial; la pequeña burguesía, que ve sus ahorros consumidos por la inflación o la amenaza de proletarización por consecuencia de las quiebras en los momentos de estabilización.

Se crean así las condiciones para la formación de un amplio frente popular antiimperialista cuya formación y dirección dependerán básicamente de la existencia de un liderazgo proletario consecuente o, en algunos casos, de sectores pequeñoburgueses que buscarán formar y orientar este frente en un sentido reformista vagamente nacionalista y democrático.

Teóricamente, se puede suponer que este frente, tácito algunas veces, abiertamente realizado en otros casos, tiende a aumentar su capacidad de lucha en los momentos de crisis en los centros dominantes, que se refleja también en una crisis aguda en la orientación política de las clases dominantes-dominadas en los países dependientes (que en muchos

casos están representadas por los propios gerentes de las empresas extranjeras, que tienden a controlar hoy día el grueso del sector más dinámico de nuestras economías).

Se puede concebir también teóricamente que en ausencia de una organización de masas amplia, sean sectores del aparato estatal, particularmente los militares, los que intenten representar estos intereses buscando chantajear al imperialismo y obligarlo a hacer las inversiones que se creen favorables al desarrollo económico interno, dejándolo siempre abierto al capital extranjero. Este último, tomado en una coyuntura desfavorable, se ve obligado a ceder buscando resguardar sus posiciones relativas de fuerza para una posterior ofensiva en una coyuntura económica y política más favorable.

6. Se pueden establecer así algunas relaciones e interdependencias entre los ciclos económicos y los movimientos sociales y políticos. La posibilidad de aprovecharse favorablemente de las coyunturas dependerá de la organización del movimiento popular, su conciencia política y su sensibilidad. Los esquematismos teóricos, el doctrinarismo vacío, las tendencias caudillescas pequeñoburguesas que paralizan las iniciativas de las masas, son factores muy fuertes en la vida política de los movimientos populares latinoamericanos y se han manifestado en grupos políticos tanto izquierdistas como reformistas. Tales factores han perjudicado enormemente su capacidad de aprovechamiento de las coyunturas favorables.

Después de estas consideraciones teóricas podemos pasar a un análisis de los efectos de la crisis general del capitalismo en América Latina. En un capítulo final buscaremos hacer más específico este análisis considerando la depresión de 1974-1975.

XIII. Tipos de cambios, clases y fuerzas sociales

1. Algunas aclaraciones

Los capítulos que siguen inciden en un campo poco desarrollado en la Sociología que es el de la perspectiva histórica a partir del estudio de las posibilidades dadas por la realidad existente. En este sentido pueden parecer muy audaces muchas de sus conclusiones y sobre todo deberán

molestar a quienes defiendan como viables alternativas excluidas por el autor, o a aquellos cuyas alternativas son contempladas pero poniendo en evidencia las dificultades para su realización histórica.

Otra posible crítica al trabajo sería la de que transforma los deseos del autor en tendencias reales, convirtiéndose en un trabajo más ideológico que científico. Es tiempo, sin embargo, de destruir aquella concepción que reserva a lo científico el residuo de los problemas sociales: los más inodoros, insípidos e incoloros, los menos comprometidos con los problemas candentes de nuestro tiempo.

Será posiblemente objeto de discusión la inclusión del socialismo como una alternativa de cambio. Sin embargo, si se consideran los hechos, esta alternativa está constituida en la práctica social de nuestros días. Lo que puede hacer parecer que no es una alternativa constituida, es la tendencia a considerar lo oficial, lo legal, lo que representa el orden, como si fuera lo real, y lo que lo niega como algo irreal y utópico. La historia ha transformado muchas veces a los “utópicos” e “irrealistas” en hombres del poder y a los “prácticos” y “realistas” en vagos recuerdos. Se puede concluir, pues, que no habrá análisis científico de las alternativas de cambio si no se incluyen las negaciones de los sistemas sociales existentes.

En fin, hay que aclarar el sentido que pueda tener un análisis de conjunto para una región tan diversificada como América Latina. Nosotros distinguimos por lo menos tres tipos de estructuras dependientes en América Latina: aquellas donde se realizó un proceso de industrialización importante en los años treinta y cuarenta, aquellas donde este proceso empezó en el período posterior a la segunda guerra y aquellas donde no se produjo o se está apenas iniciando ahora.¹⁰⁰ A cada uno de estos tipos corresponde una legalidad propia del cambio. Sin embargo, creemos que los marcos generales que condicionan sus posibilidades de cambio social y desarrollo son los mismos, a pesar de que la diversidad de situaciones determinan profundas diferencias en la marcha de esas tendencias históricas descritas para el conjunto. Podemos admitir

100. El estudio de esta tipología lo realizó la investigadora Vania Bambirra, *Capitalismo dependiente en América Latina*.

incluso que el mayor o menor desarrollo de ciertas estructuras puede paralizar estas tendencias. Nada de esto niega la necesidad de determinar los marcos generales del cambio, que son comunes a la mayoría de los países del continente y quizás a los países dependientes en general. Nuestro objetivo, en los próximos capítulos, es estudiar cuáles son las alternativas de cambio social que surgen de la situación de crisis que analizamos en el capítulo anterior. La elaboración y refinamiento de esta postulación teórica permite, por lo tanto, asentar en nuevas bases el estudio de la realidad latinoamericana y, al mismo tiempo, divisar con mucho mayor claridad los caminos de desarrollo que aparecen factibles a partir de las condiciones sociales existentes.

Los modelos de cambio social se producen basados en los intereses concretos de las clases sociales. Un análisis científico de las alternativas de cambio debe pues empezar por un estudio de las clases que juegan un rol crucial en la sociedad actual. Son ellas las que dan el fundamento material a los postulados ideológicos que intentan presentar sus intereses particulares de clase como intereses de toda la sociedad. En el curso de la historia, hay clases que ocupan el rol privilegiado de vanguardia del proceso histórico. Este rol no les ha sido dado por ningún factor extrasocial de tipo religioso o metafísico. Por el contrario, este rol revolucionario es un producto de la posición que ocupan en el proceso productivo. Entre los siglos XV y XIX, la clase burguesa ocupó este rol revolucionario en la historia de Occidente, imponiendo su modo de producción a toda la humanidad. A partir de la segunda mitad del siglo XIX y particularmente a partir del siglo XX, la clase burguesa perdió su ímpetu revolucionario y vio nacer en su interior la oposición de una clase social que ella había creado y que, prontamente, aparecía como una alternativa a su poder y al sistema socioeconómico que ella generara. Esta nueva clase social era el proletariado industrial que, con la ayuda de la intelectualidad revolucionaria que se desprendió de la burguesía y de la pequeña burguesía y a veces de la nobleza decadente, pudo elaborar una alternativa teórica y política frente a la sociedad existente. Así, el siglo XX se transforma en el siglo de la revolución proletaria.

Los modelos de cambio social que hoy día se enfrentan no corresponden a meras elucubraciones mentales, a la aplicación de ciertos valores o

al desarrollo de ciertas ideas como el pensamiento idealista los presenta. Los modelos de cambio social son producto de una práctica social, del enfrentamiento concreto de intereses reales que, en su desarrollo histórico, pretenden expresarse en anticipaciones del futuro, en la proyección de tendencias e intereses que se manifiestan en el presente. Tales modelos cumplen así una función social concreta, aun cuando no logren siempre concretarse plenamente, por causa de las concesiones y compromisos a que se ven forzadas las fuerzas en conflicto por eventuales situaciones de empate relativo. Su función es la de orientar la lucha social y los procesos de cambio. Su mayor o menor rigor científico, su mayor o menor capacidad de previsión, no dependen solamente del rigor metodológico de aquellos que buscan explicitarlos teóricamente, sino que dependen fundamentalmente de la viabilidad histórica de los intereses de las clases sociales que se entrechocan.

Estas consideraciones generales son necesarias para comprender las páginas que siguen. En ellas se pretende, en primer lugar, identificar a las fuerzas sociales que disponen en nuestros días de una fuerza dinámica capaz de fundamentar a corto, medio o largo plazo un proceso de cambio social. El concepto de fuerza social se utiliza para poder identificar matices ideológicos que pueden darse, sea porque representan distintos intereses dentro de una misma clase (como la diferencia entre el modelo de la nueva división internacional del trabajo que representa los intereses del capital internacional y el modelo de dependencia negociada que representa los intereses históricamente mucho más limitados de las burocracias y tecnocracias civiles y militares con apoyo en sectores burgueses y pequeñoburgueses), sea porque representan intereses de un bloque de clases (como el caso del modelo socialista que representa los intereses de los sectores más avanzados del proletariado urbano y rural, del campesinado y de sectores de la pequeña burguesía urbana). Hay que señalar, sin embargo, que estos matices se dan dentro del enfrentamiento fundamental entre la burguesía y el proletariado industrial que, de hecho, constituye el marco más general de las luchas sociales de nuestro tiempo.

En realidad, en la medida en que tomamos situaciones históricas aún más concretas, podemos diferenciar otros matices en el interior de estos

modelos, que representen facciones de clase más concretas. Y por supuesto las clases decadentes y sin perspectiva histórica, ni aun a medio plazo, también buscan proyectarse en el futuro a través de utopías, en general extremadamente idealizadas, que no les permiten orientar de manera alguna su acción práctica presente. Pero, en el trabajo actual, no tuvimos por objeto estudiar todos los modelos de cambio que se enfrentan en la lucha social de nuestros países, sino aquellos que, como consecuencia del análisis de la dependencia que hicimos en los capítulos anteriores, tienen alguna viabilidad histórica a corto o medio plazo. Son esos modelos de cambio los que orientan la práctica política de las fuerzas sociales y determinan la dinámica del proceso histórico que vivimos.

Por todas esas razones, pasamos a estudiar las fuerzas sociales que disponen de una alternativa de cambio social y, en seguida, los modelos de cambio que teóricamente se pueden desprender de esos intereses, así como del análisis de las manifestaciones concretas de expresión teórica y práctica de ellos.

2. Los nuevos personajes sociales del desarrollo

Antes de estudiar específicamente cuáles son las nuevas alternativas de cambio social que se bosquejan en el presente, debemos caracterizar a las fuerzas sociales en pugna. Cualquier modelo de cambio social que asuma correctamente una perspectiva crítica en relación a la experimentación de los últimos 40 años de desarrollo industrial dependiente en América Latina debe eliminar la figura de las burguesías nacionales independientes (o burguesías progresistas, o empresarios nacionales, etcétera), como una fuerza determinante de esta realidad. El fracaso del modelo de desarrollo nacional independiente representa esencialmente el fracaso de ese grupo social y de su fuerza e intereses económicos para ofrecer una opción de desarrollo para América Latina. La primera fuerza que emerge en esta nueva realidad es la gran empresa multinacional y conglomerada y los burócratas y empresarios que las dirigen en los países subdesarrollados como mandatarios de sus intereses internacionales. La segunda fuerza que subsiste en esta realidad, en una posición secundaria en relación a la gran empresa, pero en una posición de fuerza esencial para el desarrollo de la situación existente, es el capitalismo

de Estado. Este se encarna fundamentalmente en las burocracias militares y técnicas que son los representantes de la perspectiva del interés estatal, en el proceso de desarrollo en curso. Asimismo, los remanentes de la burguesía nacional buscan encuadrar sus concepciones políticas dentro del capitalismo de Estado. En fin, está el movimiento popular que emerge en esta realidad, por primera vez liberándose del control populista, como fruto de la decadencia de la alternativa del capitalismo nacional independiente. De este modo, es necesario analizar brevemente las principales características de estas fuerzas sociales en la realidad latinoamericana actual, como introducción al estudio de las alternativas de cambio existentes.

3. El nuevo capital internacional

Muy poco se sabe todavía sobre el nuevo capital internacional. Las investigaciones sobre el capital extranjero en América Latina están aún en una fase preliminar. No obstante, más insuficientes aún son los estudios sobre los modos específicos de operación de este capital y el grupo social que lo representa. Sin embargo, podemos señalar sus características generales y su posición estructural dentro de nuestra realidad.¹⁰¹

El capital extranjero que entró masivamente en el período posterior a la segunda guerra mundial forma una nueva unidad empresarial que se constituyó en el transcurso de la primera mitad del siglo XX y que alcanzó su plenitud en aquel período, esta es la llamada empresa transnacional que opera a nivel mundial, teniendo como base a Estados Unidos (algunos países europeos y Japón también presentan casos menos desarrollados de estas empresas). Como vimos en la primera parte, estas empresas ya no se asemejan a los trusts y cárteles de los primeros decenios de este siglo.

101. Los estudios sobre el capital extranjero en América Latina son, en general, muy preliminares; pero permiten formarse una idea general de su modo de operación. De gran utilidad son los estudios de la National Planning Association sobre "United States Business Performance Abroad" que incluyen análisis de caso sobre: The Trade Petroleum Corporation en Venezuela, Sears Roebuck de México, S. A., Casa Grace en Perú, The General Electric in Brazil, The United Fruit Company in Latin America, The International Basic Economy Corporation. Véase también la investigación sobre los grupos económicos en Brasil, cuyo informe preliminar fue publicado en la *Revista del Instituto de Ciencias Sociales* (1965); Aristóteles Moura, *Capitales extranjeros en el Brasil*. Varios: *A questão da remessa de lucros* (1962); Barbosa Lima Sobrinho, *Máquinas para transformar cruzeiros en dólares*; a los títulos citados.

El proceso de trustificación se completó en este período. No se trata pues actualmente de conquistar las fuentes de materias primas usadas por la empresa central, ni tampoco de garantizar mercados para sus productos. Habiendo asegurado en parte esta base en el período anterior, tales empresas realizan una nueva fase de la expansión mundial basada en las inversiones industriales o en el sector de servicios, que ya no se destinan a producir para los mercados de los países inversionistas. En este sentido, a pesar de que el centro hegemónico continúa necesitando materias primas, las relaciones tienden a invertirse: ya no es la producción del país subdesarrollado la que se destina a complementar la del país inversionista, sino, por el contrario, el país subdesarrollado tiene que comprar máquinas y materias primas elaboradas del país inversionista para transformarlas en productos que son vendidos en su mercado interno.

El proceso de industrialización de los países subdesarrollados se basa en una sustitución de importaciones pero también en una sustitución de las exportaciones de los países desarrollados.

Desde una perspectiva internacional, se trata de un proceso de cambio en la división internacional del trabajo. Hemos hecho en capítulos anteriores un análisis más detallado de este proceso. Lo que nos interesa ahora es poner de relieve las contradicciones fundamentales de estas nuevas relaciones y sus consecuencias para el cambio social en América Latina.

A. La contradicción entre la necesidad de nuevas inversiones para continuar el proceso de desarrollo y los límites de expansión del mercado interno, en razón del carácter monopólico de las inversiones extranjeras. La empresa multinacional opera con procedimientos doblemente monopólicos, debido a: a) la tecnología que exige una alta concentración de capital; y b) procedimientos financieros que le otorgan un poder acumulativo destinado a absorber a sus competidores y a controlar monopólicamente los mercados en donde opera.

Debido al carácter de la tecnología utilizada, creada en el contexto de un capitalismo ultraavanzado, bajo la presión de mano de obra menos abundante y más cara, los efectos secundarios de las inversiones externas son minimizados en lo que se refiere a la creación de empleos y, por lo tanto, de nuevos mercados. Como ya vimos, este es el origen principal de las poblaciones “marginales”.

Debido a sus procedimientos financieros, a la administración de los precios, a las técnicas de control del mercado existente, a la posibilidad de expansión a través de la quiebra de los competidores y de su captación, los monopolios no se interesan inmediatamente en la ruptura de las estructuras agrarias tradicionales para generar nuevos mercados. No obstante, a largo plazo, la supervivencia de estas estructuras agrarias, así como la de las poblaciones “marginales”, impone límites bastante claros a la expansión de las inversiones y conduce a la estagnación.

En este sentido, desde una perspectiva estructural, la gran empresa se transforma en una limitación para su propio crecimiento, afectando también esta limitación a las estructuras que ella integra.

B. La contradicción entre la necesidad de nuevas inversiones para continuar el proceso de desarrollo y la descapitalización producida por los intereses internacionales de la empresa multinacional. El mayor interés de la empresa inversionista es obtener ganancias para cubrir el capital invertido y obtener más utilidades. Debido a las limitaciones del mercado interno, retira los beneficios, buscando nuevos mercados que hagan más rentables sus inversiones. Los datos demuestran que la remesa de utilidades es mayor que la entrada de inversiones (aún más, existen las formas indirectas de remesas, que son muy difíciles de contabilizar).

De esta manera, se profundiza la contradicción entre los intereses del desarrollo nacional y los del capital extranjero.

Hay dos estudios de conjunto sobre el financiamiento externo en América Latina: CEPAL (1964), y BID (1966). Se efectuó una amplia discusión sobre remesas de utilidades en las entidades oficiales latinoamericanas. Un balance del problema está en CIES (1969). El Censo de las Inversiones Externas del Departamento de Comercio de Estados Unidos confirmó ampliamente esos datos.

C. Otra contradicción que enfrenta la empresa extranjera es entre los intereses comerciales de la casa matriz y los de la subsidiaria. La sustitución de productos antes importados de las casas matrices por la producción nacional puede, en general, generar beneficios más elevados para la empresa en su conjunto, ya que puede generar además un mercado para las maquinarias y materias primas industrializadas producidas por

la casa matriz. Esta producción en los países dependientes quita a las casas matrices sin embargo, el mercado de los bienes finales. La decisión de trasplantar la industria a los países periféricos depende, pues, de un conjunto muy complejo de factores y no solo de una decisión microeconómica.

Veremos, posteriormente, en qué medida estas contradicciones afectaron las alternativas de desarrollo en los países dependientes. Anotemos, mientras tanto, dos aspectos del problema.

En primer lugar, el carácter de indecisión y de subordinación de la burocracia que dirige los intereses extranjeros en los países dependientes. Esta burocracia no forma parte de las más altas esferas de decisión de las empresas¹⁰² ya que no dispone de la independencia suficiente para decidir lo que es de mayor interés para la firma local. El interés de la firma local tiene que ser visto desde el punto de vista del conjunto de la empresa multinacional, que el gerente local desconoce.

En segundo lugar, es preciso destacar el carácter internacional y macro-económico de las decisiones de esas empresas. El problema del desarrollo de los países dependientes es parte de la política interna de esas corporaciones multinacionales.¹⁰³ En este sentido, no solo las burocracias locales de estas empresas tienen un poder subalterno, también lo tienen los poderes políticos locales que entran en relación con estas empresas.

Estos dos aspectos de las nuevas relaciones empresariales al nivel internacional y sus repercusiones en los países dependientes demuestran

102. Los directores nacionales de los países dependientes, en general, están subordinados a los departamentos internacionales de las grandes empresas que, por su lado, están subordinados a los directores generales. Algunas empresas están transformando sus direcciones nacionales en los países dependientes en departamentos. Véase *Fortune* del 15 de octubre de 1968. Richard F. González y Claude McMillan, Jr. destacan en su libro (*International Enterprise in a Developing Economy*), la posición de inferioridad del gerente de estas empresas en los países subdesarrollados, tanto en relación a las decisiones de la matriz como en relación a la oligarquía industrial de origen nacional.

103. Hay toda una literatura sobre el “ambiente” adecuado para las inversiones extranjeras. Hay también documentos oficiales. Véase “The Involvement of U.S. Private Enterprise in Developing Economies” (1968). Son importantes también las discusiones sobre “International Aspects of Anti-Trusts” (1967). De los sectores semioficiales, además de las publicaciones de la National Planning Association ya citadas, véase Thomas A. Gannon, *Doing Business in Latin America* y Frank Brandenburg, *The Development of Latin American Private Enterprise*.

la futilidad de los intentos del “desarrollo nacional autónomo” en los marcos del sistema capitalista internacional y condicionan los límites en que se pueden entender las nuevas alternativas de desarrollo en nuestros países.

4. El capitalismo de Estado

En la realización del desarrollo económico de los últimos 40 años, en los países latinoamericanos, cupo al Estado un rol decisivo: desde el aspecto de la política económica y otras políticas, hasta la acción directa del Estado en el sector productivo para generar la infraestructura (energía, transporte, comunicaciones), así como para la inversión en sectores básicos de la economía que generaron insumos baratos para los otros (como la siderurgia y, más recientemente, la petroquímica).

Dada esta situación (que representa una tendencia universal del sistema capitalista, particularmente en el período posterior a la segunda guerra mundial), el Estado se convierte en uno de los más importantes productores y compradores en estas economías. En estas circunstancias, la burocracia estatal, sea civil o militar, ocupa una posición clave en el proceso de desarrollo actual y en las alternativas futuras del desarrollo. Analicemos brevemente las características de esos sectores.

El sector civil está representado básicamente por los técnicos de los ministerios cruciales para el desarrollo: los de planificación, de industrias, aquellos relacionados con el crecimiento regional, de economía, etcétera. Ingenieros, economistas, científicos naturales con visión de conjunto, algunos sociólogos, etcétera (en muchos casos intermedarios, en otros representantes directos de los grandes grupos económicos), forman una élite que mantiene la continuidad de las decisiones administrativas del sistema, por medio de sus constantes crisis. Son parte también de este sector los directores de las empresas estatales, responsables de la elaboración e implementación de las decisiones fundamentales para el desarrollo del país. Esta capa social va generando y desarrollando las condiciones de su supervivencia, su expansión y su fuerza relativa en las decisiones del Estado, cada vez más trasplantadas del área político-parlamentaria hacia el área técnico-ejecutiva. Esto permite a este sector representar un interés específico en el conjunto de las

fuerzas nacionales. Su independencia relativa como centro de decisión, su poder que adviene de la administración de un vasto complejo productivo, financiero y comprador constituido por las empresas estatales, los órganos de financiamiento y los gastos del Estado, dan a este grupo una posición decisiva en el actual proceso de desarrollo así como en las alternativas de desarrollo de los países dependientes.

Se debe dejar en claro que este análisis no se puede prestar a confusiones.

La autonomía e independencia de este grupo es relativa y subalterna. Relativa, porque esta independencia está condicionada por el papel final del Estado dentro del sistema, que es el de estimular a la empresa privada. En todos los sectores en que el Estado entra, lo hace para garantizar inversiones básicas para el desarrollo del sector privado. Estos son inclusive los menos lucrativos y, por ende, los que no ofrecen atractivos para las empresas privadas. Por otra parte, el Estado ejerce un papel en la centralización y concentración de la economía (ya sea como productor, ya sea como comprador) y sirve de mercado para la gran empresa. Por esta razón su independencia es relativa, pues termina donde comienzan los intereses del sistema de propiedad privada en su conjunto.

La autonomía de este grupo es también subalterna, porque está subordinada ya a los intereses de las empresas privadas y del capital en general al cual sirve con sus cuadros más importantes, ya a los intereses del modo de producción capitalista en su conjunto, cuya supervivencia es la fuente necesaria de su carrera. Es necesario destacar, sin embargo, que la ilusión de esa autonomía que se le sube a la cabeza a los burócratas y a muchos sectores de la sociedad como una representación acrítica de la apariencia social, juega un papel importante en el movimiento real de la sociedad. No son pocos los técnicos y burócratas que creen, como consecuencia de la generalización de algunas experiencias inmediatas en que consiguieron imponer sus opiniones sobre sectores de la clase dominante, que ellos poseen un poder realmente autónomo, capaz de constituirse en una alternativa real de desarrollo, por sobre el capitalista y el trabajador.

Este fenómeno es particularmente importante para la comprensión del comportamiento del sector militar de esta burocracia. Los militares

jóvenes representan de manera específica la visión tecnócrata-burocrática. En este caso, la ilusión del poder autónomo gana una mayor fuerza, porque la burocracia militar:

- › Tiene la responsabilidad de la seguridad del régimen existente y, en este sentido, es necesaria, no solo para planear e implementar su funcionamiento, sino que cumple también una función específica que le da un papel decisivo en una situación de crisis.
- › Tiene el control de la cuota más alta y dinámica del presupuesto estatal, usufructuando de regímenes especiales en la utilización de ese dinero, lo que le permite una gran autonomía. Un efecto particular de sus compras es que le sirven en gran medida para adquirir un tipo de producto que aumenta su poder en la sociedad; esto es, compra con el dinero del Estado las armas que la hacen cada vez más fuerte.
- › Dispone, en varios países, de la dirección de empresas productoras de armamentos, municiones, etcétera, controlando con gran autonomía un sector muy importante del capitalismo de Estado. En algunos países (como Argentina y Brasil), los militares fueron llamados a defender las empresas estatales nacionales contra el “avance imperialista”. Disponiendo de cuadros administrativos y técnicos formados en las primeras escuelas de ingeniería de esos países (los estudios de ingeniería, administración, etcétera, forman, en general, parte de la enseñanza de las academias militares), les fue fácil asumir un rol decisivo en el control del capitalismo de Estado emergente.

Por último, es necesario hacer notar que debido a la naturaleza semi-secreta de las decisiones militares, ellos pueden exigir una gran autonomía de decisión frente a la burocracia civil y los sectores directamente políticos en plena decadencia y de la propia gran burguesía.

Por todos estos motivos, el grupo militar constituye un sector aparte de la burocracia estatal, que tiene una visión específica de la realidad de sus países y representa un elemento fundamental para entender las alternativas de desarrollo en los países dependientes.¹⁰⁴

104. Sobre los militares y su papel en la sociedad latinoamericana, véase José Nun (1966). Nun vincula el

Veamos los cuadros en que se desenvuelve el pensamiento militar en los países dependientes. Para esto deberemos realizar una tarea de sistematización de este pensamiento, pues no se encuentra expresado en la forma general que nos interesa. Adoptaremos este procedimiento con las otras fuerzas sociales estudiadas por nosotros. Es un procedimiento legítimo el realizar una descripción de la conciencia posible de fuerzas sociales que, inmersas en su práctica cotidiana, no son capaces de dedicarse a una sistematización de ella y llegar así a un enunciado teórico claro de sus intereses en el proceso de cambio. El investigador puede así adelantarse a los agentes sociales y racionalizar su práctica.

La doctrina de contrainsurrección es, en la actualidad, el centro del pensamiento militar. Originalmente estimulada por el gobierno y los ideólogos norteamericanos a través de sus escuelas militares antinsurreccionales, tenía el objetivo de lucha contra el castrismo. No obstante, fue siendo reinterpretada de acuerdo con las tradiciones del pensamiento de los militares. Según ellos, en la época actual, las revoluciones sociales serían estimuladas de afuera por los comunistas contando con el apoyo de “minorías” indígenas. En esas condiciones les cabría a ellos primordialmente defender la sobrevivencia del “sistema democrático” amenazado por la “guerra revolucionaria” interna. No obstante, el “comunismo” o “castrismo” se aprovecha de ciertas bases reales para expandir su doctrina. Esta base sería la situación de subdesarrollo que abre un vasto campo a la “subversión”. De ahí que sea elemento fundamental, en el concepto de seguridad nacional, la superación del subdesarrollo a través de reformas de estructuras. Dada la demagogia, la dependencia de las masas y la

militarismo con el proceso de ascensión de las “clases medias”. En esta misma línea de interpretación, pero con una visión ideológica liberal, está el estudio de John J. Johnson (*The Military and Society in Latin America*). Vinculando militarismo e inestabilidad social está el influyente estudio de Edwin Lieuwen: *Arms and Politics in Latin America*, para el Council of Foreign Relations. El mismo Lieuwen presentó un informe publicado en los *Surveys of the Alliance for Progress: The American Military para el Committee on Foreign Relations of U.S. Senate* (1967). La revista *Current History* dedicó un número especial a “U.S. Military Commitments in Latin America”, junio de 1969, en donde son rediscutidas las tesis básicas de los autores citados sobre los militares y el militarismo en América Latina, expresando las nuevas líneas de interpretación que deberán orientar la política externa del gobierno norteamericano para América Latina.

incapacidad de los gobiernos populistas de los años sesenta, cabría a los militares ejercer directamente el poder para realizar el desarrollo e impedir así el avance de la insurrección.

Sin embargo, desde la perspectiva de militares educados en el sentido patriótico, el desarrollo debe ser realizado esencialmente para fortalecer la nación. Así, la unión y alianza del “campo democrático” contra el comunismo debe ser entendida como instrumento del fortalecimiento nacional. Por fortalecimiento nacional se entiende el aumento del poder estatal, la defensa de las riquezas básicas del país, la elaboración de un plan estratégico de desarrollo y el fortalecimiento de las fuerzas armadas no solo para impedir una agresión externa sino también para garantizar el poder relativo del país frente a los otros países del continente.

En la lógica interna del pensamiento militar, que acabamos de exponer (la cual se puede encontrar en varios documentos en forma más o menos completa), se pueden notar varios elementos que es necesario señalar.

- › De un lado, los militares ven el mundo desde una perspectiva elitista o tecnocrática: o sea, pretenden despolitizar los problemas y darles soluciones técnicas y, en consecuencia, son contrarios a la movilización popular que consideran demagógica y presa posible de una penetración comunista. De otro lado, en contradicción con lo anterior, aspiran a las llamadas reformas estructurales, para cuya realización es necesario contar con el apoyo del movimiento popular.
- › La segunda contradicción es entre sus sentimientos e ítems programáticos nacionalistas y su lealtad al “Hemisferio Occidental, Cristiano y Democrático”, cuyo centro es Estados Unidos. Esta lealtad no es solo política y militar. Es también económica. El capital extranjero es siempre bienvenido y su ingreso es estimulado por todos los “nacionalistas” militares. Se trata únicamente de restringir sus “excesos”. Sin embargo, la relevancia que los militares dan al capitalismo de Estado no es aceptada por los monopolios internacionales que operan en el interior de estas economías. Tampoco son aceptadas por estos monopolios las intenciones de organizar un ejército convencional de defensa nacional que entra en choque con los objetivos de la política externa norteamericana. Esta

no pretende fortalecer ejércitos nacionales, sino únicamente ejércitos para la lucha antiguerrillera. Esto es porque un ejército nacional convencional podría representar un problema militar a largo plazo. Por otra parte, a la industria militar norteamericana no le interesaría vender los armamentos pesados que necesitaría tal ejército, sino más bien aquellos de producción tradicional para los cuales no encuentra mercado.¹⁰⁵

Estas contradicciones dieron origen a varios conflictos entre los gobiernos militares y Estados Unidos y a la creación de sectores “nacionalistas” radicales en su seno que presionaron para la adopción de medidas conflictivas. Presionados entre una oposición popular creciente (particularmente en el caso de los países donde estos gobiernos se instalaron contra un movimiento popular en ascenso), sus conflictos con Estados Unidos y sus divisiones internas, estos gobiernos evidencian su carácter de transición.

La estrategia de desarrollo que corresponde a los intereses hegemónicos de la burocracia militar es, sin embargo, extremadamente contradictoria.

Para tener una posición hegemónica, los militares no cuestionan la situación global de dependencia. Al contrario, la estimulan buscando acrecentar la penetración del capital extranjero en los sectores más dinámicos de la economía y acentuando su identificación ideológica con el mundo libre. Sin embargo, la concepción de una hegemonía militar obliga, al mismo tiempo, a tratar de someter esta penetración del capital extranjero al control del Estado, estableciendo áreas prioritarias de inversiones, según el criterio del fortalecimiento del “poder nacional” que ellos pretenden representar de manera muy idealista. El fundamento material de esta pretensión es la consideración del rol decisivo que el poder militar desempeña en el mantenimiento del orden interno.

105. “El principal problema para asegurar la seguridad interna es que las fuerzas armadas latinoamericanas han estado aparentemente reacias a aceptar la redefinición de Washington sobre su función militar, revelando poca disposición a poner un énfasis fundamental en el cambio de defensa externa a seguridad interna. Los militares desean tanques modernos, la fuerza aérea desea mejores aviones a reacción y los marinos desean buques de guerra modernos”. Edwin Lieuwen (1960: 28). Para mayor comodidad de los lectores se hizo la traducción del texto original en estas y otras citas.

Intentan, al mismo tiempo, fortalecerse como un grupo frente a la empresa monopólica y exigen la modernización de las fuerzas armadas y su transformación en un fuerte poder económico y político.

Desde el punto de vista del capital internacional, este modelo de desarrollo es muy conflictivo pues, a pesar de aceptar el cuadro general de la dependencia y ofrecerle excelentes posibilidades de inversión, le restringe excesivamente su poder de maniobrar y cobra un precio muy elevado por la tarea política de relativo “mantenimiento del orden interno”. El capital internacional, al enfrentarse con esas crecientes pretensiones hegemónicas de los militares (que se presentan con mayor o menor énfasis según la importancia del componente nacionalista en su interior), busca resolver esta contradicción. Por lo menos al nivel de aspiraciones generales, el capital internacional prefiere la tranquilidad que le pudiera ofrecer un gobierno fuerte moderado, pero sin las pretensiones de hegemonía de un grupo social de tanto peso. Mucho menos ve como perspectiva saludable las pretensiones nacionalistas de ciertos sectores militares que pueden, y de hecho hoy día ya lo hacen, llevar a tensiones políticas muy graves.

La estrategia del desarrollo dependiente con hegemonía de un grupo militar que ocuparía el rol de negociador con el capital internacional es pues, desde el punto de vista del poder nacional, muy conflictiva. Lo es tanto por su acentuación del rol de la nación en el actual sistema de poder mundial como por la importancia que da al Estado en el proceso de desarrollo, así como por el esquema excesivamente cerrado de poder que crea.

Hay, de todos modos, un problema político que da mayor fuerza a los grupos militares. Habiendo basado su estrategia de los años sesenta en el fortalecimiento de una élite militar modernizadora, en sustitución de los decadentes políticos populistas o los políticos de cualquier tipo, el capital extranjero se ve ahora políticamente dependiente de este sector. Lanzarse a una política de división interna de esas fuerzas debilitaría la principal base de sustentación política del régimen capitalista, en esos países, en un momento crucial.¹⁰⁶ Mientras no surja otra alternativa po-

106. Es preciso destacar que algunos sectores que orientan la política norteamericana son francamente

lítica para el gran capital, no le queda otra posibilidad que la de intentar “convencer” a los militares de las desventajas de la excesiva participación estatal y del fortalecimiento nacional.

5. El movimiento popular

Para comprender la dirección de los cambios que están ocurriendo en el seno de los movimientos populares latinoamericanos, es necesario insertarlos en el cuadro del fracaso del populismo, como esquema político, y del desarrollo “nacional autónomo”, como esquema económico-social.

La crisis de estos esquemas provocó una crisis en el movimiento popular que fue más profunda en los países donde este era más dependiente de la dirección populista. El proceso de superación de esa crisis pasó primero por una difusión (que se da paralelamente a un proceso similar a nivel internacional) de las fuerzas que componen este movimiento. Sin embargo, sabemos que, históricamente, a los períodos de disgregación a consecuencia de la decadencia de una forma política anacrónica, siguen períodos de reagrupación en base a nuevas orientaciones ideológicas generadas en el momento de dispersión. Si así es, esta disgregación debilita realmente en un primer momento este movimiento, pero crea las bases de una nueva ofensiva del movimiento popular de carácter completamente distinto. Se puede prever que, al romper el control populista, se establecerán los fundamentos de un nuevo movimiento popular, más independiente, posiblemente orientado por una ideología revolucionaria.

La previsión sobre el carácter de la orientación ideológica del movimiento popular, se apoya en la constatación de la imposibilidad de

favorables a los gobiernos militares, con todos los riesgos que puedan tener. Thomas M. Millington cree que los golpes militares son muchas veces un recurso para restablecer la jerarquía dentro de las fuerzas armadas. “Es, sin embargo, deseable cambiar la democracia política por un gobierno militar, el cual representa mayor eficiencia y menor política en la administración pública, así como la habilidad para tomar medidas políticamente impopulares (por ejemplo, congelamiento de salarios y control de huelgas), las cuales pueden crear un ambiente estable para las inversiones de la clase media”. Este comentario es muy significativo: “La usual insistencia de Washington de que los gobiernos militares llamen a elecciones, basada en el supuesto no crítico de que los gobiernos militares *ipso facto* son indeseables, juega a favor de los militaristas a excusas de los profesionales”. Ver “The Latin American Military Elite” (1969: 354-364).

continuar el camino del “desarrollo económico” y la consecuente necesidad de romper los compromisos entre las fuerzas sociales que dirigieron esta alternativa. Vimos como la dominación de la gran empresa internacional sobre el sector industrial destruyó la correlación de fuerzas que existía en los años treinta, cuarenta y cincuenta. Esta ruptura llevó a las clases dominantes a una política de centralización del poder y de restricción a la participación popular. Ello conducía al fortalecimiento de la burocracia técnica (gobiernos apoyados en comisiones técnicas, asesores, grupos ejecutivos, etcétera) y de la burocracia militar (formación de gobiernos militares institucionales). La esperanza de mantener el control de la situación política advenía de la tesis de que era posible un gobierno de “élite” que incorporarse a las élites políticas, económicas, militares, técnicas y sindicales en una política de “desarrollo” y “modernización”.

Es preciso comprender el carácter de esa política de desarrollo y modernización para entender la naturaleza de la oposición que el movimiento popular le hace. La frustración del “desarrollo nacional autónomo” dio lugar a la sustitución progresiva de este concepto por el de “modernización” y “desarrollo” despojado de todo tipo de calificativos, en el pensamiento social latinoamericano. Como veremos, la esencia de este concepto es ocultar los cambios cualitativos que un proceso de desarrollo real implica. Lo que se pretende es continuar el crecimiento económico –estagnado en los años sesenta en gran parte de los países latinoamericanos– en los moldes dependientes en que se realiza. El desarrollo nacional autónomo era la alternativa presentada por los sectores de la burguesía industrial y de la pequeña burguesía, pero mostró su impotencia en estos años. Desde el punto de vista político más general, el movimiento popular se ve, en un primer momento, ante la alternativa de continuar un camino ya fracasado, intentando empujar a los antiguos liderazgos hacia posiciones consecuentes o, por otro lado, abrir un nuevo camino político a través de una alternativa socialista, solución esta a la que va llegando progresivamente.

Es pues, de esta manera que el movimiento popular latinoamericano, que estuvo años bajo un liderazgo populista-desarrollista (burguesía industrial y pequeña burguesía), se ve en la orfandad política y tiene que reorganizarse con sus propias fuerzas, tiene que reelaborarse

organizativa, política, ideológica y estratégicamente. Este proceso de reelaboración sigue una dirección general en el sentido de una radicalización política, tanto en lo que respecta al objetivo (que se orienta desde la lucha por una sociedad nacional independiente hacia la instalación de una sociedad socialista) como en lo que respecta a los métodos de lucha (que evolucionan de una táctica electoral o de presión sobre un gobierno populista hacia un movimiento de enfrentamiento directo con los gobiernos dictatoriales, en muchos casos clandestino y armado). En el proceso de esa evolución se constituyeron nuevas corrientes políticas que acumularon, en los últimos diez años, una nueva experiencia en América Latina en el campo de la insurrección popular. Vara los efectos de este trabajo, nos cabe solamente caracterizar, en forma general, la evolución de este movimiento.¹⁰⁷

La principal base con que, en un primer momento, contó el movimiento insurreccional, fue la de los sectores radicalizados venidos al nacionalismo. Estos sectores, influidos particularmente por la Revolución Cubana y frente a la crisis de la alternativa del desarrollo nacionalista autónomo, se encaminaron en el sentido de un “nacionalismo revolucionario”. En él se mantuvieron los objetivos anteriores (obviamente radicalizándolos en el sentido de un desarrollo basado en reformas radicales y con una mayor participación estatal en la dirección hacia el socialismo), agregándoles nuevas y más radicales formas de lucha. Particularmente, se trataba de lanzar una lucha armada, teniendo como base un foco guerrillero que se transformaría rápidamente en un ejército revolucionario. El ejemplo más vivo de este primer momento de la estrategia del foco es la insurrección venezolana. Su objetivo era la constitución de un gobierno “nacionalista y democrático”; sus métodos de lucha estaban basados en la ofensiva guerrillera rural y urbana para la toma del poder. Posteriormente, el “foquismo” se va a ir depurando como pensamiento estratégico hasta alcanzar su forma más sistemática en el libro

107. En el trabajo de Vania Bambirra, *Diez años de experiencia insurreccional en América Latina*, se hace un análisis bastante profundo de este período. La bibliografía sobre el período comprendido se encuentra dispersa en un conjunto muy grande de revistas y publicaciones. Las más importantes son las siguientes: *Punto Final*, Santiago de Chile; *Monthly Review*, *Selecciones en Castellano*, Buenos Aires y después Santiago; *Tricontinental*, La Habana; Arauco, Santiago; *Marcha*, Montevideo.

de Régis Debray y en la experiencia boliviana del Che Guevara.¹⁰⁸ La experiencia venezolana fue nuevamente la que sirvió de punto de partida. Manteniendo la misma concepción de una insurrección¹⁰⁹ basada en un núcleo armado que se irradia a través del país (la mano cerrada que se abre en varias direcciones), Debray critica las anteriores formas eclécticas de lucha (la autodefensa, la propaganda armada, etcétera), para reiterar la pureza estratégica del foco, centrada en la cuestión de que la dirección de la lucha debe estar localizada en el foco. Se trata también de extender su base inicial: su objetivo debía ser socialista, su dimensión continental, su estrategia a largo plazo. Pero el objetivo socialista inmediato entraba en contradicción con el carácter elitista de la concepción del foco, basado en un grupo de militantes actuando independientemente de las masas para despertarlas; la dimensión continental entraba en contradicción con la estrechez de su base de operación (particularmente con la insistencia de irse a las regiones despobladas); y su carácter a largo plazo entraba en contradicción con el sentido limitado de su organización, que la hacía incapaz de desarrollar una táctica de lucha a largo plazo.

De este modo, podemos ver en la experiencia boliviana y en la teorización que de ella hacía Debray, una etapa de transición entre el “foquismo” y una nueva estrategia insurreccional que comienza a madurar en el movimiento popular bajo el título general de “guerra popular

108. Los textos del Che Guevara sobre la elaboración inicial de la teoría del foco; véase *La guerra de guerrillas, Pasajes de la guerra revolucionaria y Guerra de guerrillas, un método*. Los textos de Régis Debray son: “América Latina, algunos problemas de estrategia revolucionaria”, “El castrismo: la larga marcha de América Latina” y “Revolución en la Revolución?”. Posteriormente Debray hizo una autocrítica en *La crítica de las armas*, Siglo XXI, México. La discusión de las tesis de Debray, que tuvieron repercusión latinoamericana, comienza con el artículo de Henri Edme: “¿Revolución en América Latina?”, publicado en el N° 3 de los *Cuadernos de Marcha*. En la discusión de la experiencia peruana se cuestionó la teoría “foquista” en los artículos de Silvestre Condoruna (1966), y de Santiago y Américo Pumaruna (1966). *Monthly Review* publicó un amplio debate sobre ¿Revolución en la Revolución? en varios números de la revista, más tarde reunidos en un libro: *Debray y la revolución latinoamericana* (1969). *Punto Final* publicó también una amplia discusión sobre el tema. Un balance de la experiencia insurreccional en algunos países latinoamericanos fue hecho también por James Petras: “Revolution and Guerrilla Movements in Latin America: Venezuela, Colombia, Guatemala and Peru”, en *Latin America: Reform or Revolution*. El *International Socialist Journal* dedicó su número 21 al tema, Roma, junio de 1967.

109. Los documentos de autocrítica, realizados posteriormente en la fase de la “paz armada”, insisten bastante en esta percepción estratégica, nunca explicitada de forma muy clara. Véase los documentos de Pompeo Marqués y Teodoro Petkoff sobre la revolución venezolana.

continental”. Esa estrategia no encuentra aún su teoría, mas ya se vislumbraba en la práctica de distintos movimientos hoy día casi desaparecidos, principalmente los Tupamaros en Uruguay y la Vanguardia Armada Revolucionaria (VAR-Palmares) y la Alianza Nacional Libertadora (de Carlos Marighella) en Brasil. Posteriormente el Ejército Revolucionario Popular de Argentina desarrolló esta concepción estratégica, sin romper totalmente con el “foquismo”.

La alianza del MIR chileno, el ERP, el ELN boliviano y los Tupamaros de Uruguay, sellada en 1974, muestra que esa concepción estratégica maduró aún más y se hizo más orgánica. Pero los movimientos en que se apoya están, en 1976, muy golpeados. Se trata de la acción armada, en un principio generalmente urbana, cuyo objetivo es encontrar una ligazón con el movimiento popular en una lucha a largo plazo por el poder. Sin embargo, sus teóricos continúan viéndose a sí mismos dentro de la teoría del foco de Debray al considerar su acción como una preparación del foco insurreccional”. Marcelo de Andrade considera que la Vanguardia Popular Revolucionaria estaría “superando” a Debray y no “negándolo”.

En realidad, no hay aún una teorización consecuente de esta forma de lucha armada, debido a su carácter aún embrionario. Se trata de saber hasta qué punto es una prolongación de la fase guerrillera anterior, o bien la apertura de una nueva fase. Hay una continuidad en el aspecto de abrir la lucha armada independientemente de una insurrección popular. Hasta la revolución china, se concebía la lucha armada como forma de organización y sistematización de una insurrección popular. En la revolución china y vietnamita los grupos armados, dirigidos por un partido comunista, pasaron a tener el papel de organizar a largo plazo la lucha armada. Nuevamente, en las revoluciones argelina y africanas de liberación nacional, la resistencia clandestina dirigió un largo proceso de lucha armada. En la Revolución Cubana, el grupo guerrillero ejerce un papel aún más determinante en la fase final del proceso revolucionario. Esta nueva realidad militar fue intuida por el Che Guevara en su concepto de que el foco puede crear las condiciones para la revolución. No obstante, el Che Guevara y posteriormente Debray van a restringir esta intuición al esquema rígido del foco guerrillero.

¿Cómo apreciar correctamente el problema? En la fase de la Guerra Fría en que los bloques socialista y capitalista pueden llegar a un equilibrio de fuerzas a nivel mundial, impidiendo la realización de una guerra regular, se crean las condiciones para el surgimiento de guerras locales que pueden organizar paulatinamente una insurrección popular. En esas condiciones, las organizaciones políticas de vanguardia no pueden seguir viviendo en la expectativa de una situación insurreccional; pero pueden transformarse en una organización político-militar permanente que organice, a largo plazo, un movimiento insurreccional. El conjunto de esas acciones armadas (que asumen, de acuerdo a características regionales, las más diversas formas) forma lo que se viene llamando la “guerra popular”. El concepto de guerra popular elimina la tesis del “foco”, elimina la contradicción foco-partido, la contradicción campo-ciudad, todas ellas alternativas artificiales creadas por la apreciación unilateral de la experiencia de la Revolución Cubana. Por lo tanto, la nueva experiencia de lucha armada que se abre en este momento, representa una continuidad con el anterior movimiento armado y político, una sistematización y autocrítica de esa experiencia y, al mismo tiempo, una ruptura con algunas concepciones estratégicas limitadas que la orientaban. Todo parece indicar que se abre una nueva fase insurreccional en América Latina y que cabe a los científicos sociales y políticos estudiarla con atención, espíritu crítico e imaginación creadora.

Los caminos que constituyen esta nueva estrategia pasan por una nueva práctica político-militar, nuevas formas de organización y nuevas formas de teorización.

La nueva práctica se manifiesta en tres tipos de acciones políticas, que no aparecen sin embargo articuladas entre sí:

- a) Las acciones de terrorismo, sabotaje y propaganda política-armada en las ciudades.
- b) Las acciones de lucha de masas urbanas, de estudiantes, obreros y sectores amplios de población que asumen un carácter seminsurreccional.
- c) El resurgimiento de huelgas generales, pero ahora dirigidas por sectores obreros sin alianzas con los sectores populistas, como en el pasado.

a) Las acciones de terrorismo, sabotaje y propaganda política-armada fueron cobrando auge en Brasil y Uruguay, como actividad más o menos permanente. Alcanzaron su plenitud con el secuestro del embajador norteamericano en Brasil, que fue el golpe mejor articulado de todos. Durante la gira de Nelson Rockefeller a América Latina, estas acciones aparecieron en otros países de una manera inesperada; la más extensa fue la realizada en Argentina, donde se dinamitó una cadena de supermercados. Enseguida Argentina se convirtió en un fuerte centro de acciones de este tipo. Por esta época los grupos armados más importantes formaban parte del peronismo y se articulaban con una estrategia política más amplia que llevó a la vuelta de Perón. Estando Cámpora y después Perón en el gobierno, prosiguieron las acciones armadas de los grupos no peronistas y las demostraciones de fuerza mutua entre la derecha y la izquierda peronista que estallaron en el incidente de Ezeiza cuando volvía Perón a Argentina. El enfrentamiento continuó hasta la muerte de Perón, cuando el grupo del ministro de Bienestar y secretario de la presidenta Isabel Perón se posesionó del poder y armó un sistema de represión derechista cuya punta de lanza son las AAA.

El golpe militar de 1976 continuó este modelo represivo.

La experiencia argentina se junta a la uruguaya. En este país, los Tupamaros, grupo originalmente clandestino cuyas acciones armadas tenían gran simpatía popular, se vincularon al proceso electoral en el seno del Frente Amplio. Terminadas las elecciones el Frente Amplio buscó conformar una unidad de acción con el otro candidato derrotado Wilson Adunate, cuyas bases empezaban a radicalizarse, y establecer así un aislamiento de Bordaberry, el presidente elegido. Los tupamaros resolvieron iniciar una gran ofensiva para impedir esta alianza que les parecía reformista. En su escalada atacaron a las fuerzas armadas, que habían conservado cierta neutralidad frente a sus acciones de propaganda. En consecuencia los militares pasaron a la contraofensiva y llegaron a la extinción física de gran parte de los líderes del movimiento, provocando su retraimiento por un período que ya dura 3 años.

Todo esto revela que los grupos armados latinoamericanos continuaron su tendencia a aislar la lucha militar de la política o a concebir esta última de manera muy sectaria y estrecha. Pero la historia se hace de

grandes errores. Lenin reconocía por ejemplo su herencia de los *naródniki* rusos (sobre todo en materia de organización conspirativa) a pesar de ser un acerbo crítico del terrorismo y de sus concepciones programáticas. La historia de las revoluciones está llena de este tipo de situaciones: en general, las primeras formas de impugnación de un régimen en decadencia vienen desde el propio interior del mismo y asumen una forma elitista y vanguardista. Si miramos las cosas en esta perspectiva histórica, esos movimientos no son simplemente una manifestación aislada de una inquietud juvenil de sectores pequeñoburgueses radicalizados, sino una primera manifestación de tendencias sociales mucho más profundas que deberán asumir formas proletarias y más orgánicas en el futuro. La rebelión se deberá hacer más ancha y más profunda, cambiando sus formas de lucha en la medida en que cambia la base social que la sostiene.

Y la dimensión de esta inquietud más ancha se puede sentir en las explosiones inorgánicas de masas que en Brasil, México, Colombia, etcétera, se han manifestado casi todos los años. La tarea del teórico revolucionario no es pues la de criticar simplemente las posiciones doctrinarias sino también la de encontrar las tendencias que se manifiestan en el proceso real y describir las lo más sistemáticamente posible.

b) Desde el punto de vista organizativo, hay varios aspectos que destacar. Por una parte, surgió un nuevo tipo de organización político-militar, cuyas expresiones más avanzadas (por lo menos de los que se dieron a conocer públicamente) eran los Tupamaros en Uruguay y la desaparecida Vanguardia Armada Revolucionaria-Palmares y la debilitada Alianza Nacional Libertadora en Brasil. Sus concepciones estaban en general ligadas a la lucha por el socialismo, dentro de un marco estratégico que combinaba formas de lucha armada y política a través de una organización político-militar que unificaría el conjunto de la guerra popular.

Al lado de esas organizaciones, se formaron a fines de la década del sesenta nuevas disidencias de los antiguos partidos comunistas que aparecieron en varios países con formas propias. Otra vez Brasil fue un buen ejemplo. El Partido Comunista Brasileño se dividió en varias facciones que constituyeron: la Alianza Nacional Libertadora

ya mencionada; el Partido Comunista Brasileño Revolucionario; el Ala Roja, de tendencia moísta pero sin el reconocimiento oficial del Partido Comunista Chino; una disidencia se fue al antiguo Partido Comunista de Brasil, de tendencia pro china, oficialmente reconocido por el PCCH; otra se unió a la dirección de la ORM Política Operaria (que había sufrido una gran escisión que dio origen a la Vanguardia Popular Revolucionaria y a COLINA, que al final se unieron en la Vanguardia Armada Revolucionaria-Palmares). En Argentina, de una fuerte escisión del Partido Comunista surgió el Partido Comunista Revolucionario, que llevó consigo a casi toda la Juventud Comunista y que tuvo un papel destacado en los acontecimientos de Rosario y Córdoba en 1969. En seguida el PCR se hizo “maoísta”. El hecho más nuevo en esas organizaciones es que gran parte de ellas no se inscribe en una corriente internacional, reservándose el derecho a la independencia frente a los partidos comunistas de mayor prestigio mundial, presentando una concepción nueva del internacionalismo proletario y volcándose hacia un análisis propio de la realidad latinoamericana. Todas son escisiones de izquierda que se alinean con el movimiento de radicalización política general.

Esas nuevas formas de organización pasan, pues, a engrosar cuatro tipos de organización que continúan predominando en el escenario político radical latinoamericano:

1) Las escisiones de los movimientos nacionalistas y populistas que dieron origen a movimientos nacionalistas revolucionarios como los numerosos Movimientos de Izquierda Revolucionaria, de Venezuela, de Perú, al MR-13 guatemalteco, al neoperonismo en Argentina, al brizolismo en Brasil, etcétera.

2) Los partidos comunistas que habrían adoptado la línea de la lucha armada, como el venezolano, el guatemalteco y el colombiano que, sin embargo, hoy están abandonando dicha línea.

3) Las escisiones pro-chinas oficiales que solo ganaron expresión en Perú, donde dominaron por mucho tiempo el movimiento estudiantil, en Colombia, donde formaron una unidad guerrillera y en Bolivia, donde mantienen su organización partidaria. Y por último,

4) las organizaciones “marxistas revolucionarias” que buscaban ofrecer una concepción revolucionaria independiente, dedicándose a

la formación de cuadros y a la propaganda de la lucha insurreccional y socialista como la ORM Política Operaria en Brasil, el MIR (“Praxis”) en Argentina, el MIR chileno, Vanguardia Revolucionaria en Perú, y otras.

Para caracterizar este conjunto de movimientos aparentemente inconexos, existe el concepto de izquierda radical o revolucionaria, el cual precisa mejor su posición de divergencia respecto de los partidos comunistas de línea prosoviética. En segundo lugar, está la divergencia entre las tendencias nítidamente “foquistas” y las tendencias favorables a la Revolución Cubana, pero que no aceptan la estrategia “foquista” y, además, los grupos prochinos que consideran que la Revolución Cubana sigue un camino revisionista. Habría que hacer alguna referencia a los grupos trotskistas, cuya sección latinoamericana ataca el “revisionismo” cubano; pero que nunca llegó a ser expresiva, salvo cuando en un momento determinado dominó ideológicamente a la guerrilla del MR-13 en Guatemala y el ERP argentino sin identificarse completamente con esas organizaciones.

En la década del setenta, el espectro político de la izquierda latinoamericana se hizo más complejo. El triunfo de la Unidad Popular en Chile cambió muchos criterios. De un lado, demostró el valor de la lucha legal para alcanzar importantes niveles de concientización y organización revolucionaria de las masas. Por otro mostró una tendencia de los partidos comunistas a abandonar la línea jruschovista de los frentes nacionalistas democráticos para sustituirlos por la consigna “socialismo y democracia”, y mostró también las posibilidades históricas de un partido marxista de masas que aplique la línea de un frente de trabajadores e interprete revolucionariamente el uso de la lucha legal, como el Partido Socialista de Chile.

Pese a la acusación de “centrismo revolucionario” desde la izquierda (más propiamente, del MIR chileno), este partido asumió un papel definitivo en la historia revolucionaria de Chile y de América Latina, al mantener una posición de crítica a cualquier abandono de la línea socialista de la revolución chilena. En Venezuela, el surgimiento del MEP nos mostraba, por primera vez, una escisión del populismo (en este caso Acción Democrática) de base esencialmente obrera que evoluciona hoy hacia una posición socialista. En Argentina, los Montoneros y la Juventud Peronista terminan convergiendo sus

fuerzas para apoyar un Partido de los Descamisados que reúne a la izquierda peronista rompiendo el carácter pluriclasista del peronismo. En muchas otras partes empieza a surgir este importante fenómeno nuevo en la historia latinoamericana: las escisiones del populismo ya no son solamente de jóvenes pequeñoburgueses, sino que empieza a surgir un proletariado socialista y revolucionario. A pesar de no aceptar toda la concepción de los partidos comunistas, estas escisiones se aproximan a esos partidos al reconocer su fondo común obrero, en búsqueda de un frente de clases trabajadoras para el cual los partidos comunistas se ven cada vez más propensos en escala internacional.

Vemos por lo tanto que el proceso de radicalización en curso desde la década del sesenta va asumiendo nuevas formas, quizás no definitivas aún, las cuales van acumulando experiencias correctas y sobre todo equivocadas para ir formando un fondo histórico común estratégico y táctico. Los grandes movimientos de masas se forman de esta manera y no según un esquema teórico y doctrinario rígido o una fórmula orgánica de evolución lineal.

Pero no es el objetivo de este trabajo estudiar tan en detalle las organizaciones de izquierda latinoamericanas. Solo nos cabe hacer resaltar la tendencia general de radicalización política que expresan todas ellas, señalando un proceso de constitución de la nueva alternativa de izquierda dentro del movimiento popular latinoamericano. El proceso de su discusión y el decantamiento de sus experiencias prácticas conducirán obviamente a una nueva síntesis que no pretendemos discutir por ahora.

De la discusión que hemos realizado, parece que las características generales de esta síntesis serán: 1) la adopción de objetivos socialistas inmediatos; 2) la adopción de luchas de masa diversificadas que incluyen posibles acciones armadas no como un valor en sí, sino como parte de una estrategia global de toma del poder, según las condiciones específicas; 3) la adopción de una perspectiva continental de lucha; 4) la visión de un proceso de lucha a largo plazo. Creemos que la aceptación de que esta síntesis se orienta en este sentido general es suficiente para que comprendamos el papel que estas fuerzas desempeñarán en la evolución

política próxima en América Latina y en el estudio de las alternativas de cambio que haremos posteriormente.¹¹⁰

c) Un análisis más riguroso de los nuevos estilos de huelga obrera que aparecieron en América Latina en los últimos años no puede aún ser realizado por la ausencia de estudios más detallados sobre los mismos. Queremos indicar cuatro ejemplos, que nos parecen significativos, del cambio de estilo de lucha sindical.

Las huelgas de Rosario, Córdoba y Buenos Aires en junio de 1969 desafiaron las presiones de una dictadura y de una dirección sindical muy organizada y ganaron dimensiones inesperadas, con la formación de barricadas, la aparición de francotiradores y la extensión al conjunto de las ciudades afectadas. Desarrollando este mismo estilo, cabe señalar la nueva huelga general, realizada en septiembre de 1975 en Argentina, que ya manifiesta un carácter menos espontáneo y más orgánico, y la huelga de los metalúrgicos en Argentina que se realiza en marzo de 1975. La huelga bancaria en Uruguay enfrentó por más de un mes un decreto de movilización militar, y en 1973 se desató la huelga general en protesta por el golpe militar. Las huelgas de Osorno y de la ciudad industrial de Minas Gerais, en Brasil, en 1968, desafiaron a la dictadura con toma de fábricas; los obreros fueron desalojados por las fuerzas armadas. La huelga general de los mineros bolivianos en 1975 fue precedida un año antes por las primeras huelgas de obreros manufactureros en Bolivia. Lo que hay de nuevo en estos movimientos

110. En su crítica a una versión anterior de este trabajo, Ayrton Fausto (1971) considera que falta una determinación más concreta de las distintas posiciones de clase que se reflejan en el concepto de "movimiento popular" que él tanto aborrece. En este caso, podríamos encontrar la existencia de contradicciones antagónicas entre estas fuerzas. Tenemos que aceptar la crítica de Ayrton en el sentido de que sería necesario precisar más claramente la fuente de clase de tales diferencias. En esta versión damos algunos pasos en este sentido. Pero rechazamos una visión sectaria que pretende que algún grupo o corriente de los grupúsculos de intelectuales pequeñoburgueses represente esta visión proletaria. Creemos que lo que llamamos "movimiento popular" es una representación correcta de un conjunto de fuerzas antiimperialistas, democráticas y "socializantes" que *agita* en las calles, en instituciones, en los parlamentos, en la empresa y en muchos grupos insurreccionales ideas más o menos coherentes. Es evidente que dentro de estos grupos no solo hay posiciones divergentes sino que estas reflejan distintos intereses de clase y además son irreconciliables entre sí. Lo que pasa es que una concepción estratégica coherente de conjunto solo se constituye en la medida en que el movimiento mismo se va irguiendo, depurando los sectores pequeño-burgueses y estableciendo una hegemonía obrera: factor determinante del desarrollo socialista de la revolución latinoamericana.

es, primeramente, su carácter aparentemente espontáneo; en segundo lugar, su radicalidad y, en tercer lugar, su total independencia de liderazgos populistas. Todo esto, dependiendo de un análisis más profundo, revela el surgimiento de un nuevo tipo de movimiento de masas. Su interés se hace aún más amplio cuando se relacionan estos movimientos nítidamente obreros con otras manifestaciones de masas más amplias como el movimiento estudiantil y popular de México en septiembre de 1968 y los desfiles estudiantiles brasileños de 1967 a 1968. Las tesis de integración del movimiento obrero en los sectores privilegiados de las sociedades subdesarrolladas, las tesis sobre la pasividad de los movimientos de masas, de su carácter apático, sometidas al control populista y a las movilizaciones orientadas “desde arriba”, se ven negadas por estas nuevas formas de acción de masas y exigen una redefinición de los análisis que predominaron en las ciencias sociales latinoamericanas hasta fechas muy recientes.¹¹¹

El vacío ideológico de los gobiernos de transición. Es conveniente que hagamos una recapitulación de lo que hemos discutido hasta el momento para no perder el hilo del raciocinio. Partimos de la constatación de una crisis del modelo de desarrollo nacional independiente.

Luego, como consecuencia de esta crisis, se destacó la superación del sistema de ideas y fuerzas sociales que la representaba: el fracaso de las burguesías nacionales, del movimiento populista, de la teoría desarrollista. De ahí se pasó al análisis de las nuevas fuerzas que emergen de este proceso: la gran empresa transnacional, el capitalismo de Estado, con un énfasis particular en la burocracia militar, y el movimiento popular radical e independiente del control populista. Al analizar todas estas fuerzas vimos el carácter de redefinición interna en que se encuentran.

111. En el citado trabajo de Vania Bambirra se desarrolla con detalles; la tesis de que hubo una ofensiva del sistema capitalista mundial en los años que van de 1962 a 1966, y que esta ofensiva se estaría terminando con una crisis general del sistema que abre paso a una ofensiva del movimiento revolucionario mundial que estaría en su comienzo. También en nuestros trabajos anteriores desarrollamos la tesis de que el carácter del movimiento obrero latinoamericano, desde los años treinta, estaba determinado por su inscripción dentro del proceso de expansión del capitalismo mundial y dependiente en particular y su dominación ideológica y organizativa por el nacionalismo burgués. Esta fase entraría en crisis a partir de 1960 y abriría el campo para una nueva forma del movimiento popular en América Latina. Véase especialmente: *El nuevo carácter de la dependencia* (1968).

En las páginas siguientes queremos analizar las alternativas de cambio social a largo plazo que se desprenden de esta situación. Este análisis deberá ser más abstracto, buscando comprender las dimensiones internacionales del sistema capitalista mundial y cómo se inserta en él América Latina.

No obstante, antes de pasar a esta parte, debemos señalar las características generales de la fase actual, de cuya resolución depende el destino de las alternativas posibles a largo plazo.

De una manera general, podemos caracterizar esta fase como de transición. Esta transición se manifiesta bajo la forma de una crisis generalizada de todos los niveles de la vida social: económico, social, político y cultural. En un período de transición, como el actual, en que las alternativas están abiertas y, más aún, se están constituyendo, se conoce una variada gama de formas de aventurerismo, de audacia extrañamente exitosa, de esquemas imprevisibles, de las alianzas más espurias. De ahí nace la dificultad de muchos científicos sociales cuando intentan comprender este presente.

Nuestra hipótesis básica es que esta transición se irá depurando en el enfrentamiento final entre el capital monopólico internacional y el movimiento popular. Con todo, este enfrentamiento aún no está claro (excepto en la situación paradigmática de Chile al fin del derrocado gobierno de la Unidad Popular) y las fuerzas en pugna no se identifican todavía como enemigos radicales.

El capitalismo de Estado es, por ahora, la fuerza beneficiaria de esa indefinición. Bajo la forma tecnocrática, sea civil o militar, amortigua los golpes, busca conciliar los intereses en pugna y busca fortalecer su posición dentro del nuevo sistema de fuerzas que se produzca. Esta autonomía relativa que en la actualidad disfruta el capitalismo de Estado, le da aparentemente una fuerza muy superior a la que realmente tiene. Así, ayuda a mantenerse en el poder por un tiempo más o menos largo a sectores que actúan aprovechándose de esta brecha histórica y explica la audacia que ellos adquieren algunas veces frente al capital internacional y los gobiernos que representan. En estas coyunturas de transición, es esencial entender esta realidad para comprender las situaciones tan inesperadas que se producen y

que a veces cristalizan por un período largo, ocultando la verdadera dimensión de los acontecimientos.

XIV. La nueva dependencia y las alternativas de cambio

De lo discutido hasta el momento, se desprende que los nuevos modelos de desarrollo económico en América Latina deben partir de la aceptación de que el desarrollo capitalista nacional y autónomo es una fase pasada de nuestra historia, una alternativa que se pierde antes de consumarse, una oportunidad coyuntural que entra en choque con las tendencias estructurales del sistema capitalista mundial.

Eliminada esta alternativa, así como las fuerzas sociales que la conducirían, las nuevas posibilidades de desarrollo son aquellas ligadas a las fuerzas sociales que emergen de este proceso histórico: la de la empresa transnacional y del sistema de relaciones internacionales que representa, la del capitalismo de Estado dentro de los marcos de este sistema internacional (pues vimos que –a pesar de su fuerza inmediata– el capitalismo de Estado, al mantener el capitalismo, tiende a convertirse como resultado final en un mero funcionario del gran capital) y, por último, la alternativa de las fuerzas populares que, como vimos, se constituyeron recientemente como fuerza independiente y como alternativa radical al sistema imperante. En resumen: las dos primeras alternativas aceptan, como marco necesario, la dependencia e intentan definir los términos generales y posibles del desarrollo en esta situación. Como oposición a ellas, el movimiento popular tiende a superar los marcos del nacionalismo y proponer el socialismo.

Analicemos cada uno de los modelos de economía y sociedad que proponen las distintas fuerzas sociales. Comencemos por la empresa transnacional.

1. La nueva división internacional del trabajo

Un examen más detenido de la economía de la posguerra nos mostraría que Estados Unidos logra establecer una hegemonía indiscutida en el sistema capitalista internacional, integrándole bajo su dominación en un solo sistema internacional. Sin embargo, más importante, en este

proceso, es el hecho de caracterizarse por una gran expansión del capital norteamericano a nivel mundial y una baja relativa de la exportación de bienes de Estados Unidos, como ya lo hemos visto.¹¹²

Esta especialización productiva aún no se da claramente, pero es una tendencia observable de la empresa multinacional que sale al exterior en busca de mano de obra más barata, nuevos mercados y nuevas fuentes de materias primas. Los enormes beneficios del capital en el exterior compensarían (y ya compensan en buena parte) la inactividad de vastos sectores de la sociedad y serían entrenados y preparados para

112. “En las dos décadas desde el fin de la segunda guerra mundial, el comercio exterior de Estados Unidos se expandió con una fuerza inigualable [...] Después de ajustar los cambios de precios que han tenido lugar desde 1946, el alza en las exportaciones se ha duplicado mientras que las importaciones han aproximadamente triplicado su valor”. Traducido en términos de sus relaciones con el sistema internacional que domina, esto significa que Estados Unidos disminuye su sector productivo en relación al sector servicios. Esto se hace posible no solo en consecuencia del excedente creciente generado por el avance de la tecnología, sino también debido a las superganancias obtenidas de la exportación de capital al exterior. Salarios más caros en el interior, tendencia a la expansión de las actividades no productivas (sobre todo para los servicios, diversiones, etcétera) y una base internacional para su realización, conforman la tendencia al parasitismo de que hablaba Lenin. La falta de estímulo al crecimiento del aparato productivo conforma, al mismo tiempo, la tendencia relativa a la estagnación. Estas tendencias, observadas por Lenin, tenían como ejemplo a Inglaterra, pero Estados Unidos parecía apartarse de ellas. No obstante, hoy, la realidad apunta en esta dirección confirmando empíricamente una tendencia que se puede encontrar en un análisis abstracto. Estados Unidos estaría viviendo cada vez más de sus utilidades y de la propiedad del sistema productivo mundial obtenida a través de la exportación de capital, generando de este modo un sector de servicios creciente en su interior. Gran parte del aparato productivo interno que él monta industria militares para mantener y expandir esa hegemonía. Esta cumple así dos funciones: a) garantizar el proceso de expansión mundial; y b) generar ingresos en el interior de la sociedad. Detengámonos con más detalle en esta situación. Al trasladar sectores productivos al exterior, Estados Unidos no solo mantiene el control financiero internacional, sino también el control de la tecnología, de la investigación científica, de la administración general (general office) y de la producción de los productos de mayor contenido técnico y valor estratégico como la industria química pesada, la electrónica pesada, la industria atómica, la investigación espacial. “En 1959, por ejemplo, el valor de las exportaciones excedió al de las importaciones por algo menos que U.S. \$800 millones, mientras que en 1947 el superávit totalizó U.S. \$ 8,7 mil millones y en 1954 U.S. \$6,9 mil millones”. “En el período estudiado, como se ha visto, ha habido programas sustanciales de asistencia económica, lo que ha hecho subir el nivel de nuestras exportaciones, por ejemplo, ayuda a Grecia y Turquía, el Plan Marshall, Ley Pública 480, programas agrícolas y programas de la Agencia para el Desarrollo Internacional”. Declaraciones de Francis L. Hall (1967). Para fortalecer nuestra tesis, tomemos el testimonio del jefe de la División de Balanza de Pagos, señor Samuel Pizer: “El creciente impacto de las inversiones de las afiliadas en el exterior se demuestra claramente por las estadísticas sobre el valor de la venta de bienes producidos en plantas del exterior. Esas estadísticas son mantenidas a la fecha sobre la base de una muestra básica de las empresas manufactureras afiliadas y muestra un extraordinario crecimiento en sus ventas de U.S. \$ 18,3 mil millones en 1957 a U.S. \$ 37,3 mil millones en 1964. Esos cuadros son mucho mayores que el total de exportaciones manufactureras de Estados Unidos, el cual era de U.S. \$ 12,7 mil millones en 1957 y U.S. \$ 16,6 mil millones en 1964”. En el mismo libro, p. 103.

profundizar la dominación en el plano militar, propagandístico, ideológico, administrativo.

Europa, Canadá y Japón fueron los grandes centros de inversión norteamericana en los años de posguerra. Mas esta expansión ya se estaría agotando.

Ahora sería el turno de los subdesarrollados, para los cuales ya se remitieron inversiones importantes en el sector industrial durante los años cincuenta. Obviemos, por ahora, todas las dificultades de canalizar a estos países una parte sustancial del excedente generado por la expansión del capitalismo monopólico norteamericano y europeo y pensemos en las consecuencias de un intensivo proceso de inversión de capital en esos países. Solamente desde la perspectiva del pleno desarrollo de este proceso podremos apreciar teóricamente las dificultades y tendencias que se observan en el presente. La investigación teórica nos ilumina la realidad empírica y nos permite comprender las verdaderas posibilidades de su desarrollo.

- a) Una nueva división internacional del trabajo sería la primera consecuencia, a nivel mundial, de esta nueva forma del sistema capitalista internacional. Las economías dependientes se especializarían en la producción de bienes manufacturados de consumo liviano, de los sectores básicos menos estratégicos y de los sectores menos complejos de la industria pesada. También se especializarían en la fabricación de productos para los cuales dispondrían de mejor calificación regional. En este sentido, es muy usado el ejemplo de Japón que, según se cree, habría utilizado su abundante mano de obra calificada para la industria electrónica especializada, generando de este modo un sector industrial avanzado, sobre el cual detenta una clara hegemonía mundial. Pese a la posible simplicidad del ejemplo, se podrían encontrar, de hecho, en el plano internacional, algunas especializaciones de ese tipo que realizarían, en las condiciones de un monopolio internacional, las aspiraciones de las teorías clásicas del costo comparado.¹¹³

113. El interés por la experiencia japonesa llevó al BID a traducir un artículo sobre el tema para la X Asamblea de Gobernadores: Hisao Hanamori, "Problemas y condiciones para el desarrollo de industrias de exportación en los marcos nacional y regional". Doc. AB-146-5; Guatemala, abril de 1969.

- b) A consecuencia de esa redistribución de las actividades económicas internacionales, se establecería, de manera cada vez más apremiante, la necesidad de formar mercados regionales a través de las integraciones, al principio comerciales y posteriormente más amplias. Para la concreción de estas aspiraciones en regiones más atrasadas, tales como América Latina, se haría necesario crear infraestructuras de transportes (como la carretera latinoamericana; el plan de los siete lagos, etcétera), comunicaciones (por satélites, etcétera), de energía eléctrica (como la utilización conjunta de la cuenca del Plata, las usinas del plan de los siete lagos, etcétera), y un sinnúmero de otras medidas destinadas a la creación de una realidad regional anteriormente balkanizada por los intereses del mismo sistema internacional.
- c) Para la realización de este proyecto,¹¹⁴ sería necesaria la constitución de una nueva “élite” en esos países, reuniendo las direcciones empresariales, sindicales, estudiantiles, campesinas, intelectuales, técnicas, profesionales y, sobre todo, militares que establecerían gobiernos de fuerte peso en el ejecutivo y de carácter tecnocrático, modernizante e internacionalista. A este tipo de gobierno se le llamaría una democracia de participación restringida; a este proceso general, modernización. La racionalización económica capitalista, la producción concentrada y monopólica, la uniformación de las decisiones, una cultura científicista y tecnocrática, el control de la información, la sublimación de las tradiciones locales conformarían, y están conformando, las bases de ese nuevo régimen social y político.

Para estas empresas, todas las barreras gubernamentales son obstáculos a su expansión. Así lo afirma el propio Klindleberg. Resumiendo los factores negativos que actúan contra las empresas transnacionales, nos dice otro patrocinador de esas empresas, Gustavo Lagos, que entre otros

114. Charles P. Klindleberg resume muy bien la visión ideológica de la empresa transnacional que reorienta hoy la propia teoría económica, como bien lo demuestra su trabajo presentado para la discusión de los aspectos internacionales del anti-trust: “Insistencia sobre la producción dentro de las fronteras nacionales realizada por nacionales puede tener sentido político pero es económicamente costoso. El crecimiento de grandes corporaciones internacionales con operaciones transnacionales posiblemente promoverá ampliamente una mayor eficiencia económica mundial, aunque ocasionalmente coadyuvará a restringir el comercio”. *International Aspects of Antitrust*, op. cit., p. 173.

existen “los obstáculos de tipo fiscal, legal o cambiario, a la circulación de capitales; los obstáculos legales y fiscales al establecimiento de personas físicas y de sociedades comerciales; y los obstáculos a la circulación de mercaderías derivados de tarifas aduaneras, de impuestos internos, etcétera”. En resumen, los Estados nacionales. “Empresas multinacionales: aspectos socioeconómicos, jurídicos e institucionales”, en *Las inversiones multinacionales en el desarrollo y la integración de América Latina* (BID: 1968).

Al delinear, aunque sea ligeramente, las formas más extremas del modelo de desarrollo dependiente monopolístico integrado, se pueden establecer las dificultades para su concreción histórica.

La concreción de una nueva división internacional del trabajo supone la realización de formidables transformaciones, no solo en las áreas dependientes, sino también en los propios centros de expansión del sistema. De una manera muy general, se podría señalar el crecimiento desproporcionado del sector terciario, de la industria militar, de la carrera espacial y los efectos internos que provocan: sea la necesidad de altos impuestos para financiarlos internamente, sea el déficit creciente de la balanza de pagos para financiar esta expansión externa, sean las formas irracionales de organización colectiva (burocratización, despersonalización, ausencia de control político sobre la sociedad, masificación cultural, rígidas estructuras de autoridad, etcétera), sea el aumento de la tasa de explotación interna (aumento de la plusvalía relativa para ampliar el excedente económico) que provoca una desproporción creciente entre el excedente generado y el consumo productivo y hasta el improductivo.¹¹⁵ Desde el punto de vista internacional, este proceso obliga a revisar los sistemas de alianzas locales, las formas de poder político y de administración, y lleva a la ruptura con tradiciones mantenidas vivas por el carácter insuficiente del desarrollo dependiente.

Su carácter expansivo entra en contradicción con los límites del mercado generado por la aplicación monopolística de la tecnología y, por otro

115. El análisis más completo del problema de las dificultades para la utilización del excedente económico está en Sweezy y Baran (1966) *El capital monopolista*.

lado, las posibilidades de desarrollo tecnológico y autosustentado, que la transferencia de sectores industriales importantes generaría en los países dependientes, encierra una contradicción profunda con el carácter progresivamente dependiente de las relaciones sociales y políticas. En la realidad, este tipo de desarrollo, pese a su carácter aparentemente progresista, no pasa de ser un modo de impedir el desarrollo de las fuerzas productivas que la humanidad podría lograr en nuestros días con el gran avance tecnológico ya alcanzado. La alternativa de una nueva división del trabajo con esas bases supone una limitación del desarrollo industrial que podrían alcanzar estos países, hoy dependientes, si pasasen a organizarse buscando nuevas formas de relaciones socioeconómicas.

Por último, este proceso de expansión, al someter a las economías locales al dominio de la empresa multinacional y al hacerlas cada vez más esenciales para el funcionamiento del centro hegemónico, genera contradicciones cada vez más agudas entre las posibilidades de desarrollo y las formas sociales existentes.

De estas observaciones muy generales se puede concluir que, en primer lugar, este nuevo modelo de desarrollo profundiza las contradicciones existentes en el sistema actual; en segundo lugar, que genera nuevas contradicciones que son cada vez más agudas; tercero, que para que se pueda realizar, provocará brechas en el sistema internacional que generarán una situación de crisis revolucionaria en su conjunto y varias coyunturas críticas en su desarrollo.

Para que entendiéramos este proceso en su conjunto, sería esencial estudiar las formas que asumiría en los países dependientes, las fuerzas que enfrentaría en su interior y las contradicciones que lo sobredeterminarían. En parte, lo veremos en los ítems siguientes.

2. La dependencia negociada

Vimos que el camino del desarrollo nacional independiente en términos capitalistas fue frustrado y que las fuerzas que lo sustentaban fueron marginadas del centro de decisión económica. Esto no significa que ciertos sectores no aspiren a conservar parte de las regalías de que disponían. No obstante, tienen que reformular su estrategia. Ya no se trata de buscar una independencia inalcanzable, sino más bien, una vez

aceptada la “dependencia externa”, trátase de intentar obtener el máximo provecho de ella para los intereses “nacionales” que creen representar. Se trata, pues, de obtener las mejores condiciones de negociación posibles. En realidad, no hay una ruptura profunda con la situación anterior. El desarrollismo, aun bajo formas más radicales de nacionalismo, nunca aspiró a romper con el centro hegemónico, sino a obtener un papel más destacado y con una independencia relativa en el sistema internacional al cual esas economías y sociedades estaban indisolublemente ligadas. Lo que ahora cambia es la forma de entender esa participación. Los grupos sociales que representarían esa posición serían básicamente las burocracias civil y militar, con apoyos eventuales de las clases medias asalariadas, de los medianos y pequeños propietarios y de sectores de técnicos y obreros calificados. Ellos son los herederos de la fracasada burguesía industrial de base nacional. Su modelo de desarrollo sufre del mismo mal que afectaba a esa fuerza social en el pasado: un utopismo evidente, pese a que pueda haber alcanzado o alcanzar en el futuro victorias relativas y limitadas. ¿Cuáles serían los aspectos principales de su nuevo modelo de desarrollo?

- a) El Estado debe ser el centro del desarrollo, él es la única fuerza capaz de limitar la acción de la empresa extranjera, disminuyendo su poder y coartando los “excesos del capital extranjero”. Para asegurar este papel, el Estado debe no solo utilizar racionalmente las fuerzas económicas de que dispone (las empresas estatales), sino abrir nuevas fuentes de inversión para él, solo, donde lo puede, y en alianza con el capital extranjero donde (como casi siempre) lo necesite, sobre todo en los nuevos sectores económicos. La empresa mixta, estatal-privada, y la empresa multinacional con la participación de varios Estados y capitales privados serían las nuevas panaceas capaces de dar un gran poder de negociación a esos países.¹¹⁶

116. El Banco Interamericano de Desarrollo realizó una Mesa Redonda sobre las inversiones multinacionales públicas y privadas en el desarrollo y en la integración de América Latina, en abril de 1968. Los resultados de esa discusión, precedida de varias investigaciones, fueron publicados en el libro ya citado en la nota 114. Es necesario señalar que ya es bastante grande la bibliografía sobre las empresas nacionales y mixtas en América Latina.

- b) Imposibilitados de enfrentar radicalmente los límites del mercado interno, buscan en el mercado externo la solución de sus problemas.¹¹⁷ A través de la presión concertada de los países subdesarrollados sobre los desarrollados, se podría obligar a estos a permitir la entrada a los productos semindustrializados e industrializados de los países subdesarrollados. Esta es la solución propuesta por la CEPAL y la UNCTAD.¹¹⁸ En segundo lugar, a través de la realización de las integraciones regionales, se abriría un mercado para los productos industriales latinoamericanos en la propia área, permitiendo la instalación de las nuevas industrias pesadas en escalas mucho mayores. Una planificación regional equilibrada permitiría dividir racionalmente las industrias por instalar, con colaboración de varios países, a fin de atender los múltiples intereses nacionales.¹¹⁹
- c) Para realizar tal proyecto, los Estados nacionales, con fuerte apoyo de la clase media (sobre todo militar y tecnocrática), deberían instalar

117. Para que no se preste a confusiones es necesario señalar que los límites que el crecimiento económico basado en la dependencia opone a la expansión del mercado interno no son de ninguna manera absolutos. Ya vimos que se trata de un crecimiento intensivo y no extensivo y en ritmo bajo tendiente a estagnarse y hasta a decaer. Tendencia solo neutralizada por las medidas inflacionarias y el endeudamiento creciente.

118. “En el seno de la UNCTAD se han definido los objetivos fundamentales de la acción internacional de los países en vías de desarrollo en materia de productos básicos. Ellos se refieren a la regulación de los mercados internacionales, el mejoramiento de acceso a los países industriales, la diversificación de los mercados y a los regímenes de preferencias especiales existentes”. “Se dijo que las exportaciones manufactureras representan un elemento importantísimo de una nueva política de desarrollo en América Latina [...] Es tan amplia la variedad de los rubros manufactureros que siempre será posible apreciar condiciones favorables para promover en cada caso determinados rubros de exportación industrial. Y así lo revelan los primeros estudios que se han realizado en colaboración con la UNCTAD”. “Se están produciendo cambios en la composición de manufacturas entre los países industriales que pueden abrir grandes posibilidades a la participación de los países en desarrollo. Si los países industriales acentuaran un proceso de creciente especialización en la producción de bienes que requieren alta tecnología y gran densidad de capital, los países en desarrollo podrían beneficiarse con el comercio de manufacturas tradicionales de mayor densidad de mano de obra, y de bienes que escapan a la especialización y escalas de producción de los países dominantes”. Todas estas citas fueron tomadas del documento *El Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo; aspectos básicos de la estrategia de desarrollo de América Latina* (CEPAL, 1969: 75-80). Uno de los principales teóricos de la política de exportación de manufacturas es Albert O. Hirschman (1968).

119. El documento de CEPAL (1969) citado anteriormente, *El segundo decenio*, expresa: “La integración económica en el ámbito latinoamericano, en sus diversas formas, constituye otro instrumento fundamental de la estrategia del desarrollo. Ella puede contribuir de inmediato [...] a la solución del déficit potencial de comercio. Y, además, al ampliarse el mercado externo para los países latinoamericanos, se brindan posibilidades efectivas de avanzar en un proceso de industrialización más eficiente que el del pasado”.

regímenes democráticos de participación restringida, en una concepción similar a la del modelo de la gran empresa internacional delineado en el ítem anterior. Un reformismo moderado acompañaría a esta política.¹²⁰

¿En qué se diferencia este modelo del anterior?

Básicamente en el énfasis en el Estado nacional, en su participación en la economía y en el control sobre el capital extranjero. Como veremos al discutir este modelo, este énfasis en el Estado nacional y en lo nacional del Estado, es el punto central del conflicto con el modelo anterior.

3. Algunas variantes del modelo

De acuerdo a la radicalización del énfasis en lo nacional del Estado y en el papel de los militares para garantizar su independencia relativa, podemos distinguir algunas variantes de la dependencia negociada. La primera de ellas está ligada a la concepción de un “nasserismo” latinoamericano. El modelo de desarrollo nasserista se apoya en la idea de la existencia de una corriente de militares nacionalistas, o incluso antiimperialistas, que garanticen la realización de un programa de desarrollo nacional con gran participación estatal capaz de transformar al capital extranjero en un elemento meramente auxiliar. Desde el punto de vista de un modelo de desarrollo, esta tendencia está de acuerdo con las líneas generales del modelo de dependencia negociada. Con todo, la acentuación de la participación del Estado entra en contradicción con ciertos

120. La mejor expresión de esa concepción se encuentra en el trabajo de Osvaldo Sunkel (1967). Dice Sunkel: “La cuestión fundamental que plantea una política nacional de desarrollo no es sin embargo lograr la viabilidad del tradicional modelo ‘centro-periferia’, sino por el contrario, superarlo definitivamente. Y para ello me parece que lo central radica en lograr cambios en la estructura productiva interna en los países subdesarrollados, así como cambios en la naturaleza de sus vinculaciones externas. Si se logra esto, entonces las concesiones, ventajas y ayuda de los países desarrollados podrán dar su verdadero fruto, pues contribuirán a llevar a cabo la política nacional de desarrollo” (1967: 61). Dentro de una visión reformista, señala más adelante: “La experiencia señalada antes y este concepto de la coproducción abren las puertas a formas nuevas de vinculación con la empresa privada extranjera en que es posible conservar los elementos altamente [sic] positivos que la empresa extranjera aporta –recursos financieros y capacidad y experiencia tecnológica, administrativa y de organización– y a la vez superar sus inconvenientes” (1967: 69). “Todo esto requiere, sin embargo que determinados grupos medios estén dispuestos a asumir el liderazgo de la masa marginada urbana y rural en términos de organización e integración en el proceso político y en la vida económica, social y cultural de la nación” (1967: 49).

aspectos de la dependencia. Más aún, existe, por parte de las corrientes que defienden esa línea, una ambigua actitud en relación a los movimientos populares. Por una parte, piensan contar con su apoyo por el carácter nacionalista y reformista de algunas medidas que defienden, generando muchas veces una especie de “populismo militar”. Por otra, temen la participación organizada del movimiento popular en la vida política nacional y buscan someterlo a una posición de apoyo pasivo. De acuerdo a una mayor o menor acentuación de uno de los dos lados, tenemos dos tipos de “nasserismo” radicalmente distintos, que pueden ser expresados en figuras como Caamaño, por una parte y Velasco, por otra.

Los pocos teóricos del nasserismo no ven estas limitaciones de los movimientos militares nacionalistas y creen en la posibilidad de que se conforme una alternativa real de desarrollo a partir de él. Por este motivo, caracterizan a esta corriente militarista como “nasserista”, buscando con esto expresar una alternativa histórica que se convertiría en un régimen político con cierta estabilidad. En cierta forma, esta es la última esperanza de muchos, como Helio Jaguaribe, que da un plazo histórico de 10 años para revertir la actual tendencia de nuestras economías a ser completamente integradas en un sistema internacional que tiende a convertirse en un imperio mundial con dominios locales (Jaguaribe, 1968). Después de descartar las posibilidades de una revolución inmediata como alternativa posible (y deseable), Jaguaribe presenta un dramático dilema, entre la conversión de América Latina en un régimen colonial o una acción inmediata que permita invertir este proceso. Cabría a los militares dar vuelta a la dirección de sus cañones, desviándolos del movimiento popular, que tienen que contener actualmente para garantizar la estagnación a consecuencia del desarrollo dependiente, y volviéndolos contra las fuerzas externas que conducen a América Latina a esta dependencia.¹²¹ No obstante, es interesante notar

121. Dice Jaguaribe: “En verdad, las fuerzas nacionales y satelizantes dentro y fuera de la región se percataron, a fines de los años cincuenta y en el curso de la década actual, que estaban en vías de perder inevitablemente su posición de privilegio y control y de que no disponían ya de otro recurso sino, a corto plazo, lanzar contra las democracias populistas los planteles militares de los respectivos países. Si bien es cierto que tuvieron éxito en su cometido, no es menos cierto que pagaron por esto un precio que ahora les puede ser fatal. Ese precio fue promover, aunque en nombre del liberalismo económico, una enorme concentración de poder en las manos del Estado, y dentro del Estado en las manos del poder ejecutivo,

que el modelo de desarrollo propuesto por Jaguaribe no es muy diferente del de la dependencia negociada. Se trata sobre todo de dar más énfasis a un Estado nacional y a la capacidad de maniobrar internamente con suficiente autonomía para realizar un desarrollo dentro de los marcos de la dependencia. Otra variante del desarrollo capitalista dependiente fue estudiada por Ruy Mauro Marini bajo el título de subimperialismo (Marini, 1966).¹²² Según el autor, la dominación imperialista en América Latina tenía que pasar por la existencia de cuadros hegemónicos locales que llegarían a ejercer la hegemonía regional. Brasil, o posiblemente el eje Brasil y Argentina, son señalados por el autor como bases posibles de esta dominación regional. La política externa “interdependiente” de Castelo Branco era vista como una expresión de esa tendencia. En esta variante, la dependencia aparece bajo una forma más compleja. Se percibiría la necesidad de intensificar la política de industrialización en los países dependientes, pero ese cambio no conduciría a una integración regional entre iguales, sino a la dominación de un país sobre otros. Algunos países podrían obtener un status preferencial dentro del sistema. La tesis del subimperialismo nos hace así aproximarnos más al proceso de desarrollo posible dentro del sistema capitalista internacional.

Tanto Ruy Mauro Marini como Vivian Trías ponen especial énfasis en los aspectos que conducen a la realización histórica del subimperialismo. Al estudiar las contradicciones que genera, insisten más sobre las contradicciones del centro subimperialista con los países que serían objeto de su dominación, sin dar suficiente énfasis a las contradicciones que el centro subimperialista tendría, en el caso de realizarse tal tendencia, con el centro hegemónico internacional.¹²³ No obstante, creemos

bajo el control de las fuerzas armadas. Montaron, así, prácticamente, la estructura del sistema necesario para emprender una profunda transformación de las sociedades latinoamericanas, faltando ahora, solamente, en un plazo no más corto del que dieran a esas fuerzas, dotar esa estructura de un nuevo espíritu, sustituyendo la ideología de la dependencia satelizante por la del desarrollo autónomo e imprimir un giro de 180 grados en la dirección que apuntan los tanques” (1968: 65).

122. Véase también Vivian Trías (1967) *Imperialismo y geopolítica en América Latina*. Posteriormente R. M. Marini publicó un artículo donde desarrolla más en detalle este concepto: “El subimperialismo brasileño” publicado en el CESO y en *Monthly Review*.

123. En un trabajo posterior, Ruy Mauro Marini se refiere más a las contradicciones internas entre el centro subimperialista y el centro imperialista. Para el autor, el gobierno de Costa e Silva representaría un cambio de táctica para alcanzar los mismos objetivos. Su política nuclear está entendida como “fórmula

que esas contradicciones son sumamente importantes. Desarrollar un centro subimperialista como Brasil significa transferir a este país, como unidad nacional, algunos mecanismos de decisión cuya dinámica puede resultar en una contradicción creciente con la condición dependiente. Si el centro subimperialista adquiere una autonomía relativa muy acentuada, será difícil garantizar su subordinación. Se trata pues de un problema de dosificación: de limitar las funciones del centro subimperialista. No obstante, si se transfieren ciertos poderes para este centro, permitiéndole realizar ciertas funciones limitadas, ¿cómo garantizar que estos mismos poderes no sean usados contra el centro dominante? Y en segundo lugar, ¿cómo no depender demasiado de ese poder intermediario? Estos dilemas no están resueltos teóricamente y su solución dependería de medidas de fuerza que rompiesen los impasses creados por el carácter conflictivo de la situación. Esta situación de indefinición favorece en gran medida a los grupos más decididos que asumen posiciones de control al crear situaciones de hecho cuyas soluciones son muy conflictivas.

Otra contradicción que encierra este proceso está relacionada con la realidad, nunca enfrentada, de que para crear un centro subimperialista no basta con abrir un mercado externo sino que también es necesario crear un importante mercado interno y acelerar su proceso de modernización. Esto genera visibles contradicciones con todos los elementos de inmovilización económica y adaptación al sistema de compromisos que imperaron e imperan en Brasil y en América Latina en general, como resultado del desarrollo dependiente. ¿Cómo se podría iniciar, dentro de este mismo sistema, la decisión política de enfrentar todos los riesgos de una reformulación tan profunda? Y, por otra parte, si las medidas de expansión externa se toman sin realizar las reformas internas, las contradicciones internas se harán aún más agudas, en la medida en que creando una gran aspiración de desarrollo nacional no se eliminen los sectores retrógrados en el interior. Al concebir el proceso de expansión del mercado externo como solución para el problema del mercado

de salvación para sacar al país del callejón sin salida en que se encontraban sus aspiraciones subimperialistas" (Marini & Pellicer de Brody, 1967: 21).

interno, el centro subimperialista estaría, en la realidad, cavando su propia tumba, pues no podría contener los movimientos nacionales generados por esta expansión, ni tampoco sería capaz de resolver los problemas internos que intenta eludir.

En lo referente a las contradicciones del centro subimperialista con los otros centros regionales de poder, sería importante plantear algunos problemas que requieren de un cierto análisis. El primer aspecto que debe considerarse es que la existencia de una dominación a partir de un subcentro aumenta el carácter explotador del sistema en su conjunto, llevándolo a límites insostenibles. Los países sometidos tendrían que pagar una carga extra, superior a la que ya tienen:

- a) En lo que respecta a las relaciones comerciales, pagarían por productos manufacturados precios más altos de los que pagan actualmente. De este modo se repetiría, a nivel continental, el proteccionismo que, desde una perspectiva nacional, se realizó en el período de sustitución de importaciones, generando una situación inflacionaria insostenible.
- b) En lo referente a tasas de plusvalía, tendrían que ser más explotadoras que en el pasado para atender las necesidades del centro subimperialista.
- c) Habría que estudiar la posibilidad de que el centro subimperialista pudiese también exportar capitales (nacionales o, por mediación, extranjeros). La eventual imposibilidad de estas exportaciones de capital la utilizaron Cardoso y otros autores para negar validez al concepto de subimperialismo. Pero estamos apenas en el inicio de una expansión subregional...

En una etapa más avanzada podrán convertirse en realidad esas exportaciones de capital a nivel subregional.

Otra dificultad en las relaciones entre el centro subimperialista y los otros centros de poder regionales sería la que se refiere a la alternativa entre uno o varios centros subhegemónicos. Esta alternativa se materializa en una posible disyuntiva entre el desarrollo inmediato de la ALALC o de los bloques regionales (como el Mercado Común Centroamericano y el Pacto Andino), o en las divergencias entre Brasil y Argentina. La tesis

de los bloques regionales gana cada día una mayor fuerza, dividiendo a América Latina en tres bloques. El centroamericano (con posible inclusión del Caribe), que deberían tender a ser un subdominio mexicano si se incluye a México como un centro subregional. Un bloque andino, bajo hegemonía venezolana, o chilena y/o colombiana. Un bloque del Río de la Plata, con hegemonía brasileña, pero con una gran disputa con Argentina (expresado en el plano del río de la Plata y otros acuerdos regionales con otros países). Chile parece orientarse cada vez más hacia esta agrupación en vez de la Andina. A largo plazo, se pensaría en la articulación de esos sistemas subregionales en la ALALC, bajo la hegemonía de Brasil. No obstante, son evidentes las tremendas fuerzas de conflicto que tal proceso de integración acarrearía. No hay duda de que para Estados Unidos esta estrategia de integración se vuelve cada vez más atrayente, pues colocaría a Brasil en una posición menos clave que en un esquema directamente subimperialista. Por otra parte, es evidente que esta solución no satisface a la burocracia civil y militar de Brasil. Por lo tanto, lo que se puede esperar es una situación de gran indecisión y conflictos en todo este período, conflictos que pueden asumir las formas más inesperadas, tales como las guerras nacionales.¹²⁴

En resumen, la hipótesis de la dependencia negociada bajo sus variadas formas acarrea un conjunto de contradicciones internas con el centro imperialista que anuncia un período de ajuste terriblemente conflictivo. La visión idílica de la CEPAL, del BID y de la UNCTAD que busca conciliar los intereses en juego e ignorar los tremendos desequilibrios y conflictos regionales inevitables en este proceso, se ve desdibujada por el carácter combinado y desigual del desarrollo capitalista, que conduce inevitablemente a la explotación de las regiones y sectores más atrasadas por los más concentrados y monopólicos. El proceso de integración internacional del sistema, la interdependencia más estrecha entre los múltiples sectores productivos, no elimina la feroz competencia entre los diversos grupos económicos, más bien la lleva a niveles más altos.

124. La integración centroamericana y las contradicciones regionales en el interior de esa zona, acentuada por ella misma, tienen gran responsabilidad en la crisis entre Salvador y Honduras. Los conflictos de la cuenca del Plata amenazan a Uruguay con una posible invasión, admitida por muchos uruguayos. En 1974 se habló explícitamente de un posible conflicto entre Chile y Perú.

La dependencia se acentúa en los sectores más débiles del sistema, la explotación se acentúa en los sectores más sometidos y, a pesar de cierto ascenso general de la producción y la productividad generada por el progreso técnico, aumentan las distancias entre las grandes masas y los centros explotadores y subexplotadores del sistema. En este sentido, la resistencia de las burocracias civiles y militares y de los sectores que las apoyan al mismo tiempo está perdida y es inevitable. Perdida, porque a largo plazo será necesariamente reducida a la posición de funcionarios públicos del gran capital. Inevitable, porque la fuerza que el sistema les da a corto plazo y la dependencia que este tiene de la burocracia les abre siempre brechas para su rebeldía, principalmente en una etapa de transición como la que vivimos. El capitalismo de Estado y el militarismo son dos aliados fundamentales del gran capital monopólico, son instrumentos fundamentales de su expansión. Ésa es la fuente de su sumisión pero también de su rebeldía. No hay pues como escaparse de esa dialéctica.

4. El modelo socialista

En un momento en que la integración regional pasa a ser un parámetro fundamental de las estrategias de desarrollo dentro del cuadro del sistema actual, la estrategia revolucionaria tiende necesariamente a asumir también un carácter continental. No nos cabe, pues, analizar aquí las estrategias de cambio hacia el socialismo que no incluyan el elemento continental, ya que, según resulta de nuestro análisis, no parecen viables en las condiciones de la dependencia que surgen como consecuencia del proceso de integración mundial del sistema capitalista. Correspondió otra vez al Che Guevara tener la intuición básica¹²⁵ del problema. En su carta a la OLAS, llama a la constitución de varios Vietnams en el mundo y en América Latina, apuntando hacia esa visión continental. Como lo señalamos, la guerrilla boliviana no tenía un objetivo puramente local. Pensaba ser el “foco” de otros focos en Latinoamérica, como se puede concluir de la lectura del diario de campaña del Che. La elección de Bolivia se debía no solo a sus condiciones internas, sino también a su

125. La palabra intuición no tiene en este caso ninguna connotación negativa. Se trata de una visión anticipada del fenómeno que no llegó a hacerse plenamente consciente y explícita.

carácter estratégico, por ser una zona de vinculaciones entre varios países de Sudamérica.

No obstante, una vez más, como en la teoría del foco al nivel nacional, las intuiciones históricas del Che Guevara entraban en conflicto con la estrechez del método utilizado. La intuición de que la insurrección en los tiempos actuales no revestiría más el carácter espontáneo que tuvo, por ejemplo, la revolución rusa de febrero de 1917, sino que tendría que ser organizada por un largo proceso de guerra revolucionaria, como se pudo apreciar en los casos de China, Vietnam, Argelia, Cuba, etcétera, era contradictoria con la estrecha concepción de un foco insurreccional, al cual, según creía, cabría iniciar esta insurrección. Como se pudo observar en el transcurso del tiempo, al despreciar la necesidad de una organización revolucionaria que realizaría este proceso de guerra revolucionaria, el Che Guevara contradecía exactamente la premisa de la cual partía. Si, según él lo planteaba, la lucha revolucionaria asume en nuestros días este carácter de guerra revolucionaria a largo plazo, sería lógico deducir que su concreción debería ser objeto de un enorme trabajo de preparación organizativa, de lucha ideológica y política y de formación de cuadros, de acciones de propaganda armada, de experimentos militares que deberían ser sistematizados y autocriticados por una organización que, por la extensión de sus tareas, no podría limitarse a la organización de una guerrilla ni a la condición estratégica de un foco insurreccional. El instrumento era pues muy limitado frente a las tareas que le cabría realizar. En consecuencia, se sustituye la tarea de formar esta organización, de educar a los cuadros, de realizar las labores ideológicas, de desarrollar la lucha política en su conjunto, que estaba implícita en la idea del papel de la voluntad organizada en la creación de la situación insurreccional, por una valoración mística de la capacidad creadora de la lucha, de la acción armada en sí misma.

La misma limitación se puede encontrar en la nueva fase continental de su estrategia. Al plantear que en esta nueva etapa revolucionaria el imperialismo tendría que ser golpeado desde varios frentes para dispersar sus fuerzas de represión, concentró la actividad insurreccional en una región totalmente aislada, preocupándose solo mínimamente del apoyo continental que permitiría dispersar las fuerzas adversarias y de la

organización más madura de un movimiento continental. En realidad, la OLAS que, como todo lo indica, debería cumplir este papel, no era una organización articulada y con suficiente unidad ideológica, política y organizativa. Como en el caso de los focos nacionales, el apoyo político o la guerra continental era entregado a organizaciones políticas amorfas, movimientos amplios y aun a organizaciones de líneas políticas contrarias a su realización como los partidos comunistas.

Del análisis realizado, resaltan dos elementos:

- a) La estrategia de la guerra popular como sustitución de las antiguas insurrecciones espontáneas (del tipo de la revolución francesa o rusa) corresponde a una nueva etapa revolucionaria que concuerda con la etapa actual del sistema capitalista mundial. Su carácter continental es también compatible con esta etapa y llega a ser, en la actualidad, una consecuencia lógica de las tendencias integradoras que se manifiestan en este sistema. Tratándose pues de una guerra prolongada, es también lógica la consecuencia de que, en tal situación, a la vanguardia revolucionaria se le plantea una problemática político-militar y no solamente política. Durante un largo período se dedujo de esta premisa la necesidad de conformar un nuevo tipo de organización político-militar. Es necesaria una autocrítica que destaque el carácter mecanicista de esta conclusión que hace abandonar las actividades políticas y partidarias y sirve de cobertura a concepciones foquistas y militaristas. La experiencia reciente de la guerra popular en Vietnam es una demostración definitiva de la posibilidad de combinar la organización partidaria con fuerzas armadas revolucionarias.
- b) Esta estrategia estaba, sin embargo, en contradicción con la concepción del instrumento utilizado, con la elevación a la categoría de valor estratégico de la columna guerrillera que, siguiendo la lógica planteada por los supuestos, no debería pasar de un elemento táctico en esa nueva concepción estratégica. En segundo lugar, a la concepción de que cabría a un grupo de revolucionarios crear un foco (nacional y continental) e irradiarse a todo el país y el continente la sustituyó la tesis de la teoría de la guerra popular en que las vanguardias, aun siendo político-militares, tienen que estar ligadas a las masas, formarse con ellas y formarlas, explicarles por la propaganda y por la acción el sentido de su

actividad, reflejar su nivel de conciencia en sus pasos tácticos.¹²⁶ En este caso, la concepción de un foco es demasiado limitada, pues dispensa a las “vanguardias armadas” de la tarea de organizar el conjunto del movimiento popular e integrarlo en su estrategia. De ahí el abandono de las cuestiones ideológicas, del análisis científico, de la formación de cuadros, y hasta de la actividad política global, tareas que están incluidas necesariamente en cualquier estrategia revolucionaria.

Es necesario decir también que faltaba un análisis teórico coherente de las sociedades latinoamericanas que orientase esa concepción estratégica. Como en el pensamiento nacionalista, que ponía el énfasis en los obstáculos al desarrollo venidos de la economía subdesarrollada que deberían ser eliminados para permitir el desarrollo, la estrategia del foco hacía hincapié en el subdesarrollo como el creador de las condiciones revolucionarias objetivas. En la realidad, como hemos venido insistiendo, no solo en este, sino en otros trabajos, las condiciones revolucionarias y las crisis que las permiten no vienen del sector atrasado de nuestras economías sino de las *impasses* y de las contradicciones generadas por el desarrollo dependiente, es decir, por su sector más desarrollado.

Este aspecto es fundamental para entender el papel de las clases sociales en el proceso revolucionario. El énfasis en el papel revolucionario del campesinado (o en el papel revolucionario de los sectores marginados por el subempleo como estuvo de moda cierto tiempo)¹²⁷ vino de esa concepción equivocada del proceso dialéctico que genera las revoluciones. Para Marx, que la analizó en un texto de una síntesis genial,¹²⁸ la situación revolucionaria se da cuando el desarrollo de las fuer-

126. La concepción de la estrategia de la guerra popular fue elaborada por Mao Tse-Tung, Escritos militares y por el general Nguyen Giap, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*. Su aplicación a América Latina bajo forma continental se encuentra en el trabajo de Ramón Cuéllar, “El carácter continental de la revolución”, y Clea Silva, “Los errores de la teoría del foco”. En los documentos y programas de varias organizaciones de izquierda insurreccional, la tesis de la guerra popular aparece a fines de la década del sesenta con referencias ligeras a la idea de la continentalidad. Véase también la elaboración de esta estrategia en los documentos del Partido Comunista Dominicano (*Revolución y lucha armada*) y del Partido Guatemalteco del Trabajo (1968: 10).

127. Véase el trabajo de Joan Davies y Shakontala de Miranda (1967).

128. Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

zas productivas entra en contradicción con las relaciones de producción que lo generan. En esta concepción, la crisis no se origina en el sector más atrasado y sí en el más adelantado. La crisis latinoamericana no se explica por la resistencia y los obstáculos al desarrollo impuestos por los sectores atrasados (ya sea el agrario o bien el minero-exportador), sino por la incapacidad del sistema capitalista dependiente de continuar el desarrollo de nuestros países a través de la eliminación de los sectores atrasados y a través de la superación de sus contradicciones internas. La crisis viene exactamente del hecho de que el desarrollo dependiente da origen a nuevas contradicciones internas que no “ permiten solucionar ni sus problemas internos ni sus relaciones con los sectores atrasados. Si verdaderamente estos sectores atrasados son los puntos más neurálgicos del sistema, no es por ellos mismos, sino por la incapacidad del sistema capitalista dependiente para superarlos. Cuba no era solo el mayor receptor de capital norteamericano en América Latina, sino que tenía también la economía capitalista agraria más avanzada del continente. Fue de ahí, y no de su atraso, que sacó fuerzas para avanzar al socialismo, y fueron las contradicciones de esta economía agraria capitalista dependiente las que la llevaron a la revolución. Fue la extensa propiedad norteamericana de los ingenios de azúcar lo que la obligó a plantear y llevar a la práctica una reforma agraria antimperialista, y fue su carácter capitalista avanzado lo que permitió su rápida transformación en cooperativas y granjas del pueblo. Por su atraso, ni Haití ni Paraguay fueron o serán las áreas más revolucionarias de América Latina. Del mismo modo, no fue el atraso feudal lo que condujo a la Rusia zarista a la revolución, sino más bien la incapacidad de su capitalismo industrial en plena expansión para eliminar el atraso feudal. Asimismo, hay un grave voluntarismo en la intención de bosquejar una estrategia continental única para un continente tan extenso como América Latina. No se puede negar que las luchas sociales en el continente tienden hacia formas comunes que se transmiten y se difunden rápidamente. Sin embargo, la dominación de tal o cual forma de lucha es un resultado de distintas condiciones locales, que tienen que ser estudiadas cuidadosamente por las direcciones nacionales y relacionadas con el contexto internacional. No fueron pocos los grupos de jóvenes que se lanzaron a acciones armadas en países bajo regímenes democráticos

—aunque relativamente autoritarios—. El propio movimiento insurreccional venezolano, a pesar de su arraigo de masas, partió en condiciones de legalidad, como respuesta a represiones solamente parciales contra el movimiento popular.

En el momento actual, hay una tendencia a una mayor madurez política y mayor flexibilidad táctica de los movimientos populares y de sus pretendidas “vanguardias”. La tesis de que América Latina tiende hacia la formación de gobiernos autoritarios de derecha que obligarán a las masas al uso de la guerra no significa que las condiciones de una guerra estén dadas en todas partes y que el desarrollo de la lucha no asuma formas distintas según el sitio.

El fracaso *histórico* del populismo no quiere decir que las versiones neopopulistas no correspondan a un cierto nivel de desarrollo de la conciencia de las masas sobre el cual se pueda pasar como se borra una frase mala en el papel. El fracaso histórico de una corriente política es un fenómeno de décadas. La socialdemocracia europea parecía liquidada en los años treinta al haber sido incapaz de contener el fascismo triunfante en el continente. Esto no impidió su resurgimiento bastante fuerte en la posguerra con la derrota del fascismo. Las fuerzas sociales que dan origen a ciertos fenómenos no desaparecen en un solo borrón. En fin, no es sino a través de un vasto proceso de luchas internas, escisiones y divisiones bajo presión de las experiencias concretas que se van superando fuerzas históricas tan importantes como el populismo latinoamericano.

Por otro lado, las concepciones de la lucha revolucionaria se desarrollan y se perfeccionan al estudiar y aprender correctamente de la experiencia propia y de otros pueblos. La Comuna de París fue la fuente de enseñanza principal del movimiento obrero hasta la huelga general de 1905 en Rusia. Posteriormente los revolucionarios, y sobre todo las masas rusas, usaron esta experiencia para vencer en febrero de 1917. Las olas de masas de marzo, abril, julio y el enfrentamiento con Kornílov en septiembre fueron las fuentes de enseñanza en que se fundamentó el alzamiento bolchevique de octubre de 1917.

En América Latina, fue el fracaso de la revolución boliviana y del gobierno de Arbenz en Guatemala los que, al lado de otras experiencias

importantes, enseñaron a los dirigentes de la Revolución Cubana la necesidad de evitar las mismas desviaciones. El fracaso de las insurrecciones foquistas abrió camino a nuevas experiencias como la Asamblea Popular boliviana y el gobierno popular en Chile. El fracaso de esas experiencias plantea un nuevo conjunto de problemas cuya proposición y correcta resolución servirá de base a las nuevas experiencias revolucionarias del continente.

Se ha demostrado sobre todo:

- a) Que puede desarrollarse un fuerte movimiento revolucionario de masas con un programa socialista que se fortalezca en el curso de un proceso de transformaciones reformista hasta hacerse incompatible con el orden existente. En este momento se plantea una situación revolucionaria. La clase dominante acude inapelablemente a la acción de fuerza, a la violencia armada.
- b) Que la clase dominante ha sistematizado a nivel internacional los métodos de golpe de Estado como forma máxima de represión a un movimiento popular en ascenso. La cuestión del poder se desplaza, en este instante, fundamentalmente hacia la conquista política de las fuerzas armadas.
- c) Que en este sentido gran parte de la cuestión revolucionaria pasa a girar en torno de la politización en el seno de las fuerzas armadas y sobre todo de la capacidad del movimiento popular de demostrar suficiente fuerza para atraer a los sectores indecisos en su interior. Durante mucho tiempo el movimiento popular vio en las fuerzas armadas un bloque indivisible, un ejército de ocupación completamente controlado por el imperialismo. Sin embargo, cuando la lucha de clases se acentúa empiezan a surgir corrientes favorables al movimiento popular en su interior. Es en este instante cuando se improvisan consignas y fórmulas de organización que terminan por ser insuficientes para lograr una mayoría popular en el interior. Asimismo la organización militar del movimiento popular se ha revelado siempre insuficiente para asimilar a esos cuadros-militares en forma masiva: En tales circunstancias subsiste la *impasse* que se resuelve en general en favor de la derecha en Brasil en 1964 y Santo Domingo en 1966 (en este caso el sector militar

que se ligó al pueblo llegó a ser tan importante que llevó a la invasión pura y simple de Estados Unidos), en Bolivia en 1971, en Uruguay y Chile en 1973.

- d) El desarrollo de la lucha de clases y del movimiento popular ha dado origen en todos los casos a un intento de formación de organizaciones de poder popular. En Brasil, el Frente de Movilización Popular se caracterizó por mantenerse a un nivel de dirección en cada estado, en algunas ciudades y nacionalmente. Reunía a la Central Obrera, las Ligas Campesinas y la Unión de Trabajadores Agrícolas, los Oficiales Nacionalistas y el Comando Nacional de Sargentos, la Unión Nacional de Estudiantes, el Frente Parlamentario Nacionalista y personalidades y partidos de izquierda. La Asamblea Popular boliviana reunió a la Central Obrera y la Federación Minera, organizaciones estudiantiles y campesinas. Los miembros de la Asamblea eran elegidos en asambleas en los locales de trabajo y estudio. Tuvo así un carácter bastante más democrático. En Chile los comandos comunales reunían a representantes de los obreros y pobladores de la comuna elegidos por locales de trabajo, y los cordones industriales reunían a los representantes elegidos en las fábricas de un sector, mientras que los consejos campesinos representaban a trabajadores agrícolas y asalariados. Eran expresiones ampliamente democráticas de las masas en el nivel microsocia. Sin embargo, al contrario de Brasil y Bolivia, jamás lograron organizarse nacionalmente, en parte porque se sentían representadas por el gobierno popular que ocupaba el Estado burgués, en parte por resistencias políticas de los partidos de izquierda que disfrutaban de amplia legitimidad, de dar este paso que podría parecer nítidamente insurreccional, al crear un órgano paralelo al poder existente. Tampoco se encontraron fórmulas de transición que permitiesen la coexistencia durante cierto tiempo de esta Asamblea Popular al lado de la Asamblea burguesa.

No son pocos, pues, los problemas teóricos que plantean estas experiencias políticas. Esta digresión teórica era fundamental para colocar en marcos adecuados la alternativa revolucionaria en América Latina. Su estudio tiene que derivarse del estudio de las contradicciones del

proceso de desarrollo que incluye, como elemento fundamental, la alternativa de la integración continental. Como vimos, esta alternativa es y pretende ser una solución para dos problemas: por una parte, para las limitaciones del mercado interno y la incapacidad del sistema existente para realizar las reformas capaces de permitir su ampliación. Frente a la alternativa de las reformas estructurales internas, cuyos peligros políticos y limitaciones económicas para las clases dominantes ya destacamos, se presenta la aparente solución del mercado externo. Por otra parte, esta aparece como un escape al enfrentamiento con el imperialismo desde el punto de vista externo. En vez de enfrentar la deuda externa con medidas radicales de moratoria, de transformación revolucionaria de sus relaciones comerciales mundiales, de paralización del drenaje de las ganancias del capital extranjero, los sectores burocráticos, las fallidas burguesías nacionales, las clases medias reformistas y sus ideólogos buscan el camino de la expansión de la receta de las exportaciones para pagar el déficit de la balanza de pagos. Por lo tanto, se trata del camino de una sumisión más estrecha, de redoblar la intensidad de explotación de la fuerza de trabajo para pagar al explotador externo. Solución que se asemeja a la de un esclavo por deudas que pasase su vida con la esperanza de juntar algún dinerillo para comprar su libertad definitivamente.

De esta manera, no es en el sector atrasado donde encontramos la clave de la situación revolucionaria, sino en la moderna empresa transnacional “racionalizadora del mundo”, según sus ideólogos que impulsa una subterránea corriente de explotación, por hilos a veces invisibles, que le cabe a la ciencia social hacer visibles y claros para aquellos que son objeto de esa explotación. Una estrategia revolucionaria tendría pues que interrelacionar los puntos distantes de esa cadena de explotación. Si no logra alcanzar el corazón del sistema que está en las grandes fábricas y en las grandes ciudades (o sea en la clase obrera), difícilmente podrá tener éxito. Al menos en los países que han alcanzado un grado de industrialización importante.

La conclusión que se puede sacar de este análisis no es que la estrategia revolucionaria tendría que partir de la organización de la clase obrera para obtener un triunfo. Si todos los hilos del sistema están concatenados, el ataque a sus puntos marginales deberá alcanzar a los

puntos centrales. Partiendo de una situación de crisis del sector agrícola, se puede generar una crisis en el sector industrial moderno. Lo que es básico es que, si la crisis no llega a este sector, no podrá tener consecuencias revolucionarias. Así también, una organización política puede tener durante un cierto período su principal apoyo en los intelectuales, estudiantes o hasta en los campesinos, pero solo podrá plantearse como alternativa nacional en países industriales si penetra profundamente en la clase obrera. En los momentos actuales, sin embargo, la crisis se vuelve cada vez más aguda precisamente en los puntos centrales del sistema, por su incapacidad para resolver las ya destacadas contradicciones internas. Si en este período se asienta una organización revolucionaria en los puntos más avanzados del sistema, tal hecho será crucial para el momento posterior en que la crisis se generalizará hacia los puntos más débiles. Es necesario entender esa dialéctica para entender las posibilidades históricas de una estrategia revolucionaria en América Latina.¹²⁹ No corresponde a este trabajo estudiar de un modo elaborado las características que asumirá una alternativa para el movimiento revolucionario latinoamericano. Nuestro objetivo es únicamente estudiar las condiciones sociales en que puede darse esa alternativa y sacar de ese análisis las consecuencias teóricas generales que le corresponden. Del mismo modo como estudiamos las condiciones que permitirían la realización de las otras dos alternativas y las contradicciones que las limitan. En este caso nos cabe hacer la misma operación.

El modelo de revolución socialista, responde, pues, a las siguientes circunstancias históricas:

- a) Al fracaso del camino nacionalista y la inserción del desarrollo en el cuadro de una economía mundial basada en la expansión de la gran empresa multinacional, que exige una redefinición profunda de sus relaciones, tanto al nivel internacional como al interior de cada país.

129. Un terrible ejemplo de esta ley es la situación brasileña, donde la izquierda desgastó sus fuerzas principales en 1968-1972 llegando a su casi liquidación física frente a un capitalismo en expansión. En consecuencia cuando, a partir de 1974, la economía y el poder militar entran en crisis, ella se ve desgastada e inmovilizada.

- b) A la incapacidad revelada por el sistema, a nivel nacional, de ofrecer una respuesta inmediata a las contradicciones generadas por el desarrollo capitalista dependiente, tanto en su sector más avanzado como en lo que respecta a la eliminación de los sectores más atrasados de la economía, combinados en el período anterior dentro del sistema del capitalismo dependiente (desarrollo desigual y combinado).
- c) Al carácter paliativo de las soluciones propuestas por el sistema.
- d) A la formación de un movimiento popular, independiente del liderazgo burgués a consecuencia de esta crisis.
- e) A las dificultades de las fuerzas hoy dominantes para retomar el liderazgo de este movimiento, por la ausencia de alternativas inmediatas, y a la consecuente necesidad de recurrir a políticas de fuerza y antipopulares, abriendo así a este movimiento la oportunidad de liderar un amplio frente contra las clases dominantes.
- f) A la consecuente legitimidad, dada por el sistema, a la acción radical de este movimiento, debido a la violencia institucionalizada de las clases dominantes. De esta forma tiende a generalizarse, a nivel continental, un conflicto sumamente radical como producto de las propias necesidades del sistema de aumentar las relaciones de dependencia en el nivel regional, con la aparición del subimperialismo o los subcentros dominantes.

La estrategia que nace de esa situación, en un principio de forma empírica, pero que tiende progresivamente a sistematizarse, adoptaría por tanto a las siguientes direcciones:

- a) Estaría concebida como un estrategia continental que obligaría al sistema (tanto a su centro dominante como a los dominantes dominados) a atacar por todos lados, dispersando sus fuerzas y permitiendo la intensificación del cerco revolucionario.
- b) Se concebiría como una lucha revolucionaria a largo plazo, que intentaría reunir progresivamente fuerzas para crear las condiciones de un asalto final.
- c) Sería concebida como una lucha popular, que organizaría progresivamente a las masas para generalizar la lucha y fortalecerlas

orgánicamente para el asalto final; en este sentido se combinarían las más distintas formas de lucha, con predominio relativo de una de ellas en cada momento.

- d) El asalto sería concebido partiendo del ataque a uno de los puntos más frágiles de la corriente, o sea, a aquel punto donde las contradicciones del sistema sean más agudas.
- e) La conducción de este proceso exigiría la formación de fuerzas partidarias a nivel continental que dirigirían el conjunto de la lucha en los frentes armado, ideológico y organizativo y formarían los cuadros capaces de orientar una lucha tan compleja.

Como en los casos anteriores, preferimos analizar el modelo estudiado desde una perspectiva teórica general. Es claro que la realización práctica de ese modelo pasa por etapas intermedias que tienen su propia especificidad y limitan su pleno desarrollo. En este caso, actúan varios elementos en la realidad inmediata contra su realización. Destacaríamos solo tres de ellos:

1. El primero es el empirismo que caracteriza a la izquierda latinoamericana, reflejo de la dependencia general del continente. Este empirismo conduce a la copia mecánica de las experiencias de otros países, a una falta de sistematización teórica de la propia experiencia vivida y, por lo tanto, a una gran dificultad de unir la teoría a la práctica. Sin embargo, el proceso de autorreflexión sobre la Revolución Cubana y sus proyecciones continentales, el intenso desarrollo de la lucha ideológica en el continente, la elevación del nivel teórico y de la investigación en las ciencias sociales, forman un fondo común para la sistematización creciente de un pensamiento revolucionario maduro en el continente que no podrá despreciar las enseñanzas de las experiencias frustradas.
2. El segundo elemento que opone obstáculos a la realización del referido modelo es la dispersión política y organizativa de las fuerzas que constituirían sus bases orgánicas. La dispersión de la izquierda radical o revolucionaria, el carácter indefinido de sus luchas internas, sus matices no muy bien delineados, las conducen a una gran pérdida de

eficacia. Pese a que corresponden a fuerzas sociales muy amplias, contando con un gran número de cuadros de vanguardia, estos cuadros no están organizados y disciplinados, lo que lleva a un gran desperdicio de recursos humanos. Todo esto se debe a su origen de clase, esencialmente pequeñoburgués. Sin embargo, en este sentido también se están produciendo cambios que indican un proceso de reorganización y reagrupamiento que se hace en base a las propias experiencias prácticas. Este reagrupamiento puede ser incidental, pudiendo por lo tanto desarticularse en un momento de reflujo de las acciones armadas y/o de masas que le sirven de punto de aglutinamiento. Lo que puede garantizar su eficacia es, sobre todo, una aclaración de la línea política que le sirve de base.

3. El tercer elemento está relacionado con las tendencias a acciones políticas que ignoran el grado de desarrollo político de las masas y tienden a sustituir el trabajo de organizarlas por la acción de grupos aislados; esto es lo que se llama, en lenguaje marxista, “aventurerismo izquierdista”.

Este es uno de los problemas más complejos que enfrenta toda la acción revolucionaria: la capacidad de unir la acción volitiva de las vanguardias a las necesidades y el desarrollo real de las masas. En la medida en que el empirismo domine a estas organizaciones, difícilmente podrán asegurar la corrección de sus posiciones frente a las grandes masas. La capacidad de generar informaciones correctas, de reflexionar críticamente sobre su propia experiencia y sobre las experiencias de otros y de incorporar esto en una visión teórica y doctrinaria siempre en renovación es producto de un largo proceso de formación política de cuadros, formación esta descuidada y despreciada en América Latina. Lo que podría neutralizar este descuido sería la influencia de algunas organizaciones ya referidas que se dedicaron a esta tarea. Es muy difícil decir (no hay instrumentos de evaluación disponibles) hasta qué punto este trabajo ha rendido frutos.

Por lo visto, el modelo de guerra popular continental encuentra serias limitaciones a su realización. Tales limitaciones no fueron presentadas bajo forma de contradicciones como en los dos modelos precedentes. Por lo tanto, se supone la posibilidad de su superación sin conflictos radicales. Sin embargo, supone conflictos internos graves, sobre todo si se toman en cuenta las relaciones de estas limitaciones con el movimiento

reformista, externo a la izquierda radical o revolucionaria, siendo ahí donde se podrían encontrar contradicciones bastante profundas. Si es verdad, como buscamos demostrarlo, que la izquierda radical se alimentó y todavía en parte continúa alimentándose de la descomposición del reformismo nacionalista (o de la concepción en general denominada “prosoviética”, la cual sufrió importantes cambios desde la Conferencia de Partidos Comunistas de 1969, que admitió la posibilidad de alcanzar el socialismo en los países latinoamericanos), es de suponer que, a partir de un cierto momento (en que las definiciones se harán más radicales), aparecerán conflictos muy agudos. Por último, opera sobre este movimiento la acción de los movimientos de derecha que surgen y la represión institucional, que limitan en gran parte su acción. El hecho de que las fuerzas armadas y la policía del continente estén desarrollando sus tácticas antisurreccionales lanza un gran desafío a estas fuerzas. En estas circunstancias, la preparación técnica de sus cuadros pasa a ser un elemento vital pero es el apoyo popular, innegablemente, la clave de su impunidad política. Después de la experiencia de la Unidad Popular en Chile, se ampliaron enormemente los marcos de la discusión sobre la lucha por el socialismo en el continente. Se hicieron patentes las amplias posibilidades de utilización del aparato institucional burgués y también se hicieron evidentes los límites de esa utilización. En ese sentido, la Asamblea Popular boliviana ha entregado otros importantes elementos de juicio sobre la capacidad política de las masas.

Por otro lado, el fracaso de varios movimientos militaristas y foquistas, particularmente en Brasil y Uruguay, demostró también los límites tan estrechos del militarismo aventurero. Pero ¿cuál será el futuro de la izquierda en nuestro subcontinente? Ella es una realidad presente, a pesar de todas sus debilidades que hemos señalado, y siempre renace donde las condiciones permiten el diálogo democrático. Lo importante es pues saber cambiar sus tácticas en las situaciones y períodos diferentes y aproximarse a las grandes masas. Dentro de este criterio, la nueva coyuntura que se presenta en el subcontinente después del golpe militar en Chile y que se liga a la depresión económica capitalista de 1974-1975, que hemos analizado en la segunda parte, merece un análisis detenido y con criterios lo más amplios posibles.

5. Una visión de conjunto

En el análisis que hicimos hasta ahora, pusimos de relieve el fracaso del modelo de desarrollo nacional autónomo y el surgimiento de tres fuerzas socioeconómicas como posibles soportes de nuevos modelos de desarrollo (la gran empresa internacional, el capitalismo de Estado y el movimiento popular independiente). Analizamos, en seguida, los modelos de desarrollo que podrían intentarse por parte de estas fuerzas (la nueva división internacional del trabajo, la dependencia negociada y el socialista). También vimos las contradicciones y límites que la realización de cada una de esas alternativas presentan. Nos cabe ahora resumir este proceso en su conjunto y analizar las contradicciones entre los distintos modelos señalados, restableciendo la visión del movimiento en su totalidad, que nos había hecho perder su separación analítica.

Como vimos, la alternativa de la nueva división internacional del trabajo: I) bajo el control de la gran empresa internacional es al mismo tiempo compatible e incompatible con la alternativa de la dependencia negociada; II) las contradicciones surgen cuando se toma en consideración el aspecto nacional y estatista de la alternativa II. Lo que todo indica, si se abstrae la acción del movimiento popular, después de un período de conflictos y enfrentamiento, es que la alternativa I sería la victoriosa sin eliminar completamente los sectores que sustentan a la alternativa II. Lo que significa que las contradicciones entre I y II no son antagónicas, a pesar de generar momentos muy críticos. Pero la introducción del modelo socialista (alternativa III) en el análisis complica la situación. El fortalecimiento de III puede acelerar las contradicciones entre I y II, en el sentido que, por una parte, I quiera resolver rápidamente sus conflictos con II para eliminar enseguida a III, mientras que II intente usar a III para chantajear más a I y obtener mayores concesiones. No obstante, en la medida en que III se perfila como una posibilidad real e inmediata, tanto I como II tienen que aliarse para destruir a III. La solución final del conflicto depende de la capacidad de III para dividir a I y II en un primer momento y para, después de debilitarlos, enfrentarlos unidos y vencerlos, o por otra parte, de la capacidad de I y II para unirse y derrotar a III.

En términos menos abstractos, esto significa que la gran empresa transnacional someta definitivamente al capital estatal y liquide al movimiento revolucionario. Para realizar esta operación bastante difícil, tendría que contar con fuerzas de represión mucho más eficaces de las que le otorga la sola acción militar e institucional.

Es necesario, pues, disponer del apoyo de un sector dentro de las masas para derrotar a un movimiento insurreccional popular o un gobierno de carácter popular auténtico, o solamente demagógico pero que sea incapaz de contener el avance de masas. En este caso, estas movilizaciones, que pueden asumir la forma del golpe militar, tienen que contar con el apoyo creciente de un movimiento fascista que tenga su base en los sectores decadentes de la vieja sociedad (latifundistas, clases medias tradicionales en decadencia, pequeña burguesía empobrecida y desplazada socialmente por los monopolios, oficiales medios desilusionados con las soluciones militares institucionales, subproletariado disponible para una movilización violenta) que se organizan para combatir al “comunismo” que ellos ven como el causante de sus males. En un segundo plano, atacan también al monopolio, pero sin tener una contradicción antagónica con él. Sin embargo, un movimiento fascista de este tipo solo puede llegar al poder aliándose al gran capital.

A mediano plazo, estos sectores fascistas deberán ganar suficiente importancia para constituirse en un instrumento de la alternativa I. Pero será un instrumento contradictorio, pues no le faltarán a estos movimientos fascistas banderas nacionales y anticapitalistas; más, así como Mussolini y Hitler pudieron eliminar a los sectores socializantes de su movimiento para servir tranquilamente a la política de los grandes monopolios, también en nuestros países el movimiento fascista podrá destruir su sector nacionalista para servir mejor al imperialismo. De carácter defensivo, este fascismo vendría a asegurar la sobrevivencia de la sociedad capitalista dependiente, mantener la estagnación relativa, aumentar la explotación de las masas, incorporando a una parte del subproletariado urbano y rural a estas condiciones de explotación y generando las condiciones para la plena restauración del desarrollo capitalista dependiente, dentro de una nueva división internacional del trabajo.

Bibliografía

Alberti, B. M.; Horowicz, A. (1972). La penetración imperialista en las ciencias sociales en América Latina. A propósito de Andre Gunder Frank y Theotônio Dos Santos. En *X Congreso Latinoamericano de Sociología*. Santiago de Chile.

Alschuler, L. R. (1973). A Sociological Theory of Latin American Underdevelopment. En *Comparative Studies*. N° VI.

Backmann, R. (1974). Espionaje: la internacional fascista. En *Le Nouvel Observateur*. Francia.

Bagú, S. (1970). Dependencia y subdesarrollo en América Latina, comentarios. En *Problemas del desarrollo*. México: UNAM. N° 4.

Bambirra, V. *El capitalismo dependiente en América Latina*.

Baran, P. (1957). *Economía política del crecimiento*.

Barracough, G. (1974). O Fim de uma Era. En *Opinião*. Brasil.

BID (1966). *Financiamiento Europeo en América Latina*. México: CEMLA.

Bodenheimer, S. (1970). Dependency and Imperialism: The Roots of Latin American Underdevelopment. En *NACLA Newsletter*. NACLA.

Bonilla, F.; Girling, R. (1973). *Structures of Dependency*.

Cardoso, F. H. (1965). Análisis sociológicos del desarrollo económico. En *Revista Latinoamericana de Sociología*. Buenos Aires. N° 1(2), julio.

Cardoso, F. H. (1971). ¿Teoría de la dependencia o análisis de situaciones concretas de dependencia? En *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*. Santiago de Chile.

Cardoso, F. H.; Faletto, E. (1967). *Dependencia y desarrollo en América Latina*.

Cardoso, F. H.; Reyna, J. L. (1966). *Industrialización, estructura ocupacional y estratificación social en América Latina*. ILPES.

CEPAL (1964). *El financiamiento externo de América Latina*. Naciones Unidas.

CEPAL (1966). *El desarrollo social de América Latina en la posguerra*. Buenos Aires: Solar- Hachette.

CEPAL (1967). *Estudio económico de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.

CEPAL (1968). *La CEPAL y el análisis del desarrollo latinoamericano*. Santiago de Chile: CEPAL.

CEPAL (1969). *El segundo decenio de las Naciones Unidas para el desarrollo; aspectos básicos de la estrategia de desarrollo de América Latina*. Lima: CEPAL.

CEPAL (1974) *Estudio económico de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.

CIES (1969). *El Financiamiento externo para el desarrollo de la América Latina*. CIES/1382.

Cintra, A. O. (1966). Sociología e ciencia: para una revisão da sociologia no Brasil. En *Revista Brasileira do Ciencias Sociais*. Belo Horizonte. Vol. IV, N° 1, junio.

Consejo Interamericano Económico Social (1969). *El financiamiento externo para el desarrollo latinoamericano*. Washington: Unión Panamericana.

Davies, J.; Miranda, S. de (1967). The Working Class in Latin America: Some Theoretical Problems. En *The Socialist Register*.

Dos Santos, T. (1966). Subdesarrollo y ciencia social. En *Hermes*. París. N° 3.

Dos Santos, T. (1967). El nuevo carácter de la dependencia. En *Cuaderno del Centro de Estudios Socioeconómicos*.

Espartaco (1966). La crisis latinoamericana y su marco externo. En *Desarrollo Económico*. Buenos Aires. Julio-diciembre.

Fausto, A. (1971). La nueva situación de dependencia y el análisis sociopolítico de Theotônio Dos Santos. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*. Santiago de Chile. N° 1-2.

Fernandes, F. (1970). Patrones de dominación externa en América Latina. En *Revista Mexicana de Sociología*. México. Vol. XXXII, N° 6, noviembre-diciembre.

Frank, A. G. (1965). El nuevo confucionismo del precapitalismo dual en América Latina. En *Economía*. México. N° 4, mayo-junio.

Frank, A. G. (1966). El desarrollo del subdesarrollo” en *Desarrollo*. Bogotá. N° 1(1), enero.

Frank, A. G. (1966). Servicios extranjeros o desarrollo nacional. En *Comercio Exterior*. Vol. XVI, N° 2, febrero.

Frank, A. G. (1967). Sociology of Development and Under Development of Sociology. En *Catalyst*. University of Buffalo. N° 3, verano.

Frank, A. G. (1972). La dependencia ha muerto: viva la dependencia y la lucha de clases. Una respuesta a críticas. En *Sociedad y Desarrollo*. Santiago de Chile. N° 3.

Furtado, C. (1966). La formación del economista en los países subdesarrollados. En *Hermes*. París. N° 4.

Galtung, J. (1965). Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina. En *Revista Latinoamericana de Sociología*. Buenos Aires).N° 1(1), marzo.

Galtung, J. (1966). La formación de una conciencia nacional en América Latina. En *Desarrollo Económico*. Argentina: IDES. Vol. VI, N° 22-23, julio-diciembre.

Graciarena, J. (1965). La sociología en América Latina: algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica en América Latina. En *Revista Latinoamericana de Sociología*. Buenos Aires. N° 1(2), julio.

Graciarena, J. (1973). La dinámica del capitalismo del subdesarrollo en América Latina. En *Foro Internacional*. México. Abril-junio.

Gravel, J-P. (1974). *Sous developpement et dépendence*. Quebec: Université de Laval.

Guilherme, W. (1966). Preliminares de una controversia metodológica. En *Civilização Brasileira*. Río de Janeiro. N° 5-6, marzo.

Guilherme, W. (1966). Preliminares de una controversia metodológica. En *Civilização Brasileira*. Río de Janeiro. N° 5-6, marzo.

Herrera, F. (1967). Viabilidad de una comunidad latinoamericana. En *Estudios Internacionales*. Santiago de Chile. Año I, N° 1, abril.

Hinkelammert, F. (1970). La teoría clásica del imperialismo, el subdesarrollo y la acumulación socialista. En *Cuadernos de la Realidad Nacional*. Santiago de Chile. N° 4, junio.

Hinkelammert, F. (1970). Teoría de la dialéctica del desarrollo desigual. En *Cuadernos de la Realidad Nacional*. Santiago de Chile. N° 6, diciembre.

Hinkelammert, F. (1971). La sociología de la dependencia en América Latina. En *Revista Paraguaya de Sociología*. Asunción. N° 1(21), mayo-agosto.

Hirschman, A. O. (1968). La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina. En *El Trimestre Económico*. México. Vol. XXXV, N° 4, octubre-diciembre.

Ianni, O. (1966). Sociologia da Sociologia na América Latina. En *Revista Brasileira do Ciencias Sociais*. Belo Horizonte. Vol. IV, N° 1, junio.

Jaguaribe, H. (1968). Dependencia y autonomía en América Latina. En *Dependencia económica y política de América Latina*. Lima: CLACSO.

Kann, K. T.; Hodges, D. C. (eds.) (1973). *Readings in US Imperialism*.

Keysseiling, L. H. (1969). *The 1969 Economic Report of President*. Washington.

Le Roy, C. (1973). Toward a Resolution of the Weakness of Dependency Theory. En *Riverside*. California: University of California.

Lieuwen, E. (1967). *Arms and Politics in Latin America*. Council of Foreign Relations.

Lieuwen, E. (1967). *Surveys of the Alliance for Progress: The American Military para el Committee on Foreign Relations of US Senate*. Washington: US Government Printing Office.

Malavé-Matta, H. (1972). Dialéctica del subdesarrollo y dependencia. En *Problemas del Desarrollo*. México. Agosto-octubre.

Marini, R. M. (1966). La interdependencia brasileña y la integración imperialista. En *Monthly Review*. Nueva York. N° 31, abril.

Marini, R. M. (1966). La interdependencia brasileña y la integración imperialista. En *Monthly Review - Selecciones en Castellano*. Nueva York. N° 31, abril.

Marini, R. M.; Pellicer de Brody, O. (1967). Militarismo y desnuclearización en América Latina. En *Foro Internacional*. México: El Colegio de México. Vol. VII, N° 1.

Meeropol, M. (1972). Towards a Political Economy Analysis of Underdevelopment. En *Review of Radical Economy*. N° IV.

Murga, A. (1971). Dependency: A Latin American View. En *NACLA Newsletter*. NACLA.

NACLA (1974). *NACLA's Latin American and Empire Report*. NACLA. Vol. VIII, N° 8.

Nun, J. (1966). América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar. En *Desarrollo Económico*. Buenos Aires. N° 6(22.23), julio-diciembre.

Partido Guatemalteco del Trabajo (1968). *Situación y perspectivas de la evolución guatemalteca*. Praga: Paz y Socialismo.

Paz, P. (1967). *Dependencia financiera y desnacionalización de la industria interna*. CEPAL.

Petras, J. (1966). La armonía de intereses: ideología de las naciones

dominantes. En *Desarrollo Económico*. Argentina: IDES. Vol. VI, N° 22-23, julio-diciembre.

Petras, J. (1967). Revolution and Guerrilla Movements in Latin America: Venezuela, Colombia, Guatemala and Peru. En *Latin America: Reform or Revolution*. Roma.

Pinto, A. (1972). El sistema centro-periferia 20 años después. En *International Economics*. Estados Unidos: LED.

Pinto, A. (1972). Notas sobre desarrollo, subdesarrollo y dependencia. En *El Trimestre Económico*. México. N° 39(154).

Pumaruna, A. (1966). Perú: revolución: insurrección: guerrillas. En *Cuadernos de Ruedo Ibérico*. París. N° 6, abril-mayo.

Quijano, A. (1966). Notas sobre el concepto de marginalidad social. En CEPAL. CEPAL.

Quijano, A. (1967). *Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica*. CEPAL.

Quijano, A. (1967). *Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica*. ILPES.

Stavenhagen, R. (1974). The Future of Latin America: Between Underdevelopment and Revolution. En *Latin American Perspectives*. Sage. N° 1(1).

Stephen Hymer The Multinational Corporation and The Law of Uneven Development. En Bhagwaiti, J. N. (ed.) *Economics and World Order*.

Sunkel, O. (1967). Política nacional de desarrollo y dependencia externa. En *Revista de Estudios Internacionales*. Santiago de Chile. N° 1(2).

Sunkel, O. (1967). Política nacional de desarrollo y dependencia externa. En *Estudios Internacionales*. Santiago de Chile. N° 1(1), abril.

Sunkel, O.; Pinto, A. (1964). Economistas latinoamericanos en Estados Unidos. En *Economía*. Santiago de Chile. N° 82.

Torres Restrepo, C. (1966). El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana. En *Hermes*. Chile: Centro de Alumnos de Economía de la Universidad de Chile. N° 2.

United States Department of Commerce, Bureau of International Commerce (1972). *The Multinational Corporation: Studies on US Foreign Investment*. Estados Unidos: Office of International Investment. Vol. 1, marzo.

US Government (1967). *International Aspects of Anti-Trusts*. En *Hearings before the subcommittee on Antitrusts and Monopoly*. Washington: US Government Printing Office.

US Government (1968). *The Involvement of U.S. Private Enterprise in Developing Economies*. En *Report of the Subcommittee on Foreign Economic Policy of the Committee on Foreign Affairs*. Washington: US Government Printing Office.

Vasconi, T. *Cultura, ideología, dependencia, alienación*. En *Boletín del CESO*. Santiago de Chile. N° 3.

Vernon, R. *Sovereignty at Bay, The Multinational Spread of US Enterprise*.

Vitale, L. (1966). *América Latina: feudal o capitalista*. En *Estrategia*. Santiago de Chile. N° 3.

Weffort, F. (1968). *Classes Populares e Desenvolvimento Social*. IG PES.

Weffort, F. (1971). *Notas sobre la teoría de la dependencia: teoría de clase o ideología nacional*. En *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*. Santiago de Chile. N° 1.

La teoría de la dependencia: balance y perspectivas

PRIMERA PARTE

DE LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA A LA TEORÍA DEL SISTEMA MUNDIAL

I. El cuadro teórico e histórico de la teoría del desarrollo

La Unión Soviética, heredera del imperio ruso, que fue invadido tres veces (por Napoleón, por Alemania durante la Primera Guerra Mundial y por la ocupación nazista durante la Segunda Guerra), salió de la Segunda Guerra con una vasta zona bajo ocupación, la cual procuró consolidar a través de regímenes aliados de corte ideológico que protegiesen su frente occidental. Estos fueron, sin embargo, implantados improvisadamente y sin respaldo social suficiente. Esto llevó a una sucesión de graves crisis (Berlín, Hungría, Polonia). Las oposiciones a los gobiernos de Europa Central contaban con apoyo externo significativo de varios orígenes. Esa inestabilidad era reforzada por la intensificación de la Guerra Fría. La cual era una estrategia de confrontación global establecida por los Estados Unidos e Inglaterra contra la Unión Soviética y sus posibles aliados, con base en una doctrina de “contención” de una supuesta *expansión soviética*. De hecho, la Guerra Fría fue implantada por los Estados Unidos para consolidar su hegemonía sobre el llamado mundo occidental. Sus efectos fueron, sin embargo, extremadamente negativos para la Unión Soviética y los demás países que implantaron economías y Estados socialistas. Acosados por fuerzas materiales e ideológicas superiores, estos países intentaron presentar sus experiencias históricas de transición al socialismo como modelos de una sociedad, una economía y un mundo cultural post capitalista, modelos rígidos que

intentaban transformar en leyes generales de la evolución histórica las limitadas y localizadas soluciones institucionales que pusieron en práctica muchas veces improvisadamente.

En esta recomposición mundial de fuerzas, emerge un conjunto de nuevos Estados nacionales jurídicamente soberanos, entre ellos algunos extremadamente poderosos. La mayor concentración poblacional de la tierra se reunió en dos unidades estatales: China e India se constituyen en Estados nacionales después de décadas de dominio colonial o semi-colonial. Al lado de India se forman los estados islámicos de Pakistán y Bangladesh. Potencias estratégicas, desde el punto de vista geopolítico, como Egipto (que domina el tránsito entre el Mediterráneo y el Golfo Pérsico), Turquía, Persia (hoy Irán), Siria y otros, también se liberan del dominio extranjero y se constituyen en Estados nacionales. Los movimientos de liberación nacional incendian Asia y África. El Medio Oriente se convierte en una zona de disputa donde opera un complejo juego de potencias locales e internacionales. La reemergencia del mundo árabe da una nueva connotación al principal polo petrolero del mundo. Nasser intenta unificar los pueblos árabes, pero su pan-arabismo encontrará serias limitaciones. Con el tiempo, sin embargo, la versión laica de Nasser será reemplazada por un pan islamismo de fuerte contenido fundamentalista, sometiendo el mundo político al clero y la religión por este interpretada.

América latina, a pesar de ser una zona de Estados independientes desde el siglo XIX, se siente identificada con las aspiraciones de independencia política y sobre todo económica de los antiguos pueblos coloniales. Desea, además de una independencia política real frente a las presiones diplomáticas e intervenciones políticas y militares directas de Inglaterra, sobre todo hasta 1930, y de los Estados Unidos particularmente después de la Segunda Guerra, una independencia económica que viabilice sus Estados nacionales, su desarrollo y su bienestar.

La conferencia afro-asiática de Bandung, en 1955, realizada en la Indonesia de Sukarno, reunió a los líderes de India, Egipto, China y Yugoslavia, consagrando una nueva realidad política, económica, cultural y civilizatoria. Nuevas instituciones económicas o políticas como

la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) y el Movimiento de los No-Alineados, darán continuidad al espíritu de Bandung. Las organizaciones regionales de las Naciones Unidas, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), no podían escapar de ese nuevo clima económico, político y espiritual. Entidades como la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) reflejaban el pensamiento crítico e innovador de esas regiones. Josué de Castro, el médico y científico social brasileño que denunció la gravedad de la situación alimentaria en el planeta, en sus obras *Geografía del hambre* y *Geopolítica del hambre*, llegó a la presidencia de la FAO proponiendo una política mundial contra el subdesarrollo.

Era inevitable, por lo tanto, que las ciencias sociales pasaran a reflejar esta nueva realidad. Estas se habían constituido, desde el siglo XIX, en torno a la explicación de la Revolución Industrial y del surgimiento de la civilización occidental como un gran proceso social creador de la “modernidad”. Este concepto comprendía la noción de un nuevo estadio civilizatorio, presentado, a su vez, como resultado histórico de la acción de las fuerzas económicas como el mercado, el socialismo o las burguesías nacionales. Otras veces aparecen como el resultado de un modelo de conducta racional del individuo posesivo y utilitario, que sería la expresión última de la naturaleza humana en tanto liberada de tradiciones y mitos anti-humanos. Otras veces, aún esas conductas económicas, políticas y culturales eran presentadas como un producto de la superioridad racial o cultural de Europa.

La crisis del colonialismo, iniciada en la Primera Guerra Mundial y profundizada después de la segunda Guerra Mundial, colocaría en discusión algunas de esas interpretaciones de la evolución histórica. La derrota nazista imponía un total rechazo de la tesis de excepcionalidad europea y superioridad racial. La modernidad debería ser encarada fundamentalmente como un fenómeno universal, un estadio social que todos los nuevos pueblos deberían alcanzar, pues correspondía al pleno desarrollo de la sociedad democrática que una parte de los victoriosos identificaban con el liberalismo norteamericano e inglés, y otra parte, con el socialismo ruso (que se confundía con una versión que de

este hiciera el entonces intocable Josef Stalin, cuyo liderazgo según se creía, garantizó la victoria de la Unión Soviética y los aliados).

Surge así una vasta literatura científica dedicada al análisis de estos temas, bajo el título general de “teoría del desarrollo”. La característica principal de esta literatura era la concepción de desarrollo como la adopción de normas de comportamiento, actitudes y valores identificados con la racionalidad económica moderna, caracterizada por la búsqueda de la máxima productividad, la generación de ahorro y la creación de inversiones que llevasen a la acumulación permanente de los individuos y, en consecuencia, de cada sociedad nacional. Los pensadores que fundaron las ciencias sociales modernas habían identificado esas actitudes y comportamientos: Karl Marx, Emile Durkheim y Max Weber, además de los economistas clásicos (Adam Smith y Ricardo) y sus seguidores (Stuart Mill). Sus continuadores neoclásicos establecerían teorías convergentes, en ciertos aspectos, en otros contradictorios, sobre esa sociedad moderna y sobre los procesos que conducían a su implantación.

Durante el siglo XX, sociólogos como Talcott Parsons y Merton; antropólogos como Levy-Bruhl, Franz Boas y Herkovics; politólogos como Lipset, Almond y Apter diseñaron un modelo ideal más o menos coherente de las formas de comportamiento compatibles con esa sociedad moderna, y establecieron técnicas de verificación empírica más o menos desarrolladas para detectar el grado de modernización alcanzadas por las sociedades concretas. La teoría del desarrollo buscó localizar los obstáculos a la plena implantación de la modernidad y definir los instrumentos de intervención capaces de alcanzar los resultados deseados en el sentido de aproximar cada sociedad existente a esa sociedad ideal. Por más que esas construcciones teóricas pretendiesen ser construcciones neutras en términos de valores, y alardeasen de haber superado cualquier filosofía de la historia que buscase establecer un fin para la humanidad, era imposible esconder la evidencia de que se consideraba la sociedad moderna, que naciera en Europa y se afirmara en los Estados Unidos de América, como un ideal a alcanzar y una meta sociopolítica a conquistar. Era más o menos evidente, también, una aceptación tácita de que la instalación de esa sociedad era una necesidad histórica irrefutable.

Esto se hizo más evidente cuando se colocó la necesidad de proponer políticas coherentes de desarrollo que procurasen elevar toda la población mundial al nivel alcanzado por los países desarrollados, que habían llegado a este estadio “superior” de organización social. En el área de la economía, autores como Singer, Lewis, Harrod, Domar, Nurske intentaron formalizar los comportamientos y políticas posibles y necesarios para alcanzar el desarrollo. Otros, más escépticos, y algunos hasta críticos, no dejaron de buscar los mismos resultados con métodos menos formales. Perroux, Haberler, Vines, Singer, Hirschmann, Myrdal no dejaron de pretender el mismo objetivo: elevar las sociedades tradicionales, de comportamiento no racional y valores comunitarios limitados, a la condición de sociedades modernas, racionales, universalistas, etcétera.

En la década del cincuenta, la teoría del desarrollo alcanzó su momento más radical, y al mismo tiempo, más divulgado, a través de la obra de W. W. Rostow (1961). Él definió todas las sociedades pre-capitalistas como tradicionales. Ese barbarismo histórico, que provocó la protesta de los historiadores serios, era necesario para resaltar los varios estadios del desarrollo que se iniciaría con el famoso “*take off*”, el “despegue” del desarrollo que habría ocurrido en Inglaterra de 1760, en los Estados Unidos post Guerra Civil, en la Alemania de Bismarck, en el Japón de la restauración Meiji, etc. La cuestión del desarrollo pasó a ser, de este modo, un modelo ideal de acciones económicas, sociales y políticas interrelacionadas, que ocurrirían en determinados países, siempre que se diesen las condiciones para su “despegue”.

Su libro (*The Process of Economic Growth*) se consideraba un “manifiesto anti-comunista” y no ocultaba su objetivo ideológico. Se trataba de demostrar que el inicio del desarrollo no dependía de un Estado revolucionario, como ocurrió en la Unión Soviética, y sí de un conjunto de medidas económicas tomadas por cualquier Estado nacional que asumiese una ideología desarrollista. En un libro posterior, menos divulgado, Rostow defendió la necesidad de que ese Estado desarrollista fuese un Estado fuerte y sus trabajos como consultor de la CIA fueron una de las principales referencias de las políticas de golpes de Estado modernizadores practicado en las décadas del sesenta y setenta, a partir del golpe brasilero de 1964.

El modelo de Rostow tenía un comienzo común, en la indiferenciada masa de economías y sociedades tradicionales, en la que él transformó los 6 mil años de historia de la civilización, y terminaba en la indiferenciada sociedad post-industrial, Era de la prosperidad a la cual reducía el futuro de la humanidad, tomando como ejemplo los años dorados del crecimiento económico norteamericano de la post-guerra.

A pesar de su simplismo, este modelo prevalece en la cabeza de los científicos sociales contemporáneos. Continúa orientando investigaciones y proyectos de desarrollo, a pesar de que su punto de partida –la sociedad tradicional– se haya convertido en un cuerpo más diversificado, en razón de la expansión de la subjetividad de los pueblos descolonizados, y la idea de que la sociedad afluyente haya caído del pedestal después de los movimientos de masas de 1968. Tal vez esta haya sido una de las intervenciones más fuertes y brutales de la ideología en el campo científico. Rostow no dejó de seguir las modas posteriores: en 1970, se adhirió al estudio de los ciclos largos de Kondratiev, en 1990 llamó la atención sobre la necesidad de retomar la temática del desarrollo a través de un método multidisciplinario que dé cuenta de esta problemática (ver Rostow 1978 y 1994). A pesar de ser más serias, aunque fallidas, estas obras jamás alcanzarán la difusión del manifiesto anticomunista de la década del cincuenta.

Pero los ataques de Rostow no dejaron de reconocer la importancia política, histórica, ideológica y científica de la obra de Karl Marx. En aquel momento, la Guerra Fría colocaba en evidencia la experiencia de desarrollo de la Unión Soviética. En verdad, la revolución rusa fue la primera tentativa de conducir racionalmente una experiencia de desarrollo económico por medio de la planificación estatal centralizada. El Estado soviético estableció el Primer Plan Quinquenal en 1929 y desde este año pasó a definir su crecimiento económico y social por intermedio de ese instrumento revolucionario que fuera adoptado en parte por la Revolución Mexicana, después por el Estado Hindú, plenamente por la República Popular China y por las repúblicas populares de Europa Oriental. Los éxitos económicos de estos países imponían respuestas ideológicas como las de Rostow.

El pensamiento marxista no escapaba, sin embargo, de ese esquema general de raciocinio. Para Marx, la modernidad se identificaba con la revolución democrático-burguesa. Se trataba de una versión clasista e

histórica de un modelo cuyas pretensiones universales derivaban de su origen de clase, es decir, la ideología burguesa. Los pensadores no críticos aceptaban su sociedad como la Sociedad, como una forma final e ideal de sociedad en general. Para Marx, esa formación social representaba solamente un estadio del desarrollo global de la humanidad. Al enfrentarse a las especificidades de la formación social rusa, Marx tuvo simpatía por la tesis populista de que Rusia tendría un camino propio –vía comunidades rurales o MIR ruso– para el socialismo sin pasar por el capitalismo. Sin embargo, ni él ni Engels pudieron elaborar en detalle esa idea general.

Con el surgimiento de la revolución rusa, la cuestión se volvía extremadamente complicada. A partir de entonces se hacía necesario explicar cómo el socialismo surgiría como un nuevo régimen político y como un nuevo régimen económico, que contenía elementos importantes de un modo de producción nuevo, en una sociedad que no había alcanzado todavía la madurez de la revolución burguesa ni de la modernización.

Los regímenes dirigidos por los partidos comunistas, implantados en la Unión Soviética y, desde la Segunda Guerra Mundial, en varias partes del mundo no desarrollado, tomarían como tarea realizar esa modernización que las burguesías colonizadas y dependientes (también llamadas burguesías compradoras en Asia y en África), a veces casi inexistentes en esos países, no habían conseguido realizar. Esta modernización asumía una forma nueva al realizarse bajo el comando de la clase obrera y del partido que la representaba, según la ideología de los regímenes de “democracia popular”, entonces en el poder. Pero en la mayoría de esos países no había una clase obrera capaz de conducir este proceso político, ni una industria moderna que pudiera sustentar una producción post-capitalista. Esos regímenes de transición al socialismo buscaban combinar una economía estatal y en parte socialista, con el mercado y otras formas de producción más arcaicas.

Difícil problemática que el pensamiento dialéctico intentaba resolver. Es necesario recordar, sin embargo, que la hegemonía del stalinismo había significado también una derrota de la dialéctica marxista de origen hegeliano. La versión stalinista del marxismo se aproximaba más al positivismo. La solución stalinista fue convertir el régimen soviético, tal como Stalin lo definía, en un modelo ideal a ser seguido por los nuevos regímenes revolucionarios. Los fundamentos de estos modelos

eran: crecimiento económico sustentado en la industrialización de base y, solo secundariamente, en la industria de bienes de consumo; partido único o coalición de partidos democrático populares controlados por el Partido Comunista para conducir las transformaciones revolucionarias; reforma agraria y distribución de la renta que asegurase mayor igualdad social; cultura popular que valorizase el folklore, las manifestaciones del trabajo y la construcción del socialismo.

Para alcanzar tales democracias populares eran necesarias condiciones especiales cuya existencia no se reconocía en los países del llamado Tercer Mundo. Por eso se esperaba que, en la mayor parte de los países subdesarrollados y dependientes, se completase la revolución burguesa, de la cual deberían participar los partidos comunistas, para enseguida colocarse un objetivo socialista. Los casos de China, Corea, Vietnam y posteriormente, el caso cubano, vinieron a romper este principio y provocaron una crisis en el pensamiento stalinista. La posibilidad de que la revolución democrático burguesa se transformara en revolución socialista en esos países pasó a constituir un nuevo dato para la discusión en el campo marxista.

En 1958, Paul Baran demostró que la gestión socialista del excedente económico de las economías subdesarrolladas aseguraba no solamente una mejor distribución de renta, sino también un crecimiento económico más rápido y equilibrado. El modelo soviético, el modelo yugoslavo (que no aceptó varios aspectos del primero), el modelo chino, que partía de condiciones económicas nuevas y, posteriormente, el modelo cubano e inclusive el argelino, más allá de los cambios producto de la des-stalinización de Europa Oriental, se convirtieron en objeto de estudio de una concepción socialista más plena y compleja y se constituyeron en nuevas propuestas de gestión socialista del desarrollo económico. Muchos grupos y sectas intentaron, sin embargo, transformar estas experiencias históricas en “modelos” supuestamente superiores de transición al socialismo.

A pesar de los esfuerzos de teorizar sobre los elementos comunes y específicos de estas experiencias, así como de lo que las distinguía del desarrollo capitalista, los estudios de esos casos contenían fuertes elementos normativos que pretendían presentar el socialismo como la “solución” de todos los “males” del capitalismo, aún en economías que todavía no habían alcanzado los elementos básicos de una economía

industrial moderna. No se trata aquí de desarrollar todos los elementos de un debate por cierto importante, pero muy equivocado en su premisa básica, sobre lo que podría ser el socialismo como régimen de transición de un capitalismo subdesarrollado y dependiente hacia un nuevo modo de producción post capitalista. La dificultad del debate se veía agravada por el hecho de que tales regímenes se establecían en una economía mundial capitalista. La propia Unión Soviética no podía desarrollarse según su voluntad y estaba obligada a condicionar su desarrollo a las exigencias de la Guerra Fría impuesta por los Estados Unidos.¹

La principal característica de toda la literatura que discutimos hasta ahora era, sin embargo, la visión del subdesarrollo como una ausencia de desarrollo. El “atraso” de los países subdesarrollados era explicado por los obstáculos que en ellos existía para su pleno desarrollo y modernización. Sin embargo, a inicios de la década del sesenta, estas teorías pierden su relevancia y fuerza debido a la incapacidad del capitalismo de reproducir experiencias exitosas de desarrollo en sus ex-colonias, que, en su mayoría iniciaban su proceso de independencia a partir de la Segunda Guerra Mundial. Aún países que presentaban tasas de crecimiento económico bastante elevadas, como los latinoamericanos, cuya independencia política había sido alcanzada a principios del siglo XIX, estaban limitados por la profundidad de su dependencia económica y política de la economía internacional. Su crecimiento económico parecía destinado a acumular miseria, analfabetismo y una distribución de renta desastrosa. Era necesario buscar nuevos rumbos teóricos.

II. La teoría de la dependencia: un balance

La teoría de la dependencia, que surgió en América Latina en la década de 1960, intentaba explicar las nuevas características del desarrollo socioeconómico de la región, iniciado de hecho entre 1930-1945. Desde

1. Según la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos, había fuerzas armadas norteamericanas en 64 países, en 1968, cuando llegó a su auge la política militarista de los Estados Unidos, con la escalada de la Guerra de Vietnam (Magdoff, 1969).

la década del treinta, las economías latinoamericanas, bajo el impacto de la crisis económica mundial iniciada en 1929, se habían orientado en dirección a la industrialización, caracterizada por la sustitución de productos industriales importados desde las potencias económicas centrales por una producción nacional. Enseguida, terminado el largo ciclo depresivo (caracterizado por dos guerras mundiales, una crisis global en 1929 y la exacerbación del proteccionismo y del nacionalismo), se restablecía después de la Segunda Guerra Mundial, a través de la hegemonía norte americana, la integración de la economía mundial. El capital, concentrado entonces en los Estados Unidos, se expandió para el resto del mundo, en busca de oportunidades de inversión orientadas hacia el sector industrial.

En estos años de crisis, la economía americana generalizó el fordismo como régimen de producción y circulación, al mismo tiempo que incrementó la revolución científico-tecnológica durante la década del cuarenta. La oportunidad de un nuevo ciclo expansivo de la economía exigía la extensión de esas características económicas en el ámbito planetario. Era esta la tarea que el capital internacional asumía, teniendo como base de operación la enorme economía norte americana y su poderoso Estado nacional, además de un sistema de instituciones internacionales y multilaterales establecido en Breton Woods.

Implantada elementalmente durante las décadas del treinta y del cuarenta, la industria, en los principales países dependientes y coloniales, sirvió de base para la nueva fase de desarrollo económico de post guerra y se terminó articulando con el movimiento de expansión de capital internacional, cuyo núcleo era las empresas multinacionales creadas de 1940 a 1960. Esa nueva realidad replicaba la noción de que el subdesarrollo significaba falta de desarrollo. Se abría camino para comprender el desarrollo y el subdesarrollo como resultado histórico del desarrollo del capitalismo, como un sistema mundial que producía al mismo tiempo desarrollo y subdesarrollo.

Si la teoría del desarrollo y del subdesarrollo era el resultado de la superación del dominio colonial y del surgimiento de burguesías locales deseosas de encontrar su camino de participación en la expansión

del capitalismo mundial, la teoría de la dependencia, surgida durante la segunda mitad de la década del sesenta, representó un esfuerzo crítico para comprender las limitaciones de un desarrollo iniciado en un período histórico en que la economía mundial estaba ya constituida bajo la hegemonía de enormes grupos económicos y poderosas fuerzas imperialistas, aún cuando una parte de ellas estaba en crisis y abría oportunidad para el proceso de descolonización.

Los economistas suecos Magnus Blomström y Bjorn Hettne se convirtieron en competentes historiadores de la teoría de la dependencia. Su libro más completo sobre el tema (Blomström y Hettne, 1990: 15) afirma que hay un “conflicto de paradigmas” entre el paradigma modernizante y el enfoque de la dependencia. Ellos identifican dos antecedentes inmediatos para el enfoque de la dependencia:

- a) Creación de tradición crítica al euro centrismo implícito en la teoría del desarrollo. Se debe incluir en este caso, las críticas nacionalistas al imperialismo euro-norteamericano y la crítica a la economía neoclásica de Raúl Prebisch y de la CEPAL.
- b) El debate latinoamericano sobre el subdesarrollo, que tiene como primer antecedente el debate entre el marxismo clásico y el neo-marxismo, en el cual se resaltan las figuras de Paul Baran y Paul Sweezy.

Ellos resumen en cuatro puntos las ideas centrales que los varios componentes de la escuela de la dependencia defienden:

- a) El subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados.
- b) El desarrollo y subdesarrollo son aspectos diferentes de un mismo proceso universal.
- c) El subdesarrollo no puede ser considerado como primera condición para un proceso evolucionista.
- d) La dependencia no es solo un fenómeno externo, sino que se manifiesta también bajo diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política).

De ahí que Blomströn y Hettne puedan distinguir tres o cuatro corrientes en la escuela de la dependencia:

- a) La crítica o autocrítica estructuralista de los científicos sociales ligados a la CEPAL que descubren los límites de un proyecto de desarrollo nacional autónomo. En este grupo se colocan incuestionablemente Oswaldo Sunkel y una gran parte de los trabajos maduros de Celso Furtado e inclusive la obra final de Raúl Prebisch reunida en su libro *El capitalismo periférico*. Fernando Henrique Cardoso aparece a veces como miembro de esta corriente y otras veces se identifica con la siguiente (tesis que los miembros de esta corriente claramente rechazan y con justa razón).
- b) La corriente neo-marxista que se basa fundamentalmente en los trabajos de Theotônio Dos Santos, Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra, así como los demás investigadores del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO). André Gunder Frank aparece a veces como miembro del mismo grupo, pero su clara posición de negar su vínculo teórico estrecho con el marxismo y su proposición de un esquema de expropiación internacional más o menos estático lo separan del enfoque dialéctico de los otros neo-marxistas.
- c) Cardoso y Faletto se colocarían en una corriente marxista más ortodoxa por su aceptación del papel positivo del desarrollo capitalista y de la imposibilidad o inutilidad del socialismo para alcanzar el desarrollo.
- d) En este caso, Frank representaría la cristalización de la teoría de la dependencia fuera de las tradiciones marxistas ortodoxas o neo-marxistas.

A pesar del brillantísimo y del esfuerzo de fidelidad expresado en su esquema histórico, Blomströn y Hettne pueden ser replicados en lo que respecta a su presentación del debate entre el pensamiento ortodoxo marxista y la corriente que ellos llaman de neo-marxistas. En realidad, esta última corriente tiene muchos matices que ellos no parecen reconocer. Sin embargo, esa discusión nos llevaría demasiado lejos para los límites de ese trabajo. Podríamos decir que esta es, entre varias propuestas, la que más se aproxima a una descripción correcta de las principales tendencias teóricas que conforman la teoría de la dependencia.

Insatisfecho con esta propuesta, André Gunder Frank (1991) realizó un análisis de las corrientes de la teoría de la dependencia contenido en cinco libros publicados a comienzos de la década del noventa. Frank constató una enorme dispersión en la clasificación de los “dependentistas” entre las varias escuelas de pensamiento según estos libros. La lista que él tuvo el cuidado de establecer sirve como un intento de presentación, de una manera más neutra, de los principales pensadores relacionados de acuerdo a sus orígenes teóricos. Dentro de los estructuralistas encontramos a Prebisch, Furtado, Sunkel, Paz, Pinto, Tavares, Jaguaribe, Ferrer, Cardoso y Faletto. En lo que respecta a la teoría de la dependencia, además de Cardoso y Faletto que aparecen relacionados a ambas escuelas, los demás pensadores mencionados son: Baran, Frank, Marini, Dos Santos, Quijano, Bamberger, Hinkelammert, Braun, Emmanuel, Amin y Warren. Frank diferencia aún, en el debate sobre la teoría de la dependencia, entre los reformistas no marxistas, los marxistas y los neo-marxistas.

El siguiente cuadro, elaborado por André Gunder Frank (1991), presenta a los autores más citados en el debate sobre la teoría de la dependencia, de acuerdo con los cinco libros publicados sobre el asunto entre 1989-1990: Hettne, *Development Theory and the Three Worlds* (1990); Hunt, *Economic Theories of Development* (1989); Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment* (1989); Larrain, *Theories of Development* (1989); Lehman, *Democracy and Development in Latin America* (1990). Estos autores habían distinguido, además de las teorías de la modernización y del estructuralismo, cuatro corrientes de la teoría de la dependencia: los reformistas (Refor), los no marxistas (No-Mx), los marxistas (Mx) y los neo-marxistas (NeoMx):

Diagramas sobre las teorías del desarrollo

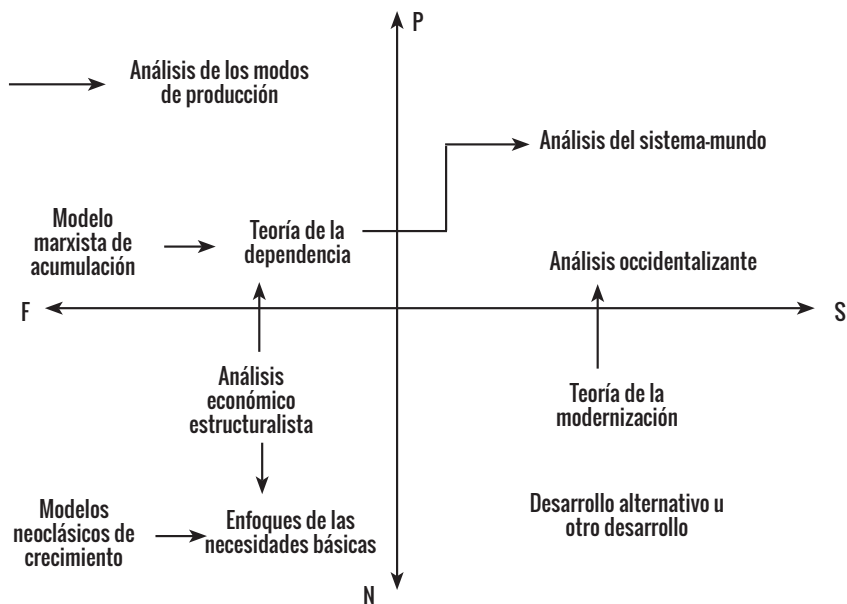
Orientaciones teóricas:

(P) Positivo-formal (F)

(N) Normativo-formal (F)

(P) Positivo-sustantivo (S)

(N) Normativo-Sustantivo (S)



Podemos comprender mejor el sentido de estas opciones teóricas cuando revisamos el reordenamiento de la temática de las ciencias sociales latinoamericanas provocada por la teoría de la dependencia. Este reordenamiento reflejaba no solo nuevas preocupaciones que emergían para el análisis social y económico, sino también, nuevas opciones metodológicas inspiradas en los orígenes teóricos de los investigadores.

En su conjunto, el debate científico latinoamericano revela su integración en una fuerte perspectiva transdisciplinaria. No fue por casualidad que América Latina (que ya revelaba al mundo un autor marxista tan original como Mariátegui, en la década del veinte), produjo

durante las décadas del treinta, cuarenta y cincuenta, pensadores tan originales como Gilberto Freire (que practicaba una sociología de fuerte contenido antropológico, ecológico, psicoanalítico e histórico que encantó a gran parte del pensamiento europeo); Josue de Castro (que unía una excelente formación en las ciencias de la vida, la medicina, la ecología y la geografía humana a un enfoque económico, sociológico y antropológico extremadamente moderno –inspirador de gran parte del debate mundial no solo sobre el hambre y su geopolítica, sino también sobre el subdesarrollo como fenómeno planetario, y de la relación entre ecología y desarrollo–); Caio Prado Junior (cuyo marxismo –a veces estrecho metodológicamente– no le impidió desarrollar una obra histórica de gran profundidad sobre las raíces de la sociedad colonial y sobre el carácter de la revolución brasileña); Guerreiro Ramos (cuyas raíces existencialistas permitían que pensase de manera pionera sobre el nacimiento del movimiento negro contemporáneo, además de iluminar el contenido civilizatorio de la lucha del Tercer Mundo); Raúl Prebisch (cuya visión económica trascendía el economicismo tradicional y revelaba fuertes implicaciones sociales y políticas –iluminada por los brillantes *insights* del sociólogo hispano-latinoamericano Medina Echavarría–); Sergio Bagú (que descubre el carácter capitalista del proyecto colonial ibérico a través de una metodología de análisis marxista modernizada por los recientes avances de las ciencias históricas y sociales); Florestan Fernandes (cuyo esfuerzo metodológico de integrar el funcionalismo de origen durkheimniano, el tipo ideal weberiano y la dialéctica materialista marxista tal vez no haya tenido los resultados esperados, pero impulsó un proyecto filosófico metodológico que se desdoblará en la evolución del pensamiento latinoamericano como contribución específica a las ciencias sociales contemporáneas); o Gino Germani (que logró sistematizar el enfoque metodológico de las ciencias sociales norteamericanas con su liberalismo exacerbado en la creación de un modelo de análisis del desarrollo como proceso de modernización).

La acumulación de estas y otras propuestas metodológicas en la región reflejaba la creciente densidad del pensamiento social, que superaba la simple aplicación de reflexiones, metodologías o propuestas

científicas importadas de los países centrales para abrir un campo teórico propio, con metodología propia, identidad temática y camino para una praxis más realista.

La teoría de la dependencia intentó ser una síntesis de este movimiento intelectual e histórico. La crítica de Bagú, Vitale y Caio Prado Junior al concepto de feudalismo aplicado a América Latina fue uno de los puntos iniciales de las batallas conceptuales que indicaban las profundas implicaciones teóricas del debate que se avecinaba. André Gunder Frank recogió esa problemática para darle una dimensión regional e internacional. La definición del carácter de las economías coloniales como feudales servía de base a las propuestas políticas que señalaban la necesidad de una revolución burguesa en la región. Inspirado en la Revolución Cubana que se declaró socialista en 1962, Frank abrió fuego contra los intentos de limitar la revolución latinoamericana al contexto de la revolución burguesa. Radical en sus enfoques, él va a declarar el carácter capitalista de América Latina desde sus orígenes. Producto de la expansión del capitalismo comercial europeo durante el siglo XVI, América Latina surgió para atender las demandas de Europa, insertándose así en el mundo del mercado mundial capitalista.

No es este el lugar para revisar con detalle el extenso debate que siguió a esos ataques y a la propuesta de Frank de analizar el mundo colonial como un sistema de apropiación de excedentes económicos generados en los más recónditos lugares del mundo. Yo mismo censuré el carácter estático del modelo de Frank y su desprecio por las relaciones de producción asalariadas como fundamento más importante del capitalismo industrial, única forma de producción que puede asegurar una reproducción capitalista, a partir de la cual ese sistema se transforma en un modo de producción nuevo y radicalmente revolucionario (Dos Santos, 1972b).

Era, sin embargo, evidente que Frank estaba en lo cierto en la esencia de su crítica. América Latina surgió como una economía mercantil, volcada hacia el comercio mundial y no puede ser, de forma alguna, identificada como un modo de producción feudal. Las relaciones serviles y esclavistas desarrolladas en la región fueron parte, pues, de un proyecto colonial y de la acción de fuerzas sociales y económicas comandadas por

el capital mercantil financiero en pleno proceso de acumulación –que Marx considera primaria o primitiva, esencial para explicar el origen del moderno modo de producción capitalista–. Estas formas sociales de transición son de difícil caracterización. Ya lanzamos, en la época de ese debate, la tesis de que hay una semejanza entre las formaciones sociales de transición al socialismo y las formaciones socioeconómicas que servirían de transición al capitalismo.

No se podía esperar que la revolución democrático-burguesa fuese el factor movilizador de la región. Pero los errores de Frank abrían también un flanco muy serio. Estos hacían subestimar los obstáculos representados por la hegemonía del latifundio exportador y por la sobre vivencia de relaciones serviles o semi-serviles a la formación de una sociedad civil capaz de conducir una lucha revolucionaria. No se debe olvidar el avance de las relaciones asalariadas en la agroindustria azucarera cubana y la importancia de sus clases medias y de su proletariado urbano, cuya huelga general contribuyó ampliamente a la victoria de diciembre de 1958, para explicar el radicalismo y los éxitos de la Revolución Cubana (Bambirra, 1974).

El debate sobre el feudalismo se desdobló inmediatamente en el debate sobre la burguesía nacional. Se trataba de saber hasta qué punto el socialismo de la región había creado una burguesía nacional capaz de proponer una revolución nacional democrática. Una vez más Frank polarizó la discusión con su negación rotunda del carácter nacional de las burguesías latino americanas. Formadas en los intereses del comercio internacional, estas se identificaban con los intereses del capital imperialista y abdicaban completamente a cualquier aspiración nacional y democrática. Varios estudios mostraban los límites del empresariado de la región: poco conocimiento de la realidad política del país, poca presencia junto al sistema de poder, poco conocimiento técnico y económico, falta de una postura innovadora y de una voluntad de oponerse a los intereses del capital internacional que pudiesen perjudicar el empresariado nacional.

Yo y otros sociólogos nos lanzamos contra esas concepciones simplistas. Durante la década del treinta, figuras como Roberto Simonsen, Euvaldo Lodi y varios otros mostraban una amplia consecuencia política

y económica del empresariado nacional. Sus entidades de clase, como la Federación Nacional de Industria, formulaban un proyecto de desarrollo con alto contenido nacionalista y apoyaban el proyecto de Estado nacional democrático dirigido por Getulio Vargas.

Sin embargo, yo buscaba mostrar los límites estructurales de este proyecto frente a una expansión de las empresas multinacionales para el sector industrial. Estas tenían ventajas tecnológicas definitivas y solo podrían ser detenidas en su expansión por Estados nacionales muy fuertes que necesitaban un amplio apoyo de la población obrera y de la clase media, sobre todo de los estudiantes, que aspiraban al desarrollo económico como única posibilidad de incorporarlos al mercado de trabajo.

No se trataba, pues, de una cuestión de ausencia de conocimiento, disposición de lucha, o determinación. Había serios límites de clase en el proyecto nacional democrático que llegó a ser desarrollado intelectualmente a través del Instituto Brasileiro de Economía, Sociología y Política (IBESP) y posteriormente por el Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB), en la década del cincuenta, que tenía una base material en la Federación Nacional de Industrias y en varios órganos de la administración pública que apoyaron el segundo gobierno de Vargas, cuando este proyecto alcanzó su auge. Tales fuerzas se demostraron, sin embargo, vacilantes cuando pudieron valorar la fuerza y la profundidad de la oposición de los centros de poder mundial a este proyecto. La avasalladora campaña por el *impeachment* de Vargas fue detenida por su suicidio, y su carta-testamento provocó una arrasadora movilización popular que hizo retroceder a la derecha y llevó a una fórmula de compromiso con el gobierno de Juscelino Kubitschek: Brasil abrió sus puertas al capital internacional, garantizando, sin embargo, sus pretensiones estratégicas al exigir un alto grado de integración de su parque industrial, que debería expandirse hasta el montaje de una industria de base.

El enorme crecimiento industrial logrado de 1955 a 1960 profundizó las contradicciones socio económicas e ideológicas en el país. El caso brasileño era el más avanzado en el continente y no aseguró un camino pacífico. La burguesía brasileña descubrió que el camino de la profundización de la industria exigía la reforma agraria y otros cambios dirigidos a la creación de un amplio mercado interno y la generación de

una base intelectual, científica y técnica capaz de sustentar un proyecto alternativo. Tales cambios tenían el precio de aceptar una amplia agitación política e ideológica en el país, que amenazaba su poder.

El golpe de Estado de 1964 cerró las puertas al avance nacional democrático y colocó al país en el camino del desarrollo dependiente, apoyado en el capital internacional y en un ajuste estratégico con el sistema de poder mundial. “Lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para Brasil” –la fórmula del general Juracy Magalhães, ministro de Relaciones Exteriores del régimen militar, consolidaba esa posición–. Por más que los años posteriores hayan demostrado el conflicto entre los intereses norteamericanos y los del desarrollo nacional brasilero, no fue más posible romper la sociedad sellada con hierro y fuego en el asalto al poder de 1964.

No era posible, por lo tanto, despreciar la lucha interna generada por el avance de la industrialización en la década de 1930, y la constatación de la capitulación final de la burguesía nacional no anulaba totalmente su esfuerzo anterior. Capas de la tecnocracia civil y militar, sectores de trabajadores y de la propia burguesía nunca abandonaron totalmente el proyecto nacional democrático. Pero este perdió su carácter hegemónico, a pesar de algunos momentos de irrupción en el poder central durante la dictadura. Durante los años de transición a la democracia, en la década de 1980, este proyecto reapareció en el movimiento por las “Elecciones Directas Ya”, volvió a influenciar las elecciones locales y marcó política e ideológicamente la constituyente de 1988, hasta la formación del llamado “Gran Centro” durante su fase final que logró detener solamente en parte el contenido progresista de la Constitución de 1988. Sin embargo, la reorganización de los sectores hegemónicos de la clase dominante les permitió la recuperación del control en 1989, con la victoria electoral de Fernando Collor. La reacción conservadora encontró un camino todavía más sólido con la alianza de centro-derecha que venció las elecciones de 1994, con Fernando Henrique Cardoso en la presidencia.

Fernando Henrique Cardoso fue uno de los que demostró, en 1960, la debilidad de la burguesía nacional y su disposición a convertirse en socia menor del capital internacional. Fue también uno de los que observó el límite histórico del proyecto nacional democrático y del populismo que lo conducía.

Desde 1974, como señaláramos en nuestro artículo sobre la evolución política e intelectual (Dos Santos, 1994), Cardoso aceptó la irreversibilidad del desarrollo dependiente y la posibilidad de compatibilizarlo con la democracia representativa. A partir de ahí, según Cardoso, la tarea democrática se convertía en un objetivo central contra un Estado autoritario, apoyado sobre todo en una “burguesía de Estado” que sustentaba el carácter corporativo y autoritario del mismo. Según él, los enemigos de la democracia no serían, por lo tanto, el capital internacional y su política monopolista, captadora y expropiadora de los recursos generados en nuestros países. Los verdaderos enemigos serían el corporativismo y una burguesía burocrática conservadora que, entre otras cosas, limitó la capacidad de negociación internacional del país dentro de un nuevo nivel de dependencia generado por el avance tecnológico y por la nueva división internacional del trabajo que se esbozó en la década del setenta, como resultado de la reubicación de la industria mundial.

Estas tesis ganaron fuerza internacional y crearon el ambiente ideológico de la alianza de centro-derecha que se vino a configurar durante la década del ochenta en México, Argentina, Perú, Venezuela, Bolivia y Brasil. Una importante ala de la izquierda populista o liberal se adhirió al programa de ajuste económico impuesto por el consenso de Washington en 1989, y aseguró la estabilidad monetaria y el precarísimo equilibrio macroeconómico de él derivado.

En compensación por esta adhesión, estos gobiernos se garantizaban un largo período en el poder por medio del apoyo internacional. América Latina entró así, en un nuevo nivel de relación, que disfrutó sobretodo bajo la forma de vastos movimientos de capital financiero y su proyección en la prensa internacional, caracterizados por:

- › Monedas fuertes (principio quebrado en México a finales de 1994);
- › Estabilidad monetaria preservada en una coyuntura mundial deflacionaria que liquidó todas las inflaciones de dos dígitos en el mundo entero;
- › Estabilidad fiscal obtenida a través de la privatización de las empresas públicas y el corte de gastos estatales, pero amenazada por el aumento

de la emisión de bonos de deuda pública, pagados con intereses cada vez más altos que terminaron por generar déficits públicos aún superiores a los existentes a inicios de la década del noventa.

Gobiernos reelegidos sucesivamente a través de la reanudación del estatuto de las reelecciones, que retoma el mecanismo político que llevó a las autocracias ilustradas de fines del siglo XIX, todas con fuerte apoyo internacional, y que las llevó finalmente, a colocarse en vías de una integración de las Américas bajo el comando norte americano (o sea, el ALCA) (Dos Santos, 1996).

Ese camino de sumisión estratégica creciente, seguido por las burguesías latinoamericanas, parece confirmar las previsiones más radicales sobre su carácter “entreguista” y “comprador”. La crisis de la deuda externa en la década del ochenta, la crisis socioeconómica que significó la política de “ajuste estructural” para permitir el pago de la deuda externa parecen confirmar el carácter dependiente de nuestras economías. Pero la resistencia de las tecnocracias continentales a esas situaciones fue mucho mayor de lo se esperaba. De repente se vio un re-alineamiento diseñándose en el sub continente. Surgen resistencias al proyecto neoliberal entre los militares, la Iglesia, sectores de la burocracia estatal y, sobretudo, técnicos, ingenieros y científicos. Todos ellos ligados a la existencia de un Estado nacional fuerte y de un desarrollo económico de base nacional significativa. Los trabajadores industriales y de servicio se colocaron, sin embargo, en el centro de la resistencia. Todos estos sectores tienen un papel ínfimo en el proyecto neoliberal, y algunos de ellos llegan inclusive a tornarse inútiles.

Las dificultades de eliminar totalmente esas resistencias mantuvieron el proyecto neoliberal en el marco de un régimen liberal democrático y parece dar razón a la tesis de que el desarrollo dependiente es compatible con los regímenes políticos liberales democráticos.

Mientras tanto, es necesario resaltar que hubo situaciones de excepción, como el caso de Perú, donde Fujimori implantó un régimen de excepción que fue tolerado por las nacientes democracias de la región. En Chile, la oposición regresó a la vida política y al gobierno a través de un difícil compromiso con la preservación de instituciones dictatoriales, entre ellas la senaduría vitalicia de Pinochet.

Hubo también tentativas de rebelión en el seno de las fuerzas armadas argentinas y venezolanas, en 1990-1993, cuyas implicaciones todavía están en curso particularmente con el gobierno de Hugo Chávez. Hubo, además, el surgimiento de nuevos movimientos guerrilleros, entre los cuales se destaca esta nueva forma de política insurreccional que es el Ejército Zapatista, en México. Es importante también considerar la sobre vivencia y el fortalecimiento reciente de las fuerzas insurreccionales en Colombia, donde la crisis del Estado se hace cada vez más aguda. Nadie puede asegurar que la actual onda democrática liberal resistirá indefinidamente a esa combinación de políticas económicas recesivas, abertura externa, especulación financiera, desempleo y exclusión social creciente. Aún cuando, en este contexto, un importante sector de la población pueda mejorar sus padrones de consumo, eso difícilmente sustituirá el desgarramiento del tejido social, de la identidad cultural y de las expectativas de trabajo y de competitividad productiva de gran parte de la población (Dos Santos, 1991).

Esa evolución de los acontecimientos parece confirmar otra temática puesta en evidencia por la teoría de la dependencia: la tendencia creciente a la exclusión social, como resultado del aumento de la concentración económica y de la desigualdad social. “Dependiente, concentrador y excluyente”, estas eran las características básicas del desarrollo dependiente asociado al capital internacional, destacadas por la teoría. Estas características se exacerbaron durante la década del ochenta, bajo el impacto de la globalización comandada por el capital financiero internacional para el pago de la deuda externa y la nueva fase de monedas fuertes y privatizaciones de la década del noventa, en el marco del consenso de Washington.

La evolución de la revolución científico-técnica parece confirmar los análisis de fines de la década del sesenta. Como mostrábamos en aquella época, precediendo en por lo menos una década la literatura sobre la “reconversión industrial”, esta favoreció al crecimiento de la exportación industrial en los países dependientes de desarrollo medio, mientras los países centrales se especializaban en la tecnología de punta, generadora de nuevos sectores de servicio volcados hacia el conocimiento, la información, el ocio y la cultura.

Sin embargo, como previmos, la expansión industrial de América Latina no trajo como consecuencia su pasaje hacia el campo de los países industriales desarrollados. Al contrario, ha aumentado su distancia con relación a los países centrales colocados en la punta de la revolución post industrial, mientras las industrias obsoletas y contaminantes se concentran en los países de desarrollo medio. Lo más grave, con todo, comenzó a ocurrir en la década del ochenta pues, conforme anticipamos, la creciente adopción de la automatización disminuyó drásticamente el empleo industrial. Cada vez más alejado de los centros de producción científica, tecnológica y cultural, los países en vías de desarrollo se insertan en la trampa del crecimiento económico sin empleo, sin ver, por otro lado, expandirse las oportunidades de ocupación en educación, salud, cultura, ocio y otras actividades típicas de la revolución científico-técnica.

La devaluación de las capas medias de profesionales resultante de esta falta de inversión en investigación y desarrollo solo es compensada, parcialmente, por la emigración de gran parte de ellos hacia los países centrales. Se profundiza así la captación de recursos humanos, *brain drain* de la década de 1960, ahora atrayendo cerebros de los países de desarrollo medio, cuya estructura de educación superior se tornó inútil frente a la baja demanda de servicios resultante de un desarrollo dependiente, subordinado, concentrador y excluyente. Los cuadros formados por sus universidades, sin medios para la investigación, y sin contacto con las verdaderas fuentes de demanda de investigación y desarrollo, van a ser reclutados en los países centrales (Dos Santos, 1993; 1995).

Al lado de estas tendencias, prosigue la penetración del capitalismo en las zonas rurales, expulsando cada vez más la población hacia los centros urbanos. La urbanización se transforma, de manera creciente en metropolización y “favelización”, es decir, marginalidad y exclusión social, que asumen muchas veces el carácter de un corte étnico, lo que explica la fuerza de las reivindicaciones étnicas en los centros urbanos de la región. De hecho, el renacimiento de la cuestión indígena y de los movimientos negros bajo nuevas formas, cada vez más radicales, es una expresión de esa situación.

El abandono del esfuerzo científico y tecnológico regional llevó también al abandono del sector de bienes de capital, donde se concentra la

llave del proceso de revolución científico-técnica y la posibilidad de un desarrollo auto-sostenido. La complejidad de la industria de base y su modernización a través de la robotización comienza a retirarla hasta de países como Brasil, donde alcanzó un alto nivel de desarrollo.

El Estado nacional se ve oprimido por estos cambios: con el pago de los intereses de la deuda externa en la década del ochenta, se crea una inmensa deuda interna, con altísimos intereses y alta rotación. En la década del noventa, cuando la tasa de interés internacional cae, los países dependientes se ven estimulados y hasta forzados a emprender políticas económicas de valorización de sus monedas nacionales. Estas políticas los llevan a generar importantes déficits comerciales, los cuales procuran cubrir atrayendo capital especulativo de corto plazo, pagándoles altos intereses internamente.

Es así que, al escaparnos de los intereses internacionales altos (hoy extremadamente bajos), caímos en la trampa de intereses internos altos.

El Estado se convierte en prisionero del capital financiero, ahogado por una deuda pública en crecimiento exponencial, cuyo servicio no deja ya ningún espacio para la inversión estatal, y también cada vez menos para las políticas sociales y aún para la manutención del modesto funcionalismo público de la región

El contenido de clase del Estado se hace, pues, más evidente todavía. Se pone completamente al servicio del gran capital financiero, subordinado cada vez más a otros sectores de la burguesía. Se ve obligado a abandonar el clientelismo y el patrimonialismo de las antiguas oligarquías, por lo cual el Estado atendía a sus familias y a una vasta población de clase media. Suprime la apertura llevada a cabo por el populismo a los dirigentes sindicales y otras entidades corporativas. No hay dinero para nadie más –el hambre del capital financiero es insaciable–.

Las políticas de bienestar volcadas hacia los sectores de baja renta y hacia la previsión social también se ven definitivamente amenazadas. La onda neoliberal estimula medidas que giran alrededor de una recuperación del dinamismo del mercado, que no funcionó en ninguna parte del mundo. Los gobiernos de Reagan y Thatcher no abandonan el gasto público, a pesar de liderar el movimiento neoliberal. Por el contrario, Reagan aumentó más de cinco veces el déficit público norteamericano,

creando una enorme deuda pública que sirvió de punto de partida al movimiento financiero de la década del ochenta. Los alemanes y japoneses fueron los principales beneficiarios de esa política: aumentaron su superávit comercial con los Estados Unidos e invirtieron sus utilidades en títulos de deuda pública a altas tasas de interés. Al mismo tiempo, convirtieron sus monedas en poderosos instrumentos de política económica (Dos Santos, 1992).

Lo que más sorprendió a los teóricos no dependentistas fue el crecimiento de los países del Sudeste Asiático. Muchos autores presentaron la consolidación del crecimiento de esos países como evidencia del fracaso de la teoría de la dependencia. Son varios los estudios sobre esos procesos, que son unánimes en reivindicar las especificidades de la situación regional. Las economías de esa región no contrajeron una gran deuda externa en la década del setenta, como los países latinoamericanos y los de Europa del Este. Estas pasaron por reformas agrarias radicales en las décadas del cuarenta y del cincuenta, para lo cual tuvieron especial apoyo norteamericano, en razón de su proximidad con los enemigos de la Guerra Fría. Contaron con la acumulación de capitales japoneses y la política del MITI de exportar las tecnologías de industrias en proceso de obsolescencia para los países vecinos y tuvieron condiciones especiales de penetración en el mercado norteamericano por las razones geopolíticas ya mencionadas. Pero, sobre todo, esas economías practicaron una fuerte intervención estatal y proteccionismo que les permitió sustentar sus políticas económicas y desarrollar, al mismo tiempo, una base tecnológica propia, aunque modesta.

Nada de eso impidió, sin embargo, que sufrieran con rigor la crisis financiera internacional cuando la valorización del yen, en 1992, comenzó a limitar sus exportaciones para el mercado norteamericano. El yen fuerte permitió a Japón sustituir en parte el mercado norteamericano, mientras que China ocupaba el espacio de exportador para los Estados Unidos, dejados por Japón, los “tigres” y los “gatos” asiáticos. Japón volvió al mercado americano y las demás economías exportadoras asiáticas se vieron en la necesidad de devaluar sus monedas para recuperar espacio en el mercado norteamericano. Bajo el ataque de los especuladores, la crisis se volvió más dramática y mostró los límites de esas economías.

Esa evolución muestra que la agenda colocada a la orden del día por la teoría de la dependencia continúa siendo de gran actualidad, a pesar de los cambios fundamentales ocurridos en el período. Esos cambios siguieron, sin embargo, las tendencias señaladas a fines de la década del sesenta. Con nuestros estudios sobre la nueva dependencia, el surgimiento del subimperialismo y el papel de marginalización y exclusión social, nos anticipamos claramente a la evolución de los acontecimientos.

Pero lo que resalta, sobre todo, es la cuestión metodológica. Más que nunca, la problemática del subdesarrollo y desarrollo necesita ser analizada dentro del proceso de evolución del sistema económico mundial. En este, persiste la división entre un centro económico, tecnológico y cultural, una periferia subordinada y dependiente, y formas de semiperiferia que ganaron gran dinamismo durante la fase depresiva del ciclo de Kondratiev (1967-1993). Todo indica que se retomó el crecimiento a partir de 1994 y nuevos alineamientos deben producirse con la entrada de la economía mundial a un nuevo ciclo largo de Kondratiev (Dos Santos, 1991; 1992; 1993; 1994; 1995; 1998).

La caída del socialismo estatizante de fuerte influencia stalinista, el socialismo en una sola gran región del mundo, provocó una ola de euforia neoliberal que perjudicó muy gravemente la evolución de esos países. Todo indica, sin embargo, que la población de esos países deberá rectificar esa aventura altamente costosa en vidas humanas y en bienestar social.

Las contradicciones entre Estados Unidos, Europa y Japón encontraron el canal del Grupo de los Siete para encaminarlas. Rusia (liberada de sus aliados o "satélites" europeos y de la periferia de la antigua Unión Soviética) fue precariamente integrada a este grupo. Pero China, en pleno crecimiento, la India y Brasil, entre otras dieciocho potencias medias, no encontraran todavía su lugar en el sistema mundial post Guerra Fría. La no resolución de esta cuestión crucial tendrá un alto costo para la paz mundial.

La separación del mundo en bloques regionales parece ser la forma intermediaria que el proceso de globalización viene asumiendo para resistir al libre movimiento de capitales financieros o de las empresas transnacionales o globales. Esto se encuentra también en las previsiones de la teoría de la dependencia, inclusive la importancia de las integraciones regionales en América Latina como el camino más sólido para la

integración regional de todo el continente. Los propios Estados Unidos se ven obligados a buscar un camino de mayor aproximación hemisférica. El acuerdo de libre comercio de América del Norte (NAFTA) muestra las dificultades de esa integración de estructuras tan asimétricas y tan desiguales. La propuesta del área de libre comercio de las Américas (ALCA) encuentra resistencia en todos lados. La integración bien sucedida del Mercado Común del Sur (Mercosur) reafirma el principio de que es más fácil integrar mercados de niveles semejantes, particularmente de significativo desarrollo industrial. Sin embargo, la Asociación de las Naciones de Sudeste Asiático (ASEAN) muestra la posibilidad de una complementariedad entre un país central que ocupa la función de un polo de acumulación como Japón y otros periféricos, en que el primero organice su mercado como consumidor de los productos de los mercados próximos, con transferencia de tecnología para garantizar la calidad de sus abastecedores. Los Estados Unidos estarían dispuestos a generar una política de buena vecindad que integrase las Américas bajo su égida. Si no lo hacen a mediano plazo, tal vez ya encuentre un Brasil consolidado como líder de un desarrollo regional en América del Sur.

Como vemos, los cambios teóricos y metodológicos iniciados en la década del sesenta, como cristalización de un amplio esfuerzo teórico y político anterior, tiene un alcance mucho mayor de lo que se pensaba. Estos indicaron la necesidad de repensar la cuestión del desarrollo dentro de un contexto teórico mucho más amplio, que colocaba en cuestión el paradigma dominante en las ciencias sociales. Es necesario, pues, que discutamos el impacto internacional de los estudios sobre la dependencia para comprender sus posibilidades y sus límites teóricos.

III. El debate sobre la dependencia

Para comprender la evolución de la teoría de la dependencia, es necesario tomar en consideración su enorme difusión y, enseguida, los más diversos ataques que esta teoría sufrió en las décadas del setenta y del ochenta. Pasamos a presentar un examen de la literatura sobre el asunto, distinguiendo dos décadas.

En la década del setenta, una extensa literatura sobre la teoría de la dependencia dio inicio al debate sobre el tema, a partir de una perspectiva universal. El artículo de Suzzane Bodenheimer, "Dependency and Imperialism" (*Politics and Society* N° 5, mayo de 1970), fue tal vez la primera tentativa de presentar una teoría de la dependencia como una nueva escuela de pensamiento que proponía un paradigma científico alternativo al *mainstream* del pensamiento social occidental. En febrero de 1973, *The Journal of Interamerican Studies* dedicó una edición especial a la teoría de la dependencia, de contenido esencialmente crítico, el cual asumía claramente un punto de vista conservador. Los diversos autores levantaban la cuestión de que la noción de dependencia era una disculpa para explicar el fracaso económico de los países subdesarrollados. Este mismo año, Norman Girvan (1973) buscaba aplicar el concepto de dependencia a la realidad caribeña, ejerciendo una particular influencia sobre el gobierno Manley, en Jamaica. La verdad, este trabajo será un punto de partida de la escuela caribeña de lengua inglesa de la dependencia (Blomström & Hettne, 1984; 1990: 128-155).

En África, la teoría de la dependencia encontró una elaboración teórica en curso sobre el desarrollo y se produjo una fusión bastante provechosa. Samir Amin (1974) convocó una reunión en Dakar, en 1970, para producir un encuentro entre el pensamiento social latinoamericano y africano. Cuatro años más tarde, Abelatif Benachenou convocará a la realización de un Congreso de economistas del Tercer Mundo en Argel, que dará origen a una Asociación de Economistas del Tercer Mundo. Anteriormente, en Dar el Salaam, se reunieron científicos sociales de todo el mundo que intentaban un camino teórico alternativo, muy influenciado por el estructuralismo y por la teoría de la dependencia. Surge de este esfuerzo el libro de Tamas Sentzes (1971) sobre el desarrollo económico, que se convirtió en un clásico en la región. Entre los estudios africanos surgen los trabajos de Wallerstein y Giovanni Arrighi, que tanto impacto tendrán posteriormente, con su sede en el Fernand Braudel Center, en Binghampton.

En Asia, particularmente en la India, ya había una larga tradición de crítica antiimperialista y de formulación de caminos propios de desarrollo. Pero esas propuestas, a pesar de estar más abiertamente apoyadas

en la planificación estatal, no dejaban de partir de la disyuntiva entre tradicional y moderno, atraso y desarrollo, a pesar de reconocer los aspectos económicos, social y culturalmente positivos de la cultura hindú. Gandhi, sobretodo, había apoyado la movilización de masas antiimperialista en el reconocimiento de valores de la cultura hindú, entre los cuales no estaba solamente la no-violencia, sino también la producción autónoma y artesanal de la comunidad hindú. Por esta razón, ciertos sectores del pensamiento nacional democrático hindú recibieron mal una visión de subdesarrollo que la ligaba a la formulación del capitalismo moderno como una economía mundial. Blomström y Hettne (1984-1990) insisten en la poca influencia de la teoría de la dependencia sobre el pensamiento hindú.

Sin embargo, muchos autores hindúes no solamente integraron la noción de dependencia a sus dimensiones teóricas o presentaciones didácticas, sino también asumieron la teoría de la dependencia como instrumental analítico (Baghshi, 1972; Todaro, 1977). Con relación al conjunto de Asia, se puede ver este impacto en el libro organizado por Ngo Man Lan (1984). Ahí aparece la profunda influencia de los estudios sobre la dependencia en las regiones más típicamente subdesarrolladas, como Filipinas, Tailandia y el Sudeste Asiático en general, donde se gestaba la experiencia de los tigres asiáticos.

En América Latina, el programa de la Unidad Popular de Salvador Allende y algunas tendencias del gobierno revolucionario peruano incorporaban elementos claves de la teoría de la dependencia. La teoría de la liberación que surgía en el Perú con Gustavo Gutiérrez tomó la teoría de la dependencia como su referencia fundamental. Otros autores, como Enrique Dussel, asumieron claramente esta perspectiva analítica, integrándola a su interpretación teórica del marxismo y del cristianismo. Luigi Bordin procuró demostrar las profundas relaciones entre la teología de la liberación en Brasil y en América Latina y la contribución teórica del ala marxista de la teoría de la dependencia.

En Cuba, la revista pensamiento crítico abrió sus páginas al nuevo pensamiento latino americano y persistió como una influencia teórica fundamental hasta la derrota del Che Guevara en el debate entablado entre él y Rafael Rodríguez sobre el papel de las motivaciones materiales

y de las motivaciones morales en la planificación socialista. El fracaso de la gran cosecha de los 10 millones de toneladas y otros errores de la dirección revolucionaria llevaron a la adhesión del PC cubano a las tesis del “marxismo-leninismo” ortodoxo soviético, con sus manuales de materialismo histórico y dialéctico, sus interpretaciones del imperialismo, de la Revolución Rusa, de las revoluciones de liberación nacional que se restringían al paso de sociedades feudales o pre-capitalistas al capitalismo moderno y a la democracia liberal.

Las teorías de la modernización que buscábamos superar se cristalizaban bajo la forma de un marxismo de inspiración positivista, en el cual predominaba un evolucionismo mecanicista. Cuba volvía a ser un país exportador de caña de azúcar e importador de manufacturados, solo que ahora en el campo socialista.

El socialismo permitía, sin embargo, un uso de los excedentes de esa exportación en la implantación del más avanzado proyecto educativo, de salud y de control popular sobre el Estado. Sin embargo, aún con las deformaciones burocráticas impuestas por los rusos, no se consiguió quebrar la espina dorsal de la Revolución Cubana. Esta llama revolucionaria permitió a Cuba enfrentar y superar las consecuencias de la caída del socialismo real en Europa Oriental y la Unión Soviética. Vania Bambirra protagonizó una amplia polémica con la ortodoxia cubana, tanto guevarista como comunista. En el seminario realizado en el Centro de Estudios Socioeconómicos, en Santiago de Chile, ella cuestionó las interpretaciones comunes de la Revolución Cubana y reivindicó el papel de las luchas democráticas, de las masas urbanas, de la movilización histórica por la huelga general y hasta una buena parte de la militancia del Partido Comunista de Cuba en el éxito de la revolución. Esas tesis fueron publicadas en su libro *La Revolución Cubana: una reinterpretación*, que fue leído por sectores de la dirección política cubana pero no fue divulgada en el país por sus concepciones no-ortodoxas. En él se aplicaba la teoría de la dependencia para mostrar no solamente las verdaderas causas del proceso revolucionario cubano, sino también sus dificultades. En Cuba, Francisco López Segrera utilizaba la teoría de la dependencia para interpretar el conjunto de la historia cubana (López Segrera, 1972). La teoría de la dependencia ganaba así una avasalladora influencia en la región

latinoamericana y del Caribe; en Estados Unidos, África y Asia profundizaba su campo de influencia a través de la teología de la liberación. En Europa, la misma teoría encontraba eco en la izquierda revolucionaria, en la izquierda del socialismo y la socialdemocracia. Influyó investigaciones de gran valor, como las realizadas por el Starnberg Institut, en Alemania, sobre la nueva división internacional del trabajo, los teóricos españoles, alemanes, franceses e ingleses. Entró también en los países nórdicos al influir en las investigaciones para la paz.

En 1977, Helena Tuomi hacía un levantamiento de los modelos de dependencia en la investigación occidental sobre desarrollo (Tuomi, 1977). Ella encontró, en aquel año, cinco proyectos de investigación que intentaban definir las variables independientes y dependientes capaces de explicar las relaciones de dependencia. Estas investigaciones procuraban medir, en períodos de tiempo más o menos largos, estas variables buscando definir modelos de explicación de subdesarrollo y probarlos empíricamente.²

Pero era en América Latina que los estudios sobre la dependencia avanzaban por todas partes. A mediados de la década del setenta comienza, sin embargo, un movimiento de crítica a la teoría de la dependencia. En el Congreso Latinoamericano de Sociología de 1975, en Costa Rica, esa discusión tomó gran parte del evento. Los resultados de este debate fueron publicados en el libro *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana* (1979), bajo la supervisión editorial de Daniel Camacho.

Heraldo Muñoz publicó uno de los mejores resúmenes sobre la teoría de la dependencia en sus artículos: “el análisis de la teoría de la dependencia en los centros: ejemplo de EE.UU.” (en *Estudios Internacionales*, Vol. 12, N° 45, enero-marzo, pp. 68-76), y “Cambio y continuidad en el debate sobre la dependencia y el imperialismo” (1978: 88-138). En 1982, él editó *From Dependency to Development - Strategies to overcome Underdevelopment and Inequality* (ver Rodríguez, 1979; y el capítulo sobre el marxismo

2. Ellos eran Bruce Russett (1975), Kaufman, Chernostsky & Geller (1975), Chase Dunn (1975), Duvall *et al.* (1976), Alschuler (1976). Entre los nórdicos que discutieron la cuestión de los modelos de dependencia y su impacto en los estudios sobre la paz, ver Autola, Esko (1976), Galtung, Johan (1971), Hveen Helge (1973), Tuomi, Helma (1977), Váyrinen, Raimo (1976).

latinoamericano escrito por Juan Portantiero para la colección *History of Marxism*, dirigida por Eric J. Hobsbawm). La gran ola de críticas a la teoría de la dependencia se amplió sobre todo en la segunda mitad de la década del setenta y comienzos de la década del ochenta, proveniente en parte de autores latinoamericanos. Agustín Cueva, en *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*, dio inicio a una nueva crítica de la dependencia, acusando a sus autores de sobreestimar factores externos con relación a factores internos y de que abandonaron el análisis de las clases sociales. Después de eso, él publicó el libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1978) en el cual dio continuidad a esas críticas. Posteriormente, él aceptó el hecho de que estaba engañado en sus críticas y pasó a destacar las conquistas del ala marxista de la teoría de la dependencia frente a los ataques que esta recibiría del pensamiento conservador latinoamericano y europeo. Octavio Rodríguez publicó su “Informe sobre las críticas de la concepción de la CEPAL” (1974), donde defendía a Prebisch y la CEPAL de las críticas de la teoría de la dependencia. Enrique Semo (1975), presentó una crítica basada en la interdependencia como una tendencia en la economía internacional. El trabajo de Vania Bambirra titulado *Teoría de la dependencia: una anticrítica* (1978) responde a gran parte de esas críticas. Ella muestra sobre todo los errores de interpretación que estas contenían, atribuyendo a los teóricos de la dependencia posiciones que nunca defendieron, como la idea de una tendencia al estancamiento económico, una sobre valoración de los factores externos a los internos, entre otras.

Existe también un grupo de críticos de la teoría de la dependencia que se autodenominan “marxistas ortodoxos” o simplemente “marxistas”.³ Ellos creen que la teoría de la dependencia coloca las determinaciones externas como fundamentales y relega a un segundo plano la lucha de clases al interior de cada país. Condenan también cualquier visión

3. Ellos consideran “no-marxista” la búsqueda del establecimiento de elementos estructurales que forman un contexto nacional donde se desarrolla una lucha de clases, y son incapaces de comprender el sentido histórico de los conceptos de imperialismo y dependencia. En esta línea están los textos de O Brien (1975), Kahl (1976), Palma (1978). Los libros más globales y serios publicados sobre el tema en la década del ochenta fueron: Ronald Chilcote (1985); Magnus Blomström y Bjorn Hettne (1984). Ronald Chilcote publicó también un libro sobre esta polémica (1982). Un debate muy serio acerca del impacto teórico y empírico de la teoría de la dependencia puede ser encontrado en Christopher Abel y Colin M. Lewis (1985).

crítica del desarrollo del capitalismo, que, según ellos, no presenta diferencias entre los países dominantes y los dependientes. Esta tendencia endogenista cree que el imperialismo representa un progreso al desarrollar las fuerzas productivas en nivel internacional. Ellos no comprenden cómo el imperialismo bloquea el desarrollo de las fuerzas productivas de las naciones colonizadas, mutila su poder de crecimiento económico, de desarrollo educativo, de salud y otros. No consiguen entender el fenómeno de la sobre explotación y la transferencia internacional de excedentes generados en el Tercer Mundo y enviado a los países centrales.

De hecho, ocurrirá una convergencia entre las críticas de Fernando Henrique Cardoso y sus colegas que iniciaron la teoría de la dependencia y las críticas de los llamados “marxistas”. Estos, sin embargo, llevan su “ortodoxia” muy lejos, defendiendo la necesidad de analizar los modos de producción al interior de cada economía. Son llamados de autonomistas y endogenistas y fueron analizados por Marini (1995) con rigor y precisión. Una lectura seria de Marx jamás autorizaría ese tipo de interpretaciones del marxismo. Él siempre llamó la atención para el carácter internacional del modo de producción capitalista y consideró el comercio internacional como condición necesaria de la acumulación primitiva capitalista. Marx jamás autorizaría una concepción clasista que colocase en oposición el análisis de las economías nacionales y el estudio de su articulación con la economía mundial. Él siempre entendió la formación del capitalismo como la dialéctica entre la economía mundial, como fenómeno independiente, y el conjunto de economías nacionales en competencia, apoyándose en sus Estados nacionales.

Las implicaciones teóricas de la teoría de la dependencia están todavía por desarrollarse. Su evolución en dirección a una teoría del sistema mundial, buscando reinterpretar la formación y el desarrollo del capitalismo moderno dentro de esa perspectiva, es un paso adelante en este sentido, como veremos en los próximos capítulos,⁴ podrían convertir en una sólida referencia para el estudio de la teoría de la dependencia. La participación soviética también fue relevante en este debate,

4. La literatura sobre la teoría de la dependencia crece cada día en todas partes del mundo, aún después de que varios autores decretaron su fallecimiento.

particularmente los siguientes artículos y libro del Institute of World Economy and International Relations of the Science Academy (1978); Kiva Maidánik (1982); Vladimir Davydov (1984; 1985; 1986).

André Gunder Frank (1991) escribió a comienzos de la década del noventa un libro autobiográfico en el cual analiza algunos de sus libros sobre el tema citado al inicio de este balance. Debemos, sin embargo, añadir a esa lista las siguientes publicaciones más recientes: Charles Oman y Ganeshan Wignajara (1991); Alvin Y. So (1990); David E. Apter (1990); Richard Peet (1991); Heintz R. Sonntag (1989). Este último libro integró el debate sobre la teoría de la dependencia con un nuevo avance conceptual establecido en la década del setenta, que relaciona la discusión sobre el desarrollo al debate sobre la teoría del sistema-mundo. Este nuevo avance es consecuencia de una creciente precisión del concepto de economía mundial.

IV. La globalización y el enfoque del sistema-mundo

La teoría de la dependencia proseguía y perfeccionaba un enfoque global que pretendía comprender la formación y evolución del capitalismo como economía mundial. Prebisch ya hablaba, en la década del cincuenta, sobre la existencia de un centro y una periferia mundial, tesis que perfeccionará en la década del setenta bajo la influencia del debate sobre la dependencia (Prebisch, 1981). La teoría de la dependencia buscó refinar ese esquema al rever la teoría del imperialismo desde su formación, con Hilferding, Rosa Luxemburgo, Hobson, Lenin y Bukharin. André Gunder Frank (1991) llama la atención para esa búsqueda de análisis del sistema mundial que se diseña sobre todo a comienzos de la década del setenta con Amin (1974), Frank (1978; 1980; 1981), Dos Santos (1970; 1978), pero gana realmente gran aliento con la obra de Immanuel Wallerstein (1974; 1980; 1989), que desarrolló la tradición de Fernand Braudel (1979). Todo eso ha sido objeto de una amplia discusión.⁵

5. El concepto de economía mundial como realidad independiente fue desarrollado por la escuela de la dependencia, sobre todo en la década del setenta: André Gunder Frank escribió en este período: *World Accumulation, 1492-1789* (1978), y *Dependent Accumulation and Underdevelopment* (1978). Posteriormente de-

Varios autores reconocen la estrecha relación de la teoría del sistema-mundo con la teoría de la dependencia. Bjorn Hettne elabora inclusive un cuadro de la evolución del debate sobre desarrollo y dependencia, en el cual la teoría de la dependencia tiene como resultado de su evolución la teoría del sistema-mundo, mientras la tendencia estructuralista marcha para la teoría de las necesidades básicas abanderada por el Banco Mundial en la década del setenta, bajo la dirección de Mc Namara. Mientras tanto, la tendencia endogenista (que se pretende marxista y que él llama análisis de los modos de producción) se origina, según él, de los modelos marxistas de acumulación de capital y representaría una tercera vertiente teórica. Según Hettne, la teoría de la dependencia también habría tenido este origen en los modelos marxistas de acumulación, pero habría sufrido la influencia del análisis económico estructuralista de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Las teorías de la modernización habrían mantenido, por otro lado, su cuadro de análisis occidentalista y euro centrista, mientras sufrían la crítica de los modelos de “otro desarrollo” o desarrollo alternativo. Estos últimos terminarían, según creemos, influenciando la concepción de desarrollo humano de PNUD. Esas tendencias pueden ser visualizadas en el diagrama presentado por Bjorn Hettne (1982: 140).

Diagrama

El enfoque del sistema-mundo busca analizar la formación y evolución del modo capitalista de producción como un sistema de relaciones económico sociales, políticas y culturales que nacen al final de la Edad Media europea y evoluciona para convertirse en un sistema planetario y

sarrolló su análisis en *Crisis in the World Economy* (1980) y *Crisis in the Third World* (1981). Samir Amin produjo, durante este mismo período *Accumulation on a World Scale: A critic of the Theory of Underdevelopment* (1974). Theotônio Dos Santos desarrolló el mismo tema en *La crisis norteamericana y América Latina* (1970), así como en *Imperialismo y dependencia* (1978). Ese interés por la economía mundial también se manifestó en el artículo de Fernando Henrique Cardoso (1973), así como el artículo de O. Sunkel sobre “Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina” (1973). Prebisch también se orientó en dirección a la economía mundial durante este período, sobre todo en su libro *Capitalismo periférico, crisis y transformación* (1981). Al mismo tiempo, Ruy Mauro Marini escribió *Dialéctica de la dependencia*, confirmando su tendencia a un análisis más teórico y global, expresada aún con más claridad por Orlando Caputo en las tesis sobre “Las teorías de la economía mundial” (1979), que infelizmente no fue publicada.

confundirse con la economía mundial. Ese enfoque, aún en elaboración, destaca la existencia de un centro, una periferia y una semi-periferia, además de distinguir, entre las economías centrales, una economía hegemónica que articula el conjunto del sistema.

Al mismo tiempo, la teoría del sistema-mundo absorbió la idea de ondas y ciclos largos de Braudel (1979), que se diferencian de los ciclos de Kondratiev. Existen, sin embargo, tentativas de conciliar los ciclos de Kondratiev de cincuenta a sesenta años con los ciclos más largos o seculares, ligados al movimiento del capital financiero, descubiertos por Braudel. De esta forma, la evolución del capitalismo es considerada una sucesión de ciclos económicos, articulados con procesos políticos, sociales y culturales. Arrighi (1995) consiguió ordenar la historia del capitalismo como una sucesión de cuatro ciclos largos de acumulación, basados en cuatro centros hegemónicos:

1. El ciclo genovés (que se articula con las conquistas ibéricas), que se inicia a fines del ciclo XIV e inicios del siglo XV, cuando se forma la base de acumulación financiera de Génova, como ciudad estado y, posteriormente, como nación de los genoveses, localizada en varios centros financieros europeos, el cual se prolonga hasta fines del siglo XVI y comienzos del XVII. Este ciclo tiene en las monarquías ibéricas su principal instrumento político y militar.
2. El ciclo holandés, que se inicia exactamente a fines del siglo XVI e inicios del siglo XVII hasta mitades del siglo XVIII.
3. El ciclo británico, que se inicia a mitades del siglo XVIII y se prolonga hasta la Primera y Segunda Guerra Mundial.
4. El ciclo norteamericano, que se inicia durante la Primera Guerra y se desarrolla durante la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, cuando hay señales de emergencia de un nuevo ciclo que tendrá como centro el Sudeste Asiático, o algún núcleo de poder supranacional.

Giovanni Arrighi (1995) analiza la relación de estos ciclos con los principales centros financieros que se terminarán transformando en centros hegemónicos aliados a centros comerciales. Esos análisis carecen de una mayor profundización del aspecto productivo que establezca los

regímenes de producción para explicar mejor el funcionamiento de esos ciclos. En este sentido, mis trabajos, como Dos Santos (1978), intentan articular la noción de sistema mundial con las grandes estructuras de producción y particularmente con la revolución científico-técnica (Dos Santos, 1983; 1986), buscando un camino de investigación en parte complementaria al esfuerzo más global de la teoría sistema-mundo, en parte reordenador de este esfuerzo. Una característica importante de los análisis del sistema mundial es la negación de las interpretaciones del mundo contemporáneo con base en la bipolarización de post-guerra, considerando una relación entre dos sistemas de poder paralelos. Los varios teóricos del sistema mundial insistirán siempre en la existencia de un solo sistema económico global en este período, de carácter capitalista y sobre la hegemonía norteamericana. La evolución de la economía soviética y del bloque de naciones a ella más o menos ligadas no había sido capaz de salir del contexto determinado por el sistema mundial capitalista. Siempre se esperó que la agudización de este conflicto en la década del ochenta destruiría el modelo de Guerra Fría que definiría las zonas geopolíticas mundiales –en este sentido, ver Dos Santos (1978; 1993), Wallerstein (1979; 1984), y Frank (1980; 1981)–.

Los estudios del sistema-mundo se situaron como expresión teórica de un amplio debate sobre las transformaciones que ocurrieron en la economía y política mundial de la década del setenta. Desde fines del sesenta, surgiría una amplia documentación empírica sobre las corporaciones multinacionales, las nuevas direcciones de la economía mundial y el nuevo orden económico mundial propuesto por lo no-alineados en las Naciones Unidas. Varios informes sobre la situación económica mundial se sucedieron, expresando las varias corrientes internacionales y, sobre todo, la creciente preocupación con el medio ambiente amenazado.⁶

6. Este cambio en dirección al concepto de economía mundial también dio origen a una creciente literatura sobre las corporaciones multinacionales y el surgimiento de un análisis metodológico de la economía mundial, por instituciones internacionales, sobre todo con la creación, en 1978, de la publicación anual del Banco Mundial, *World Development Report*. En la década del setenta, se crearon también varios modelos de economía mundial, preparados por organizaciones internacionales, así como la publicación, en 1973, de *The State of the World*, producida por el gabinete de la presidencia norteamericana. Los estudios clásicos de Vernon, en las décadas del sesenta y setenta (*The Sovereignty in the Bay*) son una

El Centro de las Naciones Unidas para Corporaciones Transnacionales fue creado a inicios de la década de 1970 y publicó cuatro informes generales con datos empíricos sustanciales sobre las corporaciones multinacionales y el desarrollo mundial: “Multinational Corporations and World Development: a reexamination” (1978), “Transnational Corporations in World Development: Third Survey” (1983), “Transnational Corporations in World Development: Trends and Prospects” (1988).

En 1981, se inicia la publicación de *World Investment Report*, dedicado a “The Triad of Foreign Direct Investment”, y en 1992, *Transnational Corporation as Engines of Growth*. Estos estudios fueron influenciados por una visión más sistemática del capitalismo mundial, muy bien sintetizado por C.A. Michelet (1985). A partir de 1994, los *World Investment Report* fueron entregados a responsabilidad de la UNCTAD. Ver también W. Andreff (1987), y Pierre Groa (1990).

La discusión en torno al nuevo orden económico mundial tuvo su inicio en razón de la propuesta de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, del presidente Luis Echeverría, votada en las Naciones Unidas en 1973. Posteriormente, en 1975, Boumediène creó el término “nuevo orden mundial” en el encuentro de los no-alineados en Argelia. Bajo el impacto de la crisis del petróleo, los países del Tercer Mundo avanzaron considerablemente en el plano internacional con la creación de la “década del desarrollo”, votada por la asamblea de las Naciones Unidas en 1969; con el desarrollo de la UNCTAD; con el funcionamiento del Movimiento de los No-Alineados y el diálogo Norte-Sur. Una vasta literatura fue producida durante este período sobre el “nuevo orden económico mundial”, que incluía el debate sobre la ecología, despertado por el encuentro de Estocolmo en 1972. Esta literatura se apoyó principalmente en el siguiente conjunto de informes internacionales: Club de Roma (1972), *What Now?* (1975), Amílcar Herrera (1976; 1992),

referencia pionera para los estudios de las corporaciones multinacionales. Debemos considerar estas pesquisas como una relevante anticipación del análisis de la economía mundial. Las contribuciones de Theotônio Dos Santos sobre este tema están resumidas en los libros *Imperialismo y corporaciones multinacionales* (1973), e *Imperialismo y dependencia* (1978). Ver también “The Multinational Corporations: Cells of Contemporary Capitalism” (1978), “Big Capital and Structure of Power”, “The New Tendencies of Foreign Investments in Latin America”, en Petras y Zeitlin (1969).

Jean Timbergen (1976), Fidel Castro (1983; 1990), OECD (1979; 1980), W. Leontief (1977), Willy Brand Commission Report (1980; 1983), Willy Brand y Michael Manley (1985), Olof Palme (1982).

En las décadas del setenta y ochenta, la idea de un orden mundial lleva a la creación de informes permanentes sobre la economía mundial. Desde 1978 el banco Mundial inicia una publicación llamada *World Development Report*, responsable por el análisis de uno o dos temas centrales, y publica, también anualmente, su *World Development Indicators*. A partir de 1980, el Fondo monetario Internacional pasa a publicar su *World Economic Outlook*, anual hasta 1984 y a partir de ahí semestral. Desde 1986, Naciones Unidas publica el *Report on the World Economy*, basado en informes regionales de Europa, América Latina, Asia y África, por medio de sus comisiones regionales y de las organizaciones especiales de las Naciones Unidas.

La UNCTAD también ha mantenido sus informes anuales de gran valor crítico y excelente fuente estadística. En 1991, el PNUD inicia una publicación anual *Human Development Report*. Desde su fundación, en 1961, la OECD estudia la economía mundial y publica el *Economic Outlook*, que comprende sus países miembros. La OECD también creó un modelo econométrico mundial, el interlink. El WALRAS representa otro modelo multinacional que aplicó un modelo de equilibrio general para cuantificar la economía internacional. Durante ese período fue elaborado un gran número de informes privados sobre la situación de la economía mundial, como *L'Etat du Monde* (1981), y RAMSÉS (1981), así como *The State of the World* (1984), sobre los progresos en relación a una sociedad autosustentable. Ver también W. Andreff (1987), y Pierre Groa (1990).

Dentro de esta perspectiva globalizadora⁷ es necesario afirmar sobre todo los siguientes elementos de una síntesis teórico metodológica en proceso:

1. La teoría social se debe desprender de su extrema especialización y retomar la tradición de grandes teorías explicativas con el objetivo de reordenar el sistema de interpretación del mundo contemporáneo.

7. Como vimos, el cambio conceptual más importante referente a la economía mundial se relaciona a la constitución de una nueva concepción teórica en la década del setenta, y principalmente en la del ochenta, basada en la categoría de sistema mundial.

Fernand Braudel desarrolló sus conceptos de “économie-monde” en el tercer volumen de *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, bajo el título de *Temps du monde* (1979). Immanuel Wallerstein presentó sus ideas sobre el sistema-mundo en *The Capitalism World Economy* y *The Politics of the World Economy* (1979; 1984). Él también publicó la síntesis de sus conceptos en *Le capitalisme historique*. Su perspectiva histórica de formación de un sistema-mundo está siendo publicada en varios volúmenes de su *Modern World System* (1974; 1980; 1989). Las ideas de André Gunder Frank sobre el sistema-mundo están en *A Theoretical Introduction to 5000 years of World System History* (1990: 155-248). Samir Amin, desde su intento de articular un proceso de acumulación mundial (1974), viene interviniendo sistemáticamente en el debate. Ver sobretodo sus últimos trabajos (1993; 1993b; 1995; 1996; 1996b). Un panorama bien amplio del debate sobre la mundialización desde el punto de vista de la teoría del sistema mundial se puede obtener a través del libro *Los retos de la globalización, ensayos en homenaje a Theotônio Dos Santos* (López Segrera, 1998).

Dos importantes debates metodológicos sobre el concepto de sistema-mundo están en Oliver Dolphus (1992), y Michel Beaud (1990). Un ensayo sobre las políticas económicas y cómo estas se relacionan a la idea del sistema mundial está en Kostas Vergopoulos (1990), y Octavio Ianni intentó una sistematización en su *Teoría da globalização* (1994).

Autores norteamericanos relacionan la teoría del capital monopólico de Sweezy y Baran y la escuela de la teoría de la dependencia como dos bases importantes de la teoría del sistema-mundo. Frank acepta esta relación en su autobiografía. Se debe destacar sobre todo la influencia de Paul Baran con su *Economía política del crecimiento*.

2. Esa reinterpretación debe superar, sobretodo, la idea de que el modo de producción capitalista, surgido en Europa en el siglo XVIII, es la referencia fundamental de una nueva sociedad mundial. Este fenómeno debe ser visto como un episodio localizado, parte de un proceso histórico más global que tiene que ver con la integración del conjunto de las experiencias civilizatorias en una nueva civilización planetaria, pluralista y no exclusiva, basada en la no-subordinación del mundo a ninguna sociedad determinada.

La literatura sobre globalización de la economía mundial, el proceso de regionalización y la integración regional creció en progresión geométrica durante los últimos tres años: El Fernand Braudel Center, de la New York State University at Binghamton, es el más importante centro de estudios del sistema mundial dentro del pensamiento de Immanuel Wallerstein.

- › El Centre d'Études, Perspectives et d'Informations Internationales (CEPII), Francia, produce un amplio análisis de la economía mundial, teniendo inclusive su propio modelo econométrico. El WIDER, en Finlandia, parte integrante de la Universidad de las Naciones Unidas, produce un gran número de estudios sobre política económica con un abordaje en escala mundial.
- › El FAST, en Bruselas, se dedicaba a las previsiones del desarrollo tecnológico en relación a la economía mundial y a la sociedad, habiéndose extinguido en 1995. El SPRU, en Sussex, se dedica al estudio de las relaciones entre los cambios tecnológicos y las “ondas largas” de Kondratiev. En esta misma línea tenemos también el Maastrich Economic Research Institute on Innovation and Technology (MERIIT), que no da la misma importancia a las ondas largas.
- › El Starnberg Institute, en Starnberg, está especializado en el estudio de la división internacional del trabajo, desarrollo y corporaciones transnacionales.
- › La OECD Development Studies Center tiene innumerables investigaciones sobre la economía mundial y el papel de los países en desarrollo.
- › El GEMDEV, localizado en la Universidad de París, reúne todos sus institutos de investigación sobre la economía mundial y el Tercer Mundo, y estableció una red de estudios del sistema-mundo.
- › El Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de Rusia (IMEMO), es la más antigua institución dedicada al estudio de la economía mundial. El Instituto de Economía Mundial y sus varios centros de la Academia de Ciencias Sociales de China es un nuevo e importante punto de apoyo de un enfoque global.

Un esfuerzo antropológico-ecológico-teórico para producir una teoría global de la civilización mundial fue realizado por Tadao Umesao, que

organiza desde 1982 un simposio anual sobre “la civilización japonesa y el mundo moderno” en el museo nacional de etnología que él dirige en Osaka. En Japón, el Institute of Developing Economies mantiene un seguimiento sistemático de los países en desarrollo, particularmente del Sudeste Asiático. La Escuela Francesa de Regulación está cada vez más interesada en la economía mundial. Siguiendo la línea de François Perroux y Maurice Byé, Gerard Destanne de Bernis pretende abordar teóricamente la economía mundial bajo la forma de escuela de regulación, en su tratado sobre *Rélations économiques internationales*, así como en sus investigaciones como director de ISMEA, en París.

3. La formación y evolución del sistema mundial capitalista debe orientar el análisis de las experiencias nacionales, regionales y locales, buscando rescatar las dinámicas históricas específicas como parte de un esfuerzo conjunto de la humanidad para superar la forma explotadora, expropiadora, concentradora y excluyente en que ese sistema evolucionó.

4. El análisis de ese proceso histórico debe rescatar su forma cíclica, procurando situar los aspectos acumulativos al interior de sus límites, establecidos por la evolución de las fuerzas productivas, relaciones sociales de producción, justificación ideológica de estas relaciones y límites del conocimiento humano.

Samir Amin da continuidad a sus investigaciones sobre África, así como su trabajo teórico sobre el sistema-mundo, principalmente dentro del contexto del Third World Forum en El Cairo. En Cuba, el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, ligado al comité central del PC de Cuba, viene realizando un seguimiento sistemático de la economía mundial

En México, varias instituciones se dedican más o menos sistemáticamente al tema, como el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, particularmente el equipo de investigación dirigido por Ana Esther Ceceña, el Centro de Estudios Interdisciplinarios, dirigido por Pablo Gonzáles Casanova, el Centro de Estudios de la Economía Mundial de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Puebla y varias otras instituciones.

René Dreifuss creó un Centro de Estudios Estratégicos en la Universidad Federal Fluminense, que estudia detalladamente no solamente las

estrategias globales sino también las instituciones dedicadas a investigar y actuar en nivel mundial. En *La internacional capitalista - estrategias y tácticas del empresariado transnacional - 1918 a 1986* (1987), él hace un levantamiento histórico de estas instituciones. Su más reciente libro sobre la globalización y planetarización (1996), expresa el resultado de este trabajo. El Grupo de Estudios sobre la Economía Mundial, Integración Regional y Mercado de Trabajo (GREMIMT) que dirijo en la Facultad de Economía de la Universidad Federal Fluminense, busca consolidar mis estudios sobre el tema y elabora un balance anual de la coyuntura mundial todavía en maduración. En 1998, fue creada una Cátedra Unesco y una Red de Estudios sobre la Economía Mundial con el patrocinio de la UNESCO y de la Universidad de las Naciones Unidas, bajo mi coordinación, que pretende generar una sinergia entre esta y otras instituciones de investigadores volcados hacia el estudio del tema en la expectativa de favorecer un salto de calidad en el análisis del sistema mundial y su futuro.

5. En este sentido, la evolución de la ciencia social debe ser entendida como parte de un proceso más global de la relación del hombre con la naturaleza: la suya propia, la inmediata, la ambiental y el cosmos, solo aparentemente ausente de la dinámica de humanización. Es decir, esta debe ser entendida como un momento dentro de un proceso más amplio de desarrollo de la subjetividad humana, compuesta por individuos, clases sociales, etnias, géneros, instituciones y pueblos que están construyendo el futuro siempre abierto de estas relaciones.

Bibliografía

Abel, C.; Lewis, C. M. (1985). *Latin America, Economic Imperialism and State: The Political Economy of the External Connection from Independence to Present*. Londres: The Athlone Press.

Amin, S. (1974). *Accumulation on a World Scale: A critic of the Theory of Underdevelopment*. Nueva York: Monthly Review Press.

Andreff, W. (1987). *Les multinacionales*. París: La Découverte.

Apter, D. E. (1990). *Rethinking Development, Modernization, Dependency and Postmodern Politics*. Londres: Sage.

- Bambirra, V. (1978). *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. México: Era.
- Beaud, M. (1990). *Sur la connaissance de l'économie mondiale*. París.
- Blomström, M.; Hettne, B. (1984). *Development Theory in Transition, The Dependency Debate & Beyond; Third World Responses*. Londres: Zed Books.
- Brand, W. (1980). *North-South: A Program for Survival*. Londres: Pan Books.
- Brand, W. (1983). *Common Crisis North-South: Cooperation for World Recovery*. Londres: Pan Books.
- Brand, W. Manley, M. *Global Challenge, from Crisis to Cooperation: Breaking the North-South Stalemate*. Report of the Socialist.
- Braudel, F. (1979). *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*. París: Armand Colin.
- Camacho, D. (1979). *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*. San José: EDUCA.
- Caputo, O. (1979). *Las teorías de la economía mundial*. Tesis doctoral en la coordinación del doctorado de Economía. México: UNAM.
- Cardoso, F. H. (1973). Imperialismo y dependencia en América Latina. En Bonilla, F.; Girling, R. (orgs.) *Structure of Dependency*. Stanford: Institute of Political Studies.
- Castro, F. (1983). *The World Economic and Social Crisis*. Delhi: Peoples's Publishing House.
- Castro, F. (1990). *O desafio a ol sul*. Afrontamento: Relatório da Comissão Sul.
- Chilcote, R. (1982). *Dependency and Marxism: Toward a Resolution of the Debate*. Londres: Westview.
- Chilcote, R. (1985). *Theories of Development and Underdevelopment*. Londres: Westview.
- Club de Roma (1972). *The Limits to Growth*. Nueva York: Universe.
- Cueva, A. (1978). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Cueva, A. *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*. CELA; UNAM.
- Davydov, V. (1984). Nueva ronda de debates a cerca de la dependencia. En *América Latina*. Moscú. N° 11.
- Davydov, V. (1985). ¿Qué es la teoría de la dependencia? En *América Latina*. Moscú N° 12/13.

Dolphus, O. (1992). Le système monde. En *L'Information Geographique*. Francia. N° 54, pp. 45-52.

Dos Santos, T. (1969). Big Capital and Structure of Power. En Petras; Zeitlin (orgs.) *Latin America: Reform or Revolution*. Nueva York: Fawcett.

Dos Santos, T. (1969). The New Tendencies of Foreign Investments in Latin America. En Petras; Zeitlin (orgs.) *Latin America: Reform or Revolution*. Nueva York: Fawcett.

Dos Santos, T. (1970). *La crisis norteamericana y América latina*. Santiago: PLA.

Dos Santos, T. (1973). *Imperialismo y corporaciones multinacionales*. Santiago: PLA.

Dos Santos, T. (1978). The Multinational Corporations: Cells of Contemporary Capitalism. En *Laru Studies*. Toronto. N° 6.

Dos Santos, T. (1978). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.

Dreifuss, R. (1987). *La internacional capitalista: estrategias y tácticas del empresariado transnacional - 1918 a 1986*. Río de Janeiro: Espaço e Tempo.

Groa, P. (1990). *Atlas mondial des multinationales e l'espace des multinationales*. París: Réscins-La Documentation Française.

Gunder Frank, A. (1978). *Dependent Accumulation and Underdevelopment*. Monthly Review Press.

Gunder Frank, A. (1978). *World Accumulation, 1492-1789*. Monthly Review Press.

Gunder Frank, A. (1980). *Crisis in the World Economy*. Nueva York: Holmes & Meier.

Gunder Frank, A. (1981). *Crisis in the Third World*. Nueva York: Holmes & Meier.

Gunder Frank, A. (1990). A Theoretical Introduction to 5000 years of World System History. En *Review*. Binghampton. N° XIII(2), pp. 155-248.

Herrera, A. (1976). *Catastropher or New Society? A Latin American World Model*. Ottawa: IDRC.

Herrera, A. (1992). *Las nuevas tecnologías y el futuro de América Latina*. México: Siglo XXI.

Ianni, O. (1994). *Teoría da globalização*. Petrópolis: Vozes.

Institute of World Economy and International Relations of the Science Academy (1978). *Developing Countries: Regularities, Tendencies and Perspective*. Unión Soviética.

- Leontief, W. (1977). *The Future of World Economy*. Naciones Unidas.
- López Segrera, F. (1998). *Los retos de la globalización, ensayos en homenaje a Theotônio Dos Santos*. Caracas: UNESCO.
- Maidánik, K. (1982). *El proceso revolucionario de América Latina visto desde la Unión Soviética*. Santo Domingo: Tailer.
- Marini, R. M. (1979). *Dialéctica de la dependencia*.
- Michelet, C. A. (1985). *Le capitalisme mondial*. París: P.U.F.
- Muñoz, H. s/f El análisis de la teoría de la dependencia en los centros: ejemplo de EE.UU. En *Estudios Internacionales*. N° 12(45), pp. 68-76, enero-marzo.
- Muñoz, H. (1978). Cambio y continuidad en el debate sobre la dependencia y el imperialismo. En *Estudios Internacionales*. N° 11(44), pp. 88-138, octubre-diciembre.
- Muñoz, H. (1982). *From Dependency to Development - Strategies to overcome Underdevelopment and Inequality*. Boulder: Westview.
- OECD (1979). *Interfutures*. París: OECD.
- Oman, C.; Wignajara, G. (1991). *The Postwar Evolution of Development Thinking*. París: OECD.
- Palme, O. (1982). *Common Security: A Program for Disarmament*. Londres: Pan Books.
- Peet, R. (1991). *Global Capitalism - Theories of Social Development*. Londres: Routledge.
- Portantiero, J. (1979). *History of Marxism*. En Hobsbawm, E. J.
- Prebisch (1981). *Capitalismo Periférico, Crisis y Transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez, G. O. (1979). *De la CEPAL a la teoría de la dependencia: Un esquema descriptivo*. Cochabamba: IESE.
- Rodríguez, O. (1974). *Informe sobre las críticas de la concepción de la CEPAL*. México: Secretaría de la Presidencia.
- Semo, E. (1975). *La crisis actual del capitalismo*. México: Cultura Popular.
- So, A. Y. (1990). *Social Change and Development, Modernization, Dependency and World System Theories*. Londres: Sage.
- Sonntag, H. R. (1989). *Duda - certeza - crisis, la evolución de las Ciencias Sociales en América Latina*. Caracas: UNESCO; Nueva Sociedad.

Sunkel, O. (1973). Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina. En *Social and Economic Studies*. University of West Indies.

Timbergen J. (coord.) (1976). *Reshaping the International Order*. Nueva York: RIO.

US Government (1980). *The Global 2000 Report to the President of the US*. Washington: Government Printing Office.

Vergopoulos, K. (1990). *Mondialisation et dispersion*. París: Université de París.

Vernon, R. s/f *The Sovereignty in the Bay*.

Wallerstein, I. (1979). *The Capitalism World Economy*. Francia: La Maison des Sciences de l'Homme.

Wallerstein, I. (1984). *The Politics of the World Economy*. Francia: La Maison des Sciences de l'Homme.

Wallerstein, I. s/f *Le capitalisme historique*.

Civilização e desenvolvimento

UMA HOMENAGEM A CELSO FURTADO

Introdução

A maior parte dos estudos sobre desenvolvimento concentrou-se nos aspectos econômicos, isto é, no aumento da produtividade, da renda, particularmente da renda *per capita*, do emprego etc. Claro que a aparente exclusão da problemática cultural não deixava de supor, contudo, uma ideia central: a emergência econômica da Europa, continuada pelos EUA, se explicava, em grande parte, por características próprias do que se chamava “Civilização cristã ocidental”. Por mais volta que se dê neste assunto, persiste esta pretensão de apresentar a experiência histórica desses países como um modelo abstrato na direção do qual evolui a humanidade.

Muitas foram as modalidades de questionamento desta postura ideológica apresentada como um modelo de cientificidade. Contudo, depois da Segunda Guerra Mundial, ficou cada vez mais difícil ignorar a existência de um sistema mundial desigual e combinado, tendo por centro, desde o final dessa guerra, a potência dos EUA, que pretendia dar continuidade a essas “conquistas” alcançadas pela modernidade, consideradas insuperáveis.

As revoluções coloniais que se afirmaram no pós Segunda Guerra Mundial como fruto do debilitamento da Europa, destruída em grande parte pelo conflito, foram minando esta interpretação da História: a libertação da Índia em 1947; a vitória do Exército Vermelho na China, em 1949; o fracasso da guerra contra a Coreia, reconhecido em 1953; a independência

da Indonésia (declarada em 1945 e reconhecida em 1949); o fracasso, em 1954, da tentativa ocidental francesa de destruir o governo vietcongue eleito de Ho Chi Minh (1945), seguido pela derrota da invasão norte-americana para manter o Vietnã do Sul (1973), apesar da enorme mobilização militar realizada por aquele país; o surgimento das forças armadas nacionalistas e do pan-arabismo socialista Ba'ath. Tudo isto representava a emergência da vida econômica, política, social e cultural de poderosos Estados nacionais herdeiros de fortes tradições culturais e civilizatórias.

É assim que, em 1955, a Conferência de Bandung consagra a reivindicação afro-asiática de um não alinhamento dessas novas potências com a divisão do mundo imposta pelos EUA e pela Inglaterra entre a “civilização cristã ocidental” e o “totalitarismo ateu soviético”. Apesar de algumas vacilações de certas tendências do pensamento socialista marxista em reconhecer a importância histórica, econômica, política, social, civilizacional e até mesmo epistemológica dessa tomada de posição, a força dos acontecimentos históricos obrigou a um aprofundamento da crítica marxista e socialista da modernidade.

A revolução histórica conduzida pela burguesia europeia contra as estruturas feudais não podia ser identificada necessariamente como um modelo a ser seguido pelo resto da humanidade. As incursões de Marx e Engels na questão colonial já indicavam que aí não se reproduzia o processo europeu, mas, pelo contrário, a situação colonial era já um produto do processo de expansão capitalista mundial e não podia ser apresentada como uma realidade pré-capitalista. A teoria do imperialismo de Lênin, Bukharin e outras contribuições importantes para um enfoque integral da expansão do capitalismo como economia e política mundial já indicavam que este modo de produção se expandia sob formas diferenciadas em todo o planeta. A rebeldia dos povos conquistados pela força não poderia ser, portanto, um fenômeno secundário. Ela obrigava a repensar o processo de modernização como um fenômeno diversificado, que dependia da posição das várias unidades nacionais, regionais ou mesmo locais dentro da economia e política mundiais.

É assim que, a partir do chamamento de Bandung, inicia-se uma crítica cada vez mais radical à pretensão de organizar o mundo à imagem e semelhança das formações sociais imperialistas. Durante os anos 1950 e

1960 vai se configurando um embate econômico, social, político e cultural planetário. Na década de 1970, emerge com toda a força a luta contra os resultados da exploração do mundo segundo os princípios capitalistas da plena realização da acumulação indefinida do capital.

As organizações internacionais criadas para gerir o complexo processo que se apresentava ao final da Segunda Guerra Mundial, sob a hegemonia norte-americana –imposta, inclusive, a uma Europa profundamente debilitada– se veem na necessidade de refletir, de alguma forma, a existência desse vasto mundo ignorado pela ordem econômica e política do pós-guerra. A aparição de um novo sujeito histórico, que representava a maior parte da população do mundo e as civilizações mais antigas, que acumularam conhecimentos de grande valor civilizatório, era um fenômeno novo de impacto colossal.

Os defensores da superioridade radical da civilização ocidental, de maneira prepotente, consideravam tais conhecimentos totalmente ultrapassados e subestimavam a possibilidade e a probabilidade de que esses novos sujeitos da economia, da política e da cultura mundial pudessem organizar estruturas estatais relativamente independentes, capazes de alcançar resultados fundamentais. Eles ignoravam, também, o quanto esses novos poderes poderiam questionar os projetos do centro do sistema mundial, e até que ponto eles colocavam definitivamente em xeque a ordem mundial existente. É assim que o debate sobre o desenvolvimento e o estudo da problemática do desenvolvimento começa a ser questionado na sua formulação original, tal como foi realizada desde o centro do sistema.

São muitas as manifestações de crítica a essa sobrevalorização e até divinização, se podemos dizê-lo assim, do mundo euro-americano. Abre-se, então, uma crescente discussão sobre as construções ideológicas e culturais que sustentavam essa realidade em deterioração. O pensamento social brasileiro demonstrou uma capacidade crescente de criticar a submissão ideológica da nossa classe dominante à condição de produtora de matérias-primas e de produtos agrícolas para uma economia mundial em processos revolucionários de expansão e transformação.

Não é aqui o lugar para fazer um histórico detalhado desse processo crítico, que tem dimensões complexas e diversificadas. Porém, nos cabe chamar a atenção para a existência do Instituto Superior de Estudos

Brasileiros (ISEB), em 1955, no mesmo momento da afirmação afro-asiática expressada na Conferência de Bandung. O ISEB traduzia para a situação brasileira avanços teóricos e conceituais que ocorriam no plano internacional. Entre eles, estava a atividade da Comissão Econômica para a América Latina (CEPAL) que, desde 1949, depois de contrariar a pretensão norte-americana de que uma comissão regional das Nações Unidas teria que ser pan-americana e não latino-americana, também vai aprofundar o reconhecimento da especificidade da experiência econômica desta região diante de uma ordem econômica mundial consagrada à reprodução de um sistema onde claramente se definia um centro e uma periferia. Seu diretor, Raúl Prebisch, já apontava para a necessidade de uma crítica a alguns teoremas centrais do pensamento econômico, organizado em torno da ortodoxia neoclássica.

Celso Furtado participou intensamente desse debate, além de haver integrado, em seu universo teórico, três heranças que tendiam a ser convergentes nesse processo crítico: os estudos históricos da Escola dos Annales foram conhecidos amplamente por ele durante seu período de estudos doutorais na França; segundo, o marxismo, que, no pós-guerra, inundava os campos mais críticos das ciências sociais; e, em terceiro, o keynesianismo, que consagrava as políticas “liberais” do *New Deal* como as bases de uma proposta de economia de bem-estar na Europa e em outras partes do mundo.

A recuperação econômica do pós-guerra criava a ilusão de uma incorporação das classes subordinadas e dos povos colonizados num processo geral de democracia, reformas sociais e crescimento econômico. O alerta da CEPAL, os estudos do próprio Celso sobre a maldição do petróleo na Venezuela e vários esforços teóricos e empíricos, que foram realizados ou incorporados pela CEPAL indicavam a existência de problemas mais complexos para a realização dessa promessa idealizada sobre os benefícios necessariamente decorrentes da expansão mundial da civilização industrial.

A dificuldade de sustentar as mudanças desenhadas pelas propostas fantasiosas das “ciências sociais” ocidentais e de seus seguidores, dentro das sociedades caracterizadas pela dependência, deu origem a uma intervenção crescente do centro do sistema nas zonas periféricas. A percepção militar do confronto mundial entre “civilizações” e sistemas sociais e políticos

distintos levou aos processos político-militares guiados pela doutrina da contrainsurreição. Estes se transformaram numa sucessão de golpes de Estado, a partir da década de 1960, que demonstravam e faziam compreender os limites do consenso surgido depois da Segunda Guerra Mundial.

O golpe de Estado de 1964, no Brasil, lançou uma geração de pensadores brasileiros e latino-americanos na busca de explicação das dinâmicas socioeconômicas, políticas e culturais que conduziam a essas fórmulas de autoritarismo, que se expandiam para várias regiões do mundo, mas, em particular, para a América Latina. Não deixa de ser positivo ver o desabrochar de uma consciência crítica cada vez mais ampla, cada vez mais complexa, a partir dessa experiência dramática, porém, enriquecedora.

Por sua formação, Celso Furtado foi um dos que mais se sensibilizaram por essa problemática; aproveitou sua experiência nos EUA, na Universidade de Yale, que lhe permitiu penetrar mais profundamente na complexidade do processo de diferenciação entre a experiência histórica norte-americana e a latino-americana, do século XIX para cá. Ao mesmo tempo, o conhecimento mais direto do funcionamento e da expansão das corporações multinacionais o conduziu a uma perspectiva nova, que se dirigia a um enfoque baseado no papel central da economia mundial, vista já como referência fundamental para as políticas econômicas das nações a ela subordinadas. Ele incorporou mesmo o conceito de capitalismo dependente como uma formação social específica.

A presença de Celso no Chile da Democracia Cristã, suas palestras no Instituto de Estudos Internacionais, recém-criado pela Universidade do Chile, lhe possibilitaram analisar aquela que representava a proposta mais avançada e exemplar da USAID (United States Agency for International Development) e do projeto de Aliança para o Progresso. Essa análise permitiu-lhe compreender, na prática, os limites daquela proposta. Foi exatamente a compreensão desses limites pelo povo chileno que conduziu à formação da Unidade Popular. O Chile havia se convertido num caldeirão de experiências frustradas de toda a América Latina e na ponta de lança do desenvolvimento de um pensamento crítico, que colocava em xeque a potência ideológica colossal articulada pelos EUA, que buscavam herdar a vitória contra o nazismo (e ocultavam o papel fundamental da então União das Repúblicas Socialistas

Soviéticas (URSS), transformada em inimiga principal). Naqueles anos, foram muitos os trabalhos produzidos, os quais busco resumir no capítulo segundo do presente livro. Eles continuam exercendo uma grande atração, sobretudo com o fracasso da proposta do “pensamento único” neoliberal, que eu analiso no primeiro capítulo.

Cabe aqui destacar as várias iniciativas que vão se desenvolvendo internacionalmente para canalizar esse processo intelectual, político e cultural que se desdobra durante as décadas de 1970 e 1980. O meu encontro com Celso no Chile –quando ele contribuía com os seminários do Instituto de Relações Internacionais da Universidade do Chile, e eu dirigia as pesquisas no Centro de Estudos Socioeconômicos da mesma universidade– permitiu que muitos pontos de vista comuns se afinassem. Na década de 1970, estivemos também juntos na criação da Associação Internacional de Economistas do Terceiro Mundo, cujo primeiro congresso se realizou na Argélia, em fevereiro de 1976. Naquele momento, Celso buscava analisar criticamente as reuniões Norte-Sul e a tentativa de criar a Nova Ordem Econômica Internacional, sem levar até o fim a necessidade de reformas estruturais.¹ Esta Associação reconhecia a especificidade do fenômeno da dependência e buscava desenvolver um pensamento econômico capaz de articular o ponto de vista e os interesses do chamado Terceiro Mundo.

Raúl Prebisch já reconhecia essa problemática quando propunha a criação da Conferência das Nações Unidas sobre o Comércio e Desenvolvimento (UNCTAD), no começo da década de 1960.² E, depois, ao mesmo tempo, desenvolve-se a aliança dos Estados pós-coloniais com os Estados mais progressistas da América Latina, que vai dar origem à organização formal do Movimento dos Países Não Alinhados, sendo a Associação de Economistas do Terceiro Mundo um *think tank* para esse novo movimento.

1. Ver Celso Furtado, “El nuevo orden económico mundial” e Alvaro Briones e Theotônio dos Santos, “La coyuntura internacional y sus efectos en América Latina”, ambos publicados em *Investigación Económica*, Nº 1, nova época, Revista da Faculdade de Economia da Universidade Nacional Autónoma do México (UNAM), México, DF, jan.-mar. 1977. Nessa mesma revista, há uma série de documentos sobre o *Primeiro Congresso de Economistas do Terceiro Mundo*. Nessa época, Celso Furtado publica sua crítica à teoria do desenvolvimento: *O mito do desenvolvimento econômico*, Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1974.

2. A Conferência das Nações Unidas sobre o Comércio e Desenvolvimento (UNCTAD) foi fundada em 1964, com o objetivo de colaborar na promoção do desenvolvimento e da integração econômica dos países em desenvolvimento. A criação do Sistema Econômico Latino-Americano (SELA), por iniciativa do governo mexicano, foi outro passo importante nessa direção.

A Universidade das Nações Unidas (UNU) foi criada em dezembro de 1973³ e, sob a inspiração de seu vice-reitor Kinhide Mushakoji, iniciou um conjunto de estudos sobre a economia e a política mundiais, e o processo de transformação global que estava em marcha. Coube a Anouar Abdel-Malek dirigir o projeto da UNU sobre “Alternativas para o Desenvolvimento Sociocultural num Mundo em Transição”. A reconstrução da teoria do desenvolvimento estava em marcha, e as experiências políticas mais progressistas começavam a apresentar como viável essa reconstrução em novas bases, como veremos no capítulo 3. Ao mesmo tempo, a problemática da globalização, do papel da inovação e da possível retomada do crescimento em novas bases impulsionou um avanço mais profundo na crítica aos limites da ciência econômica, temas que tratamos, em parte, no capítulo 4 deste livro.

Celso Furtado foi chamado a participar desse programa como membro ativo de seu conselho científico, com o qual também tive o prazer de colaborar. Em 1984, o grande sociólogo mexicano, Pablo González Casanova, foi encarregado de coordenar a segunda reunião do projeto sobre criatividade cultural endógena, que se realizou no Instituto de Investigaciones Sociales da Universidade Nacional Autônoma do México. Segundo Abdel-Malek:

A filosofia de nosso projeto, já amplamente exposta em documentos, mostra que seu impulso básico é ajudar a recolocar a problemática do desenvolvimento humano e social, e suas visões e posições, diferentes e convergentes, de grande importância na civilização e na cultura. Estas visões e posições se obtêm em nosso mundo no momento de sua transformação global, da emergência de uma nova ordem internacional. (Abdel-Malek, A., 1984: XIV)

A contribuição de Celso Furtado para o volume *Cultura y creación cultural en América Latina* é o ponto de partida para a total incorporação de suas reflexões no campo do grande processo crítico contra o eurocentrismo e contra o economicismo que prevaleceu nas ciências sociais até muito

3. O início das discussões em torno à sua constituição se deu já em 1969.

recentemente.⁴ Esta problemática é recolhida, em grande parte, no capítulo oitavo deste livro, que trata sobre a América Latina na encruzilhada. O sexto e o sétimo capítulos aprofundam a crítica ao eurocentrismo pela análise das situações concretas por que passa a globalização, a qual começa a reelaborar-se mais radicalmente em função da emergência da China e da Ásia na economia mundial.

Celso colocava-se, assim, numa posição de vanguarda na nova fase do pensamento latino-americano, iniciada com a teoria da dependência e articulada, posteriormente, no grande movimento de ideias sobre o sistema mundial. Ao apresentar esse debate, o vice-reitor da UNU, Kinhide Mushakoji, reconhecia essa posição de vanguarda latino-americana ao justificar a realização do Encontro sobre a Cultura e a Criação Intelectual na América Latina:

A contribuição dos intelectuais latino-americanos é de especial importância devido a sua condição de vanguarda dos intelectuais do Terceiro Mundo. Eles atuam num lugar histórico-geográfico próximo ao Ocidente e ao mundo noratlântico, e os afeta diretamente a estrutura centro-periferia e a necessidade de superar e transcender o modelo noratlântico. (Mushakoji, K., 1984: XII-XIII)

Não foi sem razão, portanto, que Celso Furtado foi apontado, por duas vezes, para reitor da Universidade das Nações Unidas. Indicação que, infelizmente, não pôde se efetivar durante a ditadura militar. O conteúdo internacional das reflexões de Celso foi recolhido pela UNESCO quando o convidou para participar como membro da Comissão Mundial sobre Cultura e Desenvolvimento.

Em novembro de 1991, a Conferência Geral da UNESCO aprovou uma resolução que requeria ao seu diretor-geral, em cooperação com

4. Ver Celso Furtado, “Creatividad cultural y desarrollo dependiente”, na obra citada na nota anterior, pp. 1229. Uma versão posterior foi incorporada no artigo “Quem somos?”, no livro de Rosa Freire d’Aguiar Furtado (org.), *Ensaio sobre cultura e o Ministério da Cultura*, Rio de Janeiro: Contraponto; Centro Internacional Celso Furtado, 2012, pp. 29-41, como as primeiras reflexões de Celso Furtado sobre a relação cultura e desenvolvimento. Na mesma ocasião, eu publicava, no livro organizado por Pablo González Casanova, o artigo “Cultura y dependencia en América Latina: algunos apuntes metodológicos e históricos”, pp. 159-68.

o secretário-geral da ONU, estabelecer uma Comissão Mundial sobre Cultura e Desenvolvimento, que foi constituída em dezembro de 1992. Ela foi criada nos marcos de uma mudança de concepção sobre o desenvolvimento, que já vinha se processando no sistema das Nações Unidas, com particular referência no Programa das Nações Unidas para o Desenvolvimento (mas não só) e que pensava numa concepção mais ampla e menos economicista, centrada nos aspectos humanos, nos direitos e na qualidade de vida das populações. Tratamos mais amplamente desta temática nos capítulos nove e dez deste livro. É o estabelecimento do conceito de *desenvolvimento humano*, em que, segundo Federico Mayor, a Cultura estava implicada nesta noção, mas não estava explicitamente. Foi, no entanto, cada vez mais evocada por vários grupos distintos: a Comissão Brandt, a Comissão Sul, a Comissão Mundial sobre Meio Ambiente e Desenvolvimento e a Comissão sobre Governança Global (Mayor, F., 1995).

A criação da comissão objetivava exatamente o estabelecimento efetivo da relação entre cultura e desenvolvimento:

Construir perspectivas culturais em estratégias mais amplas de desenvolvimento, bem como uma agenda prática mais efetiva, tinham que ser os próximos passos no repensar do desenvolvimento. Este é o desafio formidável que a nossa Comissão teve de enfrentar. (Mayor, F., 1995)

Esse caráter da Comissão como o momento de um processo maior de transformação reflexiva fica ainda mais demonstrado por ela ser parte de uma iniciativa mais ampla da UNESCO, a *Década mundial para o desenvolvimento cultural* (1988-1997), em que os países-membros eram instados “a refletir, adotar políticas e empreender atividades para assegurar o desenvolvimento integrado de suas sociedades”.⁵

Para a presidência da Comissão foi apontado Javier Pérez de Cuéllar, ex-secretário-geral das Nações Unidas, diplomata peruano, ex-embaixador na Suíça, na URSS e na Venezuela, e membro do Institut de France

5. Informação extraída do portal da UNESCO (www.unesco.org).

(Academia de Moral e Ciência Política). Compuseram a Comissão intelectual de diversas áreas, como economistas, antropólogos, cientistas políticos, romancistas e poetas, bem como detentores de prêmios Nobel, como o da Paz e o de Química. Foi uma comissão de alto nível e de grande representatividade, tanto intelectual e cultural, como geográfica.

Como produto de seu trabalho, resultado de várias reuniões e de um diálogo intelectual mundial, foi publicado, em 1995, o informe *Our creative diversity*,⁶ do qual participou muito intensamente Celso Furtado, incorporando, além de suas reflexões teóricas e históricas, a sua experiência como ministro da Cultura no Brasil.

Esse informe produziu efeitos no debate internacional, tais como, dez anos depois, a solidificação dessa concepção da importância da cultura para o desenvolvimento e da inter-relação profunda dessas duas dimensões na Convenção da UNESCO sobre a Proteção e Promoção da Diversidade das Expressões Culturais, que, na letra (f) de seu primeiro artigo, coloca, como um dos objetivos da mesma, “reafirmar a importância do vínculo entre cultura e desenvolvimento para todos os países, especialmente para países em desenvolvimento, e encorajar as ações empreendidas no plano nacional e internacional para que se reconheça o autêntico valor desse vínculo”.

Uma das consequências diretas do trabalho dessa comissão foi também a publicação dos *World Culture Reports*.⁷

Apesar de a contribuição de Celso não ter sido individualizada no texto, por sua condição de membro do conselho da pesquisa, seu artigo publicado na *Folha de São Paulo*, em 3 de novembro de 1995, sobre “Cultura e desenvolvimento”, refere-se ao papel da Comissão. Ele finaliza o texto ressaltando a sua importância:

6. Citado na nota 7.

7. Saíram edições em castelhano dos mesmos. Ver: UNESCO, *Informe mundial sobre la cultura: cultura, creatividad y mercados*, Madrid: UNESCO / Acento / Fundación Santa María, 1999; e *Informe mundial sobre la cultura: diversidad cultural, conflicto y pluralismo*, Madrid: UNESCO / Mundi-Prensa, 2001. Os relatórios foram disponibilizados quase em sua integralidade, em versão on-line, pelo Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) da UNAM, estando o de 1999 disponível em: <<http://132.248.35.1/cultura/informe/>> e o de 2001, disponível em: <<http://132.248.35.1/cultura/informe/informe%20mundz/INDICEinforme2.html>>.

Em síntese, a nossa Civilização somente sobreviverá se lograr aprofundar os vínculos de solidariedade entre povos e culturas, num sistema de convivência internacional cada vez menos tutelado e mais participativo. (Furtado, C., 1995)

Naquele momento, Celso Furtado já tinha passado pelo cargo de ministro da Cultura, entre 1986-1988, o que lhe permitiu colocar essa problemática teórica no campo das políticas públicas. Nesta homenagem, gostaria de assinalar a interação entre essa experiência política de Celso e a figura de Darcy Ribeiro como secretário de Cultura do Estado do Rio de Janeiro. Ambos destacaram os limites impostos ao desenvolvimento cultural pela oligarquia dominante dos países capitalistas dependentes, particularmente no Brasil, diante da impressionante criatividade popular.

Então, a colaboração nossa com Celso Furtado nos aproximou cada vez mais, e ele teve um papel muito importante na consolidação da Cátedra e Rede em Economia Global e Desenvolvimento Sustentável (REGGEN), sob minha direção, que foi criada em 1997 pela UNESCO e pela UNU, a partir de um encontro realizado em Helsinki, Finlândia, em 1996. Em 2000, a REGGEN colaborou muito diretamente com a organização do encontro internacional coordenado por Francisco López Segrera e Daniel Filmus sobre “América Latina 2020 – cenários, alternativas e estratégias”, ocorrido no Rio de Janeiro. Nessa oportunidade, Celso pronunciou umas palavras de abertura que, além de chamar à retomada do crescimento econômico, terminava com o seguinte parágrafo:

O processo de globalização interrompeu esse avanço na conquista da autonomia na tomada de decisões estratégicas. Se submergirmos na *dolarização*, estaremos regredindo ao estatuto semicolonial. Com efeito, se prosseguirmos no caminho que estamos trilhando desde 1994, buscando a saída fácil do crescente endividamento externo e o do setor público interno, o Passivo Brasil a que fizemos referência terá crescido ao final do próximo decênio absorvendo a totalidade da riqueza nacional. O sonho de construir um país tropical capaz de influir no destino da humanidade ter-se-á desvanecido. (Furtado, C., in Segrera, F. L. e Filmus, D., 2000: 21-3)

Esta temática está tratada neste livro, em grande parte, nos capítulos 11 e 12.

Em 2003, realizamos talvez o mais importante encontro organizado pela REGGEN. Celso Furtado outra vez abriu nosso encontro, quando suas advertências, expressas na sua intervenção anteriormente citada, já estavam em plena concretização. Elas continuavam fundamentais, claras e decisivas. Assim termina ele sua saudação:

Agora, que fazer? As portas para as saídas falsas estão fechadas. Liquidar o pouco que resta do patrimônio nacional? Apelar novamente para a inflação, forma insidiosa de punir a população pobre? Já não resta dúvida de que, para sair do impasse atual que o obriga a concentrar a renda a fim de satisfazer a sempre crescente propensão ao consumo do segmento de privilegiados, o Brasil terá de se submeter a importantes reformas estruturais que exigirão persistência de propósitos e apoio de amplo movimento de opinião pública. A reconstrução estrutural requerida é obra que exige esforço persistente de mais de uma geração. São problemas que se acumulam desde a época colonial e em parte resultam da dimensão continental do país. Todos estão conscientes de que as relações internacionais tendem a sofrer modificações de grande monta, e o Brasil terá de enfrentá-las antes que o quadro internacional restrinja ainda mais nossa capacidade de exercer a soberania. Os debates que terão lugar neste seminário certamente nos ajudarão a encontrar o caminho de saída nessa difícil conjuntura. Aos organizadores deste seminário, iniciativa do meu velho companheiro de lutas, Theotônio dos Santos, meus calorosos agradecimentos. (Furtado, C., in Dos Santos, Theotônio (coord.) *et al.*, 2005: 23-25)

Nesse encontro, que contou com uma centena de importantes pensadores de todo o mundo e uma assistência de cerca de seiscentos ouvintes, lançamos a candidatura de Celso Furtado para Prêmio Nobel de Economia, com uma enorme repercussão. Em seguida, apresentei esta candidatura para o Encontro Internacional sobre Globalização e Desenvolvimento, organizado pela Associação de Economistas da América Latina (AEAL) e realizado em Cuba naquele mesmo ano, com

a aprovação unânime de um auditório de cerca de 500 economistas de todo o mundo. Por mais que seu nome fosse aceito e recomendado por grandes figuras do pensamento econômico contemporâneo, os jurados do Prêmio Nobel de Economia não atenderam ao clamor. Com raras exceções, eles continuam premiando o economicismo conservador e uma “ciência” econômica totalmente separada das ciências sociais.

Vemos, assim, que a presente obra deve muito à colaboração com este grande economista brasileiro, de expressão universal. Estou seguro de que Celso Furtado –se vivo ainda– estaria de acordo com grande parte das teses defendidas neste livro. É necessário preitar sua enorme contribuição para o mesmo.

2. Civilização e desenvolvimento

O conceito de civilização surge como tal no século XVIII. É, inclusive, um verbete da *Enciclopédia* dos iluministas. A ideia de civilização associava-se, então, à constituição de uma sociedade civil dos cidadãos, que se diferenciava das formas políticas anteriores e gerava uma organização social específica, que pretendia corresponder a uma moral mais adequada à natureza humana. Nesse momento, consagra-se a ideia do indivíduo como fundador da sociedade e como criador de produtos, frutos de seu trabalho. Pode-se compreender, portanto, como a economia política clássica chegou à noção de valor. Ela refletia o grande passo que representava a busca de compreensão dos avanços sociais trazidos pelo aumento colossal de produtividade, que foi possível alcançar como consequência, basicamente, do desenvolvimento das manufaturas e, posteriormente, da Revolução Industrial. Logo, era natural que, no norte da Europa, particularmente na Inglaterra, onde se concentrava esta revolução, se gerasse uma premonição de que o grande desenvolvimento das forças produtivas, que se consolidava nessas regiões, e das formas sociais que se associavam a esse processo produzisse a ideia de um estágio superior da sociedade humana, que se caracterizaria por gerar uma forma social associada, cada vez mais, ao conceito de civilização.

Durante o século XIX, foi-se depurando essa ideia. Saint Simon nos fala de uma sociedade industrial que corresponderia ao futuro da humanidade. Comte, seu discípulo, vai sistematizar essa noção de uma nova sociedade com a ideia de progresso. Associava-se, assim, certa concepção de sociedade ao processo evolutivo apoiado no conhecimento científico e nas formas de produção modernas, que se manifestavam na Revolução Industrial. Hegel, inclusive, tinha, na *Fenomenologia do espírito*,⁸ mostrado o caráter necessário dessa evolução da humanidade na direção de uma sociedade livre apoiada na introdução e na generalização da industrialização, do uso da razão e da ação econômica organizada e sistematizada. No final do século XIX, a visão neopositivista de inspiração kantiana vai resgatar essa nova noção de progresso como um roteiro necessário e como um produto do desenvolvimento da capacidade cultural humana. A estrutura da percepção assegurava ao ser humano um pleno desenvolvimento da sua diferenciação do reino animal. Era lógico, portanto, que aquelas sociedades que desenvolveram essa especificidade do humano se transformassem numa espécie de modelo para todas as outras. Tudo indicava que a humanidade chegava, como o havia concebido Hegel, ao “fim da História”.

Marx e Engels buscaram compreender esta especificidade do humano, não como um dado da natureza humana, mas, sim, como resultado da acumulação e da evolução da consciência humana, embutida nas sucessivas formas de relações sociais que promovem historicamente este pleno desenvolvimento da humanidade. Em consequência, Marx e Engels desenvolvem um método dialético que lhes permite encontrar a universalidade do concreto, isto é, o elemento mais abstrato de formações sociais historicamente dadas. É assim que Marx se propõe a realizar a crítica da economia política, ao identificar na proposta teórica do liberalismo e da economia política clássica uma tentativa de transformar as leis de funcionamento de um concreto histórico em leis gerais da sociedade humana em abstrato.

A crítica da economia política era, assim, a crítica da tentativa da ideologia burguesa de transformar a sociedade e as relações econômicas capitalistas numa forma ideal da sociedade humana. Esse esforço

8. Ver Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Fenomenologia do espírito*, Petrópolis: Vozes, 2007, 4. ed.

teórico de Marx permitia encontrar novas formas de organização social, que emergiam da própria evolução da sociedade capitalista e serviam de fundamento para a ação política das classes sociais geradas pelas relações capitalistas de produção. Surgiam assim, dentro do avanço da revolução industrial, as novas relações sociais, particularmente as classes sociais que se identificavam com o avanço dessas novas bases materiais. A conjugação dessas classes sociais realizava-se num processo de luta que, de um lado, alterava o modo de funcionamento da própria economia e sociedade capitalista e, de outro lado, colocava as condições e possibilidades de uma sociedade superior.

O fenômeno da evolução não terminava com a sociedade capitalista existente, mas, pelo contrário, apontava para uma transformação histórica permanente da humanidade e do ser humano como indivíduo. O marxismo convertia-se num movimento social que articulava uma visão do mundo, um método de análise e síntese, e uma estrutura de organização política, que pareciam se materializar no fenômeno impressionante da emergência do movimento socialista internacional, na Comuna de Paris, na Primeira e na Segunda Internacionais.

O pensamento comprometido com a ordem social, política e moral que brotava e se ampliava com a expansão material da sociedade burguesa exigia uma resposta teórica, conceitual, mais sofisticada. Os teóricos burgueses de ponta, de vanguarda, não tinham mais por tarefa criticar as sociedades pré-capitalistas e sim defender o caráter eterno e absoluto da sociedade existente.

Não deixa de ser impressionante ver o esforço teórico de um Max Weber, de um Durkheim, de uma economia política austríaca, para transformar em conhecimento científico a abstração das relações capitalistas de produção e do liberalismo, não como um fenômeno histórico concreto e particular e sim como a formação social e política em si. Tratava-se de transformar a sociedade existente na expressão mais avançada da economia e da política em geral. A materialização dessas formas sociais abstratas seria a forma final de organização da sociedade humana. Eis, aí, a origem da relação aparentemente harmoniosa entre o surgimento e a sistematização das ciências sociais e a afirmação histórica do modo de produção capitalista.

Se tomarmos em consideração que a formação do modo de produção capitalista historicamente se faz por meio de um sistema de relações econômicas, sociais e políticas em escala mundial, é uma hipótese bastante arbitrária pretender que os processos que se deram nas regiões que ocuparam um papel central na criação do sistema econômico mundial moderno correspondam a uma forma final e superior da história humana. A partir disto é que vamos fazer uma síntese das principais tentativas de apresentar a história humana neste contexto teórico conceitual, pois, no começo do século XX, o sistema mundial capitalista apresenta o fenômeno da Primeira Guerra Mundial. Como explicar que a sociedade perfeita tenha levado a humanidade à destruição mútua? Era necessário encontrar as razões da guerra não na competição intercapitalista, mas sim no “nacionalismo”, por exemplo, ou em elementos psicológicos intrínsecos a toda sociedade.

Vemos, assim, as várias contribuições teóricas como tentativas importantes de buscar essas causas independentemente das relações de produção próprias desse modo de produção. Tratava-se de buscar os mecanismos pelos quais alguns povos se liberaram das limitações impostas ao pleno funcionamento da natureza humana, permitindo que se impusessem historicamente as relações econômicas “naturais” que cabia à ciência econômica descobrir. Tratou-se de afirmar, de um lado, com Oswald Spengler, que a decadência era uma parte necessária do próprio processo civilizatório. Ela não se explicava por razões econômicas, mas, sim, por limites culturais. Tese que Spengler defende no seu livro *A decadência do Ocidente*.⁹ Por outro lado, Pitirim A. Sorokin,¹⁰ diante da ameaça que representa a Revolução Russa para essa ordem social “perfeita”, vai nos conduzir a uma tentativa de transformar num fenômeno biológico o surgimento, o crescimento, a afirmação, o auge e a decadência das civilizações.

Estamos, assim, diante de uma crítica ao otimismo histórico do liberalismo, que entrava em erosão diante das evidências históricas em que

9. Em português, há: Oswald Spengler, *A decadência do Ocidente: esboço de uma morfologia da história universal*, Brasília: Editora da Universidade de Brasília, 1982.

10. Ver Pitirim A. Sorokin, *Social and Cultural Dynamics*, Nova York; Cincinnati; Chicago; Boston; Atlanta; Dallas; São Francisco: American Book Company, 1937. 4 v. O último volume é de 1941.

vivia a sociedade burguesa. Já no final da Primeira Guerra vamos assistir a um dos esforços mais importantes para tentar reconstruir o quadro e o tecido da visão liberal.

Desde uma postura que poderíamos chamar de esquerda, nós nos deparamos com o gigantesco esforço de H. G. Wells para encontrar uma razão positiva orientando a evolução da humanidade. Seu livro *The Outline of History: Being a plain history of life and mankind*,¹¹ publicado originalmente em 1920 e revisado em 1932, impõe-se considerações metodológicas e ideológicas. Diante da evidência da parcialidade do seu próprio enfoque, H. G. Wells tenta corrigi-lo, em parte. Segundo ele:

De início o autor pretendeu apenas uma revisão geral da unidade europeia, uma espécie de sumário da ascensão e queda do sistema romano, da obstinada sobrevivência da ideia de Império na Europa e dos vários projetos para a unificação da Cristandade que haviam sido propostos em diferentes ocasiões. (Wells, H. G., 1942: 4)

Contudo, a evidência dos fatos históricos o obriga a dar um passo adiante:

Mas depressa [o autor] verificou não haver nenhum real começo em Roma, ou na Judeia, e ser impossível confinar a história ao mundo ocidental. Este não era senão o último ato de muito maior drama. Os seus estudos o levaram, por um lado, até os primórdios arianos nas florestas e planícies da Europa e da Ásia ocidental, e, por outro lado, até os primeiros passos da civilização no Egito, na Mesopotâmia e nas terras agora submersas da bacia do Mediterrâneo onde, parece, viveu e prosperou outrora uma população humana primordial. (Wells, H. G., 1942: 4)

O autor busca suprir a falta de informação e conhecimento histórico da sua época, mas compreende claramente as intervenções arbitrárias

11. Há uma edição em português: H. G. Wells, *História universal*, São Paulo; Rio de Janeiro; Recife e Porto Alegre: Companhia Editora Nacional, 1942. 3 v. As citações se referirão a esta edição.

realizadas pelo pensamento pretensamente universal e científico a favor do reconhecimento do papel histórico excepcional e definitivo que a Europa apresentava: “Começou a compreender quanto os historiadores europeus haviam, drasticamente, diminuído a participação das culturas dos planaltos centrais da Ásia, da Pérsia, da Índia e da China no drama da humanidade” (Wells, H. G., 1942: 4).

Ele reconhecia então, nessa operação de ocultação histórica, um conteúdo de intervenção na problemática do seu próprio tempo. Compreendendo o fenômeno que mais tarde Fernand Braudel chamaria de longa duração, ele afirmava:

Começou a ver, mais e mais claramente, como ainda se achava vivo, em nossas vidas e instituições, esse remoto passado, e como é pouco o que podemos compreender dos problemas políticos, religiosos ou sociais de hoje, se não compreendermos os primeiros estágios da associação humana. E como compreender esses primeiros estágios, sem algum conhecimento das origens humanas? (Wells, H. G., 1942: 4)

É significativo ver como seu livro, que teve uma divulgação excepcional, não conseguiu também superar esses limites. Ele centra sua análise histórica no mundo antigo na Europa, no Mediterrâneo e seu vale, e analisa as primeiras civilizações como experiências separadas, envolvendo os cultivadores nômades primitivos transformados em camponeses, artesãos, religiosos e militares a partir da revolução agrícola que Gordon Childe¹² tomou como elemento central da transformação das forças produtivas e dos regimes sociais que se tornaram possíveis e complexos a partir dela.

Ele nos chama ao estudo dos sumerianos, do império de Sargão I, de Hamurabi, dos assírios, dos caldeus, do Egito, da Índia e da China. Vemos, como elementos comuns dessas primeiras civilizações, não somente o domínio da natureza com a produção agrícola como o

12. Ver Gordon Childe, *Ohomem faz-se asi próprio o progresso da humanidade desde as suas origens até o fim do Império Romano*, Lisboa: Cosmos, 1947. Tradução feita por Vitorino Magalhães Godinho e Jorge Borges de Macedo do livro, originalmente publicado em inglês, *Man makes himself*, Londres: Watts, 1936.

desenvolvimento de um pensamento primitivo, de uma diferenciação racial e linguística, os povos marítimos e os povos comerciantes, a escrita, a astrologia. Assistimos à emergência da gesta de Alexandre, o Grande, que ele não pode deixar de considerar como o augúrio do império mundial. O esforço de H. G. Wells, por mais que aspirasse a um enfoque universal, manteve, no fundo, a ideia de predestinação da Europa em converter-se em líder do processo civilizatório mundial.

Arnold Toynbee oferece-nos um esforço colossal no seu *Um estudo da História*,¹³ publicado originalmente em 1972 como uma síntese atualizada dos doze volumes que publicara de 1927 a 1939, às vésperas, portanto, da Segunda Guerra Mundial. Nessa versão mais repousada, vinte e sete anos após a Segunda Guerra Mundial, Toynbee tenta dar um fundamento teórico mais complexo do que aquele que adotou no seu esforço inicial.

Na primeira parte, ao tentar uma morfologia da história, Toynbee nos coloca:

Começo meu trabalho buscando uma unidade de estudo histórico que seja de certo modo independente e, portanto, mais ou menos inteligível, isoladamente, em relação ao resto da história. Rejeito o hábito contemporâneo de estudar a história em termos de estados nacionais; estes parecem ser fragmentos de algo maior: uma civilização. Visto que o homem necessita classificar a informação antes de a interpretar, tal unidade de maior amplitude se me afigura menos deturpadora do que uma de menor espectro. Após definir minha unidade de trabalho, ao observar as sociedades pré-civilizadas, procuro estabelecer um “modelo” para a história das civilizações, tomando como rumo os cursos das histórias helênica, chinesa e judaica. Ao combinar seus principais aspectos, proponho um modelo composto que, aparentemente, é aplicável às histórias da maioria das civilizações que conhecemos. Concluo por elaborar uma lista das civilizações, passadas e presentes. (Toynbee, A. J., 1987: 15)

13. Ver: Arnold Joseph Toynbee, *Um estudo da História*, Brasília: Editora da Universidade de Brasília; São Paulo: Martins Fontes, 1987.

O esforço de Toynbee é realmente muito impressionante, sobretudo na medida em que ele busca encontrar os elementos que compõem essas civilizações, distinguindo, inclusive, as sociedades de transição e buscando um estudo comparativo das civilizações. Vê-se, contudo, certo limite de enfoque ao tomar os modelos helênico, chinês e judaico como centrais. De fato, ao terminar sua morfologia, ele apresenta uma tábua de civilizações desenvolvidas e civilizações abortadas.

Outra vez seu esforço teórico se vê limitado não só pela perspectiva histórica eurocêntrica, como também pela falta de estudos empíricos suficientes, sobretudo sobre as regiões do mundo que não fazem parte do imaginário eurocêntrico. Entre as civilizações independentes, não há dúvida de que ele só as pode encontrar dos anos 100-200 a.C. para cá. É clara, por exemplo, sua ideia de que a civilização andina não teria relação com outras. Como veremos posteriormente, o mundo andino já estava articulado numa região relativamente grande em torno do sítio arqueológico de Caral, desde 3.000 a.C.

Existe, portanto, um vazio tanto arqueológico como histórico e teórico que nos impede de explicar o verdadeiro papel das Américas no processo de desenvolvimento das civilizações. Talvez pudéssemos colocar entre parênteses todo o esforço interpretativo desenvolvido nos últimos duzentos anos, a partir, sobretudo, dos centros acadêmicos ocidentais, para reconstruir uma verdadeira história das civilizações. A partir dessa operação de parênteses, imitando a versão Guerreiro Ramos da redução filosófica de Husserl, por meio de uma redução sociológica,¹⁴ que reordene essas experiências históricas a partir de hipóteses mais amplas que permitam desenhar um panorama novo dessa epopeia humana.

Não é o objetivo deste trabalho realizar esta tarefa, que exige uma equipe ou mesmo várias equipes muito amplas. Talvez seja já tempo de refazer a história das civilizações, sem desprezar, evidentemente, os esforços anteriores de compreensão da história humana. É interessante considerar que Toynbee, em sua versão mais ampla e mais moderna,

14. Ver: Alberto Guerreiro Ramos, *A redução sociológica: introdução ao estudo da razão sociológica*, Rio de Janeiro: ISEB, 1958. Há uma edição mais recente, de 1996, publicada pela editora da UFRJ.

já se sentia na obrigação de resistir ao enfoque eurocêntrico, mas não é nada claro que ele tenha conseguido superar esta limitação.¹⁵

É interessante notar o impacto do esforço de Toynbee num Japão que estava recém recuperando sua força histórica diante da civilização ocidental, particularmente, do seu centro norte-americano, que lhe impôs uma derrota definitiva na Segunda Guerra Mundial. Umesao Tadao, diretor do Museu de Osaka, escreve, na década de 1970, um conjunto de trabalhos que busca responder ao esforço de Toynbee. Em seu livro *O Japão na Era Planetária*,¹⁶ traduzido ao francês por René Siffert, e publicado em Paris em 1983, ele tenta apresentar uma concepção ecológica das civilizações, que começa por criticar a divisão entre Ocidente e Oriente e, particularmente, por identificar o Japão com a cultura oriental. Sua argumentação o conduz a uma afirmação bastante inquietante. Ele coloca:

A velha concepção evolutiva da História via a evolução como uma progressão em linha reta sobre uma rota única na qual passe o que passe todo o mundo atingirá, cedo ou tarde, o mesmo objetivo. As diferenças no estado atual são consideradas como simples diferenças de níveis de desenvolvimento sobre a via do objetivo final. A verdadeira evolução dos seres vivos não tem, evidentemente, nada a ver com isso, mas o enfoque evolutivo adaptado à história da humanidade chegou a esta maneira de ver simplista. Se admitir-se o ponto de vista ecológico, por outro lado, muitas vias se oferecem segundo os casos, não é, pois, surpreendente que nas primeiras e segundas zonas [do mundo euro-asiático, distinguidas por ele] cada sociedade desenvolveu seu modo de vida próprio. (Tadao, Umesao, 1983: 22)

15. A cada dia, é maior o número de acadêmicos europeus e norte-americanos que aceitam a ideia de que há uma visão eurocêntrica, particularmente no que respeita ao conceito de uma civilização ocidental. Poderíamos citar Niall Ferguson como um exitoso expositor dessa autocrítica limitada. Recomendamos, como um exemplo bastante amplo desse enfoque, o seu livro *Civilización: Occidente y el resto*, Barcelona: Random House Mondadori, 2012. Nesse livro, pode-se encontrar uma bibliografia bastante completa dos autores ligados a essa corrente. Outro esforço que pode chamar a atenção seria a obra de Norbert Elias, *O processo civilizador*, Rio de Janeiro: Zahar, 2011. 2 v.

16. Ver Umesao Tadao, *Le Japon à l'ère planétaire*, Paris: Publications Orientalistes de France, 1983. As citações seguintes são dessa obra.

Ele insiste no caso japonês e afirma:

Todo discurso sobre a cultura japonesa que não integra estes fatos [que dão a especificidade do caso japonês] na sua reflexão é uma falta de sentido pura e simples. De outro lado, não se pode conceber toda a transformação na direção de um progresso da civilização. Pois, a civilização é nosso ponto de apoio, nossa tradição, que nós devemos de toda maneira preservar. (Tadao, Umesao, 1983: 14)

Desta maneira, chega-se a uma negação totalmente radical da visão eu-rocêntrica que pretende estabelecer um modelo civilizatório, inclusive a partir de especificidades da cultura europeia. Ele continua: Isto não tem nada a ver com o fato que o Japão seja um país de capitalismo de alto nível. Nem todo país capitalista atinge forçosamente um alto nível de civilização e é impossível afirmar que nenhum país de alto nível de civilização tal como o Japão não se tornará jamais um país socialista (Tadao, Umesao, 1983: 14). E ele amplia, então, sua observação histórica:

Para tomar as coisas concretamente, contudo, é forçoso constatar que no mundo antigo os países que conseguiram criar uma situação de fato parecida, qualquer que seja o seu regime, são ainda menos numerosos. Não existem aqueles que pareceram haver se aproximado dessa condição, mas somente o Japão e alguns países da Europa Ocidental, que se encontram na outra extremidade do continente se transformaram na sua globalidade como países de alto nível de civilização. Com os outros, China, Sudeste Asiático, Índia, Rússia, países islâmicos, Europa Oriental subsistem ao menos vários graus de diferenças. (Tadao, Umesao, 1983: 14-5)

Continuando com o caso japonês, Umesao vai questionar toda a interpretação de que a modernização do Japão começa com a dinastia Meiji:

Da minha parte, eu veria mais bem a relação entre a civilização moderna do Japão, depois de Meiji, e a civilização europeia moderna como uma espécie de progressão paralela. Num primeiro tempo,

o Japão se encontrava em retardo, e era necessário importar uma quantidade importante de elementos europeus para traçar o seu avanço nessas grandes linhas. Logo depois a máquina começou a mover. Não podia ser a questão contentar-se com comparar-se com a Europa Ocidental. Cada vez que aparecia um elemento novo o conjunto do sistema era revisado e ampliado. Esses novos elementos eram, segundo o caso, tirados da Europa, ou colocados pelo próprio Japão. Na Europa, por sinal, as coisas se passavam da mesma maneira. O automóvel ou a televisão não existiam lá desde o princípio. Cada vez que aparecia um ingrediente novo como esses o antigo sistema era revisado e sem cessar ampliado. (Tadao, Umesao, 1983: 15)

E concluí, polemicamente: “Qualquer que seja o caso, o Japão jamais teve por objetivo sua europeização. E isto continua uma verdade. Para o Japão, o objetivo era o Japão” (p. 16). Vemos, assim, que a forma mesma da qual se partia para organizar a história das civilizações e os fenômenos interculturais era questionada radicalmente por povos e nações que não aceitavam jogar fora sua identidade como condição de uma mudança social profunda.

Inegavelmente, um momento de amadurecimento dessa consciência se coloca nos anos do pós-guerra, particularmente na França, no debate sobre a reestruturação do ensino da história universal. Fernand Braudel apresenta, em 1963, um manual de história das civilizações¹⁷ que começa a abrir caminho para uma tentativa de reinterpretação da história desde um ponto de vista que busca ser realmente universal e interdisciplinar. Afinal, a intelectualidade francesa tinha que se colocar diante da questão colonial num plano não puramente acadêmico, mas geopolítico e militar. O enfrentamento contra a tentativa de se impor sobre a Indochina, fracassada nos anos 1950, e a derrota da estratégia contrainsurrecional na Argélia obrigavam a repensar seriamente estas questões.

17. Ver Fernand Braudel, *Gramática das civilizações*, São Paulo: Martins Fontes, 2004. As citações seguintes são retiradas desse livro.

Sem dúvida, o problema do papel secundário da França na reestruturação europeia também exigia uma maior profundidade do debate que haveria que ser travado em torno da questão civilizatória, da questão colonial e da questão do processo de modernização. Num excelente texto de prefácio ao livro de Fernand Braudel, *Gramática das civilizações*, o historiador Maurice Aymard –que dirigiu, até recentemente, a Maison des Sciences de l’Homme, criada por Braudel–, nos diz:

F. Braudel frequentemente fez sua, e uma última vez na introdução de *L’Identité de la France*, a afirmação de Marc Bloch: “Não existe história da França. Existe apenas uma história da Europa”, mas apresando-se em acrescentar: “Não existe história da Europa, existe uma história do mundo”. Não teve tempo de levar a cabo essa história da França, que era, como ele bem sabia, seu derradeiro desafio. Não fez mais que esboçar, pelo cinema e pelo texto (*L’Europe*, Paris, Arts et Métiers Graphiques, 1982), essa história da Europa que se anunciava em *Méditerranée*. Deu-nos ele, com *Civilization matérielle, économie et capitalisme*, uma história do mundo que desaguava, diferentemente de *Méditerranée*, numa interrogação sobre o presente e o futuro próximo. (Aymard, M., in Braudel, F. 2004: 11-12)

Maurice Aymard nos afirma, com razão, que o livro de Braudel, *Gramática das civilizações*, prepara e completa esse esforço colossal. Essa obra tenta explicar os caminhos da formação primária, secundária e universitária de uma França que estava já regida por Mitterrand e pelas aspirações de um Partido Socialista que tinha, ainda, pretensões universais. Braudel nos introduz na problemática civilizatória ao demonstrar a relação profunda que existe entre a História e o presente. Ele afirma:

Esses acontecimentos de ontem explicam e não explicam, por si só, o universo atual. De fato, em graus diversos, a atualidade prolonga outras experiências muito mais afastadas no tempo. Ela se nutre de séculos transcorridos, e mesmo de toda “evolução histórica vivida pela humanidade até nossos dias”. O fato de o presente implicar semelhante dimensão de tempo vivido não deve parecer-lhes

absurdo, muito embora todos nós tendamos espontaneamente a considerar o mundo que nos circunda apenas na brevíssima duração de nossa própria existência e a ver sua história como um filme acelerado em que tudo se sucede ou se atropela: guerras, batalhas, conferências de cúpula, crises políticas, jornadas revolucionárias, revoluções, desordens econômicas, ideias, modas intelectuais, artísticas... (Braudel, F., 2004: 18)

Estão, aqui, as bases para a ideia da longa duração na compreensão dos fenômenos estruturais e até mesmo nas conjunturas, desde que vistas no contexto dessa longa duração. É assim que Braudel nos conduz a uma história múltipla, em que as civilizações cumprem um papel fundamental. Na sua explicação da formação do conceito de civilização, Braudel chama a atenção para a sua construção inicial como negação da barbárie, discute os limites da tentativa de diferenciar radicalmente civilização de cultura e nos adverte para o aparecimento, em 1919, do conceito de civilizações, no plural. Ele afirma:

Na verdade, é o plural que prevalece na mentalidade de um homem do século XX; e, mais que o singular, é ele diretamente acessível às nossas experiências pessoais. Os museus nos desambientam no tempo, mergulhando-nos mais ou menos completamente em *civilizações* passadas. As “desambientações” são ainda mais nítidas no espaço: passar o Reno ou a Mancha, chegar ao Mediterrâneo vindo do norte são experiências inolvidáveis e claras que sublinham a realidade do plural da nossa palavra. Existem, inegavelmente, *civilizações*. (Braudel, F., 2004: 28)

Braudel radicaliza ainda mais a sua proposição, quando afirma:

Então, se nos pedirem para definir *a* civilização, sem dúvida nos mostraremos mais hesitantes. De fato, o emprego do plural corresponde ao desaparecimento de certo conceito, à supressão progressiva da ideia, peculiar ao século XVIII, de *uma* civilização confundida com o progresso em si e que seria reservada a uns poucos

povos privilegiados ou mesmo a determinados grupos humanos, à “elite”. Felizmente, o século XX se desembarçou de certo número de juízos de valor e, na verdade, não saberia definir –em nome de que critérios?– a melhor das civilizações. (Braudel, F., 2004: 28-29)

Dessa maneira, a história das civilizações tem, para Braudel, que se apoiar na diversidade das ciências humanas. E ele ilumina as várias dimensões dessa diversidade: para ele, as civilizações são “espaços, terras, relevos, climas, vegetações, espécies animais, vantagens dadas ou adquiridas” (Braudel, F., 2004: 31). Insiste, inclusive contestando a Toynbee, que a tese deste sobre os reptos, desafio e resposta, não seria correta, se pretende que quanto maior seja o desafio da natureza mais forte será a resposta do homem:

... o homem civilizado do século XX aceitou o desafio insolente dos desertos, das regiões polares ou equatoriais. Pois bem, apesar dos interesses indiscutíveis (ouro e petróleo), até agora ele não conseguiu se multiplicar ali, criar verdadeiras civilizações. Portanto, desafio sim, resposta sim, civilização não necessariamente. (Braudel, F., 2004: 33)

As civilizações são também cultura, para Braudel, mas elas são, antes de tudo, sociedades. Ele afirma mesmo que “a sociedade nunca pode ser separada da civilização (e reciprocamente): as duas noções concernem a uma mesma realidade” (Braudel, F., 2004: 47). Ele não deixa, evidentemente, de encarar o papel da economia, inclusive a incidência das flutuações econômicas, a importância da criação dos excedentes e de sua gestão. Por fim, Braudel coloca muito claramente o papel das mentalidades coletivas, o que não nos permite esquecer o papel das religiões na construção das civilizações.

É assim que sua *Gramática das civilizações* vai apresentar um enfoque sobre as grandes civilizações que começa pelo Islã e o mundo muçulmano. Já naquele momento o papel histórico do Islã indicava a sua resistência à assimilação pela civilização ocidental. O continente negro, a África subsaariana sobretudo, aparece com menos força, mas não se pode esquecer que o fenômeno da escravidão trouxe os povos negros para a América,

criando uma interação afro-americana que tem, como veremos, uma proposta de identidade civilizatória comum entre África e América, pelo menos do Atlântico, incluindo, é claro, o Caribe, onde essa população se sobrepôs, bastante fortemente, aos povos originários. A Índia é tomada como outra vertente civilizacional, nunca nos esquecendo de que há uma parte importante da Índia dominada pelos muçulmanos.

Se há realmente uma civilização com uma profunda identidade e especificidade, talvez seja, realmente, a civilização indiana.

É interessante que Braudel vai vincular o Extremo Oriente marítimo com a Indochina, a Indonésia, as Filipinas, a Coreia e o Japão. Como vimos anteriormente, Umesao Tadao representa uma reivindicação de uma grande diferenciação do Japão com esses outros países. A ideia de que o Japão se identificou com a civilização chinesa a partir do século VIII é uma fonte de discórdia muito importante na região e debilita a tese japonesa de sua importância quase que paralela à evolução da civilização ocidental.

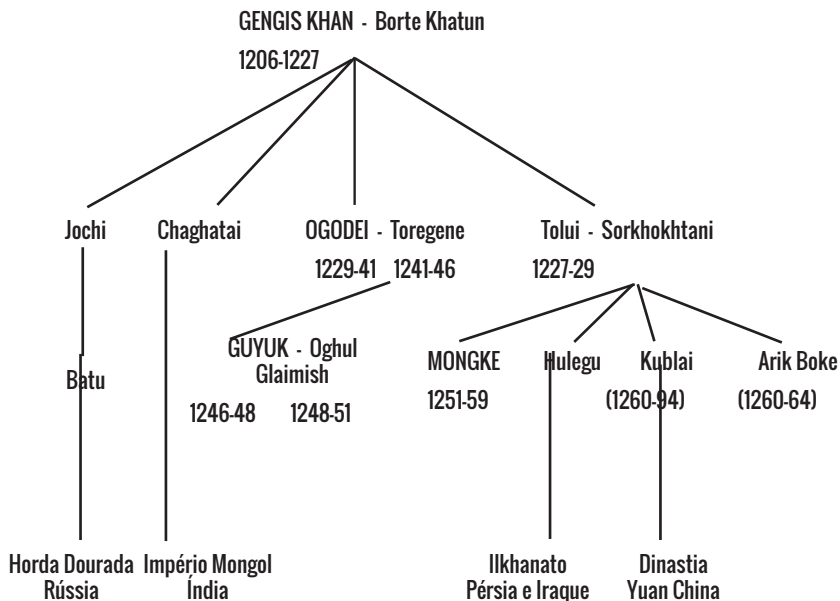
Só depois de examinar essas civilizações não europeias é que Braudel parte para uma tentativa de caracterização da Europa como uma vertente civilizatória na qual cristianismo, humanismo e pensamento científico são apresentados como parte dessa identidade histórica, dessa civilização. Os estudiosos contemporâneos da China e do Islã reivindicam uma forte dependência do desenvolvimento científico da Europa em relação ao avanço científico tecnológico dessas civilizações.

Por fim, é extremamente interessante ver a importância que Braudel dá às Américas, que termina por ressaltar o fenômeno do universo inglês. Por fim, Braudel não se pôde escusar de pretender situar a civilização que ele chama da outra Europa, onde estavam a URSS e os países da Europa Oriental. A eliminação ou a autodestruição da URSS obrigaria, talvez, a refazer esse capítulo final de seu livro.

Mas, não se pode esquecer a identidade que existe entre essa região e o Império Mongol. Para ilustrar a importância do Império Mongol, apesar da subestimação que certas histórias universais fazem do mesmo, apresentamos um quadro das áreas que estiveram sob o domínio mongol, que nos permite aceitar a designação de maior império em extensão contínua de terras da história humana, deixando, inclusive, uma marca genética:

Um só homem, que viveu há cerca de mil anos em algum rincão da atual Mongólia, realizou um feito reprodutivo sem precedentes na história da humanidade: espalhou descendentes masculinos por uma área que vai do Pacífico ao Cáspio, gente que responde por 8% dos homens que vivem nas fronteiras do antigo Império Mongol, ou 12 milhões de pessoas, se as estimativas estiverem corretas. Flagrado graças a seu cromossomo Y – a marca genética da masculinidade – esse pai de multidões, dizem geneticistas britânicos, foi muito possivelmente Genghis Khan (1162-1227). (Lopes, R. J., 2003)¹⁸

Família Real do Grande Império Mongol, Yeke Mongol Ulus



GRÃO-KHAN

Regente

As datas referem-se aos reinados

(As datas entre parênteses referem-se a reinados contestados)

18. Ver Reinaldo José Lopes, “Khan espalhou descendentes do Pacífico ao Cáspio”, *Folha de São Paulo*, 2 de fevereiro de 2003. Disponível em: <<http://www1.folha.uol.com.br/folha/ciencia/ult306u8334.shtml>>.

A antropologia é a disciplina das ciências sociais que mais se envolveu com a questão civilizatória. De certa forma, a antropologia pretendeu estabelecer princípios de comparação entre as várias manifestações da sociedade humana. Estas comparações terminavam por estabelecer as respostas mais corretas aos desafios colocados para os seres humanos. Dessa forma, conseguia-se identificar as características das economias e sociedades europeia e, depois, norte-americana como uma aplicação sistemática da racionalidade como forma cultural, como princípio ordenador dessas sociedades. Estava aí desenhada uma forma histórica sofisticada de dividir o mundo entre a civilização e as formas tradicionais de organização social.

Eric R. Wolf inicia uma crítica dessas pretensões da antropologia. Ele nos mostra a relação profunda entre essas construções “científicas” e as formações sociais que as geraram. Depois de analisar várias propostas da antropologia, oferece-nos a seguinte reflexão em seu livro *Europa y la gente sin historia*.¹⁹

Lo cierto es que ni europeos ni norteamericanos habrían encontrado jamás a estos supuestos porteadores de un pasado prístino, si no se hubieran encontrado unos a otros, de un modo sangriento, cuando Europa extendió el brazo para apoderarse de los recursos y poblaciones de otros continentes. De aquí que se haya dicho, y con razón, que la antropología es hija del imperialismo. Sin imperialismo no habría habido antropólogos, pero tampoco habría habido pescadores denes, balubas o malayos que estudiar. El supuesto antropológico tácito de que gente como esta es gente sin historia, es tanto como borrar quinientos años de confrontación, matanza, resurrección y acomodamiento. Si la sociología opera con su mitología de *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, la antropología opera con demasiada frecuencia con su mitología de lo primitivo prístino. Ambas perpetúan ficciones que niegan los hechos de las relaciones y participaciones en marcha. (Wolf, E. R., 1987: 33)

Esse vínculo entre os interesses do imperialismo e a tentativa de afirmar a ideia de que o conceito de civilização corresponde a uma formação

19. Ver Eric R. Wolf, *Europa y la gente sin historia*, México, DF: FCE, 1987. As citações seguintes são retiradas desse livro.

social superior a todas as outras é uma contribuição de Eric Wolf que se completa com suas análises sobre a violência epistemológica que cometem as ciências sociais para apoiar e garantir essa pretensão teórica. Essa crítica nos leva à própria essência da teoria do conhecimento que ele tenta articular com a contribuição teórica de Marx, ao afirmar o papel negativo da divisão das ciências sociais num conjunto de disciplinas isoladas.

Eric Wolf busca recuperar a força cognitiva que emana de uma visão totalizadora do processo social. Ele define mesmo as dificuldades e deformações que a tentativa de somar disciplinas construídas isoladamente produz, ao afirmar: “El obstáculo mayor para uno desarrollo de una nueva perspectiva radica en el hecho mismo de la especialización en sí” (Wolf, E. R., 1987: 35).

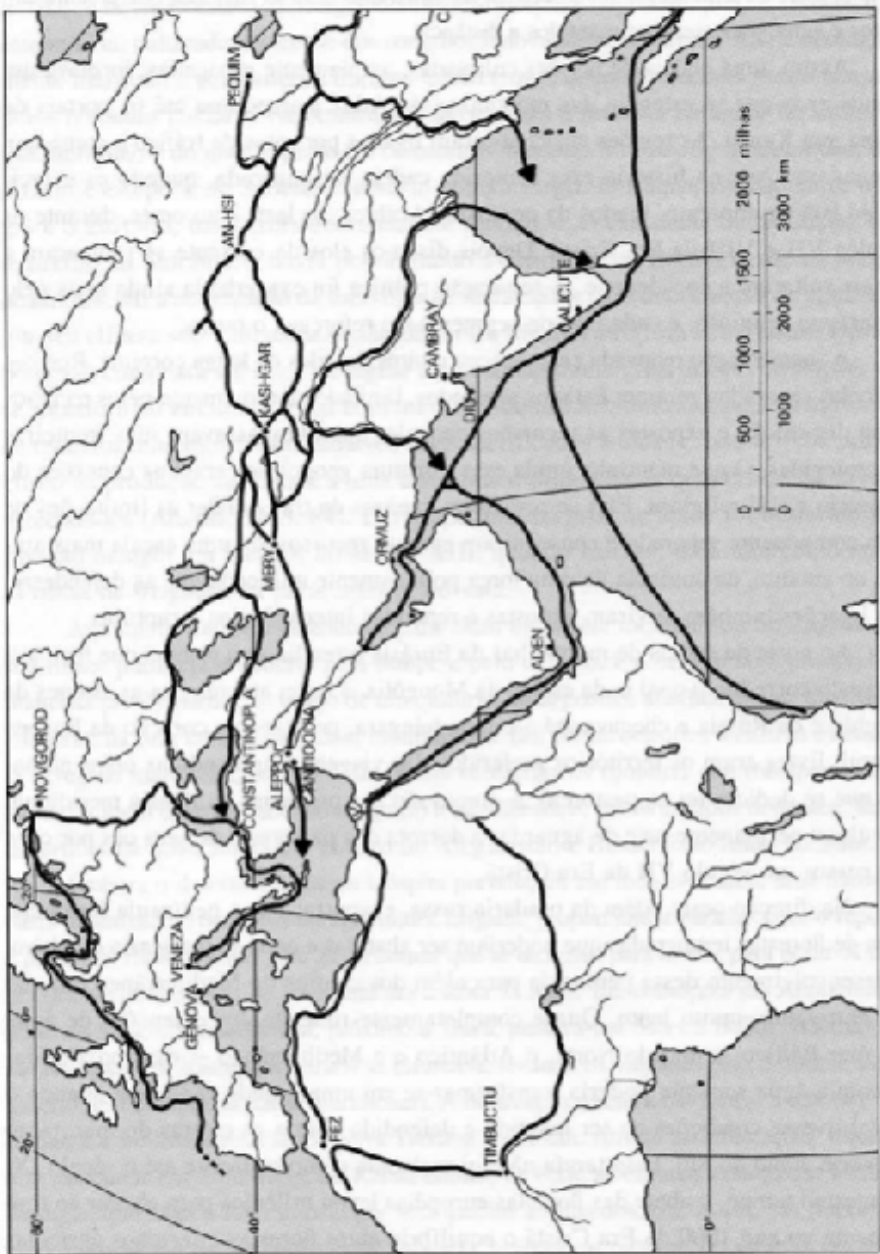
Em seguida, reivindica a proposta de Marx que, segundo ele, “[...] censuró a los economistas políticos por tomar como universales lo que para él eran las características de sistemas de producción históricamente particulares” (Wolf, E. R., 1987: 35). Eric Wolf coloca-se claramente na escola de pensamento de que participam Andre Gunder Frank e Immanuel Wallerstein:

Tanto Frank como Wallerstein centraron su atención en el sistema del mundo capitalista y la disposición de sus partes. Aunque utilizaron los hallazgos de los antropólogos y de los historiadores de la región, el fin principal que persiguieron fue entender cómo el centro subyugó a la periferia, y no estudiar las reacciones de las micropoblaciones que habitualmente investigan los antropólogos. Esta elección suya del foco los lleva a no considerar la gama y variedad de tales poblaciones, de sus modos de existencia antes de la expansión europea y del advenimiento del capitalismo, y de la manera en que estos modos fueron penetrados, subordinados, destruidos o absorbidos, primeramente por el creciente mercado y luego por el capitalismo industrial. Sin un examen así, sin embargo, el concepto de la “periferia” sigue siendo un término de ocultación como el de “sociedad tradicional”. (Wolf, E. R., *op. cit.*: 38-39)

Como se vê, Eric Wolf alia-se à problemática da teoria da dependência, ao reivindicar fortemente a existência de formações sociais anteriores ao capitalismo, que sobreviveram um bom período de sua expansão e que se relacionaram com ele sob a forma de choques, contradições, guerras e levantes. Esse tipo de enfoque é o que nos pode explicar como a luta anti-imperialista e anticolonial alcança, após a Segunda Guerra Mundial, essa dimensão planetária, que coloca em xeque, definitivamente, a ordenação econômica, política, social e cultural do mundo, imposta pela violenta expansão do capitalismo. Ele nos adverte, assim, claramente, sobre o perigo de vincularmos civilização com o processo de exploração, de expropriação, de destruição e terror sobre sociedades inteiras. Não será possível pensar o processo civilizatório exatamente como a negação dessas formas históricas particulares que emergem das próprias contradições que este processo carrega, desenvolve e impõe?

Para ajudar a progressão de nossa proposta crítica, devemos assinalar também a apresentação que nos faz Eric Wolf do mundo do século XV, antes da grande expansão capitalista. É especialmente interessante tomar em consideração o mapa das rotas comerciais que precedem essa expansão. Fica claro, nesse quadro, o quanto o modo de produção capitalista depende de um conjunto de relações econômicas e sociais que já expressavam um desenvolvimento milenar das relações mercantis, isto é, de uma economia mundial muito identificada com a rota da seda e toda uma história de relações econômicas que não podem ser reduzidas aos conceitos de relações tradicionais, atrasadas, bárbaras etc.

Wolf foi fiel à sua constatação da interação entre imperialismo e antropologia, e seu livro sobre a Europa e a gente sem história vai trabalhar, com sucesso, a relação desse mundo até 1400 e o impacto da expansão do modo capitalista de produção. Que ele mostra, inclusive, ter produzido relações próprias, que não pertencem a um capitalismo puro, como o que ele chamou de modo tributário, em que se vê o sistema colonial apoiado nas relações de expropriação dos Estados centrais para com as zonas dependentes. Assim, também se preocupa, fortemente, com as relações sociais recriadas pela expansão colonial e pela fase imperialista do capitalismo.



Creio ser importante tomar em consideração a proposta de Darcy Ribeiro, na sua obra *O processo civilizatório*.²⁰ Darcy se vê muito compelido a repensar a história humana como uma evolução e busca introduzir, no conceito de civilização, aqueles elementos que permitem captar, de maneira abstrata, as tendências de evolução muito ligadas às mudanças tecnológicas. É assim que ele propõe todo um esquema de evolução civilizatória que vai desde as tribos de caçadores e coletores até aquelas formações sociais muito evidentes na década de 1970, como o imperialismo industrial e o nacionalismo. O primeiro, levando a um socialismo evolutivo, e o segundo, a um socialismo revolucionário. Tudo isto conduzindo a sociedades futuras que ele não se atreve a caracterizar demasiado, mas na sugestão das quais se mostra influenciado pela visão de Marx e Engels de uma tendência histórica em direção ao comunismo. Para orientar sua proposta, ele a detalha muito audazmente e recorre a um esquema conceitual que se expressaria bastante bem na seguinte colocação:

Concebemos a evolução sociocultural como o movimento histórico de mudança dos modos de ser e de viver dos grupos humanos, desencadeado pelo impacto de sucessivas revoluções tecnológicas (Agrícola, Industrial, etc.) sobre sociedades concretas, tendentes a conduzi-las à transição de uma etapa evolutiva a outra, ou de uma a outra formação sociocultural. (Ribeiro, D., 2000: 15)

No item sobre revoluções tecnológicas e processo civilizatório, ele nos propõe uma continuidade não mecânica das seguintes revoluções: a revolução agrícola, a urbana e a industrial, e assume, como característica fundamental do pós-guerra, a revolução termonuclear. É evidente que um esforço sintético tão amplo mereça críticas. Não creio que o período posterior à Segunda Guerra Mundial esteja ligado a uma revolução tecnológica particular, por maior que seja seu impacto, mas sim à Revolução Científico-Técnica, isto é, à subordinação do processo produtivo e tecnológico ao domínio da ciência (como os leitores podem ver no capítulo 4 deste livro).

²⁰. Ver Darcy Ribeiro, *O processo civilizatório: etapas da evolução sociocultural*, São Paulo: Companhia das Letras / Publifolha, 2000. As citações seguintes são retiradas desse livro.

O que importa no discurso de Darcy é manter-se nessa perspectiva antropológica que Eric Wolf vai apresentar no seu livro de 1982, sendo que o esforço de Darcy sai em 1978, ou seja, são esforços mais ou menos paralelos. Darcy insiste, exatamente, nessa complexidade do processo evolutivo no qual se apresentam não só situações de rupturas revolucionárias, como processos de difusão cujas contradições são fundamentais, assim como processos de adaptação que carregam fortes elementos de imposição cultural, ou mesmo momentos de retrocesso de grande dimensão histórica, que é como ele vê o feudalismo. Assim também a sua tentativa de separar as civilizações universalizantes das civilizações singulares, de forma a permitir pensar o processo histórico de uma perspectiva evolutiva, mas não mecanicista. Creio que a seguinte citação, apesar de muito ampla, nos ajuda a compreender o escopo fundamental do seu trabalho sobre o processo civilizatório:

A evolução sociocultural, concebida como uma sucessão de processos civilizatórios gerais, tem um caráter progressivo, que se evidencia no movimento que conduziu o homem da condição tribal às macrosociedades nacionais modernas. Os processos civilizatórios gerais que a compõem são também movimentos evolutivos através dos quais se configuram novas formações socioculturais. Os processos civilizatórios singulares são, ao contrário, movimentos históricos concretos de expansão, que vitalizam amplas áreas, cristalizando-se em diversas civilizações, cada uma das quais vive sua existência histórica, alcançando o clímax de autoexpressão, para depois mergulhar em longos períodos de atraso. As civilizações sucedem-se, dessa forma, alternando-se com períodos de regressão a “idades obscuras”, mas sempre se reconstruindo nas mesmas bases, até que um novo processo civilizatório geral se desencadeie, configurando processos civilizatórios específicos com os quais emergem novas civilizações. (Ribeiro, D., *op. cit.*: 25)

Na verdade, os conhecimentos arqueológicos da humanidade são ainda bastante precários para construir uma história das civilizações. Isto é particularmente importante no caso da história das Américas, que

estiveram, aparentemente, à parte da história universal até a chegada dos invasores europeus. A violência com a qual estes se impuseram sobre os povos aí existentes impediu que se organizasse um conhecimento sistemático sobre sua trajetória cultural e civilizatória. Toda a tradição implantada com a invasão europeia na região colocou em choque a civilização –que os europeus representariam– e a barbárie, ou mesmo, patriarcalmente, o “bom selvagem” a que foram reduzidos os indígenas.

Os portugueses e os espanhóis não deixaram de atuar no sentido de ocultar a grandeza das civilizações encontradas na região. As gigantescas catedrais que se construíram, em geral, sobre os templos e as praças maiores indígenas mostram sua intenção de se apresentarem como superiores. Durante a afirmação dos povos americanos nos séculos XVIII e XIX, no decorrer da qual assistimos à rebelião anticolonial e à sua vitória sobre os conquistadores ingleses (Estados Unidos), franceses (Haiti), espanhóis e portugueses (Ibero América), já ficara demonstrada a capacidade desses povos indígenas, que conduziram vários levantes de grande dimensão, como se deu com Túpac Amaru. Devemos considerar, também, que o próprio sistema de dominação colonial foi obrigado a se apoiar nas estruturas sociais e produtivas desenvolvidas pelos indígenas na zona andina e na América Central, onde se concentraram fundamentalmente essas civilizações originais. Darcy Ribeiro mostrou-nos a importância da presença africana, sobretudo no Atlântico. Hoje sabemos, inclusive, que o amplo desenvolvimento cultural dos povos subjugados à escravidão permitiu que a sua cultura se impusesse pouco a pouco, sobretudo na medida em que se conseguiu liquidar o regime escravista nas Américas. Fica, portanto, como um campo de estudo ainda em desenvolvimento, a verdadeira história dos povos originários e dos povos transplantados para a América (não nos esqueçamos, também, das imigrações europeia e asiática). Contudo, os avanços no conhecimento arqueológico de importantes regiões das Américas já nos permitem ultrapassar as tentativas imaginosas de reconstruir essa história. Entre todos os vestígios arqueológicos encontrados na região, é necessário citar, como marco para repensar o processo civilizatório da humanidade, a descoberta

recente, na última década do século XX, dos espetaculares vestígios da civilização denominada Caral. A arqueóloga que vem organizando esse enorme legado cultural, Ruth Shady, que dirige o projeto especial arqueológico Caral – Supe/INC, nos chama a atenção para a importância da descoberta de uma civilização altamente desenvolvida na área central-norte do Peru, que expande surpreendentes conhecimentos anteriores e transforma essa área num dos mais importantes centros civilizatórios da humanidade. Os estudos de carbono 14 demonstraram, depois do reenvio, por mais de vinte vezes, dos materiais encontrados para verificação nos EUA, que, efetivamente, se tratava de um grande desenvolvimento civilizatório, há 5.000 anos. Não é aqui o lugar para aprofundarmos a apresentação de descobertas tão revolucionárias, mas, sim, para o chamado de atenção de Ruth Shady:

Em relação com a história de nossas sociedades ancestrais tem se insistido em ressaltar suas habilidades artesanais, seus impressionantes têxteis, sua magnífica cerâmica e a bela ourivesaria ou metalurgia; contudo, a maioria de comunicadores omitiu colocar em relevo os conhecimentos que sustentaram a manufatura desses materiais, assim como aqueles relacionados com o modo de vida e o sistema social daqueles que os fizeram, como o manejo dos recursos hídricos e do solo; a domesticação de plantas e animais; o melhoramento de produtos alimentícios –como o indicam as variedades obtidas de cada planta–; a engenharia construtiva para garantir a estabilidade estrutural das vivendas ou edifícios públicos e, ademais, mitigar os efeitos do sismo; a astronomia com o fim de prever as mudanças climáticas ou regular o tempo de execução de suas atividades etc. (Shady, R., 2013: 65-98)

K. Marx (1857)	Comunismo	L. H. Morgan (1877)	F. Engels (1884)	V. Gordon Childe (1937)	Julian Steward (1955)	D. Ribeiro
Capitalismo industrial	Escrita	Capitalismo industrial	(Impérios econômico-políticos dos séculos XIX e XX)	(Expansão centro e norte europeia)	imperialismo industrial	Nacionamismo modernizador
Feudalismo	Feudalismo	Feudalismo	(Grécia e Roma)	Impérios mercantis salvacionistas	Colonialismo de povoamento	Colonialismo escravista
Formação Asiática	Barbárie	Escravidão	Idade do Bronze	Estados teocráticos de regadio	Regressões feudais	Impérios mercantis escravistas
Comunidade primitiva	Cerâmica	Comunismo primitivo	Barbárie Neolítica	Agricultura Incipiente	Aldeias agrícolas indiferenciadas	Chefiarias pastoris nômades
	Pesca					

Mais impressionante, ainda, é a vitalidade desses avanços, que foram conservados e desenvolvidos durante 4.500 anos, quando a invasão europeia rompeu, desestruturou e destruiu grande parte dos mesmos. Contudo, não nos esqueçamos de que os colonizadores europeus conseguiram transformar grande parte dessas conquistas em fonte de riqueza e de acumulação primitiva para a consolidação da hegemonia europeia. Foram dezenas de alimentos desenvolvidos pelos indígenas americanos que se converteram em base alimentar da Europa contemporânea. Que seria dessa região do mundo sem os cereais, frutas, vegetais etc., que foram transferidos maciçamente dos mercados incas e astecas para os camponeses europeus?²¹ A nossa arqueóloga destaca os elementos sistêmicos expressos nessas manifestações culturais:

Colocamos que desde a formação da Civilização Caral há 5.000 anos iniciou-se a produção de conhecimentos, realizada por especialistas, no contexto de uma sociedade organizada com autoridades políticas e sob uma cosmovisão integral: que colocava cada ser humano como parte de um coletivo social; a este, como componente mais da natureza, e, como tal, obrigado a preservar a harmonia ou equilíbrio do sistema; e ao conjunto, humanos e natureza, sob os efeitos derivados de forças sobrenaturais, provenientes do espaço estelar.

Caral não só é, comprovadamente, com somente vinte anos de pesquisa, a civilização mais antiga das Américas, mas, também, a segunda civilização mais antiga conhecida pela humanidade. Como podemos ver no quadro armado pela combativa e desafiante arqueóloga peruana (figura 3):

21. Entre eles, estão a batata, o feijão, o cacau, o açúcar –o qual não saiu daqui, mas passou pelo processo produtivo nesta região–, o tomate, o fumo e muitos outros.

Figura 3. As civilizações mais antigas do mundo²²



Figura 4. Edifício central do complexo urbanístico do sítio arqueológico de Caral, no Peru²³



Para chamar a atenção dos leitores (que, seguramente, ignoram a existência da civilização Caral, devido ao caráter da difusão do conhecimento pelos meios de comunicação atuais, sob comando dos interesses hegemônicos do mundo), apresento, na figura 4, uma foto do

²². Extraído de Ruth Shady, “La civilización caral y la producción de conocimientos em ciência y tecnología”. *El nuevo repertorio americano*, Caracas, 2013, pp. 65-98, imagem das páginas 66-67.

²³. Extraído de Ruth Shady, “La civilización caral y la producción de conocimientos em ciencia y tecnología”. *El nuevo repertorio americano*, Caracas, 2013, pp. 65-98, imagem das páginas 80-81.

edifício central do complexo urbanístico extremamente avançado do sítio arqueológico de Caral, que é o principal dos 21 sítios descobertos até agora.

A descoberta de Caral ganhou uma dimensão regional extremamente simbólica, mas, também, materialmente significativa. As estradas e os meios de comunicação, que há 5.000 anos já se constataam na grande diversidade ecológica dos Andes e que se conservaram e se desenvolveram até as civilizações sob o domínio dos Impérios Inca e Asteca, revitalizam a ideia da integração das Américas. Caral é apresentado, então, como o berço da integração latino-americana.

A rediscussão e a redescoberta do mundo não europeu, que se realizaram na Ásia, na África e na América Latina, são partes de um grande processo crítico de superação do sistema mundial capitalista, resultado da expansão europeia. Pode-se dizer que, nas décadas de 1970 e 1980, vai se consolidando a crítica ao eurocentrismo, que se irradia, sobretudo, em torno de uma escola de pensamento sobre o sistema mundial. Deve-se ressaltar, particularmente, a crítica ao orientalismo, desenvolvida por Edward Said,²⁴ que dá continuidade às críticas colocadas já na década de 1970 por Anouar Abdel-Malek, como veremos adiante.

Depois de uma grande discussão teórica fundada na leitura de *O capital*, de Marx, é possível perceber que a essência do método dialético estava ligada à articulação entre os distintos níveis de análise, movendo-se desde o concreto ao abstrato e do abstrato ao concreto. Fica cada vez mais evidente, com uma releitura da introdução à *Contribuição da crítica da economia política*, de Marx, que a oposição entre concreto e abstrato desenvolvida pelo pensamento formalista (que durante séculos trabalhou com a lógica formal) conduzia necessariamente a reflexão sobre a realidade a uma separação absoluta entre o particular e o geral. Confundia-se o concreto com o particular e o abstrato com o geral. Dessa maneira, o pensamento humano ficava prisioneiro do afastamento absoluto da realidade, posto que esse geral terminava, inevitavelmente, na imagem de uma criatura absolutamente indeterminada. São Tomás de Aquino,

24. Ver Edward Said, Companhia de Bolso, 2008. Veja-se, também, Immanuel Wallerstein, *O universalismo europeu: a retórica do poder*, São Paulo: Boitempo, 2007. *Orientalismo: o Oriente como invenção do Ocidente*, São Paulo.

inclusive, demonstrava a impossibilidade de se afirmar qualquer coisa sobre Deus. Pois esta abstração absoluta não pode submeter-se a nenhum particular.

Já Hegel havia tentado resolver esse problema ao inserir a ideia de Deus no movimento histórico concreto, o mundo da determinação era a negação de Deus como um ente indeterminado. Deus, para ser total, tinha que se realizar por intermédio do particular, do concreto. E o movimento do concreto –o tempo, a história– se fazia na direção de Deus, isto é, o concreto se fazia cada vez mais complexo até produzir a teoria pura, as categorias puras, mas como resultado de um processo histórico e particular. A história permitia que Deus se reencontrasse consigo mesmo. O absoluto era uma forma do concreto. Essas soluções teóricas exigem, de alguma forma, um fim da história. E, ao exigir um fim da história, rompem com a historicidade do concreto, isto é, com o movimento infinito do concreto.

A Revolução Científico-Técnica (RCT) que se desenvolve na década de 1940, quando a ciência rompe os limites da matéria, tal qual ela se manifestava para a humanidade, lança o conhecimento humano para o plano de um cosmos temporal, num movimento de transformações permanentes. A ciência, hoje, ao estabelecer o projeto espacial, ao superar os limites espaciais e estabelecer formas de conhecimento do cosmos que suplantam os limites estreitos da observação humana, obriga a romper com essa lógica formal. Isso nos permite repensar o projeto científico de Marx como um movimento permanente do pensamento e da prática, que se desenvolve em distintos níveis de aproximação entre o abstrato e o concreto.

Lembremos, sobretudo, a ideia exposta por Marx na “Introdução” à obra *Contribuição à crítica da economia política*, de que o concreto é a síntese de múltiplas determinações, o abstrato se realiza no concreto, e o concreto transforma o abstrato. Talvez seja esse clima intelectual produzido pelo nosso tempo histórico que conduziu os esforços de um número crescente de cientistas sociais para a formulação do conceito de sistema mundial. Segundo esse raciocínio, não se tratava de aplicar as leis gerais estabelecidas no livro revolucionário, *O capital*, e sim de mover as suas categorias, as tendências e as leis descobertas por Marx na direção

do movimento concreto, isto é, histórico. O que supõe transformações na própria teoria, que deve se mover para a compreensão de elementos mais concretos, que produzem mais teoria, e que produzem um concreto cada vez mais explicado pelas categorias abstratas.

Na temática de que estamos tratando, esse movimento para o concreto assume exatamente a forma daquilo que Immanuel Wallerstein chamou de capitalismo histórico. A busca desse capitalismo histórico, na verdade, não se opõe ao projeto teórico de Marx, que buscava as leis mais gerais de funcionamento desse modo de produção. Muitos autores, ao se moverem na direção da descrição da singularidade histórica, chegam a questionar certas leis (tendências) descobertas por Marx no plano abstrato em que ele se colocou para analisar o modo de produção capitalista como tal. Mas a descoberta dessas tendências gerais não elimina a existência de contratendências, o que produz um movimento concreto que faz com que seja mais difícil apreender a singularidade histórica.

Esse enfoque dialético nos permite resgatar, ao mesmo tempo, a singularidade histórica e certo grau de indeterminação do concreto, sem abandonar a pretensão de formular as leis objetivas que estão determinando este concreto numa relação complexa com outros elementos que não podem ser captados num alto nível de abstração. Baseado no resgate histórico da emergência do sistema mundial, Immanuel Wallerstein tende a questionar mesmo a necessidade histórica do modo de produção capitalista. Segundo ele, a evolução humana poderia ter tomado outras direções. A resposta a essa inquietude está na elaboração mais sofisticada ou mais aprofundada do conceito de modo de produção.

Dadas as condições materiais que conformam o planeta Terra, as relações dos seres humanos com a natureza e deles entre si têm um número limitado de possibilidades. A conceituação do escravismo, das relações servis, das formas gentílicas de organização social é produto do nosso conhecimento histórico, da análise e da descrição de sociedades concretas. O mesmo podemos dizer sobre o surgimento das relações assalariadas, a generalização do trabalhador livre que vende a sua força de trabalho num mercado já convertido em forma fundamental de relações entre produtores, este é o resultado de uma evolução das relações

mercantis em geral, até alcançar, inclusive, o nível de uma economia mundial. Essas formas concretas históricas estão ligadas às possibilidades de apropriação da natureza de que dispunha a humanidade: a revolução industrial culminava o desenvolvimento e a generalização do sistema de produção manufatureiro e transformava o modo de produção capitalista numa forma hegemônica de relações sociais.

Por isso, o esforço teórico que permitiu articular lógica e historicamente as leis necessárias para o pleno desenvolvimento das relações capitalistas de produção aparece, para Marx, como uma necessidade histórica, e lhe permite, de certa forma, “prever” a evolução do sistema que recém se apresentava numa parte da humanidade.

Quando Marx descobre que as forças produtivas que servem de base às relações sociais e às superestruturas culturais e ideológicas próprias do modo de produção capitalista exigem uma lógica econômica baseada na acumulação permanente da riqueza, ele encontra o fio condutor para definir o campo das relações sociais possíveis. É, então, que ele descobre a complementaridade entre forças produtivas e relações de produção. Estas últimas expandem-se, diante das possibilidades geradas pelas novas forças produtivas. As formas concretas que essas relações de produção vão assumindo têm uma margem de variação importante, mas é claro que triunfarão e se imporão aquelas modalidades das formas de produção que demonstrarem maior capacidade de atender às necessidades humanas concretas. Portanto, o avanço do conhecimento na direção de um capitalismo histórico, isto é, a análise concreta desse modo de produção – cujos aparecimento e desenvolvimento supõem várias formas possíveis, como vimos, e são determinados por conjunturas concretas e formações sociais concretas – tudo isso amplia o campo teórico do conhecimento humano.

É por isso que a noção de civilização passa a ser um elemento-chave para o momento histórico que vai se consolidar no pós-guerra. A partir desse momento, o Ocidente, isto é, o centro de expansão capitalista que surgiu na Europa e se expandiu para os EUA e o Japão e, secundariamente, para outras economias, levou a uma identificação entre um particular histórico e umas tendências gerais. Esta identificação buscava reforçar, tanto no campo do direito como no campo do conhecimento

das interações entre as culturas e as formas próprias desses centros hegemônicos e as outras formações sociais, uma identificação entre o modo de produção capitalista, a civilização (como um estado superior da humanidade) e as formações sociais concretas que teriam dado origem a esse estágio superior.

Segundo essa armação intelectual, o modo de produção capitalista não se caracteriza pelas relações abstratas e necessárias que Marx apropriadamente desenvolveu na *Contribuição à crítica da economia política*, nos *Grundrisse* e em *O capital*.²⁵ A ideia de sistema mundial permite-nos colocar num plano histórico particular as relações de classe e as leis de acumulação capitalista próprias desse modo de produção. Tais leis supõem, necessariamente, o surgimento, o desenvolvimento e a maturação de uma classe social que é produto das relações capitalistas, isto é, o proletariado, o assalariado. A existência dessa classe gera, dentro do próprio capitalismo, uma presença de forças anticapitalistas que são resultado do próprio modo de produção.

Assim, também, a expansão do capitalismo em direção à conquista do planeta produz relações de dominação, dependência, expropriação e exploração que geram movimentos sociais, econômicos, políticos e ideológicos opostos a essa dimensão colonial, imperialista, ou neocolonial e neoimperialista. Esse processo histórico produz relações específicas entre etnias e entre gêneros, que não são parte necessária do funcionamento do modo de produção puro, mas são parte constitutiva do capitalismo histórico. Isto explica, inclusive, a grande contradição histórica entre os ideais da revolução burguesa, que tendem a se aproximar dessa forma pura do capital, e as suas formas concretas, que estão ligadas à forma histórica da implantação e do desenvolvimento desse modo de produção.

25. Seguramente, Enrique Dussel fez o trabalho crítico, literário e histórico mais profundo sobre o período mais propriamente científico do trabalho intelectual de Marx. O estudo de Dussel sobre o projeto científico de Marx encontra-se em: *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*, México, DF: Siglo XXI, 1985; *Hacia un Marx desconocido: un comentario de los manuscritos del 61-63*, México, DF: Siglo XXI, 1988; *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, México, DF: Siglo XXI, 1990. Veja-se, também, de Enrique Dussel, *Materiales para una política de la liberación*, Madrid e México, DF: Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Nuevo León / Plaza y Valdés, 2007. E, em particular, o seu artigo “El programa científico de investigación de Karl Marx”, in Francisco López Segrera (ed.), *Los retos de la globalización: ensayo en homenaje a Theotônio dos Santos*, Caracas: UNESCO, 1998.

A acumulação capitalista conduz, necessariamente, à concentração, à centralização e à monopolização como condições de funcionamento do próprio modo de produção, o que leva ao surgimento de formas de socialização da propriedade privada ou, ainda, a formas que rompem os limites da propriedade privada, como certas dimensões do capitalismo de Estado. E podemos encontrar, mesmo, formas de convivência do capitalismo histórico com regimes produtivos coletivistas, como consequência das acomodações estratégicas ou conjunturais ao crescimento do proletariado como classe dentro do sistema capitalista ou já como classe para si, postulando a criação de um sistema socioeconômico superior.

Estas digressões explicam-nos, por exemplo, os desafios teóricos que surgiram da expansão do capitalismo asiático, particularmente do japonês, que demonstrou grandes possibilidades de cooperação entre pequenas e médias unidades produtivas e destas com os centros do poder econômico articuladores da produção capitalista em seu conjunto, sobretudo o Estado. Começa-se, inclusive, como resposta a essas astúcias da historicidade, a falar de um capitalismo comunitário. Vemos autores importantes para a articulação da ideologia capitalista na fase atual, como Francis Fukuyama, que, depois de sua exitosa reformulação do conceito de “fim da História”, aplicado à dissolução da União Soviética, se viu questionado pela importância das experiências japonesa e asiática. Isto o levou a tentar restabelecer o papel positivo representado pelas formas comunitárias, tão desprezadas pelas teorias economicistas. Seu livro *Confiança: as virtudes sociais e a criação da prosperidade*²⁶ alerta-nos, na sua parte primeira, para a ideia de confiança, isto é, de um improvável poder da cultura na criação da sociedade econômica, contrariando a noção de separação entre o social e o comunitário, que as chamadas ciências sociais desenvolveram no final do século XIX e início do século XX. Esses conceitos próprios do pré-capitalismo são chamados, aqui, a cumprir um papel na acumulação e no funcionamento da sociedade capitalista moderna. Fukuyama chama a atenção para as virtudes familiares incorporadas em formas de pensamentos cruciais para a sociabilidade

26. Ver Francis Fukuyama, *Trust: the social virtues and the creation of prosperity*, Londres: Hamish Hamilton, 1995.

humana pré-moderna e para a sustentação da sociabilidade e se propõe a abrir caminho para a combinação das culturas tradicionais com as instituições modernas criadas no século XX. Essa “descoberta” do tradicional como condição do moderno encontra sua expressão mais eclética na retomada do papel das civilizações na construção do mundo contemporâneo.

Não há dúvida de que o livro de Samuel P. Huntington, *O choque das civilizações e a recomposição da ordem mundial*,²⁷ está dentro desse mesmo esforço de reintroduzir o irracional como parte da essência do capitalismo moderno. É assim que ele assume a identidade entre o destino manifesto norte-americano e a própria realidade da civilização universal criada pelo livre mercado e pelas forças lideradas pelo capital. É evidente que esse destino manifesto é produto da particularidade que o povo norte-americano representa como raça, cultura, religião, língua, formas de governo. Todos esses elementos, que são produto da realidade histórica de uma nação, são incorporados à essência mesma da civilização. Huntington eleva à condição de um objetivo estratégico de nossa época o destino norte-americano de conduzir a humanidade. Surge, aqui, uma espécie de imperialismo duro, ao qual cabe eliminar ou inviabilizar todas as formas culturais que possam desafiar o capitalismo dentro do próprio capitalismo, pois agora se considera eliminada a oposição pós-capitalista.

O enfoque do sistema mundial confronta-se, portanto, com as evidências dessas formas concretas de evolução de um sistema único e nos permite pensar que o salto dialético de uma sociedade mundial mercantil e capitalista para uma sociedade superior baseada na cooperação e na solidariedade não se dará, globalmente, numa conjuntura única. A experiência da URSS, de desenvolver uma proposta pós-capitalista, teve duas limitações extremamente duras. Primeiro, uma proposta pós-capitalista que estava determinada pelas limitações do desenvolvimento das forças produtivas e das forças sociais em que se expandiu, obrigando a realizar uma acumulação primitiva de capital sob gestão, formas de apropriação e de distribuição impulsionadas por valores socialistas.

27. Ver Samuel P. Huntington, *O choque das civilizações e a recomposição da ordem mundial*, Rio de Janeiro: Objetiva, 1997.

Em segundo lugar, a URSS desenvolveu tal base material nova no contexto de uma economia mundial capitalista, o que colocava sob várias maneiras a questão de pertencer ou não pertencer a essa economia mundial.

Não nos esqueçamos dos 22 países que invadiram a Rússia soviética durante a guerra civil (1917-1921), nem deixemos de considerar as ameaças de invasão que se concretizaram, finalmente, com a ocupação nazista em 1941, que indicavam o caminho da guerra como algo fundamental na relação da URSS com o sistema mundial sob o domínio do capitalismo.

Depois da vitória da Segunda Guerra Mundial com a formação dos Aliados e a criação da Organização das Nações Unidas (ONU) como fruto dessa aliança dos vitoriosos, gera-se, dois anos depois, uma nova forma de confrontação, cujo nome Guerra Fria não consegue ocultar o caráter de ameaça militar bem definida. Não era por nada que os aviões norte-americanos se mantinham no ar, na Europa, prontos para um ataque atômico contra a União Soviética.

O mundo ocidental dizia que ele era a civilização, a qual se opunha ao comunismo como uma forma superior social e que representava um sistema de valor universal. Pré-civilizada? Ou seria que o comunismo era uma proposta alternativa à civilização ocidental, que encerrava elementos de um pós-capitalismo? A definição desta questão era importante porque, nesse momento histórico, o processo de descolonização em marcha colocava as revoluções anticoloniais diante de uma opção entre dois modelos. Os regimes nascidos das sociedades consideradas atrasadas permitiriam passar diretamente para o nível civilizatório que o Ocidente propunha? Mas, não foram os países capitalistas que iniciaram uma guerra, com a destruição de grande parte da humanidade? Que legitimidade teriam para se apresentarem como uma forma superior de organização social da humanidade? Mais uma questão: a ameaça de uma Guerra Fria, que poderia terminar num confronto nuclear após a URSS ter desenvolvido a bomba atômica, depois de 1950, não era uma ameaça de destruição da própria civilização? Os regimes nascidos de uma descolonização generalizada e de uma estratégia de desenvolvimento econômico que aproximasse suas regiões de um estado

civilizatório superior teriam que, necessariamente, copiar um modelo ou outro? Tudo isto permite que o movimento anticolonial emergja como um questionamento da superioridade civilizatória do Ocidente. Com maior ou menor determinação, vai se configurando a proposta de um mundo não alinhado, que teve na Conferência de Bandung seu manifesto. As contradições que envolviam o sistema mundial apontavam, de forma clara, para a sua superação.

Anouar Abdel-Malek foi, seguramente, um dos mais importantes teóricos da forma histórica concreta na qual se desenvolviam as mudanças sociais, econômicas, políticas e ideológicas desde o final da Segunda Guerra Mundial. Ele coordenou o livro *Sociología del imperialismo*, que se baseou nos trabalhos apresentados no VII Congresso Mundial de Sociologia (Varna, 14-19 de setembro de 1970), no comitê dirigido por ele sobre sociologia das nações.²⁸ Na sua introdução ao livro citado, Abdel-Malek expressa o conteúdo específico e historicamente determinado do processo de descolonização e da luta anti-imperialista como elemento essencial da evolução do capitalismo neste período histórico, que ainda vivemos. Ele formula muito claramente esta situação histórica: “Estava tudo disposto poderosa, profunda e irreversivelmente para suscitar uma renovação da teoria do imperialismo no marco de uma teoria geral das relações internacionais” (1977: 24).

É esclarecedor, neste momento, invocar o ensaio de Harry Magdoff²⁹ sobre o imperialismo, mas devemos especialmente destacar a importância que Abdel-Malek dá à questão da dependência:

El área de las sociedades nacionales dependientes constituye el fundamento y el punto de partida. Las formaciones societarias nacionales constituyen, en efecto, la matriz fundamental en cuyo seno se ha desplegado siempre la dialéctica social a través de la historia y parece que continuará haciéndolo en un futuro previsible; entendiéndose que no se trata de la nación en el sentido europeo

28. Ver Anouar Abdel-Malek, *Sociología del imperialismo*, México, DF: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 1977. Nesse mesmo livro encontra-se o meu artigo de participação no evento “Teoría de la crisis económica en los países subdesarrollados”, pp. 523-45.

29. Ver Harry Magdoff, *A era do imperialismo*, São Paulo: Hucitec, 1978.

del término, sino más bien de *formaciones nacionales*, de las que ya hemos esbozado una primera tipología. Lo fundamental, lo primero, es innecesario subrayarlo, no es el hecho de la “dependencia” sino el de la existencia y el mantenimiento de la sociedad nacional. (Abdel-Malek, A., 1977: 34)

É natural, portanto, que ele viesse a desenvolver um projeto de pesquisa que tomava como elemento essencial do processo de transição mundial o papel das civilizações, como já vimos na parte 1 desta introdução.³⁰

A pretensão soviética de que a nação e o Estado soviético, ao assumirem a perspectiva socialista, se encontravam em condições de superar o imperialismo americano poderia ter algum fundamento no período de alguns decênios. Mas, a divisão entre a URSS e a China vai limitar muito essa pretensão. Os avanços científicos e tecnológicos soviéticos dos anos 1950 e 1960 não são suficientes para gerar uma ofensiva mundial conduzida pela URSS. Pelo contrário, as grandes mudanças trazidas pela Revolução Científico-Técnica geraram um questionamento da sociedade mundial, envolvendo em suas críticas tanto o capitalismo como o “socialismo realmente existente”.

O grande capital uniu-se, pouco a pouco, depois de uma transição liderada pela Comissão Trilateral, numa contraofensiva neoliberal, sobre a qual vamos discutir bastante amplamente neste livro. O fracasso da ofensiva reacionária neoliberal, de um lado, e as conquistas de um capitalismo de Estado asiático, particularmente do chinês, de outro, e a contestação à Guerra Fria por parte de uma ala muito substancial da burocracia soviética vão gerar uma situação nova, na qual o conceito de civilização representa um desafio fundamental.

A expansão do capitalismo em nível mundial, sob a forma de um processo de internacionalização e de globalização, não pode mais se apoiar na pretensão de imposição de uma nação sobre o conjunto da humanidade. E, muito menos, pode apresentar o livre mercado como a modalidade ideal para a assinação dos recursos e para o equilíbrio entre os Estados.

30. Veja-se, particularmente, Anouar Abdel-Malek, “The Civilizational Orientation in the Making of the New World”, *Journal of World-systems Research*, special issue: *Festschrift for Immanuel Wallerstein – Parte II*, n. 3, v. VI, outono/inverno 2000.

A humanidade vê-se na urgência de esboçar uma nova ordem política, econômica e ambiental mundial, já que a expansão anárquica do capitalismo colocou em xeque a própria sobrevivência do planeta e, por conseguinte, dos seres humanos. Da mesma maneira, a cultura burguesa, apoiada numa necessidade colossal de expansão do comércio em nível mundial, está vinculada, necessariamente, a uma estrutura de marketing e publicidade baseada na expansão indefinida do consumo. Como combinar publicidade de expansão de consumo, como parte do cotidiano dos meios de comunicação, com as restrições brutais de consumo, como consequência da concentração de renda gerada pelo processo de acumulação capitalista?

É assim que temos que repensar o planeta a partir de um conceito de sistema mundial e, na medida em que é necessário afastar a ideia de uma guerra nuclear que ameaça a sobrevivência da vida na Terra, precisamos encontrar uma forma de combinar a convivência de diferentes formações sociais e de diferentes tendências ideológicas com o processo de transformação das relações sociais e das formas de Estado e de governo que não se renda a um simples ecletismo pragmático, mas que crie as condições para um grande debate da humanidade sobre o próprio destino. Não estaríamos desenhando o que Fidel Castro chamou de “a batalha das ideias”?

Na década de 1970, vimos não somente a expansão e o aprofundamento cada vez mais consequente de um pensamento crítico ao eurocentrismo (que tratamos, em detalhes, no capítulo 2 deste livro), como pudemos perceber seu impacto no próprio esforço de apresentação da história universal. As histórias universais tendiam, em geral, a partir dos Estados nacionais para chegar, eventualmente, às realidades regionais e planetárias. O exemplo do qual parte Fernand Braudel em sua *Gramática das civilizações* é o excelente manual de Malet-Isaac, que dominava o ensino da história na França e em muitas outras regiões do mundo. Encontramos também nos Estados Unidos e em outros países europeus importantes estudos sobre as histórias nacionais, mas eles não superam o enfoque que criticamos aqui.

É verdade que, no plano filosófico, haviam sido tentadas construções globais da história da humanidade, mas elas buscavam, em geral, orientar o destino na direção da civilização hegemônica europeia, nos séculos XVIII, XIX e XX.

Eis que, nos anos 70 do século XX, começam a aparecer novas propostas de história do mundo, que recolhem a necessidade de pensar a história como unidade complexa de caráter planetário, abarcando as grandes civilizações. Uma das primeiras tentativas neste sentido foi o *Atlas da história do mundo* organizado sob a direção de Geoffrey Barraclough, da Universidade de Oxford, e publicado pela primeira vez em 1978, pela Times Books, Londres. A quarta edição, feita por Geoffrey Parker, da British Academy, foi publicada em 1993 pela mesma editora.³¹ Mas o enfoque geográfico, apesar de persistir, foi de certa forma superado em 2004; sob a direção de Richard Overy, da Universidade de Londres, a obra foi publicada pela mesma Times Books, com o novo título, muito significativo, de *História do mundo: a mais completa e atualizada obra histórica de referência*.

No campo da geografia, vemos, também, um claro avanço no sentido que destacamos neste livro. As editoras Hachette e Reclus, com o apoio da Compagnie Financière de l'Union Européenne, entregaram-se à ambiciosa proposta de produzir uma *Geografia universal*, composta de dez volumes, sob a direção de Roger Brunet, que define assim seus objetivos:

Esta obra tem a ambição de ser uma representação do estado do mundo e do estado da ciência. Ela se apresenta sob uma perspectiva aberta, numa época que demanda sínteses sérias e uma reinterpretação global, de conjunto, dos espaços geográficos e do espaço da geografia. A totalidade do espaço mundial será assim analisada, sob os mais diversos olhares e em diferentes recomposições regionais, a fim de bem captar e compreender as diversas participações e identidades respectivas. (Barraclough, G. e Parker, G., 1995: 8)

Tive a honra de sugerir e organizar, junto com Olivier Dollfus (Universidade de Paris VII), a rede sobre sistema mundial no Groupement d'Intérêt Scientifique pour l'Étude de la Mondialisation et du Développement (GEMDEV), grupo de estudo sobre economia mundial e desenvolvimento

31. Há uma tradução, em português, dessa 4a edição: Geoffrey Barraclough (ed.) e Geoffrey Parker (ed. da 4a edição), *Atlas da história do mundo*, São Paulo: Folha de São Paulo, 1995.

da Universidade de Paris, iniciativa que brotava diretamente de seu livro sobre o sistema-mundo, segunda parte do primeiro volume daquela coleção. Fez parte dessa rede Milton Santos, que, com seu livro *Por uma outra globalização: do pensamento único à consciência universal*, exerceu influência fundamental nos estudos de geografia contemporâneos.

No campo da sociologia e das ciências sociais, gostaria de apontar o primeiro *World Social Science Report*, de 1999. Publicado em conjunto com a *Conferência mundial sobre a Ciência*, naquele mesmo ano, esse informe apresentava-se, também, como uma caixa de ressonância do Informe Gulbenkian com o tema *Abrir as Ciências Sociais*, que Immanuel Wallerstein dirigiu durante sua gestão como presidente da Associação Internacional de Sociologia.

Não podíamos deixar de notar o impacto desse movimento no campo da História. Ele nos parece bem representado não somente pelos vários estudos do grupo do Fernand Braudel Center, dirigido por Immanuel Wallerstein, e as contribuições da Escola dos Annales, parte dos quais citamos em várias oportunidades neste livro. Em particular, gostaria de indicar a coleção realizada sob o patrocínio de Frederico Mayor como diretor-geral da UNESCO e coordenada por Charles Morazé, ex-presidente da Comissão Internacional. Sob o título de *History of Humanity*, são sete volumes, publicados pela Routledge, que buscam não somente organizar cronologicamente esta história, mas, sobretudo, entendê-la à luz das mudanças metodológicas e de informação que estão em curso. Essas iniciativas são uma prova de que as ciências sociais estão em plena reestruturação, sob a inspiração de um movimento de ideias com especial enraizamento nos trabalhos de escolas de pensamento que emergiram fortemente influenciadas pelas iniciativas advindas do que se chamou, e ainda se chama, Terceiro Mundo. A problemática das ciências sociais deixou-se influenciar pela pujante luta dos povos antes colonizados contra seus opressores e se juntou às lutas das populações exploradas e oprimidas das regiões centrais do sistema mundial, conforme o demonstramos em várias partes deste livro e, particularmente, no capítulo 2.

Para completar este esboço indicativo das importantes mudanças que estão em curso nas ciências sociais, é necessário considerar o esforço de Helio Jaguaribe, concentrado no seu *Um estudo crítico da História*,

patrocinado pela UNESCO e publicado em português pela Editora Paz e Terra. É interessante observar que Jaguaribe não estabelece relação alguma com *O processo civilizatório*, de Darcy Ribeiro, seu colega tão próximo. Suas conclusões, depois de analisar as civilizações desde a Antiguidade até o tempo atual, são importantes para a problemática deste livro:

O provável surgimento de uma civilização planetária, culturalmente unificadora, desenvolvida a partir da civilização ocidental tardia, da civilização chinesa e dos resíduos da islâmica e da indiana, indica a tendência, no longo prazo, para que se chegue ao fim do progresso e, nesse sentido, ao fim da história. A história pode chegar ao fim devido a eventos catastróficos irreversíveis, mas também pode terminar com o fim do progresso. Assim, a pós-história não é exatamente o que vêm anunciando alguns escritores pós-modernos: é a condição em que se encontrará a humanidade se e quando o fim do progresso obrigar o homem à repetição ou à destruição (grifo do original). (Jaguaribe, Hélio. *Um estudo crítico da História*. São Paulo: Paz e Terra, 2001: 688)

Esta reivindicação do progresso dificilmente será abandonada pelos povos em processo de libertação e de emancipação. O sentimento de decadência continuará a ser uma tendência das classes e economias em desestruturação.

Não podemos terminar este breve balanço sem chamar a atenção para a crescente reivindicação civilizatória dos povos originários latino-americanos. Entre uma série de trabalhos sobre o tema, gostaria de citar a coletânea organizada por Edgard Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*.³² Creio sintetizar as pretensões radicais de tradição antropológica que se apoiam em Guillermo Bonfil Batalla e Darcy Ribeiro com o texto de Adolfo Colombres, que afirma, no prefácio de seu livro sobre emergência civilizatória, o seguinte:

32. Ver Edgard Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: CLACSO, 2005.

Não nos definir como civilização é, de fato, aceitar ser o último vago do Ocidente e, como dizia Bonfil Batalla, renunciar ao futuro. Mas cabe aclarar que nossos povos já optaram há muito, pois, em sua enorme maioria, não se reconhecem como ocidentais. Se as classes dominantes optam pela civilização ocidental como o vêm fazendo, estarão traíndo sua vontade explícita e tornando a democracia uma ficção. Isto é, tirando dela toda base de legitimidade e revogando o pacto social. (Lander, E., 2005: 6-7)

Enrique Dussel adverte-nos sobre a complexidade da noção de latino-americanidade, já que a tradição cultural latino-americana está incorporada pela presença da civilização ibérica com uma forte herança islâmica e as civilizações indígenas, e eu agregaria a forte presença africana, em toda a região.

Existe una América pre-hispánica que fue desorganizada y parcialmente asumida en la América hispánica. Esta, por su parte, ha sido igualmente desquiciada y parcialmente asumida en la América latina emancipada y dividida en naciones con mayor o menor artificialidad. Toca al intelectual mostrar el contenido de cada uno de estos diversos momentos y asumirlos unitariamente, a fin de crear una autoconciencia que alcance, por medio de la acción, la transformación de las estructuras presentes. Todo esto es necesario hacerlo en continuidad con un pasado milenario, superando los pretendidos límites míticos, opuestos, y vislumbrando vital y constructivamente un futuro que signifique estructurar en América Latina los beneficios de la civilización técnica. No por ello debemos perder nuestra particularidad, nuestra personalidad cultural latinoamericana, concientizada en la época y por la generación presente. Hablamos, entonces, de asumir la totalidad de nuestro pasado, pero mirando atentamente la manera de penetrar en la civilización universal siendo “nosotros mismos” (Dussel, E., 1965: 85-95).

Além disso, Dussel alerta-nos, também, sobre a importância, para as próprias ciências sociais, particularmente para a teoria política,³³ da contribuição do fenômeno do início da expansão europeia para o Atlântico e

33. Ver Enrique Dussel, “Iberoamérica en la Historia Universal”, *Occidente*, N° 25, Madrid, 1965, pp. 85-95.

do encontro com as civilizações indígenas. Como se vê, o fim do século XX e o início do século XXI começam uma época histórica na direção de uma civilização planetária capaz de abrir caminho para todos esses questionamentos e para a construção de uma nova convivência humana universal. Quantas mudanças estruturais serão necessárias para franquear esse novo caminho? Este livro, apesar de seu volume, só procura articular algumas ideias iniciais para o esforço de uma geração, e de muitas outras que virão, para colocar num novo patamar a interação entre a realidade e a consciência humana, num mundo cada vez mais comandado pela ação dessa consciência. A liberdade é a consciência da necessidade.

No momento atual, a crítica ao eurocentrismo e a todas as operações ideológicas que buscam privilegiar um setor da humanidade sobre as suas maiorias é um fio condutor para esse grande debate. Este livro vai procurar reunir os elementos principais desde a perspectiva da reestruturação das zonas periféricas e semiperiféricas dentro do sistema mundial. Ao criticar a pretensão de superioridade de uma fração da humanidade, devemos lembrar que estamos numa época histórica, em que o desenvolvimento das forças produtivas, por intermédio da RCT, coloca, para a humanidade, um grande potencial de transformações. Tal desenvolvimento permite que se eliminem, definitivamente, mazelas históricas que nenhum regime econômico mercantil conseguiu resolver. É necessário incorporar, nesse grande debate, a viabilização de uma etapa civilizatória planetária, inspirada em genuína visão e perspectiva humana, que respeite a pluralidade histórica e a contribuição das várias civilizações que permitiram à humanidade chegar ao nível de responsabilidade planetária em que vivemos.

3. Desenvolvimento e civilização

Desde o surgimento da América Latina, o pensamento europeu vem –de sobressalto em sobressalto– buscando entender em que consiste este novo mundo criado pelas suas conquistas. Primeiro, era necessário definir se os indígenas aqui encontrados eram seres humanos ou não.

Depois de aceitá-los como tais, e submetê-los em seguida à condição de súditos da Coroa, era necessário definir sua relação com o espanhol ou o português colonizador. Se eram súditos da Coroa, não podiam ser escravos. A luta entre os interesses da Coroa, da Igreja e dos donos de terra, que se constituíam numa burguesia agrícola local, colocou o indígena no centro de uma violenta disputa. Os africanos foram mais facilmente aceitos como escravos, já que a Coroa não pretendia submetê-los, e eles não postulavam sua condição de proprietários originais das terras. E os membros da nova oligarquia local (*criolla*)? Eram espanhóis, portugueses ou americanos “de la primera Modernidad. La cuestión del consenso del pueblo como origen del ejercicio legítimo del poder irá creciendo desde Bartolomé de Las Casas hasta Francisco Suárez, y permanecerá como un horizonte crítico de la Modernidad posterior centro-europea” (Dussel, E.; 2007: 17).

Depois de três séculos de imposição colonial, a gesta revolucionária da independência, que começou como um movimento continental, deu origem às independências nacionais, as quais resolveram somente em parte esse dilema. As oligarquias regionais assumiram sua condição de americanas, mas continuaram sonhando com suas origens ibéricas, que as distinguiam dos índios e dos negros. Elas nunca se identificaram com o seu povo. Pelo contrário: viam-no como seu inferior, preguiçoso e incapaz. Ao adotarem os princípios liberais, tais oligarquias nunca pensaram em incluir os povos indígena e de origem africana como seus iguais. A persistência da escravidão e da servidão demonstrou os limites do radicalismo republicano e liberal de toda a América (incluídos os Estados Unidos, que só eliminaram a escravidão na década de 1860, sob o impacto da guerra civil).³⁴

O positivismo (que dominou o pensamento de nossas elites oligárquicas e de classe média na segunda metade do século XIX) estabeleceu a meta do progresso material e tecnológico, mas não incluiu no seu conceito de

34. Uma análise bem fundamentada historicamente dessas contradições encontra-se em: Domenico Losurdo, *Contra-história do liberalismo*, Aparecida, SP: Idéias & Letras, 2006.

progresso a emancipação social e o desenvolvimento de suas populações indígenas e negras. Ao contrário, aterrorizadas com a perspectiva da emancipação dessas maiorias oprimidas, as elites buscaram o “embranquecimento” da população por intermédio do imigrante europeu, o qual se atraiu com o oferecimento de todas as facilidades possíveis.

Daí que o pensamento latino-americano tenha identificado nossa região como uma zona de luta entre a civilização e a barbárie. Isto é, entre o europeu e o indígena, o africano ou mesmo o mestiço. Civilizar-nos era fazer-nos europeus, como, aliás, se tentava impor em todo o mundo, sob a hegemonia do Império Britânico. Sob o impacto das lutas sociais que se expressaram no século XX –durante o qual as revoluções mexicana e russa; depois, a chinesa, a indochinesa, a coreana; a boliviana, a guatemalteca e a cubana; a argelina e a indiana etc. se converteram em arautos de um novo tempo–, o pensamento latino-americano avançou para novos níveis. Mas não abandonou sua dicotomia básica. Segundo se pensava, aqui não havia ocorrido a revolução burguesa tal como na Europa. Logo, éramos ainda países feudais. Tratava-se de fazer avançar essa revolução democrático-burguesa. Outros, mais conservadores, falavam de um processo de modernização que substituiria a velha sociedade tradicional. Falava-se em desenvolvimento *versus* subdesenvolvimento. Confiava-se na industrialização como a saída para economias basicamente exportadoras, apoiadas no latifúndio e na monocultura.

Durante a década de 1960, contudo, começou-se a compreender os limites desse enfoque dual e dicotômico (sempre opondo atraso e progresso, barbárie e civilização). Era cada vez mais evidente que o passado latino-americano não havia sido de economias feudais, fechadas sobre si mesmas e sim de economias abertas, que nasceram sob a égide do capitalismo comercial para exportar produtos agrícolas tropicais, como a cana-de açúcar, ou minérios, como o ouro e a prata, para os centros colonizadores. Tratava-se, portanto, de economias modernas e dinâmicas, que viabilizaram a revolução industrial na Europa e alteraram, radicalmente, a face do planeta. Viam-se os limites do processo de industrialização que avançava na região, dependente das exportações, com as quais se adquiriam as matérias-primas industrializadas e as maquinarias que viabilizavam a indústria de nossos países.

Via-se, também, como as próprias empresas dos países centrais assumiam o controle do processo de industrialização, deixando pouco espaço à burguesia industrial local, ainda débil para competir com as gigantescas corporações multinacionais que se formavam nesse período. Baseada nessas novas ideias, surgiu uma geração de cientistas sociais e de intelectuais, das mais distintas origens, que colocaram em questão o paradigma científico e de interpretação da nossa realidade e, particularmente, das razões de nosso atraso.

Esse conjunto de novos estudos levava a uma reformulação de ordem teórica global e exigia uma metodologia de análise que situasse a história da América Latina no contexto da expansão do sistema capitalista mundial e que visualizasse, portanto, o surgimento dessas economias como uma modalidade específica da expansão do capitalismo em nível mundial. Modalidade específica esta que se redefinia em cada país, em cada região, em cada localidade, de acordo com as estruturas econômicas e sociais encontradas pelos colonizadores, que vinham implantar as economias exportadoras.

As tentativas de resolver as limitações das economias locais levaram, inclusive, ao comércio escravo africano, dando origem ao violento processo de transplante de grande parte da população africana para a América Latina, o Caribe e o Sul dos Estados Unidos, para se constituir uma economia exportadora do Caribe ao Atlântico Sul.

Criou-se, assim, um grande complexo econômico, dominado, inicialmente, pelo capital comercial e manufatureiro, que deu início à implantação de um moderno sistema manufatureiro agrícola exportador. Os engenhos de açúcar não podem ser considerados simplesmente uma economia agrária tradicional ou feudal; tratava-se de uma economia moderna, voltada para a exportação e para a produção mercantil em alta escala. Ela vai evoluir para uma nova fase com a expansão do capital industrial na Europa e a reconversão da região da América Latina, do Caribe e do Sul dos Estados Unidos para atender às novas demandas do processo de industrialização europeu.

Tudo isso formava um novo contexto de ordem global, que iria redefinir as perspectivas da região latino-americana. Os países que procuravam sair desse contexto e nos quais se desenvolvera uma economia

interna, com distribuição de renda e formação de um mercado interno por meio de soluções políticas próprias e criativas, foram simplesmente destruídos. Estes foram os casos das missões indígenas jesuíticas –destruídas pela Coroa hispano-portuguesa–; das rebeliões de certos polos manufatureiros em toda América Latina durante os anos de 1840-1852; ou, ainda, da economia manufatureira do Paraguai, que foi arrasada por uma guerra genocida, conhecida, no Brasil, como a Guerra do Paraguai. Esses regimes manufatureiros eram ainda infantes e não tinham poder para sobreviver à força de expansão da economia mundial, que entrara num ciclo de expansão extremamente exitoso de 1850 até 1871-1875.

Os mercados internos locais criaram economias mais fortes somente durante a crise mundial, entre 1871-1875 e 1895 e, posteriormente, durante a crise global iniciada com a guerra de 1914, que se desdobraria na crise de 1929 e na Segunda Guerra Mundial. Nesses períodos, estabeleceram-se condições favoráveis para o início de um processo de industrialização na região, sob a modalidade da substituição de importações. Mas essa economia industrial nascente vai enfrentar, depois da Segunda Guerra Mundial, o fenômeno da reestruturação da economia mundial, sob a hegemonia norte-americana. Tal reestruturação baseou-se na implantação da Revolução Científico-Técnica e na expansão e difusão mundial das tecnologias de produção massiva, particularmente no setor de bens duráveis. Esta expansão estabeleceu uma nova fase dos investimentos, a qual partia dos centros criadores da tecnologia para o exterior. De um lado, tratava-se de modernizar e aumentar a competitividade desses centros, substituindo um parque industrial envelhecido em vinte e cinco anos de depressão econômica, de 1918 a 1940-1945. Por outro lado, tratava-se de aproveitar a criação de novas indústrias de bens duráveis, que serviam de suporte a esses novos investimentos internacionais.

Durante as décadas de 1950 e 1960, o processo de industrialização dos países dependentes ainda continuava substituindo importações, mas, em muitos casos, se passou a fabricar produtos completamente novos, inovações que foram introduzidas pelo capital internacional. O fortalecimento das barreiras tarifárias, estabelecidas durante os anos 1930 e 1940, havia criado condições favoráveis para indústrias nascentes nos

países em desenvolvimento. O capital internacional procurou, então, saltar as barreiras alfandegárias para investir no interior desses mercados protegidos e beneficiar-se de suas vantagens. Desta forma, o capital internacional abandonava sua base de investimento tradicional nos setores primários exportadores, para investir na produção de manufaturas voltadas para o mercado interno dos países dependentes e subdesenvolvidos.

A aparição do capital internacional no campo industrial criava uma nova realidade para o pensamento ideológico da região e gerava um realinhamento de forças que foi se produzindo num amplo processo de lutas na década de 1950. Essas lutas foram marcadas pelas revoluções boliviana (1952), equatoriana (1954), venezuelana (1958) e cubana (1958-59), todas voltadas contra as velhas oligarquias primário-exportadoras e os regimes autoritários que as sustentavam. Cada um desses processos revolucionários sofre uma oposição sangrenta do capital internacional e particularmente do governo norte-americano. Nesse período, acentuam-se também as lutas das forças aliadas ao capital internacional contra as lideranças e os movimentos populistas que mantinham o projeto nacional democrático. Entre elas, destacou-se a deposição de Perón (1955) e a tentativa de *impeachment* de Getúlio Vargas, que o levou ao suicídio (1954).

No fim dos anos 1950, consolidou-se, nos Estados Unidos, a visão de que a implantação de um processo de desenvolvimento necessitava de uma elite militar, empresarial e até mesmo sindical, que estabelecesse um regime político forte, esclarecido e modernizador. Esta visão expressou-se no livro de Johnson e Johnson sobre as classes médias latino-americanas e fez parte de um projeto político de intervenção na região, o qual teve uma de suas principais bases na Universidade de Stanford, na Califórnia.

O golpe de Estado de 1964, no Brasil, foi o momento fundador desse novo modelo. Ele conseguiu conter a burguesia nacional mais importante do hemisfério ocidental, que tinha aspirações a ser um poder internacional ou pelo menos regional significativo, devido à extensão de seu país e às suas riquezas naturais. Em substituição a esse projeto nacional, o regime militar criado em 1964 dava origem a uma modernização

fundada na aliança e na integração dessa burguesia ao capital multinacional, consagrando um tipo de desenvolvimento industrial dependente, subordinado às modalidades de expansão e de organização do capitalismo internacional e que submetia os centros de acumulação local à lógica de expansão do centro hegemônico mundial. A partir de então, por meio de golpes militares sucessivos, as burguesias locais foram submetidas à condição de sócios menores do capital internacional, o que as levou a abandonar suas perspectivas de independência nacional e as pretensões de desenvolvimento tecnológico próprio.

Os golpes basearam-se no terror e na tortura, em formas cada vez mais duras de ação terrorista do Estado. Tratava-se de uma nova modalidade de fascismo. O conceito de fascismo não tem a ver, necessariamente, com a existência de partidos ou movimentos fascistas. O fascismo impôs-se em toda a Europa, nos anos 1930, sem contar com partidos fascistas importantes na maior parte dos países. Trata-se de um regime do capital monopólico, baseado no terror. Isto foi exatamente o que se desenvolveu entre 1964 e 1976 na América Latina e em outras regiões do Terceiro Mundo. Essa modalidade de fascismo induzia a que, nas zonas onde ainda sobrevivia alguma condição democrática, se unissem forças para atuar sobre o sistema econômico mundial, na busca de melhores condições de negociação para os países dependentes.

Foi sob a inspiração de Raúl Prebisch, primeiro diretor da Comissão Econômica para a América Latina, a famosa CEPAL, que se criou a UNCTAD, no início da década de 1960, para articular as reivindicações econômicas do Terceiro Mundo. Foi o governo venezuelano de Andrés Pérez que nacionalizou o petróleo venezuelano e originou a OPEP, cuja ação de reabilitação do preço do petróleo abalou a economia mundial, em 1973. Foi o presidente Echeverría, do México, que, procurando retomar princípios do cardenismo,³⁵ propôs e conseguiu aprovar, nas Nações Unidas, a Carta de Direitos Econômicos das Nações e criou o Sistema Econômico Latino-Americano (SELA).

35. Lázaro Cárdenas foi presidente do México entre 1934 e 1940. Nesse período, houve a nacionalização do petróleo, a criação de comunidades agrárias e o aprofundamento da reforma agrária, a implantação da década de 1990, entre os quais, a crise que se abateu sobre a economia mundial entre 1989 e 1994.

Essas mudanças expressavam o surgimento, na arena mundial, dos novos Estados pós-coloniais, que geraram um avanço do Terceiro Mundo. A isto se aliava a evolução dos países socialistas, na medida em que muitos dos processos de transformação do Terceiro Mundo se dirigiam, cada vez mais, para uma transição socialista. Essas mudanças se manifestam, sobretudo, na criação do Movimento dos Não Alinhados, que procura articular politicamente o Terceiro Mundo, abrigando-se ideologicamente nas teses lançadas em 1955 pela Conferência de Bandung. Esta conferência iniciou um profundo movimento ideológico, diplomático e político, que representou uma tentativa de repensar o mundo sob o ponto de vista daqueles países que tinham sido subjugados ao regime colonial durante mais de duzentos anos e que regressavam à arena internacional como Estados modernos que se apoiavam sobre as grandes civilizações da humanidade. Essa nova realidade exigia uma revisão profunda da economia mundial.

A década de 1970 esteve marcada pela contraofensiva da Comissão Trilateral, com o objetivo de unir os Estados Unidos, a Europa e o Japão contra a ofensiva do Terceiro Mundo e do campo socialista. Ela se apoiou na política de “Direitos Humanos” do presidente norte-americano Jimmy Carter. Tratava-se de produzir uma desvinculação ativa das democracias ocidentais daqueles governos ditatoriais de base militar, que, há pouco tempo, elas haviam inspirado. Esses regimes tinham cumprido seu papel repressivo e tendiam, agora, a desenvolver pretensões nacionalistas inaceitáveis para uma economia mundial em globalização.

Essa política de liberalização conservadora continuou na década de 1980, sob a égide dos governos conservadores de Ronald Reagan e de Margaret Thatcher, com o apoio de Helmut Kohl, na Alemanha, e de várias experiências de políticas neoliberais fundadas no “Consenso de Washington”. Neste, uniam-se o Fundo Monetário Internacional (FMI), o Banco Mundial e outras agências internacionais para impor o “ajuste estrutural” aos países dependentes, cercados por uma brutal elevação da taxa de juro internacional, que convertia suas elevadas dívidas externas em fantásticas sugadoras dos seus excedentes econômicos, levando os países a baixas taxas de crescimento e, até mesmo, ao retrocesso econômico-social.

Ainda está para ser definitivamente avaliada a profundidade das transformações produzidas na economia mundial durante a década de 1980. Sobre elas, escrevi artigos, na tentativa de explicar a base da recuperação econômica que se deu na economia mundial entre 1983 e 1987. Esta se apoiou no déficit fiscal norte-americano, que lançou sobre a economia mundial uma demanda de centenas de bilhões de dólares, permitindo uma reativação da economia internacional. Esta deixava para o futuro a questão do déficit fiscal norte-americano, com todos os desdobramentos a que assistimos na educação socialista e várias outras medidas de clara orientação democrática, popular e anti-imperialista. Sua influência sobre o México continuou até sua morte, em 1970.

Nesse contexto, a teoria da dependência foi atacada pela direita e pela esquerda. Desde a esquerda, o ataque vinha do setor que afirmava que esta teoria representava uma espécie de evolução do pensamento da CEPAL, ao manter a importância de questões como o capital internacional, a economia exportadora e a divisão internacional do trabalho. Segundo esses críticos, tratava-se da predominância dos elementos ligados à circulação econômica sobre o estudo do sistema produtivo; o centro do debate teria de estar na questão do modo de produção e das relações de classe social, como se as classes sociais não se constituíssem no interior dos modos de produção e dos sistemas econômicos e formações sociais concretas.

Na verdade, essa reação crítica esquerdista esteve muito inspirada na revolução cultural chinesa e era influenciada pela ideia de uma revolução agrária, que substituíria a visão marxista do papel do proletariado moderno. Essas críticas eram uma espécie de canto de cisne da visão que atribuía ao regime feudal e às modalidades das nossas economias agrárias tradicionais um papel central nas economias latino-americanas e caribenhas. Ironicamente, foi na década de 1980 que se terminou com o resto do sistema econômico rural voltado para uma economia de autoconsumo, tanto na América Latina como na África, e em grande parte da Ásia. As décadas de 1970 e 1980 foram marcadas pela destruição das economias de autoconsumo e pelo lançamento de massas gigantes das regiões rurais em direção às regiões urbanas do Terceiro Mundo, o que gerou um fenômeno de marginalidade urbana crescente, concentrada nas grandes metrópoles do Terceiro Mundo.

Nada essa crítica de esquerda tinha, realmente, a oferecer. Mas houve, de outro lado, a reação conservadora e globalista. Ela se fundou na ofensiva Reagan-Thatcher, que se formou em torno da recuperação da economia norte-americana, de 1983 a 1989, apresentada como criadora de uma nova modalidade da economia mundial. Mas as formas que ela assume na década de 1980 não são, necessariamente, as formas finais de uma nova economia mundial globalizada. Pelo contrário, nesse período produzem-se desvios muito profundos no processo de globalização, sobretudo a criação de uma enorme bolha financeira internacional. As transformações acontecidas no campo socialista, com a queda do chamado “império soviético”, no fim da década, são apresentadas como expressões de um triunfo total do pensamento neoliberal no econômico e no político. Essa excitação ideológica vai encontrar seu ponto mais alto na obra de Francis Fukuyama sobre *O fim da História*. Ele dedica à teoria da dependência um capítulo do seu livro e a identifica como o grande inimigo a ser destruído, como a última modalidade de resistência ao fim da História e à vitória definitiva do capitalismo e do liberalismo no mundo.

A reação conservadora globalista oriunda da década de 1980, que mantinha certa adesão a alguns princípios liberais, está, atualmente, em plena crise. Não só pelas dificuldades econômicas que a recessão traz para a viabilização do modelo, mas também pelo desgaste da ideologia neoliberal e a sua substituição, no pensamento conservador, por tendências fascistas, que ganharam corpo no mundo na década de 1990.

Façamos uma recapitulação que nos permita explicar esse movimento histórico. O governo Carter, como vimos, colocou a questão dos direitos humanos como objetivo central de sua política externa, confrontando-se com os regimes militares que tinham sido criados pelos Estados Unidos na década de 1960 e no início da década de 1970. Essa confrontação se devia a duas razões fundamentais: primeiramente, uma, de caráter mais profundo e global, a contradição crescente entre o processo de globalização da economia mundial e as resistências de governos nacionais, apoiados sobre exércitos nacionais, que terminavam por criar obstáculos ao processo de globalização. O caso mais extremo foi o da revolução peruana, quando se estabeleceu, em 1968, um regime de

esquerda, comandado por militares. Outro caso considerado extremamente perigoso era o regime militar brasileiro, no qual se estabeleceu, durante o governo Médici, um radicalismo de direita, com laivos nacionalistas e pretensões de grande potência. Esse enfoque teve ainda certas prolongações no governo Geisel, com o acordo nuclear entre o Brasil e a Alemanha, e outros desdobramentos dessa modalidade de nacionalismo de direita. Tudo isso conduzia a um choque com os interesses do processo de globalização sob o comando das multinacionais, de um lado, e com as concepções geopolíticas do Pentágono, de outro. Outra razão para essa confrontação entre o processo de globalização e os regimes militares era a necessidade de sustentar a política de direitos humanos como um fator mobilizador, como fator de justificativa ideológica para a confrontação com os países socialistas e com os regimes do Terceiro Mundo que, em geral, não apresentavam formas organizativas do tipo liberal democrático.

Ao se vincular o conceito de direitos humanos a formas de governo liberal, foram se criando condições para uma ofensiva ideológica contra aqueles governos que, como vimos, tinham sido gerados pelo capital internacional, que armou e apoiou os golpes de Estado que os originaram. A retirada desse apoio e a adoção de uma política de sustentação a regimes liberais conseguiram desestabilizar tais regimes de direita e abrir caminho para reconstruir um sistema liberal democrático na América Latina.

No fim da década de 1970 ainda havia condições para que a luta democrática assumisse um caráter mais profundo, e não simplesmente de maquiagem do sistema, sem maiores transformações sociais. Na década de 1980, de forma progressiva, as bandeiras liberais democráticas vão sendo controladas pelo pensamento conservador. Foi exatamente nesse processo histórico que assistimos a uma corrente da teoria da dependência –que teria em Fernando Henrique Cardoso sua expressão mais coerente– defender a tese da viabilidade de um processo de democratização no interior de um capitalismo dependente. Essa corrente abandonava qualquer perspectiva de crítica e de enfrentamento com o capitalismo dependente, suas expressões monopólicas e seus interesses articulados com o capital internacional, e limitava

seus objetivos reformistas aos objetivos liberais, ao processo de destruição e de desestabilização das ditaduras para se construírem regimes democráticos.

Ajudada pela situação internacional, essa corrente ganhou grande força e se tornou extremamente crítica da teoria da dependência e de suas formulações iniciais. Ela passou a criticar as análises sobre a crescente dificuldade de consolidação de regimes democráticos no capitalismo dependente. Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra e eu mantivemos uma posição crítica ao capitalismo monopolista e dependente, mas percebemos, na década de 1970, que essas mudanças de posição no sistema capitalista mundial permitiriam um avanço democrático dentro do capitalismo dependente. O que nos separava da outra corrente não era a constatação dessas possibilidades de avanço democrático, mas sim a tese de que elas seriam compatíveis com a sobrevivência de um capitalismo dependente. É exatamente este o ponto de divergência, posto que a minha visão é a de que a acumulação e o avanço democrático da região desestabilizarão, de modo crescente, o capitalismo dependente, e se aumentará a contradição entre o movimento democrático e a sobrevivência desse capitalismo.

Outro aspecto importante da evolução da teoria da dependência é o seu direcionamento, já no começo da década de 1970, para a análise e o aprofundamento do estudo do sistema econômico mundial. Andre Gunder Frank refere-se à sua tomada de posição (citando-me, e a Samir Amin) no começo dessa década. Esse foi o momento da conscientização da necessidade de uma teoria do sistema econômico mundial. O surgimento e o amadurecimento da obra de Immanuel Wallerstein, de compreensão e análise da formação histórica desse sistema mundial, sob uma forte inspiração no pensamento de Fernand Braudel, se darão nos anos 1970.

Nesse período, Frank reforçou sua análise do sistema mundial, estendendo-o a um período histórico muito longo, que teria se formado já no Império Romano, em 300 a.C., através da Rota da Seda. As teses de Frank são muito interessantes, mas é preciso discutir os rompimentos de continuidade desse processo. Eu aceitaria a ideia de que há uma acumulação histórica em torno de um sistema-mundo que vai agrupando

impérios, reestruturando-os em torno do Mediterrâneo, em torno da África do norte, da Índia e da China, em torno da Rota da Seda. Não há dúvida de que esse filão de análise é extremamente significativo. Ele nos afasta, contudo, da visão puramente latino-americana, obrigando a uma análise de caráter mais universal. Darcy Ribeiro, na década de 1970, e Wolf, na de 1980, ensaiaram um enfoque global da história das civilizações, que incluía a América Latina, analisados anteriormente.

Nas décadas de 1970 e 1980, há uma evolução muito importante de Raúl Prebisch. Ao deixar a UNCTAD, ele cria a revista da CEPAL, em 1978, em que escreve um conjunto de ensaios que vai servir de base ao seu livro sobre o sistema econômico, centro-periferia, no qual ele revisa grande parte do seu pensamento econômico amplamente influenciado pela teoria da dependência. Vamos encontrar também, na corrente da CEPAL, uma inquietação permanente com relação à necessidade de se construir um pensamento mais global sobre o sistema-mundo. Essa evolução vai ter suas melhores expressões nas análises de Fernando Fajnzylber sobre a “industrialização truncada”, as empresas transnacionais, a necessidade de um novo modelo de desenvolvimento com equidade e uma nova inserção na economia mundial. Ao mesmo tempo, Oswaldo Sunkel tenta reviver a teoria do desenvolvimento no contexto de um “neoestruturalismo”.

A década de 1980 foi marcada, na América Latina, por uma ofensiva liberal muito forte em torno do ajuste de suas economias para pagar o endividamento externo. Num período em que as taxas de juros se elevaram muitíssimo, a região foi obrigada a ajustar-se à criação de um excedente exportador. Formou-se um grande superávit comercial, destinado ao pagamento de juros extremamente escorchantes. As teses que nós vimos defendendo nesses anos e que particularmente Andre Gunder Frank defendeu com tanta veemência, de que a função do capital internacional, do sistema econômico mundial era a apropriação e a extração brutal de excedentes das nossas regiões, das regiões dependentes, se mostrou evidente. Não era mais necessário fazermos estudos críticos das estatísticas de balanço de pagamento, como o fizeram tão bem Caputo e Pizarro no fim dos anos 1960, porque as próprias estatísticas oficiais, na década de 1980, passaram a revelar que a América Latina era uma região exportadora de excedentes e de poupança.

A geração desse excedente cada vez maior, que não se converte em investimento interno, mas se destina ao pagamento de juros e de outros tributos coloniais, obrigou a um aumento da distribuição negativa da renda. Para gerá-lo, foi necessário um rebaixamento brutal dos níveis salariais e da participação destes nas rendas nacionais. Portanto, também aumentaram a marginalização social, a pobreza e, mais ainda do que esta, a indigência no Terceiro Mundo e na América Latina. Em contraste com essa situação, apresentaram-se, durante esse período, os casos relativamente modestos, mas exitosos, da Coreia do Sul, de Taiwan, de Hong Kong e de Cingapura e, posteriormente, dos chamados “tigres” menores da Ásia. Segundo a propaganda oficial, eles são uma demonstração de que não há um sistema econômico mundial perverso. Ora, esses exemplos propagandistas sempre existiram. Na década de 1970, o chamado “milagre econômico brasileiro” cumpria o papel dos atuais Tigres Asiáticos. Na década de 1990, foi necessário criar outros modelos, posto que os Tigres Asiáticos se encontravam em situação bastante difícil, economicamente, situação que só foi corrigida com a expansão chinesa, que rearticulou as economias asiáticas em decorrência do aumento de sua demanda. Na Ásia, desponta cada vez mais o êxito da China Popular, sob o governo do Partido Comunista da China (PCCh).

A eleição daqueles modelos não faz parte de uma ciência econômica ou social. Trata-se de uma elaboração ideológica, de uma propaganda política, visando a justificar situações históricas, em que continuam os graves processos de exploração entre os povos. Essa propaganda pretende desviar o debate das questões centrais do nosso tempo, que não se caracteriza pelo equilíbrio e pela convergência entre as várias regiões do globo e sim por uma crescente brecha entre ricos e pobres, indigentes e marginais.

O processo de ajuste estrutural na América Latina levou a um debilitamento dos Estados latino-americanos, que repassaram seus recursos para o sistema econômico mundial, enquanto criaram uma gigantesca dívida interna para cujo pagamento continuam a repassar recursos enormes, com o pagamento pelo Estado de altíssimas taxas de juros. Tais recursos foram apropriados, num primeiro momento, pelo capital nacional financeiro. Mas, na etapa atual, com a grande entrada de

capitais internacionais de curto prazo, estão sendo transferidos, em grande parte, ao capital internacional, que está aumentando na região em busca das elevadas remunerações dos juros das dívidas públicas, ou das enormes desvalorizações dos mercados de ações, assim como de outros mecanismos necessários de especulação.

Os remanejamentos e as reestruturações permanentes dessas economias para atender às demandas e às exigências do sistema econômico mundial continuam a ser a essência da sua história. Os regimes ditatoriais foram impostos à região para aprofundar essa dependência. Eles criaram grandes massas de marginais e o crescente subaproveitamento da mão de obra da região, o que vem dificultando a ação política das forças que se opõem ao sistema econômico. Contudo, isto debilita, também, a capacidade da região de servir ao sistema econômico mundial. Com o avanço da automação e da robotização, o desenvolvimento industrial da região, voltado agora para o mercado mundial, gera cada vez menos emprego. Ela deve continuar a industrializar-se, mas o faz aumentando a massa de desempregados e de marginalizados sociais.

É verdade que tudo isso forma um quadro extremamente desfavorável a uma ação política contestatória. Também afeta o pensamento e a ciência social, posto que perdem condições de elaboração e meios de pesquisa, na medida em que os Estados nacionais também se debilitam seriamente, afetando a capacidade de pesquisa e de desenvolvimento, tanto no campo das ciências naturais e exatas como no campo das ciências sociais e humanas. Esse quadro, que apresenta expectativas mais desoladoras do que de esperança, sofreu modificações significativas na década de 1990, na medida em que o sistema econômico mundial entrou num processo de recuperação econômica a partir do ano de 1994.

A volta do crescimento econômico criou um contexto político internacional mais favorável: uma rearticulação das forças interessadas em resolver os grandes problemas da miséria, do analfabetismo, das condições de vida extremamente desfavoráveis das maiorias populacionais do mundo. Tratava-se de se apropriar dos avanços tecnológicos e científicos realizados pela Revolução Científico-Técnica nas últimas décadas para colocá-los a serviço das populações trabalhadoras de todo o mundo.

São muitos os aspectos pelos quais os países do Terceiro Mundo devem desempenhar um papel extremamente significativo na reconstrução do sistema mundial. Sua posição tropical, sendo receptores da grande fonte energética solar, permite que um desenvolvimento tecnológico adequado os converta em fontes muito significativas de riqueza, de desenvolvimento sustentável, num mundo em que a crise da civilização capitalista é também a crise de um modelo de produção extensiva e de grande desperdício de energia. Modelo que, neste momento, se encontra bastante questionado pelo movimento verde mundial. De alguma forma, a emergência de potências do Terceiro Mundo, como a China, a Índia e o Brasil, a retomada do crescimento da Rússia e o impacto da influência da África do Sul sobre a África subsaariana, que deram origem à ideia dos BRICAS, poderão, junto com ações oriundas de outros centros importantes localizados no Terceiro Mundo ou fora dos centros de poder mundial, retificar grande parte das tendências então em curso na economia mundial.

Esse processo é, contudo, longo e complexo, e exigirá uma reforma muito profunda da atual direção do desenvolvimento científico e tecnológico. O avanço da biotecnologia, por exemplo, pode ser extremamente favorável a uma utilização mais racional da biodiversidade que se concentra nas regiões tropicais.

O mundo do século XXI rediscutirá a questão do desenvolvimento dentro de princípios muito mais amplos e complexos. O desenvolvimento não estará associado somente à apropriação da capacidade tecnológica extensiva, gerada pela segunda revolução industrial, que se estendeu de meados do século XIX até a década de 1960, mas pela apropriação de um conhecimento e uma ação econômica intensiva, cada vez mais qualitativa, promovida pela Revolução Científico-Técnica, que é o fundamento das transformações econômicas, sociais, políticas e culturais vividas pelo mundo depois da Segunda Guerra Mundial.

Essa mudança de enfoque, em curso, liga-se, portanto, a um questionamento da ordem civilizacional mundial, do comportamento e dos fundamentos mesmo da ideologia dominante no mundo liberal capitalista. Os novos fundamentos que deverão se impor serão de conteúdo muito mais coletivista. Esse coletivismo não poderá dispensar a grande conquista

histórica que representou o nascimento e crescimento do indivíduo como fundamento da sociedade. Porém, não se trata do indivíduo utilitário pensado pela doutrina liberal e criado pelo capitalismo. Está se gestando um novo indivíduo, um indivíduo que reconhece que o seu desenvolvimento é o resultado da acumulação histórica, econômica, social, política e cultural da humanidade. Ele deverá reconhecer, na sua individualidade, não uma contradição com o social, mas uma realização histórica deste. Essa nova modalidade de civilização estabelecerá uma também nova relação entre o indivíduo e a sociedade, na qual esta criará, ou buscará criar, indivíduos com alto potencial de desenvolvimento e procurará atender às suas necessidades, para que alcancem o máximo de eficiência social.

Essa sociedade nova, que está emergindo durante o século XXI, deve ser extensiva a todos os indivíduos. Esse processo não se confunde com o igualitarismo, que é parte dos ideais da civilização liberal burguesa. Não se trata de igualitarismo. Trata-se de respeitar e aprofundar a diversidade dos indivíduos, numa sociedade que dará a cada um de acordo com a sua necessidade e pedirá a cada um de acordo com a sua capacidade.

Essa sociedade nova configurará uma também nova civilização planetária. Dentro dela, a questão do desenvolvimento terá de ser repensada junto das grandes revisões sobre o papel do indivíduo; sobre a posição dos homens e das mulheres, na economia e na sociedade; sobre a convivência entre os membros de diversificadas etnias, sem esmagar suas diferenças culturais e físicas; e, sobretudo, ter-se-á que recolocar a interação entre as distintas civilizações, que representam experiências culturais, históricas, econômicas e sociais extremamente diferenciadas. Trata-se, enfim, de uma tentativa de superação do quadro econômico, social, político e cultural criado pela civilização liberal burguesa, que se confundiu historicamente com a hegemonia mundial da Europa e, posteriormente, dos Estados Unidos. Muitas das características específicas das sociedades, das economias e das culturas europeias foram identificadas com a própria civilização, gerando o eurocentrismo. Elas se converteram em instrumentos de dominação, de subordinação e de expropriação de umas regiões por outras, de certos centros e polos de acumulação em detrimento de centros e polos dependentes, que tiveram de produzir brutais excedentes para alimentar os polos centrais.

Todo este quadro deverá sofrer uma grande mutação, na qual, durante um longo período, as grandes civilizações serão referenciais extremamente significativos para a construção de uma sociedade plural, de uma verdadeira civilização planetária.

Bibliografia

Abdel-Malek, A. (1977). *Sociología del imperialismo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

Abdel-Malek, A. (1984). Cultura y creación intelectual. En González Casanova, P. (coord.) *Cultura y creación intelectual en América Latina*. México; Madrid, Buenos Aires, Bogotá: Siglo XXI; Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; UNU.

Abdel-Malek, A. (2000). The Civilizational Orientation in the Making of the New World. En *Journal of World-systems Research, special issue: Festschrift for Immanuel Wallerstein – Parte II*. Riverside: Universidad de California. Vol. VI, N° 3.

Barraclough, G.; Parker, G. (eds.) (1995). *Atlas da história do mundo*. São Paulo: Folha de São Paulo.

Braudel, F. (2004). *Gramática das civilizações*. São Paulo: Martins Fontes.

Briones, Á.; Dos Santos, T. (1977). La coyuntura internacional y sus efectos en América Latina. En *Investigación Económica*. México: UNAM. N° 1, nueva época.

Childe, G. (1947). *Ohomem faz-se asi próprio o progresso da humanidade desde as suas origens até o fim do Império Romano*. Lisboa: Cosmos.

Dos Santos, T. (1977). Teoría de la crisis económica en los países subdesarrollados. En Abdel-Malek, A. *Sociología del imperialismo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

Dussel, E. (1965). Iberoamérica en la Historia Universal. En *Occidente*. Madrid. N° 25.

Dussel, E. (1985) *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*. México: Siglo XXI.

Dussel, E. (1988). *Hacia un Marx desconocido: un comentario de los manuscritos del 61-63*. México: Siglo XXI.

Dussel, E. (1990). *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*. México: Siglo XXI.

Dussel, E. (1998). El programa científico de investigación de Karl Marx. En López Segrera, F. (ed.) *Los retos de la globalización: ensayo en homenaje a Theotônio dos Santos*. Caracas: UNESCO.

Dussel, E. (2007). *Materiales para una política de la liberación*. Madrid; México: Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Nuevo León; Plaza y Valdés.

Elias, N. (2011). *O processo civilizador*. Río de Janeiro: Zahar.

Ferguson, N. (2012). *Civilización: Occidente y el resto*. Barcelona: Random House.

Fukuyama, F. (1995). *Trust: the social virtues and the creation of prosperity*. Londres: Hamish Hamilton.

Furtado, C. (1974). *O mito do desenvolvimento econômico*. Río de Janeiro: Paz e Terra.

Furtado, C. (1977). El nuevo orden económico mundial en *Investigación Económica*. México: UNAM. N° 1, nueva época.

Furtado, C. (2000). Brasil: para retomar o crescimento. En López Segrera, F.; Filmus, D. (coords.) *América Latina 2020: cenários, alternativas e estratégias*. São Paulo: Viramundo.

Furtado, C. (2005). Prefácio: O desafio brasileiro. En Dos Santos, T.; Martins, C. E.; Sá, F.; Bruckmann, M. (orgs.) *Globalização e integração das Américas*. Río de Janeiro; São Paulo: PUC; Loyola.

Furtado, C. (2012). Cultura e Desenvolvimento. En Freire d'Aguiar Furtado, R. (org.) *Ensaio sobre cultura e o Ministério da Cultura*. Río de Janeiro: Contraponto; Centro Internacional Celso Furtado.

Furtado, C. (2012). Quem somos?. en Freire d'Aguiar Furtado, R. (org.) *Ensaio sobre cultura e o Ministério da Cultura*. Río de Janeiro: Contraponto; Centro Internacional Celso Furtado.

Guerreiro Ramos, A. (1958). *A redução sociológica: introdução ao estudo da razão sociológica*. Río de Janeiro: ISEB.

Hegel, G. W. F. (2007). *Fenomenologia do espírito*. Petrópolis: Vozes.

Huntington, S. P. (1997). *O choque das civilizações e a recomposição da ordem mundial*. Río de Janeiro: Objetiva.

Jaguaribe, H. (2001). *Um estudo crítico da História*. São Paulo: Paz e Terra.

Lander, E. (comp.) (2005). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

Lopes, R. J. (2003). Khan espalhou descendentes do Pacífico ao Cáspio. En *Folha de São Paulo*. Brasil. En <<http://www1.folha.uol.com.br/folha/ciencia/ult306u8334.shtml>>.

Losurdo, D. (2006). *Contra-história do liberalismo*. São Paulo: Aparecida; Idéias & Letras.

Magdoff, H. (1978). *A era do imperialismo*. São Paulo: Hucitec.

Mayor, F. (1995). President's Foreward. En *Our Creative Diversity: Report of the World Commission on Culture and Development*. París: UNESCO.

Mushakoji, K. (1984). Sobre la creación intelectual. En González Casanova, P. (coord.) *Cultura y creación intelectual en América Latina*. México; Madrid, Buenos Aires, Bogotá: Siglo XXI; Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; UNU.

Ribeiro, D. (2000). *O processo civilizatório: etapas da evolução sociocultural*. São Paulo: Companhia das Letras; Publifolha.

Shady, R. (2013). La civilización caral y la producción de conocimientos em ciência y tecnología. En *El nuevo repertorio americano*. Caracas.

Sorokin, P. A. (1937). *Social and Cultural Dynamics*. Nueva York; Cincinnati; Chicago; Boston; Atlanta; Dallas; San Francisco: American Book Company.

Spengler, O. (1982). *A decadência do Ocidente: esboço de uma morfologia da história universal*. Brasília: Universidad de Brasilia.

Tadao, U. (1983). *Le Japon à l'ère planétaire*. París: Publications Orientalistes de France.

Toynbee, A. J. (1987). *Um estudo da História*. Brasília; São Paulo: Universidad de Brasilia; Martins Fontes.

UNESCO (2001). *Informe mundial sobre la cultura: diversidad cultural, conflicto y pluralismo*. Madrid: UNESCO; Mundi-Prensa.

UNESCO (1999). *Informe mundial sobre la cultura: cultura, creatividad y mercados*. Madrid: UNESCO; Acento; Fundación Santa María.

Wallerstein, I. (2007). *O universalismo europeu: a retórica do poder*. São Paulo: Boitempo.

Wells, H. G. (1920). *The Outline of History: Being a plain history of life and mankind*.

Wells, H. G. (1942). *História universal*. São Paulo; Ríó de Janeiro; Recife e Porto Alegre: Companhia Editora Nacional.

Wolf, E. R. (1987). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Sobre los colaboradores

Mónica Bruckmann es socióloga y Doctora en Ciencia Política por la Universidad Federal Fluminense (Brasil); Profesora del Departamento de Ciencia Política y del Programa de Posgrado en Historia Comparada de la Universidad Federal de Río de Janeiro; Vicepresidente de la Agencia Latinoamericana de Información (ALAI). Coordina el Grupo de Trabajo Geopolítica, Integración Regional y Sistema Mundial (CLACSO) y el Núcleo de Geopolítica, Integración Regional y Sistema Mundial de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Es miembro del consejo deliberativo del Instituto de Investigación Social Tricontinental (Brasil); del Consejo Directivo del Centro Internacional Celso Furtado para el Desarrollo (Brasil); de la Red de Estudios de Economía Mundial - REDEM, con sede en la Benemérita Universidad de Puebla (México) e investigadora asociada del Centro Tricontinental – CETRI (Bélgica). Fue asesora de la Secretaría General de la Unión de Naciones Suramericanas – UNASUR (2011-2014); Directora de Investigación de la Cátedra y Red de la UNESCO sobre Economía Global y Desarrollo Sustentable - REGGEN (2000–2018). Entre sus publicaciones se destaca *Recursos Naturales y la Geopolítica de la Integración Sudamericana* editado en Perú, Ecuador, Venezuela, Argentina y Bolivia, y *Mi sangre en mis ideas: Dialéctica y prensa revolucionaria en José Carlos Mariátegui*, traducido al mandarín y publicado por la Editorial de la Academia China de Ciencias Sociales.

Francisco López Segrera es Doctor en Estudios Latinoamericanos (Sorbonne). Vicerrector del Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI), Cuba (1974-1988), donde imparte periódicamente cursos sobre “Prospectiva y Globalización”. Funcionario de UNESCO entre 1994 y 2002, donde se desempeñó, entre otros cargos, como Consejero Regional de Ciencias Sociales para América Latina y el Caribe y Director del Instituto de Educación Superior para América Latina y el Caribe (IESALC).

Theotônio Dos Santos

Construir soberanía.

Una interpretación económica de y para América Latina

Theotônio Dos Santos es autor de una de las obras más importantes de nuestro tiempo, tanto por su originalidad y alcances como por el modo en que ejerció el pensamiento crítico con agudeza y creatividad. El gran pensador brasileño desarrolló a lo largo de su vida un análisis centrado en la comprensión del mundo contemporáneo, combinando una mirada sobre la historia reciente de la humanidad y del pensamiento científico adecuado para interpretarla y actuar sobre ella.

La permanente relación entre teoría y práctica le imprimió a la obra de Dos Santos una de sus marcas distintivas: la del cientista social comprometido con las grandes causas de la humanidad. Dos Santos fue uno de los precursores de la teoría de la dependencia y un militante abocado a desplegar una lectura de la economía política del mundo contemporáneo pensada desde nuestra región y en clave emancipatoria. Con más de 40 libros publicados y traducidos a más de 16 idiomas, Dos Santos hizo inteligibles los diferentes rostros y fases de la dependencia de América Latina, al tiempo que colaboró en la construcción de una perspectiva político-académica para transformarla.

CLACSO presenta una antología en dos volúmenes que invita a continuar indagando los aportes y reflexiones de uno de nuestros intelectuales más prolíficos y comprometidos.

"La obra de Theotônio Dos Santos representa, a nuestro juicio, lo más innovador de la teoría de la dependencia. Desde principios del siglo XXI evolucionó para completarse e integrarse a la teoría del sistema-mundo y demostrar, una vez más, la relevancia y vigencia de la teoría de la dependencia".

Del estudio preliminar de Francisco López Segrera